4
111.151

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

R-556278

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



TOMO SEGUNDO



CUADERNO I

LA ALBUERA

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LA ALBUERA

rada de Massena.—Expedición de Soult a Olivenza y Badajoz.—Muerte del mar- de la Romana.—Sitio de Badajoz.—De- le Mendizábal.—Muerte del general Me .—Entrega de Badajoz por Imaz.—De- de Campomayor por Talaya.

s las miradas de España y de Europa aba fijas en los dos puntos que, á os del año de 1811, parecían sinte- gerra: eran estos, las líneas de To- dr s y la Isla gaditana.

e, el *hijo predilecto de la fortuna*, retirado asombrado delante de s líneas formidables erizadas de ca- pero sólo hasta Santaren y Leiria, erlas de vista, estudiándolas en su o, queriendo leer á través de aque- s inmensas de soldados y milicianos uellas hileras de cañones la manera uistarlas.

ington, luégo de enviar en su perse- los pequeñas divisiones, fijó su cuar- ral en Cartaxo, fortificando las lí- su espalda y dando principio á otra esde Aldea Gallega á Setubal, pasan- jo, en combinación con una serie de levantados desde Almeida á Trafa- no se ve, el noble lord aumentaba vos hilos la ya espesa red tendida al . ¡Lástima que no acudiera en auxi- aliente Silveira, que tuvo que aban- bloqueo de Almeida ante la división fuerte de 14.000 infantes y 2.000 ca- ballos, y la cual se puso en comunicación con el ejército de Massena!

El 2 de Febrero, Massena, que aguardaba impaciente los socorros que había pedido, temeroso de Wellington, de los guerrilleros castellanos, y de Silveira, vió llegar á su campo al general Foy, enviado por él á Napoleón en demanda de esos refuerzos.

Wellington, siempre frío y sereno, no quiso atacar á Massena hasta el mes siguiente, esperando las tropas que había pedido para cubrir las divisiones españolas que habían regresado á Extremadura de orden de la Regencia, y que ya no condujo el marqués de la Romana por haber fallecido repentinamente en Cartaxo de una aneurisma. Justo es confesar que su muerte fué muy poco sentida. Tan sólo las Cortes, cumpliendo su alta misión, hicieron colocar sobre su tumba una lápida con la siguiente inscripción: *Al general marqués de la Romana, la patria reconocida.*

A principios de Marzo el general Massena, viendo escasear sus recursos, decidió retirarse á España por Coimbra; pero Trant le cerró este paso y el del Mondego, obligándole á tomar el penoso camino de Ponte de Marcella, y Wellington comenzó entonces su persecución, alcanzando sobre él un triunfo notable en la For de Aronce, obligándole á dirigirse por Celorico á la ciudad de Guarda, y más tarde por Sabugal, y á entrar en España el 5 de Abril con 45.000 hom-

© Biblioteca Nacional de España

bres, fatigados, enfermos y desmoralizados, en vez de los 80.000 soldados orgullosos y resueltos con que algunos meses antes había invadido Portugal.

Algunos historiadores aseguran que esta retirada honra á Massena que la dirigió y á Ney que la cubrió con sus tropas; pero otros afirman que manchó su nombre por los estragos que dejaron causar á la soldadesca desenfrenada, que realizó á mansalva todos los crímenes, desde la violación al incendio, desde el robo al asesinato, trocándose el *décimo cuerpo de operaciones* en una banda de merodeadores, en una compañía de asesinos, en una partida de criminales.

Arrojados de Portugal los franceses y hecha una embestida contra Almeida, Wellington se dirigió á Extremadura, á donde había enviado á Beresford, uno de sus mejores generales, con el importante encargo de socorrer á Campomayor, recobrar á Olivenza y tomar á Badajoz, caídas en poder del enemigo.

Si la Regencia llamó á España al ejército que teníamos en Portugal, fué con motivo de los grandes preparativos que comenzaron á tomar los franceses en Andalucía y Extremadura, y que obedecían á las órdenes de Napoleón, quien deseaba que su ejército en Extremadura se comunicase por Abrantes con el de Portugal.

Interceptadas por nuestros guerrilleros las primeras órdenes, Soult, cuando recibió las segundas, se dispuso á ejecutarlas, pero antes solicitó y obtuvo permiso de Napoleón para atacar las plazas de Olivenza y Badajoz, saliendo contra éstas de Andalucía el 11 de Enero al frente de 22.000 infantes, 4.500 caballos, 60 cañones y un tren completo de batir, y sitió á Olivenza, rompiendo el fuego el día 22, que no pudo resistir una débil plaza sin muros y sin víveres, teniendo que rendirse el 24.

Ballesteros, que se hallaba en el condado de Niebla, pretendió, con algunas escaramuzas, por cierto afortunadas, impedir el sitio de Badajoz, pero le fué imposible dada la escasez de sus fuerzas y las formidables del enemigo.

El 26 de Enero se presentó Soult delante de Badajoz.

Hállase situada esta ciudad en el declive meridional de un cerro que se levanta unos 140 pies sobre las aguas del Guadiana que lo baña por su margen izquierda con afluente el pequeño Rivillas, y que le sirve de foso por el Norte y Nordeste. Sobre el cerro hubo un antiguo castillo, y cerca de la ciudad un ancho foso, por su vecindad á las plazas portuguesas de Yelves y Campomayor. Cuenta la muralla ocho baluartes, dos semibaluartes, y se halla revestida de hornabeques y medias lunas. La puerta da al largo puente sobre el Guadiana, defendida por dos torreones, y al extremo ésta se levanta uno de los cinco fuertes que contaba, el de *San Cristóbal*, sobre un pinado cerro, en la confluencia del Guadiana y el Gébora; el de *Parladeras*, sobre en la parte meridional, y muy cerca el *Picuriña;* y al Este el rebellín de *Sa que*. En el interior no tenía fuente ni surtiéndose los vecinos de pozos y a

Gobernaba la plaza el intrépido D. Menacho, quien se propuso resistir trance, apoyado por los soldados de la nición, y auxiliado eficazmente por 12.000 habitantes de Badajoz, que prestaron con el mayor entusiasmo

Entre los más resueltos hacíase Andrés Miranda, el hermano de D. tonio, de Teresa y de Pepita. Era familia de verdaderos patriotas, cuales España lo era todo. Individuo Junta de salvación de la plaza, no se ba D. Andrés al cuidado de las provi al aumento de los pertrechos de guer que empuñaba el fusil y acompañ descubierta ó formaba parte de una contra los sitiadores.

Su comercio de paños y telas, que proximidad á Portugal había prospe traordinariamente, lo había aba para no ocuparse sino de la guerra c invasor y de la defensa de Badajoz, q sideraba su segunda patria.

Toda la ciudad estimaba en mucho tas prendas; los pobres sabían que te él un padre, los ricos un amigo, l uno de sus más esforzados hijos.

Representante en la Junta que en de Mayo de 1808 inició con el ilustre

© Biblioteca Nacional de España

María Calatrava el movimiento insurreccional que fracasó por el abandono en que luégo la dejó el general Solano, cuando la desgraciada muerte del conde de Torre del Fresno, se hizo ya notar D. Andrés Miranda por sus nobles sentimientos, por su valor á toda prueba, por su desinterés nada común.

El ayudó á la formación del gran ejército popular que se formó en Extremadura; él adelantó fondos para las primeras necesidades; él hizo grandes donativos, y desde aquel instante bien puede decirse que no hubo para él otra ocupación, ni otro trabajo, ni otro deseo que aumentar las fuerzas de España, que ensanchar las fortificaciones de Badajoz, que prepararse para la gran lucha contra las huestes napoleónicas. ¡Ah, don Juan Antonio, doña Teresa y Pepita podían mostrarse orgullosos por tener tal hermano!

El general D. Rafael Menacho le quería mucho, y era el vocal de la Junta á quien confiaba sus más íntimos secretos, el único para quien aquel hombre de hierro no tenía reserva, y con el cual se lamentaba de la triste situación en que se encontraba la plaza, mostrando sus temores, luégo realiza-



GENERAL SOULT

dos, de que no todos los oficiales que en ella había cumpliesen con sus grandes deberes en aquellas críticas circunstancias.

El día 28 comenzaron el bombardeo cinco baterías, levantadas á la izquierda del Guadiana, logrando abrir brecha.

El general D. Gabriel Mendizábal, jefe del distrito militar en ausencia del marqués de la Romana, juntando sus tropas á las llegadas de Portugal, se metió en la plaza (6 de Febrero) protegido por una brillante carga que D. Martín de la Carrera dió á la caballería imperial, reforzó la guarnición hasta 9.000 hombres y salió de nuevo á colocarse en la margen derecha del Guadiana, apoyando una de sus alas en el fuerte de San Cristóbal á fin de asegurar sus comunicaciones con Yelves y Campomayor, pero sin atrincherarse, como debía, y como se lo había aconsejado lord Wellington.

Soult, comprendiendo toda la importancia de las tropas de Mendizábal, las hizo atacar de improviso el 19 por el frente y por la espalda, produciendo la sorpresa tamaña confusión en la caballería portuguesa de Madden, que ésta introdujo al huir el mayor des-

© Biblioteca Nacional de España

orden en las otras divisiones, perdiendo en una hora 800 hombres, entre muertos y heridos, 3.000 prisioneros, con el general Virues, artillería, municiones, fusiles y bagajes, salvando algunos pequeños trozos de aquel brillante ejército D. Carlos España, Butrón y Morillo, que los condujeron á Yelves y Campomayor, habiendo el general de caballería Sr. Butrón enviado una representación á las Cortes contra la conducta de Mendizábal.

¡De qué manera tan cruel perdían estos generales por su impericia el fruto de largos meses de sacrificios y de esfuerzos del país en sólo *una hora!* ¡Y no era lo peor su escasa inteligencia militar, sino su desmedido orgullo, que no les permitía aceptar advertencias de quien sabía más que ellos! ¡Ah, si los consejos de guerra á que algunos fueron sometidos, en lugar de absolverlos los hubiera impuesto un fuerte castigo por su ignorancia ó su soberbia!, no habríamos tenido que lamentar tantas y tan tristes derrotas!

Soult, aprovechando lo crítico de las circunstancias, hizo nuevas proposiciones de entrega á la plaza, que, como las primeras, fueron rechazadas.

No se descuidaba el valiente Menacho, y resuelto á luchar hasta el último extremo, convertía las calles y las casas de Badajoz en un laberinto de zanjas, de fuertes y de parapetos, secundado por sus valientes soldados y por su heróico vecindario.

De seguro Badajoz iba á unir su nombre al de la heróica Zaragoza y al de la inmortal Gerona...

Pero no; el ángel de la muerte tendió sus alas sobre el insigne Menacho, el alma de la defensa, y una bala de cañón le privó de la vida cuando desde los muros observaba una salida que había dispuesto.

Le reemplazó el general Imaz.

¡Tanto valdría querer reemplazar la clara y brillante luz del sol, con la pobre y mezquina de una mísera lámpara!

Imaz, aunque la brecha abierta por los sitiadores era pequeña; aunque la plaza contaba con 170 piezas y municiones bastantes; aunque soldados y vecinos rivalizaban en entusiasmo; aunque le anunciaron la retirada de Massena de Portugal, y le ofrecieron prontos socorros; aunque en el Consejo que reunió, el general García, un anciano débil y enfermo, votó incondicionalmente por la lucha, el tristemente célebre Sr. Imaz aceptó las bases propuestas por Soult para la capitulación, entrando los franceses en Badajoz el 11 de Marzo, y deponiendo los españoles sus armas ante ellos.

Soult envió á los generales Mortier y Latour-Maubourg á conquistar Alburquerque y Valencia de Alcántara, que, desprevenidas como se hallaban, no tuvieron otro recurso que entregarse.

En cambio la plaza de Campomayor fué defendida bizarramente por el portugués Talaya, y no se rindió hasta el último instante, saliendo con sus 600 compañeros, paisanos y milicianos, con todos los honores de la guerra.

¡Qué gran vergüenza para Imaz! ¡Qué inmensa gloria para Talaya!

Disposiciones de las Cortes.—Ultimas sesiones en la Isla de León.

Ofrecimos dar á conocer á nuestros ilustrados lectores la noble determinación de las Cortes sobre el proyectado casamiento de Fernando con una princesa de la familia de Napoleón.

Helo aquí.

En la sesión del día 1.° de Enero de 1811 aprobaron los 114 diputados que se hallaban presentes el siguiente dictamen:

«Las Cortes generales y extraordinarias, en conformidad con su decreto del 24 de Setiembre del año próximo pasado, en que declararon nulas y sin ningún valor las renuncias hechas en Bayona por el legítimo rey de España y de las Indias el Sr. D. Fernando VII, no sólo por falta de libertad sino también por carecer de la esencialísima é indispensable circunstancia del consentimiento de la Nación, declaran que no reconocerán, y antes bien tendrán y tienen por nulo y de ningún valor ni efecto, todo acto, tratado, convenio ó transacción de cualquiera clase ó naturaleza que hayan sido ó fueren otorgados por el rey mientras permanezca en el estado de opresión y falta de libertad en que

© Biblioteca Nacional de España

se halla, ya le verifique ú otorgue en el país enemigo ó ya dentro de España, siempre que en ésta se halle su real persona rodeada de las armas ó bajo el influjo directo ó indirecto del usurpador de su corona, pues jamás se considerará libre la Nación, ni le prestará obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos, en el seno del Congreso Nacional que ahora existe, ó en adelante existiere, ó del Gobierno formado por las Cortes.

Declaran, asimismo, que toda contravención á este decreto será mirada por la Nación como un acto hostil contra la Patria, quedando el contraventor responsable á todo el rigor de las leyes.

Y declaran, por último, las Cortes, que la generosa Nación á quien representan no dejará un momento las armas de la mano, ni dará oídos á proposición de acomodamiento ó concierto de cualquiera naturaleza que fuese, como no preceda la total evacuación de España y Portugal por las tropas que tan inícuamente las han invadido; pues las Cortes están resueltas, con la Nación entera, á pelear incesantemente hasta dejar asegurada la religión santa de sus mayores, la libertad de su amado monarca y la absoluta independencia y completa integridad de la monarquía.»

En la sesión del 24 pidió el Consejo de Regencia que, al objeto de precaver los extravíos de la opinión en América, se remitiera, si las Cortes lo juzgaban oportuno, *El Diario de Sesiones* á aquellas autoridades.

El diputado Sr. Montes solicitó que se enviase también á las provincias de España, pues en muchas de ellas apenas sabían del Gobierno, y citó en apoyo de sus palabras una carta del brigadier Porlier, quejándose de que ni en Santander, ni en Rioja, ni en Navarra sabían cosa alguna, y de que ya que la Regencia no pueda mandar ejércitos, ni dinero, envíe al menos periódicos, pues es tal la escasez que hay de éstos, que, habiendo llegado por casualidad dos números de *El Conciso* habían corrido de mano en mano por las tres provincias.

El Sr. González dijo que lo mismo acontecía en Andalucía.

En esta misma sesión se leyó un informe de la Regencia sobre los motines del nuevo reino de Granada y de Quito, y la creación de Juntas en Santa Fé, Cartagena y otras ciudades de aquel continente, donde se refieren las muertes y desastres con que se ha agravado aquel levantamiento, pidiendo á las Cortes remedio para atajar estos males, tan terribles en sí y en sus consecuencias, acordando el Congreso el nombramiento de una Junta llamada de *Negocios ultramarinos*, á la cual debían pasar la dicha relación y además los papeles públicos de Ultramar, así como los otros documentos que la Regencia ha tenido presentes para formarla.

En la del 3 de Febrero se presentó á jurar el obispo de Orense bajo la fórmula prescrita, sin añadir, ni quitar, ni glosar nada, como habían propalado sus amigos, circunscribiéndose á decir *sí reconozco, sí juro*, retirándose después y acordando las Cortes sobreseer su causa y otorgarle la licencia que había solicitado para volver á su diócesis.

En la sesión del 9, con ánimo de cortar la naciente insurrección, decretó el Congreso que en adelante la representación americana en las Cortes que se celebrasen, sería igual en el modo y forma á la que se estableciese para la Península, debiendo fijar en la Constitución el arreglo de esta representación nacional sobre las bases de la más perfecta igualdad.

Y asimismo decretaron que los americanos eran libres para sembrar y cultivar cuanto quisieran, inclusa la viña y el olivo que les estaba prohibido; y que así los criollos como los mestizos y los indios podían obtener toda clase de destinos, al igual que los españoles. A estos decretos siguió más adelante otro prohibiendo los abusivos repartimientos que allí se hacían, eximiendo á los indios del llamado de *capitación* y de la *mita* ó trabajo forzado en las minas.

De buena fé creyeron los diputados americanos y los españoles haber desarmado la insurrección, pero ¡ay! que las revoluciones se sabe dónde comienzan, pero no dónde acaban, y si un hombre tiene el poder de promoverlas, miles de ellos no tiene fuerza bastante para aquietarlas. Podrá fácilmente impedirse que estalle una revolución, pero es muy difícil, casi imposible, apagar su inmenso volcán una vez encendido.

© Biblioteca Nacional de España

Como quiera que las Cortes habían preguntado á la Regencia sobre la causa de las desgracias últimas de nuestros ejércitos y plazas, exigiendo contestación sobre el remedio de estos males, Blake contestó (16 de Febrero), como Regente y general, que no era fácil señalar las causas de los males indicados, pudiendo conjeturarse ser consiguientes al deplorable estado en que se hallaba España cuando la invadió Napoleón, y á no haber habido tiempo para formar nuestros ejércitos, los cuales en el momento que se constituían tenían que batirse; añadiendo, que más debiera causar admiración que, hallándonos en tan triste estado y en poder del enemigo tantas plazas fuertes, se haya conservado la Nación en disposición de resistir al enemigo hasta el punto de matarles 300.000 hombres; terminando por considerar, como único remedio, la constancia nacional y la elección de hombres de verdaderos méritos para ocupar los altos puestos de la guerra y la administración, empezando él por dimitir su cargo «para que le ocupe quien pueda servirlo cual conviene en las actuales necesidades de la patria.»

Dimisión que no le fué admitida, por más que en su escrito se notase, á vuelta de grandes verdades, cierto resentimiento por haber pedido el Congreso á la Regencia las razones á que Blake contestaba, y aunque el Sr. Borrull sostuvo que debía admitírsela, puesto que el mismo Blake decía, y él era de su opinión, no tener las cualidades necesarias para ser Regente.

Las Cortes, sin pensar en el riesgo á que se exponían, se reunieron en la Isla de León, tan próximas al enemigo, para alentar el espíritu público; mas bien pronto se les hizo conocer lo inminente del peligro por todos los hombres importantes, y en su virtud, trataron del punto á que debieran trasladarse, no faltando espíritus cobardes que las aconsejaron echar por tierra la grande obra de la Revolución, cerrrando sus sesiones.

Contra este crimen de lesa Nación se levantó á protestar el elocuente sacerdote y diputado por Extremadura D. Manuel Luján, pronunciando un discurso de elevadas ideas y de patrióticos pensamientos, haciendo ver lo impolítico que sería cerrar, aunque sólo fuera interinamente, las Cortes, como pretendían sus enemigos, aquellas Cortes que acababan de labrar la felicidad de los españoles, y darles su prometida y anhelada libertad, logrando que la proposición fuese desechada por 82 votos contra 33, y que se acordase el mismo día la traslación á Cádiz en el más breve plazo posible, aunque por la proximidad al enemigo y el mal estado de la salud pública, se expusieran los diputados á los mismos ó quizás mayores peligros que en la Isla de León.

En la sesión del 20 anunció el presidente que aquella era la última que se celebraba en la Isla, que la próxima tendría lugar en Cádiz, el domingo 24, quedando vacantes estos tres días para hacer la traslación.

Antes de terminar el relato de las sesiones de las Cortes en la Isla de León queremos consignar un hecho poco ó nada conocido, la solicitud del padre del heróico Daoiz, pidiendo á la Asamblea, en atención á ser octogenario y á los méritos de su difunto hijo, que se le permita cobrar las rentas que tiene en Cádiz y en el Campo de San Roque, no obstante que subsiste en Sevilla dominada por los franceses, pero de la cual no le permiten salir sus años y sus achaques, solicitud que fué acordada por unanimidad en honra del padre de tal hijo.

También acordaron las Cortes en la Isla de León un indulto militar y civil; la inviolabilidad de la correspondencia; el fomento del ramo de azogues; la inversión que debería darse á los caudales procedentes de América, y el establecimiento de una fábrica de fusiles.

Batalla de Chiclana.

Precipitadamente abandonó Soult la Extremadura, á pesar de sus triunfos sobre Badajoz y Olivenza, y tornó á Andalucía forzando las marchas.

¿Qué suceso extraordinario ocurría para alarmar de tal modo al francés?

La noticia de que la Regencia proyectaba obligar á Víctor á levantar el bloqueo de la Isla gaditana; para ello se habían unido algunas tropas á la gente de la Serranía de Ronda, formando el llamado *Cuarto ejérci-*

© Biblioteca Nacional de España

to, al mando de Bejines de los Ríos, auxiliado por el gobernador inglés de Gibraltar, que arrojó á los imperiales de Medina-Sidonia (29 de Enero), y reunido un cuerpo expedicionario bajo la dirección del general D. Manuel de la Peña, á quien debía auxiliar con sus consejos el ilustre general británico Graham, quedando en Cádiz Zayas para establecer un puente de barcas en el desembarcadero ó río de Sancti Pietri, á fin de establecer la comunicación entre la gente de la Isla y el cuerpo expedicionario, y el ilustre marino Valdés, que debía hostilizar á los enemigos con las fuerzas sutiles de la marina.

A fines de Febrero salieron las tropas de la ciudad de Cádiz, y el día 2 de Marzo se reunieron en Casas Viejas 11.200 infantes, 800 caballos y cuatro piezas, incluyendo en estas fuerzas la división Bejines y 5.000 soldados ingleses.

D. Manuel de la Peña dividió el ejército en tres cuerpos, que puso á las órdenes del brigadier D. José Lardizábal, del príncipe de Anglona, y de Graham, y la caballería al de Wittingham.

En la mañana del 5 llegó el ejército al cerro de la Cabeza del Puerto, á media legua de Chiclana.

Alarmado Víctor con semejante aparición, recogió apresuradamente 10.000 hombres de los 20.000 que tenía empleados en el sitio de la isla, y se estableció en los pinares de Chiclana haciendo frente al ejército anglo-español, al par que protegía sus líneas frente á la isla.

El 5 de Marzo se rompió el fuego entre ambos ejércitos.

Lardizábal, al frente de los regimientos de Murcia, Africa y Guardias Españolas, arrolló á la brigada Villate y abrió la comunicación con la isla, pero desgraciadamente no halló el puente que debía Zayas haber echado; y, sin embargo, éste había cumplido con su deber, lo había echado protegido por nuestras baterías el día 2, pero al siguiente día se habían arrojado sobre él los franceses, y para que no pudieran utilizarlo lo había cortado.

La Peña, al mirar vencedora la vanguardia, ordena á Graham que corra al Campo de la Bermeja para sostenerla y auxiliarla, dejando en el cerro del Puerto la división Bejines; visto lo cual por el francés manda Víctor á Laval que salga á detener á Graham, en tanto que él, con la división Ruffín, acomete el cerro, que conquista, obligando á sus defensores á refugiarse al centro del ejército, cortando las tropas que habían quedado en Casas Viejas y procurando acorralar nuestras divisiones contra la costa.

La Peña nada ve y nada dispone; pero Graham sí, y contramarchando rápidamente opone la mitad de sus fuerzas á Laval y la otra mitad á Ruffín, que, tras sangriento combate, triunfan, cogen 400 prisioneros, entre ellos á Ruffín, herido, que muere, y dejan tendidos sobre el campo 2.000 franceses con el general Rousseau, perdiendo los ingleses más de 1.000.

La Peña, aunque oye el cañoneo, no se aparta de hacia Sancti Pietri, esperando... ¡la reparación del puente! Sólo algunos cuerpos españoles, faltando á la consigna, corren en auxilio de Graham y sus ingleses, pero esto no satisface á Graham, que se vuelve á la Isla, negándose á tomar parte en ninguna expedición, fundado en las órdenes de su gobierno.

El general la Peña, sin fuerzas, y lo que era peor, sin talento militar, no puede perseguir á Víctor, viéndose obligados los nuestros á concentrarse en Sancti Pietri, excepto Bejines que, con su división y los paisanos de la Serranía ocupa á Medina-Sidonia, rechazando una brigada francesa que intenta impedírselo.

Víctor, derrotado en el cerro, se rehizo, y con la división Cassagne, que no había tomado parte en la batalla de Chiclana, concentró en Puerto Real todas sus fuerzas y reforzó los puntos de la línea.

Fué tan grande el disgusto que produjo la extraña conducta de la Peña, que las Cortes se vieron obligadas á intervenir, ordenando á la Regencia que abriese una información sobre lo ocurrido, declarando quedar satisfechas de la conducta del Cuarto ejército, y concediendo á Graham la grandeza de España con el título de duque del Cerro, que el general inglés no aceptó, ó porque le durase todavía el resentimiento, ó por no las-

© Biblioteca Nacional de España

timar á su jefe lord Wellington que aún no le tenía.

Sometida la conducta de la Peña á una Junta de generales, ésta declaró no resultar nada contra él, y las Cortes entonces le otorgaron la gran cruz de Carlos III.

Semejante conducta podría ser conveniente bajo un cierto punto de vista, pero bajo otro era altamente censurable, y todos los generales del mundo no probarían que la Peña obró bien dejando á los ingleses sostener todo el peso de la acción, al par que conquistar toda la gloria, y no acudiendo en su auxilio por honor de España primero, y por conveniencia militar luégo, puesto que haciéndolo así pudo completar la derrota de Víctor y lograr el importante objeto de la expedición ó sea el levantamiento del sitio de Cádiz.

El fallo de la Junta ni convenció al país, ni evitó que para continuar las operaciones ingleses y españoles tuvieran que ser sustituídos en el mando de ambos ejércitos Graham y la Peña, por Cook y Coupigny, se avivasen los resentimientos que ya existían entre los soldados de ambos países desde la triste excursión de Moor á la Coruña y la infructuosa campaña de Wellington en Talavera, y se viera más duramente sitiada la Isla gaditana, cuyo bombardeo comenzó de nuevo, y aunque la distancia era de unas tres mil toesas, lograron los franceses hacer llegar algunas bombas hasta la ciudad, que reventaron en la misma plaza de San Juan de Dios.

Ante el miedo de perder á Badajoz, organizó la Regencia una expedición que corriera en su auxilio á las órdenes de Zayas y de acuerdo con Ballesteros y la gente del condado de Niebla, ignorando que Badajoz había caído ya en poder de los franceses. Esta expedición, compuesta de 5.000 hombres, salió el 18 de Marzo, y aunque logró arrojar á los enemigos de Moguer, tuvo que retirarse acosada por numerosas fuerzas imperiales, viéndose expuesta á perecer por el horroroso temporal de la noche del 27 al 28 de Marzo, uno de los más grandes que recordaban los marinos, pues dentro del mismo puerto de Cádiz destrozó muchos barcos y produjo la muerte de 300 personas.

Andalucía: Las guerrillas.—Las contraguerrillas.—D. Francisco Roa.—El alcalde de Otívar.—D. Juan Guerra.—D. Pedro Alcalde.—Cazorla.—D. Pedro Algar.—D. Antonio Muñoz (El Cura de Riogordo) y Roda.—D. Diego Carrasco.—D. Juan Peralta (El Cura).—D. José Reviriego y D. Bernabé Orellana.

Más de tres años, dice un notable historiador, iban corridos desde que comenzó el pueblo español la lucha por su independencia; 300.000 enemigos pisaban el suelo de la patria, y aparte de unos 60.000, cuya atención llamaba el ejército anglo-portugués, los otros 240.000 los mantenían á raya nuestros guerrilleros, lidiando á las puertas de Madrid, en los límites y á veces dentro de la misma Francia, en los montes y en los llanos, en las sierras y en los valles.

En Andalucía el carácter impresionable de sus hijos se marcó más y más en esta guerra, y al lado de las guerrillas aparecieron las contraguerrillas: frente al patriota el traidor.

En las guerrillas españolas se vieron prodigios de valor; los guerrilleros se dispersaban si los atacaban numerosas fuerzas, y se reconcentraban cuando éstas se disminuían proclamando *guerra al francés* por valles y montes, con instrumentos pastoriles, con fogatas, con cohetes, que señalaban los puntos de reunión de los patriotas.

Los rondeños se distinguieron muy particularmente en esta lucha sin tregua, inventando mil ardides para hostigar y vencer á los imperiales, y llegando en Gaucín hasta subir los cañones en sus robustos brazos á los lugares más apartados y á los picos más altos de la sierra.

Pero si bravos se mostraron los hombres, heróicas se mostraron también las mujeres. ¡Ah, es que el hombre sólo tenía que defender á España, y ellas debían defender su honor y su patria. ¡Desgraciado del hombre que vacilaba en la lucha ó que retrocedía! Las mujeres lanzaban sobre él, madres, esposas ó amantes, un estigma indeleble, que sólo podía lavar con su vida.

Como las mujeres de Esparta, las más dulces caricias y las más tiernas lágrimas de las serranas eran para el hijo ó el esposo acribillado de heridas en defensa de la patria.

En vano tentó el enemigo conquistar

© Biblioteca Nacional de España

aquellas breñas... ¿Cómo, si las guardaban el valor de los hombres y el heroísmo de las mujeres?

Los soldados napoleónicos morían sin gloria y sin honor en esta oscura guerra, bajo los tiros de los rondeños y muchas veces de las serranas.

Tan tenaz y heróicamente peleaban los rondeños en las sendas, en las encrucijadas, en las revueltas, en los picos, en los desfiladeros de la montaña, que los franceses llamaban á la Serranía de Ronda su sepultura.

«Las mujeres daban ejemplo de ardimiento peleando con los hombres, y lo mismo hacían los ancianos y los niños, vagando por la sierra como tribus nómadas» (1).

Frente á la luz la sombra.

En la mañana del 10 de Febrero de 1811, un tal Miguel Molina, escribano de la villa de Colmenar y su corregidor por los franceses, á la cabeza de las cuatro compañías que había formado con el nombre de *Francos de Colmenar*, intentó cortar el camino de la sierra á D. Francisco Roa y sus guerrilleros.

Nunca tal cosa pretendiera.

D. Francisco Roa apenas lo divisó se volvió al puñado de valientes que le seguían, y que no llegaba á la mitad de los *juramentados* de Molina, y con el rostro encendido por la vergüenza y la voz temblorosa por la ira exclamó:

—¡Rondeños!... ¡Mirad al traidor Molina y á sus afrancesados. Es preciso, por honra de España y de la sierra, que esos miserables sean batidos por nosotros!...

—Sí, sí;—gritaron todos.

—Pues, á ellos...

Y sin darles tiempo de ponerse en defensa cargaron nuestros guerrilleros á los *juramentados* á la voz de D. Francisco Roa que, sable en mano, fué el primero en arrojarse sobre ellos al grito de

—¡Ronda por España y por Fernando!

La lucha fué terrible, encarnizada, que no en vano eran españoles los combatientes de ambos bandos; pero si los guerrilleros eran menos, en cambio tenían la razón de su parte, y bien pronto los *josefinos* se vieron arrollados.

(1) Lafuente Alcántara.

Roa, que no perdía de vista á Molina, al verle huir picó espuelas á su caballo y deteniéndole en su fuga le obligó á volver grupas y luchar con él, no tardando en caer bajo el sable del valiente D. Francisco.

La muerte de su jefe fué la señal de la huída para los *juramentados*, dejando sobre el terreno 16 muertos, y en poder de Roa y de sus guerrilleros gran número de caballos, armas y pertrechos de guerra y 29 prisioneros.

* * *

Volvamos al encuentro de D. Juan Fernández, el célebre alcalde de Otívar.

El 11 de Febrero de 1811 se embarcó con su hijo en Torrox para Cádiz, con objeto de obtener de la Regencia una autorización escrita á fin de ejercer el mando; desgraciadamente, el falucho inglés que lo trasportaba naufragó en la Frangirola, cerca ya del Estrecho, y tuvo que salvarse á nado, llevando á su hijo agarrado al cuello.

El 19 de Marzo presentó su solicitud á la Regencia, y como no estuviera conforme á lo decretado, la reiteró el 21 de Abril, recibiendo el 22 el nombramiento de coronel interino, hasta nueva orden, poniéndole á las órdenes del general Freire.

* * *

Por el mes de Febrero de 1811 las partidas de D. Pedro Alcalde y de Cazorla traían inquietos á los franceses por la parte de Huéscar.

Algunas victorias conseguidas por los nuestros contra varios destacamentos enemigos, obligaron á los generales franceses á enviar de Caniles y Zujar algunas columnas en contra de estos guerrilleros, á las que causaron importantes bajas sin lograr ser vencidas, ni menos disueltas, como pretendían los imperiales.

* * *

D. Pedro Algar comandaba una importante guerrilla de la provincia de Málaga.

D. Antonio Muñoz, capellán que había

© Biblioteca Nacional de España

sido de regimiento, y entonces cura párroco del pueblo de Riogordo, se había lanzado al campo y formado con un grupo de feligreses suyos una partida destinada á combatir contra los invasores de España.

Roda era otro patriota que gozaba de gran fama entre sus convecinos y á cuyas órdenes peleaban muchos de ellos con el mayor ardimiento.

Estos tres jefes recorrían la provincia de Málaga, se abrigaban en las dehesas y montañas, así como en las amenas sierras del Torcal, junto á la ciudad de Antequera.

Congregados los tres reunieron los 200 hombres que componían sus guerrillas y se propusieron libertar la villa de Archidona (Marzo de 1811) del poder de los franceses.

Lograron penetrar en la población sembrando el espanto entre los imperiales, pero sus fuerzas, compuestas sólo de caballería, no eran las más á propósito para la toma y posesión de una villa; así fué que, á pesar de los muchos actos de valor que ellos y sus guerrilleros realizaron, tuvieron que desistir de su empresa y abandonar la población, que ocupaban los imperiales con soldados de las tres armas.

* * *

El 6 de Marzo de 1811, D. Diego Carrasco, al frente de su guerrilla, compuesta de vecinos de Alpandaire, con los cuales venía su valeroso alcalde D. Cristóbal García Urrego, y seguido de las de los pueblos de Jubrique, Genalgracín y Faraján, bajó por el puerto llamado de Arrebatacapas á los llanos de frente de la Arena á provocar á los franceses de la guarnición de Ronda.

De una batería de cañones y obuses colocada en una heredad inmediata á la población, comenzaron á arrojar granadas contra los serranos, que las sorteaban hábilmente, y arrojaban al aire sus mantas y sus monteras entre ruidosas carcajadas, burlándose de la mala puntería de los imperiales.

Atraídas por el ruído bajaron las serranas é hicieron coro á sus maridos, hermanos y novios, y la batalla se convirtió en una función de risa.

Varios rondeños, impacientes al ver que no salían los franceses de la ciudad por más que los provocaban, asaltaron las tapias de la heredad, dando muerte á los guardadores de la batería, y se apoderaron de ella.

D. Diego Carrasco observa que de Ronda salen tropas para arrojar á sus valientes de la heredad, y los refuerza con 200 hombres, los mejores tiradores de la sierra.

Rompen el fuego los imperiales contra los nuestros, que responden con el mayor vigor, durando algunas horas.

Llegada la noche, Carrasco ordena la retirada de los paisanos, que habían ocupado la heredad, con el resto de la fuerza.

Pensaron los franceses ser cosa fácil el apoderarse de aquel puñado de valientes, pero no contaron con el valor de Carrasco, que, á la cabeza de los serranos y ocupando los puestos de mayor peligro, se batió denodadamente, manteniéndolos á raya y salvando toda su gente, recibiendo una herida en una mano, leve por fortuna.

* * *

D. Juan Peralta *(El Cura)* era un valeroso patricio que había abandonado la tranquilidad de su curato de Cortes de la Frontera, en la provincia de Málaga, por el estruendo de la guerra, resuelto á hacerla sin tregua ni descanso á los franceses, á los que consideraba como enemigos de Dios y de la patria.

El día 12 de Marzo de 1811, hallándose con su guerrilla apostado cerca de Montejaque, no lejos de Ronda, fué atacado por los enemigos; destacó para hacerlos cara á su segundo D. José Reviriego con veinte hombres, que los recibió por el frente, mientras él los combatía por la espalda.

Al ruído de los tiros aparece D. Bernabé Orellana con su partida, y unido á Peralta, resuelven atacar al enemigo á pesar de la superioridad de sus fuerzas.

Embisten los imperiales con tal furia que la lucha se entabla cuerpo á cuerpo; Pedro Romero, un guerrillero de la partida de don Juan Peralta, mata de una puñalada á un oficial francés, y todos los guerrilleros echan mano á las navajas, huyendo los imperiales, que no tardan en volver por haber recibido crecidos socorros.

© Biblioteca Nacional de España

Peralta, temeroso de ser envuelto, ordena la retirada, aguantando un vivísimo fuego de los enemigos, posesionados de la sierra del Tasajo, hasta que, cansado de sufrirlo, se lanza con quince de sus guerrilleros á la citada sierra y desaloja de ella á los enemigos, que desde allí fusilaban á sus partidarios.

Encabrítase el caballo y arroja al valeroso cura, que en su caída sufre la dislocación de una pierna; mas el intrépido serrano, Juan Bernal, le toma sobre sus hombros para que siga mandando la acción, mientras que otro le provee de caballo.

Avanza Orellana con su gente, forma un círculo delante del herido, y arenga á los guerrilleros.

Empéñase nueva acción.

Luchan los franceses como tigres y los guerrilleros como leones.

Monta á caballo D. Juan Peralta y á su vista crece el ardor de los nuestros y aumenta el pánico de los imperiales.

El combate prosigue.

El cura D. Juan Peralta y D. Bartolomé Orellana, se multiplican y en todas partes se hallan.

La contienda se prolonga durante una hora, con suerte varia, hasta que D. Juan Peralta, olvidando los horrorosos dolores que sufre, avanza resueltamente contra los franceses gritando:

—¡Victoria por Dios y por España!

—¡Victoria!—responden sus guerrilleros lanzándose sobre los imperiales, que huyen despavoridos á encerrarse en Ronda.

El combate duró seis horas. Los franceses tuvieron 20 hombres muertos y 60 heridos; los nuestros cinco muertos y 17 heridos, entre ellos el denodado cura D. Juan Peralta.

Propuesta de Wellington.—Choques en Fuentes de Oñoro.—Cambio de generales franceses.—Badajoz.

La Regencia, atendiendo á los clamores de la opinión, fuertemente sublevada contra Mendizábal, y hasta las quejas del ejército, nombró para reemplazarle en el mando del quinto ejército al general Castaños.

Apenas el nuevo jefe se puso al frente del citado ejército, le dió otra organización dividiéndole en dos cuerpos, á las órdenes de D. Carlos de España y D. Pablo Morillo, los dos jefes que más se habían distinguido cuando la derrota de Badajoz, y la caballería á las del conde de Villemur.

Con estas fuerzas ocupó Castaños á Alburquerque y Valencia de Alcántara, abandonadas por los franceses, y Campomayor, apoyado por el general Beresford, enviado por Wellington con dos divisiones, una inglesa y otra portuguesa.

Por acuerdo de ambos generales, decididos á recuperar á Olivenza, el 9 de Abril intimó Beresford la entrega, cercándola inmediatamente y obligándola el 15 á rendirse.

Latour-Maubourg, que mandaba el ejército francés en ausencia de Mortier, se retiró á Llerena, al ver los preparativos de Castaños y Beresford; pero cargado por los aliados traspuso precipitadamente la sierra y fué á situarse en Guadalcanal.

El día 22 de Abril llegó Wellington y verificó un importante reconocimiento sobre Badajoz; el resultado fué encargar del cerco de la plaza á Beresford, escribir á su hermano el embajador que solicitara para él de la Regencia el mando en jefe de los ejércitos aliados, que juzgaba de la mayor importancia para dar la unidad necesaria á todos sus movimientos en Extremadura y Portugal, y se retiró á las márgenes del Coa resuelto á terminar la expulsión de Massena.

La Regencia, y muy especialmente sus individuos Blake, Agar y Ciscar, que eran militares, se negaron á la proposición de Wellington, rechazándola en absoluto *como un ultraje al honor nacional*, y las Cortes á su vez aprobaron la determinación de la Regencia y protestaron de la petición.

Cierto que bajo el punto de vista militar la propuesta de Wellington era acertada, pero en el orden político era deshonrosa, y en los graves momentos que la nación española atravesaba expuestísima.

Al regresar Wellington á Portugal encontró á Massena disponiéndose á socorrer la plaza de Almeida, sitiada por los aliados.

Acompañaba al general inglés nuestro bravo guerrillero D. Julián Sánchez, formando con sus partidarios la avanzada del

© Biblioteca Nacional de España

ejército, y obteniendo del lord toda clase de atenciones por su valor, su patriotismo y sus nobles prendas.

Los dos ejércitos aguardaban de un momento á otro la batalla.

En los días 3 y 4 de Mayo hubo algunos sangrientos choques en Fuentes de Oñoro por querer franceses y aliados apoderarse del pueblo, que se halla asentado en la hondonada por donde corre el Dos Casas, á su izquierda, retirándose al fin Massena el 10, con la vergüenza de evacuar la plaza de Almeida, visto que no podía socorrerla.

Grave marejada se notaba en la plana mayor del ejército francés, en el que se preparaban extraños cambios y raras mudanzas, y no tardó en saberse que Napoleón había resuelto relevar del mando de sus ejércitos á los generales Junot y Loison, y hasta al mariscal Massena, á su grande amigo, al *hijo predilecto de la fortuna*, reemplazándole con Marmot (duque de Ragusa).

La guerra de España gastaba á los generales franceses, que salían de ella sin gloria y sin honor, sin victorias y humillados, pero ricos, efecto de sus rapiñas, que era, sin duda, lo que más les importaba.

Entonces los franceses se replegaron sobre el río Tormes y el general Drouet se dirigió á Extremadura con los 11.000 hombres que le quedaban del 9.º cuerpo, siguiéndole Wellington.

El 8 de Mayo de 1811, Beresford, con sus 5.000 soldados y la división de D. Carlos de España, cercó á Badajoz cumpliendo las órdenes de Wellington, encontrándose allí con la pequeña división del general Castaños y con las fuerzas de Ballesteros.

Blake, autorizado expresamente por las Cortes, pues los Regentes no podían mandar fuerzas militares, acudió desde Cádiz con otra división que trajo por el condado de Niebla.

Batalla de La Albuera.

El mariscal Soult, una vez reforzadas las líneas de la Isla gaditana, volvió á Badajoz, reuniendo el 10 de Mayo en Villafranca 20.000 infantes, 5.000 ginetes y 40 cañones.

Beresford, apenas supo que se aproximaba, levantó el cerco de la plaza y llamó á consejo á los generales en Valverde de Leganés, consejo del cual salió la decisión y acuerdo de la gloriosa batalla de La Albuera.

Había propuesto Wellington á Castaños, en otra ocasión, que siempre que los ejércitos aliados debiesen combatir juntos, los mandara el general más antiguo que hubiese entre ellos; y Castaños, con la hidalguía que todos reconocen á los españoles, le ofreció, para cuando este caso llegara, que tomaría el mando el general que más fuerzas aportase al hecho de armas, puesto que era el que más arriesgaba, razón por la cual fué reconocido por jefe de todos Beresford que traía el mayor contingente.

Hállase situado el lugar de Albuera cuatro leguas al S. E. de Badajoz en el arrecife ó camino real de Sevilla, á la margen izquierda de la ribera de su nombre, en un montecito de corta elevación.

El terreno es generalmente montuoso y cortado de barrancos, con algunas cañadas, pero fértil, delicioso, y muy poblado de cortijos.

Le riega la ribera *Albuera*, formada de los arroyos *Nogales*, *Chicapierna* y *Valdesevilla*, que se unen en el puente nuevo construído en el camino de Sevilla, á poca distancia del pueblo.

A la espalda del lugar y camino de Badajoz principia una cadena de montecillos de corta elevación, la que, siguiendo el curso de la ribera, formando varias sinuosidades va á terminar en un sitio que llaman los *Riscos*, camino de Almendralejo.

El terreno de la batalla estaba bien elegido, por ser Albuera el nudo de los caminos de Andalucía, Madrid y Portugal, en cuya frontera podía buscar refugio el ejército aliado en caso de derrota, al amparo de Wellington y de sus tropas.

Amaneció el día 16 de Mayo de 1811.

El cielo estaba encapotado, y el sol, cubierto por espesas nubes, parecía no querer alumbrar las tristes escenas de la batalla.

El ejército anglo-hispano-portugués marchó á ocupar las posiciones señaladas, en líneas paralelas al río, dando frente al cami-

© Biblioteca Nacional de España

no de Santa Marta, por donde se esperaba la acometida de los franceses.

Aunque Soult anunció su venida por aquella parte, dirigió repentinamente todo el grueso de sus fuerzas por la izquierda, contra la derecha de la línea formada por los aliados.

Sobre el terreno, y á la vista del enemigo, tuvo Beresford que cámbiar el orden de batalla, operación tan difícil como arriesgada, pero que se ejecutó felizmente, destruyendo así las esperanzas de Soult.

Conozcamos el cambio.

Situóse el ejército aliado en línea de batalla en la cadena de montecitos ya descrita.

Los 8.000 portugueses formaban el ala izquierda, apoyados en el mismo pueblo, con una batería á la espalda de la iglesia, que barría el puente.

Los 10.000 ingleses ocupaban el centro con una avanzada de 4.000 á la mitad de la distancia, desde la línea principal á la ribera.

Blake, con 10.000 españoles, ocupaba la derecha apoyado en los *Riscos*, camino de Almendralejo.

Ballesteros, con 3.000 hombres de tropas ligeras, y Lumbey, con la caballería de las tres naciones (2.000), formaban la retaguardia, á cubierta de los montecitos.

La ribera constituía la línea divisoria del campo.

Los dos ejércitos se observaron por algunos instantes. ¡Parecían dos enemigos que por la mirada trataban de conocer el valor de su adversario!

Por orden de Soult, el general Girat atacó con gran ímpetu la extrema derecha de la línea ocupada por el valiente Zayas, que se adelantó á contenerle, dignamente secundado por Lardizábal y Ballesteros, empeñándose un horroroso combate á tiro de pistola, pero manteniendo los españoles la posición con el mayor heroísmo.

Nuevas columnas francesas se arrojan sobre los nuestros, que las reciben impávidos y las rechazan valerosos

En este momento el cielo se oscurece más y más, y las nubes lanzan sobre el campo de batalla una lluvia torrencial.

Beresford ordena reforzar nuestros mermados batallones por la brigada Steward, que no desmiente en estos críticos instantes su notoria bravura.

Preséntanse los franceses trayendo á su frente al general Godinot, intentando pasar el puente para atacar nuestra izquierda; pero la vigorosa resistencia de los ingleses, mandados por Alton, en el puente, y de los portugueses en Albuera á las órdenes de Hamilton, ayudados de la batería que tenían á la espalda de la iglesia, los rechazó é impidió el paso, que con anterioridad se había llenado de escombros.

Después de este ataque malogrado marchan los franceses en columnas en masa, y habiendo pasado la ribera, á un cuarto de legua del río, atacan á la brigada inglesa de vanguardia, y con sus rápidos movimientos la hacen prisionera; pero Ballesteros, destacándose de su posición, la rescata después de un sangriento choque, no quedando más que 700 hombres de Calbourne en poder del enemigo.

Síguese un brusco ataque de la caballería polaca, que rompe el centro de la línea ocupada por los ingleses; pero nuestra caballería, oculta en los montecitos, avanza rápidamente, los ataca y mata casi todos los famosos lanceros del Vistula, que eran el orgullo de la Francia.

El combate prosigue con tenaz encarnizamiento.

Todas las columnas que envía Soult contra las líneas de los aliados, son despedazadas y retroceden con espanto; en vano Soult, desesperado, trata de formarlas de nuevo y las arenga para lanzarlas otra vez al combate; los aliados las destruyen y los franceses huyen acobardados.

La lluvia, que cae á torrentes, no apaga el ardor del combate.

Por algunas horas prosigue esta lucha encarnizada, sin que los franceses logren adelantar un paso.

Beresford se multiplica; Blake, Zayas, Ballesteros y Lardizábal levantan al mayor grado el honor de España.

El último ataque, dispuesto por Soult, se ejecuta con todas las reservas francesas y los granaderos, y se dirigen contra Blake y los españoles.

© Biblioteca Nacional de España

Los franceses avanzan.

El momento es solemne y decisivo.

Todos los jefes aliados fijan su vista en los soldados españoles.

Verifícase el choque.

Los batallones de Blake no sólo resisten las formidables columnas enemigas, sino que las rechazan y luégo las rompen, y, por último, las obligan á declararse vencidas, y las persiguen á la bayoneta hasta la misma ribera, que repasan los franceses entre cinco y seis de la tarde en revuelta confusión, dando así la victoria á los aliados.

La noche levantó una barrera entre los combatientes.

Los dos ejércitos permanecieron algunas horas cerca el uno del otro, apoyado el francés por sus grandes reservas.

El general Castaños, espectador inmediato de tan obstinada acción, luégo de elogiar el grande valor del ejército y la velocidad y precisión de los movimientos, tan difíciles de obtener cuando se trata de cuerpos distintos y de ejércitos de naciones diversas, escribía á la Regencia:

«A la primera noticia que se tuvo de la venida del mariscal Soult sobre Extremadura, dispuso Blake la reunión de sus tropas con las del ejército aliado, reuniéndose tan puntualmente á las once de la noche, víspera de la batalla, que Soult nada supo, disponiéndose á atacar al ejército aliado que creía separado y solo en las alturas de Albuera, lugar indicado por particular circunstancia por Wellington para dar una batalla.

Soult, cuya infantería era menor á la nuestra, pero superiores su caballería y artillería, se dirigió contra nuestra posición por junto al pueblo de La Albuera, que venía á quedar en el centro de la línea; pero pronto se vió que era un ataque falso y que proyectaba ganar el flanco derecho que ocupaban las tropas españolas, atacándolas resueltamente con la mayor parte de sus fuerzas que, desplegadas sucesivamente, debían envolverlas por la espalda; pero nuestra segunda línea y cuerpos de reserva, sabiamente colocados, acudieron rápidamente, formando martillo con el primitivo frente de la línea, y trabándose el combate más obstinado y sangriento. El enemigo, enfurecido cada vez más, repetía sus ataques, reforzándolos contínuamente con tropas de reserva, pero encontraba siempre otras que se le hicieron impenetrables por espacio de siete horas, aunque empleó en vano toda la intrepidez y arrojo de la caballería polaca, y el formidable fuego de su numerosa artillería que era un trueno continuado sin intermisión. Al fin tuvo que ceder á las dos y media de la tarde, empezando á retroceder sin dejar de combatir, siendo cargado y perseguido en su retirada hasta los bosques y alturas que iba ocupando, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres y de un número considerable de heridos que no pudo retirar, y que inundados por los fuertes aguaceros que acompañaron á la acción formaba el espectáculo más horroroso de la guerra, corriendo los arroyos ensangrentados por las vertientes de las alturas.

Soult, sin haber logrado dar vista á Badajoz, tuvo que emprender ayer su retirada por Villalva y Almendralejo antes del amanecer con pérdida de 7.000 hombre, dejando en el bosque que ocupaba su campamento muchos muertos y más de 200 heridos que no ha podido llevar consigo ni enviar con los demás á los pueblos inmediatos. Va perseguido y observado por el conde de Penne Villemur con la caballería, la vanguardia del general Lardizábal y algunos batallones ingleses de tropas ligeras.»

La batalla de La Albuera fué sin duda una de las más sangrientas que se libraron en esta guerra.

A no saber que durante algunas horas el fuego entre ambos ejércitos fué casi á tiro de pistola y sobre masas compactas, no se creería que en esta acción habían sucumbido cerca de 12.000 hombres de ambos ejércitos.

Los franceses perdieron más de 7.000 con los generales Werle y Pepin muertos, Marasin, Gazan y Bruyer heridos.

Digamos algo de los españoles.

El general D. Joaquín Blake recibió un balazo en un hombro, leve por fortuna.

Ballesteros tuvo dos caballos muertos y uno herido.

Zayas vió caer muertos á sus ayudantes,

© Biblioteca Nacional de España

los valientes oficiales Eras y Zurita, y herido su caballo.

El brigadier España recibió una grave herida de lanza, y Cruz Mougon una de bala.

Y el general D. Gabriel de Mendizábal peleó como un héroe en las guerrillas. De este modo quiso lavar ante el ejército no sólo de España, sí que también de Inglaterra y Portugal, el último descalabro que había sufrido, demostrando que si no tenía la ciencia del mando tenía el valor del soldado.

La victoria de la Albuera no sólo llenó de júbilo á España, Inglaterra y Portugal, sino á toda Europa, que odiaba á Napoleón y gozaba con sus derrotas.

El Parlamento inglés y las Cortes españolas votaron un mensaje al valor de los ejércitos aliados, decretando además nuestro Congreso la erección de una columna enmedio de la plaza de Albuera, en memoria de tan fausto suceso.

Todos esperaban que las simpatías creadas y la gloria compartida por los ejércitos de España, Inglaterra y Portugal en Albuera, se emplearían en perseguir á los vencidos, en emprender una activa campaña y en conseguir el levantamiento del sitio de Cádiz.

Todo menos eso.

El 19 llegó Wellington á las márgenes del Guadiana con dos divisiones, y tenaz en su idea del sitio de Badajoz, á fin de no dejar enemigos á su espalda, tan sólo se ocupó de este proyecto hasta conseguir que el día 25 quedara la plaza cercada por ambas orillas.

Pero sucedió lo que era de temer, y es que dando los franceses igual importancia que Wellington á Badajoz, acudieron en su auxilio Soult, Drouet y Marmot, y el lord tuvo que levantar el sitio, repasar el río y llevar sus tropas á Yelves y Campomayor, donde se le juntaron las divisiones que había dejado en el Norte.

Blake, disgustado por el resultado, pues el sitio de Badajoz se había intentado sin los medios necesarios, propuso á Wellington, y éste aprobó el plan, dirigirse al condado de Niebla por Portugal, con Ballesteros, Girón y Villemur, y de allí caer por sorpresa en Sevilla, entonces guarnecida por escasas fuerzas.

El plan era magnífico, pero Blake se detuvo á batir la villa de Niebla, sin cañones ni escalas, perdiendo un tiempo precioso y dando lugar á que Soult le alcanzase y le obligase á repasar el Guadiana en Alcontín (6 de Julio). Aun así, como el proyecto era bueno, la Extremadura se vió aliviada de franceses, que corrieron á guarnecer Sevilla, lo cual constituía un verdadero triunfo.

Marmot, que había quedado en la orilla derecha del Guadiana, acosado por las guerrillas, y fatigado por tener que recibir de Madrid los víveres para mantener su ejército, pues el país estaba completamente devastado, se estableció en Almaráz y Plasencia (12 de Julio), fortificando el castillo de Medellín y destacando al general Foy á Trujillo.

Visto lo cual por Wellington dejó una división en la frontera de Badajoz, al objeto de cubrir el Alentejo, y se trasladó con su ejército á Castello Branco, frente á Marmot.

Al mismo tiempo el general Castaños, con su pequeña división, se estableció en Valencia de Alcántara.

La situación de los ejercitos francés y aliado podía decirse que era la misma que tenía antes de la campaña de Extremadura.

Algo había mejorado el estado de la guerra, pues si habíamos perdido Badajoz, en cambio se había destruído el gran ejército de Massena y ganado la sangrienta batalla de La Albuera.

Galicia y Asturias.

Cuando el general Castaños juntó al mando del 5.º ejército el del 6.º, Santocildes, el valeroso defensor de Astorga, fué nombrado para reemplazar á Mahy en el ejército de Galicia, el cual, en poco tiempo, mejoró la instrucción, la disciplina y hasta la posición de sus fuerzas.

Abandonando el sistema de los pequeños choques, seguido hasta entonces para lograr que los franceses evacuasen Asturias, hizo avanzar todo el ejército hacia Castilla, excepto la división Losada, que encaminó á Oviedo á principios de Junio, cuando Marmot se dirigía á Extremadura.

Los franceses que ocupaban el Principa-

© Biblioteca Nacional de España

do, temiendo verse encerrados en él se retiraron con los de Astorga á León y Benavente, perseguidos por el ejército español, que se situó á la derecha del río Orbigo.

El general Valletaux, confiado en la superioridad de sus fuerzas, atacó á Taboada el 23 en Corgoderos, sosteniendo bravamente el choque los nuestros hasta la llegada de Castañón con la brigada asturiana, completando entre ambos la derrota de la división francesa, que dejó sobre el campo de batalla á Valletaux.

Santocildes hizo un reconocimiento pocos días después sobre las orillas del Orbigo, rechazando al enemigo que huyó con grandes pérdidas.

Si Galicia cuando la campaña de Extremadura por los franceses, cuenta con hombres como Santocildes, Castañón y Losada al frente de sus ejércitos, otra hubiera sido la suerte de aquellas jornadas.

El éxito favorable de estos combates levantó de nuevo el espíritu público en Asturias y Galicia, y con el mayor entusiasmo se procedió á la formación en Liébana de un cuerpo de ejército, denominado 7.°, ascendiendo el reunido en León á la respetable cifra de 16.000 hombres.

Granada y Murcia.

Tampoco en estas provincias se mostró la decisión necesaria para la grande empresa reclamada por la Regencia, de distraer las fuerzas enemigas á fin de hacer menos duro y penoso el sitio de la Isla gaditana, y ayudar al proyecto de destruir la expedición de Massena á Portugal.

Aun así los guerrilleros de Murcia ocupaban la Boca de Oria, Chirivel y María.

Freire, que había quedado al frente del ejército de Murcia cuando Blake fué nombrado Regente, al saber que Sebastiani se acercaba desde Granada (Febrero de 1811), se retiró á Lorca, y si luégo se decidió á avanzar hasta la Venta del Baul, fué por haber visto á los franceses replegarse á Baza y Guadix, á causa de hallarse enfermo Sebastiani.

Entonces Freire mandó á Ubeda la división Cuadra (15 de Mayo), y tanto en los combates de esta ciudad, como en el librado en la Venta del Baul, la victoria quedó por nosotros, y hasta tal punto llegó el pánico de los franceses, que sólo por el avance del conde de Montijo á Granada con dos regimientos, Sebastiani fortificó todos los puntos avanzados y hasta la Alhambra.

Cuando Drouet llegó á las Andalucías con el 4.° cuerpo, respiró Sebastiani y aprovechó la ocasión para retirarse á Francia en busca de alivio á sus dolencias, sucediéndole en el mando el general Leval.

Bloqueo de Tortosa.—Incendio de Manresa.

Continuaba desde fines de Diciembre de 1810, cada vez con mayor empeño, el bloqueo de Tortosa, sostenido por los generales Suchet y Macdonald.

Todos los historiadores consideran á Tortosa como uno de los primeros territorios que fueron poblados en la Península, y que obtuvieron el alto honor de Sede pontificia, y el raro privilegio de acuñar moneda. Arabe y cristiana, con ligeros intervalos, fué por último conquistada en 1148 por aragoneses y catalanes, restaurando su sede episcopal y titulándose los príncipes marqueses de Tortosa.

Entonces, como ahora, era una ciudad importante por su especial situación en el centro de los antiguos reinos de Aragón, Valencia y Cataluña, á casi igual distancia de sus capitales, centinela avanzado de los primeros y guarda fiel del último.

Hállase situada Tortosa á la margen izquierda del caudaloso Ebro, sobre el cual tiene un puente de barcas, extendiéndose en forma irregular por el declive de un alto monte, cortado por un barranco que llaman del *Rastro*.

Romanos, godos, árabes y cristianos la llenaron de fortificaciones, pero sin orden, plan, ni concierto.

Merecen ser citadas, sin embargo, entre las defensas de esta plaza, el *castillo de San Juan*, situado al Noroeste, sobre la meseta de un terreno escarpado, verdadera ciudadela con almacenes, cisterna, silos y pozos; el fuerte de la *Tenaza*, al Noroeste; el de *Orleans;* el del *Cristo;* el reducto del *Rastro*,

© Biblioteca Nacional de España

levantado á 140 varas sobre una eminencia, y que se comunica con el de las *Brechas*, y el baluarte de *San Pedro*.

Gobernaba la ciudad el conde de Alacha, célebre por su retirada en Somosierra; tenía á sus órdenes 7.000 soldados, y contaba con el auxilio de la población, entonces de unas doce mil almas.

Una de las primeras disposiciones de Suchet fué arrebatarnos las alturas de la izquierda del Ebro y hacerse dueño de otras situadas delante del fuerte de *Orleans*.

A fines de Diciembre comenzaron los imperiales á abrir brecha, acercándose á 33 toesas del baluarte de *San Pedro*, á pesar de los tiros de la plaza, rompiendo inmediatamente el fuego con diez baterías, cuatro dirigidas contra el citado baluarte, tres contra el fuerte de *Orleans* y tres contra el puente de barcas, logrando apagar el fuego de nuestros cañones.

A las pocas horas los franceses eran dueños de la cabeza del puente, y la brecha abierta en el baluarte de *San Pedro* estaba casi practicable.

Alacha, molestado por la gota, encargó del mando á su segundo Uriarte, pero nada ganó la plaza con este cambio, pues ambos resultaron completamente nulos para el alto cargo que les estaba encomendado, como lo demuestra el haber reunido consejo de oficiales, que decidió solicitar del enemigo una tregua de veinte días, cuando nada obligaba á ello, y cuando aún no se había perdido esperanza alguna, tregua que rechazó Suchet.

El día 2 de Enero de 1811 levantaron los sitiadores otra batería á diez toesas del baluarte de *San Pedro*, ensanchando más y más la brecha.

Uriarte, menos débil que Alacha, aconsejó que la población capitulase, y que él se retiraría con la guarnición á los fuertes.

Pero estaba escrito que Tortosa cayera entregada por Alacha.

La indignación, que apenas podemos contener, casi nos impide continuar el relato de uno de los sucesos más tristes de esta guerra.

Alacha pidió á Suchet que le amparase... ¡contra la guarnición y el vecindario, para entregarle la plaza!

Pero, ¿Alacha era español? ¿Alacha había nacido en esta noble tierra de España, la nación de las empresas elevadas, de las hazañas imponderables, de los heroísmos más grandes que registran las páginas de la historia de país ninguno?

¡Ay! por desgracia nuestra, tenemos que responder que *sí*.

¡Sombra venerada de Alvarez, no maldigas á España, que aún sus nobles hijos adornarán tu sepulcro con los laureles recogidos en Figueras, en Ciudad-Rodrigo, en los Arapiles, en Vitoria y en San Marcial!

Al fin se presentó Suchet con su estado mayor delante del castillo, que le fué entregado por Alacha; quisieron los soldados españoles acudir á las armas, pero los regimientos franceses los contuvieron, y la capitulación de la plaza se firmó en el acto, quedando prisioneros 4.000 hombres.

Para pintar la indignación que semejante cobardía y tamaña bajeza produjeron en Cataluña, así en los militares como en los paisanos, bastará decir que un Consejo de guerra, formado en Tarragona inmediatamente, sentenció al conde de Alacha á ser degollado, y le mandó ejecutar en estátua el día 24 de Enero de 1811.

Cataluña, que desde este triste suceso creía ver traidores por todas partes, pidió la sustitución del general Iranzo por el marqués de Campoverde, que gozaba de muchas simpatías, el cual convocó el día 2 de Marzo otro Congreso del Principado, que nombró una nueva Junta para el gobierno económico, y su popularidad y su energía lograron evitar que Tarragona cayese en poder del general Macdonald, que á ella se acercó pensando hallarla amedrentada con la caída de Tortosa.

Suchet aseguró la posesión de Tortosa con la toma del castillo del Coll de Balaguer, situó las fuerzas de los generales Mussnier, Polombini y Habert en las dos orillas del Ebro, y desembarazado ya de estos cuidados dispuso su regreso á Zaragoza para organizar la persecución de Espoz y Mina, de el *Empecinado* y de Villacampa, quienes, dueños del territorio en que operaban, traían en completa alarma á los imperiales.

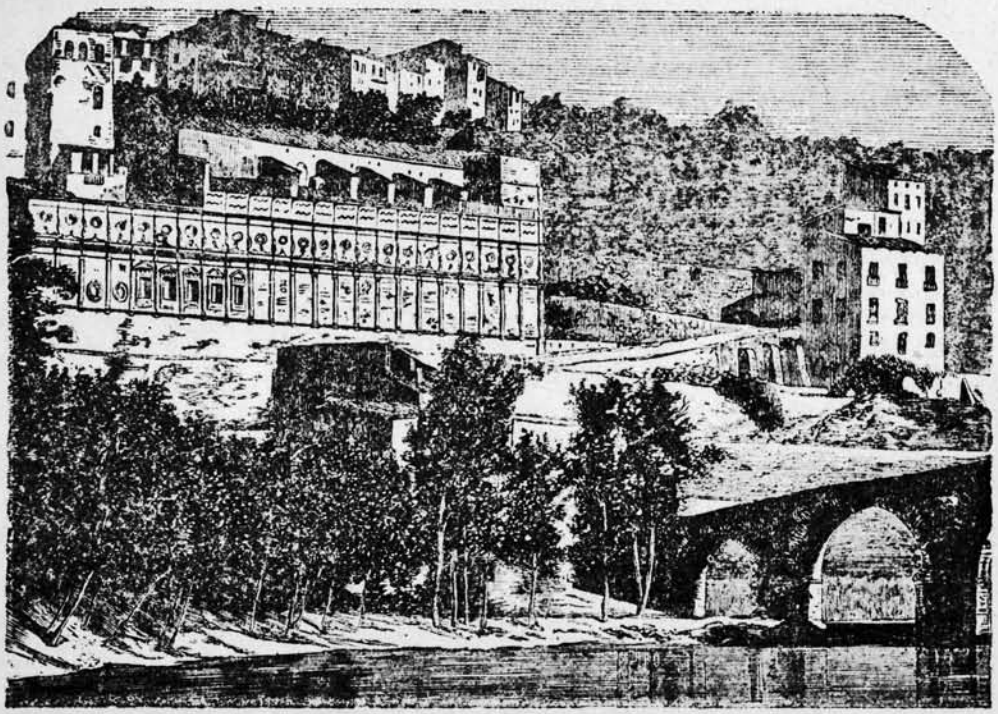
Napoleón, satisfecho y contento por la

© Biblioteca Nacional de España

conquista de Tortosa, encargó á Suchet la de Tarragona, á fin de dominar toda Cataluña, dándole el mando de casi todo el ejército francés en el Principado, no dejando á Macdonald, que era su superior, más que el encargo de conservar á Barcelona, para cuya ciudad le ordenó que se retirara.

Indignado Macdonald se encaminó á la capital del Principado el 26 de Marzo con la división Harispe, fuerte de 10.000 hombres, y como al llegar á Manresa oyera las campanas tocar á rebato, la hizo prender fuego, presenciando inhumano y cruel desde las alturas de la Galla, á un cuarto de legua, los progresos del incendio, que en muy poco tiempo devoró de 700 á 800 casas. ¡Es decir, que el *valiente* Macdonald hacía pagar á una población indefensa la rabia que albergaba su infame corazón contra su señor y dueño!

Furiosos los guerrilleros del baron de Eroles y los soldados de Sarfield, que le venían



VISTA DE MANRESA

persiguiendo desde Tarragona, acometieron su retaguardia con tal ímpetu, que Macdonald entró en Barcelona, sí, pero con 1.000 hombres de menos.

El marqués de Campoverde publicó á seguida un enérgico bando en el que decía:

«No ha limitado Macdonald su atrocidad á reducir á cenizas una ciudad inerme y que ninguna resistencia le ha opuesto, sino que, pasando de bárbaro á perjuro, no ha respetado ni, siquiera el asilo de nuestros militares enfermos, trasgrediendo así la inviolabilidad del convenio formado desde el principio de la guerra entre Saint-Cyr y Reding.

Ordeno, pues, á toda la gente armada que no dé cuartel á ningún individuo, de cualquier clase que sea, del ejército francés que cojan dentro ó en las inmediaciones de un pueblo que haya sufrido el saqueo, ó el incendio, ó el asesinato de sus vecinos; y estableceré por sistema en mi ejército el justo derecho de represalías en toda su extensión...»

Bien pronto se arrepintió Macdonald de su barbárie al tocar y sentir los efectos de este bando.

© Biblioteca Nacional de España

Cataluña: Manso.—Proyecto frustrado.—Llovera.—Fábregas.—D. Cosme Oliveras.—Milans.—Rovira.—D. Baudilio Morales y D. Quirico Pacareu.

El 19 de Enero de 1811 atacó D. José Manso á un fuerte destacamento que salió de Barcelona, precisándole á formar el cuadro en San Andrés de Palomar, y retirarse, por último, á Barcelona con bastantes pérdidas.

Al objeto de vengarlo salió de la ciudad el 28 una columna de 2.000 infantes y 100 caballos, con dos piezas de artillería, á la cual obligó Manso, después de un sangriento combate, á refugiarse en la ciudad.

Los hijos de Barcelona, idólatras de la independencia, con un odio inextinguible á toda dominación extraña, vivían en perpetua conspiración, ansiosos de arrojar de ella al enemigo; por desgracia todas fracasaban, y sus nobles hijos eran vendidos primero y sacrificados después.

En el mes de Marzo de 1811, visto que sus deseos para obtener la cooperación de Manso en una de estas conspiraciones eran infructuosos, por haberles manifestado lealmente que en esta, como en las pasadas intentonas, se hallaban vendidos, apelaron al marqués de Campoverde, que aprobó el plan y se dispuso á realizarlo.

Veamos cómo lo reseña un antiguo ayudante del luégo general D. José Manso:

«Debían serle abiertas las puertas de Monjuich al general marqués de Campoverde, y se presentó en la noche del 19 de Marzo de 1811, para entrar seguidamente en el fuerte. Iba con él Manso, aunque había manifestado su modo de pensar contrario á la expedición. Los franceses estaban prevenidos fuera de la ciudad y derrotaron á las tropas de Campoverde.

¿Qué hubiera sacado este general de la toma aislada de Monjuich, que no podía ser socorrido por mar? El marqués no había de hostilizar la ciudad, porque los habitantes eran los más encarnizados enemigos de los franceses y hubiera hecho buena su dominación. No podía retener el fuerte sin peligro de perderlo por un bloqueo que había de durar poco. La guarnición necesitaba relevarse cada ocho días, con motivo de las enfermedades producidas por el hálito de las lagunas del Llobregat, y Monjuich iba á ser la primera ó segunda página del castillo de San Fernando de Figueras.

La guarnición francesa de Barcelona estaba resuelta á hacer un estrago en la ciudad; así es que el artículo del diario del gobierno francés de Cataluña y de Barcelona de 27 de Marzo, que copió el bando interceptado del marqués de Campoverde, para publicarse después del vencimiento, concluía con el versículo de Jeremías: *Es una misericordia del Señor el que no hayamos sido consumidos.*

Dispersadas las tropas, que pudieron haber retirado con orden, Manso salvó las suyas, libró un puente colocado en tres carros, que conducía uno de sus oficiales, y salvó también la división de Courten, que le estaba confiada, sin perder ni un solo hombre, y regresó á su cuartel general de Martorell, sintiendo una derrota que había querido evitar (1). A los pocos días recibió Manso otra comisión de barceloneses con nuevos planes para redimir á Barcelona.

—*Despierten Vds.*—les dijo—*de un sueño que les ha de llevar á la horca, y conténtese el patriotismo de Barcelona con seguir socorriendo al ejército con las sumas que envían las casas acomodadas.*

* * *

D. Esteban Llovera, que ocupaba con sus guerrilleros á Olot, avisaba desde esta villa á la Junta del Principado el 17 de Febrero que el 14 del mismo había dispuesto un reconocimiento sobre Bañolas, encontrando al enemigo dueño de una de las posiciones que él pensaba ocupar, trabando un combate que duró hora y media, y que habría terminado con el triunfo para los nuestros á no acudir en auxilio de los imperiales una columna de 700 hombres, por lo cual dispuso la retirada, que se verificó con el mayor orden y sin experimentar ninguna pérdida.

Avisaba también que seguía vigilando el

(1) Manso cayó de su caballo en este encuentro, quedando sin sentido; sus soldados le recogieron al volver. No tardó en restablecerse de aquel accidente en el que perdió la dentadura.

© Biblioteca Nacional de España

camino de Francia, sin dejar pasar los convoyes de los imperiales, reduciendo á sus tropas á las mayores escaseces, merced al valor de sus incansables guerrilleros.

* * *

Las guerrillas de D. Juan Fábregas y don Cosme Oliveras seguían dando las mayores pruebas de valor, manteniendo la independencia y la libertad en la parte superior del corregimiento de Gerona, á pesar de las numerosas tropas enemigas.

En el mes de Febrero de 1811, los franceses, en número de 1.500 infantes y 50 caballos, entraron la noche del 20 en Mieres, donde creyeron hallar desprevenidos á Fábregas y Oliveras, sin pensar que era casi imposible sorprender á los guerrilleros, que en su vigilancia y en su movilidad tenían la base más fuerte de su poder.

Nuestros guerrilleros, al tener noticia de la llegada de los enemigos y de la superioridad de sus fuerzas, evacuaron el lugar con anticipación y tomando posiciones ventajosas fuera de él rompieron el fuego los 400 partidarios contra la retaguardia de la columna cuando se retiraba, persiguiéndola hasta más allá del molino de Plana de San Miguel de Campomayor, matándoles once hombres y haciéndoles multitud de heridos.

Gustosos habrían continuado la persecución Fábregas y Oliveras, pero sus municiones se habían acabado y les era imposible.

Esta era una de las mayores dificultades para los nuestros en esta guerra, la escasez de municiones, en tanto que á los franceses siempre les sobraban.

El 23 de Marzo intentó Fábregas, de acuerdo con Rovira, sorprender la guarnición de Bañolas y apoderarse de un convoy que había en esta villa, idea que no pudo realizarse por la superioridad de las fuerzas enemigas, si bien Fábregas les hizo buen número de bajas y les cogió algunos fusiles y mochilas, sin haber tenido más pérdida que la de un hombre.

* * *

Por toda Cataluña rebullían las guerrillas, y los franceses se veían obligados á mantener en el Principado un numeroso ejército sólo para abastecer á Barcelona y proteger los convoyes que les llegaban de Francia, y cuyas marchas eran de cada día más difíciles y peligrosas.

El 19 de Marzo de 1811, Milans, con sus guerrilleros, se batió contra los franceses en Arenys de Mar, causándoles numerosas bajas y recorriendo como dueño absoluto las orillas del Besós.

Hé aquí los detalles.

El general Dumolins, al frente de 2.600 franceses, llegó á Canet de Mar, ocupándole el 18, así como Arenys.

Avisado Milans, regresa rápidamente de la Garriga á Mataró con 1.200 hombres, y desde las dos de la mañana del 19 se batió con toda la división enemiga desde las alturas *dels Tres turons*, á dos horas de Canet, portándose sus guerrilleros con imponderable arrojo, hasta el punto de hacer huir á los imperiales con una pérdida que ellos confesaron haber sido de 300 hombres, y testigos presenciales declararon haber pasado de 500.

Milans y sus partidarios fueron grandemente agasajados en aquellos pueblos por haberlos librado del saqueo, é impedido que el general Dumolins cobrara las contribuciones que había impuesto en Arenys y Mataró.

Los franceses, cansados de las fatigas de esta guerra sin honra y sin provecho para ellos, comenzaban á murmurar de su gran Napoleón, llamándole *sclerat* (malvado, faccioso, infame).

* * *

Noticioso el antiguo doctor Rovira, ya coronel en justo premio á sus méritos y á sus hazañas, de que el enemigo pretendía acometer con una columna de 500 infantes y 25 caballos las avanzadas que él tenía en la villa de Mallol (23 de Marzo de 1811), las reforzó inmediatamente y formó el resto de sus fuerzas junto á la misma.

El enemigo atacó formado en masa el destacamento de Mallol, y entonces hizo Rovira que su derecha pasase el Fluviá, flanqueando al enemigo por la parte de San Se-

© Biblioteca Nacional de España

bastián de las Presas al tiempo mismo que la izquierda ejecutaba igual movimiento por la parte del camino real, visto lo cual por los imperiales se declararon en precipitada fuga, siendo perseguidos por nuestros guerrilleros hasta el puente de San Roque, cerca de Olot, con pérdida de muchos muertos, heridos y prisioneros, armas, caballos y efectos de guerra.

En la tarde del mismo día volvió á atacarle el enemigo con 1.000 infantes, 50 caballos y dos cañones de montaña.

Sus mayores fuerzas cargaron sobre nuestra izquierda, formada por la tropa de don Baudilio Morales, quien se retiró con el mayor orden al *Coll Tirés*, donde reforzado por el valiente D. Esteban Llovera, que acudió en auxilio de Rovira, contuvieron al enemigo que no se atrevió á adelantar un paso. La derecha, compuesta de otra fuerza mandada por D. Quirico Pacareu, sostuvo sus posiciones sin que pudiese forzarlas el enemigo, que se retiró á las seis de la tarde, procurando encubrir con las tinieblas de la noche su vergonzosa fuga, dejando algunos muertos tendidos en el campo y retirando heridos en tanto número que se cree llegaran á 200.

Conquista del castillo de Figueras.—Los hermanos Pou.—Hazañas de los guerrilleros.—Partidas famosas.—Un miserable.

Vamos á tratar de uno de los sucesos más importantes ocurridos por entonces, la reconquista por España del inexpugnable castillo de Figueras, no por las armas, sí por el patriotismo y la abnegación de unos jóvenes cuyos nombres la historia debiera escribir con letras de oro.

Y para que no se nos tache de apasionados trascribiremos la certificación que por su nobilísima conducta merecieron al general en jefe de las tropas españolas en Cataluña.

«D. Luis González, marqués de Campoverde, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, como Capitán general que fuí interino del Ejército y Principado de Cataluña, certifico:

Que D. Ginés y D. Pedro Pou, hermanos, con su cuñado D. Juan Marqués, vehementemente inflamados de amor á la patria, proyectaron la gloriosa reconquista del castillo de San Fernando de Figueras, anunciándomelo con la oportunidad debida; y para su logro se valieron del ardid de introducirse en dicho castillo y servir en clase de domésticos al guarda-almacén mayor del mismo.

Verificada su introducción, consiguieron tener á su arbitrio las llaves de la fortaleza, las que, estampadas en cera, remitieron á Olot (con consentimiento mío), en donde se construyeron maestras cual convenía; que luégo que les fueron entregadas dichas llaves maestras probaron si abrían con facilidad, y conocida que les fué tal seguridad, combinaron conmigo el modo de la ejecución de su proyecto; que por tres veces ejecutaron la prueba de sus intentos honrosos y no pudo tener efecto por accidentes acaecidos en la tropa; sin embargo, ningún revés arredró á los referidos Pou y Marqués, antes bien cada vez aumentaba su infatigable celo patriótico, y cada vez con valor más denodado se presentaban impertérritos en sus puntos con las puertas abiertas, aguardando la llegada de nuestras tropas para consumar una acción tan heróica, que, sin duda alguna, acarreaba á la Nación tan notorias ventajas; ni los riesgos, ni el temor de una muerte cierta (si acaso eran descubiertos), pudieron separarlos de hacer nuevas tentativas y mantenerse en aquel fuerte hasta inmolarse en el altar de la patria ó tributarla con la entrega de Figueras el homenaje más digno de su amor y patriotismo.

Ya al fin, la suerte quiso coronar (al cabo de 13 meses) los sacrificios y loables deseos de tan bizarros españoles, y proporcionó la afortunada noche del 10 al 11 de Abril de 1811, en que, habiendo salido el nominado Ginés Pou á recibir la división del brigadier D. Juan Antonio Martínez á dos horas de la plaza, la encontró y condujo á la puerta que del foso da al almacén principal, en la que los aguardaba D. Pedro Pou con todas las prevenciones necesarias, y ambos hermanos, con su cuñado Marqués (que estaba en la plaza de observación), guiaron las pequeñas divisiones que hicieron la sorpresa con

© Biblioteca Nacional de España

tan buen éxito y sin más pérdida que la de un muerto y dos heridos.

Asimismo, certifico, que los hermanos Pou y su cuñado Marqués (ya nombrados), no quisieron admitir las cantidades crecidas de dinero que por tan importante servicio se les invitó á que recibieran, contentándose sólo con el alto honor que les cabía de haber cumplido la sagrada obligación de buenos patricios y desinteresados españoles.

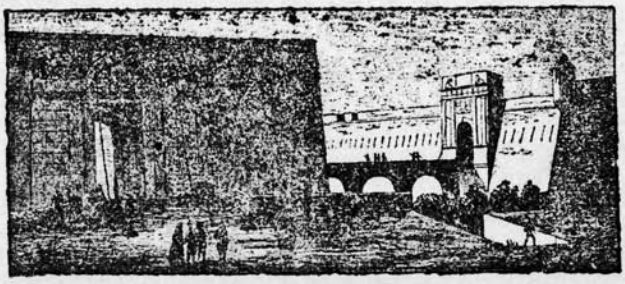
. . . . . .

Y, por último, afirmo, que á estos beneméritos patriotas se debe principalmente la toma del castillo, y por lo tanto les considero acreedores al reconocimiento de nuestra generosa Nación, al aprecio de los buenos, y á las más extremadas recompensas con que puedan trasmitir á la posteridad y perpetuar en sus descendientes los ilustres nombres de estos valientes, y la memoria de su acción tan heróica que sirva de ejemplo y estímulo á los españoles que les sobrevivan; en su consecuencia, y para que conste, doy la presente, que puede servir á los interesados para los fines que convenga, en Palma á 20 de Abril de 1812.—*El marqués de Campoverde.*»

¿Quiénes eran los Pou?

Ginés y Pedro Pou habían nacido en la villa de Castellón de Ampurias, corregimiento de Gerona, y vivían en una honrada medianía.

Las desgracias de la patria habían impresionado fuertemente sus nobles corazones, y apenas salidos de la adolescencia cuando, unidos á su cuñado D. Juan Marqués, jóven



CASTILLO DE FIGUERAS

de poco más de veinte años, concibieron el atrevido proyecto de reconquistar para España el castillo de San Fernando de Figueras, en la forma y manera que dejamos narrada.

En medio del estruendo de las armas, un capitán llamado D. José Casas mantuvo inteligencias por conducto del estudiante Juan Floreta con Marqués, el cuñado de los Pou, criado del guarda-almacén de víveres del castillo de San Fernando de Figueras, Mr. Boucler, en quien, así como en lo inexpugnable de la fortaleza, confiaba el gobernador francés Guillot.

Convenidos los Pou, Marqués, Floreta y Casas, enteraron de todo á D. Francisco Rovira, y éste al marqués de Campoverde, quien ordenó al brigadier Martínez y al guerrillero Sr. Rovira que reclutasen y organizasen gente secretamente en el cantón de Olot para la sorpresa proyectada, disponiendo al propio tiempo que el barón de Eroles se acercase al Ampurdán para apoyar la tentativa.

El 6 de Abril de 1811, sábado de Ramos, salieron Martínez y Rovira de Esquirol, cerca de Olot, con 500 hombres y pasaron á Ridaura, donde se les incorporaron otros 500 fingiendo que iban á penetrar en Francia. Prosiguieron el 8 su camino, y por Sárdenas se enderezaron á Llerona, en donde permanecieron hasta el mediodía del 9, alborotándose los franceses porque la proximidad de los nuestros á la frontera les hizo creer que con efecto iban á invadirla.

Diluviando y á aquella hora partieron los nuestros, y torciendo la ruta fueron á Vilaritg, pueblo distante tres leguas de Figueras y situado en una altura, término entre el Ampurdán y el país montañoso. Ocultos

© Biblioteca Nacional de España

en un bosque aguardaron la noche, y entonces Rovira habló á los suyos y noticióles el objeto de la marcha. A la una de la mañana del 10 se distribuyeron en trozos y pusiéronse en movimiento. Casas, como más práctico, iba el primero. Dentro del castillo había 600 franceses de guarnición; en la villa de Figueras 700. Subió Casas con su tropa por la esplanada frente del hornabeque de San Zenón, metióse por el camino cubierto y descendió al foso; sus soldados llevaban cubiertas las armas para que no relumbrasen y se adelantaron muy agachados. Llegado que hubieron al foso, franquearon la entrada de la poterna con la llave fabricada de antemano, y embocáronse todos sin ser sentidos en los almacenes subterráneos, de donde pasaron á desarmar la guardia de la puerta principal. Siguieron al de Casas los otros trozos y se desparramaron por la muralla, apoderándose de todos los puntos principales. Dresaire sorprendió el cuartel principal, Ben el de artillería y D. Esteban Llovera cogió al gobernador en su mismo aposento. Apenas encontraron resistencia, y todo estaba concluído en menos de una hora, rindiéndose prisionera la guarnición. Martínez y Rovira, que se habían mantenido en respeto fuera en los arcos ó sea acueducto, se metieron también dentro, y con los que llegaron en breve compusieron unos 2.600 hombres para guardar el castillo.

Los franceses de la villa nada supieron hasta por la mañana, en que tuvieron que declararse prisioneros.

* * *

A la toma del castillo de Figueras respondió como un eco la conquista de los fuertes de Olot y de Castellfullit, realizada por el barón de Eroles, con lo cual el entusiasmo de los catalanes llegó al más alto grado; por todas partes se levantaron nuevas guerrillas; los pueblos se alzaron en masa, y desgraciado el destacamento ó la columna francesa que se atrevía á salir de sus guaridas.

En vista de tan grande alarma y del arrojo cada día creciente de los catalanes, Macdonald, acobardado tras de las murallas de Barcelona, pidió auxilio á Suchet considerándose perdido.

Como si nuestro destino fuera no terminar ninguna obra aunque fuera tan brillantemente comenzada como ésta, el marqués de Campoverde, por descuído ó por falta de medios, que esto lo ignoramos, dejó que los enemigos sitiaran á Figueras con un ejército de 9.000 hombres, teniendo que limitarse, y para eso bastante tarde y con pérdida de 1.000 soldados, á introducir un cuerpo de tropas en el castillo, portadoras de víveres y municiones para la guarnición.

Suchet, aunque recibió la petición de Macdonald, no acudió en su socorro, prefiriendo cumplir las órdenes de Napoleón, que le mandaba cercar y apoderarse de la ciudad de Tarragona, á fin de dominar á los altivos catalanes.

* * *

En el año de 1811 hubo en Cataluña dos partidas famosas llamadas de la *embrolla* y de la *briballa*.

La *embrolla* apoyaba el alzamiento nacional y era enemiga del francés, si bien ejercía toda clase de latrocinios y maldades, exigiendo contribuciones y rescates de los pueblos que no podían oponerle ninguna resistencia.

La *briballa* la formaban unas compañías sueltas de paisanos que habían abrazado la causa del francés, por lo que eran generalmente odiados, y en tropelías y en infamias superaban á los de la *embrolla*, y dicho queda todo con esto.

El pueblo, en su gráfico lenguaje, los llamaba *Cara-girats* (1).

Mandaba la *briballa* un miserable llamado Juan Pujol, más conocido por el apodo de *Boquica*, levantado en armas contra su patria, vendido al oro extranjero, y capitán de una cuadrilla de foragidos que ejecutaban las mayores infamias contra sus compatriotas.

Aborto del abismo, era *Boquica* un espíritu sagaz, un corazón de hiena, un criminal empedernido. Su cuerpo estaba formado

(1) Balaguer.—*Historia de Cataluña.*

© Biblioteca Nacional de España

de ese cieno inmundo que sale á la superficie cuando se revuelve el fondo de las lagunas pantanosas.

Si se hizo temer al principio de la guerra de los imperiales no fué por patriotismo sino para venderse luégo más caro. El gobernador militar de Barcelona, Mathieu, se entendió con él, y *Boquica*, nombrado capitán del ejército napoleónico, fué desde aquel instante el enemigo más cruel y despiadado de sus compatriotas... ¡Esto sólo faltaba á los franceses para deshonrarse más y más ante todo pueblo culto, ante toda nación honrada!

Pero el oro de los imperiales comenzó á escasear, y *Boquica* pensó en renegar de ellos como antes había renegado de los es-



JUAN PUJOL (BOQUICA)

pañoles. ¿Qué le importaba vender á Francia el que no había dudado en vender á su patria?

Enterado de estas disposiciones el barón de Eroles, y de que *Boquica* se ofrecía á franquear la entrada y salida del castillo de Figueras, sitiado á la sazón por Macdonald, manteniendo la comunicación y correspondencia con la guarnición hasta que la fortaleza recibiera los socorros que el gobierno nacional había ofrecido enviar para levantar el sitio, le mandó á su ayudante favorito D. Nicolás Massanas.

Boquica, vigilado por el mariscal Macdonald, que algo había llegado á sospechar, realizó para sincerarse ante el francés un nuevo crimen, cual fué el de acusar á Massanas como á sobornador del ejército impe-

© Biblioteca Nacional de España

rial por encargo del barón de Eroles, entregándole al mariscal que le sujetó á un consejo de guerra, y sin pruebas, ni declaración, ni defensa, lo mandó fusilar.

Aún continuó *Boquica* su carrera de crímenes por algún tiempo, pero Eroles se había jurado vengar á su valeroso ayudante, al mártir Nicolás Massanas, y lo cumplió. Nuestros lectores conocerán á su debido tiempo el fin de este bandido, afrenta de su patria y del nombre español.

Sitio y defensa de Tarragona.—Reemplazo del marqués de Campoverde por D. Luis Lacy.

Está situada Tarragona en una eminencia de 500 pies sobre el nivel del mar, con puerto en el Mediterráneo á una hora del conocido cabo de Salou. La población se divide en alta y baja, plantada la primera sobre un suelo de peña viva, teniendo separada la segunda por el lienzo meridional de la muralla; el río Francolí, que entra en el mar á 1.500 varas de la población, pasa bajo un puente de seis ojos al atravesar el barrio que por allí se desprende de la ciudad.

Hállase rodeada Tarragona de una fortificación irregular, á la que sirven de base enormes peñascos, resto asombroso de los trabajos de los fenicios y los celtas, advirtiéndose en ella tres frentes principales, el del Sur, defendido por el baluarte de San Antonio, el Torreón de Criminales y el de Cervantes; el del Oeste, defendido por los de Jesús, San Juan y San Pablo; y el otro por la batería de Torrevoladas, el baluarte Negro y cinco pequeños torreones; unidos todos por débiles murallas almenadas. Adosados al recinto en derredor, se ven otros cinco baluartes, San Antonio, Santo Domingo, San Diego de la Puerta, el Rosario y la Cenia, y algunos más pequeños. Tiene además la plaza ocho fuertes avanzados, con foso y camino cubierto, y sobre las colinas que á larga distancia la rodean, los fuertes de Loreto y el Olvido.

La fundación de Tarragona se pierde en la noche de los tiempos; parece, sin embargo, que disfrutó de una época patriarcal con los iberos; que los fenicios y los griegos la frecuentaron comerciando con la riqueza de los indígenas; que los cartagineses se apoderaron de ella cuando la grande expedición de Aníbal á Italia, y que Neyo Escipión se posesionó de Tarragona en nombre de Roma, eligiéndola como centro de sus operaciones, cabeza del dominio de la república romana en España y residencia de los Cónsules y Pretores, dotándola de todos los privilegios que alcanzaba Roma y hermoseándola con anfiteatro, circos, soberbios palacios, grandiosas obras y admirables monumentos.

Hijo de Tarragona suponen algunos autores á Poncio Pilato, mientras otros aseguran que sólo ejerció allí la gobernación por Roma.

En aquella época la ciudad ocupaba un perímetro de 34.000 toesas, y contaba con una población de millón y medio de habitantes, extendíase hasta la villa de Constantí, y á ese tiempo pertenecen el famoso acueducto llamado vulgarmente *Puente de las Ferreras*, el edificio sepulcral conocido por *Torre de los Escipiones*, y la cárcel nombrada de Pilato, que debió ser el ángulo de algún inmenso palacio, y otros varios.

Conquistada por los godos, conservó su carácter de capital de provincia y sus recuerdos históricos consignados en monumentos, lápidas y medallas, y al pasar á manos de los árabes, Abderrahman I estableció en Tarragona arsenal con astillero. Tras largos combates en que tan pronto caía bajo el yugo agareno como se alzaba en sus murallas la cruz del Redentor, en el siglo XI fué definitivamente ganada por los cristianos, aunque reducida á algunos pequeños caseríos, teniendo que ser reedificada, para sufrir á poco una nueva irrupción de bárbaros, hasta que en el año 1117 el conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer, la dió con sus términos y pertenencias al obispo San Oldegario, arzobispo electo de Tarragona, volviendo á renacer una importante ciudad sobre las ruínas de la antigua. Su historia es, desde entonces, la de Cataluña; sublevada contra Felipe IV, tuvo que capitular después de las derrotas del Coll y el Hospitalet; levantada á favor del archiduque Carlos contra Felipe V, cayó en poder de este monarca por el tratado de 1713.

© Biblioteca Nacional de España

Al comenzar el relato del sitio de 1811 su población apenas llegaba á 12.000 almas. Aunque su gobernador era D. Juan Caro, bien pronto le reemplazó en el mando don Senén Contreras, que tenía á sus órdenes, para resistir, 7.000 hombres, cuando eran necesarios el doble, si se pensaba en una regular defensa.

Para el sitio y toma de esta plaza establecieron los franceses en la cercana ciudad de Reus almacenes de víveres, que fortificaron por miedo á los atrevidos golpes de mano de los guerrilleros.

El 4 de Mayo de 1811 quedó acordonada la ciudad por Suchet.

Campoverde corrió en su socorro viniendo por mar desde Mataró, entró con 2.000 hombres en la plaza y dejó á Sarfield con el resto fuera de Tarragona, para que, en unión de los guerrilleros, incomodase al enemigo.

El día 14 se verificó un reconocimiento, orilla del mar, á las órdenes de D. José San Juan, protegido por la escuadra, encerrándose los franceses en el reducto que habían construído, protegidos por el general Habert. El mismo D. José San Juan arrasó el 18 parte de las obras que construía el sitiador á la derecha del Francoli, poniéndole en fuga y causándole una pérdida de más de 200 hombres. En este combate se señaló de un modo extraordinario una mujer del pueblo conocida con el nombre de la *Calesera de la Rambla*.

Reconociendo Suchet la importancia de la fortaleza del Olvido, la atacó con gran energía, sin que el valor desplegado por sus defensores pudiese impedir que los franceses se apoderasen de los parapetos que la protegían, desmontasen nuestros cañones, abrieran enorme brecha y se lanzaran por ella, siendo rechazados. Terrible había sido el choque y grandes nuestras pérdidas, pero aun así no se habría perdido la fortaleza, al menos en algún tiempo, si los franceses no descubren que por los caños del acueducto que surtía de agua el fuerte se podía entrar, como lo hicieron, sorprendiendo y arrollando á sus defensores, los cuales, según confesión del mismo Suchet, *se batieron como leones y quedaron tendidos, muertos ó heridos más de mil antes de abandonarlo.*

La pérdida de esta importante fortaleza obligó á juntar en la plaza consejo de generales, resolviendo que Campoverde saliera fuera de Tarragona en busca de recursos, que Sarfield se encargase de la defensa del arrabal, y que Eroles y los guerrilleros le reemplazasen cubriendo las avenidas de Lérida y Montblanch y combatiendo á los sitiadores.

Suchet ordenó el levantamiento de paralelas, y á pesar de las vigorosas salidas de los sitiados, consiguió llegar á tenerlas á 30 toesas de la plaza.

Al amanecer del día 7 de Junio batieron los franceses en brecha los muros del fuerte Francoli, y ya iban á asaltarlo cuando el nuevo gobernador de la plaza, D. Senén Contreras, dispuso que fuera abandonado, salvando la artillería.

Resuelto á no cejar en sus trabajos, el 15 tenía Suchet tres ramales delante de la segunda paralela, contra los fuertes de Orleans y San Carlos, y ganada la meseta del llamado Príncipe; el 21 la tercera paralela y brechas abiertas en los citados baluartes y en el de Fuerte Real, con lo cual se lanzaron los imperiales al asalto, tomando San Carlos, Orleans, Fuerte Real, y el Arrabal, á cuyos moradores trataron con la mayor crueldad.

Orgulloso Suchet con este triunfo, propuso la rendición de la plaza, que fué rechazada por el general Contreras.

Aquella misma noche construyeron los franceses la primera paralela contra el débil recinto que circuye la plaza, apoyando la derecha en el mar y la izquierda en el fuerte de Santo Domingo.

Campoverde, ayudado por una división que el nuevo capitán general de Valencia D. Carlos O'Donnell, sucesor de Bassencourt, le envió al mando del general Miranda, quiso socorrer á Tarragona, pero Miranda se excusó de avanzar á pretexto de que no conocía el terreno, y Campoverde se ladeó al Vendrell mientras Suchet se preparaba á rechazarlos.

Una división de 1.200 ingleses se presentó por mar ante la plaza, pero al ver su estado no se mostraron dispuestos á desembarcar; el general Contreras, obrando noblemente,

© Biblioteca Nacional de España

dejó á su voluntad la determinación, y los ingleses permanecieron en sus barcos.

Libre Suchet de Campoverde y de Miranda, prosiguió los trabajos del sitio con mayor tenacidad, y el día 28 rompió un vivo fuego contra la batería del frente de San Juan, que quedó aportillada.

Entonces ocurrió una de esas escenas de sangre, una de esas luchas de exterminio, una de esas hecatombes horrorosas casi imposibles de describir.

Una columna francesa se arroja por el ancho boquete abierto por las balas.

Contreras, resuelto á disputar el terreno palmo á palmo, la opone dos batallones de granaderos provinciales; aumenta la colum-



ASALTO DE TARRAGONA

na francesa, y Contreras refuerza los nuestros con el regimiento de Almería y algunos artilleros. Suchet se lanza con sus ayudantes y con nuevas fuerzas en apoyo de los suyos; Contreras forma un batallón de honor, compuesto todo de oficiales, y lo envía contra los invasores.

Aquello no es una brecha, es un volcán.

Ni se pide ni se da cuartel... Ninguno quiere una vida que ya le pesa...

Pero al fuego del volcán sucede el frío de los sepulcros.

El número siempre creciente de los franceses logra por fin el triunfo.

Penetran los enemigos en el baluarte de San Pablo; el regimiento de Almansa se

© Biblioteca Nacional de España

opone á su paso, pero atacado de frente, por la izquierda y por la derecha, los héroes que lo componen no tardan en caer sin vida.

A seguida penetran los sitiadores en la plaza y comienzan escenas de luto y de horror á nada comparables.

La luz del incendio alumbra la violación de las mujeres y el saqueo de los templos y de las casas.

Los franceses roban primero á los paisanos y los asesinan después...

Los soldados españoles son cazados como fieras.

Contreras, herido, cae prisionero con Cabrery, Courten y toda la guarnición, y el hermano del marqués de Campoverde fallece de sus horrorosas heridas.

El juicio de la caída y toma de Tarragona puede condensarse en pocas palabras.

Contreras hizo cuanto pudo.

Eroles, Sarfield y los guerrilleros cuanto cabía en lo humano.

Campoverde no todo lo que debió.

Miranda nada.

Suchet mereció, no lo negaremos nosotros á fuer de leales historiadores, el bastón de mariscal con que le premió Napoleón; lo que sí censuramos es el haber pretendido celebrar en Reus su victoria con una función religiosa, marchando á la iglesia bajo palio. Aconteció lo que era natural, irritar más y más los ánimos.

Decayó con la pérdida de Tarragona, dice un ilustrado escritor (1), el ánimo de las tropas nacionales que en el Principado militaban, mas no sucedió lo mismo con el de los guerrilleros, quienes, viendo que las operaciones de los ejércitos comunmente salían desgraciadas, y las de las partidas con buen éxito, se afirmaron en la idea de que éstas y no aquéllas debían ser la destrucción de los franceses y el afianzamiento de la causa nacional.

Con efecto; el marqués de Campoverde, antes tan querido, fué mirado con recelo, y él, disgustado, congregó el 1.º de Julio un consejo de guerra, en el que por cuatro votos de siete se decidió la evacuación del Principado, dejando encomendada la defensa de Cataluña tan sólo á las guerrillas.

Disculpan algunos la actitud de Campoverde y su opinión favorable á este acuerdo, diciendo que los valencianos, mandados por Miranda, pedían regresar á su país, y que Suchet, al frente de tres cuerpos, se dirigía contra el ejército español, cometiendo los actos más crueles, así con los soldados heridos como con los paisanos indefensos que hallaba á su paso, queriendo dominar por el terror; pero, ¿acaso no contaba España todavía con las plazas de Figueras, de Cardona, de Berga y de La Seo, que eran un refugio y una amenaza á la vez?

Suchet, que iba en persecución de nuestro ejército, al ver que éste parecía dirigirse al interior se volvió á Tarragona, y Campoverde, que se encaminaba á los montes de Lérida, retrocedió á Arenys de Mar, embarcó allí á los valencianos, y sabedor de que había llegado á la ciudad de Vich su sucesor D. Luis Lacy se apresuró á entregarle el mando.

Y á propósito de esta ciudad, no queremos, siquiera sea algo tarde, dejar de incluír los curiosísimos datos que acerca de su participación en el levantamiento y guerra de la Independencia nos ha remitido el ilustrado archivero municipal de Vich, D. José Serra y Campdelacreu, á cuya bondad quedamos altamente reconocidos.

Hélos aquí:

«Según los datos que obran en este archivo, el 4 de Junio de 1808 (época la más gloriosa en los anales de la ciudad de Vich) rompió el voto unánime de sus leales vecinos las cadenas de la opresión en que gemía, añadiendo en corroboración más adelante, que varios individuos de la compañía de seminaristas pidieron permiso la noche de aquel día para pasar voluntariamente á Manresa, sin pan ni pres; armados y pertrechados á sus expensas, para poder contribuir á la defensa de dicha ciudad y su corregimiento, en caso de que el ejército francés quisiera obrar hostilmente contra dicha ciudad, lo que les fué concedido con anuencia y permiso de la Junta, y éstos se hallaron en la primera batalla dada en Cataluña, ocurrida el 6 de Junio de 1808 en el Bruch, de acuerdo con la opinión del doctor D. Lino

(1) Ortíz de la Vega.

© Biblioteca Nacional de España

Singla, hijo de Manresa, conforme á las notas puestas á la oración fúnebre que pronunció en esta ciudad.

Según el Sr. Chiá, muy ilustrado archivero de Gerona, dos batallones de voluntarios de Vich se hallaron á las órdenes del general Alvarez, y de ahí que Vich participe en alto grado de las glorias de Gerona.

Situada la ciudad de Vich en una extensa llanura, y sin la salvaguardia de sus viejos muros del siglo XIV, sacrificados á su ensanche del XVIII, ya que no encontró en su recinto medios é instrumentos acomodados á su defensa, no bastando la pasiva resistencia del abandono de sus hogares al furor del enemigo, que los saqueó sin misericordia, no sin costarle unos 3.000 hombres la insana faena, voló de uno al otro extremo del país, y allí estuvo donde hubo punto escabroso que sostener, mayor peligro que arrostrar y más alta gloria que conseguir.

Por eso no es sólo en el Bruch y en Gerona donde Vich brilló con esplendor, á despecho del silencio de algunos historiadores; sus tres tercios de *migueletes* primero, luégo los dos batallones del regimiento de Ausona y simultáneamente la compañía de Santo Tomás de Aquino, se acreditaron en repetidos lances y no cedieron á nadie en heroísmo. Esta compañía, compuesta toda de gente acomodada y *liberata*, tuvo por capitán á D. Antonio Saura, quien, muy querido de los suyos, los condujo bizarramente en difíciles encuentros, tales como en 1808 en las tres jornadas de la Garriga (Julio), levantamiento del sitio de Gerona y acción de Badalona (Agosto) y batalla de Cardedeu (Diciembre); en 1809, en el brillante ataque del Masnou y Mongat, en que Saura penetra con su vanguardia, cerca las piezas de artillería francesa (Febrero); junto al Fuerte Pío y llanuras de Barcelona, y en Molins de Rey, donde se batió con 90 hombres de su compañía contra 300, salvando así una división; y haciendo solo, al frente de 400, retroceder más de dos horas una fuerte columna francesa, que, próxima á Centellas y llano de la Garga, quería rebasar las sierras que cubren la llanura de Vich (Marzo y Abril), quedando por fin prisionero de guerra al introducirse por Setiembre de dicho último año un convoy en Gerona, y recorriendo, víctima de su patriotismo, durante algunos años diversas cárceles desde el Mediodía de Francia hasta Flandes, intentando por tres veces la fuga, que le acarreó *cadena al cuello y esposas en las manos,* no tan duras á lo que parece como el sentimiento que hubo de causarle el no alcanzar á su vuelta un grado denodadamente conquistado en el campo del honor.»

Lacy se retiró á la ciudad de Solsona con la Junta Provincial que había estado en Montserrat durante el sitio de Tarragona; y allí, en medio de las montañas, al abrigo de las fortalezas de Cardona y La Seo, comenzó la digna tarea de regenerar el ejército, alentarlo y prepararlo fuerte y valeroso para nuevas empresas.

Allí publicó la siguiente proclama, uno de los documentos más hermosos que conocemos:

«Catalanes, la patria está en peligro y ahora más que nunca necesita de vuestros esfuerzos. La Junta Superior del Principado y vuestro general en jefe están obligados á manifestaros vuestra situación, pues el verdadero valor no consiste en desconocer el peligro, sino en superarlo. La caída de Tarragona ha hecho sumamente crítica vuestra situación, pero no desesperada. Nos resta todavía un odio inextinguible á la tiranía y un ardiente deseo por la independencia; nos restan todavía fortalezas y montañas en donde conservarla, y nos restan los brazos de nuestra numerosa y valiente juventud para restablecer las pérdidas y hacer conocer al enemigo que medita en vano nuestra conquista. Con menos recursos libertó D. Pelayo á España desde las ásperas montañas de Covadonga, y no nos faltan tampoco jefes resueltos á seguir los gloriosos pasos de tan ilustre modelo. Con la unión y la fuerza de todos venceremos. Cuando en el año de 1808 peligraba la patria, á éstas debimos nuestra libertad... Renazcan, pues, ahora aquellos sentimientos de patriotismo... Esfuerzos grandes se necesitan para salvar la patria; únanse, pues, los de todos, y los que no se vean con ánimos de seguir esta resolución, abandónenla y únanse en hora buena con nuestros enemigos; porque

© Biblioteca Nacional de España

queremos conocer á quiénes hemos de tratar como á tales, y á quiénes como amigos. El sacerdote, el religioso, el padre de familia, todos tienen agravios que vengar y mucho que perder, y á todos convoca la patria. El eco de la campana resuena en todas partes, y en donde haya enemigos que combatir haya catalanes para pelear. Corra, vuele la juventud en competencia á los nuevos campos á donde se la destinará, y el resto de los ciudadanos acose al enemigo entretanto que se procede á su formación. La guerra y la venganza ocupen únicamente nuestra atención, y, semejantes á nuestros antepasados, dejemos á cargo de las mujeres el cuidado de nuestras casas y familias. ¿No hemos jurado ser libres ó envolvernos entre las ruínas de nuestra patria? Pues á cumplirlo.—Cuartel general de Solsona, 15 de Julio de 1811.»

Contra el rumor propalado de que pensaba embarcarse y abandonar Cataluña, publicó Lacy la proclama siguiente:

El general en jefe á los catalanes.—La voz que se ha propagado por alguno que no me conoce, de haberme embarcado para alejarme de esta provincia, me ha ofendido sobremanera y me obliga á declarar solemnemente á cuantos quieran creerme y hacerme justicia, que aun cuando perdiese las fundadas esperanzas de ver en breve mejorada visiblemente la suerte de este Principado, en la que me considero el primer interesado, preferiría perecer con el último soldado á abandonar mi puesto; el gobierno, que me lo ha confiado, es el único que podrá revocar mi resolución. Destiérrense las desconfianzas, unánseme todos con igual propósito, y nos faltarán enemigos que exterminar para saciar nuestra justa venganza. Vich 25 de Agosto de 1811.—*Luis Lacy.*»

Ataque de Montserrat.—Pérdida del castillo de Figueras.—Crueldades de los franceses.—Un documento importante.

Luégo de encomendar D. Luis Lacy al barón de Eroles la guarda y defensa de Montserrat, envió á Valencia á las órdenes del brigadier D. Gervasio Gasca muchos jefes y oficiales excedentes y 500 ginetes desmontados.

El general Suchet, cumpliendo las apremiantes órdenes recibidas de Napoleón, procedió á demoler las fortificaciones exteriores de la plaza de Tarragona, y se dirigió á Montserrat con el propósito de arrebatarla á nuestros soldados antes de marchar á la conquista de Valencia.

La célebre montaña de Montserrat se levanta aislada en la base general del terreno, á más de 4.000 pies, con una circunferencia de ocho leguas que va disminuyendo en agria pendiente hasta la mitad de la falda, formando su gran mole rocas cónicas altísimas y escarpadas que cierran su circuito, dejando algunas pequeñas entradas angostas y difíciles, como el camino real de Casa Massana, el de Monistrol, que es el más usual, la subida á las Taparras y el barranco que se dirige al Bruch. Sus elevados picachos se componen de piedras calizas de variados colores, que semejan al viajero soberbios templos, gigantescos juegos de bolos, inmensos monolitos, caprichosas ciudades, formando barrancos que dividen su montaña en mil ángulos, con cuerpos formados de enormes peñas llenas de rajas horizontales y verticales.

La parte baja de la montaña se halla cubierta de trigos y viñedos, con algunos bancos de peñas que forman como escalones para subir á la altura; en la parte media crecen infinidad de árboles, arbustos y plantas, que van disminuyendo, y en la cima sólo se ven rocas peladas, formando pirámides, de piedras calizas, cuarzosas, blancas, rojas y negras, descubriéndose desde la cima un extenso panorama, cuyos dilatados horizontes son las Islas Baleares, el mar Mediterráneo, las blancas cimas del Pirineo y las escuetas cumbres que limitan los antiguos reinos de Aragón y Valencia.

El hallazgo en el siglo IX por unos pastores del lugar de Monistrol de la imagen de la Virgen en una cueva de la montaña, dió lugar á la formación por el conde de Barcelona, Wifredo el *Belloso*, de un monasterio con una comunidad de monjas Benitas que lo ocupó hasta el año 976, que fué sustituída por otra de frailes de la misma orden. Erigido en abadía en 1410, llegó á poseer un templo magnífico, adornado de riquísi-

© Biblioteca Nacional de España

mos donativos de reyes, príncipes y señores, de que se apoderaron los soldados napoleónicos. El templo, edificado sobre peña á la parte Este, encima del río Llobregat que por allí corre, algo más arriba de la mitad del monte, cerca del Valle de Santa María y al pie de disformes y altísimos peñascos, aparece tendido de Norte á Sur, ceñido de peñas y de una cerca guarnecida de seis torres, abrazando en su recinto la hospedería, el hospital y varias casas.

Subiendo al monasterio se encuentra la iglesia de Santa Cecilia, después la capilla de San Miguel, y debajo de una altísima peña, hacia Levante, la cueva en que, según la tradición, fué hallada la imagen de la Virgen, y en los picachos de las rocas y en las profundas concavidades varias ermitas, ocupadas antiguamente por frailes y penitentes.

Grandiosa y á la vez fantástica se presenta esta célebre montaña y este singular monasterio.

Objeto de la veneración del pueblo español, y aún más especialmente de los hijos de Cataluña, ha sido cantado por los bardos y los trovadores, descrito por los artistas, visitado por los sabios y admirado por toda clase de gentes.

Situado Montserrat á siete leguas de Barcelona, en la carretera de esta ciudad á Zaragoza y Madrid, no contando con más ca-



VISTA DE MONTSERRAT

minos que el de Collbató, lugar situado al pie de la montaña, para carruajes, que emplean seis horas en la subida, y otro de herradura por el que se llega en dos; no permitiendo fácil acceso los picos, que sólo dejan pasos angostos y escabrosos, y concurriendo allí varias avenidas de la montaña, los españoles habían asegurado su posesión con cortaduras y otras obras desde el comienzo de la guerra, y entonces lo guardaba, de orden del general Lacy, el barón de Eroles con unos 3.000 hombres, soldados y guerrilleros.

El 25 de Julio le atacó Suchet con el general Abbe y el gobernador de Barcelona Mathieu.

Eroles y sus hombres se defendían de pico en pico, y sólo cedieron ante el número.

Suchet confió su custodia al general italiano Polombini y prosiguió su camino.

* * *

Cercado el castillo de Figueras por Macdonald, como no habrán olvidado nuestros lectores, el brigadier D. Juan Martínez, que lo mandaba, resistió el sitio con la mayor energía.

Teníalo sitiado el enemigo con línea doble de circunvalación.

En la noche del 2 al 3 de Mayo se aproximó á la población el marqués de Campoverde, atacando al amanecer por el camino real á los enemigos á fin de meter en el castillo el socorro que traía á los sitiados, al mismo tiempo que Rovira, que anterior-

© Biblioteca Nacional de España

mente había salido de la fortaleza con Amat, llamaba la atención de los imperiales por la parte de Lladó y Llers.

El mariscal Macdonald había intimado varias veces la rendición, y siempre en vano, pues Martínez, á quien no abatían los infortunios, puso al soldado á media ración, luégo á cuarto de ración, y una vez que hubo agotado los víveres echó mano de los caballos, después de los animales inmundos, hasta que, hambrienta y desfallecida la gente y sin esperanza de socorro, trató el 10 de Agosto de abrirse paso con la espada, corriendo los mayores peligros. Mas en vela los enemigos, y casi exánimes los nuestros, frustróse la tentativa, teniendo que rendirse Martínez nueve días después, ¡nueve días que representan una serie interminable de hambre y de martirio, el 19 de Agosto!

Cayeron prisioneros con Martínez 2.000 soldados, sin que entren en cuenta los heridos y enfermos; entre los primeros se hallaban Marqués, Floreta y algunos otros de la pasada sorpresa, y Macdonald, con su acostumbrada crueldad, los hizo ahorcar en un patíbulo que levantó expresamente en un rebellín del castillo.

Los Pou, con mejor estrella, habían abandonado el castillo algunos días antes, lo cual no evitó que Macdonald, á *nombre del emperador*, los sentenciara igualmente á la pena de horca. La Regencia, en premio de sus notables servicios, nombró á Ginés y á Pedro capitanes de caballería.

***

En 15 de Agosto de 1811 el príncipe de Wagram, ayudante de Napoleón, escribió á José:

«El Emperador me encarga poner en conocimiento de V. M. que Figueras se ha rendido á discreción, pero que toda Cataluña ha quedado insurreccionada. Es la única parte de España que se ha sublevado con tanto encarnizamiento. El odio que ha animado constantemente á este país contra la Francia, y que en menos de un siglo la ha costado tanta sangre, ha decidido al emperador á reunir la Cataluña al imperio francés, aunque no esté sometida y aunque tenga necesidad de conquistarla lugar por lugar. En ninguna otra provincia de España ocurren cosas de manera alguna semejantes á las que suceden en este Principado, y S. M., por interés del imperio, quiere ponerla en orden para siempre. Cataluña está de tal modo devastada, que se necesitarían muchos años para restablecerla y ponerla en estado de que pudiera prestar algún socorro.»

Esta importante carta, en que se pintan á maravilla las ambiciones del César francés de engrandecer su imperio á costa de España, aunque el rey de esta nación fuera su propio hermano, cayó en poder de lord Wellington después de la célebre batalla de Vitoria.

Guerrillas y somatenes de Cataluña.—Manso.

Desde Vilaplana, con fecha 2 de Mayo de 1811, D. Jaime Perera, corregidor interino del corregimiento de Lérida y comandante general del *somatén* de aquel distrito, participó á la Junta que con 75 tiradores había acudido á Vinaixá el 28 de Abril, y juntando los somatenes cercanos y 60 hombres mandados por D. Antonio Torrellas *(Belianas)*, tomó posiciones en las alturas de las *Forcas* para batir al enemigo, según las órdenes que tenía.

Al amanecer del 29 bajaron del punto llamado de la Mancha 300 infantes enemigos y 150 caballos en dirección á sus posiciones, rompiéndose el fuego, que duró hasta las nueve de la noche en que los franceses fueron reforzados por 400 hombres.

La misma noche dirigió el Sr. Perera á D. Antonio Torrellas con su gente á la Peña del Poblet, y él en la madrugada del 30 se encaminó al mismo sitio, desde el que enviaba partidas de guerrilleros al llano de Poblet contra los imperiales, haciéndoles la de *Belianas* cinco muertos y nueve prisioneros.

El 1.º de Mayo pasó á Rojals y luégo á Vilaplana para incomodar incesantemente á los franceses.

Para que se vea la guerra sin tregua que nuestros guerrilleros hacían á los franceses, copiamos el final del parte del Sr. Perera:

«Recomiendo á V. E. el valor de los hermanos Antonio y José Torrellas, que no pasa

© Biblioteca Nacional de España

día sin que hagan conocer al tirano de Europa lo que vale un paisano español resuelto á matar ó morir.»

* * *

El 3 de Mayo de 1811, Manso formaba parte de la división del barón de Eroles en Tarragona, y fué nombrado comandante general de todas las tropas ligeras y compañías de reserva que se hallaban encargadas de molestar al ejército sitiador de aquella plaza, pudiendo asegurarse que no dejaba trascurrir un día sin reñir batalla con los franceses, y en la del 4 de Junio, hallándose en Castán y aproximándosele 13 granaderos montados, él solo cogió 11 con sus caballos.

Hé aquí uno de los partes del teniente coronel D. José Manso al general en jefe:

«Martorell 12 de Mayo de 1811.

Anteayer destiné 60 hombres de los de la vanguardia á que incomodasen á los enemigos colocados alrededor de las murallas de Barcelona, mas resultó después de un rato de tiroteo alarmar los de la ciudad, y huyendo con la mayor precipitación por los fosos, les salieron de refuerzo 300 hombres con los que también hubo fuego.

Me dejé ver ayer tarde con 25 somatenes por la Cruz Cubierta.

Puestos en defensa, y Monjuich incesante en hacer señales, reconocido el terreno, regresé después de un rato de tiroteo; por mi parte no he tenido pérdida ninguna. Ellos han tenido algunos heridos. Todos los días se me presentan pasados; ayer lo verificaron seis granaderos. Abunda más la deserción después que se introdujeron en Barcelona algunas proclamas que me mandó el coronel D. Andrés Bassencourt; estos seis son de los que se hallaron de guardia en la Cruz Cubierta ayer en el acto del fuego.»

Cuando la toma de Tarragona Manso fué el encargado de llevar tan triste nueva al general Campoverde.

Dispersado el ejército, sólo quedaron en Cataluña los soldados naturales del Principado. Manso pudo conservar algunas fuerzas de las que tenía á sus órdenes, y con la infantería y algunos suizos se dirigió á Molins de Rey. Una avanzada suya topó con un destacamento francés y fué hecha prisionera, mandando Suchet colgar vivos de los árboles á los cinco hombres que la componían (1).

Apenas supo Manso la triste suerte que había cabido á aquellos desgraciados, mandó imprimir y circular un escrito declarando que se hallaba en el triste pero necesario caso de tomar represalias, y como prueba de que sus obras iban á estar en consonancia con aquel propósito, mandó fusilar en las inmediaciones de los muros de Barcelona cinco franceses que tenía prisioneros y después colgarlos en los árboles, poniéndoles en la espalda su hoja de servicios, á cuyo final hizo escribir: «*Este es el pago que da la Francia á sus soldados.*»

Lacy encargó á Manso la formación de un regimiento para que lo mandase, á lo que se excusó con noble modestia diciendo que sólo le correspondía mandar un batallón.

El batallón que formó ascendía al número de 1.900 hombres con la denominación de *Cazadores de Cataluña.*

Manso, con sólo 600 hombres de este batallón, desalojó á los franceses en número de 1.300, cerca de las alturas de Moncada; fuerzas ocultas cayeron sobre Manso consiguiendo arrollarle y separarle del camino; rodeado de gran número de enemigos, sólo su genio le salvó, pues llevando prevenidos en su equipaje cartuchos de pergamino atados con dos cuerdas, conteniendo cuatro balas cada uno, hizo uso de ellos haciendo cargar con los mismos los fusiles.

Atacado por los franceses á la bayoneta, correspondió del mismo modo á la agresión; mas cuando unos y otros estaban á quemarropa, hizo una descarga cerrada que produjo tal destrozo en el enemigo, que éste se vió obligado á retirarse.

Caminando Manso con la división del barón de Eroles hacia Cervera, tuvo el 5 de Octubre una reñida acción en Castell-Oli, cerca de Igualada.

El 9 del mismo, á pesar de haber sido atacado por fuerzas triplicadas en Gorbá, pudo

(1) Estos soldados llevaban bordado en el cuello el escudo de Cataluña.—*Estado Mayor general del Ejército.*

© Biblioteca Nacional de España

reunirse al general de su división que le esperaba para atacar á Cervera.

La presencia de las tropas españolas hizo al enemigo abandonar la ciudad y encerrarse en la universidad.

Manso, con su batallón, ocupó calles y plazas inmediatas, y mientras el enemigo aumentaba la natural fortaleza con seis reductos, los sitiadores por su parte aspillerarón las casas vecinas, interceptaron las calles más próximas y colocaron un cañón de á 12 frente á la puerta principal.

Manso, desde una casa en que se hallaba, abría una mina para volar la universidad.

El enemigo capituló.

Manso recibió en este día una herida leve en la oreja izquierda.

Trasladóse la división á emprender el sitio de Belpuig. Los franceses ocupaban el castillo de los duques de Sessa y le habían fortificado. Los españoles establecieron en batería un cañón que llevaban y emprendieron el asalto. Manso construía una mina desde el cuartel en que se hallaba, ayudado



VISTA DE CERVERA

por sus soldados, y concluídos los hornillos dió parte al general.

La impaciencia del general no le permitió á Manso construir el tercer hornillo que había proyectado, pues le ordenó prender fuego á los dos construídos.

Manso puso manos á la obra y prendió fuego, calculando el momento de la explosión; ésta tuvo efecto con escaso ruído, empero el destrozo fué tal que levantó en alto una pared entera del edificio. (Por una extraña casualidad, lanzó la explosión á los aires un depósito de pesos duros que fueron alegremente recogidos por los soldados sitiadores.)

Emprendieron el asalto y parlamentó la guarnición entregándose prisionera.

Al participar el general en jefe esta victotoria, acaecida el día 13, manifestaba que donde se encontrase Manso eran innecesarios los ingenieros para la construcción de minas.

(Consistía la mina dirigida por Manso en una galería de dos varas de altura, y al final, sobre el propio techo, dos hornillos para la pólvora.)

Lacy dispuso que el barón de Eroles diera un paseo militar por la Cerdaña francesa. Manso, con su batallón, se hallaba el 24 á la vista de Puigcerdá, de donde fué arrojada la

© Biblioteca Nacional de España

guarnición enemiga, que constaba de 2.000 infantes y 250 caballos.

La misma arrojada guarnición volvió sobre la villa con nuevas fuerzas y atacó en columna el centro de la línea española. En el momento de llegar á ella, Manso con su batallón cayó sobre el flanco de los atacantes, que hizo retroceder y llevólos en retirada cerca de dos horas, hasta el pueblo de Zagallosa. Manso salvó la división de Eroles, recorrió todo el Llano de Molins, llegó hasta Fouromeo y apoderóse en el tránsito de 2.000 cabezas de ganado.

Decaen, nuevo general en jefe de las tropas francesas, había salido de Gerona con 14.000 infantes, 700 caballos y ocho piezas de artillería, y con estas fuerzas se encaminó á San Celoní. Entre este punto y Palau una columna de 2.000 infantes se encontró con el batallón de Manso, que desfilaba por un bosque; la compañía de cazadores fué arrollada y se retiró al batallón, que se sostuvo denodadamente más de tres cuartos de hora en una posición que tomó, no descendiendo de ella sino para atacar al enemigo á la bayoneta, obligándole á retirarse.

Cinco mil infantes, 100 caballos y cuatro piezas de artillería del ejército francés se presentaron delante de la posición que ocupaba Manso, inmediata al pueblo de la Garriga, con intento de forzar el paso; los esfuerzos empleados en tres acometidas resultaron inútiles, viéndose rechazados á pesar de las granadas y balas rasas que emplearon para obtener su objeto, y Manso, descendiendo al llano, cargó sobre los imperiales que se declararon en derrota.

Más guerrilleros.

D. Francisco Montardit, jefe de una de las más importantes guerrillas de Cataluña, dirigió á la Junta Superior del Principado el siguiente oficio, el día 6 de Mayo de 1811:

«Hoy día de la fecha me han avisado de que el enemigo, habiendo pasado el puente de Blancafort en número de 2.000 infantes, que conducían una porción de ganado vacuno y lanar, estaba acampado en el lugar de Alberola (Lérida), distante dos horas y media de esta villa, y marchando, desde luego, he podido llegar á tiempo de atacar su retaguardia y perseguirla hasta la villa de Os, desde donde sin pararse han marchado á Balaguer.

El enemigo ha tenido en esta acción unos veinte muertos y muchos heridos, como lo atestigua la mucha sangre que se encuentra en el camino de su tránsito, sin daño alguno por nuestra parte.»

Durante algún tiempo se ocupó Montardit de reclutar nuevos adeptos, llegando á formar un batallón que llamó *Batallón de Balaguer*, con el cual asistió, á las órdenes del coronel D. Manuel Solano, al ataque de Graus, en el mes de Setiembre de 1811.

El día 12 de este mes resolvió atacar á los enemigos que guarnecían la ciudad de Balaguer, para lo cual dividió su batallón en tres columnas que acometieron á un mismo tiempo las tres puertas de Lérida, Gel y Garp, sosteniendo el fuego los franceses desde la muralla y el castillo.

Avisado Montardit que les habían entrado 160 caballos de refuerzo por la parte del puente, dispuso la retirada, que se verificó con el mayor orden hasta más arriba del lugar de Gerp, no obstante cargarles 100 caballos y una fuerte columna de infantería.

Nuestras pérdidas, si no muchas, fueron graves, pues en los heridos que tuvimos se contó á Montardit, que fué cogido prisionero por los imperiales y fusilado sin respeto á que estaba autorizado por la Junta y el general en jefe como comandante de batallón. Las del enemigo fueron 70 entre muertos y heridos, contándose entre los primeros al coronel del 24 de dragones y á varios oficiales.

La Junta del Principado, al tener noticia de tan triste suceso, se apresuró á nombrar comandante del *Batallón de Balaguer* al capitán del mismo D. Juan Montardit, hermano del benemérito patriota, tan inicuamente fusilado por los imperiales, queriendo de este modo honrar su memoria, ofreciendo tomar justa represalia de una atrocidad tan contraria á los derechos de la guerra y á los sentimientos de la humanidad, pero tan común en las huestes napoleónicas.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Con fecha 13 de Julio de 1811, dispuso la Junta general del Principado el levantamiento del somatén general del Corregimiento de Villafranca, poniéndole á las órdenes de D. Antonio Franch, uno de los héroes del Bruch, autorizándole para nombrar oficiales, cajero y empleados, y ordenándole que con él se encaminase á la plaza de Cardona para hostilizar al enemigo, y casi al mismo tiempo recibía el siguiente oficio del general Lacy:

«Reuna V. inmediatamente toda la gente de su mando, y, ganando instantes, aproxímese á la plaza de Cardona, haciendo adelantar una pequeña guerrilla que indique los movimientos del enemigo, para hostilizarle donde quiera que lo encuentre, dándome noticia de las posiciones que V. ocupe y de las que tenga el enemigo.—Solsona 13 de Julio de 1811.»

El 20 de Julio le dirigió la citada Junta esta orden:

«En virtud de las amplias facultades que nos ha conferido el Excmo. Sr. Capitán general interino, hemos acordado la defensa de Montserrat, en la forma que indica el plan que incluímos, y como según él queda usted nombrado para comandante de Casa-Masana y el Bruch *dalt*, pasará V. inmediatamente á encargarse de los hombres que, según el referido plan, están destinados á aquel punto.»

Otro documento de la misma Junta, decía en extracto lo que sigue:

«Teniendo en la persona de D. Antonio Franch, comandante general del Corregimiento de Villafranca, la confianza que es menester, ha venido en comisionarle para que reuna en dicho Corregimiento y sus confines los dispersos, desertores y voluntarios que se le presenten para formar un batallón.—3 de Setiembre de 1811.—*El abad de Besalú.—Juan Vila*, vocal secretario.»

El día 11 de Octubre de 1811 el barón de Eroles ofició á D. Antonio Franch tener bloqueados á los franceses en Cervera, dentro de su famosa universidad, y pidiendo le enviara noticias del movimiento y dirección de las tropas francesas que habían salido de Igualada.

Más adelante, y en otro oficio en que le daba las gracias por las noticias que le había enviado, le decía contestando á la petición de fusiles que el Sr. Franch le había hecho para armar sus guerrillas:

«Tendré en ello la mayor satisfacción, siempre que la casualidad me los proporcione.»

Es decir, que los españoles para armarse tenían antes que tomar las armas á los enemigos.

El 25 de Octubre participó D. Antonio Franch al general Lacy tener ya reunidos 706 hombres para la formación del batallón decretado.

* * *

D. Miguel Roig, capitán del somatén de Igualada, decía á D. Antonio Franch desde Punt de Rubió el 2 de Setiembre de 1811:

«Sabiendo que 150 infantes franceses, con otros tantos caballos, andaban robando las casas de campo del rededor de Igualada, hice emboscar esta madrugada en Casa-Vives 70 hombres, entre quintos y somatenes, é igual número en Casa-Morera. Al amanecer se presentaron los 300, y rompiendo el fuego se les mataron seis hombres y un caballo, obligándolos á huir, sin tener nosotros pérdida ninguna.»

* * *

D. Pablo Viñals, capitán del somatén de Terrasola, le decía desde San Pedro de Riudevilles el 4:

«He logrado desalojar al enemigo de esta villa y le he puesto en precipitada fuga, matándole nueve hombres é hiriéndole 38.

Por nuestra parte ha habido tres hombres muertos y una mujer que acompañaba á su marido, á la que asesinaron bárbara y cobardemente.»

* * *

D. José Gustems, capitán del de San Juan de Cunillas, le participaba en igual fecha:

«Estando con 40 somatenes en Casa-Fábregas, del término de Font-Rubí, ví bajar hacia dicha casa un destacamento de 60 franceses.

© Biblioteca Nacional de España

Embosqué mi gente á un cuarto de hora de distancia, y al pasar los enemigos les intimé la rendición, asegurándoles la vida; pero resistióse á la propuesta su comandante y se rompió el fuego, que continuó hasta el anochecer, en que retrocedieron á la Fuente de Llinás con pérdida de 27 muertos, un prisionero, cinco caballos y varias provisiones.»

* * *

El comandante D. Francisco Sanahuja decía á la Comisión del Corregimiento de Cervera-Argensola el 8 de Setiembre:

«El día 6 de este mes, unos 50 somatenes, al mando de Simón Riera, apostados en el lugar de Argensola, acometieron á 100 franceses que escoltaban un convoy de Cervera á Igualada, y después de dos horas de fuego los hicieron huir por el camino de Igualada con tres muertos y 12 heridos, teniendo nosotros dos heridos.

El día 7 el citado Riera tuvo en el mismo sitio otro encuentro con los enemigos, matándoles uno é hiriéndoles varios.»

* * *

Ya vimos que Suchet, luégo de apoderarse de Montserrat, dejaba encargada su custodia al general italiano Polombini, que no había de gozar en su nuevo cargo de un instante de sosiego, teniendo cerca á un enemigo como D. Ramón Mas, comandante de los somatenes del Corregimiento de Manresa, quien, al frente de varios de ellos, le atacó el 5 de Agosto, y luégo el 9, causándole una pérdida de más de 200 hombres.

Desde su campamento de Casa-Masana decía el 23 al general en jefe:

«Cada día hay alguna escaramuza con los enemigos, en que pierden mucha gente, según informaciones ciertas que recibo de los hospitales de Igualada y otros puntos.»

El 3 de Setiembre atacó con 400 hombres del somatén, en unión de D. Domingo Darnús, que tenía á sus órdenes 150 de los de Vich, y de D. Juan Carrera, que mandaba una partida patriótica de 94, á los franceses en el fuerte de Santa Cecilia, Rocaforadada, Puigterrau y demás puntos de la línea, quemando sus barracas, destruyendo sus parapetos y cogiéndoles varios fusiles, mochilas y otros efectos. El parte terminaba así:

«En los demás puntos han sido batidos los enemigos, á tiro de pistola de sus fuertes y reductos, con asombro de ellos mismos que han visto con pasmo lo que hacen estos que llaman *salteadores*. Nuestras fuerzas han sido iguales en esta acción. Ellos han perdido 60 hombres, á nosotros nos faltan cinco, y tenemos algunos heridos.»

Desde el campamento de Casa-Brunet escribía el arrojado Mas el 5:

«He sabido que los franceses de Igualada han salido hacia Cervera, y se cree que en aquella villa ha quedado la guarnición acostumbrada.

Asimismo he sabido que el gobierno francés de dicha villa mandó ahorcar á los cinco prisioneros que nos hicieron en el ataque de ayer, por lo que he resuelto hacer saber al general de Montserrat que si continúa haciendo igual con los individuos de estas compañías que caigan prisioneros, mandaré *quemar vivos* á cuantos franceses caigan en mis manos.

Esta tarde una de mis compañías ha interceptado un convoy de víveres que pasaba para Igualada, trayéndome también 60 cabezas de ganado que estaban á tiro de pistola de los centinelas franceses.»

El 15 envió, desde el mismo campamento, el siguiente parte á la Comisión de somatenes de Manresa:

«Habiendo salido ayer los enemigos de la parte de Montserrat en número de 300 hacia Marganell, en cuyo pueblo robaron las principales casas, les salí al encuentro con 250 somatenes, obligándolos á una vergonzosa fuga y dispersándolos hasta su campamento, con pérdida de 10 ó 12 muertos, obligándoles á dejar gran parte de lo que habían saqueado, entre otras cosas un mulo que habían quitado á un pobre viejo, á quien se lo devolví.

El capitán D. Jerónimo Noguera, que está destacado en Castellgalí, se distinguió como acostumbra.

Los malvados franceses desahogaron su furor degollando á un somatén y á un viejo indefenso.

© Biblioteca Nacional de España

Acabo de saber que la primera compañía enviada de guerrilla á la parte de Colldeguseu é inmediaciones de Olesa, ha cogido una presa de consideración al enemigo en bueyes, campeche, etc.»

En estos partes aparecen fielmente retratados franceses y españoles, soldados napoleónicos y guerrilleros catalanes.

Los franceses huyen cobardemente, ahorcan á los prisioneros, saquean á los pueblos, roban á los caminantes, y asesinan á las mujeres y los hombres que encuentran indefensos.

Los españoles no cuentan el número de enemigos, auxilian á las poblaciones, devuelven lo robado á sus dueños y protegen la honra de sus mujeres y la vida de los caminantes.

No somos nosotros, son sus acciones los que retratan á los imperiales con tan negros colores.

* * *

El comandante Fábregas tuvo el 16 de Agosto en las inmediaciones de Torrades una importante acción con los enemigos, á los que fué á provocar á su campamento de Llers, y aunque al principio le obligaron á retroceder por la superioridad de sus fuerzas, que pasaban de 800 soldados, sus guerrilleros cargaron luégo sobre los imperiales con tanto arrojo que los hicieron retirar cobardemente.

Ascendido á teniente coronel y comandante de Bañolas por sus repetidos triunfos, prosiguió su lucha contra los enemigos sin dejarles un punto de reposo.

Sabedor el 2 de Diciembre de que le iban á acometer en la mañana del 4 sobre 2.000 infantes y 200 caballos, apostó el segundo batallón de un regimiento de Rovira, que tenía á sus órdenes, en el bosque llamado de las *Timas*, á la izquierda de la carretera de Aulot, y los recibió con tal denuedo y les dirigió un fuego tan certero y tan vivo, que los hizo retirar en el mayor desorden á las alturas de Pujarrol, donde pasaron la noche.

Entretanto, llegó el primer batallón del dicho regimiento, enviado por Rovira en su auxilio, y los franceses, al saber tal noticia, evacuaron á Pujarrol y Bañolas, y se dirigieron precipitadamente por el camino de Figueras á Gerona.

* * *

Hallábase Rovira con su gente en Torá, cuando trataron los imperiales de sorprenderle, presentándose de improviso con fuerzas muy superiores.

Rovira, sin desconcertarse, dispuso convenientemente sus fuerzas para recibirlos, y ordenó al capitán D. José Cuadros que se lanzase contra la vanguardia enemiga, fuerte de 200 infantes y 10 caballos, que, no pudiendo resistir su empuje, se declaró en fuga, abrigándose en las alturas de Guixeras. Acudió en su socorro el grueso de los imperiales, y los nuestros se retiraron con orden, sin más pérdida que dos muertos y cuatro heridos. La de ellos debió ser muy considerable, pues á la primera descarga que se les hizo desde el interior de la villa tuvieron 14 muertos.

Por todas sus brillantes acciones, Martínez, el valeroso defensor de Figueras, y Rovira, fueron promovidos á mariscales de campo (1).

Ya en Agosto de 1811 había resuelto la Regencia premiar al doctor Rovira con la dignidad de maestre escuela de la catedral de Vich, su patria, para que, al terminar la guerra, si no quería seguir la carrera de las armas, tuviera un retiro decoroso (2).

Constancia de Barcelona.—El general Lacy y la Junta del Principado.—Invasión de Francia.—D. Gregorio Miranda.

No desmintieron los hijos de Barcelona su constancia y su amor á la patria, á pesar de las vejaciones, de la tiranía y hasta del cadalso, á que eran condenados muchos de sus hijos.

Fieles á la causa de la Independencia, sus habitantes enviaban en gran número fornituras, mantas, sables, pistolas y fusiles, secretamente fabricados, á los guerrilleros y

(1) *Gaceta del Gobierno.*—1811.
(2) *Semanario Patriótico.*—Agosto de 1811.

© Biblioteca Nacional de España

soldados, auxiliando con fuertes sumas á la Junta del Principado para los gastos de la guerra.

No satisfecho aún su patriotismo, se negaron á acuñar moneda con los bustos de José, ni de Napoleón, ni siquiera con sus águilas, y cuanta se labró durante la lucha fué únicamente con las armas de Barcelona.

Pero aún fueron más allá, pues apenas dejaron trascurrir un mes sin fraguar alguna conspiración, encaminada á sublevar la ciudad contra sus opresores y reconquistar su libertad.

En 1809 fueron arrestados cinco de los comprometidos en una de éllas y decapitados por los inhumanos franceses en la mañana del 3 de Junio, distinguiéndose entre ellos el doctor Pou, hijo de Vich, y un joven del comercio llamado Juan Massana, el cual, en el interrogatorio que precedió al suplicio, indignado por la palabra *traidor* con que le apellidó el general francés, le replicó con noble energía:

—«El traidor es V. E., que, con capa de amistad, se apoderó de nuestras fortalezas.»

En el mes de Marzo de 1810 ya vimos á la Comisión de barceloneses pedir auxilio á Manso y al general marqués de Campoverde para la realización de otra conspiración.

El marqués de Campoverde, más confiado que Manso, aprobó el plan y salió de Tarragona en dirección á Barcelona, llevando su ejército dividido en tres columnas, mandadas por Courten, Sarfield y el barón de Eroles, para con el apoyo de Manso auxiliar la empresa. Llegó su vanguardia hasta el glasis de Monjuich, habiendo habido soldado que saltó al camino y bajó al foso llevado de su ardimiento; pero el gobernador de la plaza, general Mauricio Mathieu, descubrió el plan y rechazó á Campoverde, obligándole á retirarse en desorden, prendiendo á los conspiradores.

Mathieu, decidido á hacer un nuevo escarmiento, mandó arcabucear á los pocos días, en la mañana del 10 de Abril, al comisario de guerra D. Miguel Alcina, jefe de la abortada conspiración.

La rabia de los invasores llegó á tal punto, que en el mes de Octubre del siguiente año de 1811 ajusticiaron á D. Manuel Prat y á D. Ignacio Ramón, tan sólo por haber exclamado: *Tarragona es nuestra:* y á don Andrés Germán, porque hablando con un amigo suyo le dijo: *Si el general D. Luis Lacy hubiese venido dos años atrás, la guerra de Cataluña estaría acabada* (1).

No serán éstas las últimas pruebas de la constancia y patriotismo de Barcelona que presentemos á nuestros ilustrados lectores.

* * *

Convienen todos los cronistas de nuestra gloriosa lucha por la independencia que á la decisión, al valor, al heroísmo, en una palabra, del insigne Lacy se debe el sostenimiento de la guerra en Cataluña, que habiendo perdido sus mejores plazas y sus más importantes ciudades, ya de orden del gobierno de Madrid en los comienzos de la guerra, ya por medios inícuos y villanos de los franceses más tarde, ya por desgracia ó falta de valor de algunos jefes luégo, estaba á punto de caer en su totalidad bajo la dominación del conquistador Bonaparte, quien, de seguro, á juzgar por la carta del príncipe de Wagram que hemos copiado, dirigida á su hermano José, habría hecho pagar bien cruelmente al antiguo Principado catalán la sangre francesa que en tantas ocasiones habían derramado sus valerosos hijos.

Trabajaba en Cataluña D. Luis Lacy y entretenía á los franceses de aquel Principado, dice un célebre historiador, ya que no pudiese activa y directamente coadyuvar al alivio de Valencia. Severo y equitativo, ayudado de la Junta provincial, levantó el espíritu de los catalanes. Reforzó á Cardona, fortificó ciertos puntos de la montaña que se daban la mano y formaban una importante cadena, y rompió la línea establecida por los enemigos de Barcelona á Lérida. Deseoso de completar su plan el infatigable general, tan activo como bravo, organizó batallones, sostuvo á los débiles, enardeció á los valientes, y metiéndose en la Cerdaña francesa, por el Valle de Querol (Agosto), repelió á 1.200 hombres que se le

(1) Padre Ferrer.—*Idea de la fidelidad de Barcelona.*

© Biblioteca Nacional de España

opusieron, derrotó á la guarnición francesa de Marens, quemando el pueblo en justa represalia de los incendiados en Cataluña por los imperiales, sobre todo de la indigna quema de Manresa, entró en Ax, donde impuso fuertes tributos, y luégo de sembrar la alarma y el espanto en todo el territorio enemigo, regresó á sus cuarteles.

Trascribimos una carta de Bagá, de fecha 30 de Octubre, en que se dan algunos curiosos detalles de esta expedición:

«La división del barón de Eroles ocupa Puigcerdá, de donde salió ayer parte de élla con dirección al valle de Querol y ciudad francesa de Ax.

El enemigo sigue encerrado en Montluis sin poder estorbar los movimientos de nuestras tropas, ni las contribuciones que exigen á su vista.

Anteayer pasaron por aquí 2.000 cabezas de ganado lanar y varias de vacuno, extraídas de los pueblos de Porta, Porté y Hospitalet, de Francia, y esta madrugada han pasado más, todo lo cual ha venido muy bien para nuestro pobre ejército.

Los habitantes de Ax salieron á recibir á nuestras tropas, pagaron las contribuciones impuestas y regalaron al general tres hermosas yeguas y un caballo.

La resistencia de los habitantes de Marenchs ocasionó el saqueo de la población, y por un desgraciado accidente el incendio, que el barón de Eroles ha sido el primero en lamentar.

El botín cogido en Marenchs se considera importante por ser el depósito de dinero, efectos de valor y géneros coloniales del Valle de Querol.

El 3 de Noviembre han entrado 200 guardias nacionales franceses en varios pueblos de sus compatriotas, saqueándolos.

Los mozos huyen de la conscripción decretada últimamente, y los soldados y guardias cometen con ellos y con sus familias mil crueldades, llegando hasta demoler las casas después de robarlas.»

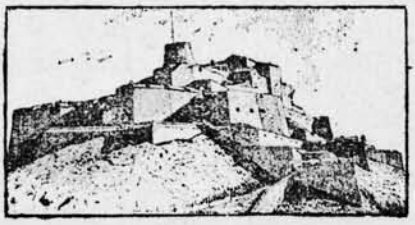
Esta campaña de Francia tuvo una gran importancia á los ojos de toda Europa. En primer lugar, los invadidos españoles se convertían en invasores, y no por traición, como los bonapartistas habían realizado la de España, sino por la fuerza de las armas. En segundo, nuestros ejércitos, al entrar en el país enemigo, daban gallarda muestra del valor y de la disciplina del soldado español, tan valiente en la pelea como noble y honrado después de la victoria. En tercero, la Francia, que con tanto desprendimiento había ayudado á Napoleón á la conquista de España, no escaseándole ni sus tesoros, ni sus hijos, empezaba á comprender, á su costa, los males de la invasión, y según la carta que dejamos copiada, los mozos huían de la nueva conscripción decretada, amparados por sus familias, y los pueblos se negaban á nuevos sacrificios, teniendo precisión el césar francés de emplear la fuerza para lograr hombres y recursos. Dijimos en otra ocasión, y volvemos á repetirlo, que España era la sola nación que, en lugar de producir recursos á Napoleón, le costaba una parte del tesoro francés, harto exhausto con tantas y tan prolongadas guerras; pero hasta la invasión de la Cerdaña por Lacy no habían tocado tan de cerca los franceses, ni tan directamente, los resultados de la guerra con España que, devolviendo golpe por golpe, los imponía tributos y los sometía á vasallaje. Era el medio mejor de obligarles á reflexionar y poner coto á la desapoderada ambición del césar.

De la invasión y de la guerra los franceses no habían visto hasta entonces más que el brillo de sus armas, el triunfo de sus legiones, la conquista de cien pueblos, los tronos volcados, las provincias ganadas, los tesoros extranjeros llenando sus arcas, los hijos de los países sometidos luchando, mezclados en sus ejércitos, para ganar nuevas victorias y pelear contra sus mismos padres, contra sus propios hermanos, presenciando impávidos la deshonra de sus mismas mujeres, y por esto quizás fomentaban los criminales planes de Napoleón; pero aquí cambiaba por completo la decoración, y el valiente general Lacy, penetrando en su territorio, les hacía contemplar el reverso de la medalla, les obligaba á satisfacer fuertes contribuciones, á soportar todas las cargas de la guerra, á sufrir todas las vejaciones de la lucha, y fortuna grande fué para los imperiales que el invasor fuera el ejército es-

© Biblioteca Nacional de España

pañol, y que lo mandara un hombre como D. Luis Lacy, merced á lo cual no llegaron á tocar por completo todas las consecuencias de la guerra, ni á sufrir todos los horrores de la invasión, ni á ser víctimas de las represalias que exigía la cruel é inhumana conducta de los soldados franceses en nuestro territorio. Aun así los súbditos de Napoleón empezaron á comprender lo grave, lo difícil, lo peligroso de invadir un país, porque toda invasión comenzada por la guerra, llega á terminar, más pronto ó más tarde, con la ruina, á menos que el país invadido no se llame España, cuyos hijos, acostumbrados á luchar desde la cuna, sobrios y valientes, altivos y heróicos, saben levantar con sus robustos brazos ciudades más grandes y más bellas de entre las mismas ruínas.

No satisfecho aún D. Luis Lacy con haber puesto en estado de defensa las plazas de la Seo, Cardona y Solsona, atrincheró la fragosa y elevada montaña de Abusa, á cierta distancia de Berga, en donde ejercitaba los reclutas. ¡Y todo eso rodeado de enemigos y vecino á la frontera de Francia!



CASTILLO DE CARDONA.

Apoderados los franecses de todos los puntos marítimos principales, determinó Lacy posesionarse de las islas Medas al embocadero del Ter. Parecióle lugar aquel acomodado para un depósito y buena vía para recibir por ella auxilios y dar mayor despacho á los productos catalaues. Tuvo encargo de conquistarlas el coronel inglés Green, yendo á bordo de la fragata de su nación *Indomable* con 150 españoles que mandaba el barón de Eroles. Verificóse el desembarco el 29 de Agosto, y el 3 de Setiembre, abierta brecha, se apoderaron los nuestros del fuerte. Acudieron los franceses en mucho número á la costa vecina y empezaron á molestar con sus fuegos á los que ahora ocupaban las islas. Opinaron los marinos británicos que se debían abandonar, lo cual se ejecutó á pesar de la resistencia de Eroles y de Green mismo, volando los aliados el fuerte antes de la evacuación.

No era hombre Lacy de ceder en su empresa, é insistiendo en recuperar las islas, persuadió á los ingleses á que de nuevo le ayudasen. Se embarcó el 11 en persona con 200 hombres en Arenys de Mar á bordo de la mencionada fragata, mandada por Thomas; fondeó el 12 á la inmediación de las Medas, y dividiendo la fuerza desembarcó parte en el continente para sorprender á los franceses y destruir las obras que allí tenían, y parte en la Isla Grande. Cumplióse todo según los deseos de Lacy, quien, ahuyentando á los enemigos, y dejando al teniente coronel D. José Masanes por gobernador del fuerte y director de las fortificaciones que iban á levantarse, tornó felizmente al puerto de donde había salido. Apellidólas el general en jefe *Islas de la Restauración*, y á un baluarte que querían dar el nombre de *Lacy*, púsole el de *Montardit*, «honor, dijo, que corresponde á un mártir de la patria.»

A causa del inhumano fusilamiento del guerrillero Montardit dirigió Lacy el 12 de Octubre al mariscal Macdonald una reclamación vigorosa, concluyendo por decirle: «Amo, como es debido, la moderación; mas no seré espectador indiferente de las atrocidades que se ejecuten con mis subalternos; haré responsables de ellas á los prisioneros franceses que tengo en mi poder y pueda tener en lo sucesivo.»

* * *

El general D. Luis Lacy necesitaba de un oficial que, llevando algún tiempo de guerrear en Cataluña, pudiese servirle de guía en ciertas empresas, darle conocimiento de los medios de que el Principado disponía, del espíritu de sus habitantes, de la moral del ejército, de la actitud de los guerrilleros, de los lugares en que habíamos tenido victorias ó sufrido derrotas, de una porción de circunstancias, en fin, tan necesarias para un general en jefe, y mucho más en aquellos difíciles momentos.

© Biblioteca Nacional de España

La casualidad le hizo tropezar con don Gregorio Miranda, ascendido á teniente coronel por sus grandes hazañas en todas partes, desde que comenzó la guerra, portador de un pliego para Lacy, en que el brigadier D. Gervasio Gasca, á quien había acompañado en su expedición hasta Valencia, le participaba su llegada á aquel antiguo reino con las fuerzas de su mando.

Intentemos hacer el retrato de D. Gregorio Miranda.

Ya dijimos al comenzar nuestra historia, que por vocación había seguido la carrera de las armas, entrando de cadete en el regimiento de infantería de Alcántara.

En 1793, al declarar la guerra España á la República francesa, Gregorio Miranda, que contaba á la sazón diez y ocho años, tomó parte en ella con todo el ardor de su juventud y con todo el amor que profesaba á la milicia.

Mozo de un talento natural, instruído por su hermano D. Juan Antonio, dotado de un valor á toda prueba, debía resultar y resultó en efecto un excelente soldado y un bizarro oficial.

En 1794 los españoles se apoderaron de la plaza francesa de Bellegarde; en esta función de guerra el joven Miranda, con algunos pocos soldados veteranos que encantados de su valor se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones y tornó á su campamento conducido en triunfo por sus soldados, lleno de heridas, cubierto de sangre, pero abrazado á una bandera francesa que había conquistado con su valor, en premio de lo cual fué nombrado teniente, y condecorado á la vista de todo el ejército, que le victoreaba sin cesar, con la cruz de Santiago.

Recobrada Bellegarde por los franceses, que penetrando inmediatamente en España sitiaron á Figueras, Gregorio Miranda combatió á las órdenes del valiente conde de la Unión, que pereció bajo los muros de aquella plaza, causando su muerte la derrota del ejército español.

Las armas de la República marchaban victoriosas; Rosas, Fuenterrabía y San Sebastián se rinden á los franceses, que habían invadido España por dos puntos y que, dueños de una parte considerable de Cataluña y de Vizcaya, podían fácilmente abrirse un camino hasta Madrid, y Godoy propone y obtiene la paz el 22 de Julio de 1795.

Gregorio Miranda, llevado de su amor á las armas, tomó parte en las guerras marítimas contra Inglaterra, que, casi sin interrupción, se suceden desde 1796 á 1804.

Terminadas éstas vino á Madrid por una corta temporada, y á principios del año 1808 marchó á Barcelona, y con el empleo de capitán entró en el regimiento de caballería de Borbón.

Comenzada la guerra, no cesó un día de pelear contra Napoleón y contra sus legionarios, en aquella sangrienta lucha, distinguiéndose notablemente.

Vamos á reproducir el parte del brigadier D. Gervasio Gasca, y la conversación entre el general Lacy y Gregorio Miranda, por considerarlos de verdadera importancia (1).

«Excmo. señor: Cumpliendo las órdenes de V. E., me puse el 24 de Julio de 1811 á la cabeza de una corta división de caballería, compuesta de los regimientos de Alcántara, Dragones de Numancia, Húsares Españoles, Cazadores de Valencia y Húsares de Granada, en total 12 jefes, 112 oficiales, 992 plazas y 449 caballos.

Con ella emprendí el 25 la marcha hacia Valencia, hallándose los caballos en el mayor estado de debilidad...

¿Es posible?—preguntó D. Luis Lacy á Miranda.

—Cierto, Excmo. señor,—pero no fué eso lo más grave.

—Pues, ¿qué?

—Que esa debilidad, que alcanzaba por igual á hombres y caballos, fué aumentando de día en día por la falta de raciones, por la carencia de dinero y porque nuestra expedición era de huída, y, por lo tanto, muy fatigosa.

—«Siguiendo una tortuosa y dilatada ruta hallé en Graus 100 infantes enemigos, que fueron entretenidos por 100 caballos nuestros y algunos ginetes desmontados arma-

(1) El parte y los detalles que le acompañan y que ponemos en boca de Gregorio Miranda, son rigurosamente históricos.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

dos de tercerolas, mientras que el resto vadeaba el Esera.»

Quién fué el jefe que mandó estos 100 hombres?—interrogó el general Lacy.

—Yo,—contestó Gregorio Miranda, bajando los ojos.

—Está bien; y creed que no lo olvidaré.

«Los pasos de los ríos Cinca y Gállego se hicieron sin obstáculo, á favor de largas jornadas, que no dieron lugar á que el enemigo tuviese noticia de la dirección que seguíamos.

Internados en las Cinco Villas de Aragón, no dudando que los enemigos, que desde Barbastro y Huesca habían observado nuestros movimientos, tratarían de reunirse para impedirnos el paso, me ví obligado á hacer unas dilatadísimas jornadas, cambiando frecuentemente de dirección y mudando de posiciones en las noches.

A pesar de todas mis precauciones y de la mayor vigilancia, llegando antes de media noche al pueblo de Luesia, me ví atacado repentinamente sin saber por qué fuerzas. En el momento de tan inesperado encuentro y enmedio de un vivo fuego que desde una altura inmediata se dirigía á nuestro campamento, y aun del mismo pueblo, que creo con fundamento ocultaba en algunos edificios al enemigo, fué inútil todo mi esfuerzo para evitar que la tropa emprendiese una precipitada retirada, siendo maravilloso que antes de tres minutos se hallase reunida la mayor parte sobre el camino que había traído, para donde dí el punto de reunión.»

El brigadier Gasca es todo un valiente; ¿no es cierto, caballero?

—Lo es, mi general, y un militar entendido.

—Bien hice en confiarle tan delicada comisión.

«Los enemigos, que según las noticias menos exageradas eran sobre 1.000 infantes y de 200 á 300 caballos, mandados por el general Clopiski, se dirigieron á cortar nuestra retirada al punto por donde habíamos pasado el Gállego, y yo entretanto penetré en Eibar, en Navarra, dando lugar á que los enemigos creyesen que trataba de incorporarme á Mina. Este, á quien oficié al efecto de que me auxiliase con alguna infantería para el paso del Ebro, no me contestó.»

¿Creeis, señor oficial, que Mina se negara á auxiliaros deliberadamente?

—No, señor; creo, más bien, que D. Francisco no debió recibir la comunicación de mi jefe, que cayó en manos de algunos oficiales suyos, los cuales, juzgando que todo retardo podría ser de fatales consecuencias, se apresuraron á correr en nuestro socorro, como verá V. E.

—«Protegido por tres partidas de la caballería de Mina, mandadas por D. Manuel Gurrea, jefe de los *Húsares de Navarra*, y por los guerrilleros apodados *Pesoduro* y *Malacara*, que por sus grandes conocimientos del terreno me sirvieron de mucho, y haciendo un repentino y rápido movimiento, logré la noche del 12 de Agosto vadear felizmente el caudaloso Ebro, en parte á nado, por haber crecido sus aguas, caminando sin interrupción desde las cuatro de la tarde del citado día hasta las ocho de la mañana del siguiente para alejarme algún tanto de los enemigos, que, con crecidas guarniciones, ocupaban á Tafalla, Caparroso y Tudela.

Fuera ya de los forzosos pasos de tantos ríos he seguido á menores jornadas, aunque cambiando de direcciones, según los movimientos del enemigo, hasta incorporarme al segundo ejército, según las órdenes de V. E., que manda el Excmo. Sr. General D. Joaquín Blake.

No es posible dar á V. E. una idea de las infinitas calamidades padecidas en tan dilada jornada, y del imponderable sufrimiento de mis tropas, sin sueldo, ni prest, y muchos días sin raciones, descalzos la mayor parte, caminando por terrenos los más escabrosos.

Elevo á noticia de V. E. para la de S. A. la Regencia este acontecimiento, acaso el más singular que se notará en la historia de esta campaña.

El coronel D. Santiago Pierrad, del regimiento de Alcántara, acreditó grande celo y conocimientos en el encuentro de Luesia de donde sacó reunidos más de 100 caballos, que con gran fatiga condujo hasta incorporárseme en Eibar.

Hemos llegado á ésta 12 jefes, 108 oficia-

© Biblioteca Nacional de España

les, 769 plazas y 286 caballos, por haber muerto los restantes en tan contínuas marchas.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Liria 7 de Setiembre de 1811.—*Gervasio Gasca.*»

El general Lacy quiso enterarse minuciosamente de la marcha de esta expedición, y Gregorio Miranda se apresuró á complacerle, pintándole con los más vivos colores aquel largo camino, verdadero calvario de 186 leguas recorridas por medio del enemigo, lleno de privaciones, sembrado de penalidades, esquivando todo encuentro con los imperiales, encuentro que al fin habrían deseado para librarse de tantas miserias y de tan grandes fatigas durante su interminable paso por Cataluña, por Aragón, por Navarra, por Soria, por Guadalajara, por Cuenca, hasta llegar al deseado territorio de Valencia.

Pero si Gregorio Miranda hablaba con calor y describía con entusiasmo unas veces, con amargura otras, y con pena y dolor muchas, la marcha seguida por la expedición, notó Lacy con gozo y admiración que nada le decía de su regreso, que debía haber sido también muy penoso. Trató de interrogarle, y Gregorio Miranda, tan parco en este asunto que le tocaba personalmente como prolijo había sido en el relato de la expedición, terminó bien pronto la relación de su viaje. Esta modestia, unida á su valor, le granjearon todas las simpatías de D. Luis Lacy; comenzó luégo á interrogarle, y como quiera que Gregorio Miranda había hecho toda la guerra, desde la funesta entrega de los fuertes de Barcelona al general Duhesme, sin salir de Cataluña, pudo fácilmente satisfacer sus deseos. Lacy, contentísimo por haber logrado encontrar el oficial que necesitaba, le retuvo á su lado nombrándole su ayudante.

Unase á todo esto que Lacy, fijándose en el apellido, y preguntando á Gregorio acerca de su familia, supo que era hermano de D. Juan Antonio Miranda, á quien había conocido en Cádiz, y que, como secretario de la Regencia le había ayudado en gran manera en las dos expediciones que D. Luis llevó á cabo sobre Algeciras y el condado de Niebla, y se comprenderá que Lacy, por ser el joven oficial hermano de su amigo D. Juan Antonio, —con quien además coincidía en ideas, pues sabido es que las de D. Luis fueron siempre muy liberales,—y Gregorio, porque Lacy había tratado y parecia estimar tanto á su querido hermano, estrechasen de cada día los lazos de su cariño, hasta el punto de que Gregorio no habría vacilado en dar su vida por el que más que un general, ni un amigo, era para él un padre, y de que Lacy no proyectase expedición, ni dictase orden, ni provocase batalla, sin consultarla con su entendido, leal y valeroso ayudante.

* * *

Incansable D. Luis, trató enseguida de romper la línea de puestos fortificados que desde Barcelona á Lérida tenían establecidos los franceses. Empezó su movimiento, y el 4 de Octubre acometió ya la villa de Igualada con 1.500 infantes y 300 caballos. Los franceses perdieron en el citado pueblo 200 hombres, refugiándose los restantes en el convento fortificado de Capuchinos, que no pudo Lacy batir, falto de artillería. Le acompañaba el barón de Eroles, segundo comandante general de Cataluña. Pasaron ambos caudillos á sorprender un convoy que iba de Cervera, para lo cual repartieron sus fuerzas en dos porciones. Dió primero con él, según lo concertado, el barón de Eroles, y sorprendiéndole el 7 del mismo Octubre, perdieron los enemigos 200 hombres, sin que dejase nada que hacer á Lacy, y requiriendo los asuntos generales del Principado la presencia de Lacy cerca de la Junta, tornó á Berga.

El centro de todos los movimientos en Cataluña era D. Luis Lacy, quien cautivó con su conducta la voluntad de los catalanes, pues al paso que procuraba en lo posible introducir la disciplina y buenas reglas de la milicia, lisonjeábalos prefiriendo en general por jefes á naturales acreditados del país, y fomentando el somatén y los cuerpos francos á que son los catalanes tan aficionados.

Sólo por medio de convoyes, cuidadosamente escoltados, continuaba el enemigo abasteciendo á Barcelona.

© Biblioteca Nacional de España

Decaen, nuevo general nombrado por Napoleón en Cataluña para sustituir á Macdonald, preparó en el mes de Diciembre de 1811 un convoy muy considerable en el Ampurdán con aquel objeto. Tuvo aviso de ello Lacy, y queriendo estorbarlo, puso en acecho á Rovira, colocó á Eroles y á Milans en las alturas de San Celoni, dirigió sobre Trentapasos á Sarsfield y apostó en la Garriga á D. José Casas.

Las fuerzas que Decaen había reunido ascendían á 14.000 infantes y 700 caballos, con ocho piezas, sin contar unos 4.000 hombres que salieron de Barcelona á su encuentro. Las de Lacy no llegaban á la mitad, y así se limitó á hostilizar á los franceses durante su marcha, emprendida desde Gerona el 2 de Diciembre. Padeció el enemigo en ella bastante, y Sarsfield se mantuvo firme contra los que le atacaron y venían de la capital. Los nuestros, ya que no pudieron impedir la entrada del convoy, recelando se retirase Decaen por Vich, trataron de cerrarle el paso de aquel lado. Para ello mandó Lacy á Eroles que ocupase la posición de San Feliú de Codinas, y él se situó con Sarsfield en las alturas de la Garriga. Se vieron luégo confirmadas las sospechas de los españoles, presentándose el 5 en la mañana los enemigos delante del último punto con 5.000 infantes, 400 caballos y cuatro piezas. Rechazólos Lacy vigorosamente, y siguieron el alcance hasta Granollers D. José Casas y D. José Manso, por lo que tuvieron todas las fuerzas de Decaen que tornar por San Celoni.

Hé aquí el parte que de esta acción publicó la *Gaceta del Gobierno Nacional*:

«Cuartel general de las alturas de la Garriga 6 de Diciembre de 1811.—A las nueve de la mañana de ayer atacó el enemigo este punto con más de 4.000 infantes, 400 caballos y cuatro piezas de artillería, decidido, según todas las noticias, á pasar á Vich. Han sido completamente rechazados y perseguidos en su retirada á Granollers, que verificaron á las tres de la tarde, con bastantes pérdidas. La nuestra ha sido de muy poca consideración; los batallones de Manso y Casas, y parte de la caballería de *Húsares de Cataluña*, son los que han tenido más parte en esta acción. Es de esperar igual resultado cuantas veces se presenten en los mismos términos. Al coronel Casas le mataron su caballo.»

Como se ve, la guerra en Cataluña no podía ser más favorable para nuestra causa.

La necesidad de relatar los sucesos de la guerra por el orden y en las fechas en que tuvieron lugar, nos ha obligado, bien á pesar nuestro, á olvidar por algún tiempo á la condesita, al doctor Peñaranda, á Romeu, y á otros varios personajes de esta verídica historia, cuyas vicisitudes durante el largo período de nuestra lucha por la Independencia iremos narrando á medida que los acontecimientos principales de la misma nos lo permitan.

Supla, en parte, esta falta involuntaria, la copia de una carta dirigida por el enamorado D. Luis á su idolatrada Isabel, en respuesta á otra de la condesita, carta varias veces abierta y vuelta á cerrar, luégo de añadir algún nuevo párrafo, y que, escrita á principios del año de 1811, abarca un largo período de la historia de Valencia, á cuyo antiguo reino nos llevan los acontecimientos.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO II

EL EMPECINADO

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
—
1887

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

EL EMPECINADO.

El patriota y el amante.

«Isabel adorada: Si para volverla á ver á usted y realizar nuestro proyectado casamiento sólo se tratara de los peligros que yo debiera arrostrar, mañana mismo saldría de Valencia; pero no se trata de eso, se trata de algo más grave, se trata del honor de mi nombre que debe ser mañana el de V., se trata de la vida de mi Isabel, que debo conservar á costa de la mía.

El general Bassencourt, de triste recordación para Valencia, ciudad que parece destinada á ser víctima ayer de un imbécil como el marqués de la Conquista, después de una hiena, como el canónigo Calvo, más tarde de un ambicioso como Caro, y hoy de un inepto y soberbio como Bassencourt; este hombre, repito, dejará en su mando marcadas las huellas de su falta de actividad y de su sobra de orgullo.

En vano mi hermano del corazón, el padre Rico, que tanto quiere á V. sin conocerla, por lo mucho que de V. hablamos, y yo, le hemos pedido diversas veces que reorganizara nuestro ejército y que acudiera en ayuda de la Isla Gaditana, ese punto luminoso, ese lugar sagrado, esa ciudad querida, que alberga y protege al Gobierno Nacional.

Para hacerse popular, sin exponerse á peligro ninguno, convocó el 1.º de Enero de 1811 una Junta-congreso de Valencia, á imitación del reunido en Cataluña, compuesto de los vocales de la Junta de la ciudad, de once diputados elegidos por la capital, y otros once por el resto del antiguo reino de Valencia, al objeto de que le facilitase los medios de aumentar el ejército de la provincia, de armarlo pronto y bien, cuidar de las subsistencias y ocuparse de fortificar la plaza.

Rico y yo en Valencia, y Romeu en el campo, al frente de sus guerrilleros, nos alborozamos con esta nueva. Pero ¡ay! que apenas reunida la Asamblea, al comprender Bassencourt que además de la guerra íbamos á tratar de su conducta y á exigirle cuenta estrecha de sus actos, disolvió el Congreso, llegando á dictar un auto de prisión contra mí y otros defensores de la patria, de sus sacrosantos derechos y de sus antiguas libertades, en la tarde del 27 de Febrero.

Por esta causa no he escrito á V. antes como yo deseaba, á V., al sér que más amo en el mundo, al ángel bendito que me acompaña por todas partes, que me consuela en mis amarguras, que me alienta en mis reveses, y que me hace creer y esperar en esa felicidad que yo imaginaba perdida para mí.

Antes de ser disuelto el Congreso realizó Valencia, por indicación de éste, una noble acción que voy á referir á V. porque se trata de mi ciudad natal, y porque en ella he querido que V. tomara una parte, conoce-

© Biblioteca Nacional de España

dor de su amor por la patria y de su cariño por mí.

Sabedora la Junta-congreso de que la división del bizarro general D. Pedro Villacampa se encontraba sin zapatos, dirigió una excitación al vecindario pidiendo su auxilio en favor de estos valientes, y á las dos horas ya se había reunido con sobras la cantidad necesaria para adquirir y enviar á Villacampa los 2.034 pares de zapatos que necesitaban sus soldados. Tenga V. la noble satisfacción de saber que el primer donativo para tan meritoria obra ha sido el de V., hecho por mí con el solo nombre de *Isabel*.

El general Villacampa, desde Talayuela, nos acusó el recibo, enviando las gracias más sentidas en nombre suyo y de sus soldados, y la Junta, á propuesta de uno de sus vocales, no recuerdo cuál, decidió que el sobrante de la cantidad recogida se emplease en un sable de honor para regalarlo al valiente guerrillero que tantos días de gloria proporciona á su patria.

Bien pronto el general Bassencourt se vió reemplazado por D. Carlos O'Donnell, que llegó precedido de gran fama como hombre activo y militar valeroso, cualidades que todos ansiábamos que demostrara para bien de Valencia y honra suya.

Poco duró el mando del general O'Donnell, y apenas si los valencianos hemos podido juzgar de su mérito, viniendo á sustituirle el marqués de Palacio, quien, en lugar de organizar nuestras tropas y prepararse para cualquier ataque, se ha limitado á sacar en procesión á la Virgen de los Desamparados y pasearla por la cerca de la ciudad, asegurando que basta esto para impedir que el enemigo entre en Valencia.

Su carta de V., Isabel de mi vida, me llama á Madrid, y mi corazón me impulsa á correr á la corte y contemplar su imagen querida... pero en breve será Valencia sitiada, según las noticias que hemos podido adquirir, por las tropas del general Suchet.

Si yo en estas circunstancias me marchara, ¿no sería justamente tachada mi ausencia de cobardía?

Y si en tan graves momentos yo pidiera al marqués y á V. que, para salvar mi honor de patriota vinieran á Valencia para realizar nuestra boda, ¿no sería un verdadero crimen?

Nuestra suerte, Isabel, está sujeta á la de la patria; con sus penas sufrimos y con sus triunfos gozamos; de ella hemos recibido la vida y por ella debemos estar prontos á darla. La hablo á V. de esta suerte porque conozco sus nobles sentimientos, sus elevadas ideas y su gran corazón.

¡Qué dicha la mía si terminada la guerra y libertada España, una de esas orgullosas banderas enemigas que tienen en su centro las águilas imperiales, cogida por mi mano en noble lid, sirviera de alfombra al pie del lecho nupcial de mi adorada Isabel!

No quiero alarmar á V., pero no debo ocultarla que este cambio contínuo de generales, esta desidia con que todos han mirado la defensa de Valencia, esta inacción en que hemos vivido, este abandono en que hemos dejado á Tortosa primero, á Tarragona después, y á Cádiz siempre, me parece que ha de sernos funestas en lo porvenir.

. . . . . .

He recibido una carta de su tutor de V. y mi siempre querido amigo D. Juan Antonio Miranda, en que me participa la feliz llegada á Cádiz del futuro de Pepita, el joven don Miguel de Pas con cuantiosos donativos de Méjico para España.

Si antes los estimaba, hoy quiero doblemente á estos dos jóvenes, porque su situación es igual á la nuestra. Digo mal, no es idéntica porque ellos al menos están juntos, pueden verse á todas horas, compartir las penas y las alegrías, pero nosotros...

Me habla V. de su triste vida... ¡Y la mía, adorada Isabel! Las desdichas de España, que se reflejan en Valencia, y cada una de las cuales me arrebata una esperanza prolongando más nuestra separación, me apenan y me torturan. Pero tengamos esperanza en Dios y fe en el porvenir: no es posible que el cielo abandone á nuestra querida patria, ni quiera separarnos después de habernos unido. Triunfará España y con ella nuestro amor. Lo adivino... lo siento... lo creo.

Si al menos nuestra correspondencia fuera más frecuente... Una carta semeja una

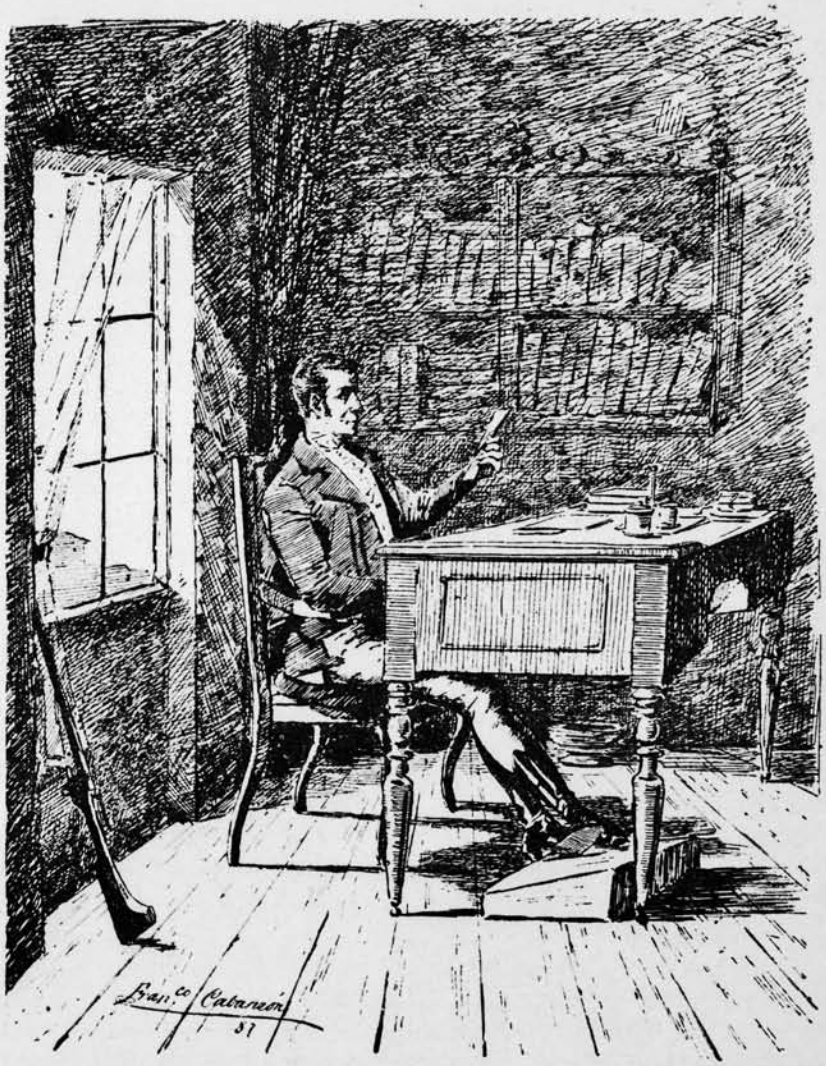
© Biblioteca Nacional de España

conversación mantenida con el sér querido, y si es verdad que le falta el calor de la frase y la luz de la mirada, tiene, en cambio, el encanto misterioso que produce la blanca hoja de un papel llena de signos que hablan y que hacen sentir sin tener corazón: una carta es, en fin, á mis ojos, un espíritu que se lanza por los espacios en busca de otro espíritu gemelo, un alma que corre en pos de otra alma hermana.

. . . . . .

No quiero terminar sin dar á V. una buena noticia.

¿Se acuerda V. de aquel sencillo campesi-



EL DOCTOR PEÑARANDA

no, de aquel noble castellano que en la noche del 15 de Mayo de 1808 se presentó en el palacio del Marqués en Madrid, con una carta para el Sr. Miranda de su hermana doña Teresa, participándole la infausta muerte de su hijo Carlos, villanamente asesinado por los imperiales? Pues bien; aquel modesto labrador que salió al campo á defender su patria y vengar la alevosa muerte de su ahijado, el niño Carlos, que en pocos días conquistó fama de valiente y entendido capitán, derrotando á las huestes napoleónicas cuantas veces se atrevían á combatir con él y sus guerrilleros, en una

© Biblioteca Nacional de España

palabra, el ayer podador de viñas de Fuentecen, Juan Martín, y hoy general *Empecinado* ha estado en Valencia y he tenido la alta honra de estrecharle en mis brazos. Toda la ciudad, que le ha acogido con el mayor entusiasmo, me ha visto con envidia al lado del vencedor del orgulloso general Hugo, del atrevido asaltador de la Casa de Campo de Madrid, del genio militar, en fin, que atento sólo al bien de la patria y á su libertad, no ha escaseado fatiga, ni trabajos, ni peligros, para lograr su más pronta independencia.

Si V. le viera, si V. tratase á este hombre, gigante por las fuerzas y niño por el candor, héroe por el valor y modesto por el carácter, grande por su patriotismo y sencillo por su alma, no podría menos de admirarle y de quererle.

A todos nos recuerda, y conserva de aquella noche una memoria indeleble.

Al saber que nos amamos y que nuestra boda tendrá lugar cuando las circunstancias de la guerra y la situación de la patria, que es para nosotros lo primero, lo consientan, ha tenido una inmensa alegría y me ha rogado que le permitamos asistir á ella. ¡Con cuánto gozo se lo he prometido estrechando su mano, esa fuerte mano que ha librado á la patria de tantos enemigos!

Me ha referido su encuentro con D. Juan Antonio Miranda, con doña Teresa y con Pepita en Aranjuez, y cómo los fué escoltando hasta Madridejos cuando su tutor de usted se dirigía á Sevilla, y cómo luégo encargó de su guía y custodia á nuestros valientes guerrilleros D. Francisco Sánchez *(Francisquete)* y D. Juan Palarea (el *Médico)* en Toledo y la Mancha, y después al presbítero D. Ramón Argote, en Andalucía, logrando así que no fueran tomados por los paisanos, que de todo sospechan, por traidores, ni atacados por los franceses, que á nadie dejan caminar seguro.

Mucho habría deseado que el *Empecinado* hubiese permanecido en Valencia y tomado parte en la defensa, pues con el renombre que tiene adquirido y con las simpatías que aquí se ha conquistado, la defensa de la ciudad habría sido á *todo trance*, mientras que ahora temo que no suceda lo mismo; pero marcha destinado al socorro de Tarragona, y este hombre, para quien la patria y la obediencia lo son todo, no cedería ni á súplicas ni amenazas y marcharía á donde sus jefes le mandan y donde cree que su deber le ordena y la patria le necesita. ¡Qué el cielo le conserve la vida para bien de España, tan necesitada de hombres de su valía!

El padre Rico, que sólo piensa en bendecir nuestra unión, me encarga que abrace á usted en su nombre.

Romeu permanece en el campo, luchando como un héroe.

Ignoro cuándo llegará esta carta á sus manos de V.

Dígale al noble marqués que no me olvide, que siga protegiendo á V. como un padre cariñoso, y que cuente siempre con mi gratitud y con mi amistad.

Y V., bien mío, V., mi adorada Isabel, reciba todo entero el corazón de su rendido adorador

Luis Peñaranda.

Expediciones á Valencia de Blake y de Suchet. —Batalla de la Venta del Baul.—Sitio y toma del castillo de Sagunto.—Batalla de Sagunto. —Cerco de Valencia.

Pronto veremos que las noticias de don Luis á la condesita, en esa carta llena de amor y de dudas, de esperanzas y temores, acerca del proyectado sitio de Valencia por las tropas de Suchet, no eran equivocadas.

El general D. Joaquín Blake, molestado por verse sujeto á la jefatura de Wellington, aconsejó á la Regencia para libertarse de ella, y la Regencia la aprobó, una expedición á Valencia á fin de salvarla de un ataque de los imperiales, la cual debía ir bajo sus inmediatas órdenes.

La expedición se compuso de las fuerzas que el mismo Blake había llevado á la del condado de Niebla, de los cuerpos de ejército 2.º y 3.º, y de varias partidas de guerrilleros, y se puso en marcha el 31 de Julio dirigiéndose por Almería á la Venta del Baul, donde se hallaba Freire, en unión del cual debía dirigirse á Valencia.

Soult, á quien no puede negarse una gran previsión y una certera vista, ordenó al ge-

© Biblioteca Nacional de España

neral Godinot, sucesor de Sebastiani en el mando del antiguo reino de Granada, que cayese sobre la división avanzada de Cuadra que se hallaba en Pozo-Halcón, pequeña villa de la provincia de Jaén; y á Leval, á Latour-Maubourg, y á su propio hermano, que derrotaran á Freire.

Freire, orgulloso de las posiciones que había elegido para sus tropas, no quiso alterarlas, limitándose á colocar al frente de la caballería á D. José O'Donnell; y Godinot, aprovechándose hábilmente de la artillería, de que carecían los nuestros, batió al general Cuadra, le hizo 500 muertos, le cogió 1.000 prisioneros y rechazó la caballería de O'Donnell que acudió en su apoyo.

Freire combatió en la Venta del Baul y mantuvo á raya á los franceses; pero al saber el desastre de Cuadra emprendió la retirada, no parando hasta Caravaca (Murcia), donde se le incorporaron, después de una penosa marcha, las destrozadas fuerzas de Cuadra.

El general D. Nicolás Mahy fué nombrado para reemplazar á Freire, á quien se sujetó, en unión de Cuadra y O'Donnell, á un consejo de guerra, que, como de costumbre, los absolvió. Era lógico. Estas derrotas y estas huídas eran muy frecuentes y el proceder de los generales muy natural. Hoy absolvían al que mañana los había de juzgar.

¡Pobre España, y pobre ejército con semejantes generales!

Soult (el hermano del mariscal), Leval y Latour-Maubourg no continúan la persecución de Freire porque la noticia de haberse presentado Ballesteros en la Serranía de Ronda, y las malas nuevas recibidas de Extremadura les obligan á detenerse.

Apenas llegó Blake á Valencia, asombrado de ver que nada se había preparado para la resistencia, alistó é instruyó hombres, recogió armas, reforzó los regimientos y fortificó los puntos principales.

El mariscal Suchet apenas le dió tiempo para preparar la defensa, pues en cumplimiento de órdenes apremiantes de Napoleón aseguró su espalda, previno á todas las tropas francesas de los puntos limítrofes que le auxiliasen en su empresa, y se encaminó á Valencia el 15 de Setiembre, llevando con él un cuerpo de ejército de 22.000 hombres, en tres divisiones, que hizo marchar por caminos distintos, reuniéndolas en Villarreal.

La plaza de Murviedro ó Sagunto debía sufrir la primer acometida. Defiende esta ciudad un castillo levantado sobre un monte 440 pies sobre el río Palencia que domina, de una milla de longitud, pero sus obras de amparo, como hechas en épocas distintas, no obedecen á un plan ni presentaban defensa, por lo cual estaba abandonado. Tratóse de rehabilitarlo para que sirviera de centinela avanzado á Valencia, pero la pronta llegada de los franceses no dió tiempo para nada, y al presentarse Suchet no era una regular fortaleza, ni siquiera un buen atrincheramiento.

El coronel Adriani, que lo defendía con unos 3.000 hombres y 17 piezas, dividió la plaza en cuatro distritos que llamó *Dos de Mayo*, *San Pedro*, la *Hermida* y el *Palomar*.

Suchet ocupóse primeramente en ahuyentar á los generales D. Carlos O'Donnell y Obispo; tomó el castillo de Oropesa y torre del Rey, que cerraban el camino de Cataluña y vigilaban la marina, y concentró toda su atención contra el castillo de Murviedro, que cercó, disponiendo que fuera escalado la noche del 28, valiéndose para ello de algunas aberturas que habían dejado los trabajadores, pero fueron rechazados sus soldados, á quienes los nuestros quitaron 60 escalas y arrebataron 200 fusiles.

En vista de ello formaliza el sitio, concentrando toda su atención en el distrito *El 2 de Mayo*, arrojando sobre el castillo 1.500 balas rasas y 700 proyectiles huecos que acallaron el fuego de nuestros cañones y abrieron una gran brecha (17 de Octubre).

Adriani, colocándose á la altura de las circunstancias, rechaza las propuestas de capitulación y exhorta á todos los defensores del castillo á morir por la patria.

El 19 rompen de nuevo el fuego los franceses con 22 piezas y logran abrir nuevas brechas.

Blake, al ver tanto heroísmo, corre en auxilio de Murviedro.

Suchet, resuelto á todo, le presenta la ba-

© Biblioteca Nacional de España

talla entre el mar y las alturas de Sancti-Spíritus, en las cuales coloca las divisiones Habert y Harispe.

El combate empieza á las ocho de la mañana del día 25.

Nuestras columnas pelean al principio con ventaja y hacen retroceder al enemigo, apoderándose de un ribazo en el que se colocó una batería, que nos habría dado el triunfo si Suchet, comprendiéndolo, no hubiese enviado contra ella fuerzas y más fuerzas, que al fin logran desalojar á los nuestros.

En el llano nuestros batallones resisten arrogantes las cargas de Palombini, pero al ver caer heridos á Caro y Loy, retroceden y dejan avanzar á los imperiales, al tiempo mismo que en la izquierda otra columna, por culpa de Miranda, es vencida; manteniéndose sólo Zayas en la derecha, hasta que las dispersiones del centro y la izquierda le obligan á retirarse para no perder sus tropas.

Blake, siempre desgraciado, había perdido esta batalla, conocida por la de Sagunto, que nos costó 900 muertos y heridos y sobre 4.000 prisioneros ó extraviados, retirándose el resto del ejército á las orillas del Turia ó Guadalaviar, y tras de ella, como resultado consiguiente, el castillo de Murviedro.

El valiente Adriani, aunque sabedor de la derrota sufrida por los nuestros, y aunque tenía la mayor parte de los soldados postrados y había agotado casi todos los víveres, reunió consejo de oficiales y les dijo:

—«Señores, mi opinión es capitular; pero si hay entre Vds. un oficial que se crea capaz de defender la plaza que lo diga, y yo en el acto le reconoceré por gobernador y le obedeceré como subalterno.»

Esta actitud de Adriani respondía á un acuerdo de las Cortes, que, desde la rendición de Badajoz por el general Imaz, decretaron que ninguna plaza se rindiese mientras hubiese en ella un oficial que se ofreciera á continuar la defensa.

Ninguno aceptó, y entonces el coronel Adriani capituló, saliendo de la plaza la guarnición con todos los honores de la guerra.

Suchet, recordando la derrota sufrida por Moncey anteriormente, pidió nuevos refuerzos antes de sitiar á Valencia, limitándose á extender sus tropas por la izquierda del Guadalaviar.

Las guerrillas valencianas.—Una heroína.—El general Blake y Valencia.—Refuerzos á Suchet.—Derrota de los nuestros.—Conducta inexplicable de Blake.

En Manises, á una legua de Valencia, tenía Mahy su cuartel general, ascendiendo sus fuerzas á unos 22.000 hombres.

Aunque por todos se reconocían los grandes servicios que prestaban los guerrilleros, que, á costa de heróicos esfuerzos, proseguían guardando todos los puntos hasta el mar (Noviembre de 1811), Blake, que á pesar de su afecto á todo lo *reglado* y puramente militar, las había fomentado en Andalucía, en Valencia, sin que nosotros podamos explicarnos el motivo, ni se ocupó de su aumento, ni atendió á sus hazañas, ni se cuidó de auxiliarlas.

A pesar de ello, como el patriotismo de los guerrilleros estaba por cima del desvío con que los trataban ciertos generales, envidiosos quizás de sus méritos y de sus glorias, vamos á reseñar los hechos por ellos realizados.

D. José Romeu, con su partida, había ayudado en gran manera á la sorpresa de Morella; y por cierto que no queremos pasar en silencio el acto de patriotismo realizado por una mujer, doña Josefa Bosch, la cual, al ver que los nuestros habían encontrado cerrada la casa concertada para ocultarse y verificar la sorpresa, franqueó espontáneamente la suya, merced á lo cual se salvaron los nuestros y pudo llevarse á cabo la empresa, viéndose obligada cuando la salida de las tropas y guerrilleros á seguirlos, perdiendo su bienestar y su hacienda para salvarse del furor de los imperiales.

El coronel D. Gregorio Sánchez Mora, al participar al conde de Orgáz este suceso, terminaba su parte en esta forma:

«Esta apreciable señora deberá nombrarse siempre que se mencione la empresa de Morella, y la patria agradecida no debe olvidar jamás sus heróicos sacrificios.»

© Biblioteca Nacional de España

Hé aquí en extracto los partes dirigidos por D. Pelegrín Gallart, capitán del falucho corsario *Santo Cristo del Grao*, al capitán de fragata D. José Julián, mayor general de marina:

«El día 4 de Octubre de 1811, á las seis de la mañana, llegué con mi corsario al Grao de Murviedro, y al instante envié 18 hombres con la escampavía á trabajar con los barrenos en la torre para inutilizarla.

A las dos horas de estar mi gente trabajando, vinieron unos 40 caballos enemigos que ahuyenté tirándoles seis cañonazos con bala y metralla. Continuó mi gente el trabajo con la mayor serenidad hasta las cinco de la tarde que dí fuego á seis barrenos, dejando enteramente inutilizada la torre, sin embargo de estar hecha á prueba de bomba. A las seis de la tarde se presentó un escuadrón de caballería por el camino que baja á la mar, le tiré diez cañonazos de metralla y les obligué á huir segunda vez como si fueran águilas.

El propio día 4 á las cinco de la tarde rompió el fuego de fusilería y cañón el castillo de Sagunto, y duró hasta las nueve de la noche.

Hoy, al salir el sol, ha vuelto el castillo á empezar el fuego, y aún siguen las descargas de fusilería del mismo.

Remito la escampavía cargada de habichuelas que he sacado esta mañana de los almacenes de este Grao de Murviedro, y enviaré las que quedan.—A las ocho de la mañana del 5 de Octubre de 1811.»

. . . . . .

«Hoy á las ocho de la mañana se presentó un gran escuadrón de caballería con infantería, y al primer cañonazo que les tiramos con metralla vimos muchos en tierra.

Siguió el fuego por dos horas hasta que se cubrieron con los almacenes para evitar la mucha mortandad que sufrían, pero tuvieron que abandonarlos á las doce del día obligados por nuestro incesante fuego.

A la una bajó un refuerzo lo menos de 3.000 franceses de infantería y caballería; al instante rompieron el fuego hasta por las ventanas y puertas de los almacenes, y nosotros también lo hicimos de fusil y metralla, derribando á cada cañonazo muchos de los enemigos encima del cantalar, y obligándolos á retirarse dentro de los almacenes y detrás del camino de Murviedro, después de haber sufrido mucha mortandad.

Dentro de mi corsario se han encontrado más de 200 balas de fusil de los enemigos; no obstante, sólo hemos tenido dos heridos. —Grao de Murviedro 7 de Octubre 1811.»

* * *

El intrépido guerrillero D. Francisco Armengol, comandante de una de las partidas patrióticas, salió el día 14 de Diciembre de 1811 á reconocer el campo de los franceses, mató cuatro soldados en la Alquería de la Torre, hirió á otros varios que persiguió, de los cuales fallecieron algunos, y se retiró oportunamente para evitar el daño que á los suyos podía hacer la artillería que emplearon en su contra los enemigos.

* * *

La guerrilla que comandaba el bravo don Cristóbal Senent, atravesó el río Turia á mediados del mes de Diciembre por la línea de Monte Olivete, en compañía del intrépido Antonio Cros, de orden del gobernador de Valencia, á fin de cortar los cañares que incomodaban el uso y certeza de los tiros de nuestras piezas, lo que verificaron á pesar del nutrido fuego de fusil y de cañón que les dirigió el francés.

* * *

El monje franciscano descalzo fray Asensio Nebot, tenía en jaque á los imperiales, que sufrían de sus guerrilleros constantes bajas, sin poder jamás darle alcance, razón por la que el valiente fraile, que parecía tener un poder oculto que le protegía en todas sus arriesgadas empresas, veía de hora en hora aumentar la partida, que en breve llegó á constituir un regimiento, y no muy tarde una división.

* * *

Además de las que dejamos citadas, había partidas de guerrilleros en Malferit, en

© Biblioteca Nacional de España

Fuente la Higuera, en Nules, en Castellón, en Villarreal, en Chiva, y en otros varios puntos, que molestaban al enemigo por los flancos, le atacaban por la espalda, no le dejaban hora de reposo y le obligaban á vivir en perpetua alarma, con daño de la salud y de la moral del soldado.

*
* *

Suchet, decidido á proseguir el sitio contra Valencia, fortificó su línea desde el puente del Grao hasta la Poterna, en tanto que le llegaban los refuerzos pedidos.

Blake dispuso en la ciudad algunas obras de defensa, siendo la principal un terraplén de cinco varas de alto y otro tanto de espesor resguardado con fosos y flancos, que se extendía desde el río por frente al baluarte de Santa Catalina, comprendiendo los arrabales de Cuarte, San Vicente y Ruzafa, hasta Monte Olivete, terminando en un reducto con cortadura hacia el mar.

Pero ni excitó el entusiasmo de los pueblos, ni fomentó las guerrillas, ni fortificó algunos puntos de las cercanías, ni pensó en la inundación de los campos con las aguas del riego, cuando habiendo llamado al vecindario á las armas en la ciudad y aumentado las guerrillas en los pueblos comarcanos á fin de impedir á Suchet la incorporación de los refuerzos pedidos, habría logrado un casi seguro triunfo sobre el mariscal francés dentro y fuera de Valencia.

El 25 de Diciembre recibió Suchet los esperados refuerzos en número de 14.000 hombres, que unidos á los 22.000 con que contaba anteriormente formaban un ejército de 36.000, con los cuales atravesó el Turia á la noche siguiente por tres grandes puentes, y sin apenas dar descanso á sus soldados atacó por la mañana toda nuestra línea: el general D. Martín de la Carrera rechazó la vanguardia de Harispe, mas éste aumentó sus fuerzas y La Carrera hubo de retirarse camino de Alcira; Mahy, acometido en Manises por el general Musnier, se vió también obligado á retroceder; Zayas rechazó en Mislata á Palombini, y si Blake le envía prontos auxilios convierte en victoria la derrota.

El fin de esta jornada fué quedar separado nuestro ejército, La Carrera, Mahy, Villacampa, Obispo y Greach en las riberas del Jucar; y Blake, Zayas, Lardizábal y Miranda, encerrados en el terraplén que dejamos descrito anteriormente.

Suchet, sin ocuparse de Mahy y sus compañeros, concentró toda su atención en Blake á fin de aprisionarlo en la ciudad, la cual quedó por completo acordonada, merced al paso del Guadalaviar por la división Habert á favor del puente que echó cerca del embarcadero, no sin antes haber alejado con sus baterías en el Grao las fuerzas marítimas españolas é inglesas encargadas de oponérsele.

Reunido en Valencia consejo de generales, se convino por todos salvar lo primero el ejército; pero Blake, cuya apatía no acertamos á explicarnos, no dió la orden hasta la noche del 28 al 29, en que se puso en práctica, yendo á la cabeza el coronel Michelena, quien engañando hábilmente á los enemigos y cogiendo prisionera en Beniferri una patrulla francesa llegó con su gente á Liria. ¿Cómo no le seguió Lardizábal, uno de los héroes de Badajoz y La Albuera? No lo sabemos; lo cierto es que cejó, y Blake al verlo, sin atender los consejos de Zayas, ordenó la retirada á la ciudad y la convocatoria de una junta para tratar de la capitulación.

Furiosos los habitantes por lo que consideraban una cobardía ó una traición, se lanzan á las calles y nombran al P. Rico, á D. Luis Peñaranda y á otros hombres de su confianza que vayan á examinar el estado de las líneas de defensa; pero Blake, desplegando entonces una energía que horas antes no había tenido, disuelve los grupos por la fuerza, prende á unos comisionados, envía á otros á las baterías avanzadas, y ahoga en flor aquel patriótico movimiento que todavía habría podido salvar á Valencia.

Y todo ¿para qué?

Para retirarse por completo al recinto de la ciudad, permitiendo á Suchet estrechar el cerco, levantar nuevos reductos, abrir las primeras paralelas y comenzar el bombardeo de Valencia por la parte de San Vicente y Monte Olivete.

© Biblioteca Nacional de España

Aragón: D. Antonio Hernández.—D. Tomás Campillos.—D. Mariano Díaz.—D. Anselmo Alegre (El Cantarero.)

A principios de Abril de 1811, D. Antonio Hernández, el famoso guerrillero aragonés, entró en Borja, ocupada por los franceses, con su partida.

Hállase Borja situada á tres leguas del río Ebro y otras tres del alto Moncayo, en un paraje ameno y delicioso, cerca de los confines de Navarra y Castilla, recostada al pie de una pequeña colina y de las ruínas de un viejo castillo, en medio de un reducido pero fértil y poblado territorio, bañado por las aguas del Huecha, que dan variedad, abundancia y celebridad á sus delicados frutos y frondosidad al arbolado de sus alamedas, coronando su alegre caserío las torres de la colegiata de Santa María, las parroquias de San Miguel y San Bartolomé, los conventos de monjas de la Concepción y Santa Clara y los de franciscanos, agustinos, capuchinos y recoletos.

La entrada de Hernández y de sus guerrilleros en Borja fué tan audaz como imprevista. El célebre partidario sorprendió é hizo prisionera la guardia del principal; y como al estruendo acudieran los demás imperiales que guarnecían la ciudad, los hizo frente, y bien pronto llenaban de cadáveres las calles, y huían despavoridos á refugiarse en el convento de capuchinos que tenían fortificado cuidadosamente.

Hernández, sin detenerse á batir el convento, se dirigió á la casa que ocupaba el pagador francés, apoderándose de 30.000 reales que tenía en su poder, así como de otros varios efectos de guerra.

Nuestro héroe, de acuerdo con el general Villacampa, dispuso repartir entre los guerrilleros la mitad de la suma recogida, y dedicar la otra mitad á la compra de caballos y armamento para la partida.

El 21 de Mayo se apoderó Hernández del castillo de Mallén, villa situada en una llanura, sobre la ribera derecha del río Huecha, sosteniendo durante el resto del mes sangrientos choques con los imperiales, en los que les produjo muchos muertos y heridos, les cogió 11 prisioneros y multitud de caballos y efectos robados á los pueblos y á los particulares, á quienes el noble D. Antonio se apresuró á restituirlos.

En el mes de Julio se halló Hernández con su guerrilla á las órdenes del brigadier Durán en las acciones de Ariza y Calatayud, en las cuales prestó grandiosísimos servicios.

El 5 de Setiembre tuvo un encuentro con dobles fuerzas enemigas en Villarroya, y aunque sostuvo valientemente sus posiciones, hubo al fin de retirarse por las sierras de Villaluenga al pueblo de Embid de Ariza, con un muerto, tres heridos y un prisionero, causando á los imperiales 10 muertos y 40 heridos.

* * *

D. Tomás Campillos era uno de los más valientes hijos de la importante villa de Cariñena, y su guerrilla una de las más renombradas de Aragón.

Hallábase Campillos en Cadrete, lugar de 500 habitantes, situado al pie de un monte, cuando supo que se dirigían al pueblo 50 caballos polacos; saberlo y correr en su busca todo fué uno; emboscóse en el barranco *Salado*, y supo manejarse de manera tan hábil, que los 52 polacos cayeron prisioneros, siendo enviados á Utiel (1.° de Mayo de 1811).

El bravo Campillos oficiaba desde Monforte pocos días después al general D. José Obispo, que el día 9 había batido á 250 infantes y 60 caballos enemigos cerca de Bádenas, con sólo 100 infantes y 20 caballos, matándoles 30 é hiriéndoles muchos, no pudiendo realizar su deseo de encerrarlos en Daroca por habérsele acabado las municiones á sus guerrilleros.

En los días siguientes sostuvo Campillos varios combates en Aguilón y Tosos, tanto más notables cuanto que sus fuerzas eran escasas y los franceses reunieron para combatirle los destacamentos de Morella, Alcañiz, Daroca y Cariñena, á pesar de lo cual les hizo 50 muertos y les causó gran número de heridos, no teniendo él que lamentar más pérdida que tres muertos y tres heridos y el extravío de 10 de sus guerrilleros que cobardemente cayeron en poder del francés.

En el mes de Julio, queriendo dar una

© Biblioteca Nacional de España

prueba de esa audacia que tanto caracterizaba á nuestros guerrilleros, Campillos se acercó al Soto de la Cartuja de la Concepción, en las inmediaciones de la ciudad de Zaragoza, ocupada por el ejército imperial, y se llevó 190 cabezas de ganado y todos los efectos que allí tenían almacenados los imperiales.

A fines de este mes entró en el pueblo de Azara y se apoderó de 600 fanegas de trigo pertenecientes al arzobispo y cabildo de Zaragoza y las envió á la división aragonesa.

Era justo, ya que el arzobispo de Zaragoza y su cabildo, olvidando la gloria conquistada por el presbítero D. Santiago Sas y otros sacerdotes dentro de los muros de la ciudad heróica algunos meses antes, se mostraban de cada hora más deferentes con sus asesinos.

Hé aquí el parte que desde Orihuela de Albarracín envió D. Tomás Campillos al capitán general de Aragón, que pone de manifiesto la infame conducta de algunos malos españoles, verdugos de sus hermanos:

«Mi general: Continuando los encargos de mi comisión, acabo de ver morir con un valor indecible al oficial D. Pedro Ordovas, prisionero, al comandante de mi caballería D. Benito Falcón, y perdido algunos hombres entre Monforte y Plenas el día 23, en que fuí atacado por 600 infantes y 100 caballos, bien dirigidos por guías del país, que se me informa fueron de Plenas y que supieron conducirlos separándolos de mis centinelas y avanzadas, de suerte que, á pesar de la oscuridad de la noche, me cercaron por todas partes, excepto por un flanco, del que me valí para poder salvar esta partida, á pesar de la vigilancia de los enemigos y de las combinaciones tan concertadas, como manifiesta la carta interceptada que incluyo á V. E. Yo tuve poco lugar para prevenirme, pues el día 22, en que saqué las décimas de Aguilón y Tosos, nada sabía de enemigos; pero no obstante, he podido salvar estos enseres, ya escoltándolos con una porción de gente, ya con toda la fuerza, dejando al cuidado del teniente D. Mariano Díaz contener al enemigo, que, aunque superior en fuerzas, fué en parte derrotado por este benemérito oficial.

Sería molesto si refiriese á V. E. el pormenor de las marchas encontradas y difíciles que he tenido precisión de hacer para librarme de caer en poder de dos diversas columnas de enemigos, que tenían concertado el doble objeto de cogerme con los artículos de mi comisión y exigir todas las contribuciones de los partidos de Alcañiz y Daroca, y el enorme pedido de 4.000 cahices de trigo ó harina, comisión que cumplen en parte, dejando en el país por donde pasan la desnudez, el hambre y la ruína.—Campo del honor 29 de Noviembre de 1811.»

Sigue una carta interceptada en que se dan curiosos detalles del punto y situación de Campillos por el mayor Pasasolís, jefe de los corregimientos de Alcañiz y Morella, al jefe del regimiento 116 Mr. Bugusami.

¡Puede darse conducta más infame que la de esos hijos espúreos de la noble España que así entregaban á sus hermanos en poder de los enemigos!

* * *

D. Anselmo Alegre, apellidado *El Cantarero*, era, si nuestros informes no son equivocados, otro hijo de Daroca, y mantenía con Campillos una amistad íntima que, comenzada en los juegos de la infancia, debían fortificar los peligros de la lucha á que ambos se habían consagrado en defensa de la patria y en contra de las huestes napoleónicas.

Puesto al frente de una guerrilla, cuyos hombres le eligieron por jefe, acompañó á su amigo Campillos en muchas de las acciones que éste y sus guerrilleros sostuvieron contra los invasores, mostrando en todas ellas que era digno del puesto á que sus paisanos le habían elevado.

El 18 de Mayo de 1811 escribió á la Junta de Aragón que, á pesar de haber una fuerte guarnición francesa en Samper de Calanda (Teruel), había entrado en el pueblo y sacado los mozos, lo mismo que en la Puebla de Híjar y en Urrea, y habiendo juntado hasta 125 se encaminó con ellos á Lécera, á unirse con Campillos, y que desde este pueblo, noticiosos de que el enemigo los perseguía con tres columnas, se dirigieron

© Biblioteca Nacional de España

á Belchite, sacando también los mozos, encaminándose por la villa de Azuara á Aguilón.

De Aladrén salió *El Cantarero* el 16 en busca de Campillos, el cual, por haberse retirado con los prisioneros hechos en varios encuentros al lado opuesto, estaba en peligro de ser atacado por la columna enemiga de Morella.

La guerrilla de D. Anselmo Alegre se halló en el combate de Benavarre, á las órdenes del teniente coronel D. Manuel Solano, no siendo *El Cantarero* y sus partidarios los que menos contribuyeron en aquel día á la derrota de los enemigos y al triunfo de las armas españolas.

Todos estos hechos de armas realizados por los guerrilleros de Aragón eran de suma importancia para la Isla Gaditana y para el antiguo reino de Valencia, porque obligaban á los imperiales á emplear contra ellos un gran número de soldados y á no poder desprenderse de un solo batallón.

Más adelante verán nuestros ilustrados lectores las hazañas realizadas en Aragón por el *Empecinado*, por Durán, por Mina y otros bravos campeones de la causa nacional.

Andalucía: Guerrillas y contraguerrillas.—Don Antonio García Veas y D. Salvador Rueda.—El Capuchino.—D. José Villalobos, Luna y Granados.—El Alcalde de Otívar.—D. Julián Trigo.—D. Manuel Jiménez Guazo.—D. José Ruiz Falcón (Juan Soldado).—D. Bernardo Márquez.—D. Juan Guerra.—D. Roque Gallego.—D. Agustín Esteban.—D. Juan de Dios.—D. Antonio Guerrero.—D. Pedro Zaldívar.

Es innegable que Soult era dueño de Sevilla, pero no de un modo absoluto, pues además de los guerrilleros que dejamos citados en otra ocasión, multitud de partidas se interponían osadamente entre la capital, ocupada por los franceses, y los pueblos comarcanos, cortaban sus comunicaciones y le obligaban á distraer gran número de fuerzas dedicadas exclusivamente á perseguirlas.

Por desgracia halló auxiliares en su empresa entre los mismos hijos de Andalucía y aun de Sevilla, donde se formaron algunas contraguerrillas, siendo una de las principales la del Padre García, fraile que había sido de San Juan de Dios y entonces trasformado en capitán de *gendarmes españoles*, y un escuadrón que formó con el pomposo título de *Lanceros de Dalmacia*, vestidos como los polacos, de las cuales se servía Soult con mucha frecuencia para batir á las guerrillas de patriotas, y véase con cuánta razón decíamos nosotros al ocuparnos de las censuras dedicadas por los imperiales contra los clérigos y frailes levantados en armas, que esas censuras sólo iban dirigidas á los sacerdotes patriotas, pero no al obispo de Palencia que los recibía con grandes agasajos, ni al monje fray José de la Consolación que les abría las puertas de Jaca, ni al cura de Fuente-Espina D. Bernardo Mayor, que se batió por ellos, ni al Padre García que mandaba esa compañía de gendarmes.

El teniente coronel D. Antonio García Veas, subinspector de las partidas de guerrilleros del Campo de Gibraltar, colocó el día 23 de Enero de 1811 en los campos de Medina y Jerez 90 hombres de la partida de Palmetín á fin de tener en constante alarma á los enemigos.

El 24 encontró cerca de Puerto Real una descubierta de 22 franceses, que deshizo, matando cinco y aprisionando los restantes.

El 27 atacó una partida de 60 infantes y 25 caballos, que al verle emprendieron la huída; Veas siguió su persecución hasta el puerto de Buenavista, causándoles varios heridos y apoderándose de 12 mochilas ensangrentadas y varios fusiles y caballos, sin más pérdida que un herido.

En su parte al general en jefe, Veas hace extraordinarios elogios de su segundo don Salvador Cantalejo y de los guerrilleros Salvador Durán, Pedro Real, José Capelino, José Rueda, Andrés Pérez y el lego fray Manuel Gómez.

* * *

Por las cercanías de Utrera, populosa villa de la provincia de Sevilla, á cinco leguas de la capital, mantenía la bandera de España la guerrilla del *Capuchino*, terror de los enemigos y émulo de las glorias de los Vi-

© Biblioteca Nacional de España

llalobos, Fernández, Zaldívar y tantos otros patriotas de Andalucía, habiendo sostenido en todo el mes de Marzo de 1811 choques terribles con los imperiales, de los que siempre había salido victorioso el intrépido fraile.

* * *

Los tenientes del ya coronel D. José Villalobos, empleo con que había sido agraciado en justo premio á sus servicios, Luna y Granados, encontraron el 11 de Octubre junto al pueblo de María, á poniente de Vélez-Blanco, un destacamento francés de 200 hombres que convoyaba 60 cargas de paja, 10 de cebada y una de pan, y atacándole con la mayor bravura le pusieron en fuga con bastantes pérdidas, encargando á algunos de los guerrilleros la guarda de la presa, en tanto que ellos proseguían su marcha.

Al llegar los citados jóvenes al sitio conocido por Río Caramuel, fueron acometidos por 100 caballos enemigos, y aunque inferiores en fuerzas y mermadas éstas por las que habían dejado para la custodia del convoy, los rechazaron valientemente logrando hacerlos retirar con seis soldados muertos y algunos heridos que se llevaron.

Por consecuencia de esta acción los imperiales se retiraron de Baza al día siguiente, donde entraron los nuestros y fueron recibidos con los mayores transportes de júbilo.

* * *

En el mes de Setiembre sostuvo Villalobos un sangriento choque cerca del castillo de Xiquena, en que causó al enemigo 36 muertos y heridos, cogiendo varios prisioneros, uno de ellos oficial, mientras el resto huía precipitadamente.

Y si esto ocurría en las cercanías de Sevilla, vean nuestros lectores lo que pasaba en toda Andalucía.

El 5 de Mayo de 1811 las guerrillas de don José Villalobos avanzaron hasta el río de Baza, donde hallaron una columna enemiga de 250 caballos, sobre la cual cargaron los guerrilleros con el mayor denuedo, obligándolos á pasar el río, con pérdida de muchos muertos y heridos.

* * *

Con el carácter de coronel, el antiguo alcalde de Otívar, D. Juan Fernández, comenzó de nuevo en el mes de Junio sus campañas contra los invasores.

Acababa de llegar al santuario de Boijar, cuando fué destinado á las órdenes del conde de Montijo en el territorio de Granada.

El día 9 fué atacado por los imperiales con fuerzas tan superiores que se vió forzado á retirarse á la llamada *Venta del Fraile*.

El 22 se batió con fortuna en el lugar de Pinos del Valle.

En los meses siguientes de Julio y Agosto fué raro el día en que no tuvo algún choque con los franceses; sus fuerzas pocas veces pasaban de 400 hombres.

El 29 de Julio fué sorprendido dentro de la villa de Bornos, donde se hallaba recogiendo granos para remitirlos á Montijo, por 80 dragones; á los primeros tiros fué muerto el comandante. Reforzados con 25 dragones más y 70 infantes, acometieron dos veces los franceses, y Fernández les hizo 27 muertos y 11 heridos, teniendo por su parte un muerto y un herido.

El 4 de Agosto pasó á Alhendín con 150 caballos con el fin de descubrir las fuerzas del enemigo é incomodarlo si hallaba oportunidad, y aunque lo consiguió fué acometido por tres divisiones que le obligaron á hacer una ordenada retirada, matando tres franceses é hiriendo á otros tres.

El 8 marchó á Dulcar con toda su caballería y 200 infantes á batir al enemigo, que pasaba á registrar los cañones de Dablate; perturbóles la revista, persiguiéndole hasta el *Suspiro del Moro* y matándole un dragón.

El 11 de Agosto recibió el aviso de que los franceses, en número de 450 infantes y 98 dragones, se dirigían á Lanjarón, dejando 50 dragones de guarnición en el Paul.

Atacó á los del Paul haciéndoles siete muertos y tres prisioneros, que mandó fusilar porque trataron de fugarse, obligando á huir á los demás hasta pasado el *Suspiro del Moro*. Siguió hasta Lanjarón, donde entró

© Biblioteca Nacional de España

haciendo fuego y consiguió desalojar al enemigo y acamparse fuera de él.

Al día siguiente los atacó arrojándoles de la posición que habían tomado, y mandando en su seguimiento dos compañías, emprendió la marcha á Veleicellos con el fin de cortarlos á la junta de los dos ríos, donde llegó al mismo tiempo que el enemigo, emprendiendo un vivísimo fuego que duró como una hora, y causándoles cuatro muertos retrocedió á Veleicellos.

Ordenó que las tropas descansasen una hora; el enemigo, confiado, dispuso sus ranchos en dicho pueblo, y antes de disfrutarlos entró el alcalde de Otívar con sus fuerzas haciéndoles un fuego tan vivo, que, abandonando el pueblo y los ranchos, fueron á acamparse á la Cuesta de la Escalera.

Luégo que los españoles comieron los ranchos abandonados por los franceses, siguió su marcha, desalojando á los enemigos de dicho punto y persiguiéndoles hasta Motril, donde continuó haciéndoles fuego lo restante del día, causándoles la pérdida de 11 dragones; llegada la noche, mandó tocar á degüello y entró con sus fuerzas en la ciudad, que abandonaron los enemigos, yendo á acamparse á la Rambla del Puntalón, á una media legua de la ciudad, dejando en su poder cuatro prisioneros.



EL ALCALDE DE OTÍVAR

Al amanecer del día siguiente atacó al enemigo, durando el fuego hasta las once de la mañana, causándole cuatro muertos y obligándole á huir.

Por orden y en combinación con Montijo, atacó al francés el mismo día en la Rambla del Puntalón, siendo el resultado de esta jornada 180 prisioneros, quedando el resto de la fuerza enemiga muertos ó heridos en el campo de batalla.

Partió para Molvizar, donde por algunos soldados de Montijo supo la dispersión de sus tropas, pasando inmediatamente á reunirlas.

Al día siguiente, hallándose en Fondón, divisó una descubierta enemiga á la que rechazó con sólo 14 caballos, haciéndola cuatro muertos y persiguiéndola hasta la cuesta de la Cebada.

De orden de Montijo debían reunirse todas las partidas en Competa, y D. Juan Fernández se quedó para llamar la atención de las fuerzas enemigas á fin de que no impidieran dicha reunión.

Al siguiente día fué atacado por dos divisiones de 600 hombres, causando al enemigo su descubierta dos cabos y un sargento muertos; luégo que anocheció emprendió su marcha para Sierra de Albuñuelas, donde acampó.

Hizo nuevas correrías hasta el valle y vega de Granada. Atacado por 600 dragones y 300 infantes, se vió forzado á retirarse á la costa; puso su partida al mando de don

© Biblioteca Nacional de España

Juan Guerra, comandante de una de patriotas, dándole orden de sorprender una corta guarnición que había en el castillo de Almuñécar, lo que no efectuó.

Con 82 hombres tuvo un encuentro con 150 infantes y 50 caballos enemigos, sosteniendo una fuerte lucha y consiguiendo derrotarlos y hacerles 14 muertos y 17 heridos que se refugiaron en Otívar, hasta donde les siguió, no entrando en el pueblo por temor de que lo incendiasen como ya lo hicieron otra vez.

El 6 de Octubre combatía el alcalde en Rioseco, junto á los Tablazos de Nerja, teniendo que retirarse ante las superiores fuerzas de infantería y caballería que le presentaron los franceses. En su retirada, y abandonado por su compañero Guerra, rechazó tres columnas que intentaron apoderarse de las posiciones que había elegido, matando por su propia mano al teniente coronel que las mandaba, y haciendo morder la tierra á 43 de los que las componían.

Pocos días después, cerca de Almuñécar, trabó nuevo combate, en el que dió brillantes pruebas de su singular puntería, pues á su primer tiro cayó muerto el comandante francés, al segundo el que le sustituyó en el mando y al tercero hería á otro oficial, persiguiendo á los demás hasta Gete, matando en la persecución 17 infantes, hiriendo á 11 y haciéndoles un prisionero.

Enseguida se dirigió á Pinos del Valle y atacó á la guarnición, y hubiera tomado la casa en que se refugió sin la oportuna llegada de 450 franceses que desde el Padul acudían en auxilio de sus camaradas.

Tan dueño se iba haciendo del país, que, al retirarse de aquel punto, se encaminó tranquilamente al sitio del Pozuelo, donde estuvo dieciseis días sin que le molestase nadie, y se paseó después por Jayena, Arenas, Fornes, Gatar, Competa, Torrox, Frigiliana, Nerja y Maxo, á donde llegaba el 30 de Octubre.

El 1.° de Noviembre peleó de nuevo con una columna francesa y logró rechazarla con tanta gloria que la hizo retirar vergonzosamente á Almuñécar, dejando 24 muertos y 16 heridos.

El 5 atacó un destacamento, á cuyo capitán mató por su mano con siete polacos más.

El 9 se dirigió contra unas partidas de juramentados que comenzaron á formarse en la Alpujarra.

El alcalde de Otívar no sólo tuvo que luchar con las partidas de *juramentados* sino contra la seducción, puesta en juego por personas que se suponían con influjo sobre él.

En Agosto de 1811 recibió una carta de D. Francisco Aguilar, en la que, pintándole la situación del país y lo imposible de resistir al ejército francés, le aconsejaba que se indultase, ofreciéndole en nombre del duque de Dalmacia conservarle su empleo y caudal, juntamente con los honores que le hubiera dado el Gobierno de Cádiz, dándole además el mando de toda la costa para que la limpiara de ladrones y foragidos, á la que contestó el Alcalde dándole gracias por sus ofertas y compadeciéndole por el error en que estaba, pero que jamás solicitaría el indulto, «pues tengo jurado á Dios, dijo, y prometido al Rey D. Fernando VII no volverle las espaldas: así lo hice cuando recibí la vara de primer alcalde de Otívar, y en cuya justa determinación perseveraré hasta los últimos momentos de mi vida, y que disponga de ella el Todopoderoso que me la concedió.»

No habiendo producido efecto la carta de Aguilar recibió otra en el mismo sentido de D. Martín Llanos, regidor de las Alpujarras, en Ujíjar, uno de los que le combatieron más rudamente al frente de una compañía de escopeteros, diciéndole además que este interés que por él se tomaba era por no haber quitado la vida á su familia cuando les hizo prisioneros en Ujíjar.

Contestó á las proposiciones de indulto en tono despreciativo, y diciéndole que el haber dado libertad á su familia era por ser sumamente afecto á la razón y justicia, y que su esposa é hijas no tenían culpa de las maldades é iniquidades de su padre y marido.

Estos conatos de seducción encendían más y más el ánimo del Alcalde, haciéndole proseguir la guerra y encarnizarse cada vez más con los que él llamaba *españoles infames y traidores.*

© Biblioteca Nacional de España

El 17 de Noviembre de 1811, por la mañana, cercó la villa de Ujíjar creyendo encontrar allí al corregidor Llanos y á Maldonado; entró seguidamente y se encaminó á las casas de Llanos y Maldonado, arrestó á sus respectivas mujeres, y sabiendo por ellas mismas que habían marchado sus maridos con tropa imperial para Almería, salió en su persecución logrando darles alcance dos veces, cesando al fin por la oscuridad de la noche, falta de municiones y no haber comido la tropa en todo el día: hizo á los franceses 62 muertos, dispersó á los *juramentados*, y cogió la caja del correo que contenía 12.700 reales.

En Berja entró con algunas tropas en la plaza y mandó fusilar á un sargento de la compañía afrancesada, confeso de haber sido herido en el ataque que dieron al alcalde de Valor, sin que valiese para salvarle el empeño de un primo hermano suyo sacerdote, ni cien doblones que ofrecía para regalar á la tropa; mandó también dar cien palos á sus padres para ejemplo, lo que no se efectuó por haberse interesado diferentes personas acomodadas; hizo saquear la casa del corregidor, que había huído, las de todos los sugetos que se ausentaron, y las de los padres de todos aquellos que servían á los franceses; duró el saqueo una hora, y puso en libertad á las mujeres de Llanos y Maldonado.

Había dispuesto el alcalde de Otívar, obedeciendo órdenes de Montijo, la reunión de todos los dispersos, quintos y mozos solteros desde la edad de 16 á 40 años, formando un refuerzo de 2.300 hombres, aunque desarmados bastantes y todos sin instrucción y disciplina; al primer choque con los franceses huyeron los nuevamente llamados, y fué necesaria toda la habilidad del Alcalde para eludir el cerco que de los que le quedaban intentaron el 27 de Noviembre varias columnas enemigas.

Los pocos dispersos y mozos que aún le seguían le abandonaron huyendo del fuego, y, aun acudiendo á medidas de rigor, tuvo que limitar su mando al de los antiguos voluntarios que formaban su partida.

Enfermo á la sazón y precisado á esconderse en una gruta, todavía acudió á Puerto Blanco para destruir una cuadrilla de 20 malhechores, matando á seis, que pudo cortar su segundo, como momentos después á otros seis franceses de la guarnición de Nerja, encargados con 44 más de convoyar unas cargas de vestuario que había en Jayena.

Este fué el último combate á que asistió D. Juan Fernández.

Herido en él su segundo, el comandante Herrero, nombró para sustituirle á D. Simón Maestre.

Viendo que se agravaba su enfermedad y que se hallaba sin municiones, comisionó á un religioso que le acompañaba para que lo hiciese presente á Ballesteros, quien le mandó 8.400 cartuchos y dos cajones de granadas de mano y orden de que pasase á verle.

Ballesteros ofreció auxiliarle con armas y municiones, pero no con gente, y le dió un oficio para la Junta de la Yunquera á fin de que le proporcionasen armamento, cosa que no logró.

«Puedo gloriarme—dice el heróico alcalde de Otívar en su manuscrito—de haber llegado el caso de que los enemigos de la ciudad de Granada han sorteado sus oficiales que habían de salir en mi perseguimiento á causa de no haber quien voluntariamente lo hiciese.»

El alcalde de Otívar recobró la salud por poco tiempo.

Las gentes del país le apodaron con el nombre de *Caridad* por la mucha sin duda que usaba para con sus compatriotas—dice el ilustrado general Sr. Gómez de Arteche,—ó por la ninguna, quizás, que ejercía en sus aborrecidos enemigos los franceses.

Una de las cualidades que más resaltan en el alcalde de Otívar, es, sin disputa, la de su carácter, comparable tan sólo en resultados para su acción militar con la previsión que se la aconsejaba, si ya no era efecto de una índole humana y generosa.

Todas las declaraciones prestadas por los pueblos de la comarca, después de la guerra, se hallan contextes en eso. No hay una de las 42 estampadas en lo que pudiéramos llamar apéndice del diario de sus operaciones, que no se extienda en el elogio del héroe alpujarreño bajo este punto de vista como

© Biblioteca Nacional de España

bajo el de tantos otros, como puede ser considerado para honra suya y gloria de su tierra natal.

Copiadas dos, una de Frigiliana y otra de Arenas del Rey, dice el mismo Sr. Arteche:

«Esto da, indudablemente, autoridad á nuestra opinión de que el apodo de *Caridad* le fuera puesto al alcalde de Otívar por la mucha que usaba para con sus compatriotas.»

Respecto á la generosidad y galantería de que hacía gala con enemigos inermes y las personas inofensivas del séquito de los generales franceses, el historiador Schépeler refiere una anécdota de cuya veracidad no respondemos y que incluimos por lo chistosa.

«Dirigíase á Granada la mujer de un general (que los españoles dicen era la de Sebastiani, á pesar de haber muerto la legítima suya) acompañada por 150 soldados de caballería. *Caridad* atacó la escolta con 120 guerrilleros, mató 30 franceses, hizo prisioneros 20 y dispersó el resto. Conduce después galantemente la dama á su casa, donde la recibe con la hospitalidad morisca; y cuando Sebastiani pregunta, por medio de un trompeta, el precio del rescate, le devuelve sin él la dama con sus criadas, sus baules intactos y en el mismo coche, escoltado entonces por españoles.

Escusóse en una carta de haber retenido la dama que, aterrada por el combate, había tenido por el pronto necesidad de reponerse, y añadió que él no hostilizaba ni hacía prisioneros más que á los franceses, no á las mujeres... Sin embargo, aquel alcalde era un español, *un turco del Oeste.*»

* * *

Era D. Julián Trigo, según las noticias que hemos podido adquirir, un rico hacendado de Puebla de Coria, villa de la provincia de Sevilla, que inflamado en el santo amor de la patria abandonó familia y hacienda para lanzarse al campo.

Como hijo de la Puebla, que conocía perfectamente, como pudiera conocer su propia casa, y contando en ella con parientes y amigos, sabedor de que en ella tenían los imperiales un depósito de caballos, entró la noche del 4 de Junio y se los llevó todos, batiendo al siguiente día la columna móvil que, encargada de su persecución, mandaron salir los imperiales de Sanlúcar la Mayor.

En el mes de Setiembre, y al frente de 150 caballos, atravesó D. Julián Trigo el Guadalquivir por Alcalá del Río, y habiendo hecho tránsito en la Rinconada supo que el mayor de la plaza de Sevilla debía salir á una quinta, á media legua de la ciudad, con algunos granaderos, y dirigiéndose en su busca lo encontró en un birlocho cercano á la quinta, donde se refugió con los granaderos, dejando abandonada en el birlocho á una señora que llevaba en su compañía, y de la cual se hizo cargo nuestro guerrillero.

A los tiros que le dispararon desde la quinta los granaderos, acudieron fuerzas de Sevilla que obligaron á Trigo á retirarse en dirección de Alcalá de los Panaderos, logrando hacer prisioneros en el camino dos capitanes y ocho soldados españoles *juramentados*, y aunque le persiguió tenazmente la partida del mal español Gallo y otra de 260 lanceros que salieron de Mairena, consiguió llegar felizmente al Campo de San Roque, dejando alborotadas todas las guarniciones de los pueblos cercanos á Sevilla.

Ballesteros, en su parte al general en jefe del 4.° ejército, le dice hablando de D. Julián Trigo y de sus guerrilleros:

«No puedo menos de recomendarlos á V. E. por el valor que muestran en el combate, y por la resignación de que dan pruebas en las privaciones.»

El último hecho realizado por D. Julián Trigo prueba una vez más que ni en Madrid José, ni en Barcelona Mathieu, ni en Sevilla Soult, podían verse libres de esos actos de increíble audacia de nuestros guerrilleros.

* * *

Del 12 al 20 de Marzo de 1811, reunidas una partida de *Cruzados* y dos de patriotas, hicieron en Hurdales 70 prisioneros, entre los cuales había 14 cívicos *juramentados*, que inmediatamente fueron pasados por las armas.

© Biblioteca Nacional de España

En estos mismos días bajó una columna enemiga por la costa y sorprendió á los patriotas apostados en Estepona, y aunque perecieron algunos, los restantes se abrieron paso con gran daño de los enemigos, y unidos á otras partidas bajo la dirección del comandante general de la sierra D. José Serrano Valdenebro, cubrieron la entrada de la sierra por la parte de Casares. Los enemigos, de rechazo, bajaron á San Roque, en donde saquearon é hicieron lo que acostumbraban, volviéndose la costa arriba sin haberse atrevido á entrar en Gaucín, ni otro punto ninguno á vengarse de los serranos que tan malos ratos les habían dado en los días anteriores.

*
* *

D. Manuel Jiménez Guazo había hecho su aprendizaje militar en aquella escuela de valientes que se llamó Zaragoza, de la cual salieron gran número de héroes á predicar por toda España guerra al francés.

Llegado á Sevilla, después de la caída de la ciudad heróica, Jiménez Guazo fué nombrado oficial de la secretaría de la Junta Central; pero los hábitos militares contraídos en Zaragoza y su odio al francés no le consentían permanecer inactivo, y con el permiso y el apoyo de la Junta levantó un cuerpo de patriotas que bautizó con el nombre de *Cruzada*.

Como quiera que los apuros del Erario no permitían á la Regencia satisfacer á sus *cruzados* el prest que los había señalado, Jiménez Guazo, de su sueldo y su escaso patrimonio, se ofrece á mantener 20 hombres de los 200 que ya forman la *cruzada*. No satisfecho aún penetra en Cádiz é implora el favor del obispo de Sigüenza y de varios frailes y clérigos, que á porfía le ofrecen su auxilio. La *cruzada* toma desde entonces un carácter patriótico y religioso, y en las iglesias de Cádiz frailes y clérigos la predican y exhortan á la juventud á que se aliste bajo sus banderas.

Jiménez Guazo sale de Cádiz con el título de comandante de *La Cruzada del Obispado de Málaga*, y emprende contra los imperiales, al frente de su pequeña pero arriesgada hueste, una campaña tenaz, sin tregua, sin descanso, por la serranía de Ronda, por los contornos de Málaga, por los campos de Granada, por las cercanías de San Roque, mereciendo los mayores elogios de todos los generales.

El día 8 de Julio de 1811, encontrándose de avanzada en el campo de San Roque, batió por completo un gran destacamento francés.

Cuando los imperiales se apoderaron de Ronda, Jiménez Guazo, con la *cruzada* se trasladó al antiguo reino de Granada, siempre activo y valiente, y en unión de la partida apellidada del *Estado*, entró en la villa de Teba el 3 de Agosto, desarmó á varios *cívicos* (españoles juramentados), les cogió seis caballos, y rechazó á los franceses que bajaban de Ronda en busca de raciones, matándoles buen número de hombres.

De Teba y Campillos se trasladó á Antequera, y situado en el camino de Málaga se ocupó en interceptar los correos enemigos, cuando acertó á pasar el general francés Rey. La numerosa hueste que este general traía y que era tres veces mayor que el número de guerrilleros que tenía á sus órdenes, no fué obstáculo para que Jiménez Guazo la atacase con tanto valor como fortuna, obligando á Rey á buscar un refugio en Antequera con pérdida de 27 muertos y 40 heridos.

El 3 de Setiembre, apoyado por la partida de caballería de *Juan Soldado*, penetró Jiménez Guazo en la villa de Alora por sorpresa, teniendo los imperiales que salvarse en el castillo, dejando en las calles siete muertos y 21 heridos, en donde Guazo y *Soldado* los tuvieron sitiados y ya próximos á rendirse cuando fueron auxiliados por fuerzas de infantería y caballería.

El día 8 fueron cercados los 130 guerrilleros de la *cruzada* por 800 soldados enemigos, en la misma villa de Alora, que habían conquistado á los franceses, pero salieron por el camino del valle con la mayor serenidad, sin que los franceses se atrevieran á perseguirlos.

Avisado el 26 de que la columna móvil del coronel Berton había salido de Antequera prometiendo derrotarle, mandó destacar 70 infantes y 50 caballos, colqcándolos sobre

© Biblioteca Nacional de España

el mismo camino por donde debían pasar los enemigos, emboscándose Jiménez Guazo con el resto de la *cruzada:* llegaron los imperiales, y los guerrilleros los recibieron con un nutrido fuego: pensó Berton derrotarlos atacándoles por el lado opuesto del camino, sin prever que allí estaban Jiménez Guazo y sus *cruzadas* que, arrojándose sable en mano sobre él y sus legionarios, lo destrozaron y persiguieron hasta las puertas mismas de Antequera, en donde entró el coronel francés con el resto de la columna en el más espantoso desorden.

Los mismos enemigos confesaron haber tenido en esta para ellos desdichadísima jornada 50 soldados muertos y un gran número de heridos, imposible de precisar porque la noche tendió sobre el campo de batalla su oscuro manto.

Volvió la *cruzada* á la villa de Alora; pero sabedoras las autoridades de que el gobernador de Málaga enviaba una columna de 800 hombres para batirla, suplicó á Jiménez Guazo que si no recibía los refuerzos que había pedido á Marbella y pueblos comarcanos, abandonara el pueblo sin entablar la lucha, á fin de librar la villa de la venganza de los imperiales. No llegaron los auxilios pedidos, y Jiménez Guazo, lamentando el abandono en que le dejaban los hijos de Alora y de los pueblos vecinos, abandonó la villa dirigiéndose á la sierra del Agua, donde aguardó con sus *cruzados*, ansiosos de combatir á la columna francesa, que no se atrevió á atacarle, limitándose á realizar uno de sus acostumbrados crímenes, el asesinato de cuatro frailes y dos sacerdotes del convento de las Nieves.

Era Jiménez Guazo un tipo digno del mayor estudio, y un hombre verdaderamente fanático por la patria y la religión.

Vestía de un modo algo raro, teniendo predilección por los trajes antiguos y despreciando los modernos, porque los juzgaba inficionados del gusto francés. Usaba por espada un largo mandoble, lucía en el rostro unos grandes bigotes y en el pecho la insignia de los antiguos cruzados que fueron á Palestina á la conquista del Santo Sepulcro.

* * *

D. José Ruiz Falcón *(Juan Soldado)*, después de acompañar al Sr. Jiménez Guazo en la sorpresa de Alora, luchó con los 30 infantes y cuatro ginetes de su guerrilla en la llamada *Venta de Gálvez* contra 200 peones y 40 caballos que iban de Antequera á Málaga, matándoles cuatro hombres é hiriéndoles ocho, teniendo que retirarse ante la superioridad de fuerzas del enemigo, lo que verificó felizmente al peñón de Villaria sin que los franceses le persiguieran.

Al siguiente día se encontró muy cerca de la *Venta del marqués del Vao*, camino de Casa Bermeja, con un destacamento de los imperiales, compuesto de 80 ginetes y 16 caballos, para batir el cual dividió su pequeña fuerza en tres grupos, logrando sorprenderlo con tal acierto, que lo dispersó por completo, huyendo vergonzosamente y dejando en poder de *Juan Soldado* algunos caballos y el maletón con el correo que conducían para el mariscal Soult, y sobre el campo varios muertos y heridos.

* * *

En la mañana del 31 de Agosto de 1811 el teniente coronel D. Bernardo Márquez, comandante de las guerrillas de la derecha del tercer ejército, y el teniente D. Pedro Luna, jefe de una de las partidas del capitán Villalobos, sorprendieron entre las villas de Vélez Blanco y Vélez Rubio á 80 artilleros franceses que bajaban por paja con 80 mulas, atacándolos inmediatamente, matando 28, haciendo otros tantos prisioneros y cogiendo 37 mulas y un caballo.

En los primeros días de Setiembre Márquez se adelantó hasta cerca de la Puebla de D. Fadrique, sabedor de que venía un gran convoy enemigo, y sin atender á las numerosas fuerzas que lo custodiaban las atacó con la mayor resolución, poniéndolas en fuga, apoderándose de 24 carros de trigo que llevaban.

Hé aquí el parte que el citado D. Bernardo Márquez pasó al general en jefe relatando otra importante acción:

«Habiendo salido de Cehejín con 60 caballos con dirección á los Vélez, por si podía sorprender á los enemigos la noche del 19 de

© Biblioteca Nacional de España

Setiembre, y no pudiendo verificarlo por la reunión que en dicho punto tuvieron los del Puerto, determiné emboscarme á media legua de la Venta del Río, por si podía sorprender una descubierta que algunos días acostumbraba á salir hasta la referida venta, y encontrándome con la que salió el de esta fecha, compuesta de 50 soldados del 32 con 17 dragones al mando de un oficial, los ataqué por el frente y retaguardia flanqueándoles la derecha con la rapidez que requieren estos casos, recibiendo tan sólo una descarga á cuatro pasos. Los enemigos, viendo la resolución de mi gente, se dispersaron perdiendo 28 soldados prisioneros, dos oficiales y nueve caballos, quedando los demás muertos, excepto cuatro dragones que, por hallarse lejos de la acción, pudieron huir. Por nuestra parte hemos tenido un soldado levemente herido y perdido cuatro caballos.»

Por sus muchas hazañas fué nombrado D. Bernardo Márquez jefe del regimiento *Cazadores de Jaén*, creado el 1.º de Noviembre y fuerte de 344 caballos.

* * *

D. Juan Guerra era un famoso patriota que mandaba una de las guerrillas de las montañas próximas á Granada.

En Agosto de 1811 el célebre alcalde de Otívar puso su partida á las órdenes de don Juan Guerra, con orden de sorprender la guarnición de Almuñécar, lo que no consiguió por haber empezado á tiros en las inmediaciones de la ciudad algunos de sus guerrilleros, con lo cual previnieron á los enemigos que se refugiaron en el castillo.

Guerra entró en la ciudad, recogió 3.900 reales que los imperiales tenían reunidos de la contribución impuesta á Almuñécar, sacó un número considerable de alpargatas, morrales, etc., y se dirigió á la villa de Nerja, donde prosiguió sus correrías.

* * *

D. Roque Gallego, comandante de la partida de Cortes, presentó al general Ballesteros 12 prisioneros que con su guerrilla de 40 hombres había hecho el 3 de Setiembre de 1811 en la batería inmediata á Puerto Real, arrojándose repentinamente al fuerte, y dispersando á los restantes que la servían después de haber matado 21.

En el parte de Ballesteros al general en jefe del 4.º ejército le decía:

«Pongo este importante hecho en conocimiento de V. E. para que se sirva elevarlo al Gobierno Supremo, á fin de que la Nación tenga conocimiento de las bizarras acciones que en defensa de la patria hacen los guerrilleros.»

Desde que el general Ballesteros, llamado por la Regencia á fines de Agosto de 1811, vino del Condado de Niebla, donde tanto había hostilizado al enemigo, á Algeciras y serranía de Ronda, se aumentaron con su decidido apoyo las guerrillas.

Corrieron á juntarse á sus banderas en la sierra jóvenes robustos, mancebos embravecidos, de cuerpo fuerte, brazos musculosos y manos duras, vestidos de un rústico sayal, con algunas pieles, montera en la cabeza, zurrón al hombro, cuatro ó cinco piedras en él, honda, que estallaba, en la mano derecha, y torcido cayado en la izquierda. Otros, más militares, empuñaban una corpulenta y fuerte lanza, mientras coronaba su cabeza pesado morrión (1).

La expedición de Ballesteros á la Serranía y la derrota del general Rignoux, que obligaron á Soult á lanzar contra él más de 14.000 hombres mandados por Godinot, Lemelé y Barroux, obligando al general español á ponerse bajo la protección de Gibraltar (14 de Octubre), impidieron que Suchet pudiera recibir auxilios de Andalucía para la conquista de Valencia.

* * *

D. Agustín Esteban recorría con su partida Pinos del Valle (Octubre de 1811).

* * *

D. Antonio Dios tomó parte el 17 de Noviembre en la persecución del corregidor

(1) A. Castro.—*Historia de Cádiz.*

© Biblioteca Nacional de España

Llanos, español afrancesado, á la cabeza de sus 250 caballos.

***

En Diciembre fué gravemente herido el valiente guerrillero andaluz D. Antonio Guerrero, viéndose obligado por esta causa á dejar el mando de la partida.

***

D. Pedro Zaldívar quiso apoderarse de Soult (3 de Diciembre de 1811), avisado de que el mariscal iba todas las tardes á San Juan de los Teatinos, con una escolta de 30 dragones, y si no realizó su intento fué por haber llegado cinco ó seis minutos después de haber partido Soult.

El mariscal dispuso que salieran de Sevilla 24 gendarmes y 350 infantes en persecución de Zaldívar, que se volvió á la villa de Dos Hermanas, dos leguas de la ciudad, en la cual no se atrevieron á penetrar los franceses hasta que Zaldívar y sus guerrilleros la abandonaron.

D. Ramón de Noriega.—Un verdadero crimen.—Heroísmo de Ubrique.—Asalto de Tarifa y Bornos.

D. Ramón de Noriega y García, natural del pueblo de Noriega, perteneciente al ayuntamiento de Rivadedeva (1), cuyas hazañas en Extremadura consignamos oportunamente, cayó prisionero de los invasores á principios del año de 1811 hallándose en observación de los movimientos de las fuerzas imperiales, en el ejército del general D. Martín de la Carrera, siendo conducido á Sevilla bajo la férula de Soult.

Cuando se trató por el mariscal francés de la jura de los presos españoles al intruso José, el Sr. Noriega trabajó con el mayor empeño no tan sólo para que sus compañeros no prestasen el citado juramento, sino también para lograr la fuga de muchos de ellos.

Averiguado el hecho por Soult, y enterado de la popularidad que entre sus hermanos de armas gozaba el Sr. Noriega, por su mucho valor y su acendrado españolismo, le llamó á su despacho y le ofreció protegerle si juraba á José y hacía jurar á los demás prisioneros; pero D. Ramón le contestó con la más grande energía:

—«Antes perderé la existencia que reconocer otro monarca que mi legítimo rey D. Fernando VII.»

Irritado el mariscal le mandó salir de su presencia y conducir á su prisión de Espumarejo, con promesa de fusilarlo por su lealtad y su patriotismo, publicando á seguida un bando en el cual amenazaba con pena de la vida á él y á cuantos oficiales pretendieran fugarse.

Se vé que el mariscal, desconociendo el carácter español, buscaba alcanzar por la fuerza lo que no había podido obtener por el halago y el soborno.

Conducido á Francia con otros varios, logró el Sr. Noriega, á costa de mil trabajos, fugarse de las garras de sus verdugos en Carmona, regresando á Extremadura, donde fué recibido con la mayor alegría y nombrado comandante del cuerpo *Húsares francos de Extremadura*.

Al frente de esta fuerza realizó muchos y notables hechos de armas, interceptó diferentes convoyes al enemigo, acudió en auxilio de Villanueva del Fresno y de otros varios pueblos que reclamaron su ayuda, y se distinguió en todas partes por su ánimo esforzado y su corazón generoso.

Por desdicha, en una de las frecuentes acciones que sostuvo con los imperiales, cayó de nuevo prisionero y fué conducido á Sevilla.

¿Qué más podían desear los invasores?

Reconocido por varios oficiales franceses en el depósito de prisioneros, fué sacado de él y conducido á la Cárcel Real, para someterlo á un consejo de guerra y fusilarlo, con arreglo al bando del mariscal Soult.

El día 11 de Diciembre del año de 1811 compareció el insigne D. Ramón Noriega

(1) Por un error involuntario escribimos al hablar de él por la vez primera, que este esforzado patricio se llamaba García y Noriega, y que el pueblo de Noriega formaba parte del ayuntamiento de Rivadesella.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

ante el consejo, que, como era de temer, le sentenció á ser fusilado, siendo inmediatamente puesto en capilla.

En este trance supremo fué donde más brilló el ánimo sereno, el valor indomable, el heróico patriotismo de D. Ramón Noriega, que, lejos de amenguar, creció entre las oscuras paredes de la fúnebre estancia y se aumentó en aquellos supremos instantes.

Toda Sevilla se sintió profundamente conmovida con tan horrible noticia; todas las clases sociales se interesaron por él y en todas las iglesias y conventos de la ciudad se celebraron rogativas pidiendo por su vida al Ser Supremo.

En todos los semblantes se marcaba la más profunda pena, y grupos numerosos ocupaban las calles ansiosos de conocer la respuesta de Soult á las varias comisiones que se le habían presentado en demanda del perdón para Noriega, cuya serenidad y españolismo le habían conquistado todos los corazones.

Siete horas tan sólo faltaban para la ejecución, cuando los sevillanos alcanzaron la suspensión de la sentencia...

El mariscal, ya que no pudiera negarse á perdonar á un hombre cuyo solo delito consistía en el amor que profesaba á su legítimo rey y á su querida patria, ordenó que al salir de la capilla se pusiera á D. Ramón Noriega en un oscuro calabozo y en absoluta incomunicación, hasta que Napoleón resolviera de su futura suerte...

Esta resolución, que tardó algún tiempo en llegar á Sevilla, se redujo á mantenerle preso en la Cárcel Real, no enviándolo á Francia por temor á una nueva evasión.

En los ocho meses que el Sr. Noriega permaneció allí encarcelado, logró, con el auxilio del alcaide de la prisión, la deserción de dos espías y varios jurados, y socorrió á muchos presos, llevando su abnegación hasta ocultar cuidadosamente su nombre al repartir los beneficios.

Aún hizo más este valeroso patricio, que fué ponerse en comunicación con la Junta patriótica que secretamente existía en Sevilla, proponiendo, sin reparar en peligros y sin pensar que si era otra vez cogido no volvería á salvar la vida, un plan de conspiración escrito por su misma mano, en el cual proponía los medios para arrojar de la ciudad á los imperiales.

* * *

Ya que no pudo fusilar al heróico D. Ramón Noriega, veamos el crimen que poco después cometió Soult.

D. Juan Manuel López era un sargento á quien el general Ballesteros había encargado que con 25 soldados se ocupase de recoger caballos y perseguir ladrones.

Vendido por uno de sus soldados fué sorprendido por un destacamento francés enviado por el gobernador de la villa de Constantina, en un cortijo, durmiendo; sus compañeros fueron asesinados y López conducido á Sevilla, donde el general Soult se empeñó en hacerle ahorcar.

La Junta Criminal, á la que López fué sometido, no halló causa para aplicarle tan bárbara pena.

Furioso Soult amenaza con someterlo á una comisión militar, pero el conde de Montarco, que se hallaba presente, le ofrece ir á verse con la Junta y lograr, como en efecto logró, que se sentenciara á López como á ladrón cogido con las armas en la mano.

¿Y el conde de Montarco era español? ¡Increíble parece!

Circula la noticia, y espontáneamente se presentan á la Junta habitantes de Sevilla y de los pueblos, afirmando que López es un sugeto honradísimo, muy estimado en el país, y constante perseguidor de ladrones, con uno de los cuales, apellidado el *Fraile*, que luégo fué ajusticiado, sostuvo un reñido combate.

La Junta, en vista de estos informes, declara no estar probado el cargo que se imputa al reo.

Soult, enfurecido, nombra otra Junta Criminal, que, después de largos debates, declaró á López absuelto y simplemente prisionero de guerra. La nueva se esparce por toda Sevilla y la alegría es general. Pero Soult, que no retrocedía en sus empeños, elige una Comisión militar, que, sin más procedimiento ni diligencia, sentencia á López á la pena de horca.

© Biblioteca Nacional de España

En el momento en que se leyó á López la inícua sentencia, guardó un breve silencio; después, metiendo la mano en el bolsillo, sacó algún dinero, encargando que de él diesen á su anciana madre media onza, que le dijesen algunas misas y el resto lo repartiesen á los demás presos.

Pocas horas después, á las siete de la mañana del 29 de Noviembre de 1811, entregaba su alma á Dios.

«El pueblo sevillano, decía la *Gaceta,* fiel siempre en su corazón, como todos los pueblos oprimidos de España, ha visto con horror semejante espectáculo; su silencio oculta el despecho y el furor, cuya explosión será terrible algún día. Los jueces y los empleados del gobierno intruso son el escarnio y el juguete de un sátrapa extranjero que los llena de humillación y oprobio.»

* * *

Parte de las Justicias de Ubrique:

«Excmo. señor comandante del Campo de Gibraltar:

Una división de más de 4.000 hombres, al mando del general Barrois, entró en la villa de Igualeja en la mañana del 27, donde cometió todo género de desórdenes, y siguió su camino sin impedimento, hasta que en la unión de los caminos de Estepona, Igualeja y esta villa, fueron detenidos por este vecindario. Se tocó alarma para ello, y al anochecer se principió el fuego por nuestros patriotas, y retrocedieron las grandes guardias francesas hasta su división. El fuego cesó en el día, y al amanecer del 28 se empeñó de nuevo con tanto ardor, que emprendieron la retirada por el camino de Estepona. Los serranos los siguieron hasta la Sierra Bermeja, regresando con dos prisioneros, varios heridos y pertrechos de guerra. Por nuestra parte tuvimos un muerto y algunos heridos. *Francisco Ruiz*, alcalde.—*Juan Torres*, escribano.

* * *

Proyectó Soult tomarnos á Tarifa, pero no contó con los rondeños, que fueron acosando su ejército, ni con los 2.000 vecinos de Tarifa y los 2.500 soldados que la guarnecían, todos los cuales, queriendo emular las antiguas glorias de esta ciudad, se apresuraron á cortar las calles, atronaron las casas, fortificaron las alturas á la voz y bajo la dirección del general Copons, ayudado del coronel inglés Skerret.

El 29 de Diciembre de 1811 rompieron el fuego los franceses, mandados por el general Leval, con nueve piezas, logrando abrir brecha por la puerta del Retiro, y el 31 dieron el asalto llevando 23 compañías de vanguardia, apoyadas por el resto de la fuerza, pero fueron rechazados enérgicamente, y el cielo, queriendo completar su derrota, lanzó nna lluvia torrencial que enterró en lodo á soldados, caballos y cañones, teniendo Leval que desistir del sitio y dirigirse á Vejer con pérdida de 2.000 hombres, toda la artillería gruesa y el equipo de su ejército.

No fueron más afortunados los invasores en Bornos, ante cuya villa se estrellaron todos sus esfuerzos.

Guadalajara: D. Juan Martín (El Empecinado).

El general Hugo, el guerrero napoleónico que se juzgaba destinado por el césar francés á vencer al *Empecinado*, se daba por vencido y se retiraba á descansar de sus grandes fatigas y á esconder su vergüenza tras de las murallas de Guadalajara.

Al ocuparse de ello en sus *Memorias*, no vaciló en escribir algunos años más tarde:

«Tal era la pasmosa actividad del *Empecinado*, tal la resolución y aumento de sus fuerzas, tales los abundantes socorros que de todas partes le suministraban, que me veía forzado á ejecutar contínuos movimientos.»

Y más adelante concluye por asentar esta verdad, que sólo pudieron negar algunos generales, así franceses como españoles, cegados unos por el orgullo y otros por la envidia:

«Para la completa conquista de la Península se necesitaba acabar con las guerrillas. Pero su destrucción presentaba la imagen de la hidra fabulosa.»

Amigos de la verdad, y deseando escribir nuestra historia con la mayor imparciali-

© Biblioteca Nacional de España

dad, copiamos el bando de la Junta Superior de Guadalajara, tratando de corregir y castigar á los traidores, mayores en número de lo que generalmente se ha creído.

«La experiencia ha hecho conocer á la Junta Superior de esta provincia, que no debe disimular por más tiempo la facilidad, si no es malicia, de muchas justicias y otras personas que, obedientes ó tímidas, cumplen ciegamente las órdenes que los enemigos del género humano esparcen para esclavizar la España, pasándoles puntualmente aviso de la posición, número y movimientos de nuestras tropas é inutilizando por este medio más de una vez los esfuerzos gloriosos que éstas hacen por su libertad.

Ejemplos muy recientes comprueban esta verdad. Si el temor del castigo es el que los estimula á pasos tan criminales como ajenos de todo buen patriota, este mismo temor debe contenerlos en los justos límites de su obligación; y el que la contravenga se hará acreedor á las penas que se señalan en los artículos siguientes:

I. Los alcaldes y cualesquiera otra persona, sin excepción, que por escrito ó de palabra den noticia á los enemigos del número, posición y movimientos de las tropas españolas, ú otra que directa ó indirectamente les sirva para la verificación de sus injustos proyectos, convencidos de este delito, sufrirán la pena de muerte y confiscación de sus bienes, como traidores á la patria, sin admitirles sobre ello excusa alguna.

II. Todos los que sean hallados con cartas ó papeles de los mismos enemigos, ó malos españoles que les sirvan, dirigidos al propio objeto, requisición de víveres ú otro acto que redunde en su beneficio, ó con recados y encargos verbales, experimentarán igual suerte.

III. El brigadier D. Juan Martín, los demás jefes de la tropa, las justicias, y en general todos los buenos españoles, están autorizados para aprehender á los emisarios del gobierno intruso que se empleen en el desempeño de sus órdenes, y conducirlos ante la Junta Superior para que, previo un pronto y severo examen de si se hallan ó no comprendidos en los artículos anteriores, el que lo esté sufra la pena impuesta, que se ejecutará en lo posible en el sitio en donde se le aprehendiere.

IV. Será exento de la referida pena el que, obligado por la fuerza, recibiese tales encargos, y espontáneamente, y sin llevarlos á efecto, los manifieste á la Junta ó á alguno de los indicados jefes.

V. Para que ninguno alegue ignorancia, imprímase en la *Gaceta Provincial* y circúlese por bando.

Dado en Huerta-Hernando por la Junta provincial de Guadalajara, el 28 de Diciembre de 1810.—*Baltasar Carrillo Lozano Manrique.—Rafael Cuéllar y Artacho.—Juan Antonio González.*—De acuerdo de S. E., *Manuel Morato.*»

Dolorosas, pero necesarias eran tales medidas.

Al objeto de impedir las correrías de las guarniciones enemigas de Tarancón, Villarejo de Salvanés y Arganda por la izquierda del Tajo, pasó á Sacedón el *Empecinado.*

Llamado el 2 de Enero de 1811 por la Junta de Guadalajara para que impidiese la llegada del general Hugo que se dirigía á Cobeta á destruir la fábrica de fusiles allí establecida, repasó el Tajo; pero habiendo salido falsos los citados avisos, se dirigió otra vez á Sigüenza el día 9 con el batallón *Tiradores de Sigüenza* y dos escuadrones de caballería, entablando una reñida acción con el sanguinario general Roquet, al que obligó á regresar á su madriguera de Aranda de Duero con pérdidas considerables.

A fin de poder armar y vestir á sus voluntarios, que carecían hasta de lo más preciso, D. Juan Martín dirigió el 8 de Enero de 1811 desde Sigüenza una invitación á todos los buenos patricios de España y América en demanda de auxilios para equipar á los 800 jóvenes que se le habían presentado para formar el batallón de *Voluntarios de Madrid* y el resto de sus fuerzas.

Imposible pintar el entusiasmo que en todas partes despertó la sentida invitación del *Empecinado*, pero aún más especialmente en Cádiz, refugio de todos los expatriados, capital de todos los buenos españoles, centro de la inteligencia, del patriotismo y de la civilización.

Esta culta y liberal ciudad había abierto

© Biblioteca Nacional de España

meses antes una suscrición con el nombre de *Don patriótico*, para proveer de vestuario, montura y armamento al cuerpo de 300 caballos que mandaba D. Juan Martín, habiéndose encargado de dirigir la reunión de estas prendas el duque del Infantado y don Tomás Istúriz con otros dos vecinos de Cádiz, mostrando los moradores de la noble ciudad su patriotismo al par que su desinterés.

En esta época fueron los Sres. D. Bernardo Riega, D. Juan Fernández Caballero y D. Juan de Madrid-Dávila los que iniciaron la suscrición (4 de Febrero de 1811), señalando como depósito para los donativos el Banco Nacional, y dirigiendo con este motivo una excitación en que se leía:

«Nosotros, guardados dentro de una plaza fuerte, nosotros, que á pesar de las comunes desgracias vivimos en seguridad, dormimos tranquilos, y tenemos, en fin, aún más que el preciso alimento, ¿seremos insensibles á la voz del *Empecinado,* que, como si pidiera para sí, nos pide casi por limosna los nuevos socorros que necesita para sus nuevos soldados? ¿Tendrán ellos obligación de pelear si nosotros no cumplimos con la nuestra, socorriéndolos con cuanto no nos sea necesario para vivir?

. . . . . .

No tema nadie que nuestros donativos sean mal empleados; son para el insigne *Empecinado*, que desde que se demostró al mundo como soldado, no ha dejado un instante la espada, y con ella se ha hecho respetar de las huestes del atroz Napoleón, que es solicitado por sus generales con ruegos y promesas que desprecia, y es temido de la corte del fabuloso rey José, á quien no deja un día de quietud en el usurpado trono.»

Apenas iniciada la suscrición comenzó á cubrirse de nombres de todas las clases sociales, como verán nuestros lectores:

	Reales.
Cinco personas de Cádiz, que no creen preciso decir sus nombres.....	3.000
Un religioso capuchino.....	190
Un emigrado, natural de Madrid.....	80
Doña María Pueyo.....	160
Cinco patriotas de pocos medios.....	1.000
El cardenal de Borbón.....	4.000
Dos señoras, viudas, de Madrid.....	200
Varios sacerdotes pobres.....	8.000
La condesa de Chinchón.....	2.000
D. Victoriano Pajarón y su tertulia....	8.600
El marqués viudo de las Hormazas....	2.000
Una patriota.....	200
Los oficiales de correos.....	300
La condesa viuda de Lerena.....	300

El maestro portugués, de Cádiz, 12 pares de zapatos.

Doña Dionisia Madrid, cuatro camisas.

A estos nombres sigue una lista interminable de donativos.

No fué menor el entusiasmo de América, pues sólo en Méjico se habían reunido en el mes de Julio para la división del *Empecinado* 43.058 pesos fuertes y seguían las ofertas y los donativos.

Cumpliendo las órdenes de sus jefes, marchó D. Juan Martín con 400 caballos en auxilio de Tarragona, sitiada entonces por Suchet, realizando el viaje por Teruel á Valencia, á fin de hacer la travesía por mar, embarcándose en el puerto del Grao, con ánimo de desembarcar en el de Tarragona.

Su entrada en Valencia causó extraordinario júbilo.

Hé aquí lo que acerca de ella dice una carta de la época (1):

«Valencia 18 de Enero de 1811.

D. Juan Martín, ó por mejor decir el *Empecinado*, ha entrado hoy en esta capital. Se le han dado los muchos aplausos á que se ha hecho tan acreedor, y se le muestra el aprecio que se ha conquistado de todos los buenos españoles, *libres de emulación y de envidia.*

Se forman muchas conjeturas sobre su inesperada venida, y no faltan rumores vagos de que se quiere que deje el mando de su guerrilla para emplearle en otra parte. Pero ¿quién ha de creer que el Gobierno piense en una determinación que con justicia tendría la desaprobación general? El *Empecinado* es y será en su puesto el terror de los enemigos; fuera de él... sería tal vez un D. Juan Martín.»

---

(1) Esta carta se publicó en el periódico *El Conciso.*

© Biblioteca Nacional de España

En el mismo periódico, y fechada en el citado mes de Enero, hállamos la siguiente composición, escrita en Alicante, que no resistimos al deseo de copiar:

«Al Empecinado.

¿Quién es aquél que viene
Brioso en su caballo,
De sangre de enemigos
De la España bañado;
De color muy moreno,
Bigote negro y ancho,
De estatura mediana
Aunque de gentil garbo;
Semblante de guerrero
Anunciador de estragos,
Con pistolas, trabuco,
Y aceros afilados
Para matar franceses,
Sajones, italianos,
Bávaros, alemanes,
Suizos, rusos, polacos,
Y de la madre patria
Los hijos renegados?
¿Si será el gran Sertorio?
¿Si el invicto Viriato?
¿Si el valiente Pescara?
¿Si el siempre gran Gonzalo?
¿Si el heróico Ruiz Díaz?
¿Si el fiel marqués del Basto?
¿Si Cortés, Oria ó Leiva?
¿Si Santa Cruz ó el de Avalos?
¿O de otro duque de Alba
Idéntico retrato?
Nada de eso, señores,
Y en suma, es otro tanto
El inmortal patriota
El digno Empecinado.»

Habiendo llegado al puerto de Alicante 1.000 fusiles y 1.000 bayonetas para la división de D. Juan Martín, era tanto el entusiasmo que sus hazañas y las de sus guerrilleros producían en toda España, que los patrones de las lanchas y los marineros encargados de conducirlos á tierra se negaron terminantemente á cobrar el importe de su trabajo, diciendo:

—Esto y mucho más se merecen el *Empecinado* y sus valientes.

Como quiera que durante su viaje el general Hugo, aprovechándose de su ausencia, salió el 22 de Enero de Canredondo, penetrando en los pueblos de Sanhelices, la Riba y la Loma, y por haberlos dejado abandonados sus habitantes quemó varias casas y cometió otras mil atrocidades, el *Empecinado* recibió contraorden para que regresara á Guadalajara, y apenas llegó vióse ya atacado el día 30 en Prado Redondo por 2.000 infantes y 500 caballos que llevaba el general Paris en persecución de Villacampa. El *Empecinado*, ignorando que Villacampa al dirigirse contra Paris había recibido aviso de que los franceses proyectaban destruir la armería de Peralejos, vióse forzado á contramarchar para impedírselo, se mantuvo firme esperando encontrarse con él; pero sabedor Paris de que D. Juan Martín no podía contar con Villacampa, le atacó en la seguridad de vencerlo, lo que no consiguió, pues el *Empecinado*, aunque con pérdida de 15 hombres, se retiró á la villa de Checa, auxiliando efizcamente al siguiente día á Villacampa en la acción que entabló con Paris á las puertas de la villa.

Inmediatamente salió para Sacedón, llamando á todos los cuerpos de su división (6 de Febrero) para sostener la retirada que venía haciendo Villacampa hacia la Oya del Infantado, con motivo de verse acosado por diferentes puntos, pero varios de ellos los tenía ocupados la Junta á larga distancia, vacilando en desprenderse de ellos, y en el ínterin que llegaban usó del ardid de pedir en los pueblos doble número de raciones, engañando así al francés y dando tiempo á Villacampa para retirarse, hasta que, conocido el engaño por el comandante de Tarancón, salió con 600 hombres de ambas armas y un cañón contra D. Juan Martín, que luégo de sostener con él dos horas de fuego vadeó el Guadiela, y con sólo 250 caballos que tenía, y tras una marcha forzadísima, se presentó delante de Tarancón; salieron del pueblo 100 infantes y 50 dragones á combatirlos, sin pensar que fuera el *Empecinado* el que los mandaba, viniendo á caer todos muertos ó prisioneros.

El general D'Armanac se propuso destruir el naciente *Batallón de Madrid* que se estaba organizando en la villa de Priego, y con 3.500 hombres apareció el 19 delante del pueblo, al tiempo mismo que D. Juan

© Biblioteca Nacional de España

Martín y sus fuerzas, comenzando el 20 una reñida acción, que terminó á las cinco de la tarde, y aunque el enemigo ganó la población fué á costa de mucha sangre, no atreviéndose á perseguir al *Empecinado* y regresando al siguiente día á Tarancón.

D. Juan Martín pasó entonces á Cuenca en busca de raciones, y á los seis días regresó á la provincia de Guadalajara para contener las correrías de la guarnición de esta ciudad y las de Molina, Jadraque, Auñón y Sacedón, establecidas con ánimo de destruir á nuestro héroe.

El 7 de Marzo pasó el Tajo con su división, y en los días 8 y 9 cargó sobre la guarnición de Molina, que se encerró en sus fuertes, á pesar de constar de 1.000 infantes, 300 caballos y tres cañones, dejando en observación su infantería, que á los pocos días escarmentó á los franceses en una salida que hicieron á robar ganado, y con el resto y la caballería marchó el *Empecinado* á molestar la guarnición de Brihuega.

Habiendo cortado los franceses los puentes de Pareja y Trillo y quemado el de Valtablado, no quedaba sobre el Tajo más que el de Auñón, compuesto de tres arcos de piedra, á corta distancia de la villa, en el que colocaron un fuerte destacamento y una batería; el *Empecinado*, puesto de acuerdo con Villacampa, que había llegado con su división á los pueblos de la Oya del Infantado, atacaron el 23 la fortaleza levantada por los imperiales en el citado puente. Una horrorosa tempestad y copiosísima lluvia retardó el ataque y favoreció á los enemigos, pues destruídas al fin las obras y habiendo causado al francés muchos muertos y heridos y cogido más de 100 prisioneros, atacaron Villacampa y el *Empecinado* la guarnición de Auñón, villa situada en el centro de una hermosa vega, al pie del cerro del Viso, con fértil terreno regado por el Tajo, encerrándose los franceses en la iglesia, y ya los tenían rendidos y próximos á entregarse cuando llegaron en su socorro fuerzas de Brihuega y Tarancón, teniendo los nuestros que desistir de la empresa, y retirándose Villacampa con su división por un lado y el *Empecinado* con sus guerrilleros por otro á proseguir sus tareas militares, logrando que los franceses, escarmentados, no volviesen á colocar fuerza ninguna en el puente.

Todo el mes de Abril lo pasó D. Juan Martín en atacar y disminuir las fuerzas imperiales.

El capitán general de Valencia llamó á D. Juan Martín en auxilio de Tarragona; pero la Junta de Guadalajara se opuso, y con un miedo excesivo y una tiranía indisculpable llegó á ordenar á los jefes de las fuerzas que no le obedeciesen si pretendía sacarlos de la provincia; el *Empecinado* procuró conhestar en lo posible la falta de cumplimiento á las órdenes de su jefe militar, ocultando el despotismo de la Junta, y al efecto, resolvió marchar á Sigüenza y Cuenca.

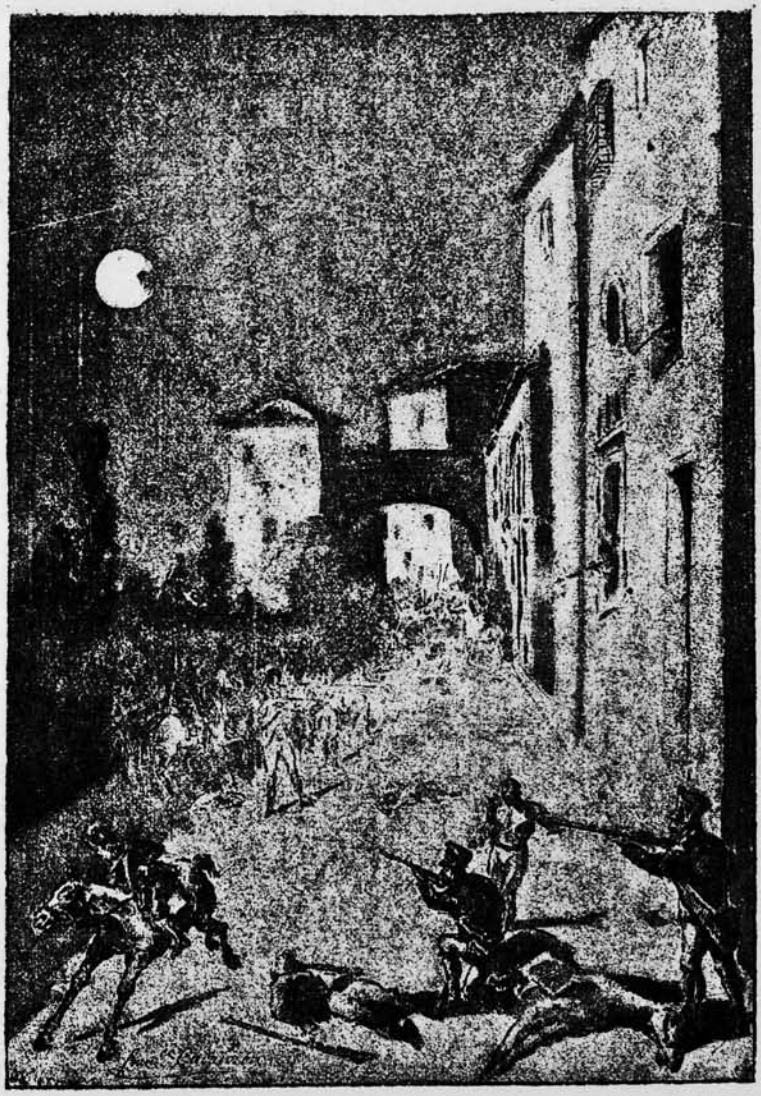
Aprovechándose la Junta de su ausencia, dispuso de las tropas á su antojo; las mandó pasar á la derecha del Tajo; hizo que el vocal de la misma, D. Baltasar Carrillo, atacase la guarnición de Jadraque, saliendo vencido; dejó abandonados en la izquierda de aquel río á los reclutas del *Batallón de Madrid;* envió 200 hombres á Valdeolivas, que el Jueves Santo cayeron prisioneros, estando oyendo el sermón, y gracias á la inmediata vuelta de D. Juan Martín no ocurrieron mayores desdichas.

La Junta y el Intendente de Guadalajara, que cobraban de la provincia de Madrid cuanto podían, no aprobaron la creación del *Batallón* y el *escuadrón de Madrid,* negando á sus hijos el preciso vestuario y el indispensable alimento. ¡Cuánto sufrió el *Empecinado* por no querer introducir la discordia en las filas de los españoles y poner de manifiesto la inícua conducta de la Junta! Al fin, para lograr su creación, los llevó á Cuenca, cuya Junta y cabildo eclesiástico los racionaron y dieron algunas prendas de vestir, y luégo los envió á las sierras de Tamajón, para que, como próximas á la tierra de Madrid, se buscasen en ellas la subsistencia hasta que *armados la conquistasen á los enemigos*, y dispuso que los dos escuadrones que mandaban D. José Mondedeu y D. Dámaso Martín se mantuviesen en la campiña de Alcalá y alarmasen las tropas francesas de Madrid, ejecutando ellos tan cumplidamente las órdenes de D. Juan Martín, que

© Biblioteca Nacional de España

en la acción mantenida en el término de Azuqueca con un correo y su escolta mataron é hicieron prisioneros á los 40 soldados que lo custodiaban.

El intruso José, ofendido por la negativa del *Empecinado* á servirle, y espantado del aumento de sus fuerzas y de sus gloriosos hechos de armas, ordenó á Belliard su pronta destrucción, y éste dispuso que cuatro columnas de á 2.500 hombres concurriesen á



ATAQUE DE PRIEGO POR EL EMPECINADO

la empresa por Guadalajara, Tarancón, sierra de Molina, Soria y Aranda, formando círculo, en el centro otra mayor al mando del general Hugo para exterminarlo, y en Madrid otra de 3.000 soldados de todas armas para acudir donde fuese necesario.

¿Podría escapar nuestro héroe á tan grave peligro?

El 30 de Abril entró el *Empecinado* en Torrelaguna con ánimo de escarmentar á las guarniciones de Alcobendas, El Molar, Buitrago y Somosierra. El 1.° de Mayo supo que

© Biblioteca Nacional de España

Hugo estaba en Uceda, y enviando la caballería sobre Madrid se retiró con la infantería á Valdepeñas de la Sierra, donde supo el movimiento de tropas para cogerle; el 2 continuó su marcha por el puerto de Cardoso y el 5 llegó á Riaza, al tiempo que entraban en Ayllón 800 franceses, procedentes de Aranda, á los que se dispuso acometer, pero huyeron, encerrándose en su fortaleza; el 7 atravesó la carretera de Somosierra batiendo la guarnición de esta villa; el 9 se apoderó en el puente de Revenga, á dos leguas de Segovia, de un convoy que conducía muchos prisioneros; el 10 atacó la guarnición de la Granja, obligándola á encerrarse en el Palacio, dirigiéndose luégo á Rascafría para dar algún descanso á sus fatigadas tropas. El día 13 volvió á emprender la marcha, batió y encerró á las guarniciones de Buitrago y Somosierra y se situó entre ellas con 400 hombres, mandando el resto de la infantería hacia Castilla.

¿Era posible seguir ni coger á semejante hombre?

Las columnas francesas pasaron varios días de un lado á otro, pagando con muchas bajas las fatigas de esta interminable persecución.

Al saber el general Hugo que el *Empecinado* se hallaba en las inmediaciones de Buitrago, envió 2.000 hombres en auxilio de aquella guarnición; D. Juan Martín los esperó en el Horcajo con sus 400 guerrilleros, batiéndose durante tres horas y retirándose, cuando ya le creían perdido, á Tamajón, donde tenía el resto de su infantería, en tanto que su caballería causaba en la campiña á los franceses una pérdida de 160 caballos.

El resultado de esta campaña de 20 días no pudo ser más feliz para el *Empecinado*, que causó á los franceses la pérdida de más de 200 hombres, entre muertos y heridos; libertó á los prisioneros nuestros que llevaba el convoy; causó grandes pérdidas á los franceses en hombres y caballos, reventados por la fatiga, y produjo la deserción de más de 1.000 hombres que abandonaron las banderas imperiales, y todo ello á costa de 40 hombres que tuvo de pérdida. ¡Cómo extrañar, por tanto, que el general Belliard, al saber tales nuevas, exclamase:

«¡Es imposible acabar con el *Empecinado!*»

El 11 de Mayo recibió una orden de la Regencia, de fecha 12 de Marzo, autorizándole para levantar hasta 10.000 hombres en la provincia de Madrid y Castilla la Vieja; y descansados un tanto sus guerrilleros de las fatigosas marchas realizadas, pasó á la derecha del Tajo á cumplir lo que se le ordenaba, porque una de las principales cualidades de D. Juan Martín era el respeto y la sumisión á sus superiores, casi tan grandes como su inmenso valor y sus nobles y generosos sentimientos.

Habiendo recibido tres piezas de artillería el 12 de Junio, las empleó por la vez primera en los campos de Cifuentes, si bien en esta acción se vieron al desnudo ciertas envidias de Abuín y algún otro de sus tenientes, que, flaqueando de intento en la acción, pusieron en peligro la artillería, que los *Tiradores de Sigüenza* y D. Juan Martín, realizando los mayores heroísmos con la infantería, lograron salvar, retirándose del campo con alguna pérdida, si bien los enemigos la sufrieron de mayor consideración.

Bien pronto declaró el Gobierno que las tropas mandadas por el brigadier D. Juan Martín componían la quinta división del segundo ejército, y de orden del general en jefe, D. Carlos O'Donnell, se le ordenó pasar con ella al antiguo reino de Valencia, y entonces la mano de sus envidiosos se vió más clara y la traición más patente, oyendo voces subversivas entre las tropas de *No queremos ir á Valencia, somos soldados de la Junta.* Llegó en esto el marqués de Zayas, llamado por la famosa Junta de Guadalajara, la cual se había atrevido á censurar las expediciones militares del *Empecinado*, en recompensa de la noble conducta que él había seguido con ella ocultando sus torpes manejos, sus ruines envidias, su excesivo miedo y sus criminales conspiraciones... ¡Censurar una Junta de españoles al *Empecinado*, cuando los franceses se declaraban vencidos y llegaban á confesar que era imposible cogerle!

El marqués de Zayas—que, como dice muy oportunamente un célebre historia-

© Biblioteca Nacional de España

dor (1), no debe confundirse con el general Zayas,—militar de poco nombre entre los generales, se apoderó de la presidencia de la Junta y del mando de unas fuerzas que sólo el que las había creado podía gobernar, sólo un hombre como el *Empecinado*, activo, práctico, sufrido, osado y cuyas manos, encallecidas con la esteva, se habían ablandado con sangre francesa, podía mandar y dirigir.

D. Juan Martín, para quien la patria era lo primero, no hizo resistencia ninguna, comprendiendo que en tan graves momentos la menor excisión entre españoles podía ser la ruína de España; pero la suerte se encargó de vengarle de la Junta y de Zayas, pues en este tiempo cayó Tarragona en poder de los franceses, y el general O'Donnell insistió en el envío de sus tropas para salvar á Valencia. Para acallarlo resolvieron Zayas y la Junta enviar todas menos la infantería de Guadalajara y el escuadrón del mismo nombre; pero apenas llegaron á Villaconejos (9 de Julio) comenzaron á repetir los gritos de *Somos soldados de la Junta*, ¡hasta los mismos voluntarios del *Batallón de Madrid*, á quienes la Junta no quiso socorrer! llegando á hacer armas unos contra otros, resultando que unos siguieron á Valencia, otros marcharon á Castilla á engrosar las guerrillas, otros se pasaron á los enemigos, temerosos de ser castigados, y otros, el mayor número, retrocedieron á Priego.

Cuando el *Empecinado* lo supo lloró lágrimas de sangre. ¡Ya podían estar contentos sus enemigos! ¡Ya su división, formada á costa de tantos trabajos, no existía! Trató de evitar tantos males enviando orden á los rebeldes que por el Recuenco se reuniesen en Sigüenza, con ánimo de hacerles creer que había habido contra-orden, y á los que seguían á Valencia que hiciesen alto en Cuenca, dando parte de todo á Zayas, que, desconociendo el terreno, no aprobó lo hecho por D. Juan Martín, disponiendo que la caballería con Abuín bajase por la izquierda del río Guadiela, y la infantería, que estaba en Priego, pasase á Sacedón, entregándola así á los franceses, que, atravesando el río, cargaron sobre los *Tiradores de Madrid*, que aquel día dejaron de existir, huyendo á los gritos de *¡traición!* los que no fueron aprisionados. Esto era poco, y el *Batallón de Guadalajara*, único ya en la división, también lo mandó salir para el nacimiento del Tajo, y al saber en el camino lo ocurrido á sus compañeros, se sublevó una parte y la otra se dispersó. A este golpe no pudo resistir el *Empecinado*, y al pensar que su división de 3.000 infantes y 600 caballos la habían reducido en quince días entre Zayas y la Junta á 400 hombres de las dos armas, tuvo que hacer alto en Cuenca con 60 caballos que le seguían y desde allí, gravemente enfermo, enviar un parte circunstanciado al general en jefe del segundo ejército á que pertenecía, narrándole todo lo ocurrido.

A los pocos días se dirigieron contra Cuenca 1.200 infantes y 400 caballos, y el comandante general español, D. Luis Bassencourt, la abandonó con sus tropas, dejando en el mayor desamparo la ciudad. El *Empecinado*, aunque no restablecido de su enfermedad, queriendo pagar á los hijos de Cuenca los muchos servicios hechos á la patria y á sus guerrilleros, esperó al enemigo con un puñado de hombres y lo detuvo el tiempo necesario para que los habitantes ocultasen sus bienes y alhajas, batiéndose hasta Morte y causándoles algunos muertos y heridos.

Cansados los vecinos de Guadalajara del despotismo y las graves faltas cometidas por la Junta, nombraron otra para reemplazarla, cuyo primer acuerdo fué llamar al *Empecinado*, que por aquellos días había recibido el despacho de coronel del regimiento de caballería *Cazadores de Guadalajara* con retención de la comandancia general de la división, al tiempo mismo que Zayas era llamado á Valencia por el general en jefe.

Inmediatamente regresó D. Juan Martín á la provincia, reunió los dispersos, dispuso organizar de nuevo el *Batallón de Madrid*, y contuvo á los franceses, acostumbrados con la Junta y con Zayas á correr la provincia sin obstáculos, y á cuyas filas supo se había pasado el renegado Villagarcía, encargado, como recordarán nuestros lectores, de introducir la discordia en las tropas del *Em-*

(1) Toreno.

© Biblioteca Nacional de España

pecinado, temeroso, sin duda, que éste descubriera al fin sus pérfidas intrigas (18 de Agosto).

De nuevo el insigne D. Juan Martín escarmentó á los franceses, acudió en socorro de los pueblos de Castilla la Vieja y desarmó á la titulada *Partida de Castilla* por sus tropelías con los paisanos, en la villa de Turuégano, enviando los que la componían á disposición del general en jefe, regresando á Sigüenza donde ya estaban reunidos la mayoría de los dispersos, los cuales se ocupó en reorganizar, mandando la infantería y caballería de Guadalajara, con el *Batallón de Tiradores de Madrid*, á las inmediaciones de Molina para que incomodasen aquella guarnición, con tan notable éxito que lograron hacerla prisionera, menos diez soldados que se mantuvieron en el castillo con la artillería.

Muchas y muy notables hazañas del heróico *Empecinado* debíamos relatar, pero no



D. JOSÉ MONDEDEU

permitiéndolo el orden de fechas darlas á conocer en este momento, lo haremos en los cuadernos sucesivos.

Como se desprende del relato que llevamos hecho, la situación del intruso José no podía ser más triste y peligrosa, «no contándose seguro más que en su palacio ó en medio de sus tropas, y pudiendo á veces distinguir desde las ventanas de su regia morada á Palarea, al Viejo de Seseña y al *Empecinado*, espiando desde los Carabancheles, Pozuelo ó la Casa de Campo el menor descuído suyo para hacerle presa de sus garras.»

D. Nicolás Isidro.—D. José Mondedeu.—D. Dionisio J. Isidro.—D. Vicente Sardina, Abuín y Larroya.

Digamos algo sobre los tenientes del *Empecinado*.

D. Nicolás Isidro se batió en el mes de Febrero de 1811 en Rebollar de Sigüenza.

El 23 de Marzo en Auñón.

© Biblioteca Nacional de España

El 13 de Abril en Jadraque.
El 13 de Mayo en Cifuentes.
El 29 de Julio en Rebolloza.
El 25 y 27 de Octubre en Cubillejo.

En todas estas acciones mantuvo el justo renombre que había conquistado de sereno y de valiente.

* * *

D. José Mondedeu, á quien el *Empecinado* profesaba un gran cariño por su lealtad y su intrepidez, fué encargado por D. Juan Martín del mando de los escuadrones de su división, cuando la tenaz persecución de los franceses á nuestro héroe, demostrando en aquellas penosas marchas y en el combate que luégo sostuvo con los imperiales que al igual resistía la fatiga que se jugaba la existencia por su adorada patria.

* * *

En el mes de Febrero de 1811 nombró la Regencia á D. Dionisio Jorge Isidro, hermano de D. Nicolás, capellán castrense de las tropas de la provincia de Guadalajara, y habiendo sido examinado y aprobado por el vicario general de los ejércitos de mar y tierra obtuvo su correspondiente título.

El día 2 de Julio, hallándose con una comisión del *Empecinado* en las cercanías de Madrid, con solo seis guerrilleros montados desalojó y llevó en fuga más de legua y media á 50 franceses que juzgaron era la avanzada de alguna partida de D. Juan Martín.

De la guarnición de Buitrago llegaron á las villas Casa del Rey y Campo de Uceda á exigir contribuciones varios soldados, á los que D. Dionisio, con su pequeña fuerza, hizo huir, rescatando á las justicias de Valdepiélago y Matarrubia, que se llevaban los imperiales.

Destinado de capellán al batallón de infantería *Tiradores de Sigüenza*, cuando esta fuerza atacó en Colmenar Viejo la iglesia, convertida en fuerte, en que se habían encerrado los imperiales y tuvo que retirarse á causa del refuerzo que los franceses recibieron de Madrid, libertó, unido al ayudante del regimiento de caballería *Cazadores de Guadalajara* y á otros nueve soldados, á más de 40 infantes que los imperiales habían aprisionado.

* * *

Parte del capitán de caballería D. Saturnino Abuín, desde Palomares, con fecha 18 de Febrero, á D. Juan Martín:

«Mi brigadier: Tengo la satisfacción de comunicar á V. S. como desde el momento que recibí su orden en el campo de Sacedón, me puse en marcha y no dejé de andar toda la noche hasta llegar al punto señalado. Luégo que llegué á éste acampé la caballería con el objeto de que descansase un rato, é interinamente nombré la guerrilla que mandé avanzar á las inmediaciones de Tarancón con la orden de que rompiese el fuego y se fuera retirando; todo dispuesto á hacer una llamada falsa y alejar á los franceses de la guarnición.

Efectivamente, me salió el plan como lo había pensado. El enemigo, en número de 100 caballos, orgulloso y presumido como tiene de costumbre, y principalmente los dragones imperiales, que todo es farsa y apariencia, salieron velozmente tremolando sus espadas y morriones, avanzando por derecha y por izquierda y dando siempre pique á mi guerrilla, que constaba de 20 caballos.

Viendo que el enemigo intentaba envolverla con todas sus fuerzas, mandé á D. Nicolás Villagarcía nombrase 30 caballos para reforzarla, con la prevención de que saliesen sable en mano y á todo escape, dejando la restante caballería al comandante del segundo escuadrón D. José Mondedeu.

Presentarme en esta forma, entrar á degüello y echar á huir el enemigo, todo fué obra de un instante; cargué sobre ellos con rapidez para acabar de ponerlos en total dispersión. Aquí era de ver á unos desmontados por fuerza, á otros bajarse cobardemente de los caballos y otros arrastrados de los estribos. En esta vergonzosa confusión los perseguí, echándome sobre la artillería é infantería, faltándome sólo un cuarto de hora de camino para acabar con todos ellos. Metidos cobardemente en Tarancón todos los

© Biblioteca Nacional de España

caballos que quedaron para efectuar su reunión y coronadas las alturas por la infantería, determiné hacer alto y retirarme un cuarto de legua del pueblo, provocándoles á la venganza, mas no quisieron el desquite.

El resultado de esta acción consiste en ocho prisioneros con armas y caballos, otros tantos muertos é infinitos heridos. Por nuestra parte no ha habido la más mínina desgracia.

Los oficiales, sargentos y guerrilleros se han hecho acreedores á las gracias que V. S. tenga á bien concederles.»

***

D. Vicente Sardina acompañó al *Empecinado* en todas las acciones que llevó á cabo.

El 30 de Julio de 1811 en la de Riofrío, el ya teniente coronel Sardina batió con 160 caballos y 50 tiradores que montó á la grupa de los ginetes, á los enemigos, causándoles varios muertos y gran número de heridos.

El 25 de Agosto participaba al *Empecinado* desde Torrebeleña, reorganizadas otra vez las antiguas divisiones de D. Juan Martín, que hallándose con 900 infantes, mandados por los comandantes D. Nicolás Isidro y D. A. Larroya, y 140 caballos á las órdenes de D. Saturnino Abuín, fué atacado por grandes fuerzas enemigas, obligándolas á retroceder, con pérdida de 50 heridos, cinco prisioneros y tres pasados, y cogiendo varios oficios que el jefe que los mandaba dirigía al general Hugo; teniendo él por su parte dos guerrilleros muertos, cinco heridos y algunos prisioneros.

Gustoso habría continuado Sardina la persecución, pero le faltaron las municiones y hubo de pararse en el lugar de Monasterio, donde las recibió ya de noche. Para la mañana dispuso una nueva batida contra los enemigos; pero éstos, aprovechando la oscuridad de la noche, desaparecieron con el mayor silencio, deseosos de evitarse otra derrota.

De orden del *Empecinado*, D. Vicente Sardina, con el primero y tercer escuadrón y el batallón de *Tiradores de Sigüenza*, se dirigió á impedir las excursiones de los franceses de Molina que devastaban todo el país.

El 13 de Setiembre se puso en marcha, y el 17 provocó á los imperiales por medio de una guerrilla que se acercó á la población; salieron á perseguirla unos 60 franceses, y todos cayeron muertos ó prisioneros á manos del resto de la fuerza que Sardina había ocultado sin noticia del enemigo. Enseguida se acercaron los tiradores al castillo que sirve de fortificación, resueltos á asaltarle; pero los que lo defendían se resistieron tenazmente con sus fuegos y con las peñas que derribaban por las troneras y otras partes. Nuestra tropa se portó con todo esfuerzo, obligando á los imperiales á esconder dentro del castillo la artillería, llevando su arrojo á tal punto que hubo soldados que se agarraron y quitaron los fusiles con que los franceses les hacían fuego desde las troneras. Y si no se realizó el asalto fué porque no teniendo el castillo más que una entrada, y ésta muy fortificada, y careciendo nosotros de artillería, no podía verificarse sin grandísima pérdida. Con todo, obligó al enemigo á permanecer en él, sitiado por los nuestros.

Valladolid: D. Jerónimo Saornil.—D. Diego de la Fuente.—D. José Valdés.—D. Antonio Falencher.

El 2 de Enero de 1811, sabedor D. Jerónimo Saornil que había salido un convoy de Santa María de Nieva para Olmedo, dispuso sus guerrilleros, y luégo de haberlo detenido con un vivo fuego de fusil, se lanzó con la caballería, sable en mano, dispersándose el destacamento que lo custodiaba y dejando en poder de Saornil multitud de carros de tabaco, lanas y galleta, de cuyos efectos hizo donación á los pueblos inmediatos, por serle imposible su conducción.

Habiéndole ordenado el general en jefe que pasase á auxiliar á la Junta de la Mancha, que se hallaba en Elchecillo de la Sierra, salió para su nuevo destino, batió á la guarnición francesa de Colmenar Viejo y llegó á Albacete, donde, sabedor que se aproximaban 2.500 franceses, los atacó con el mayor arrojo y los puso en fuga, continuando al siguiente día la persecución. Los habitantes de Albacete le dieron repetidas

© Biblioteca Nacional de España

gracias por haberlos libertado del saqueo con que los franceses les amenazaban.

Llegado á Elchecillo dispuso la Junta de la Mancha que pasara á la ciudad de Alcaráz, y unido al comandante de este cantón, D. Luis Ulloa, que mandaba 300 hombres, atacaron á los imperiales que se hallaban en la villa de los Infantes, causándoles una pérdida de 100 soldados entre muertos y heridos.

Muerto el marqués de la Romana, su jefe, y tomada Badajoz por los franceses, resolvió Saornil marchar á Guadalupe y ponerse á las órdenes del brigadier D. Isidoro Mir, que le recibió con mucho cariño, y ambos, unidos, resolvieron atacar la guarnición de la Puebla de Montalbán, teniendo que pasar las sillas de los caballos en una mala barca por el Tajo y los caballos á nado. El ataque no tuvo el éxito apetecido, por no haber podido Mir apoderarse del puente y haber sabido que acudían fuerzas considerables de Talavera en auxilio de la guarnición de la Puebla.

Separado de Mir, pasó Saornil el Alberche con dirección á Cadalso, y de allí á Piedrahita, en Avila, donde recibió aviso de que el general Castaños se hallaba en el Arroyo de San Serván (Badajoz), y á él se presentó relatándole todos sus servicios y poniéndose á sus órdenes; Castaños le confirió el grado de teniente coronel y aprobó todas las propuestas de los oficiales de su guerrilla, regresando de orden suya al Barco de Avila, donde se hallaba aguardándole su escuadrón,—que pocos días antes había obligado á los franceses que iban contra Piedrahita á encerrarse en Peñaranda, de donde habían salido con grandes pérdidas y sin poder hacer efectiva la enorme contribución que trataban de exigir á aquel pueblo.—

Otra acción tan increíble como la entrada en Medina, vamos á reseñar de Saornil.

La noche del 4 de Junio, y con ánimo de detener un correo, dispuso que su escuadrón durmiera en un prado próximo al pueblo de Llanos; mas apenas los guerrilleros habían quitado las bridas á los caballos, cuando acometidos éstos de un espanto inexplicable, rompieron los ramales á que estaban atados y se lanzaron por el campo, los más hacia la villa de Olmedo, donde había guarnición francesa.

Saornil, ante suceso tan imprevisto, monta en una jaquilla de poco mérito y entra hasta la misma plaza de la villa y logra sacar 60 caballos, sufriendo varios tiros de los enemigos, que al relincho de los brutos se habían puesto en alarma, sin que afortunadamente le tocase ninguno, llegando hasta el resto de la fuerza y mandando que adelantasen un cañón que tenía, merced á cuyos disparos hizo retroceder á los enemigos que avanzaban, y que de nuevo se encerraron en sus estacadas, perdiendo tan sólo 29 de los 500 caballos que componían su escuadrón.

¿No parece un cuento semejante hazaña?

Unidos á Saornil el teniente coronel don Diego de la Fuente y D. José Valdés, atacaron á la guarnición del Campillo, que no pudieron hacer salir de sus estacadas, y de allí, por la Nava del Rey, y ya sólo, se dirigió á Peñaranda por haber sido avisado que una columna de 600 infantes y 400 caballos se encaminaba á esta villa con objeto de sacar sal y otros efectos, atacándola al amanecer y sosteniendo con ella una reñida acción, que terminó á las tres de la tarde con la huída del enemigo hacia Salamanca, quedando el lugar de la acción cubierto de cadáveres y de franceses heridos.

Algunos malos españoles, á los que se supone hijos de Peñaranda, vendidos al francés, comunicaron secretamente á las guarniciones enemigas de Arévalo y Madrigal el número de hombres del escuadrón de Saornil, el estado de fatiga en que se encontraban y hasta las casas en que se alojaban en Peñaranda. ¡Ay, por inícua que parezca á nuestros lectores tamaña traición en hijos de España, es absolutamente cierta!

El coronel Montigne, seguro del éxito, reunió todas las guarniciones inmediatas para la sorpresa, que realizó, y como le vendieran hasta el santo y seña penetró fácilmente en la población, cercando los alojamientos de los guerrilleros, y con mayores fuerzas el de Saornil (1.° de Julio).

¿Qué pasó entonces? ¡Quién podría decirlo! No se describe el huracán, y el huracán fueron los guerrilleros de Saornil al verse de tal

© Biblioteca Nacional de España

modo sorprendidos en lo mejor de su sueño.

Cercado Saornil, pudo salvarse, en unión de sus dos asistentes, y, sable en mano, bajar al portal, cuyas puertas encontró ¡cerradas! y hubo de abrir á golpes, llegando á la calle, donde ya se encontraban algunos de los suyos peleando como leones.

De los 500 hombres que componían su escuadrón quedaron tendidos 300 en las calles muertos ó heridos, pues los que se dejaron aprisionar fueron muy pocos. ¡Horroriza pensarlo! ¡300! ¡Maldición eterna en nombre de España contra los autores de tan negro crimen!

A pesar del terrible fracaso que dejamos relatado, el indomable Saornil continuó sus trabajos en favor de la patria, y en el corto espacio de ocho días reunió hasta 300 hombres, con los cuales se apoderó en la calzada de Valdestillas á Olmedo de un correo y los nueve soldados de la escolta; al siguiente día aprisionó 26 artilleros, que de Medina iban á Olmedo; á poco se hizo dueño de un rico convoy de lanas finas y de 30 mulas, haciendo prisioneros á los 24 dragones que lo custodiaban, y después les cogió 500 cabezas de ganado lanar, matando cinco dragones é hiriéndoles 14, entre ellos el comandante.

Los combates provocados por Saornil se sucedían sin interrupción.

En las inmediaciones de Campillo atacó é hizo prisioneros 28 húsares, matando cinco de los 33 que componían el destacamento.

Sabedor de que salían de Medina del Campo varios equipajes, escoltados por 200 dragones, atacó á éstos con tal arrojo, que dejó sobre el campo 190, con la sola pérdida de su parte de cinco muertos y 18 heridos, y aprovechándose de los 190 fusiles cogidos á los muertos, dió principio Saornil á la formación de un batallón de infantería.

Tomó á la guarnición de Cantalapiedra gran número de reses vacunas, cogiéndola tres muertos y seis prisioneros; y á seguida hizo cara á un destacamento que salió de Ornillos á recoger contribuciones y le mató 24 soldados, aprovechando los fusiles para el batallón que formaba.

Aunque la movilidad fuera una de las cualidades que más sobresalían en los guerrilleros, ¿no causa verdadera admiración que en pocos meses recorriera Saornil las provincias de Segovia, Madrid, la Mancha, Extremadura, Toledo, Avila, Salamanca y Valladolid?

* * *

D. Diego de la Fuente, D. José Valdés y D. Antonio Falencher, solos unas veces, y otras unidos á Saornil, proseguían en la provincia de Valladolid su campaña contra los invasores.

Burgos: El cura Merino.—D. Tomás Príncipe.—D. Santos Padilla.—D. Ramón Santillán.

Comenzó el año de 1811 y ya ostentaba Merino las insignias de coronel, grado que provisionalmente le confiriera la Junta de Burgos y sancionó la Suprema de Cádiz, y contaba como ayudante á D. Ramón Santillán.

No atemorizaron los contratiempos el fuerte espíritu de Merino, y el 28 de Enero, reunido á la partida de Borbón, acometió en Cébico-Navero á un número muy superior de franceses, consiguiendo considerables ventajas, sin la menor desgracia por su parte. Cogió 70 fusiles, y al instante contó la patria con otro tanto número de defensores.

A fines de Marzo, en unión con la partida de Padilla, atacó cerca de Segovia á un destacamento francés, logrando desbaratarle, persiguiéndole hasta las murallas de la ciudad. A la pérdida del enemigo, que fué de bastante consideración, se añadió el apresamiento de un buen número de fusiles y mochilas.

Se retiró á Carboneros, volviendo á internarse luégo en tierra de Burgos.

El 10 de Abril, en el camino real, frente á Pampliega, persiguió á una escolta que conducía la correspondencia, compuesta de más de 1.000 hombres, llevándola hasta Villodrigo, con pérdida de algunos heridos y unos 20 muertos.

El día 29 remitió Merino, desde el campo de Ura, un parte á la Junta Suprema de Burgos, cuyo tenor extractamos lo más concisamente posible.

© Biblioteca Nacional de España

«Anteayer supe que había entrado en Covarrubias una columna enemiga; me acerqué con sólo tres soldados, é informado de que eran unos 300 infantes y sobre unos 100 caballos, no dudé en atacarlos. Mandé llamar á mis tropas, que estaban á tres leguas de distancia, y llegaron á media noche al monte de Ura, donde descansaron.

Al amanecer de ayer me aproximé á la villa con 30 hombres para atraerlos donde meditaba; pero los enemigos, que eran más de los que creí, salieron en mi seguimiento en número de 600 infantes y 200 caballos, y mandé que mi infantería se retirase al monte, apostando la caballería en dos cumbres inmediatas.

Aguardé al enemigo y le contuve por espacio de más de dos horas; pero en vista de su excesiva superioridad dispuse la retirada, que se ejecutó con tal orden, que á pesar de que nos persiguió por espacio de tres leguas, sólo nos causó el daño de dos caballos heridos, matándoles nosotros 10 hombres y haciéndoles 23 heridos.»

Llegó Merino al pueblo de Aranzo para dar descanso á sus tropas, pero á las dos horas se encontró sorprendido de repente y casi cercado por numerosas fuerzas imperiales.

En este apuro, y mientras daba las órdenes oportunas, cuatro soldados que salieron al encuentro del enemigo bastaron para detenerle, y dieron tiempo á que Merino efectuase su retirada á paraje seguro sin experimentar el más leve daño.

En Herrera de Valdecañas acometió á poco á un numeroso destacamento francés, matando 60 y haciendo 23 prisioneros, incluso un correo con correspondencia pública y oficial, procedente de Francia.

El 11 de Julio atacó en Quintana la Puente á un gran convoy escoltado por 1.000 infantes y 200 caballos; les persiguió hasta Torquemada, cogiéndoles todos los carros y equipajes, matando 200 infantes y haciendo 15 prisioneros, con más 24 caballos.

Aprovechando el 15 del mismo la ocasión de haber quedado muy reducida la guarnición francesa de Burgos, se acercó á aquella ciudad, y en la estacada de San Agustín apresó una porción considerable de ganado vacuno y lanar; tocaron generala en la plaza y salió una partida de gendarmes, que no se atrevió á atacar á Merino, que á vista de ellos se retiró con su presa.

A poco tuvo una brillante acción, á un cuarto de legua de Quintana la Puente, cuya guarnición era francesa. Al ruído de los primeros tiros salieron 100 hombres de élla al socorro de sus compañeros; pero á los pocos disparos huyeron precipitadamente al advertir que Merino trataba de cortarles la retirada, y se encerraron en sus fortificaciones.

El 17 atacaron sus tropas á 90 franceses de infantería y 30 lanceros, á la salida de Rubena para Burgos; en el instante fueron arrollados, quedando, á pesar de su resistencia, muertos todos ellos ó prisioneros.

El 24 de Agosto tuvo una reñida acción en la venta de Madrigal, en la que, á costa de algunos muertos de su parte, llenó de gloria á las armas españolas.

El 22 de Setiembre se hallaba en Campillo, y teniendo aviso de que una partida suya de 26 caballos había venido á las manos con la guarnición francesa de Aranda, acudió presuroso con 14 hombres, después de dar órdenes para que le siguiesen más tropas. Halló peleando á los suyos en la Vega de Fresnillo, y reunido á ellos obligó á los enemigos á retroceder y encerrarse en Aranda.

En la madrugada del 24 de Setiembre se situó Merino con sus tropas en Palenzuela; recibió aviso que salían de Quintana la Puente como 80 enemigos de infantería con dirección á Villodrigo; con tal noticia mandó que la primera y segunda compañía los atacara, ínterin que el primer batallón de Arlanza con el resto de la caballería se dirigía á vadear el río Arlanzón y acometer á un refuerzo que salía de Villodrigo.

Arrojáronse las dos primeras compañías, sable en mano, sobre las bayonetas enemigas, y rompiendo el cuadro que habían formado, les causaron nueve muertos y 68 prisioneros, sin haber sufrido más pérdida que un soldado levemente herido y un caballo.

Con objeto de engañar á la infantería, que de Villodrigo venía en socorro de sus compañeros, dispuso se siguiera disparando al aire para aparentar que la primera escolta se defendía y de este modo atraer á la se-

© Biblioteca Nacional de España

gunda, en tanto que vadeaba el río la caballería restante. Al ver el enemigo la columna de caballería, que con la mayor precipitación marchaba á cortarle la retirada, penetró el ardid, y no tuvo más arbitrio que acogerse á una venta titulada del Pozo, en donde se encerró y defendió hasta que los españoles la asaltaron y prendieron fuego, lo que hizo que se rindieran un oficial y 55 soldados, quedando dos muertos; de los españoles un soldado gravemente herido y varios contusos.

Alentado con tan repetidos triunfos, dispuso atacar á la guarnición de Villodrigo, y aunque desalojó al enemigo de las trincheras, obligándole á encerrarse en un casafuerte, no lo logró de este último punto, ni prender fuego á la casa, como lo intentó tenazmente, por lo que ordenó que toda la fuerza se restituyese al pueblo de Palenzuela.

El 25 salió Merino de Santa María del Campo con ánimo de atacar á la guarnición de Lerma, y colocando oportunamente su tropa, hizo que al amanecer del 26 se presentasen ocho húsares á llamarles la atención. Salieron de Lerma 16 dragones y 50 infantes á perseguirlos, llegando hasta la ermita de Santa Cecilia, pero ocultándose, y sin resolverse á atacar definitivamente, viendo lo cual las columnas de infantería y caballería que les aguardaban, se dirigieron á escape hacia el enemigo, y, á pesar de la distancia que les separaba, se mezclaron con ellos y los desbarataron, siendo acuchillados por los españoles.

El 17 de Octubre interceptó un correo, sorprendiendo á 150 dragones que le escoltaban, mató 56, huyendo el resto de los que no quedaron prisioneros; ocupó pliegos de importancia para la causa nacional.

En 16 de Noviembre alcanzó en Quintanapalla á 1.000 infantes y 500 caballos que marchaban de Vitoria á Burgos, continuó persiguiéndoles hasta la ciudad, logrando matarles 80 hombres, hacerles 27 prisioneros y considerable número de heridos.

Prosiguió Merino aprovechando sus repetidas expediciones en todo el curso de 1811, persiguiendo á su fin á parte de los restos fugitivos del ejército de Marmont, á los que causó la pérdida de más de 1.000 hombres entre muertos y prisioneros.

Unió luégo Merino su división, compuesta ya de 4.900 hombres, con los 1.000 de Padilla y los 900 de la de Borbón, que mandaba D. Tomás Príncipe, y formaron una línea desde el Duero hasta Lerma, situándose el primero en este punto.

* * *

En unión de D. Jerónimo Merino, batió la guerrilla llamada *Húsares de Borbón*, que comandaba D. Tomás Príncipe, á los imperiales en Cébico-Navero el día 28 de Enero de 1811.

Habiendo pasado luégo á la provincia de Avila, el ya coronel Príncipe, sorprendió y mató al amanecer del 26 de Agosto al centinela de la puerta de Arévalo. Los 300 enemigos que había dentro de la villa, al mando del renegado Narciso Morales, se alarmaron, y, reunidos, trataron de salir por la calle y camino que se dirige á Madrid; pero la infantería de Príncipe hizo retroceder al escuadrón de Morales y le mató el caballo que montaba, por lo que se volvieron á la villa, encerrándose en la iglesia. Allí los siguió la tropa de Príncipe, entablando una lucha que duró seis horas, muriendo 35 franceses y españoles *juramentados*, hiriendo muchos y cogiéndoles algunos prisioneros.

El día 29, el jefe de la infantería de Príncipe hizo prisionera en Nava de Coca la escolta de un correo que pasaba por el camino real, aprisionando á los ocho soldados y el cabo que la mandaba.

La guerrilla de D. Tomás, que á fines del año de 1811 se componía de 900 hombres, y se hallaba situada en Roa, formó parte de las fuerzas de D. Jerónimo Merino, según dijimos al hablar de este célebre patriota.

* * *

A fines de Marzo de 1811, la guerrilla de D. Santos Padilla, unida á la del cura Merino, atacó cerca de Segovia un destacamento francés, persiguiéndolo hasta las mismas murallas de la ciudad, desde las cuales hicieron á nuestros guerrilleros fuego de cañón.

© Biblioteca Nacional de España

El fin de esta jornada fué retirarse Padilla y Merino hacia Carbonero, habiendo causado á los enemigos pérdidas considerables y recogido multitud de fusiles y mochilas.

El 8 de Octubre sostuvo el comandante D. Santos Padilla un sangriento choque con una fuerte columna enemiga, compuesta de infantería y caballería, que iba á exigir contribuciones en dinero y en granos á la villa de Frómista (Palencia), ocasionándola, después de algunas horas de combate, 30 hombres muertos y gran número de heridos que los imperiales se apresuraron á retirar del campo de batalla.

Después de algunos combates afortunados, D. Santos Padilla, cuyas fuerzas llegaban ya á la respetable cifra de 1.000 hombres de infantería y caballería, se unió á D. Jerónimo Merino y á D. Tomás Príncipe, creando una importante línea de combate desde el Duero hasta Lerma, ocupando Padilla á Gumiel.

Toledo: D. Juan Palarea y D. Camilo Gómez. —D. Justo Prieto.—Ambrosio Carmena (El Pellejero).

La villa de Cebolla se encuentra situada en un lindo valle y en medio de dos preciosas colinas cubiertas de hermosos viñedos que producen un exquisito vino de gran aprecio en el país, y que divide, al par que riega, el tortuoso río Sandesa, afluente del Tajo, existiendo en su término el antiguo castillo de Villalva.

El célebre guerrillero D. Juan Palarea *(El Médico)* atacó en los primeros meses del año 1811 en esta villa al comandante francés Souvereau y á la guarnición de Cebolla, y luégo de una acción tan reñida como sangrienta, en que por ambas partes se lidió con tenaz empeño, Palarea conquistó la palma de la victoria aprisionando todos los imperiales que no cayeron muertos ó heridos, entre ellos al edecán del príncipe de Neufchatel.

El día 5 de Abril tuvo un encuentro en la ermita de San Sebastián de Yunder, en la Sagra de Toledo, que bien pronto se convirtió en una sangrienta batalla que duró algunas horas, y en la que los franceses tuvieron de pérdida 200 muertos y heridos y 150 prisioneros, mostrando una vez más el insigne Palarea que, si grandes eran sus talentos como médico, mayores eran sus conocimientos como soldado.

Unido Palarea con D. Camilo Gómez, comandante de los *Húsares de Avila*, trataron de interceptar con sus partidas los correos y convoyes enemigos sobre el camino de Madrid á Extremadura. El 22 de Julio partió de Talavera un convoy guardado por 500 franceses, y cuando los nuestros salían para apostarse y cogerlo, tuvieron aviso de haber entrado en Santa Olalla 70 dragones, dos oficiales y dos sargentos, acompañando á un edecán del general Marmout, con un correo, y se dirigieron contra ellos.

Al amanecer del 23 los descubrieron desde unos olivares, en que los nuestros se habían ocultado, resolviendo que un escuadrón de *Numantinos*, de Palarea, los atacase por el frente y otro de los *Húsares de Avila* los cargase por retaguardia. Cuando estuvieron cerca, gritó D. Juan Palarea á los suyos:

—¡A éllos los *Numantinos!*

Contestando inmediatamente D. Camilo Gómez:

—¡A éllos los *Húsares de Avila!*

Con tal rápidez y acierto cargaron los dos escuadrones, que los imperiales apenas tuvieron tiempo de ponerse en defensa, declarándose la mayoría en fuga; pero acosados por los nuestros, ningún francés pudo escapar sin muerte, herida ó prisión. El resultado fué coger Palarea y Gómez 57 prisioneros, entre ellos un capitán, un teniente y dos sargentos, muchas armas, caballos y equipajes y matar el resto, con la particularidad de encontrar entre los cadáveres los tres soldados más antiguos del regimiento francés, condecorados con la Legión de honor, y la felicidad de no haber costado tan importante acción ni una gota de sangre de nuestros guerrilleros.

El día 20 de Agosto por la noche entró D. Juan Palarea en Yébenes, villa situada en la falda S. de la sierra de Yébenes y dividida en dos barrios, llevando 150 carros cargados de varios efectos, que, bajo la custodia de otros tantos dragones, pasaban á Toledo, y de los cuales se apoderó en las cercanías

© Biblioteca Nacional de España

de Ajofrín, á tres leguas de Toledo, después de un combate obstinado y sangriento en que quedaron 100 de los enemigos muertos ó prisioneros.

Cogido por los imperiales un ladrón, y espía, en Pozuelo (Madrid), y habiéndoles ofrecido si le salvaban la vida descubrirles el lugar en que tenía ocultos los robos hechos por él y otros compañeros, que era en el bosque de Villaviciosa, á dos leguas de allí, salieron con él dos alguaciles (españoles afrancesados) y 40 caballos imperiales.

Palarea, que lo supo, se ocultó en unos repliegues del camino, y cuando volvían con la presa, evaluada en 700.000 reales, los acometió de improviso, y aunque la escolta trató de resistir, por fin se declaró en fuga con pérdida de 22 muertos, 10 prisioneros y toda la suma.

Habiéndose trasladado á la provincia de



D. JUAN PALAREA (EL MÉDICO)

Avila D. Juan Palarea, ascendido á teniente coronel por su méritos y hazañas, dirigió á la Junta Provincial de Avila un importante oficio noticiándola que en los primeros días de Noviembre había sostenido un terrible choque con una numerosa columna de franceses en las inmediaciones de la villa de Guisando, á una legua de Arenas de San Pedro, logrando cortarles la retirada y hacerles 12 muertos y 18 prisioneros, visto lo cual el resto de la fuerza corrió poseída del mayor pánico hacia Cebreros, debiendo su salvación más que á lo precipitado de su fuga, á lo crudo de la noche y al cansancio de los caballos de la guerrilla, calculando la pérdida total de los franceses en este encuentro en 100 hombres, comprendiendo los muertos, heridos y prisioneros.

El 20 de Diciembre, vuelto á Toledo, acometió D. Juan Palarea á un destacamento

© Biblioteca Nacional de España

enemigo, que salía de Orgaz, villa de 2.000 habitantes, situada en una cañada, al pie de la sierra de Yébenes, causándoles 45 muertos y 40 heridos, cogiéndole 10 prisioneros y 93.500 reales que llevaban recogidos.

*
* *

A D. Justo Prieto, por el valor que desplegó en todas las acciones relatadas, y que rayaba en locura, según veremos después al describir alguna de sus heroicidades, lo ascendió D. Juan Palarea en el mes de Octubre del año 1811 á sargento segundo de los carabineros que formaban parte de la guerrilla del esforzado patriota y antiguo médico de Villaluenga.

*
* *

Algunos meses llevaba de campaña Ambrosio Carmena, el *Pellejero*, cuando la muerte del joven que aprendía en su casa el oficio de tundidor, ocurrida en una de las frecuentes acciones que Carmena sostenía contra los imperiales, á los que no perdonaba la invasión de su patria ni la violación de su esposa, le obligó á volver al pueblo de Argés.

El día de la llegada del *Pellejero* fué de júbilo extraordinario para los habitantes, que le recibieron con las mayores demostraciones de contento.

Al tornar de nuevo á los montes, ansioso de proseguir el duelo á muerte que tenía entablado con los imperiales, le siguieron 10 mozos de Argés, acompañándole un largo trecho con vivas y aclamaciones todos los habitantes del pueblo.

Tal era el entusiasmo que en la provincia había despertado la noble conducta de Carmena, que fueron innumerables los jóvenes que se le presentaron de Layos, Guadamur, Burguillos, Cobisa, Nambroca y otros pueblos; y tan grande fué el daño que causó á los franceses desde que se lanzó al campo, que llegaron á pregonar su cabeza y á ofrecer 20.000 reales al que le presentara en Toledo muerto ó vivo.

¡Júzguese la pena y el sobresalto que estos pregones y ofrecimientos producirían en el ánimo de su desgraciada esposa Gregoria Yébenes!

Como nunca falta un hombre en quien la codicia puede más que todo, esta vez le hubo también, y, lo que es más de extrañar, el traidor lo era... ¡mentira parece! el mismo cuñado de Carmena, el hombre á quien los franceses habían deshonrado una hermana, y que faltando á todas las leyes divinas y humanas, no sólo se aprestaba á entregar al patriota y al pariente, sino al vengador de su hermana, al que por lavar la mancha lanzada al honor de su familia, arriesgaba diariamente la existencia.

Así era en efecto; Tomás Yébenes, el hermano de su esposa Gregoria, y otro infame de la partida llamado Lorenzo, se disponían á entregarlo, cuando el cielo quiso que todo lo averiguara el noble Ambrosio.

¿Qué hacer?

El traidor era el hermano de su amada Gregoria, y fusilarlo era causar á su querida esposa una profunda herida.

Mas perdonarle era perdonar al otro, á Lorenzo, á su cómplice, pues sería injusto matar al uno y absolver al otro; y perdonar á los dos era dejar el camino abierto á nuevos traidores.

La resolución de Carmena, impuesta por las circunstancias, no se hizo esperar, y el mismo día en que lo supo formó la guerrilla en un claro del monte. Todos comprendieron, por la actitud del *Pellejero*, por el brillo de su mirada, por su tristeza, mayor que de ordinario, que algo grave ocurría, y todos ansiaban saberlo.

Cuando la guerrilla hubo formado un círculo penetró en él Carmena, y dirigió la palabra á sus partidarios en esta forma:

—¡Guerrilleros! vosotros sois, desde que la desgracia que todos conocéis y la ruína de la patria me lanzaron al campo, no mis subordinados, sino mis amigos, mis hermanos, y casi podría decir mis hijos...

—Es cierto,—respondieron todos á una voz.

—Pues bien, ¿qué pensaríais—continuó Carmen con profunda amargura—si yo os dijera que entre vosotros hay quien pretende entregar á los enemigos de la patria por un puñado de oro al amigo, al hermano, al padre?

En todos los guerrilleros hubo un movi-

© Biblioteca Nacional de España

miento de sorpresa; tan monstruoso les parecía lo que acababan de oir al *Pellejero*, que ninguno acertaba á comprenderlo.

Mas pronto la indignación pintada en todos los rostros se sobrepuso á la sorpresa, y todos pretendían hablar á un tiempo, cuando el segundo de la guerrilla, el joven Cecilio Mora, que creía en Dios y adoraba en Carmena, tomó la palabra.

—Si entre nosotros hubiese uno capaz de acción tan infame, de tan espantoso crimen, merecería mil veces la muerte... pero eso no es posible...

—¿Y si lo fuese?

—La muerte, la muerte,—respondieron todos, blandiendo las armas.

—¿Tal es vuestra opinión?—preguntó Carmena.

—Sí, sí,—dijeron unos.

—La muerte,—gritaron otros.

—La muerte, y al instante,—exclamaron todos.

—Conste, pues, que existe, y que no soy yo, sois vosotros, patriotas honrados y hombres libres, los que habéis pronunciado su sentencia.

Y encarándose con los dos en quienes desde largo rato tenía fija la mirada, gritó:

—Tomás Yébenes... Lorenzo... avanzad.

Los dos nombrados salieron de las filas y avanzaron temblando.

¡Cómo! ¿sería posible que en la partida hubiese traidores, y que uno de ellos fuese nada menos que el cuñado del jefe? Esto parecía increíble, y sin embargo debía ser verdad: lo decían de consuno la severa actitud de Carmena y la palidez mortal que se pintaba en los rostros de Tomás Yébenes y de Lorenzo. Estas reflexiones se hacían todos los guerrilleros.

—¡Conozco vuestro crimen! ¡No tratéis de disculparos porque sería inútil! Cegados por el oro que ofrecen los imperiales por mi cabeza pensábais entregarme esta misma noche. La Providencia no ha querido que tú, Tomás, entregues á tu cuñado, asesinando á tu hermana con este golpe, ni tú, Lorenzo, entregues á un paisano y á un amigo para remordimiento perpetuo y deshonra de tu anciano padre. Tenéis un cuarto de hora para rezar vuestras oraciones...

—¡Perdón!—exclamaron los dos.

—No hay perdón para traidores; si hoy os perdonara el crimen de haber pretendido entregarme, mañana entregaríais á otro que valiera más que yo, y del que quizás pendiera la suerte de la patria. Además, ya lo habéis oído, no soy yo, son vuestros compañeros, vuestros hermanos de armas los que os han sentenciado á morir. Rezad vuestras oraciones.

Lo único que puedo hacer, no por vosotros sino por vuestras familias, lo haré.

¡Guerrilleros, es necesario que lo que aquí va á pasar quede en el más profundo secreto!

Mañana sabrán mi esposa Gregoria y el viejo Nicolás, el honrado padre de Lorenzo, que los dos han muerto en la última acción que hemos sostenido contra los imperiales...

—¡Qué noble corazón!—exclamó el joven Cecilio.

—¡Qué alma tan hermosa!—añadieron todos los demás guerrilleros.

—Cecilio—dijo Carmena con la voz empañada por el sentimiento,—elige los ocho mejores tiradores de la partida y encárgate de la ejecución. Y vosotros rezad por vuestra alma.

Cecilio eligió ocho diestros tiradores, y apoderándose de Tomás Yébenes y de Lorenzo, los colocó de espaldas al resto de la guerrilla, al pie de unos robles.

La escena era grave, imponente, aterradora.

Sólo se oía la voz de los dos sentenciados rezando sus oraciones, quizá las mismas que su amante madre les enseñó de niños y con las cuales los despertaba al nacer la aurora y los dormía al llegar la noche.

A una señal del *Pellejero* sonó una descarga, y Tomás y Lorenzo cayeron para no levantarse más.

Carmena, descubriéndose en unión de todos sus guerrilleros, pronunció estas sentidas frases:

—La justicia de la tierra está cumplida, que la misericordia del cielo tenga piedad de sus almas.

—Así sea,—contestaron todos.

A los pocos días Gregoria y el viejo Nicolás vestían luto por la muerte de Tomás y

© Biblioteca Nacional de España

de Lorenzo, que creían ocurrida en noble lid contra los verdugos de España.

Valladolid: D. Francisco Castilla.—Palencia: D. Juan Tapia.

A principios del año de 1811 eran en gran número las guerrillas que recorrían la provincia de Valladolid, y sus actos de valor llegaban en muchos casos á la temeridad.

En el mes de Febrero la partida que capitaneaba D. Francisco Castilla, no satisfecha con incomodar á los franceses de todas formas y maneras, llegó en distintas ocasiones á las puertas mismas de la ciudad á retar á los enemigos, quienes, á pesar de sus numerosas fuerzas, no se atrevían á aceptar estos desafíos, que recuerdan involuntariamente los que provocaban los antiguos guerreros cristianos, entrando en las ciudades en que dominaban los moros y plantando á su vista á la puerta misma de sus mezquitas clavada con un puñal la cristiana salutación del *Ave-María*, que tanta celebridad dió á Garcilaso en su lucha con el moro Tarfe.

En una de estas ocasiones, D. Francisco Castilla, con sólo 12 guerrilleros de su partida, penetró en Valladolid por la puerta mayor de la ciudad, sacó de la caja del registro que allí existía la suma de 18.000 reales, y sin que nadie le molestase, ni el feroz Kellerman se atreviera á perseguirle, abandonó tranquilamente á Valladolid.

* * *

La guerrilla del célebre cura D. Juan Tapia, que tantos servicios prestaba á la causa nacional en la provincia de Palencia, fué mandada incorporar al 7.° ejército, que mandaba el general D. Gabriel de Mendizábal, cuando fué reformado, al objeto de que le sirviera de guía y vanguardia.

Situación de Madrid.—Hazañas de sus guerrilleros.—D. Fernando Garrido.—D. Juan Abril.—D. Bernabé Cantalejo.—D. José Gómez del Campo.—D. Diego de la Fuente (Puchas).—José Rodríguez Valdés (El Cocinero).

No transigía, no podía transigir el heróico pueblo del 2 de Mayo, el iniciador de la gran epopeya nacional, con los invasores de la patria; así que no desperdiciaban ocasión de mostrar sus patrióticos sentimientos y su odio á los imperiales.

Representábase una noche en el coliseo de la Cruz la famosa comedia *El triunfo del Ave-María*, y al llegar al pasaje en que se dice *¡Viva el rey Fernando!* fueron tales las aclamaciones de los espectadores, singularmente de lo que se llamaba el patio y la cazuela, lugares ocupados por el pueblo, que el gobierno francés creyó que había estallado una sublevación, y en las representaciones sucesivas de la comedia ordenó la supresión del citado pasaje.

La indignación de los madrileños llegó á su colmo al verificar su entrada en la capital los 560 prisioneros de los batallones *Voluntarios de Madrid* y *Tiradores de Guadalajara* que, formados con tanto cariño por el insigne *Empecinado*, vinieron á caer en poder de los imperiales por culpa del titulado general marqués de Zayas y de la estúpida Junta de Guadalajara (Julio de 1811), y ver que de entre estos bravos defensores de la patria escogían 200 hombres los franceses y los agregaban por la fuerza al servicio del intruso José, enviando los restantes á Francia.

Todas las clases sociales, puestas de acuerdo bajo la bandera sagrada de la patria, trabajaron por la deserción de los primeros, de los que en un solo día lograron hacer desaparecer 57; y por la libertad de los segundos, logrando que en el camino de Segovia, y protegidos por los paisanos de los pueblos comarcanos, previamente avisados, se fugaran 82, y del Alcázar de esta ciudad, en que los encerraron, huyeran 200 por una ventana, sin más pérdida que la de dos, que, por ser la ventana muy alta y haberse roto la escala, fallecieron del golpe recibido en la caída.

* * *

Si los guerrilleros de Valladolid y de otras provincias eran audaces y temerarios, no lo eran menos sus compañeros de Madrid, puesto que en el día 2 de Enero de 1811, una partida compuesta de tan sólo *¡seis patriotas!* llegó por la tarde al paseo de las De-

© Biblioteca Nacional de España

licias y se llevó cuatro caballos de los franceses que estaban pastando en la llamada *Huerta de Herrera.*

En la noche del 5 de Agosto volvieron á entrar en Madrid y se llevaron dos caballos del parador que había entre el puente y la puerta de Toledo; y dos días después, la noche del 7, penetraron hasta las cercanías del presidio é hicieron fuego sobre la guardia que lo custodiaba, matando algunos soldados.

Estos actos de osadía tenían furiosos á los imperiales, que sólo pensaban en coger á un guerrillero para vengar en él los daños que diariamente recibían de él ó de sus compañeros.

Cupo la mala suerte de verse rodeado por varios destacamentos franceses al intrépido guerrillero de la provincia de Madrid, don Fernando Garrido, cogido en el mes de Abril de 1811 en la villa de Chapinería, á cuatro leguas de Navalcarnero, y fusilado inmediatamente en unión de sus guerrilleros que no pudieron escapar.

*
* *

Entre los servicios que prestaban las guerrillas, no era el menor batir y aprisionar las partidas de salteadores que, á favor de la guerra, se habían levantado en varias provincias, y eran el azote de los caminantes y el verdugo de los pueblos.

El 13 de Junio de 1811, D. Juan Abril se apoderó cerca de Torrelodones de siete salteadores que robaban á cuantos iban y venían de Castilla, y después de una breve sumaria mandó fusilar á tres y remitió los cuatro restantes al brigadier D. Juan Martín *(El Empecinado)* por ser también desertores. Estos criminales habían robado hacía pocos días á un ordinario de Salamanca nueve arrobas de plata y oro, con otras alhajas, que traía en un cajón, por valor de medio millón de reales, de todo lo cual se incautó D. Juan Abril para hacer la debida restitución á sus legítimos dueños.

El mismo jefe cogió 14.000 cabezas de ganado en las inmediaciones de San Ildefonso (La Granja), en el paraje llamado Ubreta ó fuente de los Mosquitos, con el corte de lanas de estas cabezas, ejecutado en el real sitio del Pardo y que el gobernador de Madrid, general Belliard, tenía ya destinado, la lana á los lavaderos de Segovia y el ganado á las sierras de Burgos, para desde ellas, y pasado el verano, enviarlos á Francia; pero Abril destruyó su plan.

Componían estos ganados la *Cabaña Merina* del duque del Infantado, y D. Juan Abril, al terminar el parte de este suceso, dirigido á la Junta Superior de Guadalajara, fechado en Rascafría el 21 de Junio de 1811, la decía:

«He dirigido los ganados á Riaza para que V. E. desde allí les dé el destino que tenga por conveniente, debiendo añadir que, además de la presa, obligué á la escolta francesa que la custodiaba á encerrarse en el mismo real sitio.»

Los franceses, que no se avenían con la pérdida de estos ganados, siquiera los hubiesen robado á España y á su legítimo dueño el duque del Infantado, salieron en persecución de la guerrilla que los conducía á Riaza, pero fueron rechazados en las inmediaciones de aquella villa con pérdida de 14 soldados muertos y más de 30 heridos, continuando la escolta y el ganado su viaje sin que los franceses se atreviesen de nuevo á acometerla.

Con fecha 7 de Setiembre remitió D. Juan Abril al general Castaños el oficio que vamos á trascribir:

«Excmo. Sr.: Teniendo noticias de que salía de Segovia para Santa María de Nieva un correo, escoltado por 80 hombres, oficié para que se reuniese el escuadrón que está al mando del teniente coronel D. Diego de la Fuente y actualmente mandaba el sargento mayor D. Bernabé Cantalejo, y á una partida de caballería que se hallaba en esta provincia de la tercera división volante del segundo ejército en observación, al mando del teniente capitán D. José Gómez del Campo, los que efectuaron su reunión inmediatamente, y al amanecer del 4 de este mes nos apostamos en la Calzada y sitio del Puente Uñez, en donde se colocaron, el escuadrón al cargo de D. Bernabé Cantalejo á la derecha del puente, y el de mi mando con los 30 caballos de dicha partida á su izquier-

© Biblioteca Nacional de España

da. Así permanecimos hasta las cinco y media de la tarde, hora en que avisó el centinela al costado de Segovia que venía la escolta; en este acto mandé formar en batalla al escuadrón de *Húsares de Segovia* y al de mi cargo, con la partida de observación, mandando saliesen dos guerrillas de 20 caballos por derecha é izquierda de la Calzada á hacerles una llamada para poderles cortar la retirada y conseguir el que no se refugiaran á la guarnición de Segovia. Todo se dispuso con la mayor prontitud y serenidad, y rompiendo el fuego nuestras guerrillas, formó el enemigo en batalla, á lo que mandé avanzar á los dos escuadrones á su frente. El enemigo se puso en retirada, haciendo un vivísimo fuego de tercerola, lo que le sirvió muy poco, pues se le persiguió con sable en mano hasta las puertas de Segovia, y á no haber sido la oscuridad de la noche, y el creer saliese considerable refuerzo, no hubiera entrado en su guarnición un soldado siquiera. En esta acción tuvo el enemigo de pérdida nueve muertos, y entre ellos el capitán comandante y un teniente, quedando en nuestro poder 49 prisioneros y dos postillones españoles, 60 caballos con sus correspondientes monturas, 66 sables, 62 carabinas y 60 pares de pistolas. Por nuestra parte no hubo más desgracia que un caballo muerto y tres soldados levemente heridos. Se ha portado toda la tropa y oficialidad con el mayor valor.»

* * *

Reunidas las guerrillas de D. Diego de la Fuente *(Puchas)* y de José Rodríguez Valdés *(El Cocinero)*, acometieron el día 11 de Octubre de 1811, entre el Otero de Herrera y la posada de San Rafael, al pie del Guadarrama, á una escolta de infantería que custodiaba dos correos franceses y otro español, que iban á Madrid, y después de una hora de fuego quedó prisionera toda la escolta y los 20 *jurumentados*, muriendo un capitán del 55 de línea que los mandaba y muchos soldados.

Soria y la Rioja: D. Bartolomé Amor.

Por decreto del Gobierno Nacional quedaron refundidas en una las Juntas de Soria y la Rioja, ordenando al caudillo D. Bartolomé Amor, que con sus guerrilleros se uniese á las fuerzas del brigadier Durán, comandante general por España de la provincia de Soria.

El 20 de Febrero de 1811 se dirigió Amor á incorporarse con Durán, cogiendo prisioneros 10 lanceros polacos á su paso por la villa de Pradoluengo.

El 2 de Marzo pasó revista como coronel, en comisión, del regimiento de caballería de Numancia, ascendiendo á comandante el 6 del citado mes.

Ocupóse Amor con gran cuidado del arreglo é instrucción de sus fuerzas, y partió de Amaluer el 18 para ir á provocar al general francés Duverney á las mismas puertas de Soria, de donde no se atrevió á salir, y el 20, habiendo logrado al fin que saliera hasta los campos de Castelfrío, le acuchilló la retaguardia.

El 22 de Mayo bajó con el regimiento de Numancia á forrajear entre Cervera y Aguilar, y como allí le informaran que Duverney, reforzado con tropas de Burgos había salido la noche anterior hacia el Burgo de Osma, contramarchó rápidamente por la sierra de Cameros para acudir en auxilio de Durán, que se encontraba con la infantería en San Pedro Manrique, llegando con tal fortuna que evitó la pérdida de su jefe y de su infantería, casi envuelta ya por la caballería francesa.

Nueva sorpresa intentó Duverney contra nuestros guerrilleros, pero sin los resultados que esperaba.

El día 3 de Julio se dirigió contra Durán, que se hallaba en Berlanga; pero Amor, que observaba atentamente los movimientos del enemigo, llegó tan oportunamente en su socorro que pudo libertar dos compañías nuestras que, acosadas de la caballería enemiga, comenzaban á retroceder. Amor hizo frente con su regimiento á toda la caballería francesa para obtener la salvación de la española, que reposaba tranquilamente, hasta que un parte de D. Bartolomé la puso en alarma.

Marchando el 15 del propio mes á Ariza se

© Biblioteca Nacional de España

le presentó la caballería francesa, á la que cargó con valentía, llevándola en derrota hasta Embid de Ariza, quedando el camino cubierto de cadáveres y en poder de Amor 12 prisioneros.

Continuó su marcha á Calatayud, y el 22 entró en fuego en el Cristo de Rivosa; esta acción fué muy empeñada y sangrienta; observando Amor que los batallones de Numancia y Soria cejaban bajo el horroroso fuego de que eran blanco, al frente de cuatro de sus compañías dió una carga desesperada al enemigo, que fué derrotado y disperso, entrando la división en Calatayud sin más obstáculo.

Amor recibió por su arrojo en este combate, que rayó en temeridad, públicas gracias del general en jefe del segundo y tercer ejército.

Imposibilitada la división de poder man-



D. BARTOLOMÉ AMOR

tenerse en Aragón por la escasez de recursos, fué destinado Amor á la Rioja para procurarlos, logrando enviar en el resto del mes de Julio 4.000 fanegas de trigo.

En unión de Tabuenca quiso sorprender á su paso la guarnición francesa de Tarazona; pero avisada por algunos *malos españoles* se retiró y guareció en el convento, que tenían fortificado.

Hé aquí el parte de Amor á Durán desde Aguilar el 17 de Agosto de 1811:

«Siendo uno de los encargos de mi comisión el aproximarme á Tarazona con el objeto de ver si salía el enemigo para poder escarmentarle, además de ayudar con la mitad de la caballería de la división y el batallón de la Rioja, mandado por su comandante accidental D. Juan Antonio Tabuença, á los agentes cobradores de la Real Hacienda en la Rioja, llevé para este objeto á mis órdenes al caudillo D. Marcos Luna, como práctico en el terreno, determinando en la

© Biblioteca Nacional de España

mañana de mi salida de ese cuartel general de Chércoles que avanzase la tropa de mi mando hasta Olbega, para que ínterin descansaba y se proporcionaba raciones, limpiase las armas y se preparase á otra marcha.

Eran ya las diez de la noche y la tropa había tomado pan y vino; el entusiasmo y agilidad que advertí en los oficiales y soldados me permitió emprender la marcha hasta dar vista á Tarazona antes de la hora que tenía dispuesta.

Ya había hecho adelantarse á D. Marcos Luna, advirtiéndole que luégo que rompiese el día se aproximase á la ciudad y tirase algunos tiros. Situé sobre la derecha al ayudante D. Juan Bueno con 40 hombres, y con igual fuerza á la izquierda al capitán don Pedro Sologaistoa, todos ocultos, próximos á la ciudad, esperando la ocasión de cortar al enemigo en su retirada, aguardando yo con el resto la señal que había dado en caso de que los enemigos estuviesen fuera de ella, cuando supe que salían á recibirme fuera de la ciudad.

En el momento mandé avanzar un escuadrón con orden de arrojarse sobre el enemigo, lo que ejecutó rápidamente, y fué tal el terror de los franceses que lejos de presentarnos la batalla se metieron en el convento.

No obstante el mal terreno, el enemigo perdió tres muertos y varios heridos, dejando en nuestro poder tres prisioneros, dos gendarmes, dos dependientes del gobierno intruso, cuatro caballos, algunos fusiles y tercerolas y porción de pólvora y balas.

Extrajéronse al administrador de bienes nacionales 17.000 reales que tenía para el enemigo, y de la Junta catedral la plata sobrante, sin ningún vaso sagrado, en cantidad de 952 onzas; asimismo se han sacado algunos paños para capas y ponchos á la tropa, todo con el mayor orden y las debidas atenciones al Cabildo y ciudad, que han quedado muy satisfechos de la conducta, subordinación y disciplina de mis tropas.»

Con efecto, tan admirada y agradecida quedó la ciudad del valor y la honradez de los guerrilleros de Amor y Tabuenca, que quiso obsequiarlos, como al fin lo hizo, con medio duro á cada uno.

Las fuerzas enemigas que guarnecían á Logroño salieron el 24 de Agosto al encuentro de Amor, y éste las esperó aunque eran muy superiores; el choque fué decidido por ambas partes; pero declarada la derrota por los franceses, huyeron precipitadamente á la ciudad, dejando en poder de Amor el caballo que montaba el jefe, 150 prisioneros, fusiles, cajas de guerra y municiones, quedando el campo cubierto de cadáveres. Así celebró Amor el día de su santo. La Regencia, por esta victoria, le dió las gracias, mandando proponerle para el empleo de coronel efectivo, que sólo en comisión ejercía.

En el mes de Agosto dirigió Amor á su jefe el siguiente parte:

«Al manifestar á V. E. la acción brillante ocurrida el 23 del que rige, se hace indispensable exclamar: *¡Glorioso día para España!* Los vencedores de Jena y Austerlitz, noticiosos de que el primer escuadrón de caballería ligera de Soria y batallón de Rioja ocupaban la villa de Préjano, determinaron, animados por un hombre foragido desde su infancia, llamado Juan Gómez *(Miñano)*, atacarme al amanecer con 800 infantes y 120 dragones de la guardia imperial, á cuyo efecto caminaron noche y día, colocándose á las siete de la tarde en la ciudad de Arnedo, distante una legua escasa de Préjano.

Avisado del intento por dos soldados licenciados que se hallaban en dicha ciudad, resolví tomar posición sobre el barranco, camino de Enciso, colocando 200 hombres del batallón en lo más escarpado, á las órdenes de su comandante D. Juan A. Tabuenca, encargando al ayudante interino D. Juan Bueno que con 40 voluntarios les llamase la atención por su derecha y procurase atraerlos sobre el barranco, seguro de que al romper el fuego Tabuenca desfilarían por la izquierda como terreno más asequible, mayormente cuando el capitán D. Pedro Sologaistoa con 60 hombres debía reforzar y sostener á Bueno, caso de avanzar el enemigo por aquella parte, que era casi intransitable.

La caballería, en número de 100, única fuerza disponible que me asistía, formó en batalla sobre la izquierda del enemigo, á las

© Biblioteca Nacional de España

órdenes del sargento mayor D. Juan de Luna, para el caso de que penetrasen en el barranco colocarme á su vanguardia y obrar según lo exigiesen las circunstancias.

Situada la tropa en los términos indicados, y como á las seis de la mañana, se avistó el enemigo, atacando en columna á nuestra guerrilla, la que inmediatamente rompió el fuego con el mayor orden, sosteniendo su posición media hora larga, á consecuencia de haberla reforzado el capitán Sologaistoa con 30 voluntarios; pero tratando el enemigo de cortarla, se vió precisado á replegarse sobre la derecha, en cumplimiento de las órdenes que les había comunicado.

Inmediatamente, llenos de orgullo, avanzaron los enemigos al barranco, colocando á derecha é izquierda 200 hombres en guerrilla, haciendo un fuego horroroso y tratando siempre de flanquear nuestra derecha; así fué que, aproximándose hasta tiro de pistola, sufrieron dos descargas tan certeras, que, llenos de terror, hacían fuego sin dirección, maniobrando sin orden sobre un lado y otro, visto lo cual, y comprendiendo que mis valientes deseaban batirse á la bayoneta, mandé avanzar todas las fuerzas, viéndose forzado el enemigo á dirigirse por una montaña casi inaccesible, llamada Peña del Monte. Sologaistoa procuró impedirles el paso, mas no pudo conseguirlo, y menos la caballería por la aspereza del terreno, por lo cual, reunidas todas nuestras fuerzas, seguimos al enemigo más de una legua, matando y haciendo prisioneros hasta la entrada de Arnedillo, en cuyo pueblo me aseguraron dos paisanos haber encontrado un refuerzo considerable de infantería y caballería, retirándome á la villa de Enciso, en donde, al tratar de que la tropa se acampase, pues era la una del día, y comiese alguna cosa, se me avisó que la caballería enemiga que había entrado en Arnedillo, con parte de su infantería, venía á cortar mi campamento, y al instante salí con la primera compañía de húsares, cuyo fuego en las calles, oído por Tabuenca, dió margen á que avanzase; de forma que, viéndose atacados por retaguardia, huyeron vergonzosamente, dejando en las inmediaciones de la villa cuatro muertos y siete heridos.

El fruto de esta jornada ha sido hacer al enemigo 80 muertos y 28 prisioneros, una caja de guerra, varios fusiles, municiones y mochilas, sin otra pérdida nuestra que un muerto y seis heridos.

Esta acción ha llenado de alegría á los naturales del país, que á porfía nos obsequian.

Es indecible el orden y valor desplegado por todas nuestras fuerzas.»

Durán, en vista de tales proezas, recomendaba al general en jefe, para que éste lo hiciese al Gobierno Nacional, á los tenientes coroneles D. Bartolomé Amor y don Juan Antonio Tabuenca, *tan acreditados por su actividad, valor y patriotismo*, al capitán D. Ramón Araoz, al teniente D. Juan Bueno, al subteniente D. Antonio Aznar, apenas curado de sus heridas, á los sargentos José Muñoz y Pedro Barcenillo, al cabo José Bernardón y al soldado distinguido don Francisco Sánchez y á todos en general.

En el cuaderno siguiente proseguiremos relatando las hazañas de Amor, y daremos á conocer las casi increíbles del ilustre Espoz y Mina, el *Rey chico de Navarra*, como le apellidaban los franceses.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO III

D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA

D. Bartolomé Amor.—D. Juan A. Tabuenca.—D. Marcos Luna.—Salazar.

Con fecha 17 de Setiembre participaba Amor desde Trévago á su general lo que sigue:

«Lleno de gloria por haber derrotado completamente el 23 de Agosto á los que se apellidan vencedores de Marengo, emprendí la marcha con dirección á la ciudad de Logroño, y me situé en las villas de Nalda y Albelda, distantes una y dos leguas; pero viendo que á pesar de este movimiento se mantenía pacífico el enemigo por temor de iguales resultas que el 23, determiné colocar la primera compañía del cuerpo de mi mando en Lardero, con el fin de insultarles completamente, y el resultado fué apoderarme de 256 fanegas de trigo que he remitido á V. E. con la seguridad correspondiente.

Noticioso después que la guarnición de Santo Domingo de la Calzada, en número de 400 infantes y 90 caballos, se hallaba en la ciudad de Nájera exigiendo contribución y granos ó rehenes en su defecto, resolví á las diez de la noche de este día marchar á dicha ciudad, distante nueve leguas, por un camino desconocido y casi intransitable á consecuencia de la oscuridad, de forma que sólo el valor y entusiasmo de mis gentes fué capaz de realizar la entrada en Nájera á las dos de la mañana, con asombro de los naturales, y seguramente hubiera sido destruído el enemigo, si avisado dos horas antes por sus espías no hubiese evacuado el pueblo precipitadamente, abandonando 2.000 reales que obran en mi poder y muchos granos ya sacados para almacenarlos.

Enseguida, y deseando que la indicada guarnición ó la existente en la inmediata villa de Haro pagase su diezmo en sangre, que es lo único que puede y debe llenar nuestras ideas, emprendí la marcha á Santo Domingo, y en el acto de avistar la ciudad dispuse que 20 hombres de caballería, al mando del sargento primero Juan de Dios Gómez, les llamasen la atención por la parte de Santarén y se aproximasen á las calles, como único medio de cortarlos si pasaban al puente, á cuyo efecto me oculté en un bosque con 50 caballos, previniendo al sargento mayor D. Juan de Luna ejecutase lo mismo con el resto de la caballería en las inmediaciones del río, persuadido de que, viéndose el enemigo atacado por vanguardia y retaguardia, trataría de apoyarse en el bosque, que ya tenía ocupado con el *Batallón de Rioja*, á las órdenes de su coman dante el te niente coronel D. Juan Antonio Tabuenca.

La guerrilla de caballería llenó sus deberes en términos que los soldados Joaquín Salas y Manuel Melero entraron en la ciudad haciendo fuego, lo que motivó la salida de 80 caballos dragones de la guardia imperial, quienes, viéndose repentinamente atacados por el sargento mayor y por mí, formada la batalla á la derecha y á la izquierda, volvie-

© Biblioteca Nacional de España

ron grupas y á todo escape se internaron en la ciudad, dejando en el campo ocho muertos.

Con esto resolví retirarme á la villa de Ezcaray, desde donde he recorrido los pueblos comprendidos en la demarcación de mi comisión, y lograr por este medio la venida de las tropas correspondientes á la división que manda el coronel D. Francisco Espoz y Mina.

Se han distinguido por su valor y serenidad el sargento mayor D. Juan de Lima, el ayudante mayor D. Pedro Más, los subtenientes D. Marcelino Amor, D. Apolinar de Campo, D. Gregorio Rodríguez y los sargentos Juan de Dios Gómez, Fermín García y Santiago Cavia y los húsares Joaquín de Salas y Manuel Melero.»

El 24 de Setiembre se incorporó Amor á su división en Deza; la cual se unió el 26 al *Empecinado*, resultando la expugnación de Calatayud.

Por enfermedad de Durán, se confirió á Amor el mando interino de la división de Soria, y en combinación con el *Empecinado* dirigió sus huestes sobre el puerto de Uset, Villafeliche y Daroca; Paunetier guarnecía esta plaza con fuerzas muy superiores, y fiado en ellas salió á campo raso, pero Amor contuvo sus progresos en Murero y Manchones el 1.° y 2 de Noviembre, obligando al enemigo á retroceder á Daroca y causándole la pérdida de 94 hombres sin contar los heridos.

Más tarde, y en unión del *Empecinado*, marchó á La Almunia, y ambos jefes rindieron á 400 franceses que guarnecían el fuerte, al cual lograron aproximarse por medio de seis grandes cubas, pues habían experimentado que las balas sólo rompían la primera tabla y se quedaban dentro. Paunetier vino en socorro de aquella guarnición, sufriendo una nueva derrota en su retirada á La Muela, quedando en poder de Amor 60 caballos.

Llamado por su jefe Durán, regresó con la división á Villarroya el 27. Supo el 28 por un confidente que la guarnición francesa de Soria se hallaba en las Vicarías de Berlanga exigiendo contribuciones, y con autorización de Durán marchó á las doce de la noche con su regimiento y los batallones Numancia y Soria; llegó á Almazán entre ocho y nueve de la mañana del 29, é informado de que los franceses estaban reunidos en Berlanga, disponiéndose para regresar á Soria, averiguó que la marcha se verificaría por Osonilla, y sin perder tiempo marchó á emboscarse en los pinares de este pueblo, llegando á la una de la mañana del 30. Colocó al amanecer los cuerpos convenientemente, y las descubiertas anunciaron que la columna enemiga había pasado el Duero por el puente Andaluz.

Dió las órdenes para que los españoles se emboscasen perfectamente, y que, teniendo sus armas preparadas y cubiertas, esperasen la señal convenida. Aproximóse entretanto al pinar la caballería francesa, y después de reconocer el camino continuó su marcha sin recelo; siguióla una columna de infantería, y cuando la cabeza de ésta tocó á los primeros pinos, atacóla furiosa é inesperadamente Amor, arrollándola y tendiendo en el campo hasta 200 franceses. Rehecha la infantería francesa al abrigo de la caballería que venía á retaguardia, y obstruído Amor por los muchos bagajes, tuvo tiempo el enemigo para cerrarse en masa. Amor tomó el partido de dar con su regimiento la vuelta á Osonilla para atacar por retaguardia. El coronel del regimiento de Rioja, D. Juan Antonio Tabuenca, rompió el fuego contra la columna enemiga, que, por la derecha, intentó ganar el pinar, pero cargada de nuevo por Amor la caballería imperial, abandonando á su suerte á la infantería, se metió en el fuego de Numancia y Soria, que la arrojaron de nuevo contra de la infantería.

Defendióse ésta con tesón; pero cargándola Amor por tercera vez, y atacada por frente y flancos por los batallones de la división soriana, la columna enemiga fué completamente deshecha, perdiendo 700 hombres, entre muertos y heridos, con 100 caballos, granos, ganado y dinero.

Por tan brillante jornada fué Amor segunda vez propuesto para el empleo efectivo de coronel de caballería.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

El comandante D. Juan Antonio Tabuenca, con su tropa, asistió en unión de Amor al ataque de Tarazona, frustrado en parte por algunos viles emisarios.

Nombrado teniente coronel, sin perder el mando del *Batallón de la Rioja,* tomó parte igualmente con Amor en la acción de Préjano el 24 de Agosto de 1811, *distinguiéndose en ella muy notablemente*, según el parte enviado por su jefe, el brigadier Durán, á la Regencia, lo propio que en la de Osonilla y Tardelcuende (30 de Noviembre) y con las varias que realizó Amor.

* * *

D. Marcos Luna, famoso patriota, comandante de una numerosa guerrilla, recorría las provincias de Rioja y Soria, y hacía frecuentes excursiones por las de Aragón, dejando en las guarniciones francesas de todas ellas una amarga memoria, ora cuando maniobraba solo, ora combatiendo en unión de D. Bartolomé Amor.

Asistió á las acciones de Ariza y de Calatayud, colocando su nombre á la altura de los primeros en valor y en sufrimientos, que no escaseaba nunca D. Marcos Luna cuando de su querida patria se trataba.

Habiendo intentado Amor batir con fuerzas inferiores á la guarnición de Tarazona, ésta, orgullosa con su número, trató de aniquilarlo; pero Luna, aprovechándose de sus grandes conocimientos del terreno que ocupaban los franceses, supo colocarse á su retaguardia, cuando le iban persiguiendo, causarles varios muertos y cogerles bastantes prisioneros que envió á su jefe el brigadier D. Joaquín Durán.

* * *

D. Francisco Salazar continuaba siendo en la Rioja la sombra de los franceses.

Entre las acciones que dió y ganó á los imperiales merece ser citada la del 1.º de Setiembre de 1811, en la carretera de Monasterio, en que se apoderó de un rico convoy escoltado por 150 infantes y 30 dragones, dejando 15 sobre el campo, matando nueve en la retirada que emprendieron, y 18 heridos.

Maniobras de Wellington.—Derrota de Girard.—Salamanca: D. Julián Sánchez.—D. Nicolás de la Mota.—Extremadura: Los Cuestas.—Don Antonio Temprano.

Habiéndose establecido lord Wellington en Fuenteginaldo se propuso rendir por hambre la guarnición francesa de la plaza de Ciudad-Rodrigo, contando con el apoyo de algunas fuerzas nuestras mandadas por el general D. Carlos de España, y con algunas partidas de guerrilleros que tenían por jefe á uno de los caudillos populares de más renombre en la lucha: á D. Julián Sánchez (13 de Setiembre de 1811).

Marmont, provocado, salió en unión de Suham y Dorsenne contra lord Wellington, reuniendo su ejército, que ascendía á 60.000 hombres y mucha artillería, en Tamames, atacándole el día 25 de Setiembre: resistieron bizarramente los ingleses, pero replegándose, por orden de Wellington, que les hizo ocupar sucesivamente las lomas de Fuenteginaldo, luégo Alfayates, pueblo ya portugués, llegando á internarse más de una legua.

Orgulloso el mariscal francés con lo que juzgaba un gran triunfo, y viendo libre á Ciudad-Rodrigo, se retiró á Plasencia, tornando sus generales Suham y Dorsenne á sus cantones de Salamanca y Valladolid.

Al observar Willington este movimiento de los imperiales volvió de nuevo á avanzar, estableció su cuartel general en Fregeneda, villa de la provincia de Salamanca, y preparó los materiales para formalizar el sitio de la plaza de Ciudad-Rodrigo.

* * *

A propuesta de Castaños aceptó Wellington un movimiento combinado de Hill y Girón, segundos jefes de ambos ejércitos, contra el general francés Girad, que vino de Cáceres á Arroyo Molinos con ánimo de privar de recursos á las tropas.

El movimiento se llevó á cabo con tal secreto (28 de Setiembre), y vióse protegido por una niebla tan espesa, que Girad se vió acometido de repente, cuando iba á salir para Mérida, llegando á tal su sorpresa y su pánico que no opuso casi resistencia, de-

© Biblioteca Nacional de España

clarándose en fuga, perdiendo 400 hombres entre muertos y heridos, entre ellos el general Dambrousi y 1.400 prisioneros con un general, Brun, el duque de Aremberg y otros varios oficiales, dos banderas, muchos fusiles y bagajes; en una palabra, casi toda la división.

La guarnición de Badajoz, alarmada, se encerró temerosa tras de las murallas.

Los aliados, que sólo tuvieron de pérdida unos 100 hombres, una vez logrado el objeto que se proponían, y conquistada la victoria, se volvieron á sus acantonamientos.

Wellington prosiguió sus trabajos militares cada vez con mayor empeño, con esa tenacidad británica y esa frialdad que eran la cualidad predominante de su carácter.

* * *

Era D. Julián Sánchez (1), según hemos tenido ocasión de demostrar, un español de nobles sentimientos y alma superior, y un castellano de nobilísimas cualidades. Para él, como para el *Empecinado*, como para la mayoría de los guerrilleros, la patria era un santuario, la milicia una religión y la obediencia un deber ineludible.

Hé aquí el parte dirigido por él al teniente general D. Gabriel de Mendizábal:

«Excmo. Sr.: Luégo que recibí la primera orden de V. E., tomé las correspondientes disposiciones para reunir mi tropa, que aún se halla en varios puntos de la Castilla, con el fin de dirigirme á la izquierda del Tajo y escarmentar á los enemigos. Ciertos incidentes inesperados han impedido la rapidez de esta operación como deseaba; pero en vista del oficio de V. E., de 29 del pasado, que acabo de recibir por el teniente coronel Galiano, redoblo mis esfuerzos y arrostro las dificultades para pasar con más prontitud.

Lagunilla 4 de Febrero de 1811.»

Véase cómo se ocupaba la *Gaceta Nacional* del mes de Febrero de este insigne guerrillero:

«Los franceses, no pudiendo disimular los daños y el cuidado que les causa el intrépido caudillo D. Julián Sánchez, intentaron en días pasados apoderarse de sus almacenes, situados en Lagunilla, y arrojarlo de aquella posición. Con este objeto salieron de Ciudad-Rodrigo para la sierra de Francia 1.200 infantes; igual fuerza bajó de Avila por el puente de Congosto, y cerca de 4.000 marcharon de Talavera por el puerto Pico á Piedrahita y Béjar; pero sabedor Sánchez de este movimiento, retiró los víveres de Lagunilla y se encaminó con su infantería hacia el Tajo. La mayor parte de su caballería se dirigió á Ledesma y Ciudad-Rodrigo, y en su marcha se asegura que hizo 150 prisioneros de infantería enemiga, un correo y 11 dragones, de los cuales murieron nueve.»

Con fecha 6 de Abril de 1811 fué creado el regimiento de caballería *Húsares de Burgos*, teniendo por jefe á D. Julián Sánchez (1).

Seguros de que agradará á nuestros lectores, vamos á copiar una carta dirigida por D. Julián Sánchez á uno de sus amigos, que pinta de un modo admirable su carácter franco, sencillo y leal:

«Me hallo comandante en jefe de las partidas entre Tajo y Duero, y tengo un regimiento de caballería y un batallón de infantería, que he formado en disposición de no temer á los franceses. Los ingleses me mandaron dos pedreros pequeños con algunos auxilios para ellos, para la caballería y para la infantería. Aseguro que mi brigada ó pequeña división dará bastante que hacer á los enemigos. Mis lanceros hacen presas todos los días. En la calzada de Ledesma mataron 32 franceses é hicieron 17 prisioneros.

Con fecha del 11 del corriente me escribe mi teniente coronel Martín que los lanceros hicieron 20 prisioneros y mataron un coro-

(1) En los momentos en que estas líneas escribimos, publican los periódicos la noticia del fallecimiento en Valdeloza (Salamanca), á la edad, casi fabulosa en estos tiempos, de 95 años, de don Antonio Tamames, veterano de la gloriosa epopeya de 1808, que recordaba todavía con patriótico entusiasmo la bravura de su jefe D. Julián Sánchez y de sus valientes compañeros de armas.—*N. del A.*

(1) Conde de Cleonard.—*Historia de las armas.*

© Biblioteca Nacional de España

nel, un teniente coronel y 36 soldados en dicha calzada, y que un capitán mío hizo 80 prisioneros, cogió una brigada de mulas con sus arreos, y que cuando matan cinco ó seis no me lo participan por escrito.

Mi cuñado el capitán Cilleiros mató al jefe de la calzada de S. Muñoz para Ciudad-Rodrigo más de 200 gabachos; de modo que por miedo de la peste no se puede transitar por dicha calzada.

Hoy me han traído 34 dragones con dos oficiales, uno de ellos ayudante de Massena.

Sepa V. que nuestro Mangas hizo prisioneros dos oficiales después de haber degollado 34 soldados.»

Incorporado al ejército que mandaba Wellington, y en ocasión en que el general francés Massena, al frente de 40.000 infantes y más de 5.000 caballos (1.° de Mayo de 1811), se dirigía á socorrer la plaza de Almeida, D. Julián, si bien con flacos medios, entretuvo á los ginetes enemigos, cediendo por fin, no sólo por la superioridad de la fuerza, sino también enojado de que á un oficial suyo, que envió á pedir auxilio, le hubiesen matado los ingleses tomándole por un francés.

El 23 de Mayo, según escribían de Castilla, D. Julián Sánchez había reunido su partida, compuesta de 1.000 infantes y 600 caballos, en el Cristo de la Laguna, impidiendo con este movimiento el paso para Ciudad-Rodrigo, cuya guarnición era sólo de 1.500 hombres.

Véase el parte de D. Julián Sánchez, del 21 de Junio de 1811, en extracto:

Dice que habiendo sabido por sus confidentes la salida de unos 300 hombres, con dirección á Salamanca, con el fin de escoltar algunos géneros y dineros para la tropa de Ciudad-Rodrigo, determinó aguardarlos á su regreso. El 18 los esperaba con 300 caballos y otros tantos infantes entre S. Muñoz y Cabrillas, calzada de Salamanca y Ciudad-Rodrigo; pero sabiendo los enemigos su posición se separaron de la calzada real, y para alcanzarlos con su caballería tuvo que correr cerca de una legua; á la inmediación de Cabrillas se avistaron y rompió el fuego para entretenerlos ínterin colocaba la infantería y caballería; intentó el enemigo tomar el pueblo de Cabrillas para hacerse fuerte, pero en breve desistió y emprendió su retirada con el mayor orden hacia Salamanca. Las partidas de caballería que los acometieron hasta que llegó el resto, lo hicieron con tanta intrepidez, que aterraron á los enemigos y los pusieron en la mayor confusión, quitándoles cuantos bagajes escoltaban cargados de género y dinero. A las inmediaciones de S. Muñoz, donde ya entró en acción toda la caballería, protegida de 60 infantes que llevaron montados á la grupa, se trabó una acción muy reñida; pero sus lanceros, despreciando las balas, se arrojaron sobre ellos con el mayor denuedo introduciendo el desorden en sus filas hasta ponerlos en completa fuga, persiguiéndolos hasta el pueblo de Canillas, distante seis leguas de S. Muñoz.

El resultado de esta acción ha sido que de los 450 infantes que componían los que salieron de Ciudad-Rodrigo y 150 que se les incorporaron de la guarnición de Salamanca, sólo entraron en Ciudad-Rodrigo unos 80 mal heridos; cogió D. Julián Sánchez unos 100 prisioneros, quedando el resto en el campo de batalla; por su parte tuvo seis muertos y 10 heridos y perdió 20 caballos entre muertos y heridos.

Prosigamos relatando las hazañas de don Julián Sánchez, comandante de la primera brigada de la tercera división del 5.° y 6.° ejército.

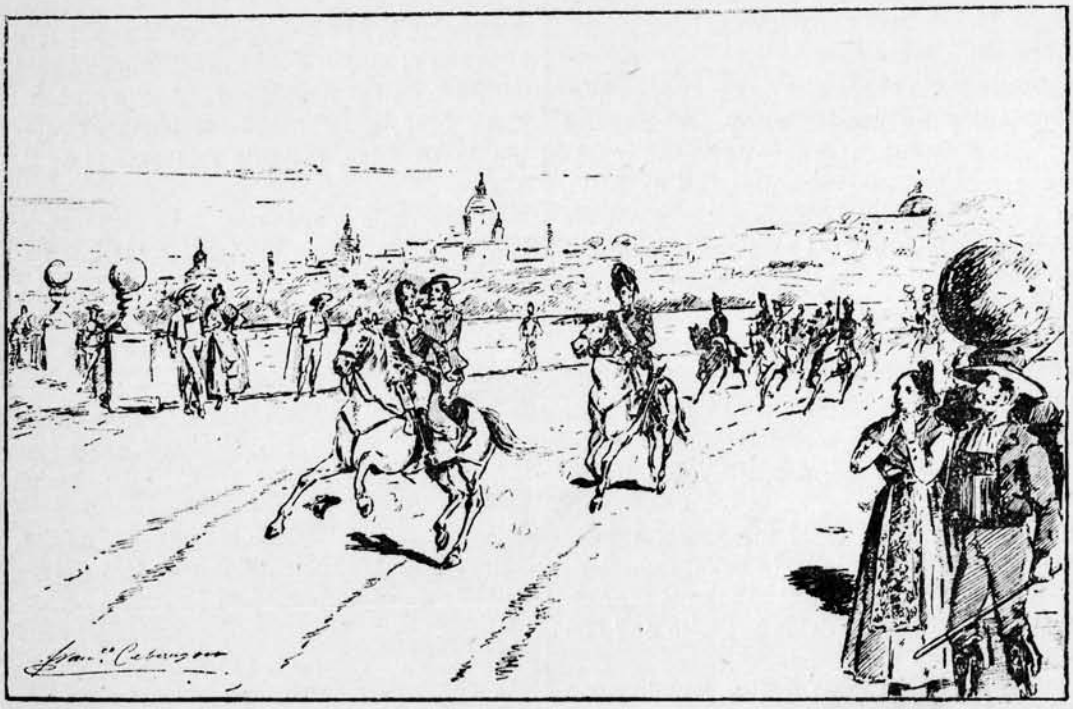
Habiendo tomado las más acertadas disposiciones para apoderarse del ganado de la guarnición de Ciudad-Rodrigo, en la mañana del 15 de Octubre de 1811, no sólo lo consiguió sino que hizo prisionero á su gobernador, el general de brigada Regnaud, que, habiendo salido casualmente á hacer un pequeño reconocimiento por el camino del Bodón, cuasi bajo tiro de cañón de la plaza, fué atacado por un piquete de lanceros que D. Julián Sánchez tenía apostados á la izquierda del Agueda; mataron á un oficial é hirieron á otro; los demás buscaron su salvación en la ligereza de sus caballos, pero el expresado general gobernador y tres de sus ordenanzas quedaron en su poder, así como 200 vacas y 300 cabras, dejando sólo á los enemigos 60 ú 80 que huyeron con el estré-

© Biblioteca Nacional de España

pito. Vino á socorrerles un refuerzo de infantería como de 300 hombres, pero les impuso la reunión de 70 caballos y 80 infantes, que se llevaron al gobernador y demás prisioneros sin ninguna pérdida. Enseguida tres columnas de 300 infantes cada una salieron siguiendo las reses; pero una compañía que tenía apostada y la caballería de carabineros sostuvieron con brillantez el tiroteo hasta dar tiempo de que se alejasen las reses. Los enemigos no desistieron de su empeño en perseguirlas como fieras hasta Valde-Carros; á su llegada á este punto dispuso una formación en batalla, aparentando fuerzas respetables, hizo reunir la caballería, adelantándose á los franceses, los que, llenos de terror y á buen paso se encerraron en Ciudad-Rodrigo.

Así terminaba el parte de D. Julián Sánchez al general Girón:

«He dado esta noche al general gobernador francés de Ciudad-Rodrigo cena con música y trato mejor que el que se merecen los satélites del Corso, para que se avergüencen



EL GENERAL DORSENNE Y D. JULIÁN SÁNCHEZ

de la conducta honrada de los españoles libres, que por la defensa de su amada patria se sacrifican.»

Por aquellos días había realizado D. Julián Sánchez una de esas acciones tan comunes en nuestros guerrilleros, pero de cuya veracidad aún dudaríamos nosotros á no habernos garantizado su certeza respetables individuos de su familia que aún viven.

Hela aquí:

Tenía D. Julián Sánchez un hermoso caballo al que profesaba gran cariño, y en una sorpresa hecha á su partida hubo de robárselo el jefe de una columna francesa ofreciéndolo como un trofeo de guerra al general Dorsenne, que mandaba en Salamanca, el cual lo montaba con gran orgullo.

Saberlo nuestro guerrillero y jurar que había de entrar en la ciudad y robárselo, todo fué uno.

Nadie dudaba del valor, tantas veces probado de D. Julián, pero tan temeraria les parecía la empresa que no confiaban en que la realizara y mucho menos en que tuviera buen éxito, y, por lo tanto, trataron de disuadirlo.

© Biblioteca Nacional de España

Habían transcurrido muchos días, y una tarde cruzaba el general Dorsenne por el puente para ir á revistar las tropas de su mando, formadas en el *Teso* de la feria, llevando al frente algunos batidores, y detrás á sus ayudantes y oficiales de órdenes.

Como acontece siempre, los curiosos, vecinos y forasteros y gentes del *Arrabal*, que ocupaban el puente, se detuvieron para mirar al general y su lujosa escolta.

De repente, y cuando los batidores habían pasado, un hombre, luciendo el característico traje de los *charros* de Salamanca, y que hasta entonces había permanecido indiferente recostado sobre la baranda del puente, saltó á la grupa del caballo del general y abrazando estrechamente á Dorsenne en sus robustos brazos y alegrando con la voz al noble bruto, que bien pronto reconoció á su antiguo dueño, pues no era otro el supuesto *charro* que D. Julián Sánchez, salió al escape, camino de Ciudad-Rodrigo.

Sorprendidos y paralizados quedaron los ayudantes del general Dorsenne, sin saber qué partido tomar, en tanto que el caballo de nuestro guerrillero devoraba el espacio y que los paisanos aplaudían.

Algunos batidores quisieron hacer fuego sobre D. Julián, pero como éste tenía ceñido al general con sus brazos y llevaba la cabeza baja, dejando que el cuerpo de Dorsenne presentara el mayor blanco, los ayudantes lo impidieron temerosos de que matasen á su general por matar á Sánchez, limitándose á salir en persecución del valeroso guerrillero.

D. Julián, que les llevaba ya una gran ventaja, soltó de pronto al general, arrojándolo cerca de la *Pescanta*, y prosiguió su vertiginosa carrera, sin que los ayudantes ni los batidores, una vez recobrado á su jefe, se atrevieran á seguirlo, juzgando, y con razón, que iba á reunirse con los suyos.

Cuando sus lanceros le vieron llegar montado sobre su antiguo caballo y conocieron el suceso, le aclamaron con el mayor entusiasmo, reputándole como al primero de los guerrilleros castellanos y al rey de los valientes, y á la verdad que no sin motivo.

* * *

La guerrilla que mandaba el intrépido salamanquino D. Nicolás de la Mota batió á los franceses en diversas ocasiones, y muy especialmente en Agosto de 1811 en el lugar de Almendra, á seis leguas de Ledesma y doce de la capital.

* * *

El célebre jefe de la guerrilla de los Cuestas, D. Feliciano, dirigió al valeroso D. Julián Sánchez el siguiente parte:

«Ahora, que serán como las cuatro de la tarde del día 30 de Enero de 1811, acabo de llegar con mi partida á las inmediaciones del río Gualija, en donde he estado dos días esperando al enemigo que había bajado á la Extremadura en número de 3.000 hombres, á quien le dejo muerto el general, un edecán, tres oficiales, varios soldados y algunos heridos, cuyo número no puedo decir por la dispersión que tuvieron; asimismo se les quitaron los uniformes, varios equipajes, y entre éstos varios papeles. Dios guarde á V. S. muchos años.—Fresnedoso 30 de Enero de 1811.»

Este parte merece alguna explicación, porque á la verdad lo ocurrido en esta sorpresa es uno de los sucesos más notables de las guerrillas de Extremadura y de España.

Venía la división francesa compuesta de 3.000 hombres, al mando del general Marisí, de Peraleda de San Román, y entre este punto y Talavera la Vieja ocurrió el caso.

El terreno escabroso y de gran arbolado se levanta en altas colinas al pie de las cuales marcha el camino encerrado entre dos montes cuajados de madroños.

Tras de los bosques de madroños se emboscaron los cuatro hermanos Cuesta y sus guerrilleros.

Avanzó por el camino la vanguardia francesa y la dejaron pasar tranquilamente.

Llegó el general Marisí, que iba rodeado de sus tres ayudantes.

Los cuatro hermanos, cuya certera puntería conocemos desde el comienzo de nuestra historia, se habían repartido á los jefes citados.

Apenas llegaron al alcance de sus temibles escopetas dispararon los cuatro herma-

© Biblioteca Nacional de España

nos y cayeron á tierra el general y los tres ayudantes. Al ver caer á sus jefes quiso la vanguardia retroceder, y pretendió avanzar la retaguardia, justamente alarmadas con la pérdida de su general.

Entonces el resto de la guerrilla disparó sus terribles trabucos, y la confusión y el desorden más espantoso se promovió en toda la división, que se entregó por completo á la fuga.

Bajaron del monte los Cuestas y sus guerrilleros, y D. Feliciano, acercándose al general Marisí, que se revolcaba en las convulsiones de la agonía, le dijo con sereno acento:

—¿No querías conocer al *brigante* Cuesta? ¡Pues, míralo!

Y como si Marisí no esperara más que verlo para morir, lanzó el último suspiro.

Cuesta le despojó de la faja, de la espada y del sombrero, y desapareció con su gente.

Repuestos los franceses del susto volvieron sobre sus pasos, entraron en Talavera la Vieja, villa de algunos 100 habitantes, á dos leguas de Navalmoral de la Mata, y sospechando que los autores de la hazaña fueran hijos de élla, prendieron hasta los niños y fusilaron algunos paisanos.

Al siguiente día, para burlarse de los destacamentos que el sucesor de Marisí envió en su busca, colgaron los Cuestas en varios madroños del monte algunos capotes viejos de sus partidarios, y los soldados franceses, tomándolos por *brigantes*, los disparaban tiros y más tiros, hasta que las carcajadas de los guerrilleros, que no lejos de allí presenciaban la escena, los sacaron de su error, pero luégo de haber gastado buen número de municiones, y entonces se lanzaron contra los nuestros que, prácticos en todas las fragosidades del terreno, desaparecían á su vista sin que pudieran darles alcance.

Dícese que el Gobierno autorizó á D. Feliciano Cuesta, en premio de su hazaña, para usar la faja cogida á Marisí, pero que él se excusó con notable modestia diciendo que no contaba con grados ni con méritos para semejante honra.

A fines del citado mes de Enero aprehendió la guerrilla de los Cuestas dos capitanes y 16 soldados imperiales.

En el mes de Febrero cogieron otros 10 soldados presos, y el 26 de Marzo lograron sorprender y apoderarse de 26 dragones.

Pocos días después mantuvieron una reñida acción con los imperiales, que los buscaban con gran empeño, en Egido de la Cumbre, quedando el triunfo por los nuestros, los cuales mataron 12 dragones y 30 granaderos que no quisieron rendirse.

En el mes de Julio atacaron los Cuestas á 150 franceses en el Puerto de Santa Cruz, haciendo prisioneros un edecán, un capitán, 26 soldados y un correo que conducía pliegos de la mayor importancia, que entregaron al general Castaños.

En Navalmoral de Plasencia, en un sangriento choque contra una columna francesa, lograron derrotarla y cogerle 15 prisioneros; y en el mismo día, como la citada columna, reforzada con otra, viniera en su busca, las hicieron frente los nuestros y las mataron un oficial y 28 granaderos; y á los tres días cogieron á un teniente coronel y á un asistente (Agosto de 1811).

En el mes de Setiembre, junto á Plasencia, aprisionaron á otro teniente coronel, á un oficial y á los 14 soldados que le servían de escolta.

El 15 de Octubre mantuvieron una reñida contienda con una columna de 150 infantes, á la que derrotaron con grandes pérdidas.

Parte de D. Feliciano de la Cuesta, comandante del escuadrón *Húsares francos toledanos*, al general Castaños:

«Excmo. Sr.: Habiendo pasado el Tajo el día 11 en la tarde con el designio de sorprender 60 franceses que se hallaban en la villa de la Cerradiosa, acordé no hacerlo por no comprometer el pueblo.

Luégo me aposté en el camino de Malpartida el 12, en el que logré hacer prisioneros 12 soldados y el ayudante mayor de su regimiento.

El 13 pasé al camino de la barca de Bazagona, en el que logré hacer prisioneros un sargento y cuatro soldados. En el mismo día pasé á Malpartida de Plasencia y los ataqué furiosamente hasta quedarme con dos cañones, que por falta de acémilas no me traje; pero haciendo fuego y dando golpes seguí hasta la entrada de Plasencia, logrando ma-

© Biblioteca Nacional de España

tar seis, entre ellos un sargento primero que no quiso entregarse.

Después de esta acción me ví precisado á retirarme precipitadamente y pasar el Tajo, á causa de salir á acometerme muchos enemigos, á los que no podía resistir.

A los 12 prisioneros y al ayudante les quité cinco reses vacunas y varias cargas de patatas, que distribuí á mi tropa.

Pongo á disposición de V. E. los 17 prisioneros y el ayudante. Dios guarde á V. E. muchos años.—Torrejón del Rubio 15 de Octubre de 1811.—Por indisposición del comandante lo firma como subteniente del mismo escuadrón *Felix Cuesta*.»

Extracto de otro parte:

«Aldea de Centenera 2 de Noviembre de 1811.

Hallándome apostado á la otra parte del Tajo en el camino real que va de Plasencia á Toledo por los montes de Navalmoral de Plasencia y Arroyo de Santa María, la mañana del 28 de Octubre próximo me advirtieron los centinelas que venía un destacamento enemigo compuesto de dos oficiales, un sargento y 90 granaderos que se dirigían á Talavera.

Luégo que nos vieron se pusieron en defensa formando el cuadro, por lo cual mandé que el teniente D. Juan Suárez y el subteniente D. Félix Mata, cada uno con su respectiva fuerza, los atacasen por la derecha y la izquierda, mientras que yo, con la otra de mi mando, lo hacía por el centro. Así logramos desbaratarlos, y no queriendo rendirse, fueron pasados á cuchillo 26 de ellos, incluso el comandante y el sargento, quedando los restantes prisioneros. De nuestra parte murieron un cabo y tres húsares y hubo otros dos heridos.

Enseguida me dirigí á los montes del Espadañal, entre Casa Tejada y Navalmoral, donde tuve el encuentro de un teniente y dos soldados, que hice prisioneros, y á poca distancia otro igual con dos vivanderos del ejército francés, que hice igualmente prisioneros, aprehendiendo una porción de plata en lámparas hechas pedazos.

Remito á disposición de V. E. los prisioneros.»

A fines de Diciembre se encontraron en Campanario, villa de la provincia de Badajoz, con una fuerte descubierta, vanguardia de un gran convoy, y sin cuidarse del número de enemigos los atacaron con gran osadía, mataron algunos, hicieron huir á los restantes y se apoderaron de las 4.000 cabezas de ganado lanar que llevaban, y que remitieron al ejército.

Para comprender lo obstinado de aquella lucha y los tiros que en las riberas del río Ibor y en las *veredas*, que era el paso natural del mismo y la comarca que recorrían los Cuestas, se dispararon durante la guerra de la Independencia, bastará decir que, según cartas de los hijos de aquel país que hemos recibido, durante muchos años sus padres, cazadores por oficio ó por recreo, aguardaban á que lloviese, seguros de encontrar en los arroyos y en los charcos, después de la tempestad, cientos y cientos de balas que salían á flor de tierra y que les evitaban de comprarlas.

* * *

El intrépido guerrillero D. Antonio Temprano libertó, á las puertas mismas de Talavera, el día 8 de Octubre de 1811, al coronel inglés J. Grant, cogido antes prisionero en el Aceuche por los imperiales.

Aragón: El Empecinado, Sardina, Abuín, Durán, Tabuenca y Amor.—D. Francisco Espoz y Mina.

El 15 de Setiembre recibió orden el *Empecinado* del general en jefe del ejército de Valencia, D. Joaquín Blake, de pasar á Aragón y distraer fuerzas enemigas de las que destinaban los franceses á Suchet para el sitio de Valencia, combinando sus disposiciones con las del brigadier D. Joaquín Durán, que debía operar sobre Zaragoza al tiempo mismo que él lo hacía sobre Calatayud, en vista de lo cual se puso en movimiento el día 20, y el 24 se reunió con Durán.

Apenas llegado el *Empecinado* á las cercanías de Calatayud hizo un reconocimiento sobre esta ciudad, en la que había 1.000 franceses de guarnición, y el día 26, puesto

© Biblioteca Nacional de España

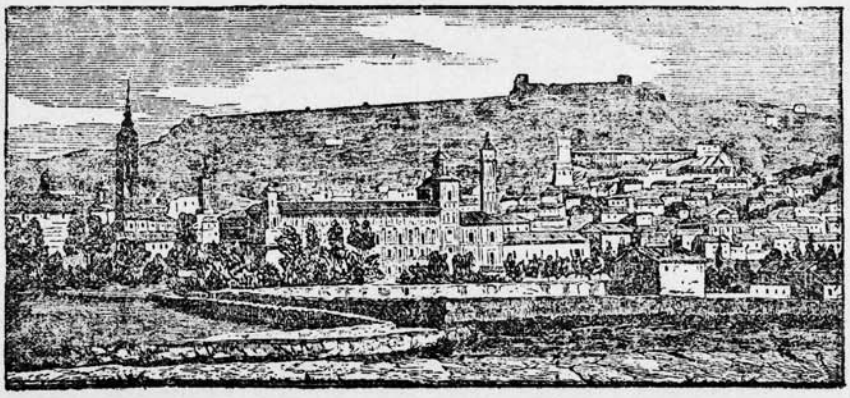
á la cabeza de los *Voluntarios de Madrid*, los desalojó de un elevado cerro que ocupaban, cubierto de castillejos antiguos, consiguiendo encerrarlos en el convento de la Merced, convertido en cuartel y fortaleza. Formalizado el sitio del castillo llamado *Plaza de Armas*, y faltándole artillería para batirlo, dispuso D. Juan Martín minar la fortaleza, en cuyos trabajos tomó parte, ya como director, ya como obrero, ejecutando prodigios de valor, lo propio que sus guerrilleros, y que el bizarro coronel D. Jerónimo Luzón, que hacía de mayor general.

Con una avanzada que había colocado para observar las avenidas de Zaragoza sitió y rindió el destacamento de El Frasno (29 de Setiembre), haciendo prisioneros á los 50 infantes que lo componían, y al siguiente día salió en busca de una columna de 1.500 soldados que venía en auxilio de los imperiales sitiados en Calatayud, batiéndola por completo y cogiendo al jefe de élla, coronel Guillot y á muchos infantes y coraceros.

El día 4 de Octubre, en unión de Durán, logró que capitulasen los franceses que se habían resguardado en el convento de la Merced, porque las primeras minas construídas por el *Empecinado* y mandadas volar, causaron en ellos un pánico indescriptible.

Los franceses de Aragón perdieron en estos primeros encuentros con D. Juan Martín más de 1.300 hombres.

El día 5 de Octubre se encaminó á Calata-



VISTA DE CALATAYUD

yud el gobernador de Zaragoza, Musnier, con todas las fuerzas de la izquierda del Ebro y las que de Navarra le trajo el general Bourke, visto lo cual por los nuestros se retiraron, deseoso el *Empecinado* de no perder ni el gran armamento ni los muchos prisioneros que tenía en su poder, ya que por desgracia hubiera de dejar en la ciudad á los enemigos de España el mucho trigo que les había cogido y que no podía transportar.

A estos enemigos los estuvo observando D. Juan Martín con su caballería, y apenas abandonaron á Calatayud el día 6, retrocediendo Musnier á La Almunia y tornando Bourke á Navarra, volvieron á ocuparlo los nuestros, pero seguidamente se dirigieron contra ellos Musnier con la división Severoli y la caballería de Kliki, viéndose forzados á evacuarla otra vez, retirándose D. Joaquín Durán con su división á la provincia de Soria, donde tenía su cuartel general.

El *Empecinado* quedó en Aragón resuelto, más que nunca, á cumplir las órdenes recibidas de mantener en alarma y combatir sin descanso á los imperiales, á fin de impedir que sus tropas pudiesen auxiliar á Suchet contra Valencia.

Como quiera que una parte de su gente, á las órdenes del bizarro D. Vicente Sardina, tenía sitiado el castillo de Molina, acudió D. Juan Martín para terminar el bloqueo, y cuando ya el comandante Brochet estaba para rendirse, llegó Mazzucheli en su auxilio con una división de 3.200 infantes, 400

© Biblioteca Nacional de España

caballos y cuatro cañones, librándose en Cuvillejos, en los días 26 y 28 de Octubre, dos sangrientos combates en que perdieron los franceses un jefe de batallón, 21 oficiales y un considerable número de soldados muertos y heridos, abandonando la ciudad de Molina, no sin antes volar el castillo, siendo perseguidos por D. Juan Martín hasta las puertas mismas de Daroca; en cuyo puerto, distante dos leguas de esta ciudad, pensó encontrar las fuerzas de Durán, comandadas por D. Bartolomé Amor, conforme á un aviso que les envió, y que, sin duda, no recibieron, puesto que no las halló.

Seguidamente pasó á sitiar la guarnición de La Almunia, populosa villa de 4.000 habitantes, situada á la margen derecha del río Grio, en una fragosa y abundante llanura, rodeada de una muralla flanqueada de torreones y con tres puertas, sin por esto abandonar el cerco de la de Daroca, que tuvo sitiada hasta el 2 de Noviembre, en que habiendo cargado con toda la división sobre la primera consiguió escarmentar á una columna enemiga que venía contra él, obligándola á retroceder á Zaragoza con pérdida de ocho muertos y más de 50 heridos, entre ellos el comandante, tomándola 17 caballos.

En el mismo día 3 el incansable D. Juan Martín, á la cabeza de un escuadrón, atacó al paso de Alfamén á 80 polacos, que todos fueron muertos ó prisioneros, obligando el 4 á la guarnición de La Almunia, compuesta de 150 hombres, á que capitulase.

En los días 7 y 20 de Noviembre libró dos acciones generales en los campos de La Almunia, y en las llanuras de Mainar sobre la ribera izquierda del Huerva, causando á los imperiales pérdidas enormes.

El 13 de Diciembre en Alagón, y el 17 en Borja sostuvo otros dos choques formidables contra numerosas fuerzas enemigas.

Puede decirse que el *Empecinado* no descansó un solo día desde que penetró en Aragón, siendo el azote de los franceses que lo infestaban, matándoles, hiriéndoles y aprisionándoles más de 3.000 hombres, distrayendo algunas columnas que los imperiales dedicaban al sitio de Valencia, y retrasando la marcha de otras con su caballería, situada en las carreteras y sobre Teruel, que producían á las francesas graves daños y las impedían el paso.

Al mismo tiempo, y á solicitud de las justicias, reunió una porción de desertores, formando con ellos un batallón, que armó inmediatamente con las armas cogidas á los enemigos, y que tituló *Voluntarios de Aragón*.

Habiendo reunido este batallón en Ricla, importante villa situada en un terreno llano y próximo á la ribera del río Jalón, á ocho leguas de Zaragoza, salió con él contra la guarnición de Tarazona (18 de Diciembre), y aunque cargado por fuerzas considerables, emprendió D. Juan Martín una retirada por Agreda y Deza, que fué aplaudida hasta por los mismos franceses, pues en toda ella sólo perdió un hombre, y aunque rodearon los enemigos al naciente cuerpo, consiguió salvarlo en una contramarcha tan hábil, que causó verdadera admiración á los imperiales, con los cuales no dejó un sólo día de tirotearse el insigne guerrillero.

El mejor elogio que de las hazañas de don Juan Martín puede hacerse, es decir que al período que media desde Setiembre á Diciembre de 1811, se le da por los mejores historiadores el gráfico nombre de *Campaña del Empecinado*, por sus repetidos y gloriosos triunfos.

El día 23 de Diciembre unió sus fuerzas á las de la provincia de Soria, habiendo sido nombrado para comandarlas el revoltoso y poco guerrero conde del Montijo, encargado de proseguir las operaciones de Aragón; el 24 y 25 asistió el *Empecinado* á la espectativa de una columna francesa que se situó en Ateca, y á seguida, con licencia de su jefe, el señor conde, pasó D. Juan Martín á la provincia de Guadalajara para restablecer su salud, harto quebrantada con tan contínuas marchas y diarios combates, quedando su fuerza al inmediato mando del coronel D. Jerónimo Luzón, quien, obedeciendo las órdenes de Montijo, concurrió á las expediciones que hizo por la provincia de Soria y al intentado asalto de su capital.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

D. Saturnino Abuín acompañó al *Empecinado* á la expedición de Aragón.

Encargado por D. Juan Martín de reconocer con el escuadrón que mandaba La Muela, lugar situado en un llano que hay en la cima de la sierra de su nombre, del que habian salido 120 franceses con igual objeto, resultó del encuentro un sangriento choque en que Abuín los hizo prisioneros, acto que coronó la toma de Calatayud al siguiente día.

Como á las órdenes del *Empecinado* nadie permanecía ocioso, Abuín fué enviado por D. Juan Martín á observar los movimientos de las tropas francesas que ocupaban á Zaragoza, teniendo en las inmediaciones de esta ciudad un grave encuentro con una fuerte escolta enemiga que iba convoyando 400 cabras, cuyo término fué hacer prisioneros los franceses que no mató y apoderarse de las cabras, que entregó al *Empecinado*.

* * *

Habiendo atacado tres destacamentos enemigos á nuestras tropas, mandadas por el brigadier Durán, en San Pedro Manrique el 22 de Mayo de 1811, jactándose de que iban á exterminar á los patriotas, fueron rechazados después de haber tenido más de 100 muertos y 200 heridos, y obligados á retroceder á Soria, no siendo aprisionados merced al apoyo de 300 infantes y 200 lanceros de la guarnición de Logroño. Nuestra pérdida fué de 30 entre muertos y heridos. La enorme que sufrieron los imperiales nació de la increíble tenacidad con que se empeñaron en entrar en el pueblo sin disparar, aguantando muchas descargas que, por la proximidad y posición de los nuestros, los causaban terrible estrago. Entre otras satisfacciones nos cupo la de que tan buen resultado se obtuvo con fusiles armados hacía dos meses en los talleres de la misma división.

Agregado más tarde al ejército de Valencia, recibió el brigadier D. Joaquín Durán la orden de marchar hacia Aragón y emprender una enérgica campaña contra las huestes napoleónicas (24 de Setiembre), en unión de D. Juan Martín *(El Empecinado)*.

Durán llevaba en su compañía toda su división, y como segundos á D. Juan Antonio Tabuenca, que mandaba la infantería, y á D. Bartolomé Amor, que regía la caballería, al contrario que D. Juan Martín, que sólo tenía consigo la mitad de su gente, pues la otra mitad se hallaba con Sardina bloqueando el Castillo de Molina.

Arriba queda reseñado el sitio y la toma de Calatayud, y sólo añadiremos que Durán, en la toma del convento de la Merced (4 de Octubre), aprisionó 566 soldados, y varios oficiales, á los cuales concedió, de acuerdo con el *Empecinado*, permiso para volver á Francia, bajo palabra de honor de no servir contra España en la actual guerra.

Continuó ayudando con sus fuerzas á don Juan Martín, y cuando obraba separadamente no permanecía ocioso; en Manchones, lugar de Aragón situado en un terreno escabroso y ribera derecha del río Jiloca, batió con gran éxito á los imperiales.

Habiendo regresado nuevamente á Aragón, se puso, por disposición del general Blake, el 23 de Diciembre, en Milmarcos (Guadalajara) á las órdenes del conde de Montijo, que, trayendo mayores fuerzas que él y el *Empecinado*, debía mandarlas todas.

* * *

Esta campaña de Aragón tuvo otro auxiliar poderoso, además de los ya citados, á D. Francisco Ezpoz y Mina, que penetró por la parte de Navarra y sitió á la guarnición francesa que defendía á Ayerbe (Huesca), villa de 2.000 habitantes, situada próxima al nacimiento del río Vadillo, en un llano y en el vértice de un cerro que la defiende, y el castillo, que aunque desmantelado, ocupa una posición importante en la cima del cerro que domina la población.

Bloqueados tenía Espoz y Mina á los defensores del castillo y de la villa cuando se presentó en socorro de ellos una columna francesa; nuestro guerrillero la hizo frente con sus partidarios, y al ver que no le atacaban los acometió con tal ímpetu que cuatro veces seguidas formaron el cuadro, que otras tantas rompieron nuestros guerrilleros, teniendo al fin que rendirse en Plasencia del Gállego al insigne navarro.

D. Francisco se encaminó otra vez á Na-

© Biblioteca Nacional de España

varra con sus prisioneros, y Musnier salió en su persecución ansioso de quitárselos. ¿Quitar á nuestros guerrilleros su presa? ¡Qué locura! Mina emprendió su camino, y á través de Aragón y de Navarra, burlándose de Musnier y de sus numerosos batallones, llevó los prisioneros á Guipúzcoa, y á la vista de los imperiales, y para que no les cupiese la menor duda, los embarcó en el puerto de Motrico en una fragata inglesa.

Musnier tuvo que emplear contra el *Empecinado* y Durán primero, y luégo contra Espoz y Mina, no sólo las tropas de la izquierda del Ebro sino también la división Severoli, fuerte de 10.000 hombres, que con tanta ansiedad esperaba Suchet para conquistar á Valencia.

Se ve, pues, que los hechos de nuestros guerrilleros en Cataluña y en Aragón sirvieron admirablemente para la resistencia de Valencia y para el triunfo de la causa nacional.

Navarra: D. Francisco Espoz y Mina.

En la campaña de 1811 recogió D. Francisco Espoz y Mina nuevos y gloriosos lauros.

Con tal arte había organizado sus guerrillas, tantos convoyes arrancó á los imperiales, tantos asaltos dió á sus establecimientos y almacenes de guerra, tantas batallas les ganó, que impuso á los franceses un terror extraordinario, forzándolos, con su incansable movilidad á concentrar fuerzas, que necesitaban en otros puntos, y con sus justificadas represalias á cesar en sus criminales persecuciones y en sus crueles fusilamientos.

Comencemos la historia de sus hazañas.

Tuvo Espoz y Mina acciones muy disputadas en los días 11 y 12 de Enero en Lumbier y sus inmediaciones, donde los franceses vinieron á buscarle para recibir una severa lección de parte de los soldados del valiente guerrillero.

El 16 del mismo mes se encontraron en Viguero, y el 27 en Cirauqui.

El 4 de Febrero en los campos de Irurzun, el 7 en Larraiznar, el 11 en Iruzorqui y el 18 en Sorlada.

El 8 de Marzo entre Sada y Lerga, el 12 cerca de Estella, el 16 en esta misma ciudad, el 27 en Los Arcos, y el 29 en Nazar.

El 1.° de Abril acometió á la guarnición de Maestu, y el 6 á la de Castilliscar.

El 13 tuvo una reñida acción en Sofuentes, y el 21 en Cárcar.

En el mes de Abril, con el 4.° batallón de *Voluntarios de Navarra*, cuyo mando se había reservado, y que constaba de 800 plazas, atacó al enemigo en diferentes ocasiones.

El día 17 de Mayo sostuvo un tremendo choque con los imperiales en el Carrascal, obteniendo un completo triunfo.

Sabedor de que el mariscal Massena había dispuesto su salida de Vitoria con un numeroso y rico convoy, resolvió interceptarlo, y haciendo marchar de noche y con el mayor sigilo á sus diversos batallones, sin que ninguno supiera de qué se trataba, por desfiladeros peligrosos, sendas escabrosas y caminos extraviados, amaneció el día 25 de Mayo sobre el puerto de Arlabán entre las lindes de Alava y Guipúzcoa, por donde corre la calzada que va á Irún, emboscando á su gente á ambos lados del camino.

Las seis de la mañana serían cuando apareció el convoy, compuesto de 150 carros y coches, escoltado por 1.200 hombres entre infantes y caballos, encargados á la vez de la custodia de 1.042 prisioneros entre españoles é ingleses.

Dejó Mina pasar la vanguardia, y al dar él la señal convenida, que era un pistoletazo, lanzáronse todos los guerrilleros sobre el convoy, haciendo primero una descarga cerrada y acometiendo enseguida á la bayoneta.

Trabóse un sangriento combate que duró hasta las tres de la tarde.

Desordénanse los franceses, huyendo algunos, pero otros se hicieron fuertes, y llamando en su auxilio á sus camaradas, los obligaron á volver al lugar de la acción y á combatir á su lado.

Los bravos guerrilleros de Mina, que ya se juzgaban vencedores, tuvieron que pelear de nuevo, y lo hicieron con tal ardor y tal furia, que los franceses perdieron en esta jornada 800 hombres y 40 oficiales, no pu-

© Biblioteca Nacional de España

diendo regresar á Vitoria arriba de 400.

Todo el convoy cayó en poder de Mina, y si D. Francisco no vió cumplido su deseo de luchar frente á frente con Massena, porque éste había retrasado su salida de la ciudad, tuvo la satisfacción de rendir por sí mismo prisionero al coronel Laffite, y la gloria de libertar á los 1.000 prisioneros.

Parte del caudal cogido y de las joyas se reservaron para la caja militar y lo demás fué repartido por Mina entre sus guerrilleros.

Tan humano como valiente y tan caballero como arrojado, autorizó á las mujeres que iban en el convoy para continuar su viaje á Francia y trató á los prisioneros con la mayor humanidad, á pesar de las recientes crueldades cometidas por los imperiales contra sus guerrilleros.

Se calcula el botín que cayó en poder de Mina en cuatro millones de reales.

Furiosos con este descalabro organizaron en columnas 23.000 hombres, con la esperanza de aprisionarle; pero Mina, nombrado el 5 de Junio comandante general de la división de *Voluntarios de Navarra*, con retención del mando del primer batallón, batió á las columnas enemigas el día 14 en Baraivaín; el 18 en los campos de Meor; el 23 y 24 de Julio en Piedra Millera y Montjardín, en cuya última acción sostuvo un encarnizado combate; el 28 en Maestu, el 2 de Agosto en Goñi, y el 17 en Nájera.

Diseminados los batallones franceses, que habían salido en su persecución, muertos de fatiga los soldados, avergonzados los jefes y convencidos los generales de la imposibilidad de vencer á Mina en campo abierto y cara á cara, trataron de seducirle por medio de los amigos que nuestro héroe tenía en Pamplona, con los más pomposos ofrecimientos, dándole una cita que, en realidad, era una emboscada.

Mina, deseoso de librar á sus guerrilleros de la tenaz persecución que sufrían y proporcionarles algunos días de descanso, fingió dar oídos á estas proposiciones, y hasta llegó á celebrar una conferencia para tratar del asunto; pero cuando los imperiales le consideraban aprisionado y sólo aguardaban la llegada de uno de los supuestos emisarios de paz, Mina se apoderó de los cuatro que habían llegado y se alejó del lugar en que le tenían cercado, dejándolos luégo en completa libertad, noble acción que los imperiales no supieron agradecer, antes por el contrario prosiguieron su persecución con la mayor inquinia, poniendo á precio su cabeza, por la que llegaron á ofrecer 6.000 duros, 4.000 por la de su segundo Cruchaga y 2.000 por las de sus comandantes.

Hé aquí los partes que, reseñando varias acciones, remitió al general en jefe del 7.º ejército D. Gabriel de Mendizábal:

«Excmo. Sr.: Desde el 12 de Agosto en que nuevamente adopté la medida de dividir mi fuerza en pequeñas columnas, para evitar la combinación de las tropas enemigas, he tenido algunos pequeños encuentros.

El 12 de Setiembre salieron de Estella 2.000 franceses para la villa de Santa Cruz, en que me hallaba con 50 caballos. Salí del pueblo y dispuse que el 4.º batallón, distante una hora de mi posición, le hiciera frente al enemigo, lo cual verificó con la primera compañía y 20 hombres de guerrilla. El enemigo ocupó á Santa Cruz y yo salí á reconocer el campo con mis caballos; vinieron algunos húsares en mi seguimiento y maté tres, con pérdida de mi ayudante D. Esteban Castillo, que prefirió morir á rendirse.

El 29 de Setiembre, estando en Caneda con toda mi caballería, salieron de Sangüesa 500 infantes y 200 húsares con dirección al punto que yo ocupaba. Al aproximarse los húsares los ataqué con dos compañías, dejando los demás en observación, matando seis é hiriendo nueve.

No es fácil detallar las marchas y contramarchas, contínuas hambres, desnudez, penuria y toda clase de trabajos que ha sufrido esta división en 53 días de persecución contínua por malos caminos y montes fragosos y siempre amenazados por muchas columnas, cuyo total ascendía de 22 á 23.000 hombres, entre ellos 2.500 de caballería. La poca extensión del terreno, la mala aproximación á otras provincias, y nuestra inevitable ruina si descendíamos de la montaña á la llanura de la ribera, hacen importante la conducta de mis guerrilleros, tan bravos en la acción como sufridos en los trabajos y

© Biblioteca Nacional de España

firmes en la persecución. La fuerza y la seducción se han conjurado contra ellos, pero el enemigo los ha visto tan inquebrantables al soborno como á las balas. El furor francés se ha desatado con toda su impiedad á la vista de sus descalabros. Desesperanzados de nuestra ruína han llenado las cárceles de padres, madres, parientes, clérigos, alcaldes y caballeros, sin más delito que el parentesco con mis voluntarios.

El gobernador Reille, olvidado de los sentimientos más naturales, se complace con los ayes de dolor de los encarcelados y se deleita con la sangre de los que sacrifica bárbara y despiadadamente.

Lejos de arredrar á mi división con tal conducta, aumenta el odio de mis guerrilleros contra el enemigo.

Aunque algunos reposan ya en paz, otros son conducidos á Francia y otros gimen en los calabozos, nosotros tomaremos venganza de tantas víctimas sacrificadas.

Armas y municiones, armas y municiones pido á la Nación y á toda la Europa para la particular y la pública venganza.

Mi división hará la guerra mientras exista un solo individuo. Ni teme el fuego ni admite pactos.

Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años.—Sangüesa 12 de Octubre de 1811.»

«Excmo. Sr.: Observé que á principios de Octubre algunas divisiones francesas evacuaban este reino y se dirigían á Castilla la Vieja y Aragón respectivamente. Al mismo tiempo supe la marcha de los generales Durán y D. Juan Martín *(El Empecinado)* sobre Calatayud, para distraer alguna fuerza enemiga del reino de Valencia.

Creí ser un deber sagrado en mí el atender voluntariamente á un objeto de la mayor trascendencia, y mientras las divisiones soriana y *empecinada* lo verificaban á la orilla derecha del Ebro, quise auxiliar su izquierda con mi caballería y los batallones primero y segundo, con los que me dirigí desde Sangüesa á Sádaba, una de las Cinco Villas de Aragón. A la una de la madrugada del 11 continué la marcha para Egea de los Caballeros, con el fin de sorprender su guarnición, que se mantenía encerrada en la fortificación, recelosa de algún acontecimiento, acampando la tropa personalmente próxima al fuerte.

El 12 no ocurrió novedad, comenzando al oscurecer á practicar una mina; pero ellos, haciendo que unos paisanos rompieran una pared, salieron con 70 caballos, en cuya persecución envié algunos míos, á pesar de la lobreguez de la noche y del temor á una emboscada, que mataron 30 y aprisionaron 20, quedando en mi poder la fortificación, en que he hallado algunos efectos que repartiré equitativamente.

El 15 me dirigí á Luna, y por la noche marché sobre Ayerbe. El enemigo, fortificado en un convento, esperaba nuestro ataque. En la noche del 16 se principió á trabajar una mina para volar uno de los ángulos del edificio.

Tuve noticia de que 1.100 infantes y 50 caballos, al mando de Ceccopieri, venían de Zaragoza en auxilio de los sitiados, y con el mayor silencio retiré mi tropa, situando la infantería en una altura inmediata al camino, y mandando unas guardias avanzadas para vigilar.

El 13 por la madrugada se avistó al enemigo; mis avanzadas rompieron el fuego, y sin cesarlo se retiraron á incorporarse al grueso de la fuerza.

Los franceses, llenos de orgullo, nos apostrofaban, y entre otros insultos nos decían:

—*¡A la bayoneta, que los brigantes no las tienen!*

—*¡Brigantes, papá y mamá, á Valencia por bayonetas!*

El coraje de mis soldados al oir tales burlas los decidió á la última suerte.

Un cuerpo considerable de enemigos trepó por la altura con serenidad y ocupó la parte inferior de nuestra posición, pero al instante fué desalojado á fuego y bayoneta, con pérdida de 19 muertos y 49 heridos que dejó en nuestro poder.

Concertados éstos en grueso, dirigieron su marcha al pueblo de Ayerbe, en donde, reforzados por 20 caballos de la guarnición, y, provistos de municiones, salieron con dirección á Huesca; seguí su retaguardia con 160 caballos, entreteniéndolos en la llanura con el objeto de que llegase mi infan-

© Biblioteca Nacional de España

tería, según había acordado con mi segundo, D. Gregorio Cruchaga.

Dejé dos compañías de caballería é infantería respectivamente al frente de la guarnición continuando la mina, dirigiendo otra igual fuerza por el camino de Jaca, por donde persiguió al célebre Chandón, que con una remesa de equipajes y una guarnición trató de salvarse en Jaca sin poderle dar caza en tres horas de persecución.

Entretanto que yo distraía la marcha de la columna con mi caballería dividida en tres trozos, llegó sobre mi retaguardia parte de la infantería á las órdenes del ayudante D. Pedro Antonio Barrera, al mismo tiempo que el teniente coronel D. Gregorio Cruchaga, á paso redoblado, desfilaba por mi derecha amenazando la fuerza enemiga por la izquierda. Este jefe, con el primer batallón formado por cuartas, sin disparar un fusil, á sólo tiro de pistola desfiló á sobreponerse en la retaguardia enemiga. Mandé que la compañía de flanqueadores sostuviera este movimiento, amenazando el flanco derecho del enemigo con otro trozo de caballería, y manteniendo el frente con la demás.

Los franceses formaron un cuadrilongo, y nuestra infantería se arrojó á medio tiro de pistola. Este denuedo, y la operación de Cruchaga, siempre amenazando, les obligó á retirarse. Sobre la marcha formaron un cuadro reponiendo al instante las muchas quiebras de sus filas. Espantados del valor de mi infantería, que se aproximaba á las puntas de sus bayonetas, y de la disciplina de mi caballería, nuevamente se retiraron, y penetrando por el pueblo de Plasencia, á su salida renovaron por tercera vez la formación del cuadro, que nuevamente se les rompió, obligándolos á marchar; pero cargados sin cesar, lo forman por cuarta vez, apoyándose en dos filas de caballería. A este tiempo Cruchaga había ocupado su retaguardia, y haciendo una descarga se arrojó á la bayoneta con su batallón al tiempo que verificaba igual operación la demás infantería, y la caballería comenzaba el degüello.

No acaban de ponderar los franceses este acto digno del valor español; les pareció imposible un arresto semejante, y el que 700 infantes y 160 caballos deshiciesen, matasen y aprisionasen á mayor número de enemigos formados en cuadro.

Lo seguro es que su tenacidad cesó al palpar el degüello espantoso que se ejecutaba, y entregaron las armas. Su caballería, infame y desleal, después de rendirse, tiró del sable, hirió algunos de mis guerrilleros y se dió á la fuga; mas perseguida sobre la marcha pereció toda, á excepción de cinco hombres, y aun de éstos se alcanzó á dos á las puertas de Huesca.

Tal ha sido la suerte de los 1.100 infantes y 160 caballos que nos insultaron.

Novecientos navarros han aniquilado la orgullosa columna, sin que de ella queden más que los tres que han de llevar la noticia á Zaragoza. Así aprenderán á respetar las armas españolas.

Tengo prisioneros al jefe, 13 oficiales y 640 hombres; los demás han muerto ó perecido de las heridas que recibieron.

Nuestra pérdida ha consistido en seis muertos, entre ellos el comandante interino de caballería D. Miguel de Lizárraga y un sargento primero y 34 heridos. Mi caballo recibió un balazo y quedó inutilizado.

Esta jornada ha cubierto de gloria á mis oficiales y guerrilleros. No puedo recomendar bastantemente su valor, su entusiasmo y obediencia.

Han conservado el honor de las armas españolas y conseguido un triunfo que se leerá con placer en los anales militares. Todos ellos se han hecho acreedores á las mayores distinciones.

Inmediatamente pasé á Huesca, cuya guarnición se fugó, recelosa de caer en mis manos. Hallé varios efectos útiles y cinco oficiales españoles prisioneros que han marchado á sus respectivos cuerpos.

El 22 he regresado á ésta, y luégo de dar algún descanso á la tropa, tomaré nueva dirección.

Sangüesa 24 de Octubre de 1811.»

En sus *Memorias* describe estas acciones D. Francisco Ezpoz y Mina con un calor y una vida dignos del mayor encomio.

Dice que para la empresa de entretener á los franceses que operaban en Cataluña, Aragón y Valencia, reunió en Sangüesa los batallones 1.° y 2.° de *Voluntarios de Nava-*

© Biblioteca Nacional de España

rra, cada uno de los cuales constaba antes de la desgraciada acción de Lerín, en que la suerte se mostró contraria á Mina que hubo de pelear contra fuerzas quintuplicadas, de 1.200 hombres y en la actualidad los dos no reunían ese número, y con ellos, dejando el resto de los otros dos batallones en Navarra para entretener á los enemigos, se puso en marcha para Aragón, previa una pequeña expedición que hizo á Tafalla.

Al recordar las burlas de los franceses y sus gritos de:

—A la bayoneta, que los brigantes no las tienen,—dice que exclamó:

—*¡Animo, muchachos! hoy es el dia de vengarnos de esta infame canalla. ¿Tenéis valor?*

Y con una voz fuerte y sonora, respondieron todos:

—*¡Sí, mi general, hasta morir!*

—*Pues á ellos*—continuó,—*que hoy va á ser para nosotros un dia de gloria.*

Y dando los jefes el ejemplo de arrojo, arremeten al enemigo con tal serenidad y firmeza, que bien pronto se le hizo conocer que había en los voluntarios más corazón del que hacía un momento le suponían sus contrarios por voces y gestos propios de arlequines ó muñecos.

«Se quisieron hacer valientes, pero mal les



ATAQUE DE AYERBE

estaba contra hombres corajudos y dueños de sí mismos.

Retiráronse maniobrando con destreza, formaron cuadro una, dos, tres y hasta cuatro veces; pero mis voluntarios no reconocian táctica más sublime que la de echarse sobre el enemigo y rendirle y matarle.

Así caminaba en retirada el francés, formando cuadros, y mis guerrilleros, siempre sobre él, rompiéndolos, y dejando sobre el campo 300 hombres y en mi poder 640 soldados y 14 oficiales, muchos de ellos heridos y gravemente el mismo Ceccopieri.»

Tras esta acción vinieron las de entre Salinas y Arlabán, Erice, Irorozqui, Campos de Lodosa, Noaín, Peralta de Alcolea, Cabo de Saro, Rocafort, Sangüesa y Valle del Roncal.

Hablando del gran resultado que para nuestras armas tuvo la acción de Plasencia, dice Mina:

«La batalla de Plasencia es una de las que dan más realce á la división de Navarra, que con fuerzas iguales, y acaso algo inferiores las suyas en infantería, aunque alguna superioridad numérica en caballería, supo batir y rendir una columna entera sin que quedaran para contarlo más que tres individuos que, á todo escape, pudieron entrar en Huesca.

Me costó esta victoria la pérdida de algunos valientes. Yo tuve mi caballo herido.

© Biblioteca Nacional de España

En esta acción hice prisioneros 500 infantes y pasé á degüello toda la caballería.»

De las acciones nombradas, en la de Rocafort y Sangüesa, con 3.000 hombres escasos, derrotó Espoz y Mina 5.000, cogiéndoles la artillería y haciéndole más de 2.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros; en la de Mañeru aniquiló del todo, con pérdida de la artillería y bagajes que llevaba, la división del general Abbé, compuesta de 5.000 hombres, pasó la mayor parte de la caballería al filo de la espada y persiguió los restos, durante la noche, por espacio de cinco leguas, hasta las puertas mismas de Pamplona, cuya ciudad tenía bloqueada.

Pero la campaña que le dió mayor reputación—dice un ilustrado general (1)—de guerrillero impalpable y de hábil caudillo, fué la del Roncal.

Muchos generales, á la cabeza de 20.000 hombres de todas armas, divididos en varias columnas, recibieron la misión de destruir cuantos establecimientos había Mina creado en aquel valle y en los montes que lo forman. Todos iban, y lo mismo sus soldados, anhelantes por acabar de una vez con el terrible guerrillero y sus secuaces; pero de tal modo los burló con sus varios y, al parecer, dislocados movimientos, y hasta tal punto llegó á desorientarlos, ya pasando al Aragón y el Ebro, ya volviendo á Navarra y combatiéndolos impensadamente, y siempre con ventaja, que hubieron de volver á Pamplona vencidos, mustios y avergonzados de su impotencia y de la habilidad de su adversario.

Desesperanzados los franceses de destruir á Mina en campo raso, echaron mano otra vez de la seducción, ofreciendo elevarlo á la mayor categoría de su carrera militar, con la formal promesa de que nunca sería empleada su espada en contra de España; pero siendo infructuoso este medio, y deseosos de vengar la pérdida del convoy en Arlabán y sus contínuas derrotas, pusieron en vigor el bárbaro decreto de Bessieres, según el cual serían arrestados los tres parientes más próximos de un guerrillero por cada español amigo de los franceses de que los nuestros llegaran á apoderarse, y si éste era muerto, aquéllos debían ser fusilados sin formación de proceso; de igual modo á todos los habitantes de un pueblo que se ausentasen sin permiso de los oficiales franceses se les secuestraban todos sus bienes, los cuales podían ser vendidos en el plazo de tres meses, siendo además arrestados todos sus parientes; por último, «el que fuese convencido de tener correspondencia con los *brigantes*, quedaba sentenciado á muerte, y á 10 años de prisión el que se cartease con cualquier habitante del país ocupado por los guerrilleros.»

En consecuencia de este bando, que no hallamos palabras con que calificar, 40 infelices prisioneros fueron de una vez arcabuceados en montón, y otra vez 14 vecinos pacíficos acusados de proteger y mantener tratos con los guerrilleros.

Lejos de cesar los franceses en sus tropelías, establecieron en Pamplona una rigorosa policía que pobló las cárceles y los conventos de esta capital de los padres y parientes de los voluntarios.

Muchos de estos desgraciados fueron ahorcados y otros desterrados á Francia.

No satisfechos todavía, prendieron á una hermana de Mina, que tenía casada en Pamplona y á su marido, amenazándoles con la muerte, é hicieron todos los preparativos para llevarlos al cadalso.

Puestos ambos en capilla, Massena les obligó á que escribiesen una carta á Mina manifestándole su situación, y que serían sacrificados si no abandonaba el partido que seguía y la persecución de los franceses.

Mina contestó á su hermana con las palabras más sinceras y leales.

El Sr. Esain, á quien debió el Estado grandes y recomendables servicios, entre los muchos datos que facilitó para escribir la biografía de Espoz y Mina, decía lo siguiente:

«Hemos visto originales, tanto la carta escrita á Mina por sus hermanos, puestos en capilla, cuanto la copia de la respuesta que les dió el general, en la que les aconsejaba la conformidad con su suerte, porque su deber para con la patria no le permitía salvarlos haciendo traición á sus juramentos;

(1) Arteche.

© Biblioteca Nacional de España

pero les aseguraba al mismo tiempo que su inocente sacrificio costaría muchas víctimas á sus verdugos.

Sin duda—continuaba el Sr. Esain, uno de los buenos amigos de Mina,—esta firme resolución contuvo á los franceses, y se contentaron con enviar á Francia á la hermana del general, con otros varios parientes del mismo, conservando al marido de aquélla en la ciudad de Pamplona.»

Oigamos al mismo D. Francisco Espoz y Mina en el opúsculo que algunos años después publicó en Londres:

«Enfurecidos los franceses con los desastres que experimentaban en Navarra y no poder exterminar mis tropas, me empezaron á hacer una guerra horrorosa, en 1811, ahorcando y fusilando á cuantos oficiales y soldados míos caían en su poder, lo mismo que á los parientes y amigos de los voluntarios, y llevando á Francia infinitas familias. Por esta causa dí el 14 de Diciembre de aquel año la siguiente declaración:

«Navarra es el país del llanto y de la amargura. Se vierten lágrimas contínuas por la pérdida del mejor amigo. Padres que ven á sus hijos colgados de una horca por su heroicidad en defender la patria; éstos á sus padres consumidos en la prisión, y, por último, espirar en un palo sin más delito que ser padres de tan valientes defensores. . . . . .

Tan decididos y bravos en el campo, han sido blandos y generosos mis guerrilleros con el enemigo rendido; la mesa de los jefes guerrilleros ha sido franca para muchos oficiales franceses prisioneros, y el simple soldado ha percibido la misma ración diaria que mis voluntarios. . . . . .

Alcaldes, pudientes, sacerdotes, han sufrido el saqueo más bárbaro, y después han sido conducidos á Francia, ó los han hecho víctimas de su ferocidad. . . . . .

Contínuamente he pasado á los generales franceses en Navarra los oficios más enérgicos, capaces de reprimirles y hacerles entrar en orden; no he perdonado diligencia alguna para reducir la guerra á su debida comprensión; estoy, pues, justificado por mis procedimientos. . . . . .

Para colmo de mi convencimiento y última declaración de la iniquidad francesa y perfidia de algunos malos españoles, he visto 12 paisanos fusilados en Estella, 16 en Pamplona, cuatro oficiales y 38 voluntarios pasados por las armas en dos días.»

A esta declaración seguían 23 artículos, el primero de los cuales decía:

«En Navarra se declara guerra á muerte y sin cuartel, sin distinción de soldados ni generales, incluso el emperador de los franceses.»

«Este género de guerra—añade el ilustre Mina—lo ejecuté durante algún tiempo, teniendo siempre en el Valle del Roncal un cuantioso repuesto de prisioneros; si el enemigo ahorcaba ó fusilaba un oficial mío, yo hacía lo mismo con cuatro suyos; si él un soldado yo veinte.

Así logré aterrorizarle y le obligué á proponerme la cesación de tan atroz sistema, como se verificó.

El bloqueo de Pamplona que, en consecuencia de otro artículo de dicha declaración, incesantemente y con el mayor cuidado sostuve 22 meses á costa de muchas batallas en las inmediaciones y aun en las puertas de la misma ciudad, fué causa de que esta importante plaza, apurada hasta el último extremo, se rindiese por hambre, en Noviembre de 1813, á las tropas nacionales.»

Con tales heroicidades logró establecer una autoridad que los mismos franceses reconocieron al darle el nombre de *El rey chico de Navarra*, y no como irrisorio, pues sus generales no se desdeñaron tratar con él como de potencia á potencia.

«Mina—dice un escritor alemán—era el primero y más alto tribunal de Navarra, y la dureza inflexible con que castigaba la menor condescendencia con el enemigo, fué bastante para que, á fines del año 1811, se obedeciesen sus órdenes hasta en las poblaciones ocupadas por los franceses. En todas partes se confeccionaban secretamente uniformes, etc., para sus soldados, y las montañas más altas y los desfiladeros casi impenetrables, eran asiento de sus fábricas de armas, de sus depósitos de municiones y de sus hospitales. Los enfermos, y á veces los heridos, eran cuidados en las aldeas y villas, y no pocas en las mismas casas donde se

© Biblioteca Nacional de España

alojaban los que les habían causado sus heridas. Era rarísimo encontrar un traidor.»

Ofrecimos á nuestros lectores, cuando comenzamos la historia de este ilustre guerrillero, que él mismo nos explicaría la manera casi milagrosa con que mantenía sus fuerzas sin ser gravoso al Gobierno Nacional, cuyos apuros le eran conocidos, y vamos á cumplir nuestro ofrecimiento copiando sus mismas palabras:

«En medio de tantos trabajos y fatigas como me rodearon contínuamente, y que apenas me dejaban un momento de reposo, no habiendo contado jamás con recurso alguno del Gobierno, *ni pecuniario ni de otra especie* (son palabras de mi hoja de servicios), pude crear, organizar, disciplinar y mantener una división de infantería y caballería.

Establecí, para el surtido de mi división, fábricas ambulantes de vestuarios, monturas, armas y municiones, que á veces llevaba conmigo y otras las hacía trabajar ó dejaba escondidas en los montes. Para el mantenimiento de dichas fábricas y para el pago de mis tropas, hospitales, espionaje y demás gastos de la guerra, sólo conté con estos recursos:

1.° El producto de las aduanas que establecí en la frontera misma de Francia, habiendo llegado á poner en contribución hasta la aduana imperial de Irún, que se obligó á entregarme, y con efecto entregaba mensualmente á mis comisionados, cien onzas de oro.»

¿No admira verdaderamente que una aduana francesa, una aduana del soberbio Napoleón, del gran capitán del siglo, del tirano de la Europa pagase contribuciones á un guerrillero?

Pero sigamos copiando.

«2.° El de los bienes nacionales, es decir, los rendimientos de todo género de rentas de la nación, fincas de los conventos, etcétera, etc., que exigían los franceses, y yo se lo arrebataba por lo general á sus convoyes.

3.° Las presas que por separado hacía á éstos.

4.° Las multas con que castigaba á algunos malos españoles.

5.° Algunos generosos donativos que recibí de nacionales y extranjeros.

Jamás impuse á los pueblos contribución alguna ordinaria ni extraordinaria, ni les exigí otra cosa que las raciones de pan, vino, carne, y cebada para los caballos, con que contribuían gustosos.»

Fué tan escrupuloso en este punto, que su comisario de guerra llevaba una cuenta minuciosa y comprobada de todos los recursos con que pudo contar la división, así como de los gastos, cuentas que él examinaba luégo, y que, presentadas más tarde al Gobierno Nacional, merecieron los más grandes elogios y el nombramiento de Contador de los Ejércitos á su comisario.

Pasma, verdaderamente, que 60.000 aguerridos veteranos, acostumbrados donde quiera á vencer, no lograran con tan buenos jefes, con tan perfecto material de guerra, derrotar á un oscuro labrador, ignorante de la ciencia militar, sin recursos y sin otro ejército que un puñado de paisanos.

Los generales franceses vieron oscurecido el brillo de su gloria en Castilla, delante del *Empecinado* y de Saornil; en Navarra, delante de Espoz y Mina; en Asturias, delante de Porlier; en Valencia, delante de Romeu y de fray Nebot; en las Vascongadas, delante de Jáuregui y Longa, y Napoleón, no pudiendo comprender nuestro país, ni el poder de nuestras guerrillas, cambiaba incesantemente de generales, los reconvenía, los apremiaba para vencer, sin estimar en su justo valor las palabras de uno de sus mejores generales, de Hugo, que comparaba nuestras guerrillas á la famosa hidra de la fábula.

Mina, de guerrillero y de general, fué ejemplar en la disciplina y en la subordinación de las tropas. A su carácter enérgico unía las mejores dotes de mando y una fecunda imaginación en la estrategia, á la que debió la mayor parte de sus triunfos.

D. Gregorio Cruchaga.—D. Lucas Górriz.—Don Ramón de Corres.—D. Joaquín de Pablo (Chapalangarra).—D. José Górriz.—D. Ramón Ulzurrun.—D. Miguel Sádava.—D. Ramón Laquidaín.

Tratemos de reseñar las acciones llevadas á cabo por los esforzados caudillos que pe-

© Biblioteca Nacional de España

leaban á las órdenes de D. Francisco Espoz y Mina.

Para salvar sus fuerzas, comprometidas delante de más de 7.000 franceses, dispuso Mina que su valeroso comandante, D. Gregorio Cruchaga, con la infantería y parte de la caballería, se internase en las montañas de Pamplona (Enero de 1811), lo que ejecutó vadeando los ríos á pesar de estar vigilados por los imperiales, que vivían muy alerta.

Habiéndole indicado sus avanzadas que dos columnas francesas ocupaban la ventajosa posición de las alturas de la villa de Cirauqui, y que otras seguían por el camino de Estella, dispuso sus tropas para que sólo pudieran ser atacadas de frente, y al ver que no se atrevían á avanzar las acometió Cruchaga con gran arrojo, rechazándolas hasta la guarnición de Puente la Reina, desalojándolas de sus posiciones, después de seis horas de lucha, haciéndolas 40 muertos y varios heridos y cogiéndolas 12 prisioneros.

El 15 de Abril de 1811 dirigió Cruchaga á D. Francisco Espoz y Mina, desde Gallipienzo, villa situada en el cerro donde termina la cordillera de montañas procedente de la sierra de Lerma, el siguiente parte:

«Internado por orden de V. E. en Aragón con los batallones 1.° y 2.° de *Voluntarios de Navarra*, los franceses formaron de las guarniciones de Zaragoza, Zuera, Egea y otros puntos una columna de 2.500 infantes y 200 caballos para destruirme, por lo que dispuse regresar á Navarra, llegué á Castiliscar y dí algún descanso á las tropas, que bien lo necesitaban.

No tardó en presentarse el enemigo.

Hice á mis fuerzas tomar unas alturas y envié unos cuantos caballos contra una avanzada enemiga, á la que arrollaron haciéndola dos prisioneros.

Entonces los franceses organizaron tres columnas, que me embistieron por varios puntos, siendo rechazadas por mis valientes guerrilleros. Visto lo cual proseguí mi camino á Gallipienzo sin que se atrevieran á perseguirme.

Mis pérdidas han sido dos muertos y 10 heridos; las del enemigo ascienden á 40 soldados muertos y á más de 90 heridos.»

Encargado por Mina de los citados batallones 1.° y 2.°, y de alguna caballería, batió el 22 de Abril de 1811, en las alturas inmediatas á Cárcar, una fuerte descubierta de húsares, obligándolos á retirarse á todo escape hacia Lodosa no sin aprisionar 11 con sus caballos.

El 18 de Mayo, D. Gregorio Cruchaga, que ya ostentaba el glorioso título de segundo de Mina, tuvo un choque al frente de los batallones 1.°, 2.°, 3.° y 4.° cerca de Mendivil, lugar situado en medio de colinas y barrancos, con una columna de 3.000 infantes, 300 caballos, dos violentos y un obús, sosteniendo con élla un horroroso fuego que duró cinco horas, á pesar de que sus batallones habían sufrido un espantoso aguacero, por espacio de seis horas, de lluvia y granizo, que los tenía calados hasta los huesos y con gran parte de la pólvora mojada.

Las pérdidas de los nuestros fueron algunos muertos y heridos, y las de los franceses llegaron á 50 muertos, 300 heridos y 12 prisioneros, entre ellos dos españoles renegados.

Cruchaga daba cuenta á Mina al final de su parte de este importante descubrimiento:

«Los doce mosquetes que yo traía asegurados en cuatro tarugos, han hecho una buena prueba, pues he visto que su estrépito es casi igual al de un cañón de á cuatro, y además de calzar bala de dos onzas, alcanzan tanto como un violento, con la circunstancia de darse fuego á tres de ellos á un mismo tiempo por un solo impulso. Su autor, José Suesum y García, natural de Navarra, se ha hecho memorable con esta invención.»

¿Habría logrado Suesum inventar la ametralladora, que luégo, y perfeccionada, se ha hecho tan famosa?

Ya hemos visto que el gobernador de Pamplona, general Reille, al par que puso á precio la cabeza de D. Francisco Espoz y Mina, puso también la de su segundo don Gregorio Cruchaga.

En la acción de Ayerbe contra Ceccopieri y sus tropas, tan gloriosa para nosotros, Cruchaga las fué acosando en su retirada hasta cerca de Plasencia del Gállego, en

© Biblioteca Nacional de España

donde acometió á los imperiales á la bayoneta, viniendo á decidir el éxito de la acción.

* * *

Una inmensa pérdida sufrió España, y muy especialmente las guerrillas de Navarra, en los comienzos de aquel año.

El 5 de Febrero de 1811, el comandante del tercer batallón *Voluntarios de Navarra*, D. Lucas Górriz, al observar las inmediaciones de la carretera de Pamplona sufrió una caída del caballo, de la que falleció, luégo de recibir los auxilios espirituales. Mina, que le quería entrañablemente, y en todos sus partes le llamaba el *intrépido comandante, el más valiente soldado*, sintió mucho esta desgracia, lo mismo que todos los guerrilleros, y más especialmente su batallón.

* * *

D. José Górriz era hermano del intrépido D. Lucas, en cuya compañía había abandonado hogar y fortuna para correr en defensa de la oprimida patria.

Capitán en el batallón tercero de *Voluntarios de Navarra*, cuando su hermano tuvo la desgracia de morir por consecuencia de la caída del caballo que montaba, fué elevado al mando del citado batallón, en justo premio á su valor, jamás desmentido, con gran aplauso de los individuos que lo formaban, y que hallaron la elección de estricta justicia.

Con efecto, D. José Górriz se había batido desde su salida á campaña con el mayor denuedo, al igual que su difunto hermano, y D. Francisco Espoz y Mina quiso, al encumbrarle á este puesto, al par que premiar sus méritos, honrar la memoria del malogrado D. Lucas, tan temido de las huestes napoleónicas.

* * *

D. Ramón de Corres seguía haciendo proezas y mostrando su inteligencia y su valor en la acción de Aguilar el 1.º de Enero en Navarra; el 2 en la de Mendaza; el 8 en la del lugar de Población, y el 18 en la de Villamayor.

En el mes de Febrero asistió á la de Cabreda; el 3 de Marzo á la del Villar; el 4 á la de los montes de Izqui; el 20 á la de Maestu, y el 27 á la de Nazar, siempre á las órdenes de D. Francisco Espoz y Mina.

El 2 de Abril se batió en la de Monte del Castillo; el 4 de Marzo en la del Campo de Arana; el 12 en la de Villar, y el 25 en la famosa de Arlabán.

Nombrado cabo, y luégo sargento, estuvo en Agosto en el combate de la Cabreda; el 11 de Setiembre en el de Santa Cruz de Campezu; el 14 de Noviembre en el de Piedrola, y el 25 de Diciembre en el sangriento choque de Puente la Reina.

* * *

D. Joaquín de Pablo y Antón *(Chapalangarra)*, de quien aún no habíamos tenido ocasión de hablar, era natural de Lodosa, importante villa de Navarra, y arrebatado por el amor á la patria y á la libertad, de que luégo había de dar tantas y tan relevantes pruebas, entró á servir al comienzo de la guerra de la Independencia en las guerrillas formadas por el heróico Javier Mina, que, al caer éste prisionero, eligieron por jefe á su tío D. Francisco Espoz y Mina.

Su valor rayano en la temeridad, y los talentos militares de que dió clara muestra, le hicieron ascender en poco tiempo á los primeros puestos, no habiendo escaramuza, choque ó batalla en que D. Joaquín de Pablo no se hiciera notar.

En uno de los partes de Cruchaga á Mina el 29 de Abril de 1811, fechado en Lerín, en que se ocupa de la acción de Cárcar, menciona con el mayor elogio al ya capitán don Joaquín de Pablo.

Muchas pruebas de inteligencia y de bravura debía haber dado el intrépido *Chapalangarra*, para que en aquella escuela de valientes, como se llamaba gráficamente á los oficiales de Mina, hubiese conquistado en tan corto tiempo las charreteras de capitán.

A medida que nuestra historia avance relataremos hechos notables realizados por don Joaquín de Pablo.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

D. Ramón Ulzurrun, ascendido por sus méritos á comandante del 4.º batallón de *Voluntarios de Navarra,* peleó como un bravo en la reñida acción de Mendivil, el día 18 de Mayo de 1812, á las órdenes de Cruchaga, que en su parte á D. Francisco Espoz y Mina, al darle cuenta de los incidentes de la batalla, encomia con empeño la serenidad y firmeza del bravo Ulzurrun.

***

Sádava (D. Miguel) y Laquidaín (D. Ramón), eran dos navarros cuyo temple de alma excedía á toda ponderación.

En aquel plantel de oficiales que formaron Javier Mina y su tío D. Francisco, estos dos jóvenes habían conquistado, por su arrojo y sus méritos, los puestos de ayudantes del 1.º y 3.º batallón respectivamente de *Voluntarios de Navarra*, que ocupaban en Mayo de 1811.

***

Para cerrar el cuadro de los guerrilleros de Mina, citaremos á dos de ellos, apodados *Pesoduro* y *Malacara*, quienes, merced á su gran conocimiento del terreno, fueron los salvadores de las tropas que el general Lacy envió á las órdenes del brigadier don Gervasio Gasca, guiándolas para atravesar felizmente gran parte de Navarra y Aragón.

Vascongadas: Longa y Abecía.—Renovales.—Pinto.—Ansótegui.—Jáuregui.

En las provincias Vascongadas, como en Navarra, proseguía la lucha cada vez con mayor ardor.

A principios del año 1811 Longa y Abecía, al frente de sus guerrilleros, recorrían las provincias Vascongadas, entraban en la de Burgos y se corrían á la de Santander en persecución de los enemigos de España.

El día 15 de Enero, cerca de Castil de Peones, villa de la provincia de Burgos, situada en una pequeña altura, sorprendieron Longa y Abecía un convoy de 29 carros cargados de hierro que llevaban los imperiales, del que se apoderaron.

El 20 atacaron los nuestros á los imperiales entre Frías y Medina de Pomar, teniendo que retroceder ante los nuevos auxilios que llegaron á los enemigos, sosteniendo Abecía con la mayor firmeza la retirada, manteniendo á raya á 800 caballos de la guardia imperial con sólo sus 300 ginetes.

El día 30 vióse atacado Abecía en Villarcayo, villa situada en una llanura con extensas alamedas bañadas por el río Neda que cruza su fértil vega, por un regimiento de lanceros, al que rechazó, obligándole á abandonar el pueblo y huir, batiéndole por segunda vez en aquel mismo día por la noche en Encinillas, con pérdidas importantísimas.

El 26 de Marzo batieron Longa y Abecía á los imperiales en San Vicente.

A principios de Abril atacaron estos dos valientes la guarnición de Cabezón de la Sal, villa agrícola de Santander, situada en un llano y al pie de las montañas que cierran el valle de su nombre, y prendiendo fuego á los cuarteles que ocupaban los imperiales forzaron á éstos á salir y batirse, resultando de la acción 185 prisioneros con su comandante, que hizo Abecía, y gran mortandad de hombres que les causó Longa, quien los fué persiguiendo en su huída hasta Torrelavega, rechazando al siguiente día las columnas que venían en apoyo de la derrotada guarnición.

A fines de Abril atacó Longa la guarnición de Ameyugo, villa situada entre montañas que la dominan por Norte y Sur, en la provincia de Burgos, derrotándola por completo; y á seguida cayó sobre la de Pancorbo, que dista poco camino, haciendo entre ambas 80 prisioneros.

De resultas de estas victorias, de esta movilidad extraordinaria que no permitía á las columnas francesas seguir á nuestros guerrilleros en sus rápidas marchas y contramarchas, el general Kellerman, no satisfecho con haber ofrecido 5.000 duros por la cabeza de Longa y otros 5.000 por la de Abecía, se apoderó de los padres de este bravo caudillo y los llevó prisioneros á Francia, en donde permanecieron hasta la terminación de la guerra.

Y ahora preguntamos nosotros á los hom-

© Biblioteca Nacional de España

bres honrados de todos los países: ¿qué nombre merece semejante conducta? ¿Cuándo los españoles, á pesar de ser los invadidos, obraron de igual modo?

¡No bastaba haberse apoderado de la madre del *Empecinado* y encerrarla en un inmundo calabozo de la cárcel de Aranda de Duero; no bastaba reproducir, en los comienzos del siglo XIX, los bárbaros suplicios de la Edad Media, como se hizo con el niño mártir de Valladolid; no bastaba coger á la hermana de D. Francisco Espoz y Mina y llegar hasta ponerla en capilla para fusilarla, sino que era preciso también apoderarse de los ancianos padres de Abecía y llevarlos prisioneros á Francia como criminales!

¡Ah! semejantes actos de barbárie sólo podían realizarlos fieras sin corazón, seres sin entrañas, verdaderos abortos de la naturaleza que no tenían de criaturas racionales más que el nombre.



D. JOSÉ ABECÍA

Esos miserables, que no otro nombre merecen, pensaron dominar por la fuerza á nuestra España y creyeron que por prender al padre ó á la hermana, se iban á retirar del campo los guerrilleros y á abandonar la defensa de la patria, sin recordar que este es el país de aquellas indomables várdulas que ahogaban á sus hijos para que no cayeran bajo el poder de Roma, la nación del noble D. Alonso de Guzmán el Bueno, que arrojó por la muralla su propio puñal para que matasen á su querido hijo, primero que entregar Tarifa á los agarenos; la tierra, en una palabra, que da criaturas como el niño de Valladolid, que prefiere dejar abrasar sus manos y sus pies antes que descubrir el lugar en que se ocultan los guerrilleros á quienes llevaba la pólvora.

Sigamos nuestro relato.

El día 7 de Junio se apoderó Abecía de 75 franceses con su comandante, que intentaron sorprenderle en Berberena; el 13 cogió la descubierta de caballería que tenía puesta la guarnición francesa de Salinas de Añana, y el 21 tomó parte en la reñida acción de Salas.

En los últimos días de Agosto, Longa fué perseguido con el mayor empeño por un

© Biblioteca Nacional de España

cuerpo de 4.000 franceses que, dividido en varias columnas, salió de Burgos con orden de cogerlo muerto ó vivo, pero supo burlarse de ellos, y lo que es más notable, sin perder un soldado y sin abandonar el terreno que media entre Miranda y Mondragón.

El 12 de Setiembre impidió Abecía con sus guerrilleros el paso de una fuerte columna enemiga por la Peña de Orduña.

El día 17, en el ataque contra la guarnición de Salinas, Abecía fué el primero que llegó á las fortificaciones y foso del castillo, al frente de sus partidarios, siendo allí mismo herido de un balazo en la cabeza, que le puso al borde del sepulcro.

La juventud y buena naturaleza de Abecía triunfaron del mal, y el 15 de Octubre ya tomaba parte, en unión de Longa, en otro combate librado en las cercanías de la villa de Cubo (Burgos).

El 23 de Noviembre se hallaban Longa y Abecía con 2.000 infantes en San Vicente de Toranzo, en la provincia de Santander.

Longa fué quien por lo común acompañó al general Mendizábal en sus viajes, y en el mes de Diciembre se avistó con D. Jerónimo Merino, en tierra de Burgos, acordando los tres llamar hacia Castilla la atención de los imperiales, favoreciendo á Wellington en sus planes, y á Valencia en su defensa.

Con su actividad, su valor y su cuidado, creó Longa, eficazmente secundado por Abecía, los focos de insurrección que tanto aprovecharon á Renovales para la creación de nuevas fuerzas.

* * *

En el mes de Febrero de 1811, el intrépido D. Mariano Renovales fué enviado á Vizcaya para animar á las guerrillas y formar batallones sueltos.

Le acompañó en su meritoria empresa nuestro antiguo amigo D. Valero Borja, quien gravemente enfermo desde la terminación del segundo sitio de Zaragoza, había permanecido en el lecho del dolor por largo tiempo, y apenas pudo sostenerse en pie, burlando la exquisita vigilancia en que los franceses le tenían, corrió á unirse con su antiguo camarada de la Puerta de Sancho de la heróica ciudad, D. Mariano Renovales, que le recibió con los brazos abiertos como se recibe á un amigo, mejor dicho á un hermano, al que se ha llorado por muerto.

Renovales se ocupó, con D. Valero Borja, de reclutar gentes, recorrió la Vizcaya, penetró en la Rioja y contribuyó á sembrar la zozobra y la inquietud entre los verdugos de España.

Bajo la inspección del general D. Gabriel de Mendizábal acabó de formar Renovales, además de 800 hombres que, instruidos y disciplinados mandó al valiente Campillo á Santander, tres batallones de á 1.200 hombres y un escuadrón de caballería, que comenzaron á batirse en la primavera. En sus correrías extendíase Renovales por la costa mancomunando sus operaciones con las fuerzas marítimas inglesas que cruzaban por aquellos mares á las órdenes de sir H. Popham, habiendo logrado en varias ocasiones escarmentar á los franceses que guarnecían á Bilbao y otros varios puntos del señorío.

D. Valero Borja se hallaba de nuevo en sus glorias; había nacido para pelear, y aun más que las heridas recibidas en el sitio de Zaragoza, sentía la inmovilidad á que se había visto sujeto por tantos meses. El combate diario, la lucha contínua le devolvieron bien pronto la salud perdida.

¡Ah, y cuánto recordaba á su querido amigo D. Juan Antonio Miranda y á sus hermanas, al marqués y á la condesita, á los que suponía en Madrid bajo el yugo de los imperiales! En cuanto al doctor Peñaranda le juzgaba en Valencia peleando contra los franceses, á los que no perdonaba la inhumana muerte dada á su inolvidable amigo D. Fermín Echarri, cuyo triste suceso le había participado Renovales, añadiendo que su hijo peleaba á las órdenes de Mina.

* * *

Pinto era un bravo hijo del antiguo señorío de Vizcaya, que amaba á su patria con delirio y aborrecía á los franceses con verdadera saña, aborrecimiento que aumentaba al tratar de los malos hijos de España que se habían pasado á los imperiales y que ser-

© Biblioteca Nacional de España

vían bajo sus órdenes, para los cuales el patriota vascongado no encontraba bastante castigo en la justicia humana y excitaba siempre contra ellos la cólera divina.

El 29 de Octubre de 1811 supo Pinto que se hallaba en Oquendo la banda de *juramentados*, que tenía por jefe á José Díaz, apodado el *Húsar*, y corriendo toda la noche, sin tregua ni descanso, llegó al pueblo al amanecer, la sorprendió con sus temidos guerrilleros, y sin disparar un tiro ni perder un solo hombre, la pasó toda á cuchillo.

—¡Ahora—exclamó el buen Pinto,—yo he cumplido con mi deber aquí abajo matando á estos perros, enemigos de su patria; ahora que allá arriba, el Dios del cielo, los arroje á las llamas del infierno, y que en ellas se abrasen por toda una eternidad!

—¡Así sea!—respondieron sus guerrilleros.

A los pocos días sorprendió la guardia francesa que había en Bolueta, y después, en San Miguel de Basauri, se llevó todos los caballos que allí tenían los imperiales.

* * *

D. Juan Ansótegui era otro vizcaino de gran corazón y de nobles sentimientos.

Profundamente conmovido por las desventuras de la patria, levantó una guerrilla, fuerte de 60 hombres, con la cual recorría todos los pueblos de la costa, la merindad de Basturia y las cercanías de Marquina, en cuyos pueblos era muy estimado por la protección que los prestaba y por las constantes batallas que reñía con los imperiales.

* * *

Nuestro bravo D. Gaspar de Jáuregui *(El Pastor)* continuaba su carrera de brillantes triunfos.

Aunque agregada su guerrilla en 1811 al 7.° ejército, obraba Jáuregui con cierta independencia, y unas veces unido con su amigo y protector D. Francisco Espoz y Mina, en Navarra, otras con Longa y Abecía, en Alava y Castilla, y otras con D. Juan López Campillo, en Santander, dió mucho que hacer al general Caffareli, ayudando á fomentar la insurrección de las Provincias Vascongadas y protegiendo los trabajos de D. Mariano Renovales para la formación de los batallones de que le encargó la Junta del señorío de Vizcaya.

Emprendedor y valiente, activo é incansable, D. Gaspar de Jáuregui era uno de los guerrilleros que, al honrar á Guipúzcoa, su país, honraban á España.

Santander: D. Juan López Campillo.—Las Santanderinas.—Una canción célebre.

En los comienzos del año 1811, la guerrilla que capitaneaba D. Juan López Campillo fué agregada al 7.° ejército, que tenía por jefe al general D. Gabriel de Mendizábal, sin que por esto dejase de conservar su libertad de acción, que le permitió seguir molestando al francés sin dejarle punto de reposo.

Engrosada la partida de Campillo con los 800 hombres que le envió D. Mariano Renovales, pudo extender su esfera de acción y lanzarse á empresas del mayor interés para la causa nacional.

Incansable el fogoso guerrillero en combatir á los soldados napoleónicos, los buscó y atacó el día 8 de Marzo en el célebre santuario que se conoce en la provincia de Santander con el nombre de la *Bien Aparecida*.

Desordenados los imperiales y perseguidos por los partidarios de Campillo hasta los montes de Udalles, seguramente habrían sido aprisionados si no acude en su favor y auxilio un destacamento de 200 infantes y de 100 caballos.

En memoria y gracias por aquella victoria dedicó el insigne guerrillero al famoso santuario la pila del agua bendita que aún existe y en la cual están grabadas las siguientes palabras:

«*A la devoción del coronel Juan López Campillo.*»

Esta jornada costó á los franceses 20 muertos y 31 heridos, y á la guerrilla seis heridos tan sólo.

En los días 17 y 20 tuvo Campillo nuevos encuentros en Bustablado, causando á los enemigos 16 muertos, entre ellos el comandante que mandaba las fuerzas imperiales.

© Biblioteca Nacional de España

En Ruscandio, batió á los franceses los días 11 y 12 de Abril, y el 13 en Abienzo.

El general Caffarelli le atacó en San Roque, al frente de 1.500 infantes y 50 ginetes, pero Campillo, dando pruebas de una capacidad militar que los enemigos no sospechaban, mantuvo sus posiciones y logró derrotar á los imperiales, que huyeron con pérdida de 28 muertos y 40 heridos, teniendo él por su parte tres guerrilleros muertos, ocho heridos y un prisionero, siendo ascendido con fecha 26 á teniente coronel por sus muchas proezas.

En los encuentros que sostuvo los días 8, 10, 14 y 29 de Junio en el Valle de Carranza, en el monte Candinas, en el concejo de Sopuerta y en el Valle de Mena, respectivamente, hizo á los enemigos 49 muertos, 81 heridos y varios prisioneros, habiendo aparecido entre los muertos el comandante de la guarnición francesa de Laredo y Colindres. Obligados por Campillo los imperiales á refugiarse en la iglesia, en la acción de Sopuerta, de seguro los habría copado á todos sin la repentina llegada de una columna de 250 hombres que de la guarnición de Bilbao acudió en su socorro.

Hé aquí la descripción de estas acciones, según el parte del mismo Campillo al general Mendizábal:

«Sopuerta 1.° de Octubre de 1811.

Excmo. Sr.: El día 24 de Setiembre, la primera compañía del batallón de infantería ligera *Vengadores de Cantabria*, mandada por el capitán Cosío, batió á 400 enemigos que se dirigían á Balmaseda.

Reforzados el 26 con 300 gendarmes salidos de Bilbao, emprendieron la marcha de nuevo, siendo batidos por segunda vez, perdiendo un teniente coronel, 80 muertos y 100 heridos, casi todos gendarmes, y nosotros tan sólo tres hombres muertos y ocho heridos.

El día 28 por la tarde, yendo de Gordejuela á Sopuerta con tres compañías, me hallé de pronto con los enemigos que iban á recibir las municiones que les enviaban con una escolta de Bilbao; sin contar el número les hice frente, y á las primeras descargas huyeron precipitadamente, persiguiéndolos mis guerrilleros hasta una legua de Bilbao.

El día 30 un destacamento de 60 hombres, al mando del citado D. Cayetano Cosío, acometió en el puente de Somorrostro á una columna que iba escoltando un convoy, y habría sido copada á no acudir en su auxilio fuerzas de Portugalete; aun así la causamos varios muertos y heridos, cogimos muchas armas y aprisionamos un capitán, ayudante del general Roguet, que manda en Santander por el rey intruso.

Yo salí con algunos ginetes en apoyo de Cosío, y me hallé con los enemigos, que iban ya en retirada, acometiéndoles al instante, viéndose obligados á escapar por una altura inaccesible á los caballos para salvarse de mis guerrilleros.

Todas las ventajas que hemos obtenido se deben á la intrepidez de mis oficiales y al valor y disciplina de mis soldados.

La gendarmería, que era la tropa francesa más temible, puede decirse que ha quedado destruída en estos combates.»

Atacado Campillo en Gordejuela el 8 de Noviembre por 2.000 infantes, cuando sólo contaba con 400 hombres, se abrió paso por entre las apiñadas filas de los enemigos, causándoles 10 muertos y 14 heridos, perdiendo diez de sus hombres.

El 24 de Diciembre trataron de sorprenderle los imperiales con una columna de 1.500 hombres, y poco faltó para que lo consiguieran; pero Campillo, aunque con pérdidas relativamente grandes, pues le hicieron los enemigos 18 muertos, cuatro heridos y seis prisioneros, pudo librarse de tan grave peligro después de algunas horas de combate en que produjo á los franceses 12 muertos y 26 heridos.

A los pocos días se desquitaba del anterior descalabro, pues en el combate de Zalda, ocurrido el 31, puso á los imperiales en desordenada fuga, matando 12 soldados, hiriendo 24 y cogiendo algunos prisioneros, sin más pérdida que un hombre muerto y seis heridos.

* * *

Algún suceso grave debió ocurrir en Santander contra los franceses, iniciado por sus valerosos hijos, cuando en la mañana del 3

© Biblioteca Nacional de España

de Junio de 1811 apareció en todas las esquinas de la ciudad el siguiente bando:

«Habitantes de Santander:

Un pequeño número de mujeres de vuestra ciudad os ha expuesto al riesgo de comprometeros y parecer ingratos á la dicha que gozáis bajo el gobierno del jefe militar que os manda. La municipalidad ha sido reconvenida y no ha podido encontrar disculpa al imprudente arrojo de esa porción de indiscretas jóvenes, que á la faz del pueblo todo, osaron hace dos días insultar vuestra suerte, olvidándose de la suya propia.»

Como quiera que los historiadores nada dicen acerca de este suceso, hemos tratado de inquirir lo ocurrido, en una de nuestras frecuentes visitas á Santander, consultando á algunos hombres ilustrados que nos honran con su amistad, y sólo hemos podido averiguar que un grupo de jóvenes, requebradas por algunos soldados franceses de la manera ruda y soez que ellos acostumbraban á hacerlo, llamó en su auxilio á algunos paisanos, diciéndoles:

—¡No sois hombres si no matáis á estos *gabachos!*

Entonces los paisanos, á quienes la estancia de los franceses en Santander tenía indignados, se arrojaron furiosos sobre los soldados y los habrían muerto, á pesar de no tener otras armas que sus fuertes brazos, si no acude en su auxilio un piquete de la guardia del Principal, produciéndose un motín que pudo ser de funestas consecuencias.

Por el bando que hemos copiado, y que firma en nombre de la Asamblea Municipal el secretario del corregidor, puesto por los franceses, D. Pedro Fernández Nieto, se autorizaba á cualquier vecino (suponemos que á los vecinos que fueran amigos de los franceses, pues ninguno verdaderamente español habría descendido á tal bajeza) para poder arrestar en la cárcel al hombre, ¡mujer ó niño! que con acciones, cantares, dichos ó de otro modo se atreviera á perturbar la paz.

¡Hasta los niños! ¡Bien se conocía que los franceses no olvidaban que por un niño comenzó el 23 de Mayo de 1808 la sublevación de Santander contra ellos!

Al hablar el bando de las canciones, debía referirse á una muy popular que cantaban las santanderinas al general Bonet, que, como recordarán nuestros lectores, era tuerto y además muy glotón:

«Por aquí pasó Bonet
Con el ojo *rejilón*,
Muchachas las bien venidas
Preparadle la ración.»

Galicia y Asturias: D. Juan Díaz Porlier.—Bárcena.—Castañón.—Mier y Marquina.

No queremos creer, pero tampoco ocultar que, al decir de notables historiadores, el valiente Santocildes, el heróico defensor de Astorga, fué reemplazado en el mando del ejército de Galicia por celos del general Castaños, viniendo á sustituirle en el mes de Agosto de 1811 Abadía, un militar muy ordenancista, muy severo, muy duro, pero nada más, sin ver que no eran esos generales—dígalo el ordenancista Cuesta y el severo Blake—los que el ejército y España necesitaban en aquellos graves momentos.

Abadía, comprendiendo el mérito de Santocildes, al saber la marcha del general Dorsenne contra nuestras avanzadas de la Bañeza y Astorga, le dejó la dirección de las operaciones, y Santocildes, de acuerdo con su jefe de estado mayor, el inteligente don Juan Moscoso, al ver la inferioridad de las fuerzas españolas, decidieron retirarse á cubrir las entradas de Galicia y de Asturias, poniéndose en comunicación con el general portugués Silveira, que mandaba en Tras-os-montes, logrando tener á raya á los imperiales y aun escarmentarlos en algunos ligeros combates.

Dorsenne, al observar las buenas fortificaciones y la hábil situación de nuestro ejército, y recordando los desastres sufridos por sus antecesores Ney y Soult, se detuvo en Villafranca del Vierzo, limitándose á imponer gruesas contribuciones á los pueblos, hasta que amagado de un ataque por Santocildes se volvió á sus acantonamientos sin conservar más que la plaza de Astorga.

Libre de este peligro tomó Abadía el mando del ejército y se dedicó á reorganizarlo, mejor diríamos á destruirlo, sacó de Asturias los mejores batallones, cambió los ofi-

© Biblioteca Nacional de España

ciales, los sargentos y los cabos de unos cuerpos con los de otros, y qué más ¡hasta el uniforme! terminando su *campaña* marchándose á la Coruña y enviando en su lugar al marqués de Portago, hombre de corazón sano, pero de corta inteligencia.

* * *

Bonet, que mandaba en Asturias, al averiguar que Abadía había sacado del Principado las tropas más aguerridas para llevarlas á Galicia, juntó 12.000 hombres, divididos en dos cuerpos, uno mandado por Gauthier, al que hizo tomar por el puerto de la Ventosa, y el otro bajo sus órdenes que se dirigió por el de Pajares.

Informado Losada, jefe del ejército de Asturias del plan del enemigo, trató de burlarle, poniendo en movimiento de antemano sus tropas sobre el Narcea. Acompañaban á Losada D. Pedro de la Bárcena, restablecido ya de anteriores y honoríficas heridas, y don Juan Moscoso. La presencia de ambos en la retirada favoreció la diligente actividad del primero.

Artillería, municiones, efectos pertenecientes al ejército y real hacienda, todo se salvó, embarcándolo en Gijón ó trasportándolo por tierra.

Dolióle amargamente á Bonet entrar en Oviedo y ver la ciudad tan solitaria. Pesóle no menos encontrar vacías las fábricas de armas y los almacenes; sin embargo, trató de probar fortuna y obligó á Gauthier á revolver inmediatamente sobre los españoles.

Losada juzgó entonces prudente retirarse aún más allá de Narcea, y el francés llegó á Tineo el 12 de Noviembre.

Mantúvose allí muy poco, porque convinando nuestros jefes un movimiento, atacóle Bárcena con una división y le obligó á retroceder.

Bonet apenas poseyó esta vez en el Principado otro terreno sino la línea de Pajares á Oviedo, pues por el Ocaso fuéronle estrechando sucesivamente Losada y Bárcena, y por el Oriente D. Juan Díaz Porlier.

* * *

Digámoslo muy alto, si nuestros generales salían en algunas ocasiones vencidos, nos quedaban los guerrilleros, casi siempre victoriosos.

En la noche del 18 de Febrero de 1811 se embarcaron algunas fuerzas nuestras en Cudillero para pasar á Santa María del Mar y dirigirse contra los destacamentos enemigos, situados á la orilla derecha del Nalón, lo que se verificó con toda felicidad bajo el mando del arrojado D. Juan Díaz Porlier, quien, luégo de rechazar á la bayoneta á los imperiales, que trataron de oponerse, les cogió varios prisioneros, caballos, maletas y víveres.

Veamos cómo describe sus hechos uno de los mejores historiadores:

«El 19 de Marzo de 1811, en el Puelo, distante una legua de Cangas de Tineo, yendo camino de Oviedo, lugar situado en la cima de unos montes y cuyas faldas por ambos lados lamen dos diferentes ríos, estaban con el general Losada D. Pedro de la Bárcena y D. Juan Díaz Porlier, sirviendo éste de reserva con la caballería; aunque nuestra fuerza consistía en 5.000 hombres, era muy inferior á la de los franceses. Tiroteóse algún tiempo hasta que, herido Bárcena, entró en los nuestros un terror que causó la completa dispersión. Losada, y el mismo Bárcena, aunque desfallecido, hicieron inútiles esfuerzos para contener al soldado, y sólo salvó á los fugitivos y á los generales la serenidad de Porlier y sus ginetes, que hicieron frente y reprimieron á los enemigos.

Al formarse el 7.º ejército, sentó en Potes su cuartel general D. Juan Díaz Porlier, segundo en el mando. Mendizábal, elegido primer jefe, retardó su viaje por su derrota de Gévora el 19 de Febrero, cuya desventura le obligó, para rehabilitarse en el concepto público, á pelear en la Albuera voluntariamente como soldado raso en los puestos más arriesgados. Porlier, en consecuencia, se halló solo al frente del 7.º ejército, cuyo núcleo lo componían el cuerpo franco de dicho caudillo y las fuerzas de Cantabria, engrosadas con quintos y partidas que sucesivamente se agregaban.

Quisieron los enemigos apoderarse del principal depósito del 7.º ejército y acome-

© Biblioteca Nacional de España

tieron á Potes en fines de Mayo (1811). Los nuestros habían, por fortuna, puesto al abrigo de una sorpresa sus acopios, y con eso desvanecieron las esperanzas del general Roguet, que, asistido de 2.000 hombres, entró en aquella villa, teniéndola en breve que desamparar á causa de la vuelta repentina de Porlier, que había reunido toda su tropa, antes segregada.»

Bonet apenas poseyó en el Principado esta vez otro terreno sino la línea de Pajares á Oviedo, pues según hemos dicho, le fueron estrechando sucesivamente Losada y Bárcena por el Ocaso, y por el Oriente Porlier. Este caudillo, y todos los que mandaban las divisiones y cuerpos francos de que constaba el 7.° ejército, hicieron por el mismo tiempo guerra contínua al enemigo de Asturias hasta la Navarra inclusive.

Desde Junio había organizado mejor y aumentado Porlier su fuerza, que pasaba de 4.000 hombres. Había también acopiado en la Liébana 8.000 fanegas de trigo y muchos otros bastimentos, para lo cual, teniendo que recorrer la tierra é internarse en Castilla, hubo de marchar día y noche, burlar con ardides al enemigo y combatir bizarramente en peligrosos reencuentros.

Pero aún debía realizar D. Juan Díaz Porlier una acción de mayor importancia.

Hé aquí su relato tomado de documentos oficiales:

«El día 14 de Agosto de 1811, después de cinco días de marcha muy penosa, sorprendió y atacó D. Juan Díaz Porlier, al ser de día, la ciudad de Santander, los fuertes de Solía, Camargo, Puente Arce y Torrelavega.

Las fuerzas de los enemigos al principio de la acción eran de 2.000 hombres y las suyas de 2.500. Apenas se rompió el fuego en Santander por el punto de los molinos de viento, el general Roguet se puso á la cabeza de la guarnición, fuerte de 500 á 600 hombres, y al abrigo de las calles y casas intentó hacer una resistencia desesperada, pero en vano. Fué destrozado en pocos minutos, y nuestros soldados vencieron con la bayoneta á los suyos en cuantos parajes hicieron resistencia. El general abandonó la ciudad con solos 90 hombres y se salvó por una casualidad.

Al mismo tiempo el coronel D. Juan Ugartemendia, que atacaba el fuerte de Solía, obligó al enemigo á abandonarlo, y lo arrasó.

El batallón de Marina atacó y dispersó á los enemigos que defendían el puente de Arce, y arrasó los fuertes de Arce y Camargo.

El coronel Abreu, con algunas tropas de este ejército y el regimiento de Tuy, bloqueaba la guarnición enemiga de Torrelavega y sostuvo 13 horas el fuego y rechazó algunas salidas que hicieron; los obligó, á pesar de haber recibido un refuerzo de 300 hombres, á mantenerse encerrados en el fuerte. Nuestras tropas se apoderaron de las provisiones que tenían en el pueblo contíguo, y les hicieron algunos prisioneros.

La vanguardia que no permaneció en la ciudad, según las órdenes que se le habían dado, hizo 55 prisioneros, cogió 50 caballos, entre éstos los del general Roguet, 100 vacas, muchos equipajes y botín, al traidor D. Joaquín Aldamar, intendente de esta provincia por el rey intruso, y á otros varios que tomaron las armas para defender la ciudad y combatir contra sus hermanos.

La pérdida de los franceses en las diferentes acometidas pasó de 600 hombres, 100 prisioneros, algunos de ellos oficiales de graduación, recogiendo los nuestros abundante botín.

Nuestras bajas consistieron en dos oficiales y 68 soldados muertos y 134 heridos.—Renedo 21 de Agosto de 1811.»

Esta victoria permitió que D. Juan Díaz Porlier y los nuestros fueran dueños por algún tiempo de la provincia de Santander, hasta entonces dominada constantemente por los enemigos.

Sin buscar descanso á tantas fatigas, siguió Porlier combatiendo con ventaja en varios encuentros, en el Puente de San Miguel, en Aguilar de Campóo, en Saldaña, en Villafuente, en Cervera y en otros varios puntos.

Habiendo rechazado las fuerzas que amenazaban á Asturias por la parte de la Montaña, y noticioso de que otras habían ya penetrado á la Puente de los Fierros, dejando cubierto el punto de Colombres, marchó con

© Biblioteca Nacional de España

algunas tropas en auxilio de la provincia, diciendo desde Infiesto á la Junta de Asturias, con fecha 26 de Noviembre de 1811:

«Hoy se acercaron desde la Pola dos columnas enemigas, pero no han tenido valor para atacarnos y se retiraron desde Ceceda.»

En cinco meses aumentó el ejército de su mando con más de 4.000 hombres y almacenó en la parte de Liébana y otros puntos, según dijimos, 8.000 fanegas de grano. En la comunicación que envió desde Potes, con fecha 24 de Octubre de 1811, detallaba los encuentros de Saldaña, Villafuente y Cervera.

El 22 de Diciembre de 1811 tuvo noticia Porlier que los franceses, en número considerable, habían llegado á Coya y venían en marcha para atacarle. Destacó algunas fuerzas de vanguardia para reconocer los movimientos del enemigo, y distribuyó sus fuerzas convenientemente.

Los enemigos obligaron á nuestras guerrillas á replegarse, y reunidas sus fuerzas entre la villa del Infiesto y el puente de la Cobaya, colocaron la artillería en la ermita de San Cipriano y atacaron á la bayoneta con el mayor denuedo nuestra posición. Fueron inútiles sus esfuerzos; pero logrando su caballería pasar el puente se generalizó la acción; el segundo batallón del 1.º *Cántabro* atacó á los enemigos con el mismo arrojo que ellos lo habían ejecutado, y, á pesar de lo mucho que los sostuvo la artillería, fueron arrojados del puente y puestos en precipitada fuga, dejando en el campo muchos fusiles y bastantes soldados muertos, emprendiendo entonces una retirada desordenada; á pesar de sobrevenir la noche y un grande aguacero, fueron perseguidos hasta Coya y se les hicieron algunos prisioneros.

* * *

Estaba D. Pedro de la Bárcena con la vanguardia del ejército asturiano, que mandaba Losada, fuerte de 5.000 hombres, en el Pueblo, distante una legua de Cangas de Tineo.

El 19 de Marzo de 1811 el general francés Vallestaux atacó á los españoles, comenzando un vivo fuego entre ambos ejércitos. Herido D. Pedro Bárcena, ya vimos el pánico y la dispersión de los nuestros, que en vano trataron de impedir Losada y el mismo Bárcena, aunque desfallecido, salvándose el ejército merced á la serenidad y el valor de Porlier.

Mejorado de esta herida asistió Bárcena, á las órdenes de Losada, á la campaña sostenida por éste contra Bonet, y cuando el 4.º ejército se organizó en cinco divisiones recibió el mando de la 4.ª

* * *

Imitando al bravo Porlier, D. Federico Castañón y otros guerrilleros se colocaron en el camino real de León, donde con sus frecuentes acometidas molestaban á los imperiales y los tenían á raya.

Valletaux atacó el 23 de Junio de 1811 al general D. Francisco Taboada, que se hallaba hacia Cordegueros, en unas lomas á la derecha del río Tuerso; sostúvose el jefe español por espacio de cuatro horas sin cejar, dando tiempo á que acudiera en su socorro la brigada asturiana, á las órdenes de Castañón, que, atacando á los enemigos por el flanco, los deshizo completamente, cogiéndole muchos prisioneros, entre ellos 11 oficiales.

En el mes de Agosto de 1811, mandaba Castañón la vanguardia del 5.º cuerpo, y estaba situado en San Martín de las Torres y Puente de Cebrones.

El 27 de Agosto penetró el francés por Fuencebadón, defendiéndose Castañón largo tiempo en las alturas entre Riego y Molinaseca, saliendo los imperiales rudamente escarmentados en Fuencebadón y en Manzanal.

* * *

Habiéndose facultado al coronel D. Pablo Mier para formar una fuerza llamada *Legión de Castilla*, la organizó con la base y ayuda de varias guerrillas de Asturias.

Cuando Santocildes avanzó hasta las orillas del Orbigo, le apoyó el guerrillero don Pablo Mier, que recorría de ordinario las faldas de Taleno y la Cabrera baja, prestán-

© Biblioteca Nacional de España

dole con sus partidarios muchos y buenos servicios.

Con fecha 26 de Setiembre participó Mier al general en jefe del 6.º ejército el resultado de la operación proyectada sobre Sahagún con las tropas de su mando para desalojar á 1.000 enemigos de infantería y caballería que oprimían aquella villa y pueblos inmediatos, exigiendo exorbitantes contribuciones de granos y dinero.

Con este objeto, el comandante de escuadrón, D. Benito Marquínez, hizo un reconocimiento la tarde del 12 sobre dicho punto, sosteniendo un vivo tiroteo hasta el anochecer, que se replegó á Cea, imponiendo de tal modo á los enemigos, que con todo silencio, y abandonando sus depósitos, se retiraron aquella misma noche á Mansilla de las Mulas.

Enterado de ello D. Pablo Mier, y con el aviso de que 500 infantes enemigos se habían dirigido de Mansilla á Gradefes, con el fin de exigir las contribuciones á los pueblos de aquellas inmediaciones, según las circulares interceptadas del intendente francés de León, dispuso que su infantería, que había adelantado á San Pedro de Valderabuey para ejecutar la operación de Sahagún, marchase á los puntos amenazados, emprendiendo desde luego el movimiento, con lo que retrocedieron los imperiales á Mansilla, frustrándose su intento.

Se hizo notar en estos movimientos el subteniente D. Manuel Martín, que habiendo sido encargado de observar con una partida la guarnición de Sahagún, no dejó de molestarla incesantemente los seis días que precedieron á su evacuación, llegando su bizarría al extremo de introducirse tres veces en las calles de la villa, perdiendo en la última la yegua que montaba atravesada de cinco balazos. Este digno oficial es el que en la clase de sargento se distinguió tanto en la defensa de la plaza de Ciudad-Rodrigo y del que hizo tantos elogios por esto mismo el real decreto de 30 de Junio.

En Sahagún cogieron los nuestros grandes acopios de granos y la correspondencia del general Bonet y el comandante de Mansilla de las Mulas.

Con fecha 20, decía el mismo D. Pablo Mier que habiendo movido sus fuerzas de infantería y caballería, aproximándose al camino real de Pajares, para concurrir á una operación de las tropas de la primera división (que no tuvo efecto por haberse retirado los enemigos del punto que ocupaban), quedaron descubiertos el pueblo de Almansa y sus alrededores é hicieron requisiciones de granos. Pero avisados sin duda de la proximidad de las tropas de la legión, aceleraron su retirada á Cea; y hallándose en Castroañe con el escuadrón de D. Benito Losada, que se había situado para salir al encuentro de los enemigos, mientras el comandante de la legión llegaba en su alcance, lo cargaron el día 15 con 1.500 infantes y 100 caballos y le obligaron á retirarse á Santa María del Río. En esta situación llegó Mier con dos compañías de infantería que, auxiliada por 100 caballos de Losada, pusieron al enemigo en precipitada fuga.

El 16, al anochecer, llegó D. Benito Marquínez con sus escuadrones y D. Manuel Balmaseda con el suyo, en cuya consecuencia, situando á Marquina en Villamor, á Balmaseda en San Pedro de Valderabuey, á Losada en Calabuey, y colocándose Mier con la infantería en Villabelasca, ordenó que al ser de día rompiese el fuego Balmaseda y que toda la restante caballería é infantería se hallase á este tiempo sobre Cea.

Los enemigos se presentaron con cinco batallones y 100 caballos, que, aprovechándose del corto tiempo que tardó Losada en presentarse, cargaron sobre nuestra infantería, sostenida únicamente por los caballos de Balmaseda, Curanda y Meléndez. Estas fuerzas, pequeñas en comparación de las contrarias, se batieron con un ardor imponderable, causando considerables pérdidas al enemigo, especialmente á la llegada de Losada, teniendo, no obstante, que retirarse.

Durante la acción fué herido levemente Mier, perdiendo 25 hombres entre muertos y prisioneros, y herido el alférez Navarro. Los enemigos doble, y heridos un comandante y varios oficiales.

© Biblioteca Nacional de España

La Mancha: D. Miguel Díaz y D. Claudio Escalera.—Francisquete.—D. Salvador Sabater.—D. Pedro Fernández de la Muela, D. Nicasio López Cierzo y D. Tomás Fernández.—Don Francisco Abad (Chaleco).—D. Alejandro Fernández.—D. Francisco Laso de la Vega.—D. Juan Gómez y D. Fernando Cañizares.

No permanecían ociosos los guerrilleros de la Mancha.

Con fecha 29 de Enero de 1811 avisaba D. Miguel Díaz á la Junta Superior que encontrándose el día anterior con el escuadrón de su mando en las inmediaciones del Campo de Criptana, supo que el enemigo se hallaba dentro de la villa, que se halla situada en una pequeña sierra rodeada de inmensas llanuras y denominada *Sierra de los Molinos,* por los muchos de viento que tiene en la cúspide, desde la cual se domina una extensión de más de 25 leguas de radio.

Aunque los imperiales contaban con 350 infantes, varios caballos y un cañón de á cuatro, resolvió atacarlos, para lo cual formó á las ocho de la mañana su escuadrón en batalla y envió una guerrilla de 12 hombres, la cual, no tan sólo acometió á los franceses con gran denuedo, sino que también se apoderó, á pesar del vivo fuego que la hacían, del Molino de la Horca, punto muy interesante para observar sus movimientos.

La fuerza de D. Claudio Escalera, que ocupaba la derecha, avanzó también contra los imperiales; otra guerrilla, apoyada por una tercera que envió D. Miguel por el centro, provocaron al francés, sin lograr que saliera á combatir.

Viendo Díaz su cobardía, dispuso que las tres avanzadas cargasen de nuevo, pero los imperiales se retiraron á la villa, haciendo inútiles los esfuerzos de nuestros valientes.

D. Miguel Díaz y D. Claudio Escalera decidieron atacarlos otra vez con el alba, pero los imperiales no quisieron medir sus fuerzas con las de nuestros guerrilleros y se fugaron durante la noche.

El fin de este combate fué la muerte de 22 franceses, muchos heridos y tres prisioneros, sin que las partidas de Díaz ni Escalera sufriera la menor pérdida.

*
* *

Una tristísima noticia hemos de comunicar á nuestros lectores, una de esas noticias que se retardan en participar, porque con ella se tiene la seguridad de causar una honda pena.

El 24 de Mayo de 1811 batió D. Francisco Sánchez, *Francisquete*, con su partida de guerrilla *Cazadores de Camuñas*, á una numerosa columna de 400 infantes, algunos caballos y un cañón de campaña.

Furiosos los imperiales con esta derrota, penetraron en la rica villa de Alcázar de San Juan como unos bandoleros, mataron á varios vecinos y se entregaron á un saqueo horroroso, pretendiendo vengar en una población indefensa, y por medio del asesinato y del robo, el descalabro que su cobardía no había sabido evitar.

No satisfechos todavía, pusieron en movimiento varias columnas para perseguir á su temible enemigo, D. Francisco Sánchez, con tal insistencia, que á pesar de su gran conocimiento del terreno y del valor y pericia de sus guerrilleros, la lucha se iba haciendo de cada día más difícil, pues en cada uno de los combates que se veía obligado á sostener perdía *Francisquete* nuevos partidarios.

Llegó el fatal mes de Octubre; el invierno, cruel y riguroso, tendió su frío manto sobre nuestros defensores, que apenas podían resistir la tenaz persecución de que eran víctimas, teniendo casi agotadas sus municiones, y la inclemencia del tiempo.

El día 12 del citado mes entró D. Francisco Sánchez con los restos de su partida en Belmonte, villa antiquísima, buscando tras de sus murallas descanso, y en un heróico patricio, de quien luégo hablaremos, en don Salvador Sabater, la ayuda y el amparo de que tanto necesitaban sus fatigados guerrilleros.

Ignórase si vendido, ó si por casualidad, supieron los franceses que *Francisquete* se hallaba en Belmonte, y avisando unos destacamentos á otros rodearon la villa en la mañana del 13, intimándole la entrega el general Darmañac, jefe de la columna llegada de Tarancón.

¡Rendirse D. Francisco Sánchez, el héroe de la Mancha!

¡Y rendirse á los enemigos de su patria,

© Biblioteca Nacional de España

á los asesinos de su hermano, á los que tantas veces había derrotado! ¡Qué locura!

Antes de comenzar una lucha, á cuyo término estaba la muerte, *Francisquete* reunió á los pocos hombres que le quedaban, y con voz lenta y grave, pero serena y firme, les dijo:

—¡Compañeros, estamos cercados!

—Lo sabemos,—contestaron ellos.

—Muy bien; pero es preciso que sepáis también que nos han intimado la rendición.

—¿Y qué?—preguntaron varios.

—Que si hay alguno de vosotros que quiera rendirse, esperando con la rendición salvar su vida, que lo diga, pues no es justo que pelee á la fuerza.

—¿Qué piensa V. hacer?—le preguntó el segundo jefe de la partida.

—Yo, es diferente; primero, que ellos asesinaron á mi hermano después de rendido, y lo que hicieron ayer eso mismo harán hoy; segundo, que yo soy vuestro jefe, un jefe que elegísteis voluntariamente, y que hoy, en este trance supremo, abandona todo su poder y os devuelve vuestra libertad.

—Lo que sea de V. será de nosotros...—añadió el segundo de la partida.—¿No es verdad, muchachos?

—Sí, sí,—respondieron todos.

—En vida ó en muerte queremos seguir á V. Juntos hemos salido á pelear, juntos hemos vencido á los franceses muchas veces y juntos queremos morir...

—Eso...

—Hable V., ordene y será obedecido.

—¿Es esa vuestra última determinación?

—Sí,—contestaron todos á una.

—Pues bien, mi resolución está tomada; rendirnos equivaldría á morir sin gloria para nosotros y sin ventaja para la patria, á cuya defensa nos hemos consagrado. Moriremos, pero moriremos matando, y al menos esos enemigos menos tendrán nuestras familias, nuestros amigos, nuestra querida España. Y para que el número de nuestras víctimas sea mayor vamos á elegir las mejores posiciones, vamos á economizar las municiones, vamos á no disparar si no á tiro seguro, vamos, en fin, á jugar caras nuestras vidas y á mostrar á esos miserables lo que valen los hijos de España.

Con efecto; los guerrilleros fueron colocados por *Francisquete* en la muralla, en los torreones del viejo castillo de Belmonte, en las casas, y comenzó con la aurora uno de esos combates gigantescos que apenas se conciben.

Casi todos los habitantes de Belmonte, espantados, se encerraron en sus casas, y sólo algunos, más resueltos, ayudaron á nuestros amigos en su lucha contra los imperiales.

Los guerrilleros de D. Francisco Sánchez sabían que no debían esperar cuartel, conocían la suerte que los aguardaba y luchaban como leones.

Francisquete, sereno y valiente, acudía á todos lados y en todas partes se hallaba.

No necesitaba animar á los suyos. ¿Para qué? Eran españoles, se trataba de combatir á los franceses, y esto bastaba.

Asaltaron los imperiales la muralla y mataron muchos los guerrilleros, pero eran los enemigos tantos, tantos, que al fin se hicieron dueños de ella y del castillo.

Toda la defensa se concentró en las calles de la villa y por último en la plaza.

Al ruído de las descargas siguió la lucha al arma blanca.

Los ojos de *Francisquete* y de sus guerrilleros despedían rayos, y de sus armas salía la muerte.

Perdida por D. Francisco Sánchez la escopeta, que había reventado en sus manos, servíase de un hermoso puñal de Albacete de anchísima hoja y de acerada punta.

Sus guerrilleros habían echado mano á las temibles navajas, y arrollando en su brazo izquierdo la oscura manta de cuadros, y manejando con la derecha el arma terrible, mantenían á raya á los imperiales.

Cada uno de los guerrilleros se veía rodeado por un círculo de enemigos que esgrimían en su contra las bayonetas y le disparaban los fusiles á boca de jarro, sin que aquellos hombres, acribillados de heridas, chorreando sangre, pensaran en ceder.

Algunos luchaban á brazo partido con los imperiales y hundían sus afiladas navajas en el cuerpo de un contrario para caer muertos á los golpes de ciento.

Francisquete, principalmente, hallábase

© Biblioteca Nacional de España

rodeado de enemigos y cubierto de heridas por las cuales manaba la sangre en abundancia, pero sus golpes inesperados, sus rápidas cuchilladas, sus tremendos tajos, llevaban la muerte al campo enemigo y causaban nuevas víctimas á los imperiales.

Aquella lucha no podía ser duradera, y no lo fué.

A la voz de un capitán francés sonó una descarga, y *Francisquete* cayó atravesado el pecho por algunas balas enemigas, pero no murió... ¡El cielo le tenía destinado á más horrible fin!

Preso *Francisquete*, y con él los escasos guerrilleros que habían logrado sobrevivir á aquella sangrienta hecatombre, los imperiales festejaron su triunfo con grandes muestras de contento.

A los dos días fué sacado al campo el valeroso D. Francisco Sánchez, cubierto de heridas, y fusilado, en unión de sus compañeros. Su último grito, grito en que iba toda su alma, fué un entusiasta ¡viva España! que repitieron sus guerrilleros y que los franceses ahogaron con el estruendo de las descargas y el redoble de los tambores.

Una vez muerto, los imperiales pisotearon el cadáver del intrépido guerrillero.

¡Miserables! ¡Levantárase D. Francisco Sánchez, y sus verdugos huirían de su vista como tantas veces!

¡Llorad, vírgenes de Iberia!

¡Derramad llanto á la memoria del heróico patricio; enlutad las trenzas de oro por el valeroso mancebo; vestid la negra gasa por el ínclito partidario, y tejed coronas de laurel para coronar su altiva frente!...

Pero ¡ah! no permanezcáis, soldados napoleónicos, cerca de su fosa...

Oid cómo ruge el león de España...

Mirad á los cuatro puntos del horizonte...

Ved cómo al Sur los guerrilleros de la Serranía de Ronda y de todas las provincias andaluzas vencen á vuestros compañeros.

Ved al Norte los triunfos de Mina y de Porlier sobre vuestros amigos...

Ved al Este y al Oeste las victorias de los españoles...

Y huid, huid pronto, si queréis salvaros de los guerrilleros de la Mancha, que no tardarán en tomar sangrienta revancha de la muerte de *Francisquete* y de sus valientes.

* * *

Prometimos, al anunciar nuestra obra, dar á conocer los hechos y relatar los servicios de ciertos patriotas, más ó menos relacionados con nuestros guerrilleros, pero siempre en lucha por la independencia, y esta es una de las ocasiones en que vamos á cumplir aquel ofrecimiento.

D. Salvador Sabater, que tenía su casa de comercio en Albacete y su residencia en Belmonte, fué uno de los españoles que más protegieron á los guerrilleros, y más trabajaron, y más sacrificios hicieron por la santa causa de la independencia, según cartas, oficios y documentos que tenemos á la vista, y que debemos á la exquisita bondad y acendrado patriotismo de la noble señora doña Amalia Martín y Sabater, sobrina del insigne D. Juan Martín el *Empecinado*, que hoy reside en la villa de Montijo (Badajoz), y á la cual ofrecemos desde estas columnas el tributo de nuestra más profunda gratitud.

En el año de 1810, dice D. Francisco Abad Moreno *(Chaleco)*, comandante de los *Húsares francos de Valdepeñas*, hablando del Sr. Sabater:

«Apenas salido á campaña para perseguir á los enemigos de la patria y del rey, se puso en comunicación conmigo D. Salvador Sabater, la que continuó hasta que los crueles enemigos evacuaron nuestro suelo, dándome siempre pruebas irrefragables de su acendrado patriotismo para la defensa de nuestra justa causa, facilitándome muchas noticias, que con espías me comunicaba, y á las que debí sucesos muy ventajosos.

En las varias veces que en mis principios frecuentaba el pueblo de Belmonte, me dió de donativo para ir uniformando mi partida 36 varas de paño azul y cinco de encarnado y algunas armas.

También me sacó de la corte, estando los enemigos en ella, una gran porción de galones de plata, clarines, monturas y demás pertrechos urgentes para mis escuadrones, que importaron más de 25.000 reales.

En fin, era el español en quien tenía más

© Biblioteca Nacional de España

confianza en la Mancha y provincia de Cuenca, dirigiéndome algunas veces por él, que me animaba á ser constante en la defensa de nuestra justa causa, como asimismo á mis oficiales y soldados.

Él mismo quiso varias veces venir á acompañarme en los combates, pero nunca lo permití, por serme muy útiles sus avisos y porque él propio se introducía entre los enemigos, por lo que siempre le he conceptuado acreedor á las más grandes recompensas.»

Al siguiente día del triste 13 de Octubre de 1811 en que fué sorprendido D. Francisco Sánchez *(Francisquete)* por las tropas francesas del general Darmañac, fué sorprendido igualmente su amigo y valedor D. Salvador Sabater, á quien el secretario de Darmañac mandó sacar toda su correspondencia y libros de caja, diciéndole que ya estaba informado el general de las comunicaciones que tenía con los jefes españoles, y de que había sido el protector de *Francisquete*, recogiéndole los libros y papeles que tenía en el cuarto-almacén y con ellos los últimos oficios y cartas de varios generales españoles, que no advirtió hasta reconocer otros que tenía ocultos de antemano.

Sin reparar en el riesgo á que se exponía, corrió D. Salvador á casa de D. Mateo Belmonte, donde se hallaba alojado el general Darmañac, encontrando tan sólo á la esposa de D. Mateo, la señora doña Jacinta Barcárcel y á una amiga que la acompañaba, doña Ignacia Ramos, pues Darmañac se hallaba fuera presenciando el fusilamiento de *Francisquete* y de sus guerrilleros.

Aprovechando tan buena ocasión rogó á doña Jacinta le permitiese entrar en el cuarto del general, y una vez en él, registró sus libros de caja, que estaban sobre la mesa, y sacó de ellos las cartas y oficios de varios jefes nuestros; pero al llegar á la antesala sintió los pasos del general y no tuvo tiempo más que para guardar precipitadamente los citados documentos.

Entró el general, y apenas le vió se dirigió á él y le dijo:

—¿Usted es sin duda Sabater?

—Sí, señor,—contestó D. Salvador.

—Pues aguarde V. aquí; voy en busca de ciertos papeles, y antes de quince minutos va V. á ser fusilado—dijo,—y desapareció.

En tal apuro, D. Salvador imploró el favor de doña Ignacia, la cual, guardando los papeles en el pecho que Sabater la entregaba, desapareció de la casa.

Tras un largo rato de mortal espera, apareció Darmañac, pero no habiendo hallado en el registro que hizo de los papeles de Sabater las pruebas que sin duda esperaba para realizar su terrible sentencia, se contentó con despedirle, amenazándole de muerte si continuaba protegiendo á los guerrilleros y comunicándose con los generales españoles como hasta entonces.

Salvado este peligro, el Sr. Sabater, que no era capaz de retroceder en su hermosa tarea, continuó su obra patriótica como siempre, según iremos viendo en los años sucesivos, mereciendo los mayores elogios de guerrilleros y generales, y haciéndose digno de las más altas recompensas.

* * *

Con fecha 11 de Junio de 1811, recibió la Junta Superior de la Mancha un parte del célebre guerrillero D. Pedro Fernández de la Muela, que mandaba á la sazón las partidas de D. Nicasio López Cierzo, teniente de la de Hernández *(El Abuelo)* y de D. Tomás Fernández, y el cual, habiendo reunido 150 manchegos de su partida el día 6 en la Huerta de Valdecarabanos, intentó sorprender la guarnición francesa de Aranjuez, lo cual no pudo conseguir por estar muy prevenidos los imperiales.

Entonces pensó, en unión de sus amigos, en el ataque de Consuegra, á cuya villa llegaron matando dos centinelas y entrando en la población, á pesar del fuego de artillería que les hizo el castillo.

Salieron al campo los franceses, en número de 500, con 80 caballos y dos cañones, y los nuestros salieron tras ellos, trabándose una reñida acción en la que perdieron los imperiales un oficial y más de 80 hombres.

* * *

Desde Elche de la Sierra (8 de Junio de 1811), envió á la citada Junta el comandan-

© Biblioteca Nacional de España

te D. Francisco Abad *(Chaleco)* el parte que trascribimos:

«Excmo. Sr.: Con la mayor satisfacción notifico á V. E. las ventajas conseguidas por las partidas de mi mando en la tarde del día de ayer en las inmediaciones de la villa de la Solana.

Después de haberme presentado en dos ocasiones á la vista del enemigo con sólo la fuerza de 10 caballos, me propuse por tercera vez burlar su vigilancia y sacarle al campo, haciéndole creer que con la misma volvía á provocarle.

Con estas miras, habiendo dividido mi fuerza de 150 caballos en tres divisiones, me adelanté con ocho caballos hasta las murallas de la villa y desafié al enemigo. Este, viéndose tan superior, salió en dos columnas con intención de cortar la retirada á mi guerrilla. Esta se replegó, según mis



D. FRANCISCO ABAD Y MORENO (CHALECO)

órdenes, atrayéndolos al punto destinado. Pero mi división de la izquierda malogró en parte la operación, porque poseída de un ardor excesivo cargó sobre ellos á golpe de sable, poniéndolos en vergonzosa fuga hasta su mismo fuerte, y á un sargento hasta las tapias de la Membrilla, donde fué hecho prisionero por el soldado Alfonso Barchino.

Reforzados ellos por 200 caballos me retiré, dejando en el campo 19 cadáveres enemigos, y llevándome dos prisioneros, nueve caballos, con otros tantos sables, pistolas, etcétera. Por mi parte no hubo más pérdida que la de un caballo herido.

Campo del honor, 19 de Mayo de 1811.»

El comandante Abad avisaba al general Castaños que después de haber escaramuceado, de acuerdo con el comandante Ulloa, por la retaguardia á una columna enemiga, se dirigió á Alcaráz el 25 de Agosto (1811) y trató de atacar un convoy en el camino real de Andalucía á Madrid, no habiéndolo podido verificar por su numerosa escolta de caballería é infantería, pero sí los escarmentó.

© Biblioteca Nacional de España

Veamos sus nuevas hazañas.

El 14 de Octubre reunió Abad, en la villa de Puertollano, las fuerzas de los guerrilleros D. Alejandro Fernández, D. Francisco Laso de la Vega, D. Juan Gómez y el presbítero D. Fernando Cañizares, compuestas respectivamente de 50, 80, 30 y 50 caballos, saliendo inmediatamente con ellos y los suyos, que ascendían á 260 caballos, para Santa Cruz de Mudela, con ánimo de obligar á los imperiales á que abandonasen el fuerte en que se encerraban, lo que no pudo lograr.

En vista de ello, marchó con alguna tropa al pueblo, dejando al cura Sr. Cañizares cubriendo con su gente el camino de Valdepeñas; á la de D. Francisco Laso, al mando del sargento mayor D. Miguel Bailo, en el del Moral; y á las partidas de Fernández y Gómez en otras avenidas, con orden á todos de acudir al punto en que fueran necesarios.

Quedó Abad con algunos hombres frente al fuerte, desde el cual los imperiales les hacían un gran fuego, por lo que mandó desmontar 60 ginetes y dispuso que mientras la mitad respondía á sus disparos procurasen los otros, con instrumentos adecuados, derribar la muralla que lo cercaba.

Ya llevaba bastante adelantada la obra cuando recibió aviso de que por el camino del Visillo venía sobre Santa Cruz una columna de infantería y caballería, contra la cual se dirigió, al frente de sus dos escuadrones, abandonando por el momento la empresa, ordenando al sargento mayor Bailo que la atacase por el flanco derecho, al par que uno de sus escuadrones lo hacía por el izquierdo y el otro por el centro.

Los franceses, temerosos, se parapetaron en una altura rompiendo el fuego todos sus infantes, que ocupaban la primera línea.

Abad los embistió con gran empuje, obligando á la infantería á guarecerse tras de la caballería, que á su vez buscó un apoyo en un corral próximo de ganado.

La lucha fué corta pero sangrienta, y al fin toda la infantería se rindió á nuestro héroe, en tanto que los dragones fiaban su salvación á la velocidad de sus caballos; pero esta esperanza salió en gran parte fallida, pues más ligeros los de Abad emprendieron su persecución, logrando matar 15 y coger heridos y prisioneros los restantes con un capitán, que pertenecía al regimiento de dragones núm. 13.

El total de enemigos muertos fué de 20 y de 50 los prisioneros, entre ellos el referido capitán, dos oficiales del regimiento de Nassau, y cogiendo además varios caballos, armas, monturas y equipos.

Regresó Abad al fuerte intimando la rendición á los imperiales que le ocupaban, á lo que se negaron. Entonces mandó 50 hombres sobre el primer cerco ó muralla que defendían 60 franceses, los cuales, al ver la intrepidez de los nuestros, se retiraron á la segunda muralla al abrigo de su artillería.

Abad, que carecía de ella, no queriendo perder el fruto de su victoriosa jornada, y deseando proporcionar algún descanso á sus guerrilleros, abandonó el cerco del fuerte sin otra pérdida que la de un hombre muerto y un caballo herido.

En su parte á la Junta, fechado en el Viso del Marqués á 14 de Octubre de 1811, hace Abad muchos elogios de sus guerrilleros.

Al ver el ardor con que éstos acogieron al siguiente día su proyecto de pasar á Valdepeñas en busca de los enemigos, salió inmediatamente, llegando á las inmediaciones de esta villa á las ocho de la mañana del 17.

Con una avanzada de 13 caballos intentó hacer salir á los imperiales del fuerte, sin poder conseguir su intento. Decidido á todo, ordenó Abad la entrada de dos escuadrones por las calles de Valdepeñas; trataron de oponérseles los franceses que ocupaban la villa, pero nuestros guerrilleros mataron 23 y los imperiales corrieron á guarecerse en el fuerte con sus compañeros.

Abad permaneció en Valdepeñas todo el día 17, retirándose el 18 al Moral de Calatrava, declarando que desde el primer oficial al último guerrillero eran dignos del mayor elogio.

Avisado al anochecer del 18 de que se veían nubes de polvo por el camino de Valdepeñas, salió del Moral con sus fuerzas á tomar las medidas oportunas por si era el enemigo.

Con efecto; eran los franceses de Valdepeñas que, reunidos con varios destacamentos

© Biblioteca Nacional de España

de Infantes, Almagro y otros puntos, con más la partida del infame D. Antonio Porras de 80 caballos montados por *juramentados* españoles, mandados por el *renegado* D. Pedro Velasco, intentaban una sorpresa al abrigo de la noche.

Las avanzadas nuestras se replegaron en el centro.

Llegó la noche.

Vinieron los guerrilleros á las manos con la primer columna enemiga, compuesta de granaderos de á caballo; sólo los sables de éstos, por la luz que reflectaban, informaron á Abad de quiénes eran.

Oigámosle á él mismo:

«Divididos los enemigos en tres columnas, destinaron una á que se introdujese en el pueblo por la derecha y parte superior, saliendo de él por un sitio que llaman calle del Arco de Almagro, y dirigiéndose, según informó la tropa del teniente coronel Laso, que al efecto tenía situada en aquel y otros varios puntos, á tomar la retaguardia de mis columnas, lo que me obligó, por ignorar el número y operaciones del enemigo, á mandar volver caras después de haber destrozado completamente toda la primera columna con la que dije me encontré, pues el polvo, la oscuridad y el terreno tan escabroso, lleno de curvas, zanjas, pozos y norias, que ocasionó varias desgracias, ofrecía el mayor terror y espanto, al punto que, confundidos y revueltos unos con otros, volviendo caras en retirada, así ellos como yo, se vieron incorporados y en formación varios franceses en las columnas españolas, y lo mismo de éstos en las de aquéllos, hasta que el silencio de unos y el idioma de otros informaban de quiénes eran. De aquí resultó que muchos que ya eran prisioneros lograron escapar, y otros que en un principio conservaron la vida, la perdieron después por su descubrimiento.

Por último, me ví obligado á retirarme, usando para ello de más de un camino, pues á más de lo que dejo expuesto de las tinieblas de la noche, las viñas y olivares no permitieron guardar la debida formación.

Al enemigo, disperso la mayor parte, le sucedió lo mismo, pues muchos de ellos, principalmente los de la partida de Porras, entraron aquella misma noche en Valdepeñas, Manzanares y otros caseríos.

Yo dejé una parte de mi tropa á la vista del campo de batalla, para que observase, en lo posible, las operaciones del enemigo, al que vieron salir antes del amanecer con varios faroles por el campo á recoger sus muertos y heridos, dejando en los sitios más públicos los que encontraron míos.

Por último, el resultado de esta acción ha sido perder el enemigo 87 hombres, de ellos 58 muertos y los restantes heridos gravemente; las nuestras siete muertos de bala, seis que tuvieron la desgracia, por la oscuridad, de caer en las norias, y cinco prisioneros.

Aunque perdimos 18 caballos, se recogieron al día siguiente en los olivares, con más 40 de los franceses que se hallaban abandonados.

Al paisanaje le impusieron pena de la vida si salían del pueblo, para que no viesen su pérdida; pero al retirarse para Almagro cargaron seis carros de heridos, de ellos varios sugetos de bastante graduación.

Igualmente que en las anteriores, recomiendo á V. E. la conducta y valor de mis oficiales y soldados, pues cada día se aventajan más y más hacia la destrucción del enemigo y honor de las armas españolas.

Puertollano, Octubre 19 de 1811.»

En el mes de Agosto, unido al comandante militar de la Mancha, D. José Martínez de San Martín, escarmentó reciamente don Francisco Abad á los franceses en la Osa de Montiel, cogiéndoles bastantes provisiones y efectos.

El 8 de Noviembre aprisionó 48 dragones en las inmediaciones de Santa Cruz de Mudela, y á los pocos días otros tantos *juramentados* muy cerca de Ciudad Real.

D. José Martínez de San Martín.—D. Juan Baca y D. Eugenio Sánchez.—D. Eugenio Fernández.—Orovio, Llacer y Canales.

La columna francesa de Infantes, compuesta de 350 infantes, 110 caballos, un cañón de campaña y un obús, mandada por el barón Kruse, entró el 4 de Agosto en Villarrobledo, pidió 100 carros con 10 costales

© Biblioteca Nacional de España

cada uno, y con ellos, y otros 200 que ya traía, pasó el 5 á la villa de San Clemente, Minaya y otros pueblos, cargándolos de trigo y regresando á Villarrobledo para salir hacia La Roda, á cuyo pueblo había exigido 2.000 fanegas de trigo, y de allí á Barrax y luégo á Infantes.

Mientras el enemigo se dedicaba á realizar estos verdaderos saqueos, el coronel don José Martínez de San Martín, comandante militar de la Mancha, formaba el plan de destruirlos.

Para ello reunió 400 infantes del *Regimiento de Guadix*, 100 *Lanceros de Alcaraz*, 120 de *Fernando VII* y 200 hombres de la partida de D. Francisco Abad, y se situó en las inmediaciones de Villarrobledo en la madrugada del 7.

Los franceses, que caminaban hacia Infantes, se hallaron detenidos en las orillas del Cércoles por las avanzadas de San Martín y atacados tan bravamente, que se vieron forzados á colocar su artillería en el montecico de Corta-piernas. Entonces San Martín ordenó que la infantería los acometiese á la bayoneta, y ésta lo efectuó con tanto ardor que los imperiales fueron completamente derrotados. Esta acción les costó cerca de 200 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, dos cajas con municiones, 300 carros cargados de grano y otros efectos, equipaje y despensa de Kruse. Las nuestras ascendieron á 40 hombres muertos y heridos.

* * *

D. Juan Baca y D. Eugenio Sánchez eran otros dos guerrilleros de la Mancha dignos por su valor y patriotismo del mayor elogio, que servían á las órdenes de D. Francisco Abad.

Conocedores de los delitos y crímenes de que se acusaba á D. Benito María de Ciria, capitán retirado y corregidor por el rey intruso de la ciudad de Almagro, decidieron apoderarse de este mal español, mas para ello era preciso antes apoderarse de Almagro, ocupada por los imperiales. No vacilaron, sin embargo, nuestros dos jóvenes, y poniéndose Baca al frente de algunos *Húsares francos* de la partida de su jefe D. Francisco Abad, y Sánchez á la cabeza de un grupo de guerrilleros, atacaron la guarnición francesa de Almagro. La resistencia fué larga y porfiada, pero así el triunfo de los nuestros fué mayor. Tomada la población después de causar á los enemigos muchos muertos y heridos, Sánchez se apoderó del *famoso* Ciria, que tenía atemorizada la comarca con sus tiránicas órdenes y sus viles infamias en pro del intruso José, y el cual fué sentenciado á muerte el día 29 de Setiembre de 1811 por un consejo de guerra, en castigo de los muchos españoles que él había condenado (1).

* * *

D. Juan Antonio Orovio, comandante del escuadrón *Valerosos de Torralba*, que pasó á las Andalucías á resucitar el valor español, llegó el 21 de Setiembre á Gorgogil con ánimo de sorprender la guarnición francesa de Bailén, lo que al fin realizó.

* * *

En las acciones sostenidas el 25 de este mes en Ciudad-Real por el escuadrón de *Leones Manchegos*, que capitaneaba D. León Llacer, y el de *Dragones manchegos de la Romana*, á las órdenes de D. Francisco Laso de la Vega, murieron gloriosamente Llacer y el ayudante D. Juan Canales, si bien los nuestros, en desquite, mataron 12 granaderos y encerraron á los franceses en el hospicio de aquella población.

D. Manuel Hernández (El Abuelo).—Formación de las guerrillas y situación del país.

Veamos cómo se formó la guerrilla de don Manuel Hernández *(El Abuelo)*, cuya avanzada edad no fué un obstáculo para que se lanzara al campo y resistiera todas las fatigas de aquella penosa lucha, y, con ligeras variantes, verá el lector reseñada la historia de casi todas.

La noticia del triste fin de D. Francisco Sánchez *(Francisquete)* fué traída por unos arrieros á Madridejos, pueblo en que habi-

(1) Díaz Baeza.

© Biblioteca Nacional de España

taba el Sr. Hernández, y causó en todos los vecinos la mayor sorpresa é indignación.

El *Abuelo,* que gozaba de cierto prestigio en la villa por su posición social y por su ilustración, algo mayor de la que entonces poseían generalmente los pequeños propietarios, dejó oir su disgusto á varios amigos y colonos de sus tierras al salir el domingo de la misa mayor.

Aquella misma tarde, hallándose tomando el chocolate en compañía de su buen amigo el vicario, del médico, del alcalde, del escribano y del dómine, se le presentó uno de sus criados más antiguos, viejo como él, el tío Antón, á manifestarle que si su mercé se atrevía á lanzarse al campo y á guiarlos al combate, los hijos de Madridejos estaban dispuestos á salir á campaña para vengar la inícua muerte de *Francisquete* y defender la patria.

D. Manuel Hernández, que era todo un hombre, á pesar de sus años, y un buen patricio, no vaciló en decir que sí, y para el mejor logro de la empresa reclamó el auxilio de sus amigos presentes, que se lo ofrecieron de todo corazón, viéndose unidos para la noble empresa de acudir en defensa de la patria al pueblo, representado por el tío Antón, el criado del *Abuelo;* la religión, por el señor vicario; la ciencia, por el médico y el dómine; la clase media, por el escribano, y la aristocracia, por Hernández.

Antes de proceder á nada, el *Abuelo* decidió dar una vuelta por la villa, en unión de sus amigos, á fin de conocer el estado de los ánimos, en compañía del tío Antón.

En la Plaza Mayor de la villa encontró D. Manuel Hernández numerosos grupos que aguardaban impacientes su respuesta; hombres de rostro atezado, anchas espaldas, fuertes músculos, manos callosas y alta estatura, como lo son generalmente los hijos de la provincia de Toledo. Envueltos en la fuerte manta y algunos cubiertos por la ancha capa, porque el frío era intenso, perora-ban entre ellos con grande calor.

La presencia del tío Antón, acompañado del *Abuelo* y de sus amigos, les hizo comprender que el Sr. Hernández accedía á formar la guerrilla y ser su jefe, y ya se disponían á vitorearle cuando el tío Antón se adelantó é impuso silencio, mientras el *Abuelo*, el cura, el alcalde, el médico y el dómine se alejaban por la calle principal de la villa, que forma la carretera que va de Madrid para Andalucía y era el paseo ordinario de los habitantes de Madridejos.

Los sencillos labriegos no comprendían que tales precauciones eran necesarias, siendo Madridejos una de las poblaciones más frecuentadas por los imperiales, los cuales tenían allí cerca, en Tembleque, una numerosa guarnición, y contando éstos, por desgracia, con algunos auxiliares en la villa.

Bien pronto el tío Antón, que se había unido al Sr. Hernández, volvió á la plaza y comunicó á los grupos la orden del *Abuelo* de reunirse, con las armas y municiones que cada uno pudiera recoger, á las doce de la noche á la salida del pueblo en el puente que cruza el río Valdespino.

Desde las diez ya comenzaron á aparecer algunos hombre, que más que séres parecían fantasmas, en el lugar de la cita.

Las doce acababan de dar en el reloj de la iglesia parroquial, cuando apareció el tío Antón, montado en un buen caballo, y detras D. Manuel Hernández, ginete en un magnífico alazan, seguido á corta distancia por el alcalde, el cura, el escribano, el médico, el domine y algunos criados de su casa que traían del diestro dos poderosas mulas cargadas de armas y municiones.

Llegados al puente, el tío Antón ordenó que todos se reunieran en un gran olivar que había á la izquierda.

Allí, al claro resplandor de la luna, que iluminaba con sus reflejos la escarcha que cubria el suelo, pudo verse el cuadro que presentaba la naciente guerrilla.

Algunos jóvenes estudiantes en Alcalá, en Toledo y en Ocaña, pertenecientes á familias bien acomodadas, se mostraban ginetes en buenos caballos y armados de excelentes escopetas de la fábrica de Madrid.

Mozos alegres, hijos de propietarios ricos, montados en gallardas mulas de paso, empuñando el retaco de seguro tiro.

Labradores y colonos, de regular posición, envueltos en las mantas y bajo el brazo el temible trabuco.

Unos pocos licenciados del ejército, lu-

© Biblioteca Nacional de España

ciendo al cinto el viejo sable, en la cabeza el antiguo morrión y sobre los hombros la raída casaca.

Algunos guardas de campo, con el cuchillo en la bandolera y la tercerola en la mano, al lado de unos cuantos cazadores furtivos, que ceñían orgullosos la canana llena de cartuchos y la fiel escopeta.

El resto eran braceros del campo, trabajadores de las próximas canteras, leñadores y carboneros de los cercanos montes, tejedores de la fábrica de estameñas finas, obreros de los tejares inmediatos, que no presentaban otra cabalgadura que sus piernas de acero, ni otras armas que los útiles ó herramientas de su oficio, trabajo ú ocupación.

Había allí de todo; jóvenes y viejos, sábios é ignorantes, señores y gente pobre, hombres armados y hombres sin armas, ginetes é infantes, militares y paisanos, hasta uno de los curas de la parroquia y el cirujano de la villa, decididos á formar parte de la guerrilla y á morir por la patria.

Apenas llegado el Sr. Hernández y sus amigos, todos formaron círculo en su derredor, colocándose en el centro las mulas car-



FORMACIÓN DE LA GUERRILLA DEL SR. HERNÁNDEZ (EL ABUELO)

gadas de armas y municiones que el *Abuelo* había traído, suministradas por algunos vecinos pudientes de Madridejos, á los que su edad, su familia ó sus achaques, no les permitían salir á campaña, pero que deseaban coadyuvar á la obra común.

El Sr. Hernández, ayudado por el tío Antón y sus amigos, fué repartiendo las armas y las municiones á los que carecían de ellas.

Así que todos estuvieron armados mejor ó peor, pues los que deseaban empuñarlas eran más que las armas reunidas, y de ofrecer el *Abuelo* que las primeras cogidas á los franceses serían para ellos, ordenó que los ginetes pasaran á un lado, formando de su guerrilla dos partidas, la una compuesta de los infantes y la otra formada por la caballería.

En tal disposición, el vicario tomó la palabra:

—¿Aceptáis por vuestro jefe y guía, libre y espontáneamente, según le participásteis esta tarde, á vuestro convecino y amigo don Manuel Hernández?

—Sí,—respondieron todos.

—¿Juráis obedecerle como á vuestro capitán?

—¡Sí, juramos!

—¿Juráis defender la santa religión de

© Biblioteca Nacional de España

vuestros padres, la independencia de la patria y el trono de nuestro señor rey D. Fernando VII?

—¡Sí, juramos!

—¿Juráis combatir en toda hora y ocasión al francés enemigo, sin que os arredre su número, sin temor al frío, al calor ni á las privaciones?

—¡Sí, juramos!

—Si así lo hiciéreis, que el Dios del cielo os lo premie, que el santo arcángel San Miguel, capitán de las milicias celestiales, y el santo apóstol Santiago, auxiliar de nuestros antiguos ejércitos, vayan en vuestra compañía y peleen á vuestro lado.

—¡Así sea!

—Y ahora, de rodillas,—exclamó el señor Hernández.—Bendecidnos, señor.

Todos los guerrilleros se arrodillaron.

El vicario alzó la mano derecha, y formando con ella la señal de la cruz, la elevó tres veces sobre las cabezas de aquellos leales españoles, diciendo:

—¡Yo os bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

—¡Amén!

Terminadas estas ceremonias, el Sr. Hernández estrechó la mano de sus amigos, algunos guerrilleros se despidieron de sus ancianos padres, de sus hermanos pequeños y de algunas valerosas mujeres que se habían empeñado en acompañarlos.

Llegó la hora de partir y la guerrilla se puso en marcha, delante la caballería y detrás los infantes, marchando á la cabeza el Sr. Hernández, que llevaba á su lado al tío Antón, como segundo jefe de la partida, encaminándose por terreno desigual y lleno de pendientes hacia la sierra de Manciporra, en tanto que sus parientes y amigos regresaban á Madridejos.

Así se formaban las guerrillas que iban luégo engrosando los parientes y amigos de los que primero habían salido á campaña y los vecinos de los pueblos que cruzaban, llenando de este modo los huecos que las balas francesas iban dejando en sus filas.

* * *

No todas se organizaban con tantos elementos, y algunas carecían de todo.

La mayoría se formaban más sencillamente.

La del *Empecinado*, al salir al campo, se componía de él y de sus dos primos.

La de Merino, de él y su criado tan sólo.

La de Javier Mina, de un grupo de jóvenes.

La de Jáuregui, de él y cinco compañeros.

Pero si en algunas faltaba el número, en todas sobraban el valor y el entusiasmo.

Muchas de ellas elegían nombres pomposos, tales como *Leones Manchegos*, *Invencibles Castellanos*, *Cruzada Nacional*.

En todas se notaba un alto espíritu de justicia, de honradez y patriotismo.

Y cuenta que su vida no podía ser más azarosa ni más ruda.

Unas veces caminando por polvorienta carretera y otras por húmedas y peligrosas sendas; ahora por llanuras abrasadas y luégo por altos picos cubiertos de nieves; una hora por entre espesos matorrales é impenetrables bosques, y otra por lugares descubiertos y expuestísimos para ellos.

Si un día lograban dormir en poblado y bajo techo amigo, la mayoría de las noches las pasaban á la intemperie.

Escasos de municiones, se veían forzados á emplear para la carga de sus armas el hierro de las varillas de las cortinas y hasta el plomo de las pesas de los relojes.

Para un día en que comían regularmente, porque la suerte les proporcionaba raciones para ellos, y pienso para sus caballos, una gran parte del tiempo lo pasaban llenos de hambre y de privaciones.

Si caían heridos no contaban con otra cama que una vieja piel en una oscura cueva, ni con otro médico que algún pobre pastor que creía entender algo de medicina para los ganados.

Pero sin pan y sin abrigo, ora con el calor de Julio ó con los fríos de Enero, sin lecho y sin familia, por la mañana derrotados y por la tarde victoriosos, pero nunca domados, para los guerrilleros no había otro descanso que el pelear, ni otro enemigo que Napoleón, ni otro ideal que la independencia patria.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Los pueblos.

De muchos de ellos se fugaban los habitantes á la proximidad de los enemigos.

En otros la mayoría de los hombres y aun de las mujeres, como en la serranía de Ronda, se hallaban en el monte luchando por la independencia, habiendo llevado consigo todo cuanto poseían de algún valor.

Si una guerrilla entraba en un pueblo, al parecer abandonado, no tardaban en llegar sus moradores, avisados por algún vecino que hacía de vigía en alguna elevada altura ó en la torre de la iglesia, los cuales compartían con ellos lo poco que los franceses en sus contínuas excursiones, ataques y robos, los habían dejado.

No era difícil encontrar una población gobernada por una mujer que hacía las veces de alcalde, en tanto que su marido ó su padre capitaneaba una guerrilla no lejos de allí, guerrilla que, de improviso, avisada por la alcaldesa, caía sobre los franceses y los aprisionaba.

En algunos pueblos quedaban los ancianos y los impedidos, y ocurría algunas veces que no eran tan ancianos como parecían los unos, ni tan inútiles como aparentaban los otros, y que tan ligeros como patriotas, abandonaban el pueblo disimuladamente y corrían á participar á los guerrilleros la llegada de los imperiales al pueblo, su número y sus medios de combate.

Toda posada y toda venta eran un ojo abierto para los guerrilleros, pues desde la posadera al mozo de la venta, desde el pasajero al ordinario, desde el mesonero al niño que sacaba las caballerías á beber agua al pilón del patio ó al cercano arroyuelo, todos eran espías, amigos y valedores de nuestros partidarios; y en muchas ocasiones la moza de la venta aderezaba al propio tiempo la cena del jefe de la guerrilla y la del oficial francés, que pernoctaba con su destacamento en el mesón, y el ama arreglaba á la par la cama del jefe de los imperiales y la del que hacía cabeza de nuestros partidarios, y el mozo de la cuadra echaba pienso al caballo del servidor de Napoleón y al del patriota español, y el dueño de la posada entonaba á la guitarra canciones que eran un aviso y una seña.

Por los caminos solían encontrar los franceses arrieros que, al parecer, sólo se cuidaban de su tráfico y hasta maldecían á los guerrilleros porque los impedía vivir en paz con los señores franceses y hacer su negocio, y que luégo resultaban amigos de los partidarios de España y sus mejores valedores.

También solían ver los imperiales leñadores que en el monte sólo se ocupaban de cortar leña, trabajadores en el llano muy embebidos en su tarea, mendigos que recorrían los caminos pidiendo una limosna con lastimera voz, hortelanos que entraban en los pueblos á vender sus mercancías, santeros que recorrían las casas pidiendo para la imagen de su santuario, lo cual no impedía que leñadores, labriegos, mendigos, hortelanos y santeros no fueran lo que parecían, sino espías de nuestros guerrilleros y muchos de ellos guerrilleros también.

Situación de José.—Su gobierno y sus decretos.—Los afrancesados.

La posición de José era insostenible.

Juguete de su hermano, que le había obligado á abandonar el trono de Nápoles por el de España; rechazadas sus proposiciones de arreglo por la Junta Central, primero, y por la Regencia, después; sometido á la autoridad de su hermano, que disponía á su antojo de la nación á cuyo frente le había puesto; esclavo de los ministros y de los generales de Napoleón; encerrado tras de los muros de la capital, y no pudiendo recorrer las frondosas alamedas de la Casa de Campo sin exponerse á caer prisionero de nuestros guerrilleros; privado de asistir á los toros, para no oir que los espectadores animaban al torero contra el toro, gritando:—*¡Anda con él, que es gabacho!* y de acudir al teatro para no escuchar los vivas á Fernando, dados con cualquier pretexto, su situación no podía ser más crítica.

Quiso un día conocer al hijo del corregidor de Madrid, D. Dámaso de la Torre, de cuyo talento le habían hecho grandes elogios, y su padre lo llevó á Palacio vestido con el uniforme de la *Guardia cívica*, creada por el mismo José, quien luégo de acari-

© Biblioteca Nacional de España

ciar á Carlitos, niño de siete ú ocho años, le dijo en su extraño y peculiar lenguaje entre francés é italiano:

—*¡Oh bravo, bravo enfant! ¿É per qué tienes tú qüesta spada?*

—Para matar franceses,—dijo resueltamente el niño.

El corregidor, queriendo arreglar la imprudencia de su hijo, exclamó balbuciente:

—Señor, perdone V. M... Cosas de chichos... Lo que oye á los criados y á toda la gente...

Con cuya respuesta lo echó más á perder, haciendo ver al intruso lo que el pueblo pensaba.

Su afición á la molicie y á los placeres le presentó como ébrio y disoluto; el lente que gastaba en el ojo izquierdo, como tuerto; su genio afable y su carácter comunicativo, como charlatan y farsante, haciéndole objeto de burlas, de sátiras y caricaturas, resultando que José más que un monarca odiado fué un rey escarnecido.

Pretendió rejuvenecer y ensanchar Madrid, ordenando el derribo de varias casas que ocupaban con el jardín llamado de la *Priora* todo el espacio que hoy abarca la plaza de Oriente, así como algunos conventos y manzanas de casas viejas para formar plazuelas, y sólo alcanzó que el pueblo le bautizase con el gráfico nombre de *Rey de las plazuelas*.

No seremos nosotros, á fuer de escritores imparciales, los que neguemos lo bueno que José y sus ministros Urquijo, Cabarrús, Almenara, Ofarrill, Mazarredo, Azanza y Piñuela realizaron: la supresión de la Inquisición y del Consejo de Castilla, los derechos señoriales, las aduanas interiores, el tormento, la horca, las baquetas, y las comunidades regulares de hombres en general; ni el establecimiento de la nueva división territorial, de la guardia cívica, del colegio de niños huérfanos, del conservatorio de Artes, de la Bolsa, del tribunal de comercio, del Museo de pinturas con las que adornaban varios palacios reales y conventos; del reglamento de teatros y de la traída de Maiquez de Francia, donde se hallaba emigrado por su participación en el 2 de Mayo, y de los enterramientos fuera de las iglesias.

Fuera de Madrid dispuso la formación de un Museo en el Alcázar de Sevilla, la restauración de la Alhambra de Granada y conclusión del palacio de Carlos V.

Todas estas medidas, tan beneficiosas para el país, le atrajeron á hombres de la valía de Moratín, Silvela, Meléndez Valdés, Salas, Burgos, Cambronero, Hervás, Reinoso, Viegas, Marchena, González Arnao, Melón, García Suelto, Amorós, Centeno, Badía, Lista, Hermosilla, Muriel, Estala, Miñano, Llorente y otros muchos, que, poco satisfechos de la conducta de Fernando, buscaban para su patria no un hombre que como hijo se rebelase contra sus padres, como príncipe abandonara su trono, como español se mofara de sus compatriotas y como rey pretendiese hacerlos vivir la oscura vida de la ignorancia y de la tiranía, sino un príncipe liberal é ilustrado que sacase á España del oscurantismo y la postración en que vivía.

A estos hombres se los llamó *afrancesados* sin reflexionar que no eran partidarios de Napoleón, ni de José, sino de las ideas liberales de la Enciclopedia, de la Revolución y de la República francesa, que les valió la emigración y la muerte en extranjero suelo por el odio que Fernando profesaba á esos principios; mientras que los verdaderos *afrancesados*, que nosotros llamaríamos *napoleónicos* ó *josefinos*, sólo buscaban su medro personal sirviendo hoy á Carlos, mañana á Fernando, pasado á José; aquellos ministros, jueces, nobles, clérigos, oficiales *juramentados;* el jefe de policía *Arribas*, el intendente *Satini*, el comisario *Angulo*, las Juntas Criminales, las Comisiones militares, los intendentes de las provincias, los corregidores, los alcaldes, los espías, todos aquellos que hacían confiscar los bienes, ó encerrar en un calabozo, ó subir á un cadalso á sus compatriotas tan sólo por su parentesco con los diputados de Cádiz, por sus cartas á los emigrados, por su conocimiento con los guerrilleros.

Entre los malos actos realizados por el ministro de Hacienda de José, Cabarrús, citaremos la creación de las famosas *Cédulas hipotecarias*, especie de *asignados* franceses que, al ser cangeados por los Vales Reales y todos los demás valores fiduciarios, sufrie-

© Biblioteca Nacional de España

ron la depreciación consiguiente y produjeron la ruina de la Caja de Consolidación, del Banco de San Carlos, de las Compañías de los Cinco Gremios, de Filipinas, de la Habana, de la Villa de Madrid y demás establecimientos que guardaban y sostenían la fortuna nacional; los onerosos impuestos; el acaparamiento de los granos arrebatados arbitrariamente á los cosecheros para crear alhóndigas. Todos estos actos, nublando las buenas disposiciones del gobierno de José, cuyo pecado original era la usurpación y la imposición, le hicieron de cada día más aborrecido.

Hé aquí algunas cartas á Napoleón, interceptadas, que traducen fielmente el estado de ánimo de José:

«Madrid 24 de Marzo de 1811.

Señor: Mi salud, deteriorada en diez días, me obliga á dejar este país para procurar mi restablecimiento en el seno de mi familia.

El aire moderado de Morfontaine y la tranquilidad de espíritu me devolverán, quizá, mi antigua robustez.

Mi presencia es aquí en el día completamente inútil; en París yo me conformaré con los deseos de V. M. á quien suplico crea que en buena ó mala salud, en buena ó mala fortuna, V. M. no tendrá jamás persona que le sea más sinceramente afecta. Rey ó vasallo, siempre seré el mejor amigo, el más fiel servidor y el más amante hermano de V. M., y sabré en los términos que V. M. quiera amarle en silencio sin importunarle con la expresión de los sentimientos que niega y que quizá desecha.

De V. M. amigo y hermano.—*José.*»

Aprovechando la feliz coyuntura de haber nacido á su hermano un hijo de su nueva esposa, la archiduquesa María Luisa, que recibió el título de *Rey de Roma*, y para tentar el último recurso salió de Madrid con dirección á París el 23 de Abril de 1811, acompañado de sus ministros D. Luis Urquijo y D. Gonzalo Ofarrill y con una escolta de 2.000 hombres.

Aunque el pretexto era felicitar á su hermano por el nacimiento del rey de Roma, esperaba lograr de Napoleón su soñada independencia, sin comprender que su hermano no había de acceder á tal pretensión: de suerte que José, luégo de asistir al bautizo de su sobrino, que tuvo lugar el 9 de Junio, regresó á Madrid el 19 de Julio adormecido con palabras ambiguas.

En el mes de Agosto recibió José del príncipe de Wagran, ayudante de Napoleón, la carta que hemos copiado anteriormente, según la cual

...«El emperador ha decidido reunir la Cataluña al imperio francés, aunque no esté sometida, y aunque tenga necesidad de conquistarla lugar por lugar.». . . . . .

Al leerla, José, recordando los ofrecimientos de su hermano en París, pudo exclamar como Hamlet, en el famoso drama de Shakespeare:

«¡Palabras, palabras, palabras!»

Entonces dirigió á su esposa una carta, cuyo contexto desconocemos, pero que puede colegirse de la respuesta de ella, que vamos á copiar y que fué interceptada por nuestros guerrilleros.

«Morfontaine 22 de Setiembre de 1811.

Mi buen amigo: recibo tu carta de 7 de este mes, en que me dices que hallándote muy contrariado *por la falta de dinero y de tropas*, deseas que no me ponga en camino para Madrid.

Me conformaré, pues, amigo mío, con tu voluntad, pero bien sabes que con mucho sentimiento mío veo retardarse todavía el momento de nuestra reunión.

Mis hijos gozan de buena salud; tenemos mal tiempo; hace seis días que hace frío y llueve. Adios, querido amigo, te abrazo; no dudes nunca del muy tierno afecto de—*Julia.*»

Por estas cartas se ve claramente que José, comprendiendo todo lo grave de su posición, sólo pensaba en abandonar nuestra España.

Apartemos nosotros la vista del intruso, abandonemos á Madrid, su forzada capital, y corramos en busca del Gobierno legítimo y de las Cortes soberanas en la Isla gaditana, llamada con justicia la capital de España, en la cual veremos ocurrir sucesos de la mayor importancia para la causa nacional.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO IV

LA ISLA GADITANA

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LA ISLA GADITANA

La Isla gaditana (1).—Cádiz: Ojeada retrospectiva.—Méritos y servicios de las gaditanas y los gaditanos.—Un duro escarnecido y un soneto admirado.—Frailes artilleros.—Manifiestos de José.—Defensas de Cádiz.—D. Juan E. Sánchez de la Campa.—El marqués de Palacio y sus coraceros.

La voz Isla gaditana—dice un ilustrado autor,—aunque muy propia, sólo empezó á ser usada en la época de la guerra de la Independencia. Antes, la ciudad de Cádiz, no daba nombre á la Isla, y la población, hoy ciudad de San Fernando, era llamada Isla de León, con el aditamento de Real. La isla geográfica dividida de la tierra firme por un brazo de mar, sobre el cual corre el puente de Suazo, no tenía nombre.

Cádiz, de cuya ciudad vamos á ocuparnos muy especialmente, era en los comienzos del siglo XIX una población por todo extremo rica, culta y floreciente; pues si bien la guerra de España con la Gran Bretaña, á que nos arrastró Napoleón y que duró desde el año 1796 á 1802, cerró su puerto á los valiosos cargamentos que venían de nuestras extensas y ricas provincias de América, la paz de Amiens, firmada en 1802 atrajo nuevamente á su hermosa bahía multitud de buques cargados de ricas producciones, y sobre todo de plata, consignada no tan sólo al Gobierno, sí que también á los comerciantes y particulares.

La ciudad de Cádiz se distinguía ya en aquel tiempo por una de la poblaciones más lindas de la Península, por sus buenas condiciones climatológicas, por su robusta y temprana vegetación, por la regularidad de sus calles, pulcritud de los edificios, belleza de los paseos, hermosura y gracia de sus mujeres, y cultura de sus hijos.

Sus calles llanas y bien empedradas, impedían la formación del barro, manteniéndose completamente limpias.

Las casas, de piedra de sillería, estaban cubiertas de una capa de blanquísima cal que las daba un carácter particular; agréguese á esto las anchas y despejadas azoteas, las rejas pintadas de verde y llenas de macetas, los cristales de vidrio finísimo y trasparente y aquel cielo siempre azul, y se podrá formar una idea de la alegría de aquellas viviendas.

Si del exterior pasamos al interior, veíanse adornadas la mayoría de ellas de una bonita estera de Chiclana, de fina labor, muy superior á la de Valencia y Murcia, que se usaba en el resto de España; con hermosos muebles de luciente caoba, y dejando admi-

(1) Muchas de las noticias que aparecen en este cuaderno están tomadas de las obras de los Sres. Alcalá Galiano, Castro (D. Adolfo), Calvo Marcos, D. Joaquín L. Villanueva, Marliani, Lafuente, Chao, Barcia, Benot, Flores, Madoz; de los periódicos de la época *El Conciso*, *El Redactor General*, *El Diario Patriótico de Cádiz;* y de varios libros, folletos y hojas de aquel tiempo.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

rar en los comedores la vajilla de loza inglesa, llamada de pedernal y la botella de trasparente cristal para el agua, lujos todos de que carecía el resto de la Península, incluso el mismo Madrid.

Algo se diferenciaba también el traje de los hijos de Cádiz del que usaban el resto de los españoles, imitando las modas francesas, pero aún más especialmente las inglesas, nación con la que Cádiz estaba en constantes relaciones comerciales. Los hombres llevaban el pantalón ajustado con media bota encima y borla delante, á lo Souvarow; los más elegantes calzón corto con cinta en vez de hebillas en la parte superior de la pierna, donde se unía con las botas de campana; frac ó levita de cuello redondo y sombrero redondo ó de copa alta. Las mujeres basquiña ó saya, jubón ó corpiño, airosa mantilla y zapato corto y bajo. La clase menestral, aunque usaba chaqueta, no vestía, sin embargo, á la andaluza.

Las fortunas eran regulares; algunos comerciantes, no muchos, poseían la respetable suma de un millón de pesos fuertes (en Cádiz no se contaba por reales), y capitales de cien mil pesos había bastantes en la ciudad.

El pueblo, como había trabajo, no tenía miseria y vivía en una relativa holgura.

El trato de los gaditanos en todas las clases sociales era cortés y fino, sin exageración, mostrando los hijos todos de la ciudad ese don de gentes que no se enseña, que no se puede enseñar, que parece una cualidad innata en los individuos, y al que contribuía en grande escala su roce contínuo con los extranjeros.

El obrero se mostraba cariñoso, pero digno, ni humilde, ni soberbio, *con cierto espíritu y práctica de igualdad social.*

La cultura de los habitantes de Cádiz ha sido siempre alabada, por más que los estudios principales de sus hijos fueran las matemáticas, los idiomas, y, en una palabra, todos aquellos conocimientos que más interesan á un pueblo tan eminentemente comercial.

Esto, sin embargo, en Cádiz vió la luz en 1804 un periódico que llevaba por título *El Correo de las Damas*, publicado por un oficial francés allí emigrado, cuya pobreza contrastaba con sus orgullosos títulos de barón de Bruere y vizconde de Brie, y cuyos cortos alcances literarios no estaban en relación con el gran talento que él creía poseer.

También en 1805 se fundó una Academia de Bellas Letras, por los ilustrados jóvenes D. Antonio Alcalá Galiano, D. José Joaquín de Mora y otros varios, con sus juntas literarias semanales, en las cuales se leían dos disertaciones sobre elementos de retórica y poética, sirviendo de texto la obra del abate Batteux, traducida por el Sr. Arrieta, y las lecciones del escocés Hugo Blair, puestas en castellano por Munartiz, se hacían versos y se verificaban concursos anuales á premios, enviando las composiciones bajo sobre cerrado y sin firma á tres jueces inteligentes en literatura, nombrados de antemano, para que las juzgasen.

Aunque la política parece reñida con el comercio, en Cádiz *La Gaceta de Madrid*, que llegaba dos veces por semana, al sexto día de publicada en la capital, la lectura (aunque prohibida) de los periódicos franceses é ingleses, y el trato constante con los extranjeros, que en gran número llegaban á la ciudad, habían ido creando cierto espíritu público, cierta tendencia contraria al rey Carlos IV, al que si le consideraban bueno, lo miraban como á necio y débil, contra Godoy, al que pintaban como á un mónstruo, y contra María Luisa, que, al decir de las gentes, era una mala reina y una mala mujer.

Hubo bastantes republicanos en España, y aún más especialmente en Cádiz, entre los hombres ilustrados desde 1795 á 1804, pero la conversión de la República francesa, su modelo, en imperio, los dividió, adhiriéndose algunos en sus opiniones á Napoleón, suponiéndole representante de la revolución aun en el trono, mientras que los otros, mirándole como el destructor de la República y de la libertad, le abominaban, manteniéndose en su interior fieles á sus principios democráticos.

Había un personaje en Cádiz que atraía todas las miradas: era el gobernador de la ciudad, cargo que solía desempeñar un te-

© Biblioteca Nacional de España

niente general, que á menudo era asimismo capitán general de Andalucía. Los decretos del gobernador, verdadero rey de Cádiz, eran lo que más importaba á los hijos de la ciudad, pues Madrid estaba muy lejos, la corte no era estimada, y de los actos y disposiciones de este funcionario pendía en gran parte la suerte de Cádiz.

En la época de la guerra, la generalidad de los españoles y de los gaditanos sentían un amor profundo por la patria y por la libertad, y el que así no opinaba era mirado con desprecio, cuando no con odio.

Tan arraigados estaban estos pensamientos en el ánimo de los españoles, que, apenas conocido el memorable 2 de Mayo, bastó que algunos pocos hombres de corto valer levantaran la voz en varias capitales para que todos se apresurasen á seguirlos al grito sacrosanto de patria y libertad.

Y bueno es consignar—dice un distinguido publicista—que nunca ha habido en España, ni en otra nación ó edad alguna, democracia más perfecta que en nuestra patria en los días primeros del alzamiento contra el poder francés, pues en la mayoría de las poblaciones gobernaba el pueblo, el pueblo tal cual es, ejerciendo en ciertas ocasiones su prepotencia, como más numeroso y resuelto, dejando á menudo el Estado su autoridad absoluta á quienes tenían el mando por voluntad de aquél.

Ocupándose de la guerra de la Independencia, decía el ilustre anciano Sr. Alcalá Galiano:

«Algo hay escrito sobre la guerra de la Independencia, si bien quizás no tanto como debería esperarse ó cuanto en otro pueblo, más fecundo en autores y lectores, habrían dado de sí acontecimientos tan graves y tan ricos en escenas del más vivo empeño posible. . . . . .

Descuella la historia del conde de Toreno, pero faltan dos puntos principales.

La consideración crítica y filosófica del espíritu de aquella contienda, donde concurrieron con igual celo á un fin común gentes de opiniones encontradas, presentando el total muy diversos aspectos, según el lado por el cual era mirado.

El otro punto, poco ó nada conocido, es la parte anecdótica de aquellos días, sobre el cual calla la historia, por juzgarlo, quizá, indigno de su atención.»

Reconocidas estas verdades, hemos procurado nosotros, en la medida de nuestras fuerzas, exponer en el curso de nuestra obra los hechos más culminantes de la guerra; el espíritu público, que se dividía en dos grandes pasiones, el amor por la patria y el amor á la libertad, que, en suma, no era más que una; las miserias de la corte; el abandono de los reyes; la ignorancia, al par que el heroísmo del pueblo; las virtudes y la ilustración de la clase media; todo aquel mundo, en fin, sino exento de faltas, tan lleno de grandezas, y al propio tiempo hemos procurado, con las historias particulares á la vista, repasando los periódicos de la época, estudiando los libros, folletos y hojas de entonces, dar á la parte anecdótica la debida extensión, pues sin ella, como dijo el eminente D. Agustín Durán, la historia, reducida á generalidades, sería ininteligible y estéril; y esto que hemos hecho anteriormente seguiremos haciéndolo más especialmente en el estudio de la sociedad de Cádiz, valiéndonos de los importantes y curiosos trabajos que han consagrado á la Isla gaditana eminentes publicistas.

Hemos dicho en otro lugar que para los poetas es Cádiz una sirena, para los marinos un faro, para los comerciantes un bazar, para los militares un fuerte inexpugnable y para los patriotas el arca santa de la libertad.

Con efecto, repasando la historia de nuestra lucha por la independencia, se ve en Madrid la ciudad patriota; en Zaragoza la ciudad heróica; en Gerona la ciudad inmortal; en Valencia la ciudad desgraciada; en Barcelona la ciudad mártir, y en Cádiz la ciudad política.

En Cádiz se hallaban refugiados personajes de gran valía, hombres ricos, gentes ilustradísimas, emigrados de todas las provincias; á Cádiz vinieron las Cortes en el mes de Febrero de 1811; en Cádiz se discutió por los representantes del país la famosa Constitución de 1812, y la política fué el alimento principal, la vida, en una palabra, así de los hijos de la ciudad, como de los forasteros.

© Biblioteca Nacional de España

Si la existencia en Cádiz, á pesar del gran movimiento de su puerto, había resultado hasta entonces como la de toda capital de provincia, algo pesada, algo monótona, algo uniforme, con la guerra, con el sitio, con las Cortes, recibidas en triunfo, adquirió una vida, un movimiento, una fuerza extraordinaria.

Dice el Sr. Alcalá Galiano que la generación presente aventaja á la pasada en que sabe más y piensa más, pero añade que vale menos porque no siente tanto y porque si no carece de fé no tiene mucha.

«Así—añade—no comprenden los hombres de ahora el entusiasmo con que los gaditanos acogieron la llegada de las Cortes, viendo realizados, harto bien á duras penas conseguidos, aquellos gratos ensueños, aquellas halagüeñas visiones, hijas de la lectura y enseñoreadas de nuestra fantasía. En el estado de las cosas bien merecía ser calificada la reunión de las Cortes y su venida á Cádiz de locura, pero de locura sublime.»

Ocupándonos de sucesos ocurridos en 1808, creemos un deber de justicia consignar que, según la opinión de D. Adolfo Castro, la negativa del general Solano á batir la escuadra francesa del almirante Rosilly el 30 de Mayo, como le pedía el pueblo de Cádiz en represalia de los madrileños asesinados por Murat el día 2, se fundó en que la plaza no contaba con la pólvora suficiente para destruir á cinco navíos de línea, y este secreto, que no podía descubrir, le hizo sospechoso á la multitud y produjo su muerte, muerte que le causó, no la plebe que le llevaba al suplicio, sino un su amigo llamado D. Carlos Pignatelli, que, atravesándole de parte á parte con su espada, quiso evitarle la afrenta del cadalso. El conde de Montijo, en el *Manifiesto* que publicó en Cádiz en 1810, decía:

«Solano esperaba las instrucciones que yo le enviaba, así como la proclama que debía publicar, con D. Torcuato Trujillo, el cual fué detenido en el camino por accidentes inevitables. Sólo él, mi mujer y Garay supieron en Badajoz que mi ida en posta á Madrid á principios de 1808 era para derribar á Godoy á todo trance. Solano me guardó fielmente el secreto y me dió palabra de honor de obrar siempre como buen español. Su muerte nos privó de un general muy util.»

Los fautores y cómplices de la sublevación de Cádiz, no ligados por vínculo alguno á la ciudad, abren las puertas de la cárcel y del presidio á los criminales. Se extremece la ciudad. Se congregan las autoridades con el nuevo gobernador D. Tomás Morla, y el padre fray Mariano de Sevilla, guardián del convento de Capuchinos, se ofrece y logra calmar el tumulto, sale en procesión con sus religiosos, recoge las armas á los sublevados, y consigue encerrar de nuevo en las cárceles á los presos.

Al rendirse la escuadra francesa, el viejo almirante Collingwood, sucesor de Nelson en el combate de Trafalgar, escribe á Morla desde su navío *El Oceano:*

«Por la energía del pueblo español debe ver el continente de Europa que hay aquí una excepción en las usurpaciones que han obligado á muchos estados á una degradada dependencia, y que se ofrece el ejemplo de lo que es capaz una gran nación cuando se halla unánime.»

Al alistamiento dispuesto por la Junta acuden en gran número á inscribirse como soldados los jóvenes de todas las clases sociales, el primogénito del conde de Casa-Rojas, el literato D. José Joaquín de Mora, comerciantes, marinos, artesanos, siendo tal el número, que en las plazas, de noche, y á la luz de hachas, los comisionados se ocupan en escribir los nombres de los alistados; dejan los coristas sus conventos y acuden á empuñar las armas en defensa de la patria, portándose todos como héroes en la gloriosa jornada de Bailén.

Las hijas de Cádiz, sin distinción de categorías, se encargan en Agosto de 1808 de confeccionar los uniformes para el regimiento de Logroño, cosiendo todas las prendas por sus propias manos; en Octubre del mismo año confeccionaron 50.000 camisas para el ejército de Castaños, cuyos lienzos se costearon por suscrición popular; más tarde fabricaron los sacos y merlotes para el sitio, y donaron á miles las sábanas y almohadas para los hospitales, y no cesaron, mientras duró la guerra, de hacer hilas para los heri-

© Biblioteca Nacional de España

dos, prodigando sus cuidados y atenciones á los valientes guerreros de Alburquerque.

Existía en Cádiz una antigua *Milicia Urbana*, con más *oficiales que soldados*, objeto de burla para los habitantes de la ciudad, que la habían bautizado con el risible nombre del *Regimiento de la Pava*, pues era cosa difícil, y más que difícil imposible, que el buen humor y la gracia de los gaditanos, lo mismo entonces que ahora, dejase de mostrarse aun en los asuntos más serios y en las circunstancias más difíciles.

No satisfecha la noble Cádiz con enviar sus hijos en crecido número á los ejércitos, á fin de que la ciudad no quedase abandonada en las frecuentes salidas de las tropas que la guarnecían, se acordó la creación de un cuerpo militar, en el que la mayoría de los habitantes acudió á inscribirse, formándose en pocos días seis numerosos batallones, cuatro de ellos parecidos á la infantería de línea del ejército y dos á imitación de la infantería ligera. Aunque su nombre era el de *Voluntarios de Cádiz*, ese buen humor que jamás abandona á los hijos de la Isla gaditana los bautizó con el de *guacamayos y cananeos;* á los primeros les aplicó el nombre del vistoso pájaro de la zona tórrida por el uniforme que usaban, imitación del ejército inglés, compuesto de casaca encarnada, cuello con un ligero bordado, vueltas y solapas verde, pantalón blanco y sombrero de tres picos; y á los segundos los llamó así por llevar la cartuchera, conocida entonces con el nombre de *canana*, sobre el vientre, que venía bien con el uniforme de las tropas ligeras de aquel tiempo cuyo uniforme consistía en chaqueta con alamares ceñida, pantalón de igual color y morrión ó *chacó* que iba ensanchando según subía.

Ya por evitar las burlas, ya porque el tal uniforme fuera demasiado vistoso para el servicio diario de guardias y patrullas, los voluntarios de línea vestían casaca corta de paño de color pardo, con cuello, solapa pegada, vueltas anteadas, pantalón igual á la casaca en invierno y de mahón en verano, sombrero redondo con chapa de latón blanco, y un plumero pequeño semejante al que usaban los marinos ingleses.

Los *Voluntarios de Cádiz* recibieron, entre otras recompensas honoríficas, el dictado de *distinguidos* y el uso de los cordones de cadetes, por sus notorios servicios, y á la verdad que con justicia, pues si en los primeros meses de la guerra se dedicaron á mantener el sosiego y la paz de la ciudad, y luégo á guarnecer diferentes puestos del casco de la ciudad con los anejos castillos de San Sebastián y Santa Catalina, cuando las tropas de la guarnición de Cádiz fueron necesarias para las distintas expediciones que hemos reseñado oportunamente, los *Voluntarios* se ofrecieron á cubrir los puestos avanzados de la famosa *Cortadura* y baterías inmediatas, á no larga distancia del célebre *Trocadero* y de los fuertes de Matagorda y Orthús, ocupados por los imperiales. Los batallones de línea y los de ligeros marcharon ufanos á ocupar su puesto de honor, llevando á su frente la música de uno de los batallones (pues sólo uno la tenía), que fué acompañando sucesivamente á todos en su primera salida.

De la antigua *Milicia Urbana*, de que hablamos anteriormente, fué aprovechada una gran parte, la de los artilleros—servicio que casi exclusivamente prestaron los hijos de Galicia, tan numerosos en Cádiz,—siendo destinados á uno de los puntos de mayor peligro, al castillo de San Lorenzo del Puntal *(Puntales)*, en cuya defensa prestaron importantísimos servicios, que muchos de ellos regaron con su sangre ó pagaron con su vida.

Necesita fondos la Junta de Cádiz, y comienzan los donativos patrióticos. Entre cuarenta vecinos ceden más de ocho millones de reales; el cabildo catedral entrega 1.403 libras de plata labrada, y todos rivalizan en la medida de sus fuerzas en desinterés y generosidad.

Antes de empezar el año 1809, Morla abandona á Cádiz, y el general D. Felix Jones le sustituye en el cargo de gobernador.

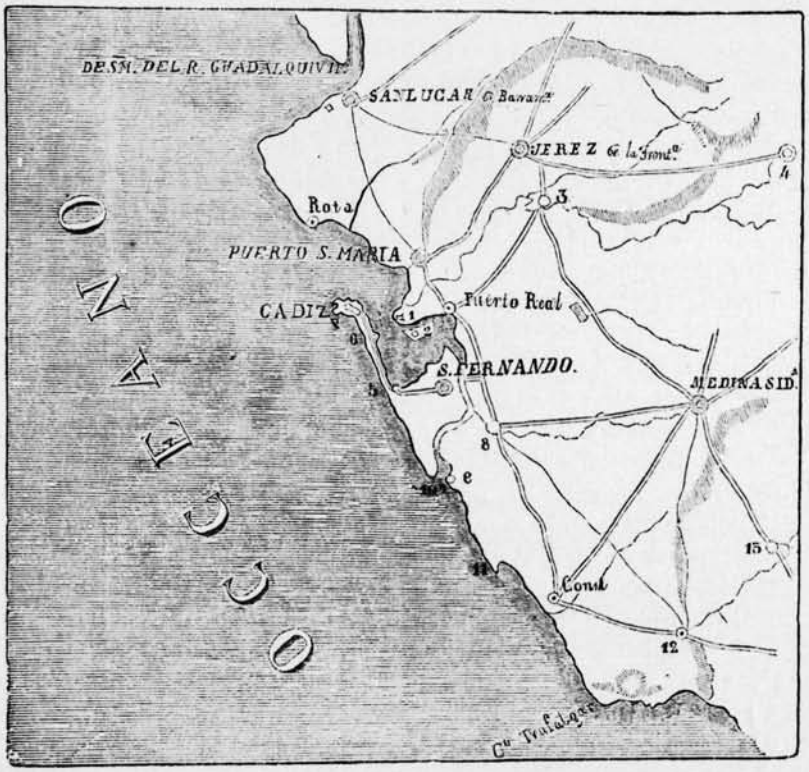
La Junta de Gobierno acepta el ofrecimiento de las comunidades religiosas de vigilar las puertas; ordena la persecución de los fracmasones, de que había muchos en Cádiz y que se delaten al Santo oficio; que se cuide del trato con extranjeros herejes; que se examinen los libros que se introduz-

© Biblioteca Nacional de España

can; que no se hagan contratos injustos; que se persiga el juego y la deshonestidad; que se procure la educación moral y cristiana de los niños; que se practiquen rogativas y oraciones privadas; que haya moderación en el lujo de las mesas; que las señoras eviten la desnudez y el excesivo adorno, y que cesen las enemistades y rencores.

Otra vez fray Mariano de Sevilla interviene para aplacar el tumulto producido por las medidas tomadas por el delegado de la Junta de Sevilla marqués de Villel, y aunque el pueblo le proclama gobernador, no toma el mando sino acompañado del general D. Felix Jones. Denuncia el pueblo que la plaza no está artillada por la parte de tierra y que

MAPA DE CÁDIZ Y SUS CERCANÍAS



1 Castillo de Matagorda.
2 San Luis.
3 La Cartuja.
4 Arcos de la Frontera.
5 Torregorda.
6 Cortadura de Puntales.
7 Castillo de San Sebastián.
8 Chiclana.
9 San Pedro.
10 Isla y castillo de Sancti-Petri.
11 Cabo Roco.
12 Vejer de la Frontera.
13 Casa Vieja.

si lo está los cañones se encuentran clavados ó inútiles, y fray Mariano ordena á los que hacían veces de ayudantes suyos, fray Rafael de Castro y fray Santiago de Cervera, que pasen á reconocer las obras exteriores de la Puerta de Tierra, que, una vez reconocidas, dan por útiles, sosegando al pueblo.

El marqués de Villel, que oía misa en la iglesia de San Antonio, es salvado por el canónigo D. Antonio Cabrera, que lo conduce al ayuntamiento, de donde sale escoltado por el marqués de Casa-Rabago por entre filas de los voluntarios, siendo llevado al convento de Capuchinos.

El tumulto arrecia al otro día: fray Mariano manda salir dos misioneros del conven-

© Biblioteca Nacional de España

to de Santo Domingo y del suyo, y los religiosos más elocuentes predican á las turbas, obligándolas á agregarse á la devota procesión. Entra la misión en el convento seguida de los revoltosos. Fray Mariano les ofrece cena, que ellos aceptan, y en los cláustros del convento se quedan para pasar la noche; llega la madrugada, y mientras ellos duermen se abren sigilosamente las puertas á los voluntarios, que se apoderan de los alborotadores, y amarrados los conducen á la cárcel pública, dándose libertad por fray Mariano al marqués de Villel, que no la acepta si no se le permite probar su inocencia, lo que consigue á los pocos días, presentándose ante la Junta, que reconoce sus méritos y servicios.

A causa de la quinta ordenada por la Junta Central y de los actos despóticos realizados por el marqués de Villel, produjose en Cádiz un nuevo alboroto, en el cual perdió la vida el comandante del resguardo Sr. Heredia, quien, temeroso por sus relaciones de familia con Godoy de algún atentado, quiso fugarse de Cádiz, y este mismo deseo de huir le presentó como sospechoso ante la multitud, que le arrancó de la barquilla en que ya se encontraba.

La orden para que se alisten los novicios de los conventos, que son llevados con sus mismos hábitos á los cuarteles, produce la risa y la mofa del público.

El 25 de Julio de 1809 celebró la artillería de los voluntarios una solemne función al apóstol Santiago, patrón de España, cuya efigie fué llevada procesionalmente desde el convento de San Juan de Dios al de religiosos Observantes, con varios moros á sus pies vestidos de soldados franceses, entre los aplausos de la alborozada multitud.

A los dos días el gobernador eclesiástico, sede vacante, reprueba el hecho, ordenando que los distintivos y trajes franceses sean quitados de las imágenes y previniendo á los religiosos de San Juan de Dios se opongan á la repetición de acto semejante.

La noticia de la victoria de Talavera llega á Cádiz al mismo tiempo que el embajador de la Gran Bretaña cerca de la Regencia, el marqués de Wellesley, hermano de lord Wellington, á quien se hace un entusiasta recibimiento, quitando el pueblo los caballos de su carroza y poniendo en ella cordones para conducirle á su morada. Llegado el marqués á su alojamiento se asoma al balcón para dar gracias al pueblo, al que arroja un bolsillo lleno de oro en muestra de gratitud. Un zapatero le recoge, y con la venia de sus compañeros sube á devolverlo á Wellesley, diciéndole con sincero acento:

—«Si el pueblo de Cádiz aclama á V. E. es porque le mira como representante de Inglaterra, unida á España contra Bonaparte, y no por el oro que V. E. pudiera darle. Tome V. E. su bolsillo, y no vea en ello un desaire, sino una prueba del sincero afecto de la población.»

El 27 de Enero de 1810 sucede á una Junta odiada é impotente otra nueva cuyo primer acuerdo es que no han de usar sus vocales distintivo alguno, ni aceptar en ningún tiempo cruces, honores, ni otra recompensa que la satisfacción de haber servido bien á su patria.

Y por cierto que entre la Junta de Cádiz y el citado marqués de Wellesley ocurrió un lance digno de especial recordación.

Había pedido la Regencia veinte millones á la Junta de Cádiz para ineludibles obligaciones, y los individuos de la misma, no contando con ellos, se presentaron á pedírselos á Wellesley, embajador de la nación inglesa, nuestra aliada. El marqués se niega diciendo que el asunto es grave y que ignora la opinión de su Gobierno. La Junta, convencida de que su negativa obedece al temor de que la Gran Bretaña pueda perder esa cantidad, le ofrece en hipoteca todo el caserío de Cádiz. Insiste Wellesley en su negativa, y uno de los vocales, resuelto á todo, exclama:

—«Pues bien, si V. E. no facilita esos millones en letras sobre la Tesorería real de Inglaterra, iremos al Puerto de Santa María, y con la misma hipoteca que hemos ofrecido á V. E. pediremos el dinero al mariscal Soult.»

Asustado el marqués se apresura á entregar las letras, que son negociadas en el mismo día.

Al ver que los franceses se aproximan á Cádiz, el marqués de Wellesley y otros ge-

© Biblioteca Nacional de España

nerales ingleses solicitan, para salvar, dicen, la ciudad, que se permita el desembarco de tropas británicas y se las confíe su guarnición y defensa; pero la Junta, recordando lo que Inglaterra hizo en Gibraltar, se niega, en vista de lo cual exclama el marqués:

—«Pues Cádiz se obstina en sucumbir no contando con tropas para su defensa, nos retiramos para no ver á los franceses dueños de la ciudad.»

Amenaza á la cual responde uno de los individuos de la Junta con noble entereza:

—«Si V. E. no tiene buque que le lleve inmediatamente á Londres, puede V. E. mañana mismo disponer del navío *San Pablo*.»

Castaños, para evitar un rompimiento, ofrece á los ingleses la defensa de las fortificaciones de la Isla de León y del castillo de Matagorda, que éstos aceptan, y á las que la Junta daba poca importancia, pues todas las simpatías de la ciudad se cifran en la defensa llamada la *Cortadura*, que ponen bajo el manto y protección de San Fernando, y en la que se ve trabajar con el mismo empeño y el propio ardor á nobles, frailes, marineros, artesanos, comerciantes, literatos, recibiendo tan sólo jornal los pobres, y esto de manos de los mismos que con ellos voluntariamente trabajan; y al notar que la *Cortadura* en baja mar queda descubierta, los vecinos de Cádiz llevan allí las rejas de sus ventanas, los hierros de sus balcones, los pasamanos de sus escaleras. Se limpian rápidamente los fosos de la muralla de la ciudad, derríbanse más de 200 casas que hay entre las puertas de Cádiz y la *Cortadura;* son arrastrados como plumas y colocados en sus puestos carros de municiones, cañones y armas por los hombres, en tanto que las mujeres, nobles y artesanas, trabajan incansables en la construcción de sacos de arena para merlones y troneras; para algunas baterías se nombran, con el carácter de *celadores distinguidos patrióticos*, algunos frailes encargados de acelerar los trabajos.

El entusiasmo de Cádiz á la llegada del duque de Alburquerque y de sus soldados no reconoce límites. Aquellas tropas vienen hambrientas, sin calzado, con los uniformes hecho girones, en un estado tal, que hay regimiento que temiendo presentarse en tan lastimoso estado, se dirige á su cuartel de la Bomba por la muralla para no atravesar la ciudad; pero las mujeres, esos ángeles de la caridad, que no ven en ellos al hombre sino al soldado, los llaman, los detienen y á porfía les presentan caldos, vino, alimentos, ropas, y los religiosos les ofrecen sus conventos, que bien pronto se convierten en dormitorios, lo mismo San Francisco que los Descalzos, al igual Santo Domingo que la Merced y San Agustín. Los caballos de un regimiento, demacrados y hambrientos, despojan de la corteza los árboles á los cuales han sido atados y se la comen.

A la intimación del mariscal Víctor, que llega persiguiendo á Alburquerque, ya copiamos la respuesta que dió la Junta de Cádiz (6 de Febrero de 1810), con aplauso unánime de toda la ciudad.

Entra José el día 16 en el Puerto de Santa María, y en sus calles, mudas y tristes, sólo se escucha el ruído de las armas francesas.

Víctor escribe á Alburquerque; Salcedo, Obregón y Hermosilla se dirigen al valiente general de marina D. Ignacio María de Alava; y los ministros de José á Jovellanos, Saavedra y Castaños, y todos firmes en su lealtad y su patriotismo rechazan con indignación las promesas de los imperiales y de los españoles que los siguen.

Por aquellos días enséñase en Cádiz, como objeto digno de curiosidad por su rareza, un peso duro con el busto de José Bonaparte, primero que en la ciudad se ve, y al cual improvisa el ingenioso poeta y valiente capitán de nuestros ejércitos, D. Cristóbal de Beña, el siguiente arrogante soneto:

«De las Españas y las Indias rey
Se apellida en su busto el baladrón,
Por llamarse, no más, Napoleón,
Y mandar de asesinos una grey.
Mas quiebra de verdad la eterna ley,
Dándose tal dictado fanfarrón;
Pues no le pertenece ni un terrón
De los que arando rompe el tardo buey.
Poco importa que un pérfido cincel
Una en su escudo el águila imperial
Con los leones que se burlan de él,
Si puesta toda en armas, por su mal,
La fuerte España borrará con hiel
De unión tan execrable aún la señal.»

© Biblioteca Nacional de España

El día 2 de Marzo los guardianes de los conventos ofrecen á la Junta muchos de sus frailes para formar *brigadas regulares de honor* que se encargarán de servir la artillería, los cuales, fuera de los actos del servicio, seguirán sujetos á sus prelados. Su uniforme debía consistir en pantalón y casaca corta azul, vueltas, solapa y collarín de terciopelo morado con dos granadas bordadas, corbatín negro, chaleco blanco, sombrero igual al de la artillería de los voluntarios, con una chapa en el centro y este letrero *Brigadas regulares de honor*, y en la circunferencia el lema *Pro Rege, pro Lege et pro Patria*, media blanca, zapato y botín negro; al pecho, bordado en seda, el escudo de su religión, y por armas un sable corto pendiente de fornitura ó correaje blanco, no pudiendo usar dicho uniforme fuera de los actos del servicio, debiendo reunirse cada brigada en su convento respectivo, y las guardias que les señalasen hallarse en los sitios más incomunicados con el vecindario.

La creación de este extraño cuerpo quedó aplazada, y muchos frailes, alistados y no alistados, fueron dedicados á fabricar cartuchos en el parque así para el ejército como para la escuadra, y muchos clérigos á hacer guardias durante el sitio como los demás voluntarios.

Los manifiestos de José diciendo que cedía las rentas que sacaba de España para mantener al ejército francés que la había invadido y la estaba arruinando, no produjeron efecto en los leales habitantes de Cádiz, y el intruso se ausentó de sus muros dirigiéndose á Ronda, Málaga, Granada y Jaén.

José y los generales franceses llamaban siempre en todos sus escritos *insurgentes* y *bandidos* á los españoles que los combatían; de pronto José ordena la fijación en las esquinas de Moguer (Huelva) de un decreto recomendando á los mariscales napoleónicos traten con dulzura á los *paisanos* y á los soldados.

Sábese la noticia en Cádiz, y uno de los poetas que en la ciudad reside improvisa en el *Café de las Cadenas*, llamado también *Casa del Sr. D. Quijote* porque en uno de sus principales salones tenía pintadas la vida y hazañas del insigne caballero manchego, los siguientes versos, que bien pronto se hacen célebres:

«Cual *insurgente* y *bandido*
Era el patriota llamado,
Pero el nombre de *soldado*
Por fuerza le han concedido.
Nombre tan esclarecido
Digno de su gloria es;
Mas no basta; el vil francés
Nuevo elogio le ha de dar,
Y si hoy le vió *militar*
Héroe le verá después.»

Estrechan los franceses el sitio ocupando los pueblos de Rota, Puerto de Santa María, Puerto Real y Chiclana, colocados como puntos de vista en un gran anfiteatro de dos en dos leguas; la Isla de León y la Carraca detienen la marcha de los invasores; libre está el camino de Chiclana; destruídas las baterías que los franceses habían formado entre las casas del Portazgo; abierta nueva cortadura en el arrecife, que bien pronto llena el agua de las salinas, y levantada de orden de Alburquerque, asistido por un hombre tan práctico y tan patriota como D. Juan Esteban Sánchez de la Campa que, al formarse los cuerpos de voluntarios en la Isla de León, se presentó á servir en ellos con todos sus hijos uniformados, una batería emplazada en el sitio llamado el *Salero*, para dominar por el flanco el camino de Chiclana, alejar los fuegos de los franceses é impedir todo paso. Las hazañas del señor Sánchez de la Campa son innumerables, así en el atajo de las aguas que rodean las baterías del puente de Suazo, como en las escuchas, en las salidas, de día, de noche, sin descansar, realizando los cortes en el arrecife á la vista del enemigo, lo mismo que la apertura de otro caño en el Campo de Soto por encargo del capitán de navío D. Diego Alvear, jefe de los voluntarios de la Isla de León (1).

En toda la línea, desde el puente de Sua-

(1) Lejos de recibir por estas obras sueldo ni gratificación, suministró 9.000 reales de su bolsillo particular que en Setiembre de 1816 aún no se le habían reintegrado, según su hoja de servicios.

© Biblioteca Nacional de España

zo al castillo de Sancti-Petri, se levantan baterías y reductos, siendo de los más notables el del cerro de los Mártires y otro que se alzó en sus inmediaciones.

Sánchez propone, y es aprobado, abrir un nuevo caño navegable para los buques, caño que termina en breve, bautizándole con el nombre de San Jorge, y que, burlando el poder y los fuegos de los imperiales, permite libre paso á los buques para el abastecimiento de nuestras tropas en San Fernando (Isla de León). Jamás quiere admitir sueldo ni recompensa alguna, diciendo:

—Yo sólo trabajo por mi patria y sólo deseo la defensa de la Isla de León, la cual me interesa más que todo.

La Junta de Cádiz propone á la Regencia administrar los caudales del Estado, y ésta acepta, juzgando que mejor sabrían manejarlos comerciantes que empleados.

Alburquerque, sentido de verse sometido á una Junta de comerciantes, promueve varios disgustos con pretexto de que las tropas no están bien atendidas, y la Regencia, para cortar el disentimiento, le nombra embajador de Londres.

Del horroroso temporal sufrido por Cádiz en el mes de Marzo, ya nos ocupamos en otro cuaderno detenidamente, así como de la conducta inhumana seguida por los franceses en aquellos momentos de angustia, y lo mismo de la pérdida del castillo de Matagorda, y de la instalación de la Regencia en la Isla de León.

El marqués de Palacio, para celebrar el día de San Fernando, santo del rey, solicita 100 hombres (Mayo 1810) para presentarse con ellos vestidos de coraceros á la antigua española á fin de saludar á la Regencia, y el día 30 llegan á Cádiz vestidos no de coraceros, sino con jubón, calzas y capa corta, á la usanza antigua, semejando una comparsa de teatro. El marqués, vestido á la española antigua, y con faja de general á la moderna, se presentó con sus *coraceros* á la Regencia, y calados los anteojos y desnuda la espada leyó unos desaliñados versos exhortando á todos, á ejemplo de su persona, á seguir las costumbres antiguas, á despreciar las modernas y á continuar lidiando por la buena causa. Al frente de su cuadrilla recorrió la población haciendo reir á las gentes sensatas su extrafalario vestido y lo alto y membrudo del personaje.

Llegada á Cádiz de oficiales y soldados españoles, ingleses y portugueses.—Aniversario del 2 de Mayo.—Idea patriótica.—Las Cortes en la Isla de León y la Academia de San Carlos.—Carta del gobernador eclesiástico de Cádiz sobre los trajes de las mujeres.—La primera bomba.—Las gaditanas y las bombas.—Una oda de Sánchez Barbero.—Cantar popular.—Contrastes.

El movimiento de Cádiz alcanza un éxito extraordinario.

A la ciudad llegan oficiales y soldados españoles, escapados de su prisión ó salvados de una derrota; un regimiento de escoceses, de gigantesca talla, vestidos á la usanza de su país; los portugueses, compañeros nuestros de infortunio, cuyos tostados rostros indican que están amaestrados en el arte de la guerra, y que salen para Torregorda á contribuir á la defensa de Cádiz; las fragatas inglesas *Undanuted* y *Talía* trayendo millones de las provincias de América; buques procedentes de Gibraltar y otros puertos con municiones y víveres para la Isla gaditana; lanchas cañoneras que no dejan una hora de paz á los franceses, privados de todo, y cuyas avanzadas, á tiro de fusil de la batería del Portazgo, tienen que abrir hoyos en la arena para librarse de nuestros tiros.

Los patricios de Madrid, refugiados en Cádiz, celebran con gran solemnidad el aniversario del 2 de Mayo: oficia el cardenal de Borbón, arzobispo de Toledo, y asisten los regentes, el nuncio, los ministros, generales y oficiales de España, Inglaterra y Portugal. Sobre la puerta principal de la iglesia de los Carmelitas se leen en una lápida negra estos famosos versos:

«A los que mueren dándonos ejemplo
No es sepulcro el sepulcro, sino templo.»

Un obelisco egipcio se eleva con figuras alegóricas en el centro de la plaza de San Antonio. Las tropas nacionales y aliadas y los buques de guerra, 14 navíos y nueve fragatas españolas, y 10 navíos y siete fragatas y corbetas inglesas, hacen las descargas de ordenanza; la muchedumbre vitorea á Ma-

© Biblioteca Nacional de España

drid y reza por sus mártires; como para solemnizar el día entran en el puerto los navíos *Algeciras* y *Asia*, de Veracruz y la Habana, con siete millones de pesos fuertes y cuatro mil fusiles que envían nuestros hermanos de América.

Las tropas de San Fernando (Isla de León) quieren solemnizar también el día y salen á practicar un reconocimiento cerca de Chiclana, desalojan al enemigo y destruyen las obras que los franceses levantaban.

Terminada la ceremonia fúnebre, las gentes concurren á la Alameda para escuchar, al son de las músicas militares, la canción patriótica que ha escrito D. Juan Bautista Arriaza:

«¡Día temible, lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror!
Nunca te ocultes de la memoria
De los que tengan patria y honor!»

Y luégo, invocando á las bellas hijas de Cádiz, seguía:

«Sensibles hijas de la hermosa Gades,
Pues sois modelo de filial piedad,
Los ojos llenos de ternura y gracia
Volved con llanto á la infeliz ciudad.
Ved á la muerte nuestros caros hijos
Entre verdugos el traidor llevar;
Y el odio preste á vuestros ojos rayos
Si de dolor ya no podéis llorar.»

Lord Mac-Duff y sir Federico Crellet promueven la formación de un fondo patriótico para crear una pensión al soldado que se inutilice, ó á su familia si fallece, á cuyo noble pensamiento se asocian todos los ingleses y extranjeros y todos los hijos de Cádiz y forasteros que albergan sus muros.

Ingleses y españoles ayudan con gran empeño la expedición de D. Mariano Renovales, de que hablamos en lugar oportuno, lo propio que las suscriciones para *El Empecinado* y sus valientes guerrilleros que ya relatamos.

Para la reunión de las Cortes (24 de Setiembre) en San Fernando (Isla de León), se compuso una marcha con himno cuya primera estrofa copiamos:

«Del tiempo borrascoso
Que España está sufriendo,
Va el horizonte viendo
Alguna claridad;
La aurora son las Cortes,
Que con sabios vocales,
Remediarán los males
Dándonos libertad.

Coro.

Respira España y cobra
La perdida alegría,
Que ya se acerca el día
De tu felicidad.»

Las Cortes deliberan al frente y á la vista de las huestes de Napoleón, y el pueblo, que acude á las tribunas, divisa desde el teatro de San Fernando, en que aquéllas se reunen, los centinelas enemigos.

En San Carlos, población que forma parte de San Fernando, hay una academia militar con 400 alumnos, de la cual deben salir cincuenta oficiales cada tres meses, y el cañón enemigo aviva su odio contra el francés y el deseo de ser pronto útiles á su patria; de este colegio salieron varios y distinguidos generales.

El gobernador eclesiástico publica una carta en que, recordando nuestra antigua legislación sobre la materia, prohibe á las mujeres usar trajes inmodestos y provocativos, sobre todo cuando vayan á la iglesia, y llevar descubierta ninguna parte de su cuerpo, alejándose de la infame clase que se sostiene á costa de su torpe versación, ordenando á los párrocos prohiban á las que no vayan con el traje modesto y digno la entrada en los templos, donde se verifican rogativas para que el cielo inspire á las Cortes, y por que triunfen nuestras armas, pensando que si *las ilustres gaditanas hacen al pie de los altares el sacrificio de su inclinación á las modas que ofendan á la modestia, el Dios clementísimo nos colmará de bienes.*

Después del suceso del duque de Orleans, que ya conocen nuestros lectores, ocurrido en la Isla, invade á Cádiz la fiebre amarilla; pero las precauciones tomadas y la entrada del invierno hacen que el mal no pase de la Isla de León.

El 1.° de Diciembre de 1810 cae en Cádiz la primera granada, en el centro de la ciudad, cerca de la torre de vigía conocida con el nombre de Tavira, que por el momento aterroriza desvaneciendo la confianza que se tenía, pero que bien pronto, al ver el es-

© Biblioteca Nacional de España

caso daño que produce, es objeto de coplas y burlas.

La citada bomba, al caer, en lugar de reventar con estrago, se abrió por efecto de la violencia del golpe, á causa de venir toda rellena de pólvora, con una larga espoleta y casi atestada de plomo, pero lo corto de la cantidad del material destructor no era bastante á lanzar con violencia hecho pedazos el hierro, viéndose, sí, que era una nueva invención en que el aumento del peso se había hecho necesario para dar más alcance al proyectil. Disgustó á la población el suceso por el temor de que se repitiera, pero como esto no sucedió, juzgaron los gaditanos que había sido una prueba de los franceses, sin los resultados que esperaban, y las lindas hijas de la ciudad celebraron la caída de la bomba con estas famosas coplas:

«Váyanse los franceses
En hora mala,
Que Cádiz no se rinde
Ni sus murallas.
—
Con las bombas que tiran
Los fanfarrones
Se hacen las gaditanas
Tirabuzones (1).»

A la salida de la expedición de los generales La Peña y Graham, dedica el inspirado poeta D. Francisco Sánchez Barbero esta bellísima oda:

«El undoso mar, cubierto
De las velas españolas,
Enfrena sus bravas olas
Con atenta admiración.
A los buques numerosos
Van los vientos halagando;
Van ufanos gobernando
Tan gloriosa expedición.
Salen: aléjase el puerto,
El contrario se extremece;
Su rabia impotente crece
Sin poderlos detener.
¿Qué haré? el mariscal pregunta
Viendo próxima su ruína;
Y la próxima colina
Le responde: PERECER.
Un pueblo inmenso se agolpa
En la muralla y paseo,
Que con la vista y deseo
Acompañándolos van.
Su valor al suyo juntan,
A la suya su esperanza;
Uno es el odio y venganza,
Uno el gozo y el afán.
Corred, corred animosos
A los campos de la gloria,
Y con la dulce victoria
Hijos de España, tornad.
En vuestro baldón estriba
Nuestro infame cautiverio;
En vuestro honor el imperio
De la hispana libertad.
A coronar va la patria
Vuestras sienes victoriosas;
Los hijos, padres y esposas
A cantar vuestro loor.
Y las bellas gaditanas
Entre sus cándidos brazos
¡Oh qué suavísimos lazos!
A premiaros con su amor.»

Para vengar los imperiales su derrota en la batalla del Cerro, lanzan el 13 de Marzo algunos tiros desde la Cabezuela, pero como sus granadas sólo matan un gato, un perro, ó caen sobre la cama de un religioso, que se halla vacía, cantan los muchachos, siempre dispuestos á la burla, como buenos hijos de Cádiz:

«Murieron tres mil franceses
En la batalla del Cerro,
Pero han logrado en desquite
Que una bomba mate un perro.»

Y antes de pasar adelante, séanos lícito llamar la atención de nuestros ilustrados lectores sobre el abigarrado conjunto de sucesos ocurridos en Cádiz por aquel tiempo, mezcla extraña de ignorancia y heroísmo, de fealdad y belleza, de superstición y liberalismo.

Un fraile convertido en gobernador, y unos religiosos trocados en artilleros.

Una orden contra los herejes, cuando así estaban considerados nuestros aliados, los ingleses...

Un decreto contra los fracmasones, que eran la mayoría de los hijos de Cádiz, y un mote para cada batallón de sus voluntarios.

Un pueblo sumiso á la voz de los frailes,

(1) Rizos en forma de sacacorchos usados entonces por las señoras, que se formaban ciñendo con pedacitos de plomo delgadas mechas de pelo, que cubría y adornaba la frente y las sienes.

© Biblioteca Nacional de España

y burlándose de ellos al ver que los llevan á alistar como soldados...

Predicar la educación cristiana, y vestir á los santos y á los moros con trajes de soldados franceses...

Querer vestir á la antigua y pelear con espada contra cañones y obuses...

Prohibir las modas y los trajes deshonestos á las mujeres, pensando que de este modo el cielo inspirará á las Cortes y dará el triunfo á nuestras armas...

Recibir á carcajadas las bombas y pensar en más diversiones cuanto más riguroso era el bloqueo y mayor el peligro...

¿Caben unidas disposiciones tan contrarias, ideas tan diversas, ocurrencias tan distintas?

¿Atravesaba Cádiz, centro entonces de la cultura nacional, por un período de transición? ¿Vacilaba en retroceder y no tenía valor para avanzar? ¿Devota aquella sociedad en la apariencia era descreída en el fondo? ¿Recordaba el famoso libro *La virtud al uso y la mística á la moda* de D. Fulgencio Afán de Ribera, mayordomo mayor de las monjas de la Encarnación de Avila, publicado en el siglo anterior con las licencias eclesiásticas necesarias, en el cual se aconsejaba á un joven diciéndole usase zapato ramplón, gran rosario, entrase con mucho ruído en la iglesia, en la que debía darse muchos golpes de pecho y muchos besos á la tierra, aunque fuera muy desvergonzado, pues en siendo con capa de virtud eso se llama *libertad cristiana*? ¿Acaso aquella sociedad sería supersticiosa en la apariencia y volteriana en el interior? ¿Estaría en una época de gestación y por eso aparecería débil y sin fuerzas? ¿Fermentaría ya en su cerebro la revolución política y social que algunos hombres ilustrados venían predicando y que las Cortes iban á realizar?

¡Quién sabe!

Prosigamos haciendo historia.

Mientras las Cortes estuvieron reunidas en la Isla de León, esta población vino á ser para los gaditanos, y en éllos incluímos no sólo á los hijos de la ciudad sí que también á todos los españoles refugiados en ella, lo que para Madrid uno de los sitios reales cuando en ellos estaba la Corte, lugar de recreo, sí, pero también centro de negocios. El camino era bueno y completamente seguro, y de este modo pasaron algunos meses.

El sitio puesto á la ciudad por el mariscal Víctor hizo encarecer al pronto los comestibles, pero los precios comenzaron á bajar al recibirse toda clase de auxilios de los lugares vecinos á Cádiz, de varios pueblos de Andalucía y de muchas provincias de España; de suerte que á los dos meses de formalizado el bloqueo que en realidad sólo alcanzaba á la parte de tierra, bajaron los alimentos hasta el punto de poderse adquirir la libra de vaca (32 onzas) á seis reales, las demás carnes y el pan á proporción, lo mismo que las verduras.

Los aljibes se encontraban llenos de agua llovediza, que era delgada pero sin mal sabor; con ellos y algunos pozos cuya agua, si menos delgada, no por eso era despreciable, tan importante artículo estaba asegurado.

Las escuadras inglesa y española y las lanchas cañoneras de ambas naciones, tenían á raya á los franceses situados en la costa opuesta.

La familia del capitán Talavera.—La Plaza de San Antonio ó el Golfo de las Damas.—Los Voluntarios de Cádiz.—Un lance chistoso.

Con la venida de las Cortes á Cádiz volvemos á encontrar en esta hermosa ciudad á la familia de D. Juan Antonio Miranda, que no ha faltado á una sola de las sesiones celebradas en la Isla de León como diputado suplente por Madrid, y que vuelve deseoso de abrazar á sus hermanas, á las que dejó en Cádiz, y á la verdad que en la mejor de las compañías.

La casualidad hizo que el Sr. Miranda y sus hermanas, al llegar á Cádiz por la primera vez, en unión del ilustre Jovellanos, cuando la repentina salida de la Junta Central de Sevilla, trabase relaciones de amistad con el rico armador de Cádiz D. Carlos Talavera, y que éste, en aquellos momentos de apuro, le ofreciese noblemente su casa, que el Sr. Miranda aceptó, más que por él por Pepita y doña Teresa, sin que D. Carlos permitiera que la abandonasen en todo el tiempo que permanecieron en Cádiz.

© Biblioteca Nacional de España

Conozcamos á esta familia, compuesta de D. Carlos Talavera, de su esposa doña Catalina y de su hija Concha, porque á la verdad lo merece.

D. Carlos Talavera era un hombre de cincuenta años, de estatura regular, color bronceado, barba entrecana muy poblada, temperamento nervioso, carácter enérgico, corazón de oro. Antiguo capitán de marina, era uno de los pocos que en aquel tiempo podían jactarse de haber dado la vuelta al mundo con Malaspina y Valdés.

Había mandado el bergantín *Trinidad*, del rico armador de Cádiz D. Ramón Salda-



CONCHA Y D. LUCAS

ña, que le profesó un gran cariño por sus muchos y buenos servicios á la casa, en particular uno que decidió de la suerte del jóven. Acompañaba Carlos, en clase de piloto, á su padre, capitán del *Trinidad*, cuando una horrorosa tempestad los sorprendió en el temible cabo de San Vicente. Tres días llevaban de lucha con los elementos cuando un violento golpe de mar arrebató de la cubierta á su querido padre. En vano la tripulación quiso arrojar un cable al náufrago; la tempestad deshecha convertía en juguete al bergantín, y el viejo capitán desapareció para siempre en el fondo del mar; pero si faltaba el padre quedaba el hijo, y Carlos, sin derramar una lágrima, con el

© Biblioteca Nacional de España

corazón desgarrado, sobreponiéndose á su pena, se hizo cargo del mando del bergantín, reanimó con su enérgica conducta á la tripulación, que, desfallecida por el hambre y el trabajo, ya se consideraba perdida, luchó como hábil y experto marino con el vendabal, y logró salvar el buque que traía un rico cargamento de canela, librando de la ruina al Sr. Saldaña, cuya fortuna, á causa de algunas quiebras en la plaza, se hallaba muy comprometida. Cuando entró en el puerto, con asombro de los marinos, desarbolado y sin timón, y cuando éstos supieron la muerte del capitán Talavera y el acto de heroísmo realizado por su hijo, todos se descubrieron con respeto ante el heróico joven. D. Ramón dedicó soberbias honras á la memoria de su viejo amigo y capitán, dió el mando del bergantín á Carlos, y á los tres años, queriendo pagar la deuda de gratitud que con él había contraído, le concedió la mano de su hija Catalina, joven tan bella de rostro como de corazón, dispuesto á retirarse del comercio. Carlos agradeció con toda su alma aquella prueba de cariño; pero si realizó la boda no quiso abandonar la vida del mar hasta el fallecimiento de D. Ramón; sólo á la muerte de éste el marino se trocó en comerciante, elevando la casa del difunto D. Ramón al más alto grado de prosperidad y haciendo la felicidad de su hija.

Doña Catalina era una mujer de relevantes dotes, reuniendo á una notable belleza, que aún se adivinaba á pesar de sus cuarenta años, un entendimiento superior, un ánimo varonil, una instrucción vastísima. Los grandes viajes de su esposo y los conocimientos en ellos adquiridos habían desarrollado aún más su inteligencia y héchole pensar algo en política, resultando los dos esposos, quizás por un secreto presentimiento, enemigos del césar francés mucho antes de la pérfida y traidora invasión de España.

De este feliz matrimonio, grandemente estimado en Cádiz, por sus talentos, su virtud y su generosidad, había nacido una niña, á la que pusieron por nombre Concha, en memoria de su abuela materna, que de muy pequeña anunciaba ya ser una criatura bellísima; y como no tuvieron más hijos, sus cariñosos padres depositaron en ella el inmenso tesoro de su cariño.

Concha, en cuyo retrato habremos de detenernos algo más, era el tipo perfecto de las hijas de Andalucía en general, y de Cádiz en particular. Gallarda de cuerpo, tenía la tez de un moreno claro, el pelo negro y abundante, los ojos grandes, rasgados y expresivos, la boca pequeña, el seno ámplio, el talle flexible y el andar garboso. Quizá presintiendo el talle de Conchita Talavera, había escrito Jacinto Polo de Medina:

«Lo lindísimo del talle
No te lo puedo explicar,
Que es su ajustada cintura
Melindrosa brevedad.»

Y lord Byron, admirado de su pie, lo describió en esta forma:

«Tanto admira que mal puede pintarse,
Ni á compararlo acierto, que en mi vida
Cosa no ví á que pueda compararse.»

Concha poseía una energía que parecía haber heredado de su padre, y unos hechizos naturales recibidos de su madre al nacer. En su trato se mezclaban sin esfuerzo el chiste con la ironía, la dulzura con la nobleza, la elevación de pensamiento con la gracia de la frase. Según los mejores autores, ninguna mujer aventaja á la andaluza en la sutil industria de cautivar al hombre, de saber ocultar lo que precisamente intenta hacer ver, en lo cual consiste el arcano misterioso del bello sexo, de donde el amor saca los encantos del galanteo, traza oculta, arcano insondable, eterna desesperación de las mujeres de otros países, que se denomina *Sal andaluza;* pues bien, ese arte maravilloso, esa *sal*, Concha la poseía en el más alto grado. Educada más que en la academia de doña Rita N., la mejor que entonces había en Cádiz, en su casa, por su madre, que era una maestra primorosa en toda clase de labores, y por su padre, que mirándose en sus negros ojos la había enseñado á porfía idiomas, geografía, matemáticas, iniciándola algo en los secretos de la historia y de la política, Concha odiaba tanto á Napoleón como adoraba á su querida patria; pero su viveza natural, su carácter bullicioso y esa alegría que parece ser patrimonio de la juventud y de los hijos de Andalucía,

© Biblioteca Nacional de España

apenas si daban importancia á los sucesos de la guerra, que le parecían la cosa más natural del mundo... ¿Acaso no había leído ella en la historia que la guerra es la ocupación predilecta de los hombres desde los comienzos del mundo y lo será eternamente?... ¿Acaso nadie en Cádiz, pobre ni rico, alto ni bajo, se preocupaba por la guerra ni por el sitio, que tomaban á juego?

Contaba doña Catalina con dos primos, llamados D. Tadeo y D. Lucas Monge. Estos dos hermanos habían sido, y continuaban siendo, los dependientes principales, encargados desde la época de su difunto tío y protector D. Ramón que los recogió huérfanos y les dió albergue en su casa primero y luégo educación y carrera, de los asuntos comerciales, del interior D. Lucas, y del exterior D. Tadeo.

D. Lucas que soñó, sin fundamento alguno, en ser el dueño de la mano de su prima y por tanto de las inmensas riquezas de don Ramón, al ver realizada la boda de doña Catalina con el joven capitán Talavera, trató, ayudado por su hermano Tadeo, de buscar el desquite á lo que llamaba una mala pasada de la suerte, seduciendo á su prima; pero la joven, que á decir verdad no se había casado enamorada del valiente capitán, á medida que lo fué tratando, la estimación que le tenía al principio la convirtió bien pronto en cariño, y el cariño en un amor tan firme como duradero; tuvo, pues, que desistir de sus planes el *bueno* de D. Lucas, y su carácter, que nunca había sido bueno, se agrió hasta un punto imponderable, si bien con la familia Talavera, que era la suya, procuraba el tigre ocultar las uñas. En la época que lo presentamos á nuestros lectores contaba cuarenta y ocho años, era de regular estatura, grueso, de rostro encendido que denunciaba un temperamento sanguíneo, nariz roja, que acusaba su desmedida afición á los licores y á las hijas de Eva; absoluto en sus opiniones y devoto con exageración, pero con una devoción pasiva, pues excesivamente avaro jamás se le vió sufragar una función de iglesia, ni costear el traje de una virgen, ni regalar un paño de altar.

Enemigo encarnizado de las nuevas ideas, ocioso nos parece decir que no simpatizaba con la familia de D. Juan Antonio Miranda, y que aprovechaba toda ocasión de atacarlas sin piedad, defendiendo con gran energía á la iglesia, á la monarquía absoluta, á la patria y á la inquisición, por ninguna de las cuales había hecho jamás el menor sacrificio; por el contrario, contra la moral de la Iglesia se había levantado codiciando la mujer de su prójimo, con la circunstancia agravante de ser esta mujer la hija de su tío y bienhechor; del servicio del rey se había librado con mil supercherías; sus defensas á la patria eran en discursos, pues á pretexto de sus achaques ni había ingresado en los *Voluntarios de Cádiz*, y si la inquisición le debía algo era haberle amparado bajo su oscuro manto, libertándole de graves peligros á que su mal carácter y sus pasiones tan fuertes como mal disimuladas le habían arrastrado.

Su hermano D. Tadeo, que contaba tres años menos, era alto, delgado, color cetrino, frente estrecha y deprimida y larga nariz. Vestía á la última moda, se jactaba de ser un consumado políglota porque hablaba medianamente el francés y conocía algo los rudimentos del inglés, y un viajero universal porque había estado en París. Aunque de una manera embozada, porque se manifestaba un buen maestro en las artes del disimulo, que por algo era hermano de su hermano, era oculto partidario de Francia, si bien procuraba cohonestar estas opiniones ante la familia Talavera diciendo que la lucha en que España se había metido contra el coloso del siglo eternizaría su nombre en la historia, pero que de ella saldría vencida, perdiendo su nombre y su independencia.

Había por entonces en nuestra patria muchos tipos como los hermanos Monge, sepulcros blanqueados por fuera y llenos de podredumbre por dentro.

Eran D. Lucas y D. Tadeo dos notas discordantes en la familia del Sr. Talavera, pero así doña Catalina como su esposo los toleraban y aún procuraban absolverlos de sus faltas, á pesar de que las ideas del capitán le alejaban de cada día más de estos dos hombres, en memoria del difunto D. Ramón quien, al morir se los encomendó con todo empeño.

© Biblioteca Nacional de España

Concha, en su cualidad de niña mimada, era la única que trataba á los hermanos Monge como se merecían, y á sus reticencias hipócritas y á sus ataques embozados á personas é ideas respondía con sonoras carcajadas, con chanzas alegres y con atrevidas respuestas.

Los dos hermanos se lo toleraban todo, porque así como D. Lucas soñó y tuvo la ayuda de su hermano cuando proyectó seducir á su virtuosa prima, así D. Tadeo, que había concebido el proyecto de llegar á ser el marido de Concha, contaba con el apoyo de su hermano mayor para realizarlo.

Buenas ganas se le pasaban al *moralista* D. Lucas de responder á Concha con su habitual dureza, pero D. Tadeo le contenía, y se limitaba á decirla con una sonrisa falsa que él creía ser amable:

—¡Eres un diablillo!..

—Y V. un diablazo.

—Concha...

—Y lo que es peor, un diablazo tan viejo como malo, porque, sépalo V. por si lo ignora, Sr. D. Lucas, el diablo no sería tan malo si no fuera tan viejo...

Por educación, por ideas, por carácter, la familia del Sr. Miranda simpatizó primero con la de D. Carlos Talavera, y bien pronto un cariño fraternal los unía á todos en apretado haz. La inmensa desgracia de doña Teresa, la ilustración de D. Juan Antonio, el patriotismo del joven D. Miguel Pas y la belleza y sencillez de Pepita encontraron profundo eco en aquellos corazones, y como en las noches de tertulia les refirieran su historia, toda la familia del Sr. Talavera conocía y estimaba como si los hubiese tratado á los hermanos del Sr. Miranda, Gregorio, Andrés y Pablo, que en distintos puntos de España combatían por la patria; al noble marqués de la Castellana; á la condesita y al doctor Peñaranda; á D. Valero Borja, y al señor Abad, y al heróico D. Juan Martín *(El Empecinado);* no olvidando en sus oraciones al niño Carlos, al desgraciado D. Fermín Echarri y á los héroes del memorable 2 de Mayo.

D. Juan Antonio Miranda, doña Teresa, Pepita y D. Miguel de Pas vivían en contínua zozobra y no podían ocultar la pena que los embargaba.

¿Qué habría sido de sus queridos hermanos?

De Gregorio habían sabido en los últimos partes enviados á la Regencia por el general Lacy... Pero y Andrés, ¿qué habría sido de Andrés al caer Badajoz en poder de los imperiales? Y Pablo, ¿viviría, ó tendrían que llorar una nueva víctima del feroz Kellerman?

El joven D. Miguel de Pas, que había ingresado en uno de los batallones de *Voluntarios de Cádiz*, ansioso de ser útil á su patria adoptiva, se había ofrecido diversas veces al Sr. Miranda para ir á Badajoz y á Valladolid en busca de noticias de Andrés y Pablo, pero éste no había aceptado, pensando, y con razón, que era exponerle á todo género de peligros sin esperanzas de buen éxito, haciéndole desistir de su generoso proyecto para no aumentar un nuevo dolor á Pepita sobre las penas que ya sufría con la ausencia de sus hermanos.

La familia del Sr. Talavera se desvivía por consolarlos y por apartar de la mente de tan queridos amigos las lúgubres ideas que D. Lucas, con su mala intención, cubierta por una máscara de virtud, procuraba infundirles, por más que en su interior tampoco estuviesen tranquilos, y gracias á ella, gracias á los Sres. Talavera, las horas se hacían menos pesadas y los días menos tristes para el Sr. Miranda y sus hermanas.

Muchas veces Concha, elogiando el valor de que, según los partes del general Lacy, daba pruebas en todos los combates Gregorio Miranda, recordando los nobles esfuerzos que Andrés y Pablo dedicaban á la defensa de su patria, describía á Pepita, que la escuchaba entre llorosa y alegre, la vuelta de sus hermanos, gallardos, altaneros, orgullosos, montados en briosos caballos, con la frente coronada de laureles y trayendo prisioneros atados á la cola de sus corceles á todos los ejércitos de Napoleón y seguidos de un pueblo inmenso que los vitoreaba con entusiasmo.

¡Cuán cierto es que la amistad tiene la virtud, como ciertos bálsamos, sino de curar las heridas, de calmar sus terribles dolores! Si D. Lucas y D. Tadeo eran para la familia del Sr. Miranda, á la que detestaban en su

© Biblioteca Nacional de España

interior, el veneno, Concha era la triaca, y donde ellos ponían una gota de vinagre ponía Concha un tarro de miel.

Gracias á la traviesa y simpática Concha sabían doña Teresa, y en especial Pepita, su inseparable compañera y amiga, que la *calle Ancha* era en Cádiz lo que el *Mentidero* ó las famosas gradas de San Felipe en Madrid, es decir, el punto de reunión de los desocupados, que iban á ella en busca de novedades un tanto añejas, ó portadores de noticias sobrado fabulosas; que la esquina de las calles de San Francisco y el Baluarte eran conocidas con el epigramático título del *Cabo de Trafalgar*, y que á la plaza de San Antonio, lugar predilecto de las gaditanas, lo habían bautizado los caballeros con el galante nombre de *Golfo de las Damas*.

Y á la verdad, que en aquel golfo *terrestre* había de todo.

Lores ingleses, elegantemente vestidos, tan prendados de las gracias y de la hermosura de las gaditanas como de la belleza de nuestro suelo y la calidad de nuestros vinos.

Oficiales de la Gran Bretaña con el rojo uniforme y el blanco pantalón, y marinos de los buques de guerra con su elegante plumero.

Graves hidalgos portugueses, y oficiales de su ejército, cuyos uniformes, de colores oscuros, contrastaban vivamente con los rojos de los ingleses.

Militares suizos, italianos, rusos y alemanes venidos á España á pelear por nuestra independencia y en contra del verdugo de su patria, el odiado Napoleón.

Voluntarios de Cádiz con sus lujosos y variados uniformes.

Acaudalados comerciantes de la Isla gaditana.

Indianos poderosos.

Graves caballeros y altos empleados de la Regencia.

Diputados, literatos y poetas.

Grandes de España, tales como el duque de Hijar, los marqueses de Casa-Pontejos, Casa-Rábago y Casa-Recaña, los condes de Tilly, de Salvatierra, de Casa-Lasqueti, de Noroña, de Casa-Rojas y otros.

Petrimetres, vestidos á la última moda, con traje verde inglés.

Currutacos, haciendo alarde de su gallardía, con el lente al ojo y el sombrero bajo el brazo.

Y entre todos ellos, como flores en un inmenso jardín, las mujeres más hermosas que albergaba la ciudad.

Damas aristocráticas, como las duquesas de Rivas y Veragua, las marquesas de Casa-Pontejos, Villafranca, Casa-Rábago, Alamos, Ussel, Tabaloso y Sales, y las condesas de Casa-Sarriá y Villamonte.

Señoras é hijas de ricos comerciantes y acaudalados banqueros.

Damiselas, luciendo sus elegantes y costosos trajes.

Hijas del pueblo, vestidas con una sencillez encantadora, manejando la mantilla y el abanico con una gracia que seducía.

A ese golfo, en que Concha navegaba, salvando sus mil peligros, representados por todos los caballeros que dejamos citados, como un experto marino salva los bajos, los escollos y los bancos de arena de un mar conocido, conducía muchas tardes la hermosa gaditana á doña Teresa y á Pepita, procurando distraerlas con su charla graciosa y sus dichos agudos.

La hermosa hija del Sr. Talavera, luciendo un lindísimo traje, con la frente erguida, sacudiendo la mantilla con ese donaire peculiar de las hijas de Andalucía, y enseñando á medias un pie elegantemente calzado, arrastraba tras de sí una cohorte de gaditanos y de forasteros, de paisanos y de militares, á cuyos amartelados requiebros contestaba con desdeñosas sonrisas ó epigramáticas frases.

Si la belleza de las gaditanas goza de antigua y merecida fama, la de Concha Talavera llevaba realizadas más conquistas que lograron Alejandro, César y Carlo-Magno.

En su opinión, si Eva había logrado engañar al primer hombre sin haber saludado un libro, ¿á quien no podía engañar una gaditana versada en la historia y que durante algún tiempo había asistido á la *amiga*? (1).

Sus dichos agudos, sus respuestas, tan oportunas como prontas, y sus hechiceras

(1) En Andalucía, escuela de niñas.

© Biblioteca Nacional de España

sonrisas, mareaban á los *marinos* jóvenes y viejos del célebre *Golfo de las Damas*.

Si Pepita llamaba su atención sobre algún joven que parecía fijarse en ella, Concha, haciendo un mohín encantador, la respondía:

—Yo sólo vengo á pasear por el *Golfo* para que tú te diviertas, y para que los hombres se constipen con el aire de mi abanico.

¿Sería Concha insensible á ese dulce sentimiento llamado amor?

Y bien podía el hombre, joven ó viejo, que se ofrecía á servirlas de caballero tener confianza en su instrucción y en su talento, porque, si es opinión generalmente admitida que en España un tonto podrá alternar sin peligro con los hombres, pero con las mujeres se expone á cada instante á ponerse en ridículo, este peligro, que aumenta con las hijas de Andalucía, por su fina ironía y su gracia elegante, llegaba al más alto grado con la hija del capitán Talavera, por su brillante educación, sus maliciosas preguntas, su irónica sonrisa y sus originales respuestas.

La inagotable facundia de Concha no se detenía, y cuando en unión de su cariñosa madre, que la quería con delirio, de doña Teresa y de Pepita, asistía á una de aquellas procesiones religiosas ó funciones cívicas en que tomaban parte los *Voluntarios de Cádiz*, ella se encargaba de irlos bautizando al pasar.

—Mira los *guacamayos*, Pepita.

—¿Por qué los llamas así?

—¿Pues no ves, hija, que con ese uniforme encarnado y esas vueltas de terciopelo verde parecen un pájaro de América?...

Pepita sonreía y callaba.

—¡Aquí vienen los *obispos!*

—¿Los *obispos?*

—Sí; los artilleros gallegos, que con el uniforme morado y esas caras tan redondas, cualquiera los tomaría por reverendos obispos.

De repente exclamaba Concha:

—¡Ay, doña Teresa, esto se acaba!...

—¿Por qué, Conchita?

—Porque nos sirven la *ensalada*.

—Calla, loca,—la decía su madre.

—¿La ensalada?—preguntaba doña Teresa.

—Sí, querida. La *lechuga* y el *peregil*. Los *lechuguinos* ó sean los artilleros de la Puerta de Tierra, y los *peregiles*, ó lo que es igual, la infantería. Es tal la afición que tienen á las lechugas y al peregil de sus huertas que se han vestido de hortalizas.

—¡Qué mala eres!—decía Pepita.

—Mala... ¿por qué? Porque digo la verdad... Ahora pasan otros. ¡Pobres *cananeos*, y qué fatigados vienen!

—Calla, Concha; si tu padre que forma parte de ellos te oyera...—decía su madre.

—Papá es muy bueno, y no me regañaría como tú, mamita... tú, que no me quieres nada...

—¡Mimosa!

—¿De qué proviene llamar *cananeos* á estos voluntarios?—preguntaba doña Teresa.

—No crea V. que hayan nacido en la tierra de Canaán. No, señora; son todos hijos de Cádiz, y algunos muy buenos padres de familia... Es por la cartuchera que llevan sobre el vientre. ¿Ha concluído de pasar la fuerza armada? Pues bien, conste que así como los diez mandamientos de la doctrina cristiana se encierran en dos, estos cinco nombres *guacamayos*, *obispos*, *lechuguinos*, *peregiles* y *cananeos*, se encierran en uno...

—¿En uno?

—Sí... en *pavos*...

—Vámonos, doña Teresa, y no haga usted caso á esta niña,—decía doña Catalina.

—Perdona, mamá; pero nadie, á no ser un malvado, reniega de su origen, y los *Voluntarios* de hoy son los hijos legítimos de los *Urbanos* de ayer, vulgarmente conocidos por los *pavos*. Y á propósito, doña Teresa, voy á referir á V. una historia cierta, y estoy segura que mi respetable y querida mamá no dirá que es cuento...

—Alguna novela...

—Perdona, mamá; pero yo he leído *Pablo y Virginia*, de Bernardino Saint-Pierre, y esto que voy á referir no se le parece en nada... ¿Ve V. aquel caballero alto, buen mozo, que se pasea completamente solo?

—Sí por cierto.

—Pues es el general de marina D. Cayetano Valdés, que ha dado la vuelta al mun-

© Biblioteca Nacional de España

do con Malaspina y con mi papá, y que en la batalla de Trafalgar, mandando el *Neptuno*, hizo prodigios de valor.

—No le conocía personalmente, pero sí por sus hechos,—dijo doña Teresa.

—Prosigo mi... historia, que repito es ciertísima. Habiendo pasado en los comienzos de la guerra al ejército de tierra, y regresando á Cádiz gravemente herido en la para nosotros desgraciada batalla de Espinosa de los Monteros, al entrar en el puerto, deseoso de saber quién ejercía el mando de la plaza, preguntó al patrón de una de las barcas que cruzaban cerca del barco en



D. CAYETANO VALDÉS

que él venía quién era el gobernador de Cádiz.—El guardián de Capuchinos,—le respondió, alejándose.—Sabedor D. Cayetano de que en Cádiz siempre hay de moda un dicho que dura más ó menos tiempo, según su gracia, supuso que aquel era el de moda. Pasó otra barca, hizo la misma pregunta, y habiendo recibido igual respuesta se afirmó más en su idea. Pero amarró al costado de su buque la lancha del práctico, y el general le preguntó enseguida quién era el gobernador de la plaza.—El guardián de Capuchinos,—le contestó el práctico.—No tiene nada de sufrido el valiente D. Cayetano, y ya se disponía á castigar lo que juzgaba una burla, cuando supo con admiración que

© Biblioteca Nacional de España

era gobernador de Cádiz fray Mariano de Sevilla, guardián de los Capuchinos (1). ¿No es cierto, mamá?

—Ciertísimo, hija mía; yo misma se lo he oido contar al ilustre marino.

—Pues bien, ahora declara que es una verdadera historia la que he referido á doña Teresa y á Pepita; deja á salvo mi honor de cronista, y toma en pago un abrazo y un beso.

Rasgos heróicos.—Traslación de las Cortes á Cádiz.—La iglesia de San Felipe Neri convertida en Congreso Nacional.—Los diputados y el público.

Los actos de patriotismo realizados por los gaditanos durante la guerra de la Independencia, fueron innumerables, y en ellos tomaron parte todas las clases sociales.

El hijo primogénito del conde de Casa-Rojas se alista soldado voluntario, asiste á varias acciones, en una de las cuales cae herido, y al preguntarle el general Ballesteros qué recompensa desea, se limita sencillamente á contestar:

—Nada, absolutamente nada deseo, sino dar un ejemplo á mis compatriotas.

Y torna á campaña, de la cual vuelve como fué, soldado raso.

El marqués de Casa-Rábago (D. Antonio Artecona), después de haber servido 18 años en la Guardia real, y de vivir retirado en su patria desde el año 1803, y de haber sido comandante del primer batallón de Voluntarios distinguidos y vocal de la Junta de Gobierno, deja su casa en 1810 y se alista soldado voluntario en una de las compañías de cazadores, que forman parte de la expedición mandada por el general Lacy.

D. José Eusebio de Laraviedra era un niño cuando el ciudadano José Víctor Moreau, célebre general de la República francesa, estuvo en Cádiz (1804) en unión de su esposa, de paso para su destierro en los Estados-Unidos, y entusiasmado con la relación de los hechos de armas de Moreau, con quien su familia trabó estrecha amistad, y con un odio inextinguible contra Napoleón, se lanza al combate en 1808, cuando apenas contaba diecisiete años; asciende por sus hechos notables á teniente, y después de una gloriosa defensa en un olivar con sólo 20 hombres contra 360 dragones franceses, cae prisionero de los imperiales; empero consigue fugarse de Sevilla y presentarse en Cádiz, y sin pedir premio ninguno marcha como ayudante de la columna de cazadores con destino á las guerrillas del puente de Suazo, y en una de las salidas muere el día 14 de Julio de 1810 atravesadas las sienes por una bala de fusil en el parapeto avanzado, delante del portazgo, repitiendo lo que mil veces había dicho á sus amigos:

—No me sería sensible perecer por la causa de la justicia, sino morir siendo el oprobio de mis conciudadanos.

D. Francisco de Celis, dueño del *Café del Correo*, ofrece en la *Gaceta de la Regencia* admitir en su casa hasta 30 militares de los que quedaran inútiles en la guerra, aunque sean faltos de un brazo ó de una pierna, dándoles cinco reales diarios y la manutención, para hacer en su establecimiento únicamente lo que puedan.

Al salir de Cádiz el general Ballesteros, recibe 10.000 reales para auxilio de sus tropas; pregunta quién los remite, y le responden que hay orden de no decirlo. Enternecido Ballesteros ante semejante abnegación, exclama:

—¿Y podrá sucumbir una nación donde hay tal patriotismo? ¡Estoy convencido de que aun cuando pereciéramos cuantos generales y soldados existimos, no por eso sería España subyugada!

Para la división del mismo Ballesteros entrega por encargo de su esposo, enfermo á la sazón, doña María del Carmen Silva, que se llama editora del periódico *El Robespierre Español*, una silla con freno, pistolera, estribos, y todo nuevo, *deseando que el valiente súbdito del sublime Ballesteros que la use, mate en su nombre tres docenas de esclavos de Napoleón.*

Después de la desgraciada expedición de Poniente en Marzo del año 1810, los vecinos á porfía quieren recoger en sus casas y auxiliar á los que venían de Huelva en la miseria y con mal curadas heridas, quedan-

(1) Este lance lo refirió diversas veces á sus amigos el general D. Cayetano Valdés.

© Biblioteca Nacional de España

do lastimados los habitantes á quienes no se encarga del alivio ó socorro de alguno.

El comerciante D. Cecilio Zaldo entrega para nuestros ejércitos un donativo de doscientos mil reales.

El coronel del regimiento de Zamora hace un llamamiento á los sacerdotes de Cádiz y la Isla de León (22 de Octubre) para que cubran la desnudez que sufren sus soldados, y todos, reunidos en el hospital de mujeres, deciden entregar el importe de la limosna de 30 misas.

El albañil Juan Romero, enmedio del fuego, sobre una andamiada y á pecho descubierto, repara exteriormente los muros del castillo de San Lorenzo del Puntal ó *Puntales*, sobre el cual carga todo el fuego de los imperiales, y desde donde se defiende por la parte de bahía la ciudad, sin que ni un solo tiro enemigo le acierte en los días más rigorosos del asedio de Cádiz.

La inspirada poetisa doña Vicenta Maturana, elegante, joven y discreta, cuyo padre, como bravo militar, acababa de morir en el campo del honor, cuando era requerida de amores, dice el Sr. Castro, y aun sin serlo, manifestaba por doquiera la exaltación de su patriotismo, asegurando que su mano estaba reservada al soldado más heróico de aquella guerra.

El 24 de Febrero de 1811 celebraron las Cortes su primera sesión en la ciudad de Cádiz, en la iglesia del oratorio de San Felipe Neri, que, si bien reunía muy buenas condiciones acústicas, tenía el grave inconveniente de que la voz del orador era ahogada por completo cuando tocaban las campanas de la iglesia, sin que se evitase un defecto, tan fácil de remediar, á pesar de las reclamaciones de los diputados y del público.

La iglesia de San Felipe Neri es una de las mejores de Cádiz, aunque pequeña. La planta del templo es ojival y está decorada con pilastras jónicas, cuyos capiteles tienen sus volutas en forma de gusano de ballena ó en espiral, pero está lastimosamente corrompido el gusto arquitectónico en su parte superior, con ornatos bastantes desagradables y aglomeración de balcones y cornisas, que, corriendo en derredor de su cúpula elíptica, achican el espacio y la hacen aparecer más reducida. El mejor de los retablos de la iglesia es uno de mármol de Génova en la capilla del medio, en el lado del Evangelio, en el que se representan ángeles en aspecto de términos ó esclavos para sostener el cornisamento. El altar mayor tiene de notable un excelente cuadro de Murillo que representa *La Concepción*. La pintura del Padre Eterno, sobre el arco de la capilla mayor, es una buena obra de Clemente de Torres.

Fué encargado de las obras necesarias para acomodar la iglesia á su nuevo destino el teniente de ingenieros de marina señor Prats, quien empezó por mandar que los altares se cubriesen con velos, como se hace en las ceremonias de la Semana Santa. La mesa del presidente la puso delante del altar mayor y bajo un dosel con el retrato de Fernando VII, á cuyo pie había un sillón vuelto, y á su lado se colocaban, durante las sesiones, dos guardias de Corps. Mandó construir un anfiteatro para los diputados, compuesto de tres órdenes de asientos y dividido en cuatro partes para facilitar la entrada, siendo la de los diputados la pequeña puerta que daba á la sacristía, pues la principal sólo se abría en las grandes solemnidades ó cuando algún personaje era recibido bien en el Congreso mismo, bien en la barra ó barandilla levantadas por su orden, la cual tenía por adorno dos grandes leones de bronce. Detrás del anfiteatro de los diputados, y cerca de la barra, dispuso alzar dos tribunas para que desde ellas leyesen ó pronunciasen sus discursos los oradores, si bien luégo se acordó que el diputado pudiese hablar desde su asiento.

Las dos galerías altas, con reja de balcón hasta el pecho, que corrían por todo el recinto de la iglesia, y que la abrazaban por completo, siendo parte antigua del edificio mismo, se utilizaron para tribunas del público, formado por hombres, pues á las señoras les estaba vedada la asistencia á las Cortes.

Por último, en la capilla del Sagrario se alzó un tablado que ocupaban los taquígrafos y los periodistas.

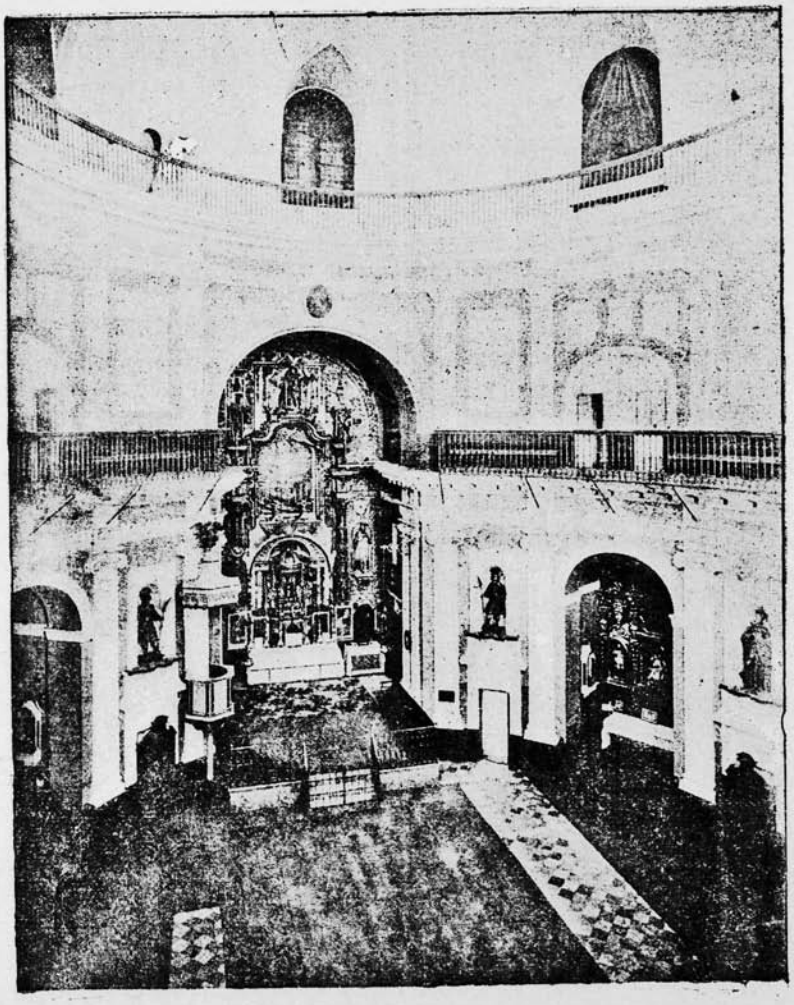
El aposentador de las Cortes, deseoso de adornar del mejor modo el recinto del sobe-

© Biblioteca Nacional de España

rano Congreso, acudió en demanda de alfombras á los frailes de San Juan de Dios, cuyo prior le envió las únicas que tenía, si bien reconociéndolas indignas de las Cortes por el mal estado en que se encontraban.

Copiamos el recibo á título de documento curioso:

«D. Juan Miguel de Grijalva, caballero pensionado de la Real y distinguida orden española de Carlos III, ayuda de cámara del Rey nuestro señor, jefe de su real Furriera y Tapicería, aposentador de palacio: He recibido del reverendísimo padre fray Pedro de Yepes, prior del convento de San Juan de



IGLESIA DE SAN FELIPE NERI

Dios de esta ciudad, dos alfombras turcas que sirven en el salón de sesiones del augusto Congreso de las Cortes generales extraordinarias, que tuvo la generosidad de ofrecer, ínterin se proporcionaban otras. Y para que le sirva de resguardo doy el presente. Cádiz 1.º de Abril de 1811.»

Antes de la lectura del acta de la sesión anterior, ó sea la última celebrada el día 20 en la Isla de León, el presidente D. Antonio Joaquín Pérez, canónigo de la catedral de Puebla de los Angeles (Méjico), pronunció un sentido discurso, en el que, á grandes rasgos, expuso lo injusto de cualquier acusación que se hiciera á las Cortes por los trabajos que habían realizado en los 150 días

© Biblioteca Nacional de España

que llevaban de existencia, censurando á los escritores que en su afán de criticarlo todo no las perdonaban los más leves ó involuntarios defectos, terminando su notable peroración en esta forma:

«¡Cádiz, patria dichosa de mis mayores! este pueblo afortunado no me dejará mentir, si en su nombre aseguro á V. M. que, como haya de nuestra parte todo el tesón del verdadero patriotismo y la recta administración en todos los ramos del Gobierno, tendremos soldados que hagan la guerra, tendremos dinero para continuarla, tendremos la dicha de ver entre nosotros al verdadero rey.»

Leyóse á seguida el acta de la anterior sesión y comenzaron las Cortes sus tareas.

Al Congreso asistía una gran concurrencia, tan enamorada de las nuevas ideas como ansiosa de oir los discursos de Argüelles y Muñoz Torrero, de Calatrava y García Herreros, de Toreno y Mejía, de Golfín y Ontiveros, de Gallego y Capmany, de Antillón y Villanueva, llegando en algunas ocasiones á prorrumpir en entusiastas vivas y ruidosos aplausos á todos estos liberales, á pesar de estar terminantemente prohibida toda manifestación de aplauso ó desagrado en aquel augusto recinto, y acogiendo con risas los discursos de los tradicionalistas ó *serviles*, en particular los del famoso cura D. Blas Ostolaza, objeto de burlas por sus palabras agresivas, por sus ademanes provocativos, por su descaro y *por ser conocidas sus malas costumbres y las artería de que se había valido para alcanzar la Diputación*. Para formar juicio de su oratoria bastará decir que al fin de una de sus arengas, quejándose de que no era atendido por el Congreso, recitó una fabulilla del león, el tigre y el asno, concluyendo así:

—Algunos diputados, á quienes observo faltos de crianza, que hagan la aplicación.

Los anti-reformistas, sentidos de no escuchar jamás un aplauso á sus peroraciones, ni siquiera una pequeña muestra de agrado, apellidaron á los asíduos concurrentes al Congreso *galerios*, aumentando, dice un ilustre escritor, un vocablo á la lengua y un nuevo delito á los que ya llevaban cometidos.

Las sesiones comenzaban á las diez y terminaban á las dos, y los asistentes á ellas se encaminaban inmediatamente á la cercana calle Ancha, ó á la inmediata plaza de San Antonio, las cuales estaban llenas de gente desde por la mañana, discutiendo los asuntos de la guerra ó tomando el sol, á comentar los discursos oídos, ó los acuerdos de las Cortes, hasta que daban las tres en el reloj de la parroquia de San Antonio, y entonces todos se encaminaban á sus respectivas casas en busca de la puchera, llamada en Andalucía, y especialmente en Cádiz, *olla podrida*.

Tertulias.—Literatos y poetas.—Los periódicos y la libertad de imprenta.—Contienda literaria.—Un nuevo gobernador.

La política y la guerra no excluían la literatura y las ciencias en la culta sociedad reunida en Cádiz, y las tertulias de la Isla gaditana en aquellos días podían competir muy bien con las más estimadas de Madrid de los años 1805, 6 y 8.

Citaremos las más notables, comenzando por la de D. Manuel José Quintana, el insigne poeta, que, luégo de llamar al combate á los españoles después del 2 de Mayo con sus magníficas composiciones, siguió á la Junta Central, redactando las proclamas y documentos más célebres de aquella época; escribió por encargo de la Regencia un luminoso informe para mejorar la instrucción pública; fué nombrado en 1811 secretario de la interpretación de lenguas y de la real estampilla, y prosiguió dando á luz producciones que elevaron su fama al más alto grado.

Era Quintana, como dice uno de sus mejores biógrafos, el genuino representante de todos los sentimientos de su siglo; codicioso de independencia, de libertad y de progreso, vibra con entusiastas extremecimientos, ya celebrando la *propagación de la vacuna*, ya felicitando á Jovellanos por su elevación al ministerio de Gracia y Justicia, ya aclamando la bizarría española en su oda *Al combate de Trafalgar*. Impetuoso y entusiasta como Tirteo, magnífico á lo Herrera, su voz vibra en medio de una nación decadente para infundirla los bríos que heredó de su

© Biblioteca Nacional de España

raza, para que se levante con su virtud nativa; para que recobre su heróica corona; por eso evoca la sombra de Padilla, ensalza las proezas de Guzmán el Bueno é inmortaliza la imprenta. España, nación austera y grave, necesitaba un poeta belicoso cuya entonación *airada y fiera* se armonizara con el *fragoso hervir de sus torrentes*, y Quintana fué el poeta elegido para despertar al león de Castilla, razón por la cual resplandecen en su corona de poeta algunas hojas del laurel de Bailén, y su pluma, convertida en espada, triunfa tanto como los mortíferos plomos de los soldados españoles.

Asistían á su tertulia D. Juan Nicasio Gallego, á quien su célebre elegía *El 2 de Mayo* y sus discursos en las Cortes á favor de la libertad de imprenta habían conquistado ya uno de los primeros puestos.

D. Cristóbal Beña, militar y poeta, que así manejaba la espada como pulsaba la lira.

D. Francisco Sánchez Barbero, poeta tan inspirado como publicista discreto, y uno de los editores del periódico *El Conciso*, que alcanzó un éxito extraordinario.

D. Francisco Martínez de la Rosa, que de vuelta de su viaje á Inglaterra, mostraba en todos sus escritos ser una grata esperanza de las letras, que en breve debía convertirse en hermosa realidad.

D. Mariano Cardedera, más inclinado á la política que á la literatura, á pesar de la fama que ésta le había conquistado.

D. Eugenio Tapia, excelente poeta, admirador de Quintana y á él unido por vínculos de la más estrecha amistad.

Alcalá Galiano (D. Antonio), el más joven de todos los asistentes, pues contaría por entonces veinte años, que había frecuentado la tertulia de Quintana en Madrid en 1806 siendo todavía un niño, que ya cultivaba las letras con gran aprovechamiento y en quien todos reconocían un gusto literario exquisito, un talento privilegiado y un genio llamado á ocupar, como así sucedió, los más altos empleos.

Por lo escrito se ve que en la tertulia de Quintana se reunía una sociedad culta, decorosa, ilustrada, de gran valía, que cuadraba con el carácter y los méritos del dueño de la casa, hombre grave, severo y digno. A ella no asistía la esposa de Quintana, reputada por una de las primeras bellezas de Zaragoza, su país natal, y de Madrid, y señora de notable talento, quizá por su carácter un tanto retraido.

Notables eran también las tertulias de la marquesa de Casa-Pontejos, en la cual se congregaba la gente de la más elevada y mejor sociedad; y la de la señora del abogado Ayesa, que recibía en su casa personas de alta jerarquía, si bien ocupando en ambas á la concurrencia más que la política ó la literatura el juego del monte.

En la casa de doña Margarita López de Morlá de Virnes, señora de singular entendimiento y vasta instrucción, se reunía una sociedad corta en número pero grande en mérito, pues solía llevar á ella Quintana su inspiración, Argüelles su talento, Gallego su buen humor, Toreno su inteligencia, y el hermano de doña Margarita, D. Diego López de Morlá, que aunque de noble cuna era partidario de las nuevas doctrinas por sus principios filosóficos, su ingenio y su instrucción.

También merece especial cita la de doña Francisca Larrea, mujer del caballero alemán Bohl de Faver, buen literato é ilustrado escritor, señora á la que dieron los franceses permiso para venir de Chiclana, donde residía, á Cádiz, distinguida escritora y patriota acérrima, si bien era del grupo de españoles que consideraba el levantamiento de la Península, pobre y sin fuerzas, contra el inmenso poder de Napoleón, como una empresa heróica, pero loca, que concluiría por mantener á nuestra España en su antigua y tristísima situación.

A otras tertulias asistían algunos de los muchos literatos que Cádiz albergaba en sus muros.

Recordemos algunos.

D. Juan Bautista Arriaza, quien ya desde Londres, ya desde Cádiz, escribía en verso himnos patrióticos, y contestaba en prosa á Blanco White que, avecindado en Inglaterra y en su periódico titulado *El Español*, se mostraba adversario enemigo de España. Y por cierto que entre Quintana y Arriaza se produjo un rompimiento cuya causa retrata por igual á los dos. El canónigo de

© Biblioteca Nacional de España

Sevilla, Dr. Morales, vino como parlamentario de José á intimar la rendición á nuestra escuadra; pero ante las amenazas de los marinos españoles, tuvo que regresar precipitadamente á Sevilla y noticiar al intruso el mal éxito de su expedición. Arriaza publicó una obrita con el título de *Desenfado patriótico*, en forma de *diálogo entre un emisario y un patriota*, poniendo por lema estos versos:

«Así son, cuál más, cuál menos
Todos los hispano-galos:
Sirvan una vez los malos
De diversión á los buenos.»

Hallábase Arriaza en la plaza de San Antonio recibiendo los plácemes de sus amigos por la obra, cuando se le acercó Quintana y le dijo:

—Siento que haya V. maltratado tanto y de tal manera á un amigo tan íntimo de V., y á quien por haber sido mío, á pesar de su proceder político, siento ver así ofendido.

—¿Y eso qué vale?—le respondió Arriaza. —Por decir un chiste nada me importa perder un amigo.

—Pues ahora—replicó Quintana alejándose,—ha dicho V. una majadería y ha perdido dos.

D. Antonio Capmany, en quien los años habían extremado el empeño que siempre mostró de ser docto y puro en sus escritos, *por más que apareciera más lemosín cuando más castellano pretendía ser*, anti-afrancesado rabioso, que empleaba las horas que las Cortes le dejaban libres visitando los puestos de libros y comentando las faltas de lenguaje del autor en alta voz.

D. Bartolomé Gallardo, de quien luégo hablaremos con mayor extensión.

D. Antonio Sabiñón, muy celebrado por sus traduciones.

D. Pablo Jérica y Costa, poeta de no escaso mérito, sobre todo en el género epigramático.

D. Santiago Jonama, de agudo entendimiento, buena instrucción y raro carácter.

D. Angel Saavedra, el futuro autor de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.

El duque de Híjar, de quien se contaba, por confesión propia, que para escribir los versos se tendía boca abajo, confesión que le hizo objeto de algunas burlas y epigramas.

Y otros muchos.

Pasemos revista á los principales periódicos que por aquel tiempo vieron la luz en la Isla gaditana.

El *Semanario Patriótico*, de Quintana, apareció por la primera vez en Madrid, después en Sevilla, á cargo de los Sres. D. Isidro Antillón, D. José María Blanco (Blanco White) y D. Alberto Lista, y luégo en Cádiz, dirigido otra vez por su fundador y propietario, el ilustre Quintana.

El Conciso, que parecía tomar el nombre de su reducido tamaño, tuvo por fundador á D. G. Ogirando, traductor de *Une folie* (una travesura), y de *Les Marionnetes*, de Picard, que tituló *Los Titeres*, gran conocedor de los idiomas francés y español, y por principal redactor al distinguido poeta D. Francisco Sánchez Barbero. Al abrirse las Cortes publicó un gracioso numero supletorio, titulado *El Concisín*, diciendo era el hijo de *El Conciso*, que venía á dar noticias á su papá de lo que ocurría en el Congreso, y que produjo gran efecto.

La *Gaceta de la Regencia* hallábase á cargo del diputado y notable escritor Sr. Capmany.

El *Diario de las Cortes* estaba encomendado á fray Jaime de Villanueva, padre maestro de la Orden dominica y afamado predicador, hermano del canónigo y diputado liberal D. Joaquín.

El Redactor General tenía por director á un D. Pedro Daza, buen caballero, buen patriota, pero de escasos conocimientos políticos y literarios, por lo que se vió forzado á buscar el auxilio de hombres de la valía de Alcalá Galiano. Este periódico publicaba, con el epígrafe de *La Calle Ancha*, una chistosa sección con todos los lances, ocurrencias y noticias que corrían por esta célebre calle.

Todos estos periódicos sostenían las doctrinas liberales.

El Robespierre Español defendía los principios republicanos.

Los anti-reformistas ó *serviles* contaban, en primer lugar, con *El Procurador de la Nación y del Rey*, fundado por el marqués

© Biblioteca Nacional de España

de Villa-Panés, caballero jerezano tan raro en el carácter como en el traje, pues llevaba sobre un frac mal cortado un cinturón con medio sable en lugar de espadín, y se jactaba no sólo de dormir sobre una dura tarima, para aumentar, decía, la salud corporal y la intelectual, sí que también de haber obligado á lo mismo á sus hijos, rellenándoles las almohadas de piedra para que no hallasen dificultad alguna en la comprensión de sus estudios. Contra él escribió D. Pablo de Jérica el este celebrado epigrama:

—«En Cádiz estás, marqués,
Y metido á cortesano,—
Dijo un quidam jerezano
A nuestro invicto Panés.
En vivir aquí, buen hijo,
Que estás engañado siento;
No es aqueste tu elemento,
Esto es corte, no cortijo.»

Para colmo de sus males le acompañaba un tal Mole, clerizonte ordenado de menores, tan alto como desgarbado, con un sombrero de picos, cuyo título principal, según él mismo declaraba, consistía en haber hecho oposición á una plaza de organista... ¡sin obtenerla!

Ambos eran objeto de acerados epigramas y de sangrientas burlas.

El padre Alvarado publicaba también con el nombre de *El Filósofo rancio* unas cartas, que no carecían de mérito, por más que éste no fuera muy grande.

Los demás periódicos, tales como *El Diario Mercantil*, *El Telégrafo Americano*, *El Revisor Político*, *El Observador*, *El Centinela de la Patria*, *El Amigo de las Leyes*, *El Censor General*, *El Periódico Militar*, *El Diario de la Tarde*, y *El Imparcial*, tachado de afrancesado, no alcanzaron la fama que los citados anteriormente.

Los periódicos reformistas, para librar á su partido de la nota de imitador de las doctrinas francesas, sostenían que las ideas defendidas por los diputados liberales en las Cortes y que inspiraban el venerando Código de 1812 se hallaban consignadas en nuestras antiguas leyes, fueros y privilegios, si bien las acomodaban al espíritu de la época; y hasta tal punto insistió uno de ellos, que por entonces se publicó, con el título de *El Tomista en las Cortes*, un folleto tratando de probar que la mayor parte de las doctrinas liberales estaban tomadas del sabio doctor Santo Tomás de Aquino.

Contra los abusos de la libertad de imprenta publicó el inspirado poeta D. Juan Miguel de Arambide, hijo de Cádiz, y uno de los defensores de la heróica Zaragoza, en cuyo asedio había caído gravemente herido, un opúsculo titulado *Una leve insinuación á los señores escritores*, en que decía:

«La libertad de imprenta será utilísima cuando los verdaderos sabios la empleen convenientemente á ejemplo de algunos... y cuando ese tropel de habladores, fatigado y destituído de todo saber, conozca que el acertado decreto de las Cortes no ha concedido talento á los necios, ni ilustración á los ignorantes.»

Sin que nadie se explique la causa más que como una de tantas genialidades de su carácter, un tanto raro, publicó D. Antonio Capmany dos folletos con el título de *Cartas de un buen patriota*, criticando el estilo de su amigo Quintana como excesivamente poético y afrancesado (Mayo de 1811), á los cuales respondió Quintana con otro que denominaba *Contestación á los rumores y críticas*, en el cual censuraba enérgicamente á Capmany, quien á su vez replicó con un *Manifiesto* diciendo que Quintana le pidió en Madrid que repasase los borradores de su obra *Vidas de varones ilustres*, aceptando ciegamente sus correcciones. Sale Martínez de la Rosa á la defensa de Quintana con dos opúsculos, *Bosquejo de una crítica á la carta de un buen patriota* y *Carta del maestro de escuela de Polopos al buen patriota*, en los cuales acusa á Capmany de querer proclamarse *dictador de la lengua castellana;* y D. Juan Nicasio Gallego, sabedor de que por álguien se le juzgaba uno de los clérigos literatos que asistían á la tertulia de Godoy, retratados por Capmany en su *Manifiesto*, le obliga á declarar que no se refería á él. Resultado: un escándalo necio, y tener que hacer Capmany la anterior confesión, y la de que «el Sr. Quintana es persona digna de aprecio por su conducta privada y por su talento é ilustración, y á esta justa consideración yo me suscribo.»

© Biblioteca Nacional de España

Ya anteriormente Capmany había escrito á un amigo de Sevilla una carta retratando á los regentes con colores demasiado vivos, y ridiculizando á los ingleses por su traje y costumbres y por su afición á los bailes de gitanas. Esta carta, interceptada por los franceses y publicado su contenido, no tuvo para el autor consecuencias desagradables, pues ni los regentes ni los ingleses se dieron por ofendidos, y esto, sin duda, alentó al señor Capmany á censurar á su antiguo amigo D. Manuel José Quintana.

Por estos días fué nombrado gobernador militar y político de Cádiz el teniente general de marina D. Juan María de Villavicencio, tío y padrino del Sr. Alcalá Galiano, hombre de gran instrucción y de tan severo rostro como bondadoso corazón, quien, atendiendo á los deseos de muchas personas, pensó abrir el teatro contra la opinión del clero, por considerar que bien merecían los hijos de Cádiz, sitiados hacía tantos meses, de alguna diversión.

D. Andrés Miranda.—Un verdadero patriota.

En los últimos días de Setiembre ocurrió en la familia de D. Juan Antonio Miranda un tristísimo suceso, en el que tomó una parte no pequeña la de don Carlos Talavera.

Pero antes de hablar de él, debemos hacer un poco de historia.

A la muerte de su querido amigo D. Rafael Menacho, que fué la señal de la caída de Badajoz, el joven D. Andrés Miranda trató de resistir á la capitulación de la plaza, ajustada por el nuevo gobernador, mariscal de campo Sr. Imaz, y, al frente de un puñado de militares y de un grupo de paisanos, emprendió una lucha desesperada con los primeros soldados imperiales que entraron en Badajoz, lucha que dió por resultado la derrota de los valientes que mandaba y la prisión de Andrés, que fué sepultado en un calabozo subterráneo del fuerte de San Cristóbal, fortaleza situada en un empinado cerro, en la margen derecha del Guadiana, en la confluencia de este río con el Gébora.

Sabedor el gobernador francés de la plaza de la importancia y valía de D. Andrés Miranda, no tardó en presentarse en su calabozo y prometerle la libertad á condición de que jurara á José y le ayudase en Badajoz y Extremadura á conquistar prosélitos para la causa del intruso.

El noble joven ni siquiera se dignó contestar á tan humillante propuesta, y el general francés abandonó su calabozo, jurando que de él no saldría más que para la tumba. Andrés Miranda no se inquietó por la amenaza... ¡en realidad qué más tumba que las cuatro paredes de aquel calabozo lóbrego, insano, y en el que jamás penetraba un rayo de sol!

Desde aquella hora la mísera ración de potaje que le servían dos veces al día, se redujo á una tan sólo; y poco después el infeliz no recibía más que un trozo de pan y un cántaro de agua. ¡Era indudable que el gobernador había resuelto obligarle á aceptar por la miseria y por el hambre su infame propuesta!

Pero Andrés no quería morir; sus pocos años, el amor de sus hermanos, el deseo de volver á ser útil á su querida patria, la idea de la venganza contra sus crueles verdugos le impulsaban á huir... pero ¿cómo?

Recordando la situación en que el fuerte de San Cristóbal se encuentra, juzgó que el calabozo que ocupaba debía estar próximo al río, y así parecían indicarlo sus húmedas paredes, su suelo medio podrido y la frialdad glacial de sus piedras.

A causa de la falta de alimentos, el desgraciado Andrés cayó enfermo, y el carcelero dió parte al jefe de la prisión, el cual le envió un médico francés, que Andrés se negó á recibir, no queriendo deber la salud á un enemigo de su patria. Tentado estuvo el gobernador por dejarle morir en su calabozo, pero reflexionando que era mejor mantenerle vivo y en rehenes, obligó á uno de los médicos de Bajadoz á que le visitara. Como era de esperar, el médico español reconoció á Miranda, no por su estado, que no podía ser más deplorable, sino por la voz, aunque se guardó muy bien de decirlo al carcelero y menos al gobernador.

D. Jorge Besaya, que así se llamaba el médico, siguió visitando al joven Miranda, y no tardó en convencerse de que mientras

© Biblioteca Nacional de España

Andrés permaneciera en aquel lóbrego calabozo, en aquella hedionda prisión, en aquella horrible sepultura, la ciencia sería impotente para curarle.

Con efecto, el estado de Andrés no podía ser más alarmante: con las ropas destrozadas, durmiendo sobre un puñado de paja, con las paredes del calabozo chorreando agua, maltratado por los asquerosos animales que la prisión albergaba en gran número, no había para él otra esperanza de salvación que la libertad.

Trascurrieron algunos días de mortal angustia para el médico y de horrorosos dolores para Andrés.

Una noche el joven, devorado por el ardor de la fiebre, pero cuyos dientes chocaban unos con otros á impulso de un frío mortal, escuchó cerca de su cabeza, en el montón de húmeda paja que le servía de cama, un ligero ruído que duró algunas horas y que al llegar el día cesó por completo.

¿De dónde provenía aquel ruído? ¿Serían obreros? ¿Serían otros presos que, más afortunados que él, trabajaban por su libertad?

Cuando por la mañana se presentó el médico, notó Andrés que éste, al despedirse, le apretaba la mano con cariño...

Por la noche volvió á sentir el mismo ruído que había escuchado en la anterior...

De buena gana habría interrogado al médico, porque, sin darse cuenta de ello, Andrés relacionaba la presión amistosa de la mano del doctor con aquel extraño ruído, que cada noche se hacía más claro, pero ¿cómo si el carcelero y el gobernador de la prisión se hallaban presentes á la visita y por su larga permanencia en España hablaban y entendían nuestro idioma?...

Por fin, una noche, al cabo de un mes de temores y de esperanzas, el ruído fué más visible, y tres golpes dados sobre la piedra en que recostaba el preso la cabeza, le hicieron prestar atento oído; los tres golpes se repitieron y entonces el joven Miranda contestó con otros tres. Al instante se oyó una voz que Andrés reconoció con alegría imponderable; era la del médico:

—Andrés—le dijo,—trabajad con empeño, ayudadnos desde el interior, porque trabajamos para salvaros.

¡Ayudarlos!... ¿Y cómo? En primer lugar no tenía herramienta alguna, y luégo la debilidad, la postración le tenían imposibilitado... ¡Ah, tener tan cerca la libertad, pensar que con su ayuda aquella esperanza podría convertirse en realidad, y no poder hacer nada... nada!...

De pronto, sus ojos se fijaron en un objeto que brillaba en la oscuridad, y con el cual parecían jugar los innumerables ratones de su calabozo. Era la chapa del cinturón que él había usado durante el sitio para llevar la espada... Se apoderó de aquel objeto, no sin sostener una lucha con aquellos temibles roedores, que no querían abandonar el pedazo de cinturón que aún quedaba adherido á la chapa.

Aquella misma noche, Andrés, sacando fuerzas de flaqueza, soñando con la libertad, con la patria y con sus hermanos, buscó á tientas las junturas de la piedra en que apoyaba la cabeza y á través de la cual había escuchado la voz de su salvador, y se puso á escavar en ellas, sirviéndose de las puntas de la chapa como de un instrumento punzante para ir quitando la argamasa que la sujetaba á las otras.

Largos y pesados días trabajó Andrés con ese ahinco, con ese afán, con ese empeño, con esa verdadera rabia que impulsa á todo preso cuando se trata de conquistar la libertad, sin fijarse en que sus débiles fuerzas se agotaban, en que su pecho se rompía con los tenaces y constantes esfuerzos, y en que sus dedos chorreaban sangre con aquel trabajo incesante, tenaz.

—¡Libertad, libertad á toda costa!—exclamaba Andrés.

Por fin, una noche le pareció notar una ligera oscilación de la piedra, y casi inmediatamente escuchó la voz del médico que decía:

—Apartáos, la piedra está desencajada y vamos á empujarla al interior.

El joven Miranda se apartó rápidamente, y en breve la piedra, empujada con fuerza, avanzó por el interior del calabozo, dejando al descubierto un ancho espacio.

Cuando el doctor Besaya penetró en el calabozo, hallóse no con un hombre pálido, demacrado, débil y enfermo como él le ha-

© Biblioteca Nacional de España

bía dejado en su última visita, sino con un cadáver...

¿Cómo hacerle salir del calabozo por aquel agujero, cuando apenas podía tenerse en pie?...

Con grandes precauciones, y ayudado de los dos leales amigos que le aguardaban en el exterior, pudo el médico sacar de su prisión al joven: quedaba aún lo más peligroso, y era librarse de los centinelas de la fortaleza. Andrés pretendió andar, pero la inmovilidad á que por seis meses se había visto condenado le impedía todo movimiento.

Permanecer sobre la muralla al descubierto era perderse, y Andrés no podía caminar. En aquel instante se oyó la voz de los centinelas gritando *¡Alto!*

Los dos amigos del médico, sobrecogidos de espanto, echaron á correr por el cerro en dirección á Badajoz; D. Jorge Besayas, en vez de huir, cogió en sus brazos al joven Miranda y le arrastró hacia el río.

La voz del centinela atrajo á la ronda del fuerte. Nuestros fugitivos seguían corriendo. De repente sonó un tiro, y Andrés notó que le abandonaban los brazos del médico que cayó á tierra sin vida. Los soldados de la ronda seguían marchando, Andrés se detuvo; puso su mano sobre el pecho de su amigo dispuesto á morir á su lado, pero ¡ay! aquel noble corazón ya no latía. Los franceses avanzaban; con la oscuridad de la noche, veía Andrés el relucir de sus fusiles y oía sus voces. Entonces por un esfuerzo sobrenatural, no queriendo caer de nuevo en sus manos, se arrojó al río que bullía á sus pies é inmediatamente oyóse una descarga, seguida de un ¡ay! triste y doloroso.

La frialdad del agua produjo en Andrés Miranda una reacción inesperada, y comenzó á nadar con alguna fuerza en aquel mismo río al que tantas veces se había lanzado por recreo en las calurosas tardes del estío.

El infeliz procuraba ganar la otra orilla, pero estaba herido, la sangre manaba de su pecho y de cada vez perdía más fuerzas... Bien pronto la excitación nerviosa que hasta entonces le había sostenido se calmó, su vista comenzó á desvanecerse, le pareció que nadaba en un lago de sangre, dió un largo suspiro y perdió el conocimiento.

Una heroína.

Junto á la casa de D. Carlos Talavera, y protegida por éste y su familia, vivía una heroína, una de aquellas mujeres que en la epopeya de la Independencia supieron elevar su nombre al nivel si no es que ya por cima del de los hombres más valientes.

Llamábase doña María Angela de Tellería, de estado soltera, y contaba entonces veintiseis años. Era natural de Elgueta, villa de la provincia de Vizcaya, situada en una elevada meseta, pero residía en Durango cuando entraron en esta población los enemigos en 1809, llevando prisioneros á Francia muchos españoles de Santander.

El sentimiento patriótico se hallaba tan arraigado en el corazón de la joven vizcaína, que sin reparar los peligros á que se exponía, ocultó bajo su traje tres vestidos de mujer, y con pretexto de visitar á los prisioneros, consiguió disfrazar y salvar con ellos á tres oficiales.

Animada con este primer éxito, recorrió las casas de algunos vecinos y recogió muchas prendas de ropa y 70 pesos; cambió su traje de mujer por uno de hombre, y ocultando bajo la capa una larga cuerda, y á favor de una ingeniosa traza, penetró de nuevo en la prisión de los españoles, los hizo descolgar por una ventana á la huerta y ella salió la última; á seguida procedió á repartir los 70 pesos entre todos, indicando á los unos el camino que debían seguir para salvarse, encaminando á otros á casas seguras y llevándose á la suya á un capitán de carabineros reales, que al descolgarse había caído dislocándose una pierna, al que costeó la curación hasta que pudo escapar; llegando á 26 los oficiales á quienes logró salvar y á doble número el de soldados que libertó.

Por desgracia, el gobernador de Bilbao, general Avril, lo supo y la hizo traer prisionera, encerrándola en la cárcel del Señorío, tratando, por halagos primero y por amenazas después, de arrancarle los nombres de las personas que la habían ayudado en su patriótica empresa; pero María se mantuvo serena y muda, y Avril nada pudo averiguar.

Por intercesión de algunos vecinos de

© Biblioteca Nacional de España

Bilbao fué condenada á dos años de cárcel en el mismo Durango, á cuyo punto fué trasladada; mas como sus hazañas eran conocidas de todos los buenos patricios, el valiente guerrillero D. Ignacio Alonso Cuevillas entró en Durango, libertó á doña María y la condujo en triunfo á la ciudad de Logroño.

Conquistada Logroño por los imperiales, María cayó de nuevo en poder de los franceses, quienes, sin respetar su sexo, ni su valor, la cargaron de cadenas y la llevan á Bilbao, encerrándola en un lóbrego calabozo, y sólo cuando la vieron á punto de morir la trasladaron á otro más sano, pero sin quitarla sus pesados hierros.

El gobernador de Vitoria la reclamó para sustanciar su causa, y de nuevo trataron de vencer su esforzado ánimo. María se mantuvo en Vitoria tan inflexible y digna como en Bilbao, y los franceses la condenaron á muerte. Al saberlo el bizarro guerrillero don Francisco Longa, dirigió al gobernador de Vitoria una carta amenazando con fusilar 15 oficiales franceses que él tenía en su poder si no se ponía en libertad á la heróica joven.

De acuerdo con el gobernador de San Sebastián, Thouvenot, fué enviada María á esta ciudad por el de Vitoria con una fuerte escolta de gendarmes. Thouvenot, faltando á todas las leyes del honor y de la guerra, llenó á la joven de injurias, sin respetar que era una mujer. María, sin perder la serenidad, le respondió noblemente:

—Así como V. se precia de buen francés, yo me precio de buena española; he cumplido con mi deber libertando á mis hermanos, y siempre que pueda volveré á hacer lo mismo.

Avergonzado Thouvenot la puso en libertad, previa fianza de tres personas importantes de San Sebastián, ordenándola que en el término de treinta días abandonase el territorio ocupado por los franceses. María regresó á Vitoria, y de allí á Asturias, donde el general Bonnet la dió un pasaporte y dispuso que una escolta francesa la llevase donde estaba el ínclito Porlier y sus guerrilleros.

En el estado más lastimoso llegó la joven á Cádiz, donde sabedor de su heroísmo y de sus desdichas el distinguido poeta D. Francisco Sánchez Barbero, publicó su historia en el periódico *El Conciso*. Todo Cádiz se consagró á protegerla, y D. Juan Antonio Miranda, por indicación de la familia Talavera, que profesaba un gran cariño á la heróica doña María, obtuvo para ella de las Cortes una pensión vitalicia de 4.000 reales de los fondos de la Cruzada de Cádiz (1).

Entre la vida y la muerte.—Un amor que nace.

Si el desgraciado Andrés no hubiera sido víctima de aquel desmayo que al privarle de las fuerzas le privó también de la vista, habría podido observar que un hombre le contemplaba con gran fijeza desde la orilla del río que él pretendía ganar, y que al notar que ya no nadaba y que se sumergía, sin despojarse de la ropa se echó rápidamente al Guadiana, abandonando su red y sus aparejos. Era un pescador, que no sin grandes trabajos pudo sacarle á tierra; pero al llegar con él á su mísera choza, el buen hombre creyó de buena fe que el náufrago era un cadáver. En efecto, todas las señales eran de ello. Andrés no se movía, ni daba señales de existencia y sólo un pequeño soplo de vida parecía escapar de su pecho. Ayudado por su mujer, el pescador hizo la primera cura al joven, y corrió en busca del médico de Elvas. El médico vino, y no dió grandes esperanzas de salvación; con todo, la herida no la consideraba peligrosa, porque la frialdad del agua había contenido la hemorragia de sangre, pero el estado general del enfermo le parecía peligrosísimo.

A fuerza de cuidados más cariñosos y solícitos que importantes, Andrés recobró el habla y pudo darse cuenta del lugar en que se encontraba y de la gratitud que debía á aquel honrado matrimonio portugués y al médico de Elvas.

Al saber que se hallaba en libertad, y queriendo morir al lado de sus hermanos, pidió al médico, como el último favor, que

(1) Aunque doña María casó después con don Juan Olmedo, se declaró que la pensión no quedaba invalidada, pues era por sus méritos personales y sin restricción alguna.—*Adolfo de Castro.*

© Biblioteca Nacional de España

le condujeran á un puerto en el cual pudiera embarcar para Cádiz, descubriéndole quién era y el alto puesto que su hermano ocupaba. El médico, considerando próximo su fin, no quiso negarle ese consuelo, si bien temeroso de que el joven no llegaría á Cádiz.

Postrado por la fiebre, pero sostenido por una fuerza interior, arribó Andrés al puerto de Faro, y después de tres días de angustias y dolores sin fin, desembarcaba en la hermosa ciudad de Cádiz y era recibido en los brazos de sus hermanos que no podían ocultar sus lágrimas al verle en aquel estado...

¿Quién habría dicho al ver á aquel hombre de cabellos largos y enmarañados, de aspecto semi-salvaje, de barba canosa, de paso tardo y cansado, de voz balbuciente, demacrado hasta parecer un esqueleto, que era Andrés Miranda, un joven de veinticinco años, en la plenitud de la vida?

¡La patria probaba bien duramente á la familia Miranda!

Colocado en la mejor habitación de la casa, visitado por los médicos más ilustrados de la ciudad, interesado todo Cádiz en su salvación, el desgraciado Andrés era objeto de los más tiernos cuidados.

Si sus hermanas doña Teresa y Pepita, si D. Juan Antonio Miranda,—procurando todos ocultar sus lágrimas á la vista de su hermano, cuya vida pendía de un milagro,—si D. Miguel de Pas, le prodigaban á porfía su amor entrañable, la familia del Sr. Talavera tuvo para el desgraciado joven los cariños más delicados, las atenciones más exquisitas... pero sobre todos, Concha.

Durante muchos días Andrés Miranda estuvo al borde del sepulcro.

Jamás un enfermo se vió asistido con tanto esmero y tanto cariño.

Aunque sus hermanas doña Teresa y Pepita, su hermano D. Juan Antonio y D. Miguel de Pas, quisieron velarle todas las noches, doña Catalina Talavera se opuso, diciendo que en bien del mismo enfermo, por quien se interesaban todos, era preciso establecer una marcha ordenada que permitiera á todos descansar para mejor poder cuidarle.

Investida con plenos poderes doña Catalina, dispuso lo que debía hacerse, y todas las noches quedaban junto al lecho de Andrés dos señoras y un caballero: doña Teresa, Pepita y D. Miguel de Pas una noche, y otra ella, su hija Concha y el Sr. Talavera, dejando mayor descanso á D. Juan Antonio, que en su cualidad de representante, pasaba largas horas ocupado en las sesiones de las Cortes, así públicas como secretas, y en las diversas comisiones á que pertenecía, y aunque quiso protestar y ocupar su turno al igual que los demás, como había dado amplias facultades á doña Catalina, no pudo resistir, limitándose á obedecer y á elogiar á la noble dama y cariñosa amiga en nombre de sus hermanos y en el suyo propio.

Concha, siempre que podía, y á pretexto de hacer descansar á Pepita ó á su madre, las obligaba á retirarse á su cuarto, prometiendo llamarlas á la menor novedad, tan sólo por el deseo de velar más tiempo al enfermo.

Concha Talavera, lo dijimos anteriormente, como buena andaluza y aún más como verdadera hija de Cádiz, era un carácter más dispuesto á la risa que al llanto, al movimiento que á la quietud.

Pronta siempre á la algazara, á las fiestas, á la burla, jamás había derramado una lágrima, ni sentido una pena, ni sufrido un pesar...

La llegada de Andrés á Cádiz y á su casa, la transformó por completo. Fué un golpe inexplicable para ella, que paralizó la risa en sus labios y la alegría en su pecho.

Aquel joven, individuo de la Junta de salvación de Badajoz; amigo querido del heróico general Menacho; incansable defensor de su patria, á la que había sacrificado su hacienda y su vida; encerrado durante largos meses en un oscuro calabozo, rechazando noblemente las ofertas de los enemigos de España; arrojándose á un río para buscar la salvación; luchando bravamente con las ondas, llevando una herida mortal en el pecho; salvado por unos tristes pescadores, y llegado á su casa enfermo y mísero, produjo en el ánimo de la joven una completa revolución

La piedad que por él había sentido al verle llegar en semejante estado; las inquietudes que sufría al pasar las noches en vela

© Biblioteca Nacional de España

junto á su lecho; los tormentos que la causaban las palabras de los médicos que le asistían, verdaderas sentencias de muerte; todo esto, unido al recuerdo de los hechos heróicos de Andrés y á su desgraciada historia, despertaron en su corazón un sentimiento dormido; sintió en su alma purísima impulsos que nunca había sentido; perdió la calma inefable de que hasta entonces había gozado, y una noche, contemplando el marchito rostro de Andrés, oyendo su respiración fatigosa, escuchando sus ayes de dolor, tomó entre las suyas, blancas y hermosas, las calenturientas manos del joven, y depositando un beso sobre la pálida frente de Andrés Miranda, exclamó con una voz que más bien parecía un suspiro:

—¡Sálvale, Virgen mía, porque le amo!...

¡Qué noches tan largas y tan crueles!... Los ayes de Andrés, atormentado por los dolores del pecho, repercutían en el corazón de la joven, que habría dado gustosa la mitad de su vida por aliviar al que era ya dueño y señor de su alma.

Llegó un día en que los médicos juzgaron necesario, luégo de sondar la herida, extraer la bala, que podía causar de pronto la muerte de Andrés, y no es posible pintar el espanto, el dolor, la angustia de Concha.

Tras una dolorosa operación lograron los médicos extraer la bala del pecho de Andrés, dando algunas esperanzas de curación á sus angustiados hermanos y á la noble familia del Sr. Talavera.

Siguióse después una convalecencia larga y penosa, hasta que llegó un día, día feliz para su familia, para sus amigos, para todos los buenos patricios, en que el joven Miranda, vuelto á la vida milagrosamente, pudo abandonar su lecho por algunas horas.

Rasgos patrióticos de las gaditanas.—El teatro de Cádiz y sus artistas.—Obras que se representaban.

Concha Talavera, poco conmovida hasta entonces por los sucesos de la guerra, desde que había visto al joven Miranda, sufrido con sus dolores y llorado con sus males, fué una de las gaditanas que más se distinguieron en favor de los soldados, de los guerrilleros y de sus familias.

En Octubre de 1811, por iniciativa de doña Engracia Coronel, ayudada eficazmente por las marquesas de Villafranca y Casa-Rábago y otras varias señoras, se creó en Cádiz una Asociación, que aprobada el día 19 por la Regencia inauguró sus benéficas tareas el 19 de Noviembre, dirigiendo su presidenta la marquesa de Villafranca á todas las mujeres de Cádiz estas hermosas frases:

«Esos tristes héroes, afanados por nuestro bien, desfigurados por el cansancio, el hambre y la sed, están desnudos. Mientras nosotras descansamos en nuestras casas, ellos velan al raso, sufriendo el viento, el agua, la nieve y el hielo, todo porque no sea interrumpido nuestro sosiego por el clarín amenazador ó por el cañón y la bomba enemiga. . . . . .

Consideremos estas verdades, y, penetradas de estas ideas, convirtamos nuestras casas en talleres de vestuario para la tropa. En adelante nuestras manos no deberán emplearse en otra cosa que en las útiles y respetuosas necesidades del ejército y de los que sufren en los hospitales.»

No satisfechas todavía, excitaron el patriotismo de las señoras de España y de América, pidiendo su apoyo para tan meritoria empresa.

Estos nobles sentimientos eran antiguos en las gaditanas, puesto que al entrar en la ciudad la 5.ª división que peleó en la Albuera, iniciaron una suscrición para costearla el vestuario, pidiendo por única recompensa que uno de los regimientos llevase el nombre de *Cádiz*, siendo elegido el antes llamado del *General*, bordando ellas las banderas, que llevaban en los ángulos las armas de Cádiz, las cuales fueron bendecidas con gran pompa el 27 de Octubre.

Fué aquel día el primero que Andrés, apoyado en el brazo de su hermano D. Juan Antonio, salió á la calle y asistió á la ceremonia en que Concha, como individua de la Junta de Señoras encargada de presentar las banderas al cardenal de Borbón, para que las bendijera y luégo á los oficiales abanderados, tomó una buena parte; el primero en que el joven Miranda declaró su amor á Concha, que le aceptó con júbilo inmenso, jurándole que tan sólo sería de él ó de Dios.

© Biblioteca Nacional de España

Pero existía un hombre que había adivinado el amor de los dos jóvenes, amor que le arrebataba su soñada esperanza, y que al descubrirlo juró matarlo en flor, y este hombre era el *bueno* de D. Tadeo.

Era el teatro de Cádiz en 1811 uno de los mejores de España.

El día 20 de Noviembre, después de largas y enojosas discusiones con el clero, logró su apertura el enérgico gobernador de la ciudad é ilustrado marino Sr. Villavicencio.

Como los palcos principales eran propiedad de las mejores familias de Cádiz, las forasteras concurrieron á los segundos, y los hombres, así de la ciudad, como de fuera, á la luneta.

Formaban el cuadro de la compañía dramática, la celebrada actriz Agustina Torres, dama de natural talento y exquisita sensibilidad; Carretero, el galán compañero de la insigne Rita Luna; Querol, gracioso de mucho nombre, y en las comedias llamadas de *figurón* inimitable; Diez, discípulo aventajado del célebre Maíquez; Navarro, actor de bastante mérito, y otros varios.

Representaban los citados artistas las obras de nuestro teatro antiguo, tales como *El Perro del hortelano*, *La esclava de su galán* y *La moza de cántaro*, de Lope de Vega; *La casa con dos puertas* y *La dama duende*, de Calderón; *D. Gil de las calzas verdes* y *La Villana de Vallecas*, de Tirso; *García del Castañar*, de Rojas; *El desdén con el desdén*, de Moreto; *El socorro de los mantos*, de D. Carlos Arellano; *El convidado de piedra*, de Zamora; *El diablo predicador*, de D. Luis Belmonte, y la célebre tragedia *Oscar*, del ilustre poeta y diputado D. Juan Nicasio Gallego.

Justo es consignar que si todas estas producciones eran acogidas con aplausos, las que despertaban mayor entusiasmo eran las obras patrióticas, sobre todo *Las Vísperas Sicilianas*, drama en que el público al ver á Juan de Prócida ponerse al frente de los sicilianos para matar á los franceses prorrumpía en frenéticos aplausos.

Los escritores que albergaba Cádiz comenzaron también á trabajar para el teatro, y en él estrenaron obras que fueron muy bien recibidas.

D. Francisco Martínez de la Rosa compuso su tragedia *La Viuda de Padilla*, que alcanzó un éxito colosal, y poco después, para mostrar, sin duda, la diversidad de su talento, escribió la comedia *Lo que puede un empleo*, recibida con mayor aplauso, si cabe, y en cuyos personajes principales creyó ver el público retratados al marqués de Villa-Panés y al clérigo Sr. Ostolaza.

D. Antonio Sabiñón tradujo la célebre tragedia de Alfieri *Bruto primo*, con el título de *Roma libre*, extremándose—dice el señor Alcalá Galiano—más que el autor en las doctrinas republicanas, que el público recibió con gran aplauso.

El duque de Híjar escribió también una obra alegórica con el título *El templo del destino*, en que no faltaban buenos versos; pero como abundaban en ella los pensamientos monárquicos, aunque no contrarios á las reformas que se iban haciendo, *fué escuchada con poco favor*.

Merece fijar la atención que en 1811 la España culta, reunida en Cádiz, oyese con poco favor los *pensamientos monárquicos* del duque de Híjar, y aplaudiese con tanto empeño las *doctrinas republicanas* extremadas por Sabiñón.

El epigramático poeta D. Pablo de Jérica hizo en los siguientes versos el juicio de la obra:

«*Grande* el número de actores,
Grande el autor, su excelencia,
Grandes los actos, señores,
Y más *grande* la paciencia
De tantos espectadores.»

Al teatro, pues, llevaba la familia del señor Talavera, que poseía un palco principal de su propiedad, á la de D. Juan Antonio Miranda, y allí, escuchando los enamorados versos de los galanes y de las damas de Calderón y Lope, de Tirso y Alarcón, crecía la pasión de Concha y Andrés, como crecía el entusiasmo de la multitud con la matanza de los franceses en *Las Vísperas Sicilianas*, y crecía el amor á la libertad de los patriotas con los hermosos versos de *Roma libre*.

© Biblioteca Nacional de España

La tertulia del Sr. Talavera.

Pero si á Concha, por su juvenil entusiasmo, le agradaba el teatro, le agradaba aún más la tertulia de su casa, y esto por la razón sencillísima de que en ella veía á su amado Andrés tomar parte en las discusiones y mostrar una inteligencia y unos conocimientos y un amor tan grande á su patria y á las nuevas ideas, que llenaban su corazón de la mayor dicha, y al escucharle ella también, indiferente hasta entonces en las cuestiones de la guerra y de la política, se juzgaba capaz de las más grandes empresas.

Tratemos de reseñar la tertulia del Sr. Talavera en Cádiz en los últimos días del año de 1811, como intentamos reseñar la de don Juan Antonio Miranda en Madrid en los comienzos de 1808.

Asistían á ella la señora de la casa, doña Catalina y su hija Concha, doña Teresa y Pepita Miranda.

Entre los hombres, se contaban, además del capitán D. Carlos Talavera, sus primos el *bueno* de D. Lucas y el afrancesado don Tadeo, D. Juan Antonio y D. Andrés Miranda, D. Miguel de Pas y en algunas noches el gran poeta Quintana, el célebre literato don Juan Nicasio Gallego, el canónigo Sr. Muñoz Torrero (D. Diego) y algunos otros.

La noche en que los presentamos se trataba de la eterna cuestión de la guerra y de la política.

Se comentaban la famosa *Carta de un español al general Castaños después de la batalla de la Albuera*, atribuída al literato sevillano D. Félix José Reinoso, y la exhortación del poeta Meléndez Valdés á los gaditanos para que abandonasen la causa de la nación.

Decía el primero:

«¿Qué hacemos, pues, divididos los que hemos nacido para vivir bajo una religión, costumbres y leyes? Contigo hablo, ¡oh Cádiz! ornato y riqueza de Andalucía y aun de toda España. ¿Por qué no das la paz á las provincias que causaban antes tu abundancia y activaba tu comercio? Nosotros no podemos libertarte, así como á nosotros no nos libertaron los que hoy te gobiernan. ¿Por qué, pues, causas nuestra destrucción con tu exterminio?»

Y escribía el segundo, tan ardiente patriota antes de comenzar la guerra:

«No os envanezcáis, pues, en ese rincón, ni os tengáis en vuestra cárcel por libres y seguros; las bombas y el cañón llegan á todas partes; hoy sufrís los desprecios de esos ingleses que os han tiranizado, y mañana os veréis sujetos y rendidos á las fuerzas del rey, buscando humildes su amparo y protección. Entonces será el día de la vergüenza y del oprobio.»

—¡Mentira parece—dijo el Sr. Miranda—que hombres nacidos en España hablen de esa suerte!

—¿Por qué no, si así lo creen en conciencia?—replicó D. Tadeo con su habitual hipocresía.

—La conciencia en tal caso—exclamó doña Teresa—es una máscara infame, y si V. fuera padre y los franceses le hubieran asesinado un hijo, de cierto que no los defendería...

—Además, la patria es nuestra madre—dijo Andrés,—y contra una madre no se puede luchar.

—Bien dicho,—exclamó doña Catalina.

—¿Pero no admitimos la ayuda de los ingleses que nos destruyeron en Trafalgar?

—El desastre de Trafalgar y la pérdida de la Isla Trinidad, así como el envío de nuestros soldados á Dinamarca y Etruria—dijo el Sr. Talavera,—los debimos á Godoy y á Napoleón, enemigo jurado de nuestra patria.

—¿Pero á qué llamas patria?—preguntó D. Lucas.

—A la nación y á sus Cortes.

—Para mí no hay más patria que el rey...

—¿El rey que felicita á Napoleón por sus victorias contra nosotros y no las Cortes que luchan por conservarle la corona?

—Las Cortes son en nuestra patria una novedad peligrosa,—dijo D. Tadeo.—Yo he estado en Francia, y allí...

—¿Nuevas las Cortes en España, el país que se honra con haber tenido las primeras en León en el siglo X?—exclamó D. Juan Antonio.

—¿Y diga V., Sr. D. Lucas, es el monarca el que hace las Cortes ó son las Cortes las

© Biblioteca Nacional de España

que hacen el monarca?—interrogó D. Miguel de Pas.

—¡Las Cortes hacer el monarca! ¡Qué absurdo!

—¡Qué herejía!

—Eso que Vds. llaman absurdo y herejía es un hecho rigurosamente histórico. A principios del siglo X juntáronse en la ciudad de León las Cortes, según antigua costumbre, y nombraron por sucesor del rey D. García á su hermano D. Ordoño, rey de Galicia, y no bien fué coronado y consagrado por aclamación popular *Omne populo assentiente*, invadió los estados del califa hasta las márgenes del Guadiana; y á la muerte de D. Ordoño, ocurrida algunos años después, los electores civiles y militares eligieron por su sucesor á Fruela, rey de Asturias.

En Castilla á los procuradores debió el trono D. Fernando IV el *Emplazado*.

¿De quién recibió la corona García Ramiro en Navarra, Ramiro el Monge en Aragón y D. Juan II de Castilla?

¿Era el rey el que hacía las Cortes en Aragón, ó eran las Cortes, representadas por su Justicia Mayor, las que le hacían rey en tanto que guardase las leyes y sino, no?

—¿Qué dices á esto, Lucas?—preguntó el Sr. Talavera.

—Digo que habéis logrado meter á la católica España en el camino de la revolución y de las reformas para arruinarla.

—Tiene razón mi hermano; esos filósofos del pasado siglo, que han derramado su virus petulante sobre nuestra querida patria, serán la causa de su perdición. Yo he estado en Francia...

—Ya lo hemos oído, y yo he dado la vuelta al mundo, ¿y qué?—preguntó el Sr. Talavera.

—Nada... Eso...

—La filosofía es más antigua que el siglo pasado,—dijo sonriendo D. Miguel de Pas.

—La filosofía, según Ciceron—añadió el joven Andrés,—es la esencia de las cosas divinas y humanas, así como de los principios ó causas de aquellas cosas.

—Y viniendo más á la cuestión—dijo el Sr. Miranda,—la verdadera filosofía social, aplicable á este caso, se funda en los principios cardinales de la sociedad, bajo el doble aspecto del derecho y de las costumbres, derivando sus nociones del examen y conocimiento de la naturaleza humana, y, por consiguiente, del destino del hombre sobre la tierra.

—En suma, querido Tadeo—dijo el señor Talavera,—que para defender á Reinoso y á Valdés, dos literatos tan notables como malos patriotas, te has metido en una cuestión inútil de soberanía de la nación y de sistemas filosóficos.

—Sin contar que mi primo—añadió doña Catalina,—se ha empeñado en vivir todavía en el siglo pasado y en que no le agraden más que las cosas de Francia.

—Lo cual no impide—añadió Concha con sonrisa maliciosa—que también le agraden algunas de España.

—¿Será cierto?—preguntó doña Teresa.

D. Tadeo se mordió los labios de rabia, limitándose á responder:

—En todas partes hay cosas buenas y malas.

—¿Me negará V., Sr. D. Juan Antonio—dijo de pronto D. Lucas, acudiendo en auxilio de su hermano,—que los diputados han dejado sin respuesta el folleto que les ha remitido la venerable madre María Rosa de Jesús, *la sierva de las siervas*, que viene de visitar al papa en su cautiverio y tratar con él de la paz de la iglesia y de la libertad de España?

—¿Usted sabe lo que pide en él?

—No, señor; pero imagino que serán grandes y magníficas cosas.

—Juzguen Vds.,—dijo el Sr. Miranda.—Pide, como el único remedio para salvar á España, que se admitan y protejan á las monjas de los Dolores; que se nombre á esta Virgen generalísima de los ejércitos; que se la ponga en las banderas de los regimientos y se obligue á llevarla á todo el ejército; que se haga confesar y comulgar á todos los soldados antes de las batallas, y que se ordene un ayuno de tres días con públicas rogativas para desagraviar á Dios por la expulsión de los Jesuítas, decretada por el rey Carlos III.

—¿Y qué cree V.?

© Biblioteca Nacional de España

—Creo, D. Lucas, que si la religión es un deber, la superstición es un crimen.

—Muy bien dicho,—exclamó el Sr. Talavera.

—El marqués del Palacio, nombrado capitán general de Valencia—añadió D. Juan Antonio,—ha paseado á la Virgen de los Desamparados por la cerca de la ciudad, haciendo creer á los habitantes que esto bastaba, y los franceses se hallan hoy bombardeando á Valencia.

—Pero no la tomarán,—replicó D. Lucas con aire de suficiencia.

—¡Quiéralo el cielo!—dijo doña Pepita,—que allí tenemos á nuestro buen amigo el doctor Peñaranda, y si le ocurriera una desgracia sería la muerte de mi querida Isabel.

—¿Le ama mucho?—preguntó Concha.

—Con todo su corazón.

—Los que hemos vivido en Madrid—añadió el joven Andrés—y hemos conocido á la beata Clara, sabemos á qué atenernos respecto de estas devotas...

—¿La beata Clara?—preguntó doña Catalina.

—¿Qué hizo, Andrés?—interrogó Concha.

—La beata Clara—respondió éste—vivía en la calle de Cantarranas hace pocos años, y era el oráculo de la nobleza y del pueblo, por sus extraordinarios méritos, su austera virtud, sus curas milagrosas, sus divinos dones y su increíble santidad.

Esta *devota*, asombro de Madrid y encanto de los clérigos, que solicitaron para ella y obtuvieron del Papa velo y manto, cual si fuera religiosa, que su casa fuera considerada como un convento y que un cura la dijera misa en su misma habitación, fué un semi-dios hasta el día en que habiendo despedido de su casa á una criada, ésta, ó por vengarse de ella, ó por efecto de los remordimientos, se presentó al cura párroco de la iglesia de San Andrés y le dijo:

«Acúsome, padre, de haber servido á la supuesta *beata Clara* y contribuído á engañar al público con los fingidos milagros y profecías de mi ama, que no es tal *santa*, ni menos pensarlo, sino una grandísima bribona, hija de otra mucho más bribona...»

—¿Qué dice V.?—exclamó con asombro doña Catalina.

—¿Es posible?—interrogó Concha.

—«Esta mujer—prosiguió Andrés,—que come más que un lobo y bebe más que un pellejo, y en vez de castigar sus carnes como dice, las baña todos los días en agua de rosas, que tiene á cada hora un amante y una francachela, sale todos los días al anochecer fingiendo ser una señora como las que van á dejarle su oro.

Yo me acuso, padre, de haber callado esta farsa por tanto tiempo, pero eran tantas y tan buenas las propinas y tan regalada la vida que tenía en su casa, que los criados de la supuesta *beata* lo pasábamos mejor que la mayor parte de los señores de la corte.»

—¿Y eso sería cierto?—preguntó D. Lucas con incredulidad.

—Tan cierto, que la Inquisición tomó parte en el asunto.

—¿Y qué hizo?—preguntó el Sr. Talavera.

—Hable V.,—insistió doña Catalina.

—La Inquisición—dijo D. Juan Antonio—abrió un proceso, pero fueron tantas y tan grandes las recomendaciones, de tan alto vinieron los empeños, tan terminantes y elevadas fueron las peticiones, que el Santo Oficio selló la casa, desterró á Toledo á la *beata* y se apresuró á echar tierra á un asunto en que al escándalo se unía el sacrilegio, y en que era preciso encarcelar á nobles, obispos, frailes y clérigos.

—Entonces—prosiguió Andrés—comenzaron á circular varias composiciones, de las cuales se hizo bien pronto popular la que llevaba por epígrafe *Chitón*, y cuyas estrofas principales creo recordar:

«Si una mujer aparenta
Que es *beata*, y conmovida
Está pasando una vida
Muy austera y penitenta;
Y así goza de gran renta
Por su grande *devoción*,
Y testigos de ello son
El fraile, el obispo, el cura,
Sin embargo que es locura
Nada digamos... *Chitón*.

.....

Si después de haber creído
Que es cierta su santidad,
Descubren que la maldad
Su centro en ella ha tenido,

© Biblioteca Nacional de España

Y que allí que se ha ofrecido
Al justo Juez la oblación,
La mayor disolución
Se practica con holgura,
Sin embargo que es locura
Nada digamos... *Chitón.*
Si el público llega á ver
Que esa maldita embustera
Es mala como cualquiera
Y frágil como mujer;
Si en ello llega á entender
La muy santa Inquisición,
Y la pone en reclusión
Sin llevar á obispo y cura,
Sin embargo que es locura
Nada digamos... *Chitón.*»

—Ustedes—exclamó D. Lucas sin poderse contener—han venido á perder á esta ciudad morigerada y religiosa.

—Cádiz—replicó Andrés—es en estos supremos instantes la personificación de la antigua España, hidalga y noble, caballerosa y valiente, y es, además, la inteligencia que guía al resto de la Península por el camino de su bienestar como nación independiente y grande.

—¿Me negarán Vds. que ayer tenían gran influjo las doctrinas morales y políticas que yo defiendo?

—Yo te lo niego,—se apresuró á decir el Sr. Talavera.—Si hace dos años pudo Cádiz mostrarse un tanto retrógrada y supersticiosa, hay que tener en cuenta que no en balde se vive durante mucho tiempo bajo el poder de favoritos inmorales, de reyes débiles y de jueces inquisitoriales; pero, ¿nada te dice la importancia y el arraigo que han tomado en nuestra querida ciudad las doctrinas innovadoras y los principios liberales de la época?

—Eso no probará, en todo caso, más que volubilidad de carácter.

—No, D. Tadeo—exclamó Andrés;—eso prueba que la tierra se hallaba bien preparada para recibir la nueva semilla, y, ó mucho me engaño, ó Cádiz será en las duras borrascas del porvenir la tabla salvadora de los principios liberales.

—Los gaditanos—dijo el Sr. Talavera—somos tan buenos cristianos como el resto de los españoles, pero nuestra piedad religiosa tiene otro carácter que el de los pueblos de tierra adentro, no dejándose sentir, al menos en lo aparente, el influjo del clero, particularmente el de los monacales; y ya has visto, Lucas, que la sociedad que un día se entregó al gobierno de un fraile ha hecho después á las ideas liberales el más celoso acogimiento (1).

—Me voy,—exclamó D. Lucas, levantándose con airado ademán. — Vámonos, Tadeo.

—¿Tan pronto nos abandonáis?—preguntó doña Catalina.

—¿Se va V., D. Lucas?—interrogó Concha sonriendo.—¿Y V. también, D. Tadeo? ¡Cuánto lo siento!...

—Sí... Nos vamos. Queremos aprovechar la noche... Queremos leer la nueva obra que acaba de publicarse.

—¿Qué obra?—le preguntó doña Teresa.

—*El fraile en las Cortes.*

—De seguro está escrita por algún servil, —exclamó el Sr. Talavera.

—Lo ignoro—respondió, con su habitual hipocresía, D. Lucas Monge;—lo único que sé es que «merece el aprecio de los hombres literatos, y que es de aquellas de las que no deben carecer los que conserven sentimientos sanos hacia la religión católica y afecto á las órdenes religiosas y al esplendor de la santa Iglesia (2).»

—¡Y dónde se vende esa maravilla?—dijo D. Juan Antonio Miranda.

—¿Va V. á comprarla?—le preguntó don Tadeo con malicia.

—¿Por qué no? Todo libro que se ocupe de las Cortes, de las que yo formo parte, me interesa.

—Pues lo hallará V. al precio de seis reales en los tres puestos de papeles públicos de la calle de la Carne. Hasta la vista.

—Adios.

—Buenas noches, señoras y caballeros.

—Adios, primos.

—Adios, D. Lucas.

—Abur, D. Tadeo.

—Cada loco con su tema,—exclamó el Sr. Talavera, viéndoles salir.

—Si de buena fe profesan esas opiniones,

(1) Alcalá Galiano.
(2) *Diario patriótico de Cádiz.*

© Biblioteca Nacional de España

hacen muy bien en defenderlas,—dijo don Miguel de Pas.

—Nosotros somos los primeros que debemos dar ejemplo de tolerancia—añadió don Juan Antonio,—que por algo defendemos los principios liberales.

Trabajos de las Cortes.—Hacienda.—El conde de Toreno.—Juntas provinciales.—Estado Mayor.—Supresión del tormento.—Celebración del 2 de Mayo.—Abolición de los señoríos.—Creación de la Orden de San Fernando.—Proyecto constitucional.—Aniversario de las Cortes.—Conspiraciones de los serviles.—Nuevos trabajos.

Repasemos los trabajos de las Cortes desde que el 24 de Febrero de 1811 se instalaron en Cádiz.

El día 26 dió cuenta al soberano Congreso el ministro de Hacienda, D. José Canga Argüelles, del estado del Erario.

Era el citado ministro un asturiano de claro ingenio, de buen talento, muy instruído en la ciencia económica, educado en la escuela de Campomanes y Jovellanos, escritor castizo, hombre de gran actividad, carácter reformista y liberal, que había desempeñado un gran papel en los sucesos de Valencia desde el alzamiento de esta ciudad en Mayo de 1808.

Según los estados que presentó, subía la deuda pública á 7.194.266.839 reales vellón, y los réditos vencidos á 219.691.473, sin contar las obligaciones particulares contraídas por algunas Juntas, y que consistían las más en suministros en especies.

Para cubrir las atenciones más indispensables eran necesarios 1.200 millones, y los rendimientos de todas las rentas públicas sólo estaban evaluados en 255, y si bien no se contaban los envíos de América, éstos, aunque importantes, no podían cubrir tan enorme déficit.

Para enjugarlo propuso varias modificaciones en la contribución de guerra establecida por la Junta Central y no planteada en algunas provincias, disponiendo que recayese, no sobre los capitales, como estaba dispuesto, sino sobre los productos, medida justa, pero casi imposible por la dificultad de conocer los productos de ciertos ramos de la riqueza pública.

Otra de sus propuestas fué la del impuesto progresivo sobre las utilidades, desde 4.000 reales en adelante, proporcionando bien la escala.

En la sesión del 18 de Marzo, y no sin acalorados debates, por faltarle ¡un año! de los que se requerían, se aprobó el acta de diputado por Asturias del conde de Toreno, dispensándole la edad en gracia de los servicios prestados á la patria, á fin de que tomara asiento en la Cámara; y aquí creemos llegado el momento de reseñar la vida de este notable hombre político y distinguido publicista, autor de la célebre obra *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, libro que le ocupó por muchos años, grandemente estimado, lo mismo fuera que dentro del país, y uno de los que nosotros hemos consultado con mayor empeño.

Nació D. José María Queipo de Llano el 26 de Noviembre de 1786 en la ciudad de Oviedo, siendo sus padres el vizconde de Matarrosa, quien llevaba este título como primogénito de la casa de Toreno, una de las más ricas, antiguas é ilustres de Asturias, y doña Dominga Ruiz de Sarabia, señora de mucha inteligencia y de esmerada educación, perteneciente á una de las más renombradas familias de Cuenca.

Fué el único hijo varón de este matrimonio, pues los restantes hijos pertenecían al bello sexo, habiendo casado una de sus hermanas con el bizarro guerrillero y luégo general D. Juan Díaz Porlier.

Muy pocos años tenía cuando acompañó á sus padres á Madrid, Toledo y Cuenca, en cuya última población comenzó sus primeros estudios, que perfeccionó luégo en Madrid cuando sus padres se trasladaron á esta capital, bajo la inteligente dirección de su paisano y maestro D. Juan Valdés, en 1797, hombre docto y muy amante de los principios liberales, creyéndose por muchos que las ideas del maestro, inculcadas al discípulo, despertaron en su corazón los generosos sentimientos, los patrióticos pensamientos y las ideas liberales de que el joven alumno no tardó en dar gallarda muestra.

Al regreso á Asturias de sus padres, en 1803, el aprovechado estudiante volvió á Madrid donde pasó largas temporadas, au-

© Biblioteca Nacional de España

mentando el caudal de sus conocimientos, y realizando una traducción de Eutropio que puso de manifiesto su afición á los trabajos útiles y serios.

Hallábase el joven en Madrid el memorable 2 de Mayo, día en que corrió bastantes peligros por salvar á su amigo D. Antonio de Oviedo, cogido por los franceses y próximo á ser fusilado.

Libre su amigo marchó á su país el ya vizconde de Matarrosa, llegando á Oviedo cuando el pueblo se agitaba en revolución. Triunfante el movimiento popular, congregada la Junta general del Principado de Asturias, de la que eran individuos natos los condes de Toreno, por privilegio de familia, como alféreces mayores hereditarios, fué elegido nuestro biografiado para trasladarse á Inglaterra, en unión de D. Andrés Angel Laso de la Vega, á solicitar el auxilio y apoyo de la Gran Bretaña en la lucha á que España se arrojaba contra el coloso del siglo.

Del éxito de su comisión y de la cariñosa acogida que los diputados de Asturias obtuvieron en Inglaterra, hemos hablado en los comienzos de nuestra obra; tan sólo añadiremos que el joven vizconde se conquistó en Londres la simpatía primero y la amistad después de hombres de tanta importancia y valía como el marqués de Wellesley y su hermano Wellington, lord Holland, Castelrereahg, y Sheridan, tan célebre literato como elocuente tribuno, de cuya oratoria se asegura tomó el vizconde la ironía finísima y el acerbo sarcasmo de que usaba en sus discursos, dirigiendo á sus adversarios, en el tono más dulce, las frases más punzantes y crueles.

En el mes de Diciembre volvió á España y á su país, y por muerte de su padre tomó el título de conde de Toreno, ayudando con todas sus fuerzas á la memorable resistencia que opuso el principado de Asturias cuando le invadieron Ney y Kellerman, uniéndose á las tropas españolas que se retiraron á los célebres peñascos de Covadonga, y pasando después á Andalucía en busca de la Junta Central en el mes de Setiembre de 1809, con la que marchó á Cádiz cuando los imperiales efectuaron la invasión de las Andalucías.

Encontrándose en Cádiz fué nombrado por la provincia de León al objeto de que la representara cerca del Gobierno, habiendo sido uno de los hombres que con mayor empeño y más firme tesón pidió á la Regencia la inmediata reunión de las Cortes.

Al convocarse las Cortes fué elegido diputado por Asturias por unanimidad, á pesar de sus pocos años, rindiendo así el Principado un justo tributo de admiración y de gratitud al ilustrado y valeroso joven que por su patria había corrido tantos peligros, y á la que había servido con tanta abnegación como lealtad.

De su actitud en las Cortes nada hemos de decir, pues sus actos lo dicen todo, y al tratarse de la grave cuestión del *Manifiesto* del ex-regente Sr. Lardizábal, de la conducta del Consejo de Estado y de la abolición de señoríos, como luégo en la de las dos Cámaras, le verá el lector siempre patriota, siempre liberal, siempre justo, siempre desinteresado cual cumplía á su nombre, á su historia y á su ilustración.

En la sesión del 24 de Marzo acordaron las Cortes, visto el informe de Canga Argüelles y la Comisión, las bases siguientes:

«1.ª Que se llevase á efecto la contribución extraordinaria decretada por la Junta Central.

2.ª Que se fijase la base de la contribución con relación á los réditos ó productos líquidos de fincas, comercio é industria.

3.ª Que la cuota correspondiente á cada contribuyente fuese progresiva, al tenor de una escala gradual que acompañaba á la ley.»

Aunque se crearon otros arbitrios sobre la plata de las iglesias, coches particulares, represalias y fiscos contra franceses y españoles afrancesados, sus productos fueron casi nulos y su ejecución muy expuesta á vejaciones, robos y venganzas.

En vista del estado precario de la Hacienda, y deseando conocer en toda su extensión así este ramo como el de guerra y política, acordaron las Cortes el día 26 que todos los sábados se presentase á éllas un ministro á dar cuenta del estado de los asuntos de su departamento, dejando á la Regencia el cuidado de señalar el ministro conforme á los

© Biblioteca Nacional de España

asuntos más urgentes de cada departamento.

El reglamento que las Cortes dictaron para la marcha de las Juntas hasta la promulgación de la Constitución, disponía que se compusieran de nueve individuos, siendo reemplazadas por terceras partes cada tres años, que el intendente y el capitán general (éste con el carácter de presidente) formasen parte de ellas, y que tuvieran á su cargo la administración civil y militar, pero sin la recaudación de fondos.

A propuesta de la Regencia, aceptando ésta el pensamiento de Blake, aprobaron las Cortes la creación de un Estado Mayor, que, aunque mal recibido por los militares antiguos, fué acogido con aplauso por todos los modernos, reconociendo la necesidad de buenos oficiales para luchar contra los capitanes de Napoleón.

En el mes de Abril abolieron las Cortes la bárbara ley, que aún existía, de la tortura, y la práctica de la inhumana llamada de *apremios*, encaminada á lograr por horribles tormentos la declaración de delitos, muchas veces no cometidos, y únicamente declarados por el dolor físico.

Sólo el diputado por Galicia y antiguo ministro de Justicia, D. Benito Ramón de Hermida, se atrevió, aunque tímidamente, á defender su continuación, pero se levantaron á protestar contra él gran número de diputados, sosteniendo que hay pocos ánimos tan serenos y pocas naturalezas bastante fuertes para resistir ciertos martirios.

El 1.º de Mayo, y á propuesta del auditor de guerra y diputado por Aragón D. José Aznares, confirmaron las Cortes el decreto de la Junta Central para perpetúar y solemnizar la fiesta del memorable 2 *de Mayo*, y encargado el mismo Sr. Aznares de redactar el correspondiente decreto lo presentó el día 2, aprobándose, por indicación del señor Pérez de Castro, inscribir en letras de oro en el salón de sesiones los nombres de Daoiz y Velarde.

En los meses de Junio y Julio acometió el Congreso Soberano la importantísima cuestión de abolir los señoríos, uno de los actos que más realzan á aquellas inmortales Cortes.

Pesaban los señoríos sobre la propiedad territorial, no pudiendo nadie edificar ó cultivar en el dominio del señor sin su permiso, que éste no concedía más que á título oneroso. El señor podía vedar la pesca y la caza, en determinados lugares; interrumpir el tránsito en los caminos, y el paso de los ríos, á fin de poder exigir el derecho de peaje y pasaje. El vasallo debía moler y cocer su pan en el molino y el horno del castillo de su señor; vivía encadenado á la piedra del castillo sin poder transportar á otra parte su trabajo ni su industria; no podía vender, ni comprar, ni tomar esposa, ni casar á su hija fuera de los límites del territorio de su señor; ni testar, porque después del hijo, heredero directo, el señor heredaba á su vasallo y entre tanto lo saqueaba á pretexto de esclavitud, vasallaje, hospedaje, vivienda y cabalgadura. Ejercía el señor la alta y baja justicia en sus dominios por medio de Bailíos ó Senescales erigidos por él en tribunal que fallaba á su capricho y sin apelación, pudiendo imponer hasta la pena de muerte, que para eso se titulaban *señores de horca y cuchillo*. Percibían gran parte de las rentas, y hasta de la mujer de sus vasallos disponían con el infame *derecho de pernada*, no tan sólo los seglares sí que los clérigos, como lo prueba que los monges del monasterio de Poblet, en Cataluña, cobraban todavía de la villa de Verdú 70 libras catalanas al año por resarcimiento de uso tan profano (1).

Estos increíbles privilegios provenían de los tiempos feudales, de la necesidad que de los nobles y sus vasallos tuvieron los reyes para sus conquistas; y conste que en España el feudalismo no se mostró con todos sus horrores por coincidir con la guerra de los árabes, terminada la cual los Reyes Católicos primero, y el gran cardenal Cisneros después, trataron de despojar á los señores de gran parte de las tierras donadas y de los privilegios otorgados, apoyándose en los pueblos, á los cuales concedieron los fueros y cartas-pueblas á cambio de su importante ayuda.

(1) Toreno.

© Biblioteca Nacional de España

Por raro que parezca, aún había en España en 1811 señor que administraba justicia.

Con razón decía un antiguo refrán castellano:

«En lugar de señorío
No hagas tu nido.»

Oigamos al diputado D. Juan Polo:

«Por los datos estadísticos que han podido reunirse, aunque no completos, he visto que de 25.230 pueblos, granjas, cotos y despoblados que tiene España, los 13.309 son de distintos señoríos particulares, con la circunstancia de que de 4.716 villas que se cuentan en la Península y son los pueblos de ella de mayor número de habitantes después de las ciudades, 3.013 son de señorío y sólo 1.703 de realengo. Los mismos datos nos han demostrado que en muchos pueblos los pechos y gabelas que se pagan á los señoríos exceden á las contribuciones ordinarias, y que los privilegios privativos y prohibitivos entorpecen el trabajo é impide los progresos de la agricultura y de la industria.»

Con fecha 4 de Junio remitieron algunos grandes de España, dueños de señoríos, *una audaz Exposición* á las Cortes, pidiendo no tomasen en consideración la proposición presentada sobre reversión á la Corona de los



EL CONDE DE TORENO

bienes que decían poseer con justos títulos y por la voluntad de los pueblos. Firmaban esta petición, que tanto llamó la atención y que tantas censuras mereció, los duques de Hijar, Infantado, Rivas y Osuna; los marqueses de Castelar, Bélgida, Camarasa, Villafranca y San Felipe y Santiago; los condes de Castelflorido, Santa Coloma, Torralba y Játiva, Torres, Fernán-Núñez, Puñonrostro, Castro Terreño, Salvatierra; y el vizconde de Gante.

Dentro de las Cortes había nobles que tenían señoríos, pero no siguieron semejante conducta, al contrario.

Cuando el Sr. García Herreros, que fué quien con más empeño trabajó por la reforma, dijo:

—«Si las Cortes creen que el asunto merece mayor meditación...»

—«No, no; ya está discutido hace algunos siglos—contestó la mayoría de los representantes. Y el joven conde de Toreno pronunció estas memorables frases:

—Yo, dueño de varios señoríos, pido al Sr. García Herreros que fije las proposiciones que ha indicado, y ruego al Congreso encarecidamente se digne aprobarlas desde luego.»

© Biblioteca Nacional de España

Y al presentar García Herreros una proposición sobre reincorporación á la Corona de todos los señoríos, jurisdicciones, posesiones, fincas y todo cuanto se hubiese enagenado ó donado, reservándose á los poseedores el reintegro á que tuviesen derecho, conforme á lo que resultare del examen de los títulos de adquisición y de las mejoras, pero sin que estos juicios pudiesen en modo alguno suspender los efectos del decreto, el conde de Toreno pidió al Congreso que en la proposición se hiciese constar que la incorporación se hacía «á la Nación, no á la Corona.»

Impugnaron la proposición, que sostuvo con gran copia de datos el Sr. García Herreros, los diputados D. Lázaro Dou y don Blas Ostolaza, y la defendieron el canónigo Sr. Villanueva, el secretario de las Cortes Sr. Luján, y Argüelles, cuyo discurso fué tan elocuente *que el extraordinario aplauso con que le acogió el público obligó al presidente á levantar la sesión.*

Por fin, en la sesión del 4 de Agosto quedó aprobado el decreto, del que vamos á copiar los principales artículos:

«1.° Quedan desde hoy mismo incorporados á la Nación todos los señoríos jurisdiccionales de cualquiera clase y condición que sean.

. . . . . .

6.° Quedan abolidos los dictados de vasallos y vasallaje, y las pretensiones, así reales como personales, que deban su existencia á título jurisdiccional, á excepción de las que procedan de contrato libre, en uso del sagrado derecho de propiedad.

. . . . . .

9.° Quedan abolidos los privilegios llamados exclusivos, probativos y prohibitivos que tengan el mismo origen de señorío, como son los de caza, pesca, hornos, molinos, aprovechamientos de aguas, montes y demás, quedando á libre uso de los pueblos.

10. Los que obtengan las propiedades indicadas en los antecedentes artículos por título oneroso serán reintegrados del capital que resulte de los títulos de adquisición, y los que los posean por recompensa de grandes servicios reconocidos serán indemnizados de otro modo.»

En toda España fué recibido el decreto con inmenso júbilo, pero más especialmente en las provincias de Galicia y Valencia, en las cuales el dominio de los señoríos era más gravoso al infeliz trabajador que en otras regiones de la Península. De aquí en adelante los siervos se convertían en hombres libres.

En este mismo mes de Agosto fundaron las Cortes la *Orden Nacional de San Fernando* para recompensar acciones muy señaladas, previo un juicio contradictorio, y abolieron las pruebas de nobleza para ingresar en los cuerpos facultativos y guardia del rey.

El día 18 presentó sus primeros trabajos al Congreso la Comisión encargada del proyecto de Constitución, la cual se componía de los diputados liberales Muñoz Torrero, Argüelles, Espiga, Oliveros, Pérez de Castro, Leiva y Morales Duárez, y de los antireformistas ó serviles Huerta, Pérez', Valiente, Cañedo, Bárcena, Ros, Jáuregui y Mendiola, firmado por todos, excepto el señor Valiente, y encabezado con un discurso de Argüelles, obra maestra de erudición.

En Setiembre, las Cortes, á propuesta del ministro Sr. Canga Argüelles, levantaron al más alto lugar la base de nuestro crédito, reconociendo toda la Deuda Nacional, excepto la de los estados enemigos de España, y creando una *Junta Nacional de Crédito público* para que entendiese en la clasificación de todas las deudas reconocidas.

Acordaron las Cortes celebrar todos los años el aniversario de su instalación, y el día 24 asistieron en pleno con la Regencia, los embajadores de Inglaterra y Portugal, los jefes de palacio, grandes de España y oficiales de los ejércitos aliados á un solemne *Te Deum* en la catedral, oficiando el Nuncio de su Santidad y cubriendo la carrera las tropas de la Casa Real, trasladándose luégo al salón de Sesiones, entre los vítores y los aplausos de la multitud, donde el Presidente recordó la celebridad del día, los trabajos realizados por el Congreso, correspondiendo á la confianza de la Nación, concluyendo por manifestar cuánto importaba reiterar el juramento de arrojar á los enemigos de la patria, conservar la religión y volver á su trono al rey D. Fernando, juramento

© Biblioteca Nacional de España

que prestaron en primer lugar los Diputados, luégo los Regentes, después los Consejeros, Jefes de Palacio, y todas las autoridades, así militares como civiles y eclesiásticas.

Los *serviles* trataron de provocar nuevos conflictos: el ex-regente D. Miguel de Lardizábal publicó un *Manifiesto* atacando á las Cortes y su proyecto constitucional, que remitió á consulta al Consejo de Castilla; el decano del Consejo Real, D. José Colón, un impreso titulado *España vindicada en sus clases y jerarquías*, y el Obispo de Orense una protesta que no vió la luz pública.

Para atajar el mal en su origen, nombraron las Cortes en Octubre un tribunal especial de cinco jueces y un fiscal, de los que no ejercían la magistratura, con amplias facultades y orden de proceder breve y sumariamente, suspendiendo, á propuesta de Toreno, á la mayoría de los Consejeros que habían contestado favorablemente á la consulta de Lardizábal, y aprobando la conducta de los que componían la minoría, señores Ibar Navaro, Quílez y Talón y Navarro Vidal, que habían sostenido, frente á sus colegas, la soberanía de la Nación y la legitimidad de las Cortes, reorganizando el Consejo bajo la base de éstos, con los fiscales señores Puig, Cano y Díez, que se hallaban ausentes cuando la consulta de Lardizábal.

Con asombro de las Cortes y del país, el tribunal especial absuelve por mayoría á los Consejeros suspensos, fundado en que no habían faltado tratando de dirigir observaciones al Congreso sobre algunos artículos del proyecto constitucional, cuando aún no estaba aprobado, lo que obligó á exclamar á García Herreros:

«Tres causas ha mandado el Congreso formar fuera: la del obispo de Orense, la del marqués del Palacio y ésta, y ya hemos visto sus resultados.»

Las Cortes mandan imprimir la causa, la sentencia y los votos particulares de los individuos del tribunal que desintieron de la mayoría.

La Junta de Censura califica de criminal el *Manifiesto* absuelto; y el tribunal encargado de juzgar á Lardizábal, preso en el Castillo de Alicante, si no aprueba la pena de muerte que para él solicita el fiscal, le sentencia á destierro perpetuo y á que su Manifiesto sea quemado públicamente por la mano del verdugo.

El diputado servil D. Pablo Valiente se levanta á defender al decano del Consejo de Castilla, D. José Colón y su escrito, con gran disgusto del Congreso y murmullos de los asistentes á las tribunas, á quienes califica de *gente pagada*, promoviéndose un atroz tumulto, y teniendo el obispo de Mallorca y el cura de Algeciras que salir á calmar al pueblo, dando lugar á que Valiente sea sacado de las Cortes y embarcado con su beneplácito en un buque que le condujo á Tánger.

El *Redactor General*, órgano de los liberales, escribe al siguiente día:

«Quieren los malvados que nos dejemos arrastrar de un imprudente celo, para que al orden suceda la confusión... Resalte en esta crisis suprema la noble moderación que siempre distinguió á los españoles... Respetemos la autoridad y confiemos en el Gobierno.»

Otro conflicto provocó el diputado Sr. Laguna en la sesión del 8 de Diciembre, pidiendo el nombramiento de una Regencia de cinco personas, una de ellas de sangre real, á fin de que entrase en élla la infanta doña María Carlota Joaquina, hija de Carlos IV y María Luisa, casada con el príncipe heredero de Portugal, quien ya en el principio de la guerra había alegado sus derechos por si faltaban sus hermanos cautivos, propuesta que fué desaprobada, pero á la que siguió otra del diputado por Extremadura Sr. Vera, solicitando el nombramiento de una Regencia presidida por una persona real, con todas las facultades del monarca, y que al mes se terminase la Constitución, disolviéndose las Cortes y no convocándose otras nuevas hasta el año 1813, propuesta enérgicamente combatida por Argüelles y Calatrava, los cuales hicieron ver que el Sr. Vera obraba por sugestiones de otros, y que fué rechazada como la anterior.

En la sesión del 26 de Diciembre se presentó al Soberano Congreso por la Comisión el resto del proyecto constitucional, cuya lectura, escuchada con profundo silencio, se vió interrumpida diversas veces por las

© Biblioteca Nacional de España

muestras de aprobación de los diputados y del público.

Tal fué el efecto producido por el proyecto de Constitución, que los anti-reformistas no se atrevieron á combatir su lectura, y el presidente, Sr. D. Juan José Guereña, á quien se suponía poco afecto á los principios liberales, arrastrado por el sentimiento general, señaló la discusión de los artículos leídos para de allí á siete días, en cuyo corto plazo debían ser impresos y examinados.

Y antes de concluir de reseñar las tareas de las Cortes en el año de 1811, séanos permitido hacer de nuevo su elogio.

Dice el Sr. Marliani que no conoce apostolado más grande que el de aquellas inmortales Cortes.

¡Qué hermosa frase!

Dijimos al hablar de ellas por la vez primera, que eran militantes y celebrantes, que producían la guerra, pero también el progreso...

Con efecto, no sólo se ocupaban de la guerra y de la política, sino que atendían á cuanto afectaba al bien de España.

En el mes de Octubre crearon un Montepío para las familias de los militares, y patriotas que, sin serlo de profesión, luchaban con las armas en la mano contra el enemigo común.

Más tarde auxiliaban á D. José Mariano Vallejo, catedrático de matemáticas y de fortificación, ataque y defensa en el Real Seminario de Nobles, de Madrid, para la impresión del primer tomo de su obra *Tratado completo de arte militar* y de los *Elementos de matemáticas*, que le sirven de base.

Después aprobaron el proyecto de D. José María Ladrón de Guevara, teniente de *Voluntarios de Cádiz*, de establecer una Academia Militar Patriótica, sobre la base de 100 cadetes de 12 á 15 años.

Y el 21 de Diciembre ordenaban la publicación de un certamen para proveer la plaza de Director de Pintura de la Academia de Bellas Letras, cuando mayor era el bombardeo de Cádiz por los enemigos.

* * *

Poco á poco vamos llegando al término de nuestra tarea, y pronto verá el lector la reseña de los gravísimos sucesos ocurridos en nuestra patria en el memorable año de 1812.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO V

EL MÁRTIR ROMEU

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

EL MÁRTIR ROMEU

Estado del país.—Asalto de Ciudad-Rodrigo.—Guerrilleros castellanos: D. Jerónimo Saornil.—Puchas.—El cura Merino.—D. Benito Marquínez.—El Empecinado, Abuín (El Manco), Mondedeu, Navarro.—D. Justo Prieto.

Poco á poco, según hemos dicho al final del cuaderno anterior, vamos llegando al término de nuestro relato.

Entramos en el año 1812, año de gloriosas victorias y de tremendos infortunios; año terrible para nuestra querida patria; año en que el hambre causa los mayores estragos y en que la guerra devora á miles los hombres; año que es al modo de la piedra de toque que prueba al mundo todo que es oro puro el corazón que encierra en su pecho la nación española.

Los campos abandonados, los establos desiertos... Los pocos granos, acaparados por el invasor... Las escasas reses, flacas y enfermas, vagando por las sierras... Las mujeres, andrajosas y amarillentas, parecen espectros... Los niños, demacrados y miserables, buscan en el escuálido seno de sus madres ó en el desierto hogar un alimento imposible... Los hombres, hambrientos, uraños, terribles, sin fuerzas para empuñar la azada, pensando tan sólo en la guerra y en la venganza... El labrador, ayer bien acomodado, es hoy mendigo... El propietario, rico antes, es ahora un pobre... Los pueblos están abandonados, y las casas, cien veces saqueadas, nada encierran ya... La iglesia, abandonada ó en ruínas, no congrega ya á los fieles... Ni siquiera se conserva la caza, que ha desaparecido casi por completo... Hombres y mujeres, ricos y pobres, clérigos y seglares, no piensan más que en luchar, en exterminar franceses, en morir, porque la vida llena de privaciones, de miserias y de trabajos, les pesa y sólo en la muerte encontrarán el apetecido descanso...

* * *

Con tanta actividad como sigilo reunió Wellington en Fregeneda y en Almeida los materiales necesarios para el sitio y conquista de Ciudad-Rodrigo, uniendo además á su ejército la división inglesa de Hill, la española de D. Carlos España y los guerrilleros de D. Julián Sánchez, una pléyade de valientes, y el 8 de Enero de 1812 se presentó delante de la plaza.

Los franceses, durante su permanencia en Ciudad-Rodrigo, habían mejorado sus defensas, fortificado el convento de Santa Cruz y el Arrabal, y levantado sobre el cerro de San Francisco un reducto que llamaron de Renaud, en memoria del gobernador de la plaza cogido prisionero por nuestro bizarro D. Julián Sánchez; pero de nada les sirvió tales preparativos, pues en la misma noche del 8 se apoderaron los ingleses del citado reducto, emplazando en el Teso tres baterías de á 11 piezas; el 13 conquistaba Graham á

© Biblioteca Nacional de España

Santa Cruz, y el 14 era tomado San Francisco.

Los sitiadores realizaron en este día una salida encaminada á impedir el asalto, y que les fué por todo extremo desfavorable.

Supo Wellington que el mariscal Marmont avanzaba en auxilio de la plaza, y en la mañana del 19 cinco columnas se lanzaron al asalto por las brechas abiertas, y á la media hora Ciudad-Rodrigo volvía á ser nuestra, si bien á costa de dolorosas pérdidas.

Tan importante se consideró la reconquista de esta plaza, que las Cortes españolas otorgaron á Vellington el título de duque de Ciudad-Rodrigo, con la grandeza de España, y el Parlamento inglés le concedió también varias gracias, acordando la erección de un monumento á la memoria del general Crawford, muerto en el asalto de la plaza.

La toma de Ciudad-Rodrigo era la aurora de nuevas victorias.

* * *



ASALTO DE CIUDAD-RODRIGO

Nuestros guerrilleros de ambas Castillas seguían luchando sin tregua ni descanso.

D. Jerónimo Saornil conquistó entre las villas de Olmedo y Arévalo un rico convoy al que acompañaban 300 dragones y muchos prisioneros españoles, dando libertad á éstos, aprisionando muchos de aquéllos é hiriendo gravemente al jefe.

Terminada la organización del batallón que se propuso formar, marchó á Peñaranda á provocar á los enemigos, que no se atrevieron á salir de sus estacadas.

Saornil, con D. Diego de la Fuente *(Puchas)*, sorprendieron en el mes de Febrero no léjos de Medina del Campo, una columna de infantería francesa, derrotándola de un modo tan completo que sólo ocho ó diez hombres pudieron salvarse al abrigo de la noche; á la mañana siguiente apareció el campo lleno de cadáveres, y los nuestros pudieron recoger unos 150 fusiles.

Y... ¡caso digno de mención! Un cañón que Saornil llevaba, lo debió al convento de monjas de Medina del Campo, y con él y los

© Biblioteca Nacional de España

900 hombres de su batallón molestaba constantemente á los enemigos.

De orden del general D. Carlos España, que, según dijimos, acompañaba á lord Wellington, pasó Saornil á Ledesma, impidiendo que los franceses cobraran en Almeida de Susayo y otros pueblos las contribuciones que exigían; é inmediatamente, sabedor de que una columna francesa estaba saqueando á Medina del Campo, la arrojó del pueblo y la fué persiguiendo hasta que se amparó del grueso del ejército de Marmot.

Había resuelto perseguir un convoy de 500 caballos, 200 infantes y 500 españoles afrancesados que venían por la calzada de Madrid, cuando el general España le mandó que ocupase los vados de la cuenca del Duero, apostándose en Cistérniga, donde se mantuvo 18 días, sosteniendo varios choques con los enemigos, y al encaminarse nuestras tropas hacia los Arapiles ocupó el ala izquierda de la retaguardia, haciendo á los imperiales 150 prisioneros y otros tantos muertos.

* * *

Que el cura Merino no se dormía á la sombra de sus laureles, puede atestiguarlo El Risco el 21 de Enero.

Setecientos infantes y 150 caballos pasaban de guarnición desde Burgos á Aranda, y al llegar á El Risco les atacó impetuosamente persiguiéndoles por más de dos leguas y causándoles la pérdida de 200 muertos, sobre igual número de heridos; por parte de los españoles hubo ocho de los primeros y 10 de los segundos.

Aumentaban tales triunfos el encono de los franceses, siendo mayor el que tenían á las Juntas de Burgos y Soria, que infatigables trabajaban á fin de aniquilar al enemigo.

Este sorprendió el 21 de Marzo en Grado á cuatro vocales de la de Burgos, llamados D. Pedro Gordo, D. José Ortiz Covarrubias, D. Eulogio José Muro y D. José Navas, los que, trasladados á Soria, fueron cruelmente arcabuceados y colgados de los árboles sus cadáveres.

Merino, que ya había propuesto al enemigo se respetasen las vidas de los individuos de la Junta, haciendo él lo mismo con los prisioneros, llenóse de ira al tener noticias de tan horrible hecho y juró vengarse mandando al efecto se prepararan 110 prisioneros para sufrir la última pena, sacrificando 20 por cada vocal de la junta y el resto por otros españoles que había inmolado el francés.

La inmediación del enemigo era un obstáculo para fusilarles, porque acudiría al oir los tiros, por lo cual dispuso ahorcarlos y quemarlos en la venta donde los tenía encerrados.

El 9 de Abril halló en Villalmanzo un gran convoy que venía de Aranda para Burgos, que obligó á refugiarse en el fuerte de Lerma, del que no salió hasta que acudieron más de 4.000 hombres á socorrerlos desde Burgos.

Merino entonces acometió á la numerosa columna que venía con el convoy, y la hizo sufrir la pérdida de 400 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

El 16 de Abril ostentóse triunfante Merino en Almazano, y á los cinco días tuvo un brillante encuentro en Ontoria de Vadearaos, donde hizo prisionero á un batallón de polacos, que fueron tratados con la mayor consideración y entregados á D. Francisco Longa en las montañas de Santander.

La acción no pudo ser más gloriosa; fué impetuoso el ataque, la lucha obstinada, valeroso y decidido el esfuerzo de ambas partes, pero al fin rompió la caballería española el cuadro enemigo desbaratándole completamente.

El 28 del mismo, al conducir los prisioneros, se encontró Merino, al atravesar el camino real entre Burgos y Vitoria, con 46 caballos que escoltaban una berlina, á los que hizo también prisioneros, quemando aquélla para continuar su viaje.

En 6 de Mayo volvió á medir sus armas con las de los enemigos en Castil de Peones y Cavia.

El 19 del mismo mes atacó en el camino real, cerca de Burriel, á la columna que había salido de Burgos, de 1.400 infantes y 200 caballos; todos los últimos perecieron, excepto 60 que se entregaron prisioneros; la infantería se encerró en Celada con gran

© Biblioteca Nacional de España

pérdida de muertos y heridos. Por su parte tuvo Merino un oficial muerto, un sargento y 20 heridos, entre ellos uno de sus ordenanzas.

Recorrió luégo la ribera de Aranda, inmediaciones de Burgos y tierra de Ayllón, consiguiendo formar el segundo batallón del regimiento de infantería de Arlanza.

* * *

El teniente coronel D. Benito Marquínez batió el 9 de Febrero á 180 dragones que se hallaban en Villalón para extraer granos de Fontiquelo, San Jerbás y Melgares, en las inmediaciones de Melgares, matando 87, entre ellos dos oficiales, y cogiendo 70 prisioneros con un capitán.

Remitió 58 prisioneros, y se quedó con 100 caballos y el capitán para cangearlo con otro de su escuadrón que estaba prisionero.

Recomendaba eficazmente al general en jefe á su segundo D. Manuel Joraz.

El 13 de Abril le ocurrió el siguiente lance:

Sabedor que una columna de 100 infantes y 700 caballos se había presentado el 6 en Grechilla á recoger contribuciones, ocupó con 500 caballos el punto de Villava, esperando tres días, no dejándoles sosegar las guerrillas que envió contra ellos, matándoles cinco hombres, hiriendo siete y teniendo él tres muertos.

Al ver que trataban de envolverle por verse reforzados, dividió sus fuerzas en cuatro columnas, y las colocó en los pueblos de Quintanilla, Cervato, Riberos y Abastas. La de Abastas fué acometida el 9 por 600 caballos, la cual rompió el fuego bravamente sin perder más que siete hombres.

Acudió Marquínez con dos compañías reforzando á la que se retiraba, formando en batalla y enviando una guerrilla á combatir á una avanzada de 50 granaderos, á los que mató nueve, retirándose los franceses á Rioseco sin intentar más.

A los dos días tomó posesión de la villa de Carrión, y avisado de que 1.200 franceses bajaban de Saldaña con granos y ganado vacuno, les salió al encuentro en Calzada de los Molinos, quitándoles 24 reses y 30 fanegas, matándoles 11 hombres é hiriendo de 80 á 90, de los que murieron 14 en la primera noche. Su pérdida fué de cinco heridos.

A los pocos días mantuvo otra acción en Astudillo.

El 21 supo que bajaban de Palencia á Valdespina 1.000 enemigos, y para libertar á aquellos pueblos dispuso que el tercer escuadrón, mandado por D. Marcos Tarrero, los molestase, retirándose sin realizar la saca de carros y acémilas.

Tarrero los siguió hasta las puertas de Palencia, donde le hicieron frente 200, á los que mató 30 é hirió 40 y cogió tres prisioneros, varios caballos y mulas, y siete cargas de cebada.

El 24 averiguó que habían salido los franceses de Palencia á hacer requisiciones á Pedrosa, Revilla y Ampudia, desbaratando á los de Revilla y matándoles 27.

Derrotó el 30 de Abril en Tamara á los enemigos, en número de 450 infantes y 400 artilleros, que con mulas de brigada conducían 36 furgones ó galeras cargadas de pan para la ciudad de Palencia, durando el fuego cuatro horas y media, persiguiéndole hasta Amusco y cogiéndoles los 36 carros con 120 mulas y 28 prisioneros, entre ellos dos oficiales.

Perdió á su ayudante D. Francisco María Sancho, dos soldados y cinco heridos; distinguióse el capitán D. Eustaquio Martínez.

* * *

Restablecido de su enfermedad volvió de nuevo á campaña D. Juan Martín *(El Empecinado)*, y no habiendo podido sorprender la guarnición francesa de Brihuega por el mal tiempo, y por que sus espías la previnieron, se dirigió el 29 de Enero á Sigüenza, ciudad que se distinguió en toda la guerra por su cariño á los *empecinados,* y cuyos habitantes llegaron un día á despojarse de sus camisas para dárselas á ellos, razón por la cual el noble D. Juan Martín la llamaba siempre su amparo y su cuartel general.

El 6 de Febrero trataron de sorprender al *Empecinado* los enemigos, mandados por el general Guy, y conducidos por Abuín *(El*

© Biblioteca Nacional de España

Manco), pero él los hizo retroceder con grandes pérdidas hasta Mirabueno. El 7 volvió la división francesa, fuertemente reforzada, á insistir en tomar á Sigüenza, rompiéndose el fuego por ambos bandos en el monte de Rebollar, donde, cargada por gran número de franceses la infantería del *Empecinado*, se sobrecogió, siendo perseguida y aprisionada; acudió D. Juan Martín en su ayuda, pero fué envuelto, y para salvarse de caer en las manos de los franceses tuvo que arrojarse por un despeñadero, ante el cual se detuvieron horrorizados los enemigos, juzgando que en él se había sepultado nuestro héroe.

Según Toreno, debió el *Empecinado* este descalabro á la traición inexplicable de su segundo, D. Saturnino Abuín *(El Manco)*, quien, prisionero de los imperiales, no sólo tomó partido por ellos, empañando así el brillo de su anterior conducta, sino que trató de seducir á su antiguo jefe, y no pudiendo conseguirlo dedicóse á levantar partidas de *contra-empecinados* con la ayuda del traidor Villagarcía.

Recogido por un molinero, que le tuvo varios días en su casa curándole de sus graves heridas, pudo salvar la vida el insigne don Juan Martín, teniendo que pasar la convalecencia refugiándose en los pueblos de Montuenga, Almalues y Arcos, siempre perseguido por varias columnas francesas, que no ignoraban su crítico estado, y que á toda costa trataban de impedir lo que no consiguieron, que su robusta naturaleza triunfara del mal, y que continuase desde sus escondites disponiendo la reunión de sus dispersas tropas para proseguir sus hazañas.

A mediados de Marzo se presentó de nuevo á sus guerrilleros, que le acogieron con el mayor entusiasmo.

—¿Qué le ha parecido á su mercé la acción del *Manco*, señor licenciado?—le preguntó D. Juan Martín.

—*Sed liberanos traidorum*, —contestó con acento sentencioso el antiguo estudiante.

—¿Qué ha dicho V.?

—Que el Sr. Abuín *mortus est*...

—Este hombre está siempre hablando en griego.

Merced á las acertadas disposiciones del *Empecinado*, el regimiento de caballería de Guadalajara, mandado por el bizarro Mondedeu, aprisionó el día 24 la mitad de la guarnición de Cogolludo, no pudiendo coger la otra mitad porque huyó al saber que don Juan Martín había vuelto á campaña.

Viendo el estado mísero del país por las necesidades de la guerra y la falta de cosechas, dispuso que sus guerrilleros fueran á buscar su comida á los almacenes franceses, y el día 30 atacó la guarnición de Torija, que encerró en el castillo, sacando de los almacenes, situados al pie del mismo, considerable porción de trigo.

En el mes de Abril pasó el Tajo con dirección á Cuenca, y el 11 atacó en Torralba una columna, la hizo muchos muertos y heridos y 20 prisioneros, y cuando reforzada volvió en su busca, el *Empecinado* repasó el río, y el 28, reunido á la división de Villacampa, se situó sobre Guadalajara.

Vuelto Villacampa á Aragón D. Juan Martín se encaminó dispuesto á tomar á Cuenca, como lo efectuó el 9 de Mayo, posesionándose de la ciudad á viva fuerza y obligando á los franceses á encerrarse en la casa-fortaleza de la Inquisición y en el hospital de Santiago, después de dejar las calles cubiertas de cadáveres, entre ellos el del barón Hugo-Nardon, pariente del intruso, y de haberles cogido todos los equipajes, incluso el del duque de Mahón, con las oficinas y tesorería, de que se aprovecharon los *empecinados*. En esta acción una bala de fusil atravesó un muslo al valiente capitán de caballería y hermano de D. Juan Martín, D. Antonio, que mandaba el regimiento Cazadores de Madrid. Los franceses abandonaron sus posiciones amparados de la noche, si bien una de sus compañías, la de zapadores, dió con una avanzada nuestra y quedó prisionera.

Reforzados los enemigos hicieron algunas tentativas para recuperar á Cuenca, no empeñándose acción porque el *Empecinado* tuvo que retirarse á Gascueña en busca de víveres, en cuya villa burló el 16 una emboscada que le tenían preparada los enemigos.

El día 17, llenos de ira, marcharon los im-

© Biblioteca Nacional de España

periales á Priego deseosos de destruir el naciente *Batallón de Cuenca*, cuyos soldados, aunque inferiores en número, y sin contar como ellos con caballería ni artillería, sostuvieron valientemente el ataque retirándose en el mayor orden y causándoles numerosas bajas.

En el parte dado por *El Empecinado* en el *Cuartel general de las Ibiernas*, el 22 de Mayo de 1812, se lee que, «al saber el 20 en Cifuentes que habían pasado á Sigüenza 500 infantes y 100 caballos para hacer una correría, movió su división para libertar á los pueblos, á pesar de lo fatigado de sus tropas, y que el 21 supo se dirigían á Ibiernas. Sus soldados estaban en Masegoso tomando un refresco después de una penosa marcha de ocho leguas, y dudaba atacar, cuando ellos, sabedores que venía mandando la caballería enemiga el pérfido Abuín *(El Manco)* manifestaron tal deseo de batirse, que accedió. La acción comenzó á la una de la tarde y concluyó á las ocho de la noche, huyendo el Manco á la mitad de ella.»

Como una prueba del cariño que el *Empecinado* tenía á sus guerrilleros, citaremos que en esta acción cuatro dragones franceses se llevaban prisionero á un trompeta suyo, el cual le gritó desde lejos:

—Mi general, van á matarme, socorro...

Al oir sus voces se lanza como un rayo D. Juan Martín contra los dragones que echan á huir; pero tres oficiales le conocen y tratan de cerrarle el paso; al primero lo tiende muerto de un sablazo el *Empecinado* y los dos restantes huyen.

Siempre activo y siempre vigilante mantuvo encerradas las guarniciones francesas en sus acantonamientos y libres los pueblos de sus crueldades y rapiñas.

Cuando el general Paris salió en busca de víveres con una división de 9.000 hombres el *Empecinado* protegió en cuanto sus fuerzas se lo permitían á las poblaciones, batiendo el 4 de Julio la guarnición francesa de Colmenar Viejo, y á seguida la de Manzanares, teniendo á raya toda la guardia real del intruso; el 8 destruyó un destacamento que andaba por el valle de Lozoya sacando bagajes.

Reforzados los imperiales que había en Buitrago con el destacamento de Somosierra, una columna de Madrid y diez piezas de artillería atacaron á D. Juan Martín, que los aguardaba en el pueblo de La Cabrera, y habría alcanzado la victoria en éste como en otros combates, á no recibir una grave herida en el pecho, desanimándose sus guerrilleros al verle caer, á pesar de lo cual, atentos á su voz, obligaron á huir al enemigo, que dejó el campo sembrado de cadáveres, lleno de carros con grano y de caballerías con equipajes.

Apenas restablecido, salió en contra de las guarniciones francesas de Arganda, Villarejo, Fuentidueña y Tarancón, pasando el Tajo con toda la infantería y el regimiento de caballería de Guadalajara, las cuales se fueron retirando á su llegada, y únicamente su hermano Antonio pudo combatir á la partida del renegado Villagarcía, matándola ó aprisionándola toda, librándose Villagarcía de caer en su poder por la ligereza del caballo que montaba.

Al conocer los sucesos de los Arapiles y la evacuación de Madrid por José, mandó á sus infantes cercar á Guadalajara para que no pudiera escapar su guarnición, y con la caballería se dirigió á la capital, situándose en Chamartín, entrando el 10 de Agosto al frente de 30 ginetes, acuchillando un escuadrón francés hasta cerca de la Puerta del Sol, matando y cogiendo cuatro y el capitán.

El 11 envió varios partes á Wellington, participándole la salida del intruso, y el 12 tuvo la gloria de entrar en Madrid, como luégo veremos.

* * *

D. Saturnino Abuín *(El Manco)* batió á los franceses en los primeros días del año 1812 en Sigüenza; hizo retroceder una columna enemiga que iba de Tarancón á Sacedón, ocasionándola bajas muy considerables y perdiendo el caballo que montaba, y sostuvo con la mayor bravura una acción en el pueblo de Tamajón en la que cayó prisionero.

¿Qué pudo ocurrir entre él y los franceses para que la *Gaceta Nacional* publicase luégo las siguientes cartas?

© Biblioteca Nacional de España

«Madrid 14 de Febrero de 1812.

El *Manco* Abuín, uno de los oficiales del *Empecinado*, que días pasados fué sorprendido con algunos caballos de los suyos en la provincia de Guadalajara, entró aquí el 11 á caballo en compañía del Gobernador de Guadalajara, marqués de Río-Milano, quien le hospedó en su casa. Hay noticia también de que le hicieron muchos obsequios los franceses en Guadalajara. Los soldados que fueron cogidos con él han salido ya para Francia.»

Día 15.

«Hoy ha salido de aquí el general Guy para Guadalajara, llevando en su compañía al *Manco*. Antes de salir se presentó éste al rey intruso, á quien dicen juró obediencia, y se ofreció á traer á su partido al *Empecinado* y al *Médico*, y aún añaden que lo harán comandante de escuadrón dándole 300 caballos, con los cuales se propone aniquilar las partidas patrióticas de estas inmediaciones.»

¿Pudo cegar á Abuín la frase de los imperiales de que si él militara bajo las banderas de Napoleón y ejecutara sus proezas *ya sería mariscal de Francia*? ¿O la envidia que tenía al *Empecinado*, al cual no pudo sustituir en el mando como deseaba, le arrastrara á cometer tamaña felonía?

¡Quién puede saberlo!

*
* *

A D. José Mondedeu, comandante del regimiento de caballería *Cazadores de Guadalajara*, y uno de los más valientes y leales oficiales del *Empecinado*, le hemos visto, al reseñar varias acciones de D. Juan Martín, realizar diversos actos de heroísmo.

Enviado por el *Empecinado* á la Mancha en busca de granos, se apresuró á participarle que allí el hambre era general, muchos los soldados dispersos, é infinitos los jóvenes que se presentaban para formar parte de las guerrillas.

Vuelto á Guadalajara, el 4 de Marzo se acercó á Cogolludo, villa ocupada por 300 infantes, 90 caballos y dos piezas de artillería, aprisionando á un oficial-ayudante y á 36 soldados, y apoderándose de 19 caballos y de la caja de guerra de los enemigos, con pérdidas insignificantes.

Después de la conquista de Cuenca, en que tomó una parte activa, le envió D. Juan Martín contra 250 infantes y 120 caballos franceses que recorrían los pueblos haciendo exacciones, á los cuales fué á buscar hasta Quintanar (25 de Mayo), sosteniendo con ellos una acción vivísima hasta que se le acabaron las municiones, matando un oficial y ocho soldados y haciéndoles ocho heridos.

El día 5 de Junio se batió contra los franceses y los *jurados* de Abuín *(El Manco)* unidos, huyendo éste y los suyos, quizás porque, como dice Toreno, *no cabe por lo común valor muy firme en los traidores.*

En la acción de Colmenar Viejo, el 4 de Julio, siendo D. José Mondedeu comandante de escuadrón del regimiento *Húsares de Guadalajara*, al ver que el batallón *Tiradores de Sigüenza* se hallaba envuelto por toda la caballería de la Guardia Imperial y Cazadores de Nassau, y que iba á ser hecho prisionero, pues ya empezaba á rendir las armas, púsose al frente de 50 caballos, y entrándose por entre los ginetes enemigos los embistió con tan imponderable arrojo, al tiempo mismo que alarmaba al batallón para que volviera á pelear, que los soldados entusiasmados recuperaron las armas, y siguiendo al heróico Mondedeu derrotaron á los que pocos minutos antes los habían vencido, causándoles pérdidas muy considerables. Hecho glorioso por el que más tarde le fué concedida la cruz de primera clase de la real y militar Orden de San Fernando, con aplauso de todos, que admiraban el valor y heroísmo de Mondedeu.

El 23 de Abril (1812), reunidos los escuadrones del teniente coronel D. José Mondedeu y de D. Diego Navarro, sargento mayor del de *Húsares de Camuñas*, se dirigieron á Aranjuez en busca de la guarnición. Navarro, con los suyos, se entró por las calles del Sitio, mientras que Mondedeu, situado en Ontígola, observaba las avenidas. Pero los enemigos, intimidados, no osaron salir de la estacada, ni aun disparar un tiro.

Viendo la imposibilidad de batirlos, y con la noticia que tuvieron de que la columna

© Biblioteca Nacional de España

de Manzanares, compuesta de 250 infantes y 120 caballos, recorría varios pueblos haciendo exacciones, salieron aquella noche en busca suya, caminando seis leguas hasta El Corral. Cerciorados allí de que estaban en el Quintanar, se presentaron el 25 en aquel pueblo.

Navarro, con una guerrilla, se entró hasta la plaza y consiguió sacarlos al campo, donde hubo una acción sangrienta, que duró hasta que se les acabaron las municiones á los nuestros. El enemigo tuvo un oficial, ocho soldados muertos y ocho heridos. Nuestras pérdidas fueron un soldado muerto y tres heridos, con tres caballos muertos.

***

La guerrilla de D. Justo Prieto, que operaba en la provincia, mejor diríamos á las puertas de Madrid, se hacía notar más cada día por sus atrevidas acciones, de las que el jefe, apellidado por los franceses *El Temerario*, daba siempre el ejemplo, pues gozaba la fama de que su trabucazo era mortal.

Tenía D. Justo lo que podríamos llamar su cuartel general en Casa Blanca, en Peraleda del Río, lugar muy próximo á Madrid, y en el monte Batre, junto á Moraleja, el depósito de los prisioneros que en gran número hacía á los imperiales.

Entre los muchos rasgos de valor de don Justo merece ser citado el que realizó á mediados de Enero, presentándose en el portillo de Embajadores de Madrid completamente solo y emprendiendo rudo combate con un coronel y dos oficiales franceses, matando al primero y retirándose tranquilamente. Salieron en su persecución varios caballos, y el Sr. Prieto, reuniéndose á su guerrilla, que había dejado en las afueras, los hizo frente, les cogió cinco prisioneros con sus caballos y armas, y desapareció.

El 16 de Marzo, pasando un importante convoy por delante de Aranjuez, lo atacó, matando dos franceses y haciendo nueve prisioneros.

El día 1.º de Abril se acercó con 11 hombres de su guerrilla á la Puerta de Atocha y adelantóse él solo hasta el Hospital general, mató al capitán de la guardia y obligó á los soldados á encerrarse en el edificio.

En una acción que sostuvo el 20 cayó gravemente herido de un balazo, y á los pocos días, teniendo aún la herida sin cicatrizar, volvió á campaña.

Dos meses después, el 28 de Junio, con sólo su asistente, aprisionó en las inmediaciones de Leganés al veterinario mayor del depósito general de caballería y á dos dragones que iban con él en dirección á dicho pueblo.

El 16 de Julio, hallándose en la villa de Serranillos curándose de la herida recibida anteriormente y que se le había abierto, y custodiando con cinco hombres varios prisioneros, supo que una columna enemiga, fuerte de 120 soldados, se dirigía en comisión á dicho pueblo, y que se encontraba ya muy próxima, y al instante salió en su busca con sólo tres hombres, ínterin los otros dos marchaban con los prisioneros por el lado opuesto, logrando entretener á los franceses cerca de media hora y retirándose luégo con el mayor orden hasta lograr poner en salvo los referidos prisioneros.

Toma de Soria por Durán.—Represalias.—Conquista de Tudela.—Guerrilleros Tabuenca, Murcia, Amor y Rodríguez.

Al verse D. Joaquín Durán en Trébago al frente de 300 hombres, resolvió conquistar la ciudad de Soria adelantando su cuartel general á Narros, quedándose con el *Batallón de Numantinos* y dos compañías de artillería, colocando al de *Voluntarios de Soria* en Castilfrío y al de la *Rioja* y caballería en Almerjano.

Hállase edificada Soria sobre un desigual collado en la margen derecha del Duero, resguardada de los vientos del Norte por la altura de las Eras de Santa Bárbara, el monte de las Animas, la sierra de Peñalba, la cumbre del Mirón y el elevado y áspero cerro del Castillo, contando con un caserío de muy buena construcción, con un gran arrabal, varios palacios, murallas, y un hermoso puente sobre el Duero.

Hizo Durán varios movimientos, logrando que una vez saliese la caballería francesa, que costó á los enemigos seis muertos, algunos heridos y tres prisioneros.

© Biblioteca Nacional de España

Volvía á su cuartel por caminos ocultos y los desorientaba.

Les cortó toda comunicación é impidió que nadie entrase en la plaza.

Hizo acopio de escalas, picos y garitas ó galápagos con ruedas para acercarlas á la muralla y que trabajasen 20 ó 30 hombres para abrir brecha.

Inquietaba día y noche á la guarnición con falsos ataques que los tenían en constante zozobra.

El 12 de Marzo supo que venían cuatro columnas enemigas, á dos de las cuales daban ya en Torrecilla y Calatañazor.

Enfermo Durán, con un tiempo cruel, mal alimentada la tropa, miserable el país, mandó la retirada á Almazán para la mañana del 13; pero temeroso de no poder conservar los soldados en sus banderas, y sabedor de que en Soria había cuantiosos almacenes de galleta, trigo, cebada, aluvias y otros efectos, dió contraorden y resolvió batir á las columnas enemigas, pasando al frente de Soria y colocándose en Villaciervos, pero éstas retrocedieron temerosas de las fuerzas que se decía tenía Durán y que hacían subir á 6.000 hombres.

Durán retrocedió á su vez y dispuso el ataque de Soria para la madrugada del 18.

Soria era el punto de apoyo de los franceses para sus expediciones y retiradas, almacén para la subsistencias de sus tropas de Burgos, Aranda, Tudela, Tarazona y otras partes; fortificada con un muro contiguo de 18 pies de altura y seis de espesor, con cubos salientes, y con arrabal no menos fortificado y aumentadas las defensas por los franceses, que la llamaban la *segunda Figueras;* y Durán sólo tenía para conquistarla dos violentos de batalla de á cuatro.

Reunió todas las tropas acantonadas en las márgenes del Duero en el pueblo de Garray, y emprendió la marcha llevando la vanguardia el *Batallón de Rioja* y una compañía del *Ligero de Soria*, toda al mando de Tabuenca, que debía asaltar la casa del marqués de Vadillo; seguíale otro trozo del *Batallón de Numantinos*, al mando del capitán D. Gregorio de Vera, que debía hacer la entrada entre la Concepción y San Benito, y la tercera, que había de entrar por las casas de la Tejera, iba al mando del teniente coronel comandante de la compañía de zapadores D. Domingo Murcia.

Arengó á las tropas, diciendo:

«Hijos, allí hemos de saciar nuestra hambre, y remediar nuestras necesidades; mucho archiva en la plaza el enemigo, pero todo será para vosotros y para vuestros padres.»

Llena de entusiasmo, se puso en marcha la columna.

Era una noche tempestuosa de viento y nieve.

El soldado caminaba sobre un piso de media vara de nieve, por sendas ocultas y tortuosas; las escalas se conducían á hombros y los galápagos hubo que dejarlos por no caber por la senda.

Durán, aunque enfermo, seguía á la división, y plantó su cuartel general en la ermita de Santa Bárbara, á medio tiro de fusil de la plaza, colocando allí un hospital de sangre y otro en el pueblo llamado Las Casas.

Tabuenca se apoderó de la casa del marqués de Vadillo asaltando la muralla.

El capitán Sologoistoa hizo abrir brecha por el Hospicio para entrar su gente sin tanta pérdida.

La columna de Murcia, que entró por las casas de la Tejera, logró encerrar en la ciudad á las fuerzas enemigas.

Una salida de la caballería imperial comprometía el éxito; sábelo Durán y enfermo como se hallaba, monta á caballo y atravesando por entre un diluvio de balas se pone al frente de la tropa que ocupaba á San Benito, y animándolos con el ejemplo, *¡Soria ha de ser nuestra!*—les grita.—Y todos corren á la lid con nuevos bríos; coloca los dos violentos en posición, y abre brecha, que obliga á los franceses á encerrarse otra vez en la plaza.

A las siete de la mañana éramos dueños del arrabal; Tabuenca había abierto una puerta tapiada que existía en la muralla; los soldados de varios cuerpos subieron por las escalas, y las puertas fueron abiertas al resto de la división, que entró por ellas con Durán á su frente, replegándose los franceses al castillo.

© Biblioteca Nacional de España

El pueblo ofrecía á nuestros soldados pan, vino y comestibles.

Mandó Durán cubrir todas las avenidas del castillo á la ciudad abriendo zanjas y fortificando las casas inmediatas á él por la parte de su frente; demoler las murallas, conventos de San Benito, San Francisco, la Concepción, San Agustín y el Hospital para dejar á Soria un pueblo abierto.

Hizo volver al cabildo de Osma á su silla, y puso en libertad muchos patriotas que tenían prisioneros.

De las 8.000 fanegas de trigo que halló, hizo Durán vender muchas á 90 reales (cuando se pagaban á 250), por la escasez y el hambre que en toda España se sentía, y á 60 á los padres y hermanos de sus soldados.

Trasladó las 200 camas que ellos tenían en el Hospital al nuestro del Monasterio de la Huerta, al que se llevaron 90 franceses enfermos y heridos.

Cogió 200 fusiles y varias cajas de guerra.

Tomó algunas piezas de paño que pagó con el grano vendido.

Promovió un alistamiento que obtuvo gran resultado.

Como la ciudad y provincia nada habían dado antes, les impuso una contribución de 395.000 reales, cuya distribución se encomendó á los capitulares; con esto y el excedente del grano vendido, se dió una gratificación á la tropa, y pagó una mesada á toda la división.

Dos asaltos en cuatro horas, sin brecha abierta, sin auxilio de artillería de batir y con una débil escala, hacen el elogio de esta acción.

Lástima que á los siete días tuvieran los nuestros que abandonar á Soria.

Con todo, Durán, aunque sabía venían 2.500 infantes y 600 caballos, con dos piezas de artillería desde Aranda, tomó posición para imponerles, precediendo antes la orden de que todos los pudientes y personas de utilidad saliesen de la plaza para quitarles á los enemigos estos recursos.

La pérdida de los franceses entonces fué de 50 muertos y más de 100 heridos; la de nuestras tropas la mitad.

Durán, situado en tanto en San Pedro Manrique, y después en Arnedo, batía sin descanso á los franceses, y contenía á la guarnición de Logroño.

En vista de las infamias y de las crueles escenas ejecutadas por el cruel Duvernet en Berlanga, del sanguinario Roquet en Arnedo y del feroz Vandermasa en Soria, ofició Durán al general Polombini el 24 de Mayo, diciendo:

«En consecuencia he expedido las órdenes oportunas para que de los prisioneros que tengo en mi poder se sorteen 9, al respecto de tres por cada una de las víctimas inocentes sacrificadas en aquellos pueblos, y dos oficiales, el uno también por suerte, y el otro el comandante Fabalelli por encontrarse en él el delito de vil impostor en un pliego que escribía y se interceptó, en vindicación de la muerte que dió al alcalde de Mochales martirizándole de una manera feroz, nuevamente inventada. Debéis mirar, señor general, este suceso como un nuevo amago, y esperar que si ejecutáis el más pequeño contra los prisioneros que tenéis, todos los que se hallan á mi disposición sufrirán irremisiblemente la pena de muerte, ofreciéndoos el espectáculo á vuestra misma presencia.

Los pueblos españoles deben ser respetados, y los hombres, que todos deben ser defensores de su patria y de su libertad, considerados como soldados con los derechos y privilegios que les conceden las leyes de la guerra. Si así lo hiciéreis, encontraréis en mí la más fiel correspondencia; pero si violáis este derecho sagrado, me pondréis en la sensible necesidad de continuar usando de las represalias en los términos que por vuestra culpa he ordenado.»

¡Qué diferencia entre los crueles generales franceses y los nobles capitanes españoles!

El citado general D. José Joaquín Durán participaba al Excmo. señor general en jefe interino desde Cintruénigo, con fecha 29 de Mayo, que la víspera tomó su división por escalada la ciudad de Tudela, guarnecida por 800 á 1.000 infantes, y sostenida por una división de 3.000 soldados y 700 caballos, á las órdenes de los generales Abbé y Pannautier, que estaban sobre Ejea de los Caballeros, distante seis leguas.

© Biblioteca Nacional de España

El asalto se verificó por dos puntos: por el Carmen Descalzo, con el *Batallón de Rioja*, seis compañías de los *Numantinos* y *Ligero de Soria*, á las órdenes del valiente y bien acreditado teniente coronel D. Juan Antonio Tabuenca, y por la Misericordia con la compañía de artillería y zapadores y otra de *Numantinos*, á las órdenes del bizarro teniente coronel D. Domingo Murcia. Ambos jefes se reunieron en la plaza de toros y obligaron á los enemigos, persiguiéndolos á la bayoneta, á encerrarse en el fuerte. La reserva, con Durán y una escolta de caballería, penetraron en la ciudad por la puerta de Velilla. El resto de la última arma se mantuvo acampada en la altura de Loreto, hasta que por fin entró también la mayor parte de ella para sostener á la infantería en caso necesario. Durán escribía:

«El fruto de esta expedición, además de la gran pérdida de muertos que ha tenido el enemigo, ha sido lograr la posesión de una ciudad rica, en que tenía éste un precioso tren de artillería de batir, conducido desde Zaragoza, al parecer con destino á obrar contra Ciudad-Rodrigo, y consistía en 15 cañones de grueso calibre, á saber: de 24, 18 y 16; un mortero de nueve pulgadas; dos obuses reales y seis de á siete, con un crecido número de cureñas y carros fuertes. Esto, y todo lo combustible, ha sido quemado, é inutilizadas las 18 piezas gruesas; las seis restantes se han extraído; se han hecho 91 prisioneros, incluso dos oficiales, y rescatado 86 españoles, dos jefes y ocho oficiales; se han cogido muchos fusiles, 32 caballos, dos cajas de guerra, los músicos con sus instrumentos, algunas monturas y otros despojos, y se ha distraído la atención de las divisiones empleadas en la persecución de D. Francisco Espoz y Mina.»

El triunfo habría sido completo si una horrorosa tormenta, y la proximidad de la división de Abbé no obligara á Durán á retirarse, esperando completar la obra otro día.

Elogiaba mucho Durán á la valiente y sufrida división soriana; á Tabuenca, como héroe principal de la empresa; á Murcia, como auxiliador; al comandante de la caballería D. Bartolomé Amor, que, no contento con el servicio peculiar de su instituto, atendió desmontado á otros encargos importantes puestos á su cuidado; á los ingenieros D. José M. Cartagena y D. Dionisio Baldiola; á los capitanes de *Rioja* D. Ramón Arroz, D. Juan Bueno, D. Antonio Herrera, D. José Gándara y D. Antonio Pendón, y al teniente de *Numantinos* D. Juan B. Rochs; al sargento Agustín Jarque y al soldado Luis Marquina, ambos de *Rioja;* así como al subteniente D. Antonio Calahorra y al cadete D. Francisco Martínez, de *Numantinos*.

La división perdió al capitán Bueno, oficial acreditadísimo, un sargento y cuatro soldados de *Rioja*, y un cabo de caballería; y tuvo heridos 10 soldados de *Rioja;* dos *Numantinos;* dos sargentos y dos soldados *Ligeros de Soria;* un artillero, un zapador y un soldado de caballería.

¡Ah! la hija del heróico Fornabar debió extremecerse de gozo en su tumba al ver tan completa revancha.

El 19 de Junio, después de la expedición de Tudela, se situó Durán en la villa de Cervera del Río Alhama, pasando de allí al pueblo de Valdoncondes á fin de atacar la guarnición de Aranda, distante dos leguas, y que se componía de 1.000 hombres. Sabedor de que la mitad ocupaba el palacio episcopal, dispuso el ataque del mismo, y si bien por falta de artillería y ser el citado palacio un edificio fuertísimo cuajado además de defensas, no podía rendirlo más que por el hambre y por las minas, á ello se disponía cuando supo que habían huído por un camino cubierto que tenían por la espalda del mismo palacio hasta el puente, sin poder impedir que en su fuga se refugiasen en el fuerte de Santo Domingo, al otro lado del Duero, protegidos por el fuego de los cañones de éste que enfilaban á la población.

Aun así, el ataque no resultó infructuoso, pues perdieron los franceses sobre 200 hombres entre muertos y heridos, cogiéndoles fusiles, mochilas, caballos, maletas, 32 prisioneros y rescatando 10 holandeses y 34.200 reales; teniendo Durán 19 muertos y 54 heridos.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Conozcamos las hazañas de los otros guerrilleros de Durán en Soria y otros puntos.

Llegado el teniente coronel D. Juan Antonio Tabuenca con 60 hombres al sitio que su jefe Durán le había señalado, aplicó las escalas que traían, sin atender al *quién vive* de los franceses y despreciando su fuego.

Tabuenca fué el primero que asaltó la muralla del arrabal, y se posesionó de la casa ó palacio del marqués de Vadillo.

Tenía al frente un reducto fortificado, y conociendo que si no entraba el resto de su batallón no tendría consecuencias favorables su arrojo, mandó al capitán Sologaistoa que volviese á salir y animase á aquella tropa mientras él se sostenía en la casa.

Era ya de día cuando Tabuenca vió á su batallón dentro del arrabal, y entonces se posesionó de los portales llamados de los Herradores, luégo de encerrar en la plaza á 200 hombres que había en el convento de San Francisco.

Posesionados los nuestros á costa de grandes esfuerzos del arrabal, Tabuenca, noticioso de que en la misma muralla había una puerta tapiada que tenía comunicación con las casas, elige 30 hombres, que pone al mando de Sologaistoa y atraviesa por delante del reducto que los franceses tenían en la puerta del Postigo, recibe una descarga, que le mata un sargento y un soldado, llega á la puerta tapiada, abre brecha á golpes, entra por ella con Sologaistoa y sus 28 hombres, y derribando algunos tabiques de casas logra colocarse sobre la última que estaba sobre el cubo de la derecha de la puerta del Postigo, y abriendo un grande agujero hace una descarga á los enemigos, obligándolos á cerrar las puertas y refugiarse al castillo,

Ya por la izquierda habían subido también á la muralla algunos soldados de los otros cuerpos.

Tabuenca, que lo ignoraba, no pudo perseguir á los franceses como lo hubiera deseado, pero aun así les hizo 15 prisioneros.

Se abrieron las puertas y entre el gozo más grande entró Durán con el resto de la división (1).

(1) Lino Matías Picado, capellán de uno de los cuerpos.

Aunque abandonado Soria por los nuestros á los siete días, Tabuenca siguió bloqueándola, castigando á los franceses en todas las salidas que hacían para procurarse víveres, hasta fines de Setiembre (1812) que la evacuaron.

* * *

D. Bartolomé Amor se apoderó en los meses de Enero y Febrero de las tres únicas descubiertas que salieron de Logroño.

Habiendo recibido la orden para incorporarse á su división el día 19 de Marzo en el Burgo de Osma, situóse el 7 con su regimiento en Garray, incomodando sin descanso á la guarnición de Soria, hasta la toma por asalto de esta ciudad.

El 28 de Mayo se puso en movimiento con su división para ayudar á la conquista de Tudela de Navarrá, y en la cual tanto le elogia Durán.

* * *

El comandante de escuadrón, D. Antonio Rodríguez, escribía desde *Orillas del Duero* (19 de Marzo de 1812) que habiendo sabido en Torrecilla de la Abadesa que había llegado á Tordesillas el general francés Broysot con un convoy de doce carros, escoltados por 320 infantes y 16 caballos, dispuso batirlos el 18, desmontando dos compañías que situó al abrigo de las tapias de Villalar, por donde debía pasar, obligándoles á abandonar todos los carros, en que llevaban 92 molinos de mano, uniformes, paños, la caja, y el bastón de Marmont, haciéndoles 18 muertos y 32 heridos, entre ellos un capitán, un subteniente y un sargento mayor y nueve prisioneros, teniendo nosotros dos muertos y tres heridos.

Pérdida de Valencia.—Indecisión de Blake.—Conducta del arzobispo Campany.—Fusilamientos y deportaciones de frailes y paisanos por Suchet.—Muerte del general La Carrera.

La inexplicable conducta de Blake produjo la formación de dos partidos dentro de la ciudad de Valencia, uno que, contando á su frente con las autoridades, deseaba capitu-

© Biblioteca Nacional de España

lar, y otro, compuesto de la multitud, que tenía á su frente al doctor Peñaranda y al padre Rico, y que sólo pensaba en resistir.

Blake, cuyo destino parecía ser ganarse la enemistad de ambos, se impuso á los patriotas por la fuerza, cambió la Junta elegida por el pueblo por otra nombrada á su capricho, y ni se resolvió á morir dentro de los muros de la ciudad, como se lo exigía el primero, ni acertó á capitular, como le pedía el segundo, cuando todavía las condiciones de arreglo habrían podido ser menos duras de lo que luégo, por desgracia suya y de la patria, lo fueron.

En tanto que esto ocurría en el interior de Valencia, Suchet se apoderaba de los arrabales de Ruzafa, San Vicente y Cuarte, á pesar de la heróica defensa que de los dos últimos hizo el valiente general Zayas, y comenzaba el 5 un horroroso bombardeo, que ocasionó estragos terribles y daños irreparables, como que hubo punto en que los cañones sólo distaban del muro quince varas.

Aún se resistía Valencia cuando Suchet mandó emplazar cinco nuevas baterías aún más cerca de la ciudad, y entonces Blake se ofreció á capitular siempre que se le dejara salir con su ejército, propuesta que Suchet rechazó exigiendo la rendición con sólo los honores de la guerra para la guarnición y un canje de 2.000 prisioneros.

Blake reunió un consejo de 12 generales, opinando seis por la lucha á todo trance y seis por la rendición, empate que él decidió con su voto, firmándose el 8 la capitulación que Zayas llevó á Suchet y ocupando los sitiadores el dia 9 la ciudadela y puerta del Mar.

Entregada la ciudad, salió el ejército español prisionero (16.000 hombres) por la Puerta de Serranos, conservando los oficiales sus espadas y equipajes y los soldados las mochilas, y á su frente generales como Zayas y Lardizábal y Velasco, que tantas veces habían derrotado á los franceses durante la guerra, y Blake, que fué encerrado en el castillo de Vincennes, cerca de París, y guardado con tal rigor, que en los dos años que permanció en él estuvo incomunicado y sin poder recibir una carta de su familia.

Suchet hizo su entrada pública el día 14 por la puerta de San José, á donde salió á recibirle la Junta nombrada últimamente por Blake, dirigiéndole una alocución tan humilde como poco digna de un pueblo tan valeroso, conducta antipatriótica que siguió el arzobispo Campany, quien, durante todo el sitio había permanecido en Gandía oculto, secundado por el clero secular y por algunos vecinos.

Veamos cómo correspondió el general francés á semejante humillación.

Había prometido Suchet, al tratar de la capitulación, que respetaría la religión, las vidas y las propiedades, y empezó fusilando 200 prisioneros militares, paisanos y clérigos que se rezagaron; se apoderó de 1.500 frailes, que encerró en el convento de San Francisco de Murviedro, bajo cuyas tapias hizo fusilar el día 18 á fray Pedro Pascual Rubat, provincial de los Mercenarios; á fray José de Jérica, guardián de los Capuchinos; y á los lectores de los Dominicos fray Faustino Igual, fray Gabriel Pichó y fray Vicente Bonet, enviando los demás á Francia; y según él mismo escribió con fecha 24 á Napoleón, ajustició á los jefes de la insurrección, que habían frecuentado la casa del cónsul inglés, *así como á los sicarios de este miserable.*

Puede imaginar el lector la sorpresa y la pena que la caída de Valencia produjeron en Cádiz.

La opinión pública, á la que Blake no era simpático por su carácter frío y su *empeño de dar batallas que siempre perdía*, le acusó de traición; por suerte suya, el parte que envió á la Regencia, y que vamos á extractar, le captó algunas voluntades formulando los hombres imparciales este juicio sobre él: «Es instruído, honrado y valiente, pero sin las altas dotes que le suponen sus amigos.»

«Aunque la pérdida de Valencia ha sido prevista y anunciada hace mucho tiempo, me es imposible tomar la pluma para dar parte de ella á V. A. sin experimentar el más profundo dolor. Se debió esperar, y se esperaba en efecto, este funesto acontecimiento luégo que cayó en manos de los enemigos la plaza de Tarragona.»

Contaba luégo el sitio de Sagunto y todo

© Biblioteca Nacional de España

lo acontecido hasta la rendición de la ciudad, y concluía de este modo:

«Yo espero que V. A. tendrá á bien ratificar el cange convenido de prisioneros, y enviar en su consecuencia las órdenes á Mallorca. Por lo que á mí toca, considero el cange de oficiales de mi grado bastante lejano; me creo condenado á la cautividad por el resto de mi vida, y miro el momento de mi expatriación como el de mi muerte; pero si mis servicios han sido agradables á la patria, y si hasta este momento no he dejado de contraer méritos para ella, suplico encarecidamente á V. A. se digne tomar bajo su protección mi numerosa familia.»

El cange de 2.000 prisioneros propuesto por Suchet, no se llevó á cabo por negarse la Regencia á sancionarlo en vista del mal trato que los franceses daban á nuestros soldados... ¡Qué prueba más clara de la inhumanidad de los franceses!

Napoleón, al tener noticia de este triunfo, concedió á Suchet el título de duque de la Albufera, con la posesión de esta rica laguna, y para los jefes y oficiales de su ejército 200 millones de francos en bienes nacionales de la provincia de Valencia, todo ello sin consultar á José.



MUERTE DE D. MARTÍN DE LA CARRERA

Suchet, para mostrarse agradecido, intentó la conquista de Alicante, enviando contra ella la división del general Montbrun, que le mandó Marmont; pero Mahy, que se hallaba en Alcira, y Freire, que estaba en Requena, se replegaron con sus tropas á Alicante, reuniendo todavía un ejército de 18.000 hombres, que obligaron á retirarse al general Montbrun, causando al orgulloso Suchet un profundo disgusto, pues hubo de limitar sus proyectos á extender su dominio por la costa hasta el castillo de Denia, que le abandonó su gobernador, y á la posesion del de Peñíscola, cuya inexpugnable fortaleza le vendió por oro su gobernador D. Pedro García Navarro (4 de Febrero), pasándose á las filas napoleónicas, en lo cual hizo bien, pues los traidores no caben en esta noble y leal tierra de España.

Una nueva desgracia nos esperaba. Proyectan los generales españoles Mahy, Freire y La Carrera sorprender á Soult, el hermano del mariscal, que había entrado por sorpresa en la ciudad de Murcia; pero única-

© Biblioteca Nacional de España

mente entró D. Martín de La Carrera seguido de 100 hombres, viéndose obligado á batirse él solo contra los miles de franceses que ocupaban la población. Cercado por seis coraceros en la Plaza nueva, se defiende á sablazos con gran heroísmo hasta que, herido de un pistoletazo, cae del caballo y es muerto por aquellas fieras, que no saben estimar su valor ni su grandeza.

Pero si había sucumbido Valencia y nuestros ejércitos se veían derrotados, nos quedaban, como siempre, los guerrilleros, esos héroes populares á quienes pronto veremos capitaneados por Romeu, por fray Nebot, por el canónigo Puchán, por Cortés y por otros caudillos, tomando sangrientas represalias.

Calvario de la familia del guerrillero D. José Romeu.—Prisión de Romeu.—Su heroísmo.—Sentencia inícua.—Crueldad del mariscal Suchet.—Situación de Valencia.—Muerte de Romeu.

Rendida Valencia á las tropas del mariscal Suchet, casi todas las milicias de la provincia depusieron las armas, pero no D. José Romeu, nuestro antiguo amigo, uno de los heróicos defensores de Madrid contra las huestes mandadas por el mismo Napoleón en Diciembre de 1809, quien decidido á seguir peleando contra los invasores, marchó á Alicante y ofreció sus servicios á la Comisión Militar, que los aceptó con mucho gozo, encargándole de recorrer el país, reunir gentes y hostilizar al enemigo (1).

Entre tanto, la noble esposa de Romeu, á quien los franceses, por las hazañas de su marido, buscaban con verdadero empeño, vagaba por los montes con sus inocentes hijos, durmiendo á la intemperie, ¡ella, acostumbrada á todo género de comodidades! y sufría la nieve, que cayó abundantemente aquel año, acogiéndose al abrigo de una cabaña en la Muela del Oro, en los bosques del Valle de Cofrentes, próxima á morir de hambre y de frío. Al fin sus criados la encuentran, pero la infeliz tenía los pies helados y con llagas, y la llevaron á Irajuel para curarla. Aún no se había restablecido, cuando tuvo que esconder á sus hijos y salir del pueblo huyendo de los franceses, que cometieron la villanía de descargar contra ella sus armas, porque huía al monte, para salvar aquellos pedazos de sus entrañas, todo lo cual sufría la noble señora tranquila y satisfecha.

Romeu salió de Alicante (1) con 40 caballos y 60 infantes á recorrer el país, cuajado de enemigos, desplegando entonces sus grandes cualidades de guerrillero.

En las Pedreras quiso una partida francesa disputarle el paso; Romeu la venció, y entró en Novelda, donde instruyó á varios patriotas en la guerra de guerrilla.

Pasó á la montaña de las Salinetas, donde había convocado á los leales de Caudets, Fuente de la Higuera, Ibi, Concentaina y Bocairente, exhortándoles á levantar guerrillas y morir por la patria, lo cual juraron todos.

Pasó al valle de Albaida y marchó sobre Onteniente, donde se avistó con el valeroso Cortés, que debía sublevar el valle de Beniganim y otros pueblos.

Nada pudieron contra él ni las tropas de los generales Gudín y Harispe, ni otros varios destacamentos.

A Romeu se debió el levantamiento de los patriotas Cortés, Ramón López, Isidro Garcerá, Valero Badía, Romualdo Aparici y otros, que en los campos de Concentaina, Alcoy, Albaida, Sax y Biar escarmentaron á

(1) Para llenar la gran laguna que se nota en la vida de Romeu desde su salida de Madrid, herido en el mes de Diciembre de 1809, hasta la toma de Valencia á principios de 1812, nos hemos dirigido al digno alcalde de Sagunto, su patria, D. Francisco Marco, y al cronista de la misma ciudad, el ilustrado escritor D. Antonio Chobret. Por desgracia, nuestras esperanzas han resultado fallidas, porque, según dichos señores, cuyas atenciones nunca agradeceremos bastante, en los documentos que la nieta de Romeu, doña María, facilitó para escribir su biografía, faltaban unos cuantos pliegos en el manuscrito de Sarmiento que religiosamente conserva la familia.—*N. del A.*

(1) Al escribir la vida de Romeu hemos tenido muy presentes los *Apuntes históricos* del coronel y secretario de la Junta de Valencia, D. Antonio Sarmiento Sotomayor, testigo de vista de los sucesos, y consecuente amigo suyo.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

los franceses, y de otros muchos caudillos populares henchidos de entusiasmo.

Perseguido con tenaz empeño, Romeu burló los proyectos del enemigo, y se situó en Alatoz, pueblo del partido de San Clemente en la provincia de Cuenca.

Romeu concibió el vasto plan de reunir los dispersos del ejército y milicias, dividirlos en secciones, al mando de jefes entendidos que les enseñaran la guerra de guerrillas, regimentarlas según fueran adquiriendo plazas, y formar divisiones, que llegaran á ser el terror del enemigo, lo cual consiguió.

Temerosos los franceses, le atacaron con una brigada en Alatoz; pero al ver que no eran ya paisanos que huían, sino soldados que hacían frente, huyeron. Quiso el general Paris vengar la vergüenza de Maupoint, y reforzando la brigada volvió sobre Alatoz, pero tuvo al fin que retirarse con muchos muertos y heridos.

A los pocos días recibió D. José Romeu un pliego del comandante de la plaza de Valencia Année, ofreciéndole todo género de protecciones si abandonaba la lucha. Romeu contestó:

«*Cofrentes* 8 *de Abril de* 1812.—Jamás daré oídos á palabras de los enemigos de mi patria. Muy mucho me complacerá el caballero Année si se abstiene de tan inútiles mensajes.—*Romeu.*»

Continuaba Romeu organizando guerillas por todas partes.

Volvió Suchet á tratar de seducirle, y Romeu le contestó:

«Que la suerte de España había de ser la suya.»

Su inmediato jefe, el Sr. D. Luis Bassencourt, le ofició pidiendo para el ejército de Murcia todos los oficiales, sargentos y cabos que se le habían unido. Romeu, luégo de sostener con firmeza sus derechos y las facultades de que se hallaba investido, cedió como el *Empecinado* en otra ocasión, porque su norte no era otro que la salvación de la pâtria... Pero su obediencia iba á dejar á sus hijos sin padre.

Indignado Suchet de la respuesta de Romeu, aumentó las tropas encargadas de perseguirle...

En cambio Romeu se había despojado de las mejores fuerzas que tenía por dar gusto á Bassencourt. Con todo, dirigió oficios á los alcaldes, curas y personas de conocidas opiniones á fin de que alentasen á los buenos á tomar las armas... y al frente de 40 hombres pasó á revistar sus pequeñas guerrillas, compuestas ya tan sólo de paisanos, exhortándolas á instruirse, á ser disciplinadas y á sacrificarse por la patria.

Cerca de la *Venta Quemada* quiso demostrar al comandante Villebard-Laguerrie, hombre brutal y sanguinario, el enojo con que miraba sus crueldades, y felizmente lo logró batiendo su columna, ocasionándole varios muertos y acuchillando á los restantes, que abandonaron el punto huyendo hacia Buñol.

Indignado Cabrera, comandante de Buñol, reunió sus fuerzas á las de los huídos y proyectó derrotar á Romeu, yendo á buscarle á Millars. Avisado á la media noche, Romeu emboscó los suyos y una partida que había reunido para otros fines, y derrotó y puso en fuga á los imperiales que no mató.

No pudiendo vengarse en él, asesinaron al comandante de una de sus partidas, don Isidoro Galcerá, al que desgraciadamente hicieron prisionero en el cerro de la Muela del Oro. Romeu, ardiendo en justa cólera, resolvió dar la muerte á los seis primeros oficiales que cayesen en sus manos, oficiándolo así al comandante Cabrera.

El capitán Jacome quiso sorprender á Romeu, y osó acercarse á Dos-Aguas. Romeu mandó que 160 infantes cubrieran ciertas alturas, mientras que él, á la cabeza de otros y de algunos caballos, le salía al encuentro, y Jacome fué derrotado y los suyos perseguidos hasta más de una legua.

El comandante de Buñol, furioso al ver la derrota de Jacome, se unió con el de Requena, coronel Menche, y marcharon contra él; pero avisado Romeu, cargó con gran heroísmo sobre ellos y los derrotó por completo. (30 de Mayo de 1812.)

Tantas eran las guerrillas que había organizado Romeu, y tanto el daño que hacían á los franceses, que Suchet creó columnas volantes para destruirlas, y, ébrio de furor, puso á precio su cabeza.

Romeu, deseoso de pacificar dos coman-

© Biblioteca Nacional de España

dantes de sus guerrillas, enemistados, partió para Sot de Chera, y lo que no hizo el valor de los extranjeros lo hizo la traición de un español, que, ansioso de la recompensa ofrecida, supo el camino que Romeu seguía, avisó al jefe francés Saint-Georges, que Romeu pernoctaría en Sot por el cansancio que había notado en sus caballos y por la hora. Saint-Georges forma rápidamente cuatro columnas, y haciendo avanzar varios soldados disfrazados con uniformes españoles, sorprende los centinelas (6 de Junio 1812), se apodera del cuerpo de guardia y prende al inclíto Romeu, haciendo fusilar todos sus guerrilleros menos á José Antus, Antonio Calpena, Antonio Iglesias, Sebastián Tejedor, Miguel García, José Soler y Antonio León, á los que Romeu pudo salvar con ciertas excusas.

¡Gran victoria!

¡Mil ochocientos setenta y ocho hombres, guiados por un traidor, sorprendieron y vencieron á 42!

Romeu fué conducido á Liria, queriendo rodearle de ciertas deferencias que él rehusó.

Ansioso Suchet de atraerse á Romeu, tanto por su valía cuanto porque su desaparición del campo la consideraba como la sumisión de la provincia, comisionó á los generales Saint-Cyr y Mazzucheli para que procurasen conquistarlo. La respuesta de Romeu á estos señores fué verdaderamente espartana:

—«Digan ustedes al general Suchet que Romeu es un español, y un español que nació en Sagunto.»

D. Manuel Domingo Morales, oidor de la audiencia, y D. Juan Alvarez Posadilla, fiscal de la misma, amigos de Romeu, comenzaron á trabajar para salvarlo, y como conocían su carácter procuraron convencer á los generales franceses que no se le exigiera el reconocimiento de José.

Suchet se envalentonó, y dijo:

—«Que, ó Romeu declaraba que había sido seducido á tomar las armas y reconocía á José, ó moriría en un patíbulo afrentoso.»

Los Sres. Morales y Posadilla escribieron á Romeu que aceptase si quería conservarse para su mujer y sus hijos. Llevó la carta Mr. Gavilán, mensajero que era de Saint-Cyr y Mazzuchelli.

Romeu contestó:

—«Que no era un español sólo en el nombre, sino de los que prefieren la honra á la vida... Que no quería vivir para ver tantas calamidades... Y que el rey y la patria serían los padres de sus hijos... Que no temía al cadalso, pues cien vidas que tuviera las daría por su religión, su patria y su rey, á las que estaban asesinando sin piedad unos cobardes.»

Llevado al consejo, declaró haber tomado las armas en defensa de su patria, esforzándose por librar con sagaces excusas las vidas de los paisanos que prendieron con él (11 de de Junio).

Mazzuchelli le dijo que se calmase, que era inútil pensar en Fernando, que no volvería á reinar; que la familia era la verdadera patria, y que, si por amor á ella se retractaba, confesando que fué seducido y se sometía al rey José, se haría acreedor á las celebérrimas gracias que el mariscal Suchet estaba dispuesto á concederle.

En estas mismas reflexiones abundaron los otros vocales del consejo, Totti y Poulín, admirados de su grandeza.

Romeu insistió, y dijo:

—«Yo he tomado las armas en defensa de mi patria y de mi rey.»

Mazzuchelli, colérico, le replicó:

—«Fernando VII lo librará á V. de la horca... Nombre V. defensor.»

—Cualquiera es bueno,—contestó Romeu con la mayor indiferencia.

Llegado el momento de la vista, el abogado habló lo mejor que pudo en su defensa, tomando luégo la palabra el valiente saguntino, que, con gran desembarazo, demostró que á él se le debía tratar como prisionero de guerra, pues era un verdadero militar á las órdenes del general Bassencourt, y con cuantos franceses habían caído en su poder no había faltado á las leyes militares; y si en el caso de una inconcebible ojeriza, indigna de militares pundonorosos, se le condenaba á morir, exigía que fuera fusilado; que la muerte no la sentía, si bien hacía responsable al Consejo ante Dios del luto de su esposa y la orfandad de sus hijos.

© Biblioteca Nacional de España

El Consejo se conmovió profundamente al oirlo. Fué conducido, no á la ciudadela, de donde le habían sacado, sino á un lóbrego calabozo de las cárceles de San Narciso.

El Consejo, seducido por la nobleza y heroísmo de Romeu, acordó por unanimidad decir á Suchet que lo consideraban militar y prisionero de guerra, y dejaban su suerte á la clemencia del mariscal.

Colérico Suchet al saber que no se había retractado, exclamó:

—«D. José Romeu morirá precisamente ahorcado dentro de doce horas, y sus bienes serán prontamente confiscados.»

Reunióse apresuradamente la Comisión militar.

Eran las diez de la noche cuando el Consejo pronunció la sentencia que vamos á copiar:

«La Comisión militar, en su sesión de hoy día 11 de Junio de 1812, se reunió para juzgar á los nombrados D. José Romeu, de Murviedro, jefe de guerrilla, aprehendido en el lugar de Sot, con un par de pistolas y una espada de montar; José Antón y Antonio Calpena, individuos de su partida, aprehendidos con una carabina cada uno, cartucheras y municiones; Antonio Iglesias, considerado como criado, aprehendido en la misma casa sin armas; Sebastián Tejedor y Miguel García, paisanos, que Romeu había tomado por guías; á José Soler y Antonio León, soldados españoles dispersos y que han sido obligados á la fuerza á servir en las bandas de guerrillas nombradas del canónigo Puchan y Pendencias, de las que han desertado siempre que han podido, aunque considerados como individuos de la última, y enfermos en Sot, y aprehendidos sin armas. La Comisión militar, después de todas las formalidades prescritas por las leyes, á unanimidad de votos ha condenado á los nombrados D. José Romeu, José Antón y Antonio Calpena á la pena de muerte en horca, que deberá ejecutarse en las veinticuatro horas, y á la confiscación de los bienes de dicho Romeu; á Antonio Iglesias, José Soler y Antonio León á que sean considerados como prisioneros de guerra y llevados á Francia; al Sebastián Tejedor y Miguel García, considerados como sorprendidos y forzados á servir de guías al Romeu, en libertad.—Valencia y Junio 11 de 1812.—Por mandado de S. E. —El Excmo. señor Gobernador superior de la plaza, *Barón de Mazzuchelli.*—*Vicente Ros y Escrig*, su Secretario judicial.»

Pensando se hallaba Romeu en la triste suerte de su mujer y sus hijos, ocultos quizás en alguna cueva ó cogidos prisioneros, cuando vinieron á leerle la fatal sentencia.

La oyó tranquilo y sereno, y volviendo la espalda á sus verdugos se retiró con el sacerdote destinado á auxiliarle.

Todo el tiempo que pasó en la capilla fué hablando de la gloriosa causa que España defendía, seguro de su triunfo y alegre con esta esperanza.

Encargó al sacerdote manifestase á su esposa y á sus hijos que su último pensamiento sería para ellos, y que debiendo confiscar sus bienes no podía textar, y ni siquiera escribirles dos líneas, pues le habían negado los medios á pesar de sus súplicas.

Suchet hizo fijar grandes carteles en las esquinas, anunciando la inícua sentencia que se iba á ejecutar, guante arrojado al rostro de los valencianos que ya sabía no podían recoger en aquellos momentos.

Los Sres. Morales y Posadilla, los generales Saint-Cyr y Mazzuchelli, con otros varios amigos, fueron á pedir al mariscal la vida de Romeu.

Suchet envió á la capilla á Mr. Poulin para proponer á Romeu se retractara de su declaración y reconociera á José, poniéndole así en la cruel alternativa de elegir por sí mismo la vida ó la muerte.

Romeu insistió en su declaración con un heroísmo pasmoso. Mr. Poulin trató de convencerle recordándole á su mujer y á sus hijos.

—Mi esposa y mis hijos hallarán otro padre en cada español,—respondió con la más grande nobleza.

—Lo que exige de V. el mariscal puede V. hacerlo, aunque en su interior sienta otra cosa...—insinuó Mr. Poulin.

—Antes morirá Romeu que mentir.

Tan indignado se puso el heróico saguntino, que el sacerdote hubo de tranquilizarlo.

Mr. Poulin salió de la capilla admirado, y manifestó á Suchet lo sucedido:

© Biblioteca Nacional de España

—«Que muera prontamente,» —contestó enfurecido Suchet.

Y mandó poner sobre las armas gran número de tropas, que inmediatamente marcharon á sacarle de la capilla.

El cadalso se había levantado muy de mañana en la plaza del Mercado.

A las doce salió de la capilla Romeu sereno y tranquilo. Los patriotas se encerraron en sus casas para no presenciar el horroroso



SUPLICIO DE ROMEU

drama, y hasta los mismos franceses se conmovieron. Sólo Suchet permaneció implacable.

Al entrar en la plaza dijo Romeu:

—«¡Oh patíbulo ignominioso, hoy va á honrarte Romeu con su sangre!»

Y acelerando el paso le dijo al sacerdote abrazándole:

—«Este es el último cariño que envía mi corazón á mi esposa y á mis hijos... No olvide V. darles este abrazo mío á cada uno de ellos.»

© Biblioteca Nacional de España

Subió al patíbulo.

Con voz clara y esforzada, con breves palabras llenas de fuego, se despidió de sus paisanos y los exhortó á que tuviesen constancia en la defensa de la patria, por cuyo amor él moría gustoso...

Y al clavar sus ojos en el cielo, fué precipitado de lo alto del patíbulo, y los dogales *juntaron su vida con la muerte.*

¡Aún no había cumplido los 33 años!

Su alma voló á la mansión de los héroes cristianos para recibir el premio ofrecido á su patriotismo; y su cadáver, y la sangre que de él caía, enseñaban en el silencio más solemne y expresivo los caracteres y los quilates del verdadero amor á la religión, al rey y á la patria, del hijo de Sagunto, del invicto guerrillero D. José Romeu.

Aquel día fué de luto y consternación para Valencia.

Acuerdos de la Junta de Valencia en honor de Romeu.—Guerrilleros valencianos: don Vicente Cortés, D. Francisco Samper, Isidro Galcerá, fray Asensio Nebot (el fraile.)

Más adelante, y para honrar la memoria del ínclito valenciano, del martir Romeu, dispuso la Junta Superior de la provincia lo que á continuación copiamos:

«D. Antonio Buch, secretario de la Junta Superior Provincial del Reino de Valencia, etcétera, etc.

Certifico: que en el libro de actas de la extinguida Comisión de Gobierno que está á mi cargo, en la celebrada el día 16 de Junio de 1812 por la noche se halla el acuerdo siguiente:

Proposición hecha por el Sr. Ganga:

«La muerte infame de horca que acaban de dar los franceses al comandante de guerrilleros D. José Romeu, excita el odio de los patriotas, clama la venganza, y pone á V. E. en la necesidad de tomarla de un modo ruidoso, que imponiendo al sanguinario Suchet embote los filos de los puñales en los bárbaros asesinos de que se compone su ejército. Así que propongo á V. E. lo primero, que el nombre de Romeu sea inscrito en el gran libro de los defensores de la patria, remitiendo, si se pudiese á su viuda, certificación del acta; segundo, que se debe recomendar á S. M. esta honrada y distinguida familia para que la dispense todas las gracias á que se hace acreedora por el heroísmo de su padre; tercero, que el nombre de Romeu se escriba con letras de oro en el salón de Juntas; cuarto, que se pidan dos oficiales de graduación de los prisioneros franceses de Cabrera, los cuales serán ahorcados, haciéndoles antes pasar por la angustia de si han de ser arcabuceados ó ahorcados en represalia de la pena que hicieron pasar á Romeu sobre la suerte de su muerte; y quinto, que se escriba á Suchet que éste es un ensayo de lo que estamos resueltos á ejecutar, si no demora sus decretos de desolación, enseñándole á su costa cuán caramente se vierte la sangre de los españoles que saben defender su religión y sus derechos.

Si V. E. se muestra pasivo en estas circunstancias, no corresponde á los deseos de los ciudadanos ni á las intenciones del Gobierno.»

El Sr. Tuper añadió á la proposición:

«Que reconquistada Valencia se levante un monumento en el mismo paraje del patíbulo para honrar la memoria de este mártir de la patria, y destruir la impresión odiosa que haya hecho contra su familia.»

El Sr. Romero Alpuente solicitó por su parte:

«Que se pidan dos prisioneros de los de mayor graduación al señor comandante general del reino, y que se imprima y publique este acuerdo, menos en la parte que se trata de pasar oficio al general en jefe; y en cuanto á ahorcar uno ó dos oficiales se esté á lo acordado.»

Los demás señores fueron de esta misma opinión, y el Sr. Roca añadió, que en la parte de represalias sólo se contase con los jefes militares, pues á ellos les pertenece el defendernos y el vengarnos, y que en lo demás quedaban expeditas las facultades.

El Sr. Borunda propuso:

«Que se pida al señor comandante general que cuantos prisioneros hagan las guerrillas sean ahorcados inmediatamente.»

Según noticias que hemos adquirido, el ayuntamiento de Sagunto, por iniciativa de su digno presidente D. Francisco Marco,

© Biblioteca Nacional de España

tiene acordado erigir un monumento á Romeu en el centro de la preciosa glorieta de aquella ciudad, y cuyo busto, obra del acreditado escultor Sr. Pellicer, de Valencia, ya está terminado y enviado á Murcia donde se ha de fundir de hierro colado por D. Francisco Peña Baquero, hijo de Sagunto.

El monumento se compondrá de una columna de mármol negro, en la cual se grabarán los nombres de algunos ilustres varones que fueron fusilados en dicha glorieta por los imperiales, y la cual tendrá por remate el busto de medio cuerpo del mártir Romeu, mirando hacia la casa que él habitaba cuando fué cogido y ahorcado en la plaza del Mercado de Valencia, cerrando el monumento una linda verja de hierro.

¡Gloria á los pueblos que así saben honrar la memoria de sus heróicos hijos!

* * *

El patriota D. Vicente Cortés, segundo de Romeu, levantó, al santo grito de la patria, los pueblos de Beniganím, Beniajar, Castellón del Duque, Montichelvo, Terrateig, Rafol, Puebla del Duque, Belgida, Ollería y Benisoda, operando contra el ejército francés en el Valle de Beniganím, que era su cuartel general, y desde el cual atendía á los pueblos que reclamaban su auxilio.

El 27 de Abril, en una reñida acción que sostuvo en el apostadero de Adzaneta contra una columna compuesta del regimiento de infantería núm. 44 y varios escuadrones de dragones y húsares, aunque causó grandes pérdidas á los imperiales, que dejaron el campo lleno de cadáveres, el heróico jefe español murió peleando como un bravo cuando ya había logrado la derrota de los enemigos.

* * *

La ira que ardía en los pechos de los comandantes franceses Villetard Laguerrie y Cabrera al ver los tristes resultados que obtenían sus tropas cuando se batían contra nuestros guerrilleros, les llevó á asesinar de la manera más cruel al jefe de una de ellas, al valiente D. Isidoro Galcerá, aprisionado en el cerro de la Muela del Oro, merced á una de sus acostumbradas villanías.

* * *

Pero si habían muerto Romeu, Cortés y Galcerá, aún quedaban á Valencia otros guerrilleros, entre los cuales es de razón y justicia colocar al valiente fray Asensio Nebot *(El Fraile)*, al canónigo Puchán, á Romualdo Aparici, á Ramón López y á Valero Badía, de cuyos hechos nos ocuparemos más adelante.

* * *

El comandante de guerrillas, D. Francisco Samper, participaba al comandante general del reino que una de las guerrillas de patriotas atacó el 17 de Junio á la guarnición francesa que estaba en Segorve, la que después de haber sido acuchillada y perseguida en las calles por los valientes guerrilleros, que entraron en la población tocando á degüello, se vió obligada á encerrarse en el castillo, perdiendo 31 hombres, nueve prisioneros y 35 caballos, teniendo nosotros dos muertos y cuatro heridos. *(Diario de Alicante.)*

Conquista de Badajoz por Wellington.—Conducta del ejército inglés.—Decretos de la Regencia.—Retirada de Soult.—Planes de Wellington.—La Mancha: Morillo, Los Cuestas, D. Salvador Sabater, Márquez, Martínez de San Martín, Abad.—Partida de renegados.—D. Juan Palarea.—Muerte del guerrillero don Camilo Gómez.—Proclama á los extremeños.—Presente del Regente de Inglaterra á Palarea.—El guerrillero Fermín.

De Ciudad-Rodrigo se encaminó lord Wellington á Badajoz, acometiéndola el 16 de Marzo, y cañoneándola el 25 desde la primera paralela que había levantado, con 22 piezas, tomando en aquella misma noche por asalto el fuerte llamado de la Picuriña.

Siempre avanzando, levanta la segunda paralela á 13 toesas de la plaza, logrando abrir grandes brechas, que trata de utilizar inmediatamente para evitar la llegada de Soult, que venía en socorro de los sitiados, ordenando un asalto, en que los ingleses

© Biblioteca Nacional de España

pierden más de 4.000 hombres por la imprudencia con que se arrojaron á la brecha, quedando Badajoz en nuestro poder el 6 de Abril, á los 25 días de sitiada, pero cometiendo los soldados de la Gran Bretaña actos de vandalismo tales, que obligaron á llevar tropas de fuera con objeto de poner orden. Baste decir que Wellington, á pesar del cariño que necesariamente había de tener por sus compatriotas, escribía á su hermano el marqués de Wellesley, embajador de Inglaterra en Cádiz:

«El ejército se porta horriblemente mal; es una horda de canallas que por donde quiera van saqueando (1).»

A pesar de los desmanes citados, la Regencia, al recibir el parte de la reconquista de Badajoz, concedió un voto de gracias al ejército auxiliar, y á Wellington la cruz de San Fernando, que á tales actos obligaban las circunstancias.

Al conocer Soult la rendición de Badajoz, y que el general Villemur amenazaba á Sevilla, retrocedió á Andalucía desde Villafranca de los Barros, indignado de que Marmont, que podía haber socorrido á la guarnición de Badajoz, hubiese preferido replegarse á Salamanca.

Dueño lord Wellington en menos de cuatro meses de las importantes plazas de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, demostrando así que poseía de igual modo la prudencia, de que dió tantas pruebas en la campaña anterior, y que algunos calificaron de miedo, como el valor, de que acababa de dar tan gallarda muestra en las dos citadas conquistas, piensa en hacer desocupar á Madrid por los imperiales arrojando á Marmont sobre el Ebro, y de este modo libertar al propio tiempo las Andalucías, encaminándose á Ciudad-Rodrigo y luégo á Salamanca con su ejército compuesto en su mayoría de ingleses y portugueses, pues los soldados españoles se hallaban combatiendo contra 150.000 franceses en las Andalucías, en Asturias y Leon, en las dos Castillas, en Valencia y Murcia, en Aragón y Cataluña, en Navarra y en las provincias Vascongadas.

En esta campaña, la más gloriosa para las armas de España, las guerrillas, convertidas en regimientos, en escuadrones y en dvisiones, y sus dignos caudillos elevados á coroneles y generales, van á luchar con su acostumbrada bizarría y á derrotar al enemigo en reñidos combates y sangrientas batallas.

* * *

En el mes de Enero, el antiguo guerrillero de Galicia y ya general D. Pablo Morillo, abandona su distrito, penetra en la Mancha, llega á Almagro, entra en Ciudad-Real, arrolla en varios puntos á los imperiales y vuelve á Extremadura para tener á raya al invasor, dejando la Mancha al cuidado de sus intrépidos gerrilleros.

* * *

La guerrilla de D. Feliciano Cuesta, con su escuadrón de *Húsares francos toledanos*, seguía combatiendo con gran energía á los imperiales.

En el mes de Enero sostuvo un choque con una columna francesa, á la que causó varios muertos y cogió buen número de prisioneros.

Por Marzo batió en Sierra Morena á una partida de *juramentados*, aprisionando cinco y las 4.000 cabezas de ganado lanar que escoltaban; y en Mayo, en Hinojosa de Córdoba, derrotó una numerosa fuerza de dragones imperiales, cogiendo 12 con sus caballos.

D. Feliciano Cuesta tomó parte en la acción en que se obligó á la retaguardia francesa á abandonar el castillo de Venalcázar (Junio.)

En el combate de Valverde de la Vera, que duró toda la noche, hizo á los enemigos muchos muertos y heridos y les cogió bastantes armas.

El 23 de Julio participó al general en jefe del 5.º ejército, que los franceses habían abandonado el fuerte de Miravete, inmediato al puente de Almaraz, dejando inutilizadas cinco piezas, con otras más que había en los fuertes, que destruyeron los aliados cuando se apoderaron del puente de barcas

(1) Wellington.—*Correspondencia.*

© Biblioteca Nacional de España

y de las demás obras que los imperiales tenían en este punto.

Apenas los enemigos se disponían á abandonar la villa del Puente del Arzobispo, acércase á ella D. Feliciano Cuesta, apoderándose de varios equipajes de los franceses y haciéndoles algunos prisioneros.

* * *

Entre las acciones ejecutadas en aquel tiempo por D. Salvador Sabater, de quien anteriormente nos ocupamos, merece figurar el aviso que dió á D. Francisco Abad *(Chaleco)*, el 24 de Marzo, de que en Villafranca de los Caballeros había un escuadrón de dragones franceses del número 13 (120 caballos), en situación y modo de sorprenderlos, como lo hizo Abad el día 25, no escapando más que cinco; el apoyo que, según certificación firmada por D. Juan Martín *(El Empecinado)* que tenemos á la vista, prestó á los guerrilleros de su mando al aproximarse á la ciudad de Cuenca y villa de Tarancón, enviándole por medio de espías seguros cuantas noticias le era posible adquirir, así de sus fuerzas como de sus movimientos, por lo que aquel héroe dice le tributó las debidas gracias; el envío que hizo de granos á la división del mariscal de campo, D. Luis de Bassencourt, comandante en jefe de la provincia de Cuenca, á petición de este general, *sin temor á hallarse en medio de las tropas enemigas*, mereciendo de Bassencourt varias cartas reconociéndole merecedor de las mayores gracias, y añadiendo que se valió del Sr. Sabater para lograr que un secretario español del general Darmañac volviese, como lo realizó, á las banderas de su patria y ejecutase un importante proyecto que Bassencourt le encargó; el servicio que prestó al brigadier D. Bernardo María de Guendalain, salvando sus fuerzas, que se hallaban en Belmonte, de ser copadas por dos columnas francesas que salían cautelosamente de Manzanares y Cuenca á perseguirlas; así como el fijar en esta ciudad unas proclamas que el citado brigadier le dió invitando á los españoles que habían tomado puesto en los ejércitos franceses á que los abandonaran y volviesen á su antiguo campo.

* * *

La columna del barón de Kruse llegó el 21 de Enero á tres leguas de Alcaráz.

Noticioso de ello el teniente coronel don Bernardo Márquez, que se hallaba en Viana con su escuadrón de 130 guerrilleros, ocupó el 22 á Alcaráz para oponerse á Kruse, en tanto que la Junta superior de la Mancha avisaba al general Zayas, quien reunió apresuradamente fuerzas del regimiento de Guadix, de la guarnición del castillo de San Pedro y otras, á fin de batir al francés, pero Márquez se adelantó, obligando á Kruse á retirarse, matándole un oficial y varios soldados é hiriendo muchos, sin más pérdida que un caballo herido.

* * *

El coronel D. José Martínez de San Martín, comandante militar de la Mancha, que se hallaba en la ciudad de Chinchilla con el regimiento de infantería primero de Guadix y las compañías de Alcaráz, fué atacado el 16 de Marzo por una columna enemiga procedente del reino de Valencia, compuesta de 2.000 infantes y 200 caballos, y á pesar de su número los rechazó, después de tres horas de fuego, obligándoles á retroceder hacia el Villar y Almansa, dejando 16 muertos en el campo y libre de sus vejaciones aquel partido.

* * *

El coronel Abad, comandante de los escuadrones *Húsares de Valdepeñas*, dió parte á la Junta superior de la Mancha, con fecha 27 de Marzo, de la acción que tuvo dos días antes en Villafranca con la columna volante de Consuegra.

Hallándose en el Campo de Criptana con parte de sus escuadrones y del de *Húsares de Camuñas*, al mando de su sargento mayor D. Diego Martín Navarro, tuvo aviso á las tres de la tarde de que un escuadrón de dragones enemigos había entrado en Villa-

© Biblioteca Nacional de España

franca, hallándose los franceses reunidos en los mesones, y cerradas las entradas de la villa con carros.

Careciendo de infantería, mandó echar pie á tierra los tiradores, ordenándoles que se acercaran á Villafranca, donde recibieron la primera descarga de los enemigos que guardaban los parapetos, y penetraron hasta la puerta de una posada.

Abad desistió de la empresa por no perder gente, y formó otro plan.

El enemigo, conociendo las malas consecuencias que podría acarrearle la dilación, determinó romper por donde pudiese, y se dirigió por el camino de Camuñas, que expresamente había dejado libre Abad para cargarlo en el campo. Tres cuartos de legua sostuvieron su retirada haciendo fuego, á que no se les contestó; pero llegado que fué el momento oportuno de acometer, á la voz de *¡á ellos!* se arrojan furiosos los húsares manchegos, quedando el campo sembrado de cadáveres franceses. Muchos creyeron poder escapar por la velocidad de sus caballos y acogerse en el fuerte, pero se engañaron, porque los húsares hicieron lo mismo y penetraron en las calles de Consuegra, consiguiendo tan sólo cuatro dragones entrar en el fuerte.

Hasta este sitio se fueron apresando caballos y ginetes, y junto á Madridejos se cogió al comandante de la columna.

El fruto de esta acción fué matar 39 hombres y coger 48 prisioneros y 87 caballos con monturas, armas y equipo.

Entre los muertos se contó un oficial, y entre los prisioneros al comandante, un teniente, un alférez y varios sargentos y cabos.

La pérdida de Abad consistió en la muerte del cabo de tiradores Francisco Navarrete, y salir heridos levemente el teniente de la quinta D. José Díaz, un trompeta y el sargento Juan Isardo. Del escuadrón de Camuñas quedaron heridos el sargento mayor, su ayudante D. Pedro Sánchez y un cabo.

A consecuencia de este gran descalabro sufrido por los imperiales, su jefe, el general Brenolt, escribió desde Consuegra el 26 de Marzo á D. Francisco Abad, rogándole tratara con la posible consideración á los prisioneros franceses que había hecho y les facilitara 4.000 reales para sus urgencias y las ropas que necesitaran, prometiendo bajo su palabra de honor satisfacer estos gastos á la persona que se le presentara.

Abad le contestó con su acostumbrada nobleza, que los trataría con la humanidad de que siempre había dado pruebas, á pesar de la ferocidad que los imperiales habían usado en varias ocasiones con sus guerrilleros, llegando á fusilar á un prisionero hecho en Cabezarrubia de Calatrava por no poder seguir la marcha de los caballos, y de la tenacidad con que los hoy cogidos por él en Villafranca se resistieron y trataron de ofender á los mismos que acababan de concederles la vida; añadiendo, que llevaba montados en sus caballos á cuantos prisioneros no podían marchar, cuidando de sus heridas aun antes que de las de sus soldados, de todo lo cual ellos mismos podrían ser testigos.

Siguiendo sus excursiones, D. Francisco Abad se apoderó el 26 de Abril, á la vista misma de la ciudad de Andújar, de un gran convoy que escoltaba un destacamento de *juramentados*, de los cuales mató nueve.

* * *

La partida de renegados, ó contra-guerrilla mandada por D. Pedro Velasco, y conocida con el nombre de su antiguo jefe y fundador, el corregidor Porras, fué agregada en el mes de Abril á la columna enemiga del barón Kruse, recibiendo el ridículo nombre de *Cazadores de Nassau*.

Al abandonar Porras la Mancha dirigiéndose á Madrid, donde ya había enviado á su mujer, manifestó á varios amigos que no deseaba volver.

* * *

Una descubierta de 13 hombres, que salió de Toledo para Talavera, precediendo á la división Mouros, fué cogida á medio cuarto de legua de la ciudad por los guerrilleros de D. Juan Palarea, quien inmediatamente atacó á 500 hombres de la guarnición de Escalona que venían al mando de un edecán de Marmont, matando 30 é hiriendo más de 60,

© Biblioteca Nacional de España

entre ellos, y gravísimamente, al citado edecán. (Enero de 1812.)

El día 19 del mismo mes sostuvo D. Juan Palarea una reñida acción contra los franceses, que duró tres horas y media, persiguiéndolos desde Sonseca hasta Mora, dejando tendidos en el campo 18 soldados y el caballo del miserable español comisionado por los generales del intruso para arrancar por la violencia á los infelices pueblos de la provincia de Toledo la contribución extraordinaria. De 89.000 reales que habían sacado de tres pueblos, cayeron en poder de nuestros guerrilleros 71.000 con sólo la pérdida de un soldado muerto y 11 heridos, quedándolo mortalmente 52 franceses.

El 29 atacó Palarea á 450 infantes que escoltaban á un edecán de Marmont, llevándolos desordenados desde las inmediaciones de Novés hasta el puente de Calvín; á dos leguas de Toledo se encarnizó el combate, en que los franceses tuvieron 14 muertos y 130 heridos, incluso dicho edecán, que, según después se supo, murió con otros 70 de los últimos. Los nuestros perdieron un oficial y tres soldados muertos, con seis heridos.

Las partidas sueltas de Palarea se aproximaban á Madrid y recorrían continuamente sus cercanías.

En la villa de Illescas hizo 14 prisioneros con sus caballos, y en las inmediaciones de Villaluenga, pueblo en que se hallaba de médico al empezar la guerra, dos capitanes *juramentados;* y como si no le bastara, vino hasta Madrid, y en el paseo llamado de las Delicias se apoderó de cinco mulas del ministro del interior de José Bonaparte.

La Junta Superior de Avila, á cuya provincia se había trasladado, recibió de Palarea este doloroso parte:

«Excmo. Sr: *Los Numantinos*, á fuerza de prodigios de valor, sin más recursos que sus fusiles y carabinas, sin otras máquinas que su intrepidez y su denuedo, y la imaginación ardiente y celo patriótico de su jefe, acaban de tener la satisfacción de librar á muchos pueblos de la provincia de Avila de las vejaciones y crueldades que padecían por el destacamento enemigo, establecido en el fortín del puente del Burguillo; ayer á las seis de la tarde quedó todo muerto ó prisionero, y éste reducido á cenizas y destruido completamente, no quedando piedra sobre piedra; pero tamaña empresa para un cuerpo franco ha costado la vida al segundo jefe del mismo, el teniente coronel y comandante del segundo escuadrón, D. Camilo Gómez, y cinco soldados. El sentimiento universal del cuerpo y de todos los pueblos inmediatos por pérdida tan grande ha ahogado el placer que debía producir tan completa victoria.

San Martín de Valdeiglesias 25 de Julio de 1812.—*El Médico Juan Palarea.*»

* * *

Al abandonar los franceses la Extremadura y Toledo, después de la toma de los fuertes que defendían el puente de Almaráz por el ejército aliado, D. Juan Palarea, al frente de sus *Escuadrones francos Numantinos*, se vino á Toledo y penetró en Talavera de la Reina, donde tuvo la más cariñosa acogida por su leal y patriótico vecindario.

Días antes el valiente Palarea recibió una notable carta del Excmo. señor marqués Wellington, cuyo tenor literal era como sigue:

«Tengo la satisfacción de presentar á V. S. ese sable que acabo de recibir de orden de S. A. R. el príncipe Regente de Inglaterra é Irlanda.

»S. A. R. le presenta á V. S. como una prueba de su admiración por el valor y constancia con que está V. S. peleando en favor de la libertad é independencia de su país.

»Al remitir á V. S. esta demostración de aprecio de S. A. R., le pido el que reciba mis más sinceros deseos por la conservación de sus días, para que pueda emplear esa arma en honor y ventaja de su patria.

Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Flores de Avila 25 de Julio de 1812.—*Lord Wellington*, duque de Ciudad-Rodrigo.—*Sr. D. Juan Palarea.*»

Hé aquí la copia de la contestación á este oficio:

«Excmo. Sr.: He recibido con todo el aprecio que se merece el sable que V. E. me ha dirigido de parte de S. A. R. el príncipe Regente de Inglaterra é Irlanda. Yo no en-

© Biblioteca Nacional de España

cuentro expresiones suficientes con que manifestar mi justo reconocimiento por esta bondad que S. A. R. se ha dignado usar conmigo, y con la que, si es posible, se han aumentado los sentimientos de gratitud que han excitado en mí y en todos los patriotas españoles los generosos esfuerzos que ha hecho y está haciendo en favor de nuestra justa causa.

»Ha sido para mí una satisfacción la más lisonjera que esta expresión se me haya dirigido por mano del general de Europa, del héroe inmortal, á quien Portugal y España han debido tan señaladas victorias, y á quien sinceramente ofrezco mis más profundos respetos de agradecimiento, de amor y de admiración.

»Dios guarde, etc.»

* * *

El Comandante general de Extremadura, marqués de Monsalud, desde su cuartel general de Valencia de Alcántara dirigió el 9 de Julio de 1812 á los habitantes una proclama que vamos á extractar, llamándolos á las armas:

«Cuantos sean capaces de sostener el acero vengador deben al momento empuñarle; todos los jóvenes en cuyo vigoroso brazo descansan las esperanzas de la nación, se presentarán al punto en las plazas y puestos militares para que, unidos á los batallones de la patria, terminen la grande obra de su independencia...

Con la más dulce satifacción veo llegar diariamente muchos jóvenes, á quienes su honor, su patriotismo y el de sus familias trae á alistarse bajo los estandartes nacionales...»

* * *

La guerrilla del patriota Fermín fué tenazmente perseguida en las orillas del Tajo y el Alberche por un número muy considerable de enemigos, que lograron cercarla en el monte llamado el *Santo*, pero inútilmente, porque se defendió con tal vigor que logró abrirse paso con el filo de sus sables, salvándose casi toda, incluso Fermín, su comandante, al que mataron el caballo.

Cataluña: Proyectos de Napoleón.—El general Lacy.—Milans y Rovira.—Fábregas.—Gay.—Manso.

¿Qué ocurría entretanto en Cataluña y Aragón?

Napoleón, decidido á realizar su plan de incorporar las provincias limítrofes á Francia, empezando por Cataluña, dividió ésta en el mes de Enero en cuatro departamentos llamados del *Ter*, de *Montserrat*, de las *Bocas del Ebro* y del *Segre*, dándoles por capitales Gerona, Barcelona, Lérida y Puigcerdá, dotándolas de prefectos y otros empleados, sin atender los consejos de sus generales que á voces le pedían tropas y no empleados. Con esto, y con nombrar generalísimo de las tropas del Principado al mariscal Suchet, creyó haber sojuzgado á Cataluña, sin pensar que frente á Suchet teníamos á Lacy, y frente á sus soldados los guerrilleros y somatenes, todos los cuales peleaban con tanto ardor como fortuna.

El general D. Luis Lacy, ayudado por la Junta del Principado catalán y sostenido por los heróicos guerrilleros, somatenes y paisanos, mantenía una guerra empeñada y sangrienta contra los invasores, habiéndose situado á mediados de Enero en Reus, amagando á Tarragona, cuya escasez de víveres y secretos tratos habían dado esperanza de recuperar por sorpresa aquella plaza. Avisado Musnier, previno el caso y comunicó órdenes á Suchet, quien, por su parte, encargó al general Lafosse, comandante de Tortosa, que avanzase más allá del Coll de Balaguer y explorase los movimientos españoles. Confiado éste, imaginó que Lacy se había alejado al saber la noticia de la rendición de Valencia, y participándoselo á Musnier prosiguió á Villaseca, en donde acampó el 19 de Enero. Consistía la fuerza de Lafosse en un batallón y 60 caballos, con los que se metió en Tarragona, dejando á los infantes para que descansasen en dicho Villaseca. D. Luis Lacy aprovechó tan buena oportunidad, y arremetió contra los últimos, logrando, á pesar de una larga y vivísima resistencia, desbaratarlos y coger el batallón casi entero con su jefe Dubarry.

Parte de Lacy á la Junta superior de Cataluña:

© Biblioteca Nacional de España

«Excmo. Sr.: El enemigo ha tratado de reforzar y socorrer la plaza de Tarragona. He salido al encuentro desde Reus, y lo he derrotado completamente, de modo que sólo ha podido salvarse el general con alguna caballería, y aun de su escolta se le han hecho tres prisioneros. El total de éstos se aproxima á 800, entre ellos varios comandantes y muchos oficiales; el número de muertos es excesivo en proporción del de prisioneros, porque aun después de rendidos hubo algunos temerarios que hicieron fuego á nuestras tropas. El mariscal de campo, barón de Eroles, ha hecho de general, de coracero y de granadero al mismo tiempo. El cuerpo de coraceros, mandado por su comandante Casasola, ha sobrepujado á mis esperanzas. El bizarro comandante Reding, del batallón de Buizá, ha sido gravemente herido; otros varios jefes y cuerpos se han distinguido igualmente, pero reservo para los detalles de esta gloriosa acción publicar



ACCIÓN DE SAN FELIÚ DE CODINAS

sus nombres y hazañas; mientras tanto, sólo puedo asegurar á V. E. aprovecharé de la victoria cuanto sea dable. Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general del campamento de Collblanch á 19 de Enero de 1812.—*Luis Lacy.*»

Llamado entonces el general español á otras partes, dejó apostado en Reus al barón de Eroles y emprendió con Sarfield la vuelta de Vich, á donde había acudido el general Decaen. Al aproximarse los nuestros evacuaron los enemigos la ciudad, y en San Feliú de Codinas trabóse sangrienta lid. Al principio cayó en ella prisionero Sarfield, mas á poco libertáronle cuatro de sus soldados, y cambiando la suerte, tuvieron los franceses que retirarse apresuradamente.

Lacy, con sus movimientos hacia la costa, causaba gran inquietud á los generales Suchet y Decaen, logrando por aquellos días el paso de un gran convoy de municiones, armas y víveres que, desembarcado en Villanueva, fué conducido felizmente á Manresa.

Después de la invasión de Francia, que realizaron con D. Luis Lacy el barón de Ero-

© Biblioteca Nacional de España

les y Sarfield, imponiendo contribuciones y cogiendo gran número de fusiles, cartucheras, pólvora, balas y miles de cabezas de ganado, así en Ax como en Tarascón, y de las muchas acciones que ligeramente dejamos reseñadas, la Regencia le promovió al empleo de teniente general, confiándole al mismo tiempo el mando en propiedad del primer ejército, que sólo desempeñaba interinamente.

El 7 de Mayo de 1812 participó Lacy desde Vich á la Junta superior del Principado su expedición á Mataró, al objeto de apoderarse del fuerte de Capuchinos, operación que no pudo realizar por no contar con el material de sitio necesario, aunque el comandante de las fuerzas inglesas en la costa, sir Eduardo Codrington, le facilitó algunos cañones, llegando á servirlos hasta los mismos oficiales ingleses, y por el auxilio que el general Lamarque traía á los franceses, y que el general en jefe Decaen, que había llegado á Lérida, retrocedía á marchas forzadas, por lo que reembarcó la artillería felizmente y se retiró sin oposición por Cañamás y Llinás.

* * *

En el combate de San Feliú de Codinas, cuya victoria se atribuyeron los imperiales, fué casi destrozado por el valiente Sarfield el regimiento de línea núm. 23 y perseguido hasta Calders.

En la expedición á Francia, realizada por Lacy, Sarfield con sus soldados se impuso á los habitantes de Ax, Tarascón y otros pueblos, recogiendo 20.000 cabezas de ganado, 70.000 duros y muchos otros artículos, de todo lo cual el general Garean pudo dar mayores pormenores.

* * *

El 24 de Enero sostuvo el barón de Eroles un sangriento choque en Altafulla, que los imperiales pregonaron como un gran triunfo para sus armas, añadiendo en el *Monitor* que su división se había *dispersado* y que Eroles se hallaba *gravemente herido*, si bien esto no pasaba de ser una de tantas mentiras, pues al día siguiente de la dicha acción Eroles se hallaba en Igualada con 3.600 hombres, no habiendo perdido en Altafulla más que 400 entre muertos, heridos y prisioneros, y á los pocos días marchaba para el partido de Benavarre (Aragón), donde en la acción de Tolba el 19 de Febrero, y después en la gloriosa del 5 de Marzo en Roda, probaba claramente las falsedades publicadas en el *Monitor*.

* * *

En el mes de Enero de 1812, el Consejo de Regencia promovió á mariscal de campo de los reales ejércitos al intrépido guerrillero catalán D. Francisco Milans.

* * *

El 8 de Febrero, desde Aulot, participaba el heróico guerrillero Rovira al general Lacy la entrada en Amer de una división enemiga que avanzaba hacia San Feliú de Pallaroles, por lo que destinó una partida al mando del capitán D. Juan Sadurní para descubrir su fuerza, y al segundo batallón, al mando de Fábrega, le mandó situarse en San Esteban de Bas, quedándose con el primero para cubrir el paso de Ripoll y acudir donde conviniere. Avisó Sadurní que ocupaban á San Feliú los enemigos en número de 3.000, y al amanecer del día siguiente notificó que se dirigían á San Esteban de Bas. Dictó Rovira las órdenes convenientes, y á las once de la mañana del 3 se rompió el fuego contra la vanguardia enemiga. Toda la división del general Clement, compuesta de 1.500 infantes, 40 caballos y unos 150 parrotes, peleó con su primer batallón, sin causarle más pérdida que cuatro muertos, ocho heridos y dos prisioneros, y teniendo por su parte 45 soldados y nueve parrotes muertos con 146 heridos.

El general Clement recibió una grave contusión en una pierna, de resultas de una caída del caballo. Los franceses aquella noche ocuparon á Aulot y el primer batallón de Rovira á Ridaura.

Al día siguiente recibió aviso Rovira de que los enemigos desfilaban camino de Bañolas, y ordenó lo conveniente para perseguirles, causándoles bastantes bajas.

© Biblioteca Nacional de España

Parte del brigadier Rovira al general en jefe:

«Me adelanto á participar á V. E. las dos gloriosas ventajas que las tropas de mi mando acaban de conseguir. La una en las inmediaciones de Darnino por el primer batallón, en la que ha quedado enteramente derrotado el enemigo, muerto su general, que dicen era de brigada, 70 prisioneros y muchísimos muertos y heridos. De toda la división enemiga, que no bajaba de 600 infantes, no han escapado más que unos 18.

La otra en las inmediaciones de Gerona por una compañía de granaderos, en la que se han hecho nueve prisioneros y algunos muertos. De nuestra parte, en estas dos acciones, no hemos tenido más que dos muertos y muy pocos heridos.—Aulot 29 de Febrero.»

En el mes de Abril, cerca de Aulot y Llavaneras, hubo algunos encuentros en que salieron victoriosos Rovira y Milans.

El coronel graduado, D. Martín Vellmas, con fecha 12 de Julio, participó á Rovira, y éste lo trasladó á Lacy, que el día 9 fué atacado por 500 infantes y 40 caballos por el punto de San Miguel de Falgás, en el que no había más que una guardia de 12 soldados con un sargento, resistiendo éstos con tesón, dando lugar á que llegasen dos compañías, que, cargando por derecha é izquierda á los enemigos, los pusieron en precipitada fuga. Dejaron en el campo de batalla 12 muertos y se llevaron 30 heridos. Por parte nuestra hubo dos heridos.

* * *

Tomó parte Fábregas el 3 de Febrero en San Esteban del Bas en la acción que el brigadier Rovira sostuvo con la división del general Clement.

Mandaba el segundo batallón, cubriendo el paso de Ripoll.

El 2 de Marzo de 1812, con 150 soldados del segundo batallón de San Fernando, sorprendió en el puente de Madramanya una partida enemiga de 100 hombres, de los cuales quedaron 73 muertos y 11 prisioneros, apoderándose de tres cajas de guerra, muchas armas y otros efectos, sin que por su parte hubiese tenido más desgracia que la muerte de un cabo de granaderos.

* * *

El 25 de Febrero se presentó en Cornudella una columna de 400 á 500 franceses.

El teniente coronel D. Narciso Gay, comandante del tercer batallón del regimiento *Leales Manresanos*, que se hallaba por allí recogiendo desertores y dispersos, no pudo impedir su entrada en dicha villa, aunque le disputó el paso; pero habiendo reunido algunas compañías del corregimiento de Cervera lo atacó sin permitirle llegar al saqueo, persiguiéndole hasta el Coll de Alforga.

Distinguióse el capitán D. José Miralles y el teniente de *Leales Manresanos*, D. Antonio Rodés, que mandaban las guerrillas.

Les hizo 11 muertos, entre ellos un renegado español, de los que en Cataluña llamaban *Caragirats*, el comandante monsieur D'Arau, y 52 heridos.

Las suyas fueron cinco muertos y ocho heridos.

Estos choques, repetidos en todas partes por nuestros guerrilleros, tenían desangrado al ejército francés en Cataluña.

* * *

El año de 1812 debía empezar prósperamente para las armas españolas en Cataluña. Una columna francesa de 1.000 infantes y 50 caballos fué batida en Vilaseca, en 19 de Enero, por el baron de Eroles. Manso, que había permanecido hasta el 16 en Esparraguera para proteger el desembarco de 4.000 quintales de pólvora, 3.000 fusiles y otros proyectiles que aportaba la escuadra inglesa, acudió con su batallon, hizo un movimiento rápido y atrevido, y atacando por retaguardia decidió la victoria, que nos dejó 800 prisioneros. Manso no fué oído en Altafulla cuando aseguró al baron de Eroles que habíamos de ser batidos si no esquivábamos la acción, ó no la provocábamos en posición distinta. Fuímos derrotados, por desgracia, en la mañana siguiente, 26 del mismo Enero. Felizmente esta derrota fué el último

© Biblioteca Nacional de España

revés que sufrió el ejército de Cataluña.

El coronel Manso fué llamado con sus cazadores á reunirse al general Milans que quiso atacar á Olot. Este general consultó con Manso antes de emprender la acción, y Manso le contestó que las fuerzas del enemigo eran mayores de las que creía el general, y que sería una imprudencia atacar. Milans insistió, y no desistiendo Manso, el general concluyó con estas palabras, en medio catalán:—*José, si no que te conozco, diria que tienes miedo.* Atacaron en la mañana siguiente. Los enemigos desplegaron fuerzas superiores, y después de algunas horas de combate, gracias al valor de todos y á la serenidad de los jefes, pudieron nuestras tropas retirarse con orden, pero frustrado el objeto y con alguna pérdida, como Manso había previsto.

Reunidas las divisiones de Eroles, Sarfield y Milans, al mando en jefe de Lacy, partieron de Vich el 5 de Mayo con objeto de tomar el fuerte de Mataró, que los franceses habían construído en el convento de Capuchinos. Manso fué designado para reconocer y circunvalar la línea del indicado fuerte, nombrándole comandante general de la misma y de la columna de asalto.

Manso se singularizó en esta ocasión, pues habiendo encallado en la arena uña pieza de 36, la abandonaron los ingleses, y Manso se propuso lograr por el ingenio lo que aquéllos no consiguieron por la fuerza. Hizo practicar una escavación en la arena; al lado de la pieza formó un camino de tablones por el cual hizo entrar un carro hasta colocarlo debajo del cañón, y á poco movimiento que se dió á éste quedó cargado en el carro por sí mismo y trasladado á la batería.

Lacy recibió aviso de la llegada á Barcelona de una fuerte división francesa, y reflexionando que no tardaría en correr en auxilio de los sitiados, resolvió embarcar la artillería, á excepción de un cañón de hierro; consultó la opinión de Manso acerca del asalto y se manifestó contrario al proyecto; Milans opinó lo contrario, y Sarfield propuso se hiciera un reconocimiento.

Quedó determinado el intento de asalto, y se encomendó á Manso la dirección. El ataque se verificó con el mayor valor, haciendo las tropas de Manso sobre el fuerte un vivísimo fuego de fusilería.

Manso logró pasar la estacada y el primer parapeto, pero los franceses estuvieron lejos de intimidarse. El general en jefe, que no había consentido de buen grado en la realización del intento, desesperó del resultado y dió orden para la retirada.

Pasó Manso con su batallón á Martorell, y recibió orden de molestar al enemigo que se ocupaba en fortificar el puente de Molins de Rey, y no pasó día sin que efectuase con éxito los deseos del general hasta mediados de Junio.

Habiendo llegado á noticia de los franceses que Manso estaba enfermo, y tomando á punto de honor apoderarse de él, para verse libres de tan incansable como terrible enemigo, resolvió el gobernador de Barcelona dirigir por sí mismo una expedición, creyendo cogerle descuidado en su propio lecho.

Salieron de Barcelona en la noche del 25 de Junio hasta 3.400 infantes y 100 caballos, llevando cada uno de éstos á la grupa un soldado de infantería; atravesaron rápidamente á Pellejá y se dirigieron á Martorell.

Padecía Manso una afección tercianaria; pero aunque enfermo, no por eso tenía tomadas menos precauciones para su defensa; los caballos y sus dobles ginetes se vieron detenidos, cuando menos lo esperaban, por una cortadura practicada en el camino y defendida por 400 hombres, retirándose llenos de ira los franceses convencidos de la imposibilidad de coger á Manso, al que Lacy dió públicamente las gracias en nombre de la Regencia.

Aragón: D. Miguel Sarasa.—D. Ramón Gayán.

Al pasar de Cataluña á Aragón, debemos comenzar por trascribir el parte de nuestro antiguo héroe, el ya coronel D. Miguel Sarasa, al general D. Luis Lacy, fechado en la villa de Grau, perteneciente á la provincia de Huesca, el día 27 de Enero de 1812:

«Destinado por el general del segundo y tercer ejército y por el comandante interino de Aragón, á la comandancia general de todo este reino en la izquierda del Ebro, ve-

© Biblioteca Nacional de España

rifiqué el difícil paso de este río, reuní la caballería llamada de *Pesoduro*, al mando del digno jefe D. José Fris, y luégo se me incorporó la guerrilla de D. Manuel Alegre *(El Cantarero)*, los cuales se han conducido con honradez, pericia y valor.

Empecé á difundir el entusiasmo, y veo con satisfacción una porción de jóvenes reunidos, y que, según mi plan, luégo se verán armados, y en número respetable.

El día 20, al atravesar la carretera real de Jaca, hice cuatro prisioneros.

Sabedor que por Bielsa conducía el enemigo mucho ganado vacuno y de cerda, y que lo escoltaban diariamente los franceses, forcé desde las inmediaciones de Sangüesa las jornadas, y en tres días llegué al Cinca (36 leguas) y con la mayor satisfacción ví reducida esta escolta y la de 14 caballos á sólo 17 prisioneros, pues los restantes fueron víctimas de mis soldados, teniendo yo sólo tres heridos leves.

Al siguiente día 23 caí sobre Barbastro, cuya guarnición se encerró en su casa-fuerte, dejándose dos prisioneros y cinco caballos del coronel y jefes; 60 cabezas de ganado de cerda quedaron en mi poder, con una caja de guerra. Entre los prisioneros hay un capitán.

Fris es digno de todo elogio.

El día 10 pasé el Ebro, y en 12 días he paseado toda esta parte de Aragón; he reunido más de 1.000 hombres, y he hecho ver á un país, enteramente abismado, que la nación española no se sujeta por desgracias proporcionadas por algunos jefes ingratos á su patria.—*Sarasa.*»

D. Miguel Sarasa era por entonces coronel del batallon *Tiradores de Rivagorza*, creado en Diciembre de 1808 y refundido el 1.º de Julio de 1810.

* * *

El intrépido guerrillero aragonés, D. Ramón Gayán, se acercó á Calatayud el 29 de Abril de 1812, y si no logró apoderarse del castillo, por tenerlo muy fortificado los enemigos, aprisionó al comandante Fabalelli y á 60 soldados que se hallaban á la sazón en la ciudad.

Guerrilleros del Norte: D. Juan L. Campillo. —D. M. García de la Huerta.—D. Lorenzo Herrero.—D. Juan Salcedo y D. N. La Riva.— D. Juan Díaz Porlier.—Longa.—Jáuregui.— D. Mariano Renovales.

¿Qué hacían nuestros intrépidos guerrilleros del Norte de España en aquellos supremos instantes?

Combatir como leones á los enemigos de su querida patria, sin dudas, sin tibieza, como cumplían á sus heróicos nombres y á su brillante historia, dejando caer sobre los invasores todo el peso de su cortante y bien templado acero.

Comencemos la reseña de sus hazañas por Santander.

El comandante del segundo batallon de *Tiradores de Cantabria*, D. Juan López Campillo, decía al general del sétimo ejército, D. Gabriel de Mendizábal, el 10 de Febrero de 1812 desde su cuartel ambulante, que por sorpresa—pues apenas comenzó la acción se le acabaron las municiones—se había apoderado de una casa-fuerte del pueblo de Meruelo, á tres leguas de Santander y una y media de Santoña, dejando á la guarnición que se fuese á Santoña, encargando á los paisanos recogieran las municiones, y demoliendo el fuerte.

Al día siguiente persiguió desde la Cabada á Pedreña á 500 franceses, que se metieron en sus parapetos, en los cuales les mató al segundo comandante, Rubir, sobrino del general de Santander, y 11 soldados, retirándose al ver los refuerzos que les llegaban de la capital.

El 20 de Febrero le participó igualmente que en Liendo, llevando 200 infantes y 14 caballos, quisieron cercarle los imperiales con varias fuerzas, pero él comenzó á batir á las primeras, y las derrotó; luégo hizo frente á las que venían de Bilbao, obligándolas á meterse en Laredo; y las de Colindres, temerosas al saber lo ocurrido, se retiraron á Laredo, pidiendo socorro á Santoña, que les mandó seis lanchas cargadas de gente, que al saber la derrota de sus compañeros regresaron á Santoña.

Campillo tuvo herido en un muslo al capitán de la primera compañía D. Cayetano Cosío.

© Biblioteca Nacional de España

Hallándose el 11 de Marzo acampadas las fuerzas de Campillo en Marrazón con el fin de que descansasen, ocurrióseles al amanecer del citado día bajar á la inmediata villa de Limpias; mas como la mayor parte de la tropa se encontraba fatigada, no quiso aquél llevar más que una compañía, yendo con él sus hermanos D. Francisco y D. José.

Al llegar á Limpias recibió un aviso en que le decían que de Laredo había salido ó estaba saliendo una columna francesa con dirección á Liendo; oirlo y partir al encuentro de sus enemigos todo fué uno; alcanzólos en la sierra de La Vida, se echó sobre ellos, mató una gran parte, y los que quedaron vivos, á excepción de uno que pudo volver á Laredo para contarlo y escapó por el escabroso sitio del Erillo, fueron hechos prisioneros con su jefe en el sitio denominado *El Montecillo*, desde entonces por allá célebre.

Este hecho, y las brillantes sorpresas de Candina, no se olvidarán nunca y se comentan y trasmiten de padres á hijos.

El 21 de Marzo, en Castro-Urdiales, con 200 hombres acometió Campillo á 400 franceses y los obligó á replegarse y alzar el sitio de aquella villa, ocasionándoles 32 muertos y 50 heridos: él tuvo 2 y 4.

El 4 de Abril, en Marron, con 900 hombres y 20 caballos, sufrió la acometida de 2.600 infantes y 60 caballos, que desalojaron á las fuerzas de Campillo, pero los recargó luégo y los obligó á huir, vadeando el río.

El 30 de Mayo batió á 1.200 franceses que habían salido de Torrelavega é iban hacia la Ayuela, en unión del comandante Herrero, obligándoles, á pesar de recibir un refuerzo, á retroceder á Torrelavega.

Con el mismo comandante Herrero volvió á batirlos el 3 de Junio en Cabezón de la Sal, desalojándoles y causándoles cuatro muertos y nueve heridos.

El 8 de Junio, en Santa Agueda, atacó Campillo con 400 infantes á 1.400 imperiales, y les mató cuatro, quedando 12 heridos. Los españoles tuvimos 12 heridos.

En los combates que sostuvo el 2 de Junio en Tejo, y el 12 de Julio en Omoño, mató 38 franceses é hirió 96.

Su pérdida en ambos combates fué siete muertos, 26 heridos y seis prisioneros, entre éstos el Mayor y un teniente.

* * *

D. Hilario García de la Huerta mandaba una fuerza de 30 hombres que operaba bajo las órdenes de Campillo.

En la acción que este famoso guerrillero dió el 30 de Mayo á los franceses en Ayuela, obligándolos á retroceder á Torrelavega, García de la Huerta avanzó poseído de un valor temerario hasta medio tiro de fusil del enemigo, provocándole á combatir sin poder lograrlo, hasta que recibió la orden de Campillo de retirarse.

* * *

D. Lorenzo Herrero era un nuevo guerrillero de la provincia de Santander, que no cedía en bravura á ninguno de sus compañeros.

Natural del Valle de Iguña, de alta estatura, mozo de gran valor, andarín extremado, sufrido como ninguno, y dotado de unas fuerzas hercúleas, había apostado, y lo que es más, ganado en varias ocasiones, á luchar y vencer á un oso sin más armas que sus fuertes y robustos brazos.

Es fama en la provincia que hallándose Herrero un día en la plaza de Torrelavega dictó la siguiente orden del día á sus guerrilleros:

—Muchachos, á *tragaldar* (comer) á Reinosa, y á poner el *jiso* (descomer) á Pozazal.

Es decir, á andar 93 kilómetros, 48 para ir á comer á Reinosa, y 45 para ir á descomer á Pozazal, jornada que á la verdad parece increíble.

Por sus grandes servicios y su bravura se vió pronto ascendido á comandante del batallón tercero de *Tiradores de Cantabria*.

En Cabezón de la Sal, el 3 de Junio, combinado con Campillo, atacaron con 1.000 infantes y 30 caballos á 1.500 enemigos, que fueron desalojados antes de poder cobrar los productos de la sal que habían ido á exigir, haciéndoles cuatro muertos y 9 heridos, y teniendo los españoles seis heridos.

En Ayuela, el 8 de Junio, tomó parte con

© Biblioteca Nacional de España

Campillo en la acción que éste dió á los franceses obligándolos á retirarse.

Con fecha 19 de Junio participaba al general Mendizábal, desde Ucieda, haber sostenido dos choques en las Hoces del Río Nansa y Carmona, causando al enemigo grandes pérdidas, sin otras por su parte que dos muertos y siete heridos, pasando al valle de Cabuérniga al objeto de proporcionar algún descanso á sus tropas.

A las órdenes de D. Juan Díaz Porlier mantuvo un combate con un batallón en el bosque de Pozazal, ayudando en gran manera á la derrota de una numerosa columna francesa.

* * *

D. Juan Salcedo era un hijo del famoso Valle de Liébana, que comenzó por guerrillero y acabó por general de artillería su gloriosa carrera.

Maniobraba en la Montaña, unido á las partidas de Campillo y Herrero, pero más especialmente á la de su amigo D. N. La Riva, teniendo siempre á raya á los invasores, de los que ambos guerrilleros eran atrozmente temidos.

* * *

Al regreso de una columna de caballería é infantería que había atacado la guarnición de Gijón, supo Porlier que los enemigos embarcaban con mucha precipitación la mayor parte de sus efectos y pertrechos para Santander, y que daban muestras de evacuar el Principado; se puso en marcha inmediatamente con un batallón, ordenando á las demás tropas que estaban algo distantes que se le incorporasen; así fué que los imperiales no pudieron salir de Asturias sino con gran trabajo, molestados por las nieves, por las tropas y por D. Juan Díaz Porlier, que, hostilizándolos con su caballería, les cogió muchos soldados rezagados y muchos bagajes. (Enero y Febrero.)

El 26 de Marzo, sabedor de que había llegado á Comillas una columna de 1.200 franceses, dispuso Porlier atacarla en su campamento aquella misma noche.

Tomó sus disposiciones, y con tres compañías la atacó á las nueve de la misma, desalojando de su campamento al enemigo, que se retiró al pueblo, haciéndose fuerte en las casas y atravesando carros y otros estorbos en las calles.

No pudiendo entrar en las casas, á pesar de haber logrado penetrar en el pueblo, se retiraron los nuestros.

Al día siguiente determinaron los enemigos la retirada y al efectuarla huyeron y se desordenaron de tal modo, que cinco de los ordenanzas de Porlier detuvieron junto al puente su columna, y una parte de ella, que aún no había pasado, les rindió las armas.

Los enemigos sufrieron un fuego horroroso en el paso del puente.

El valiente Porlier decía en su parte: «Mis intenciones estaban ya cumplidas; sostuve el país que ocupo, escarmenté á los enemigos y les impuse de modo que esperaron á la noche para retirarse de la posición que tenían. Y aseguro que no habrían vuelto á Torrelavega si mis fuerzas hubiesen sido iguales á las suyas, pero apenas podía presentarles 400 hombres en la acción. Nuestra pérdida fué de 10 muertos y 40 heridos; la del enemigo 20 muertos y 100 heridos, entre ellos un coronel.»

El 4 de Mayo de 1812 atacó al fuerte que los franceses tenían en Sasamón, batiéndoles y obligándoles á encerrarse en la iglesia.

El 4 de Junio participa Porlier al general Bárcena haber tenido un encuentro en Ceroso y Piñolota, en que perdió siete hombres muertos y 24 heridos, causando á los enemigos 30 muertos y considerable número de heridos.

Disponíase nuestro bizarro guerrillero á favor de bien combinadas maniobras para atacar á Santander, cuando supo que los enemigos la evacuaban precipitadamente á causa de los terribles descalabros sufridos por sus ejércitos, que reseñaremos más adelante.

* * *

El 11 de Enero sostuvo el coronel D. Francisco Longa, comandante general de la *División de Iberia*, unido á Espoz y Mina, un

© Biblioteca Nacional de España

sangriento combate cerca de Sangüesa (Navarra).

El 30 de Junio una reñida acción á media legua de la villa de Espejo, en el punto donde se reunen los caminos de Frías, Bilbao, Burgos y Vitoria, con dos batallones y un escuadrón de húsares contra una columna francesa de 500 hombres.

En este combate fueron cargados dos veces los imperiales á la bayoneta, pero se rehicieron, y cerrados en masa consiguieron apoderarse de una altura escarpada, de la que fueron desalojados, á pesar de haberles llegado refuerzos procedentes de las guarniciones de Pancorbo y Miranda con dos cañones.

El resultado de esta acción fué quedar cerca de 400 enemigos muertos y 12 prisioneros. En seguida se dirigió Longa á perseguir los refuerzos que llegaban, los que se



D. FRANCISCO LONGA

volvieron precipitadamente á las guarniciones de donde habían salido, dejando algunos muertos y heridos. Longa tuvo de pérdida 33 muertos y 31 heridos, quedando en su poder 20 caballos, y una berlina en que se hallaban varios papeles y pliegos de Napoleón á su hermano y sus ministros y á varios generales.

***

La *Gaceta* publicaba que la expedición salida de la Coruña para las costas de Vizcaya, encargada de destruir las baterías y fortificaciones que en ellas tenían los franceses, realizaba la operación eficazmente ayudada por Jáuregui.

Con efecto, el 18 de Junio la escuadra inglesa se acercó á Lequeitio donde se hallaba el enemigo fortificado en un convento y en un castillo sobre un monte casi inaccesible.

© Biblioteca Nacional de España

Avisado D. Gaspar de Jáuregui, aquella tarde atacó por tierra con su guerrilla á la guarnición, obligándola á encerrarse en el convento.

A pesar de la mucha marejada tomóse la isla para batir desde ella el convento, arrastrando con grandes trabajos un cañón que se desembarcó, resistiendo el enemigo toda la noche con un vivo fuego de dos cañones de á 18.

La guerrilla de Jáuregui, con un destacamento de marinos ingleses, rechazó hasta el pueblo al enemigo.

El 20 por la tarde, estando ya el castillo con brecha abierta, Jáuregui, después de una tentativa poco feliz, lo tomó á la segunda por asalto.

Al amanecer del 21 se entregó prisionera la guarnición (360 hombres), mandada por un jefe de batallón.

Jáuregui perdió 50 hombres entre muertos y heridos.

La escuadra inglesa hizo su desembarco en Bermeo y Mundaca, destruyendo las obras que allí tenían los franceses.

Desde Azpeitia, con fecha 24 de Junio, decía D. Gaspar de Jáuregui, comandante del primer batallón de *Voluntarios de Guipúzcoa*, al general Mendizábal detallando la acción:

«Excmo. Sr.: Después de la correría que acabamos de ejecutar sobre San Sebastián é Irún, dispuse pasar á la villa de Cestona, y á poco de hallarme en ella recibí un oficio del señor general Douglas, jefe de la escuadra inglesa y de la costa de Cantábria, para que á marchas dobles pasase con mi tropa á las inmediaciones de Lequeitio. Con efecto, emprendí mi marcha el 18 y me apoderé en la misma noche de todas las avenidas que Lequeitio tiene. Al amanecer del 19 se rompió un vivo fuego de fusilería, y á las diez, en que se acercaron los buques del general Douglas, el de cañón, durando ambos todo el día sin poder acercarnos por sus fortificaciones, hasta que, habiendo sacado el 24 un cañón de una de las fragatas, se empezó á batir el castillo. Al instante mis intrépidos guipuzcoanos cargaron á la bayoneta sobre el fuerte, siendo imponderable esta fortificación, porque á más de seis cañones, uno de ellos de 24, no había un palmo libre de pared sin visera; pero los Voluntarios, que en esta ocasión han dado pruebas del más superior valor, despreciando los cañones y la fusilería, se apoderaron del fuerte tan custodiado, abandonándolo é introduciéndose en el cuartel. En seguida se ejecutó lo mismo que con el castillo con la caserna por los nunca olvidados artilleros ingleses, quienes dirigían á ella sus fuegos con el mayor acierto, hasta que el 20, á las nueve de la mañana, se entregaban los franceses por capitulación, á la que no se ha faltado en nada, porque todos han sido embarcados con sus equipajes. La guarnición se componía del comandante, cinco oficiales y 360 hombres. Mi pérdida ha sido siete muertos y 16 heridos.

Recomiendo á V. E. los oficiales Celayaran y Goyoechea y al sargento primero Beltrán Aldaz.»

* * *

Parte de D. Mariano Renovales al general Mendizábal.

«Cuartel general de Orduña 23 de Junio de 1812.

Apenas entré en el territorio de mi mando, el general de Bilbao Rouget se propuso sorprenderme en Balmaseda, destinando para esta empresa una columna de 1.500 hombres en tres trozos; pero el fruto de su expedición fué fatigar la tropa inútilmente. Yo pasé á la ciudad de Orduña á verme con la Junta ó Diputación del Señorío. Sin desmontar todavía, recibí aviso de que los ingleses trataban de desembarcar en la costa, y de que su comandante, sir H. Popham, deseaba que yo amagase á Bilbao á fin de contener las columnas enemigas que se habían puesto en marcha sobre Lequeitio, Motrico y el resto de la costa.

Deseoso de servir á la patria y de complacer á nuestros aliados, emprendí esta delicada operación con los batallones primero de *Vizcaya*, segundo de *Alava*, y el escuadrón *Húsares de la Rioja*, á las órdenes de los comandantes D. Eustaquio Salcedo, D. Francisco Javier de Mugartegui y D. Fermín de Salcedo. Dispuse al momento que se formase

© Biblioteca Nacional de España

una pequeña columna de vanguardia, fuerte de 130 plazas, compuesta de la compañía de caballeros cadetes de Guipúzcoa y Vizcaya, á cuya cabeza iba el teniente coronel don Miguel de Artola, de la primera compañía del primero de *Vizcaya,* mandada por el capitán D. Antonio M. Calvetón, que aunque de Iberia venía acompañándome, y 25 *Húsares de Rioja*, mandados por el subteniente D. Pedro Barrutia. El grueso de los batallones iban en columna por la carretera real de esta ciudad á Bilbao, y en menos de seis horas tuve la complacencia de ver cubiertos por mis tropas todos los puntos de la guarnición enemiga á distancia de un cuarto de legua de la plaza.

A las tres de la mañana vino hasta donde estaba colocada la vanguardia una descubierta de 30 infantes, pero fué acometida con tal brío que los pocos que quedaron debieron su salvación á la ligereza de sus pies y á la inmediación de la plaza. Inmediatamente mandé á mi ayudante de campo, el capitán D. Pedro González Villa, que, de acuerdo con el comandante del segundo de Alava, D. Fermín Salcedo, cubriese el punto de la izquierda sobre Bolueta hasta Albía, y la altura de la derecha el primero de *Vizcaya*, operación que se ejecutó con la mayor celeridad y firmeza, despreciando la lluvia de fusilería y el fuego terrible y contínuo de las baterías del Morro. En seguida se apoderaron nuestros soldados de las casas contiguas á la batería, y comenzó el fuego á ser general. Incomodados los enemigos, salieron en número de unos 150 hombres escogidos, y, ayudados de un vivo fuego de metralla de las baterías, se arrojaron á la bayoneta sobre las compañías de vanguardia, que por su inferioridad de fuerzas tuvieron que retroceder algunos pasos; pero reanimadas con el pronto auxilio del primero de *Vizcaya*, que dispuso mi ayudante D. Fermín Couset, volvieron á cargar con el mayor ardor, se situaron en las primeras posiciones, y el enemigo hubo de encerrarse en sus baterías.

En esto, supe que venían al socorro de la plaza 2.000 hombres, procedentes de Vitoria, Zornoza y Mugica, y que, verificado el desembarco y cogida la guarnición de Lequeitio, se había ya llenado el proyecto de los aliados. En vista de todo, mandé retirar mis tropas por el camino real. Nuestra pérdida, á pesar de la localidad y ventajas de las baterías y trincheras del enemigo, ha sido de poca consideración. En las cuatro horas que ha durado el combate, han sufrido más de 200 cañonazos estos soldados bisoños, que veían por la primera vez el fuego, serenos y sin perder una línea de su formación, por lo que me prometo las mayores ventajas con tropas tan serenas y bizarras.»

Pocos días después, D. Mariano Renovales abandonó á Vizcaya, marchando en busca de lord Wellington para exponerle ciertas quejas, al decir de unos, y para felicitarle por la victoria de Arapiles y recibir sus instrucciones para la nueva campaña que se iniciaba con este triunfo, según escriben otros, siendo lo cierto que hallándose en territorio cercano al que ocupaban los franceses, éstos lograron descubrirle y hacerle preso con otros seis oficiales en Carvajales de Zamora en Agosto de 1812.

* * *

Según una notable carta con que nos honró el ilustrado cronista de la villa de Bilbao y distinguido publicista D. Camilo de Villavaso, el año de 1812 se organizaron en el Señorío tres batallones llamados de *Voluntarios de Vizcaya*, perfectamente equipados, armados y disciplinados, á las órdenes de los coroneles Artola, Quintana y Mugártegui, que tuvieron en sus filas á los jóvenes de las familias más nobles y principales del país.

El no haber contado Vizcaya con un gran número de guerrilleros se debió, según el Sr. Villavaso, á razones estratégicas y á miras políticas de los dominadores; Bilbao y los principales puntos de Vizcaya, dice, «estuvieron materialmente ocupados, con cortos intervalos, desde principios del año 1808 hasta la batalla de Vitoria en Junio de 1813, perseguidos y comprimidos por guarniciones numerosas y crueles, y los patriotas poco pudieron hacer dentro de la corta extensión de la provincia, donde no les era fácil organizar un sistema serio de resistencia ó de

© Biblioteca Nacional de España

ofensiva; por esta causa la juventud entusiasta y valiente de Vizcaya que tomó parte en la lucha nacional fué á ingresar en los batallones regulares de los ejércitos de Galicia y del Centro, y otros se incorporaron á las guerrillas que acosaban á los franceses en Navarra, Guipúzcoa y Alava, á las órdenes de Mina, Jáuregui *(El Pastor)* y Longa.»

Navarra: D. Francisco Espoz y Mina.—Tris (Malcarado).—D. Gregorio Cruchaga.—Don José Górriz.—D. Joaquín de Pablo (Chapalangarra).—Claudio Echarri.

La campaña de 1812 no fué escasa en triunfos para D. Francisco Espoz y Mina, quien, á vueltas siempre con el enemigo, pasaba de una provincia á otra, juntaba sus fuerzas, las dispersaba, las reunía de nuevo, luchaba sólo con sus batallones ó combatía unido á otros guerrilleros, y siempre con gloria.

El 6 de Enero sorprendió é hizo prisionera la guarnición francesa de la importante ciudad de Huesca.

El día 11, y á presencia de D. Gabriel Mendizábal, general en jefe del sétimo distrito, y en compañía de las fuerzas de Longa, dió Mina la célebre batalla de Rocafort y Sangüesa, á la derecha del río Aragón. Mandaba á los franceses el general Abbé, gobernador de Pamplona, que llevaba á sus órdenes 5.000 hombres, y á pesar de que todas las fuerzas de Mina no llegaban á 3.000, los acometió por todas partes y los envolvió, obligándoles á emprender una desastrosa retirada, cogiéndoles la artillería y causándoles una pérdida de 2.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

A principios del mes de Febrero volvió nuestro héroe á acometer en Sangüesa á la columna enemiga llamada *Infernal*, por los grandes crímenes é inauditas crueldades que cometía por todas partes, quitándola 900 hombres y persiguiendo sus reliquias hasta Sos; es decir, que comenzó en Navarra el ataque y apenas si lo terminó en Aragón.

En los días 8, 9 y 10 del citado Febrero sostuvo diversos choques en las cercanías de Tafalla, logrando en todos el más completo triunfo.

El 13 de Marzo acometió al enemigo en Arcedo y en Arquijas, y el 29 en Folcaderas.

El 9 de Abril se apoderó de un modo notable de un convoy en Arlabán, lugar célebre por la sorpresa que allí mismo hizo á los imperiales, y que reseñamos en el lugar oportuno. Presentábanse para el logro de este intento varias dificultades: era una la misma victoria antes alcanzada, y otra un castillo que habían construído allí los franceses y artilládole con cuatro piezas.

Cuidadoso Mina de alejar cualquiera sospecha, maniobró diestramente, y todavía le creían sus contrarios en el Alto Aragón, cuando, haciendo en un día una marcha de 15 leguas de las largas de España, se presentó con sus batallones el 9 al quebrar del alba en las inmediaciones de Arlabán y pueblo de Salinas, en donde formó con su gente un círculo que pudiese rodear todo el convoy y fuerza enemiga.

Era el convoy muy considerable; escoltábanle 2.000 hombres, llevaba 700 prisioneros españoles y caminaba con él á Francia monsieur Deslandes, secretario del rey intruso y portador de correspondencia importante.

Al descubrir el convoy, y á la primera descarga, cerraron los españoles bayoneta calada con la columna enemiga y la destrozaron antes de que volviese de la primera sorpresa.

Duró el combate una hora, pero fueron inmensas las pérdidas de los franceses. Seiscientos de ellos quedaron tendidos en el campo y 150 prisioneros, y se cogió rico botín y dos banderas. Mr. Deslandes, al querer salvarse saliendo de su coche, cayó muerto de un sablazo que le dió el subteniente don León Mayo. Su esposa, doña Carlota Aranza, fué respetada con otras damas que allí iban. Cinco niños, de quienes se ignoraban los padres, enviólos Mina á Vitoria, diciendo en su parte al Gobierno:

«Estos angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi división todos los sentimientos de compasión y caridad que dictan la religión, la humanidad, edad tan tierna y suerte tan desventurada. Los niños, por su candor, tienen sobre mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que imprime y amol-

© Biblioteca Nacional de España

da el corazón guerrero de mi segundo Cruchaga.»

Poco antes el general Dorsenne, combinándose con tropas de Aragón y juntando en todo unos 20.000 hombres mandados por 18 generales, penetró en el valle del Roncal, abrigo de enfermos y heridos y depósito de municiones de boca y guerra de Mina. Grande peligro estrechó entonces á D. Francisco, que consiguió superar burlándose de los ardides y maniobras del francés y ejecutando enseguida la empresa de Arlabán.

El proyecto de los imperiales de concluir á todo trance con Espoz y Mina, lo motivaban los muchos daños que les causaba y el deseo de Napoleón de agregar á Francia la Navarra con las otras provincias de la izquierda del Ebro, deseo trasmitido por el general Dorsenne en el mes de Abril á las autoridades de Pamplona, muchas de las cuales *replicaron oponiéndose con el mayor tesón.*

El 17 de Abril fué nombrado Mina mariscal de campo.

Después de lo de Arlabán se trasladó Mina al reino de Aragón, donde se encontraba su antiguo regimiento *Húsares de Navarra*, y habiéndose introducido en el pueblo de Robres se vió cercado y casi cogido.

Oigámosle á él mismo.

«Al amanecer del día 23 de Abril, vendido por Tris *(Malcarado)* que estaba de acuerdo con el general Panetier, y había retirado las avanzadas sobre Robres, me ví cercado en la población por 1.000 infantes y 200 caballos, y acometido por cinco húsares en la puerta misma de la casa de mi alojamiento; pero defendiéndome de estos últimos con la tranca de mi propia puerta, única arma que tenía á mano, mientras mi asistente, Luis Gastón, me preparaba el caballo, y montando enseguida con ayuda suya, salí, los ahuyenté y perseguí por las calles, quité á uno de ellos el brazo de un tajo, reuní luégo algunos de mis valientes, dí muchas embestidas al enemigo, rescaté á varios de mis soldados y oficiales que habían sido sorprendidos y hechos prisioneros, y continué batiéndome tres cuartos de hora largos para que pudieran salvarse los demás.

A este asistente le conservo siempre á mi lado como un amigo.

A *Malcarado* y el suyo los hice fusilar al día siguiente mientras se ahorcaba á tres alcaldes y un cura mezclados en aquella traición.»

Digamos algo de Tris *(Malcarado)* y de su traición.

Tris, que había servido de guía, como recordará el lector, á la tropa del brigadier D. Gervasio Gasca, que fué enviada por Lacy de Cataluña á Valencia, era uno de los pocos guerrilleros que abusaba de su posición para cometer excesos y para vejar á los pueblos en provecho suyo.

Supo Mina que Tris se hallaba en un pueblecillo llamado Robres, y severo como era, *con una severidad que frisaba á veces en cruel saña, bien disculpable, y harto forzosa, en medio de los riesgos que le circuían y de los lazos que los enemigos le armaban*, entró en Robres decidido á averiguar la verdad de los cargos que los pueblos dirigían contra Tris, si bien tratando de inspirarle por el pronto cierta confianza, para lo cual le encargó á él y á su gente de la vigilancia del pueblo, á fin de evitar, le dijo, una sorpresa.

Tris, receloso, valióse de esta noble confianza para armarle una negra traición, y le propuso que para mayor seguridad se enviase un confidente á Huesca encargado de observar la guarnición enemiga, y en caso de algún movimiento venir á dar pronto aviso.

Aceptó Mina la propuesta, y con la mayor confianza se echó á descansar, en tanto que *Malcarado* enviaba uno de sus hombres á Huesca á avisar al general Panetier para que viniera con una columna y aprisionara á Mina, ganándose así los 6.000 duros que los imperiales habían ofrecido por su cabeza.

Ya hemos visto cómo se vió cercado y cómo pudo salvarse el insigne navarro, quien, en medio de la lucha que se vió forzado á sostener, no perdió de vista á *Malcarado*, llevándole prisionero con su criado y confidente, á los cuales, convencido de su traición, mandó quitar la vida en el pueblo de Alcubierre.

© Biblioteca Nacional de España

El 26 del mismo mes se le presentó el enemigo en Peralta de Alcofea con duplicadas fuerzas, pensando hallar desarmados á los guerrilleros de Mina, después de la sorpresa de Robres; pero éstos, que se habían provisto de unas picas construídas en muy pocas horas en Sariñena, hicieron una bien sostenida retirada por espacio de tres horas, desde Peralta hasta Cabo de Saso, rescatando una porción de armas y caballos de las que los imperiales les habían tomado en Robres.

«Se admira, dice Toreno, tanto guerrear, más destructivo y enfadoso para los franceses, cuanto más se asemejaba al de los pueblos primitivos en sus lides.»

Era notable igualmente en Mina haber establecido en su campo, y bajo su amparo, casi todos los cuerpos y autoridades nacionales que seguían funcionando, ahora en un monte, luégo en un valle, hoy en un pueblo, mañana en un campo, con bastante regularidad, merced al valor de sus guerrilleros, á la adhesión de los pueblos y á su indomable energía que no perdonaba jamás á un traidor.

De Navarra decidió pasar D. Francisco Espoz y Mina á la costa de Cantabria, y al penetrar en la carretera de Tolosa á Vitoria por el pueblo de Ormaiztegui encontró una columna de 2.300 infantes y 180 caballos que conducían un tren de artillería gruesa, atacándola él con algunos caballos por la retaguardia en tanto que Cruchaga lo hacía por el flanco izquierdo, cayendo éste gravemente herido, á pesar de lo cual fueron desalojados los franceses de la montaña de que se habían posesionado y tuvieron que conducir á Vitoria más de 60 carros de heridos. De tal modo se batieron sus guerrilleros al ver la desgracia de Cruchaga, jurando hacer pagar á Napoleón la pérdida del brazo de su querido brigadier, que infatigables, despreciando las marchas y el hambre, atacaron al general Abbé que tuvo que emprender la retirada, siempre á tiro de pistola de los navarros, á Los Arcos, confesando haber perdido 400 hombres, y allí le hubiera seguido Mina el 23 (Mayo), á no llevar sus tropas ocho días de marchas de nueve á diez leguas por entre lodazales y llenas de privaciones.

El 25 avanzó el barón de Arquien sobre Santa Cruz con 1.800 infantes de gendarmería imperial y 200 caballos, batiéndolos Mina en el bosque y al pie de la montaña en posiciones ventajosas. Esta columna, destinada á la persecución de D. Francisco, quedó escarmentada en la primera acción y regresó á Vitoria con muchos muertos y heridos.

En estas acciones nuestro héroe tuvo cortas pérdidas, pero dolorosas; el brigadier Cruchaga, los oficiales Navarro é Iriarte, el cadete D. José Hidalgo y el subteniente don José de Joseli, muchacho tan guapo como valiente, que á los diecisiete años era reputado por uno de los oficiales de más sangre fría.

El 23 de Mayo, en la dicha acción de Santa Cruz de Campezu, nuestro valiente Mina recibió una grave herida en el muslo derecho que le tuvo privado de combatir algún tiempo, dejando al frente de su división á D. José Górriz.

El 5 de Junio fué nombrado Mina segundo general del sétimo ejército.

* * *

Después del combate de Arlabán, al que tanto contribuyó Cruchaga, fué ascendido á brigadier en merecida recompensa á sus señalados servicios.

Pero estaba escrito, sin duda, que el intrépido guerrillero no viera el término de aquella lucha y la libertad de su patria, que se acercaba á pasos de jigante.

Habiéndose dirigido Espoz y Mina á Guipúzcoa, en Mayo, aconteció la horrible desgracia de que al penetrar por la carretera de Tolosa á Vitoria, en el pueblo de Ormaiztegui encontráranse los nuestros con una gruesa columna de infantería y caballería, y mientras aquél la atacó por retaguardia con algunos caballos, Cruchaga, con cuatro batallones, lo hizo por el flanco izquierdo, haciéndose dueños del convoy con la mayor rapidez, y cargando nuevamente sobre los imperiales, una bala de cañón le arrebató el hueso radio de la mano izquierda con el pólice y el metacarpo de la derecha. En un momento cambió la escena. Un rayo no desmenuza los cuerpos de oposición tan pron-

© Biblioteca Nacional de España

tamente como la tristeza y el abatimiento se apoderaron de aquellos ánimos casi victoriosos. Cruchaga, vertiendo sangre, se vuelve á los voluntarios y les dice con la mayor serenidad:

—«¡Hijos, batíos con el valor y la firmeza de siempre. Hoy es el último día y la última acción en que os acompaño, porque Cruchaga es muerto!»

Los oficiales pálidos, los soldados yertos al ver á su querido brigadier, lloraban, y en un instante se vieron batidos hasta Segura.

Una sola voz, de que consistía la vida de Cruchaga en sostenerse, hizo volver al campo á los batallones, arrojarse con cólera sobre el enemigo, desalojarle de la montaña de que se había posesionado y perseguirlo hasta más allá de Ormaiztegui.



D. GREGORIO CRUCHAGA

Véase cómo pinta los sucesos posteriores el mismo Espoz y Mina:

«Navarra recobra su alegría al ver restablecido al inmortal navarro, el brigadier Cruchaga. Se han derramado muchas lágrimas por su desgracia. Este joven guerrero es el ídolo del país, que le adora como su libertador. Los honores y victorias que he alcanzado lo debo en su mayor parte á su talento y á su espada; le amo como á mi mismo; imito con esto al soldado y al paisano que se regocijan con sólo mirarlo. Crea V. E. que si la muerte le hubiese arrebatado, la patria le recordaría con dolor, y los navarros no depondremos el luto hasta el dichoso día de ver á Cruchaga al frente de las tropas con un premio debido á su singular mérito, y que espero de V. E.—Angustina 29 de Mayo de 1812.—Excmo. Sr. D. Gabriel de Mendizábal.»

© Biblioteca Nacional de España

A los pocos días recibía Mendizábal la noticia de la muerte de Cruchaga, ídolo de los navarros, y exclamaba:—«¡Inmortal alabanza á su memoria é imitación á sus virtudes guerreras!»

Todos los guerrilleros sintieron su muerte como la de un amigo querido, pero D. Francisco Espoz y Mina, que estimaba en Cruchaga al patriota leal, al soldado valiente, al amigo del corazón, le lloró como se llora á un hermano y jamás se borró de su corazón el recuerdo de su inseparable compañero.

Tal era el valor de D. Gregorio Cruchaga, que el general Mendizábal, al que vimos pelear en la Albuera en las avanzadas como un soldado, dando pruebas de un valor temerario, decía en un parte al Gobierno, hablando de la acción entre Rocafort y Sangüesa:

«De los tres jóvenes guerreros Espoz y Mina, Cruchaga y Longa, debe esperar la patria días tan gloriosos como dieron en su tiempo á la nación Antonio de Leyva y Pedro Navarro.»

* * *

Hé aquí algunas hazañas realizadas por los oficiales de Mina.

El 9 de Junio, D. José Górriz, encargado de las fuerzas de Espoz y Mina durante la curación de la herida que D. Francisco recibió en Santa Cruz de Campezu, sostuvo en Gastiain y Galvarra una sangrienta batalla contra el barón de Arquien y sus fuerzas, en la que, de haber podido ejecutarse los movimientos por él ordenados á los batallones, y que impidió el largo rodeo que tuvieron que dar, el general Arquien, envanecido de haber herido al inmortal Cruchaga en Ormaiztegui y á Mina en Santa Cruz, hubiera pagado todos los daños causados á Navarra y á la nación. Aún así tuvo 300 bajas, el mismo Arquien recibió un balazo en una rodilla, y su segundo murió al día siguiente en el pueblo de Armañanzas.

Los oficiales D. Pedro Villarroya y don Pablo Frauca atacaron dos destacamentos franceses, uno de Ayerbe, al que mataron seis hombres, y otro de Zuera, al que mataron 14 y cogieron seis, y además un espía muy astuto que hicieron arcabucear.

El 10 de Junio, el jefe de la partida de observación sobre la carretera de Tudela y confluencias del Ebro y Aragón, D. Pedro Eyegoyen, participaba á su jefe D. Francisco Espoz y Mina, haber batido á la guarnición de Caparroso, causándola ocho muertos.

El comandante del cuarto batallón, don Francisco Ignacio Asura, sorprendió una columna que había pasado á la fábrica de Orbaiceta, causándole una pérdida de 200 franceses y 27 juramentados españoles, teniendo él dos heridos solos, el oficial D. Antonio Iribarren y un soldado.

* * *

D. Joaquín de Pablo y Antón *(Chapalangarra)* mandaba en 1812 un batallón formado de aragoneses, que, según el testimonio del propio Espoz y Mina, bien pronto rivalizó con los mejores de la división navarra.

El día 29 de Junio se hallaba de Pablo en el lugar de Tiermas instruyendo sus soldados, cuando supo que los imperiales salían de Sádava, Sos y Verdún en número de 500 infantes y 100 caballos con ánimo de sorprenderle, por lo que dispuso la retirada de sus bisoños guerrilleros á la espesura de la sierra de Leyde.

Entraron los franceses en Tiermas, y no hallándole resolvieron volver á sus acantonamientos, no atreviéndose á pasar al monte en su busca.

De Pablo siguió cautelosamente al grupo mayor, y atacándole de improviso con la mayor bravura le causó 15 muertos, le hizo 54 prisioneros y se apoderó de dos cajas de guerra, participando á Mina esta victoria desde Domeño el día 31.

* * *

Claudio Echarri, el hijo de nuestro antiguo amigo de Madrid D. Fermín, seguía al lado de Espoz y Mina, que le profesaba un afecto paternal, dando pruebas del valor que había heredado de su noble padre, tan inhumanamente fusilado por los imperiales.

© Biblioteca Nacional de España

Andalucía: La miseria.—El brigadier Porta.—D. Ramón Noriega.—Simón Maestre.—Marqués.—Fray N. Rienda.—Guerrilleros granadinos.—Cádiz.—Nueva Regencia.—La obra de las Cortes.

La escasez en Andalucía, como en toda España, llegó en el año de 1812 á un grado imponderable, pues la fanega de trigo se pagaba á veinticinco duros, y á veinte reales la libra de pan, y no por cierto del mejor.

Parecía imposible que España pudiera resistir á tantas calamidades y á tantas desdichas.

Diríase que la Providencia no había querido economizar ni tribulaciones ni penalidades á nuestra querida patria, pues á la guerra que durante cuatro años la afligía se había agregado ahora la miseria más espantosa.

Las exhorbitantes contribuciones del intruso José y de su gobierno, los robos de los generales franceses, el saqueo de los ejércitos imperiales, los gastos que ocasionaban la manutención de aquellas interminables legiones de soldados extranjeros, y luégo el sostenimiento de nuestros ejércitos y de nuestros guerrilleros, que si bien sobrios por naturaleza, necesitaban comer para vivir y vivir para pelear, aniquilaron los recursos de provincias tan ricas y feraces como las Andalucías, Extremadura, la Mancha y las Castillas.

Este horrible cortejo de desastres circundaba el siempre vacilante trono del rey intruso, y si España hubiera podido, cosa imposible, perdonarle su extranjerismo, su imposición y sus ejércitos napoleónicos, sus errores administrativos y sus desafueros políticos, jamás le habría perdonado sus quebrantos materiales, la pérdida de sus cosechas, la ruína de su hacienda, pues los caballos imperiales, á imitación del de el famoso Atila, dejaban yerma la tierra que pisaban con sus ferreos cascos.

A pesar de tantas calamidades, la lucha continuaba en toda la Península, y no parecía sino que los reveses embravecían más y más á los heróicos españoles, que aumentaban los aprestos guerreros, ensanchaban su esfera de acción y crecían en entusiasmo á cada dificultad, á cada revés, á cada desgracia. Si el pueblo carecía de recursos, si la nación se hallaba exhausta, contaba, sin embargo, con un tesoro inagotable de patriotismo y de constancia, de energía y valor que no podían abatir ni siquiera esas dos grandes calamidades que se llaman la guerra y el hambre. Esta resignación tranquila, este valor frío, este heroísmo sereno debían salvar á España de la grave crisis en que se hallaba y coronar su frente, en un plazo no lejano, con el laurel de la victoria.

En las guerras, ha dicho un ilustrado autor, el trascurso de algunas horas cambia la veleta de la fortuna, y el principal mérito de un caudillo ó de una nación consiste en no desalentar, en no retroceder, en poner buen rostro á la fortuna, en la seguridad de que el triunfo llega á ser siempre para el más constante, porque el verdadero valor no es el arrebatado sino el tranquilo.

* * *

En los comienzos del año 1812 recorría el luégo brigadier D. Antonio Porta, con el título y carácter de comandante general, toda la provincia de Jaén, ocupándose en exterminar las cuadrillas de malhechores, cortejo inseparable de toda guerra, de que las batallas y el hambre habían inundado el país, y en incorporar á las fuerzas de su mando las partidas sueltas de guerrilleros, al objeto de sorprender los destacamentos franceses, cortar sus comunicaciones y apoderarse de sus convoyes, como lo hizo, entre otros, con uno importantísimo que venía de Madrid para Sevilla, entre Guarromán y Bailén.

* * *

El 16 de Febrero Ballesteros destrozó en Cártama al general Marrasin.

* * *

Quizás sospechando los trabajos de conspiración que desde la cárcel mantenía el esforzado patricio D. Ramón Noriega, mandó Soult que fuera sacado de su prisión de Sevilla y conducido á Francia para ser pre-

© Biblioteca Nacional de España

sentado á Napoleón; pero al llegar á la frontera pudo fugarse y regresar á España, por cuya libertad continuó peleando como un héroe.

***

Herido el comandante de la partida del alcalde de Otívar, Guerrero, fué nombrado para sustituirle Simón Maestre, *soldado valiente y leal*, y mandando la guerrilla no cesó de hostigar á los franceses hasta fines de Mayo de 1812 (1).

Mientras el famoso alcalde de Otívar, don Juan Fernández se curaba en Gibraltar, Simón Maestre corría los términos de Alhama, Sierra-Tejea y la Alpujarra, con grave daño del enemigo (2).

***

Por Segura de la Sierra, en la provincia de Jaén, se distinguía con su guerrilla el patriota Marqués.

***

En las gargantas de Sierra Nevada (Granada) fray N. Rienda, vulgarmente llamado el *fraile*, estableció una especie de aduana para cobrar un tanto de los arrieros que á élla cudían á surtirse de nieve en el rigor de la canícula.

***

Por el antiguo reino de Granada operaban los famosos guerrilleros D. Pedro Algarrobal, Caballero, Clavijo, los curas de Casa-Bermeja y de Lobillo, el diácono Navarrete, Luque, Roda, Rodríguez, Santaella y otros menos conocidos, pero todos á cuál más arrojados y valientes.

***

Volvamos á Cádiz, la verdadera capital de las Españas, como la ha llamado un afamado publicista, en la cual residen las Cortes, la Regencia, los ministros, los altos Cuerpos del Estado, el embajador de Inglaterra, marqués de Wellesley, el ministro de las Dos Sicilias, conde de Priole, el Nuncio del Papa y arzobispo de Nicea, D. Pedro Gravina, y el enviado extraordinario de Portugal D. José de Sousa Holstein.

De Cádiz salen expediciones para todas las provincias de España; las Cortes que en ella residen forjan el rayo que ha de abrasar el poder francés, y elaboran una Constitución que de un solo golpe coloca á España en punto á instituciones al nivel de los pueblos más avanzados (1); y, sin embargo, el territorio de que podían disponer era tan pequeño, que cuando algún pasajero se extrañaba, dice el Sr. Castro, del subido precio que un calesero le exigía por llevarle á la Isla, al Cerro de los Mártires ó á Sancti-Pietri, él respondía con su natural gracejo andaluz:

—Considere V, señorito, que á donde voy á llevarle es á la frontera de Francia.

Con efecto, la línea francesa estaba tan cerca, que las Cortes no podían disponer más que de algunas varas de terreno, y sin embargo, disponían de toda España y tenían en constante alarma á los enemigos desde Rosas á Huelva y desde la Coruña á Granada.

Al llegar á Cádiz la nueva de la reconquista de Badajoz, D. Juan Nicasio Gallego escribió su célebre soneto:

«Al lord conde de Wellington, en la reconquista de Badajoz.

A par del grito universal, que llena
De gozo y gratitud la esfera hispana,
Y del manso, y ya libre, Guadiana
Al caudaloso Támesis resuena;
Tu gloria ¡oh, Conde! á la región serena
De la inmortalidad sube y se afana,
Se goza en ella la nación britana;
Tiembla y se humilla el vándalo del Sena.
Sigue; y despierta el adormido polo
Al golpe de tu espada: en la pelea
Te envidie Marte y te corone Apolo.
Y si al triple pendón que al aire ondea
Osa Alecto amagar, tu nombre sólo
Prenda de unión, como de triunfo, sea.»

(1) Manuscrito del alcalde de Otívar.
(2) Lafuente Alcántara.

(1) Lafuente.—*Historia de España.*

© Biblioteca Nacional de España

Y en todas las esquinas de las principales calles se fijaron unos carteles que en grandes caracteres decían: *Badajoz rendida. Gloria inmortal á la soberbia Albión y odio sempiterno al tirano y á su hermano*, y debajo aparecía José en una mal trazada figura, sentado sobre una cuba, con un vaso en la mano, cual si estuviera bebiendo, seguida de estas palabras: *¡Amargo trago!*

Prisionero Blake y desconceptuados sus colegas Agar y Císcar, no por falta de patriotismo, sino de iniciativa, era preciso nombrar nueva Regencia, y que ésta se compusiera de cinco individuos en lugar de tres, por ser muchas sus atenciones y por evitar que quedase desmembrada si por acaso ocurría una desgracia como la de Blake.

Como de la nueva Regencia dependía el mayor ó menor éxito de la Constitución que acababa de ser votada, y que muy en breve debía promulgarse, los partidos *liberal* y *servil* se agitaron extraordinariamente, y tras una sesión de veinticuatro horas (21 de Enero de 1812), en que los diputados permanecieron reunidos y el público agolpado á las cerradas puertas del Congreso, proclamóse el resultado de la votación, de la que salieron triunfantes el duque del Infantado; el Consejero de Indias, D. Joaquín Mosquera y Figueras; el teniente general de la armada, D. Juan María Villavicencio; el Secretario del Consejo de Hacienda, D. Ignacio Rodríguez Rivas, y el teniente general del ejército, D. Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, considerándose en la nueva Regencia á los Consejeros Mosquera y Rivas como representantes de América, de donde eran naturales.

Esta elección, que no fué muy del agrado de los liberales de las Cortes, sobre todo la del duque del Infantado, al que combatieron enérgicamente D. Agustín Argüelles y sus amigos, ni de los constitucionales de fuera, produjo en todos los ánimos la mayor inquietud, dudándose por muchos del acierto con que los elegidos desempeñarían su alto cargo en aquellas difíciles circunstancias.

Para obviar pasados inconvenientes dióse á la nueva Regencia un Reglamento en armonía con la Constitución, obra del diputado asturiano Sr. Vega Infanzón, que había estudiado para ello el régimen de las secretarías del Despacho de Inglaterra, el cual se componía de tres artículos:

Por el primero se concedía á la Regencia las mismas obligaciones y facultades que al Rey señalaba la Constitución, salvo algunas restricciones.

Por el segundo se indicaba cómo debía acordar sus providencias con el Consejo de Estado y los secretarios de Despacho.

Por el tercero se señalaba la responsabilidad de la Regencia, en cuya presidencia debían turnar cada seis meses por el orden marcado, y de los secretarios del Despacho.

La pasada Regencia (Blake, Agar y Císcar) se distinguió más por su patriotismo que por su pericia en los negocios, dañándola mucho en el concepto público su falta de iniciativa, su poca actividad, y la desgracia de haber caído Valencia en poder de los enemigos hallándose el ejército encargado de su salvación y defensa mandado precisamente por el jefe de la Regencia, el general D. Joaquín Blake.

* * *

Las dificultades con que España, y en su nombre las Cortes, tuvieron que luchar parecían insuperables.

Las dilapidaciones de la corte de Carlos IV, la desorganización que había reinado en su Hacienda y los errores administrativos de su reinado, habían aumentado la Deuda pública de una manera monstruosa.

Para atender á las grandes necesidades de la guerra las Cortes se encontraron con una Hacienda pública gravada en una deuda enorme, cuyos réditos casi absorbían el total de las cantidades que entraban en el Erario, quedando, por consiguiente, sin cubrir las numerosas atenciones que brotaban de la situación tan crítica y tan anormal por que el país atravesaba.

No puede negarse que el Congreso, como dice un distinguido historiador, se vió obligado por las circunstancias, más imperiosas y más fuertes que su voluntad, á establecer el impuesto sobre los productos de la agricultura, del comercio y de la industria, si bien al gravar estos tres ramos de la riqueza lo hizo no de un modo proporcional sino

© Biblioteca Nacional de España

progresivo, sin fijarse bieu en los sanos principios de la ciencia económica, que aconsejan, más que una voluntad enérgica en la imposición de un tributo, un maduro examen de sus dificultades y de sus ventajas.

En el espacio de algunos años, España se vió obligada á sostener una lucha propia sólo de titanes.

Desde el mes de Marzo de 1808 tenía invadido su territorio por los ejércitos napoleónicos, que por traición y engaño se habían apoderado de sus mejores plazas, viéndose forzada á combatir con el pérfido amigo y osado invasor, sin contar con soldados, ni con municiones, ni con cañones, ni con pertrechos, ni con vestuario, teniendo que crearlo todo.

Esto era poco, y desde 1810 se vió forzada á luchar contra la sublevación de las Américas; á la de Venezuela siguieron las del Paraguay y el Tucumán; Chile se sintió hondamente conmovido, sin llegar á insurreccionarse, merced á los esfuerzos del conde de la Conquista, y Méjico se entró de lleno por el camino de la revolución.

En vano las Cortes, pensando atajar el movimiento, otorgaron igual representación en la Cámara á las provincias ultramarinas, suprimieron las trabas impuestas á los naturales del país para ocuparse de la agricultura y de la industria, abolieron algunas obligaciones personales que entrañaban cierta humillación, tales como la *mita* (mandato á los indios obligándoles á emplearse en las obras públicas, y principalmente en las minas), y nivelaron á los indios y mulatos con los hijos de España para la obtención de empleos y cargos públicos.

¡Ay! aquellos pueblos, víctimas por tantos años del despotismo de los vireyes, de la crueldad de las justicias y de la rapacidad de los empleados que allí enviaba España, y de cuyos actos la Metrópoli no debía ser responsable, no podían ya satisfacerse con estas concesiones; ellos suspiraban por su independencia, como España por la suya, y no podían contentarse, repetimos, con estas concesiones, que si buenas para algunos años antes, eran hoy ineficaces, pues chocaban con su principal intento, que era el de la emancipación completa.

Por si aun todo esto no era bastante, la fiebre amarilla se presentó en Andalucía y causó terribles estragos.

Y por último, la miseria y el hambre, fantasmas que siguen á la guerra como sigue la sombra al cuerpo, vinieron á aumentar la serie de calamidades que en cuatro años cayeron sobre nuestra querida patria, tan digna de mejor suerte.

Tuvieron, pues, que luchar nuestros abuelos con el invasor, posesionado de la mayor parte del territorio; con la sublevación de América; con la fiebre amarilla; con las intrigas, conspiraciones y expionaje de algunos malos españoles, que no vacilaron en ponerse al servicio de Napoleón y de José; con la falta de recursos; con la escasez de soldados, con la falta de armas, de municiones y de pertrechos de guerra; con la ruína y la miseria del país, y, por último, con el hambre que desolaba las mejores provincias de España.

Tan graves circunstancias, tal cúmulo de dificultades, tan grandes desdichas, exigían una raza de jigantes, y España, con el superior orgullo, con el indomable valor, con la resignación heróica, con el alto patriotismo, con la infinita constancia, con el noble desinterés y con el tesón grandísimo que caracteriza á sus hijos, pudo salvar esta crisis, en que de seguro habrían perecido naciones que se consideraban superiores á la nuestra; y que esto no es un vano alarde de patriotismo, lo prueba la historia de aquellos años, las derrotas de Austria, de Prusia, de Italia, de Rusia, su conquista por Napoleón en algunos días, su vencimiento en algunas horas, su sumisión en algunos instantes á la voluntad del Capitán del siglo, mientras España luchaba un día y otro, un mes y otro mes, un año y otro año, vencida algunas veces, pero nunca domada y menos conquistada.

Las Cortes, que habían llevado sus cuidados, sus atenciones y sus empeños á reformar todos los ramos de la administración pública, á reparar todos los males que la nación venía sufriendo en tantos años de ignorancia y fanatismo, á fortificar todas las partes débiles del cuerpo social, á restañar las hondas heridas que España había

© Biblioteca Nacional de España

recibido antes y durante la guerra, no satisfechas todavía, habían seguido trabajando en el proyecto de Constitución, basada en nuestras antiguas libertades, fueros y costumbres, pero infiltrada del espíritu liberal y reformista de la época.

Brillantes fueron las sesiones que la discusión del proyecto de Constitución produjo; las imaginaciones de los diputados, ricas en ideas, fecundas en talentos y excitadas por las circunstancias, se mostraron de una manera gallarda. A los *serviles*, dominados por el cálculo y sostenedores de viejas creencias y pasados abusos, que consideraban como una herida cada triunfo de sus adversarios, opusieron los liberales las nuevas ideas de progreso, de libertad y de mejoramiento, sin las cuales España no podía vivir.

Veamos ahora la Constitución de 1812, en que la mayoría liberal demostró por modo concluyente que si había sido elegida para salvar la patria del yugo extranjero, lo había sido también para regenerarla, dignificarla y enaltecerla; examinemos el Código inmortal elaborado por aquellos eminentes patricios, con el cual, y según la feliz expresión de un eminente historiador, colocaron á España al nivel de los pueblos más libres, más cultos, y más adelantados de Europa.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO VI

LA CONSTITUCIÓN DE 1812

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LA CONSTITUCIÓN DE 1812

Los debates constitucionales.—El Código político.

Todos los historiadores están de acuerdo en que las discusiones que ocasionó el proyecto constitucional de 1812 fueron y serán un monumento de gloria para la tribuna española.

Pudo haber en ellas, y habría de seguro, algunos discursos ociosos ó prolijos; pero en general los oradores se mantuvieron dentro del terreno político é histórico, y las sesiones resultaron grandemente notables y aprovechadas.

Consideraban algunos hombres de aquel tiempo, especialmente los del bando anti-reformista ó servil, que las luces se hallaban poco difundidas; pero las discusiones sobre la abolición de señoríos, de la Constitución, de la abolición de la Inquisición y del voto de Santiago, pusieron de manifiesto que la nación española se hallaba dignamente representada en las Cortes, y que la mayoría de los diputados poseían una instrucción, un talento y una oratoria dignos del mayor aplauso.

Por una y otra parte, dice un ilustrado publicista (1), se pronunciaron elocuentes discursos y se expusieron razones de principios y de conveniencia política en aquella lucha, que podría haberse creído de razas, á juzgar por los dos bandos que en ella intervenían.

Empresa tan larga como difícil sería reseñar las sesiones de las Cortes y dar á conocer los discursos que se pronunciaron en favor y en contra del proyecto constitucional; baste decir que «los avanzados defendieron, atendiendo al bien de la Nación, los derechos de ésta, y que los retrógrados con miras egoistas, y atentos sólo al triunfo de su causa, lucharon por que el pueblo continuase en la más absoluta dependencia del monarca.»

Sostuvieron el peso de las discusiones, por el bando anti-reformista, los Sres. Borrull, Iguanzo, Cañedo, Gómez Fernández, Dou, Guereña, obispo de Calahorra, Mendiola, Fernández Leyva, López de la Plata, Ostolaza, Guridi y Riesco; y por los liberales, los Sres. Argüelles, Muñoz Torrero, Calatrava, Luján, Toreno, Capmany, Gallego, Oliveros, García Herreros, Pérez de Castro, Espiga y Villanueva, con discursos á cuál más elocuentes.

Por fin terminaron las Cortes la discusión del proyecto de Constitución, que constaba de dos capítulos y 10 títulos, referentes á la nación española y los españoles, Religión, Gobierno, Formación de las Cortes y sus atribuciones, El rey y sus facultades, Tribunales y administración de justicia civil y criminal, Gobierno de las provincias y de los pueblos, Contribuciones, Fuerza nacio-

(1) Calvo y Marcos. —*Régimen parlamentario de España.*

© Biblioteca Nacional de España

nal, Instrucción pública, Observación de la Constitución y sus variaciones.

A pesar de las dificultades que opusieron los anti-reformistas, prosiguió la discusión, que llegó á feliz término al comenzar el año 1812.

En el proyecto de las Cortes se declaraban constituyentes «En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la sociedad.»

Y luégo afirmaban la Soberanía de la Nación á establecer sus leyes fundamentales y adoptar la forma de gobierno que más le convenga.

A pesar de su rebelión declaraban que las colonias formaban parte integrante de España. ¡Lástima que en el artículo 22, al tratar de los derechos de la ciudadanía, consignara que á los españoles que por cualquiera línea traían su origen del Africa, podrían las Cortes otorgarles carta de ciudadanía tan sólo por sus merecimientos, servicios ó talentos, y siempre que fueran hijos de legítimo matrimonio, de padres ingenuos, casados ellos con mujer ingenua, avecindados en los dominios de España, con profesión ó industria y capital para mantener su casa y educar á sus hijos! Artículo que combatieron con gran empeño los diputados americanos y españoles, sosteniendo Alcocer que ni los griegos, tan rígidos en estas materias, habían exigido el origen remoto, bastando el próximo, nacer de padres naturales; y Toreno exclamó: «¿Qué *causa leonis*, qué plaga ó constelación infausta cobija el Africa que no cubre á la Europa, á la América y al Asia?» Aunque el artículo fué retirado para modificar lo que pudiera tener de ofensivo, quitando lo de «suficiente para mantener su casa y educar sus hijos con honradez,» dejaron íntegro el pensamiento.

En el artículo 12, en que se consignaba que la nación española profesa la religión católica, apostólica, romana, única verdadera, con exclusión de cualquiera otra, lograron los serviles añadir que sería perpetuamente la de la Nación, y que ésta *la protegería*, y los liberales, sin oponerse, hicieron aprobar *por leyes sábias y justas*.

Al tratar de las Cortes, los anti-reformistas Borrull, Iguanzo y Cañedo querían los tres brazos antiguos, clero, nobleza y pueblo, para formar una segunda Cámara; pero Toreno, con harta justicia, les preguntó si se compondría esa segunda Cámara de todos los nobles ó de sólo los grandes, cómo se podría hacer la elección habiendo mayor número de nobles en las provincias del Norte, y qué representación se daría en esa Cámara á las Américas, que no tienen ninguno.

El periódico *El Robespierre Español* decía á este propósito:

«Según un sabio español, no debía otorgarse merced de grandeza ni título de Castilla más que por algunos servicios muy especiales y de algún mérito brillante.

Esta teoría, que podríamos llamar del *viento*, si se la administrara con mano avara equivaldría á un gran ramo de la real Hacienda, y podría excusar algunos millones al Erario.»

Por 112 votos contra 30 fué aprobado el artículo del proyecto, que decía: «Las Cortes son la reunión de todos los diputados que representan la Nación, nombrados por los ciudadanos en la forma que se dirá;» creándose, en vez de la alta Cámara que pretendían los absolutistas, un Consejo de Estado de 40 individuos, cuatro de la nobleza, cuatro del clero y los demás escogidos por el rey de una lista triple que le presentaría el Congreso, pero sin funciones legislativas, limitado á aconsejar al rey y á proponer en terna para la provisión de beneficios eclesiásticos y puestos judiciales, como las antiguas cámaras de Castilla y de Indias.

Los diputados debían ser elegidos uno por cada 70.000 almas, por el método indirecto, pasando por tres grados progresivos, el *compromisario* (para lo cual bastaba ser ciudadano y vecino), que designaban á los de *parroquia*, y los de *partido*, elegidos por ellos, y que nombraban al diputado, á quien no se exigía más que tener 25 años, ser ciudadano seglar ó eclesiástico regular, haber nacido en la provincia ó llevar siete años de residente en ella, sin exigirle rentas, para no privar al país de personas merecedoras, excluyendo á los secretarios del Despacho, consejeros de Estado y altos empleados de Palacio, á imitación de las Cortes aragonesas, no pudiendo solicitar para otros ni ad-

© Biblioteca Nacional de España

mitir para ellos empleo de provisión real, ni ascenso (salvo los de escala), ni tampoco pensión ni condecoración hasta un año después. El cargo de diputado debía durar dos años, sin poder ser reelegido.

Consignábase igualmente que el poder del cuerpo electoral era amplio para resolver cuanto los delegados en su conciencia juzgasen conveniente dentro de la Constitución.

Las Cortes debían reunirse todos los años en la capital, en determinado día, sin necesidad de la convocatoria real, y durar cada legislatura tres meses al menos, con la facultad de ratificar los tratados de alianza ofensiva, subsidios, comercio, ordenanzas para los ejércitos de mar y tierra, la enseñanza pública y la particular del heredero de la Corona.

La comisión sostuvo, y Pérez de Castro defendió, el *veto suspensivo* del monarca á cualquier proyecto de las Cortes hasta ter-



D. DIEGO MUÑOZ TORRERO

cera vez, que entonces sería ley, como si hubiera recibido la *sanción real*, contra Toreno, que, sin aparentar ser tan liberal, lo combatió con gran energía, pues que el veto en lugar de unir los dos poderes, al rey y á las Cortes, los separaba, y con el veto el rey podía acabar con las Cortes, como sucedió en Aragón y Castilla, añadiendo que era un absurdo que una sola voluntad se pusiera por cima de la de toda la Nación representada por sus diputados.

También se otorgó al monarca, frente á la opinión de Calatrava y del mismo Toreno, la facultad de declarar la guerra y ratificar la paz, si bien prohibiéndole impedir la reunión de las Cortes, embarazar sus discusiones ni disolverlas, ajustar alianzas ofensivas y tratados de comercio sin su autorización, atentar á la libertad individual, contraer matrimonio ni ausentarse sin su permiso.

El orden de sucesión adoptado en sesión

© Biblioteca Nacional de España

secreta fué el ordinario, prefiriendo la línea recta á los varones de otras ramas, y en aquélla el varón á las hembras, aboliendo así la famosa *Ley Sálica*, introducida por Felipe V, reservando á las Cortes señalar al comienzo de cada reinado la dotación de la familia real.

Siete debían ser los ministros (Estado, Gobernación, Ultramar, Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda y Marina) responsables ante las Cortes, siendo nulo todo decreto del rey que no llevase la firma del ministro respectivo.

Los tribunales se dividían por la Constitución en tres partes: Reglas generales, Administración civil de justicia, Administración de lo criminal, declarando inamovibles los jueces, afirmando que ningún español podría ser juzgado sino por el tribunal competente, si bien manteniendo los fueros eclesiástico y militar, á pesar de las notables impugnaciones de García Herreros y Calatrava, los dos jurisconsultos quizás de más talento de las Cortes y aun del país.

El Tribunal Supremo debía juzgar á los ministros, si las Cortes los procesaban, y á los altos funcionarios, y ocuparse de los asuntos contenciosos del real patrimonio: quedaban luégo las Audiencias para las provincias; los Jueces para los distritos; y los Alcaldes para los pueblos, con facultades extensivas en lo económico y carácter de jueces conciliadores, pues se prohibía entablar un pleito sin hacer constar que se había acudido á ellos en vano; y los árbitros, elegidos por ambas partes para dirimir pequeñas cuestiones.

En lo criminal ningún español podía ser preso sin auto de juez, que le sería leído, tomándose declaración en las primeras veinticuatro horas, y admitiéndole fiador en ciertos casos; se ordenaban frecuentes visitas á las cárceles para atender toda declaración, y se abolían el tormento, los apremios y la confiscación de bienes, prometiendo el Jurado, ó sea los jueces, de hecho y de derecho.

Se abolían igualmente los *Regidores perpétuos*, y se otorgaban á los ayuntamientos, que debían ser nombrados por los vecinos, las atribuciones de que los había despojado el poder centralizador; creándose, á imitación de las que había en las Vascongadas, las Diputaciones provinciales, nombradas por los electores del partido y presididas por el Jefe político.

En Hacienda se ordenaba la nulidad de todo impuesto no votado por las Cortes; presentación por el Gobierno á las mismas de los presupuestos anuales, y la conveniencia de que no hubiera otras aduanas que las de las fronteras y las costas.

Las Cortes debían fijar todos los años las fuerzas de mar y tierra, consignando el servicio militar obligatorio y aboliendo así las pruebas de nobleza que se exigían para formar parte de ciertos cuerpos, y creando las Milicias nacionales, que no podían ser empleadas por el rey fuera de su distrito sin autorización de las Cortes.

Se establecían para la instrucción pública escuelas en todos los pueblos, universidades y otros establecimientos de enseñanza y una Dirección general, disponiendo que desde 1830 no podría ejercer los derechos de ciudadano el que no supiese leer y escribir.

Se proclamaba la libertad de imprenta con bastante amplitud para aquella época.

Por el último título del proyecto constitucional se otorgaba á las Cortes la facultad de, al abrir cada legislatura, examinar los actos realizados por el Poder ejecutivo, y á todos los ciudadanos el derecho de petición; resolviendo, en fin, que la Constitución, una vez aprobada, no podría modificarse hasta pasados ocho años, siendo necesario para ello poderes expresos de las provincias.

Aunque algunos absolutistas, por parecerles demasiado liberal, quisieron rebajar el plazo, así como varios reformistas por considerarla un tanto retrógrada, y bastantes americanos por desear que en ella se consignara la emancipación de las provincias de Ultramar, fué aprobado el título citado.

El inspirado poeta y elocuente orador don Juan Nicasio Gallego, al objeto de evitar que los serviles reprodujeran sus tentativas de provocar interminables discusiones, como habían venido haciendo, propuso, y las

© Biblioteca Nacional de España

Cortes acordaron, que toda proposición que se relacionase con alguno de los puntos que abrazaba la Constitución, pasase á la comisión de la misma para que ésta indicase si se oponía á alguno de los artículos aprobados.

Tachaban los serviles de sobrado democrática la Constitución de 1812, pero era natural que tuviera este carácter, primero, porque los diputados necesitaban revindicar para la Nación la soberanía frente al absolutismo de los reyes que habían ahogado en sangre en Castilla, en Aragón y en Cataluña nuestras antiguas libertades; segundo, porque la misión de las Cortes era reformista, y á las reformas sólo podía irse por el camino de las ideas democráticas, que eran las imperantes en la época.

Si se amenguó en ella el poder real fué porque una triste experiencia había demostrado cuán peligroso es dejar á un monarca árbitro de los destinos de una nación; y si no se admitió una segunda Cámara formada de nobles y eclesiásticos, fué porque tales privilegios no podían mantenerlos unas Cortes que habían abolido la condición de nobleza para entrar en los colegios y cuerpos militares, y que dejaban francos todos los caminos á los nobles y á los clérigos para formar parte del Congreso establecido.

En cuanto á las censuras de los anti-reformistas porque la Constitución igualaba las provincias de Ultramar con las de España, basta recordar lo que hemos dicho en otras ocasiones, esto es, el derecho que á las Américas asistía para ello y la gratitud que la Metrópoli la debía por su patriótica conducta y sus cuantiosos donativos en los comienzos de la guerra.

La dificultad de subsistir la Constitución de 1812 estribaba no en sus principios liberales, pues como ha dicho Marliani, el hombre siempre está en sazón para la libertad, á la que acompaña la idea de igualdad, presentándole así como la obra cabal de la creación, sí en la obligación, no cumplida, de las clases elevadas de respetarla y mantenerla, en lugar de tratar de destruirla, como procuraron apenas la vieron promulgada; no por los principios liberales que proclamaba, sí porque había destruído grandes abusos á cuya sombra muchos venían medrando, los cuales se dedicaron á conspirar contra ella.

«Conocida es y juzgada ha sido también por los hombres políticos y pensadores esta obra del patriotismo y de la ilustración de nuestros padres.

Base y cimiento de las libertades políticas españolas, fijó principios saludables de gobierno que en todos los tiempos y en todas las naciones cultas serán respetados (1).»

Contra lo que entonces propalaron y luégo escribieron los serviles, el recibimiento que dentro y fuera de España obtuvo la Constitución fué tan completo como entusiasta.

«Los cuerpos en general, los consejos, los tribunales, prelados, cabildos eclesiásticos, casi todas las comunidades religiosas, los ayuntamientos, los empleados de todas jerarquías, un sin fin de particulares de España y residentes en el extranjero, de cuyas actas de adhesión guardo en mi poder una colección completa que asciende á largos miles de documentos, remitieron sus felicitaciones á las Cortes, demostrando el número y enardecimiento de tantísimas enhorabuenas que no hubo jamás institución humana que alcanzara más éxito, ni código que se jurara con mayor alborozo (2).»

No fué la aprobación unánime del interior la única que mereció la obra de las Cortes.

La Rusia, en el tratado firmado en Weleski-Luki, el 20 de Julio de 1812, decía en el art. 3.°:

«S. M. el emperador de todas las Rusias reconoce como legítimas las Cortes generales y extraordinarias reunidas actualmente en Cádiz, así como la Constitución que han decretado y sancionado.»

Extremóse más el canciller de Rusia, conde de Romanoff, pues acusando el recibo del ejemplar de la Constitución, enviado por la Regencia al emperador de Rusia, escribió en 21 de Noviembre de 1812 al Sr. Zea Bermúdez:

«Ha recibido S. M. este nuevo testimonio del afecto que merece al Gobierno español,

---

(1) Lafuente.—*Historia de España.*

(2) Marliani.—*Historia de la España moderna.*

© Biblioteca Nacional de España

con tanta mayor complacencia cuanto que esta acta solemne afianza la prosperidad de esa nación valiente y pundonorosa á la cual profesa S. M. sumo aprecio.»

No estuvo menos terminante la Prusia en su tratado firmado con la España en Basilea el 20 de Enero de 1814.

«Art. 2.° S. M. el rey de Prusia reconoce á S. M. Fernando VII como único rey legítimo de la monarquía española en ambos hemisferios, como también á la Regencia del reino que, durante su ausencia y cautiverio, lo está representando, en virtud de su elección legítima por las Cortes generales y extraordinarias, y la Constitución sancionada por éstas y jurada por la nación.»

Inglaterra, Portugal é Italia la acogieron con grandes simpatías.

Para concluir añadiremos que aquella Constitución, que los serviles combatieron con tanta saña y que no querían para su país, fué adoptada algunos años después por Italia y Portugal (1).

En aquel ímpetu unánime de la Nación—dice un notable publicista—para plantear una ley fundamental y para defender la patria, tan sólo el Gobierno fué torpe: en los seis años de guerra, por ningún rumbo acertó la autoridad suprema de las Regencias á coordinar las operaciones militares, ni asomó un ministro en la tribuna para derramar alguna luz sobre las discusiones ó manifestar la existencia del Gobierno con alguna gestión briosa ni ocurrencia atinada.

Jura y proclamación de la Constitución en Cádiz.—Una poesía célebre.—Jura de la Constitución en la Isla de León y en el resto de España.

Terminada la discusión de la Constitución, y aprobados todos sus artículos, señalóse el día 19 de Marzo «aniversario del en que por la espontánea renuncia de Carlos IV subió al trono de las Españas su hijo el rey amado de todos los españoles Fernando VII de Borbón y cayó para siempre el régimen arbitrario del anterior Gobierno.»

La ceremonia del día 18 fué solemnísima.

Llenas las tribunas y las galerías de las Cortes de un brillante y numeroso concurso de habitantes de Cádiz, de hijos de otras provincias y de extranjeros, el secretario leyó uno de los ejemplares del nuevo Código nacional que debían ser firmados, y á seguida preguntó á los diputados:

—«¿Es esta la Constitución que las Cortes generales y extraordinarias han decretado y sancionado?»

Pregunta que fué contestada afirmativamente.

Uno de los secretarios ocupó á seguida la tribuna, y dijo:

—«¿Juráis guardar la Constitución política de la monarquía española que estas Cortes generales y extraordinarias han decretado y sancionado?»

Entonces, colocando el presidente su mano en el libro de los Evangelios, contestó en alta voz:

—«Sí juro.»

Después siguieron jurando todos los diputados de dos en dos, y el secretario repuso:

—«Si así lo hiciéreis, Dios os lo premie y si no os lo demande.»

A poco penetró en el salón la Regencia, acompañada de una comisión de diputados que había salido á recibirla á la puerta y de una numerosa comitiva de grandes de España, embajadores de las potencias aliadas, altos jefes militares nacionales y extranjeros, y otras personas de distinción, jurando á su vez.

El presidente de las Cortes recomendó á la Regencia el puntual cumplimiento de la Constitución, asegurando el presidente de ésta que todos sus esfuerzos se dirigirían á observarla y hacerla ejecutar.

Firmados por 184 diputados de la Península y Américas (tan sólo faltaron 20, por ausentes ó enfermos, si bien á éstos pasó un secretario á recogerles la firma) los dos ejemplares, uno de los cuales debía guardarse en el archivo de las Cortes y el otro entregarse á la Regencia, salieron todos para la iglesia de los Carmelitas, pasando por entre las tropas que cubrían la carrera los diputados formados de dos en dos, cerrando la comitiva el presidente, que llevaba á su lado

(1) Conde de Fabraquer.—*Historia de todos los países.*

© Biblioteca Nacional de España

á los regentes, donde se celebró una misa solemne y después se cantó el *Te Deum*, regresando en la misma forma al palacio episcopal, donde se disolvió la comitiva.

Procuraremos reseñar el acto de la jura y promulgación de la Constitución el 19, siguiendo las huellas de los mejores historiadores.

Aunque el cielo apareció cubierto y con señales de tempestad y lluvia, los preparativos para el solemne acto no cesaron, ni el público se preocupó lo más mínimo del mal cariz del cielo.

Como había arreciado en los últimos días el bombardeo y la catedral se hallaba en un lugar muy expuesto á los tiros franceses, se eligió para la ceremonia religiosa la iglesia del convento de los Carmelitas Descalzos, situada en la Alameda.

Por rara coincidencia, era aquel día el aniversario de la subida al trono de Fernando VII y el santo del intruso José, y al par que las baterías francesas disparaban en su honor, las nuestras lo hacían en honra y gloria de la Constitución.

Un gentío numeroso llenaba las calles desde las primeras horas de la mañana.

Las tropas y los voluntarios cubrían la carrera que había de recorrer el Congreso, desde la iglesia de San Felipe Neri, en que se reunían las Cortes, hasta el convento del Carmen, que ya encerraba los restos del general duque de Alburquerque y del almirante D. Federico Gravina, cual si la suerte hubiera querido que ejército y marina presenciaran el solemne acto representados por tan heróicos caudillos.

El palacio de la Regencia, las Casas consistoriales, la fachada de las Cortes, las embajadas de Inglaterra y Portugal, de Roma y las Dos Sicilias, así como otros muchos edificios, ostentaban lujosas colgaduras y preciosos transparentes, en muchos de los cuales se veían varios Hércules con las mazas limpiando de fieras y tiranos la tierra.

A las puertas del Ayuntamiento, de las Cortes, de la Aduana y de San Antonio se habían colocado músicas militares que alegraban el espíritu con sus marciales ecos.

La batería francesa de la Cabezuela dispara sobre Cádiz, y la plaza le devuelve sus tiros con los cañones del castillo de Puntales, las obuseras de la Aguada y una bombardera inglesa.

Comienza á soplar el viento y á caer una lluvia que parecía torrencial, pero las gentes la resisten impasibles; nadie piensa en retirarse, y al agua de las nubes y á las bombas de los franceses responden entusiastas vivas á España, á la Constitución y á Fernando.

Aparecen las Cortes seguidas de la Regencia, los ministros, los embajadores, los altos Cuerpos del Estado, los jefes del ejército y de la marina, y son acogidas con frenéticos aplausos; tras ellas penetran en la iglesia del Carmen multitud de gentes, pero los que no lograron penetrar en el templo no por eso abandonaron su sitio.

Jamás presenció Cádiz un día de mayor entusiasmo y de mayor regocijo.

Terminado el solemne *Te Deum*, que entonó el cardenal de Borbón, embajadores, corporaciones, tribunales, oficiales, marinos, comerciantes, literatos, artistas, pueblo, todos se apresuran á felicitar á la Regencia; y el obispo de Mallorca, cuando regresó á las Cortes con la comisión que había ido á entregar á la Regencia el ejemplar firmado, exclamó, profundamente conmovido:

—«Señor: Acabamos de cumplir la comisión que V. M. se ha dignado confiarnos. A nombre de V. M. hemos presentado á la Regencia del Reino la Constitución política de la Monarquía española que V. M. ha firmado en este día, y el Soberano Decreto en que se sirve mandar su observancia y puntual cumplimiento. La Regencia ha recibido con el mayor respeto y entusiasmo entrambos documentos y ofrecido guardar las sagradas instituciones contenidas en el inestimable Código de nuestra regeneración política, en el más firme garante de nuestra libertad, y hacerlas guardar en los vastos dominios de V. M.

. . . . . .

No lo hemos extrañado, señor, porque á la verdad ¿quién no ha de sentirse conmovido en un día tan feliz? En el único plausible y venturoso día que haya visto nuestra Nación, la ínclita, la invicta España, en un día

© Biblioteca Nacional de España

que eterniza la memoria y la inimitable beneficencia de V. M.

. . . . . .

Yo quisiera decir más, pero, ¿á qué, siendo ya tan tarde, cansar á V. M. y á tan respetable público? Conténtome, pues, con exclamar: ¡Loor eterno, gratitud eterna al Soberano Congreso Nacional! ¡Reconocimiento perdurable á los señores individuos de la enunciada comisión!... ¡Ya feneció nuestra esclavitud!... Compatriotas míos en las cuatro partes del mundo, ya hemos recobrado nuestra dignidad y nuestros derechos... ¡Somos españoles!... ¡Somos hombres libres!...»

Congreso y público prorrumpieron en estrepitosos aplausos.

A las tres de la tarde salió de las casas consistoriales la comitiva que debía publicar la Constitución, presidida por el gobernador de Cádiz, el insigne marino D. Cayetano Valdés, que vestía de grande uniforme, y compuesta de los oidores de la Audiencia D. José Montemayor y D. Pedro Garrido; de los regidores D. José Serrano Sánchez, el conde de Casas-Rojas, el coronel D. José María de Lila, el teniente de marina, conde de Río-Molino; los secretarios del ayuntamiento y de la Audiencia, y los cuatro reyes de armas D. Francisco Trapani, D. Antonio de Losas, D. Manuel Pérez Dávila y D. Gregorio Polo, precedida de los timbaleros, personas oficiales, numeroso concurso, escuela de caballería y piquetes de tropas de los batallones de Voluntarios de línea, de Cazadores y de Milicia urbana.

Llegada que fué la comitiva al Palacio de la Aduana, que ocupaba la Regencia, subió el general Valdés á saludarla y recibir de manos del ministro de Gracia y Justicia la Constitución, contenida en un pequeño libro forrado de tafilete encarnado, dirigiéndose al primer punto destinado para la publicación del Código nacional, frente al citado palacio.

Hallábase dispuesto, como en los otros tres puntos señalados para esta ceremonia (plazas de la Cruz de la Verdad, de San Antonio y de San Felipe), un tablado alfombrado de terciopelo que tenía en el centro el retrato de Fernando cubierto con un rico crespón.

Subió Valdés al tablado, los oidores y los secretarios se colocaron en filas, y los reyes de armas ocuparon los ángulos.

Descubre Valdés el retrato, presentan las tropas las armas, resuenan los clarines y se oye un viva atronador.

Entrega el general el libro de la Constitución á uno de los secretarios, quien lo pasa á manos del rey de armas más antiguo, el cual procede á su lectura. Al terminarla resuenan de nuevo las aclamaciones y los vivas, tornan las tropas á presentar las armas y vuelve á cubrirse por Valdés el retrato del rey.

No cesa el temporal, pero no amengua el entusiasmo público.

Termina el día con la misma lluvia y el mismo viento; la iluminación preparada no puede lucir, pero las calles se miran atestadas de gente alegre, bulliciosa, satisfecha.

Dejaríamos incompleta esta reseña si no copiáramos del número del *Diario Mercantil* de aquel día la graciosa poesía que sigue:

«Al ínclito señor Pepe, rey (en deseo) de las Españas, y (en visión) de sus Indias.

Salud, gran rey de la rebelde gente;
Salud, salud, Pepillo diligente
Protector del cultivo de las uvas
Y catador experto de las cubas;
Hoy te celebra mi insurgente mano
Desde el grandioso emporio gaditano;
Y sin quebrarme mucho la cabeza
Al momento tropieza
Mi pluma con tus raras cualidades;
No llenaré el papel de vaciedades,
Como hacen á tu lado esos señores,
Necios aduladores
De tu persona y derrengado trono,
Que te dejan corrido como un mono,
Celebrando virtudes que no tienes,
Y coronan tus sienes
Con laureles de Marte, ó bien de Apolo,
Cuando al tyrso de Baco aspiras sólo.
Y si ellos alabaran tu constancia,
Que viendo perecer á España y Francia,
Con tal que á tí la china no te toque,
No te conmueves más que un alcornoque;
Si ensalzara su fértil fantasía
La extraña y paternal *filantropía*,
Que en tus queridos súbditos se estrena

© Biblioteca Nacional de España

Ahorcando cada día una docena...
Si hablaran del ardor con que apadrinas.
.....
Y frailes que prediquen tus virtudes,
En tal caso no dudes
Que pudieran charlar de tí sin fin
Estala, Arribas, Suelto, Moratín.
En elogiarte cuerdo,
Se presenta á mis mientes el recuerdo
De tu triunfante entrada
En la española corte consternada...
Mas no comprendo yo por qué motivo
Te recibió con rostro tan esquivo.
Ibas muy serio, á modo de bamboche
Arrellenado en el pomposo coche,
Y tus largas orejas recreabas
Con la alegre algazara que escuchabas
En francés, en tudesco, en italiano,
En todo idioma excepto el castellano,
Del lucido tropel de sarteneros,
Roncos amoladores, tahoneros,
Cuya lengua á porfía
Vive le roi con alta voz decía.
Mas dudo mucho que tus ojos reales
Diesen de su placer grandes señales,
Al ver el fiero ceño
Del diabólico pueblo madrileño;
Al que, á pesar de tus dragones fieros,
Tus húsares, gendarmes, coraceros,
Ruído de sable, estruendo de cañón
No puedes reducir á la razón.
Y si por fin, el resto de la España,
Por la fuerza ó la maña
A tu partido reclutar pudieras,
De tan ágrio desdén te repusieras;
Mas se obstina esta gente endemoniada
En que no quiere ser *regenerada*.
Y luégo esos ingleses testarudos,
Que si nos ven desnudos
Envían ropa... ¿faltan los fusiles?
Ellos los traen á miles.
Pregúntale á *Massena*,
Si recibió en París la enhorabuena
Cuando antaño volvió de Portugal,
Y después de aquel chasco tan fatal
El tio *Mina*, y otros bergantones
Por poco no le dejan sin calzones.
Pero, ya digo, somos tan paletos
Que no pueden entrarnos los decretos,
En que por nuestro bien te despepitas,
Y en sosiego ponernos solícitas.
Mas porque no se diga que te arredras,
Predicaste en *Logroño*, y á las piedras
Tus elocuentes frases ablandaran,
Si sentido las piedras albergaran:
Y tanta mella hicieron tus sermones,
Como en *Cádiz* los nuevos *morterones*,
O las arengas que *El Censor* predica,
Contra la santa ley, que hoy se publica (1).
Abandona á tu suerte miserable
Esta ralea tosca, detestable,
Que en vez de respetarte,
Y con rendida sumisión nombrarte
El *rey José*, se empeñan ellos y ellas
En que te han de llamar *Pepe Botellas;*
Pues saben, viejos, mozos, niños, niñas,
Que eres el gran patrón de nuestras viñas,
Y que cuando te encierras
Con tus amigas, cojes unas *perras!!*
De aquellas *perras* que se llaman *monas;*
Que quién las coje alegres, quién *lloronas;*
Otro la echa de guapo y alborota;
Mas la tuya es pacífica, es *devota;*
Dígalo aquella noche, que te hallaron
Hecho una *cuba* y luégo te tumbaron
En tu lecho imperial sin aparato,
Y de allí á corto rato
De la cama saltastes en camisa,
Pidiendo te dijeran una misa.
¿Quiéres, gran Pepe, mejorar de suerte,
Y tus días de hoy más hasta la muerte
Cumplir tranquilo, alegre y satisfecho?
Pues óyeme un consejo de provecho.
Pide á tu hermano, pídele de veras,
Te libre pronto de estas gentes fieras
Que aburren tu paciencia
Y se burlan de su alta omnipotencia;
Sino... lo estás palpando,
Un día de tu trono vas rodando;
Y acaba tu gobierno en la Península
Como el de Sancho remató en la ínsula.

MANOLO.»

En el teatro, magníficamente iluminado, se representó aquella noche la siguiente función:

«*La Patria*, monólogo por la Sra. Agustina Torres; Himno en loor de la Constitución; *Las Profecías de Daniel*, oratorio sacro en tres actos; overtura patriótica; una contradanza alegórica en el Templo de la Fama.»

La poesía, la música, la pintura, concurrieron á enaltecer aquella fiesta, una de las más grandes que la patriótica ciudad de Cádiz llevó á cabo; se acuñaron monedas, se hicieron cuantiosos donativos, se acordó eri-

(1) «Hoy se publica en Cádiz *La Constitución Española* á despecho de los *franceses* y de los *serviles*.»

© Biblioteca Nacional de España

gir un monumento frente á la iglesia del Carmen para que fuera visto por igual de los marinos y de los habitantes de la Isla, abriéndose para ello un certamen artístico.

El júbilo de Cádiz tuvo su eco en toda España, donde el entusiasmo por la Constitución y por las Cortes rayó en delirio.

El 29 de Marzo se mandó publicar en la vecina población de San Fernando (Isla de León).

Levantóse un tablado igual á los de Cádiz, con el retrato de Fernando custodiado por los guardias de Corps.

Promúlgase la Constitución, y las tropas hacen tres descargas precedidas de quince cañonazos.

Colocan luégo los soldados las armas en pabellones, y los jefes, oficiales y soldados españoles pasan á convidar á los de Inglaterra y Portugal á un banquete, en el que se brinda con el mayor entusiasmo al compás de los cañonazos franceses.

En todos los pueblos libres de franceses se proclamó la Constitución con el más grande entusiasmo, y en los ocupados por los imperiales se proclamó igualmente así que se vieron libres del tiránico yugo extranjero.

Muerte del Sr. Morales Duárez.—Tentativas de los serviles en favor de la Inquisición.—Más periódicos.—El Diccionario razonado y el Diccionario burlesco.—Nuevos libros.—Fiestas por el 2 de Mayo.—Situación de Cádiz.—La Marsellesa española.

Promulgado el Código político se mandaron instalar por las Cortes (23 de Marzo) los ayuntamientos constitucionales á la posible brevedad, dando reglas para la elección, disponiendo la agregación á otros de los que no pudieran constituir municipio, y la cesación de regidores y otros oficios perpetuos de los ayuntamientos, así como proceder al nombramiento de las diputaciones en las provincias existentes «hasta que llegara el momento de hacer la nueva división del territorio, de que trataba el artículo 11 de la Constitución.»

Igualmente formaron las Cortes los reglamentos por que habían de regirse el Consejo de Estado, el Tribunal Supremo de Justicia, los de Guerra y Marina, Hacienda y Ordenes, las audiencias y los jueces.

En los primeros días de Abril fallece el presidente de las Cortes, D. Vicente Morales de Duárez, alcalde de Corte de la Audiencia de Lima y diputado que era por el Perú. El Congreso acordó celebrar un gran sufragio por su eterno descanso en la iglesia de los Carmelitas descalzos el día 7, y que las tropas de la Casa Real, puestas sobre las armas frente al templo, hicieran tres descargas al aparecer el cadáver y le acompañasen hasta su última morada.

El día 11 ordenaron igualmente las Cortes la celebración de un solemne *Te Deum* por la reconquista de Badajoz.

Los diputados *serviles*, buscando todos los medios de paralizar la obra de las Cortes y poner la gobernación del país en manos de la nueva Regencia, en la que confiaban, y no sin razón, como veremos después, propusieron la disolución del Congreso y la convocatoria de otras Cortes, con arreglo á la Constitución. Penetrados los liberales de sus proyectos, el 25 de Abril presentó un dictamen la Comisión constitucional sosteniendo que las nuevas Cortes debían reunirse en Octubre del año próximo y no en Marzo, por no haber tiempo para las elecciones en América, no disolviéndose las actuales hasta entonces, como así se acordó.

Resueltos los *serviles* á no cejar en sus planes contra la libertad, preparan una emboscada á los constitucionales en la sesión del 22 de Mayo, en la que resolvieron solicitar el restablecimiento de la Inquisición. La noche antes recorrieron los conventos y las iglesias buscando adeptos, pero no en todos fueron bien admitidos, pues los capuchinos se negaron á secundar sus proyectos, y el guardián de los descalzos es fama les respondió con enojo:

—«Por mi dictamen, la Inquisición debe desaparecer.»

No se desanimaron, y llenando las galerías de las Cortes de frailes y clérigos bajo la dirección de uno de los primeros, se dispusieron á dar la batalla.

Levántase D. Francisco María Riesco, presbítero é inquisidor de Extremadura, y pide á las Cortes el inmediato restablecimiento del Santo Oficio, con exagerado

© Biblioteca Nacional de España

aplauso de los asistentes y sorpresa grande de los diputados.

Toma la palabra el sacerdote y literato D. Juan Nicasio Gallego y combate la proposición, fundado en que por el decreto de las Cortes, creando el Tribunal Supremo de Justicia, se consigna la abolición de todos los Consejos, entre los cuales estaba el de la Inquisición, y añadiendo que, conforme al acuerdo de la sesión del 13 de Diciembre pasado, toda proposición que se relacionase con la Constitución debía pasar á la Comisión de ésta para que élla informase si era contraria á alguno de sus artículos.

Gallego frustró los planes de los anti-reformistas con su notable discurso, y las Cortes acordaron suspender la discusión del asunto, y que la proposición del Sr. Riesco pasara al estudio y dictamen de la Comision constitucional.



JURAMENTO DE LAS CORTES DE CÁDIZ

Al siguiente día, 23 de Mayo, se publicó el decreto convocando las nuevas Cortes para Octubre de 1813.

Proclamada la Constitución, que consignaba la libertad de imprenta, aparecieron nuevos periódicos en Cádiz, siendo los más importantes *La Abeja Española*, dirigido por el elocuente orador y diputado americano D. José Mejía; *El Imparcial*, tachado de afrancesado; *El Procurador General de la Nación y del Rey*, que tenía por redactor principal á D. Guillermo Hualde, canónigo de Cuenca, y defendía las ideas del partido servil; *El Tribuno Español; El Articulista; El Duende de los Cafés*, y algunos otros.

Los anti-reformistas comenzaron desde el primer instante á abusar de la libertad de imprenta para hacerla odiosa, *dejando muy en zaga al más rematado desenfreno.*

A este propósito publicaron un folleto titulado *Diccionario razonado manual*, escrito por el presbítero D. Santiago Cardeñoso, obra que valía poco, pero que hizo ruído por ser una sátira contra los reformadores, por

© Biblioteca Nacional de España

lo común necia é injusta, y siempre acre y amarga (1).

Como era natural, los liberales resolvieron contestar con armas iguales, y eligieron por su campeón al reputado literato D. Bartolomé José Gallardo, redactor que había sido en Sevilla del *Semanario Patriótico*, de Quintana, con Antillón, Lista y Blanco White, quien retardó más de lo que se esperaba la deseada respuesta.

Algún redactor del periódico *El Censor General* pudo leer varias cuartillas de la obra de Gallardo, y el citado periódico dió á luz una impugnación anticipada, á que contestó Gallardo con el opúsculo *Cartazo al Censor General.*

El día 17 de Abril apareció la obra de Gallardo titulada *Diccionario crítico-burlesco del Diccionario razonado*, que, como era de temer, excitó la ira del bando servil, acusando al autor de plagiario, de escandaloso y hasta de impío, llegando á tal punto el furor de sus adversarios, que un oficial de Guardias de Corps fué quitando con la espada los carteles del *Diccionario* que hallaba á su paso; un señor llamado D. Guillermo A. Jaramillo, que se apellidaba *madrileño honrado*, desafió para el día 24, frente á la parroquia de San Antonio, al *infame*, *libertino*, *hereje*, *apóstata* y *maldito Gallardo;* se imprimió una petición á las Cortes, pidiendo que Gallardo fuese corregido y que su *Diccionario* se quemase por la mano del verdugo; y pasando el asunto de la plaza á la Iglesia, el presbítero D. Salvador Jiménez Padilla, que predicaba en San Lorenzo, lanzó desde el púlpito terrible anatema contra la obra, y el vicario capitular de Cádiz reclamó un pronto y enérgico castigo para el autor.

Al fin las Cortes se ven forzadas á ocuparse del asunto, por ser Gallardo bibliotecario de ellas, y envían la obra á la Junta de Censura, que la califica de subversiva, ordenando su recogida y la prisión del autor, quien, antes de conocer el auto, se constituye preso en el castillo de Santa Catalina, donde es sumamente visitado por sus adeptos y admiradores y por algunas principales y hermosas damas, por lo cual improvisa la siguiente décima que bien pronto se hace célebre:

«Por puro *siempre* en mi fé
Y por cristiano católico
Y romano y apostólico
Firme *siempre* me tendré,
Aunque encastillado esté,
Aunque más los frailes griten,
Y aunque más se despepiten,
Mientras que de dos en dos
En paz y en gracia de Dios
Los ángeles me visiten.»

Comienzan á sostener á Gallardo algunos periódicos, y escribe él desde su prisión varias defensas de la obra y su persona, en tono festivo, que le conquistan nuevas voluntades; poco á poco la opinión independiente, que habían alarmado los serviles, se rehace, y forma de la obra un juicio más sereno é imparcial; la Junta de censura reforma su calificación, Gallardo obtiene la libertad á los tres meses de encarcelamiento, y en su lugar es preso el Sr. D. Guillermo A. Jaramillo, y obligado á retractarse de sus insultos al autor del *Diccionario*.

Por aquellos días publica D. Antonio Capmany, reimpreso en Londres, su libro *Filosofía de la elocuencia,* que corría hacía muchos años con gran aceptación; la marquesa de Astorga traduce de una manera notable la obra de Mubly *De los deberes y derechos del ciudadano;* y D. N. de la Dehesa vierte igualmente al español la estimada obra del suizo Delolme sobre la *Constitución Inglesa*.

El 2 de Mayo, *como gran día de la nación española*, la Academia de equitación, dirigida por su jefe D. Francisco de la Iglesia y Darrac, ofrece á los habitantes de la ciudad una fiesta en armonía con su instituto en la plaza, conocida luégo por las *Barquillas de Lope*, invitando á las familias á levantar tablados y exigiéndoles tan sólo el adorno y la iluminación. Preséntanse primero dos escuadrones, uno de caballeros, en que van don Angel Saavedra (luégo duque de Rivas), el Conde de Belveder, D. Francisco Arteagada y varios hombres ilustres, y otro de soldados alumnos de la Academia. Córrense parejas y escaramuzas con todas las reglas del arte, y cintas, y derríbanse cabezas de moros á

(1) Alcalá Galiano.

© Biblioteca Nacional de España

tiros certeros de pistola y á golpes de sable. Entónanse en los intermedios canciones patrióticas. La plaza, que ostenta vistosa decoración, al llegar la noche se ilumina y se forman grupos de baile. Y el cuerpo de Artillería presenta, en memoria de sus ínclitos compañeros Daoiz y Velarde, un cenotafio que causa la general admiración.

Para vengarse de esta fiesta nacional y patriótica, los franceses comienzan á hacer más pesado el asedio de Cádiz, y con baterías nuevamente construídas logran dar mayor alcance á sus disparos, arrojando en un radio de 150 varas cerca del Convento de San Francisco más de 100 bombas.

El día 16 llega Soult á las líneas fronterizas, y para desquitarse de la derrota sufrida en tal día por las armas francesas en la Albuera, manda al cerrar la noche que se disparen sobre la plaza muchas bombas, que no aterran á sus valerosos habitantes.

Como los franceses adoptaron el sistema de disparar de cuatro en cuatro horas 15 obuses morteros, por espacio de algunos meses, los gaditanos tuvieron que crearse un modo de vivir—dice un autor,—adecuado á las circunstancias, trasladándose de los puntos más peligrosos á los barrios menos expuestos, incluso el paseo de la Alameda, teniendo que dormir muchas familias á campo raso, llegando á temerse, y no sin razón, que tan extraña vida reprodujese la fiebre amarilla. Las bombas, que alcanzaban á dos tercios de la ciudad, si bien quedando la mayoría cortas ó cayendo á la bahía, las avisaba una campana del convento de San Francisco, única que sonaba, y al toque de élla seguía el zumbido de la granada. En el intervalo citado de las cuatro horas, los vecinos iban á visitar sus casas, sin perder su acostumbrado buen humor, á pesar de tan triste situación.

Llegado el mes de Junio, y con él los calores, todas las azoteas de las principales casas se adornaron con ricas telas, con arañas y con macetas de flores, improvisándose en ellas bailes y conciertos, y admirando á los franceses que no comprendían semejante estoicismo.

El embajador de Inglaterra y hermano de lord Wellington, el marqués de Wellesley, ofreció algunos bailes á la buena sociedad de Cádiz, pero tuvieron que ser suspendidos por estar su casa muy cerca del convento de San Francisco, donde por sonar la campana de aviso dirigían los franceses sus tiros con mayor empeño.

Para distraer la atención del público, á quien el incesante bombardeo llegó á inquietar, se organizó fuera del alcance de las balas enemigas una verdadera feria, con su tablado para música instrumental y vocal; una plaza para correr la sortija; fuegos artificiales por las noches; y como el teatro se hallaba en un lugar peligroso y cayó cerca de él una granada representándose la comedia de Martínez de la Rosa *Lo que puede un empleo*, se pensó en hacer otro en el lugar destinado á espectáculos, levantando un edificio que, aunque pobre y de no muy buen gusto, bastaba para aquellos aciagos días, dándose principio también á la construcción de una plaza de toros.

Todo esto indicaba que los habitantes de Cádiz temían que aquella situación se prolongase y trataban de hacerla lo más llevadera posible.

Y como la alegría jamás los abandonaba, oíase cantar por las noches la titulada marcha española *A las armas*, que no era otra que *La Marsellesa*, para la que el inspirado poeta D. Cristóbal Beña había compuesto los siguientes versos:

A las armas corred, españoles,
De la gloria la aurora brilló;
La nación de los viles esclavos
Sus banderas sangrientas alzó.
¿No escucháis en los campos vecinos
Los infames franceses bramar?
¿No los véis con frenética furia
Los hogares del pobre talar?
Los fuertes aceros,
Patricios guerreros,
Al punto empuñad:
Marchad, sí, marchad.
Resuene el tambor,
Veloces marchemos,
Y la sangre española venguemos
Derramada con ciego furor.

© Biblioteca Nacional de España

Un viaje sospechoso.—Maniobras de los hermanos Monge.—Amor de madre.

La reconquista de Badajoz por nuestras armas debía ser, por uno de esos caprichos de la suerte, motivo de graves disgustos para algunos de nuestros amigos.

Apenas llegada la noticia á Cádiz, el joven D. Andrés Miranda mostró decidido empeño en trasladarse á la ciudad en que por tantos años había vivido y en la cual había labrado su fortuna, con gran disgusto de sus hermanos, que no le juzgaban suficientemente restablecido para emprender ese viaje ni menos ocuparse de asuntos que forzosamente debían preocuparle y ser causa de emociones dolorosas que en manera alguna convenían á un convaleciente. Sin embargo, el viaje quedó resuelto después de una larga entrevista que celebró Andrés con su hermano D. Juan Antonio, y de la cual nada pudieron saber doña Teresa, ni Pepita, ni nadie.

Pero si á los hermanos de Andrés preocupaba este viaje, á Concha le disgustaba en grado superlativo, y sin darse cuenta de ello, por uno de esos misterios inexplicables, de esos secretos presentimientos, de esos gritos que algunas veces salen del corazón, se oponía á esta marcha con un empeño y una energía de que nadie la hubiera juzgado capaz.

A pesar de todo, el viaje se realizó, y lo único que el cariño de sus hermanos, que el afecto de los Sres. Talavera y que el amor de Concha lograron fué que se dejase acompañar por alguno, además del fiel criado de la familia, el buen Vicente, y á cumplir este grato deber se ofreció D. Tadeo Monge con tal insistencia, que todos aceptaron con suma gratitud su noble ofrecimiento, sin sospechar que pudiera ocultar una intención dañina y un propósito malvado.

Ya dijimos anteriormente que D. Tadeo Monge soñaba con llegar á ser el marido de Concha, confiado en el parentesco que le unía con sus padres, y en el decidido apoyo que su hermano Lucas le había prometido, y creemos haber indicado que los dos hermanos habían adivinado el amor de Andrés y Concha, jurando destruirlo, y ahora debemos añadir que D. Tadeo, espiando tras una puerta la conversación secreta entre D. Juan Antonio y su hermano, que decidió el viaje, había escuchado estas palabras, que le habían hecho reflexionar y ofrecerse con tal empeño para acompañar al joven Andrés á Badajoz:

—«Esa mujer me llama, y yo debo correr en su busca ahora que la ciudad está libre de enemigos y que mi salud ha mejorado...»

¿Qué mujer podría ser la que llamaba en Badajoz á Andrés Miranda y que así le obligaba á dejar á su familia y aun á la misma Concha?—preguntó D. Tadeo á su hermano D. Lucas,—y los dos convinieron en que sólo podía ser un amante, y en que el haberse ofrecido á acompañarle en su expedición era un golpe maestro.

No tardaron en ponerse en camino Andrés y el Sr. Monge, acompañados de Vicente, y en llegar á Badajoz, hospedándose en la casa del joven Andrés, la cual había servido de alojamiento á un coronel francés durante su permanencia en Badajoz, no sin que antes la hubiesen saqueado los soldados; por fortuna, su ama de llaves, la anciana Gertrudis, que le era muy adicta y en la que Andrés tenía plena confianza, había ocultado todo el dinero de su amo en un rincón del jardín, bajo unas grandes macetas de flores.

La pobre anciana no pudo contener sus lágrimas al volver á abrazar á su joven y querido amo, á quien ya consideraba muerto.

En Badajoz sufrió D. Tadeo Monge una decepción, pues Andrés, encerrado en una reserva absoluta, nada le había dicho del fin que le llevaba á la ciudad, limitándose á hablarle de sus asuntos comerciales, y siéndole desconocida la población y las personas, y no contando con autoridad sobre Vicente, tuvo que espiar las salidas del joven, logrando un día verlo salir de la catedral en compañía de una señora cuyo rostro, cubierto por un largo y negro manto, le fué imposible distinguir, pudiendo averiguar más tarde, por el ama de llaves, que Andrés la había pedido que desenterrase la cantidad guardada, y que, ayudada por Vicente, la llevase con una carta y unos papeles á la calle del Gobernador, número... y allí la dejase.

© Biblioteca Nacional de España

La pobre Gertrudis había corrido á desempeñar su cometido con toda la celeridad que le permitían sus cansadas piernas, acompañada de Vicente, volviendo con una carta que entregó á Andrés quizás en respuesta á la suya.

¡Cuán grande no sería la sorpresa de la anciana al oir de boca de su amo que desde aquel instante aquella casa dejaba de ser suya y pasaba á ser propiedad de otra persona, de una señora, añadiendo:

—Pero V., Gertrudis, permanecerá con ella por deseo expreso de esa señora, y yo espero que la ha de servir V. con la misma lealtad y el mismo cariño con que me ha servido á mí.

La anciana no comprendía lo que oía, ni menos se explicaba que D. Andrés abandonara otra vez la ciudad, aunque fuera para volver al lado de sus hermanos, y por más que ofreciera tornar de nuevo.

Al siguiente día partieron nuestros viajeros de Badajoz, y apenas llegados á Cádiz, Andrés tuvo una larga entrevista con su hermano D. Juan Antonio; y D. Tadeo se apresuró á contar minuciosamente al *bueno* de D. Lucas lo acontecido, lamentándose del fracaso de su viaje, sin sospechar por qué su hermano se restregaba las manos de gozo y le daba la enhorabuena por sus noticias, sobre las cuales pensaba cimentar una historia que diera por resultado su boda con Concha.

Para calmar un tanto la inquietud de don Tadeo, su hermano D. Lucas se explicó de esta suerte:

—¿No dices que Andrés se ha despojado de cuanto poseía?

—Sí.

—¿Y que lo ha donado todo á una mujer?

—Ciertísimo.

—Pues bien; su boda con Concha es ya imposible.

—¿Por qué?

—Por dos causas: La primera, que nosotros, de una manera hábil, pondremos en autos á su padre, haciéndole ver que en caso de realizarse ese matrimonio no sería una boda por amor, como quizás habría sospechado antes, sino una boda de conveniencia para el tal Andrés, que en los millones de Concha busca el desquite de la donación de su fortuna hecha á esa señora, que debe ser su querida, y que ni como padre, ni como hombre debe consentir en ella.

—Te comprendo. ¿Y la segunda?

—La segunda, que nosotros, y siempre de un modo indirecto, haremos saber á Concha que el viaje de su amado á Badajoz no ha sido para arreglar su fortuna, comprometida, según dijo, por la estancia de los franceses y por su prisión, sino para ver á una señora con la que de antemano debían unirle lazos amorosos, puesto que la ha entregado toda su fortuna, y que al casarse con ella lo hace tan sólo con el propósito de reintegrarse de sus bienes perdidos, y quién sabe si de ellos enviará una parte á la indicada señora, á la que ha ofrecido volver de nuevo á visitar.

—¡Eres un grande hombre!—exclamó Tadeo con asombro.

—Soy tu hermano—contestó D. Lucas;—además tengo agravios que vengar de los primos, cuya fortuna si escapó de mis manos no escapará de las tuyas, y odio á los Mirandas por sus ideas, y por la preponderancia que han tomado en una casa que debemos considerar como nuestra. ¿Tú crees que Vicente, el criado, no sabe nada?

—Nada absolutamente, y aunque lo supiera nada diría; parece ciego, sordo y mudo.

—Pues déjalo á mi cargo.

No dejaron de concurrir las familias de nuestros amigos Miranda y Talavera á las patrióticas fiestas reseñadas, si bien no todos sus individuos mostraban la misma actitud, pues un observador atento habría podido notar un cambio de sonrisas y de miradas de los hermanos Monge, una pena en Concha y Andrés que no podían disimular, y una tristeza en doña Catalina que en vano pretendía ocultar.

La actitud de los dos jóvenes era debida á los manejos empleados por D. Tadeo y don Lucas.

Concha sabía por el primero que existía en Badajoz una mujer, rival suya en el corazón de Andrés, á la que éste había ido á visitar con pretexto de arreglar sus asuntos, á la que había donado toda su fortuna, y á la que había prometido volver á visitar;

© Biblioteca Nacional de España

y Andrés había comprendido, merced á las *cariñosas advertencias* del segundo, que le era imposible pedir la mano de Concha sin que D. Carlos Talavera sospechara que tal boda podía ser para el joven Miranda no un acto de cariño sino un matrimonio de conveniencia, arruinado como se hallaba, y no queriendo Andrés, como resueltamente no quería, descubrir la causa de la pérdida de su fortuna.

La situación de Concha y Andrés llegó á ser tan difícil, que en lugar de buscarse, como se buscaban hacía tres meses, procuraban huírse, Concha herida en su corazón, y Andrés herido en su delicadeza.

Doña Catalina fué la primera que notó este cambio, y, como madre amante y cariñosa, trató de conocer cuanto pasaba. Era tan desgraciada Concha, tan honda su pena, tan dolorosa la pérdida de sus ilusiones queridas, que depositó en el corazón de su madre toda la verdad, sus dudas, sus temores, sus desengaños, todo. Doña Catalina empezó por consolarla y concluyó por ofrecerla averiguar lo que ocurría y hallar un remedio á su desgracia, pero, á la verdad, sin grandes esperanzas de conseguirlo.

Aun así, formó su plan, y desconfiando de su primo Tadeo, compañero de viaje de Andrés en su ida á Badajoz y al que primero trató de hablar, y no habiendo sacado nada en limpio de Vicente el criado, quien á la verdad poco ó nada sabía, acudió á doña Teresa Miranda, cuya nobleza de sentimientos había tenido ocasión de estimar, y que adoraba tanto la memoria de su hijo muerto como ella amaba á su hija viva, á fin de saber lo cierto, pero ésta nada pudo decirle acerca de lo ocurrido en Badajoz, y menos respecto á la señora que Concha juzgaba rival suya, puesto que hacía diez años que no veía á su hermano por haberse trasladado á aquella ciudad en tanto que ella residía en Burgos, pero creía conocer el carácter de Andrés y le juzgaba incapaz de haber declarado su amor á Concha estando ligado por vínculo ninguno, por pequeño que fuera, con otra mujer.

Doña Catalina agradeció mucho esta confianza, pero no le bastaba, pues era natural que doña Teresa defendiera á su hermano con el calor que lo hacía, pudiendo acontecer que Andrés, fascinado por la belleza de Concha y olvidado un momento de sus antiguos lazos, la hubiese dado una palabra que luégo deseara recoger.

Algunos días habían pasado desde esta entrevista, y la tristeza de Concha y de Andrés se había transmitido á las dos familias, sin que ninguno de los individuos de ellas pudiera darse razón exacta del motivo que la producía. Sólo los hermanos Monge se mostraban satisfechos y alegres, y esta satisfacción, y este gozo, á pesar de las nubes de hipocresía con que procuraban ocultarla, se hizo sospechosa á doña Catalina, que, conocedora de las malas artes de D. Lucas, y habiendo adivinado quizás los ocultos deseos de D. Tadeo sobre su hija, los juzgaba capaz de cualquier infamia, mucho más cuando al hablar de Andrés y de Concha á su esposo, el capitán Talavera, que en los primeros momentos había visto con mucho agrado el amor de los dos jovenes, desde la vuelta de Andrés y D. Tadeo de Badajoz advirtió que su marido no se mostraba con el joven Miranda tan afectuoso como antes de su partida.

De nuevo tornó doña Catalina á interrogar á doña Teresa, la cual, habiendo reflexionado mucho sobre una cuestión que afectaba á personas que le eran tan queridas, la dijo:

—Un solo medio hay de conocer la verdad.

—¿Cuál?

—¿Tiene V. confianza en mi hermano Juan Antonio?

—Como en mi propio marido.

—Pues bien; trayendo á mi memoria los preliminares de la marcha de Andrés á Badajoz, á la que todos nos oponíamos por su delicado estado de salud, he recordado que Andrés celebró una larga y secreta entrevista con Juan Antonio, de la que resultó su inmediato viaje, entrevista que se repitió á su vuelta de Badajoz.

—¿Y qué?

—Que mi hermano mayor debe conocer todo lo ocurrido en aquella ciudad, y todo lo hecho por Andrés.

—Entonces—exclamó doña Catalina en el colmo de la alegría,—estamos salvadas.

© Biblioteca Nacional de España

—No tanto como V. cree,—respondió doña Teresa inclinando la cabeza.

—No la comprendo á V.

—¿Ha olvidado V. tan pronto quién es Juan Antonio?... Si alguna razón de justicia ó de honor le manda callar ese secreto nada dirá aunque se le pusiera á tormento.

—Descuide V., Teresa,—dijo doña Catalina con voz firme y resuelta.—Si el Sr. Miranda tuviera que callar por una razón de justicia ó de honor, como V. dice, otra razón tan poderosa ó más le haría hablar.

—¿Cuál?

—La razón humana.

Doña Teresa se encogió de hombros sin comprender lo que su amiga quería decirle.

—¿Ha vuelto de las Cortes?

—Precisamente le he visto entrar en su cuarto con unos papeles que creo son una consulta de interés para Madrid.

—¿Quiére V. acompañarme?

—Al instante.

—¿Y me ayudará V.?

—Con toda mi alma,—respondió doña Teresa, estrechando la mano de doña Catalina.

Las dos amigas se hallaron bien pronto frente á D. Juan Antonio Miranda, que se ocupaba del estudio y resolución de un expediente que le habían enviado de la capital, á la que, como se recordará, representaba en las Cortes.

Doña Teresa refirió en pocas palabras á su hermano el asunto que las llevaba ante él, mientras doña Catalina le observaba con el mayor cuidado y con la más viva inquietud.

—Siento, mi querida doña Catalina, no poder satisfacer sus deseos de V.; pero ese secreto no me pertenece, pertenece á mi hermano, y aunque yo soy el mayor, y aunque más que hermano y jefe de la familia soy el padre de todos ellos, he procurado siempre no hacer uso de una autoridad que sólo debe basarse en el respeto y el cariño y conservar á todos mis hermanos esa independencia, sin la cual la vida parece que no puede existir.

—Es verdad,—dijo doña Teresa.

—No se trata aquí, Sr. Miranda, de una curiosidad baladí. Desde que Andrés llegó á esta casa noté yo, como buena madre, la simpatía que su hermano de Vds. había inspirado á mi hija, sus dolores cuando le veía sufrir, sus alegrías cuando le vió mejorado, su inmenso gozo cuando la declaró su amor y su acerba pena después de ese malhadado viaje á Badajoz.

—No lo maldiga V.—la interrumpió el señor Miranda,—porque el objeto no ha podido ser más noble, ni el fin más honrado.

—¿Llama V. noble y honrado á un viaje realizado tan sólo en busca de una mujer para donarla una fortuna, como en satisfacción de alguna deuda sagrada?—preguntó doña Catalina con acento ronco.

—Noble y honrado, sí, señora,—respondió D. Juan Antonio con perfecta calma.

—Perdone V., Sr. Miranda, que le diga no esperaba jamás oir de labios de V., á quien profeso estimación tan alta, semejante respuesta... ¡Pobre hija mía!

Y doña Catalina, no pudiendo contener sus lágrimas, rompió en amargo llanto.

—Cálmese V., por Dios, doña Catalina,—dijo doña Teresa, procurando consolarla.

—¿Así comprende V. la nobleza y la honradez?

—No la entiendo á V., doña Catalina, y la ruego se digne explicarse...

—Pues, bien; sí, me explicaré; V. considera mejor que su hermano Andrés haya ido á Badajoz en busca de su antigua amada, olvidando á mi hija...

—¿Qué dice V.?—exclamó el Sr. Miranda, poniéndose en pie.

—Imposible,—repuso doña Teresa.

—Que á esa mujer la haga donación de toda su fortuna—prosiguió doña Catalina en el colmo de la exaltación,—y que vuelva á Cádiz con el propósito quizás de casarse con mi hija para poder compartir con esa mujer, á la que ha ofrecido volver á visitar, el dote de Concha, ó con la idea de matar de pena y de celos á mi pobre hija.

D. Juan Antonio pareció abrumado por las palabras de doña Catalina; su rostro palideció hasta tomar el blanco de la cera; su cuerpo se agitó á impulsos de un temblor nervioso, y pareció que iba á desplomarse; doña Teresa, más muerta que viva, acudió en su socorro; pero el Sr. Miranda, haciendo un esfuerzo poderoso y apelando á toda su energía, trató de serenarse, y dirigiéndose

© Biblioteca Nacional de España

á la señora de Talavera la dijo con voz tranquila y dulce:

—Usted está equivocada, doña Catalina, y los que semejante noticia la han participado la han mentido villanamente.

—¿A qué, pues, ha ido Andrés á Badajoz, y quién es la mujer á la que ha hecho dueña de toda su fortuna?—preguntó la señora de Talavera sin darse por vencida.

—Dije á V. anteriormente, y la repito ahora, que ese secreto no es mío, es de mi hermano Andrés, el cual seguramente no lo descubrirá á nadie aunque peligre su vida.

En el interior de doña Catalina se libró en aquellos instantes una tremenda batalla, en que lucharon con igual fuerza la mujer y la madre; pero como era de prever, la madre obtuvo la victoria, y haciendo callar á la mujer, las lágrimas sustituyeron á las duras frases, y las súplicas reemplazaron á las enérgicas censuras.

—Perdóneme V., Sr. Miranda—exclamó aquella noble madre,—si con mis palabras he podido ofender á V. y á los suyos, pero al ver desgraciada á mi Concha me juzgo la más desgraciada de las mujeres...

—Nada tengo que perdonar á V,—la respondió el Sr. Miranda con su acostumbrada bondad.

—¿Es decir que olvida V. mis insultos?...

—Completamente.

—¿Y me devuelve su cariño?

—Nunca lo ha perdido V.

—Pues bien; ahora—exclamó doña Catalina,—concluya V. su obra...

—¿Qué es preciso hacer?

—Revelarme ese secreto...

—Es imposible.

—¿Imposible? Nada hay imposible cuando se quiere... Ayúdeme V., Teresa, V. que sabe cuán grande es el amor á los hijos y que aún llora por su Carlos adorado... V., Sr. Miranda, no sabe lo que son hijos!... Con ellos se goza y con ellos se padece... Por ellos el criminal se torna en hombre honrado, y por ellos no vacilaría V. en dar la vida aquí abajo y la salvación allá arriba.

D. Juan Antonio se hallaba profundamente conmovido, y doña Teresa lloraba y le suplicaba también.

—Se trata de mi hija, de mi Concha—prosiguió doña Catalina,—de esa criatura celestial, de ese encanto de sus padres, de esa niña única, enamorada de Andrés, y que hoy sufre, hoy padece, y mañana, ¡quién sabe si mañana, celosa de esa mujer oculta, y perdida toda esperanza, tronchado su cuerpo en la tierra como un lirio en el jardín irá á buscar reposo bajo las frías losas de un cementerio!

—Cese V., por Dios, doña Catalina—exclamó D. Juan Antonio sin poder ocultar una lágrima que asomaba á sus ojos,—y hable V., pida, ordene y será obedecida...

—¡Ah, qué bueno es V.!—se apresuró á decir doña Catalina besando las manos del Sr. Miranda,—¡qué noble, qué caballero, qué liberal!... Pues bien; no se trata sino de saber quién es esa mujer de Badajoz... Reserve V. lo que juzgue necesario, pues mi sólo deseo es tranquilizar á Concha y convencer á mi marido, y hacer la felicidad de mi hija y de Andrés, si esto es posible...

—Lo es, sí, señora...

—Hable V...

—Sé que voy á cometer una mala acción, pero no soy yo, son las circunstancias, más poderosas siempre que la voluntad del hombre, las que me obligan á realizarla y las que me fuerzan á elegir de entre dos males el menor...

Todavía vaciló un momento el Sr. Miranda; pero instado por las miradas de su hermana y por las súplicas de doña Catalina, habló de esta forma:

—Esa mujer que Concha y V. han juzgado una rival, una amada de mi hermano, es una triste anciana...

—¿Qué dice V.?—preguntó doña Catalina.

—¿Será cierto?—interrogó doña Teresa.

—Cuando mi hermano Andrés fué encerrado en el calabozo del castillo de San Cristóbal de Badajoz, recordará V., doña Catalina, que á causa de tantas privaciones cayó gravemente enfermo, y que negándose á recibir á un médico francés, el gobernador de la plaza, que deseaba conservarle en rehenes á fin de que le ayudara con su influencia en Extremadura para hacer reconocer al intruso, le envió un médico español.

—D. Jorge Besayas.

—El mismo.

© Biblioteca Nacional de España

—D. Jorge Besayas, que, como hijo de la ciudad, conocía á mi hermano y había tenido ocasión de estimar sus servicios durante la época de nuestro glorioso alzamiento y aún más durante el sitio, se interesó vivamente por su salvación, y ayudado de otros amigos, tan buenos patricios como él, trabajó con el mayor empeño durante dos meses para sacarle de su calabozo.

—¡Noble corazón!

—¡Alma hermosa!

—La noche en que lograron realizar la fuga, el Sr. Besayas hubo de llevar casi en sus brazos á Andrés, cuya debilidad y falta de salud no le permitían andar, y habiendo sido vistos por una de las rondas del castillo, trató de arrastrar á mi hermano al río, buscando en sus aguas la salvación que ya juzgaban perdida; pero desgraciadamente, en aquella carrera uno de los tiros de los soldados de la ronda alcanzó al Sr. Besayas, que cayó muerto en el acto, no quedando otro recurso á Andrés que arrojarse al Guadiana.

Salvado milagrosamente mi hermano, gracias á Dios, á la ciencia y á los cuidados de ustedes, su convalecencia fué larga y penosa, y durante ella nada me habló de sus proyectos.

Reconquistada Badajoz por nuestras armas, mostró decidido empeño de volver á



MEDALLA DE LA PROCLAMACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN DE 1812

aquella ciudad, al que todos nos opusimos, y él, que me quiere tanto como me respeta, me pidió una conferencia, en la cual me descubrió la idea que le llevaba á Badajoz, y que yo no pude menos de aprobar, que era averiguar si había quedado familia á D. Jorge Besayas, y caso de hallar alguna y de que su fortuna personal no hubiese caído en poder de los franceses, donársela toda, ya que D. Jorge perdió la vida por salvar la suya, y si en su casa no encontraba suma ninguna rogarme, como jefe de la familia, que entre todos los hermanos, desprendiéndonos cada uno de una parte de la nuestra, asegurásemos el porvenir de aquella familia.

—¿Qué dice V.?...

—La pura verdad, doña Catalina; se lo juro á V. por mi honor.

A su vuelta de Badajoz tuvo una segunda entrevista conmigo, en la que me refirió todo lo ocurrido.

Su ama de gobierno, la anciana Gertrudis, al saber que los franceses entraban en Badajoz, corrió á ocultar toda la fortuna de mi hermano, consistente en 1.000 onzas de oro, en un rincón del jardín, las cuales se apresuró á entregarle apenás llegó.

Andrés dedicóse inmediatamente á procurarse noticias de la familia del Sr. Besayas, que consistía en su madre, una anciana de sesenta años, y en tres sobrinos de don

© Biblioteca Nacional de España

Jorge, que la noble señora tenía á su cargo, huérfanos de madre é hijos de un hermano del Sr. Besayas, muerto durante el sitio, los cuales, al perder á D. Jorge habían perdido su único amparo.

Inmediatamente pasó mi hermano á verla, y al objeto de que no se pudiera negar á sus planes, la manifestó que su difunto hijo, el Sr. Besayas, tenía colocada en su casa de comercio una suma, que con los buenos negocios que había realizado en su comercio de paños y telas en Portugal, ascendía á 16.000 pesos, que por fortuna su ama de llaves había salvado de la rapacidad de los enemigos, y los cuales la pertenecían como su legítima heredera, añadiendo, que como no pensaba seguir habitando en Badajoz la rogaba aceptase la casa que él poseía, en memoria de la buena amistad que le había unido con su difunto hijo, pidiendo tan sólo hospitalidad en élla cuando volviera á visitarla.

La anciana, con las lágrimas en los ojos, aprobó todo lo que Andrés la dijo, y á las pocas horas mi hermano la entregaba las mil onzas que constituían toda su fortuna, pues los paños y telas de sus almacenes y las alhajas que poseía habían sido robadas por los franceses, y la enviaba con Gertrudis la escritura de donación de la casa.

—¿Andrés ha hecho eso?—preguntó doña Catalina llena de gozo.

—¿Mi hermano ha realizado tan noble acción?—interrogó doña Teresa llorando.

—Sí, Teresa; nuestro hermano ha hecho eso; y después de todo, ni hay que asombrarse, ni darle por ello enhorabuenas, puesto que no ha hecho más que cumplir con un deber... Si D. Jorge Besayas trabajó para sacarle del calabozo y dió su vida por él dejando en la miseria á su anciana madre y á sus pobres sobrinos, ¿qué menos podía hacer Andrés que asegurarles el porvenir, ya que no pudiera devolverles el sér que por su causa habían perdido?

—Dices bien,—contestó doña Teresa.

—Es V. un noble caballero, y contaré como el día más feliz de mi vida aquel en que la boda de mi hija con Andrés se verifique y los lazos del parentesco me unan á una familia tan digna como honrada.

—La boda de Concha y Andrés—replicó D. Juan Antonio con cierta tristeza,—no la considere V. tan fácil, doña Catalina...

—¿Por qué?—preguntó ésta alarmada.

—Porque Andrés es un espíritu sumamente delicado, y el retraimiento en que se ha encerrado lo manifiesta... Ha dado toda su fortuna á la patria primero, y al cumplimiento de una sagrada deuda luégo, y hoy temerá, con harta razón, digan los murmuradores que su amor por Concha no es todo lo desinteresado que debiera.

—Esa es cuenta mía,—replicó doña Catalina.—Si el inconveniente no es otro, yo me encargo de vencerlo, contando con el amor de Concha y con el apoyo de Vds...

—No confíe V. demasiado...

—Lo veremos,—contestó sonriendo doña Catalina.—Soy madre; he vencido el mayor obstáculo, que era el de V., y estoy dispuesta á vencer todos cuantos se opongan.

—Quiéralo el cielo...

Gaditanos y franceses.—La victoria de Arapiles.—D. Juan Downie y sus cruzados.—Levantamiento del sitio de Cádiz.—Mensaje de gratitud á los ingleses.—Bodas inesperadas.

En el mes de Julio, y por hallarse muy expuestos á los fuegos enemigos, se traslada el cabildo eclesiástico de la catedral á la iglesia de los Capuchinos; el Sagrario á la Orden Tercera; el ayuntamiento á la Contaduría de la Casa de Misericordia, y los enfermos del hospital á la dicha casa.

Fray Mariano de Sevilla, el célebre guardián de Capuchinos, da albergue en su convento á los obispos de Orense y Calahorra, á D. Alvaro Caredo y á D. Simón López, que lo son luégo de Málaga y Orihuela; hace trasladar al mismo las escuelas, y socorre por igual á clérigos y militares, á pueblo y á marinos.

El intrépido novicio fray José Fernando, que desde la torre de San Francisco avisa las bombas, al ver que una, arrojada por la batería de la *Cabezuela*, se estrella sobre la campana mayor, se dirige y toca inmediatamente con la segunda, siendo felicitado por el embajador inglés, marqués de Wellesley, por aquel acto de serenidad y valor.

© Biblioteca Nacional de España

Para atender á las necesidades de tantos pobres se forma delante de la Casa Hospicio un campamento, en cuyas tiendas encuentran albergue muchas familias.

Al medio día del 30 de Julio llega á la Regencia el parte de la victoria de Arapiles.

La noticia corre como un rayo por todas partes; las gentes se abrazan poseídas de una inmensa alegría, y las músicas se lanzan á la calle tocando himnos patrióticos.

Las baterías francesas disparan con furia, y á cada tiro de ellas resuena en Cádiz un grito de alegría, y á cada bomba responde un viva entusiasta.

Cuéntase que hasta el fraile que avisaba con campanadas los disparos franceses, á cada llamarada que veía en la batería enemiga, después de tocar la campana saludaba á los franceses de un modo... que, según la feliz expresión del Sr. Alcalá Galiano, *suena algo á sastrería*.

El 31 se cantó un solemne *Te Deum* en la iglesia del Carmen por tan señalada victoria, oficiando el cardenal de Borbón.

El castillo de San Lorenzo del Puntal ó Puntales, que defendía por la parte de bahía la ciudad, resiste heróicamente todo el fuego de las baterías imperiales del Trocadero; lo mandaba D. N. José Macías, y lo guardaban los *Voluntarios de Extramuros*, algunos soldados veteranos y artilleros ingleses y el regimiento de infantería de *Extramuros*. Los franceses lanzaron sobre él más de 15.000 proyectiles, y los nuestros contestaron con 53.255 disparos. El día 12 de Agosto se bendijo la bandera del regimiento de *Extramuros*, concediéndola la Regencia el alto honor de que, terminada la ceremonia, fuera arbolada bajo el pabellón nacional; al arbolarse, los franceses les dirigen muchos y certeros tiros, pero los voluntarios permanecen firmes durante toda la ceremonia, expuestos á los tiros enemigos, hasta que el valiente general y gobernador D. Cayetano Valdés, orgulloso de verlos, los manda retirar.

Súpose en los últimos días de Agosto la entrada en la capital del ejército aliado y de los guerrilleros, y renovóse el entusiasmo anterior, especialmente en los madrileños y todos los forasteros refugiados en Cádiz; la población se iluminó espontáneamente, y los transportes de júbilo de todos sus habitantes fueron indecibles.

Seguía el bombardeo, pero seguían los festejos y la alegría no cesaba.

En el tablado de la música se cantaba la nueva canción de D. Juan B. Arriaza:

CORO.

«¡Viva el grande, viva el fuerte,
Que en la más gloriosa acción
El furor francés convierte
En vergüenza y confusión!

—

Ved cual entre polvo y humo
Por los campos de Castilla
Va la bárbara gavilla
Que era un tiempo su opresión.
¿Quién los bate y los humilla
Con el rayo de victoria?
La trompeta de la gloria
Dice al mundo Wellingtón.
¡Oh Wellingtón! nombre amable,
Grande alumno del Dios Marte,
Tus contrarios, ¿en qué parte
Huirán de tu valor?
Tú los vences en los montes,
En los valles ven tus brios
Y las aguas de los ríos
Te retratan vencedor.
Entre el Duero y claro Tormes
Tú á los galos atropellas;
Y aun siguiendo vas sus huellas
De su entera ruína en pos.
Ya ¿qué importa que á la España
Turbe un mónstruo su sosiego
Si en Wellington tiene luégo
Por defensa un semi-Dios?»

* * *

Era D. Juan Downie un escocés muy amante de España, hombre de probado valor, de corazón excelente y muy dado á las empresas de caballería y á las costumbres antiguas.

Había creado en Extremadura una legión para combatir á los franceses, á la que puso por nombre *Legión de leales extremeños*, que vistió á la española antigua, con jubón, calzas, ropilla y bonete de colores encarnado y blanco, y capa encarnada, dándola por armas lanzas con banderines blancos y encarnados, espada y pistola á los de caballería y lanza y espada á los infantes.

© Biblioteca Nacional de España

Downie llevaba siempre ceñida una antigua y grande espada, que la marquesa de la Conquista, descendiente del gran Pizarro, le había regalado. y que perteneció al conquistador del Perú, y con algunos de los suyos se presentó en Cádiz á la Regencia en 1811 para dar una muestra de lo que sus soldados eran.

El poeta y capitán D. Cristóbal Beña, muy amigo suyo, escribió en elogio de Downie una composición, de la que transcribimos la primera estrofa:

«Mirad de su tumba
Cual ya se levanta
Y al vándalo espanta
Pizarro y Cortés.
¿No véis cuál derriba
Su lanza gloriosa
La tropa orgullosa
Del coco francés?»

Y en prosa se explicó de esta suerte:

«Otro de los medios indirectos, pero muy poderoso, para renovar el entusiasmo, sería volver á usar el antiguo traje español.»

Creían muchos en aquella época de patriotismo que el volver á usar los antiguos trajes españoles y abandonar las modas francesas había de coadyuvar en gran parte al triunfo de nuestra causa.

En la sorpresa de Arroyo-Molinos, el 28 de Octubre de 1811, se halló Downie con su legión tomando una parte muy eficaz en aquella victoria; pero tanto él como sus soldados tuvieron que abandonar aquel extraño traje, no sólo porque excitaba la risa de cuantos los veían, sí que también por haberse convencido, á su costa, de que los birretes eran ligera defensa para los pesados sables de los franceses. A pesar de todo, el traje de Downie fué siempre raro, pues se puso sobre el uniforme de brigadier una gran faja de colores.

Cuando salió de Cádiz una expedición, poco antes de levantar el sitio los enemigos, para la provincia de Huelva con orden de volver sobre la ciudad de Sevilla, Downie iba en ella. Al avanzar las tropas, mandadas por el general Cruz Mougón, y empeñarse un recio combate en el puente de Triana con los franceses que ya evacuaban Sevilla, Downie, con la impaciencia del entusiasmo, se arrojó el primero sobre los enemigos; dos veces le rechazaron y le hirieron, pero él, sin cejar, arremetió la tercera sólo, saltó con el caballo por uno de los huecos que los franceses habían practicado en una parte del puente, y fué nuevamente herido, esta vez gravemente, de un balazo en la mejilla izquierda que le destrozó parte del ojo; herido y derribado del caballo, conservó, con todo, suficiente valor y serenidad para arrojar á su gente la espada de Pizarro, á fin de que no sirviese de trofeo á nuestros enemigos; prisionero de los imperiales, lo fué por cortas horas, pues los franceses, acosados por los españoles, le abandonaron en el camino de Carmona, no lejos de Sevilla, aunque en un estado lastimoso, pues le habían llevado arrastrando.

Apenas convaleciente de su herida vuelve á Cádiz, y á pesar de su extraña figura, por ser un hombre alto, seco, de bigote largo y caído, el vendaje que aún le cubre el ojo, y la memoria de sus hazañas, propias de un caballero de la Edad Media, le conquistan la admiración y el cariño de todos, y su leal amigo Beña le dedica la oda que copiamos:

«EL HEROISMO

—

Aura, que de los ínclitos varones
Diste á Osian divino
El ensalzar las bélicas acciones
En canto peregrino,
Que acompañaba con su voz sonora
De oro y marfil el arpa encantadora;
Da poder celestial hoy á mi acento
Que á los astros levante
Sobre las alas rápidas del viento
El ánimo constante,
Del que es honor de la escocesa gente
Y émulo digno de Fingal valiente.
En su sangre dos veces ya teñido,
Iba Downie el osado
Tras el francés por su valor vencido;
Y de uno y otro lado
La muerte y el temor le acompañaba
Y atónita Sevilla le miraba
Cuando al bajar la plácida victoria
Del azulado cielo
A coronarle con laurel de gloria,
Llegó con raudo vuelo
Ardiente férreo globo, despedido
De hueco bronce en hórrido estampido;

© Biblioteca Nacional de España

Que el magnánimo rostro traspasara
Con espantosa herida
Y del fuerte bridón le derribara
En súbita caída;
Y ya los enemigos orgullosos
Tras la presa corrían afanosos.
De su carro de nubes, entretanto
Fingal, que lo veía,
Con el celeste impenetrable manto
Al héroe le cubría,
Que apoyándose al pomo de su espada
Sostenía la vida desmayada.
«Hijo, le dice, si á la cruda suerte
Rendirse hoy es forzoso,
También el cielo de inmatura muerte
Te libra generoso;
Poco serás, te juro, prisionero:
Yo, en tanto, guardaré tu noble acero.»
«Sea,» Downie responde; mas mirando
Que no lejos estaba,
De sus valientes el guerrero bando,
Hacia ellos señalaba,
Y á Fingal sonriendo, le decía:
«¿Quién mejor guardará la espada mía?»
Y superior entonces á sí mismo,
Así el acero lanza,
En prueba de su esfuerzo y heroísmo,
Que á los suyos alcanza;
Y entre prisiones queda, y no suspira
Porque la fuerte espada libre mira!»

* * *

En la noche del 24 al 25 de Agosto, después de cesar los acostumbrados disparos que por la tarde hacían los franceses, sonaron repetidas explosiones; y el 25 por la mañana se vieron arder por varios lados las obras de la línea enemiga.

¡Era lo que se esperaba!... ¡Era la retirada de los franceses!... ¡Era el levantamiento del sitio!

Al verlos evacuar las líneas y marchar vencidos y humillados por el mismo camino que trajeron catorce meses antes altivos y orgullosos, el entusiasmo y la alegría de los habitantes de Cádiz llegó al delirio.

D. Eugenio Tapia expresó el júbilo de la ciudad en este soneto:

«Tanta fatiga, Soult, tanto sudar,
Tanto estrépito horrible de cañón,
Tanta cureña, obus y morterón,
Tanta muerte y estrago amenazar.
Tanto bullicio y tanto amontonar
Bala, granada, bomba y salchichón,
Tanta amenaza en tono fanfarrón,
Tanto bajar, subir, parlamentar...
Tal trápala y bullicio, ¿en qué paró?
La gran ciudad de Alcides lo dirá,
Pues publicar su gloria es su deber.
La luna treinta vueltas completó,
Y al cabo sin decirnos donde vá...
Nuestro gran mariscal echó á correr.»

D. Angel Saavedra, ayudante de Estado mayor, al ir á recoger efectos de guerra de los enemigos al Trocadero, saca un diseño de los obuses de Villantroys, que es grabado al humo, y corre de mano en mano; entre ellos, los llamados *Rey de Roma* y *Mortier*, son regalados á Inglaterra en memoria del sitio; también escribe una oda titulada *Cádiz libre del sitio*, de la que sólo se recuerda esta estrofa:

«¡Ay de los que en su número fiados
Y en su denuedo y en sus armas fieras
Se atrevieron á hollarte, ínclita España,
Y á desplegar de muerte las banderas
En la costa que el mar Atlante baña;
Que el brazo del Señor potente y grande
Deshace su furor, cual sol ardiente
Deshace oscura niebla, y ya no sabe
Vencer el galo triunfador, y en vano
Ostenta su poder antes temido,
Y de sus huestes el ardor insano
Y su bélico estruendo y alarido;
Que el cielo en ellas el pavor infunde
Y su altivez y su impiedad confunde!»

Aquella misma tarde un inmenso gentío acudió á visitar las baterías abandonadas del *Trocadero* y la vecina punta de la *Cabezuela*, de las cuales salían las mortíferas granadas arrojadas sobre Cádiz.

Los obuses y morteros eran palpados, golpeados, llenados de injurias... ¡como si pudieran oirlas!

El viaje se hacía por tierra en caballerías y toda clase de carruajes, y por mar, y á pesar de ser muchos los barcos, llegaron á escasear, y todos, al regreso, traían en el tope del palo un gran ramo de hierba en señal de que ya pisaban los campos los que durante tantos meses no habían podido salir de piedras y arenales.

Y sin embargo, es tal el carácter español, que á los pocos días ya echaban de menos

© Biblioteca Nacional de España

los gaditanos el sobresalto, la vida al aire libre, el sonido de la campana, la caída de las bombas, y no faltaba quien dijese:

—¡Gracias á Dios que nos vemos libres de enemigos, pero hay que confesar que esta nueva vida es monótona y cansada!...

* * *

Agradecida la ciudad de Cádiz á los muchos y notables servicios que le prestó la escuadra inglesa, el 18 de Setiembre salieron en una falúa de gala los regidores don José Romero Campo, D. Bartolomé Costelo y el síndico D. Santiago José Terry, con gran acompañamiento, llevando al almirante Legge un mensaje de gratitud; recibidos por dos oficiales de graduación en el pasamanos de la escala, fueron conducidos á la cámara del almirante, que los recibió á la puerta, y una vez en la cámara y entregado el mensaje, el ilustre marino respondió que lo transmitiría á sus oficiales para que lo tuvieran como la página más brillante de su historia. Al salir los comisionados disparó el buque almirante varios cañonazos, y la marinería de todos los buques ingleses formada prorrumpió en atronadores vítores.

A los tres días vino el almirante á tierra con toda solemnidad á dar las gracias al ayuntamiento por su cortesía y deferencia.

Un mensaje igual, pero escrito, fué enviado por el ayuntamiento al general inglés que había defendido la Isla de León.

* * *

Cuando la buena doña Catalina refirió á su esposo el acto nobilísimo ejecutado por Andrés en su viaje á Badajoz, el capitán Talavera sintióse profundamente conmovido, y, lejos de oponerse á la boda de Conchita con el joven Miranda, fué el primero en desearla.

Respecto de Concha, ¡qué diremos que logre pintar su inmensa alegría, su dicha sin igual al saber que la que consideraba una rival era una pobre anciana, cuyo porvenir había asegurado su Andrés querido á costa de su fortuna!

Todos ansiaban la boda, y todos se esforzaban en realizarla, salvo los hermanos Monge, cuyos secretos manejos todos adivinaban sin explicárselos, y excepción de Andrés, quien se negaba á ella por altas razones de delicadeza y de pundonor.

El capitán Talavera, imitando la digna conducta de su esposa, decidió cortar aquel nudo gordiano, y tomando pretexto de los grandes talentos mercantiles de Andrés, y fundado en sus años y en su deseo de descansar, le propuso ponerse al frente de su casa de comercio, añadiendo:

—No tema V. que esta determinación sea por favorecer á V., sino por favorecer los intereses de mi casa, que espero han de prosperar con su inteligente dirección; y crea que hago por V. lo mismo que mi difunto suegro, el inolvidable D. Ramón Saldaña, hizo por mí, que fué asociarme á su casa para llamarme su hijo. Supongo que por muy honrado que V. se considere, no creerá serlo más que Carlos Talavera.

Todavía parecía vacilar el joven, temeroso de las hablillas del mundo y de la malicia de las gentes, cuando D. Carlos se adelantó y le dijo con un tono entre festivo y ceremonioso:

—Sr. D. Andrés Miranda, ¿se dignará usted honrarme aceptando la mano de mi hija Concha?...

Andrés se apresuró á estrechar la mano que el capitán le tendía, exclamando:

—No es V., sino yo, el honrado; y debo confesar que si mi delicadeza es grande es mayor la nobleza de su corazón de V.

—¡Bravo, Andrés!—dijo D. Juan Antonio. No hay en la vida camino más firme y más seguro que el del honor; y ya que D. Carlos ha resuelto hacer una boda, yo, picado de la envidia, he decidido hacer otra: la de nuestra querida Pepita con D. Miguel de Pas, uno de los corazones más nobles y uno de los mejores patriotas que yo conozco.

Todos aplaudieron con entusiasmo, y pocos días después se celebraban las bodas de las dos jóvenes parejas, para solemnizar la entrada en Madrid de los aliados y la que se consideraba por todos definitiva salida de los imperiales de nuestra España, con un júbilo indescriptible por parte de los novios y una alegría extraordinaria por sus familias

© Biblioteca Nacional de España

y amigos que no cesaron de hacer votos fervientes por su eterna felicidad.

La batalla de los Arapiles y sus resultados.

Lord Wellington acantonó su ejército después de la toma de Ciudad-Rodrigo y de la reconquista de Badajoz entre el Agueda y el Coa, y ordenó al general Hill que destruyera todos los pasos del Tajo á fin de impedir á los franceses su comunicación con Castilla.

Los imperiales habían sustituído el puente de Almaráz por uno de barcas, protegido por dos fuertes, pero de nada les sirvió, porque atacado y ganado el uno el 19 de Mayo se vieron forzados á abandonar el otro, y el nuevo puente fué entregado á las llamas.

Inquieto Soult por las disposiciones de Wellington que le aislaban en Andalucía, dispuso asegurar la línea del Guadalete fortificando á Bornos: allí fué á buscarle el ejército español, y sin la inexplicable retirada de la caballería, á la que no pudieron contener los esfuerzos del príncipe de Anglona y de Ceballos Escalera, muerto defendiendo un cañón, la victoria habría quedado por nosotros; lejos de eso perdimos la jornada y en ella 1.500 hombres.

El 13 de Junio ordena Wellington la salida de Fuente Ginaldo y el avance hacia Castilla, llevando su ejército dividido en tres cuerpos; el del centro, dirigido por él, tomó el camino de San Muñoz; el de la derecha, mandado por Graham, se encaminó por Tamames; y el de la izquierda, regido por Picton y reforzado por la brigada de D. Carlos España, se dirigió por Sancti-Espíritu.

Al conocer el movimiento de avance del ejército aliado, evacuaron los franceses la ciudad de Salamanca dejando tan sólo algunas tropas para defender los tres puestos que habían fortificado sobre el Tormes.

El día 17 de Junio lo atraviesan las tropas aliadas por los vados del Canto y San Martín, y penetran en la ciudad, que los recibe con el mayor alborozo, sitiando inmediatamente los tres citados fuertes, que son tomados, el de San Cayetano por la brecha, el de la Merced por asalto y el de San Vicente por capitulación.

Vamos á relatar un lance ocurrido entre Wellington y un pobre menestral de Salamanca, tomándolo de la historia de esta ilustre ciudad.

A su entrada en Salamanca dió Wellington á componer á un cerrajero, llamado de mote *Malagana,* un neceser que se le había descompuesto, y lo hizo tan á satisfacción del lord que éste le gratificó generosamente; y el artista, por no ser menos, le hizo una espada de lujo y de tan buenas condiciones, que Wellington la usó en todas sus campañas y hoy se conserva en el Museo de Londres.

Por consecuencia del sitio y toma de Ciudad-Rodrigo por los aliados, dispuso Marmont que el ejército de Asturias se viniera á Castilla, incorporando las tropas del general Bonet, que lo componían, á las suyas. Después de algunos días pasados en inútiles demostraciones contra las plazas de Ciudad-Rodrigo y Almeida, espantado de la toma por Hill de los fuertes que defendían el puente de Almaráz, se aparta del río Tormes para maniobrar por la izquierda, y hasta intenta socorrer á sus compatriotas de Salamanca amenazados por Wellington, fundado en el refuerzo de su ejército por las tropas del Norte, pero se limita á dejar pasar los días en marchas entre el Duero y el Tormes, causando la ruina de gran número de pueblos; el lord le persigue tenazmente, y después de varios movimientos estratégicos, que prueban el talento militar de ambos generales, Marmont, que no deseaba combatir sin recibir el socorro de 12.000 hombres que José, salido el 21 de Junio de Madrid le llevaba, se encuentra con el ejército aliado en el pueblo de Arapiles, lugar de 80 vecinos, situado á legua y media de Salamanca y sobre un llano.

Las dos célebres colinas el *Arapil grande* y el de las *Fuentes*, donde se dió la sangrienta batalla, traían ya su renombre de nuestra antigua historia, pues según el popular romancero:

«Bernardo estaba en el Carpio,
Y el moro en el Arapil;
Como el Tormes va por medio
No se pueden combatir.»

Desde la ventana de una pobre casa de

© Biblioteca Nacional de España

esta humilde aldea, Wellington dirigía su anteojo para contemplar las fases de la acción.

Según Toreno, desde el 1.° de Julio se hallaban los ejércitos francés y el de Wellington en las llanuras de Vallesa con indicios de admitir batalla. Pero los dos ejércitos estuvieron maniobrando hasta que el 21 se situó Wellington en San Cristóbal, reconcentrando su ejército hacia el Tormes, cuyo río cruzaron los imperiales por Alba. Atravesaron los aliados enseguida este río, y sólo aportaron á la margen derecha la tercera división con alguna caballería. Entonces se afianzó Wellington en otra posición nueva, apoyó su derecha en un cerro, de dos que hay cerca del pueblo llamado de Arapiles, y la izquierda en el Tormes, más abajo de los vados de Santa Marta.

A las ocho de la mañana desembocó rápidamente de un espeso bosque e general Bonet y se apoderó del otro Arapil, apartado más que el primero de la posición inglesa, pero muy importante por su mayor elevación y anchura. Descuido imperdonable en los aliados no haberle ocupado antes, y adquisición ventajosísima para los franceses. Conoció su yerro lord Wellington, y por lo mismo trató de enmendarle retirándose, temiendo que llegasen pronto á Marmont refuerzos del ejército francés del Norte; pero presuntuoso el mariscal francés, probó en breve de estar lejos aquellos refuerzos. En efecto, empezó á maniobrar y girar en torno del Arapil grande en la mañana del 22. Constaba el ejército francés de unos 47.000 hombres, después de agregados los de Bonet, lo mismo poco más ó menos que el de los anglo-portugueses.

Wellington trajo cerca de sí las fuerzas que había dejado al otro lado del río y las colocó detrás de Aldea Tejada, al par que los franceses, favorecidos con la posesión del Arapil grande, iban tomando una posición oblícua que auguraban fuera muy molesta para los aliados en su retirada. Dióse prisa por tanto Wellington á emprender ésta, y la comenzó á las diez de la mañana, antes que los contrarios pudiesen estorbar semejante intento. En él andaba, cuando, observando las maniobras del enemigo, advirtió que, queriendo Marmont incomodarle y estrecharle más y más, prolongaba su izquierda demasiadamente; entonces, con aquel ojo admirable de la campaña, tan sólo dado á los grandes capitanes, ni un minuto transcurrió entre moverse el enemigo, notar la falta el inglés y ordenar éste su ataque para no desaprovechar la ocasión que se le presentaba.

Fué la embestida de la manera siguiente: reforzó Wellington su derecha y dispuso que la tercera división, bajo el mando del general Packenhan, y la caballería del general Urbán, con dos escuadrones más, se adelantasen en cuatro columnas y procurasen envolver en las alturas la izquierda del enemigo por la parte de Miranda, mientras que las brigadas de Bradford, las divisiones quinta y cuarta, del cargo de los generales Leith y Cole, y la caballería de Colton la acometían por el frente, sostenidas en reserva por la sexta división, del mando de Clinton, la sétima, de Hope, y la española regida por D. Carlos de España.

Correspondió el éxito á las buenas disposiciones del general aliado. Flanqueó Packenhan el francés, y arrolló cuanto se le puso por delante; las divisiones inglesas que atacaron al centro enemigo desalojaron las tropas de éste de una en otra altura, avanzando á punto de amenazar sus costados; no fué permitido, con todo, al general Pach apoderarse del Arapil grande, aunque le asaltó con el mayor denuedo; sólo distrajo la atención de los que le ocupaban.

En aquella hora (las cuatro y media de la tarde), al ver el mariscal Marmont una de sus alas arrollada, y mal parado el centro, se dirigió en persona á restablecer la batalla, mas su mala estrella se lo impidió, sintiéndose en el mismo instante herido gravemente en el brazo y costado derecho; la misma suerte cupo á su segundo, el general Bonet, teniendo al cabo que recaer el mando en el general Clausel.

Reforzada la izquierda, y señoras todavía las tropas francesas del Arapil grande, hicieron cejar muy maltratada á la cuarta división inglesa. Relevóla inmediatamente Wellington con la sexta, é introdujo de nuevo allí buena ordenanza, á punto que ahu-

© Biblioteca Nacional de España

yentó á los franceses de la izquierda, obligándoles á abandonar el cerro del Arapil.

Manteníase, no obstante, firme la derecha enemiga, y no abandonó su puesto sino á eso del anochecer; entonces comenzó á retirarse ordenadamente todo el ejército francés por los encinares del Tormes. Persígueles Wellington algún tanto, si bien no como quisiera, pues abriga á aquél la oscuridad de la noche.

Repasaron los enemigos el río sin tropiezo, y continuaron los aliados el alcance. Cargaron éstos la retaguardia francesa el 23, la cual, abandonada de su caballería, perdió tres batallones. Los ingleses se pararon después en Peñaranda, al ver reforzado el enemigo con 1.200 caballos procedentes de su ejército del Norte.

Los aliados y Toreno llamaron esta batalla de Salamanca, por haberse dado en las cercanías de aquella ciudad; los franceses y la Sección española de Historia Militar, de los Arapiles, por los dos cerros que antes hemos mencionado, cerros famosos en las canciones populares de aquel país, que recuerdan las glorias de Bernardo del Carpio.

Sangrienta fué por ambas partes; pues en ella, y sus inmediatas consecuencias, contaron los franceses entre los heridos á Marmont y Bonet, y entre los muertos á Ferey, Thomieres y Desgraviers. Ascendió á mucho su pérdida de oficiales y soldados, con dos águilas, seis banderas y unos 11 cañones; cerca de 7.000 fueron los prisioneros.

Los aliados perdieron también 5.520 entre muertos y heridos; hubo de éstos muchos jefes, y entre los primeros se contaron el general Le Marchant. D. Carlos de España y D. Julián Sánchez tuvieron fuera de combate algunos hombres.

En recompensa de jornada tan importante, y á propuesta de la Regencia del Reino, concedieron las Cortes á lord Wellington la condecoración del Toisón de Oro, regalándole el collar doña María Teresa de Borbón, princesa de la Paz, conocida después bajo el título de condesa de Chinchón, collar que había pertenecido á su padre el infante don Luis. También recibió lord Wellington del Parlamento británico gracias, mercedes y nuevos honores.

Persiguió el vencedor á los franceses hasta Valladolid (30 de Julio); pero juzgándolos bastante destrozados se dirigió al encuentro de José, quien, al saber la derrota de Marmont en los Arapiles y que Wellington se dirigía contra él, retrocedió á Segovia, y luégo á Madrid, á fin de preparar su evacuación, que realizó el 11 de Agosto, no dejando en la capital más que los enfermos y heridos, custodiados por 2.000 hombres, y aquellos de sus servidores y partidarios que no pudieron seguirle más allá del Tajo.

Al paso que Wellington perseguía á los imperiales, el sexto ejército español avanzaba resueltamente, sitiaba á Astorga, que se rendía por capitulación el 19 de Agosto, y se extendía hasta las ciudades de Toro y Tordesillas, donde el brigadier D. Federico Castañón aprisionaba 250 franceses que se habían refugiado y fortalecido en una iglesia.

La victoria de los Arapiles la completaron los guerrilleros con una persecución constante y tenaz á los franceses, que fueron acosando en su retirada, causándoles multitud de bajas y haciéndole un número extraordinario de prisioneros, según veremos.

Situación de Madrid.—El hambre.—Un relato verídico.—Antiguos personajes.—Madrid y los madrileños.

Tratemos de pintar á Madrid en aquellos días.

Las calles tristes y solitarias.

En las casas algunas tertulias de amigos íntimos ó de vecinos, que parecían buscar un consuelo fuera de la suya.

Los afrancesados soberbios, pero temerosos de un algo oculto que no sabían definir.

Los patriotas amenazados, pero sin doblar la cerviz, negando los progresos de los imperiales en la conquista de España y publicando, y hasta exagerando, los triunfos de nuestros ejércitos y las victorias de nuestros gerrilleros. Para ellos ni Tarragona había caído en poder de los franceses, ni Valencia se había rendido, y todo ello no eran más que baladronadas de los generales del *Corso* (así llamaban á Napoleón). En cambio la toma de Ciudad-Rodrigo y la reconquista de Badajoz, las victorias del *Empeci-*

© Biblioteca Nacional de España

nado y de Mina, las de Longa y Porlier, las de Merino y Saornil, las de Palarea y Abad eran tan claras y evidentes como la luz del sol.

En las tertulias bordaban las señoras, en tanto que los hombres jugaban al clásico *Mediator*, pero todos se ocupaban de la situación de la patria, glosando los boletines y los diarios del Gobierno francés ó comentando los decretos del intruso publicados en la *Gaceta*, que comenzaban: *D. José Napoleón, por la gracia de Dios, rey de las Españas y de las Indias*, y á los cuales aplicaban el célebre epigrama del insigne Quevedo al doctor D. Juan Pérez de Montalbán, en la siguiente forma:

«Ni tiene gracia de Dios,
Ni es rey de ninguna parte;
Conque, quitándole el Don
Queda José Bonaparte.»

. En la mayoría de las casas se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se trabajaba los de labor, velándose hasta las diez, y se paseaba las fiestas de guardar.

Se ocupaban los jóvenes, ellas en bordar al tambor ó en leer el *Año Cristiano* ó la *Biblioteca de señoritas*, ó *Los fundamentos del café:* y éllos en repasar *La historia de España*, del padre Mariana, el *Diccionario de Rubiños*, ó la *Monarquía Hebrea*, del marqués de San Felices.

Un número de *La Gaceta del Gobierno*, del *Semanario patriótico*, del *Redactor general* ó de cualquiera de los periódicos que se publicaban en Cádiz, era tan estimado como escarnecida *La Gaceta* del Gobierno del intruso, ó el pobre *Diario de avisos de Madrid*.

Al teatro se iba, no tanto por admirar el genio colosal de Maiquez, cuanto por aprovechar la ocasión de vitorear á Fernando en el drama *El triunfo del Ave-María*, ó aplaudir al Gobierno nacional en la persona del diputado D. Juan Nicasio Gallego en las representaciones de su tragedia *Otelo*.

Los *chisperos*, los *curtidores*, los héroes del 2 de Mayo y del 4 de Diciembre, el pueblo entero no ocultaba su odio á los franceses y á José, á los que hacía con frecuencia objeto de sus burlas y de su saña, empleando por igual el epigrama y la navaja.

Y sin embargo de tan grave situación, en el salón aristocrático, en la tertulia de la clase media, en el ventorrillo y en la taberna del pueblo notábase de día en día cierta alegría íntima, cierta satisfacción interior, cierta confianza, en una palabra, como si Madrid presintiera que en un plazo breve iba á encontrarse libre de sus odiados opresores.

Y esta alegría, esta satisfacción y confianza habrían sido mayores si no hubiese caído sobre Madrid una calamidad superior á la dominación extranjera, á las inícuas exacciones del Gobierno y á los crueles procederes de la policía, que tenía llenas de terror á las familias, atestados los calabozos y en constante peligro la vida de los ciudadanos; esta calamidad fué el hambre, que ya comenzó á iniciarse en los últimos meses del año de 1811.

Cuatro años de constante lucha, abandonadas las tierras por los campos de batalla, arrebatadas las cosechas apenas recogidas, acaparados los pocos granos que existían por los generales franceses, debían producir tan terrible conflicto.

Los franceses dispusieron mayores acopios de granos cuanto mayor era el hambre, y en el mes de Junio ordenaron á las seis prefecturas que habían establecido en Madrid, Toledo, Ciudad-Real, Cuenca, Guadalajara y Segovia que además de las contribuciones ordinarias y extraordinarias aprontasen las enormes cantidades de *quinientas setenta mil* fanegas de trigo y *doscientas sesenta y cinco mil* de cebada, y *setenta y tres millones* de reales en dinero.

Al comenzar el año 1812 se vendió en la plaza de la Cebada de Madrid la fanega de trigo candeal á 540 reales, resultando el pan de dos libras á 18 y 20, que únicamente se despachaba en la tahona de la calle del Lobo y en la de la plazuela de Antón Martín.

Seguía á éste un pan mezclado, agrio y amarillento, que costaba á ocho y diez reales, ó un pan imposible á veinte cuartos, ó una galleta durísima é insípida, ó una patata cocida; las patatas subieron á cuarenta cuartos la libra, y á este tenor los garbanzos, el arroz y las judías.

© Biblioteca Nacional de España

En vano el Gobierno dispuso arrebatar de los pueblos cercanos á la capital el poco grano que conservaban, y quiso obligar á los tahoneros á darlo á un precio imposible; en vano se sustituyó el pan candeal con otro formado de una mezcla de centeno, maiz, cebada y almortas; en vano se otorgó el nombre de comestibles á ciertas materias y á ciertos animales tan repugnantes como asquerosos; en vano el Gobierno, con decretos, las diputaciones de barrio, compuestas de hombres acomodados, y los particulares, con abnegación y caridad sublimes quisieron atajar tan grave mal: la calamidad era más grande que sus buenos deseos y aterraba los más fuertes corazones.

Madrid llegó á presentar un cuadro tan horroroso que la pluma se resiste á describirlo...

Los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños acechaban al que iba comiendo y se arrojaban sobre él y le arrebataban el alimento antes que pudiese llevarlo á los labios.

Turbas famélicas rebuscaban en los montones de basura y saboreaban con deleite el pedazo de troncho amargo, la corteza de la podrida patata y los pellejos de las carnes.

Sin trabajo, porque faltaba en absoluto, el pobre pueblo se vió forzado á pedir limosna verdaderamente para comer, para adquirir por dos cuartos uno de los famosos *bocadillos* de cebolla en harina de almortas, que vendían los antiguos barquilleros, ó algunas castañas ó bellotas que le permitían conservar la vida por algunas horas...

¡Cientos de personas espiraban de hambre en las calles, cuyos cadáveres eran recogidos dos veces al día por los carros de las parroquias!

¡Por todas partes lamentos de mujeres, ayes lastimeros de niños, suspiros de agonía, gritos de rabia de hombres, un concierto horroroso de voces y lágrimas, de penas y rencores!...

Creemos que nuestros lectores verán con agrado los datos que nos ha suministrado una anciana señora que nos honra con su amistad, llamada doña Catalina Cañadas y Marco, y que, á pesar de los pocos años que contaba entonces, conserva vivo el recuerdo de aquellos azarosos días, y á la que damos mil gracias por su bondad.

Cuenta que había las tres clases de pan que hemos citado, el de primera á 20 reales, el de segunda á 12, el de tercera ó de munición, á veinte cuartos, y tan malo, que cuantos lo comían enfermaban de la boca; y que el Gobierno, queriendó vengar en los tahoneros el hambre de Madrid, de la cual era el principal culpado, mandó sacar á la vergüenza á algunos de ellos con un pan colgado al cuello, conduciéndolos hasta la plaza de la Cebada en que se hallaba levantada la horca.

No era posible ir comiendo nada por las calles sin exponerse á perderlo, y los vendedores se veían forzados á tenerlo todo guardado dentro de las tiendas.

El padre de esta señora pertenecía á una buena familia y se hallaba empleado en las puertas cuando entraron los franceses, viéndose privado de su destino por no haber querido jurar ni reconocer á José, prefiriendo dedicarse á peón de albañil primero que servir al intruso. Ganaba seis reales, y como los cobraba á diario, pues en vista de la miseria tuvieron los maestros y los amos que adoptar esta determinación, al venir á su casa traía oculto un pan de 20 cuartos, y con la mitad, y un poco de aceite, agua y sal, hacía unas sopas ó un moje, única comida que tomaban en las veinticuatro horas, cortando de la otra mitad del pan dos pedazos, uno que él se llevaba por la mañana y el otro, el mayor, para la niña, que con una cabeza de ajos asada ó un trozo de cebolla les servía de almuerzo. Recuerda que todas las noches, al venir, la decía casi llorando:

—¡Hija mía, si no fuera por tí, yo me iría á la guerra á buscar la muerte, porque esto no es vivir!...

En los basureros era imposible hallar desperdicio ninguno, porque todos se los comían, y recuerda que existía una partida llamada de la *Manta* que hasta las basuras se llevaba. Añade que en los conventos aguardaban, no ya los antiguos pobres, sino todo Madrid; pero que ni los frailes, ni los pocos vecinos que podían socorrer á sus hermanos, bastaban á contrarrestar tan gran

© Biblioteca Nacional de España

miseria; en su misma casa, repite, que había una señora que la guardaba algunos mendrugos de pan, y que como el frío era horroroso y no tenía abrigo, y todo el día lo pasaba solita en su desmantelada habitación, iba con una cazuela pidiendo á cada vecina un ascua de lumbre para calentarse...

Los soldados franceses no se vieron libres de privaciones, pero aun así, como su situación era magnífica con relación al vecindario, un tanto conmovidos ante aquellas horrorosas escenas y un tanto temerosos de lo que podría hacer aquel pueblo hambriento, ofrecieron en algunas ocasiones dinero y hasta pan á los habitantes de Madrid, que estos rechazaron heróicamente no queriendo deber nada á sus mortales enemigos.

Para concluir, diremos que, según los cálculos más aproximados, el hambre costó á Madrid en un año más de 20.000 personas...

Y al tratar de Madrid y de los madrileños, creemos llegado el instante de volver á ocuparnos de aquellos amigos nuestros, residentes en la capital, de quienes el relato de sucesos ocurridos en otros puntos nos ha obligado á prescindir.

Después de la carta del marqués al doctor



EL HAMBRE EN MADRID.

Peñaranda, la boda ajustada entre la condesita y su primo Jorge, declarado amigo de los franceses y ayudante del rey intruso, quedó definitivamente rota; el hijo arrastró á la madre á la corte de José, y entre ellos y D. Diego y la condesita, cada vez más amantes de la independencia de España, levantó el patriotismo una barrera infranqueable.

Conocida que fué en Madrid la toma de Valencia, el dolor de Isabel y las inquietudes del marqués por D. Luís fueron grandísimas, viniendo á aumentarlas la duda de si habría muerto ó conservaría la vida, de si le habrían conducido preso á Francia ó si gozaría de libertad. La condesita, desde el día fatal en que supo la toma de Valencia por Suchet, se vistió de luto, juzgándose ya, no la prometida sino la viuda del doctor, sin que los cariños de su anciano tío pudiesen consolar su dolor ni enjugar sus lágrimas.

—Ha muerto—le decía siempre;—de otro modo él escribiría, ó los periódicos nos relatarían sus hazañas, como nos relatan las de su amigo Romeu. ¡Ignoraba la joven que este ilustre patricio había regado con su generosa sangre el árbol santo de nuestra independencia!

© Biblioteca Nacional de España

El hambre de que nos hemos ocupado, y que cayó sobre Madrid como una inmensa calamidad, sino alcanzó al marqués y á la condesita, porque su fortuna era grande y les permitía hacer frente á las circunstancias, puso de manifiesto su caridad y sus hermosos sentimientos, pues dedicaban una buena parte de ella al socorro de tantos infelices como carecían del más precioso de los alimentos, del pan, repartiendo bastantes entre los necesitados y logrando con su cariño y sus desvelos arrancar muchas víctimas á la muerte.

Entre los socorridos más especialmente por la condesita y su tío D. Diego, se hallaba *Paca* la Morena, y bien sabe el cielo que cuanto recibía de manos de Isabel y del marqués lo empleaba en socorro de otro más desgraciado que élla, del abate D. Felix Manzanilla, abnegación que merece ser conocida.

Después de la conquista de Madrid por Napoleón en la mañana del 4 de Diciembre de 1808, la *Morena*, su marido el *Zurdo*, el Abate, Bergamota el peluquero, el lacayo y el mozo de compra, que defendían la batería de la calle de Alcalá, tuvieron que retirarse, y durante algunos días permanecieron ocultos; pero eran buenos españoles, pertenecían á los héroes del 2 de Mayo, y su generosa sangre se irritaba cada vez que veían á un francés.

—Antes que ser pillao ó que me lleven en caravana estos franchutes, quiero morir, —decía el *Zurdo*.

—Y yo igual... y si nos matan, pata,— contestaba el peluquero.

Resolvieron, pues, abandonar la capital, formando una guerrilla á cuyo frente se puso el Abate, que tantas pruebas de valor y sangre fría había dado en el Parque, al lado de su amigo Velarde, y en la citada batería contra los soldados napoleónicos. Sólo quedó en Madrid la Paca, tanto para continuar al frente de su bodegón, cuanto para proporcionar armas, dinero, y lo que era aún mejor, noticias, todo lo cual realizó la manola á la perfección. ¡Cuántas veces los oficiales franceses que frecuentaban el bodegón, atraídos por el brillo de sus ojos y por la gracia de su talle, bebieron cerca de la mesa en que se hallaban sentados el Abate, el *Zurdo* ó Bergamota, entrados secretamente en Madrid algunas horas antes!

Pero el Abate recibió en uno de los combates sostenidos por la guerrilla que mandaba un balazo en el pecho, y aunque curado por un médico patriota en el bodegón, á donde le condujeron secretamente una noche el *Zurdo* y Bergamota, quedó tan débil de resultas de la mucha sangre que había perdido en las horas que pasó en el campo hasta que pudo ser conducido á Madrid, tan falto de fuerzas, tosía tanto y arrojaba tanta sangre por la boca, que aunque volvió á campaña no pudo, sin embargo, continuar al frente de la guerrilla, pues sabido es que los guerrilleros necesitaban estar dotados de una salud á toda prueba, de una resistencia pasmosa, de una organización de hierro, teniendo que regresar á Madrid al cuidado de la Paca y dejando al *Zurdo* mandando la guerrilla.

En los primeros meses del hambre la manola, con los productos del bodegón, pudo atender al Abate como lo exigía su estado, pero la miseria, al hacerse general, disminuyó los beneficios de la *Morena* y la situación se hizo de cada día más difícil, pues el Abate, lejos de mejorarse, empeoraba con aquellos alimentos, que tantos sacrificios costaban á la generosa Paca y que, sin embargo, carecían de las condiciones necesarias para un hombre tan enfermo.

Felix, comprendiendo la situación, quiso aliviar de una carga tan pesada como él era á la manola, pero élla se opuso, y con lágrimas en los ojos exclamó:

—No piense en eso, señor Abate; lo que sea de la Paca será de su mercé... Ya iremos trampeando...

Accedió el Abate, conmovido por tan noble proceder, y trató de buscar una ocupación; pero como hemos dicho anteriormente no había trabajo y menos para un hombre de sus condiciones y enfermo.

Averiguó el Abate que sus amigos D. Zoilo Naranjo y D. Serafín Primoroso, el erudito y el petrimetre con quienes le vimos la víspera del 2 de Mayo en el bodegón de la Paca, habían mejorado de suerte y fuése en su busca. Con efecto, ambos estaban coloca-

© Biblioteca Nacional de España

dos y gozaban de una buena posición; don Zoilo enseñaba castellano á varios generales franceses que le pagaban espléndidamente con lo que robaban á España, y al petrimetre le había alcanzado su familia, vendida á los invasores, un alto empleo en palacio.

Hallábanse los dos en la oficina de D. Serafín, cuando llegó Felix, al que recibieron muy descortesmente, indicándole la conveniencia de que no volviera á visitarlos, pues siendo un patriota tan exaltado como era, su amistad podía comprometerlos y perder la posición que disfrutaban, prometiendo guardar el secreto de su estancia en Madrid después de haber mandado una guerrilla, y ofreciéndole algunas monedas que Felix rechazó con desprecio.

Cuando la Paca lo supo no pudo menos de felicitarle por su digna conducta, exclamando:

—Que se vayan al hespicio á cardar lana esos malos españoles, esos indianos de hilo negro.

Pero los días pasaban... Nadie venía al bodegón, excepto algunos soldados que, como todos, sufrían los efectos del hambre, pues los oficiales que antes lo frecuentaban, convencidos de la honradez de la manola, se habían retirado; la miseria era cada día mayor; del *Zurdo* nada se sabía, temiendo la Paca si lo habrían muerto; el hambre se cernía sobre la casa de la infeliz manola... y la Paca, como decía en su pintoresco lenguaje, no tenía una blanca para pan.

¡El hambre!... No le importaba por ella; pero, ¿y el desgraciado Abate, cada día más enfermo?... ¡Ella lo había empeñado y vendido todo, y ya nada le quedaba, nada!... Esposa, tenía su marido en el campo; hermana, tenía á Vicente en Cádiz, y dueña de un bodegón, estaba arruinada por la guerra... ¿Qué hacer?

En su dolor tuvo una idea que había de salvarla... pensó en la condesita, la pupila de D. Juan Antonio Miranda, el amo de su hermano Vicente, y en su tío el marqués... Los dos eran buenos y no querrían dejar morir al desgraciado D. Felix sumido en el lecho del dolor por haber combatido en favor de su patria.

Haciéndose estas reflexiones llegó la manola al palacio del marqués, junto á las gradas de San Felipe, de tan triste recordación para ella. Anunciada á la condesita y á su tío fué inmediatamente recibida y ambos la pidieron con grande interés noticias de la familia del Sr. Miranda, así como del *Zurdo* y de su hermano Vicente.

La Paca respondió que de su marido nada sabía, y que á su hermano lo consideraba en Cádiz con D. Juan Antonio y sus hermanos, añadiendo:

—¡Y por cierto que si ellos se encontraran aquí no vertería yo las lágrimas que vierto!

Interrogada con el mayor cariño por la condesita y el marqués, la *Morena* les refirió con frases entrecortadas por los sollozos lo que le ocurría. Isabel y D. Diego eran españoles, eran gentes de corazón, y el relato de la Paca les produjo una sensación de alegría al oir la noble conducta de la manola, el digno proceder del Abate y la patriótica marcha del *Zurdo*, y de horror y vergüenza al saber la conducta del petrimetre y el erudito.

—No se aflija V., Paca;—dijo la condesita.—El cielo no puede permitir que su noble acción de V. quede incompleta... Mi tío y yo nos encargamos desde este momento de V....

- ¿De mí, señorita? Pero si yo no necesito nada... nada... Si aquí el verdaderamente desgraciado es el señor Abate...

—Pues, bien—añadió D. Diego;—nos encargamos de V. y de D. Felix, que bien lo merecen Vds., y todos los días vendrá V. á casa en busca de cuanto necesite...

—Sí, Paca, sí; yo cuidaré desde hoy de que tenga V. algún trozo de ave para preparar los caldos á D. Felix, y de que pueda llevarle pan, del que llaman de flor, así como alguna botella de buen vino... y algunas conservas.

—¡Es V. un ángel, señorita!—exclamó la manola, besándola las manos.

—Soy una española que se interesa por los suyos... Yo también tengo en el mundo un sér querido, que ignoro si ha muerto ó si vive, y por el cual desearía velasen también en un caso igual...

© Biblioteca Nacional de España

Y la condesa rompió en un amargo llanto.

—Vamos, Isabel; ten conformidad... y, sobre todo, no te atormentes ni te aflijas sin motivo—exclamó el marqués, procurando ocultar su emoción;—y V., Paca, venga con nosotros para que empiece desde hoy á cuidar de su enfermo.

Evacuación de Madrid por los franceses.—Actitud del pueblo.—Entrada de los guerrilleros y del ejército aliado.—Nuevas autoridades.—Proclamación de la Constitución.—Una anécdota curiosa.

Esto ocurrió en los primeros días de Junio de 1812, y desde aquella misma mañana pudo la *Morena* suministrar al Abate caldos más sustanciosos, comida sana y vinos añejos que poco á poco entonaron su estómago y le devolvieron las perdidas fuerzas.

Para detallar mejor la situación de Madrid, vamos á copiar algunas noticias tomadas de cartas que por aquellos días publicó la *Gaceta del Gobierno Nacional.*

«Aumentan las deserciones entre los juramentados españoles y aun entre los franceses.

El día 2 de Agosto se tirotearon algunas guerrillas con los franceses en los altos de San Isidro, matando dos é hiriendo cinco; al siguiente volvieron los nuestros, pero los imperiales no se atrevieron con ellos.

El 4, 200 guerrilleros, del valiente Fermín, cogieron una avanzada francesa de 32 hombres con su oficial, marchándose tranquilamente hacia Valverde á la vista de los que quedaban aquí.

Estas ocurrencias los tienen exaltadísimos.

Las partidas de guerrillas están á todas horas en la puerta de la capital; por manera que tienen á los franceses en una constante alarma, sin atreverse á salir á pasear ni ellos ni sus partidarios.

El guerrillero Fermín suele venir á dar de beber á sus caballos al pilón de la Puerta de Toledo.

El feroz comisario Satini ha encerrado en la cárcel á los vecinos que fueron á los Carabancheles, donde había algunas partidas de patriotas, é impuso 5.000 duros de castigo á la población.»

Como un rayo circuló por la capital la noticia de la gran victoria de Arapiles, de la retirada de Marmont y de la próxima llegada del ejército anglo-hispano-portugués, é inmediatamente se observaron los mayores síntomas de inquietud en José y su corte, seguidos de un gran abatimiento.

El gozo público se manifestaba por todas partes; volaban entre los patriotas las noticias de este gran suceso, y la policía se desesperaba al ver que todas sus medidas, las prisiones que ejecutaba y la actividad que desplegaba para impedir que se divulgasen, eran inútiles.

Determinada la fuga, más bien que la salida de José y su corte y partidarios en varios consejos para el día 11, el 9, que era domingo, á las seis de la tarde, descubrieron los oficiales, que con anteojos observaban las sierras del Guadarrama, á los batallones aliados bajando el puerto, y al instante se esparce la consternación, se embargan coches, galeras, carros, calesas y caballerías y se ordena la salida para la mañana siguiente, aumentando por momentos el desorden de los parciales del intruso, que, llorando y temerosos, venden sus muebles á vil precio, los encomiendan á sus parientes y amigos ó mendigan el favor de los patriotas á quienes ayer despreciaban, ó sufren el saqueo de sus mismos amigos los franceses, saliendo por fin á las nueve de la mañana del día 10 llenos de humillación y oprobio por delante del pueblo que acreditó una vez más su generosidad y cordura, sin dejar más fuerzas que las que guarnecían el Retiro.

Entre los grupos empieza á comentarse con el mayor gozo el acto heróico de D. Juan Martín *(El Empecinado)*, que, hallándose en Chamartín, había penetrado con sus guerrilleros casi hasta la Puerta del Sol persiguiendo un destacamento de dragones franceses, y la llegada del ejército aliado á las Rozas y Aravaca, y los madrileños, débiles y enfermos y miserables se aprestan á festejar á los guerrilleros y á los soldados.

En muchas casas se adornaron los *altares* que tenían los niños, las señoras llevaron velas de cera á los templos, las hijas del pueblo acudieron á las iglesias á oir misa y los hombres dirigieron al cielo expresivas gra-

© Biblioteca Nacional de España

cias por la libertad de la patria, objeto principal de todos de aquellos actos de sincera devoción.

El martes 11 volvieron los ministros de Policía y Hacienda del intruso con una gruesa escolta á quemar varios papeles.

El 12 se encerraron los 2.000 franceses que José había dejado en el Retiro, abriéndose entonces las tiendas, que habían estado dos días cerradas por temor al saqueo de los imperiales.

Los habitantes de Madrid se entregaron á la mayor alegría, pareciendo todos una sola familia según se hablaban, se daban la enhorabuena y se abrazaban, gozosos por su ansiada libertad, vistieron sus mejores trajes y se lanzaron á las calles y plazas para recibir á sus salvadores.

Véase ahora el parte que el guerrillero D. Juan Palarea *(El Médico)* dirigió al comandante general de Extremadura, marqués de Monsalud con fecha 12 de Agosto:

«Excmo. Sr.: Tengo la satisfacción en avisar á V. E. como hoy á las once y media del día he entrado en la villa y corte de Madrid, libre de enemigos, á excepción de los que han quedado en el Retiro.

También ha entrado el regimiento del *Empecinado*, otros cuerpos francos y una división inglesa. No es posible pintar á V. E. el entusiasmo de este pueblo patriota; los balcones todos colgados; un sin número de gentes, que impedían el paso, y que sólo respiraban vivas y aclamaciones, ha cubierto la carrera, que ha sido por la puerta de Segovia. El cuartel general de lord Wellington se halla hoy en las Rozas y mañana se trasladará á Madrid. Los franceses, en diferentes columnas, se van retirando hacia la Mancha.

La guarnición enemiga de Guadalajara, compuesta de 800 hombres, está capitulando en este momento con el *Empecinado* y va á ser prisionera de guerra.»

La llegada de los guerrilleros y de la tropa puso el colmo á la satisfacción y al placer de los madrileños. Jamás pueblo alguno manifestó con tanta cordialidad y energía su gratitud á sus libertadores, no cesando en este día y en los sucesivos las aclamaciones á los vencedores de Napoleón: los balcones de todas las casas se vieron instantáneamente colgados y adornados como por encanto, y no quedó prueba que los habitantes de la capital no diese del interés con que miraban á los héroes de las provincias y á los vencedores de Marmont.

La concurrencia en la Puerta del Sol y calle de Alcalá era extraordinaria, y en todos los semblantes brillaba el gozo más puro, el más férvido entusiasmo.

A las nueve, el repique de las campanas, el correr de las gentes, los gritos de alegría anunciaron la entrada por la puerta de Alcalá de las guerrillas castellanas y manchegas, á cuyo frente venían el ilustre D. Juan Martín *(El Empecinado)*, D. Juan Palarea *(El Médico)*, D. Francisao Abad *(Chaleco)* y D. Manuel Hernández *(El Abuelo)*, acompañados de una inmensa multitud que los vitoreaba con loca alegría.

Siguieron nuestros guerrilleros por la calle Mayor, siendo objeto de una constante ovación, hasta el Ayuntamiento, donde se puso á su cabeza el Municipio, es decir, aquellos de sus individuos que no quisieron marchar con el intruso, encaminándose á las puertas de Segovia y San Vicente á recibir al ejército anglo-portugués mandado por lord Wellington y por los generales españoles D. Miguel de Alava y D. Carlos España, y el portugués Silveyra, conde de Amarante, del cual vamos á extractar una notable carta escrita en su cuartel general de Carvajales á 29 de Junio de 1812, al conde de Palmela, ministro de Portugal en España:

«Cuando marchó el ejército aliado hacia Salamanca, marché yo con la división de mi mando hacia las márgenes del Esla. Con ella he amenazado y puesto en respeto las guarniciones de Zamora y de Toro, pues tengo caballería entre aquellas dos plazas.

Me sirve de la mayor satisfacción asegurar á V. E. que los españoles me han recibido con gran entusiasmo; que he tenido diputaciones de pueblos muy distantes, ofreciéndome generosamente raciones para la tropa y todos los auxilios. En fin, los españoles sólo necesitan ocasiones para manifestar su entusiasmo.»

Bien pronto regresaron al ayuntamiento

© Biblioteca Nacional de España

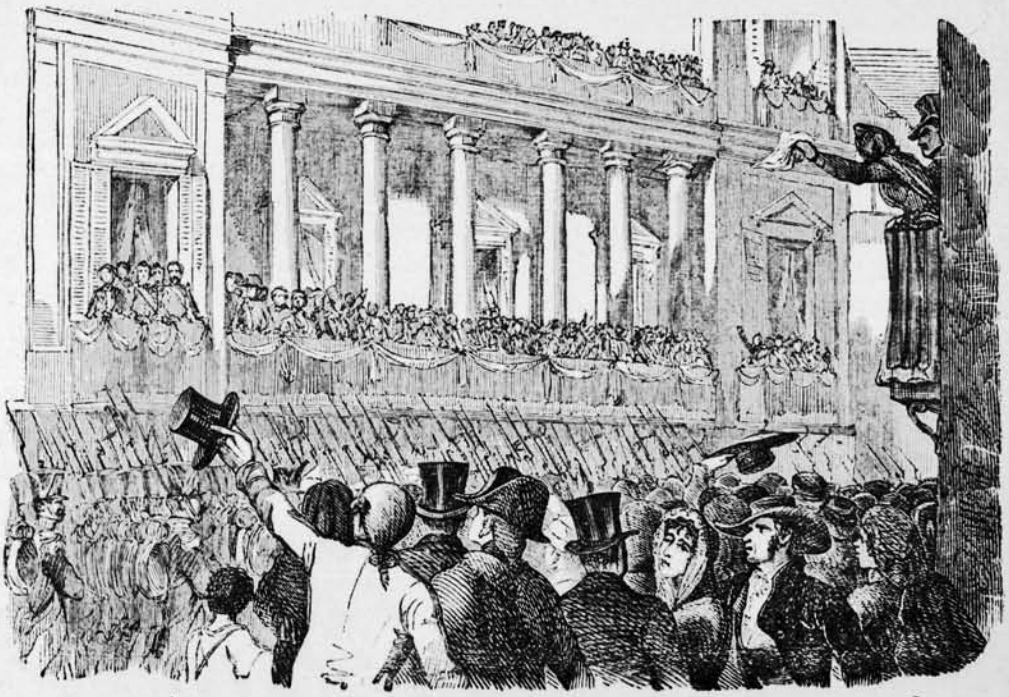
donde la municipalidad obsequió á todos los jefes con un sencillo refresco, presentándose varias veces al balcón á recibir las aclamaciones del pueblo, *Wellington con toda la cortesía compatible con la aspereza del carácter inglés y el orgullo especial de Su Gracia,* y los generales y guerrilleros españoles *con toda la efusión y marcialidad propios de nuestro carácter.*

Según los mejores historiadores, el *Empecinado* fué el verdadero héroe del día,

Como lord Wellington no podía prescindir de esa aspereza y de ese carácter orgulloso, mandó fijar en las esquinas la siguiente orden del día, que, como muy oportunamente dice un autor, más parece un bando draconiano de Murat que no un documento del jefe de las tropas libertadoras:

«Cuartel general de Madrid 12 de Agosto de 1812.

Los habitantes de Madrid deben tener bien presente que su primera obligación es



ENTRADA DEL EJÉRCITO ALIADO EN MADRID

la de mantener el orden y prestar á los EJÉRCITOS ALIADOS cuantos auxilios estén en su poder para continuar las operaciones.

La CONSTITUCIÓN establecida por las Cortes en nombre de S. M. FERNANDO VII será proclamada mañana, é inmediatamente se procederá á la formación del GOBIERNO DE LA VILLA, según la forma que élla prescribe.

Entretanto deben continuar las autoridades existentes en el ejercicio de sus funciones.—*Lord Wellington*, DUQUE DE CIUDAD-RODRIGO.»

Resuelto con esto la seguridad del vecindario, *galvanizado el cadáver del pueblo de Madrid* con la presencia de sus libertadores y abiertas las comunicaciones, el ayuntamiento dictó rápidas é importantes disposiciones que hicieron bajar instantáneamente el precio del pan, y el pueblo, lleno de satisfacción y alegría, gritaba:

—¡Viva *El Empecinado*, y el pan á peseta!...

—¡Viva Fernando y viva la abundancia!

El 13 fué cercado el Retiro á las seis de la tarde.

© Biblioteca Nacional de España

En este día, por orden de Wellington, se hizo con todo aparato la proclamación de la Constitución, presidiendo este acto D. Carlos España, gobernador de la capital y su provincia, el mariscal de campo D. Miguel de Alava y el ayuntamiento; el concurso del pueblo fué tan inmenso, que parecía que se había multiplicado la población, á pesar de encontrarse reducida por el hambre á la tercera parte, y las aclamaciones no cesaron durante la lectura del Código inmortal de los legisladores de Cádiz.

El Retiro se rindió el viernes 14 á las doce del día, á tiempo que ya estaban preparadas las escalas para el asalto, quedando prisioneros los 1.900 hombres de su guarnición, cogiéndoles 189 cañones, 20.000 fusiles, 900 barriles de pólvora, y almacenes considerables de vestuarios, provisiones y municiones. El Retiro fué durante la dominación francesa una Bastilla en donde la crueldad francesa sacrificó muchas víctimas inocentes.

El juramento de la Constitución se verificó en todas las parroquias de la capital el domingo 16; los curas en sus arengas manifestaron el placer que reinaba en sus corazones, y el pueblo contestaba con tanta energía como entusiasmo antes de que le pidiesen el juramento, porque la Constitución representaba para él la libertad, votada por sus diputados, el triunfo de la Nación y de Fernando sobre Napoleón y el intruso José.

Los habitantes de Madrid, aunque no libres de sus pasadas miserias, las olvidaban para obsequiar en lo poco que podían á los guerrilleros y para admirar los uniformes encarnados y la marcial apostura de algunos regimientos ingleses, y con preferencia á los *high-landers* por su tonelete corto, la pierna desnuda, la manta escocesa y el bizarro plumero, y porque los consideraban menos *herejes* que á los otros, puesto que llevaban algunas medallas al cuello y solían entrar en las iglesias; y aunque Wellington se mostraba poco afectuoso con las autoridades y personajes que le visitaban y con el pueblo, éste, agradecido á su valor, le compuso varias canciones, entre ellas la siguiente:

Velintón en Arapiles
A Marmón y á sus parciales
Para almorzar los dispuso
Un gran pisto de tomaááátes.

Y tanto les dió,
Que les fastidió,
Y á contarlo fueron
A Napoleón:
¡Y viva la Nación,
Y viva Velintón!

La iluminación de los días anteriores fué en la noche del 14 más brillante y general, y el inmenso concurso que recorría las calles no cesaba de gritar: *¡Viva España! ¡Viva nuestro sabio Gobierno! ¡Viva la Constitución!*

El ayuntamiento obsequió en este día al duque de Ciudad-Rodrigo con un baile, y así por el numeroso y lucido concurso que asistió, como por la decoración de las salas, ofreció un cuadro digno de admiración.

El general Alava dirigió una proclama á los oficiales y soldados españoles que seguían las banderas del intruso, ofreciéndoles en nombre de las Cortes el indulto, para celebrar la proclamación de la Constitución, presentándose más de 800 soldados y varios oficiales, deseosos de borrar con sangre enemiga la mancha que les echó su fortuna adversa y no una voluntad decidida de destrozar su patria.

Que venía á regenerarnos, dijo Napoleón, y lo consiguió; el esclavo español se vió convertido en ciudadano, el supersticioso en despreocupado, el cobarde en valiente, el holgazán en trabajador, el egoista en generoso, el indolente en pensador y el genio español se fué desenvolviendo hasta el extremo de penetrar los secretos designios de la Francia y vencer sus ejércitos.

Los electores de la villa, que fueron nombrados en las Juntas parroquiales celebradas el 18, se reunieron al día siguiente, 19, en las salas del ayuntamiento y eligieron, con arreglo al artículo 314 de la Constitución, los dos alcaldes, los 16 regidores, los dos procuradores síndicos generales y el secretario, que, con arreglo á la misma, correspondían á Madrid según su población.

El 22 el nuevo ayuntamiento salió en cuerpo de las Casas consistoriales con las

© Biblioteca Nacional de España

ceremonias de estilo, bajo la presidencia del mariscal de campo D. Carlos de España, comandante general interino de Castilla la Nueva y de la corte, y se dirigió al Real Palacio en que se hospedaba el Excmo. señor Capitan general, duque de Ciudad-Rodrigo, al objeto de cumplimentar «al vencedor de Vimeyro y de Talavera, al libertador de Portugal, al conquistador de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, al héroe de Salamanca,» en nombre de los habitantes de Madrid, villa muy celebrada en la historia por su heróico patriotismo, y que en esta gloriosa lucha, sin más armas que su lealtad, derramó su sangre por defender la independencia de la patria y los derechos de su legítimo monarca.

Lord Wellington contestó, agradeciendo la felicitación del ayuntamiento, elegido por los fieles y leales habitantes de Madrid en la forma prevenida por la Constitución, ofreciendo todo su apoyo para la interesante causa de España, su independencia y prosperidades ayudado por el nuevo ayuntamiento, que poseyendo la confianza del pueblo pondría—dijo,—en ejecución las leyes con imparcialidad y vigor.

Y á propósito del Lord vamos á trascribir una curiosa anécdota copiada del Sr. Mesoneros Romanos.

Deseando Wellington poseer su retrato pintado por Goya, fué con su amigo predilecto, el general Alava, al estudio del artista, situado en la quinta de recreo que poseía á orillas del Manzanares, camino de San Isidro. Púsose Goya á la obra, y como le bastaba una hora para bosquejar un retrato, cuando lo creyó en estado de enseñarlo se lo presentó orgulloso al Lord que, ó por falta de inteligencia, ó por su natural despego, no lo estimó en lo que valía, diciendo en inglés al general Alava que era un mamarracho. El hijo de Goya, D. Javier, persona instruída y que conocía el inglés, callaba prudentemente, mientras su padre fiero, como buen aragonés, que no comprendía el inglés y además era sordo, al ver que Wellington se marchaba sin el retrato, echó mano á las pistolas que siempre tenía cargadas sobre la mesa, empuñó el Lord la espada, y gracias á los esfuerzos de Alava y de D. Javier no ocurrió un lamentable suceso.

Recuerdos y esperanzas.

Ocupémonos algo de nuestros amigos.

Por indicación de la condesita, que recordaba lo que en su última carta le había escrito Peñaranda sobre D. Juan Martín, el marqués de la Castellana pasó al Ayuntamiento en busca del *Empecinado*, observando con admiración que no era aquel labriego portador de la carta de doña Teresa á su hermano D. Juan Antonio Miranda la noche del 15 de Mayo de 1808, sino un militar de gallarda presencia, marcial continente, carácter sencillo y afable, que si ignoraba muchas cosas tenía el buen talento de saber callar, y cuya modestia, sencillez y franqueza le conquistaban todos los corazones.

Aunque D. Juan Martín pretendió negarse, fueron tan vivas las instancias del marqués, y tanto el deseo del *Empecinado* de volver á ver á la futura de su amigo don Luis, que al fin accedió á pasar en la aristocrática vivienda del marqués los días que permaneciese en Madrid, que á la verdad debían ser pocos.

La condesita había adornado para D. Juan Martín una de las mejores habitaciones del palacio, y á su llegada todo se lo encontró dispuesto, siendo recibido por Isabel con un cariño, con unas atenciones, con una bondad que el *Empecinado* no sabía de qué modo agradecer.

Como era natural, recayó la conversación en D. Luis, y al ver á la condesita de riguroso luto, preguntó D. Juan Martín por su querido amigo:

—Nada sabemos de él,—contestó la joven con los ojos arrasados en lágrimas.

—Desde la toma de Valencia—añadió el marqués,—no hemos tenido carta ni noticia alguna de ese noble joven, á quien amo y considero como hijo mío...

—¡Chispas!...—(Este era uno de los votos que usaba el *Empecinado*.)—Pues es preciso saber... Y yo me encargo de ello...

—¿Sería V. capaz?...

—¡Cómo si soy capaz! ¡Ya lo creo! En primer lugar, porque D. Luis es un gran patriota y es mi amigo; en segundo, porque se trata de una criatura tan buena y tan hermosa como lo es V... ¡Chispas!... Créalo V., señori-

© Biblioteca Nacional de España

ta, ó dejo de llamarme el *Empecinado*, nombre que es mi gloria, ó antes de salir de Madrid ha de saber V. de ese heróico joven.

—¡Ah D. Juan Martín!—exclamó la condesita besando sus manos...

—¿Qué es esto, criatura?... ¡Lágrimas á mí!... ¡Chispas! ¡Le juro á V. que si los franceses han tocado ni siquiera al pelo de la ropa de su amado D. Luis, toda su sangre no será bastante para pagarme semejante crimen!... ¡Hacer llorar á una mujer, á una hija de España, á una heroína del 2 de Mayo! ¡Chispas! Me voy, me voy á tomar mis disposiciones para saber de D. Luis.

Y el *Empecinado* se disponía á abandonar la estancia con los ojos humedecidos por las lágrimas, pero se detuvo en el dintel de la puerta al hallarse con otros amigos.

Con las guerrillas castellanas había venido la del Abate, mandada por Pedro Fernández *(El Zurdo)*, á quien la Paca recibió en sus brazos con el mayor cariño, acompañado de sus inseparables amigos Bergamota (el peluquero) y el lacayo; en cuanto al mozo de compra, sus huesos con los de otros individuos de la guerrilla, blanqueaban los campos de Torrejón. El Abate, algo más reanimado y fuerte, fué á presenciar la entrada de los guerrilleros y de las tropas y á estrechar la mano de sus antiguos soldados.

Y precisamente cuando D. Juan Martín iba á abandonar la estancia, dispuesto á averiguar el paradero del doctor, hallóse con Perico el *Zurdo*, con la Paca, su mujer, y con el abate D. Felix, que venían como gentes agradecidas á saludar á la condesita y al marqués, á los cuales tantos beneficios habían debido.

El *Zurdo* se quedó embobado contemplando al insigne D. Juan Martín, y no se decidió á hablar.

—Señorita—exclamó la Paca adelantándose,—mi marido no se atrevía á venir, ni tampoco el señor Abate, pero yo les he dicho, la verdad, que es V. un ángel y que estábamos en la obligación de venir á saludarla, como igualmente al señor marqués, y á darles mil y mil gracias por su caridad.

—Calla, Paca, y no me avergüences,—respondió la condesita.—Yo no he hecho sino cumplir con mi deber...

—Dice bien mi sobrina... Usted es una mujer que todo se lo merece por su amor á la patria y por sus generosos sentimientos...

—Tal es mi opinión, señor,—dijo el Abate.—Sin Paca, sin su caridad y sus cuidados yo no existiría.

El *Empecinado* estaba en sus glorias; se veía rodeado de verdaderos españoles, y todos sus trabajos y sus privaciones y sus peligros le parecían pequeños al oir la noble conducta de aquellos compatriotas; también él quiso terciar en la conversación y se apresuró á decir:

—¿Y tú, Pedro, no hablas? ¿Serás tan valiente en el campo como cobarde en la villa?

—Yo, señor...

—Porque Pedro—prosiguió D. Juan Martín,—es todo un valiente... Y á propósito, Fernández, vas á prestarme un servicio...

—Mande su mercé cuanto quiera.

—Vas á marchar inmediatamente á Valencia y á averiguar el paradero de nuestro querido amigo el doctor Peñaranda.

—Andando...

Como se ve, el *Empecinado*, cuya bravura rayaba en temeridad, consideraba la ida á Valencia, ocupada por los imperiales, como la cosa más fácil y sencilla.

—Perdone V.—dijo el Abate,—si le interrumpo... Pero si V. lo permite, no será Pedro, sino yo quien desempeñe ese encargo...

—¿Usted?—le preguntó el *Empecinado*.

—¡Usted!—exclamó la condesa...

—Sí, yo;—respondió con firme acento el Abate.—Pedro es un valiente, pero no sabe fingir, no sabe callar, y perdería la vida antes de llegar á Valencia... En cambio yo, yo llegaré y traeré noticias de D. Luis Peñaranda. Voy á explicarme. Según parece, el intruso y los franceses, salidos de Madrid, han cruzado el Tajo y se dirigen á Valencia, donde cuentan con el apoyo de Suchet y de sus bayonetas. En vano Pedro querría seguirlos, porque sería reconocido y preso. Yo, es diferente; he estudiado una carrera, soy Abate, es decir, casi clérigo; conozco su idioma, me presto al disimulo, y tengo la certeza de poder llegar á Valencia y desempeñar mi encargo, aunque para ello tenga que agregarme al convoy francés diciendo que soy un josefino que emigra con ellos.

© Biblioteca Nacional de España

—Pero ¿qué he hecho yo para merecer de usted tan gran servicio?

—¿Qué ha hecho V.?—preguntó el Abate con un arranque de entusiasmo.—Ser una buena española, y lo que es más, ser un ángel del cielo; socorrer á Paca para que ésta me salvara á mí... ¡Ah! ¡no una, mil vidas quisiera tener para ponerlas á los pies de una mujer tan digna, tan noble, tan heróica como V.!...

—¡Bravo, joven!—exclamó D. Juan Martín, estrechando en sus brazos al Abate.

—¡Es V. un noble corazón;—dijo la condesa, tendiéndole la mano que el Abate besó con el mayor respeto.

—¡Esto es un hombre!—exclamó la Paca.



LA CONDESITA

—Y lo demás es *fisga*,—añadió el *Zurdo*.

—Permita V. que le abrace,—dijo el marqués.

—Queda convenido—repuso D. Juan Martín;—yo me encargo de todo...

—¿Necesitará V. dinero?—le preguntó la condesa.

—¿Dinero? ¡Ah!... ¡Chispas! de eso sí que no puedo encargarme yo, porque no conozco al rey por la moneda,—dijo el *Empecinado*.

—Algo tengo yo,—repuso el *Zurdo*.

—No es necesario que Vds. se sacrifiquen,—replicó el marqués.—El señor Abate tendrá cuanto necesite.

—¿Y cuándo partirá V.?—preguntó la condesa.

—Hoy mismo,—respondió D. Felix.

© Biblioteca Nacional de España

—Eso—dijo el *Empecinado;*—el llanto sobre el difunto. Yo debo salir inmediatamente para Guadalajara, pero volveré en cuanto V. me llame, Isabelita...

—Necesito alcanzar el convoy, si he de juntarme á él, presentándome como un josefino rezagado.

—Venga V. conmigo—dijo el marqués,—y recibirá el dinero.

Aquel mismo día salió D. Felix Manzanilla, camino de Toledo, en busca de sus mortales enemigos, los franceses, dejando á la condesita tan llena de temores como de esperanzas.

Importancia de la batalla de los Arapiles.—Maniobras de los ejércitos.—Retirada de Wellington.—Regreso del intruso José á Madrid.—Salamanca y los lanceros de D. Juan Sánchez.

La batalla de los Arapiles fué, según la opinión de todos los historiadores, el suceso más trascendental de la guerra de la Independencia, produciendo la evacuación de Madrid por José; el levantamiento del sitio de Cádiz; la retirada de las tropas francesas que guardaban la línea del Guadalete y la serranía de Ronda; el abandono de Sevilla, no con tal rapidez que no fuese alcanzada la retaguardia francesa en el puente de Triana por las tropas españolas de Cruz Mourgeon y los guerrilleros, empeñándose un sangriento combate que apresuró su salida, dejando abandonadas dos piezas, varios equipajes, un rico botín, muchos caballos y más de 200 prisioneros; el despejo de Extremadura por Drouet, que fué á juntarse con Soult en Granada, y la marcha de Marmont hacia Burgos; en una palabra, la liberación de las Castillas, las Andalucías y Extremadura y la retirada de todos los ejércitos imperiales hacia el antiguo reino de Valencia.

El 14 de Agosto salió de Madrid el *Empecinado* para Guadalajara, siguiéndole los demás guerrilleros, más resueltos que nunca á proseguir su terrible lucha contra los enemigos de la patria, y el día 1.° de Setiembre abandonó lord Wellington la capital, dejando en su lugar á Hill, marchando en persecución de José y de sus tropas, quizá no con toda la actividad necesaria, pues le dejó diez ciocho días de respiro, que eran un siglo en aquellos momentos.

El intruso no se detuvo en las orillas del Tajo, sino que, recogiendo todos los destacamentos franceses, cual si temiera no volver á Madrid, prosiguió á Valencia, sufriendo sus soldados todo género de privaciones, el hambre, la sed, la sed sobre todo, pues los patriotas destruyeron las fuentes y cegaron los pozos resueltos á pasarla también con tal de que sus mortales enemigos la sufrieran primero.

Excitado por el triunfo de la batalla de Arapiles, quiso el general D. José O'Donnell, al frente de los 18.000 hombres que componían el ejército de Murcia, que él había reorganizado, batir á una parte del ejército del mariscal Suchet, que, á las órdenes de los generales Harispe y Delort, andaba por Alcoy, Ibi y Castalla, pero él resultó batido en este último punto, perdiendo 3.000 hombres, el 21 de Julio, y gracias á que Roche, atacado por los franceses en Ibi, se retiró en buen orden.

Indignó á la opinión esta derrota, no porque fuera grande, sí porque nublaba la victoria de Arapiles, y daba ánimos á los imperiales; y las Cortes, haciéndose intérprete de los deseos del país, mandaron á la Regencia formar causa al general O'Donnell, lo que obligó á su hermano, el conde de La Bisbal, que formaba parte de élla, á dimitir su puesto, siendo elegido para reemplazarle don Juan Pérez Villaamil, jurisconsulto notable, al que se suponía afecto á las ideas reformistas, dados sus escritos y antecedentes, pero á las que combatió encarnizadamente.

El cargo principal dirigido á O'Donnell era el no haber aguardado la venida de la expedición anglo-siciliana, que llegó á los pocos días, el 9 de Agosto, á las órdenes del general inglés Maitland, y la división de Wittingham, fuerte de 4.500 hombres, que recogió en Mallorca, y con las cuales la suerte de la batalla de Castalla habría sido muy otra.

El mariscal Suchet, al conocer la derrota de Marmont en Arapiles, se replegó sobre Játiva, atendiendo á proteger la llegada de José y de Soult, que entraron en Valencia á fines de Agosto, cuyas fuerzas, unidas á las suyas, le daban gran superioridad sobre los

© Biblioteca Nacional de España

ejércitos aliados de Andalucía y Extremadura, cuyas operaciones se redujeron á algunas excursiones por la Mancha, de escasa importancia.

Wellington seguía su marcha para Valladolid, ciudad que hizo evacuar á los franceses, los cuales se dirigieron á Burgos persiguiéndolos el general inglés, en unión de Castaños, que se le había juntado con 16.000 hombres, poniendo sitio al castillo de aquella ciudad en que los franceses se encerraron abandonando la población.

Los imperiales, considerando la fortaleza de Burgos un puesto avanzado sobre el territorio del Ebro, que ya juzgaban como una parte de Francia, la habían reparado, construyendo dos líneas de reductos alrededor del cerro que la protegía, y en la única altura que no dominaba, la de San Miguel, habían levantado un buen hornabeque.

Al ataque y toma de Burgos asistieron el brigadier D. Julián Sánchez, mandando sus dos regimientos de lanceros, y en las inmediaciones del ejército de lord Wellington operaban las guerrillas del difunto Marquínez, mandadas por D. Cayetano de la Puente, la de Saornil, la del cura Merino, la de D. Tomás Príncipe, la de D. Francisco Salazar y otras, prestando todas importantes servicios.

Tras la voladura de algunas minas y el disparo de varios cañones pretendió Wellington asaltar el castillo de Burgos el día 18, pero fué rechazado el ataque, y tanto por escasear las municiones como por el mal tiempo, resolvió el general inglés la retirada el 22 sin volar el hornabeque. ¡Increíble parece que Wellington no contara con tales dificultades y se expusiera á una caída como la que ya tuvo en el primer sitio de Badajoz!

El resultado de la fracasada toma del tal castillo no pudo ser más triste. Wellington, detenido con todo su ejército delante de Burgos por un puñado de hombres mandados por el general Dubreton, vió de repente comprometida la línea y marcha de sus tropas, perdió la ofensiva y se vió obligado á emprender una larga retirada que no terminó hasta Portugal.

Chaussel, que había reorganizado el ejército francés de Portugal y recibido algunos refuerzos, marcha contra las tropas que había dejado Wellington en observación de las suyas sobre el Duero, llega á Tudela de este nombre y envía á Astorga al general Foix para libertar la guarnición que había capitulado y evacuado la plaza el día antes.

Reforzado Chaussel con nuevas tropas, y de acuerdo con los ejércitos franceses del Centro y Mediodía, que estaban reunidos en los confines de Castilla la Nueva, Murcia y Valencia, marchó hacia Burgos mientras José y Soult se dirigían contra Hill y Madrid.

Wellington, no creyendo prudente esperar á los franceses en Burgos, se retiró hacia el Duero, con dirección á Salamanca, ordenando al mismo tiempo á Hill que evacuase á Madrid, replegándose sobre el Tormes.

En vista de los movimientos de retirada de las tropas aliadas, el 29 de Octubre resolvieron el capitán general, el jefe político y el intendente, nombrados por el Gobierno legítimo, abandonar á Madrid, reuniendo al ayuntamiento constitucional, que decretó su disolución, ofreciéndose el regidor de l mismo, D. Pedro Sáinz de Baranda, á ponerse al frente del Gobierno de la capital y mantener la tranquilidad.

Las autoridades legítimas salieron la noche del 30, y Baranda convocó por la madrugada á los individuos del ayuntamiento constitucional y á los de la municipalidad formada por los franceses, que existía en Agosto cuando su salida, acordando libertar á los presos arrestados por meros delitos de infidencia, y dictando otras providencias para evitar cualquier trastorno.

El ayuntamiento que aprobó estas disposiciones se componía de los regidores constitucionales D. Manuel de Ribacoba, D. Pedro Uriarte y D. Lucas Carranza, y los municipales D. Juan A. Pico, D. Jenaro F. Rincón, D. Lorenzo Iruegas, D. Diego Barreda, D. José Ocharán, D. Manuel de la Veña, don Antonio Munárriz y D. Pedro Pinillos.

También acordaron exhortar á los habitantes de Madrid á que se conservasen tranquilos.

El 31, al salir las tropas aliadas y abandonar los almacenes del Retiro y Montserrat,

© Biblioteca Nacional de España

el pueblo, excitado por los mismos ingleses, extrajo cuanto había en ellos para que no cayeran en poder de los imperiales.

El 1.º de Noviembre se presentó en el puente de Toledo un oficial francés, en clase de parlamentario, enviado por el general Drouet, que estaba en Jetafe, anunciando que al día siguiente entraría José Bonaparte con sus tropas, y que salieran comisiones del ayuntamiento, clero y personas principales á recibirlo.

El día 2, á las ocho de la mañana, entró José, al que recibieron el Ayuntamiento, algunos párrocos, títulos, y empleados de los suyos.

Baranda le dirigió un breve discurso manifestando la tranquilidad del vecindario, y enseguida pidió al ministro del Interior licencia para retirarse á cuidar de su salud é intereses.

Restablecida la anterior Municipalidad, solicitó el apoyo de los regidores constitucionales, que sólo se lo prestaron hasta el 5, en calidad de vecinos auxiliares, retirándose totalmente cuando la Municipalidad francesa fué completada.

El día 6 se advirtió un movimiento extraordinario en las tropas francesas, y al recibir la Municipalidad aviso del ministro Hervás de que iban á salir por unos días y que conservasen el orden, llamó aquélla á los Regidores constitucionales, que acudieron, por considerarlo un deber, y todos reunidos nombraron por su presidente y alcalde de Madrid á D. Pedro Sáinz de Baranda, quien publicó el 7 un bando decretando prudentes medidas que dictaban la *imperiosa necesidad*, y á las dos de la tarde del mismo día salieron de la capital las tropas francesas.

De un consejo celebrado en Valencia por los mariscales Suchet, Soult y Jourdan, presidido por José, había resultado el acuerdo de volver inmediatamente contra los ejércitos aliados. El general inglés Hill, que guardaba el paso del Tajo entre Aranjuez y Toledo, juzgando imposible resistir la acometida de los imperiales, retrocedió á Madrid, destruyó las obras del Retiro, voló—sin necesidad—la fábrica de porcelana china que superaba en sus productos á las de la Gran Bretaña, y atravesando el puerto de Guadarrama se dirigió por Alba de Tormes á unirse en Castilla con el grueso del ejército aliado.

José, que venía siguiéndole, sin apenas detenerse en Madrid siguió contra Wellington, á quien fueron estrechando todos los ejércitos franceses, entró en Valladolid y en breve se reunieron todos en las orillas del Tormes, donde el duque de Ciudad-Rodrigo estaba observándolos con todas sus fuerzas reunidas.

El 12 de Noviembre abandonó el Lord á Salamanca, maniobrando siempre en retirada, pues sólo contaba con 48.000 infantes y 5.000 caballos, anglo-portugueses, y 18.000 españoles contra 92.000 franceses; á los tres días entró en Ciudad-Rodrigo, y á las pocas horas en Portugal, situándose entre Lamego y las sierras de Baños, donde hizo tomar cuarteles de invierno á la mayoría de sus tropas; el ejército de Galicia se volvió por el interior de Portugal á su distrito; el de Asturias, con Porlier, retrocedió al antiguo Principado; y el de Extremadura, con Hill, se estableció en Cáceres y su comarca.

En aquellos días de prueba se hizo verdaderamente notable la defensa del castillo de la villa de Alba de Tormes por su valeroso gobernador, el heróico Miranda Cabezón, que sólo lo abandonó cuando teniendo sobre él miles de franceses le era imposible el sostenerse una hora más.

La noche del 15 de Noviembre, una de las más horrorosas, con serlo en grado superlativo muchas de las que antes había sufrido, entró el mariscal Soult en Salamanca, entregando la ciudad al incendio, la devastación y el pillaje.

Diríase que los imperiales profesaban á Salamanca, una de las ciudades de España más amantes de la libertad y de la independencia, un odio á muerte, al ver la manera tiránica y despiadada con que la trataban.

En ese odio de los bonapartistas contra Salamanca entraban por mucho D. Julián Sánchez y sus denodados guerrilleros, pesadilla eterna de los imperiales.

Los famosos lanceros de D. Julián Sánchez continuaban siendo el terror de los franceses, lo mismo en el campo, en donde

© Biblioteca Nacional de España

los lanceaban sin piedad, como en las poblaciones, donde se burlaban de ellos y los sorprendían sin temor alguno.

Transcribiremos un lance de los más notables, realizado por aquellos valientes, completamente histórico.

Era el 29 de Junio, día de San Pedro, que los salmantinos acostumbran á celebrar con meriendas campestres en animada y pintoresca romería en el delicioso valle del Zurguén, propiedad del ayuntamiento de Salamanca desde 1805, y que debe su nombre no tanto al arroyo que lo fecundiza como á una bella poesía de Meléndez Valdés.

Algunos lanceros de D. Julián habían prometido á sus novias, á los parientes de ellas y á sus amigos todos, asistir á la fiesta, sin que bastaran á disuadirlos de su atrevido propósito el riesgo á que se exponían, pues el general Dorsenne no perdonaba guerrillero que cogía, y antes, por el contrario, los martirizaba cruelmente antes de quitarles la vida.

La romería comenzó con la mayor animación, asistiendo más de 2.000 paisanos entre mujeres y hombres, unos 300 soldados franceses y 30 cívicos ó Cazadores de montaña, españoles juramentados, á los que el pueblo tenía un odio mortal.

Las horas pasaban, y los guerrilleros no venían, con gran contentamiento de muchos patriotas que temían por ellos.

Se oyen las cinco.

De pronto se alza un gran rumor, y todos los paisanos se encaminan hacia Rollán dando gritos de júbilo y vivas á España.

Es que llegan, al galope de sus caballos, cinco lanceros de D. Julián, que son recibidos con un entusiasmo imposible de expresar.

Los franceses y los cívicos ó juramentados, creyendo que son una avanzada de su jefe, emprenden la huída, pero no sin que dos de ellos caígan bajo las lanzas de nuestros guerrilleros.

Los valientes lanceros habían cumplido su palabra, y bien pronto desmontaron de sus caballos manteniendo la brida sujeta al brazo.

Todos los patriotas los obsequiaron á porfía; las mujeres arrancan de su cabeza las flores que las adornan para colocarlas en los uniformes de los guerrilleros, y todos se desviven por agasajarlos.

Por la parte de la ciudad se oyeron clarines y tambores; era una numerosa columna de soldados de las tres armas que salía en busca de... ¡cinco hombres!

Los guerrilleros estrecharon la mano de sus amigos, abrazaron á sus parientes, montaron tranquilamente á caballo, y una vez sobre las sillas, blandiendo las fuertes lanzas, gritaron:

—¡Vivan Salamanca y sus hermosas hijas!

Y desaparecieron.

Estos cinco valientes eran:

Andrés Sánchez, de Vilvis.

Baltasar Sánchez, de Ruelos.

Angel Pérez, de Rollán.

Baltasar Moñita, de Monte Rubio de la Sierra.

Ambrosio Gascón, de la Sierra de Francia.

La musa popular, que ya les había dedicado las canciones que copiamos en un cuaderno anterior, les dedicó entonces otras nuevas, en las cuales se nota siempre la predilección que las lindas salmantinas tenían por los lanceros de D. Julián Sánchez.

Copiaremos algunas:

«Don Julián, tus lanceros
Parecen soles,
Con mangas encarnadas
En los morriones.

—

Es mi novio un lancero
De don Julián,
Si él me quiere mucho,
Yo le quiero más.
El corazón me lleva
Puesto en la lanza:
¡Que vivan los lanceros
Y muera Francia!

—

¡Ea, ea, ea,
Ea, ea, eh!...
Es un lancerito
Que me viene á ver,
El me quiere mucho,
Yo le quiero á él.

—

Andamos por los montes
Despedazando,
Aguilas imperiales
Que van volando.»

© Biblioteca Nacional de España

Para evitar otra sorpresa como la de la romería, dispuso el general bonapartista que se cerrara el puente del Zurguén con fuertes puertas, prohibiendo á los paisanos salir por él; supiéronlo los guerrilleros, y á los tres días aprisionaron en la puerta de Villamayor á dos soldados franceses; redoblaron los imperiales la vigilancia y aumentó la audacia de los lanceros, que constantemente llegaban hasta las murallas, y en muchas ocasiones, al son de la guitarra, devolvían á las hermosas salmantinas y á los valientes salmantinos las canciones que éstos los dedicaban.

¡Ah, es que los lanceros de D. Julián Sánchez y los salmantinos eran dos cuerpos y un alma! Cuando D. Julián levantó la partida en los comienzos de la guerra, sus entonces escasos lanceros llegaron á la ciudad montados en flacos caballos, casi todos sin sillas, y los que las tenían carecían de estribos, que suplían con una cuerda de esparto, y mal armados, y los salmantinos les proveyeron de todo, y muchos jóvenes salieron á engrosar la naciente guerrilla; así es que los lanceros eran los hijos de Salamanca, y éllos consideraban á la ciudad como á su amante madre.

En los dos sitios de Ciudad-Rodrigo, don Julián Sánchez y sus guerrilleros habían sido el azote de los imperiales, matando muchos franceses y aprisionando al general Regnaud; constantemente los tenían alarmados dentro de los muros de Salamanca; en la batalla de Arapiles los lanceros de D. Julián pelearon como leones, y su jefe cumplió con el mayor acierto las instrucciones de lord Wellington, y en la retirada del ejército aliado á Portugal ampararon la retaguardia y sostuvieron rudos choques para salvarla de los enemigos.

El amor á la disciplina de D. Julián Sánchez, su lealtad probada, su valor jamás desmentido, y cierta alianza de la pequeña guerra de guerrillas, y de la grande de los ejércitos, unidas á un gran conocimiento del país, le hicieron el confidente leal y útil de lord Wellington, al que llevaba noticias que iba á buscar al campo mismo de los enemigos para que fueran más seguras; no es de extrañar, por tanto, que el general inglés escribiera á su hermano el embajador de Inglaterra en Cádiz:

«Conociendo el genio emprendedor y la inteligencia con que D. Julián Sánchez se conduce siempre, así como el fruto que puede producir para la causa común su partida, bien organizada y en estado de actividad por los servicios militares que es capaz de prestar, y por lo que fomentan el espíritu de hostilidad contra los franceses en Castilla él, sus oficiales y soldados con las conexiones amistosas que sostienen entre todos los guerrilleros del país, he creído deber agregarla por ahora al ejército británico...

Como será posible que disponga de ella á largas distancias del ejército, unas veces en España y otras en Portugal, y no pudiendo agregarla un comisario, he pensado que sería lo más conveniente hacerle un anticipo para las raciones de cada oficial, soldado y caballo, con lo que se evitarán quejas de los pueblos.»

El teniente general, marqués de Londonderry, luégo de enumerar los servicios que las guerrillas prestaron, decía:

«D. Julián Sánchez fué uno de los guerrilleros más emprendedores y más hábiles que el curso de la guerra puso en campaña. Con su pequeño cuerpo de caballería irregular ejecutó tantas y tales hazañas, que muy pocos las hubieran como él acometido, llegando á ser su nombre tan celebrado en los cantos populares de sus compatriotas como temido y odiado por los franceses.»

Prosigamos nuestro interrumpido relato:

Salamanca, uno de los graneros de Castilla, sufría de tal modo la calamidad del hambre que se vendía la fanega de trigo á 390 reales... y ¡cómo no! si los soldados franceses habían llevado su infamia, mientras dominaron la ciudad, hasta arrebatar de las eras el grano é irlo regando por las calles á la vista de sus desgraciados dueños (1).

Los continuados desastres de la guerra de la Independencia despojaron á Salamanca de multitud de joyas y de grandes riquezas, convirtiendo sus mejores edificios en montones de ruínas y escombros, viendo robados y profanados sus templos por los imperiales,

(1) M. Villar.—*Historia de Salamanca.*

© Biblioteca Nacional de España

derruídas muchas de sus magníficas casas, desierta su famosa Universidad, y reducidos á polvo ocho de sus celebrados colegios, tres establecimientos de beneficencia y muchos conventos y monasterios, veintisiete edificios principales, en fin, y más de mil casas.

Pero jamás los imperiales, á pesar de tantas infamias y de tan grandes desastres, pudieron domar el altivo carácter de los salmantinos, y uno de ellos, el noble caballero D. Francisco Nieto Bonal, Señor de Iñigo, hizo destruir su magnífico palacio tan sólo porque en él se alojó un general francés. Este palacio, construído en el último tercio del siglo XVIII, sólo conserva en pie los robustos muros que circundan sus vacíos ámbitos, pero es un monumento de gloria para su noble dueño, para Salamanca y para España.

El día 16 de Noviembre entró en Salamanca el intruso José, hospedándose en el palacio del marqués de Almarza, y á la luz de las antorchas con que le recibió Soult pudo contemplar la ciudad en ruínas y á sus habitantes míseros y enfermos: lejos de impedir tantos daños, apenas si con esta nueva entrada en Salamanca dejaron los franceses una casa en pie en el arrabal.

Los generales franceses, sorprendidos al ver la diseminación de las tropas aliadas, se distribuyeron de esta suerte: el ejército del Mediodía, con el mariscal Soult, ocupó las márgenes del Tajo, hacia Talavera, parte de la provincia de Toledo y la Mancha; el llamado de Portugal, que reorganizó Chausel, y al que se le reunieron 10.000 hombres venidos de Francia, teniendo á su cabeza al general Souham, mientras Chausel se curaba de su herida, se distribuyó entre las provincias de Salamanca, Avila, Valladolid y Palencia; el del Centro, con José, volvió á Madrid, repartiéndose entre esta provincia, Segovia, Toledo y Guadalajara. El intruso abandonó á Salamanca el 23 de Noviembre é hizo su nueva entrada en Madrid el día 3 de Diciembre.

Hablando de la retirada de Wellington dice un distinguido historiador:

«Cerca de quince días invirtió Wellington en hacer evoluciones, pasar y repasar el Pisuerga y el Duero, tratando de eludir el alcance del ejército francés que tenía sobre sí, y que á su vez pugnaba por tormarle la espalda. Señalóse esta retirada del general británico por el destrozo que hizo en los puentes de Castilla la Vieja, pues se cuentan entre los que mandó cortar los de Simancas, Tordesillas, Tudela, Puente-Duero, Quintanilla, Toro y Zamora, algunos de los cuales rehabilitaron los franceses, vadeando los ríos la mayoría de las veces para seguir acosando al ejército aliado.»

Aún así, no tuvo tiempo Wellington para cortar, como lo intentó, el puente de Carrión, que los franceses cruzaron por Palencia, ni tampoco para destruir otro sobre el Pisuerga, cuyo río pasó también el francés. De modo que no pudo evitarse un combate en Villamuriel, en el cual tomaron parte los españoles, y habiendo cejado por un momento el regimiento de Asturias, picado de amor propio el general Alava, que estaba al lado del Lord, y queriendo dejar bien puesta la honra española delante de los extranjeros adelantóse tanto que recibió una grave herida en la ingle.

El fin de la retirada del ejército aliado no pudo ser más desastroso, sufriendo mil trabajos en su marcha á causa de las lluvias, de las aguas rebalsadas en las tierras y de la escasez de mantenimientos, teniendo que alimentarse los caballos de la hierba del campo y de las hojas y corteza de los árboles; y los franceses los iban picando de tan cerca que cayó prisionero de la caballería imperial el general inglés Paget, y cerca de 3.000 hombres.

En esta triste retirada la indisciplina, la insubordinación y el desarreglo del ejército inglés llegó á tal punto y extremo que en una circular que lord Wellington pasó en Portugal á los jefes de los cuerpos se vió precisado á estampar las siguientes frases:

«La disciplina del ejército de mi mando en la última campaña ha decaído á tal punto que nunca he visto ni leído cosa semejante. Sin tener por disculpa desastres ni notables privaciones... se han cometido desmanes y excesos de toda especie, y se han experimentado pérdidas que no debieran haber ocurrido.»

© Biblioteca Nacional de España

Parecía que la diseminación de las tropas españolas y la retirada del ejército aliado á Portugal marcaban la ruína de España...

Todo menos eso.

La semilla de la victoria había sido arrojada á la tierra en los Arapiles, y muy pronto debía fructificar...

¿Qué era preciso para ello?

Constancia, constancia y nada más que constancia.

No dejar apagarse el entusiasmo, mantener vivo el fuego sagrado de la Independencia en el altar de la patria, combatir siempre, en todo momento y ocasión, sin contar los enemigos, sin orgullo por la victoria conquistada, sin temor por la derrota sufrida, y de esta hermosa tarea se encargaron nuestros guerrilleros desempeñándola á maravilla, como vamos á demostrar.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO VII

¡GUERRA Á MUERTE!

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

¡GUERRA A MUERTE!

Campañas de D. Juan Martín (El Empecinado) y de sus capitanes.

¡Guerra á los traidores!—gritaba el valiente pueblo de Madrid el memorable 2 de Mayo, al ver el secuestro de los príncipes...

¡Guerra y cuchillo!—respondía el ínclito Palafox, en nombre de Zaragoza, á la soberbia intimación de Verdier...

¡Guerra hasta morir!—exclamaba el heróico general Alvarez en su lacónico bando á los defensores de la sin par Gerona...

¡Guerra sin descanso!—contestaba la Regencia, á nombre de España, á los tratos de paz que la proponía el rey intruso...

¡Guerra á muerte!—fué el grito de nuestros guerrilleros desde que salieron á campaña, lo mismo en los combates favorables que en los lances adversos, sin que ni un instante decayera su levantado espíritu ni su indomable valor...

Consignado dejamos cómo sostuvieron este grito hasta la retirada de los ejércitos aliados. Vamos á conocer cómo prosiguieron sosteniéndolo después de tan grave suceso.

El 14 de Agosto salió de Madrid el *Empecinado* á fin de rendir la guarnición de Guadalajara, que una parte de sus guerrilleros tenía sitiada, y como quiera que el jefe bonapartista, general Preux, se negaba á ello diciendo que sólo se rendiría á lord Wellington, el duque de Ciudad-Rodrigo le respondió que si no se entregaba á D. Juan Martín y á sus tropas le haría pasar á cuchillo con todos sus soldados, amenaza ante la cual el día 18 se rindió con toda la guarnición, que ascendía de 700 á 800 hombres, y D. Juan Martín penetró en Guadalajara, en aquella ciudad que los franceses habían poseído durante tres años, seguido de sus valientes y sufridos guerrilleros, á los cuales equipó en élla de armamento, gorras granaderas, fornituras y otras prendas, cogiendo un obús, dos cañones de á cuatro, ocho de á dos, varias cajas de municiones, dos banderas y de siete á ocho millones de reales en paños y otros efectos de las fábricas nacionales, todo lo cual hizo inventariar y puso á disposición del Intendente legítimo de la provincia, menos un corte de uniforme que regaló á cada uno de sus oficiales.

No tardó mucho en presentarse á D. Juan Martín el Licenciado, que, como se recordará, le servía de Secretario, y señalando al flamante uniforme, exclamó con alegría:

—*¡Gloria in excelsis Deo!*

—No empiece V. con esas arengas y esas palabras que nadie entiende,—contestó sonriendo el *Empecinado*, que cada día estimaba más al antiguo estudiante, y ahora capitán, por el valor que mostraba en los combates y el afecto que le tenía.

—Esto es gratitud... *Gratias agamus, generositatem tuam*,—dijo Anselmo Rodríguez.

—¡Otra vez!

El Licenciado, adoptando una entonación

© Biblioteca Nacional de España

semitrágica, pronunció el célebre saludo de los gladiadores romanos al emperador antes de morir:

—*Ave Generalis, murituri te salutant.*

—Señor Licenciado...

—*Justitiam meam, reformatibur tu exercito...*

—Cuando yo digo que este mozo está tocado de la cabeza...

Y el *Empecinado* volvió la cara para ocultar la risa.

Sin más que un pequeño descanso en Guadalajara, salió D. Juan Martín para Cuenca á reforzar el batallón de este nombre con el que tenía cercada la guarnición de aquella ciudad; pero ésta fué socorrida por 1.500 franceses antes de su llegada, obligando al citado batallón á retirarse. Aun así entró en élla de improviso el *Empecinado*, muriendo en la bajada del Carmen el jefe francés barón Lardó.

Seguidamente adelantó D. Juan Martín pequeñas partidas de guerrilleros sobre el río Cabriel, por el camino de Requena, y se mantuvo en Cuenca con el resto de sus fuerzas, participándole al general en jefe todo lo que había hecho, así como que pensaba situarse en el Campillo del Alto-Buey, si él no le ordenaba otra cosa, recibiendo la aprobación más completa sus planes y disposiciones, por lo que decidió avanzar con su columna al citado pueblo del Campillo é inquietar á la guarnición de Requena.

Había comenzado el movimiento de avance de las divisiones francesas contra el ejército aliado, que nuestros gerrilleros detuvieron cuanto les fué posible á costa de heróicas acciones, de combates diarios y de constantes sacrificios.

El 14 de Setiembre salió de Requena el general Musnier con 16 batallones y 800 caballos, y la noche del 16 pasó el Cabriel por dos puntos, rompiendo el fuego al amanecer del 17 contra nuestras tropas; pero si don Juan Martín tuvo que retirarse ante fuerzas sextuplicadas, lo hizo con tal orden y valentía que sus 500 caballos fueron deteniendo durante cuatro leguas las fuerzas enemigas, confesando Musnier que en sus largas campañas con Napoleón no había visto retirada más brillante.

Los franceses llegaron á Almodóvar del Pinar, y el *Empecinado* siguió á Cuenca, dejando gruesas partidas en observación en tanto que sus tropas juraban la Constitución.

El general D'Armañac, con 6.000 infantes, caballería y artillería, se colocó en Iniesta, á cuatro leguas del Campillo, de donde no se movió D. Juan Martín hasta que el grueso del ejército de José entró en Utiel y Requena, dividiendo entonces sus fuerzas en varias columnas, así para buscar subsistencias, cada día más escasas, cuanto para ayudar á la división del general Bassencourt que ocupaba Valverde, y que al verse atacada el día 18 se marchó á Cuenca sin avisar al *Empecinado*, y dejándole tan expuesto que, á pesar de la gran actividad que mostró, como tenía sus tropas tan diseminadas, sólo pudo hacer entrar en Cuenca los batallones de Guadalajara y Madrid, y el resto de su fuerza, caballería é infantería, se vió cortada y obligada á pasar el Júcar por Villalba de la Sierra, operación arriesgadísima, pero que se realizó sin perder un hombre.

El 20 atacó D. Juan Martín con los dos citados batallones y cuatro compañías de cazadores, unos 1.400 hombres, al cuerpo francés de Cuenca, que contaba con 8.000 infantes, 2.000 caballos y cinco piezas. Conociendo el héroe castellano cuánto importaba detener aquella división, la combatió ocho horas disputando el paso de los puentes á la bayoneta, especialmente el de San Antón, causando pérdidas considerables al enemigo, siendo sólo las suyas de cuatro muertos, 20 heridos, entre ellos el valiente D. Nicolás Isidro, y 10 extraviados, retirándose al fin, con tan pasmosa serenidad, que los imperiales, á pesar de sus numerosas fuerzas, sólo se atrevieron á perseguirle media hora.

Obedeciendo á órdenes recibidas, pasó á cubrir el puente y vados de Auñón, en la línea del Tajo, inutilizando éstos y minando aquél.

Cambiado por completo el plan de operaciones por la vuelta de los franceses á Madrid, se halló en Orche con el ejército que caminaba hacia Cuenca, y poniéndose á su vanguardia protegió la retirada, apoyando

© Biblioteca Nacional de España

la infantería de su división en Almonacid y adelantándose con la caballería sobre Tarancón, donde se hallaban las columnas del general Palombini; mandó avanzar una descubierta de 50 caballos de *Cazadores de Madrid*, á la que hizo frente otra de dragones, pero bien pronto fueron destruídos por los sables de los nuestros, no salvándose más que cuatro; visto lo cual por Palombini, abandonó la villa, siendo perseguido por don Juan Martín, que le hizo bastantes prisioneros.

En Octubre y Noviembre el *Empecinado* y Durán no cesaron de maniobrar por la derecha del Ebro, poniendo en grave aprieto á la guarnición del castillo de Daroca (Zaragoza), y en mucho riesgo de perderse al general Severoli y su división. Estas maniobras de D. Juan Martín en Aragón favorecieron mucho á Soria y Navarra, pues hostigando diariamente al enemigo lo tenían en perpétua agonía.

Recibida la orden de volver á Guadalajara y provincias limítrofes, habilitó la barca de Almonacid, pasó el Tajo, dirigió la infantería á Guadalajara y puso la caballería en Vallecas y Vicálvaro, teniendo en constante alarma á los invasores.

Al entrar los franceses en Madrid (3 de Diciembre) se retiró el *Empecinado* á la vista de éllos por Torrelaguna y Humanes, encaminándose á Sigüenza, desde cuyo punto siguió protegiendo á los pueblos, luchando contra los imperiales, y destacando fuerzas á la sierra de Sepúlveda, Ayllón y Riaza (Segovia) para impedir los robos de algunas cuadrillas de salteadores.

* * *

En el sitio de Cuenca, que dejamos citado, en el mes de Agosto, D. Nicolás Isidro, que mandaba los *Cazadores de Cuenca*, fingió la noche del 14 un ataque por el barrio de Santa Cruz y la Correría con la mitad de sus fuerzas, atacando con el resto la parte de la ciudad que más guardaba el enemigo, ó sea el barranco de San Miguel, produciendo gran confusión y muchas bajas á los imperiales, saliendo gravemente herido.

Y sin restablecerse apenas, acompañó á su jefe D. Juan Martín en todos los combates sucesivos.

* * *

El hermano de D. Nicolás, el valeroso cura D. Dionisio Jorge de Isidro, se distinguió notablemente en el ataque de Cuenca, matando en la tarde del 13 de Agosto tres franceses de tres tiros desde una casa llamada de Santa Cruz.

* * *

D. Pascual Ralla y Miravete, á quien el *Empecinado* ascendió á alférez del regimiento *Cazadores de Cuenca*, fué herido de un balazo en el pecho en el ataque de Cuenca, de que más arriba nos hemos ocupado.

D. Crisanto López.—El Pellejero.—D. Manuel Hernández (El Abuelo).—Abad.—Sabater.—Baca.—Palarea.—D. Justo Prieto.—La Junta de la Mancha.—Saornil.

Es Horcajada de la Torre una villa de la provincia de Cuenca, situada en la falda de una pequeña colina, en la unión de dos valles y dominada por varios cerros. Riega su término el Cigüela, que pasa á 700 varas, sobre el cual hay un puente de piedra de tres arcos.

En este pueblo, y ocupando una buena posición social, vivía la familia de los López, compuesta toda de buenos patriotas, sobresaliendo el hijo mayor D. Crisanto, joven de alta estatura, de gallardo continente, de muchas fuerzas, de rostro simpático y de nobles sentimientos.

Cansado un día de ver las tropelías que los franceses realizaban en España y de las infamias que venían cometiendo en su pueblo y en su familia, decidió lanzarse al campo y formar una guerrilla.

Puesto de acuerdo con un criado de su casa, un valenciano llamado *Tonet*, aprovechando el hallarse alojado en ella el comandante de un destacamento recien llegado al pueblo á imponer contribuciones, entre los dos se apoderaron de los caballos del comandante y su asistente y se marcharon á las

© Biblioteca Nacional de España

vecinas sierras, donde no tardó el valeroso D. Crisanto López en tener á sus órdenes 30 hombres arrojados y dispuestos á todo.

Era á la sazón alcalde de Horcajada un tío del joven D. Crisanto, y éste le fué un poderoso auxiliar enviándole noticias y datos sobre el movimiento de las tropas francesas.

D. Crisanto, por su parte, cada día más empeñado en la defensa de su patria, no vacilaba en entrar en Horcajada, y en todos los pueblos vecinos, disfrazado de pastor, en traje de mendigo, ó con hábito de fraile, en busca de noticias ó en observación de las fuerzas y propósitos de los imperiales, llegando á imponerlos de tal suerte por sus arrojadas empresas y temerarias acciones, que bien pronto fué conocido en todo el país por *El Tremendo*.

Avisado de que salían del pueblo de Villar del Horcajo 200 dragones, los esperó en cierto lugar del camino llamado el *Cerro de la Alcuza*, porque afecta la forma de esa vasija, cuajado de pinos, dividiendo su fuerza en dos mitades, una con él al frente, que al disparar D. Crisanto un tiro de pistola los cerró el paso por delante, y otra con *Tonet*, que los acometió por la espalda obligándolos á buscar la salvación en la fuga. La dispersión fué tan grande que nuestros guerrilleros mataron la mayoría de los dragones, cuya huída á caballo por aquellos cerros y pinares era casi imposible. D. Crisanto persiguió al comandante hasta el *Molino de la Greda*, donde, al querer el francés hacerle frente, le partió la cabeza de un sablazo.

* * *

Ambrosio Carmena *(El Pellejero)*, al frente de sus 70 guerrilleros, proseguía sus campañas en la provincia de Toledo, corriéndose muchas veces á la Alcarria, de acuerdo con D. Juan Martín *(El Empecinado)*, que le estimaba mucho, porque era un valiente. Aunque le cercaron muchas veces los imperiales, no pudieron cogerle nunca, porque desaparecía en los momentos decisivos cual si se le hubiera tragado la tierra.

* * *

Sigamos narrando la conducta de los guerrilleros que entraron en Madrid con el ejército aliado.

D. Manuel Hernández *(El Abuelo)*, antes de su entrada en Madrid, había penetrado en triunfo en Toledo, abandonado por los imperiales, el 10 de Agosto, entre repiques de campanas, iluminaciones y otros regocijos.

Al dejar la capital á fines del citado mes, se dirigió hacia Ocaña á guerrear con su acostumbrado valor contra los invasores, sin que la triste retirada del ejército aliado á Portugal le hiciera desmayar en su generosa empresa.

* * *

D. Francisco Abad *(Chaleco)* salió igualmente de Madrid, y sostuvo un sangriento choque en Manzanares, á seis leguas de Toledo y una de Orgaz, contra una columna de 1.000 infantes y 300 caballos, y aunque por la inferioridad de sus fuerzas tuvo que retirarse, no lo hizo sin causar al enemigo 52 muertos, entre éstos un mayor de caballería y seis oficiales, 63 heridos y siete prisioneros, teniendo él por su parte ocho muertos y 12 heridos.

El 19 de Diciembre sostuvo el empuje de una columna enemiga en la villa de Miguel Esteban, del cual resultaron nueve de sus guerrilleros heridos, que mandó á D. Salvador Sabater á Belmonte, quien se encargó de su curación y de proporcionarles cuanto necesitaban.

* * *

El Sr. Sabater continuaba siendo el insigne patriota que con tanta justicia elogiamos antes. Véase en prueba de ello una certificación del general D. Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal é individuo de la Regencia:

«Certifico: Que hallándome en la plaza de Cádiz de Regente del Reino, D. Salvador Sabater me comunicaba contínuamente todas las noticias concernientes á la fuerza y movimientos de los enemigos, é igualmente el patriotismo que reinaba en las provincias

© Biblioteca Nacional de España

por donde transitaba para no sufrir el yugo francés, reanimando con la esperanza de que al fin la victoria quedaría á favor de las armas españolas, ofreciéndose gustoso á tomarlas, manifestando el amor más acendrado para la defensa de la justa causa de España y de los sagrados derechos de S. M.»

* * *

El segundo de Abad, D. Juan Baca, proseguía sus valerosas empresas por la Mancha, que extendía en ocasiones hasta Andalucía, habiendo alcanzando un importante triunfo en las cercanías de La Carolina.

* * *

D. Juan Palarea continuó luchando bizarramente, conquistando nuevos laureles para su frente y nuevas victorias para su querida patria.

* * *

D. Justo Prieto, siempre temerario, realizó una nueva hazaña.

El 25 de Diciembre, hallándose en la plaza de la villa de Pinto un coronel de polacos con 15 lanceros, entró con sólo dos guerrilleros de su partida, los sorprendió y les cogió varios caballos.

* * *

La Junta Superior de la Mancha se trasladó de Elche de la Sierra á la villa de Infantes, donde publicó y fué jurada la Constitución, como se hizo en todas las poblaciones de España á medida que las circunstancias lo permitían.

En la plaza se levantó un espacioso tablado revestido de damascos, con el retrato del *suspirado* Fernando bajo dosel, se formó la tropa y las guerrillas, y se hizo la publicación el 25 de Julio, día de Santiago Apóstol, patrón de España, con asistencia de los jefes, autoridades, diputados de esta villa, Alcaráz y Ciudad Real, cantóse misa solemne en la iglesia del convento de los Dominicos y *Te Deum;* se prestó el juramento, hubo corridas de novillos, músicas y bailes patrióticos, excediendo la alegría á toda ponderación.

* * *

D. Jerónimo Saornil, al conocer el resultado de la batalla de Arapiles, persiguió la retaguardia francesa, salvó á los pueblos de las proyectadas venganzas de los imperiales y la hizo pasar un verdadero camino de la amargura; en el pueblo de Ajo cogió varios prisioneros; en los de Barcial, Castellanos y San Pablo de la Moraleja acuchilló todos los soldados que se rezagaban; en un vado del Adaja aprisionó 18 que habían bajado á beber agua; en Villalva de Adaja sorprendió un destacamento que estaba saqueando, devolvió lo robado á sus dueños y aprehendió á los autores; en Valdestilla cogió otros 27 soldados y 150 á la entrada de Villanueva de Duero.

A pesar de las fatigas de sus guerrilleros, pues todos estos hechos los realizó con la velocidad del rayo, atravesó el Duero por uno de sus vados y se colocó en las inmediaciones de Valladolid, causando gran daño á los imperiales, de los que era la sombra.

De orden de lord Wellington marchó á unirse á la sexta división, recibiendo antes un cajoncito con un par de pistolas y la siguiente carta que á la vista tenemos y vamos á copiar:

«Tengo la satisfacción de presentar á V. S. un par de pistolas que acabo de recibir de orden de S. A. R. el príncipe Regente de Inglaterra é Irlanda.

S. A. R. las presenta á V. S. como una prueba de su admiración por el valor y constancia que está V. S. demostrando en favor de la libertad é independencia de su país.

Al remitir á V. S. esta demostración del aprecio de S. A. R. le pido el que reciba mis sinceros deseos por la conservación y continuación de sus días, para que pueda emplear esas armas en honor y ventaja de su patria.

Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Flores de Avila 25 de Julio de 1812.— *Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo.*—Al coronel D. Jerónimo Saornil.»

El mes de Agosto lo pasó entero Saornil en

© Biblioteca Nacional de España

las cercanías de Valladolid, batiéndose casi todos los días con los franceses y causándoles muchos muertos y heridos, entrando en la ciudad con lord Wellington, no sin antes haber forzado á los enemigos, con Marquínez y otros guerrilleros, á abandonarla, en cuya empresa se distinguió notablemente su ordenanza Francisco Montes, quien saltando por las estacadas abrió paso á las tropas aliadas.

Por indicación del duque de Ciudad-Rodrigo, que le tomó mucho afecto, le acompañó en su avance á Burgos, batiéndose con la retaguardia francesa y causándola grandes destrozos sin más pérdida que un hombre.

En cumplimiento de órdenes superiores hubo de pasar á la Rioja, reuniéndose con Tabuenca.

Al recibir aviso de que habían salido de Haro 1.000 infantes con un convoy para Logroño, le atacó, en unión de Tabuenca, entre Cenicero y Fuenmayor, apoderándose ambos de los 80 carros que lo componían,



D. BENITO MARQUÍNEZ

matando, hiriendo y aprisionando 800 franceses mientras que los restantes huían despavoridos. Sus pérdidas fueron de 20 hombres y las de Tabuenca de 15.

El general Castaños, en premio de sus numerosas hazañas, nombró á Saornil Administrador de todo lo perteneciente al convento de Nuestra Señora de la Mejorada, y Comisionado en las provincias de Salamanca, Avila y Segovia para la persecución de malhechores; pero al conocer la triste nueva de la retirada de Wellington á Portugal y la vuelta del intruso á Madrid, se puso al frente de la caballería de su guerrilla y acudió á batir la retaguardia francesa, á la que hizo prisionera 50 hombres en Villalva de Adaja, 48 en Ventosa y varios en otros puntos, hasta el número de 300, que envió á D. Juan Martín *(El Empecinado)*.

El 15 de Diciembre atacó en el referido Villalva á un correo escoltado por 150 dragones, que llevaba pliegos importantes para José, matando ocho hombres y cogiendo 14, y el correo.

© Biblioteca Nacional de España

Recorría igualmente la provincia de Valladolid el guerrillero D. Juan de Fraga, de quien no hemos podido adquirir dato alguno.

Castilla: Marquínez y Tarrero.—D. Pablo Miranda.—Doña Damiana Rebolledo.—Merino. —Tapia.

Resueltos nuestros guerrilleros á completar la victoria del ejército aliado en Arapiles, ordena D. Benito Marquínez, que operaba en la provincia de Valladolid, á su segundo D. Marcos Tarrero que marche contra una avanzada de 180 soldados que han llegado á Fuensaldaña, villa situada á una legua de Valladolid, en busca de granos para la guarnición de esta ciudad, y que los derrote, como así lo hace el intrépido Tarrero.

A seguida abandona Marquínez con dos escuadrones la villa de Cigales, en que se encontraba, y marcha á Fuensaldaña en busca del tercero, con el que había enviado á Tarrero (22 de Julio), y con ellos sale á hacer frente á una columna de 500 imperiales que con dos piezas de artillería había salido de Valladolid en socorro de la avanzada derrotada, trabándose un horroroso combate; los imperiales, en su huída, se parapetan en las tapias de la ciudad, pero de nada les vale, y tienen que meterse en Valladolid por la puerta del Puente, que cierran precipitadamente, y hasta la cual llegan nuestros guerrilleros.

Las pérdidas de los invasores fueron de 120 heridos, entre ellos un comandante de artillería y bastantes muertos. Marquínez sólo tuvo un soldado de caballería muerto y tres heridos.

Libre la ciudad de sus opresores, respiran al fin el día feliz (30 de Julio) en que ven entrar por sus puertas la partida de Marquínez, del famoso guerrillero cuyo valeroso arrojo le alcanzó en Castilla reputación y alto renombre.

* * *

Al frente de la Comisión que salió á recibirle venía su gran amigo y protector, el notario D. Pablo Miranda, hermano de don Juan Antonio, de Gregorio y Andrés, de doña Teresa y Pepita.

D. Pablo Miranda, mientras los franceses permanecieron en la ciudad, fué, no sólo el valedor de los guerrilleros, á los que enviaba constantemente noticias de los movimientos y de los planes de los enemigos, armas y municiones, sí que también un padre para las familias de aquellos valientes que tan heróicamente se batían por la causa nacional, y si á élios, heridos ó enfermos, los albergaba y curaba en su casa, á sus familias las socorría y amparaba generosamente.

Ocasiones hubo en que D. Pablo Miranda, que pertenecía á una Junta de patriotas encargada de mantener vivo el fuego sagrado de la insurrección, de aumentar las guerrillas y de proporcionarlas armas, recursos y noticias, no teniendo con quien enviar un parte de interés á Saornil, á Príncipe, á Castilla ó á Marquínez, había ido él en persona á llevarlo, corriendo todo género de peligros.

En uno de éstos, al regreso de conferenciar con Marquínez, y ya cerca de Valladolid, se vió sorprendido una noche por tres dragones, de los cuales mató dos é hizo huir al otro, pero recibiendo varias heridas, entre ellas una en la pierna izquierda, que hubo necesidad de amputarle; y gracias á que el único de los dragones que quedó con vida no pudo reconocerle por la oscuridad de la noche, que de no ser así el feroz Kellerman no le habría perdonado seguramente. D. Pablo ocultó esta desgracia á D. Juan Antonio y á sus hermanos, deseoso de no afligirles, y continuó sus patrióticos trabajos en favor de la libertad de España.

—Una pierna de carne ó de palo igual es —decía riendo,—para servir á la patria...

Con semejante corazón no era extraño que todos los habitantes de Valladolid le profesaran tan gran cariño, y que los guerrilleros le tuviesen por su ángel salvador.

¡Ah! la familia de los Miranda podía vanagloriarse, y con razón, de ser una familia modelo de patriotas, y de haber consagrado y expuesto por la patria hijos, hermanos, sosiego y hacienda.

Una triste nueva vamos á comunicar á nuestros lectores: pocos días después del ata-

© Biblioteca Nacional de España

que de Burgos moría, llorado por todos los buenos españoles, el valeroso guerrillero D. Benito Marquínez.

*
* *

Existía en Valladolid otra verdadera heroína llamada doña Damiana Rebolledo, cuyos actos principales vamos á reseñar teniendo á la vista los documentos oficiales que se ha servido facilitarnos su nieto, don Cipriano Moro, cuya delicada atención estimamos en lo mucho que vale.

Al entrar en Valladolid varios prisioneros españoles, cogidos por los franceses en la acción de Mansilla de las Mulas, los cuales fueron encerrados en la Casa Estanco de la calle del Obispo, doña Damiana no sólo les socorrió con alimentos, sino que además les proporcionó cuerdas, con las cuales se descolgaron á la calle dos clérigos, el hijo del Sr. Ballesteros, y dos asistentes, á todos los cuales ocultó en su casa y mantuvo algunos meses, curando al Sr. Ballesteros de una larga enfermedad, hasta que, mejorado ya, le proporcionó un mozo con una mula que lo llevó á León.

En vista del rigor con que nuestros prisioneros eran tratados por los franceses, y de la miseria y el hambre que los hacían pasar, doña Damiana se encargó de la noble tarea de recorrer las casas de los patriotas en busca de ropas, alimentos y medicinas, consiguiendo salvar de la muerte algunos guerrilleros de la partida de D. Julián Sánchez, que, gravemente heridos, ingresaron en el hospital de Esgueva, y que al ser trasladados después al Depósito alcanzaron su libertad por mediación de la heróica española que los auxilió y los puso en salvo.

Prisionero de los franceses en San Miguel del Pino un tal Antonio, que conducía reses para la guerrilla de D. Francisco Castilla, fué encerrado en la cárcel de la Chancillería y sujeto á un consejo de guerra; mas doña Damiana consiguió su fuga, librándole de la horca á que había sido sentenciado.

¡Cómo admirarse de que los prisioneros la consideraran como su madre recurriendo á élla en todas sus desgracias, y de que en Valladolid fuera tan elogiada y querida por todas las clases sociales!

Y téngase en cuenta que por aquella época el general Bessieres, duque de Istria, no menos cruel que Kellerman, llegó á ofrecer 10.000 reales al individuo ó individuos que aprehendiese á un jefe de guerrilla y 1.000 por cada guerrillero, y si el que lo presentaba era un pueblo á eximirle de la contribución (1).

¡Inútiles ofrecimientos!... ¡Los españoles, individual y colectivamente, amaban á los guerrilleros y estimaban sus servicios tanto como odiaban á los imperiales y despreciaban su oro!

Del depósito de prisioneros de San Benito el Viejo libertó doña Damiana uno, proporcionándole un disfraz á costa de algunos pesos con que recompensó á sus guardianes.

Benito Pastor, sargento de la guerrilla de Abuín *(El Manco)*, fué hecho prisionero con algunos otros, salvándose de la horca á fuerza de algunos miles que sacrificó su familia, quedando de mandadero en la cárcel, de la cual se escapó con el eficaz apoyo de doña Damiana.

El señor de la villa de Cuéllar quiso formar un regimiento, y al efecto mandó hacer y bordar dos banderas, operación á la que ayudó nuestra valerosa heroína; pero al ver que no se lograba la formación de dicho regimiento las mantuvo ocultas en su casa, y en Agosto de 1812, al evacuar los franceses á Valladolid, las presentó al obispo para que las bendijera y á seguida las regaló al arrojado comandante de guerrillas D. Benito Marquínez.

Un primo de doña Damiana, de la guerrilla de D. Juan Abril, cayó gravemente herido en un choque sostenido en Santa María de Nieva y arribó con grandes trabajos á Valladolid á la casa de su prima, que le cuidó con la mayor solicitud. Noticiosos los gendarmes de tal novedad, rodearon la casa de la joven y después la registraron toda, pero inútilmente, porque advertida á tiempo lo había puesto en salvo.

Hallándose en Valladolid el general Carrier, alojado en la casa de D. Gabriel Semprún, doña Damiana, que no perdía ocasión

(1) Vítores Sangrador.—*Historia de Valladolid.*

© Biblioteca Nacional de España

alguna de ser útil á su patria, logró convencer á un criado de Semprún, el cual se fugó con cinco magníficos caballos del general, que presentó al guerrillero Marquínez. Cogido este criado á poco, fué conducido al Depósito y próximo se hallaba á morir arcabuceado cuando doña Damiana le proporcionó un traje de gallego, llevándose el suyo, cuyo cambio le valió, primero el ser llevado á Francia con otros prisioneros, y luégo la libertad, pues siendo los encargados de conducirlos varios granaderos del número 25, que habían estado alojados en casa de la madre de doña Damiana, lograron entre ambas que, al llegar á un pueblo cerca de Vitoria, dejaran escapar más de 40, y entre ellos al dicho criado, por quien tanto se interesaba la joven, considerándose autora de su desgracia.

* * *

Del parte remitido desde Montes de Burgos el 23 de Agosto al general D. Gabriel de Mendizábal por D. Jerónimo Merino, resultan una serie de combates parciales con los enemigos y el apresamiento de tal número de franceses que bien merece que de ellos hagamos un extracto.

Puesto en persecución de los enemigos, empezó á colocar en el camino que recorría, y alrededor de su campamento, un gran número de guerrillas que hicieron maravillas.

El capitán San Cristóbal cogió 10 prisioneros del mismo campamento francés. Este oficial, unido á los capitanes Ibeas y Antón, mataron el 2 de Agosto 58 franceses, hirieron á muchos más y cogieron 136.

El sargento Ordóñez, por orden de Merino, hizo una descubierta sobre Lerma, matando 29 soldados y presentándole 36 prisioneros á D. Jerónimo.

El capitán Ibeas, al que envió hasta Cogollos para evitar los robos de los imperiales en los pueblos de la derecha de la carretera, salvó á muchos españoles y mató 104 franceses por la dificultad de conducir prisioneros.

Dividió Merino sus fuerzas en dos mitades, una á las órdenes de su segundo D. Antonio López Angulo, que envió sobre Mencerrey, y la otra la condujo él sobre Quintanilla del Agua; antes de llegar á este pueblo descubrió 600 enemigos que estaban haciendo sus ranchos en la ermita de San Pedro, atacándolos con gran bravura para coparlos antes que pudiesen recibir auxilio del gran campamento que tenían en los Molinos de Bascones, distante un cuarto de legua; pero ellos lo comprendieron y se pusieron en fuga hacia el campamento, abandonando los ranchos, que se comieron nuestros guerrilleros, los cuales les persiguieron con tal ardor que mataron 90 é hirieron muchos.

El 6 de Agosto supo que 40 caballos franceses saqueaban á Tordueles, y con 30 hombres y el alférez Leiva marchó en su busca, matando 21.

El 7, hallándose en Cebreros, le avisaron que había otro destacamento en Tordueles y le acometió, matando tres y causándole muchos heridos.

El alférez de *Húsares de Burgos*, con su pequeña fuerza de observación en Torrepadre, mató en tres ocasiones 10 soldados.

Las guerrillas de los oficiales D. Francisco Barrio y D. Manuel Landa degollaron muchos enemigos y cogieron 12.

El resultado de las primeras tareas de la división de Merino fué causar á los enemigos 431 muertos, gran número de heridos, 194 prisioneros y cogerle 550 fusiles, que repartió á los paisanos que se los pedían para matar franceses por la horrorosa conducta y bárbaros procedimientos que venían observando en todos los pueblos, robando las casas, quemando las eras y los prados y arruinando todo el país.

El resultado de tantos combates fué éste, según el propio Merino:

«Hostilicé las columnas imperiales día y noche, logrando llevarles por la calzada, y evitando muchos saqueos en los pueblos. Más de 1.500 nombres fueron muertos ó hechos prisioneros por mis guerrilleros, y en vista del desorden y la confusión con que el enemigo hacía la retirada no hubiera llegado á Burgos un solo francés si yo hubiese tenido más fuerzas para atender á todos los puntos.»

* * *

© Biblioteca Nacional de España

En el mes de Agosto, D. Juan Tapia y sus guerrilleros mantuvieron diversos choques con los franceses, que se retiraban precipitadamente de Valladolid, y apostados en los pueblos de Santa María del Campo, Pampliega, Palenzuela, Villodrigo y sus inmediaciones, hasta Torquemada, destacaban cuadrillas á robar, incendiar y asesinar por todas partes.

Aunque D. Juan Tapia sólo contaba una docena de soldados por no haber llegado sus tropas de la expedición que hizo al Escudo, los acometió el 8 en Villalaco, cogiéndoles 16 acémilas cargadas de harina, el 9 en Astudillo y el 10 en la Venta del Río.

El fruto de estas pequeñas acciones fué 26 imperiales muertos, y en nuestro poder las acémilas cargadas de harina, 15 fusiles y bayonetas, varios sables y cartucheras y tres franceses que se le presentaron.

Tapia elogiaba mucho el valor de su oficial D. Felix Bartolomé, que mató por su propia mano dos enemigos.

Rioja y Aragón: Tabuenca, Amor, Durán, Gayán, Villacampa, Sarsfield.

Veamos las campañas de los guerrilleros en la Rioja y Aragón.

D. Bartolomé Amor, luégo de desempeñar una comisión ante el general en jefe de que le encargó su superior el brigadier Durán, regresó el 23 de Julio á Navarrete, y el 24 mandó á las avanzadas que se situaran en las inmediaciones de Logroño, permaneciendo hasta el 14 de Agosto, en que salió el enemigo con ánimo de atacarle, verificándolo en Nalda, pero con tan poca fortuna que se vió obligado á retirarse, persiguiéndolo Amor hasta Lardero y causándole una pérdida de 80 hombres.

Por disposición oficial abandonó Amor la Rioja por el Aragón, marchando con la caballería y el batallón de Rioja á situarse en Cariñena (Zaragoza), en cuyo punto se le reunió Durán con el resto de la división, y juntos concurrieron á expugnar á Daroca, rindiendo la guarnición compuesta de 300 hombres.

Siguióse la acción de Herrera, en la que, con su regimiento, derrotó Amor el 9.° de húsares franceses, causándole las bajas siguientes: 2 capitanes, 3 subalternos y 100 hombres.

Mientras que Durán marchó á Calatayud quedó Amor en Cariñena en observación de la división del general Severoli, con cuyas avanzadas se batió en Longares, Paniza, Encinacorva, Cosuenda y llanos de La Almunia, siempre obteniendo ventajas.

* * *

D. Juan Antonio Tabuenca batió en el camino de Las Casas á 100 infantes que custodiaban una porción de ganado vacuno; á pesar del vivo fuego que los franceses le dirigían desde las murallas de Soria, se apoderó del ganado, y si no lo hizo de los infantes se debió al auxilio que les prestaron dos columnas de á 150 hombres que salieron de la plaza. El fin de la acción fué apoderarse de 63 vacas, matarles seis hombres y herirles bastantes, contando entre éstos un capitán y un subalterno.

Nosotros perdimos al ayudante de caballería D. Juan Martínez, del que decía Tabuenca en su parte:

«Martínez debe ser llorado por todos los buenos españoles. Su cadáver lo he conducido á Narros y enterrado con los honores prevenidos por ordenanza. Unos soldados, mi general, que á la voz de *vamos á atacar* se olvidan de las fatigas consiguientes á una jornada de once leguas, y parten alegres contra el enemigo, son dignos del mayor elogio.—Narros 7 de Agosto de 1812.»

Reunido á las fuerzas del *Empecinado* y Villacampa, estuvieron los tres muy próximos á copar la citada división de Severoli (Diciembre).

Después fué llamado Amor por su jefe, D. Joaquín Durán, á Calatayud para donde partió inmediatamente.

* * *

D. Ramón Gayán, con su regimiento *Cazadores del Campo de Cariñena*, trajo en completo desasosiego á los imperiales por la orilla derecha del Ebro.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

La Junta Superior de Aragón recibió del coronel del regimiento de Cariñena, D. Ramón Gayán, este parte:

«Con objeto de proporcionar subsistencias á mi tropa y llamar al propio tiempo la atención del general Paris, que con su división se hallaba en La Almunia, de vuelta de Tarazona, determiné informarme en el vecino, dirigiéndome de Calcena á Aranda. A mi llegada recibí parte de haber entrado aquella noche en Brea una columna de 400 infantes y 40 caballos, y decidí atacarlos; pero en Jarque supe habían marchado á Tierga y Trasobares, donde fueron reforzados con 600, encaminándose á Oseja en derechura de Aranda.

Dando un mal rato á la tropa conseguí alcanzarlos á las cinco de la tarde, media hora antes de llegar al pueblo, rompiendo el fuego la partida de caballería de D. Roque Mengod, que dispuse se adelantara, haciéndose dueña de los ranchos y equipajes.



D. JUAN ANTONIO TABUENCA

Avisado que venía por Calcena otra columna de 500 infantes, salí de Epila y me replegué á las alturas inmediatas con el mayor orden, dejando burlados á los enemigos.

El francés, bien escarmentado en esta expedición, volvió el mismo 10 á situar sus columnas en sus antiguos puntos de La Almunia y Epila.

He averiguado que el enemigo ha tenido dos capitanes muertos y 20 soldados, y tres oficiales y 60 hombres heridos. La mía ha consistido en seis muertos y 30 heridos.—Ciria 10 de Julio de 1812.»

* * *

El mariscal de campo D. José Joaquín Durán, que había ocupado á Logroño al abandonarla los franceses, se vió forzado á evacuarla el 9 de Agosto por venir sobre ella el barón Darquier con 6.000 infantes, 500 caballos y algunas piezas, no sin antes ordenar el incendio de la Casa Inquisición y del

© Biblioteca Nacional de España

convento fortificado llamado Balbuena, salvando, con ayuda de los bizarros jefes don Bartolomé Amor y D. Domingo Murcia, dos culebrinas, dirigiéndose á Nalda, mandando á Amor que fuese á Albelda, y escribiendo al comandante del 4.º batallón de *Voluntarios de Navarra*, D. Sebastián Fernández, que se hallaba cerca, proponiéndole un ataque combinado contra los franceses, que no pudo verificarse por haber recibido éstos un refuerzo de 3.000.

Los franceses enviaron tres columnas contra los nuestros, que detuvo el bravo capitán D. Gregorio de Vera, teniendo Durán, para no ser envuelto, que dejar el pueblo y tomar las alturas, sin que el enemigo osase combatirle, retirándose éllos hacia Logroño con pérdida de 300 hombres, entre muertos y heridos, entre ellos varios jefes y oficiales, y sin poder saquear y destruir el orgulloso barón Darquier los pueblos de la Sierra, como se había propuesto.

Nuestras pérdidas fueron cinco muertos y 30 heridos.

Si el *Batallón de Rioja* que mandaba el bizarro Tabuenca, y al que Durán tenía cercando á la guarnición de Soria y protegiendo los pueblos cercanos se encuentra en la acción, el triunfo de nuestras armas habría sido completo.

La división del general Durán permaneció un mes en las inmediaciones de Logroño manteniendo diversos choques con las tropas enemigas y libertando á los pueblos de los robos y saqueos que hacían los imperiales.

Por unos días se trasladó á la ciudad de Calahorra con el objeto de alistar los mozos útiles para el servicio de las armas.

Durán, después de la victoria de Tudela, que reseñamos anteriormente, y fué para él y sus soldados un nuevo timbre de gloria, y del estrecho sitio que puso á la ciudad de Logroño, entró en Aragón y se apoderó de Daroca, aprisionando su guarnición, no cesando en los últimos meses de aquel año de maniobrar contra los enemigos, ya solo, ya en unión de otros caudillos, poniendo en grave riesgo la división del general Severoli, y amenazando desde Calatayud la guarnición de Zaragoza, cuya ciudad estuvo más de una vez á punto de caer en sus manos.

* * *

Parte del mariscal de campo D. Pedro Villacampa al general D. José O'Donnell:

«El 23 del corriente llegué al pueblo de Landete, donde tuve aviso que la guarnición de Cuenca, reforzada, había salido para Requena. Sin perder un instante salí á su encuentro, pero noticioso el jefe de brigada, barón Mopos, comandante de la columna, de mi arribo á Landete, ocultó la verdadera dirección que llevaba por medio de una rápida marcha que hizo de noche. Dos carreteras distantes entre sí le facilitaban el paso á Requena, lo que me obligó á marchar y contramarchar el 23 y 24 sin perder día y noche á pesar de la fatiga de la tropa, hasta lograr interponerme en su marcha entre Utiel y Caudete, donde á las seis de la mañana, avistados los enemigos, fueron atacados, batidos y perseguidos hasta las inmediaciones de Requena, donde llegaron merced á una contramarcha circular que hicieron en desorden por nuestro flanco derecho, después de dejar el campo cubierto de cadáveres y llevar consigo multitud de heridos, de los que 180 de los más graves fueron abandonados enfrente de Requena antes de su salida, que verificaron á las dos de la tarde. Han quedado en nuestro poder 120 prisioneros, muchos de ellos heridos, dos cañones, siete carros, todos sus equipajes y gran porción de acémilas, fusiles y mochilas.

Sus fuerzas eran 1.600 infantes, 150 húsares, una compañía de jurados y dos cañones. La nuestra 1.500.—Utiel 25 de Agosto de 1812.— *Villacampa.*»

Avisado el 20 de Diciembre D. Pedro Villacampa, que se hallaba en Titaguas, que una división francesa, mandada por Panatier, y fuerte de 2.000 infantes y 250 caballos, estaba sacrificando los pueblos de su inmediación, marchó á Begís, y envió á Vivel y Toras al comandante D. Antonio Lombas con 150 caballos, únicos de que disponía, sorprendiendo una descubierta enemiga de 30 dragones y de un capitán y 60 infantes, aprisionando por completo á los

© Biblioteca Nacional de España

últimos, y salvándose los primeros por la ligereza de sus caballos, si bien se les mataron cinco, se cogió uno y se le hirieron varios. Visto lo cual por el enemigo, retrocedió sin querer aceptar el combate á que fué provocado por Villacampa.

Reforzada la división de Panatier con 500 infantes y 50 caballos llegados de Liria, se posesionaron de Vivel.

Un destacamento de 90 caballos y 20 infantes de los juramentados que Soult trajo á Valencia de Andalucía, que salió á hacer efectivas las contribuciones de varios pueblos el 23 de Noviembre, fué mandado atacar por Villacampa.

* * *

Nombrado comandante general de Aragón por la Regencia el mariscal de campo don Pedro Sarsfield, D. Juan Martín *(El Empecinado)*, D. Francisco Espoz y Mina, D. José Joaquín Durán, D. Ramón Gayán y otros varios caudillos tuvieron en completo desasosiego á los franceses por las dos orillas del Ebro, aprisionando sus correos, apoderándose de sus convoyes, sorprendiendo sus guarniciones y causándoles cientos y cientos de bajas.

El general Lacy y los guerrilleros catalanes.

Procuraba D. Luis Lacy mantener el valor de los catalanes, y daba cada día nuevas pruebas de sus altas dotes de inteligencia y gran valor, sin arredrarle contemplar las mejores plazas fuertes y los principales puertos del Principado en poder del enemigo, ni las crueldades que á cada instante realizaban los imperiales, á las cuales procuraba corresponder con las debidas represalias.

En el mes de Julio dispuso que cesara toda requisición de caballos en el Principado, y que en lo sucesivo se pagasen á precios convencionales, y al contado lo que necesitase el ejército.

Para excitar aún más el valor de los soldados y el patriotismo de los paisanos, les dirigió la siguiente alocución:

«¡Catalanes: cuanto podéis desear ya lo tenéis! Constitución, monumento eterno de la sabiduría de las Cortes que nos da una patria y nos hace libres. Guerra en el Norte, desastrosa y funesta para nuestros opresores. Un gran ejército aliado, que está desembarcando en estas costas, para confusión y exterminio de los vándalos. Perdón general, concedido por las Cortes, para que el débil y el descarriado puedan salvar sus remordimientos. El que al contemplarse tan favorecido de la fortuna como del Gobierno, se mantenga en el crimen de la indiferencia y el egoismo, el que no llene sus deberes de ciudadano, el que no acuda con fervor á acogerse á las banderas de la patria y de la gloria, que huya de los buenos, que se confunda con los execrables y que olvide que ha sido español.

Soldados del primer ejército: váis á competir con unas tropas que son el modelo de la disciplina y el valor, y que tan debidamente se titulan invencibles en España. Estoy seguro de que me haréis decir con orgullo: *He mandado á soldados, y á soldados catalanes.* Hasta ahora, por las circunstancias, he exigido más de vuestro sufrimiento que de vuestro arrojo; pero ya que la suerte de este Principado, benemérito y heróico, pende sólo de vosotros, aspiro á colmaros de honores y glorias.—Puente de Cabrianas 1.° de Agosto de 1812.—*Luis Lacy.*»

Orgulloso el general Decaen por haber descubierto en Barcelona una conspiración, que según él tenía por objeto nada menos que envenenar á toda la guarnición de aquella plaza, aprisionó al comerciante D. José Baiges y á otros varios vecinos.

Lacy, ante la repetición de hechos semejantes, publicó un decreto ofreciendo tratar con la misma severidad que fueran tratados los últimamente perseguidos en Barcelona á igual número de prisioneros franceses, impidiendo con él que los imperiales ejecutaran un nuevo crimen.

Hélo aquí:

«*Decreto del general en jefe del ejército de Cataluña, el Excmo. Sr. D. Luis Lacy, comunicado á los jefes de división.*

Los enemigos promueven cada día con sus injustos decretos la represalia que se les ha

© Biblioteca Nacional de España

ofrecido usar con sus soldados por cada uno de los nuestros, ó de los pacíficos habitantes, á quienes con cualquier frívolo pretexto condenan á muerte, contra el principio establecido por el Supremo Gobierno de que todo español debe reputarse soldado de la patria.

Ha llegado por fin el caso de que se haga conocer á los jefes enemigos que así como abundamos en moderación, sabemos también sostener nuestros derechos, vengando los ultrajes que se nos hacen. En su consecuencia doy orden al comandante del batallón de cazadores de Cataluña, D. José Manso, para que mande fusilar los dos primeros prisioneros que haga, en represalia de uno de mis guías, que aprehendido y conducido á Lérida, sufrió este mismo castigo, sin que su vestuario, armamento, ni el despacho que comprobaba su calidad fuesen suficientes datos para que se le tratase como prisionero. Y si resultase por la indagación, que mando practicar al brigadier D. Francisco Rovira, comprobado el hecho de haber sido ahorcado otro guía en Figueras, como se asegura, tendrán la misma suerte los dos primeros soldados enemigos que caigan en poder de este jefe, así como en igual proporción compensarán los que sucesivamente se les vaya haciendo, la pérdida de algunos paisanos atrozmente asesinados, luégo que se justifique debidamente por las diligencias que se practiquen.

Cuantos más fueran los atentados de esta clase que se cometan, tanto más subirán de grado mis medidas de represalia, hasta que el progresivo número de las víctimas que cueste al enemigo cada una de las que á nosotros nos sacrifique le advierta de su barbárie y reprima su conducta.

Téngalo V. E. entendido así, y que se haga notorio en la orden de su división.—Berga 17 de Agosto de 1812.—*Luis Lacy.*»

***

El 13 de Julio, en Coll de Santa Cristina, y con sólo el batallón de su mando, *Cazadores de Cataluña*, detuvo D. José Manso más de tres horas una división enemiga compuesta de 6.000 hombres.

El 27 del mismo, en Esparraguera, recibió aviso de que otra división de imperiales se dirigía á Martorell con ánimo de pasar á Montserrat. Manso colocó 50 hombres en el camino real, inmediato á Breda; cargaron los fusiles con los cartuchos de pergamino y cuatro balas, y esperaron á la división indicada, que hacía su marcha por la noche. Cuando el cuartel general se halló á tiro de pistola hicieron los 50 hombres una descarga cerrada sobre el cuartel general y jefe de Estado Mayor, y les obligó á dispersarse y unirse á la división. Otras compañías estaban apostadas por Manso en Collbató y barranco de las Caparcas y el resto del batallón en Casa-Masana. Al amanecer vió que la división que había salido de Esparraguera se dirigía á Collbató, y las tropas de Manso dañaron terriblemente al enemigo. Al llegar el enemigo á Casa-Masana, el resto del batallón le detuvo cuatro horas, haciéndole sufrir un horroroso fuego. Los franceses dirigieron hacia la Casa de Elías 600 granaderos, y Manso, con el objeto de hostilizarlos en el camino que conduce á Montserrat, reconcentró sus fuerzas para hacerles frente; en aquel momento tuvo aviso de que la columna que marchaba por Collbató tenía franco y libre el paso hasta Montserrat, habiéndose colocado considerables fuerzas á retaguardia de la posición que ocupaba, dirigiéndose á atacarle por tres diferentes puntos. Manso, con la mayor rapidez, ordenó á sus tropas se dirigiesen á Castelgali, y chasqueó á los enemigos.

Retiróse Manso hacia Manresa y escribió á Sarsfield, manifestándole la posibilidad de destruir á los franceses en su retirada de Montserrat. Convenido Sarsfield en apoyarle, dijo á Manso que atacaría por la derecha y que él se encargase de la izquierda del río; desgraciadamente se perdió el segundo parte que Manso en contestación á aquel le dirigía, pues como muchos soldados de este guerrillero vestían los despojos de los franceses, hubo de dar el portador con verdaderos soldados imperiales y entregó el pliego al que se lo pidió, creyendo lo daba al mismo Sarsfield. Manso, que no conocía este contratiempo, tomó la izquierda del río en 1.º de Agosto, y para dar lugar á que se le re-

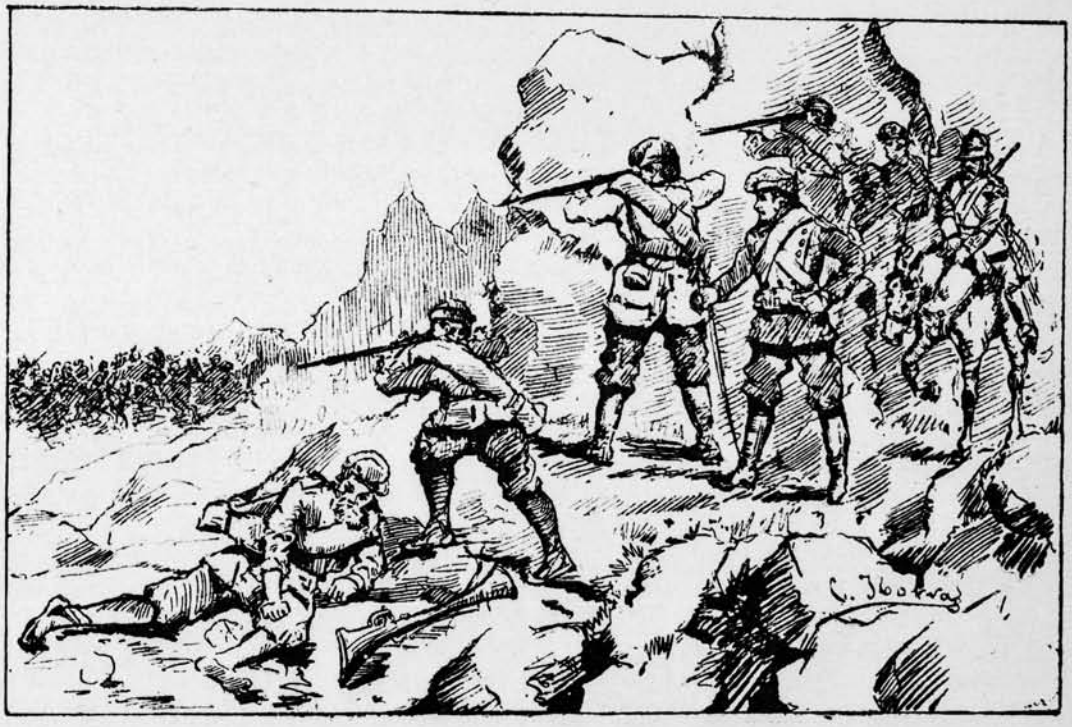
© Biblioteca Nacional de España

uniese toda la fuerza de que disponía, que eran unos 1.600 hombres, maniobró antes de empezar el fuego con la que le permitía el terreno hasta formar sus escuadrones sobre una loma que formaban dos barrancos.

En esta posición se hallaba rodeado de unos 4.000 enemigos que verificaban su regreso á Barcelona.

Sarsfield no concurría con el apoyo ofrecido, y Manso no podía descender sin caer prisionero.

Diéronle los franceses la primera carga á la bayoneta, y la primera compañía huyó simuladamente á la carrera, pasando á retaguardia después de haber hecho fuego; los enemigos se dirigieron alborozados á la altura al ver que los españoles habían vuelto la espalda, y se encontraron con una segunda compañía, formada en batalla, cuyos fuegos no pudieron resistir, viéndose obligados á retroceder. Cuatro veces hubo de ser ejecutada la misma maniobra; diríase que la acción era un mero ensayo en que estuviesen de acuerdo los beligerantes, por la iden-



ACCIÓN DE MONISTROL

tidad de la operación, que se repetía, y que venía á dar el mismo resultado; llegada la noche verificaron los franceses su retirada.

La falta de concurrencia de Sarsfield salvó á los imperiales.

Lacy manifestó á Manso que, habiendo recibido orden del Gobierno para formar cuatro divisiones, estaba decidido á darle el mando de una de ellas, de la que debería formar parte su batallón, pudiéndole aumentar con otros tres para que formase regimiento completo. Manso opuso á ello la mayor resistencia, pero insistiendo el general y mandándole que desde aquel día usase tres galones, se vió obligado á aceptar, y contestó á Lacy que para darle las gracias le enviaría al día siguiente 300 prisioneros, si se lo permitía.

Manso proyectó la captura de un destacamento que debían relevar los franceses en Molins de Rey, á la defensa de los fuertes de Monjuich y de San Pedro. Salió el día 7 de Eparraguera aparentando tomar la dirección de la costa, y al amanecer del 8 se en-

© Biblioteca Nacional de España

contró entre Barcelona y San Feliú. Habló á sus soldados y les dijo:

—«No tardará en pasar el relevo para Molins de Rey, y la guarnición relevada la tendréis también aquí dentro de poco: una de las dos es nuestra; elegid la que queráis.»

Los soldados optaron por acometer á la guarnición saliente. Manso dejó pasar el relevo que salía de Barcelona, y colocó su tropa y 300 granaderos que habían ido á acompañar á Lacy en el paraje que creyó oportuno para obligar á batirse al enemigo.

Salieron los franceses de Molins de Rey y se dirigían á Barcelona á las ocho de la mañana.

Manso salió á esperarlos á la carretera; los fuertes de Monjuich y San Pedro Mártir hacían señales al destacamento, que no las veía ó no las comprendía, y al descubrir las fuerzas españolas que iban á acometerle, formó en masa y salió al camino á tomar una pequeña altura; esta operación, que Manso había previsto, ocasionó su ruina, pues había colocado detrás algunas fuerzas que, descendiendo en el momento que los franceses iban á tomar la colina, los hizo caer envueltos; las tropas españolas, cargándolos á la bayoneta, apenas les dieron lugar para un simulacro de defensa. El destacamento entero cayó prisionero.

Manso vadeó enseguida el Llobregat por San Vicens y se retiró á Martorell, á la vista de las guarniciones de los citados fuertes, y de allí envió á un granadero con parte verbal á Lacy diciéndole «que sentía no haberle podido cumplir la palabra empeñada de enviarle 300 prisioneros por haber perecido algunos; pero los que le mandaba se acercaban mucho á esa cifra.»

Manso fué promovido á coronel el 15 de Agosto, quedando con los mandos del regimiento de *Cazadores de Cataluña* y cuarta división del ejército del Principado.

Habiendo dicho los franceses en sus periódicos que este hecho se había reducido á una sorpresa, que no volvería á repetirse, Manso dispuso la operación con el relevo que debía verificarse el 23.

Reunidas sus fuerzas se encontró Manso en Esparraguera el 22, á donde llegó un conocido suyo de Barcelona con proposiciones del general Matheu, si se pasaba á sus armas ó consentía en abandonar las que defendía. Manso aprovechó esta coyuntura para que el comisionado llevase á Barcelona simuladas noticias acerca de la dirección de sus tropas.

Le detuvo hasta el anochecer, y en su presencia dictó diferentes órdenes para que marchasen varias partidas y compañías á Tarrasa, Igualada y otros puntos en busca de raciones; de modo que á última hora del día 22 llegaba á Barcelona la noticia de que las fuerzas de Manso se hallaban ocupadas en una operación que podía dar confianza al destacamento que había de relevar al de Molins de Rey.

Manso se dirigió á Martorell, donde ya había llegado una compañía, que hizo salir con un guía, para que la condujese al sitio en que debía acampar; el guía llevaba una orden de Manso que debía entregar oportunamente al capitán de la compañía, en que le mandaba situarse en Piera de la Bona, advirtiéndole que por allí pasarían de 300 á 400 franceses, á los cuales atacase con todo empeño, en inteligencia de que el mismo Manso presenciaría la acción: otras partidas marchaban á otros puntos y con parecidas instrucciones.

Manso, con dos compañías y un escuadrón de coraceros, atravesando la carretera de Valencia y el río Llobregat se encontró al amanecer del 23 en Molins de Rey y San Feliú.

Esperó oculto tranquilamente á los imperiales, que no se hicieron esperar por largo tiempo, en número de 700; de éstos quedaron 300 en San Feliú y partieron los restantes hacia Molins precedidos de una vanguardia de 40.

Descubierta por éstos una pequeña fuerza española, que se presentó hacia la derecha, la atacaron, mas en aquel instante los coraceros y dos compañías, saliendo del lugar en que se encontraban, acometieron simultáneamente por la izquierda y retaguardia al enemigo, al tiempo que otras dos compañías y algunos coraceros atacaban á los 300 de San Feliú.

Hé aquí su parte á Lacy desde Villafranca el 23 de Agosto:

© Biblioteca Nacional de España

«Excmo. señor: He conseguido ejecutar las órdenes de V. E. á medida de sus deseos. Situado en las inmediaciones de San Feliú con parte de mis fuerzas, han caído esta mañana en mi poder los 400 vándalos que desde Barcelona iban á relevar la guarnición de Molins de Rey, sin escapar ninguno de la muerte ó la prisión. 200 granaderos, que fueron hasta San Feliú á acompañarlos, lo han presenciado sin atreverse á atacarnos. Algunos trataron de huir de las espadas de nuestros dignos coraceros hacia la montaña, pero fueron rendidos por mis cazadores.»

Reunido el 7 de Setiembre á la división de Eroles, asistió á la acción de Pallejá.

Por este tiempo se hallaba en San Celoní. Carecían sus soldados de subsistencias, y habiendo creído que el general Milans se había producido en su mesa con sobrada esplendidez, expuso sin rebozo que no le parecía conveniente que se regalasen de tal modo los oficiales cuando carecían de lo preciso los soldados. Solicitó pasar á otro punto y fué atendido trasladándose á Esparraguera, donde cobró las raciones que se debían á su tropa.

Jurada en aquellos pueblos la Constitución de Cádiz, para solemnizar aquel suceso y proporcionar á sus soldados un día de solaz, dispuso se efectuase una función militar. Constaba su batallón de 1.985 soldados, y con ellos hizo un simulacro en que lucieron su instrucción y pericia. Acto contínuo se sentaron á unas mesas preparadas y cubiertas oportunamente con cuanto pudo ofrecer el lujo de aquellos pueblos, cuyos habitantes prestaron gustosos todos sus muebles y efectos.

El 31 de Octubre se reunió la mayor parte del ejército de Cataluña entre San Feliú de Codina y el Plá de la Calma, con el objeto de impedir el paso á 12.000 infantes, 600 caballos y algunas piezas de artillería, que los franceses habían reunido en el Vallés, con el objeto de pasar á Vich; inteligenciado Manso, y sospechando que atacarían la línea española por Puig-Graciós, aconsejó al general que se establecieran telégrafos para tener breves avisos. Manso tenía noticias de los movimientos de las tropas, en muchas ocasiones antes que sus mismos generales.

¿Cómo podría ser esto? Porque algunos de sus mismos soldados, cambiando el uniforme por el traje del país, se introducían fácilmente en las plazas y campos enemigos.

La diversidad de estos confidentes en los puntos que se deseaban reconocer, evitaba todo fraude y engaño en el dicho de uno solo; pero justo es notar que Manso no tuvo nunca motivo de queja de la fidelidad de ninguno de los suyos.

Manso, que desde 1.° de Setiembre había sido nombrado comandante de la cuarta división del primer ejército, se situó con tres regimientos en las alturas de Puig-Graciós, ocupando el centro de la línea; allí mandó hacer algunas fortificaciones; para alentar á sus soldados al trabajo les decía *que valia más sudar agua que sangre*. El día 1.° les repetía Manso: *hoy es el día de los Santos y mañana será aquí también el de los difuntos*.

Al día siguiente atacó el general La Maré: los imperiales tomaron los primeros parapetos de la meseta en que se defendía Manso; éste había calculado, y aun lo había dicho públicamente, que aquel día sería él muerto ó su caballo, atendiendo al nutrido fuego enemigo y á que montado sobresalía á los parapetos como un blanco. Cayó efectivamente herido de muerte su caballo y los soldados celebraron el suceso, porque así veían menos expuesto á Manso.

Al anochecer varió Manso de posición, y habiéndose retirado el resto del ejército recibió orden de Lacy de defender á toda costa la nueva posición; pero Manso se contentó con encender grandes hogueras, dando después de cerrada la noche orden para que en el mayor silencio y reservándose de la vista de los franceses, marchasen todos los suyos á reunirse en Pó de San Martín.

Cuando llegó Manso á este punto, encontró en posición al ejército español, y Lacy le reprendió por haber abandonado la suya, contraviniendo sus órdenes; Manso le respondió que, calculando que el enemigo trataría de envolverle durante la noche, se había retirado.

© Biblioteca Nacional de España

El amanecer no tardó en justificar la penetración de Manso, pues la posición en que había acampado se vió rodeada por el ejército francés, que se encontró burlado.

Manso, en esta acción, con 900 hombres, contuvo á 4.000 franceses cuatro horas.

Igual defensa de parapetos mandó hacer el 16 del mismo en las alturas de Casa-Masana. Dirigíase desde Manresa á Barcelona una división de 8.000 franceses, y Manso, con sólo los batallones *Cazadores de Cataluña* y el de Barcelona, hubo de causar gravísima pérdida al enemigo, y dió lugar á que el ejército de Lacy marchase por un flanco y se salvase de una posición difícil en que se había comprometido.

Parte del coronel Manso al general Lacy.

«Excmo. señor: Esta tarde me he visto atacado en Casa-Masana por la gran gavilla de incendiarios que estaban en Manresa, y distribuyendo mis fuerzas les he opuesto una vigorosa resistencia de tres horas, que les ha costado el posesionarse de ella. Su pérdida ha sido crecida; la mía corta. Mañana me dirigiré á Esparraguera á ver si puedo lograr alguna ventaja contra estos destructores, vayan á Igualada ó Castelloli, ó pasen á Martorell.»

Manso quiso despedir el año con uno de sus acostumbrados hechos; el 20 de Diciembre salió de Caldas de Mombuy con intención de sorprender la guarnición de Mataró. Los franceses tenían apostados en el camino varios vigilantes para avisar cualquiera aproximación de tropas; para destruir su efecto envió Manso algunos soldados de uno en uno y en traje del país, y tras éstos otros soldados con sus armas de dos en dos; los primeros entablaban conversación con los vigilantes mientras que los segundos sobrevenían y se apoderaban de ellos; de este modo, y marchando la columna detrás, pudo llegar hasta la puerta de Argentona de dicha ciudad, de cuya guardia se apoderaron dos compañías que marchaban un poco á la descubierta, sin disparar un tiro.

Manso destacó estas compañías á situarse entre la ciudad y el fuerte, para impedir que los franceses se refugiasen en la población, y penetrando en ella sorprendió al enemigo y le aprisionó tres capitanes, un teniente y 27 soldados, ocasionándoles más de 60 heridos.

* * *

El 21 de Noviembre participó el general D. Francisco Milans á Lacy que el 19 había sostenido en Arenys de Munt una acción contra 4.000 infantes, 300 caballos y cuatro piezas de artillería, al mando de Espert, que duró tres horas largas, hasta la llegada de la noche en que los enemigos se retiraron á Mataró con pérdida de 500 hombres, elevándose las suyas á 100 entre muertos y heridos.

* * *

En 1812 crearon los imperiales un nuevo cuerpo de contraguerrilleros, con el título de *Cazadores distinguidos de Cataluña,* á cuyo frente pusieron al miserable Juan Pujol *(Boquica)*, el asesino del valiente oficial D. Nicolás Massana, cuerpo que jamás pasó de 200 plazas, sin embargo de que se soltaban y se daba libertad á los mayores criminales á condición de que ingresaran en él. Puede juzgarse conociendo al jefe y sabiendo la procedencia de los soldados lo que estos bandoleros harían.

* * *

El barón de Eroles se halló en el mes de Noviembre á punto de conquistar el castillo de Balaguer, llegando sus fuerzas á apoderarse de las obras exteriores.

Dos compañías de sus tropas, atacadas por la guarnición de Tarragona, se defendieron con tal brío en los puntos de El Lorito y El Ermitaño, que al fin los enemigos se retiraron de nuevo á Tarragona.

El 26 de Noviembre atacó á los franceses en Villafranca, causándoles bastantes pérdidas.

Valencia: Fray Nebot.—Alicante: Los guerrilleros de Calpe.

Forzados á reseñar los sucesos por el orden en que ocurrieron, no hemos podido hablar antes del célebre guerrillero valenciano fray Asensio Nebot, más conocido por el *Fraile.*

Pertenecía fray Nebot á la orden de los

© Biblioteca Nacional de España

Franciscanos Descalzos de Valencia, ciudad en la que las órdenes religiosas, especialmente la de San Francisco, se mostraron con un patriotismo, un odio á los franceses y un amor á la causa liberal imponderables. Esta actitud de los frailes valencianos no era nueva, pues ya en la *guerra de Sucesión* habían sostenido la causa del archiduque Carlos, que era la causa de los fueros y de las libertades, contra Felipe V y los franceses, con un tesón digno del mayor encomio, prefiriendo morir en las ruínas de sus conventos, como lo probaron en Játiva, *la ciudad más rebelde*, primero que ceder.

El padre Martí, religioso franciscano, el primero que quiso sublevar á Valencia en la plaza de las Pasas el 20 de Mayo de 1808; el padre fray Juan Rico, franciscano también, el tribuno del pueblo; el padre fray Vicente Martínez Colomer, el cronista de aquella epopeya; el guardián de los Capuchinos, fray José de Jérica; el provincial de los Mercenarios, fray Pedro Pascual Rubat, los lectores de los Dominicos fray Faustino Igual, fray Gabriel Pichó y fray Vicente Bonet, sus mártires, fusilados de orden de Suchet en las tapias del convento de San Francisco de Murviedro; los 1.500 frailes deportados á Francia por el citado mariscal, sus apóstoles; y el franciscano fray Asensio Nebot, su guerrero, prueban la verdad de cuanto dejamos expuesto; y por cierto que fray Nebot vengó á sus hermanos muertos y deportados de una manera completa, como se verá más adelante.

Es un hecho indudable digno de fijar la atención el amor de los clérigos y los frailes en las pasadas épocas á los fueros y privilegios de sus ciudades y á las libertades de su patria; repásense las páginas de la historia, y siempre se los verá, en Galicia, con los *Hermandinos;* en Castilla, con los *Comuneros;* en Valencia y Mallorca, con los *Agermanados;* en Aragón, con el *Justiciazgo;* en Cataluña, con los *Fueristas;* en la guerra de la Independencia, con los *Patriotas;* es decir, siempre del lado de la patria y de la libertad.

Comencemos á enumerar las hazañas de fray Nebot.

El 2 de Agosto de 1812 envió el *Fraile* á que observasen al enemigo por la parte de Nules y Castellón á varios de sus guerrilleros, los cuales atacaron á 31 franceses en la villa de Artana, matando cuatro, haciendo un prisionero y obligando á los demás á huir precipitadamente.

A los tres días volvieron los enemigos en número de 200; pero reforzada ya la partida española con 80 tiradores y 12 lanceros, les hizo fuego, á pesar de la inferioridad del número, y al cabo de tres horas de combate huyeron los enemigos á Castellón, habiendo dejado dos muertos y seis heridos.

El 10, noticioso fray Asensio de que por la Seniera debía pasar un convoy de fusiles, bombas y granadas, emboscó su partida en una arboleda inmediata al pueblo, y al llegar á ella el convoy acometieron con tal bizarría los lanceros del *Fraile*, que sin disparar más que un tiro se dieron los franceses á correr precipitadamente abandonándolo todo. Cayeron en poder de la partida 644 fusiles, 200 granadas reales, 160 bombas y dos prisioneros, habiendo quedado ocho franceses muertos en el campo de batalla.

El 17 salió de Castellón de la Plana el general francés con su división y buen número de juramentados, componiendo en todo 1.300 infantes y 80 caballos, y aunque fray Asensio sólo tenía en Benafigos de 500 á 600 hombres, se resolvió á ir á buscarlos. Después de un vivo tiroteo entre las guerrillas se empeñó de una y otra parte un fuego terrible y obstinado, que duró tres horas, sin poder los franceses adelantar un paso, hasta que por último la inferioridad de fuerzas y la aspereza del terreno, donde no podía maniobrar la caballería, obligaron á fray Asensio á retirarse hacia Vistabella. Esta acción costó al enemigo mucha sangre; al día siguiente se encontraron en el campo 160 muertos, y de los muchos heridos que se llevaban hacia Castellón apenas llegó uno vivo.

Desde Vistabella bajó, por disposición del *Fraile*, una compañía á situarse á retaguardia del enemigo, con objeto de interceptarle toda comunicacion con Castellón é impedirle subiese raciones, y apenas supo el general francés les habían quitado las que llevaban de Adzaneta, tomó inmediatamente la iz-

© Biblioteca Nacional de España

quierda de Benafigos, y dirigiéndose á Lucena se retiró á Castellón de la Plana, entrando humillados y confundidos los que dos días antes se jactaban de que llevarían á Castellón al *Fraile* y á sus fingidos ingleses (nombre que daban á la partida por el uniforme que usaban, semejante al de las tropas inglesas).

Esta sólo tuvo en una acción tan obstinada un muerto y tres heridos levemente.

A los dos días de descanso, sabiendo fray Asensio que desde Cientorres y Castellofort salían todos los días los enemigos por aquellos pueblos inmediatos, cometiendo las mayores atrocidades y saqueando y robando cuanto encontraban, se dirigió hacia Morella, y habiendo obligado al enemigo á encerrarse en el castillo, se ocupó en sacar los diezmos á los pueblos inmediatos á la villa y recoger los soldados dispersos que había en sus inmediaciones. Informado después en Zurita de que en la ciudad de Alcañiz, así el corregidor afrancesado D. Mariano Pascual como otros siete ú ocho de sus ideas, amenazaban á los de la tierra baja con los más horrorosos castigos si no aprontaban en breve tiempo lo que humanamente no podían, marchó á Alcañiz para ver si podía sorprender y matar á estos renegados. No pudo lograrlo porque á las cinco horas de su llegada al Mas de las Matas ya salía el D. Mariano Pascual con su comitiva de renegados para Zaragoza; pero no por eso se suspendió la entrada en Alcañiz el 13 de Setiembre á pesar del vivo fuego de cañón y fusil que apenas dejaba maniobrar á la partida; fray Asensio mandó quemar todo cuanto se halló en las casas de los renegados.

En la del Corregidor se apoderó de 50 fusiles y una bandera que tenían los gendarmes; dió libertad á 40 presos de los que unos estaban por no poder y otros por no querer pagar las contribuciones. Sacó 14 caballos, inutilizó los víveres que tenían por falta de caballerías en que cargarlos, y á las 12 de aquel mismo día salió de la ciudad.

El 2 de Noviembre recibió aviso de que el general Massuchelli salía de Valencia con 3.000 hombres de infantería para perseguirle y de Castellón otros 1.000 infantes y 70 caballos con el mismo objeto. Viéndose acosado por un número de franceses tan considerable, repartió toda su división en 11 partes; de modo que á pesar de la proximidad del enemigo, no logró éste ver á ninguno de sus soldados en todo aquel día. Supo por un pliego interceptado de Massuchelli que Suchet le decía se diese prisa para la extracción de los mozos, los granos y el dinero, y aquella misma noche ofició á todos los pueblos inmediatos, imponiendo pena de muerte á todo vecino que aguardase á los franceses en los pueblos, por lo que se vio obligado Massuchelli, á los tres días de su persecución, á retirarse por falta de víveres y caballerías. En su retirada hostilizó á Massuchelli hasta Segorbe, en cuya ciudad expidió el general francés una orden ofreciendo 1.000 duros por la persona de Nebot y 800 por su cabeza. ¡Infame!

El 30 tuvo aviso que habían llegado á Torreblanca 200 enemigos con una brigada de artillería, debiendo salir al día siguiente para Castellón de la Plana; á las cuatro de la mañana ya se hallaba en el punto de la Saniera y tenía dispuestas sus fuerzas; á las ocho se presentó mucha infantería y caballería enemiga, la dejó pasar hasta que toda su tropa, emboscada, pudiese hacerles fuego por los flancos ínterin los lanceros y húsares entraban por vanguardia y retaguardia acuchillándolos.

A una señal acometieron con tal intrepidez y bizarría, que después de media hora de fuego y del vivísimo de fusilería y de cañón con que contestó el enemigo, todos fueron víctimas de las bayonetas y lanzas de los españoles, á excepción de unos 100 que quedaron prisioneros, habiéndoles cogido 140 mulas, dos cañones y ocho carros, además de un abundante botín que se repartieron.

El 11 de Diciembre tuvo aviso Nebot de que salían 400 franceses escoltando un convoy para Tortosa; dió sus órdenes y repartió sus fuerzas convenientemente para esperarlos, y con dos compañías de caballería y tres de infantería salió para Cabanes. A las tres de la tarde del día 12 ya tenía la infantería emboscada á la orilla del camino, y á derecha é izquierda de la infantería las dos compañías de caballería. Venían delante del

© Biblioteca Nacional de España

convoy 24 infantes con cuatro caballos, y dejándoles pasar, al llegar el centro del convoy á la infantería, hace ésta una descarga cerrada, y saliendo las dos compañías de caballería logran aprisionar á toda la vanguardia del convoy. Formaron el cuadro en medio de la carretera los enemigos, pero entrándoles á la bayoneta nuestra infantería y la caballería con lanza enristrada, á pesar del fuego obstinado del enemigo, les obligó á retirarse dentro de Torreblanca y á abandonar el convoy.

En la madrugada del 22 mandó al capitán Mulet que atacase á 90 franceses, que la noche anterior habían entrado en Burriol, mientras él se ponía en marcha con la caballería para socorrerle. No fué necesario, porque una hora antes de llegar á la Pobleta le avisaron que, á excepción de dos que pudieron escapar, habían sido todos degollados, y unos 18 prisioneros; por nuestra parte sólo hubo un herido y no muy grave.

Fray Nebot tenía muchos puntos de contacto con Espoz y Mina.

En Junio de 1808 ya mandaba el regimiento de caballería *Francos de Valencia*, que fué reformado el 30 de Junio de 1811.

Estableció sus oficinas en los puntos más convenientes para la recaudación de las contribuciones ordenadas por el Gobierno legítimo; formó un parque para la fundición de balas, recomposición de armas, construcción y arreglo de arneses, fornituras y monturas; estableció un taller para uniformes en que trabajaban diariamente 40 sastres, y formó un almacén de víveres y provisiones.

Sus fuerzas llegaron á componer una división de 3.000 infantes y 500 lanceros.

En el pueblo de Vistabella tenía reunidos sus prisioneros, que á fin de Diciembre de 1812 ascendían á 500, habiendo minado el edificio con propósito de volarlo, si por acaso el enemigo pretendía recobrarlos.

El general Massuchelli perdió en su campaña con el célebre *Fraile* 84 muertos y heridos y 14 prisioneros, y fray Nebot tuvo únicamente un guerrillero extraviado y otro herido.

* * *

Hállase situada la villa de Jabea en una elevación del terreno, á la falda del monte Las Planas, continuación del elevado Mongó, y forma parte del partido judicial de Denia, de cuya población dista poco más de una legua (1).

El fértil llano de San Bartolomé, de la jurisdicción de Jabea, se halla dividido en dos partes por el río Jalón, que en la época de nuestra historia se cruzaba por un antiguo y fuerte puente de tres arcos, único en el citado término.

A dos kilómetros de la villa se halla el mar, formando una extensa bahía, siendo sus límites los cabos de San Antonio y el de San Martín.

Estos cabos se internan en el mar unos dos kilómetros y medio, formando el primero uno de los mejores refugios en la costa de Valencia á Alicante.

El cabo de San Antonio, que es el final del monte Las Planas, tiene edificado en uno de sus bordes un faro de segundo orden, y á unos 200 pasos de éste se ven las ruinas de otro faro, el que da hacia la bahía, junto al cual se levanta la ermita dedicada á San Antonio, de muchos recuerdos históricos, lo mismo que la ermita de la Virgen de los Angeles, á alguna distancia de la anterior, edificada sobre los restos del antiguo é histórico convento de San Martín, y algunas atalayas distribuídas por el monte.

A orillas del mar, y en la misma falda del monte Las Planas, había un castillo que, aunque pequeño, formaba una buena posición militar, pues sus dos cañones dominaban por completo la bahía, y por la parte que da al mar era inexpugnable, castillo que fué destruído después de la guerra de la Independencia, y cuyas ruínas sirven hoy de punto de guía á los buques que fondean en en la bahía.

A unos seis ó siete kilómetros de este castillo, y en un ligero promontorio, cerca del

---

(1) Muchos de los datos que vamos á transcribir los debemos al bondadoso sacerdote don Francisco Albiñana y al ilustrado D. José Albí, de Jabea, que se han apresurado á escuchar nuestro ruego con una solicitud que no sabemos cómo estimar y agradecer.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

mar, hallábase otro castillo, algo mayor que el anterior, con dos cañones, en tiempo de la guerra contra los franceses, el que, como el citado, fué demolido después de aquella epopeya.

Muy cerca de este castillo se han encontrado, escavando, restos de pequeños edificios y gran cantidad de monedas antiquísimas.

Posee Jabea una antigua iglesia parroquial, que comenzó á edificarse en el año de 1513, de sólida construcción, dedicada al patrón de la villa, el apóstol San Bartolomé, situada en el centro de Jabea. El campanario, que da á la parte Norte, está edificado sobre los mismos cimientos del edificio, dominando toda aquella parte y el convento de las monjas agustinas descalzas, cuya puerta principal se halla bajo el citado campanario, en la otra parte de la plaza. El tejado está fortificado por una muralla con varias aspilleras, y á él se sube por el campanario; la escalera tiene igualmente aspilleras y dos puertas que dan paso al corredor y á las campanas.

Además de la iglesia parroquial contaba Jabea con dos conventos, uno de frailes y otro de monjas, y las ermitas de la Virgen de los Angeles, San Antonio, Santa Lucía en una elevada colina al pie del monte Las Planas, y otras varias por el llano.

Las murallas las defendían tres pequeños fuertes, siendo el más importante el de Botó.

Desde principios del año 1809 se hallaban los imperiales posesionados de la cercana villa de Denia, desde la cual hacían frecuentes correrías por todo el país, habiendo entrada en Jabea varias veces, hasta que llegó un día del mes de Agosto de 1812 en que sus habitantes, confiados por tener ancladas en el puerto unas goletas inglesas, creyeron poder oponerse á las exigencias del enemigo, decidiendo el alcalde, D. José Soler, alentado por el religioso mínimo conventual, fray Vicente Vallés, negar las raciones que los franceses le pedían, y aun combatir al destacamento que por ellas vino, apoyado por el guerrillero D. José Catalá *(Campaner)*, natural de Jabea, y muy temible á los imperiales por sus hazañas y por la defensa de Calpe, desde cuyo punto había acudido en auxilio de Jabea con sus 200 guerrilleros, hijos de Calpe, Denia, Jabea, Moraira y otros lugares próximos.

No tardó en venir sobre Jabea una columna francesa: inmediatamente tocaron las campanas, armáronse los vecinos con escopetas, trabucos, sables y hoces, y llevando de vanguardia á los guerrilleros salieron en busca de los enemigos, á los que derrotaron, obligándolos á retroceder y á buscar su salvación en el monte, á cuyo pie se habían formado orgullosos pensando ganar la villa.

Furioso por este descalabro el jefe francés que mandaba en Denia, dispuso que al siguiente día marcharan contra Jabea y Calpe todos los destacamentos cercanos y pasaran á cuchillo á sus habitantes, noticia que los vecinos de Denia se apresuraron á comunicar al alcalde de Jabea, quien al ver que se ausentaban las goletas inglesas, que muchos habitantes de la villa huían y que los guerrilleros, como hijos de Calpe en su mayoría, se marchaban á defender su pueblo natal, desistió de una nueva lucha en la que no tenía probabilidad ninguna de triunfo. Retiróse, pues, con otros vecinos y la comunidad de religiosas Agustinas descalzas, cuyo convento se halla frente á la parroquia de San Bartolomé, no quedando en él más que dos monjas, embarcándose en los faluchos que estaban en la bahía unos para las Baleares, otros para Calpe y otros para varios pueblos circunvecinos, en los que fueron recibidos con gran afecto, á pesar de la bárbara intimación de los imperiales de fusilar á cualquiera que diera hospitalidad á un jabeano, amenaza de que se burlaron los habitantes de Jalón, Pego, Calpe, Moraira y demás pueblos, cuyos hijos cumplieron con sus huéspedes como buenos españoles y cariñosos hermanos, refugiándose algunos que no pudieron llegar á los dichos pueblos en las cuevas del monte.

Sin disparar un tiro se apoderaron los franceses de Jabea, por cuya calle Mayor entraron á la desbandada, entregándose al más espantoso saqueo, forzando las puertas, descerrajando los armarios y destruyendo cuanto encontraron, buscando, lo que precisamente no hallaron, las alhajas y el di-

© Biblioteca Nacional de España

nero que los vecinos se habían llevado consigo ó enterrado cuidadosamente. (28 de Agosto.)

Vivía en la calle Mayor un herrero, quien, por haber herrado algunas veces y siempre gratuitamente los caballos de los franceses, no sólo se negó á huir, considerándose en salvo, sino que invitó á varios de sus vecinos á ocultarse en su casa, garantizándoles la vida; pero los imperiales, ébrios de furor, lo cosieron á bayonetazos y mataron á cuantos se habían refugiado en su habitación.

En los tejados habían quedado ocultos algunos vecinos, que presenciaron aquélla y las siguientes escenas de horror.

De las dos religiosas que habían quedado en el convento, una de ellas, Sor Luisa del Corazón de Jesús, natural de Játiva, al no-



D. JOSÉ MANSO

tar que los franceses se dirigían al monasterio, temiendo ser violada se arrojó al pozo del convento y murió de la caída, y la otra pudo escapar y salvarse.

Mientras tanto, Francisco Blasco, sacristán de la parroquia y del convento, y el cura de Castells, que se encontraba á la sazón en Jabea, y que se cree pertenecía á la familia del guerrillero Sr. Catalá, se hicieron fuertes en el campanario y comenzaron á lanzar multitud de piedras sobre el enemigo, al que causaron muchas bajas. Advertidos los imperiales descerrajaron de un tiro la puerta lateral de la parroquia, cuya bala fué á clavarse sobre el frontal del altar de San Sebastián, bala y agujero que se conservan aún, y trataron de ganar la escalera de la torre, no consiguiéndolo sin dejar sus peldaños sem-

© Biblioteca Nacional de España

brados de cadáveres. Al fin lograron llegar al campanario, y apoderándose de aquellos dos héroes los arrojaron á la calle, donde vinieron á caer y morir junto á los mismos bonapartistas que ellos habían combatido.

Libres de aquellos terribles enemigos, principian á recorrer la iglesia y el convento, apoderándose de gran número de lámparas de plata y alhajas de tanto mérito como valor, sacando á la calle muchos libros del archivo y formando con ellos una inmensa hoguera.

Otro de los héroes de Jabea fué un tal Larión, que se batió él solo en las calles, haciendo frente á los imperiales, teniendo que retirarse acribillado de balazos, recogiéndole exánime un compatriota que en una mula y burlando las guarniciones francesas le condujo á Jalón, depositándole en casa de un acomodado labrador llamado Giner, donde le curaron.

No faltó á Jabea una heroína.

Manuela Codina, una de las pocas mujeres que permanecieron en la villa, quedó al frente del horno de la calle Estrecha para encenderle y socorrer al pueblo en la cocción de alimentos. Llegados á él los franceses pidiéronla el dinero, resistiéndose Manuela denodadamente. Los imperiales pasaron bien pronto de las palabras á los hechos, y entonces la heroica jabeana se lanzó sobre ellos con un palo que terminaba en un gancho de hierro, defendiéndose con el mayor valor hasta que cayó sobre los haces de leña y allí la atravesaron con una espada.

¡Grande heroísmo y grande hazaña, matar cincuenta hombres á una débil mujer!

En cuanto á la entrada de los franceses en Calpe diremos que tan sólo pudieron verificarla después de una tenaz resistencia de sus defensores, y juzgándola imposible por tierra llamaron en su auxilio á la escuadra, cogiendo á los españoles entre dos fuegos.

Antes de llegar por mar á Calpe, desde Jabea se ve un peñón, cerca de la costa, cuya cumbre parece aún á muy corta distancia un castillo, y tanto es así que al llegar frente á él algunos barcos franceses, creyendo que aquel era el castillo de Calpe, principiaron á media noche un nutrido fuego de cañón, y, temerosos de caer en alguna emboscada, no efectuaron el desembarco, continuando el fuego hasta el día siguiente en que el jefe de la escuadra mandó hacer rumbo á él. Pero, ¡cuán grande no fué su sorpresa al ver de cerca los estragos causados... en las peñas que ellos tomaron por el castillo!

Los guerrilleros de Calpe tenían sus mayores fuerzas en el castillo del mismo, y es fácil que si los franceses de tierra comunicaran á los de mar que en el castillo estaban las principales fuerzas, éstos tomasen mayor empeño por destruirlo. Al día siguiente del bombardeo entraron en Calpe.

Guerrilleros del Norte: Longa.—Campillo.—Porlier.—Proclama del general Mendizábal á los santanderinos.—Jáuregui.

No era en el Norte menos empeñada la lucha.

Longa, al frente de su bizarra *División de Iberia*, después de las acciones de Cubo y Miranda, se dirigió á observar la columna de 2.300 hombres que el general Mouton conducía á Santoña, realizando cuatro días de penosas marchas, sin calzado, en largas jornadas y contínuas lluvias, con el aliento de *constantes castellanos*, que aumentó al ver á lo lejos la escuadra inglesa que venía á protegerlos, con la que cambiaron ciertas señales, acampando al raso con vientos de noche sumamente fríos, y de día con un sol abrasador.

Veamos el ataque y toma de Castro-Urdiales.

Fondeada la escuadra, conducida á tierra la tropa de desembarco y ocupándose la marinería en echar á tierra piezas de batir de los mayores calibres, que se iban subiendo á brazo y alegremente por una montaña casi inaccesible para colocarlas en una batería situada al Este de Castro, el enemigo, siempre vigilante, se presentó en número considerable sobre las alturas de San Pelayo, y hubo que variar al momento de plan y posiciones.

Después de una pequeña y ordenada retirada de los batallones de guardias nacionales, 1.°, 2.° y 3.° de *Iberia*, desde los distin-

© Biblioteca Nacional de España

tos puntos que ocupaban á la sierra de Pando, formó Longa con ellos una línea que batió á los enemigos por espacio de cinco horas sin perder un palmo de terreno, haciéndoles retirar de la altura de San Pelayo con pérdidas considerables.

Todo el 7 (Julio) permanecieron sin atreverse á intentar nada, mientras la escuadra inglesa hizo sobre el castillo y fortificaciones de Castro un vivo y certero fuego, y llegada la noche se retiraron á Laredo, teniendo un funesto encuentro con D. Juan López Campillo, que los batió y persiguió en su retirada.

Al amanecer del 8 se aproximó más la escuadra, y Longa se disponía con las tropas al asalto, cuando el gobernador francés que defendía la plaza se rindió á discreción con 144 hombres, cinco oficiales, 10 cañones montados y bastantes municiones.

Al coronel-brigadier inglés al servicio de España, Sir F. Carrol, que se presentó al comienzo de las operaciones, le ofreció Longa el mando por ser de mayor graduación, pero él se excusó, aprobando cuanto Longa había hecho y acompañándole en todos los peligros.

Como quiera que el coronel D. Francisco Longa y sus guerrilleros tenían interceptadas las comunicaciones entre las guarniciones francesas que había en los caminos reales desde Bilbao y Vitoria á Pancorbo y Burgos, los imperiales resolvieron abrirlas con una columna de 450 infantes y 30 caballos que salió de Vitoria para Haro y Miranda, la cual se vió atacada el 27 de Julio por el oficial Briones, que la obligó á refugiarse en la Puebla, sin poder recoger los muertos y heridos que la causó.

El 29 la volvió á encontrar Briones en Santa María de Cubo y la obligó á encerrarse con muchas pérdidas en el fuerte de Cubo, y á una columna que salió de dicho baluarte la puso en fuga, siendo el resultado de éstas escaramuzas 73 muertos y 57 desertores de infantería, y 11 ginetes con sus armas.

El 2 de Agosto salió Longa con su batallón á estrechar el sitio de Cubo, introdujo algunas compañías en las casas cercanas á la iglesia y fortín, y con la artillería les causó muchos muertos y heridos, entre ellos un coronel.

Advertido que venían 2.500 infantes de la guardia imperial, 1.000 de otros cuerpos y 400 caballos con el general Darquier, avisó á los comandantes de Ameyugo, y se retiró al pueblo de Busto, distante una legua, donde citó al comandante-guerrillero D. Francisco Salazar, muy práctico en el país, para que le ayudase en sus operaciones, colocándose los nuestros en las alturas de Castil de Peones y montes de Tea.

Las avanzadas francesas se encontraron en Ameyugo con las del comandante D. Joaquín Gayoso, quien con la mayor bravura les mató 23 soldados é hirió muchos, deteniendo la columna en la marcha á Cubo.

Por orden de Longa, todos los comandantes de guerrilleros las atacaron en su marcha, causándolas más de 40 muertos é innumerables heridos, esperándolas Longa con Salazar en las posiciones elegidas; pero Darquier, temeroso, se retiró á Vitoria, visto lo cual decidió Longa atacar la guarnición de Monasterio, que se encerró en el fuerte y le abandonó por la noche, siendo demolido.

Replegado Longa el 4 de Agosto á Rojas, contramarchó al anochecer á Santa María de Cubo por aviso de que un correo y su escolta intentaban pasar correspondencia de Pancorbo á Briviesca.

Sabedor Longa el 5 de la salida de Burgos de una división de 6.000 hombres y 200 caballos, cuya retaguardia, atacada en Gamonal por el teniente de *Iberia* D. Pablo Arregui, perdió 21 lanceros y muchos efectos, asombrando á los franceses tal acto de audacia, y aunque el general Mendizábal le ordenaba la toma de Cubo, al ver la impaciencia y deseo de batirse de sus tropas siguió á la columna y la encontró entre Santa María de Cubo y Pancorbo formada en cuadros y columnas y con los carruajes en el centro.

Reconoce Longa las zanjas y fragosidades del terreno, coloca los cuatro batallones de *Iberia* y 100 *húsares*, el escuadrón de *Húsares francos* y 60 ginetes con Salazar, y manda algunas avanzadas á provocar al enemigo, que no abandona su formación; coloca su poca artillería y le presenta la batalla, que no acepta, y entonces lo ataca

© Biblioteca Nacional de España

por un lado y manda á Salazar atacar por el otro. Viendo esto la columna, á pesar de su superioridad, se refugia en Pancorbo al abrigo de su artillería, siendo perseguida hasta sus puertas con tal arrojo y serenidad y tan certeros disparos, que se calcularon sus bajas en 700 entre muertos, heridos y prisioneros. Las de Longa fueron de 34 muertos y 50 heridos, siendo esta acción importantísima por el tesón y el valor desplegados por los nuestros, que sobrepujaron todas las esperanzas.

Longa hacía en su parte, fechado en Poza el 9 de Agosto, grandes elogios de D. Francisco Salazar y de varios jefes y soldados que, heridos, permanecieron en su puesto dando pruebas de un extremado heroísmo.

Tras un ligero descanso, emprendió Longa el 13 nuevas operaciones sobre el camino real, deseoso de rendir la guarnición de Cubo, para lo cual dió sus instrucciones á D. José Abecía; pero temeroso el comandante francés huyó á Pancorbo una hora antes de la llegada de los nuestros, disponiendo Longa la demolición de los dos fuertes.

Abecía le avisó haber atacado la misma tarde 500 infantes y 40 caballos que custodiaban un correo, los que se retiraron á ampararse de otra columna de 1.500 infantes, 70 caballos y dos piezas que al ruído del fuego salieron de Miranda con el general Soulier, si bien no se atrevieron á atacarle al ver las buenas posiciones que ocupaba.

Salió Longa en su busca desde Cubo, pero fué avisado del avance de 900 infantes y 120 caballos, salidos de Pancorbo, á los que intentó sorprender ocultándose; los franceses se detuvieron en Altable, prendieron al cura, al alcalde y personas principales y allanaron las casas, según su costumbre, pero á la presencia de Longa corrieron á encerrarse otra vez en Pancorbo perseguidos por los nuestros.

Los franceses perdieron en estos combates con Abecía y Longa más de 500 hombres.

Encargado por el general Mendizábal (Octubre de 1812) de inquietar á los franceses, poner en orden las tropas alistadas y cuidar de la buena recaudación de los arbitrios, coadyuvó á todos estos fines, molestando sin cesar á los imperiales, señaladamente en un encuentro que con ellos tuvo en el valle de Sedano, al terminar el mes de Noviembre, del que da cuenta en el parte que copiamos:

«*Poza 30 de Noviembre*.—Después de una precipitada y sigilosa marcha, conseguí apostarme á un cuarto de legua de la villa de Sedano y camino que se dirige á la iglesia, que es un verdadero fuerte. En el valle de Sedano y pueblos inmediatos estaban 4.000 hombres á las órdenes del general Fromant.

A las siete de la mañana se rompió el fuego por tres compañías destacadas á tomar la iglesia, y la casa del coronel-comandante que había en la villa, quienes con la mayor bizarría y con pérdida de cuatro hombres, llenaron su objeto haciendo 87 prisioneros. Enseguida avanzó toda la división persiguiendo á los demás franceses, que precipitadamente se retiraron hasta que se les reunieron 800 que había en Mozuelos y otros varios destacamentos; unos y otros fueron completamente batidos, teniendo que entregarse los que no fueron muertos.

En siete horas de un vivo fuego han dejado en la villa de Sedano, y á dos leguas de camino, por donde se les fué persiguiendo, más de 700 muertos con un gran número de heridos, y en nuestro poder 490 prisioneros, dos cañones pequeños, todos sus equipajes y otros pertrechos de guerra.

No sólo hemos conseguido esto, sino también la muerte del general Fromant, del coronel Bremont y de otros muchos oficiales, y la libertad de 60 vecinos honrados, destinados para ser conducidos á Burgos.»

En parte de 10 de Diciembre de 1812 da cuenta á Mendizábal de haber ejecutado sus órdenes, y de que con su caballería y cuatro batallones atacó á una columna de 1.500 infantes y 150 caballos enemigos en los campos de Ameyugo y Miranda, derrotándolos y haciéndolos penetrar por las puertas y murallas de Pancorbo y Miranda, cubiertos de terror. Les causó sobre 500 muertos, más de 200 prisioneros y gran número de heridos. Por su parte tuvo 80 muertos y 160 heridos.

Longa ocupó el camino militar de los franceses, obligándoles á no cruzarlo, y con estratagemas militares, voces falsas de retirarse y avances inesperados, los tuvo en com-

© Biblioteca Nacional de España

pleta alarma todo el mes de Diciembre y después les tomó el camino real á Espejo.

***

El valiente D. Juan López Campillo hallóse en el ataque de Santander á las órdenes del comodoro inglés Sir H. Popaham, con quien estuvo en la mar algunos días hasta el 25 de Julio.

El día 27 la escuadra inglesa, después de un gran cañoneo, se apoderó del puerto de Santander y castillos de la Cerda y San Martín.

Antes de acometer al puerto la escuadra británica desembarcó en el Sardinero alguna fuerza inglesa y un batallón de 600 hombres, al mando del teniente coronel D. Juan López Campillo, que arremetieron y llevaron á los franceses en retirada hasta el molino de viento de la Atalaya, en donde recibieron socorro los franceses; y aunque los ingleses y españoles retrocedieron, sólo fué hasta Miranda, donde se hicieron fuertes, penetrando á los pocos días en la ciudad.

El 13 de Agosto asistió Campillo, bajo las órdenes de Porlier, al combate de Torrelavega y persecución de los enemigos en su fuga de la provincia.

Reunidos los bizarros caudillos Porlier y Renovales al general Mendizábal, Campillo tomó una parte activa en el ataque de Bilbao en los días 13 y 14 de Agosto.

El día 28 del mismo mes atacó con 200 infantes en Sodupe á 300 enemigos, y en desorden los persiguió hasta hacerlos entrar en Balmaseda, con pérdida de 30 muertos, 46 heridos y dos prisioneros.

Campillo tuvo dos muertos y 10 heridos.

Atacado en Marrón el 2 de Setiembre por 1.500 infantes y 60 caballos, con 900 infantes los rechazó y persiguió hasta Seña, haciéndoles vadear un río, después de haber ocasionado al enemigo seis muertos y 22 heridos.

Ascendió Campillo á coronel el 24 de Setiembre.

En Sodupe, el 1.º de Octubre, hizo á los franceses seis muertos y 22 heridos.

En una gran acometida que dió el 16 de Octubre en el arenal de Laredo, contaron los franceses 50 muertos, 118 heridos y seis prisioneros, y Campillo sólo dos muertos y dos heridos.

Tenía nuestro héroe á su cargo Laredo y Colindres con su espacioso arenal.

Supo que con dos partidas se dirigían contra él los franceses para sorprenderlo.

Formó su caballería y las compañías de granaderos y cazadores detrás.

Avanzó y alcanzó á los imperiales á buena distancia del fuerte, pero se replegaron al verle tomando posición en una tapia inaccesible á la caballería.

Los húsares suyos atacaron con gran valor, y tan cerca se puso él que un soldado le dirigió un tiro con tal puntería que le atravesó un muslo.

Los nuestros se retiraron entonces, y ellos á su fuerte.

Campillo, en su parte al general Mendizábal, le decía:

«Espero que no sea muy largo el restablecimiento de mi herida, que confío les saldrá cara.»

***

El 1.º de Agosto de 1812, sabedor D. Juan Díaz Porlier de que 1.500 franceses se dirigían á Reinosa á incorporarse con la guarnición de Santander, apostó su gente y se presentó en Reinosa esparciendo la voz de que traía artillería que le habían proporcionado los ingleses; los franceses, al saberlo, evacuaron la plaza y fuertes, llevándose el ganado y los copiosos víveres almacenados; entonces Porlier, verificando una rápida marcha, hizo cargar á los enemigos por el comandante Herrero con el tercer batallón de *Tiradores* en el bosque de Pozazal, abandonando los imperiales en su huída 700 fanegas de trigo, cebada, galleta, aguardiente, mucho de lo cual tiraron á un río inmediato, 300 camas útiles, y dispersado el ganado por los montes, siendo perseguidos hasta dos leguas y media de Reinosa, y arrollados cuantas veces quisieron cargar, perdiendo de 250 á 300 hombres, y nosotros 50 soldados y algunos caballos.

El 2 entró en Santander, y allí proclamó con extraordinaria pompa la Constitución,

© Biblioteca Nacional de España

haciendo el saludo, por tan fausto motivo, los buques británicos fondeados en el puerto.

Hé aquí la proclama del general Mendizábal á los santanderinos al jurarse la Constitución:

«Montañeses: Si vuestra felicidad exigía que para siempre desapareciese de nuestra nación la arbitrariedad y el despotismo que os hacían gemir tantos siglos há, ya llegó esa feliz época. El libro santo de la ley fundamental, esa Constitución política que váis á jurar deslinda con tal claridad y exactitud nuestros derechos y obligaciones, abre á todos un campo tan extenso para obrar el bien, y coharta de tal modo al que quiera cometer el mal, que vuestra prosperidad será su consecuencia necesaria si la ponéis en planta; y tanto más lo será, cuanto más principalmente protege nuestra divina religión con exclusión de todo otro culto.

La Providencia, que muy de antemano tenía sin duda preparado este suceso, le ha hecho concurrir en el momento dichoso en que véis recobrada vuestra libertad, para obligaros así más señaladamente: corresponded, pues, á sus altas miras, y mientras os disponéis á conservar con tesón y valentía una patria doblemente conquistada, no ceséis de exclamar: *¡Viva la Constitución! ¡Viva la Nación! ¡Viva Fernando VII!*— Cuartel general de Santander, á 10 de Agosto de 1812.—*Gabriel de Mendizábal.*»

El día 3, después de participar al general Mendizábal la operación que había realizado sobre Reinosa, le manifestó la persecución que había ordenado de las tropas francesas al saber que evacuaban la provincia de Santander, y que dió por resultado cogerles gran parte del equipaje, muchos carros de víveres, ocho cañones y una culebrina, y causarles 100 hombres de pérdida entre muertos y heridos y dos días de retardo en la marcha, todo con 2.000 hombres escasos contra 3.500.

Avanzó Porlier enseguida á Vizcaya, cuya capital, Bilbao, habían desamparado los enemigos en los primeros días de Agosto. Reunido allí con Mendizábal, general en jefe del sétimo ejército, y con Renovales, que mandaba la fuerza levantada por el Señorío, se apostaron juntos en el puesto llamado de Bolueta, para hacer rostro al francés, que, engrosado, revolvía sobre la villa de Bilbao, rechazándole por completo en los días 13 y 14 de Agosto.

Al fundirse el 5.°, 6.° y 7.° ejércitos en uno, que se llamó el 4.°, éste se compuso de tres cuerpos que se denominaron ala derecha, centro y ala izquierda, obteniendo don Juan Díaz Porlier el mando de la quinta división, perteneciente al del centro.

* * *

El 2 de Julio, D. Gaspar Jáuregui enviaba este parte desde Segura al general Mendizábal:

«Hallándome el día de ayer en la villa de Oñate recibí de mis confidentes la noticia de que 80 prisioneros asturianos venían conducidos por 200 franceses, y que en la misma noche entraban en Villarreal de Zumárraga, para lo cual dispuse que mi tropa marchase á emboscarse en las inmediaciones de Ormaiztegui; el capitán D. Juan B. Zavala, con tres compañías, cubrió el paso de Astolazar, para no permitir el paso al enemigo á Villafranca, y la restante con el mayor D. Fermín Iriarte en las cercanías de la casería de Gaztelu para ejecutar lo mismo sobre Villarreal.

Hallándonos en estas posiciones se presentó á las cuatro de la mañana la vanguardia de dicha escolta, compuesta de siete caballos y 30 gendarmes, que dejé pasar hasta la aparición del grueso de ella con los prisioneros. Entonces mandé á Iriarte formar en masa sobre la carretera y tocar paso de ataque para cargar al enemigo á la bayoneta para evitar que nuestros tiros dañasen á los prisioneros, ejecutándolo con tanto arrojo y celeridad que el enemigo apeló á la fuga; pero no le valió porque mis valientes gerrilleros cargaron sobre él al arma blanca dejando muertos 160, y los restantes heridos y prisioneros, habiendo ordenado no dar cuartel porque los franceses al ver avanzar mi tropa tiraron sobre los prisioneros matando 14 é hiriendo varios; los restantes, con cuatro oficiales, los he salvado. Mi pérdida ha sido un sargento y dos soldados muertos y ocho heridos.»

Jáuregui, apellidado con justicia el *Vi-*

© Biblioteca Nacional de España

riato Guipuzcoano, contaba 21 años y tres de campaña cuando llevaba ya tres galones, había recibido tres heridas y organizado tres batallones de á 1.000 plazas, y hecho comprender, siempre activo, emprendedor y valiente, á jefes tan acreditados como Cambrone, Doumonthier, Mouton, Austenac, Palombini y otros, que sabía triunfar en pequeñas y grandes acciones, como lo atestiguaban los campos de Urrestilla de Villarreal, Azpeitia, Ataun, Esquioga, Azcoitia, Arechavaleta, Vergara y Segura, en Guipúzcoa; Muez, Santa Cruz de Campezu, Carrascal, Puente de Belascoaín, Irurzun y Araquil, en Navarra; y en Vizcaya Lequeitio, Orozco, Guernica, Durango, Orduña y Bilbao (1).

* * *

El 26 de Noviembre, el comandante del segundo batallón de Vizcaya, D. Miguel Artola, batió entre Oñate y Ansola un destacamento francés de 100 hombres que convoyaba correspondencia para Francia, distinguiéndose su descubierta, compuesta de 10 cadetes, causándole nueve muertos, 17 heridos, entre ellos el comandante, y dos prisioneros, perdiendo él dos soldados.

* * *

D. José Abecía llevaba un acto de constante guerrear.

En el mes de Enero, y á las órdenes de D. Francisco Espoz y Mina, tomó parte en la acción de Sangüesa, en la que los franceses le mataron el caballo al apoderarse de dos cañones, siendo recomendado al general Mendizábal por su valeroso comportamiento.

Asistió en Junio á la toma de Castro-Urdiales y á las acciones de Somorrostro y Portugalete, defendiendo el fuerte del primero con la mayor bravura.

En Agosto se halló con Longa en los combates de Santa María de Cubo y Pancorbo.

En los días 22, 23 y 24 del citado mes, se encontró en las acciones de Bilbao, Zornoza y Areta bajo el mando del general Mendizábal.

(1) Soraluce.—*Historia de Guipúzcoa.*

Mandando solo una columna de infantería hizo prisionera en los campos de Subijana una columna de 335 hombres con sus oficiales, que sorprendió y puso á disposición de su jefe D. Francisco Longa á fines de Noviembre.

Navarra: D. Francisco Espoz y Mina y sus tenientes.

D. Francisco Espoz y Mina se encontró muy mejorado de su herida en los primeros días de Agosto, pudiendo montar de nuevo á caballo.

Las tropas de su división, que á pesar de la retirada de su jefe no cesaron de batirse, obligaron á todos los franceses que había en Navarra á encerrarse en los puntos fortificados, en los cuales los tenían bloqueados, sin exceptuar la misma plaza de Pamplona, sitiada por los nuestros con el mayor vigor.

A pesar de tener amenazada su retaguardia D. Francisco Espoz y Mina por la división Palombini, fuerte de 5.000 infantes y 600 caballos, se propuso atacar á Vitoria, y el 12 de Julio se presentó ante ella, ocupando el monte que domina el lugar del Castillo, dirigiendo al de Gardalegui la caballería, excepto dos compañías que ocuparon el de Mendiola. 300 franceses que había en Gardalegui fueron desalojados por su caballería huyendo á Vitoria. El gobernador Caffareli y los generales Thouvenot y Buquet comenzaron á reunir tropas, y juntando 3.500 infantes, 600 caballos y nueve piezas de artillería, salieron á hacerle frente. La caballería de Mina cargó á la enemiga, que huyó atropellando la infantería, dejando muchos cadáveres en el campo. Al mismo tiempo las dos compañías de Mendiola, haciendo una rápida correría, cogieron siete ginetes prisioneros y degollaron 13, al tiempo que las compañías de infantería navarra, formadas en la llanura, sembraban el terror en los imperiales.

Duró la matanza desde la una á las seis de la tarde, apoyándose los franceses en las tapias de la ciudad, cuyas puertas mandó cerrar Caffareli temeroso de que los guerrilleros las forzaran, siendo esta la primera vez

© Biblioteca Nacional de España

que Vitoria vió á tropas españolas atacar la guarnición francesa.

Tuvieron los enemigos 300 hombres de pérdida, entre éstos el comandante de la caballería polaca, algunos oficiales, y varios prisioneros, muchos caballos y 56 cebones.

Las nuestras fueron tres soldados muertos y 40 heridos.

A las puertas mismas de Pamplona realizó D. Francisco Espoz y Mina una nueva hazaña. Salieron de la plaza el 12 de Agosto en busca de grano 600 infantes, que llegaron á Zizur, cerca de Pamplona, y 40 caballos que llegaron á Astraín, donde se vieron acometidos por los nuestros, quedando prisioneros 28 y muertos los demás, huyendo despavorida la infantería á encerrarse en la plaza, sin lograr lo que se proponían.

Como la necesidad de los imperiales en Pamplona, á causa del bloqueo en que los nuestros los tenían, era extrema, el gobernador de la plaza, general Abbe, dispuso varias salidas el 16, en todas las cuales fueron rechazadas las columnas, perdiendo el grano que habían logrado recoger, á un coronel sobrino de Abbe, varios oficiales, de 90 á 100 soldados muertos, y de 300 á 400 heridos. Espoz y Mina, al que mataron el oficial Sáenz, á dos sargentos y seis soldados, y tuvo cerca de 40 heridos, elogiaba con entusiasmo al comandante D. José Cruchaga y al teniente coronel D. José Górriz por su serenidad y bizarría.

El 21 de Agosto sufrió el general Abbe una nueva humillación y nueva derrota. Habiendo llegado la guarnición de Pamplona á no tener carne para el día, ni una raja de leña, salió con 2.500 hombres para Tafalla á cargar víveres, reforzado por otros 500 de Tudela y Caparroso, 200 caballos y cinco piezas.

Con cuatro batallones, el regimiento de caballería y dos piezas, salió Espoz y Mina en su busca al camino real, trabándose un horroroso combate, en que los nuestros no perdieron un tiro, y despreciando la metralla y las granadas francesas los ginetes provocaron á los imperiales, que no osaron apartarse de la infantería que los protegía.

El general Abbe salió herido levemente, así como los generales barón de Mocum y barón Cassan, dos comandantes jefes de batallón quedaron muertos, y el de renegados españoles Chacón.

En el campo se contaron 17 oficiales muertos y 300 soldados, ascendiendo á 29 los oficiales heridos y á 1.000 los soldados.

Abbe perdió todo el fruto de sus rapiñas, que dejó en poder de Espoz y Mina, así como muchos fusiles, maletas y mochilas, que abandonó en la huída, declarando que el fuego de nuestros guerrilleros sólo podía compararse al que sufrió en Austerlitz y Marengo.

La pérdida del insigne navarro ascendió á 29 muertos, tres oficiales y 137 soldados heridos.

El parte terminaba:

«Cuánto más horroroso fué el fuego, más intrépidos se mostraron los míos.»

D. Francisco Espoz y Mina participó desde Puente la Reina, el 31 de Agosto, que al saber que el general Abbe se hallaba el 29 otra vez por leña para surtir á Pamplona con una columna de 3.000 infantes y 300 caballos, llamó á los batallones tercero y sexto y al regimiento de caballería que se hallaban en Esparza, Monreal y Galar, y él se dirigió desde Echarri con el primero. Al llegar el sexto á Beriaín ocupó la izquierda del enemigo y rompió el fuego, al tiempo que el tercero y la caballería se posesionaban de la derecha y llanuras del camino real, y comenzaba la acción hasta su llegada con el primer batallón, que entonces se redobló con mayor viveza. Cargaron los franceses á la bayoneta y fueron rechazados; apeló Abbe á siete piezas de cañón que diluviaban balas rasas, metralla y granadas, pero los guerrilleros, lejos de retroceder, avanzaron casi hasta las murallas de Pamplona. Entonces el general francés abandonó la leña y retrocedió á la plaza, perseguido por las fuerzas de Espoz y Mina, sin que su caballería aceptase el reto de la nuestra.

Las tropas francesas y los habitantes de la ciudad vieron desde las murallas cómo los nuestros se mantuvieron por dos horas insultando á los enemigos, que volvieron á Pamplona sin la leña que habían hecho, dejando en el campo 41 muertos, entre éstos un capitán de dragones y cinco oficiales, y

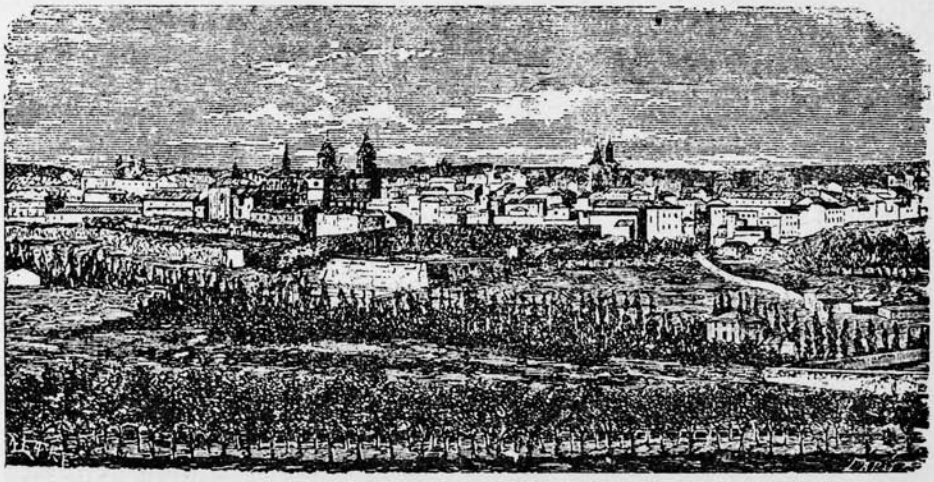
© Biblioteca Nacional de España

retirando 155 heridos, de ellos seis oficiales, y varios contusos. Espoz y Mina tuvo cinco muertos y 43 heridos. Abbe decidió no salir más en busca de leña, y surtirse de los árboles del paseo de la Taconera y de los inmediatos á la ciudad.

Todos los historiadores están de acuerdo en que si el hambre y la escasez de leña no hubiese forzado á los imperiales á salir de Pamplona, cercada por los batallones de Espoz y Mina, en busca de vituallas, jamás lo habrían hecho por voluntad, pues diariamente las avanzadas nuestras de caballería llegaban á las puertas mismas de la plaza, provocando frecuentes escaramuzas y choques por demás sangrientos.

El 3 de Noviembre mantuvo Espoz y Mina un reñido combate en Beriaín; y una gran batalla el 5 cerca del lugar de Noaín.

El 30 de Octubre, hallándose D. Francisco Espoz y Mina con el tercer batallón y seis compañías de caballería en Estella, quiso sorprenderle el gobernador de Pamplona con una columna de 3.000 infantes y 300 caballos; pero lejos de conseguirlo, los nuestros, aunque con fuerzas muy inferiores, sostuvieron el combate hasta la noche, produciendo á los imperiales 100 hombres de pérdida



VISTA DE PAMPLONA

entre muertos y heridos, siendo la nuestra de seis muertos, de ellos el oficial Labayen, fallecido de la *sétima* herida recibida, y 30 heridos.

El 11 de Octubre se hallaba el general Abbe en Tafalla, donde había mandado acopiar granos, con 3.000 infantes, 250 caballos y cinco cañones. Espoz y Mina salió la noche del 10 de Puente la Reina, por entre lodazales, llevando cuatro batallones y seis compañías de caballería, incompletas por haber sacado de ellas las avanzadas para cubrir las avenidas de Pamplona y Belascoaín, y enviándolos por distintos caminos para sorprender al francés. Una avanzada enemiga de ocho caballos y seis infantes fué degollada en Berasaín por 12 soldados nuestros, y como ninguno pudo salvarse y avisar, los franceses avanzaron. Dejó pasar nuestro héroe una vanguardia de 200 hombres seguida de carros y caballerías cargados de granos, pues su objetivo no era el convoy sino la destrucción de Abbe, que venía en el centro.

Al enfrentar con el pueblo del Pueyo aparecen de orden de Mina los batallones segundo y cuarto formados en batalla, y detienen la marcha de Abbe, que, al ver dispersarse los suyos, se retira con 1.000 hombres, entre ellos algunos renegados españoles, procurando salvarse, cuando de repente se ve atacado por retaguardia y costado derecho por los batallones primero y tercero, que acababan de llegar é iban ocupando á Pueyo.

© Biblioteca Nacional de España

Después de cinco horas de fuego entre ambos pueblos de Pueyo y Berasaín, Abbe formó en masa su tropa, y resuelto á morir se dejó caer al camino real, disponiendo Mina que sus batallones, formados en batalla, picasen su retaguardia y que algunas guerrillas le incomodasen por ambos costados, y él, al frente de la caballería, fué atropellando al enemigo á vanguardia de sus batallones, persiguiéndoles más de tres leguas hasta el lugar de Tiebas.

Abbe, sin respiro ni descanso, iba dejando un rastro de muertos, llenando los carros, que desocupaba de trigo, de los heridos, entrando en Pamplona con 800 hombres de menos, de éllos muchos oficiales.

La pérdida nuestra ascendió á 17 muertos, entre éstos tres oficiales, y á 93 heridos.

A fines de Octubre, la división del mariscal de campo D. Francisco Espoz y Mina mostrábase brillantísima por el número y lucimiento de sus soldados y lo bien vestida que se presentaba. Sus batallones contaban: 1.050 plazas el 1.°; 900 el 2.°; 1.180 el 3.°; 800 el 4.°; 1.090 el 5.°, y 1.200 el 6.°, con más el capitán D. Felix Sarasa con 300 hombres en la falda del Pirineo. La caballería ascendía á 1.500 ginetes. En suma, unos 10.000 hombres, que operaban en Aragón, Navarra y Alava.

Al hablar de los canjes de prisioneros que le ofrecieron los franceses, dice Espoz y Mina en sus *Memorias:*

«Yo llevaba gran ventaja á los franceses en el número de prisioneros que hacía; entre éllos había oficiales, y por la constitución particular de mis voluntarios, esta clase no estaba todavía reconocida oficialmente; y como era justo que á los que de hecho ejercían funciones de tales se les considerase en su debida categoría si llegaban á caer prisioneros, por esta y otras razones de no menor importancia dí á mis guerrillas la organización y disciplina del ejército, formándolas en batallones con sus jefes y oficiales á fin de asimilarlas á los franceses en las transacciones á que debía dar lugar pelea tan larga y de tan varia fortuna.»

Habiendo sido puesto el Alto Aragón á las órdenes de D. Francisco Espoz y Mina, hubo de pasar á él con dos batallones y 100 caballos para organizar su sistema militar, y recoger el cuarto escuadrón que tenía operando por aquella parte.

Sabedor de que debía salir de Zaragoza para Francia un convoy custodiado por 2.800 hombres al mando del general Rugier, tomó sus disposiciones para sorprenderlo en las alturas de Lagarrueta, logrando matar más de 100 hombres y aprisionar 72, todos los cuales formaban la vanguardia, retrocediendo el convoy y su escolta, que tomaron fuertes posiciones, siendo atacados por la caballería de Mina que les hizo varios muertos y heridos.

Rugier se retiró á Sarsa Marcuello ya de noche, donde contaba con un refuerzo de 500 hombres, lo cual ignoraba Mina, que marchó en su seguimiento, y al entrar en el pueblo recibió una descarga á quema-ropa, alguno de cuyos tiros le pasaron el cuello del chaleco.

Al retirarse se encaminó á Huesca con el objeto de apurar su guarnición, encontrando que algunos enemigos se habían hecho fuertes en dos torres de las iglesias de aquella ciudad, logrando rendirlos y hacerlos prisioneros de guerra. Cuando la guarnición iba á capitular fué reforzada por 2.500 hombres y 200 caballos venidos de Zaragoza, saliendo Mina de Huesca y tomando posiciones por si querían combatir los enemigos, lo cual rehusaron, retirándose á Barbastro y Benavarre. (30 de Noviembre.)

* * *

El alférez D. Pedro Villarroya sorprendió en el estrecho de Quinto á 40 infantes y 15 húsares franceses, que habían llegado el día 7 del pueblo de San Julián para llevar presos á Huesca los vecinos pudientes, haciendo prisioneros á los 40 infantes, un sargento, un trompeta y cinco húsares, y matando los restantes.

* * *

¿Qué había hecho entretanto el valiente guerrillero y luégo general D. Ramón Corres?

Batirse el 1.° de Enero de 1812 en Salvatierra, el 11 en Sangüesa y el 22 en Lodosa.

Ascendido á sargento segundo el 16 de

© Biblioteca Nacional de España

Febrero, se encontró en la de Arlabán el 12 de Abril, y en la de Segura el 16 de Mayo; en la de Acedo el 16 de Junio y en la de Vitoria el 14 de Julio, saliendo herido de bala de fusil; en la de Logroño el 12 de Agosto; en la de Alegría el 21 de Setiembre; en la de Salinillas el 7 de Octubre; en la de Descarga el 10; en la de los caseríos de Vergara el 11; en la de Descarga (nuevamente) el 11 de Noviembre. El 15 de Diciembre ascendió á sargento primero.

* * *

Parte del comandante del sexto batallón, D. Joaquín de Pablo *(Chapalangarra)*, á Mina:

«Mi general: Se frustraron mis esperanzas de atacar al crecido y rico convoy que pasó el 14 por Ayerbe para Zaragoza, por llevar fuerzas cuadruplicadas á las mías, por lo que me decidí á bajar á Huesca á incomodar su guarnición.

A la una de la mañana salí de este pueblo con la primera y segunda compañía de infantería, disponiendo que el alférez de caballería D. Pedro Villarroya avanzase con 40 caballos á las inmediaciones de la ciudad, quedando yo emboscado en las huertas de Quicena, mandando á un cabo y cuatro soldados se aproximasen á tiro de fusil del fuerte, permaneciendo en esta posición dos horas; y después de haber dado una refacción á la tropa en Quicena, al saber que habían salido 70 gendarmes de caballería, mandé desfilar la tropa, y á Villarroya que con la caballería tomase la retaguardia del enemigo, mientras yo tomaba la vanguardia, operación que no pude verificar por haber retrocedido el enemigo, si bien éste, creyendo libre la carretera, la halló ocupada por Villarroya, por lo que acometió ferozmente á mis soldados, que sufrieron una descarga de tercerola y pistola á toca-ropa serenos, y luégo cerraron contra ellos como leones; los franceses, poseídos de un terror pánico, huían cuando mi infantería les salió con un fuego graneado persiguiéndoles hasta la ciudad, donde se encerraron cobardemente.

El resultado ha sido matarles 30 hombres, entre éllos el comandante, y cogerles muchos sables, pistolas y caballos. Casi todos los que se refugiaron en el fuerte iban heridos, y posteriormente he sabido que de ellos han muerto 16 en Huesca.

Mi pérdida ha consistido en 10 heridos, entre ellos el valiente Villarroya con un balazo en el muslo izquierdo, y el sargento Rodrigo con tres heridas, los cuales no quisieron retirarse, siguiendo degollando franceses y contrayendo un mérito imponderable.—Santa Cruz 20 de Julio de 1812.—*Joaquín de Pablo.*»

De orden de Espoz y Mina, De Pablo, que operaba en Aragón, marchó al encuentro de una columna enemiga que había salido de Zaragoza, batiéndola en las inmediaciones de Nocito el 30 de Julio, causándola muchos muertos y heridos, entre éstos cuatro oficiales, no habiéndola destruído completamente por carecer de la fuerza necesaria para la empresa.

Atacado D. Joaquín de Pablo por el general Rugier en el pueblo de Arguís, auxiliado por otra columna de 1.500 hombres, tuvo que retirarse nuestro guerrillero, pero no sin causar á los contrarios 44 hombres muertos, 200 heridos y 24 prisioneros, á pesar de contar los enemigos con fuerzas triplicadas.

El 10 de Agosto intentó De Pablo, ayudado por los batallones primero y tercero y el regimiento de caballería, sorprender el fuerte la *Casa colorada*, distante de Pamplona un tiro de bala; pero les fué imposible, teniendo que sostener una reñida acción con las fuerzas de todas armas que de la plaza salieron en socorro de sus compañeros.

En las cuatro horas que duró el fuego, los nuestros apuraron sus cananas de cartuchos, produciendo al enemigo, á pesar de que sus fuerzas eran triplicadas, un coronel, tres oficiales y 45 soldados muertos, y más de 100 heridos, teniendo D. Joaquín de Pablo cinco muertos y 23 heridos, y mostrando el mayor valor en la empresa el comandante Asura y el sargento mayor D. Martín F. Iturralde.

* * *

En la acción sostenida el 5 de Agosto en las inmediaciones de Vitoria, 600 caballos franceses que salieron de la plaza no se atrevieron á acometer á un batallón navarro

© Biblioteca Nacional de España

que los esperó con bayoneta calada, y el cual habría entrado en la plaza á no haber salido á defenderla toda la guarnición con nueve cañones.

En esta jornada se presentó por primera vez delante del enemigo D. José Cruchaga, que después de la muerte de su hermano abandonó su casa para tomar el mando de un batallón de la división navarra, y en ella acreditó cuán digno era de ocupar el cargo que se le acababa de conferir, pues habiéndole muerto al principio de ella el caballo peleó á pie con tal ardor y serenidad que llenó de admiración y confianza á todos los valientes que se gloriaban de militar bajo su mando.

* * *

D. Felix Sarasa era uno de los oficiales más valientes de Espoz y Mina.

El 29 de Agosto, hallándose en Urdax, pueblo de la raya de Francia, apresó á un capitán-comandante y á un oficial con la sola ayuda de su asistente.

El 2 de Setiembre, en cumplimiento de las órdenes de su jefe, salió á recorrer las montañas de la raya de Francia, de que se hallaba encargado; pero avisado de que 100 franceses debían dirigirse por el monte Otsondo á pasar por Urdax y Maya, resolvió hacerlos frente con su guerrilla y unos cuantos hombres de la de D. Matías Ilzarbe, tomando posiciones á derecha é izquierda del barranco y monte de Otsondo. Al poco rato se presentó el enemigo, siendo atacado con la mayor bravura por los nuestros, teniendo que rendirse después de una hora de fuego, quedando prisioneros 54 soldados, y muertos los restantes, sin escapar uno solo.

* * *

De orden de Espoz y Mina, el comandante del cuarto batallón, D. Francisco Ignacio Asura, atacó el 12 de Julio á los enemigos que conducían los vecinos de Valcarlos á la capital, á los que causó 58 muertos, inclusos 19 renegados que estaban á su servicio, cerca de 200 heridos y varios prisioneros.

El día 15, el mismo jefe salió con cuatro compañías de su batallón de Aoiz para Roncesvalles y la fábrica de Orbaiceta provocando á luchar á 800 enemigos *que, con la mayor cobardía, se dejaron insultar en sus mismas posiciones atrincheradas por fuerzas muy inferiores.*

Asura, ya elevado á teniente coronel, sostuvo un combate contra 1.500 infantes y 80 caballos entre Villaba y Huarte, cerca de Pamplona, causándole 13 muertos y 27 heridos.

Sabedor de que una columna francesa salía de Pamplona á Roncesvalles, partió de Aoiz, donde se hallaba con su batallón, y llamando en su apoyo al segundo, que se encontraba cerca, lograron batir su retaguardia, matando siete hombres, hiriendo 24, sin tener baja ninguna.

* * *

Reforzada la guarnición de Pamplona con 3.000 infantes y 300 caballos, que llevó de Vitoria el general Soulier, salio Abbe el 12 de Setiembre con una columna de 4.000 infantes, 300 caballos, 130 artilleros y 108 de brigada con tres cañones contra el segundo batallón de Mina, que, al mando de su comandante D. Pedro Antonio Barrena, ocupaba el lugar de Unzué, sobre la carretera de la capital para Tafalla.

Como las fuerzas enemigas eran sextuplicadas, Barrena, después de tres horas de fuego, dispuso la retirada por escalones, sin dejar de hacer fuego, hasta el lugar de Echagüe, en que de nuevo se hizo fuerte, sin que los franceses quisieran continuar la lucha, regresando á Pamplona con 25 muertos y 63 heridos, de éstos el general Casan.

Barrena tuvo dos muertos y 18 heridos.

* * *

El coronel D. Sebastián Fernández, comandante del quinto batallón, fué enviado por Mina á Guipúzcoa á apoyar la empresa que se meditaba contra el puerto de Guetaria; hallábase entre Descarga y Mondragón cuando el 20 de Setiembre por la mañana supo venía un correo á Tolosa con 100 soldados y ocho caballos, y arrojándose de improviso sobre ellos logró aprisionar 31 con el oficial y matar los restantes infantes, y tres de los de caballería que huyeron muy mal heridos.

© Biblioteca Nacional de España

El mismo jefe sorprendió entre Villarreal y Descarga una columna de 150 franceses que escoltaban un coche y un correo, pasando á degüello los 150 y apoderándose del coche y la correspondencia. Salió de Villarreal en socorro de los suyos una fuerza de 1.000 hombres, pero Fernández los obligó á retirarse con la mayor ignominia.

* * *

El teniente coronel D. José Górriz, cumpliendo las órdenes que su jefe D. Francisco Espoz y Mina le dejó al partir á Aragón, continuó observando á los franceses de Pamplona, y al regresar de Tolosa una columna de 3.400 infantes y 200 caballos la hizo frente con su batallón, el cuarto y el sexto y la caballería, entre Sarasa y la Venta de Gulina, el 19 de Noviembre, causándola muchos muertos y 63 heridos, no haciéndole más porque se retiraron á Pamplona.

D. José Górriz sostuvo un choque el 16 de Diciembre con 4.000 infantes y 180 caballos, que se dirigían por grano á Tafalla, en el pueblo de Muru, y aunque sus fuerzas eran escasas, logró detenerle en su camino, matarle bastantes hombres, causarle 130 heridos y hacerle nueve prisioneros, teniendo él por su parte al oficial D. Celedonio Lerrín muerto, así como siete soldados, y 30 heridos, con 10 extraviados.

* * *

El capitán D. Manuel Gurrea envió los siguientes partes á Espoz y Mina:

«Mi general: Desde Ejea me dirigí al camino de Zaragoza con los 60 hombres de mi mando. No lejos de Zuera recibí aviso de que 24 dragones habían salido á explorar el camino; salí á su encuentro, y habiendo aceptado la batalla conseguí degollar 18 y aprisionar los otros seis. Verificada esta operación regreso al destino que V. S. me ordenaba.—Ejea 7 de Noviembre de 1812.»

«Mi general: Al saber que una posta de mucha importancia conducía balija de Suchet desde Zaragoza para Francia y debía pasar por la carretera de Jaca, mandé al oficial D. Marcos Toberio con 40 caballos. permaneciendo ocultos hasta que los sorprendieron con su escolta, degollando cinco y prendiendo cuatro, sin más pérdida nosotros que la del cabo Ramón, que ha sido herido.—Ejea de los Caballeros 11 de Noviembre de 1812.—*Manuel Gurrea.*»

* * *

El comandante de observación en Lesaca, D. Matías Ilzarbe, participaba á su jefe Espoz y Mina que el 2 de Noviembre mantuvo un choque entre Lezo é Irún contra fuerzas sextuplicadas, á las que mató 30 hombres que se habían emboscado, é hiriendo otros 30 á pesar de sus escasas tropas, que no llegaban á 200 guerrilleros.

El 9 de Diciembre el citado Ilzarbe, siguiendo las instrucciones de su jefe Espoz y Mina, batió entre Oyarzun y la Venta de Astigarraga un correo que venía de Irún á Vitoria escoltado por 200 hombres, matando 42, aprisionando tres, y cogiendo tres mulas con dos cargas de correspondencia, inclusa la de Napoleón desde París, una maleta separada, un carro de almohazas y escobillas, 35 onzas de oro, varias piezas de plata y otros efectos.

Este mismo jefe se apostó el 25 de Diciembre en la carretera de Irún para sorprender el correo de Francia, sosteniendo varios encuentros en Oyarzun primero, después en la villa de Chalar, luégo en el monte Otsondo, y por último, en el camino de Urdax, sin que la nieve, ni el frío, ni las mayores fuerzas enemigas le arredraran, cogiendo 11 prisioneros y causándoles varios muertos y heridos.

Proposiciones de paz de Napoleón á Inglaterra.—Rompimiento entre Napoleón y el Czar.—Campaña de Rusia.—Incendio de Moscow y retirada de los ejércitos franceses.

En el mes de Abril había propuesto Napoleón á la Gran Bretaña una transacción bajo las bases siguientes:

Conservación de la integridad de España con la dinastía presente y gobernación por una Constitución votada por las Cortes.

Garantía de la integridad de Portugal bajo la soberanía de la casa de Braganza.

El reino de Nápoles se conservaba al monarca actual, y la Sicilia quedaba garantida á la actual familia de Sicilia.

© Biblioteca Nacional de España

Inglaterra contestó que si por la dinastía *presente* de España y por las Cortes se entendían el rey Fernando y las Cortes de Cádiz, nada tenía que objetar.

Como Napoleón ya aguardaba esta respuesta, y en ésta como en tantas otras ocasiones lo que pretendía era engañar á Europa con mentidos tratos de paz, á fin de no aparecer siempre como el agresor, las negociaciones entabladas quedaron rotas.

De Inglaterra volvió Napoleón la vista á Rusia.

Pesaba á la Rusia el yugo del sistema continental concebido por Bonaparte para cerrar el continente europeo á todos los productos de la industria inglesa; y sus quejas, desatendidas por Napoleón, así como las frecuentes usurpaciones del césar francés, quien se quejó de que un ukase del czar destruía su famoso sistema continental, de la reunión del Oldembourg, y de los armamentos que el emperador moscovita venía haciendo, no tardaron en producir un rompimiento que obligó al príncipe Kourakin, embajador de Rusia, á dejar París en Abril de 1812, disponiéndose Rusia y Francia para aquella formidable lucha.

Napoleón contaba para ella con el apoyo del Austria, por su nueva mujer, con la Prusia, que arrastraba el Austria, y con toda la Europa central, que le suministraba sus contingentes; el 9 de Mayo sale Bonaparte de París, y á principios de Junio se halla al frente de un poderoso ejército de 480.000 hombres casi á las puertas de su enemigo, con otro de reserva, compuesto de 150.000 más, que sigue sus pasos.

Rusia se alía con la Suecia; asegura la cooperación de España con un tratado de *amistad, unión y alianza*, que se firma el 20 de Julio en Weliky-Louky, y la ayuda de Inglaterra y Portugal, y levanta en masa toda su población contra el audaz invasor.

Napoleón, á la cabeza de sus aguerridas huestes, cruza el Niemen, bate á los ejércitos rusos en Smolenko y en la Moscowa, y el 14 de Setiembre hace su entrada triunfal en Moscow el ejército francés.

¡Efímero triunfo!... ¡Ilusión engañosa!... Moscow, la hermosa capital de Rusia, queda reducida á cenizas dos días después por el salvaje patriotismo de sus hijos.

El 19 de Setiembre, Napoleón, que había asistido á aquel espectáculo de desolación desde lo alto del Kremlin, abandonó á Moscow, donde habían perecido 40.000 de sus soldados.

Llega el mes de Octubre; el invierno se adelantaba cruel y rigoroso como nunca, y Napoleón se ve obligado á ordenar aquella desastrosa retirada que comienza el 18 de Octubre y aún no termina el 28 de Diciembre.

¡Moscow era el Bruch de los rusos, es decir, el triunfo del invadido sobre el invasor!...

Napoleón encontróse de pronto detenido por las llamas del incendio y por la inmensidad del desierto, sin poder avanzar, amenazado por las tribus bárbaras del Norte. Acosados sus soldados por el hambre y por el frío, al orgulloso césar no le quedó otro recurso que la retirada, en que sus ejércitos fueron diezmados por el cañón de los rusos, que los perseguían sin tregua, que ni les dejaban almacenes, ni abrigo, ni aballos, ni nada más que el pavor y la desesperación.

Un puñado de cosacos dispersa una división.

Los soldados atropellan al mismo emperador para salvarse.

Por fin llegaron al Beresina, sobre cuyas heladas aguas se habían podido construir dos puentes, que iban á ser casi inútiles.

El paso del Beresina la noche del 27 al 28 de Noviembre es uno de los episodios más terribles de aquella campaña, tan fatal para Napoleón; los soldados franceses, que en masas afluían á las orillas, al verse detenidos en ellas por una inmensidad de armones, de coches, de furgones, de impedimenta, rompían el material del ejército para construir cabañas donde guarecerse ó encender hogueras para calentarse, mataban los caballos para alimentarse, arrancaban las telas de los coches para cubrirse, y en vez de caminar se echaban á dormir y morían.

El soldado francés, perdida la confianza que hasta entonces había tenido en su emperador, sin más perspectiva que un horizonte de nieve, sin más comida ni más bebida que la nieve, sin otro lecho que la nieve

© Biblioteca Nacional de España

ó algunas remolachas heladas, muerto de hambre, de sed, de cansancio y de sueño, no tenía otro pensamiento que el reposo y se dejaba aplastar por los caballos y los cañones de las divisiones que avanzaban, sin moverse, muriendo al pie de sus apagadas hogueras...

El astro de Napoleón se había eclipsado...

Beauhanais, virrey de Italia, y Murat reunen los restos del ejército francés en Polonia, mientras Napoleón llega solo á París á dar la primera noticia de su derrota.

La Prusia abandona al césar francés y se une á sus enemigos, y Bonaparte se ve forzado á ordenar la salida de España del mariscal Soult con 50.000 soldados para marchar contra Alemania.

Napoleón, al terminar el año de 1812, tan fatal para su gloria, así en España como en Rusia, conservaba aparentemente la esperanza de reparar sus inmensos desastres...

Mas la Francia, que veía sus ejércitos destruídos, y el soldado, que veía derrotado al que había juzgado invencible general, no se formaban ilusiones.

En cuanto á España, firme en la lucha, serena en el peligro, sin locuras ni desmayos, seguía combatiendo hasta conseguir el triunfo.

Vindicación de los centralistas.—Decreto de las Cortes contra los afrancesados.—Los enemigos de la Constitución.—Manifiesto de las Cortes.—El P. Rico en Cádiz.—Lord Wellington es nombrado generalísimo de las tropas aliadas.—Llegada de lord Wellington á Cádiz y fiestas en su honor.

Los individuos de la Junta Central, á algunos de los cuales vimos acusados y hasta encarcelados por la primera Regencia, víctimas de acusaciones injustas y de soñados delitos, habían elevado á las Cortes el 1.° de Noviembre de 1810 una representación pidiendo justicia para su honor ultrajado.

El Congreso resolvió el día 18 del mismo, luégo de desechar el informe de la Comisión de Justicia, que los individuos de la Junta Central presentaran en el término de dos meses cuenta exacta de su administración y conducta, con la demostración necesaria.

Hasta pasados nueve meses no pudieron los centralistas cumplir el mandato, porque, según la representación que al fin de ellos dirigieron á las Cortes, «en los dieciseis meses que mandaron, ningún papel de cuantos debían acreditar la exposición detallada que acompañaba había quedado en su poder, hallándose esparcidos por diferentes secretarías del Despacho y otras oficinas, siendo muchas las dificultades que habían tenido que vencer para reconocer los archivos, en un tiempo de tantas perturbaciones, entresacar los documentos necesarios, estudiarlos, ordenarlos y fundar sobre ellos la Exposición que elevaban al Congreso.»

Pedían en su representación que estos documentos fueran leídos en público, y así se acordó por las Cortes, señalándose á este fin la primera hora de cada sesión; de suerte que comenzada la lectura el 9 de Setiembre terminó el 10 de Diciembre de 1811, en cuyo día fueron elegidos individuos de la Comisión que luégo habían de examinar los documentos reunidos y sus justificantes, los diputados Sres. Obispo prior de San Marcos de León, Del Monte, Amor, Martínez (don José) y Vega (D. Andrés).

El 12 de Marzo de 1812 esta Comisión, estudiados detenidamente los muchos é importantes documentos presentados, emitió su informe en un todo favorable á los centralistas, el cual terminaba de esta forma:

«No resultando méritos en los expresados documentos para formar juicio de cargos á los que fueron miembros de la Junta Central, ni haber desmerecido en el desempeño de su comisión, pueden decretar las Cortes quedar satisfechas de su conducta.»

El Congreso así lo acordó, y los centralistas, después de haber sido víctimas de groseras calumnias, de infames acusaciones y arbitrarios procesos, obtuvieron la justa satisfacción que su noble conducta merecía.

El 11 de Agosto de 1812 decretaron las Cortes que en las provincias evacuadas por el enemigo quedasen cesantes todos los empleados nombrados ó consentidos por el Gobierno del intruso, facultando á la Regencia para revalidar aquellos que hubiesen prestado importantes servicios á la causa nacional, pudiendo suspender hasta á los prelados

© Biblioteca Nacional de España

eclesiásticos si las sospechas de su lealtad lo justificaban.

Pero la opinión exigía más, y el 21 de Setiembre resolvieron que los citados empleados no podrían ser diputados á Cortes, ni provinciales, ni regidores, ni aun gozar del derecho electoral; los grandes títulos y altas dignidades que hubiesen aceptado siquiera su confirmación del intruso, quedaban privados de ella. Los así destituídos que pretendiesen nuevos destinos debían acompañar á la solicitud una purificación de su conducta pasada, en juicio público y contradictorio, con informe favorable del ayuntamiento. Sólo se exceptuaba á los municipios, á los maestros y otros.

Si bien la Constitución fué acogida y jurada con gran contento por la mayoría de los españoles, no faltaron algunos fanáticos que, al prestar el juramento ordenado, lo acompañaran de declaraciones poco favorables á las Cortes, que encargaron al Poder Ejecutivo el castigo, con arreglo á las leyes, de los culpables de tamaño desacato. ¡Doloroso fué que la Cámara, en su sesión del 15 de Agosto, se ocupase del restrictivo juramento prestado por el *célebre* obispo de Orense, y que dió por resultado el decreto del 17 ordenando su expulsión de España, así como de toda persona que en adelante no prestase el juramento en la forma dispuesta, y decimos esto porque el obispo, díscolo por temperamento y vanidoso por carácter, lo que se proponía en esos actos era hacerse visible, y desobedecía ahora al Congreso como antes había desobedecido al rey Carlos IV cuando fué del Consejo de Cámara.

Para terminar la obra constitucional propuso el Sr. García Herreros, y las Cortes acordaron, la publicación de un manifiesto á la Nación para dar á los pueblos, como decía la misma proposición, una idea de los principios en ésta establecidos, de las razones de justicia y utilidad en que se apoyaba y de los decretos principales que las Cortes habían sancionado y ventajas que de ellos debían esperarse, «con cuya publicación terminarían por completo las Cortes su más grande obra y el fin principal de su congregación.»

En el mes de Febrero de 1812 llegó á Cádiz, salvado milagrosamente de la catástrofe de Valencia, el padre Rico, quien, apoyado por los diputados de aquel antiguo reino, y muy especialmente por el canónigo señor Villanueva, solicitó de la Regencia el nombramiento de una comisión que volviera á aquella provincia á levantar guerrillas y fomentar el espíritu público.

En Marzo, y visto que no lograba sus patrióticos designios, trató de retirarse al extranjero; pero el Sr. Villanueva le disuadió, y en unión de los otros diputados pidió á la Regencia el envío del padre Rico y el relevo de todos los jefes militares, O'Donnell, Mahy y demás, que estaban desprestigiados.

Por este tiempo llegó también á Cádiz el cónsul inglés D. Pedro C. Tupper, aquel animoso individuo de la Junta de Valencia en Mayo de 1808, procedente de Cartagena, pintando la triste situación del país.

El 21 de Marzo los diputados valencianos solicitaron de la Regencia la marcha á Valencia del padre Rico, de Tupper y de don José Falcó con el general Copons, nombrado comandante general de aquella provincia, logrando tras muchas vacilaciones, que Copons partiera el 12 de Abril para Alicante, único baluarte que allí nos quedaba, en el navío *Santiago;* y el 30 el padre Rico, Tupper y Falcó, quienes debían formar parte de la Junta que la Regencia suponía tener ya nombrada O'Donnell.

El 11 de Junio volvió el canónigo Villanueva á pedir á la Regencia el relevo de O'Donnell, manifestando el desprestigio en que se hallaba y los desaires que sufría Copons del gobernador de Alicante apoyado por O'Donnell, ¿más cómo lograrlo, si su hermano el conde de La Bisbal era uno de los regentes? Fué necesario que perdiera la batalla de Castalla para que las Cortes, á petición del país, lo quitasen y arrastrara en la caída á su hermano.

En Octubre volvió el padre Rico á Cádiz, en vista de que los ofrecidos auxilios para Alicante no llegaban; y el regente, duque del Infantado, le dijo que el gobierno no sabía de donde sacarlos.

«—De las Andalucías—contestó resueltamente el padre Rico,—como han hecho los franceses.»

© Biblioteca Nacional de España

A instancias de Villanueva no desistió de su empresa y vió al marqués de Wellesley, quien le aseguró que su hermano lord Wellington exigía también el envío de los auxilios y víveres á Alicante, quejándose de la inacción del gobierno y de la Regencia, y que él le ayudaría en cuanto pudiese.

El 1.° de Noviembre llegó á Cádiz un porta-despacho de Alicante, fechado el 24 de Octubre, denunciando el arresto del general Copons, ordenado por el gobernador de aquella plaza, y los diputados valencianos acordaron elevar á las Cortes una enérgica protesta contra semejante acto (1).

El 22 de Setiembre fué nombrado lord Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo, general en jefe de los ejércitos españoles.

Podrá extrañar á algunos que las Cortes realizaran hoy un nombramiento al que antes se resistieron tenazmente, pero basta fijarse en lo diverso de las circunstancias para explicarse esta aparente contradicción; ahora lord Wellington no era un desconocido para nuestra patria, ni para nuestros soldados; las victorias de Ciudad-Rodrigo, de Badajoz, y más especialmente el triunfo de los Arapiles, le habían conquistado justo renombre como militar y las simpatías de España toda que en él veía á su libertador; demás de esto, precisaba concluir con las rivalidades de los generales españoles, que, á la verdad, todos se juzgaban con méritos suficientes para ocupar tan alto cargo, cuando es lo cierto que nada de extraordinario habían hecho para merecerlo.

No se realizó con todo el nombramiento sin disgustos y sin protestas; sobre todo, los catalanes se oponían, por considerar que este nombramiento había de ser contrario á la liberación del antiguo Principado, y entre los generales españoles produjo hondo disgusto, si bien únicamente D. Francisco Ballesteros protestó del hecho, teniendo las Cortes que enviarle desterrado á Ceuta para evitar actos semejantes de indisciplina y prevenir mayores males.

Tranquilo por la seguridad de su ejército, trasládase á Cádiz lord Wellington el 24 de Diciembre, así para descansar de las duras y contínuas fatigas de la guerra como para acordar con el Gobierno nacional el plan de la campaña de la próxima primavera, que por todos se consideraba, vistos los desastres de Napoleón en Rusia, del abandono en que el Austria le había dejado, y de la constancia con que nuestros guerrilleros combatían sus ejércitos en España, que había de ser la última.

Toda la población le recibe con las mayores muestras de gratitud y de cariño.

Agasájanle la Regencia y la grandeza con espléndidos banquetes, que devuelven el duque de Ciudad-Rodrigo y su hermano el marqués de Wellesley, á los que asisten la Regencia, el Gobierno y los diputados.

El 26, una diputación del ayuntamiento, compuesta de tres regidores y un síndico, pasa á felicitarle y á entregarle un mensaje de admiración y gratitud, que lord Wellington se apresura á pagar en otra visita de agradecimiento, acompañado de varios oficiales de graduación de la escuadra inglesa, siendo recibido á la puerta de las Casas-consistoriales por una comisión, con mazas y clarines, y acogido en las salas del consistorio por todo el ayuntamiento.

Celebróse en el teatro una función de gala en su honor, poniéndose en escena la magnífica obra de Martínez de la Rosa *La viuda de Padilla*.

Habiendo sido felicitado lord Wellington por una comisión de las Cortes, decide presentarse á éllas á fin de darles las gracias, y el Soberano Congreso, queriendo concederle una distinción extraordinaria, acuerda recibirle el día 30 en la sala de sesiones, donde entró acompañado de cuatro diputados que habían salido á recibirle á la puerta principal del edificio—que sólo se abría para las grandes solemnidades,—tomando asiento en el seno mismo de las Cortes, entre los aplausos y los vítores que el numeroso público que asistía á la sesión le tributó con entusiasmo.

Aunque con el tono seco y frío que le era peculiar, el duque de Ciudad-Rodrigo dió gracias á las Cortes por las distinciones con que le habían honrado, manifestando solemnemente sus votos por la felicidad de España y porque la Península quede libre de fran-

(1) Villanueva.—*Mi viaje á las Cortes.*

© Biblioteca Nacional de España

ceses, á lo que ofreció contribuir hasta sacrificar su vida; felicitólas por sus trabajos en pro de la grandeza y prosperidad nacional, y terminó asegurando que el triunfo de la causa española era el triunfo de Europa.

El Presidente contestó con otro discurso enalteciendo los méritos y servicios del general británico, y el Duque se retiró poco después, siendo despedido con las mismas ceremonias, entre las aclamaciones de todos.

La nobleza dispone un baile en honor de lord Wellington, y elige para ello los salones altos de la Casa de Misericordia, que adorna con la mayor pompa y el lujo más exquisito, ascendiendo los gastos á 28.000 duros, pagados por los grandes que residen en Cádiz, á razón de mil duros cada uno.

La condesa de Benavente y duquesa viuda de Osuna, que presidía el baile, recibe un anónimo diciéndole que la cena y los vinos están envenenados, y algunos embozados que se hallan á la parte exterior del edificio en que la fiesta se celebra, reparten impresos anónimos con la misma advertencia. Llevóse chasco el autor del anónimo, que, sin duda, se había propuesto asustar á la brillante concurrencia, pues ni la condesa, ni lord Wellington, ni ninguno de los convidados la dió crédito, y antes bien el falso y amenazador aviso fué motivo de chistes, donaires y epigramas, que dieron al acto mayor animación y alegría, y al final de la cena se entonó un nuevo himno, compuesto por Arriaza, cuya primera estrofa era esta:

«¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,
Que triunfó con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!»

La estancia de lord Wellington en la hermosa y patriótica ciudad de Cádiz fué de muy pocos días, regresando otra vez en busca de su ejército, con el cual tantas victorias había de obtener para gloria de su nombre y para bien de España.

La posada española.—La Noche-Buena y los guerrilleros.—Un encuentro.

No creemos que la antigua posada española tuviera igual, pero ni siquiera parecido, en ninguna nación de Europa.

Tratemos de describir una que interesa á nuestro relato, la de Vacia-Madrid, lugar de corto vecindario, pero de grande importancia y animado tráfico en los comienzos de este siglo, por hallarse situado en la carretera de Valencia á Madrid, una de las más concurridas de aquella época, y con la pintura de ésta habremos hecho la de la mayoría de las posadas de España, salvo algunos detalles que en nada afectan al conjunto.

Componíase esta posada, asentada sobre la misma carretera, de tres edificios desiguales: el del centro y principal contaba tres balcones y algunas ventanas, correspondientes á los cuartos destinados á los huéspedes principales, y cuyo ajuar se componía de una mesa de pino con tapete, algunas sillas de paja, varios cuadros que representaban á *Fernando VII* y el *Sacrificio de Abraham*, tablado pintado de verde, jergón de paja, colchón de lana extremeña, sábanas choriceras, cobertor de damasco, y junto á la cama la indispensable pililla de agua bendita.

Sobre la ancha puerta de entrada á la posada había pintado en gruesos caracteres el siguiente letrero:

Posada JHS. 17. *M. R. A.* 90. *J. H. E. del León.*
Se yerra en frío y á fuego.

O lo que es igual: *Posada del León, edificada el año* 1790, en el nombre de la Sagrada familia.

Al edificio principal se unían otros dos más pequeños: el de la izquierda, destinado á cocina, con la chimenea de ancha campana, en la que se veían formados multitud de pucheros y cazuelas, alumbrada por un gran candilón y por la llama del hogar; con grandes despensas de celosías; fuertes vasares con pucheros de Alcorcón, platos de Talavevera, y cazos y sartenes de Madrid; y largas mesas de pino con bancos y asientos de tosca madera: y el de la derecha, destinado á comedor, con una gran mesa en el centro, y sobre ella dos relucientes velones de Lucena, zócalo de azulejos valencianos, estampas en la blanca pared del *Hijo Pródigo*, sillas de pino, y el viejo arcón de roble en que se guarda la cebada.

En el vestíbulo, que sirve de ingreso á la posada, se miran el banco del herrador y los banquillos en que los mozos juegan á la bris-

© Biblioteca Nacional de España

ca, y al final del vestíbulo el anchuroso patio cercado de un cobertizo que resguarda de la lluvia la calesa y el carro, el simón y la galera, la silla de postas y el coche de colleras; á ambos lados del cobertizo las espaciosas cuadras, y en el centro el pozo, con una piedra berroqueña para dar agua á las caballerías; y al fondo, lindando con el campo, el corral con el gallinero, el palomar y las covachas de los cerdos.

Nos hallamos en el 24 de Diciembre, en la noche de Navidad, tan sagrada para todos los pueblos cristianos, noche en que las familias se juntan para celebrar el nacimiento de Jesús, noche de las alegrías, de los cantos, de los rabeles y las zambombas, y en que las posadas juegan un importante papel en recuerdo de aquella que buscaba el patriarca San José para albergar á la Virgen María.

Nuestra posada está llena de gente; caleseros y arrieros, que conducen infinitos pasajeros á Madrid; mayorales y carreteros con cargas de arroz y estera de Valencia, y vino de la Mancha; valencianos con turrones y peladillas, naranjas y limones; carromateros con vino de Arganda, y otra porción de gentes.

En la carretera no cesa el ruído de los alegres cascabeles y de las sonoras campanillas de las bestias, ni los cantos, voces y juramentos de los hombres.

En el interior de la posada reina mayor animación que de costumbre.

El mozo de paja y cebada no cesa de medir piensos; los mozos ayudan á descargar á los mayorales y arrieros; las criadas disponen todo lo concerniente para la cena, que debe ser soberbia, pues están convidados el señor cura, el alcalde, su hijo el estudiante, el sacristán y el barbero, y al par que cuidan de los guisos contestan á los requiebros de los trajinantes.

El tío Lorenzo, el posadero, cambia frecuentes miradas con su esposa María y no cesa de salir y entrar.

Han llegado el señor cura, el alcalde y su hijo, el sacristán y el barbero.

Para entretener el tiempo se entablan curiosos diálogos, se asan castañas y la bota corre de mano en mano.

Tienen los posaderos dos hermosas sobrinas, Inés y Jacinta, á las que tratan de librar de la peligrosa compañía de los caleseros.

—Adentro, niñas,—dice la tía María.

—No haya miedo que nos las comamos,—dice uno.

—Al que ve diariamente las petimetras de la corte no le pueden gustar las coles de pueblo,—añade otro.

—Pues sepa V.—responde Inés con sorna—que estas coles no están en el huerto por falta de compradores, sino por el mucho precio.

—¡Viva!—gritan todos aplaudiendo la respuesta de la joven.

—Vales más que las pesetas columnarias.

—Bendita sea tu gracia,—dice el estudiante acercándose.—Cuando yo digo que he de ir al cielo con tricornio y todo...

—¿Por qué?—pregunta élla mirándole con dulzura.

—Porque tú me haces pasar el purgatorio aquí abajo.

—Bribón.

—No andar en bromas con el hijo del alcalde—dice un arriero viejo,—que es un valentón que ha metido el resuello en el cuerpo á todos los sopistas matones de Alcalá.

—¿Te has incomodado—pregunta un calesero á Jacinta,—gitana mía, cuando lo he hecho por disimular?

—Pues cuidadito para otra vez.

—¡Viva tu real persona, aborrecida!...

—No tema usté nada, tía María, mientras esté aquí mi autoridá.

—Usté es muy bueno, señor alcalde.

—Alcalde, sí; pero bueno... ¿Y Vds., valencianos, dónde van?

—A Madrit, á la botillería del Canosa, y per que esta chiqueta—añade señalando á una de las tres lindas jóvenes que los acompañan—va á casarse con un femater.

—Alto empleo debe ser.

—Alto, no, pero uluroso...

—Alabado sea el Señor,—dice un arriero entrando.

—Por siempre sea alabado.

—Sacristán, dame candela.

—Toma... ¿Traes mucha gente?

—¡Mucha!

© Biblioteca Nacional de España

—¿Gallos ó gallinas?...

—¿Y á tí que te importa, chupa cirios?...

—¿A que las has puesto la rodilla para verlas el pie al subir á las jamugas?

—Déjame en paz, rapa velas,—contesta con ira el arriero.

—¡Qué humos tienes!

—Si no dijeras sandeces ni te metieras en honduras,—dice el señor cura.

—Hoy es Navidad y todo pasa.

—Sólo siento que la posada sea pequeña.

—Ande V., tía María, que la gloria de Dios es grande y allí cabremos todos.

—Amén.

—¿Y el tío Lorenzo? Le veo distraído...

—Es que aguarda á un amigo.

En una mesa juegan á la brisca.

—Allá va Pepe Botellas,—dice un calesero echando el rey de copas.

—Le mato con el caballo de triunfo que parece el mismo D. Juan Martín, el famoso *Empecinado*.

—Juegas peor que yo,—dice el barbero.

—Calla tú, rapaquijadas.

—Habla tú, rompecaminos.

—Si te ha escocío, te rascas.

—No; pero sabe que yo al son que me tocan, taconeo.

—¿Apuestas que te descacharro?

—Anda ya...—dice el calesero, echando mano á la navaja.

—Haya paz—dice el alcalde,—ó van todos á la trena.

Un grupo de arrieros se queja de su mala suerte, de andar siempre rodando por los caminos, víctimas de los franchutes.

—También se divierte uno—contesta un arriero joven,—con las propinas, las viajeras guapas y las mozas de las posadas.

—Sacristán—dice el barbero,—¿has aprendido algún villancico nuevo para esta noche?

—El de la sorda y el mudo, con permiso del señor cura...

—Pero que no te ocurra lo del año pasado, que respondías *Deo gratias* cuando el señor cura estaba en el *Credo*,—dice el estudiante.

—Y vosotros no me tiréis castañas, como la otra Navidad, que me dejásteis con una sola ventana.

—Pero, si cantas como un becerro...

—¿Queréis que echemos un baile?—dice el estudiante á las sobrinas de la posadera.

—Por bailar me pirro,—contesta Inés.

—Y yo igual,—dice Jacinta.

A la voz de baile se acercan las valencianas, y las otras mujeres que hay en el mesón, y hasta las criadas.

—¿Quién pespuntea?

—Pepe el calesero, que toca como un ángel del cielo,—grita el estudiante.

—Cuidado con esas comparaciones,—dice el señor cura sonriendo.

—A la juventud hay que darla lo que es suyo,—contesta el alcalde.

—Nosotros jalearemos,—dicen los arrieros.

—Seguidillas manchegas.

—Lo que queráis.

—En baile.

Todos retiran los bancos y los asientos, y dejan espacio libre á las parejas.

Pepe el calesero, que pespuntea de lo lindo, toca y canta:

Vale una seguidilla
De las manchegas,
Por veinticinco pares
De las boleras;
Mal fuego queme
La moda, que hasta en eso
También se mete.

—Venga un trago...

—Ande la bota...

—Este vino es zupia.

—Pues es de Arganda.

—Darme el frasco del aguardiente.

Pepe suelta la guitarra y poniéndose al lado de Inés, dice:

—Ahora otro, que es muy justo que yo baile con este cachito de gloria.

—¿Quién toca?

—Yo,—dice el estudiante tomando la guitarra.

Siempre fué el estudiante
Para las mozas
Comida muy picante,
Tierna y sabrosa.
Viva mi tierra,
Y que vivan los ojos
De mi morena.

—Que bailen las valencianas, dice el barbero.

—Nosaltres non saben ballar mes que la jota,—dice una.

© Biblioteca Nacional de España

—La jota...

—Sí, sí...

—¡Palleta! venga la vihuela,—exclama uno de los valencianos.

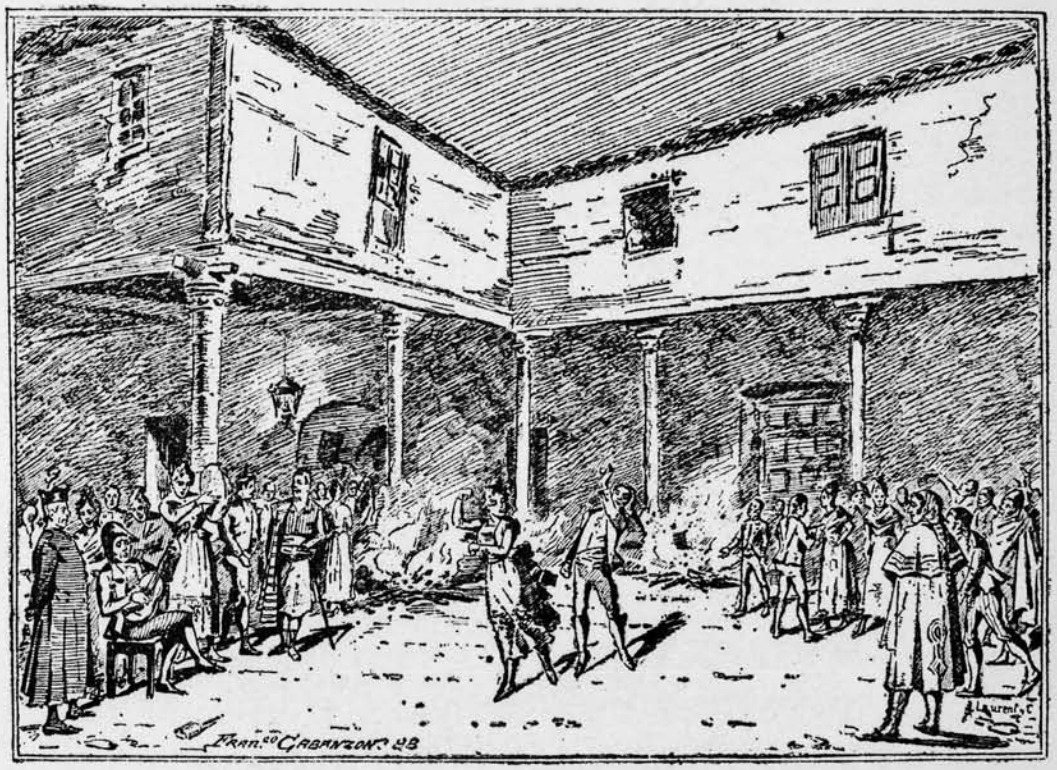
Las dos valencianas y sus compañeros se ponen en figura y bailan la jota acompañándose con las castañuelas, que sacan del bolsisillo del delantal, mientras uno de ellos canta:

«La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa;
La de los Desamparados
Lo mismo dice en Valencia.»

—Viva la Virgen.

—Viva España.

—Basta de zangoloteo y de jolgorio, grita la posadera, que esta noche el mesón parece una babilonia.



EL PATIO DE LA POSADA DEL LEÓN

En el silencio de la noche se oyó el acompasado trote de algunos caballos, cuyos herrados cascos partían el duro hielo, y el tío Lorenzo entró en la cocina gritando alborozado:

—Ahí están, María.

—¿Quién?—preguntó alarmado el alcalde.

—Los *empecinados*,—respondió Lorenzo.

—Los *empecinados*, estando los franceses en Arganda y en Madrid... ¡Imposible!

—Pues, ahí están...

—¡Qué locura!

—¡Qué valor!

—¡Vivan los guerrilleros!...

—¡Viva España!

—¡Mueran los gabachos!

Estos gritos salieron simultáneamente de todas las bocas.

Todos cuantos se hallaban en la cocina y en la posada se lanzaron al vestíbulo.

Eran D. Juan Martín y sus tenientes y algunos de los guerrilleros que más se habían distinguido en los últimos combates, á los que el *Empecinado* había ofrecido traer á

© Biblioteca Nacional de España

disfrutar de la cena que le había prometido su amigo Lorenzo.

Mientras los mozos llevaban los caballos á la cuadra todos se apresuraban á quitar los capotes á los *empecinados*, á ofrecerles sillas, vino, licores, dulces.

D. Juan Martín estaba en sus glorias. ¿Qué le importaban sus fatigas y trabajos cuando de tal modo se veia acogido?

El respeto, sin embargo, tenía alejados á muchos; él lo comprendió y exclamó con risueño acento:

—Lorenzo, esta noche cenamos todos juntos, como buenos hijos de esta noble España; mañana, mis guerrilleros y yo, á combatir de nuevo por la patria; el cura, el alcalde y tú, á ser, como de costumbre, nuestra providencia. En cuanto á vosotras, hermosas mujeres y valientes españoles, sólo os pido una cosa, que no transijáis con el francés, y que en la buena ó en la mala fortuna seáis fieles á la bandera sagrada de la patria.

—¡Viva el *Empecinado!*

—No... ¡viva España!

—¡Viva!

Y un viva atronador resonó en la posada.

—*Tu dixisti*,—exclamó el Licenciado.

—*Magister responde miquis*...—dijo el hijo del alcalde.

—¿Es V. estudiante?

—Lo fuí... ¿Y V.?...

—Soy bachiller graduado *in utroque* por la Complutense.

—Choque esos cinco, *amicus*...

—Basta de latines—dijo el *Empecinado*, —y á cenar. Ya ves que te he cumplido mi palabra, Lorenzo.

—Su mercé es el rey de los hombres,—respondió el posadero.

En esto apareció el tabernero Domingo, que tenía su establecimiento junto á la posada, y solía traer huéspedes á su compadre Lorenzo, con un joven envuelto en una ancha capa, el cual, dirigiéndose resueltamente al *Empecinado*, y apartando de la cara el embozo, le dijo:

—Permita V. á un amigo que le estreche la mano.

—¡D. Felix!—exclamó el *Empecinado* estrechándole en sus brazos.

—¡Calle!... ¡Se conocen!

—¡Ya lo creo!—dijo D. Juan Martín;—y aquí donde Vds. le ven, D. Felix es uno de los héroes del 2 de Mayo y uno de los más valientes patriotas que yo conozco.

La admiración de los presentes llegó á su colmo.

—Pero ¿cómo está V. aquí?

—Vengo para advertirle de un peligro.

—¿De un peligro?

—Sí... Me hallaba en la taberna de aquí al lado tomando un vaso de vino para recobrar fuerzas y llegar esta misma noche á Madrid, deseoso de ver á la condesita, cuando ha entrado en ella un hombre que, aunque en traje de paisano, es de seguro un militar, y ha cambiado en francés algunas palabras con otro que le aguardaba, saliendo los dos inmediatamente; V. sabe que entiendo esa lengua; pues bien, ellos conocen la llegada de V. á la posada y han marchado á dar aviso de ella á las tropas de Arganda.

—No importa,—respondió tranquilamente D. Juan Martín.—Mis valientes y yo hemos venido á cenar con mi amigo Lorenzo, y no cambio yo este rato de alegría por todos los franceses del mundo. ¿Verdad, muchachos?

—Sí, sí;—respondieron Isidro, Mondedeu y el Licenciado.

—Pero al menos—dijo D. Felix,—convendría tomar precauciones.

—De aquí á Arganda—contestó el *Empecinado*—hay una buena tirada, y por pronto que quieran venir ya habremos cenado y salido del pueblo. Un día de vida es vida—añadió con risueño acento,—y mañana Dios dirá.

—Yo estaré al cuidado,—dijo el tío Lorenzo.

—No hay que alarmar á nadie. ¡Qué sería de los guerrilleros si anduviéramos siempre temerosos y huídos! De todos modos, gracias por el aviso, D. Felix.

Para que todos pudieran disfrutar de la cena, según el deseo del *Empecinado*, las mesas se trasladaron al patio bajo los cobertizos, y se encendieron grandes hogueras.

—¿Y qué hay de nuestro amigo Peñaranda?

—Después de cuatro meses de fatigas y trabajos, he logrado averiguar que escapó

© Biblioteca Nacional de España

de la matanza de Murviedro y que fué conducido prisionero á Francia. Esto mismo pienso decir mañana á la condesita.

—¡Infeliz!

—Pero no cejo en mi empresa, y al instante saldré para Francia, lo buscaré y lo encontraré.

—Es V. un valiente, y lo que es más, un noble corazón.

—Recuerde V. que debo la vida á la condesita, y que no hago sino pagar una deuda. Tras de las malas las buenas noticias. Usted sabe, mi general, la campaña emprendida por Napoleón contra la Rusia.

—Sí...

—Pues los rusos, sin desalentarse por la pérdida de la batalla de la Moscowa, ni la toma de Moscow, han incendiado esta ciudad, dejando á los imperiales en un árido desierto, luchando contra el frío, el hambre, las privaciones y los cosacos, teniendo que emprender una desastrosa retirada que les ha costado 40.000 hombres. No lo dude usted; la estrella de Napoleón ha empezado á eclipsarse, y nuestra libertad está próxima.

—Dios le oiga á V.,—dijo el cura.

—Celebremos tan buenas noticias en la mesa. Usted, D. Felix, á mi lado. Bendiga su mercé la cena, señor cura.

Todos se pusieron en pie.

—*In nomine Patri, et Filii, et Spiritu Sancto.*

—Amén,—contestaron todos.

—¿Y los franceses por aquí?—dijo D. Felix

—En retirada.

—¿Cree V. que los venceremos?—preguntó el alcalde.

—Sin duda,—replicó el Licenciado.

—Es que son muchos.

—No importa,—exclamó D. Juan Martín.

El tío Lorenzo se levantó, y con el vaso en la mano dijo:

—En el dulce nombre del Niño Jesús, nacido en esta hermosa noche, bebo á la salud de D. Juan Martín, de sus guerrilleros y de todos los presentes, y porque Dios nos dé el triunfo sobre los gabachos y la gloria eterna.

—¡Bravo!

A la cena, que fué tan suculenta como bulliciosa y alegre, siguieron los villancios, cantados por el sacristán, mientras circulaban los frascos de *rosoli* y *frontiñán*, de aguardiente y *pardillo*, las tortas y los dulces, las limas y las naranjas.

El sacristán, después de toser varias veces y remojarse la boca otras muchas, y no con agua, comenzó el siguiente:

Las mujeres en la Pascua
Ya no piden aguinaldo,
Porque tienen la costumbre
De pedirlo todo el año.
Ya no quiero turrón ni piñones,
Sino medias, botas, basquiñas y broches,
Y esta noche sólo es Noche-Buena
Para compradores y las cocineras (1).

Los hombres aplaudieron, pero las mujeres protestaron indignadas.

Tras de aquel villancico vinieron coplas y bailes, acompañados por las zambombas, los rabeles, las castañuelas, los almireces, la pandereta y los hierrecillos.

Al rumor de la fiesta habían abandonado sus cuartos tres damiselas, dos petimetres y un abogado, que iban á la corte, tomando parte en la alegría general.

—Que bailen las *madamas*,—grita el sacristán.

Y dirigiéndose á las sobrinas de la posadera las dice aparte, señalando los agüecadores que llevan:

—Con eso veremos repicar á las campanas sin estar en la iglesia.

—Al instante.

—De buena gana.

El agrado con que se prestaron dos de ellas y los remilgos de la otra, que dice no sabe bailar más que *minuete*, producen aplausos y risas.

Invitados los petimetres, tampoco se hacen de rogar, y eso que, según ellos, no saben más que bailes de *fundamento*.

El abogado se defiende con sus años y pasa á saludar al *Empecinado*.

El baile prosigue cada vez más alegre.

D. Juan Martín presidía la fiesta lleno de gozo. ¡Hacía tantos años que él y los suyos no disfrutaban de una noche semejante!

¡Ah, cuánto la habían deseado!

Los guerrilleros pasaban las horas peleando por su patria, caían heridos ó muertos,

(1) Cruz.—*La Retreta.*

© Biblioteca Nacional de España

nada les importaba... Pero había días y fechas que los llamaban á las poblaciones, y quizás la principal era la de Navidad, que traía á su memoria, con el nacimiento del niño Dios, los recuerdos de su infancia, la fiesta del hogar, el cariño de sus padres, la memoria de sus hermanos, el deseo de hallar una familia, ellos que habían perdido la suya.

Todo esto impulsó á D. Juan Martín á aceptar la invitación de su amigo Lorenzo y llevar á sus guerrilleros. Cuando oyó el aviso de D. Felix pensó en retirarse, pero aquello habría sido una cobardía indigna, y decidió jugar el todo por el todo.

La fiesta seguía cada vez más animada. De pronto, el *Empecinado*, que poseía ese oído especial de los campesinos y soldados, acostumbrado á distinguir todos los ruídos, exclamó:

—¡Silencio!... Sí, no me engaño; son los franceses; conozco la marcha de sus caballos. Sal, Lorenzo, y averígualo.

No tardó en volver Lorenzo diciendo:

—¡Los franceses!

—Muchachos, atrancar las puertas, —gritó el tío Lorenzo.

—¿Qué hacemos, mi general?—le preguntó Isidro...

—Batirnos, jugar cara nuestra vida; ¿no es cierto?—dijo D. Felix.

—Batirnos,—exclamó el *Empecinado* con los ojos brillantes...

—Cuente V. conmigo, D. Juan, —dijo el tío Lorenzo.

—Y conmigo,—exclamaron el estudiante y el tío Domingo.

—Y conmigo,—gritaron todos.

—¿Dónde hay armas?—preguntó el sacristán.

Todos se dispusieron á la lucha, hasta las mujeres.

—¡Alto!... batirnos equivaldría á perder á Lorenzo y á perderlos á Vds.

—¿Qué ordena su merced?—preguntó Mondedeu.

—Lo primero, montar á caballo.

Los mozos de la posada sacaron rápidamente los caballos al patio.

—Amigo D. Felix, ni el retirarse es huir, ni es justo aventurar en una traidora emboscada una vida que puede ser útil á la patria.

—Dice V. muy bien.

—A ver, Lorenzo, papel y tintero. Escriba usted, señor Licenciado, lo que yo le dicte.

—¿Qué intenta V?—preguntó D. Felix.

—¡Chispas! Salvar á estos buenos amigos. Escriba V. «Si los dueños de la posada ó sus huéspedes, á los que yo y mis guerrilleros hemos sorprendido, sufren la menor ofensa, fusilará cuantos franceses tiene en su poder.—Venga y firmaré.—*Juan Martín*, el *Empecinado*.»

—Ahora, amigo Lorenzo... disponte á abrir la puerta.

—Pero es que la posada está cercada.

—No importa... Isidro, Mondedeu, Sardina, señor Licenciado, mis valientes, á los olivares de Arganda, heridos ó sanos. En cuanto á V., D. Felix, yo le ofrezco ponerle en Madrid. Al salir descargad vuestras pistolas, después soltad las riendas á los caballos... Ahora, abrid...

De improviso se abrió la gran puerta de la posada, y D. Juan Martín, sus guerrilleros y el Abate salieron de ella descargando sus armas y desapareciendo como un fantasma, dejando á los franceses burlados.

Los guerrilleros habían sido vendidos, y un espía había ido á Arganda en busca de los dragones que habían llegado.

El jefe, ansioso de descargar en álguien su furia al verse humillado, penetró en la posada resuelto á hacer un escarmiento; pero el señor cura se adelantó, y alargándole la carta del *Empecinado*, cuya tinta aún estaba fresca, le dijo:

—Lea V., ante todo, señor coronel.

El coronel leyó la carta, y estrujándola entre sus dedos, y sin mirar siquiera á los circunstantes, dió á sus dragones la orden de marchar en seguimiento del *Empecinado* y de sus valientes.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO VIII

LA BATALLA DE VITORIA

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1

1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LA BATALLA DE VITORIA

Reformas militares.—Organización de los ejércitos.—Transformación de las guerrillas.

Según el autor de los *Anales de España* (1), los ejércitos franceses, cuya historia acabamos de reseñar, subieron en España en el año 1812 á más de 240.000 combatientes.

Digamos algo sobre la organización del ejército español.

El 1.º de Marzo de 1812 se dispuso por el Gobierno nacional que todo comandante de cuerpo nombrara un oficial de inteligencia que se encargase de llevar las anotaciones necesarias para formar, cuando las circunstancias lo permitiesen, la historia de cada uno.

La creación de innumerables cuerpos de un solo batallón proporcionó al principio á muchos la ventaja de verse elevados de simples particulares á jefes independientes, y éstos miraron con disgusto el reglamento de 1.º de Julio de 1810, por el que se calificó la clase de jefes, y que con la reducción de los cuerpos á regimientos de tres batallones privaba á aquéllos de su posición independiente, obligándoles á descender á segunda línea. De aquí nació la idea de la organización de la infantería por batallones sueltos. El Consejo de la Regencia estaba muy lejos de aprobarla, pero las circunstancias le obligaron á hacer el sacrificio de sus convicciones, y á publicar un nuevo reglamento en 8 de Marzo de 1812.

Prescribióse que hasta nueva orden cada uno de los cuerpos de infantería de línea y ligera del ejército se compusiese de un solo batallón, añadiendo que si las circunstancias lo permitiesen más adelante, se formarían los segundos batallones de los cuerpos; que el pie de los de infantería ligera debía ser igual al de los de línea, cuyos cuerpos conservaban su nombre y número, quedando desde luego reformados los provisionales.

La Regencia, en 12 de Diciembre de 1812, tuvo á bien resolver, vista la necesidad expuesta por el general D. Carlos Guillermo Doyle, un uniforme para toda la infantería, y oído el parecer del general D. Martín González de Menchaca, que éste fuese, para la tropa de línea:

Casaca corta sin solapa, abotonada por delante; pantalón ancho y medio botín por debajo del pantalón, de paño color celeste; vuelta, collarín y forro encarnado, con botón dorado y chaleco blanco con mangas. Para las tropas ligeras el propio uniforme, con vuelta y collarín del mismo color celeste, y el forro y el botón blanco.

Unos y otros, con un gorro en forma de cono truncado, con el círculo mayor en la parte inferior; un león, de metal dorado, en el frente, para los fusileros; una granada, para los granaderos, y una corneta de me-

(1) Ortiz de la Vega.

© Biblioteca Nacional de España

tal blanco para las tropas ligeras, teniendo también á los lados del collarín las iniciales del regimiento. Ultimamente, el gorro de cuartel del mismo paño que el de la casaca, con vivos encarnados en los de línea y blancos en las tropas ligeras; mochilas de lienzo encerado y capote de bayeta gris (1).

En sucesivas órdenes la caballería había sufrido también diversas trasformaciones.

Por decreto de la Regencia (Abril de 1811) se resolvió que fueran 30 los regimientos de caballería, los 12 antiguos (Rey, Reina, Príncipe, Infante, Borbón, Farnesio, Alcántara, España, Algarve, Calatrava, Santiago y Montesa) como *caballería ligera;* 10 de *Dragones* (Rey, Reina, Almansa, Pavía, Villaviciosa, Sagunto, Numancia, Lusitania, Granada y Madrid); cuatro de *Cazadores* (Olivenza, Voluntarios de España, Sevilla y Valencia); cuatro de *Húsares* (Extremadura, Española, Granada y Fernando VII); conservándose los escuadrones de nueva creación *Cuenca* (Caballería ligera), *Soria* (Dragones), *Ubrique* (Cazadores), *Cataluña*, *Aragón*, *Galicia*, *Cantabria y Castilla* (Húsares).

El escuadrón *Húsares de San Narciso* llamóse luégo *Húsares de Cataluña.*

Los regimientos quedaron al pie de tres escuadrones.

Se crearon los cuerpos siguientes:

Húsares de Burgos, al mando de D. Julián Sánchez.

Numantinos, al de D. Juan Palarea.

Cazadores de Jaén, al de D. Bernardo Márquez.

Provincial de Galicia, al de D. Simón Manso.

Provincial de Madrid, al de D. Ignacio Pallejá.

Lanceros de Extremadura, llamada también *Legión Extremeña*, al de D. Joaquín Taberner.

Granaderos, al de D. Francisco Ramonet.

En resumen, desde Junio de 1808 á Diciembre de 1811 se crearon 39 regimientos de caballería de línea, ligera, y dragones, con 138 escuadrones y 19.613 caballos, y 22 escuadrones sueltos de los mismos institutos con 3.005 caballos, en total 160 escuadrones y 22.618 caballos.

Pasemos adelante.

En 1.° de Enero de 1813 quedaron refundidos, por orden de la Regencia, los siete ejércitos españoles en cuatro, llamados de operaciones, y dos de reserva.

Hé aquí su distribución, general, y número aproximado de soldados que los componían:

El 1.° (Cataluña), á las órdenes del general Copons, ascendía en el mes de Marzo á 17.700 infantes y 550 caballos.

El 2.° (antes 2.° y 3.°) lo mandaba el general D. Francisco Elío, y contaba unos 34.900 infantes y 3.400 caballos.

El 3.° (4.° antiguo) llevaba á su frente al duque del Parque, y tenía 22.800 infantes y 1.400 caballos.

El 4.° (antes 5.°, 6.° y 7.°) lo regía el general Castaños, y constaba de 36.953 infantes y 3.000 ginetes, con más una división de caballería que mandaba Penne Villemur.

El de Reserva de Andalucía, mandado por el conde de La Bisbal, reunió antes de concluir la primavera unos 15.000 infantes y 700 caballos.

Y el de Reserva de Galicia se colocó bajo las órdenes del general D. Luis Lacy.

En el mes de Febrero se subdividió el 4.° ejército en tres cuerpos, ala derecha, centro y ala izquierda, y la octava división, perteneciente á la última, la mandaba Mina.

Al emprender la ofensiva en el mes de Mayo tenía lord Wellington bajo sus órdenes 40.000 ingleses, 28.000 portugueses y 26.000 españoles, en total 94.000 soldados, de ellos 9.290 de caballería.

Conozcamos la situación, distribución y número de los ejércitos franceses en 1813.

El 1.°, mandado por el mariscal Soult, tenía su cuartel general en Toledo.

El 2.°, á las órdenes del intruso José, residía en Madrid.

El 3.°, que mandó el general Marmont, y después Reille, estaba en Valladolid.

El 4.°, que mandó Caffarelli hasta fines de Febrero, y desde esa época Clausel, se hallaba en Vitoria.

En el mes de Mayo ascendían los cuatro á 73.000 infantes y 7.000 caballos.

(1) Cleonard.—*Historia de las armas.*

© Biblioteca Nacional de España

En Cataluña tenían los franceses 14.091 infantes y 876 ginetes, y en la plaza de Tarragona otros 2.000 italianos á las órdenes de Bertoletti (1).

Volvamos á tratar de las guerrillas, objeto principal de nuestra obra.

El conde de La Bisbal, hablando de éllas, dijo á los diputados de Valencia que estaba persuadido de la parte que en nuestra defensa debía darse á las partidas de guerrilla, y de lo mucho que han contribuído al buen éxito de nuestras empresas militares, lo cual sabía por propia experiencia.

El coronel alemán Schépeler, que hizo toda la guerra, escribía:

«Reconocerá fácilmente el lector la eficacia de las guerrillas para las campañas de lord Wellington. Sin ellas Massena habría contado con 18.000 hombres más, que, si no antes, habrían decidido después en Fuente Guinaldo el éxito de la campaña á su favor.»

Lord Wellington, que tantos elogios hacía á su hermano, el marqués de Wellesley, de D. Julián Sánchez; que tanto cariño había mostrado á D. Juan Martín el *Empecinado;* que había obsequiado con presentes y cartas del Regente de Inglaterra, indudablemente solicitadas por él, á Palarea y á Saornil, decía en uno de esos pliegos escrito con su acostumbrado lenguaje verídico y frío, reconociendo la utilidad y buenos resultados del fuego lento y destructor de las partidas:

«Las guerrillas obran muy activamente en todas las partes de España, y han sido felices muchas de sus últimas empresas contra el enemigo.»

Desde el funesto desastre de Wellington delante del castillo de Burgos, ó lo que es igual, desde Setiembre á Diciembre de 1812 y una buena parte de 1813, hasta Junio, en que tuvo lugar la gloriosa batalla de Vitoria y con ella la libertad de España, los guerrilleros fueron los que más principalmente sostuvieron aquella terrible y desigual campaña, sin que arredraran su levantado espíritu la reunión de los ejércitos franceses en Valencia, ni su entrada en Castilla, ni la vuelta del intruso José á Madrid, ni la pérdida de Salamanca, ni la retirada de Wellington con el ejército aliado á Portugal.

Los guerrilleros habían jurado luchar y morir por la patria y lo cumplieron.

Consignados estos datos que juzgábamos de interés el publicar, entremos á reseñar el año de 1813, en que se resuelve la situación de España.

Como el lector habrá notado en el curso de nuestra historia, las guerrillas se han ido trasformando poco á poco.

El decreto de la Junta Central primero y los de la Regencia más tarde, fomentando el patriotismo y excitando en muchos la ambición, que encaminada á buenos fines puede llegar á ser una pasión heróica y una inmensa virtud social, decidió á muchos de sus jefes á componer una fuerza más reglada.

Luégo, la necesidad de evitar los crueles procederes que con los guerrilleros usaban los imperiales, y poder realizar canjes de prisioneros en una tan larga y porfiada lucha, los llevaron á vestir uniformes, á formar escuadrones y regimientos de caballería y batallones de infantería, á poseer cañones y parques, á tener administración.

Después, como sus fuerzas habían llegado á constituir divisiones, como las del *Empecinado*, Mina, Longa, Manso y otras, al encargarse lord Wellington en 1813 del mando en jefe de todos los ejércitos aliados y darse por la Regencia, de acuerdo con él, nueva organización á nuestras tropas, la mayoría entraron á formar parte de los ejércitos libertadores como divisiones volantes ó brigadas ligeras.

Demás de esto, los franceses se habían concentrado, y para batirlos en los puntos en que hacían sus últimos esfuerzos eran necesarias grandes masas de tropas.

En estas sucesivas trasformaciones las guerrillas perdieron gran parte de su nativa independencia y de su peculiar carácter. Mas como su principal idea al lanzarse al campo fué la de servir á su patria, y estaban tan acostumbrados á las fatigas y á las privaciones y á los combates, prestaron en los ejércitos señaladísimos servicios, resultando los antiguos guerrilleros unos soldados modernos de un vigor, una resistencia

(1) Toreno.

© Biblioteca Nacional de España

y un heroismo dignos de la más grande alabanza.

Trabajos de las Cortes.—Enajenación de los terrenos baldíos y propios de los pueblos.—Propuesta de Wellington.—Honores al sargento García.

Se habían propuesto las Cortes de Cádiz regenerar el país, y no cedían un punto en su meritoria empresa.

Existían en todas las provincias de España muchos terrenos baldíos, ya realengos, ya de propios y arbitrios de los pueblos, que por hallarse incultos nada producían.

Pensaron muchos diputados que esos terrenos debían hacerse productivos y constituir una propiedad que, entrando en la circulación, aumentase la riqueza del país y prestase dos beneficios, á cuál más importantes: ayudar al Gobierno al pago de la Deuda Nacional, y servir para premio de aquellos que más se habían distinguido en defensa de la patria.

Aunque algunos diputados trataron de oponerse, era el pensamiento tan noble y grande, que fué aprobado por las Cortes, y en el mes de Enero se publicó el decreto, del cual vamos á copiar los principales artículos.

«Art. 2.° Se empleará la mitad de los baldíos y realengos en el pago de la Deuda Nacional, prefiriendo los créditos que tuviesen los vecinos de los pueblos en cuyo término se hallasen los terrenos.

»Art. 3.° Se distribuirán en suertes, con el nombre de *premio patriótico*, las tierras restantes de los mismos baldíos, ó las labrantías de propios y arbitrios, entre los oficiales, de capitán abajo, y entre los sargentos, cabos y soldados rasos que hubiesen servido en la guerra de la Independencia y se hubiesen retirado con documento legítimo que acredite su buen desempeño.

»Art. 4.° Se repartirán gratuitamente, y por sorteo, las tierras entre los vecinos que las pidiesen y no gozasen de propiedad.»

La ejecución de tan importante medida, una de las más revolucionarias que adoptaron las Cortes de Cádiz, se encomendó á las Diputaciones provinciales.

En los últimos días del mes anterior había propuesto lord Wellington á la Regencia unir al mando militar de los ejércitos el político ó civil de las provincias, con la facultad de decretar á las tesorerías el pago de toda atención de guerra, á fin de que las operaciones militares no sufrieran dilación alguna, acordando las Cortes que informase sobre dicha propuesta la Regencia.

El 1.° de Enero se leyó á las Cortes en sesión secreta un oficio de la Regencia participando que lord Wellington solicitaba una conferencia con una Diputación de las Cortes, la Regencia y los generales Castaños y conde de La Bisbal para tratar del estado deplorable de nuestros ejércitos, de su indisciplina, falta de vestuario y recursos para subsistir, nombrándose una comisión que estudiara la petición y resolviera.

Por desgracia, si las Cortes hacían cuanto podían en pro del país, ni en las Regencias nombradas, ni en los Gobiernos, aparecía, como dice Marliani, un hombre de verdadero genio; así es que los clamores de las provincias sobre la flojedad de la Regencia, la apatía de los ministros, y el desorden en todos los ramos de la administración crecía de día en día.

En los días 2, 3, 4, 5 y 6 de Enero se preparó el decreto que Wellington pedía sobre los mandos á los militares.

Debían las Cortes realizar un nuevo acto que había de enaltecerlas.

Después de los honores otorgados á lord Wellington, quisieron otorgarlos de igual modo para honra de España y del ejército al heróico sargento Antonio García, natural de Presno, en Castropol (Oviedo), de edad de 22 años.

¿Cuáles eran sus méritos?

Habíase hallado en las acciones de Balmaseda, donde fué herido de un balazo; de una estocada en la de Oviedo; asistió á las funciones de guerra de Navia, la Caridad y Mondoñedo, siendo herido otra vez de un balazo en ésta; en la batalla de Lugo quedó herido de tres estocadas; asistió también á la de Vivero, y en la de Betanzos recibió una cuchillada; batióse en la de la Coruña, y fué herido en la frente en la de Santiago; estuvo presente en la de Valdeorras y Moraelle; en la de Villafranca del Vierzo recibió un nue-

© Biblioteca Nacional de España

vo balazo; después de haber asistido á la de Alba de Tormes, Bañobares, Ciudad-Rodrigo y Olivenza, quedó prisionero en la de Llerena, y aunque fué pasado por las armas con otros de sus compañeros, tuvo la suerte de quedar con vida, á pesar de los cuatro balazos que recibió en aquel acto. Un pastor, por curiosidad, acude, nota en él señales de vida, lo coge en sus hombros, lo cuida y lo salva. Apenas restablecido presentóse nuevamente en la división de Ballesteros, y después se halló en la acción de los Castillejos, recibiendo un balazo y dos estocadas en la de Fregenal de la Sierra; en la de la Palma, luégo de haber combatido en la de la Higuera de Fregenal, hizo un prisionero y cogió un caballo que entregó á su jefe; en Albuera recibió una estocada, haciéndose acreedor al abono de cinco años de servicios; hallóse presente á las de Puebla de Guzmán, Usagre, Zújar, Cullar de Baza, y á la de Murviedro, en donde volvió á ser herido de un balazo en el pecho y de una estocada en un muslo; combatió también en la de Alaguas y en la sorpresa de Murcia.

Este hombre tan extraordinario aún tenía en su hoja de servicios otro mérito casi increíble por lo heróico. Después de combatir sólo ¡contra 17 enemigos! recobró una bandera española que se hallaba en poder de aquéllos.

Premióle la Regencia con el grado de sargento primero, cuando acudió á élla reclamando la gracia de inválido; pero todo el que tuvo conocimiento de tan singulares servicios, consideró insignificante la recompensa, y el diputado Sr. Vázquez Canga presentó á las Cortes el 13 de Enero de 1813 una proposición que éstas aprobaron el mismo día, para que la Comisión de premios, en unión con la de Guerra, propusiesen la gracia que creyesen corresponderle.

El 12 de Febrero se leyó á la Cámara el dictamen de éstas proponiendo á García para alférez efectivo con la pensión de 6.000 reales anuales, y que se presentase en el salón de sesiones á recibir de mano del Presidente la orden para la Regencia, á la que, acompañado de un alabardero, se la presentaría en persona. Proponíasele también para que, hecha la justificación debida, fuese condecorado con la cruz de San Fernando por el rescate de la bandera; y, por último, que se publicase en la *Gaceta* esta resolución de las Cortes.

Presentóse el valiente García el día 16 ante la Representación nacional, y después de haberle dirigido el Presidente las más cacariñosas frases, y antes de recibir el pliego para la Regencia, oyó estas sentidas palabras:

«Ya que vuestra salud no os permite continuar en la penosa carrera en que habéis conseguido tanta gloria, en el seno de vuestra familia, y en el país de vuestra cuna continuad desplegando nuevos sentimientos de esta especie y refiriendo á vuestros conocidos y vecinos la historia verdadera de vuestros sucesos, contribuyendo con vuestro ejemplo á entusiasmar más y más el calor patriótico de vuestros conciudadanos. Decidles, si os es posible, la noble emoción que en este momento disfruta vuestra alma, al contemplar que todo el público está gozando con vuestras satisfacciones; decidles que nada puede igualar á este efecto encantador del patriotismo y de la virtud; finalmente, asegurad á los jóvenes que estos premios son inagotables, y que los obtendrán cuantos imiten vuestras heróicas acciones. Y ahora, acercáos á recibir las credenciales de la recompensa que la patria os ha señalado.»

Volvió el benemérito soldado á la barandilla y pronunció unas pocas palabras para dar las gracias á las Cortes y expresarlas su deseo de restablecerse de sus heridas para tomar de nuevo las armas en defensa de la patria. De tal modo se emocionó que no pudo continuar, y cuando ya se hubo retirado leyó el Sr. Vázquez Canga, en su nombre, un escrito que llevaba preparado y que íntegro se publicó en el *Diario* de aquella sesión.

Era García pequeño de cuerpo: llevaba chaqueta militar amarilla y casco de caballería. En el rostro ostentaba varias cicatrices.

Los diputados, el público, todos miraban aquel soldado, casi niño, con lágrimas en los ojos.

Los vivas y las aclamaciones con que había sido acogido al entrar en las Cortes, se

© Biblioteca Nacional de España

repiten por las calles al ver al héroe dirigirse, acompañado por el alabardero y seguido por todo el pueblo, al Palacio de la Aduana, donde la Regencia le espera para entregarle el decreto que es la glorificación de su valor y patriotismo.

Al volver pasa por delante de la casa del embajador inglés, marqués de Wellesley, quien le ofrece un uniforme completo de alférez y un sable: el pueblo prorrumpe en estrepitosos aplausos, que se renuevan ante la lápida de la Constitución en la plaza de San Antonio, y al pie de la casa de García.

Recibe un palco para el teatro y asiste aquella noche á la representación, con su nuevo uniforme, siendo objeto de una manifestación de entusiasmo.

En el entreacto, uno de los actores se presenta en la escena, y dirigiéndose á García lee el soneto que transcribimos:



EL SARGENTO GARCÍA CONDUCIDO EN TRIUNFO

«Anima en vano el galo prepotente
Sus bárbaras legiones; arma en vano
Sus sanguinarios siervos el tirano
Para oprimir al español valiente.
Rabia y furor y hierro y plomo ardiente
Dirige contra el joven asturiano,
Que con suerte divina, esfuerzo humano,
Jamás abate la atrevida frente.
Honor del suelo astúr, recibe, en tanto,
El digno premio de la patria mía,
Que más que la expresión celebra el llanto.
Y cuando la francesa alevosía
Oprimir quiera nuestro suelo santo,
Firme España dirá: «¡¡¡Vive aún García!!!»

Las señoras agitan los pañuelos y vierten lágrimas, los hombres en pie le saludan con los sombreros, y el público entero le victorea con frenéticas aclamaciones.

Si las Cortes habían enaltecido algunos días antes al magnate, al duque, al generalísimo, hoy enaltecían al valiente, al patriota, al héroe.

García es la genuina representación de España en aquella lucha gigantesca, herida, desangrada, pero nunca abatida, ni menos conquistada.

El retrato de aquel héroe se graba y circula por Cádiz primero y por toda España después.

García publica en el periódico *El Tribuno del Pueblo Español* un artículo en que se lee:

«Los singulares favores que he debido á mis compatriotas y las honras con que se ha dignado distinguirme el Congreso Nacional, me hacen desear el momento de volver á combatir por la patria. De resultas de mis

© Biblioteca Nacional de España

batallas he recibido 32 heridas; desgraciadamente tengo dos de éllas sin cerrar y mi situación me imposibilita de satisfacer las dietas á un facultativo. Deseo sólo mi restablecimiento para volver al campo del honor. Si algún facultativo quiere dispensarme la fineza de encargarse de mi curación, yo le remuneraré cuando pueda sus trabajos.»

El editor de *El Robespierre Español* le responde:

«Me apresuro á ofrecer mis cortos conocimientos en el arte de curar al bizarro oficial D. Antonio García, y si se digna admitirlos, y prefiere el clima de la Isla de León al de Cádiz para su restablecimiento, puede contar con mi casa, mesa, asistencia facultativa y medicinas; pues con júbilo indecible partiré mi pobreza con quien ha dado á mi patria tantos días de *gloria*.»

Una suscrición se abre en la ciudad de Cádiz para que García pueda atender á la curación de sus heridas.

El ejército abre otra, y en pocas horas le reune 9.786 reales que el general conde de La Bisbal le remite con una expresiva carta diciéndole que, *es acreedor por sus hechos á la admiración de todos los militares*.

A fines de Abril, restablecido de sus heridas, vuelve García á los campos de batalla, consignando, de un modo público y solemne, *su gratitud al noble vecindario de Cádiz por sus muchas pruebas de bondad y patriotismo, al Congreso Nacional y al embajador de Inglaterra*.

Nuevos trabajos de las Cortes.—Reforma de los conventos.—Abolición del Voto de Santiago.—Abolición de la Inquisición.—La Regencia y el clero.—Enérgica actitud de las Cortes.—Cambio de Regencia.—Tropas rusas.—La Constitución militar y los desertores.—Plan de estudios.—Tratado de paz entre Suecia y España.

Quisieron las Cortes completar su serie de reformas con la de los conventos y monasterios, cuyo excesivo número causaba la ruína de las artes, las ciencias y la industria, pues toda la juventud se dedicaba á la iglesia.

A fines del siglo pasado, para una población de 10.500.000 habitantes, contaba España con 134.500 clérigos, 46.000 frailes y 32.000 monjas, en total 252.000, los cuales poseían, según Cabarrús, 32.500.000.000 de reales en propiedad territorial que les producía una renta aproximada de 500 millones, y añadidos 82 más por caballerías, ganados y casas, sumaban 582, que agregando misas, sermones, rosarios y diezmos podían calcularse en 1.600.000.000; resultando para cada individuo de iglesia una renta de 8.000 reales, cifra exhorbitante teniendo en cuenta el valor de la moneda de entonces y la escasez de sus necesidades. Dando como triste, pero natural resultado, 176.000 mendigos, dice el ilustre Campomanes, ó sea el uno por cada 61 habitantes.

Contra esta monstruosidad y contra el escandaloso asalto de las prebendas eclesiásticas, que se disputaban las gentes de Iglesia, protestaron enérgicamente Campomanes, Floridablanca y Jovellanos, hombres los tres á quien nadie podría tachar de irreligiosos.

Napoleón, durante su corta estancia en Madrid, había reducido el número de conventos.

José los suprimió enteramente en las provincias en que dominaba.

Pero los dos más que por convicción lo habían hecho por venganza, porque el clero era contrario á sus planes de invasión y de conquista, pues donde quiera que un obispo ó una orden religiosa se puso á su lado, los decretos anteriores quedaron en el olvido.

El 18 de Febrero se promulgó por las Cortes el dictamen presentado el 8 por la Comisión, que resumimos:

«Artículo 1.° Se permitirá la reunión de las comunidades consentidas por la Regencia en Junio pasado, muchas de las cuales habían sido disueltas, extinguidas ó reformadas, con tal de que los conventos no estuviesen arruinados, prohibiendo toda petición de limosna para reedificarlos.

Art. 2.° Rehusar la conservación ó restablecimiento de los que no tuvieren 12 individuos profesos.

Art. 3.° Impedir que en cada pueblo haya más de un convento del mismo instituto.

Art. 4.° Prohibir que se restableciesen más conventos y se diesen nuevos hábitos hasta la resolución del expediente general.»

© Biblioteca Nacional de España

En la sesión del 1.º de Marzo de 1811 se leyó una proposición firmada por 36 diputados, rogando á las Cortes la abolición del llamado *Voto de Santiago*—cierta medida ó tributo que se pagaba á la iglesia de la ciudad de Santiago de Galicia por los labradores de una ó dos yuntas,—por los grandes perjuicios que causaba á los pueblos su cobranza, y porque el privilegio en que se fundaba había sido declarado *falso* é *ilegitimo* por sentencia dada en Consejo pleno el año de 1628.

Según algunos, el privilegio lo había concedido el rey D. Ramiro I á la iglesia de Santiago por la ayuda que le prestó el apóstol para ganar la batalla de Clavijo.

Aunque la proposición fué admitida, no comenzó á discutirse hasta ocho meses después, en la sesión del 12 de Octubre de 1812.

El diputado y presbítero D. Simón López la impugnó, sosteniendo que por tratarse de derechos pertenecientes á la Iglesia sólo ésta, el Papa ó los obispos, podian intervenir en el asunto, y que de no, pasase al Tribunal Supremo de Justicia.

Tomó la palabra el sábio canónigo Villanueva, pronunciando un notabilísimo discurso, en que demostró la ilegitimidad del *Voto*.

A seguida el diputado Sr. Díaz Caneja leyó el discurso que le había entregado el abad de Villamartín de Villafranca del Vierzo, D. Antonio José Ruiz de Padrón, al retirarse del Congreso en uso de licencia, discurso que causó en las Cortes la más profunda sensación, y del cual vamos á copiar algunos párrafos:

«El *Voto de Santiago* es una gabela que trae su origen de la ficción más absurda y extravagante que presenta la historia de los siglos, y que ha causado en la de España un trastorno que ha hecho nacesaria la ilustración de muchas épocas para corregirla, y un trabajo infinito á nuestros sabios críticos para descubrir la verdad y dar en tierra con esa patraña indigna de una ilustre Nación.

. . . . . .

»No es necesario más que leer el famoso pergamino que inserta el *Voto* y el privilegio, y que tanto ruído ha hecho, para conocer á primera vista que es una fábula sostenida por el interés de algunos, por la ignorancia y credulidad de muchos, y á costa del trabajo y sudor de los labradores. Pero aún hay más; la cronología es en la historia lo que el álgebra en la geometría, la guía que fija los puntos que nos conducen á la manifestación de la verdad de los hechos, y no hay un solo historiador de nombre que ponga el reinado de Ramiro I antes de la era de 800, esto es, ocho años después de la data del privilegio, pues en la de 873 reinaba aún D. Alfonso II, llamado el *Casto*.

. . . . . .

»En esedecantado privilegio se ven las firmas de la reina Urraca; de Dulcio, arzobispo de Cantábria; de Salomón, obispo de Astorga; de Pedro, obispo de Iria, y otros muchos prelados que omito por no ser molesto; pero en cada firma ó inscripción no se ve sino un torpe anacronismo. La mujer de Ramiro I no fué Urraca, sino Paterna. Ni hubo tal Dulcio, ni tal Silla de Cantábria se conoció jamás en nuestra historia eclesiástica; ni se usaba en España en aquella era el título de Arzobispo, sino de Metropolitano. No se halla en la cronología de los obispos de Iria, de aquel tiempo, ningún Pedro, y el Salomón, obispo de Astorga, no aparece en la historia de esta iglesia hasta un siglo después. Tantos errores y anacronismos prueban más que suficientemente la falsedad de tal privilegio.»

El diputado *servil* D. Blas Ostolaza quiso defender el *Voto*, pero sin presentar prueba alguna en su favor, ni destruir los argumentos de Villanueva y Ruiz Padrón, que sostuvieron en la sesión siguiente el conde de Toreno y D. Antonio Capmany, aprobándose la abolición del citado *Voto* por 85 votos contra 26, causando grande alegría en toda España, especialmente en los labradores, que consideraron su abolición de tanta importancia casi como la abolición de los señoríos.

Llegamos al acto quizás más trascendental, á la reforma más importante, al hecho de mayor trascendencia realizado por las Cortes de Cádiz, á la abolición de la Inquisición.

Este tribunal, instituído en nuestra España con el fin capital de *inquirir*, averi-

© Biblioteca Nacional de España

guar y perseguir á los judíos y moros relapsos, tomó el nombre de *Santo Oficio*, y fué colocado bajo la dirección de un gran inquisidor, con un consejo adjunto, denominado la *Suprema*, y cuarenta y cinco inquisidores generales, siendo el primero el célebre Tomás de Torquemada, prior de los dominicos de Segovia.

Sus procedimientos eran secretos, sus penas espirituales y corporales, jugando la parte principal el tormento, que era aplicado á los reos en diversas formas, y la muerte, en una hoguera, acto que se llamaba *auto de fe*.

De sus crueldades puede testificar el Papa Sixto IV, quien al participarle el nombramiento de Torquemada y el establecimiento del *Santo Oficio* en España, consignó en la respuesta *que había visto con dolor los ilimitados poderes del nuevo tribunal*.

Este tribunal dejó de *inquirir*, de donde su nombre procede, las opiniones religiosas para ocuparse de las políticas y profanas, llegando por último á convertir sus cárceles en mazmorras, á las que eran conducidos la mujer hermosa que no se prestaba á ciertas liviandades, el padre ó el marido que se empeñaban en defender la virtud de su hija ó de sus esposas, el hombre que elevaba su voz en defensa de la patria ultrajada, de la justicia escarnecida, de las libertades holladas, de los desafueros de un rey, de las crueldades de un ministro, del despilfarro y las inmoralidades del clero y la nobleza.

De una estadística que á la vista tenemos, resultan las siguientes víctimas del llamado, por escarnio sin duda, *Santo Oficio:*

Tomás Torquemada, desde 1481 á 1498, quemó 10.220 españoles vivos; en efigie, 6.480 y condenó á cárcel ó galeras 97.181.

Deza, segundo inquisidor general, desde 1498 á 1507, quemó vivos 2.592; en efigie, 829 y condenó á galeras ó cárceles 32.925.

Cisneros, tercer inquisidor general, desde 1501 a 1517, quemó vivos, 3.564; en efigie, 2.232 y condenó á cárcel ó galeras 48.030.

Adriano Florencio, cuarto inquisidor general, desde 1517 á 1521, quemó vivos, 1.620; en efigie, 560 y condenó á cárcel ó galeras 21.855.

En el interregno de 1521 á 1523, fueron quemados vivos, 824; en efigie, 112 y condenados á cárcel ó galeras 4.481.

Alfonso Manrique, quinto inquisidor general, quemó vivos, 2.250; en efigie, 1.125 y condenó á cárcel ó galeras 11.250.

Tabero, sexto inquisidor general, desde 1545 á 1555, quemó vivos, 840; en efigie, 520 y condenó á cárcel ó galeras 6.620.

Durante Loaisa, séptimo inquisidor, y en todo el reinado de Carlos V, fueron quemados vivos, 1.320; en efigie. 660 y condenados á cárcel ó galeras 6.000.

Desde 1550 á 1596, bajo el reinado de Felipe II, fueron quemados vivos, 3.990; en efigie, 1.845 y condenados á cárcel ó galeras 18.450.

Desde 1597 á 1621, y bajo el reinado de Felipe III, fueron quemados vivos, 1.840; en efigie, 692 y condenados á cárcel ó galeras 10.276.

Desde 1621 á 1665, bajo el reinado de Felipe IV, fueron quemados vivos, 2.852; en efigie, 1.428 y condenados á cárcel ó galeras 14.080.

Desde 1665 á 1700, bajo el reinado de Carlos II, fueron quemados vivos, 1.630; en efigie, 540 y condenados á cárcel ó galeras 6.512.

Desde 1700 á 1746, bajo el reinado de Felipe V, fueron quemados vivos, 16; en efigie, 750 y condenados á cárcel ó galeras 9.120.

Desde 1746 á 1759, bajo el reinado de Fernando VI, fueron quemados vivos, 10; en efigie, seis y condenados á cárcel ó galeras 170.

Desde 1759 á 1798, bajo el reinado de Carlos III, fueron quemados vivos, cuatro y condenados á cárcel ó galeras 56.

Desde 1798 á 1808, bajo el reinado de Carlos IV, fueron quemados en efigie, 1 y condenados á cárcel ó galeras 42.

Total 34.748 españoles quemados vivos, 17.689 en efigie y 287.974 condenados á galeras.

Según se desprende de las últimas cifras, y por más que sus partidarios se empeñaran en negarlo, la Inquisición iba perdiendo terreno de día en día, y en vano pretendía luchar con las ideas progresivas de la época.

Las Cortes de Aragón en 1510 y en 1512

© Biblioteca Nacional de España

elevaron su voz en contra de la Inquisición.

Las comunidades de Castilla trataron de abolirla, y á triunfar en los campos de Villalar hubieran realizado un deseo que era la aspiración general del país.

El inquisidor Pedro Arbués fué asesinado en la misma catedral de Zaragoza.

Respecto de sus procedimientos, decía la Comisión de las Cortes de 1810:

«Los reos son conducidos á las prisiones sin haber visto antes á sus jueces, y encerrados en calabozos sin comunicación, y sólo se les pide declaración cuando les place á los inquisidores. El reo ignora el nombre del acusador y de los testigos. Le leen la declaración, que luégo es acortada, añadida ó truncada á capricho. El proceso no llega á ser nunca público; sólo se extracta lo que les parece á los inquisidores, y con ello se hace la publicación de probanza, invitando al reo á que haga por sí ó abogado su defensa. ¿Pero cómo, si sus declaraciones incompletas ó variadas, ó arrancadas por el tormento no permiten dudar de su supuesto delito? Siempre acompaña á la prisión el secuestro de los bienes, y el tormento, que gradúan los inquisidores que lo presencian.»

No se llegó á la abolición de la Inquisición sin grandes debates, pero esta era una de las reformas que más anhelaba el país; los liberales venían trabajando en favor de ella desde la instalación de las Cortes, los periódicos la propagaban, y la ciudad de Cádiz, centro entonces de la cultura nacional, la había acogido con entusiasmo.

Contra los periódicos *El Censor* y *El Procurador de la Nación y del Rey*, que la defendían, se levantaban *El Tribuno* y *El Robespierre Español*, que la atacaban; y contra las *Cartas del filósofo rancio* apareció *La Inquisición sin máscara*.

No habrán olvidado nuestros lectores que el inquisidor de Llerena, D. Pablo Riesco, trató, por sorpresa, de que las Cortes la restableciesen, y que el gran poeta é ilustrado sacerdote D. Juan Nicasio Gallego, basado en los acuerdos de las Cortes, logró que la proposición pasara á la Comisión constitucional para que ésta informase; la citada Comisión presentó el 8 de Diciembre de 1812 un dictamen concebido en estos términos:

«1.° La religión católica, apostólica romana, será protegida por las leyes, conforme á la Constitución.

2.° El tribunal de la Inquisición es incompatible con la Constitución.»

¡Qué discursos tan elocuentes en pro y en contra del dictamen!

Baste decir que los debates duraron hasta el día 23 de Enero de 1813, y que los golpes más terribles los recibió el *Santo Oficio* de clérigos de la valía y el talento de Muñoz Torrero, Villanueva, Ruiz Padrón, Oliveros y Espiga.

Antes de proceder á la votación, el ilustre jurisconsulto Calatrava pronunció estas memorables frases:

«Pero basta ya, y concluyo aprobando el dictamen, y V. M. no puede menos de aprobarlo también. Declarada ya por el Congreso la incompatibilidad de la Inquisición con la Constitución, no queda más alternativa que, ó quemar la Constitución, ó abolir el *Santo Oficio*. Por mi parte, yo lo juro ante V. M. y á la faz de la Nación, yo me expatriaría si la Inquisición se restableciese. Soy, y quiero ser, católico, apostólico, romano, pero quiero ser libre. Deseo cumplir con mis deberes cristianos, pero no quiero ser el juguete de un déspota, ni la víctima del fanatismo.»

El dictamen de la Comisión fué al fin aprobado por 90 votos contra 60, y la Inquisición quedó abolida en España después de cuatro siglos de existencia y de haber llevado al cadalso y á la hoguera los miles de víctimas que hemos publicado.

Para precaverse los diputados liberales de la nota de *herejes*, que les aplicaban los serviles, acordaron restablecer una Ley de las Partidas para las causas llamadas de *fe*, en que debían entender los obispos, con sujeción al derecho canónico y al común, dejando á la justicia ordinaria la imposición y ejecución de los castigos, y prohibiendo los escritos contrarios á la religión, conforme indicaba la ley constitucional.

Terminada la discusión presentó el diputado por Méjico Sr. Gutiérrez de Terán cuatro proposiciones que en el mismo día fueron aprobadas:

«Encargando á la Comisión de Constitución de un Manifiesto en que se expusiesen

© Biblioteca Nacional de España

los fundamentos y razones que habían tenido las Cortes para abolir la Inquisición, y crear los tribunales protectores de la religión:

Que dicho manifiesto y el decreto de abolición se leyeran tres domingos consecutivos en todas las parroquias de España antes del ofertorio de la misa mayor:

Que se ordenase que en el término de tercero día, desde el en que se recibiese la orden, se quitasen de las iglesias y destruyesen los signos que en ellas pudieran existir de los castigos y penas que imponía la Inquisición:

Y que la Comisión de Constitución propusiese la resolución más conveniente acerca del destino que debería darse á los archivos del extinguido tribunal de la Inquisición.»

Grandes batallas habían librado las Cortes en favor de la regeneración política y social de España, pero aún les quedaban nuevos combates que sostener, nuevas batallas que reñir.

Era grande el descontento del país con la Regencia, compuesta, como se recordará, del duque del Infantado, político inhábil y hombre descreído; de los Sres. Rivas y Mosquera, individuos de muy medianos alcances; del general Villavicencio, tan buen marino y noble caballero como desdichado político, y del Sr. Villaamil, el sucesor del conde de La Bisbal, hombre de talento, pero soberbio, reservado, imperioso.



CÁDIZ EN 1800

Villaamil había llegado á la Regencia defendiendo las ideas liberales y hasta amenazando á Fernando VII; pero una vez en el poder se alió con el bando enemigo de las reformas, y con pretexto de una conjuración que decía haber descubierto en Sevilla, inspiró á la Regencia la petición á las Cortes de suspender algunos artículos de la nueva Constitución, á lo cual se negó digna y noblemente el Congreso.

Declarada la guerra entre las Cortes y la Regencia, ésta puso todo género de entorpecimientos á los decretos de aquéllas, singularmente al de la Inquisición y al de los conventos. Con razón desconfiaban de élla los liberales.

Comenzó una lucha en que para vencer uno de los poderes debía matar al otro.

La Regencia contaba con el Gobierno y con las autoridades, con el clero y el ejército y con algunos diputados.

La mayoría liberal de las Cortes sólo contaba con la bondad de sus ideas y con el liberalismo de Cádiz.

Llegado el momento de leer en las iglesias, conforme al acuerdo de las Cortes, el decreto aboliendo la Inquisición, algunos obispos y párrocos se negaron á ello, y el Nuncio del Papa, monseñor Gravina, apoyados todos por la Regencia y aún más especialmente por Villaamil, se atrevió á oficiar á la Regencia el 5 de Marzo que el decreto ofendía los derechos y primicias del Papa.

La Regencia, dispuesta á todo, separa del

© Biblioteca Nacional de España

Gobierno de Cádiz al ilustre marino D. Cayetano Valdés, temerosa de su lealtad á las Cortes y de sus sentimientos liberales, la víspera del primer domingo en que el decreto citado debía ser leído en las iglesias de Cádiz, reemplazándole con el general don José María Alós, notoriamente desafecto á las reformas, tomando mayor cuerpo con esta medida los rumores de un atentado contra los diputados en Cádiz y de alborotos en las provincias contra las Cortes (6 de Marzo).

El pueblo de Cádiz se agita, impulsado una pequeña parte por la Regencia, el Gobierno y el clero, y la mayoría por sus ideas liberales y su amor á las reformas.

Llega el siguiente día, domingo, y la lectura del decreto no se verifica en ninguna iglesia.

Para que no se nos tache de apasionados, copiaremos del Sr. Muñoz y Maldonado, que escribió su *Historia de la Guerra de la Independencia* bajo los auspicios del Gobierno absoluto, el relato de aquellos sucesos:

«La Regencia trató de valerse del Poder Ejecutivo para deshacer por la fuerza las Cortes: llamó á Alós y puso á su disposición tres regimientos y varios cañones; pero la dilación frustró el golpe que Alós quiso dar al tomar el mando y el éxito habría sido indudable.»

¡Se concibe una conspiración más terrible, un atentado más sacrílego, un acto más criminal!

¡Y estos hombres eran los encargados de guardar las leyes! ¡Estos los que habían jurado por su honra y por Dios velar por su extricto cumplimiento! ¡Estos los que habían recibido el depósito sagrado del honor y la dicha del pueblo español!

¡Horroriza pensar lo que en Cádiz habría acontecido, y lo que en España, entregada á todos los horrores de una guerra civil, de una guerra entre hermanos, teniendo al francés invasor apoderado de sus mejores plazas, habría pasado si la Regencia triunfa!

Sólo un gran patriotismo, unido á una grande energía y á un valor heróico, podían salvar á las Cortes y con ellas á España.

A la sesión del lunes mandó la Regencia al Congreso tres exposiciones del clero catedral y parroquial de Cádiz contra la lectura del decreto aboliendo la Inquisición.

Los liberales se levantan en masa, y piden que no se declare terminada la sesión hasta que se resuelva tan grave asunto, y el diputado Sr. Zumalacárregui, dirigiéndose á los ocultos protectores del *Santo Oficio*, exclama:

«Si el cabildo de Cádiz no estuviera apoyado más de lo que aparece no presentaría un escrito de esa clase.»

Toma la palabra el diputado Sr. Gutiérrez de Terán, autor de la proposición y dice:

«Promover la ilustración general en una materia casi desconocida y que tanta expectación ha causado en ciertas personas; conseguir la tranquilidad de las conciencias que algunos habían procurado inquietar; poner á cubierto el decoro y reputación del Congreso nacional, y asegurar el cumplimiento de su benéfica resolución, tales fueron los fines que me propuse con aquella proposición, en cuya aprobación veía todos estos objetos amenazados por los amaños é intrigas de los hombres perversos, enemigos de todo lo bueno, y, por consiguiente, de las resoluciones del Congreso, que abusando de la sencillez y la ignorancia de los pueblos, procuran extraviar su opinión por cuantos medios están á su alcance, en mengua y descrédito de V. M. Por nuestra desgracia, esta raza de gentes crece, ó por mejor decir, se descubre cada día más, y su osadía aumenta á medida que ve afianzada su impunidad. Todo esto indiqué el día que hice la proposición, y procuré explicarla del modo más claro y moderado que pude.»

A seguida pinta con sentido acento el cuadro de la situación del país, de sus sacrificios por la independencia, por la libertad y por el rey, que tan justa recompensa merecen, y de las Cortes, cuyos representantes se han consagrado á la grande obra de la regeneración del país.

Público y diputados se muestran profundamente conmovidos al escuchar tan hermosos razonamientos.

Síguele Argüelles, quien indica la necesidad de saber la conducta y medidas que ha tomado la Regencia para cumplir con su obligación, añadiendo:

© Biblioteca Nacional de España

«La Regencia es la encargada de ejecutar las leyes; no hay ley alguna ni decreto que la autorice para retardar, so color de consultas, las ejecuciones de las soberanas resoluciones de las Cortes; cumplirlas y hacer que se cumplan es lo que únicamente la incumbe, y lo que V. M. la tiene mandado bajo la más estrecha responsabilidad; de suerte que en el caso de probarse que ha faltado á este deber, lo que creo no será difícil, queda ó debe quedar por el mismo hecho privada de su autoridad.»

Aprobada la proposición declarando la sesión permanente, se aprobó, á propuesta de Argüelles, con arreglo á la Constitución, que la Regencia fuese relevada y entrara á sucederla una trina, elegida en votación pública, proposición que fué acogida con estrepitosos aplausos y aprobada por gran mayoría.

Acuérdase proceder á la votación y salen elegidos el cardenal de Scala y arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbón, *cuya cortedad deslucía su buen talento y virtud*, D. Pedro Agar y D Gabriel Císcar. A seguida se extienden los decretos, juran los nuevos Regentes ante las Cortes, y ya bien entrada la noche van á tomar posesión de sus cargos, enmedio de los aplausos y los vítores del público, que los sigue entusiasmado, cediéndoles el puesto Villaamil, Infantado, Rivas, Mosquera y Villavicencio, *con mal reprimido enojo, pero sin atreverse á murmurar.*

¡Ah! es que habían comprendido el terrible abismo á que se habían arrojado y al que iban á arrastrar á España, y que pocos, muy pocos, en esta tierra clásica de la lealtad, podían ayudarles en su fratricida empresa.

Toreno, individuo de la Comisión encargada de dar posesión á los nuevos Regentes, describe el acto en esta forma:

«Instalamos en sus sillas á los nuevos Regentes, sin que los cesantes diesen señal alguna de resistencia ni oposición. Sólo pintóse en el rostro de cada cual la imagen de su índole ó de sus pasiones. Atento y muy caballero en su porte el duque del Infantado, mostró en aquel lance la misma indiferencia, distracción y dejadez perezosa que en el manejo de los negocios públicos; despecho encubierto y reconcentrado, Villaamil; despecho menos disimulado, como hombre vano y de cortos alcances, Mosquera; Villavicencio no dió señales de enojo, y justo es decir que poco antes había escrito á los diputados promovedores de su elección, que vista la división que reinaba entre los individuos del Gobierno, ni él ni sus colegas podían continuar despachando bien los negocios, ni contribuir en nada á la prosperidad de la patria; Rivas era un cuitado varón y acabó su mando tan poco notable y significativamente como lo había comenzado.»

Hemos copiado la escena porque pinta de mano maestra á la Regencia, llamada del *Quintillo* por el número de sus individuos, y relevada de su alto cargo por el Congreso nacional.

En la sesión del 8 de Marzo se contestó á la Regencia sobre la indicación de lord Wellington de admitir tropas rusas en nuestro ejército, que las Cortes no se hallaban aún en el caso de resolver sobre esta admisión. Manera delicada de no desairar á Rusia ni á Wellington con una resuelta negativa.

En la sesión del 22, para destruir los planes de los partidarios de la infanta Carlota, que no cesaban de agitarse, presentaron los liberales una proposición para que la Regencia no se llamase *provisional*, y ejerciese el poder con la plenitud de facultades hasta la venida del rey Fernando, con gran sorpresa de los serviles y contento del país.

Casi al mismo tiempo, el 19, se ajustaba entre Suecia y España un tratado de paz que se firmó en Stockolmo.

Y no tardó mucho la Prusia, separada de Napoleón, en entablar negociaciones con el mismo objeto.

Se preparaba la nueva coalición contra el orgulloso César, que en su delirio soñó con la monarquía universal y con hacer de Europa toda un inmenso campamento de que él fuera á la vez el general y el rey, el árbitro y el señor.

Con su alto espíritu reformista quisieron las Cortes dotar á las fuerzas militares de una Constitución militar, que ninguna nación tenía, y nombraron una Junta, compuesta de quince generales del ejército y dos de la marina, sin intervención del Congreso; mas á pesar de sus recuerdos y excita-

© Biblioteca Nacional de España

ciones, la citada Junta, en comunicación elevada á las Cortes por medio de la Regencia, el 25 de Marzo de 1813, manifestó la imposibilidad de poder terminar tan importante obra para presentarla al Soberano Congreso antes de su disolución.

Muchos de los oficiales que por ambición de medro, ó cobardía, se habían pasado al intruso, al ver que la suerte comenzaba á serle contraria, osaron presentarse con la mayor audacia á las autoridades, después de la victoria de los Arapiles, pidiendo su incorporación al ejército; el Estado Mayor reclamó indignado, pidiendo que, caso de incorporación, fuera para servir como soldados en los puestos avanzados de mayor peligro y formando cuerpos separados, *pues los valientes y leales soldados de la patria se desdeñarían de alternar* con esos perversos, aprobándose por el Congreso las ideas expuestas.

Por indicación de las Cortes, el 16 de Abril de 1813, el ministro de la Gobernación, juzgando insuficiente el plan de estudios de 1807, dirigió una circular á los ayuntamientos pidiéndoles noticias de todos los establecimientos de instrucción pública de su demarcación, objeto, rentas, deterioro y mejoras de que fueran susceptibles.

El ayuntamiento de Salamanca la comunicó á la universidad, y ésta encomendó al digno catedrático de Derecho Romano, que la regía, y al virtuoso sacerdote D. Miguel Martel, catedrático de Filosofía moral, tan sabio como liberal, y algún otro doctor, un informe que resultó brillantísimo.

En él se proponía un proyecto de plan general de estudios con cuadros de enseñanza, divididos por facultades, desde las escuelas de párvulos hasta las ciencias más sublimes; el ensanche ó ampliación de las ciencias naturales y estudios para su aplicación á las artes; nueva forma á la facultad de Derecho; ejercicios prácticos para las ciencias médico-quirúrgicas; establecimiento de cátedras en todas las capitales de provincia de las materias siguientes: Arte de hablar y de escribir; Poesía y Mitología; Historia; Bibliografía; Física; Matemáticas; Historia Natural; Idiomas vivos; Astronomía; Optica; Acústica, y Agricultura.

Para las universidades, además de los estudios que entonces se daban, sometidos á un método racional, proponía se estableciesen cátedras de Derecho público; Diplomacia; Economía política; Comercio; Taquigrafía; Declamación y composición; Medicina legal y Dogma católico.

Regulaba también las atribuciones de los catedráticos, pidiendo para éllos dotaciones decorosas, indicando medios para que semejantes establecimientos no fuesen gravosos á la nación.

Una vez concluído, se entregó un ejemplar al Ayuntamiento y otro se llevó á las Cortes por dos catedráticos de los que le habían formado; mas á poco de ser presentado vino la reacción absolutista (1).

Reglamento para la Regencia.—El Nuncio del Papa y el cardenal de Borbón.—Vindicación de Calvo de Rozas.—Acuerdos notables de las Cortes.

Para evitar la reproducción de los sucesos pasados el 8 de Abril, se dió por las Cortes á la Regencia un reglamento, según el cual la responsabilidad de los actos del gobierno pertenecía, no ó la Regencia, que representa al monarca, sino á los ministros.

No estaba conjurado del todo el peligro, puesto que el clero de Cádiz solicitó poder para representar á los cabildos de Sevilla, Málaga, Córdoba y Jaén, contra el decreto ya dicho; los obispos de Barcelona, Tortosa, Lérida, Urgel, Teruel y Pamplona, refugiados en las Islas Baleares, publicaron una pastoral, quejándose de la situación de la iglesia y defendiendo la Inquisición; y el obispo de Orense puso entredicho *á divinis* las parroquias de su diócesis en que se había leído el decreto.

(1) En las Cortes de 1820 se volvió á presentar por la Universidad de Salamanca el referido plan de estudios, y sirvió de base para la formación del Reglamento de Estudios que se publicó en 1822.

De tal importancia fué que en los planes de estudios y reglamentos posteriores que se sucedieron luégo se halla en todos alguna cosa tomada de él, así como en la forma dada á las universidades posteriormente.—M. B. López y R. Girón. —*Historia de Salamanca.*

© Biblioteca Nacional de España

Sólo la energía que habían empezado á desplegar podía salvar á las Cortes, y á propuesta del diputado Zumalacárregui se ordenó la lectura del decreto en todas las iglesias, y se acordó proceder con arreglo á las leyes contra los que faltaren.

El clero, vista la actitud de las Cortes, ya no se opuso á la lectura, y sólo fueron encausados tres canónigos de la catedral de Cádiz, los cuales acusaron de felonía al ministro de Gracia y Justicia, Sr. Cano Manuel, afirmando que estaba de acuerdo con ellos hasta que cayó la pasada Regencia, siendo tan sólo expulsados de la ciudad por sentencia del juez que entendió en la causa.

Quedaba el Nuncio, D. Pedro Gravina, hombre de rancias ideas y de gran travesura, á quien el prelado-Regente, cardenal de Borbón, ofició el día 23 de Abril, censurando el haber dirigido cartas á varios obispos y cabildos, previniendo, so color de religión, su inobediencia á los decretos y órdenes de la autoridad Soberana, demostrando que la abolición de la Inquisición ni perjudicaba á la Religión ni vulneraba los derechos del Papa, y combatiendo enérgicamente su plan de excitar al clero, que debe ser dechado de sumisión y obediencia, contra la autoridad temporal.

Copiaremos algunos párrafos del importante escrito del cardenal-Regente:

«Esta inesperada conducta ha comprometido el honor de la Representación Nacional, la seguridad del Reino, el decoro del orden episcopal, los verdaderos derechos del romano Pontífice y el respeto debido á la Santa Iglesia. . . . . .

Por una parte reconoce el Nuncio en su nota la autoridad de las Cortes, y por otra, en oficios ocultos, inspira al clero español desafecto é insubordinación á esa misma soberanía.. . . . . .

¿Qué no pudiera temer la Nación de este prelado extranjero que, olvidando los respetos de su dignidad y de su misión, de embajador que era de la cabeza de la Iglesia, se convierte en promovedor de intereses agenos del primado de orden y de jurisdicción, que compete á Su Santidad, y en atizador de una discordia cuyo resultado había de ser una guerra civil?...

Ha faltado, pues, este ilustre personaje, en el caso presente, á las leyes de su legación, al respeto debido á las Cortes, á la confianza con que le abrigaba en su seno la España católica, hoy más necesitada que nunca de la unión interior para completar sus victorias contra el tirano.

. . . . . .

Los prelados y cabildos han llevado su obediencia hasta la aparente descortesía de no contestarle. Mas esto no basta. El fuego que felizmente se ha apagado pudiera encenderse de nuevo aprovechando alguna coyuntura más á propósito.

No correspondería yo á la confianza de la Nación si no acordase las providencias que la precavan de nuevos peligros. Lo que no permití jamás á ningún prelado español menos debo tolerarlo á un extranjero que no corresponde á la hospitalidad y á la generosidad de los españoles.»

Replicó el Nuncio altivo y desenfadado. Pidióle explicación la Regencia de su conducta y de sus palabras, y como las que dió fueron equívocas y sospechosas, y sus manejos contrarios á los acuerdos de las Cortes proseguían aquí de un modo oculto, la Regencia, oído el parecer del Consejo de Estado, le ocupó sus temporalidades y le ordenó salir de España, ofreciéndole la fragata *Sabina*, que, por indicación suya, le condujo á Tavira (Portugal), desde cuya ciudad escribió á varios obispos y cabildos, y continuó con sus planes secretos y antiliberales contra las Cortes y el Gobierno.

Parecía que con la absolución de los centralistas, decretada por las Cortes, habíamos terminado aquel bochornoso asunto; pero aún debemos tratar de la causa intentada por la primera Regencia contra el esclarecido defensor de la heróica Zaragoza y elocuente defensor de las ideas liberales y reformistas, D. Lorenzo Calvo de Rozas, preso en la fragata *Paz* en Febrero de 1810 cuando se dirigía á Aragón, para donde había recibido sus pasaportes, incomunicado de su familia y personas que le acompañaban, privado de todas sus ropas, sin dejarle más que la puesta, y de todos sus papeles, los cuales, si algo probaban era su honrada y noble conducta.

© Biblioteca Nacional de España

Conducido primero al castillo de Santa Catalina, en Cádiz, y luégo al de San Sebastián, y siempre incomunicado, sus enemigos, que eran los enemigos de las reformas liberales, por Calvo tan valientemente defendidas en la Junta Central, trataron de mancillar su limpia historia, acusándole «de no haber dado cuenta detallada de sumas que había recibido de los patriotas de Aragón, de algunos viajes que hizo á Cádiz con objeto de especulación, y de los intereses que manejó en el ejército de Extremadura.»

Para seguir paso á paso la historia de tan inícuo proceso, nos bastará copiar el informe de la Comisión de Justicia de las Cortes, leído en la sesión del 21 de Mayo de 1813:

«D. Miguel Modet, encargado del arresto del Sr. Calvo de Rozas, se excedió notablemente, procediendo con tal arbitrariedad, que parecería extraña aun en el Gobierno más tirano y despótico.

Las circunstancias del arresto fueron inhumanas y crueles, y dieciocho días después de verificarse, no constaba en el proceso ni el motivo de formarlo, ni resultó indicado el delito que se perseguía.

Causa horror la idea sola de que haya habido tiempos, y tiempos no lejanos, en que á la sombra de pretextos tan débiles se atentase contra los derechos más sagrados del hombre. . . . . .

El 2 de Julio de 1810 se feneció este negocio en la Audiencia de Sevilla, y aunque Calvo hizo diversos recursos solicitando su libertad, no pudo conseguirla hasta el 17 de Octubre, en que se proveyó auto definitivo declarando que no resultaba motivo, crimen de infidencia, ni otro alguno contra Calvo, pero sin tratar del castigo de sus perseguidores, ni del resarcimiento de perjuicios.»

En la sesión del 22 no sólo fué aprobado el dictamen, sino que varios diputados, después de ponderar los extraordinarios servicios y patriotismo á toda prueba de Calvo de Rozas, é indicar que sus eminentes cualidades eran el único delito que le habían acarreado las atroces persecuciones que de parte de la primera Regencia y tribunales que habían entendido en su causa había sufrido, manifestaron que los cinco jueces que, con arreglo á la resolución de las Cortes del 14 de Noviembre de 1811, nombró el Gobierno para determinar y fallar su causa, habían infringido escandalosamente dicha resolución, no imponiendo, como estaba mandado, el correspondiente castigo á los que resultaren culpables, siendo así que del expediente resultaba que los había y quiénes eran.

A la salida del Nuncio restableció el Gobierno el decreto de Carlos III, que se halla contenido en la Ley 7.ª, título VIII, libro I de la Novísima Recopilación, y al trasmitir la orden el ministro de Gracia y Justicia, por circular de 10 de Junio, refiriéndose á lo dispuesto por D. Juan I y D. Enrique III «Que si algún fraile, clérigo, ermitaño ú otro religioso se atreviese á decir palabras injuriosas y feas contra el rey ó las personas reales, ó contra el Estado ó Gobierno, fuese enviado preso ó recaudado á disposición de Su Majestad,» añadía: «La Regencia advierte con dolor que son harto más graves los males presentes de nuestra patria que los que entonces logró cortar por estos medios aquel piadoso príncipe.»

Libres de tan graves peligros, prosiguieron las Cortes su obra regeneradora, que abarcó la política y la administración, las artes y las ciencias, la agricultura y el comercio, la libertad civil y el mejoramiento social de España.

Uno de sus primeros acuerdos fué el de permitir cerrar y acotar toda clase de propiedad (6 de Junio).

Luégo declararon obligatorio el cumplimiento de los contratos y arrendamientos á los herederos de los concertantes á fin de destruir en parte los tristes perjuicios de las vinculaciones, que sujetaban el pacto á las eventualidades de la vida del propietario y la voluntad de su sucesor.

Dispusieron el establecimiento de una escuela de Agricultura que sirviera de base al progreso, á la labranza y cultivo de la tierra, medida importantísima para un país eminentemente agricultor como el nuestro.

Consignaron el derecho de propiedad de los escritores sobre sus obras durante su vida, y diez años más en favor de sus herederos á la muerte del autor; y á las corporaciones por 40, á contar desde la primera edición.

Decretaron la abolición del infamante *cas-*

© Biblioteca Nacional de España

tigo de azotes, y la sustitución de la pena de horca por la de garrote, menos cruel y atormentadora.

Nombraron dos comisiones de Hacienda para atender al crédito público y para la formación de un nuevo plan económico.

Clasificaron los tributos en cuatro grupos, á saber:

Rentas destinadas al culto y sus ministros.

Aduanas generales.

Rentas provinciales.

Rentas estancadas.

Y acordaron la importante reforma del impuesto directo, que si no produjo todos los resultados apetecidos se debió á la falta de un catastro más exacto que lo era el de 1803.

Además, formaron por la vez primera los presupuestos para el siguiente año de 1814, asignando al de gastos 950 millones de reales—de ellos 640 para el ejército y la marina, con 150.000 infantes y 12.000 caballos, —y presupuestando los ingresos en 464, confiando poder cubrir el déficit de 486, que resultaba con el impuesto directo que habían decretado.

Castilla la Nueva: Hazañas del Empecinado.—Salvación de Alcalá.—Un sermón célebre.—Martín (Antonio y Dámaso).—Dávila.—Mondedeu.

D. Juan Martín logró el objeto que se propuso, y cumplió su palabra.

Los dragones que habían llegado á la *Posada del León*, en Vacia-Madrid, pensando cogerle, y que luégo se lanzaron en su persecución, nada habían conseguido, y nuestro héroe, después de dejar libre y sano á las puertas de la capital al abate D. Félix para que trasmitiera á la condesita las noticias adquiridas sobre el doctor Peñaranda y la ofreciera de nuevo, al igual que á su tío el marqués, todo lo que valía, había puesto en salvo á sus guerrilleros.

El 29 de Enero de 1813 salía el *Empecinado* de Casa Uceda para reunirse con la mayor parte de su división, que, como indicamos, había enviado en auxilio de varios pueblos de la sierra de Sepúlveda, Aillón y Riaza, cuando al pasar por el pueblo de Cubillo le informaron que en el de Valdepiélagos se hallaban 100 caballos de la guardia real del intruso, y con algunos ginetes de los regimientos de *Húsares de Guadalajara* y *Cazadores de Madrid*, y á pesar de la larga jornada que traían, y de que los imperiales les llevaban algunas leguas de delantera, salió en su busca, los encontró en las eras de Valdetorres y los cargó, sable en mano, con sus dos pequeñas fuerzas todo el combate, que fué sangriento, resultando que sólo 14 ó 16 heridos pudieron salvarse merced á la ligereza de sus caballos; 14 se cogieron prisioneros, y los otros 70 quedaron muertos en el campo de batalla.

El *Empecinado* tuvo tres muertos, de ellos el valiente oficial D. Ramón Muriondo y 40 guerrilleros heridos.

Avisado aquella misma noche que de Guadalajara salía una columna de 3.000 infantes y 300 caballos en dirección á Sigüenza, con ánimo de destruir el *Batallón de Madrid*, que en esta ciudad había dejado con la artillería por su desnudez en lo más riguroso del invierno, puso la división en movimiento. A pesar de las órdenes que tenía dadas á los comandantes de retirarse, caso de peligro, por las carreteras de Soria ó Aragón, se dirigió á Sigüenza por la retaguardia del enemigo, entrando en esta ciudad el 1.º de Febrero, donde supo con profundo dolor que el *Batallón de Madrid* había sido sorprendido en Medinaceli y aprisionado en su mayoría.

No se arredró D. Juan Martín, y salió en busca de los franceses, que el 2 regresaban con la presa, y que al saber que el *Empecinado* los aguardaba, hicieron alto y pasaron la noche en Hinojosa.

Al amanecer del 3 trabóse la lucha, y aunque las tropas de D. Juan Martín estaban cansadísimas, especialmente las recién llegadas de Castilla, que habían venido á marchas dobles, disputaron el terreno palmo á palmo, logrando arrojar á los franceses á un hondo barranco, en el que habrían sido aprisionados todos si los renegados Abuín y Villagarcía, prácticos en el terreno, no los hubieran sacado del peligro llevándoles por veredas y montes innacesibles para la caballería, á pesar de lo cual D. Juan Martín no

© Biblioteca Nacional de España

cesó en su persecución hasta que llegó la noche, causándoles una pérdida de 400 hombres entre muertos y heridos, y todo el robo de granos y víveres que habían hecho, y que abandonaron en la cuesta de la Peregrina, con más la libertad de muchos individuos del batallón de Madrid, no logrando la de todos porque los imperiales caminaron la noche entera y se encerraron en Guadalajara.

En lo más recio del combate mataron á D. Juan Martín el caballo, y prosiguió toda la acción batiéndose á pie y á pecho descubierto.

Había dispuesto enviar la infantería á Brihuega y la caballería á Yecla y Cifuentes en busca de raciones, de las que carecían hacía dos días, cuando supo que en Auñón y pueblos inmediatos se hallaban 400 franceses imponiendo contribuciones, saliendo aquella noche en su busca, pero ellos huyeron al abrigo de los montes, no con tanta prisa que no fueran aprisionados algunos, rescatada una carga de dinero que llevaban y libertados los pueblos de sus atrocidades.

Después de varias marchas y contramarchas, que obligaron á los franceses á mantenerse encerrados en los pueblos que ocupaban, se retiró á Sigüenza, su cuartel general y su amparo, como dijimos en otra ocasión, así para calzar á sus guerrilleros como para darles algunos días de descanso.

Habiendo reunido en Guadalajara 10.000 hombres de todas armas, jactóse el general Hugo de que muy pronto volvería con la cabeza del *Empecinado*, y al frente de una columna de 3.000 soldados se presentó el 24 de Febrero en Mirabueno, al tiempo mismo que por su orden otras varias columnas caminaban por derecha é izquierda para flanquear á nuestro héroe y cortarle la retirada; pero D. Juan Martín se retiró por la noche á Riofrío y el 25 entró en Atienza, burlando al general francés que hubo de regresar á su madriguera sin cumplir su orgulloso ofrecimiento, y declarando una vez más que todas las combinaciones se estrellaban ante la habilidad y estrategia del *Empecinado*, y que era imposible aprisionarle.

Continuando su expedición por la cordillera de la sierra habría aprisionado una columna de 400 infantes y algunos caballos que recorrían y robaban Buitrago y otros pueblos, si el comandante del batallón de Cuenca no hubiera retardado tres horas su marcha, llegando cuando ya los imperiales habían cruzado por el punto que el *Empecinado* le había mandado guardar.

En los primeros días de Marzo trasladó su división á las carreteras de Segovia y Aranda, operando en combinación con el cura D. Jerónimo Merino, y librando los pueblos de aquellas tierras del saqueo y el pillaje.

Reforzada la guarnición francesa de Segovia hasta 15.000 soldados, que por escalones estaban repartidos en los términos de Sepúlveda y Pedraza, una columna de 2.000 hombres intentó envolver la tropa de don Juan Martín el día 30, en Cerezo de Arriba; pero el *Empecinado* fué el que la hizo retroceder á ampararse de la guarnición de Sepúlveda mientras que él repasaba con toda libertad el puerto de Somosierra.

Tres escuadrones del regimiento *Cazadores de Guadalajara*, que mandaba en comisión su hermano D. Antonio Martín, capitán que era del de *Madrid*, se adelantaron el 31 hasta Talamanca, porque la noche debía pasarla en Torrelaguna toda la infantería, y se hallaban buscando alojamiento cuando se presentaron de improviso 150 dragones del número 17; á pesar del cansancio de la tropa, D. Antonio, por cuyas venas circulaba la heróica sangre de los Martín, sin disparar les un tiro los cargó sable en mano y los llevó de huída hasta las cercanías de Alcalá, causándole 80 hombres de perdida entre muertos, heridos y prisioneros, entre ellos el renegado marqués de Salinas, un capitán y un alférez, y cogiéndoles 17 caballos. Sus bajas consistieron en tres hombres muertos y 12 heridos.

La existencia de los guerrilleros era una existencia especialísima.

Noche había que dormían en blanda cama, y muchas otras que las pasaban á la intempérie, con frío y con agua.

Pasaban dias enteros sin probar bocado, y en una hora comían hasta desquitarse de las hambres pasadas.

Ocasiones tenían de caminar largas y con-

© Biblioteca Nacional de España

tinuas jornadas para trasladarse de una provincia á otra, y horas contaban de recreo en las posadas y ventas, en que se entregaban al descanso más completo y se entretenían en el juego, que les proporcionaba ratos de solaz y divertimiento.

Luégo del combate el descanso, después de la lucha la quietud, tras de la muerte la vida.

El *Empecinado* se apresuró á extender toda su división por las orillas del Henares, y consiguió que el 10 de Abril se replegase la guarnición de Alcalá sobre el Jarama, después de haber perdido en los campos de Loeches el refuerzo que le venía de Arganda, al que batió tan completamente el regimiento de caballería *Cazadores de Madrid*, que sólo se salvaron tres dragones.

Situada la infantería de D. Juan Martín en Alcalá, hizo ocupar la izquierda del Henares á la caballería, en observación de los destacamentos enemigos de San Fernando y



DESCANSO DE GUERRILLEROS EN UNA VENTA

Barajas, á los que continuamente tenía en alarma, logrando que una partida de *Cazadores de Cuenca* aprisionara al de Vacia-Madrid, y habría conseguido coger al de San Fernando á no haber sido avisado éste por un espía.

Resuelto á cortar toda comunicación entre Madrid y Alcalá, se mantuvo así hasta el 20 de Abril, en que se propuso el general Leval destruirlo por medio de una marcha tan rápida como sigilosa, que verificó el general Soult con 6.000 infantes, 2.000 caballos y cuatro piezas, cuyas fuerzas detuvo hasta Alcalá el regimiento de *Cazadores de Madrid*, y reforzado allí por el de *Guadalajara* sólo consiguieron los franceses ver desfilar por el puente la artillería é infantería española, con D. Juan Martín á su frente, quien poniéndose á la cabeza de una compañía de granaderos rechazó cien caballos enemigos que habían ocupado el puente. Soult intentó forzar el paso del Henares empleando todas las fuerzas de la columna, pero no le fué posible lograrlo, y ya de no-

© Biblioteca Nacional de España

che la división del *Empecinado* se colocó por escalones hasta el pueblo de los Santos, á una legua de Alcalá, si bien tuvo que retirarse al amanecer porque el general Ormanaced venía por la izquierda del río con otra columna de 3.000 hombres de ambas armas á cortarle la retaguardia y envolver nuestras tropas.

Sintieron algunos vecinos de Alcalá que el *Empecinado* no batiera por completo á los imperiales é impidiera su entrada y sus desmanes en la ciudad, pero bien pronto comprendieron que esto era imposible dadas sus escasas fuerzas, á menos que por salvar á Alcalá hubiera querido perder toda su tropa y privar á España del valeroso esfuerzo de aquella división organizada con tantos sacrificios y trabajos.

D. Juan Martín, decidido á todo, situó sus fuerzas en Armuña, y colocando su escasa artillería en batería esperó al enemigo, ansioso de hacer conocer á los generales imperiales que estaba dispuesto á combatirlos y vencerlos, si por acaso se atrevían á atacarle.

Para ello mandó avanzar á Orche al regimiento de infantería *Cazadores de Cuenca*, el cual diariamente se batía con las guerrillas francesas é impuso á sus generales en términos que no salieron del pueblo y se retiraron á Madrid sin alcanzar las ventajas que habían soñado, ni saquear la Alcarria, porque el de *Caballería de Madrid*, que mandaba su hermano D. Dámaso Martín, se fué retirando progresivamente de orden del *Empecinado* á Meco y Torija, midiendo con tal acierto los pasos del enemigo que le tuvo constantemente á raya. Pero D. Juan Martín no estaba satisfecho aún, y con el resto de la división persiguió á Soult hasta Alcalá y la caballería hasta el puente de Viveros.

El *Empecinado* dispuso la vuelta de la infantería á Guadalajara, por haber llegado el subinspector que debía pasar la revista, quedando la caballería sobre los franceses, á los que batió diariamente, hasta que, terminada la revista, fué reforzada con el regimiento *Cazadores de Cuenca* y varias compañías de granaderos y cazadores de los demás cuerpos, para atacar á una columna enemiga que devastaba los pueblos de la orilla izquierda del Jarama, logrando que esta fuerza repasara el río el 20 de Mayo y fuera huyendo hasta San Fernando perseguida por los nuestros.

El 21 se reunió en Alcalá toda la infantería francesa, y en aquella noche se dirigieron á la ciudad 2.000 infantes, 300 caballos y dos cañones enemigos; minutos antes de que llegasen fué avisado D. Juan Martín de esta marcha, y con su acostumbrada serenidad hizo desfilar un batallón de infantería que llevaba y tomar posición sobre el puente, al mismo tiempo que los imperiales entraban batiendo marcha. Parecía que abandonaba á Alcalá, cuando estaba decidido á librar ruda batalla con los imperiales.

Al amanecer del 22 se rompió el fuego por ambas partes; pero en vano los franceses intentaron cruzar el Henares, pues los infantes del *Empecinado* se cubrieron de gloria, sufriendo tres largas horas el fuego de bala rasa y metralla, deteniendo las duplicadas fuerzas del enemigo y defendiendo el puente y vados del río como leones, arrojándose por último sobre los *invencibles* bonapartistas á la bayoneta, que emprendieron la fuga con la más insigne cobardía hasta San Fernando, á pesar de que en Torrejón se les unió un refuerzo de 800 infantes y 100 caballos, dejando en completa libertad á los alcaldes de Alcalá, que llevaban en rehenes de la contribución que habían impuesto á la ciudad. Si la caballería de D. Juan Martín, que se hallaba á dos leguas, toma parte en la acción, acaso ningún francés habría vuelto á Madrid. Con todo, la pérdida de los enemigos fué muy considerable, y aquel día se libertaron Alcalá y pueblos inmediatos del saqueo á que los franceses los tenían sentenciados.

Vamos á extractar la relación de este suceso, hecha desde el púlpito de la catedral de Alcalá, poco tiempo después, por el racionero y director de Sagradas ceremonias de aquella iglesia, en el «Sermón de gracias por la victoria obtenida por un sólo batallón mandado por D. Juan Martín Díez *(El Empecinado)* contra 3.000 franceses en el puente de Zulema el 22 de Mayo de 1813.»

«Traigamos á nuestra memoria la triste madrugada del 22 de Mayo de 1813, que fué,

© Biblioteca Nacional de España

sin embargo, el día de nuestra libertad...

Nosotros dormíamos descuidados, y los enemigos se acercaron á favor de las traidoras sombras y se introdujeron en la ciudad antes de la luz.....

Pero el *Empecinado* no dormía; el guerrero libertador de Alcalá velaba para su defensa.....

Sus centinelas le avisan de duplicadas fuerzas, y su respuesta es apercibirse para luchar.....

Deja la ciudad en el momento en que la ocupan los enemigos.....

Mientras ellos se creen dueños de Alcalá él va á defenderla tomando posiciones ventajosas sobre el puente del Henares; allí, y por los campos, distribuye el corto número de sus tropas, reanima el valor de sus soldados, los infunde nuevo aliento y los exhorta á morir en defensa de la ciudad que ama...

Si el *Empecinado* no se opuso la tarde del 20 de Abril con 3.000 hombres á 7.000 con un gran tren de artillería, en cambio no huyó, retirándose con honor, conteniendo con su bizarra caballería la vanguardia francesa y salvando su tropa en aquella hábil retirada que hasta los mismos imperiales aplaudieron.....

D. Juan Martín, que había oído entonces desesperado nuestros ayes de dolor, quiso hoy sostener en nuestra defensa un choque tan desigual.....

En vano los franceses atacaron el puente, tan ardorosamente defendido; inútilmente emplearon la artillería para desalojar de él á los *Empecinados*, porque cada uno de ellos hace con su pecho un muro de carne, y eso que son 2.500 franceses contra un batallón español.....

Los nuestros no pierden un palmo de terreno.

Ni la granizada de balas, ni las brechas repetidas que abre el cañón en el antepecho del puente, nada es capaz de intimidarlos.

En vez de retroceder avanzan y van ocupando las posiciones que ganan al enemigo; se introducen en las llanuras después de quitarles las alamedas, y el pavor se apodera de los imperiales y no les deja libertad más que para emprender la fuga, desamparando la ciudad y los campos del Henares.»

.....

.....

El 19 de Enero de 1815 se mandó guardar en el archivo de Alcalá la historia justificada de esta gloriosa acción, y que para memoria de ella se colocase en el lugar de la batalla una pirámide con la inscripción siguiente:

«La ciudad de Alcalá de Henares dedica este monumento á la memoria de las valientes tropas de S. M. el Sr. D. Fernando VII, mandadas por D. Juan Martín *(El Empecinado)*, mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, en reconocimiento de haber salvado á sus moradores del saqueo y la muerte, arrollando y venciendo á los franceses la mañana del 22 de Mayo de 1813 que doble número atacaron por este puente.»

D. Juan Martín regresó á Guadalajara con la infantería para continuar la revista de inspección.

Ya volveremos á encontrarle realizando nuevas hazañas; por de pronto haremos constar que se burlaba de Hugo, de Soult y de José, y que tenía en constante alarma al intruso, á sus generales y á la guarnición de Madrid, á cuyas tapias llegaba frecuentemente con tanto aplauso y alegría de los patriotas como rabia y vergüenza de los imperiales.

* * *

Las hazañas de D. Antonio Martín, el hermano del *Empecinado*, relatadas quedan en la historia del héroe castellano. Era el menor de los tres hermanos (Juan, Manuel, Dámaso) y contaba entonces veintidos años, pues no había cumplido quince cuando salió con éllos y algunos otros parientes á campaña, mostrando en todas ocasiones una serenidad y un valor que le hacían ser considerado como un valiente en aquella división de valientes.

* * *

Las de D. Dámaso Martín reseñadas van en el relato que acabamos de hacer de los hechos de su hermano D. Juan.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

El benemérito oficial D. Marcelo Dávila era natural de Valdenoches, provincia de Guadalajara, y al comienzo de la guerra de la Independencia se hallaba de capitán de provinciales de Sigüenza.

Enterado el Gobierno de sus conocimientos le mandó que se reuniese al *Empecinado* para contribuir al levantamiento de la provincia de Guadalajara, en la que gozaba de mucho prestigio y consideración.

Presentado al jefe y Junta Provincial en 1810 le instaron para que admitiese sus poderes y volviese á solicitar que se le proporcionasen auxilios para realizar un vasto plan que había presentado, plan que sufrió grandes entorpecimientos, causando grandes males á la patria por el funesto influjo del vocal de la dicha Junta, D. Andrés Esteban.

En el año de 1812 consiguió por fin don Marcelo Dávila una autorización para que D. Juan Martín aumentase su división hasta 8.000 infantes, 1.000 caballos y 10 piezas de artillería, nombrándole teniente coronel y ofreciéndole una comandancia porque trabajase en la organización de nuevos cuerpos.

El *Empecinado* le confirió el mando del batallón *Cazadores de Cuenca*, al que instruyó completamente, entusiasmando al soldado é invirtiendo además sus caudales para proporcionarles zapatos, camisas y otras prendas de que carecían.

* * *

Inútil nos parece decir que D. José Mondedeu acompañó á D Juan Martín en toda esta brillante campaña.

Por aquel tiempo el *Empecinado* le propuso para coronel del regimiento de caballería *Cazadores de Madrid,* cuyo mando tenía interinamente.

Sin embargo, Mondedeu, por la acción de 25 de Enero, que hemos reseñado anteriormente, contra las tropas francesas y los jurados de Abuín *(El Manco)* y Villagarcía, poco satisfecho de la decisión que en el combate había demostrado el regimiento, manifestó á su general:

«Que el mayor favor que podía merecerle era que le sacara del regimiento de *Madrid* y le restituyera al de *Guadalajara*, á fin de no perder en poco tiempo el honor que en cuatro años de guerra llevaba adquirido, á menos que no se disponga que el regimiento de *Madrid* ó los individuos que lo compongan sean verdaderos soldados.»

El 13 de Febrero solicitó del Intendente de la provincia de Guadalajara 300 lanzas buenas, porque las que había recibido no le satisfacían.

Fué Mondedeu, sin duda alguna, uno de los mejores oficiales que produjeron las guerrillas.

D. Justo Prieto.—Una boda inesperada.

El 18 de Enero apareció Prieto á la una de la tarde en el presidio del puente de Toledo, encontró un capitán de infantería francés del regimiento núm. 75, y lo hizo prisionero, llevándolo á la Casa-blanca, donde no tardaron en presentarse 300 infantes y 60 caballos, mandados por tres oficiales, llegando á tiro de fusil de la Casa, delante de la cual se formaron en batalla. D Justo, sin cuidarse de las multiplicadas fuerzas enemigas, cargó á los tres oficiales matando dos, y queriendo dar alcance al tercero lo persiguió hasta el portazgo de las Delicias, casi dentro de Madrid, en donde le cercó la caballería francesa que le venía persiguiendo; pero nuestro guerrillero rompió la línea, y con grave peligro de su vida se retiró hasta reunirse con sus soldados.

En el ataque de la villa de Yunder hizo encerrar en una ermita á 130 enemigos, aprisionando 32 y matando los restantes que no quisieron rendirse.

Para demostrar que en la vida de nuestros guerrilleros había de todo, vamos á reseñar la boda de D. Justo Prieto, porque en verdad es digna de ello.

A fines del año 1811 fué á sacar raciones para su guerrilla á Villaverde, pueblo que dista una legua de Madrid, situado en una pequeña hondonada, que riega el arroyo Butarque, afluente del Manzanares, inmediato á la carretera general de Andalucía.

Llegado al pueblo, se presentó con el segundo de su partida en casa del alcalde, el

© Biblioteca Nacional de España

cual no se encontraba en el pueblo, siendo recibido por una bella joven, llamada María Pingarrón, que él juzgó hija, y era nieta del alcalde, quien se encargó de suministrarle las raciones que pedía.

Impresionado quedó D. Justo por la hermosura de la joven; notólo su segundo y le dijo con tono festivo:

—¡Parece que le gusta á V. la muchacha!

—Tanto me gusta—respondió el Sr. Prieto,—que, oye bien lo que te digo, ó pierdo el nombre que llevo ó antes de tres meses me caso con élla.

Rióse el segundo de D. Justo de la ocurrencia, y no volvió á acordarse más del dicho de su jefe, que hubo de tomar como una broma y nada más.

No hemos podido averiguar, pues D. Justo y su esposa fallecieron hace algunos años, cómo lograron entenderse ni verse; lo que sí sabemos es que el día 13 de Marzo de 1813 el Sr. Prieto se casaba con la nieta del alcalde de Villaverde y pasaba su noche de novios con élla en la cabaña de un pastor, cenando unas miserables sopas de ajo, y conduciéndola al nuevo día otra vez á la villa, al lado de sus abuelos, mientras él corría á ponerse al frente de su guerrilla, contando á su segundo, que apenas podía dar crédito á lo que escuchaba, cómo había cumplido su palabra y cómo se había casado con la joven María.

En la ya citada villa de Yuncler hallábase una comandancia francesa de artillería volante, á fines de Marzo, y el bravo guerrillero sorprendió á los dos centinelas que tenían en la altura de Aguililla, y una vez cogidos se dirigió al pueblo, saliendo contra él 15 hombres de la guarnición, á los que engañó con una retirada falsa, hasta que llegó donde estaba su partida, que los atacó, quedándose con 14 de ellos prisioneros y matando al otro que quiso huir.

Fué nombrado por el general en jefe del cuarto ejército alférez de caballería, por sus muchas y notables hazañas, con fecha 28 de Julio.

En el mes de Diciembre sorprendió en la villa de Griñón un destacamento de polacos, y en Santa Olalla destrozó á una compañía francesa, de la que sólo se salvaron el capitán y ocho ó nueve soldados, á los que luégo prendió.

En la ciudad de Toledo, con sólo dos compañeros, entró en la plaza de Zocodover y cogió cinco prisioneros.

No creemos que pueda hacerse mayor elogio del valiente D. Justo Prieto que copiar lo que al fin de su hoja de servicios hemos leído:

«Jamás ha esperado á los enemigos de la patria para combatirlos, sino que los ha buscado y los ha vencido.

Ha sorprendido muchos convoyes y correos en Madrid, Toledo y Extremadura, y cogido gran número de prisioneros.

Su conducta ha sido irreprensible.

Su valor temerario.»

D. Francisco Abad (Chaleco).—Los Cuestas.—D. Juan Palarea.

El coronel D. Francisco Abad *(Chaleco)* proseguía en Toledo y la Mancha su valiente campaña contra los imperiales, á los que no dejaba un instante de respiro ni de tranquilidad, siempre activo, siempre vigilante, siempre emprendedor.

En los primeros días de Enero sostuvo contra los enemigos de la patria una reñida lucha, que terminó logrando *Chaleco* la más completa victoria y cogiendo á los bonapartistas 150 prisioneros.

* * *

D. Feliciano Cuesta y sus hermanos no se daban punto de reposo en la guerra á muerte que habían declarado al audaz invasor.

Según parte dirigido por D. Feliciano al general Castaños, jefe del cuarto ejército, el 28 de Febrero, desde Garganta la Olla, había tenido un sangriento choque el día anterior con sus 50 caballos que formaban el escuadrón *Húsares francos de Toledo* con una numerosa partida de españoles juramentados, al servicio del enemigo, denominada *Cazadores de Málaga*, mandada por el feroz Villarreal, cuyo resultado fué derrotarla completamente, matando la mayor parte y haciendo prisioneros al comandante Villarreal con 12 hombres de la partida, un

© Biblioteca Nacional de España

edecán del general francés Remond, un sargento y un soldado francés, que con la debida custodia envió al cuartel general de Castaños.

Villarreal, conducido á Badajoz con sus secuaces, fué sometido á un consejo de guerra y expió en el cadalso sus crímenes contra la patria.

***

La guerrilla de D. Juan Palarea *(El Médico)* cruzó el Tajo el día 18 de Mayo con intento de sorprender á los enemigos acantonados en Burujón, pero no habiéndolo conseguido se retiró á la Puebla de Montalbán.

Reunidos los imperiales en número de 500 caballos y 200 infantes, salieron en su busca; Palarea los aguardó en el puente de Montalbán, y después de un vivo fuego se replegó, no sin haber muerto al enemigo un capitán y ocho soldados, sin tener él pérdida ninguna.

Los franceses le persiguieron por espacio de dos leguas, pero no pudieron alcanzarle.

Castilla la Vieja: El cura Merino.—Padilla.—Saornil.—Martín.

Los primeros meses del riguroso invierno los pasó D. Jerónimo Merino efectuando pequeñas escaramuzas, apresando correos, convoyes y demás, como tenía de costumbre, presentándose, en unión de los voluntarios de Padilla, el 18 de Febrero en las inmediaciones de Burgos.

El 10 de Marzo atacó en Santibáñez á la división mandada por el conde de Arlón, haciéndole retirar bien escarmentado, dejando en el camino más de 400 muertos, sin contar los muchos heridos que los bonapartistas pudieron llevarse.

De acuerdo con el *Empecinado* libró los pueblos de Aranda y Segovia del pillaje de los imperiales.

El 15 de Abril batió igualmente en Roa á las crecidas columnas que de Peñafiel y Otranda habían salido para exigir contribuciones; entró á viva fuerza en dicha plaza, y renovando el combate en las calles y plazas de élla, les causó infinidad de muertos, heridos y prisioneros, contándose entre éstos un hijo del príncipe de Casano, apresando además considerable número de maletas y equipajes, con más 50 ginetes de la titulada guardia real del intruso José, obligando á huir por los campos en la mayor dispersión otros muchos, que á duras penas pudieron salvarse del ataque y del valor de los guerrilleros del infatigable cura Merino.

***

Los voluntarios de D. Marcos Padilla, que siempre estaban dispuestos á morir por la patria, reunidos con los de D. Jerónimo Merino, se presentaron el 18 de Febrero en las inmediaciones de Burgos, ansiosos de medir otra vez sus armas con los bonapartistas.

***

D. Jerónimo Saornil, puesto de nuevo al frente de su escuadrón, atacó una partida de 30 húsares en Medina del Campo, matando cinco y haciendo prisioneros los 21 restantes, de los cuales envió 15 al cuartel general, reservando al oficial y cinco soldados al objeto de cangearlos por igual número de soldados y un oficial suyo que se hallaban prisioneros en Valladolid.

Propuso el cange al general gobernador, y la respuesta fué que se pasase con la tropa de su mando á los ejércitos de Napoleón, evitando así ciertas tramas que decía se estaban urdiendo para perderle, y obteniendo del emperador el premio que merecía; á lo cual respondió Saornil que no podía desentenderse de la sagrada obligación de defender á su patria, por la cual había jurado derramar hasta la última gota de sangre, ni marchitar los laureles que había conquistado en los campos de batalla; que no creía en la certeza de esas intrigas de que le hablaba por estar bajo la protección de un gobierno sabio, vigilante y justo, que cerraría los oídos á las calumnias de enemigos, celosos de su gloria, y que respondiera categóricamente si aceptaba el cange.

Visto por el citado gobernador que nada conseguía de Saornil, autorizó el cange de prisioneros.

© Biblioteca Nacional de España

Por el oficial cangeado supo que los franceses intentaban atacarle por varios puntos, por lo cual resolvió cambiar de terreno y de situación, reuniéndose en Iscar con el teniente coronel D. Joaquín Saornil, su segundo jefe, que tenía á sus órdenes el resto del escuadrón, y poco tiempo después atacaron á 3.000 franceses de infantería que habían salido de Olmedo para Valdestillas, obligándolos á cambiar de ruta y dirigirse á Villalba de Adaja, y de allí á Matapozuelos, donde se hicieron fuertes en la iglesia.

El teniente coronel Saornil participaba á su jefe, con fecha 14 de Febrero—1813—que el teniente D. Ignacio Martín (de su partida) entró el 8 á las cuatro de la tarde con tres soldados escogidos en la villa de Ledesma, en el arrabal de los mesones, donde tenían los franceses 26 bueyes y dos caballerías mayores, sin embargo de que los enemigos, en número de 600 infantes y 16 caballos ocupaban dicho arrabal, y luégo de acuchillar á los pocos que se les presentaron por delante, se llevaron los bueyes y las caballerías y les causaron seis muertos.

El 22 de Febrero anunciaba igualmente que hallándose el día antes en el pueblo de Rabé, dos leguas de Medina, recibió parte de que el enemigo se dirigía al punto que él ocupaba.

Salió en persona á reconocer, y viendo que no llegaban á 50 caballos, dispuso los 70 que tenía consigo ocupando las boca-calles del pueblo, con orden de mantenerse ocultos hasta que el enemigo estuviese en la plaza del pueblo. Llegado que hubieron los franceses, que eran 45 húsares, los acometió Saornil, sable en mano; quisieron buscar su salvación en la fuga, defendiéndose al mismo tiempo con gran obstinación, hasta que el capitán y el sargento que los mandaban cayeron en su poder.

Entonces perdieron su formación y volvieron caras hacia Medina; pero perseguidos por Saornil fueron alcanzados 30 antes de la legua de su carrera, sin que lograsen escapar más que tres de los 45. Los enemigos salieron en número de 400 infantes y 80 caballos en persecución de Saornil, pero la destreza de este jefe burló los deseos y superioridad de estas fuerzas por medio de una contramarcha de siete leguas. Saornil no tuvo la menor pérdida; el enemigo 21 prisioneros, cuatro heridos y bastantes muertos.

Algo había de cierto en lo que le había escrito el general francés, por cuanto el 16 de Marzo, por la pérfida y alevosa traición de dos paisanos vendidos al oro enemigo, fué sorprendido en Fuente del Sol por 300 caballos y 300 infantes de la guarnición de Arévalo, en cuya sorpresa tuvo cinco hombres muertos y 95 prisioneros, de ellos 11 oficiales, perdiendo 200 caballos, salvando los restantes á costa de mil trabajos y fatigas, logrando reunirlos y batir al enemigo hasta hacerle levantar el cerco, librando así muchos de sus guerrilleros que habían logrado ocultarse en las casas. Uno de los soldados franceses que hizo prisioneros le informó que era cierta la traición, y que dos paisanos se habían presentado á las once de la noche á dar el aviso de su llegada con otros detalles para que no pudiesen errar el golpe ni malograr la empresa.

¡Increíble parece tamaña perversidad en españoles!

Haciéndose superior á las circunstancias y dando una nueva prueba de su esforzado ánimo, á los cuatro días, y sin pensar en lo debilitadas que habían quedado sus fuerzas, atacó Saornil á la guarnición de Alba de Tormes, mató nueve hombres, hizo 14 prisioneros y se apoderó de 46 vacas, sin más pérdida que la de dos caballos.

Partió á tierra de Béjar, entregó al comandante inglés de esta plaza los prisioneros, y pocos días después, estando en el lugar de Berrocal, recibió aviso de que los enemigos habían llegado á la villa de Piedrahita, disponiendo que salieran seis soldados y un oficial á efectuar un reconocimiento, los cuales hallaron seis imperiales, á los que hicieron cinco prisioneros; á los tiros acudieron 60 caballos franceses, atacándolos Saornil con 40 ginetes, matándoles cinco y cogiéndoles nueve prisioneros, que condujo como los anteriores á Béjar.

A seguida atacó por dos veces las guarniciones de San Miguel de Zarazuela y de Alba, en cuyo tiempo los franceses evacuaron Castilla la Vieja, y Saornil fué llamado á recibir órdenes del general Castaños.

© Biblioteca Nacional de España

Rioja y Aragón: Amor.—D. Ramón Gayán.—Sarsfield.—Villacampa.—Durán.

D. Bartolomé Amor marchó con su caballería en los primeros días de Enero de 1813, llegando el 22 á las inmediaciones de Logroño, con objeto de proteger á los pueblos que tantos vejámenes sufrían de los imperiales.

Estableciόse de orden superior en Almazán un depósito de caballos enfermos, en cuya medida tuvo Amor una participación muy directa, pues era un asunto de gran importancia para los caballos de nuestras guerrillas, que, por razón del excesivo trabajo y las privaciones á que los pobres animales se veían sujetos, caían frecuentemente enfermos y morían.

El 18 de Marzo fué encargado definitivamente del mando de la brigada que había obtenido en Diciembre de 1812, situándose en Murillo de Río de Leza, á dos horas de Logroño, desde cuya posición escaramuceó sin descanso al enemigo, al que tuvo en constante alarma, llegando á aprisionar 26 dragones imperiales con sólo ocho caballos.



D. RAMÓN GAYÁN

Mas satisfecho Amor de mandar exclusivamente la caballería, renunció el mando de la brigada el 12 de Abril, al restituirse á Soria.

* * *

El coronel de Cariñena, D. Ramón Gayán, con algunas fuerzas se apoderó de los caminos de Zaragoza desde Alagón á Belchite (Mayo de 1813), y resolvió acercarse á las murallas de Zaragoza para dilatar el corazón de sus habitantes á la vista de tropas españolas que no se presentaban en sus muros desde la triste acción de María.

El 18 pasó la noche en La Muela y el 19 en Cadrete, alarmando al comandante de la ciudad, general Paris, quien envió contra las avanzadas de Gayán una columna de 2.000 infantes y 100 caballos, que D. Ramón deshizo prontamente á la cabeza de algunos cazadores, obligándolos á encerrarse de nuevo en Zaragoza.

Entonces Gayán dispuso que se continua-

© Biblioteca Nacional de España

se llamando la atención del enemigo por la parte de la Casa Blanca, y que las tropas se mantuvieran en una altura á la derecha mientras que él, con dos compañías de cazadores, tres de granaderos y la caballería al mando de los capitanes D. Miguel Orús, del regimiento de *Cariñena*, y D. José Echel, del de *Numantinos*, atacaba y tomaba durante la noche el monte Torrero; mas habiendo reconocido el campo y observado que Paris tenía fortificado el puente llamado de América, único por donde podía pasarse el canal, con cinco cañones y 500 hombres, obstáculo imposible de vencer con los escasos medios de que él disponía, desistió de su intento y el 21 emprendió la marcha hacia Alagón sin haber perdido un hombre.

Hé aquí un parte suyo á la Junta Superior de Aragón sobre el cerco de Alcañiz:

«Excmo. Sr.: Siguiendo el plan que me propuse antes de dar fuego á la mina, que con mucho trabajo conseguí se hiciera en el convento de San Juan, inmediato á este fuerte, y que también ocupaban los enemigos, pasé á su comandante, con fecha 17 del corriente, un oficio intimándole la rendición, al que contestó negativamente, y en su vista se voló haciendo el efecto que se deseaba; repetí el oficio al comandante, y fué en vano, porque no quiso rendirse.

En el momento en que, de acuerdo con los señores jefes de los cuerpos para dar el asalto el 18 por la brecha ya ejecutada, y por la que indispensablemente resultaría de la otra mina, y demás operaciones que me parecieron convenientes al intento, á las nueve de la noche se me dió aviso habían roto los enemigos por la parte opuesta que cae al río Guadalope. En este estado, y noticioso por los centinelas de que había tomado el camino de Mequinenza, después de ocupar el castillo, salí en su seguimiento hasta llegar bajo tiro de cañón de dicha plaza, y aunque aprovechándose de la oscuridad de la noche, del terreno montuoso y espesura de bosques, se dispersaron en completo desorden para salvarse, tan sólo lo consiguieron 21, quedando prisioneros en mi poder un capitán, un teniente, 92 sargentos, cabos y soldados, 40 heridos, y los restantes, hasta 200, muertos en el campo.

Mi pérdida ha consistido en 10 muertos y 14 heridos, inclusos dos de los primeros y uno de los segundos del regimiento de caballería *Cazadores de Daroca*.—Calatayud 23 de Junio de 1813.»

* * *

Sarsfield, Villacampa y Durán, tres hombres distintos y en realidad un solo héroe, combatían en Aragón con su acostumbrada bravura, haciendo sentir á los imperiales todo el peso del valor de sus guerrilleros y soldados, ayudados eficazmente en algunos puntos por los resueltos voluntarios de don Francisco Espoz y Mina.

Valencia y Alicante: Fray Nebot.—Un proyecto infame.—Márquez.—El Campaner.—Acciones de Millares, Villena y Castalla.

El insigne patriota fray Asensio Nebot *(El Fraile)* tenía en los comienzos del año 1813 sitiada la plaza de Morella y reducida á la guarnición francesa al último extremo.

Fray Nebot mantenía contra los enemigos un fuego muy constante con las dos solas piezas que tenía en su poder, llevando muy adelantados los trabajos de una mina, sin descuidar el avance de sus tropas, que cada día estrechaban más el cerco.

El general francés, barón de Runfort, comisionado para perseguir al célebre guerrillero, descargó toda la ira de su orgullo humillado y toda la bajeza de su corto espíritu en los indefensos habitantes de varios pueblos de los términos de Segorbe y Tortosa, llegando su atrocidad y barbárie hasta el punto de arcabucear monjas y otras infelices mujeres, además de los saqueos, incendios y asesinatos de costumbre.

Habiendo derrotado fray Asensio Nebot los cuerpos de ejército francés mandados por el barón de Runfort, primero, y por Massuchelli después, Suchet, herido en su orgullo, y sin pararse en lo alevoso y vil del medio, ofreció á tres reos destinados á sufrir la última pena, la libertad, 1.000 duros á cada uno y un empleo, si presentándose al fraile en calidad de voluntarios, lograban asesinar á fray Nebot. Los infames aceptaron la comi-

© Biblioteca Nacional de España

sión, recibiendo algún dinero anticipado, y salieron de Valencia para cumplir su infame encargo.

El cónsul de Inglaterra, D. Pedro Tupper, á quien últimamente vimos en Cádiz trabajando en pro del envío de tropas y víveres á la provincia de Valencia y á la plaza de Alicante, sabedor del hecho puso en práctica cuantas medidas le sugirieron su actividad y patriotismo para evitar un crimen tan atroz, haciéndolo público para que, en el caso de que se consumase, cayera sobre Suchet y Napoleón la maldición de todo hombre honrado.

* * *

En el mes de Febrero de 1813, el antiguo guerrillero y hoy teniente coronel del regimiento de caballería *Cazadores de Jaén* (1), D. Bernardo Márquez, ordenó al ayudante mayor, D. Pedro Luna, que accidentalmente mandaba el segundo escuadrón, que hiciese una correría por las villas de Villena, Castalla y Onil, para librarlas de los robos y el pillaje de los bonapartistas.

* * *

El 13 de Junio evacuaron disimuladamente los franceses el fuerte de Requena, abandonando los víveres y forrajes que tenían de respuesto en él, y retirándose á unirse con la guarnición de Buñol, que tenía un cañón y un obús.

El mismo día entró un jefe español en Millares con alguna tropa, y el 14 y 15 los batallones de Jaén, Bailén, Badajoz (1.° y 2.°), Cuenca, Alcázar de San Juan, y el escuadrón de D. Bernardo Márquez.

Al siguiente entró el general D. Javier Elío, saliendo inmediatamente para Buñol.

A fines de Junio, el guerrillero D. José Catalá *(Campaner)* y su partida, tenían sitiada la guarnición de la plaza de Dénia, cuyo jefe se obstinaba en no capitular por ser Catalá un comandante de paisanos, como si los franceses no hubiesen sitiado á ese mismo guerrillero en Calpe. Los partidarios continuaron el bloqueo, seguros de que los enemigos no tardarían en pedir cuartel, que quizás entonces no les fuera concedido.

* * *

D. Pedro Luna, luégo de cumplir las órdenes de su jefe, batió en Benijembla, en unión del teniente D. Juan Egra y del porta-estandarte D. Joaquín Plá, una columna francesa, en cuya acción se distinguió de una manera notable el soldado Domingo Pérez.

* * *

El segundo ejército español, y la división anglo-siciliana que vino en socorro de Valencia, y á la que el general D. José O'Donnell no quiso aguardar, se extendieron por Murcia, Alcoy y Yecla, siendo batida la última por los generales Suchet y Harispe en Millares, haciéndola cerca de 1.000 prisioneros, y por consecuencia de esta derrota vino la rendición del castillo de Villena á los imperiales con los 1.000 hombres que lo guarnecían.

Suchet, envalentonado con estas victorias, atacó las otras divisiones de nuestro ejército que se fortalecieron en las alturas del pueblo de Castalla, pensando obtener otra victoria como la que allí mismo había alcanzado sobre D. José O'Donnell, pero se equivocó, y Suchet, al ver rechazadas sus columnas una y otra vez, no acostumbrado ni esperando tan tenaz y enérgica resistencia, se fué retirando hasta Fuente la Higuera y Onteniente.

Cataluña: D. Luis Lacy.—Milans.—Manso.—Rovira.—Fábregas.—Copons. - Eroles.—Llauder.

El 6 de Enero, por decreto de las Cortes, la Regencia, en la nueva distribución del ejército, nombró jefe del llamado *Reserva de Galicia*, al general D. Luis Lacy, quien al salir de Cataluña llevaba el amor de todos los paisanos y el cariño de las tropas, somatenes y gerrilleros, que en él habían admirado al militar entendido, al soldado valiente, al heróico patricio, infatigable en la lucha, exento de toda ambición.

(1) Este regimiento fué luégo reformado y refundido en el de *Santiago*.

© Biblioteca Nacional de España

Lacy había llegado á Cataluña en momentos bien difíciles, cuando todo se había perdido en el antiguo Principado menos el honor.

Lacy reanimó el espíritu de los catalanes, buscó recursos, se proporcionó armas, municiones y víveres; reorganizó las columnas del ejército, juntó las fuerzas dispersas que recorrían el país, aumentó las guerrillas, enardeció el espíritu de los habitantes, reconquistó varias plazas é invadió la Francia, obligándola á ser tributaria de España.

Esto era poco, y reforzó la plaza de Cardona y fortificó varios otros puntos de modo que se diesen la mano en la alta montaña, formando una cadena de puestos fortificados desde la Seo de Urgel á Berga, sin descuidar á Solsona.

Después atrincheró la montaña de Busa, donde se colocó la academia de cadetes y el ejército de reclutas, reparando los castillos feudales antiguos del alrededor, como Besora, Navés y otros.

Si esto hizo, rodeado de enemigos, y estando posesionados los franceses de las cuatro ciudades principales, Barcelona, Gerona, Lérida y Tarragona, y de plazas tan importantes como Figueras y Tortosa, ¡puede juzgarse lo que habría realizado á encontrarse en otras condiciones más favorables!

Severo y equitativo, dice un historiador, apoyado en la Junta Provincial, levantó el espíritu de los catalanes, quienes, á fuer de hombres independientes, vieron también en Lacy en la guerra, y en las Cortes para la libertad, la nueva aurora de su prosperidad.

Por último, el ilustre general Lacy, después de haber causado á los imperiales infinidad de sorpresas y derrotas parciales, durante los veinte meses que tuvo el mando del Principado, al trasmitirlo á su sucesor D. Francisco Copons, tuvo la satisfacción inmensa de hacerlo entregándole varias plazas y fortalezas, un ejército tan valiente como disciplinado, unos somatenes y unos guerrilleros modelos de lealtad y de bizarría.

Galicia podía mostrarse orgullosa de que tan gran general pasara á defender su territorio.

* * *

El 19 de Enero, el mariscal de Campo, D. Fransisco Milans, cumpliendo las órdenes del general Lacy, marchó con los batallones de Ausona y Mataró contra los franceses que estaban acampados en la Riera de Argentona, en número de 3.000 hombres, ante cuyas fuerzas, muy superiores á las suyas, resolvió bajar á la casa llamada de Trall, dejar pasar el grueso de la columna y atacar la retaguardia, como lo hizo. Los franceses, al verse así atacados, llamaron en su auxilio fuerzas que bien pronto ascendían á 4.000 infantes y 300 caballos, á pesar de lo cual Milans los aguardó confiando en el valor de sus tropas, formando varios escalones que no dejaban su puesto sin esparcir la muerte entre las filas imperiales.

Cinco horas duró el fuego, estrellándose la furia enemiga en aquellas peñas, sin poder pasar del último escalón, dispuesto por Milans, al pie de la colina en donde está situada la Virgen del Corredor.

Según confesión de los franceses, en Areñs de Munt pasaron de 400 sus muertos y heridos, graduándole mayor al recibir los estados en Calella de la gente que les faltaba, pues hubo compañía que perdió 50 soldados, y la infame de la *brivalla* 40, no bastando los carros y carretas de Areñs para llevar los heridos, muchos de los cuales hicieron conducir á los paisanos á hombros hasta Canet y Canella, muriendo cuatro de sus mejores capitanes y el segundo comandante de la *brivalla*.

Milans perdió cinco muertos y 22 heridos del batallón de Ausona y 10 del de Mataró con cinco contusos.

* * *

D. José Manso fué nombrado, con fecha 10 de Marzo, comandante de la segunda brigada de la primera división del primer ejército.

Variando el nuevo general de Cataluña, D. Francisco Copons, el plan de campaña de

© Biblioteca Nacional de España

Lacy, trasladó á Manso á la alta Cataluña, y en efecto se dirigió á Vich. En este sitio se encontraba *sin atreverse á mover un hombre ni á disparar un tiro*, como Manso dice en sus memorias, *sin una orden expresa para ello*, de lo cual había tenido durante el mando de Lacy ámplias facultades para prescindir.

Así permaneció los primeros meses del año, hasta que Copons lo destinó á realizar las contribuciones de la costa de la provincia de Gerona, ocupada por los franceses.

Las órdenes de Copons quedaron cumplidas desde el 2 al 7 de Abril, pues burlando Manso las fuerzas que mandaba Decaen, y entrando en Mataró el día 7 con banderas desplegadas obligó á la guarnición á encerrarse en el fuerte, y desde la población obró cual le plugo.

En el mes siguiente se encontraba Manso con su brigada en la villa de Brafín, á donde hubo de trasladar Copons su cuartel general.

Por entonces se hallaba en Reus y debía continuar su ruta hasta Barcelona una fuerte división imperial que venía conduciendo un gran convoy desde Valencia; el ejército español esperó en Brafín la llegada de los franceses; pero al acercarse abandonó el pueblo, marchando en una retirada que aquéllos podían calificar como huída causada por la sorpresa. El objeto de Manso era hacer visibles todas las fuerzas españolas para asegurar la confianza de los enemigos, y al mismo tiempo se abandonaba la isla de Santa Cristina, descendiendo al Panadés.

Al llegar á La Bisbal el 16 de Mayo expuso Manso al general en jefe la conveniencia de hacer alto y poner los ranchos. Manso había formado el proyecto de volver á la posición que se había abandonado en aquel día. Copons manifestó que tenía necesidad de despachar algunas comunicaciones, y se trasladó á Villafranca; Manso pasó al Vendrell. Allí supo que los enemigos habían ocupado las posiciones que deseaba, y lo escribió á Copons; éste montó á caballo, y al salir el sol del día 17 llegó al campo; los franceses emprendieron su marcha al amanecer, confiados en que los españoles continuaban su retirada.

Manso, inteligenciado de que los enemigos no llevaban tropas que flanqueasen el desfiladero de la Roca del Eure, hizo que la infantería avanzase por las alturas que dominan el desfiladero para atacar el flanco izquierdo enemigo, permaneciendo por su parte en La Bisbal con la caballería y el resto del ejército. En este instante llegó el general Copons, y considerando comprometidas las tropas dió orden de emprender la retirada.

Aprovechando los franceses las ventajas que tan inesperadamente se les ofrecían, alargaron el paso, y reuniendo grandes fuerzas en La Bisbal, atacaron tres colinas que conservaban los nuestros. La caballería, superior á la nuestra, cargó simultáneamente sobre ella.

Copons mandó ejecutar una retirada tan completa como precipitada; Manso no obedeció el mandato, comprendiendo que de la retirada se produciría el quedar todos los españoles prisioneros en el paso de un desfiladero inmediato, y permaneció firme con su regimiento sosteniendo un vigoroso ataque. Los franceses resolvieron arrollarle atacándole á la bayoneta. Manso que esperaba ésta resolución, rogó á Villacampa, jefe de Estado Mayor de Copons, que había permanecido con Manso, que fuese á decir al general que los franceses estaban vencidos y que volviese al combate con todas sus fuerzas.

Manso había colocado á su retaguardia 600 hombres, con orden de que en el crítico momento de que los franceses fuesen persiguiendo á los españoles de la vanguardia, que huirían oportunamente, los cargasen con precipitación al arma blanca; la vanguardia de Manso huyó á una señal, y cuando los franceses iban confiados en cebarse en la persecución, cayeron sobre ellos los 600 hombres con tanto ímpetu que la columna de ataque se vió instantáneamente derrotada, y tocaron retirada los franceses. Copons llegó á la refriega en el momento en que ésta terminaba con tanta fortuna, y llevado del entusiasmo del momento abrazaba y vitoreaba á los soldados de Manso.

Manso atacó el 16 de Junio en el Arco de Baja á la retaguardia de una división fran-

© Biblioteca Nacional de España

cesa de 9.000 hombres, con sólo dos batallones.

* * *

De orden del general Copons atravesó el brigadier D. Francisco Rovira la frontera, y entró en Prats de Moló, pueblo murado en medio de las montañas, con un castillo fortalecido á la traza de Yaubau, en cuya empresa le prestaron eficaz ayuda el coronel Sr. Llauder y el capitán D. Nicolás Iglesias. Como quiera que la población se resistió, fué entrada á saco, apoderándose nuestras fuerzas de cuanto dinero encontraron, y llevándose prisioneros y en rehenes á algunos vecinos principales, entre ellos á los comandantes de la plaza y del castillo, escarmentando á la guardia nacional de los contornos que acudió en socorro de los suyos, aprisionándola dos jefes (20 de Marzo de 1813.)

Rovira, con los rehenes, y con el ganado recogido, objeto principal de la expedición, regresó á España, sin otra pérdida que un muerto y tres heridos.

Justo era que Francia comprendiera á sus expensas lo inícuo de la guerra que á España hacía Napoleón y sus tropas, que más que soldados disciplinados semejaban hordas de salvajes.

* * *

Desde Mieras, con fecha 22 de Junio de 1813, daba parte D. Francisco Fábregas al barón de Eroles de haber tendido un lazo á la guarnición francesa en Besalú, con 200 hombres del regimiento de Ausona, dando por resultado destruir á los enemigos, matando un capitán y 26 soldados, cogiendo 34 hombres prisioneros, y apoderándose de una caja de guerra y de algunos otros efectos.

* * *

El general Copons y el barón de Eroles emprendieron la destrucción de los puntos fortificados que tenían los imperiales entre Tarragona y Tortosa, si bien no pudieron impedir, por la escasez de sus fuerzas, que el enemigo socorriese las guarniciones de Tarragona y Coll de Balaguer.

En cambio el valiente Llauder alcanzó un señalado triunfo en el valle de Rivas.

Norte: Campillo.—Longa.—Abecía.—Jáuregui.—Pérdida de Castro-Urdiales.

D. Juan López Campillo guerreó en los comienzos del año 1813 á las órdenes del general D. Gabriel de Mendizábal.

El 8 y 10 de Mayo, los batallones de naturales del país entraron en Bilbao.

Claussel, que sitiaba á CastroUrdiales, pidió refuerzos á Bilbao en una salida de los españoles, no habiendo podido recibirlos y teniendo que retirarse abandonando escalas y pertrechos á Mendizábal y Campillo, que se acercaban en auxilio de los nuestros.

El 13 de Mayo luchó Campillo en la acción del valle de Guriezo con su jefe Mendizábal.

* * *

Por desgracia perdimos en el mes de Mayo el importante puerto de Castro-Urdiales, que se extiende entre los cabos de Queijo y Villaro, con una serie no interrumpida de peñas, que forma una península avanzada hacia el Nordeste sobre el mar, en cuyo extremo se levanta un antiguo castillo, á pesar de la brillante defensa de su gobernador don Pedro Pablo Alvarez, quien sólo lo abandonó cuando había perdido fuerte, castillo y hasta la villa.

* * *

En la nueva organización dada por lord Wellington á los ejércitos, la sexta división del 4.º, perteneciente al ala izquierda, la mandaba el bizarro D. Francisco Longa.

El 10 de Enero de 1813 rindió Longa á Salinas de Añana, fuerte francés de gran importancia, después de tres días de estrecho sitio, aprisionando 246 soldados y seis oficiales.

El 14 de Enero participaba Longa á su general haber ocupado Nanclares y Armiñán, que se apresuraron á evacuar los franceses al ver que él se disponía á atacarlos, demoliendo nuestro guerrero los fuertes de dichos puntos.

El 24 de Enero avisó igualmente la toma del fortín de Cubo, puesto fortificado que tenían los franceses en el camino de Burgos á Pancorbo, entregándosele la guarnición francesa que lo custodiaba á completa discreción. Demolió Longa el fuerte, de cierta

© Biblioteca Nacional de España

importancia por su posición, y encaminóse enseguida á Briviesca, mas se halló entre dos fuegos, viniendo sobre él Caffarelli, que mandaba el ejército bonapartista del Norte, y Palombini al frente de sus italianos.

Con gran habilidad evitó Longa el encuentro de ambos, no pudiendo escarmentar Caffarelli al guerrillero español como había prometido.

Mas confiado Palombini, y creyéndose del todo seguro, destacó algunas fuerzas con intento de echar derramas y juntar víveres, de que carecía, en varios pueblos, estando al acecho Longa, como veremos.

El 7 de Febrero, Longa, con una trincadura que tenía armada en corso, pues en las costas de Cantabria como en las de Valencia, nuestros guerrilleros tenían barcos en ayuda de la causa nacional, apresó un quechemarín francés cargado de comestibles, que mandó en depósito á Castro-Urdiales, que aún poseíamos, con la tripulación.

El 13 de Febrero participaba Longa al general Mendizábal, desde Trespaderne, que habiendo amenazado á la guarnición de Briviesca con su *División de Iberia* y los batallones primero y tercero de *Vizcaya*, acudieron en su socorro los generales Caffarelli y Palombini con 9.000 infantes y 1.000 caballos; en vista de lo cual se había retirado á Tovalina para refrescar sus tropas, dejando confusos á los enemigos, y que entonces Caffarelli retrocedió á Vitoria dejando á Palombini con 3.000 infantes y 300 caballos, con los cuales se estableció y fortaleció en Poza, imponiendo exhorbitantes contribuciones, de cuyo cobro encargó á una columna de 1.000 infantes y 100 caballos, destacados en Rojas, á legua y media de Poza.

Añade le atacó por sorpresa el día 11 en Poza, quedando Palombini atónito de aquel horroroso fuego y de los gritos de victoria de nuestros soldados, y huyendo los suyos abandonaron en las calles un rico botín, maletas, caballos y mulas cargadas con el fruto de sus rapiñas.

Nuestro guerrillero, luégo de depositar en una casa 311 prisioneros con nueve oficiales, continuó la persecución de los enemigos, que trataban de acogerse y buscar su salvación en los inaccesibles peñascos en que se asienta el castillo, trabando con éllos una nueva y más sangrienta pelea.

Aunque acudieron en su auxilio la fuerza de Rojas, y 2.000 infantes y 300 caballos procedentes de Burgos para Vitoria, no desmayaron los nuestros, que sólo se retiraron á la orden de Longa para descansar y tomar sustento, ejecutando la retirada con una tranquilidad y unas dotes militares que impusieron al enemigo.

La pérdida de los franceses fué de 16 oficiales muertos y otros ocho heridos y prisioneros, más de 100 soldados muertos en el campo y 170 heridos.

La nuestra lo fué también de alguna consideración.

Dolióse mucho Longa de que el general Palombini permaneciese toda la acción oculto en el tejado de la casa inmediata á su alojamiento, si bien se le cogieron los caballos, papeles y cuanto le pertenecía.

Dos días después, su trincadura apresaba una goleta que retrocedía de Francia descargada.

Como una nueva prueba de la importancia de nuestros guerrilleros, y del valor que á sus actos daba Wellington, copiamos el final del parte en que trasmitía al Ministro de la Guerra la relación de todos estos hechos:

«Lo que comunico á V. S. para conocimiento de la Regencia del Reino, sirviéndose V. S. al mismo tiempo poner en consideración de S. A. el particular mérito que continuamente están contrayendo el coronel Longa y sus bizarras tropas.»

* * *

D. José Abecía se halló á las órdenes de Longa en la toma de Salinas de Añana, en la conquista del fuerte de Cubo y en el ataque al general Palombini.

En el mismo punto el día 2 de Mayo contra 2.000 infantes y 200 caballos con artillería cuya columna obligó á retroceder á Miranda; y el 6 en los citados campos y contra la propia columna reforzada por la guarnición de Vitoria.

* * *

D. Gaspar de Jáuregui, á pesar de las graves molestias que le producían las heridas

© Biblioteca Nacional de España

recibidas en aquella tan larga y tan obstinada campaña, seguía siendo, al frente de sus aguerridos batallones, el terror de los enemigos.

En el mes de Mayo de 1813 se apoderó de un edecán del general Caffarelli, portador de un oficio para el intruso José, en el cual le manifestaba que para arrojar á Mina de Navarra se necesitaba un ejército de 25.000 hombres, *por la valentía de sus tropas y la adhesión del país.*

Navarra: Mina y sus oficiales.—El héroe Fermín Leguina.

La orden del generalísimo de las tropas aliadas, lord Wellington, de esquivar batallas, hasta poner en ejecución el sabio plan que él meditaba, no era posible cumplirla por algunos cuerpos, enclavados, digámoslo así, dentro de los ejércitos enemigos. Uno de éstos era el de D. Francisco Espoz y Mina, forzado constantemente á pelear contra los invasores que sólo pensaban en destruirlo.

En los comienzos del año de 1813, Mina se acercó valientemente á Deva para recoger vestuario, municiones, y dos cañones de batir que los ingleses le regalaron.

El 27 de Enero sostuvo el bizarro D. Francisco un rudo ataque en la villa de Barasoain con un cuerpo francés, durando el fuego todo el día en dicha villa y en el término del caserío de Lepuzaín, Solchaga y Mendívil; y aunque los franceses hicieron terrible fuego contra sus voluntarios con cuatro cañones, no pudieron pasar del lugar de Mendívil hasta que amaneció, en cuya hora rompieron los enemigos encaminándose á Pamplona con pérdida de 800 hombres entre muertos y heridos, llegando las nuestras á 100 de los primeros y 300 de los segundos.

El 8 de Febrero comenzó á batir el cuartel de Tafalla con los dos citados cañones, y en este día fué muerto de un balazo el comandante francés de aquella ciudad. Los enemigos se resistieron por tres días en un convento, pero como éste se iba derrumbando por los cañonazos, se entregaron el día 11 en número de 310 infantes y 40 caballos.

Inutilizó Mina las obras de defensa que los imperiales habían practicado y demolió los edificios que tenían fortalecidos.

Otro tanto ejecutó en Sos, cuya guarnición atacó con el mayor empeño, debiendo la salvación al socorro del general Paris, que desde Zaragoza corrió en auxilio de sus compatriotas.

Noticioso el 9 de que venía sobre él de Pamplona el general Abbe, á quien había escarmentado en Mendívil, dividió sus fuerzas, dejando una parte en el sitio y marchando con la otra al encuentro de los enemigos. Dió con éllos en paraje inmediato á Tiebas, manteniendo en las inmediaciones de esta villa un choque que duró todo el día; y aunque los franceses contaban 3.000 hombres y cuatro cañones, y sus fuerzas eran sólo 1.800, los rechazó causándoles una pérdida de 500 á 600 hombres entre muertos y heridos, teniendo él 14 muertos y unos 100 heridos, retirándose Abbe á Pamplona, hasta cuyas puertas le fué persiguiendo nuestra caballería y matándole mucha gente.

El 2 de Marzo sostuvo un reñido combate en Castilliscar, y el 31 otro importantísimo en Lerín y Campos de Lodosa, en que desbarató una gran columna enemiga, haciendo su caballería más de 700 prisioneros, sin que valiera á los imperiales formar el cuadro para librarse del ataque de los nuestros.

Hé aquí cómo refiere el mismo Mina el rompimiento del cuadro en sus *Memorias:*

«Puesto yo á la cabeza de la caballería, cerré cuanto pude con el enemigo y le hice gran destrozo, pero no dejó de sufrir mi gente por el horroroso fuego que de la formación del contrario salía contra élla; perdí algunos caballos y me retiré.

Entretanto llegaban mis infantes y con sus fuegos hacían bastante estrago á los enemigos.

Temía que Barbot saliera á socorrer la columna, porque no estábamos á mucha distancia de Lodosa.

El comandante francés trató de formar el cuadro; dos frentes lo estaban ya, cuando puesto á la cabeza de los flanqueadores, y siguiéndome todo el regimiento de caballería, desbaraté el cuadro con muchísimo trabajo y bastante pérdida, viéndome yo mismo envuelto entre las bayonetas enemigas.

No obstante haber deshecho el cuadro, un

© Biblioteca Nacional de España

grupo de 300 hombres salió con destreza de este apuro, pero corrí tras ellos y les hice rendir las armas como á todo el resto de la columna que había quedado con vida.»

Logró Mina en este combate 630 soldados prisioneros, 28 oficiales y 14 asistentes, casi todos heridos y de gravedad algunos.

El resto de la columna, que se componía de 1.100 hombres, quedó muerta en el campo, menos el coronel Gaudin, que la mandaba, y dos oficiales más que pudieron salvarse, aunque heridos, por la velocidad de sus caballos.

Durante esta acción, el general Barbot se hallaba con 3.000 hombres á un tiro de fusil del campo de batalla, y 6.000 hombres más se encontraban á tres leguas.

Incomodado con esta derrota Claussel, general en jefe del ejército francés del Norte, se puso de acuerdo con Abbe, que mandaba en Pamplona, y entró en Navarra con 20.000 hombres de todas armas, cuya vanguardia estaba formada por la división Barbot, para estrechar á Mina, batiendo el país y cercándole á ojeo como si se tratara de la caza de una fiera. Cada uno de dichos generales salió de diverso punto, y Claussel, después de reforzar á Puente la Reina, y de apostar en Mendigorría un numeroso destacamento, avanzó dando la vuelta al valle de Berrueza; pero Mina, haciendo una rápida contramarcha, habíase ya colocado á espaldas del francés, obligando el 21 de Abril á los de Mendigorría á que se rindieran con sólo un batallón.

Continuó la persecución de Mina el general Claussel cada vez más furioso.

El 13 de Mayo, hallándose D. Francisco en el Roncal, fué rodeado por las fuerzas contrarias, pero por una feliz combinación salvó sus batallones, y lo que es más, dejó á los imperiales duramente escarmentados.

* * *

El 1.º de Enero participaba el comandante D. Juan José Cruchaga á su jefe Mina haber batido con dos batallones (el suyo y el sexto) á una columna de 2.700 infantes y 300 caballos salida de Zaragoza, á la que derrotó en Barbastro primero, y en Pozán después, causándola una pérdida de 150 muertos, entre ellos un jefe de batallón y varios oficiales, y 380 heridos, no habiéndola destruído por completo por haber agotado sus voluntarios las municiones.

* * *

El comandante D. Manuel Gurrea atacó la guarnición de Fraga el 7 de Enero, y la habría aprisionado á no haber acudido en su socorro 700 hombres de la de Mequinenza; el 16 se dirigió á Monzón con una compañía de infantería y otra de caballería, consiguiendo libertar una porción de vecinos pudientes que los franceses tenían encerrados en los calabozos del castillo, causándoles además una pérdida de cuatro hombres muertos y varios heridos.

* * *

El capitán de Mina, de observación en Lesaca, D. Matías Ilzarbe, le participaba con fecha 18 de Enero de 1813 desde este punto, haber sostenido el 16 un reñido combate contra 120 franceses con sólo 60 voluntarios hacia la parte de Maya, que, aunque reforzados luégo por otros 300 y algunos refuerzos de Añoa y Urdax, no pudieron destruir á los nuestros, quienes, por el contrario, causaron á los imperiales 22 muertos y heridos y seis prisioneros.

Ilzarbe, antes de retirarse, llamó al que hacía de ayudante de la fuerza de Maya y le encargó dijese á su comandante que si quería salir con 60 hombres, que era la fuerza que él tenía, á luchar en campo abierto, que saliera, volviendo el ayudante á poco con la negativa. ¡Así eran nuestros guerrilleros!

Entonces Ilzarbe se retiró definitivamente, elogiando mucho al general Mina el valor y el entusiasmo de sus tropas.

* * *

El 7 de Marzo anunciaba á Mina el comandante del sétimo batallón de su división haber atacado con cuatro compañías del mismo la guarnición francesa de Benasque, matándola un oficial y 20 soldados, haciéndola muchos heridos y un oficial y tres soldados prisioneros.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

El comandante del sexto batallón le decía con fecha 6, que al aproximarse á Huesca resolvió que el alférez D. Sebastián Iso, con 20 caballos, entrase á recorrer el mercado de la ciudad, en el cual había muerto y hecho prisioneros 12 franceses que estaban paseando, sin darles tiempo á disparar un tiro.

* * *

El capitán D. Pedro Villarroya, al frente de 30 caballos, sorprendió un destacamento de ambas armas en la carretera de Fraga á Lérida, apresando 17 caballos y dejando ocho muertos, y en su poder dos ginetes prisioneros (Marzo de 1813).

* * *

Desde Alcoz, con fecha 19 de Marzo de 1813, participaba el intrépido D. Martín Saldías á su general Mina, haberse emboscado con su guerrilla en la carretera de Ciga á Irurita, sorprendiendo al correo militar francés que debía pasar á Elizondo, escoltado por 76 hombres, habiendo muerto 37 y cogido 35 prisioneros, salvándose sólo cuatro gracias al apoyo del comandante de Berrueza, que salió en su auxilio con parte de la guarnición, sin tener Saldías pérdida ninguna.

Mina, al trasmitir el parte al general Mendizábal, decía:

«A Saldías y sus guerrilleros los considero dignos del aprecio de V. E.»

* * *

El arrojado comandante D. Joaquín de Pablo *(Chapalangarra)* dirigió desde Berdún á su general D. Francisco Espoz y Mina el 22 de Marzo de 1813 el siguiente parte:

«Excmo. Sr.: Supe que un gran convoy debía salir de Zaragoza para Jaca, procedente de Valencia.

Contaba sólo con el segundo batallón, y las fuerzas enemigas ascendían á 4.000 infantes y 300 caballos.

Cerca de Ayerbe el convoy, me avisó el comandante del segundo batallón que fuerzas imperiales iban á cruzar el Gállego para atacarlo á él, por lo que no podía ayudarme.

Vacilé un instante; mas pensando que el convoy llevaba inmensas riquezas, á la mariscala Suchet y dos ó tres generales franceses y una chusma de oficiales juramentados y empleados *josefinos*, resolví dar un susto á la mariscala, ya que mis escasas fuerzas no me permitían tomarlo.

La noche del 21 aposté dos compañías en la carretera de Jaca, no lejos de Bernúes, quedándome á distancia.

El renegado Chamlón, con algunos oficiales de graduación y 2.000 hombres de vanguardia, dieron con la emboscada, obligándome á romper el fuego cuando yo quería atacar el centro.

Aunque malogrado mi plan, tuve el convoy parado dos horas, haciendo al enemigo bastantes muertos y heridos, teniendo yo seis heridos, y retirándome con la satisfacción de haber cumplido mi deber.»

* * *

El segundo jefe de Mina, D. José Górriz, al frente de su batallón (tercero de Navarra), de la caballería y de los batallones primero, segundo y cuarto de Alava, mantuvo un sangriento choque en Subiza y alturas de San Cristóbal el 22 de Abril de 1813 contra una columna francesa de 3.000 infantes y 280 caballos, mandados por el general Abbe, que duró cinco horas, forzando á huir á los imperiales, que dejaron sobre el campo 80 muertos, de ellos ocho oficiales, más de 200 heridos, y en su poder 80 fusiles y 18 prisioneros.

* * *

Entre los actos más notables realizados por los oficiales y guerrilleros de Mina, merece ser citado el siguiente, que acusa un atrevimiento y una heroicidad extraordinaria.

El 13 de Marzo de 1813 salió de Vera el sargento primero Fermín Leguina, muy á las calladas, y á las doce de la noche, encaminándose con 15 hombres á conquistar el castillo de Fuenterrabía.

Veamos cómo realizó su temerario intento.

Leguina, acompañado de otro, escaló la muralla del fuerte con mil trabajos, ayudados de una cuerda y algunos clavos, y aguardando á que el centinela se volviera de es-

© Biblioteca Nacional de España

paldas se arrojaron sobre él agarrotándole y apoderándose de las llaves.

A una señal de Leguina subieron los 13 hombres que habían quedado al pie de la muralla, y juntos desarmaron y cogieron 18 artilleros que estaban dentro; clavaron los cañones; arrojaron al mar las municiones gruesas que no pudieron llevar consigo; cogieron pólvora, fusiles, sables y la bandera y prendiendo fuego al castillo que ardió por tres lados á la vez.

El incendio llamó la atención de la guarnición de Fuenterrabía y atrajo á los gendarmes, que fueron rechazados heróicamente por Leguina y sus valientes, no osando los franceses perseguirlos, recelando fuesen muchos los nuestros, cuyo escaso número encubría la oscuridad de la noche.

En el parte de Mina á Castaños le decía:

«Por el resultado de tan arriesgada empresa verá V. E. el mérito contraído por Leguina y la guerrilla de su mando, y aunque no la recomiende lo hago yo en concepto de mi obligación. Si la antigua historia de España refiere algún caso semejante, la presente lucha no ofrece, que yo sepa, otro igual (1). Dejo, pues, al arbitrio de V. E. implorar del Gobierno la confirmación de la gracia de teniente que he hecho á Leguina, y las que V. E. tenga á bien conceder á sus soldados.

Ni yo podré jamás pintar á V. E. la impresión que ha causado en los franceses la pérdida del castillo de Fuenterrabía, ni el gozo que los españoles experimentan.»

Movimiento del ejército aliado.—Evacuación de Madrid por los franceses.—Sus robos.—La batalla de Vitoria.

En tanto que nuestros guerrilleros se batían con tanta constancia y tanto denuedo, ¿qué hacía el generalísimo de los ejércitos aliados?

Lord Wellington se iba preparando con aquel talento militar y aquella calma británica, que eran el distintivo de Su Gracia, á la gran campaña que se preparaba.

¿Pensaría el duque de Ciudad-Rodrigo que esta campaña debía ser la decisiva, y lo disponía todo con tanta parsimonia, deseoso de no olvidar nada, ni dejar al acaso medida, probabilidad ó detalle alguno?

¿Estudiaba atentamente la situación de Napoleón, la marcha de sus campañas y el estado de sus ejércitos, particularmente en España?

Para nosotros es indudable, y las disposiciones del generalísimo dirán si acertamos al creerlo así.

Lord Wellington hizo de su ejército, que se extendía desde Fregeneda á Ciudad-Rodrigo, la base de sus operaciones, enlazándolo con el de la derecha y el de la izquierda.

Los cuerpos 5.°, 6.° y 7.°, que estaban en Extremadura, Galicia y Asturias y Provincias Vascongadas, constituían el 4.° *ejército* ó izquierda, mandado por Castaños y formado por tres divisiones, centro, derecha é izquierda, regidas, la primera por Losada, Bárcena y Porlier; la segunda por Morillo y España, y la tercera por Mendizábal, Longa y Mina, siguiendo unida la caballería de Pene Villemur al centro.

A la derecha tenía el duque de Ciudad-Rodrigo tres divisiones de infantería, y una de ginetes hacia Sierra-Morena y la Mancha, á las órdenes del príncipe de Anglona, marqués de las Cuevas, Cruz Mougón y Sistemes, formando el 3.er *ejército*, cuyo general en jefe era el duque del Parque.

El conde de La Bisbal, puesto al frente del ejército llamado *Reserva de Andalucía*, habíala organizado á fines de Abril en tres divisiones con una fuerza de 16.000 hombres.

Y á su vez, D. Luis Lacy, trasladado de Cataluña para mandar al ejército *Reserva de Galicia*, se ocupaba, con su notoria actividad, en este antiguo reino de ponerlo en estado de combatir.

En el frente de este gran semicírculo, proyectado por el general británico, se hallaban los franceses: los ejércitos del Centro y Mediodía, con José y el Mariscal Soult, en Castilla la Nueva, cubriendo las orillas del Tajo; el general Reille, con el ejército llamado de Portugal, en Castilla la Vieja y León; y Claussel, con el del Norte, en Burgos y Vitoria.

La fuerza total de estos ejércitos, después

(1) Mina ignoraba, sin duda, la toma del castillo de Calatayud por Ripol.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

de la marcha de España del mariscal Soult con algunas tropas, ascendía á unos 80.000 soldados.

Forzoso es confesar que el rey intruso y los imperiales, desde su regreso á Madrid hacía seis meses, se mostraban menos tiranos y menos orgullosos que antes, y que el mismo José se dejaba ver con más frecuencia por calles, paseos y teatros, y hasta asistía á alguno de los bailes de máscaras que mandó celebrar en el teatro de los Caños del Peral, disfrazado, según un historiador de la época, de *aguador de París*. Llegada la Pascua de Resurrección, época en que comienzan en Madrid las corridas de toros, también asistió á una de ellas, si bien con tan exageradas precauciones que hizo colocar avanzadas en la Venta del Espíritu Santo y en la Alameda, temeroso de D. Juan Martín *(El Empecinado)*, del guerrillero *Fermín* y del *Zurdo*, que recorrían las llanuras entre Alcalá de Henares y Torrejón de Ardoz.

Las graves noticias que para los franceses llegaban del extranjero, y la concentración de los ejércitos aliados, cuyos primeros movimientos habían comenzado, producían en el ánimo de los imperiales y de los josefinos ese desasosiego precursor del terror que en vano se esforzaban por ocultar.

A fines de Mayo las nuevas y los partes recibidos por José fueron más alarmantes, y «rey, tropas, empleados y adictos se dispusieron á evacuar á Madrid al fatídico grito de *sálvese el que pueda*.»

El inmenso convoy que los franceses prepararon, y que debía componerse de todas las personas adictas al intruso, el despojo de cuadros, objetos de valor artístico y material, alhajas y obras que se realizó en todos los palacios é iglesias así de Madrid como de Toledo y el Escorial y otros puntos, demostraban que, en concepto de los mismos franceses y de sus amigos, aquella retirada era la última.

El 27 de Mayo partió de Madrid aquel gigantesco convoy bajo el mando del general Hugo, trasladándose el intruso José, que había recibido el mando en jefe de todos los ejércitos que debían oponerse al aliado, á Valladolid.

Sería infinito, tal vez imposible, dice un autor, formar el catálogo de las obras de arte, bellezas naturales ó artísticas de que José y sus generales franceses despojaron á España durante la invasión.

Entre las principales riquezas que se llevó Murat del Alcázar real y palacio de Godoy figuraban los cuadros de Correggio *La escuela de amor*, *La oración del huerto* y una *Sacra Familia*, que hoy se hallan en Londres; el primero vendido con otro por la viuda de aquel general al marqués de Londonderry en 11.000 guineas (más de un millón de reales).

En el convento de Loeches, la villa predilecta del famoso Conde-duque de Olivares, otro general se apoderó de varios cuadros preciosísimos, de Rubens, que fueron vendidos al marqués de Westminter en 8.000 libras esterlinas (40.000 duros), excepto uno que hoy se halla en la galería del Louvre en París.

En Toledo, cuya entrada señalaron los imperiales quemando el suntuoso convento de San Juan de los Reyes, verdadera maravilla, y cuya salida anunciaron incendiando el grandioso alcázar construído sobre otro de los moros por el emperador Carlos V, fueron innumerables los cuadros de mérito, las alhajas de oro, plata y piedras preciosas de que despojaron iglesias, conventos y palacios.

En Andalucía, el mariscal Soult no perdonó ninguna preciosidad, y de lo mucho que se llevó vendió luégo el célebre cuadro, de Murillo, *El paralítico*, en 116.000 francos (cerca de 464.000 reales).

José se apropió la famosa *Venus*, del Ticiano, que se guardaba en las salas reservadas de la Academia de San Fernando; *La Virgen del Pez*, *La Perla* y *El Pasmo de Sicilia*, obras maestras de Rafael.

Del gabinete de Historia natural, de los depósitos facultativos del ejército, de los ministerios y archivos de Madrid, se llevaron los franceses á su país documentos importantísimos.

De Simancas robaron el testamento de Carlos II, que por fortuna estaba duplicado, muchos papeles referentes á la conquista de Flandes, nuestra correspondencia con la corte de París, y otros muchos.

© Biblioteca Nacional de España

Del Escorial, Toledo, Sevilla, Zaragoza, Valladolid, Burgos, Barcelona, Simancas, y, por fin, en cuantas poblaciones dominaron, dejaron marcada la huella de su paso, que no era la de generales, sino la de salteadores.

Otro historiador calcula solamente el saqueo de Cuenca por el general Caulincourt y los ocho que sufrió después, en más de 30 millones, cifra nada exagerada si se atiende al estado floreciente que entonces alcanzaban sus fábricas y comercio, y á la abundancia de alhajas y vasos sagrados de las iglesias.

El monasterio de la Virgen de Montserrat (Cataluña) tenía su magnífico templo adornado de riquísimos y brillantes donativos de reyes, príncipes y magnates, todos los cuales desaparecieron bajo la rapacidad de los franceses.

Al entrar en Zaragoza, después del segundo y memorable sitio de la heróica ciudad, ya vimos cómo los generales se repartieron las mejores alhajas de la iglesia de la Virgen del Pilar, *á título de regalos que les hacía la Junta*, por valor de tres millones de reales.

Por la destrucción de edificios que realizaron en Salamanca, puede juzgarse lo que fué en ella la estancia de los imperiales; un contínuo desastre en que la *despojaron de todas sus joyas y riquezas*.

León, Avila y Segovia; Logroño, Soria y Santander; Córdoba y Jaén; Teruel, Huesca y Jaca; Pamplona y Badajoz; Tortosa y Tarragona; Bilbao y Tudela, ninguna población, en fin, grande ni pequeña, ciudad, villa ó lugar, se libró de la rapacidad de los imperiales, que pasaron por España como esos vientos terribles del Asia que asolan cuanto á su paso encuentran; porque no satisfechos con el robo de los cuadros y alhajas, destruyeron los edificios, se llevaron importantes documentos, arruinaron los campos y arrojaron por las calles, en la época en que la miseria era mayor, el trigo que no utilizaban. ¡Y esto á la vista de sus propios dueños que perecían de hambre!

Dos excepciones debemos consignar, á fuer de leales historiadores: Mortier en Zaragoza y Suchet en Valencia.

Según decíamos, á fines de Mayo comenzó el movimiento general del ejército anglo-portugués y la derecha y el centro del 4.º *ejército* español sobre la línea que los franceses habían establecido sobre el Duero.

Sorprendidos los franceses por lo imprevisto y brusco del ataque, apenas defendieron aquella línea en que fundaban tantas esperanzas; el general Villate, que cubría á Salamanca, quiso disputar á Wellington su posesión desde las alturas inmediatas, pero retrocedió acometido por los jefes ingleses Fane y Alten, al tiempo que el español don Pablo Morillo desalojaba de Alba de Tormes otra división francesa y cruzaba el río con aquel valor que tanto admiraban nacionales y extranjeros. Los cuerpos acantonados en el Vierzo y Oviedo, mandados en ausencia de Castaños por Girón y Porlier, contribuyeron eficazmente á este movimiento, uniéndose en Villalpando el 4 de Junio, y pocos días después, cruzado el Duero por las fuerzas del ejército de la izquierda y batida en Morales la guarnición bonapartista de Zamora, se correspondieron todas las divisiones de aquel ejército, que subía en total á la respetable cifra de 102.000 combatientes.

Absortos y ciegos los franceses, no defendieron la línea del Duero, pero tampoco la del Pisuerga, retrocediendo á Burgos perseguidos de cerca por Hill, que no les permitió, como la vez pasada, fortificarse en el castillo, que hubieron de abandonar, no sin antes volarlo, operación que consumaron con tan poca precaución que, no habiendo antes apartado los proyectiles cargados, produjo una explosión horrorosa, que redujo á cenizas la fortaleza, arruinó varias casas de la ciudad, quebrantó muchas, y causó grandes estragos en las mismas tropas imperiales reunidas para huir.

José, que de Valladolid había pasado á Burgos, salió de esta ciudad resuelto á hacerse fuerte en la línea del Ebro, sin pensar que lord Wellington, que iba realizando su plan de campaña de admirable manera, había previsto el caso y tomado sus disposiciones para impedirlo.

El 14 y 15 de Junio todo el ejército aliado acampó en la orilla opuesta, que cruzó por Poliente, San Martín de Lines y Puente Arenas.

© Biblioteca Nacional de España

¡Imagínese el lector el azoramiento, el espanto, el terror de los franceses, que hallaban la muerte donde creían encontrar la vida!

A todo riesgo abandonan el desfiladero de Pancorbo, dejando guarnecido el castillo, y al ver á Girón en Balmaseda amenazando á Bilbao comprenden que la batalla es inevitable, y procuran concentrar sus fuerzas en Vitoria, ordenando á las guarniciones de Castro-Urdiales y Guetaria que se trasladen á Santoña y Bilbao.

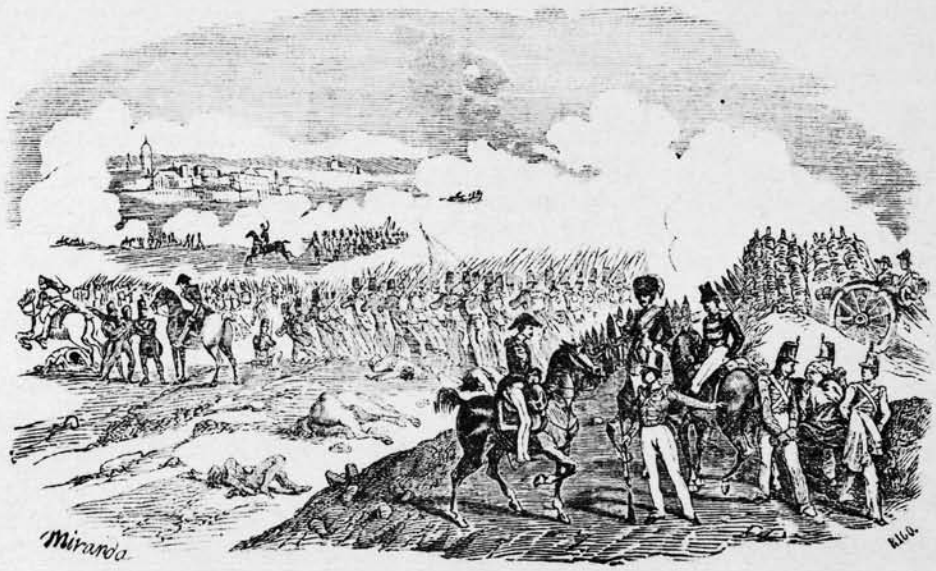
Wellington, á su vez, dispone que Girón y los de Balmaseda marchen por Orduña sobre el enemigo, y él sale de Subijana en la misma dirección.

Se acerca el momento supremo.

La batalla que va á empeñarse en los campos de Vitoria va á decidir de la suerte de España.

Procuremos reseñarla siguiendo las opiniones del insigne historiador Toreno.

La evacuación de Madrid por los franceses permitió disponer del 3.er *ejército* español, que avanzó á la Mancha y Valencia, uniéndose el 6 de Junio en Alcoy y Concentaina con el 2.º *ejército*, con el cual, y siguiendo las instrucciones de Wellington



BATALLA DE VITORIA

debía maniobrar para impedir que Suchet enviase fuerzas contra las tropas combinadas que lidiaban en el Ebro, sin perjuicio de juntarse más adelante con éstas, según lo verificó; y del de *Reserva de Andalucía*, mandado por el conde de La Bisbal, que saliendo de Andalucía siguió por Extremadura hacia Castilla la Vieja, á donde llegó cuando los franceses marchaban en retirada, penetrando en Burgos el 24 de Junio, y recibiendo del duque de Ciudad-Rodrigo la orden de estrechar el castillo de Pancorbo, donde los franceses habían dejado 1.000 hombres de guarnición, hasta tomarlo.

Reconcentrados y agrupados se hallaban el ejército aliado y el francés en dos principales puntos; el uno en las inmediaciones del Ebro y Provincias Vascongadas, y el otro en la parte oriental de España.

Encontrábanse los dos ejércitos dispuestos á librar la ya inevitable batalla en las cercanías de Vitoria.

Tenían los aliados, sin contar las divisiones españolas de Morillo y Girón, 60.340 hombres (35.090 ingleses, 25.250 portugueses), de ellos 9.290 de caballería.

La sexta división inglesa, fuerte de 6.300 hombres, se había quedado en Medina de Pomar.

Mina, por mandato de lord Wellington,

© Biblioteca Nacional de España

persiguió al ejército de Claussel, impidiéndole reforzar á José.

D. Julián Sánchez y sus ginetes, al entrar nuevamente en España lord Wellington en el mes de Mayo, juntáronsele en Tamames con la mayor parte de la segunda división, á que pertenecían, encaminándose al Tormes y á Salamanca, tomando parte en los primeros días de Junio en el choque de Morales, vía de Tordesillas, en que lucieron por su extraordinario brío los lanceros salmantinos, quienes, según declaración de Wellington, en los días 9, 10 y 11 manifestaron mucha actividad sobre la izquierda del enemigo, cogiéndole varios prisioneros. D. Julián Sánchez y sus lanceros fueron luégo agregados á las tropas de Mina para molestar y detener á Claussel, que ignoraba lo que ocurría á sus compatriotas.

Mandaba á los franceses José Bonaparte, teniendo por mayor general al mariscal Jourdan. Su izquierda, compuesta del ejército del Mediodía, bajo las órdenes del general Gazan, se apoyaba en las alturas que terminan en la Puebla de Arganzón, dilatándose por el Zadorra hasta el puente de Villodas. A la izquierda de este río, siguiendo unas colinas, alojaban su centro, formado por el ejército del centro, dirigido por Drouet, estribando principalmente en un cerro muy artillado, de figura circular, que domina el valle á que el Zadorra da su nombre. Extendíase su derecha al pueblo de Abechuco, más allá de Vitoria, y constaba del llamado ejército de Portugal, gobernado por Reille. Los tres cuerpos tenían sus reservas, abrazaban una posición de tres leguas y cubrían los caminos reales de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid. Su fuerza era algo inferior á la de los aliados por hallarse Foy en la costa, Claussel detenido por Mina, y haber salido Macaune escoltando un convoy que se dirigía á Francia.

José se proponía guardar la defensiva, hasta que la mayor parte de sus tropas, que estaban separadas, se le agregasen, de acuerdo con el irresoluto Jourdan.

Dudaba también Wellington, cuando hallándose en las alturas de Nanclares de la Oca, le avisó el alcalde de San Vicente que Claussel había llegado allí (20 de Junio) y pensaba descansar todo el día, y entonces, ansioso de evitar que José recibiera aquel refuerzo, dispuso el ataque.

A la madrugada del 21 rompió el fuego la derecha aliada, regida por el teniente general sir Rolando Hill, y compuesta de la segunda división británica, la portuguesa del conde de Amarante y la española de Morillo, á quien tocó empezar el combate contra la izquierda enemiga, que ejecutó bravamente, y aunque cayó herido no se retiró del campo. Reforzada la izquierda por los franceses, sostuvo Hill á los españoles, y unidos arrojaron á los imperiales de las cimas. Al instante cruzó Hill el Zadorra en la Puebla y embocándose por el desfiladero que forman la altura y el río, embistió y ganó á Subijana de Alava, que cubría la izquierda de las líneas del enemigo, el cual, conociendo la importancia de esta posición, trató en vano de recobrarla, estrellándose sus repetidos ataques en la firmeza y denuedo de las filas aliadas.

Púsose en movimiento el centro británico, compuesto de las divisiones tercera, cuarta, sétima y ligera: dos de ellas atravesaron el Zadorra al ver á Hill dueño de Subijana; la cuarta por el puente del Nanclares, y la ligera por Trespuentes, llegando casi al mismo tiempo á Mendoza la tercera y sétima, que guiaba lord Dalhousie, cruzando ambas el río por más arriba. Por raro que parezca, en su confusión los franceses no habían cortado ningún puente.

Una vez el centro británico en la izquierda del Zadorra, arremetió de orden de Wellington al enemigo y el cerro en que se apoyaba, mientras Hill acosaba la izquierda francesa, estrechándola contra su centro y procurando desencastillarla, hallando firmes á los imperiales, contra los cuales dirigieron los ingleses dos baterías á fin de batir el cerro fortalecido, que cedieron al fin. Tras largo batallar replegóse el centro y la izquierda francesa camino de Vitoria, dejando en poder de la tercera división inglesa 18 cañones. Prosiguieron los aliados avanzando hacia la ciudad, formada su gente por escalones en dos y tres líneas, y los franceses, no desconcertados del todo, recejaban en buen orden, sacando ventajas de cualquier descuido, siendo víctima de uno la brigada in-

© Biblioteca Nacional de España

glesa de Colville, que, más adelantada, desvióse y perdió 550 hombres.

Si de tal modo se batían la derecha y el centro de los aliados, no estaba ociosa la izquierda, junta toda ó en inmediato contacto, porque la tropa de D. Pedro A. Girón, que era la más alejada, llegó el 20 á Orduña procedente de Balmaseda, prosiguió su marcha, y el 21 se avistaba Girón con el teniente general inglés, sir Tomás Graham, en Murguía, saliendo Graham, tras breve conferencia, para tomar parte en la batalla comenzada, y quedando Girón encargado de sustentar las maniobras de aquél y entrar en lid si era preciso.

Hasta las diez de la mañana no llegó Graham al sitio que lord Wellington le había destinado para batallar, y en el cual tenían los franceses alguna infantería y caballería avanzada sobre el camino de Bilbao, descansando su derecha en montes escabrosos y ocupados los pueblos de Gamarra y Abechuco, importantísimos para la defensa de los puentes del Zadorra en aquella parte. Bien pronto dispuso atacar Graham las alturas enemigas por frente y flanco, con la brigada portuguesa del general Pack y la española de Longa, sostenida por la de dragones ligeros á las órdenes de Ansón, y la quinta división inglesa de infantería, mandada toda esta fuerza por el mayor general Oswald, con tal denuedo, que Longa se apoderó del pueblo de Gamarra Menor, y Robinsón, con la quinta, de Gamarra Mayor y tres cañones. Siguió Graham contra Abechuco con la primera división inglesa, logrando tomarlo y coger en el puente mismo tres cañones y un obús. Temeroso el francés que dueños los aliados de Abechuco quedase cortada su comunicación con Bayona, destacaron por la derecha un numeroso cuerpo para recuperarlo, pero en vano, pues Graham, con justificada previsión, había atronerado las casas vecinas al puente, plantado cañones por los costados y ocultado algunos batallones detrás de paredes y vallados, logrando repeler victoriosamente tres ataques de los imperiales.

No juzgando conveniente empeñar refriega con dos divisiones de infantería que mantenían de reserva los franceses en la izquierda del Zadorra, aguardó para verificarlo á que el centro é izquierda de los enemigos fuesen arrojados contra Vitoria por el centro y la derecha de los aliados. A las seis de la tarde se realizó este esperado suceso, y las dos divisiones citadas, temiendo ser embestidas por la espalda, abandonaron su posición; entonces pasó Graham el Zadorra y se asentó en el camino que de Vitoria conduce á Bayona, obligando á toda la derecha francesa á que se dirigiese por el camino de Pamplona.

Al ver que no podían sostenerse en ningún punto, que eran arrojados contra Vitoria y puestos en fuga, declaróse en el campo francés el más completo desorden, comenzando una huída desalentada, en que lo abandonaron todo, artillería, bagajes y almacenes, no conservando más que un cañón y un obús.

Calculóse la pérdida de los imperiales en la batalla de Vitoria en 151 cañones y 8.000 hombres entre muertos y heridos, y sólo 1.000 prisioneros por la rapidez con que huyeron y por el amparo que les prestó la noche y lo áspero del terreno.

La de los aliados fué de 5.000, de ellos 3.300 ingleses, 1.000 portugueses y 600 españoles.

José, estrechado de cerca, tuvo al retirarse que montar á caballo y abandonar su coche, en que se cogieron pliegos, cartas y oficios, una espada que la ciudad de Nápoles le había regalado y otras cosas de lujo y curiosas, *con alguna que la decencia y buenas costumbres no permiten nombrar*.

Jourdán perdió también el bastón de mariscal, que, venido á manos de lord Wellington, lo envió como trofeo al Regente de Inglaterra, quien le premió con el de Feldmariscal de la Gran Bretaña, merced otorgada á muy pocos.

Todo el inmenso y rico convoy que el intruso José y sus generales habían sacado de Madrid cayó en poder de los aliados, con la artillería allí depositada y las cajas militares llenas de dinero, que se repartieron los vencedores, y de cuya riqueza alcanzó buena parte á los vecinos de Vitoria y de los barrios inmediatos.

Estableciόse en el campo un mercado don-

© Biblioteca Nacional de España

de se trocaba todo lo aprehendido. Por el suelo, estropeados y aun destruídos, se veían la pedrería, alhajas, ropas, bebidas, manjares, armas y municiones.

Y conste que la reconquista de lo que los franceses se llevaban de España no fué completa por haber salido una gran parte de aquel rico convoy, escoltado por el general Macaune á las cuatro de la mañana del 21, día mismo de la batalla, llevando los célebres cuadros del Ticiano y de Rafael, los raros ejemplares del gabinete de Historia natural, de Madrid, y otros muchos efectos, quizás los mejores y más escogidos.

Los españoles del partido del intruso José Bonaparte corrían por el campo dando gritos, llorando por la riqueza perdida, por el hijo prisionero, por el padre ó el esposo amenazados.

¡Aquel vasto campo, que había servido momentos antes para sanguinaria lucha, se trocó en verdadero valle de lágrimas!...

Lord Wellington se portó dignamente con muchos de los afrancesados, enviándolos, con especialidad á las mujeres de los oficiales, á Pamplona con bandera de tregua, poniendo en libertad á la condesa de Gazan y permitiéndola ir á juntarse con su marido en el mismo coche suyo, en que había sido cogida con lo demás del botín.

¡Terrible fué el golpe que los franceses sufrieron con la pérdida de la renombrada batalla de Vitoria, perdiendo el vestuario, las municiones, y lo que es más, aquella disciplina y aquella confianza que parecía hacerlos invulnerables!

Sin estancias en lo interior de España, sin defensa las del Ebro, deshechos sus batallones en las Vascongadas y Navarra, no les quedaba más recurso que evacuar España y disponerse á defender su territorio, la Francia, que era muy de temer que fuese pronto invadida por los aliados.

¡El cambio, como se ve, no podía ser más radical!

Además del cargo de feld mariscal que otorgó el Regente á lord Wellington, vióse éste honrado en su país con nuevas mercedes; el Parlamento británico acordó un voto de gracias á los ejércitos aliados, y las Cortes españolas, á propuesta de Argüelles, concedieron al duque de Ciudad-Rodrigo el sitio y posesión real conocido en la vega de Granada por el *Soto de Roma*, con inclusión del terreno llamado las *Chandinas*, para él y sus sucesores; y el general D. Miguel Alava recibió del Ayuntamiento, á nombre de los hijos de Vitoria, su ciudad natal, una magnífica espada de oro, en que iban esculpidas las armas de su casa y de Vitoria, acordando la citada corporación mandar grabar un cuadro que representase la entrada en la ciudad al frente de un regimiento de caballería, de este valiente general.

Retirada de los imperiales á Francia.

Aterrados los imperiales, huyeron de los campos de Vitoria buscando su salvación en Francia, mas no por Irún, camino el más directo, por miedo de Girón y de su ejército, sino por Pamplona, llegando á esta plaza en tal desorden y confusión, que, encontrando las puertas cerradas y sin ánimo para esperar que las abrieran, saltaron por las murallas, perseguidos por el centro y la derecha del ejército aliado, que no pudo alcanzarlos, así por la rapidez con que huían, como por una horrorosa lluvia que duró dos días.

En Pamplona celebraron consejo los generales bajo la presidencia de José, opinando algunos por volar las fortificaciones, lo que no hicieron porque el intruso se opuso, ordenando, por el contrario, se la abasteciera de cuanto, por fuerza ó de grado, pudiera recogerse en aquellas cercanías, á fin de que protegiese la retirada.

Cuando los aliados llegaron á la vista de Pamplona, aún pudieron distinguir á lo lejos la retaguardia del ejército imperial, que corría á guarecerse en Francia.

Las tropas que componían la derecha inglesa, al mando de Hill, emprendieron la persecución del ejército de José, que se dirigía á Francia por tres de los cinco puntos principales con que Navarra comunica, el puerto de Arraiz en el Valle de Ulzama, con rumbo á Donamaría y Valle de San Esteban de Lerín hasta Lesaca y Vera, partido de las cinco Villas de la Montaña, internándose luégo en Francia con dirección á Urrugne,

© Biblioteca Nacional de España

por donde iba José con el ejército del centro, cuyos soldados, al ver su tierra natal y las frondosas márgenes del Nive y el Adour, lloraron de júbilo; el de Portugal, por Velate y Valle de Baztán; y el del Mediodía, por Roncesvalles, y todos, oficiales y soldados, cruzaban alegres la frontera buscando en su patria la salvación y el descanso, huyendo gozosos de España, que representaba para ellos la persecución, la derrota y la muerte.

Hill, observando las órdenes de Wellington, los dejó entrar en Francia, sin emprender contra ellos operación ninguna seria.

Foy, que llamado por José había recogido varias guarniciones, entre ellas la de Bilbao, amenazada por Mendizábal, al saber el triste resultado de la batalla de Vitoria trató de poner en salvo su ejército (12.000 hombres) dirigiéndose á Francia.

Lord Wellington, que había dispuesto la persecución de José y el grueso del ejército enemigo con el centro y la derecha de los aliados por Pamplona, dispuso que la izquierda, compuesta de las tropas de Girón y de la división de Longa, se dirigieran el 22 por la Calzada de Vitoria á Irún tras el convoy que, custodiado por Macaune, había salido de Vitoria la madrugada de la batalla, y aunque causas imprevistas retardaron algo el movimiento, Longa, que iba delante, aceleró la salida de Mondragón del enemigo cogiéndole 90 prisioneros, y quedando el general Foy levemente herido y más de 300 hombres fuera de combate. Temeroso de que Girón y Longa tuvieran que combatir no sólo á Macaune si que también á Foy y los italianos, ordenó el duque de Ciudad-Rodrigo á Graham marchar con toda la izquierda británica por el puerto de San Adrián hacia Villafranca á fin de colocarse, si era posible, á la espalda de Foy, orden que no ejecutó el inglés con la premura debida quizá por causa de lo escabroso del terreno.

Merced á la resistencia de Mondragón pudo Foy reunir los italianos y franceses en Vergara y librarse de Girón, que le estrechaba por el frente, y de Graham, que le amenazaba por la espalda, llegando á situarse cerca de Tolosa de Guipúzcoa, cubriendo el camino de Francia y el de Pamplona, dispuesto á hacer frente á los aliados.

Resueltos los nuestros á ahuyentar de Tolosa á Foy y conquistar las posiciones que tenía, entre seis y siete la tarde del 25 de Junio comenzaron un ataque general.

Ocupaba el enemigo la cima de una montaña entre las carreteras de Vitoria y Pamplona, de donde lo arrojó el coronel inglés Williams; la izquierda la apoyaba en un reducto casi inexpugnable, que Longa le arrebató, al tiempo que el general Mendizábal arrojaba la derecha imperial de una montaña cortada por un enriscado y profundo barranco.

Tuvo Foy que retirarse á Tolosa, cuya villa había fortificado, aspillerando sus muros, así como diversos conventos y edificios, contando además en la plaza con un fortín portátil de madera.

Tan firme y resuelto fué el ataque de los aliados, que bien pronto entraron en Tolosa, y Foy tuvo que retirarse á Andoaín cortando el puente.

Grahan, deseoso de saber si Wellington había avanzado á Pamplona, se detuvo dos días en Tolosa; no así Girón que siguió persiguiendo á Foy hasta obligarle á meterse en Francia, lo cual hizo prontamente al saber la derrota de José y la salvación de Macaune con el convoy.

Al ver Girón que todavía los franceses conservaban algunos puestos en la frontera española, encargó de su destrucción al brigadier Castañón, quien los atacó bravamente en el puente del Bidasoa con el regimiento de la Constitución y la compañía de cazadores del de Asturias.

Manteníanse firmes los imperiales por tener fortificadas las cabezas del puente, y para arrojarlos empleó Girón una compañía española de artillería á caballo, manejada por D. Pablo Puente, y otra inglesa mandada por el capitán Dubourdieu, las cuales, con sus certeros tiros, obligaron al francés á quemar el puente, retirándose (1.° de Julio), cabiéndole á Girón la alta gloria de haber sido el primero que por aquella frontera arrojó de España á nuestros tenaces invasores.

Casi á la misma hora, Longa tomaba los fuertes del importante puerto de Pasajes, aprisionando 147 hombres; y el conde de La

© Biblioteca Nacional de España

Bisbal se hacía dueño de los dos castillos de Pancorbo, Santa María—tomado por asalto el 28 de Junio,—y Santa Engracia el 30—por capitulación,—espantados sus defensores de ver la manera ideada por el comandante de ingenieros D. Manuel Zapino, secundado por los oficiales de artillería Ferraz, Saravia y Gutiérrez de subir las piezas de artillería, para cañonearle, á la loma de la Cimera, dejando 700 prisioneros en poder de D. Enrique O'Donnell, quien, siguiendo las instrucciones del Lord se dirigió por Logroño y Puente la Reina á Pamplona, en cuyas cercanías apareció en los comienzos del mes de Julio.

El mensajero.

En la madrugada del 23 de Junio de 1813, algunos ginetes, llevando á la cabeza otros dos, á los que parecían escoltar, avanzaban á todo el galope de sus caballos por la carretera de Francia á Madrid.

El fresco viento que venía del puerto de Somosierra, era aspirado con gozo inefable por nuestros ginetes y por sus cabalgaduras, especialmente por las de los dos que parecían superiores ó jefes, y que, jadeantes y ensangrentados los hijares por las aceradas puntas de la espuela, empapadas en sudor y la boca cubierta de espuma, indicaban bien á las claras que traían una larga jornada.

Los campos, cuajados de espesos trigos y de olorosas flores que embalsamaban la atmósfera convidaban con su grato perfume y su deliciosa vista á la contemplación.

El arroyuelo cercano recreaba la vista y el oído con sus clarísimas aguas y su alegre murmurio, música la más delicada y alegre para el cansado viajero.

Los pájaros entonaban sus más bellos cantos y sus más dulces melodías...

La Naturaleza entera se extremecía de júbiló.

El grupo de ginetes avanzaba cada vez con mayor celeridad, destruyendo los hijares de los caballos, atravesando con la rapidez del relámpago San Sebastián de los Reyes, Alcobendas, Fuencarral y Chamartín sin detenerse un instante.

Y... ¡caso raro! apenas los ginetes abandonaban los pueblos, se oía el repique de las campanas de la iglesia, se escuchaban los gritos de júbilo de sus habitantes, y rasgaban al viento algunos cohetes...

¿Quiénes eran aquellos hombres, que iban dejando tras ellos una luminosa estela, y por qué á su salida de los pueblos repicaban alegres las campanas y resonaban los gritos de júbilo?...

Eran el doctor D. Luis Peñaranda y el abate D. Félix Manzanilla, que fugado el primero de su cárcel de Francia, con la ayuda y el oro que la condesita y su tío dieron al segundo, han asistido á la batalla de Vitoria, tomando parte en ella, y que después de pelear como valientes corrían hacia la capital, deseosos de ser los primeros en traer la noticia de aquel triunfo glorioso que entrañaba la salvación de España, cumpliendo así el doctor como patriota y como amante, y el abate como buen español y noble amigo.

Los dos jóvenes habían encontrado algunas horas antes en Fuente el Fresno á Perico Fernández *(El Zurdo)* y á sus guerrilleros, los antiguos soldados del Abate, que venían sirviéndoles de escolta, más satisfechos, más alegres y más orgullosos que si fueran sirviendo al mismo Fernando el *Deseado*.

Al pasar por todos aquellos pueblos, en donde era tan conocido, y en donde contaba con tantos amigos, el *Zurdo*, interrogado por los habitantes, tan sólo contestaba:

—¡Alegráos!... ¡Hemos triunfado!...

—¿En dónde?...

—En Vitoria... ¡Ya somos libres!...

Y los campesinos arrojaban al viento sus sombreros y sus monteras, el sacristán echaba á vuelo las campanas, las mujeres salían á los balcones y á las puertas á comentar la noticia, los mozos prendían fuego á los cohetes preparados para la verbena de San Juan, y el contento y la alegría se extendía por el campo y por la villa.

—¿Falta mucho, D. Félix?—preguntó el Doctor al salir de Chamartín.

—Una legua escasa. Mire V. las torres de Santa Cruz y San Francisco, y el alcázar... Y, á propósito, ¿á dónde nos dirigimos primero?...

—Al ayuntamiento;—contestó el Doctor.

© Biblioteca Nacional de España

—Yo creía...—dijo el Abate.

—No, D. Felix; antes que amante soy español y patriota, y nuestro deber es ir al ayuntamiento á participar el triunfo alcanzado por nuestros ejércitos; desde las Casas Consistoriales iremos al palacio del marqués; después del deber el amor.

—¡Es V. un verdadero caballero!

—Usted, en mi lugar, haría lo mismo; no hay más que una patria y una madre.

—Es que la condesita le adora á V. con todo su corazón.

—¿Acaso lo que ha hecho no lo prueba sobradamente? ¿Acaso no conozco su hermoso corazón y su noble alma?

—Pedro, ¿no me has dicho que D. Juan Martín está en Madrid?—preguntó el Abate al *Zurdo*.

Pedro, adelantando un poco su caballo, respondió:

—En Madrid está el héroe de España y de Guadalajara; le llamó el Ayuntamiento cuando los franchutes abandonaron la capital. Descuide su mercé que no tardaremos en verle.

Habían llegado á la puerta de Fuencarral.

Eran las siete de la mañana.

Las fuencarraleras y los vendedores que de los pueblos cercanos venían á Madrid con frutas y hortalizas, los seguían corriendo, y contando á sus amigos, á sus conocidos y á cuantos hallaban al paso, quiénes eran aquellos dos ginetes cubiertos de polvo, tostados por el sol, llenos de sudor y fatiga, y cuyos caballos apenas podían continuar la vertiginosa carrera que traían.

La cabalgata cruzó rápidamente la calle de Fuencarral y entró en la de la Montera.

Grupos numerosos, que engrosaban á cada paso con nuevos transeuntes, á quienes atraían los gestos, la actitud y las entusiastas voces de los primeros, seguían á los ginetes comentando la noticia de nuestra victoria, pero sin atreverse á darla cumplido crédito. Nuestros amigos desembocaron en la Puerta del Sol dirigiéndose al ayuntamiento.

¿Existen presentimientos secretos, esos movimientos íntimos que hacen entrever y presagiar lo que va á acontecer?

¿Será cierto que la criatura escucha en ocasiones voces interiores en el cerebro que la llevan á pronosticar el porvenir?

¿Merecen crédito los que afirman que algunos seres poseen un don sobrenatural y una gracia particular que se traduce en un espíritu de profecía?

¿Por qué la condesita no había podido dormir aquella noche, pensando en el doctor Peñaranda y contemplándole cerca de ella con la frente coronada de laureles?

¿A qué respondía que muy temprano se hubiera arrojado del lecho, encaminándose á la iglesia de San Felipe, y que escuchara toda la misa intranquila, desasosegada, distraída?

¿Cómo al salir, en lugar de regresar inmediatamente á su casa, según tenía por costumbre, se había detenido en las famosas gradas, lugar de cita de los desocupados, galanteadores y maliciosos, sin decidirse á abandonar aquel lugar, mirando hacia la Puerta del Sol con una fijeza que en vano pretendía vencer?

Ni ella lo sabía, ni nadie habría podido explicarlo.

Lo cierto es que tras de sus ojos fijáronse sus oídos en el confuso rumor que venía de la Puerta del Sol, que quiso alejarse de aquel sitio, y que sus pies parecían clavados á la tierra y su vista arrastrada hacia la calle de la Montera por un poder misterioso y sobrenatural.

El confuso rumor de aquellas voces aumentó extraordinariamente.

Grupos de niños, de hombres y mujeres desembocaron de la Puerta del Sol á la calle Mayor, mientras en las gradas de la iglesia los frailes de San Felipe, los devotos que salían del templo, todos cuantos allí había contemplaban á los que llegaban.

De pronto los grupos abrieron calle y dejaron paso al Doctor y al Abate que, escoltados por los guerrilleros del *Zurdo*, se encaminaban al ayuntamiento.

La condesita miró primero indecisa, luégo turbada, después radiante; de sus ojos brotaron lágrimas, de sus labios sonrisas, y corriendo como una loca hacia su palacio desapareció gritando:

—¡Tío, tío de mi alma!... ¡Es él!... ¡Es él!...

El doctor Peñaranda y el Abate habían

© Biblioteca Nacional de España

llegado á la Plaza de la Villa, seguidos de todo el pueblo, y al ver en el balcón del ayuntamiento al alcalde de Madrid, el renombrado patricio D. Pedro Sainz de Baranda, sin desmontar del caballo y para que todos pudieran oirlo, exclamó D. Luis en alta voz:

—Señor alcalde, hemos vencido: el ejército aliado, mandado por lord Wellington, ha derrotado por completo al de José en los campos de Vitoria; los imperiales huyen á Pamplona y á Francia perseguidos por los nuestros; 150 cañones y 8.000 muertos, con el camino de Francia, que se halla en nuestro poder, han sido el fruto de esta gloriosa jornada que asegura la libertad de España y la huída de nuestros enemigos.

¿Sería cierto lo que aquel joven decía?

Todos estaban pendientes de sus labios.

—Este parte no es oficial: V. E. lo recibirá sin duda en breve plazo. Nosotros, añadió señalando á D. Félix, hemos tomado parte en la batalla, y por razones particulares apenas terminada hemos emprendido el camino de Madrid. ¡Gloria á España y gloria al ejército libertador!

Estos gritos de D. Luis Peñaranda, que desapareció con el Abate, fueron repetidos con vehementísimo entusiasmo por todos los presentes, juzgando el triunfo de nuestra justa causa completo y definitivo.

Con efecto, aquella misma mañana llegaba á Madrid el parte oficial de la batalla de Vitoria y de nuestra victoria.

Cuando el doctor Peñaranda llegó á casa de su amada Isabel, tuvo lugar una escena de amor y de reconocimiento indescriptible. La condesita, valiente en el peligro, se veía cobarde ante la dicha, y D. Luis y el marqués tuvieron que sostenerla en sus brazos para que no cayera.

El Abate, que discretamente se había apartado á un lado, fué bien pronto llamado por Isabel, para que, en unión del marqués, cuyos ojos vertían dulces lágrimas, fuera testigo de una dicha á la que, según confesión del doctor, tanto había contribuído D. Felix.

Minutos después entraba en el palacio del marqués de la Castellana D. Juan Martín conducido por Pedro Fernández, que no había parado hasta encontrarle, y participarle la noticia, y mientras el *Empecinado* estrechaba con la mayor efusión la mano del doctor Peñaranda y del Abate, el *Zurdo* corría en busca de su Paca, la maja más *salitrada*, según él decía, del barrio de Toledo y sus contornos.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO IX

LOS ESPAÑOLES EN FRANCIA

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martinez, número 1
—
1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LOS ESPAÑOLES EN FRANCIA

Prosigue la lucha.—Navarra.—Aragón.—Cataluña.—Soult es nombrado generalísimo de las tropas francesas.—Cerco y toma de San Sebastián.

Al comenzar en Mayo el avance del ejército aliado, Mina, con el deseo de llamar la atención de las tropas francesas, se dirigió el 16 de Junio á la carretera de Vitoria, cerca de Albaina, con 100 caballos, arrojó por la noche del lugar de Zurbito á los franceses que lo saqueaban, y pasó á cuchillo la mayor parte de éllos.

Cuando el ejército aliado se acercaba á Vitoria, recibió orden de Wellington de no perder de vista la división del general Claussel y de impedir que llegase á la ciudad, tarea que ejecutó unido al intrépido D. Julián Sánchez y sus ginetes de tan admirable manera que Claussel marchaba como aislado y á ciegas.

Trató Claussel de llegar á Vitoria al siguiente día de la batalla (22 de Junio) cumpliendo los mandatos de José, sin saber lo acontecido, observado por Mina y Sánchez y la brigada del general Pakenham, que, según dijimos, había quedado en Medina de Pomar para asegurar al ejército el recibo de socorros, municiones y víveres; pero en lugar de avanzar retrocedió Claussel á Logroño, que abandonó el 24 de Junio, llevándose la guarnición, marchando por la izquierda del Ebro, que atravesó por Lodosa, llegando el 25 á Calahorra y el 26 á Tudela; y como en esta ciudad supiera el desastre de Vitoria y viera las tropas de Mina y las de Pakenham persiguiéndole por ambas orillas, cogió la guarnición francesa de Tudela y se dirigió á Zaragoza, donde entró el 1.º de Julio; pero el miedo, que no le abandonaba, le hizo situarse sobre el Gállego para buscar la huída, que emprendió por Jaca y Canfranc, llegando por fin á Oloron (Francia), donde se entendió con las demás tropas imperiales huídas como las suyas.

Libre y desembarazado de los enemigos, estableció lord Wellington su cuartel general en Hernani, punto el más á propósito para rechazar cualquier invasión de la parte de Francia y dirigir los sitios y la reconquista de Santoña, San Sebastián y Pamplona, únicas plazas que los imperiales tenían por aquella parte.

En dos meses de campaña habían sido libertadas del enemigo la Extremadura alta y baja, las dos Castillas, las tres Provincias Vascongadas y Navarra.

Para completar sus planes había dispuesto el duque de Ciudad-Rodrigo otras operaciones que cooperasen al éxito de la campaña, tan favorablemente comenzada, entre ellas una expedición á las costas de Cataluña y el ataque por los ejércitos 2.º y 3.º á la línea del Júcar (Valencia), para obligar al mariscal Suchet ó á abandonar las plazas del

© Biblioteca Nacional de España

Ebro, perdiendo aquellas ricas presas, ó á desmembrar sus fuerzas y cortarse la retirada.

El 3 de Junio desembarcó en Tarragona la expedición salida de Alicante el 31 de Mayo, mandada por el general inglés sir Juan Murray, y compuesta de 14.000 infantes y 700 caballos, entre españoles, ingleses y anglo sicilianos, y mientras se preparaba el asedio de la plaza se destacó una brigada contra el castillo *Coll de Balaguer*, cuya guarnición se rindió, colocándose el capitán general de Cataluña, D. Francisco Copons, en el camino de Altafulla para cubrir el otro camino de Barcelona.

El gobernador francés de Tarragona se preparó á la defensa.

Suchet, dejando á Harispe al cuidado de la línea del Júcar, marchó en su socorro, y de Barcelona llegaron también en auxilio de la plaza 8.000 hombres, seguidos de todo el ejército de Cataluña.

Murray, en lugar de mostrar la actividad y el valor necesario en aquellos instantes, al verse amenazado se reembarcó, sin otra hazaña que volar el *Coll de Balaguer* y llevarse 18 cañones; pero encallando sus buques en los Alfaques perdió cinco de los mejores.

Sometido en Inglaterra á un consejo de guerra, obtuvo en su favor una sentencia que nadie le envidió ni podía envidiarle, pues si en ella se salvaban *sus intenciones* en cambio se lastimaba *su capacidad*.

Otra tentativa hecha por el barón de Eroles en la parte de Palamós (Gerona) tampoco dió los resultados apetecidos.

El duque del Parque, con el 3.er ejército, sufrió también un mal golpe en Carcagente.

Gozoso volvía Suchet á la línea del Júcar y á los jardines de Valencia cuando supo la derrota de los imperiales en Vitoria.

¿Qué hacer?

El ministro de la Guerra de Napoleón—pues como ya hemos dicho en otra ocasión, Napoleón y sus ministros eran los que desde Francia disponían, sin permiso de José, lo que debían hacer los generales que maniobraban en la Península—le había prevenido que se sostuviera esperando la segunda campaña del emperador contra la Rusia; pero las circunstancias eran difíciles, y Suchet, aunque con harto sentimiento, abandonó el 5 de Julio la hermosa ciudad de Valencia—que fué ocupada por los espapañoles,—pero dejando fuertes guarniciones en Denia, Murviedro, Peñíscola, Morella y Tortosa, desde cuyo pueblo, y variando de camino, se dirigió á Aragón, recogiendo al paso las fuerzas sobrado esparcidas del general Musnier, y ordenando al general Paris, que estaba aprisionado dentro de los muros de Zaragoza por Mina, que viniera á juntarse con él en Mequinenza.

Paris, para salvarse, decidió acometer dos veces á los nuestros, que le rechazaron con grandes pérdidas, teniendo al fin que evacuar aquella inmortal Zaragoza, á tanta costa ganada, dejando guarnición en la Aljafería, y cortando uno de los ojos del puente á fin de retardar la persecución.

Mina, deseoso de no perder tiempo, renunció á la gloria de ser el primero que pisara aquella tierra sagrada, y dejando al general Durán, que se le había unido, el cuidado de conquistar la Aljafería, vadeó el Ebro, seguido de D. Julián Sánchez y de sus lanceros, corriendo tras de Paris, cuyas fuerzas logró alcanzar en Leciñena y Alcubierre, derrotándolas, y apoderándose en la última de la artillería y del rico botín que los imperiales habían sacado de Zaragoza, entrando el general Paris en Francia por la vía de Jaca, con grandísimos trabajos y con sus fuerzas vencidas y muy mermadas.

Suchet cruzó el Ebro el 15 de Julio por Mequinenza, Mora y Tortosa, llegando á Villafranca del Panadés con deseo de acudir en socorro de Barcelona ó de Tarragona, seguido del general inglés W. Bentinck—sucesor de Murray,—de Copons, y la división española de Wittingham, del duque del Parque, y luégo de Sarsfield.

Habiendo llegado á reunir Suchet 30.000 hombres, salvó los 2.000 que guarnecían á Tarragona, voló las fortificaciones y defensas de esta plaza, y se retiró á la línea del Llobregat.

Ya se disponían nuestras divisiones á avanzar contra él cuando recibieron orden de lord Wellington de acudir á Navarra.

Durán, que operaba en Aragón con la di-

© Biblioteca Nacional de España

visión soriana, entró en Zaragoza por consejo de Mina cuando Paris la abandonó. Habiendo convocado á los trabajadores, éstos se dieron tal maña que en pocas horas habilitaron el puente cortado, que pudieron cruzar aquella tarde caballos y cañones. No anduvo tan enérgico en la rendición de la Aljafería, cuyo ataque prolongó mucho, dando tiempo á que Mina regresara, y entrando en Zaragoza, donde fué recibido con frenético entusiasmo, lo rindiera el 2 de Agosto, contribuyendo á este feliz resultado la explosión de un depósito de granadas de los imperiales que arruinó un lienzo de muralla, marchando Durán, de orden de Wellington, en ayuda de las tropas de Cataluña.

Daroca, Mallén y otros fuertes se entregaron á Mina, en un breve plazo, no quedando á los imperiales más que Jaca y Monzón, contra los cuales envió alguna gente, en tanto que él, cumpliendo las instrucciones del duque de Ciudad-Rodrigo, volvía á Navarra á cooperar al sitio de Pamplona.

El mariscal Soult, nombrado por Napoleón su lugar-teniente en España, dando pruebas de una actividad prodigiosa, refundió todos los ejércitos imperiales que habían combatido en España, y repasó la frontera con uno, que dividió en tres cuerpos, á las órdenes de los generales Claussel, Reille y Erlon, con una reserva, á cuyo frente puso á Villate, agregando á ella la caballería ligera y pesada que regían Tilly y Treillard.

La proclama que dirigió á este ejército era una excitación al pillaje, cual si creyera que sólo hablando á sus soldados del robo y el botín podía conseguir que lucharan de nuevo contra los heróicos españoles y sus valientes aliados.

Hé aquí uno de sus párrafos:

«Plantaremos en breve nuestras tiendas en tierra española, y de ella sacaremos cuanto nos sea necesario.

Fechemos en Vitoria nuestros primeros triunfos y celebremos allí el día del cumpleaños del emperador.»

Poco después salió en busca de los aliados, que se hallaban delante de San Sebastián y Pamplona.

Los anglo-portugueses habían puesto cerco á San Sebastián, ciudad entonces de unas 13.000 almas, asentada al pie de un monte rodeado de mar menos por un punto bastante angosto que conserva las comunicaciones con tierra, plaza fuerte por la naturaleza, defendida por el hornabeque de San Carlos y el recinto principal, cuyos fuegos protegía el castillo de Santa Cruz de la Mota, que corona el fuerte, y defendían 4.000 imperiales á las órdenes del general Rey.

Sir Graham, que había observado algunos puntos accesibles por la parte del Urumea, río de pobre caudal, sobre todo en las mareas bajas, dispuso el levantamiento de algunas baterías en las alturas que dominaban aquella posición para batir los cubos de *Hornos* y *Amezqueta*, dirigiendo principalmente sus tiros contra el convento de San Bartolomé, situado á unas 600 varas por el citado itsmo, empleando la bala roja hasta destruirlo, acometiendo luégo á la bayoneta sus ruínas, tras de las cuales se defendían los enemigos con gran tesón.

A los ocho días, rechazada su propuesta de rendición y abierta brecha entre los dos cubos, lanzó por ella al asalto á la brigada Hay que fué rechazada.

Lord Wellington se disponía á ordenar un nuevo asalto cuando supo la invasión de España por Soult; entonces convirtió el sitio en bloqueo, retiró la artillería y marchó al encuentro del mariscal (Julio de 1813).

Habían penetrado nuevamente en España las tropas imperiales por el puerto de Maya y Roncesvalles, dirigiéndose hacia Pamplona, pero sin contar con el talento militar del duque de Ciudad-Rodrigo, que les había cerrado todos los pasos merced á instrucciones claras y precisas enviadas á todos los jefes de las fuerzas aliadas; de suerte que á los ocho días de cruzar los imperiales por sendas escabrosas, ásperas montañas y riscos innaccesibles, y de continuo batallar durante siete días, del 25 al 31 de Julio, con Hill, y el conde de La Bisbal, que había llegado de Pancorbo, ocupaban las mismas posiciones que á su entrada (1.º de Agosto), y eran repelidos con tal bizarría que perdieron sobre 8.000 hombres, y Soult hubo de retirarse á Francia con tan enormes bajas y frustrada la esperanza de socorrer á Pamplona y conquistar de nuevo á España.

© Biblioteca Nacional de España

Los bonapartistas que habían quedado de guarnición en Pamplona quisieron hacer una salida, pero lo impidió el general español D. Carlos España, encargado por Wellington de la continuación del sitio durante la ausencia de D. Francisco Espoz y Mina.

Napoleón, luégo de achacar el desastre de Vitoria á la impericia de José y á la irresolución de Jourdan, había nombrado por su lugar-teniente en España al mariscal Soult (Dresde 1.° de Julio de 1813), según dijimos.

¡Qué gran vergüenza para José! ¡Qué infamia por parte de Napoleón, que ni respetaba los sagrados vínculos que le unían á su hermano José, ni agradecía los servicios que le había prestado en París, en Nápoles y en España, relegándole al más triste y desairado papel!

Aunque Napaleón había ganado en la nueva campaña que había emprendido contra los aliados las batallas de Lutzen, Bautzen y Wurtchen, tuvo que aceptar el armisticio de Plesswitz (4 de Junio de 1813) y la celebración en Praga, por mediación del Austria, de un congreso de las potencias beligerantes, en el que era muy de temer no hubiese acuerdo ni se llegara á firmar la paz, teniendo en cuenta que Napoleón siempre quería imponer su voluntad y humillar á sus contrarios, y éstos no estaban ya dispuestos, vistos sus recientes fracasos, á someterse incondicionalmente á sus caprichos.

Como era de esperar, el armisticio de Plesswitz y el congreso en Praga de las potencias beligerantes para tratar de la paz, no dió resultado alguno por las exigencias de Napoleón, separándose más enemigas que nunca; Bonaparte pensaba arrastrar tras sí al Austria por su nueva mujer, la archiduquesa María Luisa, pero el Austria, cansada de tantas vejaciones se unió á sus enemigos, entrando á formar parte de la sexta coalición de las potencias continentales en 1813.

Lord Wellington, al que no sorprendía suceso alguno, y cuya calma no alteraban los cambios de fortuna, volvió tranquilamente á continuar el sitio de San Sebastián, que por la entrada de Soult se había visto obligado á interrumpir.

Abierta nueva brecha, el 15 de Agosto se dió el asalto por los anglo-portugueses, trabándose una sangrienta pelea, y la inesperada explosión de un almacén de materias combustibles, aumentando los horrores del combate, obligó á los imperiales á guarecerse en el castillo.

El 31 de Agosto penetraron los vencedores, pero ¡ay! ¡ojalá que no penetraran!

No hay historiador que al ocuparse de la entrada de los aliados en San Sebastián no sienta temblar la mano sobre el papel...

El pueblo salió á recibir á los anglo-portugueses como á sus libertadores, y su cariño fué pagado de un modo que horroriza.

Robos, violencias, muertes, saqueos... Ni la anciana, ni la virgen, ni la niña, fueron respetadas.

La soldadesca desenfrenada forzaba á la hija en el regazo de su madre, á la esposa en los brazos de su marido.

Las casas todas eran entradas al saqueo...

Los soldados, ébrios de vino y de sangre, nada respetaban.

Para alumbrar aquel cuadro de horror vino el incendio, no se sabe si casual ó intencionado.

Durante el sitio no habían sido destruidas más que 60 casas, y el incendio devoró más de 300, quedando 1.500 familias sin hogar.

Ni sir Tomás Graham, que mandaba dichas fuerzas, ni el mismo lord Wellington, á quien reclamaron las autoridades españolas y muchos vecinos, reprobaron ni castigaron aquellos crímenes, eterno baldón del ejército aliado en España.

Sólo el gran patriotismo de sus hijos pudo reedificar y hacer con el tiempo una de las más bellas de España esta desgraciada ciudad.

Lo acontecido en San Sebastián no era sino la segunda parte de lo ocurrido en Badajoz.

Entonces consignamos las opiniones de lord Wellington, y no creemos ocioso volverlas á repetir:

«El ejército se porta horriblemente mal; es una horda de canallas que por donde quiera van saqueando.»

Vése claramente que el duque de Ciudad-

© Biblioteca Nacional de España

Rodrigo nada podía hacer para disciplinar aquella *horda de canallas*.

¡Y como en Badajoz, la suerte nos obligaba á callar, y las circunstancias, más poderosas que nosotros, nos forzaban á considerar como aliados, como amigos, como libertadores á esa *horda de canallas!*

Sigamos nuestra crónica.

Batalla de San Marcial.

Para socorrer á San Sebastián intentaron los franceses batir al 4.º ejército, que mandaba D. Manuel Freire, en reemplazo de Castaños y Girón, que se hallaban, ausente el primero, y mandando el segundo la *Reserva de Andalucía*, por haber recibido licencia temporal el conde de La Bisbal, á fin de atender á la curación de antiguas heridas.

El 4.º ejército se hallaba avanzado hacia la frontera francesa; la tercera división en los campos de Sorueta y Enacoleta, parte de la quinta en San Marcial, y la séptima en Irún y Fuenterrabía. A retaguardia formaban segunda línea ó reserva, detrás de la tercera división ó derecha, la de D. Francisco Longa, y dos brigadas de la cuarta división inglesa, que ocupaba unas alturas á la derecha del monte Aya, punto muy elevado que enlaza las cordilleras de Guipúzcoa y Navarra. En Lesaca estableció lord Wellington una brigada portuguesa, y á la izquierda, y á espaldas de Irún, colocó la primera división inglesa, que mandaba el general Howard y la brigada de lord Aylmer.

La gloriosa batalla sostenida por las tropas españolas, al mando del general D. Manuel Freire, el 31 de Agosto de 1813, se llamó de *San Marcial* por haberse librado en esta montaña, situada á corta distancia de San Sebastián y que ya en lo antiguo había sido fatal para los franceses, que en el día de aquél santo y año de 1400 fueron derrotados por el ejército español que regía don Beltrán de la Cueva, levantándose en memoria de tan fausto suceso la ermita que corona la montaña.

En la madrugada del 31 de Agosto se presentaron con grandes fuerzas los imperiales en los vados de Socoa y Saraburo resueltos á cruzar el Bidasoa por el último, operación que efectuaron arrollando los puestos avanzados de los españoles, posesionándose de las alturas de Irachaval, bajo cuya espesa arboleda ocultaron sus columnas de ataque, amagando por la derecha las alturas de San Marcial y por la izquierda la posición de Soraya, llegando hasta la cañada de Ercuti.

En Ercuti se vieron rechazados por el regimiento *Voluntarios de Asturias* y los *Tiradores de Cantabria*.

Parecía que iban los enemigos á arrebatarnos San Marcial; mas aquí también hubieron de retroceder ante el *Regimiento de Laredo* y algún otro.

Nada, pues, habían adelantado, y tuvieron que volver al punto de partida, disponiéndose para un nuevo y más fuerte ataque.

El corazón de todo buen español latía con violencia. Todo el ejército aliado contemplaba la acción que sostenían tan sólo los nuestros.

¿Retrocederían los hijos de Iberia?

Imposible.

Había en San Marcial una pléyade de héroes; estaban allí Freire, Mendizábal, Porlier, Miranda, Bárcena, Castañón, Ugartemendía, Espeleta, Loriga, la flor de los valientes.

Repetidos y cada vez más formidables ataques dirigió el francés para conquistar Soroya, y aunque el bravo coronel de Asturias, D. Fernando Miranda cayó muerto, causando su pérdida general dolor, no por eso cejaron nuestros valientes, antes por el contrario, la muerte de Miranda enardeció su generosa sangre.

Al amparo de la artillería que tenían emplazada en una altura que llamaban de *Luis XVI*, echaron los imperiales un puente volante junto al sitio conocido por las *Nasas*, por el que hicieron pasar varias columnas que acometieron nuestro centro y derecha, resueltas á arrebatarnos á San Marcial.

Entonces se vió hasta dónde raya el valor español.

Nuestros batallones de la primera brigada de la quinta división, apoyados por otro de marina, que acudió desde la eminencia de Portó llevando á su cabeza á aquel rayo de la guerra llamado Porlier, arrojaron á los

© Biblioteca Nacional de España

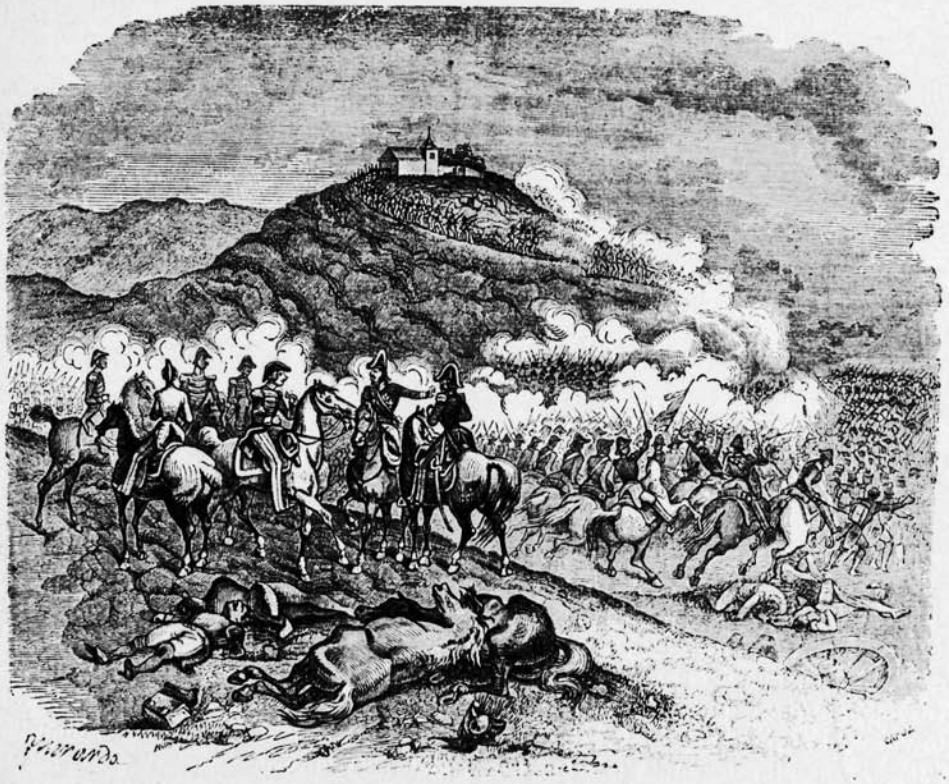
franceses por la falda de la montaña, que ya habían logrado escalar.

Un nuevo ataque á toda la izquierda española, en que fundaban los enemigos grandes esperanzas, fué la última tentativa de los franceses, ¡y por Dios que si ellos atacaron con brío, con brío los rechazaron nuestros soldados!

Orgullosos los imperiales por haberse apoderado al comenzar el ataque de la eminencia de Portó y de la izquierda española con las barracas de un campamento establecido en una de aquellas montañas, avanzaron contra la segunda brigada de la tercera división, que mandaba D. José María Ezpeleta, quien no satisfecho con recibir á los cazadores franceses y á las dos columnas que los protegían con espartana serenidad, los arremetió con la mayor bravura.

Entáblase una lucha desesperada.

Los franceses son reforzados, pero los españoles también.



BATALLA DE SAN MARCIAL

El general Mendizábal acude en apoyo de Porlier y el batallón de marina, y los franceses son arrollados y perseguidos y arrojados de todos los puntos, incluso el de Portó, que cerraba por allí la línea, teniendo que repasar el Bidasoa, perseguidos por la tropa de Porlier, el batallón de marina, los regimientos de Asturias, Guadalajara y la Corona, los Voluntarios de Guipúzcoa, que mandaba D. Juan Ugartemendía—por enfermedad de Jáuregui,—contribuyendo al brillante éxito de la jornada la segunda compañía de artillería que regía D. Juan Loriga.

Los franceses, al replegarse por el puente que echaron en el sitio de las *Nasas*, abandonan por nuestra derecha el monte Irachával, y repasan el Bidasoa por el vado de Saraburo con grande exposición, por haber aumentado el caudal de aguas del río con la lluvia tenaz que comenzó por la tarde y fué en aumento.

Habían intentado los imperiales un ata-

© Biblioteca Nacional de España

que hacia los vados altos y á la extrema derecha española frente de donde se alojaba la novena brigada portuguesa, en cuyo auxilio envió lord Wellington al general Inglis, quien mejorando la posición se estableció en las alturas vecinas de San Antonio que los franceses no juzgaron prudente el acometer.

Los imperiales, vencidos en todos los puntos por el ejército español y rechazados hasta el interior de su país, comprendieron de nuevo y de un modo terrible que no se ataca impunemente al león de Castilla.

Nuestras pérdidas en la batalla de San Marcial fueron de 1.658 hombres; las de los franceses pasaron de 2.000.

El efecto que esta victoria causó en el ejército aliado fué grandísimo; todos los generales extranjeros elogiaron á porfía el valor de nuestros soldados; y lord Wellington dirigió desde Lesaca la proclama que vamos á copiar y que es uno de los timbres más gloriosos de nuestros soldados en aquella campaña:

«Guerreros del mundo civilizado, aprended á serlo de los individuos del 4.º ejército español, que tengo la dicha de mandar.

Cada soldado de él merece, con más justo motivo que yo, el bastón que empuño; el terror, la arrogancia, la serenidad, y la suerte misma, de todo disponen á su arbitrio.

Dos divisiones inglesas fueron testigos de este original y singularísimo combate, sin ayudarles en cosa alguna, por disposición mía, para que llevasen ellos solos una gloria que no tiene compañera en los anales de la historia.

Españoles, dedicáos todos á premiar á los infatigables cántabros: distinguidos sean hasta el fin de los siglos por haber llevado su denuedo y bizarría á donde nadie llegó hasta ahora, á donde con dificultad podrán llegar otros, y á donde sólo ellos mismos se podrán exceder, si acaso es posible.

Nación española, la sangre vertida en tantas lides victoriosas, 18.000 enemigos con una numerosa artillería desaparecieron como el humo para que no nos ofendan jamás.

Franceses, huid, pues, ó pedid que os dictemos leyes, porque el cuarto ejército va detrás de vosotros y de vuestros caudillos á enseñaros á ser soldados.»

Invasión de Francia por los aliados.—Proclama del general Girón á los franceses.

El general francés Rey seguía posesionado del castillo de la Mota, donde se retiró con la guarnición después de la explosión del almacén de combustibles, y desde sus murallas rechazaba orgulloso las intimaciones de rendición. Fué nacesario tomar el convento de Santa Teresa, contiguo al castillo, y colocar 60 piezas (cañones, obuses y morteros) para batirlo, cuando el día 8 de Setiembre enarboló bandera blanca rindiéndose con 2.000 hombres que le restaban de los 4.000 que defendían á San Sebastián.

El general Cassan, que mandaba en Pamplona tras aquella desgraciada salida de que hablamos antes, y no esperando ya socorro en vista de la retirada á Francia del mariscal Soult, pensó en arrasar los fuertes de la plaza; mas D. Carlos España y el príncipe de Anglona le amenazaron si á tanto se atrevía con pasar á cuchillo toda la guarnición apenas entraran en Pamplona, y aunque respondió altivamente, el 31 de Agosto capitulaba el orgulloso francés quedando prisionero de guerra con la guarnición.

Napoleón, que por tanto tiempo había sido el azote y el verdugo de Europa, empezaba á recoger el premio que sus hazañas merecían.

Combatido fiera y tenazmente en España; derrotado en Rusia por los hombres y los elementos; vendido por su antiguo general Bernardotte, á quien había hecho rey de Suecia; abandonado por el emperador de Austria, su amigo y pariente, la sangre inocente de tantas víctimas sacrificadas á su orgullosa ambición salpicaba su rostro imperial, detenía sus ejércitos, hasta entonces siempre victoriosos, y cegaba sus ojos sin dejarle ver el abismo en que debía caer.

Comienza de nuevo la lucha en el Norte de Europa.

La sexta coalición es un hecho.

Inglaterra ha firmado la paz con Dinamarca y Suecia y señalado un subsidio á todas las naciones que se aliasen contra Napoleón.

Los ejércitos franceses y los aliados se baten en Dresde; el rey de Baviera se separa de Napoleón, y en la batalla de Leipsick que-

© Biblioteca Nacional de España

da por completo destruído el gran ejército francés (16 de Octubre de 1813) y prisionero el único y fiel aliado de Bonaparte, el rey de Sajonia.

Perdida por Napoleón la batalla de Leipsick, regresó el orgulloso Bonaparte á París casi desamparado de todos sus aliados.

¿Qué hizo?

Trató de reanimar el espíritu público, de excitar á Francia para nuevas luchas, ofreciendo de nuevo glorias, triunfos y conquistas.

Los aliados del Norte le exigían que restituyese Francia á sus antiguos límites, el Rhin, los Alpes y el Pirineo, dejando íntegras y libres la Alemania, la Italia y la España; pero él, siempre orgulloso, siempre altanero y siempre dominador, se niega á aceptar tan justas condiciones, y hace que el Senado le vote una nueva quinta de 300.000 hombres para sostener la guerra.

A la vista de estos sucesos dispúsose lord Wellington á realizar la segunda parte de su plan de campaña, ya que las victorias obtenidas en la primera se lo permitían: la invasión de Francia.

El hecho, quizás, más importante y trascendental de aquella guerra.

Los invadidos se trocaban en invasores.

Wellington, en la orden del día que dió al ejército, fechada en Hernani el 31 de Julio, decía que, habiendo dimanado los mayores males que el ejército francés había sufrido en su devastadora invasión de España y Portugal de las crueldades cometidas por los soldados, autorizados y animados por sus jefes, contra los pacíficos habitantes, sería mengua vengarse en los tranquilos vecinos de Francia, mucho más cuando la guerra se hacía contra Napoleón y no contra la nación; por tanto, encargaba se observen las mismas reglas que hasta aquí en las requisiciones y toma de víveres y forrajes, dando los recibos debidos.

Terminados los preparativos y comunicadas las órdenes y dispuesto todo lo necesario para tan grande empresa, segura su espalda con la entrega de Pamplona, y no quedando por aquella parte otro baluarte á los enemigos que Santoña, el duque de Ciudad-Rodrigo dió la anunciada señal la noche del 6 de Octubre con un cohete y tres ahumadas, y su ejército, que se extendía desde el monte Aya en la izquierda hasta los Alduides, donde las fuerzas de Mina bloqueaban á Jaca, San Juan de Pie de Puerto y Valle de Baigorry, verificó la entrada y el paso del Bidasoa con tanto ánimo como fortuna; el 9 todos los puestos principales de los franceses estaban ganados, con la sola pérdida de 1.900 hombres, más sensible para nosotros por ser casi todos españoles, á causa de haber sido las tropas de Freire y Girón las encargadas del primer avance y las primeras que hollaron con su planta la tierra francesa.

Era justo, ya que los franceses habían invadido á España, que los españoles invadiesen á Francia.

Hé aquí la proclama que algunos días antes dirigió el general Girón á los franceses:

«Soldados: la guerra en que ahora estáis empeñados no es ya una guerra nacional; es el resultado de la loca ambición de vuestro emperador, que quiere avasallarlo todo.

La España tenía íntima amistad con la Francia; Napoleón la ha querido conquistar; 400.000 valientes han quedado en España, y ya os encontráis, después de tantos trabajos, otra vez de la parte allá de los Pirineos.

La Prusia estaba casi avasallada, el emperador quería destruirla, mas ya está reconquistada, y 100.000 prusianos combaten por su libertad.

La Rusia descansaba sobre la buena fe de sus tratados; vuestro jefe la ha querido invadir; habéis perdido en solo una campaña 300.000 soldados, 40.000 caballos y 1.000 cañones; y sus ejércitos victoriosos, habiendo salvado la Polonia, se han reunido sobre el Elba y amenazan á la misma Francia... ¡Ved aquí cómo desprecia la sangre que derramáis y se burla de vuestro valor!

Soldados: la Europa quiere ser libre, y los ejércitos de Napoleón no la pueden hacer resistencia. Ella combate por la paz y la libertad del mundo, y los franceses deben tomar tanto y más interés que nosotros mismos en el buen éxito de esta lucha tan terrible como necesaria.

© Biblioteca Nacional de España

Soldados: es menester poner ya término á esta guerra de veinte años, que duraría tanto como la vida de vuestro emperador; apresuráos á concurrir á esta grande obra; los españoles os convidan, y os recibirán como hermanos; cada soldado de infantería tendrá, luégo que se presente, 50 francos, á más de su ración diaria y su pan; el soldado de caballería tendrá también la libertad de vender su caballo; seréis dueños de ir donde queráis, ó de tomar servicio en los cuerpos extranjeros que están á nuestro sueldo.

Soldados: en una guerra justa y nacional, ningún hombre de honor debe abandonar su bandera; pero en semejantes circunstancias es más decoroso unirse á la causa del mundo entero que combatir por la de un hombre, y contribuir á la desgracia de su propio país. ¿Quién de entre vosotros podrá creerse con más honor, más valor y más amor á la Francia que Moreau y Bernardotte? Bien los conocéis y sabéis que combaten por nuestra causa, que es la de la justicia y de la gloria; apresuráos á imitarlos.

En el cuartel general del ejército Reserva de Andalucía, á 27 de Setiembre de 1813.—*Girón.*»

Al objeto de arrojar al mariscal Soult de las márgenes del Nivelle, que desagua cerca de San Juan de Luz, y de las posiciones que en forma de semicírculo ocupaba el ejército imperial desde Urrugne hasta Espelette y Cambó, con una línea de reductos y atrincheramientos que le servían de resguardo, dispuso el duque de Ciudad-Rodrigo la continuación del avance el 10, y á los dos días todas sus tropas ocupaban la orilla derecha del Nivelle, y Soult, perdidas todas sus fortificaciones, se retiraba al campo atrincherado que, á prevención, había formado en Bayona.

Esta jornada costó al ejército aliado una pérdida de 3.000 hombres, pero la de los imperiales fué mucho mayor, y en poder de Wellington quedaron 1.500 prisioneros.

Una extraordinaria crecida de los ríos detuvo el curso de las operaciones tan favorablemente comenzadas; era el mes de Noviembre; los soldados carecían en su mayoría de uniformes; escaseaban también las raciones, y lord Wellington, que no quería molestar al país, dispuso la vuelta del 4.º ejército español, con orden de establecerse en la frontera y estar dispuesto para todo, regresando Freire á Irún, y Girón al Baztán, no quedando con los anglo-portugueses más que D. Pablo Morillo y la segunda división, que había sido una de las enviadas sobre el Nivelle.

Con la división que vino de Extremadura á las órdenes de D. Pablo Morillo, y que tan bizarramente peleó en la batalla de Vitoria, había venido la legión ó antigua guerrilla de *Leales Extremeños*, mandada por el valiente D. Juan Downie, la cual penetró con Morillo en Francia. Downie, orgulloso al ver que pisaba la tierra de sus verdugos los imperiales, al entrar en Francia se adelantó con los suyos y penetrando en el pueblo de Sarra mandó repicar las campanas para anunciar de un modo ruidoso la invasión por los españoles de la antigua Galia.

El duque de Ciudad-Rodrigo no estaba dispuesto á proseguir el movimiento de avance hasta conocer el resultado de las operaciones de los ejércitos del Norte, sobre el otro lado de la Francia; lo único que hizo fué cruzar el Nive superior y adelantar su derecha (9 y 10 de Diciembre) para colocarla en mejor país y asegurar más fuertemente sus posiciones; el mariscal Soult pretendió oponerse á aquel avance, pero todas sus acometidas del 9 al 13 fueron completamente infructuosas, y en estos cinco días de combates perdió 6.000 hombres el francés.

Ante semejante resultado, con los 50.000 infantes y 6.000 caballos de que aún podía disponer, se limitó Soult á defender su derecha, apoyada en el campo atrincherado y amparada por algunas fortificaciones.

Lord Wellington aseguró bien su línea, que desde la costa detrás de Biarritz se dirigía por la carretera al encuentro del Nive, por cuya margen izquierda se dilataba hasta Villefranche y Urcuray.

Los invasores se encontraban á su vez completamente invadidos.

En el reloj del destino había sonado la hora de la revancha.

Después de seis años de guerra, en que los imperiales penetraron en nuestro suelo como aliados, ocultando bajo el manto del

© Biblioteca Nacional de España

amigo el puñal que debían clavar en nuestro seno, los españoles, luégo de haberles ganado las plazas y fortalezas de que éllos se apoderaron por traición, y de arrojarlos de su territorio tras sangrienta y porfiada lucha, invadían la soberbia Galia.

¡Gloria á los españoles en Francia!

Guerrilleros castellanos: El Empecinado.—Martín.—Palarea.—Merino.—Saornil.

Reseñemos las hazañas de nuestros guerrilleros después de la memorable batalla de Vitoria, á la que tanto habían contribuído con su constante guerrear, y en la que algunos, como Longa, Morillo, Corres, Downie, tomaron parte activa, y otros, como Mina y D. Julián Sánchez, la ayudaron deteniendo la llegada de los imperiales al campo de batalla en socorro del intruso, mientras otros picaban la retaguardia de los ejércitos franceses, obligándoles á apresurar su salida de España.

Avisado D. Juan Martín, el *Empecinado*, á fines de Mayo de que José y sus legiones se disponían á evacuar la capital, puso en movimiento todas sus fuerzas de infantería y caballería y un cañón, para causar á los franceses en su retirada todo el daño posible, avanzando hasta la Venta del Espíritu-Santo, primero, y luégo hasta el puerto de Guadarrama en persecución de los imperiales, cogiendo á su retaguardia algunos prisioneros.

Deseaba D. Juan Martín, en cumplimiento de las órdenes que tenía recibidas, volver á Guadalajara, pero fueron tantas las súplicas que le hicieron el jefe político y el Ayuntamiento de Madrid, quienes se ofrecieron á tomar sobre sí la responsabilidad que pudiera exigirle el general en jefe del ejército aliado, para que enviase alguna tropa á Madrid con objeto de mantener el orden y poder defenderle en caso de ataque, que el *Empecinado*, de acuerdo con el subinspector, mandó alguna fuerza de su división, y después accedió á que viniese toda para cubrir la carrera durante la procesión del *Corpus*, que se celebró con la mayor solemnidad.

Luégo de participar á lord Wellington cuanto había hecho, y de recibir la más completa aprobación por su conducta, distribuyó sus fuerzas en varios puntos, inmediatos á Madrid, con el encargo de auxiliar á las autoridades, mantener el orden y perseguir malhechores, ese tristísimo legado de toda guerra, y solicitó del duque de Ciudad-Rodrigo su pronta vuelta á campaña, pues su carácter no se avenía con la molicie de la paz, á la que no estaba acostumbrado.

El 25 de Agosto recibió orden de lord Wellington para que marchara á unirse con el segundo ejército en las cercanías de Tortosa, partiendo el 25 con gran contentamiento de él y de sus tropas, llegando á los puntos designados el 21 de Setiembre con cuatro brillantes cuerpos de infantería, dos de caballería y un tren de artillería compuesto de un obús, dos cañones de á cuatro, y sus correspondientes carros de municiones, mulas y atalajes; la infantería se componía de los batallones *Tiradores de Sigüenza*, *Tiradores de Guadalajara*, *Tiradores de Cuenca*, *Tiradores de Madrid;* caballería, *Cazadores de Guadalajara* y *Cazadores de Madrid;* artillería, la cogida en Guadalajara, bajo la dirección de una compañía de artillería que pidió y le mandaron del 2.º ejército; en total 4.000 infantes, 850 caballos y 50 artilleros.

¡Tales eran las fuerzas que había organizado el que salió á campaña en Abril de 1808, con Juan García, un niño de 16 años, natural de la villa de Cuevas, á una legua de Castrillo, y con otro amigo y convecino suyo!

Decir que en todas partes era admirado D. Juan Martín como uno de los héroes más genuinamente populares de aquella guerra, sería repetir lo que nuestros lectores se imaginan; sólo diremos que sus guerrilleros se hacían notar entre todas las fuerzas españolas, al par que por su bizarría por una severísima disciplina.

¡Qué gloria para el *Empecinado* dirigir y mandar aquella división organizada é instruída entre las bayonetas francesas, robando las horas al descanso, luchando sin cesar, expuesto á mil peligros, venciendo todo género de dificultades, careciendo de oficiales instructores, que solicitó en 1810 y en 1811

© Biblioteca Nacional de España

sin conseguirlos, de armas, de vestuario, de municiones, de víveres, de todo!

Si todas las poblaciones por donde pasaba los obsequiaban á porfía, en Zaragoza, la ciudad de los valientes, causó la presencia de los *empecinados* un júbilo tan imponderable, que todos los vecinos se disputaron el honor de albergarlos en sus casas.

Encargado con su división de estrechar el bloqueo puesto por nuestras tropas á la guarnición francesa de la plaza de Tortosa, mostraron D. Juan Martín y sus guerrilleros, en las orillas del Ebro, que eran dignos de figurar al lado de los mejores soldados del ejército aliado.

* * *

D. Manuel Martín, hermano del *Empecinado*, después de pelear á su lado en los años de 1808, 1809 y 1810, al final de éste hubo de retirarse á su casa, y sorprendido por los imperiales fué conducido á Valladolid, donde el sanguinario Kellerman le puso en rigorosa prisión. Apenas lo supo D. Juan cuando ofició al general Belliard, que mandaba en Madrid, jurando tomar sangrientas represalias, lo que obligó á Belliard á ordenar á Kellerman le pusiera en completa libertad.

* * *

El 17 de Julio de 1813 entró en Torrecilla de Cameros el coronel D. Juan Palarea, que salió de Soria y partió al momento para Logroño, llevando bajo su mando 800 caballos, con los que se reunió al ejército.

No queremos pasar en silencio que don Juan Palarea, quizás por su antigua profesión de médico, reunía al esfuerzo de los demás gerrilleros un carácter más humano y político, y que el buen trato que dió á los franceses que cayeron en su poder fué causa de que el general gobernador de Madrid, Mr. Belliard, dijese de él: «El médico es un buen general y un hombre muy humano.»

* * *

Habiendo convocado el general Castaños en Villalón á todos los guerrilleros del distrito, fué Merino uno de los más puntuales. Residió tres días en la villa y volvió al teatro de sus hazañas á obrar en combinación con las demás partidas.

En el mes de Mayo dió una proclama á los españoles que hubieran tomado partido en favor de Napoleón, ofreciéndoles amparo y perdón, y asegurando al mismo tiempo que su ánimo era no verse en la triste necesidad de cumplir con la ley, como sucedió con los prisioneros *josefinos* hechos en Roa el 15 de Abril, que fueron pasados por las armas, habiendo, por el contrario, dado cuartel y respetado á los prisioneros franceses.

Continuó luégo operando y persiguiendo á la retaguardia del ejército imperial ya en retirada, causándola la pérdida de más de 3.000 hombres, y evitando á los pueblos del tránsito el robo y el saqueo, que acompañaba generalmente á la despedida de los enemigos.

Unióse luégo al grueso del ejército que recobró á poco á Burgos y las ruínas de su antiguo castillo, siguiendo en la persecución del ejército francés hasta su total exterminio en Vitoria.

Finalizada la guerra de Castilla, incorporóse la división de Merino al ejército del conde de España que operaba en Cataluña, y presentáronse estas tropas, ya aguerridas, con tan marcial continente y tan lucida subordinación, que sirvieron de modelo para la disciplina y reorganización de casi todos los regimientos de España, ostentando á la par su heróico valor en los repetidos combates que sostuvieron en el Principado.

El nombramiento de brigadier fué dado en este tiempo á Merino por la Regencia en premio de los eminentes servicios que con tanto valor había prestado á su patria.

A todo el que no sea español se hará difícil creer la relación de los franceses que inutilizó y de los efectos que les tomó. Ningún ejército enemigo se creyó jamás seguro en la vasta extensión de Castilla la Vieja, siendo tal el espanto que les infundía su nombre, que á él se debieron muchas veces, sin entrar en acción, como ya hemos visto, y con fuerzas infinitamente menores, resultados de la mayor importancia.

En retirada algunas veces sin dejar de re-

© Biblioteca Nacional de España

unírsele todos sus soldados, jamás fué derrotado ni sorprendido, y siempre á la vista de sus contrarios, los seguía como su sombra.

Fué nombrado gobernador de la ciudad de Burgos, de cuyo mando tomó posesión en Julio de 1813, conservándolo hasta Marzo de 1814.

Su mayor conato fué el de perseguir tenazmente á las partidas pequeñas, que pretextando hacer la guerra á los franceses, la hacían á sus mismos conciudadanos, robándoles y molestándoles con vejaciones y malos tratamientos, lo que llevó á efecto con la energía que tenía de costumbre, viéndose pronto libre Castilla de tan enojosa plaga.

Digamos algo del retrato de Merino.

En 1809 los periódicos de París hicieron varias caricaturas representándole montado en un caballo flaco como el *Rocinante* del hidalgo de la Mancha, vestido de clérigo, sombrero grande de teja, gran sable, trabuco naranjero, un gran Cristo de bronce colgado al cuello y con un gran paraguas abierto.

El verdadero retrato era el siguiente:

Vestía generalmente una levita de paño azul ó negro; pantalón de pana azul oscuro; chaleco negro, regularmente de seda; sombrero negro de copa alta como se usaba entonces, y si llovía le ponía un hule; zapatos gruesos y medias de lana, y un espolín.

En el invierno usaba capa parda de paño grueso de Riaza, que tenía un baño de barniz impermeable imitando á los barraganes de Cuenca, y en verano capa de paño azul. Ninguna insignia militar le distinguía. Montaba los mejores caballos que podía encontrar, y no le dolía el dinero para pagar uno sobresaliente. A la vista conocía su calidad.

Su carácter era brusco y nada amable ni social. No gustaba de conversación. Era sumamente reservado. Se hacía respetar con su severa presencia. Con nadie gastaba familiaridad, por lo que era respetado de todos, si bien poco amado de ninguno.

De mediana estatura, cetrino muy subido, de pocas carnes y ligero en sus movimientos; sus ojos y pelo eran negros cerdosos; tenía una vista excelente y veía á largas distancias.

Gran ginete, subía, bajaba y corría los cerros y los precipicios más peligrosos como si fuese en llano, con toda la velocidad del caballo.

Generalmente comía en pie y sin sentarse á la mesa; tomaba una taza de caldo ó comía una cazuela de sopas de ajos, un par de huevos pasados por agua, un pedazo de carne en fiambre, de que llevaba provisión, y por postre un pedacito de queso ovejuno del país, y por último bebía un vaso de agua. Nunca se le vió enfermo. No probaba vino ni licores.

* * *

Parte del comandante de *Húsares francos de Castilla la Vieja*, D. Jerónimo Saornil al señor duque de Ciudad-Rodrigo:

«Excmo. Sr.: El 15 de Diciembre, hallándome con la tropa de mi mando en la villa de Iscar, tuve aviso de que 150 dragones franceses de los números 13 y 14 se dirigían á Valladolid escoltando un correo de gabinete que el 10 había salido de Madrid y caminaba para Francia. Aunque iban cuatro leguas delante, junté mi tropa, salí tras ellos y los alcancé á las 12 de la noche en el pueblo de Villalba de Adaja. Antes de entrar mandé á un sargento lo reconociese por si estaba ocupado por el enemigo, el cual le recibió con el *quien vive* disparándole un tiro, al que acudí con mis soldados, ocupando todas las calles del pueblo; los franceses se parapetaron en las casas haciendo fuego por puertas, ventanas y agujeros. Mando á mis tropas que derriben las puertas y se metan en las casas á viva fuerza, lo que se ejecuta al momento; el enemigo redobló su defensa, pero en vano, y al ver la osadía de mis soldados trató de huir, quedando prisioneros 43, sin poder asegurar el número de muertos, aunque fué mayor. Cogimos el correo, al cual defendían ocho hombres y un oficial, que hicieron prodigios en su defensa, y para conducirle á la presencia de V. E., venciendo cualquier dificultad, saqué 80 hombres, los que me acompañaron hasta Fermoselle, teniendo en el camino un ligero combate en Fuente el Sauco con los enemigos, que, noticiosos, sin duda, de la presa

© Biblioteca Nacional de España

que traía, salieron á quitármela; pero con la pérdida que les causé de algunos muertos y prisioneros hubieron de desistir de su temerario empeño. A mi llegada á este cuartel general de V. E., en Fresneda he entregado el correo al señor brigadier D. José O'Lawlor, para que lo remita á las manos de V. E. —*Jerónimo Saornil.*»

Los escuadrones mandados por Saornil siempre se distinguieron por su valor y disciplina.

A los prisioneros que hacía los enviaba al cuartel general más cercano, tratándolos siempre «con la humanidad que prescribe el derecho de las naciones y las leyes de la guerra.»

Fué ascendido á alférez el 11 de Enero de 1809 por el marqués de la Romana; á teniente y capitán en Mayo de 1810; á teniente coronel en Mayo de 1811 por el general Castaños, y á coronel en 30 de Enero de 1813 por lord Wellington.

Provincias Vascongadas: Porlier.—Longa.—Bárcena.—Castañón.—Jáuregui y Ugartemendía.

El mariscal de campo D. Juan Díaz Porlier, con la quinta división que mandaba, formada en gran parte por sus antiguos guerrilleros, salió de Oviedo el 24 de Mayo de 1813, contribuyendo al movimiento general de avance del ejército aliado y al triunfo de Vitoria.

Recordará el lector la sangrienta batalla de San Marcial el 31 de Agosto, que tanto elogió en la proclama dada al ejército el duque de Ciudad-Rodrigo.

Verificaron los aliados el paso del puente de Behovia con distinguido valor, y tocando la tierra de Francia, acometieron desde Hendaya la altura de Luis XVI, que ganaron esforzadamente, tomando siete cañones en los reductos y baterías. Al propio tiempo empezó también la embestida D. Manuel Freire con la tercera y cuarta división y la primera de la quinta del 4.º ejército, bajo la dirección inmediata de D. Pedro de la Bárcena y D. Juan Díaz Porlier.

El 1.º de Diciembre de 1813 se hallaba distribuída la división de Porlier en esta forma: la primera brigada en los pueblos de Irún y Guetaria y la segunda en el bloqueo de Santoña.

* * *

El 18 de Junio de 1813, y en los movimientos que precedieron á la batalla de Vitoria, agregóse nuestro arrojado D. Francisco Longa, con la *División de Iberia* que tenía á sus órdenes y con la que tantos días de gloria dió á su patria, á las fuerzas del general Graham, en Medina de Pomar, llegando con él á tomar parte en el combate y ocupar el lugar que en la línea de batalla le tenía señalado lord Wellington, y en cuyo punto tenían los franceses algunas fuerzas de infantería y caballería avanzada sobre el camino de Bilbao, descansando toda su derecha en montes de no fácil acceso, y ocupando con fuerzas los pueblos de Gamarra y Abechuco, para defender los puentes del Zadorra en aquellos parajes. Atacaron las alturas por frente y flanco la brigada portuguesa del general Pack, y la división española de Longa, sostenidas por la brigada de dragones ligeros, á las órdenes de Anson, y la quinta división inglesa de infantería, mandada toda esta fuerza por el mayor general Oswald. Portáronse valientemente españoles y portugueses, y Longa se apoderó del pueblo de Gamarra menor.

Recibió después Longa orden de dirigirse por la calzada que va de Vitoria á Irún, tras del convoy que había salido de aquella ciudad en la madrugada del 21 de Junio (1813), y así lo verificó, y su presencia aceleró la partida de los enemigos de Mondragón, á quienes se cogieron 90 prisioneros, quedando herido levemente el general Foy, y 300 bonapartistas fuera de combate.

La noche del 24 volvió á unirse con su división al general Graham, y fué destacado camino de Oñate con intento de que apretase al enemigo por su flanco izquierdo del lado de la cuesta de Descarga, evolución que aceleró su marcha y le molestó.

Tratóse de ahuyentar de Tolosa al enemigo, y entre seis y siete de la tarde del día 25 empezó el ataque general. Apoyábase la izquierda del enemigo en un reducto casi

© Biblioteca Nacional de España

inexpugnable, contra cuyo sitio marchó Longa por Alzo sobre Lizarza; descansaba su derecha en una montaña, que cortaba por el frente un profundo y enriscado barranco, y se encargó á Mendizábal el maniobrar por este lado, del mismo modo que á Longa por el opuesto. Desalojados los franceses de todas las posiciones, se refugiaron en la villa, y á pesar de la vigorosa y larga resistencia que podía ofrecer, al ver acometida tan firme, abandonáronla, y la entraron los aliados ya muy de noche con aplauso y universales vítores de los vecinos.

El general Graham, en sus partes á lord Wellington, hacía los mayores elogios de las tropas de Longa, así por la serie de largas y penosas marchas que había realizado, como por los combates que había sostenido con el mayor valor.

Creemos de justicia reproducir el parte



D. FEDERICO CASTAÑÓN

del general D. Agustín Girón á Castaños, sobre la toma de los fuertes de Pasajes, por lo que tiene de honroso para Longa:

«Excmo. Sr.: Encargué al señor coronel D. Francisco Longa, comandante de la sexta división del ejército, tomase los fuertes de Pasajes, lo que ha verificado después de dos días de ataque.

La guarnición, compuesta de 146 hombres y un comandante, ha caído prisionera de guerra; se han encontrado en el fuerte ocho cañones y algunas municiones de boca y guerra.

No puedo menos de manifestar á V. E. que la conducta del señor coronel Longa, en todo el tiempo que há que está á mis órdenes, es la más distinguida bajo todos aspectos, y que sus tropas se conducen perfectamente bien en todas ocasiones.—Julio 2 de 1813.»

El 1.º de Agosto propuso Longa al general Girón, en previsión de que alguna columna enemiga se replegaría por Santiste-

© Biblioteca Nacional de España

ban, le permitiera inquietarla, lo que le fué concedido, mandando además ocupar con la primera brigada de su división á D. Pedro de la Bárcena los puntos de Vera y Lesaca. Noticioso Longa de que los enemigos iban de retirada, adelantó tres compañías al puente de Yanci, que si bien cedieron en un principio, volvieron en sí, acudiendo Bárcena, y disputando juntos el paso á los franceses durante cinco horas.

Obligados los enemigos á rehacerse, tomaron nuevas precauciones para vencer tamaña resistencia; pero gastando en ello mucho tiempo dieron lugar á que despacio, y con el orden más completo, se replegasen los nuestros á las alturas. Este reencuentro fué altamente glorioso para Longa y Bárcena, y mereció las mayores alabanzas del duque de Ciudad-Rodrigo.

En la batalla de San Marcial, el 31 de Agosto de 1813, formaba su segunda línea ó reserva la división de Longa con dos brigadas de la cuarta división británica.

En las operaciones que el ejército aliado llevó á cabo en territorio francés, con tanta gloria de Wellington y de sus tropas, el lord destinó á Longa con su división á la Petite-Rhune, coadyuvando con gran energía á que abandonasen los enemigos los puestos y fortificaciones que habían construído con tantos trabajos.

Al enviar á España el duque de Ciudad-Rodrigo la mayor parte de nuestras tropas, Longa fué destinado con la división de su mando á Castilla la Vieja, y á fines del año 1813 se acantonó en Briviesca y pueblos inmediatos.

* * *

A D. Pedro Bárcena le hemos visto con Longa en el puente de Yanci sostener una reñida acción por espacio de cinco horas el 1.° de Agosto de 1813, logrando que las tres compañías que habían comenzado á ceder se rehicieran y mantuvieran á raya al enemigo, y batirse como un héroe en San Marcial.

Tomó parte al frente de sus tropas en el paso del Bidasoa, penetrando en Francia con lord Wellington y combatiendo en todas las acciones que llevó á cabo el ejército aliado.

* * *

D. Federico Castañón, aquel intrépido caudillo que mandó el cuarto regimiento *Voluntarios de León*, creado en el mes de Mayo de 1808, y que tantas y tan notables acciones llevó á feliz término, se halló á las órdenes del general Girón en la acción de Tolosa contra Foy; llegado que hubo Girón á Irún pensó en atacar la retaguardia francesa que todavía conservaba algunos puestos en la frontera española, y encargó de la ejecución al brigadier Castañón, quien desalojó con la mayor bizarría á los imperiales que estaban colocados delante del puente del Bidasoa (1.° de Julio de 1813).

En San Marcial y en la invasión de Francia acreditó una vez más su imponderable arrojo.

* * *

A causa de una grave herida recibida, don Gaspar de Jáuregui hubo de pasar á Cestona buscando la salud, de que carecía, en aquellas renombradas aguas; por esta razón no se encontró el 31 de Agosto de 1813 en la batalla de San Marcial, pero sí sus lucidos batallones de *Voluntarios de Guipúzcoa* que regía en su nombre D. José Manuel de Ugartemendía, con los otros jefes D. Buenaventura Tomasa, D. Miguel María Aranguren, D. Miguel Iriarte y Calvetón.

En lo más recio del combate se distinguieron los regimientos de Guadalajara, 2.° de Asturias, y la Corona, y en la última y sangrienta carga los tres batallones guipuzcoanos que llevaban á su cabeza al denodado coronel Ugartemendía.

Vuelto al mando de sus soldados sin haber logrado que se cerrara su peligrosa herida, tornó Jáuregui á proseguir sus operaciones guerreras sin cuidarse para nada de su persona.

En el parte que D. Gaspar enviaba al general Mendizábal el día 12 de Noviembre, fechado en Azcoitia, le decía que los capitanes D. Miguel Soroa y D. Manuel Charola ha-

© Biblioteca Nacional de España

bían sorprendido el día 3 á 100 infantes enemigos y 6 de caballería, degollándolos á todos menos á 28 que se entregaron en la carretera de Andoaín á Tolosa.

Y que el día 5 él había sorprendido y hecho prisionera la guardia avanzada de la villa de Vergara, compuesta de 25 hombres, perdiendo dos oficiales, dos sargentos y un soldado que murió.

Navarra y Aragón: Mina.—Durán.—Corres.—Abecía.—Amor.

Sigamos narrando las hazañas de Mina.

El general Claussel habíase acercado á Vitoria al día siguiente de la batalla, ignorando lo que ocurría, y en cumplimiento de mandato expreso de José. Observábale siempre Mina, á quien se habían juntado D. Julián Sánchez y sus ginetes, y ambos por orden de Wellington circuíanle y le molestaban, de modo que marchaba como aislado y á ciegas. En la retirada de Claussel á Zaragoza, Wellington encargó á Mina picar la retirada de los contrarios y observar sus movimientos (Junio 26). Persiguiendo siempre á Claussel llegó á Casetas, á dos leguas de Zaragoza, teniendo fuerza en Alagón, y en Pedrola á D. Julián Sánchez.

Allí permanecía, cuando el coronel Tabuenca, enviado por el general Durán, que se hallaba en Ricla, vino á avistarse con él y proponerle atacar á Zaragoza, obrando ambos mancomunadamente. No se mostró Mina al principio muy propicio, ya porque no le pareciese fácil lo que se proyectaba, ya porque no le gustase tener en el mando compañeros y menos rivales.

Al fin de largas conferencias, avínose y ofreció concurrir á la empresa. Pero antes los enemigos, que se preparaban á abandonar la ciudad, queriendo encubrir su intento, adelantáronse en busca de los nuestros. Fué Mina con quien se encontraron, y viéronse rechazados, haciendo también estrago en ellos el coronel Tabuenca con su regimiento.

Avanzó éste á la Casa Blanca y Monte Torrero, y Mina á las alturas de la Bernardona, alejándose los franceses de aquellos puestos sin resistencia. Intentó, á pesar de esto, Paris nueva arremetida, que Mina repelió sustentado por el mismo Tabuenca y los lanceros de D. Julián Sánchez, escarmentando á los enemigos con pérdida de más de 200 hombres. Allí se le juntó Durán, habiendo ocurrido estos acontecimientos en los días 5, 6 y 7 de Julio (1813).

Pensaron entonces los nuestros apoderarse por fuerza de Zaragoza, aunque todavía reacio Mina, y apercibíanse á verificarlo cuando recibieron aviso de que los enemigos desamparaban la ciudad. Tocaba á Durán el mando de todas las tropas y el de Zaragoza, por antigüedad y por hallarse sentada aquélla á la margen derecha del Ebro, país puesto bajo sus órdenes, pero cuya supremacía incomodaba á Mina.

Por la noche abandonó Paris la ciudad, y mientras Durán entraba en Zaragoza, Mina, vadeando el Ebro, ocupóse en seguir las pisadas del general Paris. Le alcanzó en breve en una altura, cerca de Leciñena, de donde le desalojó, y lo mismo de otra que estaba próxima á la ermita de Magallón, teniendo los franceses que retirarse vía de Alcubierre. Fueron allí alcanzados, y viéndose en gran congoja abandonaron la artillería, y el convoy, y los coches, y las calesas, y casi todo el pillaje cogido en Zaragoza, y un número considerable de prisioneros, representando en compendio este campo las lástimas y confusión del de Vitoria.

Al volver Mina de su expedición encontró algunas fuerzas enemigas de la guarnición de Bujaraloz, que se dirigían á Zaragoza, y alcanzándolas con su caballería a uchilló algunos y mató muchos.

Cuando regresó á Zaragoza de perseguir al general Paris, quedóse en el arrabal, sin pasar el Ebro, por ser la izquierda del río país perteneciente á sus antiguos mandos.

Para cortar estas pequeñas desavenencias nombró el Gobierno á Mina comandante general de Aragón con licencia de añadir á sus fuerzas las que quisiese entresacar de las de Durán, y enviando á éste á Cataluña.

Mina dedicóse con el mayor ahinco á apretar el sitio de la Aljafería. Habiendo caído en la mañana del 2 de Agosto una granada en el reducto del camino de Aragón, que es el más próximo á la ciudad, y prendídose

© Biblioteca Nacional de España

fuego á otra porción de ellas allí depositadas, resultó tremenda explosión, muertes y desgracias, y el desmoronamiento de un lienzo de la muralla. Forzoso le fué al gobernador francés capitular el mismo día 2, cogiendo nosotros sobre 500 prisioneros, 43 piezas de artillería de todos calibres y un repuesto considerable de armas, quedando así libre la capital de Aragón y casi todo este reino de las tropas francesas.

Recibió Mina nuevas órdenes de Wellington para volver á Navarra y situarse en Sangüesa.

Ordenó Mina que parte de sus fuerzas formasen una línea desde cerca de Pamplona hasta Sangüesa, y auxiliasen la división de D. Carlos España, que había reemplazado á la de Navarra en el bloqueo de aquella ciudad, entretanto que uno de sus batallones quedaba de guarnición en Zaragoza y se comenzaban los bloqueos de las plazas de Jaca, Monzón y el castillo de Mallén.

Llegó hasta Roncesvalles, en donde se encontraba el general inglés Hill, que defendía este territorio con 3.000 hombres, en una penosa estación de nieves y escarchas, y escaseando la ropa y el calzado de los soldados.

Lejos de ceder Mina á estos elementos de destrucción, adelantó las posiciones de la línea.

El 30 de Noviembre abandonó á Roncesvalles, llegó á Baygorri de Francia, y aunque el enemigo le opuso la resistencia más obstinada y los paisanos se defendían desde sus casas á vivo fuego, unos y otros fueron batidos y desalojados, apoderándose de Baygorry y extendiendo sus comunicaciones hasta San Juan de Pie del Puerto.

El 5 de Diciembre llegó á Jaca, que acababa de ser asaltada por los invasores, y empezó á trabajar con la mayor actividad en las maniobras de las minas y caminos cubiertos, resuelto á conquistarla.

* * *

Reseñada queda la propuesta del general Durán á Mina para la conquista de Pamplona, y su entrada en esta ciudad, no sin antes rendir la guarnición de La Almunia por medio de sus tropas.

Lástima que así como desplegó tan grande energía para la recomposición del puente inutilizado por los franceses, no la mostrara igual para la toma de la *Aljafería*, que pudo ganar antes de que regresara Mina y antes de marchar á Cataluña, por orden de lord Wellington, en auxilio de las tropas aliadas que se batían en el antiguo Principado.

* * *

El 4 de Mayo de 1813 asistió D. José Corres, con el empleo de sargento primero, á la acción de Maestu; el 21 de Junio á la batalla de Vitoria; el 28 á la de Tudela y á la rendición de la Aljafería de Zaragoza, ascendiendo á oficial el 30 de Junio.

Peleó Corres casi siempre á las órdenes de Mina y del coronel del regimiento de caballería de la división navarra, D. Sebastián Fernández.

Tomó parte además en las acciones de San Vicente de la Rioja, Oyón y Logroño, Nanclares y Treviño.

* * *

Agregado D. José Abecía con sus ginetes á las fuerzas que mandaba D. Francisco Espoz y Mina, perseguía bajo las órdenes de éste al general Claussel, que, ignorando por completo lo ocurrido en Vitoria, á cuyo punto le llamaba su rey José, trataba de llegar á esta ciudad, de la cual hubo de apartarse, huyendo hacia Zaragoza cuando se enteró del desastre sufrido en sus campos por el intruso.

Siempre persiguiendo á Claussel, al abandonar los imperiales á Zaragoza fué encargado por el general Durán de penetrar aquella misma noche en la ciudad con sus lanceros para prevenir cualquier exceso (8 de Julio de 1813).

* * *

El 9 de Julio recibió D. Bartolomé Amor la orden de incorporarse al cuerpo que mandaba Mina, que se encaminaba á Zaragoza; unidos ambos rindieron á 800 franceses en

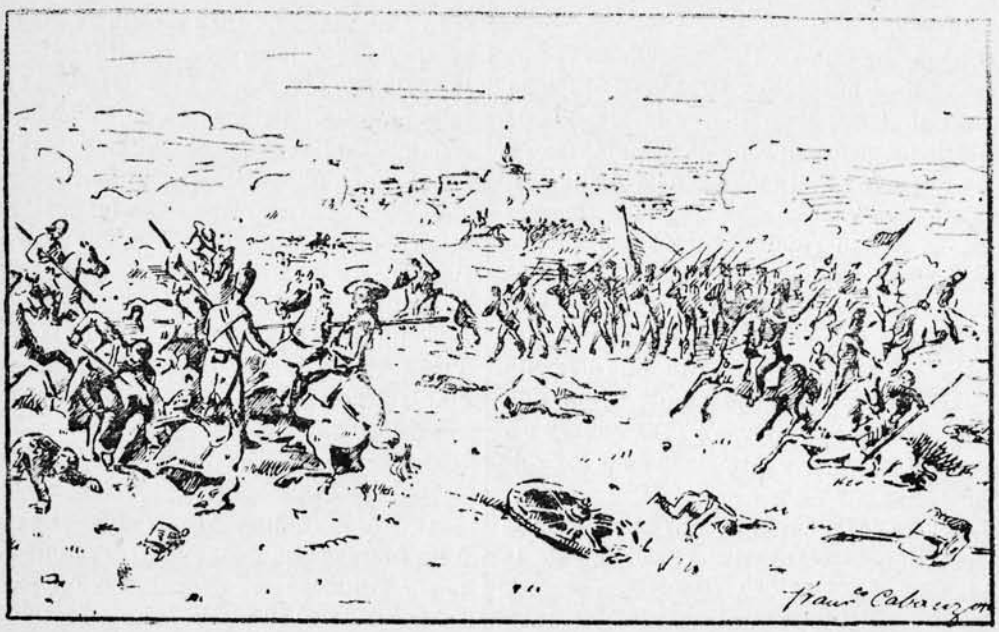
© Biblioteca Nacional de España

el castillo de la Aljafería, pasando Amor el 28 á las órdenes del general D. Carlos España, ocupado en el bloqueo de la plaza de Pamplona; Amor permaneció allí hasta que cesando aquel empeño en Noviembre de 1813, se trasladó á Jaca, donde permaneció bajo los muros de la ciudadela hasta su rendición, quedando de teniente coronel en clase de agregado al regimiento de caballería de Almansa.

Valencia: Fray Nebot.—Villacampa.—Cataluña: El general Copons, Manso.—Aragón: El Cantarero.—Manifiesto de la Diputación provincial de Aragón.

Copia de una carta de D. Asensio Nebot *(El Fraile)*:

«A las seis de la mañana del 8 del corriente salió la retaguardia del enemigo de Castellón de la Plana para Torreblanca, volando á su tránsito el castillo de Oropesa, y á



COMBATE DE MAGALLÓN

las siete del mismo día entró en Castellón mi primer batallón y el primer escuadrón, enviando una compañía de caballería á fin de observar su movimiento; aquella misma noche hizo alto el enemigo en Torreblanca, y á las tres de la madrugada del 9 se dirigió hacia Benicarló.

He dejado en Onda, Alcora y Castellón de la Plana una guarnición y me he dirigido á esta villa á fin de observar los enemigos de Murviedro. Inmediatamente que vengan las compañías que he enviado al Coll de Almenara, marcharé rápidamente hacia Alcalá de Chisvert.

Sé que se han extraviado muchas de mis anteriores cartas, y por lo mismo se ignoran nuestras últimas y tan brillantes operaciones. Esta tarde salgo para Oropesa.

Estoy organizando el quinto batallón en Vistabella; el cuarto se halla sobre Morella; el tercero en Onda, Alcora, Castellón y Villarreal, y con el primero y segundo estaré en ésta hasta las cuatro de la tarde.

Si tuviese fusiles presentaría 8.000 hombres en esa capital, de la juventud de esta Plana.—Nules 9 de Julio de 1813.»

El 19 de Agosto, fray Asensio Nebot, comandante de la división valenciana, participaba á la Junta provincial haber salido de Benicarló contra Morella, á fin de contener á los franceses que, apoderados del castillo, eran el azote de los pueblos inmediatos.

© Biblioteca Nacional de España

Después de varios ataques, valientemente mantenidos por los oficiales de fray Nebot, que resistieron impávidos el fuego de fusil y de cañón, y las innumerables granadas de mano que arrojaban los franceses en unión de grandes peñascos á sus intrépidos guerrilleros que asaltaban las murallas, tuvieron que replegarse al ver ondear el estandarte nacional sobre Morella á los gritos de alegría de *¡viva España! ¡viva la Constitución!* de los valientes guerrilleros del capitán Bellver, mientras el teniente Caro, ganada la puerta del Estudio, acudía á cortarles la retirada por las calles de la villa.

Decía fray Asensio en su parte:

«Las orgullosas águilas de Napoleón abandonaron cobardemente sus posiciones y volaron el castillo, único asilo que les restaba para no ser presa de los leones españoles.»

Entrada el resto de la fuerza de Nebot por las brechas y escaleras, fueron recibidos por los leales hijos de Morella, que estrechándolos en sus brazos les ofrecían á porfía pan, vino, aguardiente y comida, exclamando: *¡Viva España! ¡Vivan nuestros libertadores!* iluminando las casas con toda clase de luces.

Fray Asensio intimó la rendición al jefe de las tropas encerradas en el castillo; y como éste se negara, y nuestro bizarro guerrillero supiera que sólo contaban los enemigos con escasas provisiones, gastadas por la humedad, y muy poca agua en los algibes, decidió no dar el asalto y aguardar la entrega, que no podía hacerse esperar. Entretanto mantuvo con sus fuerzas en completa incomunicación la plaza de Peñíscola con la de Morella.

El resultado de sus trabajos fué rendirse el castillo de Morella el día 29 de Octubre, cuya guarnición entró prisionera en Valencia el 2 de Noviembre, y el día 6 de Diciembre se entregó igualmente el de la ciudad de Denia.

* * *

El general D. Pedro Villacampa continuaba en Amposta cubriendo las avenidas de Tortosa, sosteniendo, al igual de fray Nebot, la bandera de la independencia cada día con más brío y mayor gloria.

* * *

El 27 de Julio de 1813 dirigió el general D. Francisco Copons desde Vich una enérgica proclama comunicando á los catalanes los triunfos de Vitoria, Pancorbo y Zaragoza, los sitios de Pamplona y San Sebastián, y el aprieto en que se hallaban las guarniciones de Murviedro, Denia, Peñíscola y Tortosa, y anunciándoles la pronta libertad del Principado—que por el gran número de franceses que lo tienen invadido no siente aún el influjo de esas victorias,—merced á los ejércitos nacionales segundo y tercero, al británico de lord W. Bentinck, que avanzan por Valencia, y al valor de los catalanes, cada vez más dispuestos á ser libres.

* * *

Sabedor el coronel D. José Manso en 7 de Agosto, encontrándose en Vallés, de que en San Sadurní se hallaba un batallón de italianos, trató de apoderarse de él ó dañarle á lo menos. La posición de los italianos la defendían 8.000 infantes y 600 caballos de una división esparcida por las cercanías.

Al amanecer se situó en Monistrol en una eminencia. Cuando el enemigo echó de ver á los españoles, les salió al encuentro y les atacó á la bayoneta. Manso destacó dos compañías á destruir un molino, y salió á recibirlos en batalla, de frente; sin disparar un tiro, acometió con tal decisión, que, concentrando las dos alas de su frente de batalla, se apoderó de todo el batallón, le hizo 200 muertos, entre ellos un jefe, nueve oficiales y 80 soldados heridos y 400 prisioneros.

Para formarse idea del ataque de Manso y defensa del batallón, rogó á Manso el general inglés, que mandaba las tropas británicas en Cataluña, hiciese un simulacro en el propio campo de batalla; esta función se ejecutó con gran aplauso de los aliados.

Hallábanse los ingleses el 9 de Setiembre frente al ejército de Suchet, y deseando lord W. Bentinck conocer á fondo las posiciones enemigas, llamó á Manso y mostró deseos

© Biblioteca Nacional de España

de ver formado el ejército imperial, á lo que respondió Manso que era tan fácil conseguirlo, que con dirigirse él á Pallejá, como lo verificaría en la madrugada, y W. Bentinck hacia el Ordal, obtendría lo que deseaba y además una gran victoria.

Manso situó su brigada, compuesta de cuatro regimientos, en lo alto de la montaña, y se dirigió á Pallejá con 600 hombres, dejando orden á los batallones para que al sentir ruído en el pueblo tocasen todas las músicas, y mandando á los soldados que iban con él, que se apoderasen de los caballos, armas ó equipajes del enemigo cuando éste saliera del pueblo á reunirse á la brigada.

Manso entró en el pueblo á las dos de la madrugada, causando tal confusión en los franceses que muchos huyeron sin defenderse.

La alarma cundió instantáneamente por todo el ejército francés, que se puso en movimiento.

Manso se retiró por escalones hasta la cima de Pallejá, en que se formó en batalla.

El general inglés tuvo lugar de ver á los franceses, y Manso dió un día de gloria á las armas españolas, haciendo 60 prisioneros y apoderándose de 105 caballos.

Disponíase una batalla entre los franceses y los anglo-hispanos. Suchet se hallaba en Molins de Rey, y Decaen llegó hasta Martorell.

Creyendo nuestro general, D. Francisco Copons, comprometido á Manso en su posición de Yálida, le ordenó retirarse á Piera.

Bentinck tenía en Ordal su retaguardia á las órdenes de Adams: mandó á su jefe de Estado Mayor comunicase á Manso la orden de pasar á Ordal y colocar las tropas en puntos convenientes. Manso mostró la orden de Copons para retirarse de la posición de Yálida, en que seguía, y le manifestó que no seguiría los deseos del general en jefe, pues inteligenciado de la posición de Decaen, creía imprudente abandonar á Yálida, pues aquél envolvería al ejército inglés, y advirtió que podía asegurar á Adams que allí permanecería hasta ver el resultado del ataque que los ingleses tendrían que resistir aquella misma noche.

Manso había colocado la brigada de sus órdenes hasta las inmediaciones de Martorell, empezando al anochecer el ataque, sin que los franceses dieran vista á San Sadurní hasta las once de la mañana siguiente.

La batalla dió principio en Ordal en la noche anterior, y no tardó mucho tiempo sin que el general Adams fuese herido y completamente derrotado. Manso, sosteniéndose, sin permitir adelantarse á Decaen, amparó á la vanguardia británica, mandando además tropas por los bosques á recoger heridos y dispersos. Este hecho salvó la división anglo-hispana, y particularmente al batallón de cazadores de Cádiz. Diez mil hombres había detenido la brigada de Manso, retirándose después con serenidad á San Pedro de Riudevitlles.

Por este hecho, los ingleses, rindiendo á Manso las muestras más lisonjeras de admiración y aplauso, le regalaron unos anteojos y otros objetos de positiva utilidad para la guerra. El gobierno español le condecoró con la cruz de la real y militar Orden de San Fernando.

El mariscal Suchet, temeroso de la actitud de Bentinck y de Manso, se retiró á su línea, y los nuestros á la de Tárrega, poniéndose al frente de los aliados el general sir Guillermo Clincton.

De los 32.000 hombres que tenía Suchet, los 2.000 italianos de la división Severoli regresaron á Italia; 2.400 alemanes fueron desarmados en Barcelona, y otros 2.000 fueron llamados á Francia, por efecto de la marcha de la guerra que contra las potencias continentales sostenía Napoleón.

El 23 de Setiembre acometió Manso con 2.500 infantes y 200 caballos á los imperiales que saqueaban á Santa Eulalia, ocasionándoles la pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos, y obligándoles á abandonar el pueblo con el botín que habían recogido.

*
* *

Nuevos y gloriosos lauros para la causa nacional lograron conquistar en Cataluña á fines del año de 1813 en Montalla, San Privat, Santa Eulalia, San Feliu de Codinas y

© Biblioteca Nacional de España

otros varios puntos los intrépidos jefes Sarsfield, Manso, Llauder y Valencia.

* * *

El valeroso guerrillero de Monzón, don Anselmo Alegre *(El Cantarero)*, hizo á los imperiales en el mes de Setiembre de 1813 una cuantiosa presa en los confines de Cataluña, y noticioso del extremo desamparo en que se hallaban los patriotas vecinos de Tamarite por las contínuas exacciones á que los franceses los tenían sujetos, convocó á los más necesitados en la plaza, y les repartió la parte que le había correspondido de la presa en dinero y alhajas, y tras esta noble acción salió apresurado de la villa en busca de otras ocasiones con que poder acreditar una vez más su valor y generosidad.

* * *

Véase el manifiesto de la Diputación provincial de Aragón, la primera quizás que se formó en España según la Constitución, á los hijos de aquel antiguo reino:

«La antigua Diputación de esta provincia viene á renacer en vosotros para nuestra felicidad..

Fuimos libres, hemos sido esclavos y volvemos á nuestra antigua libertad bajo una sabia Constitución política, que hemos jurado con el mayor júbilo.

No pudiendo las Cortes soberanas estar á la vista inmediata de las necesidades y acontecimientos que puedan ocurrir en todos los pueblos de la monarquía, á los intereses de sus amados súbditos, á la reparación de obras públicas ó construcción de otras nuevas, á formar planes para mejorar la agricultura, la industria y las artes, vigilar sobre la instrucción de la juventud, cuidar de la beneficencia, oir las quejas y atender las justas reclamaciones, han dispuesto en su alta sabiduría nombrar las diputaciones provinciales encargándolas de tan importantes objetos.

Esta confianza tan árdua la habéis depositado por elección voluntaria en la Diputación que os habla, la cual está dispuesta á llenar las justas esperanzas de las Cortes y vuestros justos derechos á costa de los mayores sacrificios.

La pronta obediencia á los soberanos decretos de las Cortes, el amor á la tranquilidad pública, la recíproca amistad entre todos, la imparcialidad, el amor al bien, el olvido de toda preferencia individual deben ser los guías que os conduzcan en vuestras representaciones á la Diputación y en la comunicación de noticias que ésta os pida para afianzar la igualdad y justificación de sus actos. Si así lo hacéis corresponderéis fielmente á sus sentimientos; pero si os desviáseis de estos principios de honradez y generosidad, que forman vuestro carácter provincial, dejaríais en descubierto la rectitud de vuestros diputados y atraeríais sobre vosotros funestos daños, de que seríais responsables.

La Diputación, por su parte, dentro de las facultades que la Constitución la concede, se consagrará enteramente y sin reserva á vuestro bien; procurará hacer brillar los beneficios que el celo de las autoridades, el orden y la justicia producen en los pueblos; y mediante vuestra generosa cooperación á estos sentimientos, espera se vencerán para nuestra felicidad los grandes obstáculos que oponen las difíciles circunstancias del tiempo, y el desnivel que precisamente advertiréis entre las luces y la buena voluntad de vuestros diputados.—Zaragoza 8 de Noviembre de 1813.—*Salvador Campillo.—Manuel Robleda.—Antonio Zamora.—El Barón de Salillas.—Francisco Salas —Jaime Gonzalo.—Mariano Sigüenza.—Joaquín Barberón.—El Barón de Alcalá.*»

Disposiciones sobre las guerrillas de Castilla la Vieja.

El general D. Manuel Freire, desde Irún, á 30 de Octubre de 1813, como jefe del 4.º ejército, ordenó la supresión de todas las partidas llamadas de guerrillas y cuerpos francos, mandando que todas se reuniesen en Burgos á las órdenes del señor Inspector general de caballería, con el objeto de fomentar la caballería nacional formando de ellas cuerpos regulares; castigando al que se halle separado de los regimientos como

© Biblioteca Nacional de España

malhechor y enemigo de la patria, y ordenando se recobren los caballos que algunos han vendido, otorgándoles un plazo de un mes.

Una información mandada abrir sobre la conducta de las guerrillas en la provincia de Santander dió por resultado el envío de oficios como el siguiente:

«A D. Vicente de Quesada, gobernador militar y político de las cuatro villas de la costa de Santander, dice D. Pedro Ortiz de la Torre el 6 de Octubre de 1814, contestando á su comunicación reservada de 20 de Setiembre:

«Que los cuerpos francos y partidas de guerrillas que han pasado por su distrito, pertenecientes á la división de *Iberia* (segundo y tercero de *Tiradores de Cantabria)*, han prestado servicios distinguidos sin causar males, vejaciones ni arbitrariedades á los pueblos.»

Y en igual sentido la inmensa mayoría de los pueblos de la provincia, consignando «que muchas veces sufrieron resignados la falta de raciones.»

Estos documentos son un timbre de gloria para nuestros guerrilleros, tratados con cierto desvío por algunos militares más envidiosos de su gloria que justificados en sus censuras á estos héroes populares que tanto trabajaron en pro de la independencia nacional.

Las Cortes generales y extraordinarias.—La fiebre amarilla.—Juicio de las tareas de las Cortes.—Fin de su mandato.

Vamos á terminar la reseña de los trabajos de las Cortes generales y extraordinarias de 1810 antes de declararse disueltas.

La mayoría liberal que en éllas existía vióse disminuir á cada nueva elección que se verificaba en las provincias que dejaban libres los franceses, á influjos de las Regencias pasadas, poco afectas á las reformas, según hemos tenido ocasión de probar, de los gobiernos, hechuras de los Regentes, del clero y de las altas clases, enemigos, con raras excepciones, de las ideas liberales del Congreso nacional.

La primera cuestión en que los nuevos diputados antireformistas trataron de dar la batalla á los liberales, fué en la de sacar las Cortes de Cádiz, ciudad que, por sus ideas progresistas, tanto y tan notable apoyo había prestado al Congreso, y llevarlas á Madrid, apoyándose en una exposición que el ayuntamiento de esta villa había remitido á las Cortes, como si la evacuación de la capital fuera tan completa y tan segura, y como si no pudiera ocurrir después de la batalla de Vitoria lo mismo que aconteció después del triunfo de Arapiles, esto es, que los franceses, que todavía ocupaban una buena parte de España, tornasen á ser dueños de Madrid.

Los liberales, para que no se les juzgara enemigos de la capital, votaron por que la exposición del ayuntamiento de Madrid pasara á informe de la Regencia y del Consejo de Estado, opinando ambas corporaciones, lo que era lógico y natural, que, mientras los imperiales fuesen dueños de algunas plazas en la frontera y se encontrasen en estado de avanzar hacia el interior, no convenía semejante traslación (Julio de 1813), si bien cuando pudiera verificarse debería ser á Madrid.

El 15 de Agosto publicaron las Cortes el arreglo de la Deuda nacional, dividiéndola en anterior al 8 de Marzo de 1808 y en posterior, con y sin interés. Constituían la primera los capitales de amortización civil y eclesiástica y de libre disposición, con el uno y medio de rédito durante la guerra con Francia y un año después, volviendo luégo los acreedores al goce de sus antiguos derechos. La segunda comprendía los réditos y sueldos no pagados, los atrasos de Tesorería, suministros y participaciones, destinándose á su extinción los productos de la venta de los bienes nacionales.

Declararon excluídos los empréstitos y deudas contraídas y que se contrajeran con las potencias extranjeras.

Por un decreto del mes de Setiembre suavizaron en parte el rigoroso de 1812 sobre los empleados del intruso, nobles y funcionarios que le habían apoyado.

Inglaterra se había ofrecido á servir de mediadora entre España y sus provincias de Ultramar para terminar la lucha, y las Cor-

© Biblioteca Nacional de España

tes aceptaron sus buenos oficios bajo las bases siguientes:

«Reconocimiento y juramento de fidelidad á las autoridades españolas;

Suspensión de hostilidades;

Libertad recíproca de prisioneros y restitución de propiedades;

Ciertas ventajas al comercio británico en sus relaciones con el de aquellas provincias;

Dar por terminadas las negociaciones en quince meses, y caso de no firmarse la paz suspender Inglaterra toda comunicación con ellas y ayudar á España á someterlas por la fuerza.»

Inglaterra mandó algunos comisionados á Cádiz pidiendo algo así como la formación de una especie de confederación en la que España y los estados ultramarinos sólo estuvieran ligados por los vínculos mercantiles, la libertad de comercio entre la Gran Bretaña y las provincias americanas, y una remuneración tan larga y gravosa que las Cortes, dando una respuesta vaga, lograron que los comisionados británicos se retiraran de Cádiz sin lograr su objeto.

Y conste que todas estas peticiones las fundaba Inglaterra en los servicios que nos prestaba, como si á ella no le interesara principalmente destruir á Napoleón, que con su célebre sistema continental la aislaba de todas las naciones y la iba aniquilando cada día más.

Sublevaron la opinión pública tan exageradas solicitudes, al pensar que mientras la guerra asolaba nuestros campos y destruía nuestra industria y nuestro comercio, íbamos á abrir los mercados de la Península y América al mercantilismo de la Gran Bretaña.

Con Rusia enfriaron nuestras relaciones ¡mentira parece! una cuestión de etiqueta, el empeño de nuestro embajador en Londres, Fernán-Núñez, de ocupar en las recepciones puesto preferente al del enviado del *Czar*, apoyado por el ministro de Estado, D. Pedro G. Labrador, cuya conducta desaprobaron las Cortes.

La reforma más radical en materia de Hacienda fué la que hicieron en vísperas de disolverse, que denominaron *Nuevo plan de contribuciones públicas*, obra del ilustre diputado Porcel.

Consistía en la supresión de todas las contribuciones sobre los consumos y conocidas con las denominaciones de rentas provinciales y sus agregadas, como alcabalas, cientos, millones, martiniega, fiel medidor, renta del jabón, frutos civiles, derechos de intervención y otras de su clase que se cobraban en varias provincias; en la de las rentas estancadas mayores y menores; en la de las aduanas interiores, y en la de la extraordinaria de guerra, que venía rigiendo por decretos de la Junta Central y las Cortes; estableciendo en sustitución de todas una contribución general directa, con arreglo á lo dispuesto en los artículos 3.° y 339 de la Constitución, distribuída sobre la riqueza total de la Península é islas adyacentes, conforme á lo que poseyera cada provincia, cada pueblo y cada individuo, considerando la riqueza en tres ramos ó especies, territorial, industrial y comercial.

Acompañaba al decreto una instrucción á las diputaciones provinciales para su ejecución. (13 de Setiembre.)

* * *

No faltaron en Cádiz gentes que negasen la existencia de la fiebre amarilla, ni espíritus fuertes que se burlaran de ella; véase sino el epigrama que la dedicó Sánchez Barbero:

«Como el Corso está jugando
Al Congreso en la Bohemia,
Así en Gibraltar y en Cádiz
Jugamos á la epidemia.»

El diputado americano D. José Mejía, fué uno de los que con mayor resolución la negaban, y á las pocas horas sucumbía en la flor de su vida, pues apenas contaba 36 años, siguiéndole D. Antonio Capmany, que ya parecía fuera de peligro, el secretario del Congreso D. Manuel Luján, Vega y más de veinte representantes de las Cortes extraordinarias.

Antes de marchar el Congreso á la vecina Isla de León, el Ayuntamiento de Cádiz, acompañado de muchos generales, prelados, diputación de los Voluntarios y perso-

© Biblioteca Nacional de España

nas distinguidas, se trasladó al palacio de las Cortes, donde fué recibido por dos Secretarios que le introdujeron en el salón, quedando fuera el acompañamiento. El bravo general D. Cayetano Valdés, que presidía el municipio gaditano, subió á la tribuna de los diputados, honor insigne tan sólo concedido á la sufrida Cádiz, y desde ella leyó un discurso en nombre de la ciudad, á que contestó el presidente de las Cortes con otro de gracias por los muchos y notables servicios prestados por Cádiz, saliendo el Ayuntamiento con la misma pompa y ceremonia.

Bien merecía la honra que á su municipio dispensaba el Congreso, la ciudad que se hizo un deber sagrado de rechazar al enemigo, albergar á las Cortes y dar á su patria sus tesoros y la sangre de sus hijos.

Pasó el Ayuntamiento á despedirse de la Regencia, y Valdés pudo exclamar con orgullo:

—«Cádiz ha sido y es el baluarte de la Nación, en donde nunca dominarán otras armas que las españolas, cuya seguridad ofrece el Ayuntamiento á nombre del pueblo.»

Las cruces instituídas para premiar á los marinos que rindieron la escuadra francesa del almirante Rosilly; á los defensores del castillo de San Lorenzo de Puntales; al conde de Casa-Roja y á los que asistieron á la batalla de Chiclana; á sus valientes y sufridos Voluntarios, y á la Junta de Señoras, son claro testimonio del heroismo de Cádiz y de sus virtudes cívicas. El renombre de *muy heróica* que obtuvo la ciudad, fué el más preciado para ella y más merecido.

Cádiz puede conservar la famosa *Cortadura* como un monumento honroso; las bombas francesas recogidas como un timbre de gloria, y las banderas de sus voluntarios como trofeos de victoria.

Todos son páginas del libro de la historia, el sencillo texto del sublime poema en que, como dice el ilustre escritor D. Adolfo Castro, «la patria lo es todo y el hombre nada.»

*
* *

La fiebre amarilla alcanzó también á nuestros amigos, y en un mismo día cayeron en el lecho acometidas del terrible mal Pepita Miranda y doña Catalina Saldaña.

Doña Catalina murió; á Pepita lograron salvarla su juventud y su robusta naturaleza, pero causando la muerte de su hermana doña Teresa, que, desde el instante en que la vió acometida de la fiebre, se consagró á su cuidado y bebió el mal en los besos que la daba para reanimarla y en el frío del cuerpo enfermo de Pepita, que ella logró volver á la vida con el calor del suyo.

La muerte de doña Catalina y de doña Teresa fué la de dos santas; la primera murió serena por ver á su hija Concha unida á Andrés, que la hacía dichosa; la segunda espiró tranquila, diciendo que iba á participar á su adorado hijo Carlos que ya sus crueles enemigos habían sido vencidos y arrojados de España.

Para que la unión de las familias Miranda y Talavera fuera mayor, al regresar á Madrid D. Juan Antonio con Pepita y su esposo D. Miguel de Pas, á fines del año 1813, dejaban en Cádiz, al lado de Conchita y de D. Carlos, á su hermano Andrés, y á su cuidado las cenizas adoradas de su inolvidable hermana Teresa.

*
* *

En la imposibilidad de citar todas las reformas llevadas á cabo por las Cortes generales y extraordinarias de 1810, citaremos las principales, reuniéndolas en grupos.

Políticas.—La declaración de la Soberanía nacional; la libertad de imprenta; la igualdad de derechos entre los hijos de Asia, América y España; la Constitución de 1812; la convocatoria de las nuevas Cortes; la elevación del ciudadano con el sufragio universal; la declaración de nulidad de cuanto el rey firmase en tanto permaneciese prisionero ó sin libertad, y la aprobación de los actos de la Junta Central.

Sociales.—La abolición de los señoríos; la enajenación de los terrenos baldíos y realengos.

Económicas.—La organización de la Hacienda; el reconocimiento de la Deuda nacional; la presentación de los presupuestos generales del Estado, y el nuevo plan de contribuciones públicas.

© Biblioteca Nacional de España

Jurídicas.—La abolición de la Inquisición y del tormento; de la pena de azotes y de la horca; la creación de varios tribunales y otras contenidas en la Constitución.

Militares. — La formación de diversos ejércitos; el establecimiento de varias fábricas de armas; el proyecto de Constitución militar; la creación de la Orden de San Fernando, del Estado Mayor y Colegios y Escuelas de cadetes en la Isla de San Fernando, Cádiz, Jaén y Cataluña; la ley contra los desertores; el cambio de uniformes, y otras.

Científicas.—La reforma del plan de estudios; el aumento de las escuelas y la protección que dispensaron á la publicación de toda obra.

Administrativas.—La creación de las Diputaciones; la abolición de los regidores perpetuos, y las leyes liberales que pusieron estas corporaciones en consonancia con el nuevo Código político.

Eclesiásticas.—La abolición del *Voto de Santiago;* la reforma de los conventos y algunas otras.

Internacionales.—Los tratados de paz y amistad que celebraron con Inglaterra, Portugal, Rusia y Suecia; la negativa á aceptar los servicios del duque de Orleans, ni de un cuerpo de ejército de soldados rusos, y la digna actitud que mantuvieron con el Nuncio, y con Inglaterra, cuando este país ofreció su mediación para la paz con las Américas.

Patrióticas.—No olvidaron las Cortes lo que de éllas debía esperar el patriotismo, como lo prueba las honras dedicadas á los ilustres mártires Daoiz, Velarde y Alvarez, cuyos nombres inscribieron en una lápida en el salón de sus sesiones; ni la noble Zaragoza y la inmortal Gerona, cuyo heroismo quisieron perpetuar con soberbios monumentos, premiando liberalmente á sus arrojados defensores, militares y paisanos; ni á los guerrilleros, á los que dieron un Reglamento para la formación de las partidas, decretando la colocación en varios empleos del Estado de cuantos se inutilizaran en servicio de la patria; ni las célebres heroinas Agustina de Aragón y Casta Alvarez, de Zaragoza; ni las arriesgadas mujeres que compusieron las compañías de Gerona; ni las famosas guerrilleras doña Susana Claretona, doña Carolina Martín, doña Francisca de la Puerta, la señora de Cuevillas, y la intrépida vascongada doña María Angela Tellería; ni los hermanos Pou, que nos dieron sin combate el castillo de Figueras; ni lord Welligton, al que colmaron de títulos, honores y riquezas; ni el sargento García, á quien tan justamente premiaron por su acendrado españolismo; ni tantos otros, hombres y mujeres, militares y paisanos, cuya lista sería interminable.

América.—Igualaron á los naturales de aquellas provincias con los hijos de España; aprobaron la exención de *mitas* en favor de los indios, así como de todo servicio personal que prestaban, fundadas en que las cargas públicas deben distribuirse entre todos los vecinos de un pueblo, sea cualquiera su clase y condiciones; ordenaron el reparto de terrenos comunales entre los indios casados ó mayores de veinticinco años, fuera de la patria potestad; y dispusieron que en los colegios de Ultramar hubiese becas de gracia para adjudicarlas á los naturales del país, y abolieron el infame comercio de negros, á fin de remover antiguos obstáculos, asegurar la libertad civil y fomentar la agricultura, la industria y la ciencia.

Del desinterés y la alteza de miras de aquellas Cortes hablaron sus hechos, que son la mejor respuesta que puede darse á sus inícuos detractores; á los cinco días de su instalación, acordaron que ningún diputado pudiera obtener, ni solicitar para sí ni para otro, empleo ni gracia de ninguna clase, durante su mandato ni un año después; y el 2 de Diciembre de 1810 decretaron la rebaja de las dietas que les señaló la Junta Central, á pesar de lo módicas que eran, según la misma Junta, en vista del estado del país.

Las Cortes de 1810, á imitación de esos varones justos, de esos ciudadanos eminentes, de esos magistrados integérrimos, tienen su mayor timbre de gloria en su honrada vida y en su limpia historia.

Respondan de esta verdad los decretos que hemos citado, y séanos permitido recordar cómo elevaron al hombre trocándole de siervo en ciudadano, y cómo le enaltecieron al exclamar el diputado Sr. Herrera, en una

© Biblioteca Nacional de España

sesión célebre, al ver arrodillado á un escribano:

—«En pie, en pie; un español no debe arrodillarse más que delante de Dios.»

A la acusación de los anti-reformistas sobre las dietas señaladas á los diputados sólo contestaremos que mal podía ser un aliciente cuando el cargo representaba en aquellas circunstancias una interminable serie de disgustos, sacrificios y peligros, que la mayoría de ellos sufrió por cumplir este sagrado deber; pérdidas inmensas en sus intereses; un doloroso alejamiento de sus familias, y un peligro constante por la fiebre y por las bombas; y que en nada pudo influir en el ánimo de los diputados tan corta recompensa, cuando fueron muchos los que solicitaron renunciar el cargo, pidieron que se les dispensara la presentación ó la dilatación, ó solicitaron permiso para retirarse á sus hogares.

No consideraríamos completo nuestro trabajo si no transcribiéramos el juicio que aquellas Cortes inmortales merecieron á los mejores historiadores y publicistas:

—«Las Cortes habían alternado con las cuestiones políticas otras de gran importancia, así económicas como sociales, como de guerra, entre ellas varios alistamientos, las obras de defensa de Cádiz y la Isla de León, el aumento, disciplina y organización de los ejércitos, el reconocimiento y confirmación de grados militares á los eclesiásticos que acaudillaban guerrillas, el establecimiento de una ley semejante al *Habeas Corpus* de Inglaterra, la aplicación de las obras pías á los hospitales militares.

No fué menor su empeño en favor de las Américas.

La revolución del Norte de América, emancipándose de Inglaterra, y el interés que Francia tenía en desprestigiar á España, para lo cual no omitió Napoleón medio alguno, propalando contra la Nación por medio de pérfidos emisarios y falsos papeles las más absurdas noticias, produjeron al comienzo y mantuvieron luégo la insurrección de las provincias americanas, ayudados por el clero de la clase inferior y por la juventud de raza criolla estimulada por los brasileños contra la madre patria.

Para su terminación dictaron las Cortes importantes medidas, tales como la exención de mitas en favor de los indios, así como de todo el servicio personal, el reparto de terrenos comunales entre los indios casados ó mayores de veinticinco años fuera de la patria potestad, la abolición del comercio de negros, y la orden de que en los colegios de Ultramar en que hubiese becas de gracia se adjudicasen algunas á los indios, y la igualdad de derechos.

Las Cortes procuraron, al paso que los ejércitos combatían por la libertad de la Península, establecer en ella la libertad política (1).»

—«Terminaron sus tareas las Cortes Constituyentes encargando á sus sucesoras el desempeño de consolidar el edificio constitucional que á tantas penas y arrollando tropiezos imponderables habían ido encumbrando.

Aquellas Cortes, tan calumniadas, se atarearon con los intereses fundamentales del país sin más ambición que la del bien público, pues se componían de varones entrañablemente convencidos de la sanidad de sus teorías, de intenciones puras, que ansiaban la dicha de su patria, votando siempre en conciencia los diputados liberales, no conceptuando propasarse en sus poderes de representantes de la Nación coartando, á impulsos del recuerdo de tantísima demasía cometida en los reinados anteriores, las prerrogativas del monarca.

Apostolado más esclarecido que el de las Cortes de Cádiz no lo vió el orbe, ni vió tampoco martirio más horroroso que el padecido por los varones eminentes de aquel Congreso Constituyente (2).»

—«De esta manera, y en circunstancias tan azarosas y aflictivas, terminaron aquellas célebres Cortes, al cabo de tres años de existencia y de afanoso y patriótico trabajar.

Comenzaron sus árduas tareas reinando una epidemia en Cádiz, y retumbando sobre sus cabezas el estrépito de las bombas enemigas, y las concluyeron afligiendo á la misma

(1) Muñoz y Maldonado.
(2) Marliani.

© Biblioteca Nacional de España

ciudad la misma epidemia, pero libre la isla y casi toda la Nación de enemigos. Terminaron sus luchas parlamentarias cuando se resolvía la lucha de las armas en favor de nuestra independencia. El valor y la perseverancia de nuestros guerreros libraba á la Nación de la tiranía extranjera; el patriotismo y la ilustración de aquellos diputados la regeneraba políticamente; con defectos de inexperiencia hicieron, no obstante, unos y otros una grande obra y un inmenso bien, que no había de ser perdido. Sea siempre á unos y á otros la patria agradecida (1).»

—«Podrá acusarse á las Cortes de Cádiz de inexperiencia en algunas resoluciones, nada extraña en un cuerpo que renacía tras interrupción tan dilatada, inexperiencia que les hizo incurrir en algunas resoluciones que desdecían del estado actual de las cosas y las ideas, y para las cuales no cuidaron de preparar previamente la opinión; pero ¿quién desconoce el poder de las ideas de la época en que se vive, que eran entonces, en el mundo ilustrado, las de la filosofía de los enciclopedistas?

Mas ¿cómo negar el patriotismo, el celo, el desinterés, la magnanimidad en los reveses, la serenidad en los peligros y la ilustración de aquel Congreso?

¿Quién le negaría la gloria que le cupo en la salvación del país recordando el estado en que lo encontró y el en que lo dejó, arrojados los enemigos al otro lado de los Pirineos, retocadas todas las ruedas de la administración, regenerada la sociedad española antes abatida y decrépita? (2).»

—«Cuando contra los diputados de 1812 se conjuraban dos recias tormentas, la tormenta de la guerra y la de la peste, ni el cañón enemigo, que tanto podía intimidar á hombres avezados, más que al ejercicio de las armas, á las especulaciones filosóficas, ni el terror que infunde en los ánimos más templados el desarrollo de una epidemia, lograron desfallecer aquellos pechos esforzados y valerosos. Hay que reconocer en ellos no sólo la pasión política, sino hasta el fanatismo patriótico, si fanatismo cupiese en todo lo que se refiere á la defensa de la patria y á la integridad del territorio.

Por más que entre la Constitución que elaboraron y lo que estaba vigente hubiera disonancias, por más que el cambio fuese demasiado breve, por más que se obedeciese á principios exagerados, y por más que se tratase de introducir reformas violentas en el modo de ser de la política española, hay que reconocer una vez más que el patriotismo que acreditaron aquellos legisladores era patriotismo de fé y convencimiento, y que sus virtudes cívicas fueron verdaderamente catonianas (1).»

—«Así dieron fin á su carrera las Cortes generales y extraordinarias, á cuyo seno se había refugiado, como á último baluarte que le quedaba ya, la esperanza nacional. Reunidas en el único punto de seguridad que había entonces en el reino, y después de tantos experimentos y desgracias, pocos se lisonjeaban conseguir lo que parecía un imposible. A temeridad se atribuía, por no pocos, insistir aún en llevar adelante una lucha, para la cual faltaban los más principales elementos. Sin embargo, cerrando los ojos á dificultades y peligros, tomaron sobre sí una empresa sobrehumana. La situación en que se encontraron desde el momento de instalarse era absolutamente nueva y desconocida; la carrera en que entraban, tanto más peligrosa y difícil, cuanto su conducta no podía menos de ser en todo discrecional, por decirlo así, faltando reglas determinadas que les sirviesen de guía, y hasta ejemplos prácticos, nacionales y de aplicación inmediata al caso para que habían sido convocadas.

Atendiendo, pues, á la naturaleza de las elecciones, á las limitadas facultades de sus poderes, á la variedad de clases, intereses, luces y capacidad que se reunían en su seno, á que estaba subyugada por el enemigo la mejor parte de la Península, y en la más espantosa confusión y turbulencia las provincias de Ultramar, al terror y admiración que inspiraba al mismo tiempo un hombre que entonces reunía en su persona más genio, más audacia, más recursos mi-

(1) Lafuente.
(2) Chao.

(1) *Los Ministros en España.*

© Biblioteca Nacional de España

litares y políticos que ninguno de los que le precedieron en la carrera de la ambición y la conquista, á los obstáculos que oponía para resistirle con vigor la inconmensurable aglomeración de errores, de preocupaciones y abusos de tres siglos; en tales circunstancias no parece posible haber observado más circunspección, más detenimiento y más cordura que lo que se echa de ver en las deliberaciones y decretos de aquellas Cortes, especialmente si se considera que ningún otro freno tenían que las contuviese sino su propia moderación y prudencia.

Bajo otro aspecto, no es menos digno de notarse que, obligadas á luchar á un mismo tiempo con un poderoso adversario, y con enemigos interiores tan astutos como atrevidos, que las embarazaban y distraían sin cesar, ni desmayaron por eso, ni menos abandonaron jamás la línea de conducta que se propusieron seguir desde el principio.

La suerte de las armas, contraria el primer año, varia y poco favorable el segundo, con su prudencia y su tesón, y con el prodigioso entusiasmo que despertaron sus reformas en las clases ilustradas, laboriosas y activas, lograron que el tercero se trocase en los triunfos más esclarecidos. En medio de ellos terminaron su misión augusta, dejando rescatada la Península del yugo enemigo, restaurada la libertad é independencia de la patria, abierta para la Nación una nueva era de virtudes públicas eminentes, de prosperidad sólida y estable, de gloria y renombre eterno (1).»

—«Las Cortes de 1810, forzoso es decirlo, se hicieron notar por un alto espíritu de justicia, desinterés y dignidad, un grande amor á la libertad y á la independencia.

Ellas consagraron la Soberanía nacional, el Sufragio universal, la Cámara única y la independencia del poder legislativo respecto del Consejo de Castilla y de toda otra institución, acometiendo todas las reformas con un sentido profundamente radical, despreciando el abandono en que Fernando dejó á la Nación y la Regencia á los diputados.

Contra lo que muchos han creído, los diputados *liberales* eran los defensores de los procedimientos legales y corrientes y de los debates parlamentarios, contra los *serviles*, siempre propensos al silencio, á la intriga y á la fuerza, como lo demuestra el diputado D. José Pablo Valiente, negándose á firmar el dictamen de la Comisión constitucional, á que pertenecía, y los escándalos que luégo provocó en las Cortes; las intemperancias y los insultos del cura D. Blas Ostolaza; el *Manifiesto* de Lardizábal; la actitud rebelde del obispo de Orense; el papel escrito por el decano del Consejo Real, D. José Colón, y el procesamiento que tuvieron que decretar contra este alto Cuerpo.

Se ha criticado á las Cortes de 1810 por su exageración doctrinal y su audacia, por su entretenimiento en las cosas de gobierno, prescindiendo de su carácter puramente legislativo, por ocuparse demasiado de política y poco de Hacienda y Guerra y por suma dureza con los afrancesados. En cambio aquel período arroja dos grandes enseñanzas: primera, que no hay que desconfiar jamás de la salvación de un pueblo, aunque éste se halle al parecer tan corrompido como el español en la época de Carlos IV y se encuentre invadido y ocupado militarmente por el conquistador del siglo, á pesar de lo cual se hizo la Constitución de 1812, que sirvió de bandera para la resurrección de los pueblos europeos, y la otra que si todas las instituciones ofrecen obstáculos en sus comienzos, y el régimen constitucional era una quimera al reunirse las Cortes en Cádiz, no tardó muchos años en ser una verdad indiscutible (1).»

—«Muchas pruebas dieron las Cortes generales y extraordinarias de su confianza en las reformas para salvar la Nación, arrojando de su suelo al enemigo y destruyendo con leyes sabias los antiguos gérmenes que tan perjudiciales eran al desarrollo de su prosperidad é ilustración; pero nunca fué más patente esa convicción en las doctrinas liberales, ni tuvieron nunca necesidad de más valor para establecerlas y llevarlas á la práctica que con motivo de la abolición del tribunal de la Inquisición.

Después de la constitucional, esta fué, se-

(1) *Diario de las Cortes;* reimpresión de 1870.

(1) Labra.—*Las Cortes de Cádiz.*

© Biblioteca Nacional de España

guramente, la discusión más importante de aquella Asamblea, discusión que por sí sola bastaría á dar carácter á las Cortes, y conocer su ilustración, si otros asuntos no hubieran demostrado claramente que aquel Congreso contaba con hombres de dotes tan extraordinarias y condiciones tan superiores que causaron entonces la admiración de Europa, y después han servido de modelo para conseguir el afianzamiento de las instituciones liberales en países que hoy marchan á la cabeza de la civilización.

No se crea que la pasión ó el excesivo amor patrio nos lleva más allá de lo justo y razonable; ábranse los tomos de sesiones de aquellas Cortes, estúdiese, analícese cualquiera punto de interés en éllas tratado, y es posible que aún se nos tache por no haber expresado suficientemente los méritos y servicios de aquellos ilustres varones, honra de la nación española (1).»

***

En el mes de Setiembre acordaron y nombraron las Cortes generales y extraordinarias la Comisión permanente que debía quedar durante el pequeño interregno parlamentario hasta la reunión de las nuevas.

El día 14, en que debían cerrarse, asistieron todos los diputados á un solemne *Te Deum*, cantado en la catedral; y una vez en el salón de sesiones, el presidente, D. José Miguel Gordoa, pronunció un elocuente discurso haciendo la historia de los trabajos realizados por el Congreso, de sus decretos, de sus reformas, así en lo político como en lo económico, en los asuntos de la guerra y en las cuestiones científicas, en sus leyes á favor de la agricultura y de las artes, de la industria y del comercio, discurso á cada momento interrumpido por los aplausos del público que llenaba las tribunas del Congreso.

Luégo, dirigiéndose á los nuevos diputados, exclamó:

«En vosotros están fundadas todas las esperanzas del pueblo español, y no, no engañaréis las esperanzas de este pueblo tan grande, tan virtuoso y tan digno de ser feliz.

Conservad ileso el sagrado y querido depósito de la Constitución, que os legamos y encomendamos con el mayor encarecimiento. Ella hace la felicidad de los españoles, que la recibieron del modo más voluntario y solemne. Velad cuidadosamente en su observancia, pues ella sola puede mantener siempre vivo el fuego del amor patrio; ella sola puede ser el iris de paz en las crudas tempestades que agitan la desgraciada América, y ella sola será el lazo que una y estreche cordialmente á todos los hermanos de esta inmensa y virtuosa familia española.»

Volviéndose luégo á los diputados que iban á cesar en sus cargos, les dijo:

«Y vosotros, dignos y generosos representantes del pueblo español, gloriáos de vuestros trabajos y de vuestros afanes. Los aplausos de las naciones, el parabién de los buenos y hasta la murmuración de los malos y la indignación de la envidia son vuestro elogio. El amor y la gratitud de los españoles y la felicidad de la patria, ese es vuestro premio.»

A seguida dió por terminado el acto con la fórmula usual:

«Las Cortes generales y extraordinarias de la Nación española, instaladas en la Isla de León el 24 de Setiembre de 1810, cierran sus sesiones en Cádiz hoy 14 de Setiembre de 1813.»

Firmada el acta se separaron aquellos insignes varones.

A la salida los acogió el pueblo con vítores, saludos y aplausos, especialmente á los del bando liberal. La música de los Voluntarios de la ciudad acompañó hasta su casa al presidente, á quien acompañaban los canónigos Muñoz Torrero y D. J. L. Villanueva, y los señores Feliú, Arispe y Martínez, y por la noche se obsequió con una serenata á los diputados señores Calatrava, García Herreros, obispo de Mallorca, Villanueva y otros. Todo Cádiz se deshacía en cumplidos, en alabanzas y en obsequios por sus diputados queridos. ¡Ah, y cuánto debieron gozar los que tanto habían sufrido! Aquellas demos-

(1) Calvo y Marcos.—*Régimen parlamentario en España.*

© Biblioteca Nacional de España

traciones de respeto y de cariño fueron el bálsamo que cicatrizó las heridas por ellos recibidas en tantos meses de contínua lucha, no sólo contra los invasores, sí que también, y esto es lo más grave, contra los enemigos del interior, contra los mismos españoles, que ocultos bajo el velo del anónimo unos y escudados por su posición otros, no cesaron de conspirar contra los salvadores de la patria.

Aún debían volver á reunirse y prestar un nuevo servicio á la Nación.

El Gobierno, atemorizado con la fiebre amarilla, que había vuelto á presentarse en Cádiz con más vigor que en 1810, dispuso al día siguiente marchar al Puerto de Santa María; se alarman los habitantes de la ciudad y un pánico horroroso se apodera de los más valientes.

La Diputación permanente de las Cortes advierte al Gobierno del estado de los ánimos en Cádiz, y de lo gravísimo y expuesto de su marcha cuando han comenzado las juntas preparatorias para la elección de las nuevas Cortes que deben reunirse en breve.

Por acuerdo de la diputación permanente de las Cortes y del Gobierno se reunen de nuevo las disueltas Cortes y se las propone la cuestión.

Es el primer caso que presenta la Historia, y bien puede decirse que las Cortes de Cádiz, á imitación del Ave Fenix, volvieron á renacer de sus propias cenizas.

La cuestión propuesta por el Gobierno á la resolución del Congreso no podía ser más difícil.

¿Con qué autoridad iban á disponer las Cortes de la vida de los nuevos diputados si la fiebre se cebaba en la población de Cádiz?

Mientras se trató de la vida de las antiguas Cortes, ellos sentenciaron, y Morales Duares, Luján, Mejía y otros varios pagaron con su existencia en ésta al rigor de la fiebre.

Alarmar á Cádiz y llevar las Cortes á la Isla de León era también difícil, porque ¿quién aseguraba que no fuera en aquella población donde la fiebre descargara toda su furia?

A propuesta de D. Isidoro Antillón, diputado por Zaragoza, se dejó la resolución de tan grave asunto á los nuevos diputados, puesto que ellos eran los verdaderos interesados, y ya que su reunión estaba tan próxima.

La epidemia tomó en pocos días tal desarrollo, que de 60 diputados que cayeron enfermos fallecieron 20.

Separáronse de nuevo á los cuatro días.

¡Salud, ínclitos varones!

¡Id á descansar tranquilos en el seno de vuestras familias, beneméritos de la patria y honra y gloria de la humanidad!

Aquellas Cortes, en los tres años de su existencia, celebraron 1.810 sesiones, que, como dice muy oportunamente un autor, dan, por rara casualidad, la misma fecha del año de su instalación, en esta forma:

En la Isla de León: 147 ordinarias, 9 extraordinarias y 176 secretas; total 332.

En Cádiz: 831 ordinarias, 18 extraordinarias y 638 secretas; total, 1.478.

Las nuevas Cortes.—Oradores más notables.—Tentativa de asesinato contra D. Isidoro Antillón.

El 1.º de Octubre, y con arreglo á la convocatoria, se instaló en Cádiz el nuevo Congreso, ó sean las Cortes ordinarias de 1813; pero como la fiebre amarilla iba en desconsolador aumento, se trasladaron, con la Regencia y el Gobierno, á la Isla de León, donde la epidemia parecía mostrarse más benigna.

Las nuevas Cortes se componían de diputados en su mayoría poco afectos á las reformas, como elegidos bajo la influencia del clero, de la nobleza y de aquellas clases, á las que la abolición del *Santo Oficio*, de los señoríos y de los bienes baldíos, con otras varias reformas, habían producido pérdidas de intereses, que disfrutaban á costa de la Nación, disminución de poderes de que usaban y abusaban en contra de los ciudadanos, y una humillación que deseaban vengar á toda costa, prestándoles eficaz apoyo para el logro de sus intentos el sistema electoral indirecto, que daba gran preponderancia á las altas clases, al clero secular, á los frailes y á la curia.

Los que más fielmente debían guardar el

© Biblioteca Nacional de España

depósito sagrado de las libertades, ya que por su posición, nacimiento é instrucción podían hacerlo, eran los que conspiraban contra éllas en la sombra con la Regencia que fué destituída; los que sublevaban al clero y al Nuncio; los que llenaban de frailes las galerías de las Cortes al tratarse de la abolición de la Inquisición; los que incitaban al pueblo, decimos mal, al populacho de Cádiz contra los diputados, impulsándolo á tomarse la justicia por su mano, y con motines y asonadas desprestigiar á las Cortes extraordinarias; los que abusaban de la libertad de imprenta en los periódicos *El Procurador General de la Nación y del Rey*, que redactaba el canónigo de Cuenca, don Guillermo Hualde, y en la *Gaceta de la Mancha*, escrita por el fraile jerónimo, Castro, procurando hacer odiosa la libertad de imprenta; los que con la cuestión del Nuncio y de la Regencia habían procurado sumirnos en una horrorosa guerra civil; los que, apoderándose con hipócrita astucia de la voluntad de los electores, y queriendo hacer odiosos á los diputados de las Cortes de 1810, habían procurado y conseguido, merced á la reunión de todos los descontentos, que por desgracia eran muchos, pues muchos habían sido los abusos que los legisladores de Cádiz habían cortado, traer á las nuevas Cortes una mayoría, sino anti-reformista, muy tibia en la defensa de las nuevas ideas y en el mantenimiento de la Constitución.

Y gracias á que muchos de los diputados elegidos, por miedo á la fiebre, no se atrevieron á venir, y otros se retardaron en llegar, ocupando su puesto individuos de las Cortes extraordinarias, y que los diputados americanos se unieron á los liberales, se equilibraron los dos bandos y no peligraron desde el primer día las reformas á tanta costa logradas.

Como figuras de mayor importancia citaremos en el partido liberal la de D. Isidoro Antillón, orador de palabra elocuente, de ideas avanzadas, de vastos conocimientos en diversas ciencias, en quien la fogosidad casi vencía á la prudencia.

D. Francisco Martínez de la Rosa, buen orador parlamentario, excelente poeta y literato.

Digamos algo de este novel representante, que debía ser en las Cortes de 1813 el caudillo de los liberales, como Argüelles lo fué en las de Cádiz.

Nació D. Francisco Martínez de la Rosa en la ciudad de Granada en el año de 1788. Hijo de una familia acomodada, recibió de sus padres una educación esmerada, cursando con grande aprovechamiento el Latín y las Humanidades, la Filosofía, que estudió con empeño; y cuando empezó el Derecho, los Tratados de legislación, tanto civil como natural y política, le atrajeron con ansia, sin olvidar la poesía, que por muchos años fué su pasión favorita.

Era Menéndez Valdés el vate que el parnaso español designaba como el primero en aquella época, y al que los maestros presentaban por modelo; así que Martínez de la Rosa y todos los aficionados á las musas seguían con entusiasmo las huellas del vate salmantino, autor de la bella composición *La flor del Zurguen*, que le conquistó tan alto renombre.

A pesar de sus grandes aficiones poéticas, muy joven aún obtuvo Martínez de la Rosa una cátedra de Filosofía en la universidad de Granada.

Al estallar la guerra de la Independencia se distinguió por su acendrado patriotismo, y fué comisionado para ir á Gibraltar, con cuyo gobernador se hallaba de acuerdo, para ayudar al movimiento nacional y solicitar el auxilio de las armas inglesas en la guerra á que España iba á lanzarse.

Granada, por causas particulares, había constituído una Junta independiente de la de Sevilla, prefiriendo regirse por sí misma, y sus hijos se distinguieron por numerosos rasgos de patriotismo y desprendimiento, rivalizando en virtudes cívicas. Martínez de la Rosa, joven y entusiasta, cambió la silla del catedrático por la tribuna del patriota, y hasta llegó á fundar un periódico con que excitó al pueblo no sólo á lanzarse al combate sino á perseverar en la lucha, sean los que fueren los azares de la guerra, sin desmayar jamás.

Martínez de la Rosa halló en el gobernador de Gibraltar Mr. Dalrymple un auxiliar poderoso, y ¿cómo nó, si la causa de España

© Biblioteca Nacional de España

era la causa de Inglaterra en aquellos momentos? En lo único que vacilaba el jefe británico era en dar la preferencia á Sevilla, cabeza del movimiento, ó Granada, que tan valientemente se aprestaba á la lucha; pero al fin concilió ambos extremos, reconociendo la supremacía de la Junta de Sevilla, á la que facilitó recursos de todas clases, pero otorgando á la de Granada un auxilio de armas y pertrechos de guerra, quizás mayor, que entregó á Martínez de la Rosa, y éste llevó de Gibraltar á Algeciras y de Algeciras á Granada.

Martínez de la Rosa dejó la ciencia por la guerra y abandonó las musas por las armas.

El primer año de guerra fué feliz para España, y la memorable batalla de Bailén, el heroísmo de Zaragoza y la resistencia de



D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

Valencia llenaron de alegría todos los pechos.

Martínez de la Rosa escribió su celebrado poema épico en honor de Zaragoza, que, á pesar de cierto amaneramiento, le valió el premio ofrecido al mejor cantor de las glorias de aquella inmortal ciudad.

Si en el poema *Zaragoza* no pudo igualarse, porque esto era muy difícil, cuando no imposible, á la grandeza del asunto, con todo, la nobleza que respiran sus versos, aquellos tonos elevados, aquellos acentos, sino sublimes, elocuentes y patrióticos, hicieron concebir grandes esperanzas en el joven vate, que así se distinguía en prueba tan difícil, y le abrieron las puertas del parnaso, siendo considerado desde aquel día como un verdadero poeta (1).

(1) Miguel Agustín Príncipe.

© Biblioteca Nacional de España

Pasó después á Inglaterra, deseoso de estudiar las instituciones políticas de la Gran Bretaña.

A su vuelta á España fué á encerrarse en Cádiz con los defensores de su patria, cultivando la amistad de los hombres del partido liberal, al que resueltamente se había afiliado, sobre todo de Argüelles, el primer orador de las Cortes, el patriota modelo, el hombre de la situación, en fin, que había de servir á Martínez de la Rosa de modelo en política como Quintana debía serlo en poesía.

Martínez de la Rosa sostenía con la palabra y con la pluma los principios de la mayoría de aquellas Cortes, y los diputados se gloriaban de los triunfos de aquel joven que consideraban como suyos.

Nombrado secretario de la Comisión de *libertad* de imprenta, cumplió sus deberes con pasmosa actividad.

En Cádiz, según atras dijimos, escribió dos obras para el teatro, de bien distinto género: *Lo que puede un empleo*, comedia dedicada á ridiculizar la desapoderada ambición de destinos que de antiguo aqueja á nuestra España, donde el pretendiente parece ser una planta nacional, cuyo decoro, gracia amena, corrección y pureza del lenguaje le ganaron los aplausos del público; y el drama trágico *La Viuda de Padilla*, de plan ordenado, de bien imaginadas escenas, de buenas situaciones y notable versificación, que los gaditanos premiaron haciendo á su autor una ovación extraordinaria.

Elegido diputado por Granada, su ciudad natal, para las Cortes ordinarias de 1813 en justo premio á su patriotismo y á sus talentos, señalóse en éllas por su entusiasmo liberal, cada día mayor, por su elocuencia arrebatadora, por su civismo y carácter, que le llevaron á ser el caudillo de los diputados liberales en aquel nuevo Congreso, á pesar de su juventud, pues apenas contaba veinticinco años.

Conozcámosle físicamente.

Era Martínez de la Rosa en aquella época un joven apuesto y distinguido, de noble ademán, regularmente alto, rostro enjuto y moreno, ojos árabes y rasgados, cabello negro y espeso, fisonomía simpática, fácil y amena conversación y timbre de voz muy agradable.

Vestía generalmente de luto, calzón y media negra, casaca redonda con botón de azabache y abierta por delante, rica pechera y vuelos de encaje, y sombrero apuntado y elástico.

Tal era el jefe de los diputados liberales y el ídolo de la juventud literaria.

Seguíanle D. F. J. Instúriz, temperamento ardiente, liberal apasionado, buen orador y buen político.

El eclesiástico D. Manuel Cepero, hombre de mucha erudición y no escasa valía.

D. José Canga Argüelles, notable economista y buen orador; el Sr. Larrazábal y otros.

Entre los del bando anti-reformista no podía señalarse ninguna notabilidad política ni científica; era una reunión de hombres poco conocidos, sobresaliendo entre ellos D. Bernardo Mozo de Rosales, D. Antonio Gómez Calderón, Tenreyro, Reina y algún otro.

Las opiniones de Antillón molestaban de tal modo á los realistas, que le tendieron un infame lazo para quitarle la vida, y la noche del 4 de Noviembre, al retirarse del Congreso, y en las cercanías de su casa, le acometieron tres asesinos, recibiendo de uno de ellos dos sablazos, por los que cayó en tierra y sin sentido, quedando como muerto; por fortuna le preservaron el sombrero y cuello de la capa, y sólo recibió una herida en la frente.

Al recibir la noticia el Congreso un grito general de indignación se oyó en todo el salón, y hubo diputado (el Sr. Capaz) que propuso se ofrecieran 8.000 pesos al que descubriera los agresores, no aprobándose la proposición por un notable discurso de Martínez de la Rosa en que declaró degradante para las Cortes premiar á un delator.

El eclesiástico Sr. Cepero demostró que el atentado se dirigía contra el Congreso, y que el Sr. Antillón era la víctima que se había querido inmolar en odio á su liberalismo y su amor á la patria.

Hablaron otros diputados y se aprobó que los tribunales instruyeran y fallaran el proceso sobre tan abominable atentado, y el juez pidió permiso para poder tomar decla-

© Biblioteca Nacional de España

ración á varios diputados, que le fué concedido.

Comenzaron las nuevas Cortes á discutir, pero sin llegar á resolver el Memorial que les presentó la Regencia, suscrito por lord Wellington, pidiendo se ampliaran sus facultades, como general en jefe del ejército aliado, á lo que se oponía el ministro de la Guerra, general O'Donojú, quien no podía olvidar su origen irlandés y el odio que los hijos de la *Hibernia* tienen para los de la Gran Bretaña, sus dominadores.

En vista de que los asuntos de la guerra iban de cada día mejor, y á fin de atender los clamores de la capital y cumplir el ofrecimiento que las extraordinarias habían hecho, así como estar más cerca del teatro de la guerra, acordaron las Cortes, en su sesión del 29 de Noviembre, trasladarse á Madrid, en cuya capital debían reunirse el 15 de Enero de 1814.

No es posible pintar el sentimiento de Cádiz al conocer este acuerdo, y es que sus nobles hijos temían, y no sin razón, que lejos de ellos, que habían abrigado con el calor de su pecho el árbol de las reformas, viéndole crecer lozano y florido, siempre dispuestos á su defensa y cuidado, jóven y débil todavía como era, pereciese á los furiosos embates de los fieros huracanes enemigos.

Antes de abandonar la Isla de León quisieron las Cortes dejar á la población un testimonio honroso de su aprecio, y en la sesión del 27 de Noviembre decretaron, atendidas las circunstancias, y especialmente la de haberse instalado en ella las Cortes generales y extraordinarias, concederle título de ciudad con la denominación de *San Fernando*.

Galicia: Gregorio Miranda.—El abad D. Nicolás Albericia.—D. Luis Lacy.

Gregorio Miranda, desde la victoria de los Arapiles, y primera evacuación por los franceses de nuestro territorrio, había podido comunicarse con su familia, llenándole de gozo que, á pesar del tiempo transcurrido, de la fiebre amarilla, de los graves trastornos que se decían ocurridos en Cádiz, y de las vicisitudes de la guerra, así D. Juan Antonio como Andrés, tanto sus queridas hermanas doña Teresa y Pepita, como D. Miguel de Pas, gozaran de salud y de relativa tranquilidad.

Mucho le apenó lo ocurrido á su hermano Andrés en Badajoz, y mucho también la desgracia de su hermano Pablo, quien á la salida de los imperiales de Valladolid se había apresurado é enviar á D. Juan Antonio noticia detallada de cuanto le había pasado en aquellos últimos meses, sin olvidar la pérdida de su pierna, noticias todas que su hermano mayor le había participado; pero Gregorio era valiente, era patriota, era militar, y comprendía que todo aquel que se había lanzado á la pelea estaba expuesto á sufrir una desgracia semejante. Sin embargo, era tal el cariño que estos hermanos se profesaban, que Gregorio hubiese preferido ser él el herido y no Pablo.

En medio de esta pena, su alegría, con todo, fué grandísima al saber que todos aquellos séres, para él tan queridos, vivían.

Cuando su hermano D. Juan Antonio le participó «la boda de Andrés con Conchita, una criatura tan bella de cuerpo como de alma, hija del capitán de marina y rico armador de Cádiz, D. Carlos Talavera, buen patriota y buen liberal, y de doña Catalina Saldaña, señora de nobilísimos sentimientos, y la próxima unión de Pepita con el joven americano D. Miguel de Pas,» Gregorio tuvo uno de los días más felices de su vida; llevó la carta á su general D. Luis Lacy, quien le felicitó con todo su corazón, rogándole transmitiera esta felicitación á su hermano D. Juan Antonio y á los novios, á quienes conocía como amigo que era de sus familias, asegurándoles que por su eterna felicidad hacía los más fervientes votos.

El general Lacy quiso otorgar permiso á Gregorio Miranda para marchar á Cádiz y asistir á la boda de sus hermanos, pero éste se negó diciendo:

—Las necesidades de la guerra no me permiten ausentarme, ni el cariño que á V. profeso me consiente abandonarle cuando los franceses se han rehecho después de la batalla de los Arapiles, volviendo el intruso á Madrid y teniendo lord Wellington que replegarse á Portugal con todo el ejérciio alia-

© Biblioteca Nacional de España

do. Agradezco con toda mi alma esta nueva prueba de cariño que recibo de V., pero no la acepto. Me basta saber que Pepita y Andrés, mis queridos hermanos, aman y son amados, y que mi hermano Juan Antonio autoriza y aprueba su boda para comprender que van á ser felices. Soy soldado, y el deber es para mí lo primero.

Lacy insistió, pero se comprendía que en su interior le halagaba y satisfacía la digna respuesta de su joven ayudante.

El día anunciado para la boda, el ilustre D. Luis Lacy, aprovechando la feliz ocasión de haber batido los nuestros á los imperiales en las orillas del Llobregat, distinguiéndose notablemente Gregorio Miranda, que en lo más recio de la pelea salvó con unos cuantos ginetes un batallón que ya tenían cercado y casi rendido los franceses, le propuso para coronel, recibiendo á poco de la Regencia la confirmación de tan justo nombramiento.

Mucho antes de que Gregorio lo supiera, leyeron sus hermanos en Cádiz en la *Gaceta del Gobierno* la noticia de su ascenso á coronel, y todos le dirigieron y firmaron una carta llena de enhorabuenas, eco fiel del inmenso cariño que le profesaban. La carta llegó al tiempo mismo que la *Gaceta* y que el nombramiento, y D. Luis Lacy, cuyo corazón era tan noble como valiente, no pudo menos de sentirse emocionado al ver la alegría de Gregorio y al leer la carta de sus hermanos.

Al marchar á Galicia acompañando á su general, Gregorio recibió de sus hermanos, y muy especialmente de doña Teresa, el encargo de buscar al señor abad, D. Nicolás Albericia, de quien hacía largo tiempo no recibían carta ni noticias.

Llegado que fué á Santiago, capital entonces de Galicia y residencia del capitán general, marchó á Conjo, que era la parroquia de D. Nicolás, á quien tuvo la inmensa dicha de abrazar.

El señor abad, que apenas llegado de Madrid en Abril de 1808, había predicado la guerra contra los invasores, contra los inhumanos verdugos de su sobrino Carlos, se batió denodadamente todo aquel año y todo el de 1809 en unión de sus colegas, siempre á la cabeza de sus feligreses, asistiendo á las acciones de Tuy, de Vigo, del puente de San Payo y de las orillas del Sil. Cuando la retirada de los ingleses y muerte del general Moor, el Sr. Albericia reanimó el espíritu de sus paisanos, un tanto abatido con aquellos reveses, organizó guerrillas, levantó fortificaciones y siguió luchando sin tregua ni descanso contra los enemigos de Dios y de la patria. Si al hacer el retrato del señor abad en la tertulia de D. Juan Antonio, en Madrid, dijimos que D. Nicolás era un gigante en figura y en corazón, con la candidez de un niño, ahora podemos añadir que durante la guerra dió pruebas de ser un patriota que no cedía en amor á España á ninguno de los más exaltados, y que en las cuestiones que tanto habían alterado al clero por los decretos de las Cortes, se había mostrado eminentemente liberal, doliéndose de la conducta del obispo de Orense al negarse á reconocer la Soberanía Nacional, votada por las Cortes, y censurando enérgicamente el proceder del Nuncio, monseñor Gravina, conspirando contra los decretos del Congreso Nacional.

Respecto de la Inquisición, asunto era éste que en su fuero interno tenía resuelto el señor abad; el tribunal del *Santo Oficio* se había apartado de la misión para que fué creado, convirtiéndose de religioso en profano; demás de esto, no existiendo, como entonces no existían, judíos conversos, ni moros relapsos, ni ataques á la iglesia, la Inquisición resultaba inútil y perjudicial; en cuanto á los conventos, sabido es que el clero secular, que vive con el siglo, que siente los dolores de la patria, que llora ó goza con las penas ó las alegrías de sus feligreses, fué siempre enemigo del clero regular que vive en clausura, y que, al instalarse en las poblaciones, arrebató al secular gran parte de sus emolumentos y de su prestigio. El arreglo que de ellos hizo la comisión de las Cortes agradó mucho al señor abad, y mayor habría sido su alegría si, á imitación de lo hecho por Napoleón y José, las Cortes hubiesen decretado su completa abolición, que era un deseo generalmente sentido por todo el clero parroquial, que se considera el verdadero sacerdote encargado

© Biblioteca Nacional de España

de consolar al triste, de levantar al caído, de auxiliar al enfermo; que con lluvia y con nieves, está obligado á llevar los últimos sacramentos á un enfermo á larga distancia, por caminos intransitables, expuesto á todo género de peligros, en tanto que el fraile, encastillado tras de los muros de su convento, se mira libre de todo trabajo y exento de toda fatiga, y á salvo de todo peligro.

Las noticias que Gregorio trajo á D. Nicolás, relativas á la boda de Pepita con don Miguel de Pas, y de Andrés con la hija del capitán Talavera, le llenaron de júbilo, y mientras el joven permaneció en Santiago no dejó de visitarle un solo día el señor abad, que presentado al general D. Luis Lacy bien pronto simpatizó con el héroe de Ocaña, de Talavera y Cataluña.

D. Nicolás Albericia fué para Lacy en Galicia lo que Gregorio había sido en el antiguo Principado catalán, un auxiliar poderoso, pues gracias á él pudo conocer las aspiraciones, estimar las necesidades y estudiar los deseos de los hijos de Galicia, para los cuales pretendía ser D. Luis, no sólo el general, si que también el padre.

A Gregorio, como á D. Nicolás, no había dejado de inquietarle la noticia de haberse presentado de nuevo en Cádiz la fiebre amarilla, temiendo por sus hermanos.

Cuando recibieron la carta de D. Juan Antonio participándoles la muerte de doña Catalina y de Teresa, Gregorio lloró abrazado al abad, que unía sus lágrimas á las del joven militar, por la señora de Talavera, cuyas virtudes y hermoso corazón les eran conocidas, y por Teresa, aquella madre desgraciada, á la que parecía haber llamado desde el cielo su hijo Carlos.

D. Luis Lacy se ocupó desde su llegada, con la actividad, el celo y patriotismo que le distinguían, en organizar el nuevo ejército puesto á sus órdenes *Reserva de Galicia*, de forma que pudiera dar nuevos días de gloria á su patria si las circunstancias lo exigían.

En el mes de Octubre, D. Luis Lacy pasó en Coruña, Ferrol y Santiago la visita de cárceles, por lo respectivo á lo militar, acompañado del auditor de guerra D. Manuel Santurio, de su secretario, de los individuos del ayuntamiento constitucional señores D. Antonio de la Riba y D. Julián Suárez y el médico D. Juan Camiña, ofreciendo á los presos pedir en su favor á la Regencia cuanto fuera compatible con la justicia, y distribuyéndoles algunas limosnas de su bolsillo particular.

Historia de dos mártires.—Amor satisfecho.

El 25 de Agosto de 1813, día del santo del novio, fué señalado para la celebración de la boda de la condesita de Renedo, doña Isabel de la Alameda, con el doctor D. Luis Peñaranda.

No habrán olvidado nuestros lectores que el joven médico era inclusero, de cuyo asilo le había sacado el doctor D. Guillermo Peñaranda, quien, acusado por sus ideas liberales de fracmasón y de hereje, fué encerrado en las cárceles de la Inquisición de Valencia, en que falleció víctima de los más horribles tormentos.

Fué necesario que D. Luis marchase á Valencia para arreglar la cuestión de su estado civil, y apenas la evacuó Suchet, con el ejército imperial, el 5 de Julio de 1813, después de la gloriosa batalla de Vitoria, el joven se trasladó á su ciudad natal.

Una vez en Valencia, y puesto de acuerdo con su grande amigo el padre Rico, que acababa de llegar á ella, comenzaron á hacer diligencias para averiguar lo que tanto interesaba á D. Luis.

El padre Rico tuvo una idea luminosa: las Cortes de Cádiz habían abolido la Inquisición y dispuesto, por indicación del diputado americano Sr. Gutiérrez de Terán, que todos los archivos del llamado *Tribunal del Santo Oficio* pasasen á los de justicia. Habiendo muerto en los calabozos de la Inquisición D. Guillermo Peñaranda, era fácil que en los archivos existiese aunque no fuera más que la sombra del proceso que el Santo Oficio le hubiese formado, y quién sabe si en sus páginas no hallarían algún dato que pudiera guiarles.

El resultado correspondió, y aún superó á las esperanzas del padre Rico y de su amigo Luis.

Unido al proceso que se formó al sabio don

© Biblioteca Nacional de España

Guillermo, encontraron un documento por el cual legaba al niño Luis, al que reconocía por su hijo, habido en una ilustre dama de Valencia, doña Luisa N..., que murió al darle á luz, todo cuanto poseía. En el citado documento, que era una confesión y un testamento, el doctor explicaba el por qué de haber enviado al niño Luis á la inclusa apenas nacido, temeroso de la venganza de la familia de su amada, que era poderosa en Valencia, no contando en la ciudad, en la que era forastero, con persona alguna de su confianza á la que poder encomendarlo, y no atreviéndose á huir con él por temor de ser perseguido.

Oigámosle:

«Luisa era de alta alcurnia y yo un pobre médico que había hecho mi carrera con grandes trabajos, asistiendo de oyente á las universidades de España, de Italia, de Francia y de Alemania, cuyas naciones había recorrido con el ansia de estudiar y de aprender, sujeto á toda clase de privaciones y desdichas, pero logrando arrebatar á las ciencias los ricos tesoros que encierran en su profundo seno.

Al estudiar la medicina y la botánica no olvidé la historia y la filosofía, y en la de España, al igual que en la de Italia, en la de Francia lo mismo que en la de Alemania, comprendí que la sociedad vivía asentada sobre bases injustas, que antiguamente el señor, después el noble, y siempre el rico holgazán y el noble perezoso, dominaban á los que por su ilustración, por su inteligencia, su genio ó su desgracia se veían sujetos á la dura cadena del esclavo.

La *Enciclopedia*, aquel conjunto de todas las ciencias, aquel depósito de todos los conocimientos humanos, expresión la más completa del espíritu filosófico, innovador y crítico del siglo XVIII, aquel grito de alarma que lanzaron Diderot y D'Alembert, seguidos de aquella pléyade de talentos que se llamaban Condillac, Buffon, Montesquieu, Turgot, Helvetius, Necker, Grimm y tantos otros, puso en movimiento á todos los hombres pensadores y trajo á los enciclopedistas el aplauso y el apoyo de todos los que sufrían.

Contra aquella osada y gigantesca obra fueron impotentes todos los ejércitos del mundo. ¿Por qué? Porque era el hombre, el hombre ilustrado, rico ó pobre, señor ó mendigo, el hombre moderno, el hombre del porvenir, que venía á ocupar su puesto en la nueva sociedad. La revolución no principió en 1789, principió en las sublimes páginas de la Enciclopedia, y los principales soldados de la revolución francesa primero y europea después, fueron Diderot, Voltaire, D'Alembert.

La sociedad entró en una nueva era.

Las viejas instituciones están llamadas á desaparecer.

El soberano de mañana será el pueblo.

Pobres y ricos, todos serán iguales ante la sociedad, como lo son ante Dios.

El porvenir nos pertenece.

. . . . . .

Aunque muchos en Valencia se alejaban de mí, por mis ideas filosóficas y científicas, políticas y religiosas, todos, sin embargo, reconocían en mí al hombre honrado, y todos ponderaban mi talento y mis grandes conocimientos.

Sólo mi Luisa, aquel ángel del cielo, tuvo el valor de tenderme su blanca mano...

El día que yo besé su pura frente me pareció que el mundo antiguo había caído desplomado, y que los desheredados como yo habíamos salido triunfantes de nuestro largo y pesado cautiverio.

¡Ah! ¡Y cómo adoraba yo á aquella niña celestial, que olvidando su alta alcurnia, su familia orgullosa, sus viejos pergaminos y sus rancias preocupaciones, aceptaba con regocijo la flor de mis amores, el incienso de mi cariño, el culto de mi pasión, la adoración de mi alma!

Con tan distintas posiciones ¿era posible imaginar que su familia consintiera en nuestra unión?

Bien lo comprendió aquella criatura tan noble como hermosa.

Por eso, y para ser justo, me veo forzado á declarar que no fué sólo nuestra exaltada pasión, sino la tiranía de su orgullosa familia la que produjo su caída primero y su muerte después.

Si alguno de sus hermanos me hubiese preguntado cómo yo, un pobre médico, me

© Biblioteca Nacional de España

había atrevido á amar á la hija de un duque, habría contestado como el gran poeta italiano, Torcuato Tasso, en un caso igual: «Ella era hermosa y yo no era ciego...»

Pero si Luisa era hermosa de rostro, era más hermosa de alma.

Los días de nuestro amor fueron los de su martirio, y jamás se quejó de las violencias á que se vió sometida por sus hermanos. Sufría sin quejarse, como lo que era, como una santa, cuyo lugar no estaba en la tierra sino en el cielo.

Cuando me anunció que iba á ser madre, pensé que iba á maldecirme y á maldecir de nuestro amor; pero observé, con inmensa alegría, que la idea de la maternidad la había dado nuevo valor y mayor grandeza.

Sufrió todas las molestias inherentes á su estado con un valor extraordinario.

No la mataron los dolores de su alumbramiento... la mató el dolor de no poder conservar á su lado al hijo de sus entrañas, y el temor de lo que sus fieros hermanos intentarían contra mí y contra él.

Largos meses hubo de pasar encerrada, ocultándose de sus hermanos y de la gente, falta de aire y devida, y esta clausura la fué fatal.

Si Luisa hubiese tenido madre, quizás ésta habría tenido compasión de élla y de mí, que sólo pensaba en darla mi nombre, pobre, pero honrado; pero sólo tenía un padre orgulloso de su alcurnia y unos hermanos infatuados con su nobleza, que mil veces me amenazaron de muerte, y que en cierta ocasión llegaron á pagar algunos miserables para que me asesinaran... ¡Hasta el crimen consideraban mejor que ceder á las súplicas de su hermana y á mis ruegos!... ¡Todo, hasta el asesinato les parecía mejor que unir su noble hermana á un plebeyo!... ¡Hay muchas gentes que así comprenden y practican la moral!...

Tan sólo el médico de la familia, que la había visto nacer, tuvo lástima de élla y ocultó á su padre y á sus hermanos la causa de su muerte. ¡El cielo, sin duda, debió premiar tan generosa acción!

Transcurridos seis años del fallecimiento de mi adorada, y habiendo marchado á la corte dos de los tres hermanos de mi inolvidable Luisa, me apresuré á sacar de la inclusa al hijo de mi corazón, á quien yo había previamente marcado una cruz en el hombro derecho, pero no me atreví á darle mi nombre por no despertar las sospechas del hermano menor de Luisa, que había quedado en Valencia, y causar su pérdida con la mía, diciendo á todos que era un niño vagabundo que había recogido en la calle.

Preso en los calabozos de la Inquisición, ignoro si por gestiones de los hermanos de Luisa ó por mis ideas políticas y filosóficas, sólo pensaba en mi Luis, en verle primero, en su porvenir después.

Un secreto presentimiento me dice que la Inquisición será abolida. Como la Bastilla en París caerán al suelo los tribunales de la Inquisición. Si este caso llega, quiero que mi Luis, al que no he de estrechar más entre mis brazos, pero de cuya educación he cuidado con el mayor esmero, comenzando á enseñarle cuanto yo sabía y á inculcar en su hermoso corazón todas las ideas de libertad, de igualdad y fraternidad que predicó el mártir del Gólgota, sepa la triste verdad, y que al perdonar á su padre guarde en su corazón el respeto más sagrado, los pensamientos más puros y el cariño más entrañable para aquella santa que le dió la vida, y que, al besar su frente por la primera y última vez expiró en mis brazos; de aquella noble criatura cuyo nombre lleva y cuya protección le seguirá por todas partes.»

La Inquisición, sin caridad para aquel pobre niño, para el hijo del doctor, secuestró todos los bienes y ocultó el documento en sus archivos, seguros los jueces de que nunca llegaría á desaparecer el *Santo Oficio*, ni á ser públicos sus procesos.

¡Qué les importaba á éllos que Luis hubiese mendigado por las calles para mantener en la Inquisición al que ya no llamaremos su protector, sino su padre! ¡Qué les importaba á éllos que, contando con una fortuna aquel niño, hubiese sufrido hambre, frío y sed, hasta llegar á ser médico!

¡Ah, y cuánto se alegraba Luis de no haber culpado á sus padres por el abandono en que le habían dejado!

¡Su madre había sido una santa y su padre un mártir!

© Biblioteca Nacional de España

¡Ah, y cuánto gozaba al ver que las ideas de su padre eran las suyas!

D. Luis no pensó en reclamar aquella fortuna de que los inquisidores le habían despojado... ¿Para qué? Con su trabajo se había conquistado una posición independiente y hasta fundado en Valencia el asilo para niños de que hablamos en otra ocasión. Luégo, conocía el noble corazón de la condesita y sus generosos sentimientos, y sabía que el oro no tenía valor ninguno á los ojos de Isabel.

Regresó, pues, D. Luis á Madrid lleno de alegría por las noticias de su nacimiento, que produjeron grande placer á la condesita, y sobre todo á su tío el marqués, porque su sobrino iba á tener un nombre.

En compañía del doctor vino á la capital el padre Rico para bendecir su boda, según le tenía ofrecido, y como en Madrid se encontraba D. Juan Martín *(El Empecinado)* que, á su paso por Valencia al conocer á don Luis tanto empeño había mostrado en asistir á ella, señalóse la ceremonia para al 25 de Agosto, día de San Luis.

Si el marqués vió un acto de cariño en la celebración de esa fecha por su sobrina, por ser este día el de su futuro, D. Luis vió algo más grande, vió un tributo de cariño rendido por Isabel á su adorada madre, cuyo nombre era Luisa, y esta sola acción, si otras muchas no hubiese realizado la condesita, la habrían conquistado el amor eterno del doctor.

El marqués de la Castellana fué el padrino de la boda, asistiendo como testigos don Juan Martín, D. Valero Borja, recién venido á Madrid de Portsmount (Inglaterra), á donde pudo llegar con su grande amigo don Mariano Renovales, escapados con otros oficiales españoles de las garras de los franceses, que los prendieron en Carvajes de Zamora en Agosto de 1812, y el abate D. Felix Manzanilla.

Bien habrían querido esperar la llegada de D. Juan Antonio Miranda, tutor de la condesita, y de sus hermanos, pero en su última carta les anunciaban ser esto imposible, tanto porque las nuevas Cortes no comenzaban sus sesiones hasta el mes de Octubre, cuanto por haber caído enferma Pepita con la fiebre amarilla, y si bien la consideraban fuera de peligro, una y otra razón les impedía ponerse en camino tan pronto.

La guerra continuaba, y dilatar la boda era expuestísimo, pues quizás las necesidades de la lucha llamaran de nuevo al campo del honor á D. Luis Peñaranda.

Más tarde, al recibir la noticia de la muerte de doña Teresa Miranda, todos lloraron recordando sus virtudes y su heroísmo, pero sobre todos el *Empecinado*, que creía en Dios y adoraba en doña Teresa, y cuya desgraciada muerte le trajo á la memoria la del niño Carlos, que D. Juan Martín consideraba como su hijo.

Un documento notable.

Publicábase en Cádiz, á fines del año 1813, un periódico semanal, de ideas muy liberales, que llevaba por título *El Amigo de la libertad civil*, cuyo redactor y propietario autorizaba la reimpresión del periódico en toda España, á condición de que el importe que se obtuviera de la venta se entregase á los ayuntamientos de la población en que la reimpresión se hiciera, para atender á las muchas necesidades de nuestro exhausto erario.

Semejante conducta, y la valentía é inteligencia con que sostenía los principios liberales le captaron las simpatías, no sólo de los gaditanos, sí que también de los hijos de otras provincias, especialmente de la de Madrid, á cuya capital trasladó el periódico más tarde; y en la mayoría de las poblaciones libres de franceses se reimprimían sus escritos y al pie se insertaba el oficio del alcalde, acusando el recibo de la cantidad que por la venta del mismo le había sido entregada.

Gozaba, pues, el periódico y su redactor, de justa fama entre los liberales de la Isla gaditana.

A fines de Octubre de 1813 apareció un número de *El Amigo de la libertad civil* con un artículo traducido del inglés, que produjo en Cádiz primero y en toda España después honda sensación, y que por ser muy poco ó nada conocido, y haberlo encontrado

© Biblioteca Nacional de España

nosotros por una rara casualidad, vamos á transcribir.

Helo aquí:

«En el periódico de Dublín, titulado *Evening Post*, se ha publicado el siguiente artículo:

«ARTURO, REY DE ESPAÑA.

Sabemos por cartas particulares de España que la popularidad de lord Wellington entre los españoles llega hasta el entusiasmo. Comienza á prevalecer la opinión de que sería interés de España, de la Gran Bretaña y de Europa, el dar á su señoría la corona de aquel país. Regularmente sería con la condición de que lord Welligton se hiciese católico, propuesta á que es muy probable accediese su señoría.

Dícese, y se cree, que algunos grandes de España, caudillos, han diputado á Castaños, que es amigo particular de lord Wellington, para explorar á su señoría sobre esta materia. Castaños hizo caer con mucha delicadeza la conversación sobre este punto, preguntando á su señoría ¿cuál era su opinión sobre la conducta de Bernardotte en haber mudado su religión por la corona de Suecia? Su señoría respondió que un deber para una nación era, á su parecer, supremo sobre cualquier otra cosa, y que no era sino una aquiescencia razonable en todo hombre el adoptar la religión de un pueblo con tal que fuese la religión cristiana, cuando el pueblo le llamaba de la vida privada para ponerle á él y á sus descendientes en un trono.»

El redactor del periódico español escribía por su cuenta:

«¡Alerta, gaditanos! ¡alerta, españoles, que perecemos!»

Apenas hallado y leído por nosotros el artículo del *Evening Post*, tratamos de consultar los mejores historiadores de la época; pero ni Marliani, ni Toreno, ni Lafuente, ni Muñoz y Maldonado, ni Chao, se ocupan del tal documento, á pesar de su extremada gravedad, acaso porque no le conocieron, pues el asunto era de importancia y se prestaba á serias reflexiones; por nuestra parte, una vez encontrado, hemos juzgado un deber el publicarlo. Ignoramos lo que podría haber de cierto en el asunto, y aunque nos parece imposible que el general Castaños se mezclase en semejante intriga, á pesar de su notoria amistad con lord Wellington, ¡quién sabe si la Gran Bretaña, cuyos historiadores, según veremos luégo, negaban toda importancia á nuestros soldados en la guerra sostenida, y atribuían todo el éxito de la campaña y todas las glorias y conquistas á los ingleses, y cuyo gobierno había pretendido someter al nuestro en la cuestión de la pacificación de las Américas, soñaba en forjar con el hierro de sus legiones en España una corona para el general Wellington, á imitación de lo hecho por Napoleón con Bernadotte y con Murat, que le permitiera tener la Península en feudo y vasallajel

No aseguramos nada; nos limitamos á exponer algunas consideraciones que nos ha sugerido la lectura del artículo del periódico inglés, cuyo contexto, unido á las exigencias de la Gran Bretaña, y á ciertos rumores que circularon primero en Cádiz y luégo en Madrid, sobre planes más ó menos ambiciosos de Inglaterra en España eran realmente sospechosos.

Nuevos manejos de Napoleón.—Actitud de Fernando.—Manifiesto de las potencias del Norte.—Tratado entre Fernando y Napoleón.

Napoleón, á quien los triunfos de los españoles sobre sus *invencibles* ejércitos, y la constancia que venían desplegando en aquella terrible lucha de seis años, habían hecho estimar el heroísmo y el carácter de sus hijos en su justo valor, autorizó á su hermano José á renovar los tratos de paz con las Cortes, tantas veces por él propuestos y tantas rechazados por los diputados, apoyado esta vez el intruso por algunos españoles de alta categoría. El resultado fué el mismo, y España se mantuvo, al desechar las propuestas de sus crueles verdugos, de sus traidores invasores, de sus desleales amigos, á la altura de su nombre.

José pensó, en vista de este fracaso con las Cortes y el Gobierno, atraerse el país, y siguiendo el consejo de su ministro Azanza, consultó al Ayuntamiento de Madrid, á la Diputación de Valencia y á otras corpora-

© Biblioteca Nacional de España

ciones, sobre la conveniencia de convocar un Parlamento, pero inútilmente.

España había jurado ser libre, y lo cumplía.

Apremiado por tan graves circunstancias, Napoleón no cejó en sus trabajos; necesitaba, en la nueva lucha á que se disponía, hacer la paz con España á todo trance, poder disponer de las tropas que aún mantenía en élla para combatir á las potencias del Norte, y obtener la neutralidad de un vecino tan peligroso, y para conseguir este resultado pensó en Fernando, seguro de obtener de éste, al que tanto conocía, lo que no había logrado de los diputados, enviando secretamente á Valencey al conde de Laforets con la siguiente carta:

«Primo mío: las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política me hacen desear acabar de una vez con los asuntos de España. La Inglaterra fomenta en élla la anarquía y el jacobinismo y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una República. Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto, y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que por tanto tiempo han existido entre las dos naciones.—*Napoleón*.—Saint-Cloud 12 de Noviembre de 1813.»

Según Mr. Laforets, los ingleses todo lo habían trastornado en España, introducido la anarquía y el jacobinismo, destruído la religión, desamparado el clero, abatido la nobleza, destruído la marina, desmembrado las colonias, y tratando, mientras en Cádiz dejan celebrar Cortes en nombre del rey, de plantear una República en España, lo cual sienten y lloran los buenos españoles, y ha movido al emperador á enviarme á V. A. R. á enterarle del estado de los negocios de España (1).

Como se ve, Napoleón sólo llamaba á Fernando alteza, sin reconocerle todavía por rey.

Como Fernando, al leer en la carta la especie de que Inglaterra, nación monárquica, pensara establecer una República en España, sonreía con aquella risa excéptica y socarrona que le era peculiar, el emisario se apresuró á rectificar, en parte, la carta de su amo, diciendo que si Inglaterra no quería implantar la República en España por lo menos quería sustituir á los Borbones con los Braganzas, añadiendo:

—«Si V. A. acepta la corona de España, que el emperador quiere devolverle, será necesario que se concierten ambas potestades sobre los medios para arrojar de élla á los ingleses.»

Y terminó con la pregunta de si al volver Fernando á España sería amigo ó enemigo del emperador.

Dícese que Fernando, entre alegre y sorprendido por la actitud de Napoleón, pidió á su enviado tiempo para reflexionar, y que luégo de consultar con su tío el infante don Antonio y su hermano Carlos, respondió de palabra y por escrito en esta forma:

«Yo estoy siempre bajo la protección de S. M. I., y siempre le profeso el mismo amor y respeto de que tiene tantas pruebas V. M. I., pero no puedo hacer ni tratar nada sin el consentimiento de la nación española, y, por consiguiente, de la Junta.

V. M. I. me ha traído á Valencey, y si quiere colocarme de nuevo en el trono de España, puede hacerlo, pues tiene medios para tratar con la Junta, que yo no tengo; ó si V. M. I. quiere absolutamente tratar conmigo, y no teniendo yo aquí en Francia ninguno de mi confianza, necesito que vengan aquí, con anuencia de V. M., individuos de la Junta para enterarme de los negocios de España, ver los medios de hacerla enteramente feliz, y para que sea válido en España todo lo que yo trate con V. M. I.

Si la política de V. M. I. y las circunstancias actuales de su imperio no le permiten conformarse con estas condiciones, entonces quedaré quieto y muy gustoso en Valencey, donde he pasado ya cinco años y medio, y donde permaneceré toda mi vida si Dios lo dispone así.

Siento mucho, señor, hablar de este modo á V. M. I., pero mi conciencia me obliga á ello. Tanto interés tengo por los ingleses como por los franceses, pero sin embargo debo preferir á todos los intereses y felicidad de mi nación.»

(1) Marliani —*Historia de la España moderna.*

© Biblioteca Nacional de España

Para que no se nos tache de parciales hemos tomado esta carta de la obra del canónigo, maestro y consejero de Fernando, el famoso D. Juan Escoíquiz, que la publicó á su vuelta á España en su libro *Idea sencilla, etc.*

Ahora bien; historiadores de tanta valía como los Sres. Chao, de opiniones democráticas, y el conde de Toreno, de ideas monárquicas, atendiendo á la anterior conducta de Fernando, *vacilante, débil y aun facciosa,* aconsejan suspender el juicio sobre la veracidad en sus diversas partes de la narración citada, inclinándose á creer «que hubo olvidos ó algunas variantes entre lo que Fernando escribió y el extracto ó copia que hizo D. Juan Escoíquiz.»

En nuestra opinión, la carta que hemos copiado no da tampoco grande idea de la fortaleza ni del españolismo de Fernando.

En primer lugar manifiesta á Napoleón que se halla bajo su *protección;* después cita una Junta, que suponemos sería la que dejó nombrada en 1808 al salir de Madrid, y no menciona á las Cortes ni á la Regencia, únicos poderes legítimos de España durante su



EL CONDE LAFORETS

ausencia; luégo declara que el mismo interés tiene por los ingleses que por los franceses, como si éstos no le hubieran arrojado de su trono y luégo aprisionado, y aquéllos no hubiesen venido á España para ayudar á la nación á reconquistar la independencia del país y el cetro de su legítimo rey.

Marliani, hablando de la dicha carta escribe:

«Rebosa de aquella flaqueza y aquella ruindad que asoma en todos los actos de este monarca.»

El 21 de Noviembre escribía Fernando á Napoleón:

«Si yo prometiese algo á V. M. I. y luégo me viese precisado á practicar todo lo contrario, ¿qué concepto merecería yo á V. M. I.? Diría que he carecido de entereza, y mofándose de mí me deshonraría á la faz de la Europa.»

El 1.° de Diciembre de 1813, las potencias del Norte dirigen á Francia un notable Manifiesto en que declaran que no es contra élla contra la que se han armado, sino contra el ambicioso Napoleón, trastornador de la paz de Europa, puesto que desean conservarla íntegra y no arrebatarla un solo pie de terreno, procediendo al avance de tres poderosos ejércitos que cruzan las orillas del Rhin y penetran en Francia por aquella par-

© Biblioteca Nacional de España

te, como lord Welligton y el ejército anglo-hispano-portugués lo ha hecho por el Bidasoa.

Prestóse también á graves sospechas sobre la lealtad y patriotismo de Fernando el ver que, á seguida de esta carta, salió de su destierro el duque de San Carlos, uno de los nobles que le acompañaron á Bayona, y se presentó en Valencey plenamente autorizado para tratar con el conde de Laforets, sin informarse del estado de España, como exigía Fernando en el citado documento, ni consultar á las Cortes, ni informarse de las opiniones de la Regencia y del Gobierno, ajustando con fecha 11 de Diciembre el siguiente tratado, que resumimos:

«S. M. el emperador de los franceses y rey de Italia, reconoce á D. Fernando y sus sucesores, según el orden de sucesión establecido por las leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias; reconoce la integridad del territorio de España, tal cual existía antes de la guerra actual, obligándose Fernando á mantenerla, y á ambos á que la evacuación de las provincias y plazas ocupadas por los extranjeros, franceses é ingleses, se haga simultáneamente.—(Artículos 3.°, 4.°, 6.° y 7.°).

Se obligan recíprocamente á mantener la independencia de sus derechos marítimos, tales como fueron estipulados en el tratado de Utrech, y como las dos naciones los habían mantenido hasta el año de 1792.—(Artículo 9.°).

Se restituirán sus propiedades á los súbditos de ambas naciones, y todos los españoles adictos al rey José volverán á los honores, derechos y prerrogativas de que gozaban, devolviendo todos los bienes de que hayan sido privados y concediéndoles diez años para su venta á los que quisieran salir de España, sin privarles en lo sucesivo de lo que pudiera pertenecerles.—(Artículo 10).

S. M. Fernando VII se obliga igualmente á hacer pagar al rey Carlos IV y á la reina su esposa la cantidad de treinta millones de reales, que será satisfecha puntualmente por cuartas partes, de tres en tres meses. A la muerte del rey, dos millones de francos formarán la viudedad de la reina.—(Artículo 13).

Se concluirá un tratado de comercio entre ambas potencias, y hasta tanto sus relaciones comerciales quedarán bajo el mismo pie que antes de la guerra de 1792.»

Salió inmediatamente el duque de San Carlos de Valencey para Madrid con una carta del rey para la Regencia, exigiendo la ratificación del tratado *tan felizmente concluido en Valencey, donde S. M. ha logrado un espléndido hospedaje,* que él había concluido según su capricho y voluntad, faltando á lo que él mismo había dicho en su carta á Napoleón, y á lo decretado por las Cortes de 1810 al declarar nulo todo documento que el rey firmase durante su cautiverio; y con instrucciones particulares para que el duque, si las Cortes le eran leales y no *infieles é inclinadas al jacobinismo, como sospechaba*, ratificasen el tratado, á menos que las relaciones de España y las potencias á élla ligadas contra Francia no lo impidieran; que si la Regencia, libre de compromisos, lo ratificaba, lo hiciese *temporalmente*, entendiéndose con la Inglaterra, estando él resuelto á declarar dicho tratado forzado y nulo á su vuelta; y que si dominaba en la Regencia y en las Cortes el espíritu *jacobino*, nada les dijese, contentándose con insistir buenamente en la ratificación, reservándose él una vez libre continuar ó no la guerra, según lo requiriese el interés ó buena fe de la nación.

Este es Fernando, el Fernando del Escorial, azuzando á sus amigos contra Godoy y poniéndose luégo bajo la protección del favorito y abandonándolos á ellos; el Fernando de Aranjuez, prometiendo á su anciano padre la paz y encendiendo la guerra por medio del conde de Montijo y hasta de sus propios criados; el Fernando de Bayona, resistiendo á la voz de Carlos IV y devolviéndole luégo la corona para quitársela después; nombrando una Junta que gobierne en su nombre y convoque Cortes y resista á Napoleón, y luégo desprestigiándola y felicitando á Bonaparte por el triunfo de sus ejércitos contra los españoles.

Exige á la Regencia que ratifique el tratado firmado por él, á reserva de declararlo *forzado* y *nulo* á su *vuelta;* acuerda con Napoleón un pacto de amistad, *sin perjuicio*

© Biblioteca Nacional de España

de continuar ó no la guerra; y pone á las Cortes en la alternativa de negarse á la paz, de que tan necesitada estaba la nación y declararse jacobinas, ó de aceptar lo hecho por él, faltando á los solemnes acuerdos que las Cortes extraordinarias dictaron considerando nulo y sin valor cuanto hiciera y firmara privado de libertad.

Y obsérvese bien, que en este juego de Fernando resultaban igualmente engañados Napoleón, las Cortes, la Regencia y España.

Los hechos sucesivos demostrarán á nuestros lectores que en nada exajeramos al hablar de este modo.

La capital de España.—Los partidos.—La prensa.—Llegada de la Regencia.

Volvamos la vista hacia Madrid, que, libre de franceses y recibiendo cada día la visita de nuevas familias á quienes las necesidades de la guerra habían obligado á emigrar, de los diputados, generales y altos empleados, comenzaba á recobrar su animación y su vida.

El domingo 22 de Agosto, á las seis de la tarde, se descubrió en Madrid la lápida con el lema *Plaza de la Constitución*, fijada en la Plaza Mayor y Casa Panadería.

Cuatro regidores y el secretario del Ayuntamiento, con una compañía de granaderos y la música del regimiento *Tiradores de Guadalajara*, asistieron á este solemne acto. El concurso del pueblo fué tal, que no siendo bastante á contenerlo el inmenso espacio de la Plaza, se coronaron de gente, que se sucedía una á otra, los cajones de los vendedores.

—¡Gloria al genio inmortal de los padres de la patria que han roto las cadenas que arrastrábamos!—exclamaban todos.

El viernes 24 de Setiembre se celebró en Madrid el aniversario de la instalación de las Cortes extraordinarias del año 1810.

La víspera hubo repique de campanas y se iluminaron por la noche los edificios públicos y todas las casas particulares.

Al siguiente día el Ayuntamiento, la Diputación, autoridades y convidados, acompañados de las tropas, asistieron en la parroquia de Santa María á un solemne *Te Deum*, compuesto por D. Lorenzo Nielfa, oficiando el Ilmo. señor Obispo auxiliar.

El inmenso concurso de espectadores y el recuerdo de aquel memorable día produjeron un entusiasmo que la pluma no puede explicar.

También llamaron la atención los guerrilleros de la partida de caballería del arrojado D. Fermín González y los de D. Francisco Abad *(Chaleco)*.

Tratemos la cuestión política.

Madrid, como toda España, comenzaba á dividirse en realistas y liberales.

Los primeros querían que la Regencia y el Gobierno, por arte de encantamiento, librase al comercio, á la industria y á la propiedad de toda contribución y toda carga y rebajasen el precio del pan y el de los comestibles, y diesen trabajo y ocupación á cuantos lo necesitaban, no mostrando ya á la llegada de nuestros guerrilleros, ni á la entrada de nuestros soldados aquel entusiasmo que en otros días. Calificaban la Constitución liberal de Cádiz de imitación de la francesa de Bayona, y los decretos de las Cortes de reproducción de los del intruso José, y entonaban canciones tan anti-liberales como la siguiente:

«LA CACHUCHA.

Tengo yo una cachuchita
Que siempre está suspirando,
Y sus ayes y suspiros
Se dirigen á Fernando.
Vámonos, cachucha mía,
Vámonos á Puerto-Real,
Que para pasar trabajos
Lo mismo es aquí que allá.

—

Muchos que se dicen sabios
Llaman preocupación
La lealtad que domina
Por Fernando á la nación.
Vámonos, cachucha mía,
Vámonos á la frontera,
Y haremos que besen todos
De Fernando la correa.»

Este elemento de discordia, esta rebeldía contra las reformas y la libertad, esta animosidad contra la Constitución se mostraba en sus tertulias, en sus discursos, en todos sus actos.

© Biblioteca Nacional de España

Los segundos, y muy especialmente cuantos regresaban de Cádiz, defendían al Gobierno que hacía cuanto en su mano estaba por mejorar la situación, se alistaban resueltamente en los batallones de la Milicia Nacional, y enumeraban los actos realizados por las Cortes de 1810 y las ventajas de la Constitución, que reconocía á cada ciudadano su legítima soberanía, su libertad, sus derechos, y le elevaba de siervo á ciudadano, librándole de la esclavitud en que hasta entonces había vivido.

Con la libertad de imprenta, garantida por la Constitución, aparecieron en Madrid, como había acontecido en Cádiz, multitud de periódicos, folletos y hojas sueltas.

Citaremos los principales.

El Patriota, redactado por D. José Mor de Fuentes, muy simpático á la generalidad del público; *El Redactor general*, *El Amigo de las leyes*, *El Redactor general de España* y *El Amigo de España*, defensores de las ideas liberales; *La Atalaya de la Mancha*, furibundo ultra-realista, escrito por el fraile de San Jerónimo del Escorial, el padre Castro; *La Pajarera*, más literario que político, en que lucía su gracia D. Manuel Casal *(Lucas Alemán)*, y llegó á ser muy popular; *El Fiscal patriótico de España*, *El Azote de los afrancesados*, *El Ciudadano* y algunos otros.

El viaje de la Regencia á Madrid en Diciembre de 1813 fué una no interrumpida serie de triunfos, festejos y ovaciones.

En todos los pueblos del tránsito salían á recibirla las diputaciones, los ayuntamientos, el clero, las autoridades, el ejército y los funcionarios públicos, y los habitantes vestidos con sus mejores galas.

Arcos de triunfo, repiques de campanas, fuegos artificiales, funciones de iglesia, iluminaciones, colgaduras, vítores, músicas, aplausos.

Tal fué el cortejo obligado de su viaje.

Muchas casas principales ostentaban targetones y adornos con estos letreros: *¡Viva Fernando VII! ¡Viva Jorge III de Inglaterra! ¡Viva la Constitución! ¡Viva la Regencia!*

Quizá en el cuaderno siguiente, luégo de reseñar la historia de los primeros meses del año 1814, en que terminó la guerra de la Independencia, demos por terminado nuestro trabajo y por concluída nuestra historia.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO X

LA CAÍDA DE NAPOLEÓN

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

LA CAÍDA DE NAPOLEÓN

El canónigo Escoíquiz.—La camarilla de Fernando.—Nuevas intrigas del rey.

Hénos ya en el año de 1814, en cuyos primeros meses termina la gloriosa epopeya de nuestra independencia, y acaba, por lo tanto, nuestra historia.

Precísanos hablar de un sugeto célebre, del clérigo Escoíquiz.

La vida de D. Juan Escoiquiz, aunque bastante accidentada, y á pesar del gran papel que este personaje representó en la historia de España durante un largo período, no ha merecido que los escritores que de él se han ocupado le consagren muchas páginas.

Su biografía puede condensarse en los siguientes apuntes:

Nació D. Juan Escoíquiz en el año 1762, de una noble familia de Navarra.

Fué sucesivamente paje del rey Carlos III, después canónigo de Zaragoza, y más adelante preceptor del entonces Príncipe de Asturias, luégo el rey Fernando VII.

Como enemigo del príncipe de la Paz, don Manuel Godoy, á quien pensaba sustituir cuando su real alumno ciñera la corona, trabajó en la conspiración que llevó por nombre *Causa del Escorial*, aconsejando á su discípulo Fernando la rebelión contra sus padres, que le valió un destierro á Toledo; allí siguió conspirando para producir el motín de Aranjuez, que trajo la caída del trono del rey Carlos IV y la elevación de Fernando, que le nombró consejero de Estado.

Fué el partidario más resuelto del viaje de Fernando á Francia, sin comprender el lazo que Napoleón, por medio de Savary, tendía al monarca español, tomando parte activa en todos los sucesos, que atras reseñamos, del palacio Marrac, de Bayona, como privado y consejero predilecto de Fernando, en cuyo corazón había derramado desde hacía algunos años una soberbia ambición, que era la misma que él sentía dentro de su pecho.

Desterrado á Bourges cuando su regio alumno fué enviado con su tío el infante D. Antonio y su hermano D. Carlos á Valencey, allí se mantuvo hasta que los acontecimientos de 1814, que acabamos de reseñar, y la nueva actitud de Napoleón entrando en negociaciones con Fernando, le permitieron volver primero al lado de su discípulo, y luégo entrar en España, para ir preparando el camino del absolutismo al *Deseado* Fernando, apelando para ello á todo género de intrigas, de cábalas y de amaños.

Ahora bien, sus ilusiones se vieron desvanecidas, sus esperanzas frustradas y sus ambiciones destruídas, porque Fernando, sin atender á los méritos políticos, diplomáticos y administrativos de que se jactaba su antiguo preceptor, quizá porque le conocía á fondo y sabía que no le adornaba ninguna de dichas cualidades, ni le nombró su mi-

© Biblioteca Nacional de España

nistro universal, como él deseaba, ni le conservó por mucho tiempo su gracia, obligándole á retirarse á la ciudad de Ronda, donde falleció en 1820.

Sus malas enseñanzas como maestro, sus pérfidos dictámenes como consejero, sus cortos alcances como político y su escaso ingenio como diplomático, tuvieron la recompensa que merecían.

Y consten dos cosas, una que atañe á su físico y otra á su talento: que nadie, al ver su rostro, le hubiese creído hombre de tan malas pasiones; y que nadie, al recordar la intimidad en que había vivido con Fernando y el conocimiento que debía tener de su carácter, se explica cómo el maestro se dejó engañar por el discípulo, aun siendo éste tan aprovechado como lo era Fernando.

Nada decimos respecto de sus obras literarias, porque no es este el momento de juzgarlas, ni tenemos para qué, limitándonos á consignar que publicó las siguientes:



D. JUAN ESCOÍQUIZ

Méjico conquistado, poema.

Los famosos traidores refugiados en Francia.

Exposición de los motivos que obligaron en 1808 *á Fernando VII á pasar á Bayona.*

Impugnación de una Memoria contra la Inquisición.

Las Noches, traducción de un poema de Young; y *El Paraíso perdido*, traducción del poema de Milton.

Napoleón, que, según es fama, llamaba en sus ratos de buen humor al canónigo Escoíquiz, ya conocido de nuestros lectores, el nuevo Cardenal Cisneros, levantóle el destierro y le permitió marchar de Bourges á Valencey para acompañar á su discípulo Fernando, seguro de que entonces, como en la causa del Escorial, como en el viaje de Bayona, los consejos que diera á Fernando habían de ser favorables á los planes que él meditaba.

Fernando se vió pronto rodeado de don Juan Escoíquiz, de los generales Palafox y

© Biblioteca Nacional de España

Zayas, sacados de orden de Napoleón de sus prisiones, del duque de San Carlos, del político y diplomático D. Pedro Macanaz y de otros varios, que, en unión de los infantes D. Antonio y D. Carlos, del gentil-hombre Amezaga, de Pedro Collado ó *Chamorro*, constituyeron por el pronto su consejo, su gobierno y su corte.

En tanto que D. Pedro Macanaz continuaba las negociaciones que el duque de San Carlos había comenzado, éste, bajo el falso nombre de Mr. Ducos, entraba en Madrid el 4 de Enero de 1814 con el mensaje para la Regencia é instrucciones secretas para conseguir la abolición de la Constitución de Cádiz y el triunfo del absolutismo, ignorando que aún no se hallaban en la capital ni las Cortes ni la Regencia.

No hizo el viaje tan secretamente, ni guardó el incógnito con tanto cuidado que los periódicos liberales de Madrid no se enteraran de su llegada y transformación de viejo español en moderno francés, dedicándole punzantes epigramas y refiriendo escenas de su vida con una sal y pimienta capaz de abrasar el paladar menos delicado, con gran contentamiento del público, que no le profesaba ninguna simpatía.

Fernando VII, consecuente con su sistema de jugar siempre con dos barajas, firmaba el tratado de paz con Napoleón, sin perjuicio de declararlo forzado y nulo á su vuelta; y al par que escribía á la Regencia, llenándola de elogios, enviaba á España á tres franceses, Mrs. Tassin, Duclere y Magdelayne, con una autorización firmada de su puño y letra y recomendaciones á los amigos de Macanaz para seducir á los generales y á sus tropas, y para sublevar contra los liberales el país, explotando el cariño del pueblo á su cautivo monarca.

Comenzaron los delegados de Fernando su poco honrosa tarea, sondeando á los generales Alava y Mina, que rechazaron noblemente sus antipatrióticos designios.

No se desanimaron los franceses, y continuaron trabajando con tal empeño, y á la vez con tal descaro, que el Gobierno tuvo noticias de sus intrigas y los encarceló. ¿Qué les importaba? Una vez ante el juez anuncian que necesitan hacer importantes revelaciones, pero sólo al Gobierno, á cuya presencia desean ser llevados.

Presentados al Gobierno, los ministros, al leer los documentos que exhibieron, suscritos por el mismo Fernando, se apresuran á echar tierra al asunto, como vulgarmente se dice, y los ponen en libertad.

Un reputado historiador escribe:

«El Gobierno pudo entonces librar á la patria del yugo de tal rey, publicar aquellos documentos en la *Gaceta*, llevarlos á las Cortes, y declarar que la Nación no podía aceptar por soberano al que de tal modo obraba.»

Este ilustrado publicista olvida que no existían ya aquellas Cortes de 1810, tan altivas frente al enemigo como valerosas frente á la Regencia; que no eran ya diputados aquellos ínclitos varones que combatían al francés con heroísmo sin igual; que rechazaban las pretensiones de los ingleses, sus aliados, con noble energía; que relevaban una Regencia que había intentado aniquilarlos en una sesión, y que entregaron sus pasaportes al Nuncio cuando le vieron conspirar contra las leyes por ellos establecidas.

Aconteció á Fernando con estos miserables lo mismo que con el barón Kolly, cuyo silencio en sus *Memorias* de lo ocurrido en Valencey hubo de comprar á fuerza de oro; Mrs. Tassin, Duclere y Magdelayne acosaron de tal modo á los embajadores españoles en Francia, que hubo necesidad de entrar en tratos con ellos.

Para recobrar aquellos documentos que tanto le comprometían, comisionó Fernando VII á los embajadores de España en Francia, que lo fueron sucesivamente el general D. Miguel de Alava, el conde de Peralada y el duque de Fernán-Núñez, en cuyo tiempo se terminó el negocio recibiendo Mr. Tassin y sus colegas la no despreciable suma de 200.000 francos, si bien algunos suponen que la cantidad fué mayor, un millón, en pago de aquellos papeles.

Los defensores de Fernando sostuvieron que toda esa intriga era obra del caballerizo D. Juan de Amezaga, el descubridor de Mr. Kolly en Valencey, al que acusaban de instrumento del Gobierno francés, y que á

© Biblioteca Nacional de España

su regreso á España fué sometido á un proceso y condenado á muerte en Zaragoza, suicidándose en la cárcel con una navaja de afeitar para no sufrir esta humillación; pero las cartas firmadas por el rey, que se ocuparon á Mr. Tassin en 1815, demostraron palmariamente que Amezaga sólo fué un instrumento de Fernando, y que éste le abandonó al brazo de la justicia, como abandonó al duque del Infantado, al duque de San Carlos y á Escoíquiz, cuando la causa del Escorial, para salvarse él.

Madrid en 1814.—Periódicos.—Libros.—Teatros.—Opiniones.—Un escrito notable.

En 1814 contaba Madrid con un buen número de periódicos.

Además de *La Gaceta*—órgano del gobierno,—y del indispensable *Diario de Avisos*, se publicaban *La Abeja Madrileña*, que dirigía D. Bartolomé José Gallardo; *El Conciso*, en cuya cabeza se leía: «2.ª época. Año 7.º de la gloriosa lucha del pueblo español contra la tiranía, y 3.º de la Constitución política de la monarquía española;» *El Redactor General*, *La España libre*, *El Universal*, *El Amante de la libertad civil*, que, como *El Conciso*, había empezado su publicación en Cádiz, defensores todos de las ideas liberales.

Los realistas tenían para el sostenimiento de sus principios *El Procurador General de la Nación y del Rey*, y *El Fiscal*.

Veían también la luz *El Correo General* y *El Correo Patriótico y Económico*, que no tenían filiación política determinada; y más tarde, en el mes de Noviembre, apareció *El Sol*, diario literario y religioso, que ostentaba á la cabeza un sol grabado en madera, y que sólo vivió dos meses.

Estos periódicos se publicaban los domingos, y algunos dos y tres veces en semana, unos en forma de folletos, pero la mayoría en 4.º mayor, á dos columnas y cuatro páginas, y su precio era dos cuartos el *Diario de Avisos*, y seis, y ocho los otros.

No sólo se ocupaban de política, sí que también de ciencias, de literatura y de cuestiones sociales, publicando al final varios de ellos un artículo que titulaban *La Puerta del Sol*, y que era un gracioso trabajo en que hallaban cabida todos los asuntos del día que merecían ser tratados en una forma ligera y un tono festivo.

Desde luego notábase en aquellos periódicos una tendencia digna de aplauso, la de abrir sus columnas á cuantos deseaban exponer sus opiniones, y diariamente publicaban artículos *remitidos*, en que se trataban asuntos de la mayor importancia, el tratado de Fernando y Napoleón, la nueva división geográfica de la Península, la reunión de un concilio presidido por el Papa á fin de abolir el celibato del clero, y otros varios, logrando así que los hombres ilustrados de la época, unas veces bajo su firma y otras con un pseudónimo, manifestaran sus deseos y aspiraciones, que en algunos casos eran las del país.

Si eran muchos, con relación á la época, los periódicos que veían la luz en Madrid, no eran pocas las obras que se publicaban, y que se hallaban de venta en las librerías de Dávila, Sójo, Hurtado, Quiroga y Matute, calle de Carretas; Ranz, calle de la Cruz; Millana, calle de Preciados; Aposta, calle del Príncipe; Sánchez y Minutria, calle de Toledo; Villa, plaza de Santo Domingo; Orea, frente á San Luis; González, calle de Atocha; Fuentes, calle de la Almudena.

Vamos á estampar los títulos de varias, á fin de que el lector forme su juicio sobre los libros de aquel tiempo:

«Real carta ejecutoria del pleito y causa criminal de despojo seguida en el tribunal de justicia y fuerza contra la Francia y su emperador, despachado en favor de España y del rey D. Fernando VII (q. D. g.)»

«Colección de tarjetas patrióticas, grabadas é iluminadas, que representan los asuntos más interesantes de nuestra justa revolución, tales como: el 2 de Mayo; entrada triunfal en Madrid del rey D. Fernando al venir de Aranjuez; batalla de Bailén; el valor aragonés; la batalla de Vitoria; fuga vergonzosa del intruso, y otras.»

«Profecía que verá pronto acreditada España, y con especialidad los heróicos madrileños, dedicada á las sabias Cortes y benéfica regencia.»

«El Conciliador de la opinión pública, diálogo familiar entre dos abogados.»

© Biblioteca Nacional de España

«El Tribuno del pueblo ó política eclesiástica, exposición á la Regencia del Reino por el arzobispo de Santiago y otros prelados, pidiendo la suspensión del decreto de las Cortes aboliendo la Inquisición.»

«El Empecinado, apuntes sobre su vida y hechos, por un su admirador.»

«Los trabajos del Rey D. Fernando VII desde que nació hasta el mes de Marzo de 1814.»

«Catecismo político-liberal y servil-político, que expone los inconvenientes de los dos sistemas y lo que debe elegir el pueblo español de cada uno.»

Más adelante citaremos los títulos de otros libros, folletos, hojas y periódicos, que completan el estudio de Madrid en aquella época.

En los primeros meses del año 1814 los teatros del Príncipe y de la Cruz, en que representaban las célebres cómicas Antera Baus y Agustina Torres; y los famosos actores Máiquez, Bernardo Gil, Rafael Pérez, Avecilla, Cristiani, Bona, Suárez y otros, rindiendo tributo al gusto de la época y á los deseos del público, estrenaron multitud de obras patrióticas, dramas, comedias, piezas, monólogos y loas, de las que vamos á citar algunas.

«Dupont rendido en los campos de Bailén.»

«Fernando VII rey de España ó la catástrofe de Bayona.»

«Fernando y Napoleón en sencilla diversión.»

«El tiempo feliz.»

«La Voz de la patria.»

«La gran batalla de los Arapiles.»

«El 2 de Mayo.»

«La Constitución vindicada.»

«El mayor chasco de los franceses.»

«Mina en los campos de Arlabán.»

«La patria libre.»

«El Sermón sin fruto en Logroño por José Botellas.»

«La instalación de las Cortes.»

«La caída de Godoy y exterminio del tirano.»

«El juego de las Provincias.»

«Exclamación de José Botellas por su tesorería en los campos de Madrid.»

«El príncipe D. Fernando de Borbón ó la causa del Escorial.»

También se bailaban danzas patrióticas, tales como *La Cachuchita de Cádiz*, por la graciosa bolera Antonia Molino; y estos dramas, piezas y bailes eran acogidos con gran aplauso por el público.

La juventud de entonces—dice el señor Mesonero Romanos—era decididamente patriota, anti-afrancesada, anti-servil, liberal hasta la médula de los huesos, y para probarlo cita el hecho siguiente:

El 25 de Febrero de 1814 tuvo lugar en la capilla de los Estudios de San Isidro la inauguración de la nueva cátedra de Constitución, á que asistió con su hermano mayor, la cual inauguró el profesor, que lo era el insigne poeta D. Francisco Sánchez Barbero, leyendo una oda á la Constitución que electrizó de tal modo á los alumnos, que todos la aprendieron de memoria y la repetían á cada instante. De sus magníficos versos podrá juzgarse por las últimas estrofas que vamos á copiar:

«Hijos de España, juventud dichosa,
Si en aqueste Liceo
El grito retumbó del despotismo,
En aqueste, con fuerza prodigiosa,
Derrocado su altar, el patriotismo
Levanta su magnífico trofeo;
El fanático error vencido cede,
Y la sin par CONSTITUCIÓN sucede.
¡CONSTITUCIÓN! ¡CONSTITUCIÓN resuena
Do quiera ya; CONSTITUCIÓN inflama
Los españoles pechos
Y contra el crimen espantosa truena.
¡Ven, ven, oh, juventud! Ella te llama,
Tus sagrados derechos
A revelarte fiel. ¡Cómo desdeña
Al déspota y tirano!
¡Cómo á ser ciudadano
Y á conocer enseña
Tu excelsa dignidad y poderío!
Las ominosas trabas
Con que hasta aquí, de la opresión esclavas,
Las agraviadas artes lamentaron,
Con indecible brío
Desbarata y destroza,
Y en la común felicidad se goza.
¡Oh, jóvenes! Venid, y el ornamento
De vuestra patria sed; la patria os llama,
Que ya en vuestro heroísmo y docto acento
Su gloria y su baluarte

© Biblioteca Nacional de España

Mirando está; mirando
En cada cual un denonadado Marte;
Y al tirano y al déspota doblando
A vuestros pies sus trémulas rodillas,
Y animarse en vosotros
A los Lanuzas ve y á los Padillas.»

Entre los actos de patriotismo de los hombres de aquella época, y que prueba además el sentimiento liberal que dominaba á los ricos como á los pobres, merece ser conocido el realizado por la humilde, pero sufrida clase de los aguadores, que relata el documento que vamos á copiar, tomándolo del periódico *El Redactor General:*

«Señor Redactor: El cuerpo de aguadores de Madrid, que se negó abiertamente á dar su contribución al gobierno intruso, expone por medio de su periódico lo que entonces hizo.

Amenazados los aguadores por la policía para que cada uno diese 120 reales por la contribución de patentes, se resistieron al pago pretextando su pobreza; y de su repugnancia resultó que á cuatro de los más antiguos se los puso presos, y sus compañeros libres estuvieron contribuyendo para su manutención diariamente.

Viendo los aguadores que á pesar de su repugnancia al pago y el ningún caso que hacían de las amenazas de los franceses, todavía insistían en que habían de contribuir, resolvieron no echar agua en las casas particulares, manteniendo su decisión hasta que los franceses y afrancesados, que ya notaban la falta de agua, y los vecinos de Madrid, que reclamaban lo mismo, les comprometieron otra vez al desempeño de su oficio. Debe saberse que lo que les decidió sobre todo á dejarles libres, fué el haber pedido cuatro mil pasaportes para retirarse á su país, en lo que los franceses vieron que eran otros cuatro mil enemigos, dejando abandonado lo de la patente y no volviendo á incomodarles.

Durante la opresión de esta capital, y especialmente en estos dos años últimos de calamidad, han tenido muchos aguadores la delicadeza de no pedir el estipendio de costumbre á sus amos, y aun la de haber anticipado en la compra el dinero que han pedido, contemplando la infeliz situación á que veían reducidos á muchos de sus amos patriotas por efecto de su virtud.

Estos mismos aguadores, que supieron oponerse á la tiranía francesa con tanta constancia, y que ahora pueden alegar con vanidad honrada estos sentimientos como ciudadanos españoles, manifiestan al respetable Congreso y á la Regencia su gratitud por sus soberanos decretos y acertadas deliberaciones; admiran y bendicen la sabia Constitución que los pone en estado de figurar como hombres y como ciudadanos, y ofrecen derramar por ella hasta la última gota de su sangre.

Sírvase V., señor Redactor, manifestar al público, por medio de su periódico, estos sentimientos patrióticos, á lo que quedarán agradecidos sus seguros servidores.—A nombre de todo el cuerpo, *José Fernández. —Manuel Alvarez.—Alejo Fernández.— Francisco García.—Matías Rodríguez.— Diego Fernández Martínez.*»

Llegada de las Cortes y de la Regencia á Madrid.—Una carta de Fernando.—Palafox.—Acuerdos de las Cortes.—Los diputados Reina y Tenreyro.

El 5 de Enero de 1814 llegaron á Madrid las Cortes, y la Regencia, compuesta del cardenal arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbón, y de los generales de mar y tierra, D. Gabriel Císcar y D. Pedro Agar, y, á pesar de la crudeza del día y del copioso aguacero que descargó sobre la capital, fué extraordinaria la concurrencia que acudió á recibirla hasta el puente de Toledo, por donde verificó su entrada, contemplando gozosa el arco de triunfo levantado por el ayuntamiento en el mismo lugar que hoy ocupa la puerta y que, inaugurada hacía poco por los franceses, no tardó mucho en ser dedicada al *Deseado* Fernando en muestra de *fidelidad*, *triunfo* y *alegría*.

En el *Diario de Avisos* apareció la siguiente composición:

«Á LA VENIDA DE LA REGENCIA.

Octavas.

Ya se acerca, Madrid, el día dichoso
De ver á tu legítimo Gobierno.
Prevente á recibirle, pues gozoso

© Biblioteca Nacional de España

Viene á inmortalizar su nombre eterno;
Y pues ya llega el tiempo venturoso,
Le verás ejercer cual padre tierno
Las funciones que el cielo quiso darle,
Y á tus hijos, cual hijos, venerarle.
Heróico pueblo, que el primero has sido
En romper las cadenas opresoras:
Pueblo, que entre desgracias sumergido,
Viendo el cadalso triste á todas horas,
Te mantuviste heróico por sufrido,
Y burlaste las huestes vencedoras;
Muéstrate heróico al ver á tu Regencia,
Pues debes el ser libre á su prudencia.

BAHAMONDE.»

La Regencia ocupó en Madrid el Palacio Real.

Las Cortes se instalaron en el teatro llamado de los *Caños del Peral*, en la plaza de Oriente. Allí dieron comienzo á sus tareas por un asunto que debía causar vergüenza á todo corazón español, por las intrigas urdidas por Fernando, de acuerdo con monsieur Tassin y sus cómplices, y que por lo extremadamente grave y delicado del asunto discutieron en secreto, cuando quizás habría sido mejor que lo trataran en público y que España conociera de una vez á su rey.

A la inauguración de las sesiones de las Cortes, instaladas en el viejo teatro de los *Caños del Peral* mientras se habilitaba la iglesia del convento de Agustinos, fundado por doña María de Aragón en las *Vistillas del Río*, en el que se colocaron escaños ó más bien lunetas, en semicírculo para los diputados, y bajo el solio, y detrás de la presidencia, el retrato de Fernando VII, acudió la Regencia, llamando la atención el Cardenal, por la magnífica púrpura que cubría su pequeño cuerpo; el marino Sr. Císcar, por su alta estatura y su gesto de pocos amigos, y D. Pedro Agar, por su cojera.

Apenas llegada á Madrid la Regencia, el duque de San Carlos se apresuró á entregarla el Mensaje que traía del Rey, y que decía así:

«La Divina Providencia, que por uno de sus designios secretos, ha permitido que yo fuese trasladado desde el palacio de Madrid á la quinta de Valencey, se ha dignado concederme la salud y las fuerzas que necesitaba, y el consuelo de no haber estado separado ni un solo momento de mi muy querido tío el infante D. Antonio, y de mi muy amado hermano el infante D. Carlos.

Hemos hallado una noble hospitalidad en esta quinta; nuestra existencia ha sido hasta ahora en ella tan agradable como podía permitirlo mi posición, y desde mi llegada he empleado el tiempo del modo más análogo á mi nuevo estado.

Las únicas noticias que he podido recibir de mi amada España, me han llegado por el canal de las *Gacetas* francesas. Ellas me han dado algún conocimiento de sus sacrificios en mi favor, de la generosa é inalterable constancia de mis fieles súbditos, de la perseverante asistencia de la Inglaterra, de la admirable conducta del general en jefe, lord Wellington, y del nombre de los generales españoles y aliados que se han distinguido.

El ministerio inglés, en su comunicación de 23 de Abril del año último, había declarado auténticamente que la Inglaterra estaba dispuesta á escuchar proposiciones de paz, cuyos preliminares serían el reconocerme. Sin embargo, los males de mi reino duran todavía.

La España se hallaba como en un estado de observancia pasiva, pero vigilante, cuando el emperador de los franceses y rey de Italia, por el órgano de su embajador el conde de Laforest, me hizo hacer espontáneamente proposiciones de paz, fundadas sobre mi restablecimiento en el trono, sobre la integridad é independencia de mis dominios, y sin cláusula alguna que no fuese conforme al honor, á la gloria y al interés de la nación española.

Persuadido que la España no podía, aun después de una larga serie de victorias, obtener una paz más ventajosa, autoricé al duque de San Carlos á tratar en mi nombre con el conde de Laforest, plenipotenciario nombrado al efecto por el emperador Napoleón. Después de la dichosa conclusión de este tratado, he nombrado al mismo duque para llevarlo á la Regencia, á fin de que en testimonio de la confianza que tengo en los miembros que la componen, haga las ratificaciones según el uso, y me devuelva sin pérdida de tiempo el tratado revestido de esta formalidad.

© Biblioteca Nacional de España

¡Qué satisfacción para mí el hacer cesar la efusión de sangre y ver el término de tantos males! ¡Y cómo suspiro por el momento feliz en que me veré de regreso enmedio de una nación que acaba de dar al universo el ejemplo de la más pura lealtad y del más noble y generoso carácter!

En Valencey á 8 de Diciembre de 1813.—*Fernando.*»

Esta carta se presta á graves comentarios.

Fernando llama en ella *quinta* al castillo de Valencey, y *noble hospitalidad* á su encarcelamiento, para salvar una vez más á Napoleón del odio de los españoles.

Asegura que ha empleado su tiempo del modo *más análogo á su nuevo estado*, como si las felicitaciones á Napoleón por sus triunfos sobre los españoles, su brindis en el banquete realizado con motivo de la boda de Napoleón y la archiduquesa de Austria, sus dotes á huérfanas francesas y sus regalos á los soldados imperiales, fuesen las ocupaciones á que debía entregarse al verse cautivo y á su patria invadida.

Se atribuye la gloria de poner término á la guerra, como si él y no la Nación y las Cortes hubiesen obligado á Napoleón con su constancia y su heroísmo á solicitar la paz.

Salta por cima de los acuerdos de las Cortes, que unánimes votaron no aceptar tratado alguno firmado por él mientras se hallase prisionero ó á merced de Napoleón.

Manifiesta su confianza en la Regencia, y no tiene una sola palabra para las Cortes generales y extraordinarias, para aquellos inmortales legisladores, que salvaron su trono y regeneraron á España.

La Regencia entregó al duque de San Carlos copia del decreto de las Cortes Constituyentes de 1.° de Enero de 1811, no reconociendo valor ninguno á los actos del rey mientras permaneciese prisionero, acompañado de una carta en que, luégo de felicitarle, así como á su tío el infante D. Antonio y á su hermano el infante D. Carlos, añadía:

«La Regencia, que en nombre de V. M. gobierna la España, al trasmitir á V. M. este decreto soberano, se excusa de hacer la más mínima observación acerca del tratado de paz, y sí asegura á V. M. que en él se halla la prueba más auténtica de que no han sido infructuosos los sacrificios que el pueblo español ha hecho por recobrar la real persona de V. M., y se congratula con V. M. de ver ya muy próximo el día en que logrará la inexplicable dicha de entregar á V. M. la autoridad real que conserva á V. M. en fiel depósito mientras dura su cautiverio.—Dios conserve á V. M. muchos años para bien de la monarquía.»

Las Cortes votaron un Manifiesto en que declaraban haber quedado atónitas al oir el mensaje que de orden de la Regencia les había presentado el ministro, relativo á la llegada y encargo del duque de San Carlos; consideraban el tratado de Valencey entre Fernando y Napoleón como un baldón para el rey, *convenio vergonzoso entre la víctima y el verdugo;* aprobaban la conducta de la Regencia, la cual, por única contestación á la embajada del duque de San Carlos, le había entregado una carta expresiva para el rey, guardando un silencio decoroso acerca del tratado de paz; y después de explayarse en las razones que motivaron el decreto de las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz, de 1.° de Enero de 1811, según el cual el rey quedaría reconocido por libre cuando en el regazo del Congreso nacional hubiera formalizado el juramento prescrito por la Constitución, renovaban las Cortes todas sus protestas acerca de su amor y lealtad al monarca.

Ocupándose del ya famoso tratado, escribió *El Conciso* estos versos, que bien pronto se hicieron célebres, dirigidos á Napoleón Bonaparte:

«A la nación española
Ya no hay tratado que cuadre,
Sino aquel que sea firmado
Y escrito con vuestra sangre.»

No tardaremos en ver á Fernando volver á fraguar conspiraciones, por medio de sus amigos y agentes, inventar personajes, provocar escándalos en las Cortes, tratar de sobornar al ejército y sublevar al pueblo para desacreditar á las Cortes y hundir á los liberales, y hasta colocar el puñal fratricida en manos de asesinos pagados.

Detrás del duque de San Carlos llegó á

© Biblioteca Nacional de España

Madrid, enviado por Fernando, y con idénticas instrucciones, el general D. José Palafox, y aunque su misión, de todos conocida, no inspiraba simpatías, el héroe de Zaragoza fué acogido con el mayor respeto, faltando, con todo, en su recibimiento, el entusiasmo que su presencia habría despertado á no venir con tal embajada.

Hemos copiado la respuesta de la Regencia al duque de San Carlos; en la dada á Palafox, calcada sobre los términos de la anterior, había, sin embargo, un párrafo nuevo que vamos á transcribir:

«Al decreto de las Cortes de 1811 se debe en gran parte el restablecimiento de V. M. desde su cautiverio á España, haciendo libre á su pueblo y ahuyentando del trono de España al mónstruo feroz del despotismo.»

A seguida la Regencia consultó á las Cortes lo que debería hacer si Napoleón dejaba libre al rey para separarle de la coalición con las demás potencias y dividir á los defensores de la independencia, y éstas quisieron oir el parecer del Consejo de Estado, quien lo dió en estos claros y precisos términos:

«Las Cortes no pueden consentir que el rey Fernando VII ejerza la autoridad real hasta que jure la Constitución en el seno del Congreso, y deben nombrar una diputación que, al entrar S. M. libre en España, le presente la nueva ley fundamental, y le entere del estado del país y de sus sacrificios y muchos padecimientos.»

Fuerte con el dictamen del Consejo de Estado y la aprobación de las Cortes, el 2 de Febrero de 1814 expidió la Regencia su célebre decreto, en que disponía, de acuerdo con el de las memorables Cortes de Cádiz, que al rey no se le obedecería «hasta que en el seno del Congreso Nacional prestase el juramento prescrito en el artículo 173 de la Constitución; que el presidente de la Regencia saldría á encontrarle y le presentaría un ejemplar, «á fin de que, instruído S. M. en ella, pudiese prestar con cabal deliberación y voluntad cumplida el indicado juramento; que en cuanto llegase á la capital iría en derechura al Congreso á prestarlo, y acto contínuo le acompañaría una comisión para que le hiciese entrega del Gobierno. Consignaba que no se permitiría que entrase con el rey ninguna fuerza armada, la cual sería rechazada con arreglo á las leyes de la guerra, ni que le acompañase ningún extranjero, ni aun en calidad de doméstico, ni menos españoles que hubiesen estado al servicio del intruso ó merecido de él gracias ó distinciones de ninguna clase.»

A este decreto, aprobado por la gran mayoría de las Cortes, acompañaba el Manifiesto en el que se traslucían los temores de los liberales y los reformistas por su patriótica obra, y no sin razón, pues Fernando, en su carta á la Regencia, al tachar á sus individuos y á los diputados de estar dominados por el espíritu jacobino, y al enviar á España á Mr. Tassin y sus colegas para difundir la desconfianza contra los liberales, indicaba bien claramente su espíritu absolutista.

Los hechos vinieron sobrado pronto á dar la razón á los liberales.

El diputado por Sevilla, Sr. Reina, hombre de tan pequeños talentos como grande audacia, al ver que Decreto y Manifiesto se aprobaban, tomó la palabra y dijo con tono agresivo y descompuestos ademanes, que el rey tenía derecho á la soberanía absoluta de la nación española, y que era indispensable siguiera ejerciéndola desde el momento en que cruzara la frontera.

A pesar del dudoso liberalismo de aquellas Cortes, la mayoría de los diputados se puso en pie protestando de tan graves y atrevidas frases, produciéndose un tumulto que no acabó hasta que se acordó que las palabras del Sr. Reina se escribieran, que pasasen para su examen á una Comisión especial, como contrarias á la ley fundamental del Estado, y que el representante por Sevilla fuera expulsado del salón.

Las palabras del Sr. Reina pusieron de manifiesto lo que muchos sospechaban, esto es, que se conspiraba en las Cortes por los diputados *realistas*—nombre que había sustituído al de *serviles*,—y fuera por altos personajes, que á su vez empujaban á la clase baja é ignorante del pueblo y procuraban ganar prosélitos en el ejército, como lo probaron bien pronto el ministro de Gracia y Justicia y el general Villacampa.

Después del discurso del Sr. Reina, escri-

© Biblioteca Nacional de España

bano sin negocios, el diputado liberal señor García Page pidió que se leyera el art. 120 de la Constitución, añadiendo que los diputados deben proceder con arreglo á la misma, y que el que se exceda de las facultades que tiene de sus poderdantes, el pueblo no está obligado á obedecerlo, á lo que el señor Tenreyro replicó:

—Esa proposición es escandalosa.

El público que ocupaba las tribunas acogió con murmullos estas palabras, y el señor Tenreyro, encarándose con ellas, gritó:

—Los que murmuran son facciosos pagados para alborotar.

Los asistentes á las tribunas callaron, pero al acabar la sesión fueron siguiendo al Sr. Tenreyro hasta su casa, diciéndole algunos:

—Señor diputado, ya que estamos pagados, sírvase V. decirnos á dónde hemos de acudir por la paga.

Mientras otros gritaban:

—¡Viva la Constitución!

—¡Viva la Regencia!

—¡Vivan los diputados liberales que la defienden!

El Sr. Tenreyro escribió á varias poblaciones de Galicia solicitando enviaran mensajes á las Cortes aprobando su conducta, lo cual no consiguió, antes por el contrario fueron muchos los que se recibieron en el Congreso protestando de sus palabras y de sus insultos á los *heróicos madrileños que asistían á las sesiones.*

Era un síntoma digno de estudio el que, tanto el duque de San Carlos como el general Palafox, segundo enviado de Fernando para participar al Gobierno el convenio que habían celebrado con Napoleón, pidiesen en nombre del rey que cesasen las hostilidades.

Bien pronto se supo en Madrid la fuga del Sr. Reina, convencido, como su colega en realismo el Sr. Tenreyro, que todavía la fruta no se hallaba madura, y que aún las Cortes y el pueblo no aceptaban la monarquía absoluta que ellos defendían.

Conspiraciones de los realistas.

Al ver el fracaso de sus proyectos, renunciaron los realistas á la publicidad y apelaron á la intriga, pidiendo sesiones secretas para examinar la conducta de la Regencia, plan que destruyó el ilustrado canónigo de Sevilla y diputado liberal, D. Manuel López Cepero, proponiendo á las Cortes y logrando que éstas acordaran que sólo en sesión pública, y con las formalidades de costumbre y prescritas en el reglamento, pudiesen ser tratados los asuntos sobre conducta y cambio de Regencia.

En aquel mismo día (17 de Febrero) recibían las Cortes una exposición suscrita por un Sr. Garrido, escribano de la corte, quejándose de haber sido preso contra lo prescrito en la Constitución, y pidiendo el castigo del ministro de Gracia y Justicia que lo había consentido, y... ¡nótese cómo los realistas se apoyaban en la Constitución cuando á sus planes convenía! Por fortuna, llegaron al mismo tiempo á las Cortes un informe del ministro de Gracia y Justicia, explicando la prisión de Garrido por conspirador contra esa misma Constitución que el invocaba, y un oficio del capitán general de Madrid, D. Pedro Villacampa, participando haberse visto forzado la noche antes á prender á varios soldados de la guarnición, á quienes los realistas tenían asalariados con cuatro reales diarios y una ración de aguardiente para alborotar en el Congreso, gritar *¡viva Fernando VII! ¡caiga la Regencia!* y y *¡mueran los liberales!* y estar dispuestos á echar por tierra el Gobierno, en cuya trama, según los denunciadores, resultaban complicados algunos diputados.

Descubierto su delito, que era una verdadera traición al Estado, los diputados realistas no se atrevieron á arrojar la careta y votaron con los liberales, rechazando la exposición del escribano Garrido y aprobando todo lo hecho por el ministro de Gracia y Justicia y por el general Villacampa, decidiendo aplazar la lucha y el logro de sus deseos para la llegada del rey á Madrid, que ya estaba próxima, continuando empero sus trabajos secretos y denostando al Gobierno propalando que nada hacía en favor del país.

Aún proseguía la guerra, y los realistas seguían pretendiendo que la Regencia y el Gobierno y las Cortes, tan sólo porque en estas corporaciones latía un espíritu liberal

© Biblioteça Nacional de España

más ó menos firme ó arraigado, seguían pretendiendo, repetimos, que el ejército estuviera vestido, los empleados pagados, el comercio floreciente, la industria en auge, la agricultura en completo desarrollo, lleno el país de escuelas, henchido de venturas, de glorias y de oro, como si no hubiera pasado la Nación y no estuviera sufriendo las funestas consecuencias del levantamiento de las provincias de Ultramar y los desastres de aquella asoladora guerra provocada por Napoleón, y que, devorando los hombres á miles, convirtiendo en ruínas sus mejores ciudades, trocando á los ricos en pobres y á los pobres en mendigos, arruinó su antes activo comercio, destruyó sus nacientes industrias, agostó sus floridos campos, paralizó la ilustración, llenó el territorio de falanges de pordioseros y de cuadrillas de ladrones, males todos para cuyo remedio eran precisas enérgicas reformas y muchos años de constante trabajo.

Fernando y sus amigos se disponían á representar en Madrid y en las Cortes el acto del 19 de Marzo de 1808 en Aranjuez y contra el rey Carlos IV. ¿Quién sería ahora el *Tío Pedro* ó conde de Montijo que buscaba y pagaba esos elementos de discordia? ¿Sería quizás el mismo personaje? No tardaremos en saberlo.

Figuraban como jefes de la conspiración realista contra la Regencia, las Cortes y la Constitución, el general D. Enrique O'Donnell (conde de La Bisbal), el obispo de Urgel y los diputados D. Bernardo Mozo de Rosales, D. Antonio Gómez Calderón, D. Joaquín Tenreyro y D. Tomás Reina, en los cuales estaban representados ejército, clero y particulares á quienes la actitud enérgica de la Regencia, los decretos de las Cortes sobre reformas y la Constitución liberal habían disgustado en grado superlativo.

Una gran parte de los oficiales conspiraba para lograr nuevos grados y empleos; los jesuítas aguardaban de Fernando la abolición del decreto de expulsión de su abuelo el rey Carlos III; los frailes la reparación de sus conventos y la vuelta á su antigua vida; el clero la preponderancia que no había logrado sostener frente á las Cortes de Cádiz; la nobleza el restablecimiento de sus antiguos privilegios; las clases altas el goce de las gabelas, empresas y negocios tan ruinosos para el país como provechosos para éllas; y el pueblo, ignorante y desgraciado, creyendo lo que el clero le decía, aspiraba tan sólo á ver libre á su querido Fernando, á quien los liberales, según nobles, clérigos y frailes, pretendían esclavizar, arrebatándole el poderío que heredó de sus padres, y las mujeres lloraban exclamando *¡pobrecito rey!* y los hombres juraban que mientras ellos tuvieran fuerza para manejar un arma los pícaros constitucionales no se saldrían con la suya.

¡Tal era la situación!

No estará demás que el lector conozca una nueva intriga urdida por los realistas contra los liberales.

La duquesa de Osuna tenía á su servicio un lacayo de origen francés, llamado Juan Bertam, que por rara casualidad se parecía al general Audinot, y los realistas le ganaron por una buena suma para que representara al citado general y asegurase que él, en nombre de Napoleón, estaba en connivencia con D. Agustín Argüelles y otros liberales para establecer en la Península una República con el título de Ibérica.

Por fortuna, Argüelles lo desenmascaró, logrando del Gobierno que decretase su prisión, en la cual lo confesó todo, si bien merced á altas influencias se echó tierra á este asunto como al de Mr. Tassin y sus cómplices.

El duque de San Carlos, en quien no habían dejado de hacer huella las burlas de los periodistas liberales y los silbidos de los patriotas madrileños, manifestó al rey, apenas regresó á Francia, que clero, ejército, nobleza y pueblo le aguardaban impacientes dispuestos á aceptarle como rey absoluto y como único y legítimo señor de vidas y haciendas, destruyendo la Constitución y borrando todos los decretos expedidos por las Cortes de Cádiz.

¿Qué más deseaba él?

No todos opinaban como el duque de San Carlos; pues si éste, Escoíquiz, D. Pedro Macanaz y Labrador aconsejaban á Fernando que no jurase la Constitución, el ilustre Palafox, el duque de Frías, y aunque tibia-

© Biblioteca Nacional de España

mente el duque de Osuna, temían fatales consecuencias de semejante acto, y el duque del Infantado no veía inconveniente en que el rey jurase, pero con reservas y sin comprometerse mucho.

Batalla de Orthez.—Sublevación de Burdeos.—Caída de Napoleón.—Batalla de Tolosa.—D. Francisco Espoz y Mina.—Górriz.—Don Juan López Campillo.—Cataluña: Retirada de Suchet.—El armisticio.—D. José Manso.—El último tiro.—Justa venganza.

Abandonemos la política por la guerra.

Lord Welligton se vió detenido con el ejército aliado todo el mes de Enero y parte del de Febrero por las nieves en las orillas del Adour y el Nivelle con tanta gloria conquistadas.

Habiendo mejorado algo la temperatura, y reforzado por el 4.° ejército español de Freire, que de nuevo hizo avanzar, resolvió el duque de Ciudad-Rodrigo embestir el campo atrincherado construido por Soult en Bayona, llevando la guerra al interior de Francia.

El 22 de Febrero dispuso el avance, y no sin grandes trabajos pudo cercar á Bayona y el campo atrincherado tendiendo un largo puente de barcas sobre el Adour para el paso de la artillería, haciendo uso por la primera vez el ejército británico de los nuevos *cohetes á la congreve*, verdaderas *furias bramadoras* que sembraban el terror y la muerte por donde pasaban. Mientras obtenía su izquierda estos felices resultados, la derecha avanzaba contra Soult, que al frente de 40.000 hombres había tomado posiciones en Orthez, resuelto á aceptar el combate.

El 27 de Febrero trabóse la batalla, que, si favorable en un principio á los imperiales en el ala derecha, les fué de tal modo contraria en el centro que el repliegue de los primeros batallones franceses produjo la retirada general lenta y en cuadros admirablemente sostenidos en un principio, pero terminada por una fuga tan precipitada que Soult perdió varios cañones y 12.000 hombres muertos y heridos, entre los primeros el general Bechaud, y entre los segundos el general Foy, y dejó más de 2.000 prisioneros en poder de los aliados, cuyas bajas ascendieron á 2.300, saliendo gravemente herido el general Alava y contuso lord Wellington.

Soult, tratando de disculpar su tremenda derrota la atribuyó á ser nuevos sus soldados, cuando sabido es que los soldados nuevos suelen batirse con mayor empuje; y aprovechando las lluvias, que pusieron intransitables los caminos, torció en su retirada á la derecha con ánimo de recibir auxilios de Suchet, dejando á Burdeos descubierta. Entonces los partidarios de la familia Borbón, muy numerosos en aquel departamento, que no ignoraban que en el ejército aliado se encontraba el duque de Angulema, sobrino del que ya llamaban Luis XVIII, ofrecieron á Wellington sublevar la ciudad si les enviaba algunas fuerzas. El duque de Ciudad-Rodrigo, considerando el caso favorable á la marcha de los aliados, les envió al general Beresford con tres divisiones, los cuales protegieron el levantamiento de los bordeleses al grito de *¡viva el Rey!* (12 de Marzo).

Napoleón podía contar desde aquel día con un nuevo y poderoso enemigo dentro de la misma Francia.

La estrella de Bonaparte se hallaba en el ocaso; abandonado de sus aliados y amigos, hasta del mismo Murat, el sanguinario autor del 2 de Mayo, contrariado por los altos cuerpos del Estado, que ya preveían su ruína, disuelve el Cuerpo legislativo, busca y reune poderosos medios para la nueva campaña que va á emprender y sale de París el 25 de Enero, encomendando la Regencia á su mujer María Luisa y á su hermano José, y confiando su hijo á la Guardia Nacional.

Antes de romper las hostilidades acepta la celebración de un Congreso en Chantillon del Sena, con asistencia de representantes de Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra y Francia (5 de Febrero). Pidieron en él estas naciones que Francia quedase reducida á sus antiguas fronteras; pero Napoleón, que había obtenido algunas victorias, manda á sus delegados un contra-proyecto exigiendo las orillas del Rhin y una indemnización exhorbitante, que obliga á disolver el Congreso, el 19 de Marzo, ignorando Bo-

© Biblioteca Nacional de España

naparte que el dia 1.º habían firmado sus enemigos en Chaumont un pacto obligándose á no tratar con él separadamente y á sostener la campaña con 150.000 hombres cada nación, salvo Inglaterra que se encargaba de suministrar á las demás cinco millones de libras esterlinas.

Lord Wellington, después de la victoria de Orthez, siguió la persecución de Soult, que se retiró á Tolosa de Francia. Este mariscal, procurando sacar partido de la situación de aquella plaza, de su población, de su río y canales y de algunas obras de defensa que hizo levantar, esperó al general británico.

El 27 de Marzo se avistaron ambos ejércitos, pero hasta el día 10 de Abril, á las siete de la mañana, no comenzó la batalla por las dificultades que ofreció á los aliados el atravesar el Garona y cercar la plaza.

El combate fué terrible y sangriento.

Los franceses, al abrigo de las fortificaciones, lucharon con gran denuedo, pero los aliados batallaron con tal heroísmo, que á las cuatro de la tarde acampaban sobre las colinas de Montrave ó Calvinet, tenían sojuzgada la ciudad, y Soult ordenaba á Claussel que se limitase á defender el canal, que antes de llegar la noche desamparaban también los imperiales, abandonando á Tolosa y huyendo camino de Carcasona, olvidados de sus heridos, de su artillería y de todos sus pertrechos de guerra, que dejaban en poder de lord Wellington.

En esta batalla las tropas españolas, mandadas por Freire, hicieron tales prodigios de valor, que excitaron, como en San Marcial, la admiración de todo el ejército.

Los franceses, en su desmedido orgullo, cuentan la batalla de Tolosa como una de las ganadas por ellos... ¡Si esto no fuera pueril sería ridículo cuando no estúpido!

Las pérdidas de los aliados subieron á 4.700; de ellas 2.000 tocaron á los españoles, que en esta jornada se cubrieron de gloria; las de los franceses fueron incalculables.

El 12 de Abril entró en Tolosa lord Wellington con el ejército aliado, y en esta ciudad supo los grandes cambios operados en Francia en pocos días.

Los soberanos confederados del Norte habían invadido el territorio francés y marchado con un millón de hombres sobre París, que capituló, pronunciando el Senado la destitución de Napoleón, retirado en Fontainebleau, y estableciéndose un Gobierno provisional presidido por el príncipe de Talleyran. Napoleón quiso abdicar en su hijo, pero como esto no bastaba, hubo de renunciar por completo aquella corona que debía á la traición, y el 4 de Abril dirigió á los veteranos de su guardia su última despedida y marchó á la isla de Elba, en el Mediterráneo, cuya soberanía le cedieron por lástima, y que debía servirle de cárcel, mientras que los Borbones volvían á Francia; y el 24, el conde de Provenza (Luis Estanislao) desembarcaba en Calais y entraba en París á los pocos días, siendo proclamado rey con el nombre de Luis XVIII y promulgando la carta constitucional.

La caída de Napoleón era completa.

Bonaparte escaló el poder por la traición, volviendo contra la República la espada que ésta le había confiado; soberbio y ambicioso, nada respetó para ceñir la diadema imperial, ni se detuvo ante el asesinato y el crimen; se sostuvo en el poder por la fuerza; perturbó la paz de Europa; invadió los pueblos y quiso sujetarlos bajo su cetro de hierro; soñaba ¡iluso! con la monarquía universal para él, su familia y sus generales; llenó de huérfanos y de viudas y de inválidos todas las naciones, y cayó como debía caer, abandonado por aquellos mismos hombres que todo se lo debían, y que al traicionarle imitaban su conducta, desapareciendo lleno de maldiciones.

Era justo.

* * *

Volvamos á nuestros guerrilleros.

D. Francisco Espoz y Mina, nombrado comandante general del alto Aragón, había dividido su tiempo y sus fuerzas en combatir á los imperiales y expurgar al país de las cuadrillas de hombres armados que lo vejaban de todas maneras, so pretexto de hacer la guerra á los franceses, y después de adoptar en Aragón el mismo sistema que había seguido en Navarra, se ocupó en la forma-

© Biblioteca Nacional de España

ción de tres batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, con los cuales aumentó sus ya respetables fuerzas.

No tardó en ser nombrado, por disposición del Gobierno, *Jefe político*, destino que desempeñó admirablemente, mostrándose tan buen administrador como valiente capitán, procurando abrir todas las fuentes de la pública prosperidad y devolver á Aragón, como había hecho en Navarra, su patria, la tranquilidad de que tanto necesitaba.

Ocupóse á la vez de la guerra, cercando la plaza de Jaca, aún en poder de los bonapartistas.

El 17 de Febrero capituló la ciudadela de Jaca con 700 hombres, 54 piezas de artillería y una inmensa cantidad de municiones, víveres y vestuarios.

Los soldados de Mina sufrieron todo género de privaciones en un terreno montañoso y cubierto de nieves, sin contar con más que cinco piezas de pequeño calibre; los franceses vieron con espanto al desfilar las fuerzas españolas, que eran casi iguales en



MARISCAL SUCHET

número á los sitiadores, y no comprendieron cómo habían podido presentar un ataque tan violento y bien sostenido. Con este hecho tan heróico como trascendental comenzó la campaña del año 1814.

Tomada Jaca, en donde dejó el tercer batallón, volvió á entrar en Francia por Canfranc, y desde Oloron se dirigió á San Juan de Puerto.

Después de repeler á los sitiados y tomar algunos reductos de importancia para el bloqueo, hubiera caído esta plaza en su poder si el armisticio celebrado entre lord Wellington y el mariscal Soult no hubiera suspendido primero y luégo terminado las operaciones de la campaña.

Al acabar la lucha por la independencia, D. Francisco Espoz y Mina podía gloriarse de haber sido el terror de los franceses y uno de los campeones más denodados de los españoles.

* * *

El segundo de Mina, D. José Górriz, le participaba en el mes de Marzo de 1814 haberse apoderado del pueblo de Azcárate, después de arrojar de sus calles al enemigo, que tuvo en la lucha bastantes pérdidas.

© Biblioteca Nacional de España

Más tarde le avisaba que, atacado por los imperiales del reducto de Piazuri, los obligó á huir y encerrarse otra vez, después de una brillante carga á la bayoneta de sus guerrilleros.

Y, por último, le daba cuenta de haber dispersado 300 imperiales salidos de la plaza de San Juan de Pie de Puerto á proteger algunos grupos de paisanos que iban á cortar leña de la arboleda del palacio llamado de Omencía, forzándoles á que se metieran en la población, á pesar de protegerlos no sólo la artillería de la plaza si que también la de tres reductos inmediatos.

* * *

Del 21 al 25 de Marzo, en los fuertes exteriores de Santoña, al mando del comandante general D. Juan José Llorente, desalojó el intrépido D. Juan López Campillo con su regimiento el destacamento enemigo que sostenía los puntos de la Oración y Brusco, apoderándose de fuertes que estaban á medio tiro de cañón de la plaza, y conservándose contra el fuego de sus baterías, granadas, y repetidas salidas de la guarnición.

Mandó la brigada el 22 y 23 por ausencia del comandante. Tuvo ocho muertos y 19 heridos.

D. Juan López Campillo, al terminar la guerra, podía mostrarse orgulloso de sus grandes y repetidas victorias sobre los imperiales.

* * *

En Cataluña proseguía la lucha con grandes ventajas para nuestra causa.

El mariscal Suchet se veía forzado á abandonar su poderosa línea del Llobregat, retirándose á Gerona, tanto por la disminución de su ejército, del cual había tenido que enviar diversas fuerzas á Napoleón, cuanto por la actitud de los nuestros.

Habert, con los 9.000 hombres que aún tenía en la parte baja de Cataluña, tuvo que retirarse en el mes de Febrero á Barcelona, hostigado por las tropas aliadas que avanzaban, dispuestas á bloquear la capital del Principado.

Respecto de las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzón, bien pronto se vieron evacuadas por los imperiales, merced al ardid del oficial español D. Juan Van-Halén, quien, deseoso de obtener el perdón de su patria, cuyas banderas había abandonado, como tantos otros, cuando la fortuna nos volvió la espalda, se valió de la contraseña que poseía, como ayudante que era de Suchet, y las citadas fortalezas se entregaron á los jefes españoles, quedando así libres las comunicaciones del Ebro y sus afluentes, y los 6.000 hombres que las bloqueaban en disposición de unirse al ejército aliado.

Estos graves sucesos obligaron al mariscal á recoger las reliquias de su ejército, unos 11.000 hombres, que puso bajo la salvaguardia de los cañones del castillo de San Fernando de Figueras.

Aún pretendió Suchet realizar una empresa tan difícil como atrevida, queriendo atraerse los 9.000 hombres de Habert y los 3.000 que el general Robert tenía en Tortosa, pero lo impidieron las divisiones que bloqueaban esta plaza, y el mariscal tuvo que salir de España con dirección á Narbona, esperando aún ser útil á su emperador, en los primeros días del mes de Abril, dejando abandonadas las guarniciones que tenía en Figueras, Hostalrich, Barcelona, Tortosa, Benasque, Peñíscola y Murviedro, y voladas las fortalezas de Besalú, Olot, Báscara, Palamós y Rosas.

Todas estas plazas, con la de Santoña en el Norte, vinieron otra vez á poder de España, su única y legítima dueña, en virtud del armisticio que ajustaron en la ciudad de Tolosa de Francia, el 18 y 19 de Abril de 1814, los mariscales Soult y Suchet—aunque separadamente, pues ni aun para esta cuestión quisieron olvidar el odio que se profesaban y la rivalidad en que vivían desde largo tiempo—y lord Welligton, á consecuencia de los sucesos ocurridos en París, de la caída de Napoleón y de la proclamación de Luis XVIII.

La campaña de Cataluña, y con ella la guerra de la Independencia, podía darse por terminada, pues, como antes hemos dicho, Mequinenza, Lérida y Monzón habían caído en poder del barón de Eroles, de Durán y

© Biblioteca Nacional de España

de Cid, de Bart y de Maceda, de Baeza y López Baños; Jaca se entregó á Mina, y Santoña abrió sus puertas á Llorente.

* * *

La importancia que los generales extranjeros daban al bizarro guerrillero D. José Manso se muestra por el siguiente hecho.

Durante el bloqueo de Barcelona por nuestras tropas fueron un día todos los generales á pedir á Manso que visitase los cantones y diese su dictamen sobre las precauciones que habían tomado para evitar una sorpresa. Manso visitó las posiciones y aconsejó á los jefes que destruyesen todas las fortificaciones que habían hecho, y que colocasen una guardia en el centro de los pueblos y la caballería en los patios de las casas, dando por seguro que si el enemigo sorprendía á álguien en esta disposición sería bien escarmentado por los españoles.

Durante todo el sitio, hasta su entrega, fué encargado Manso del mando de la izquierda de la línea, y no sólo concurrió con este motivo á todas las acciones parciales que se trabaron, si que también á la general del 14 de Marzo, que mandó en jefe, y tuvo lugar en las inmediaciones de Barcelona.

* * *

A principios del año 1814 fué disuelta, por orden del mariscal Suchet, la famosa compañía de contraguerrilleros la *briballa*, compuesta, como ya indicamos al hablar de ella por primera vez, de criminales y gente perdida, cuyo jefe era el miserable Juan Pujol *(Boquica)*, el infame asesino del heróico oficial D. Nicolás Massanas, marchando la mayoría de ellos, incluso el mismo *Boquica*, á Francia para salvarse de la muerte que tan merecida tenían por sus delitos contra la madre patria.

El barón de Eroles, que no había olvidado la traición de *Boquica*, que produjo la muerte de su ayudante Massanas y que había jurado vengarle y vengar á España, reclamó con tal insistencia á Francia la extradición de Pujol, que *Boquica* le fué entregado, y el barón de Eroles, después de conducirle preso al castillo de San Fernando de Figueras, le hizo ahorcar en el glasis de la fortaleza el 24 de Agosto de 1814, librando á la noble España de aquel mónstruo.

Repitamos con uno de los más distinguidos historiadores que la aurora del 18 de Abril de 1814 alumbró el último día de la guerra de la Independencia, lucha magnífica donde se mostró claro y limpio el carácter español, fiero é indomable ante la adversidad y enemigo de extranjero yugo. Aunque no tuviera otros timbres la nación española, sólo este duelo grande y majestuoso bastaría para hacerla famosa y dotarla de un nombre inmortal. Por desgracia, el gozo puro é inefable que produjo en los ánimos la noticia de haber humillado para siempre las legiones invasoras, fué bien pronto acibarado por las discordias intestinas que estallaron con ímpetu tremendo.

La Puerta del Sol en 1814.

Las Gradas de San Felipe, de que hablamos al comienzo de nuestra historia, llamadas vulgarmente el *Mentidero*, habían perdido en 1814 gran parte de su importancia; Madrid se había ensanchado; con la llegada del Gobierno nacional y de las Cortes había recobrado nueva vida; la capital se hallaba en un período de constante agitación con las noticias de la guerra y las nuevas de la paz, con la vuelta del rey Fernando, con las discusiones de las Cortes y con las conspiraciones de los realistas, y necesitaba un *mentidero* más grande... ¿Y cuál mejor que la Puerta del Sol, tan cercano al antiguo, con el que vivía en constante y amistosa correspondencia?

En la Puerta del Sol, entonces como ahora, centro de Madrid, se reunían los desocupados y los trabajadores, los ricos y los pobres, los letrados y los frailes, los militares y los artesanos, los mercaderes y los golillas, los señores y los menestrales, los constitucionales y los realistas, á discutir, á murmurar, á saber, á curiosear, á arreglar planes de batallas imaginarias, á resolver á capricho los asuntos de Estado, á hacer la paz y á declarar la guerra, á abaratar los comestibles, á subir el precio de los salarios,

© Biblioteca Nacional de España

á aumentar los sueldos de los empleados, á conspirar y á mentir.

La mentira es tan antigua como el mundo; lo difícil sería poder nombrar al primer embustero y decir si mintió por fuerza ó por voluntad, por necesidad ó capricho.

Por desgracia, la mayor parte de los embusteros no se contentan con esas mentiras que llamamos *veniales*, sino que van más allá y las convierten en *calumnias*, y sabido es que la calumnia es como el carbón, que donde no quema mancha.

Según el *Eclesiastes*, más vale entenderse con un ladrón que con un embustero; Bacón añade, que no hay vicio más degradante ni papel que más humille que el de un embustero.

A pesar de estos juicios, y de que ha habido magistrado que ha propuesto perseguir la mentira á sangre y fuego con más justicia que otros crímenes, la mentira vive y vivirá mientras la criatura exista, pues parece que las sociedades necesitan de las sombras de la noche para amar la luz del día y de la mentira para estimar la verdad.

En la Puerta del Sol se juntaban los hombres de opiniones más opuestas, de ideas más encontradas, de sentimientos más diversos, delante del Buen Suceso ó de Correos.

Unos salían del sermón; otros venían de las Cortes; éstos de las librerías de Pérez, de Matute ó de la viuda de Quiroga, en la calle de Carretas; aquéllos de la botillería de Canosa; algunos regresaban de su paseo al Prado, y muchos abandonaban sus casas, sus oficinas, sus tiendas ó sus talleres para acudir al corro en que se reunían sus amigos.

¡Cómo extrañar, según decía un periódico de la época, que en la Puerta del Sol se hablase tanto y de tantas cosas!

A la Puerta del Sol, que llegó á ser por aquel tiempo otra plaza de Atenas, acudían, como las abejas á la miel, los desocupados, los petimetres, los nobles, los frailes, los militares, los letrados, los vendedores de periódicos, los ciegos, que así pregonaban libros religiosos como entonaban coplas obscenas, los artesanos, todo el Madrid que bullía y se agitaba por aquella época, formando corrillos, en todos los cuales se discutía la cuestión política, los boletines de la guerra, la vuelta del *Deseado Fernando* y las derrotas del *Corso* (así llamaban muchos á Napoleón).

Aun reconociendo las muchas dificultades que el asunto presenta, vamos á intentar la pintura de un cuadro de la sociedad de 1814, formado con elementos de aquella época, recogidos á fuerza de trabajo y de estudio, tratando de describir los sentimientos, los tipos y las costumbres, los gustos y aspiraciones, las opiniones y tendencias de los madrileños en aquel tiempo.

Recorramos para ello la Puerta del Sol en una tarde del mes de Marzo de 1814, y oigamos lo que en los grupos se miente.

—Aseguro á Vds.—decía un escribano jorobado, en uno de los corrillos—que está dada la orden para que los frailes puedan volver á sus conventos.

—Lo creo—dijo un militar,—y apuesto á que antes se verán ellos en su antigua y regalada vida que el regimiento de Walonas, que entró ayer en Madrid casi desnudo, se vea con uniformes.

—Ya no hay liberales,—añadió uno.

—Ni patriotas,—exclamó otro.

—Alto allá—dijo el escribano,—que hoy ha aparecido en los periódicos un admirable aviso.

—¿Cuál?

—Voy á leerlo.

Y sacando el número de aquel día del periódico *El Redactor General*, leyó lo que sigue.

«Aviso: La madre de los prisioneros, que, con gran dolor suyo, ha visto, al pasar la revista al regimiento de Logroño, que la primera compañía está sin vestir y va á marchar esta noche, y sabiendo que en la casa del mercader D. Luis Brihuega, calle de Toledo, frente á la de Latoneros, hay once uniformes concluídos, y por falta de dinero no pueden adquirirse, suplica á este ilustre vecindario y á los riojanos que contribuyan para tan digno objeto.»

—¿Y qué?

—Que la duquesa de Benavente ha dado 160 reales, doña Francisca Surallo 100, un patriota 40, una señora que no ha querido decir su nombre 700...

© Biblioteca Nacional de España

—Por mi parte, yo daré veinte, y á la verdad que siento no poder hacer más.

—Y yo cuarenta.

—Y yo ciento.

—¿Ve V., señor oficial, cómo todavía hay patriotas y liberales? (1).

—Y añada V., que el maestro de primeras letras de la villa de Mora, D. Pablo Antonio de Castro, ha presentado á la Diputación provincial de Toledo, en nombre de sus discípulos, 200 reales para auxilio de nuestros gloriosos defensores, siendo de advertir que los mismos niños nombraron á uno para que recibiese lo que le fuesen entregando, privándose de aquellos maravedises que sus padres les daban para sus juegos (2).

—Siempre fué Mora una villa liberal, pues recuerdo que cuando el alzamiento de 1520 se la llamaba la villa más comunera de Castilla.

—

—¿Has visto al *tio Pedro*?—preguntaba un lacayo á un palafranero.

—¿Por qué no hablas claro? ¿Acaso desconfías de mí?

—Nada de eso.

—Pues, sí; he visto á su excelencia, el conde de Montijo, y me ha entregado trescientos doblones para ganar á los chalanes del puente de Toledo y á los matarifes del Matadero.

—Buena se la está armando su excelencia á esos liberalotes.

—Todos los palafreneros, cocheros y lacayos de los grandes señores estamos en el ajo...

—Silencio...

—

—¿Ha leído V. el *Redactor General* de hoy?—preguntaba un abogado á un mercader de los portales de Guadalajara.

—No. ¿Trae algo bueno?

—Trae una carta firmada por *Bigornia*, en que, hablando del diputado gallego señor Tenreyro...

—¿El que dió aquel escándalo en las Cortes?

—El mismo; pues dice que ni en las Cortes de Cádiz, ni en Galicia, alardeaba tanto como en Madrid de ser conde de Vigo, y como el condado no se le cae de la boca le dedica estos versos:

«Más conde que esconde
Su nombre al amigo
Por más que nos diga
Le cunde lo conde;
No es conde de Vigo,
Que es conde de Biga.»

—Una, y buena, caiga sobre todos los enemigos de la Constitución y de la libertad.

—Noticia,—exclamó un joven médico, llegando cerca de los dos amigos.

—¿Qué es ello?

—Ya saben Vds. que los realistas trabajan por derrocar la Regencia, al ver la digna contestación que ha dado á Fernando y á su tratado de paz con Napoleón.

—Sí, señor.

—La *Abeja Madrileña*, que dirige mi amigo Gallardo, los pone hoy como chupa de dómine, y al final del artículo publica estos salerosos versos:

«Porque no se descubra
La tremolina,
Quiere nueva Regencia
La gente indina.
Tráele, Marica, tráele á Napoleón
Y le escabecharemos con tanto bribón.»

—Magnífico.

—Ese Gallardo es el demonio.

—¿Recuerda V. su *Diccionario burlesco* qué polvareda levantó en Cádiz?

—¡Vaya si me acuerdo!

—Pero Gallardo y los liberales tenían razón—dijo el médico,—pues su obra no fué otra cosa que una respuesta al insolente *Diccionario manual* que contra los liberales escribió el célebre presbítero D. Santiago Cardeñoso.

—¡Y qué gracia tiene para bautizar á los hombres políticos!

—¿De veras?

(1) Lo que dejamos trascrito es rigurosamente histórico, así como que la suscrición patriótica abierta para vestir á los regimientos de Soria y la Princesa, para cuya recaudación se comisionó al comerciante D. Manuel Trasviña, por el capitán general de Madrid D. Pedro Villacampa, ascendió en las primeras horas del día 1.º de Abril de 1814 á la suma de 4.052 reales, á pesar de las muchas que diariamente se iniciaban.—*N. del A.*

(2) La *Gaceta*.—1814.

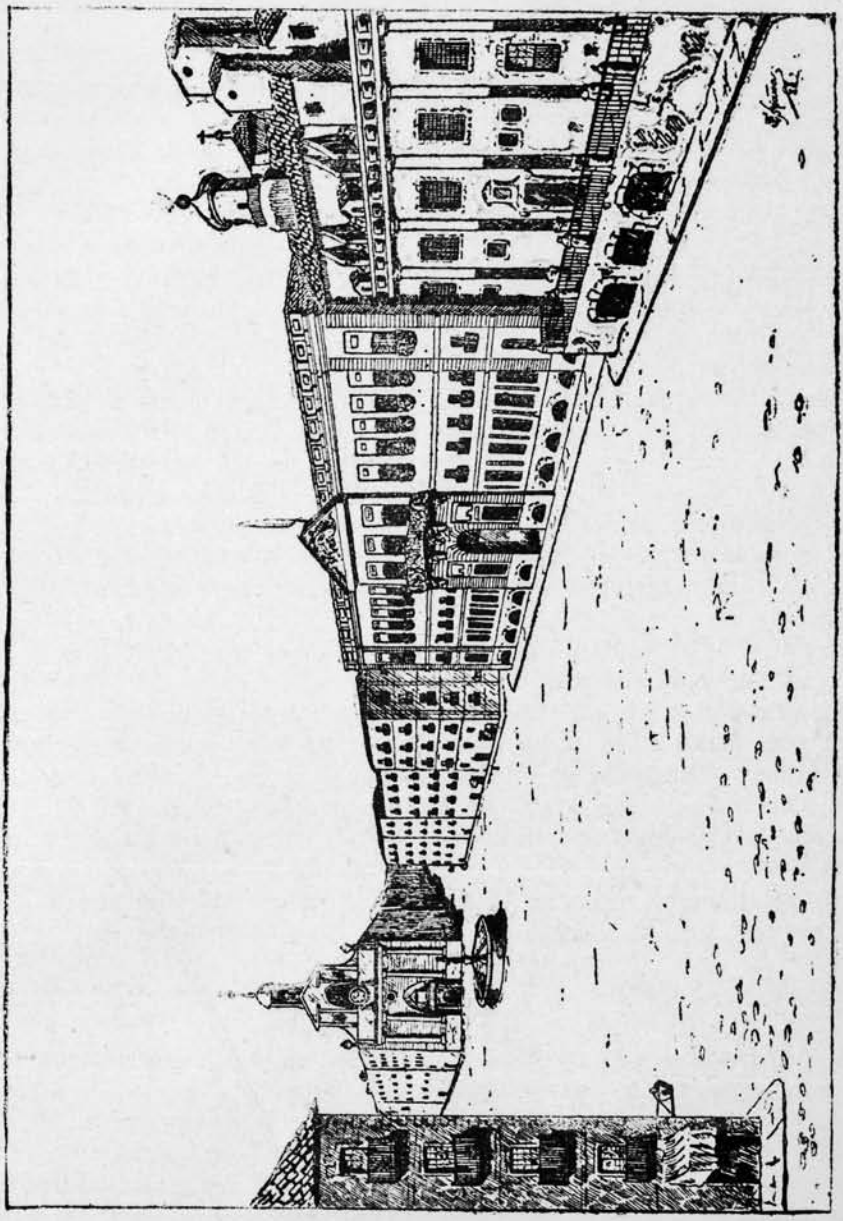
© Biblioteca Nacional de España

—A D. Agustín Argüelles le llama el *Divino;* á Calatrava el *Maestro;* á Martínez de la Rosa el *Barón del Bello Rosal...*

—Yo le llamaría *pico de oro...*

—Al canónigo Pérez el *Preste Juan...*

—¿Será porque es mejicano ó indio?



LA PUERTA DEL SOL EN 1814

—A D. Blas Ostoloza *Ostiones,* á Calderón *Caldo pútrido* y á Mozo de Rosales *Muelle flojo.*

—

—¡Vaya una real moza!

—¿Quién es ella?

—La bolera Antonia Molino... Por aquí viene.

—¡Alabado sea quien ha criado tanto bueno!

—Vale más que la señá condesa de Benavente, que es toda una hembra.

© Biblioteca Nacional de España

—Y que todas las petimetras de la Corte.

—Dicen que la corteja un usía...

—¡Es lance!

—El conde de Motezuma, de Tula y de Tultengo, señor de Tenebrón y vizconde de Ilucán...

—¿Aquel que va tras ella envuelto en una rica capa de color de grana?

—El mismo.

—Bien se ve que tóo lo ha echao en títulos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es un retaco.

—

—Lo ocurrido con ese fraile trinitario descalzo, predicador de los caleseros, ha sido un verdadero escándalo.

—¿Pues qué ha pasado?

—Que no satisfecho todavía con intercalar cuentos chavacanos y decir sandeces, abofeteando el aire y gritando como una rabanera, al terminar el sermón se elevaba *en cuerpo y en alma* á la vista de sus oyentes, que por ver el milagro eran innumerables, subiendo, subiendo, hasta asomar los ribetes del hábito y algo de los zapatos por encima del balaustre del púlpito.

—¿Será posible?

—La popularidad del fraile, las alabanzas al milagro y la opinión de santo en que la gente le colocaban ha movido al vicario á esperar que predicara ayer en San Luis, y después de salir la gente se encerró con el trinitario en la sacristía y le sacó de debajo del hábito unos zancos con unos muelles, de los que se servía para elevarse á la vista de los asombrados devotos.

—Peor ha sido el predicador de la plaza de la Cebada, que al ver que los oyentes se distraían con un polichinela que pasaba cerca, exclamó desde el púlpito ambulante, enseñándoles el crucifijo:

«Venid, pecadores, venid, que este es el verdadero *pruchinela*.»

—La oratoria sagrada está perdida, á pesar de la célebre sátira contra los malos predicadores del P. Isla, *Fray Gerundio de Campazas*.—El predicador podrá ser malo pero los oyentes no son mejores.

—Digamos con el autor de *La pintura de la feria*, de Madrid:

«Hay, por que el vicio se ahuyente,
Un predicador dispuesto
A que su doctrina aliente,
Y aunque hay allí tanta gente
Es predicar en desierto »

—

—¡Vaya unas manolas de rumbo!—dice un petimetre á otro.

—¿Salen del Buen Suceso?

—No me parecen aficionadas á iglesia.

—Yo las abordo...

—No seas *cupidinesco*.

—¿Quieres refrescar, morena?

—No estoy caliente,—contesta con sorna una de las manolas.

—¿Vas esta noche á la comedia?

—No me pide el cuerpo jarana, y apártese usted, so mono, si no quiere que de un puntapié le remonte al sol á pedirle uno de sus rayos para encender el cigarro...

—¡Qué mujer!

—Es una fiera.

—Vamos á saludar á aquellas dos damiselas...

—Damiselas has dicho... ¡pues cuidado con la bolsa!

—

—Chistoso en sumo grado es el diálogo entre *Chaparro* y *Cacerola*, que publica el *Diario de Avisos*.

—Refiéralo V., señor conde.

—Pues, *Chaparro*, graciosísimo personaje, pregunta á su amigo *Cacerola* qué es la Constitución, á lo que el otro le responde: «Debe ser un buen libro, que leeremos... cuando sepamos leer.»

—Y tiene razón *Cacerola*... Antes de hacer la tal Constitución debieron enseñar á leer á los españoles, establecer escuelas...

—Eso dice *Cacerola*, y añade: «Si mal estábamos con los franceses peor estamos ahora, porque como el Gobierno no paga á los maestros, ni á los pasantes, se han marchado.»

—No eran tan malos José y sus ministros como algunos patriotas más exaltados que razonadores iban propalando.

—Lo mismo digo,—contestó el canónigo.

—Era un Gobierno ilustrado y tolerante que trabajaba por el mejoramiento de España.

© Biblioteca Nacional de España

—En cuanto al *Diario*, como un día publica versos y artículos contra los realistas, y otro á favor de los liberales, sin que jamás sepa uno lo que es, ni lo que quiere, yo he dejado la subscripción.

—Yo la conservo por los avisos.

—

—Dicen los periódicos que va á reunirse un concilio en Roma, presidido por el Papa, para abolir el celibato del clero, en vista de la relajación de costumbres que en todas las naciones observa esta clase llamada á ser ejemplo de moralidad,—decía un droguero de la calle de Postas á un opulento indiano.

—*El Amigo de las leyes* trataba, hace poco, esta cuestión, sosteniendo con empeño la celebración del concilio «para evitar los abusos, el libertinaje y la relajación de costumbres que hoy existen en nuestra España, pues sabido es que pueblo de muchos curas pueblo de muchas mujeres corrompidas.»

—

De pronto se inunda la Puerta del Sol de ciegos y vendedores de libros, folletos y periódicos.

—El papelito nuevo, que acaba de salir ahora, *La Marica constitucional*...

—La Colección de órdenes del Gobierno nacional...

—La nueva Constitución...

—*El Universal.*

—*El Redactor General*, á seis cuartos.

—*La Abeja Madrileña*, escrita por Gallardo.

—*El Conciso.*

—*El Procurador de la Nación y del Rey.*

—*La España libre.*

—*El Fiscal patriótico.*

—«La rebaja de las monedas.»

—«El papelito hallado en la Puerta del Sol, ó cartas escritas de España á la Meca por un mameluco de los que estuvieron en Madrid, á cuatro cuartos.»

—«Pragmática del lego,—Gaceta del Infierno.—Anteojos de un patriota ciego.»

—«Letrilla en justo elogio de la Constitución.»

—*El Diario de Avisos*, á dos cuartos.

—«La Marica Real ó la Marica Fernandina.»

—«Carta de un religioso español, amante de la Constitución.»

—«Canción patriótica en loor de nuestro amado rey Fernando.»

—*El Amigo de la libertad civil*, á ocho cuartos.

—

—Se asegura que hay lobos que acechan á las Cortes,—dice un covachuelista á varios de sus amigos.

—¿Lobos? podría ser,—contestó un oficial; —lo que sí aseguro es que anoche á algunas zorras (1) que empezaron á correr á bandadas por la calle de Carretas varios soldados de mi regimiento las persiguieron con las correas de las fornituras.

—Es el único modo de que acabe el vicio, —repuso un exclaustrado.

—Ya han empezado á tomarse por las autoridades—dijo el covachuelista,—serias providencias para impedir que las mujeres del pandero continúen escandalizando como tenían por costumbre en la época de nuestros mortales enemigos los gabachos (2).

—Es muy justo—añadió el militar;—que nadie habrá olvidado las famosas canciones que dedicaban al intruso al pie del palacio y que tanta indignación causaban á los buenos patriotas:

Viva José primero
Cara de clavel,
Descorra las cortinas
Que le quiero ver.

—

(1) *El Redactor General.*

(2) «Habiéndose notado—decía el bando de los alcaldes de Madrid, marqués de Iturvieta y conde de Villapaterna—que varias mujeres y muchachas reunidas y en cuadrillas andan con panderos por las calles, produciéndose en cantares obscenos y palabras indecentes que causan escándalo y ofenden á la buena moral y costumbres, al mismo tiempo que alborotan, incitan riñas é insultan á los pacíficos habitantes, y hasta hiriéndose unas á otras como ya ha sucedido, se las prohibe andar en cuadrillas bajo pena de arresto, en que permanecerán hasta que sus parientes ó alguna persona las reclame, pagando cuatro ducados de multa, y en su defecto ocho días de cárcel y examen de su conducta y la de sus familias. —*Diario de Avisos.*»

© Biblioteca Nacional de España

—¡Deslenguado!...
—¡Realista!...
—¡A la cárcel!...
—¡Favor!...
—¡A la guardia!

Todos estos gritos los producían un ciego y varios hombres, que, arrancándole unos papeles de las manos, los hacían pedazos y los tiraban al suelo.

El papel era una sátira contra la *Marica constitucional*, que, según declaró el ciego, se lo habían dado los redactores del periódico realista *El Procurador general de la Nación y del Rey*, ofreciéndole tres duros por que lo vendiera.

—

—Esos que han quitado al ciego los papeles son de esa canalla de liberales enemigos de Dios y del rey,—decía un fraile gordinflón y rollizo á un ex-consejero de Indias.

—Son unos descamisados...
—Unos hambrientos...
—Unos miserables...

—Es la mala semilla de Cádiz, que han traído á Madrid. Allí dominaban á las Cortes y aquí pretenden dominar al rey,—dijo un caballero de la orden de San Juan.

—Pero no lo conseguirán.

—No, mientras vivan hombres como el ilustrísimo y nunca bien ponderado obispo de Urgel, el Sr. Mozo de Rosales, el señor conde de Vigo, el Sr. Reina y otros diputados.

—Buen chasco se van á llevar esos constitucionales que Dios confunda...

—Tenemos muchos amigos en el ejército... Algo caros nos cuestan, pero no se cogen truchas á bragas enjutas...

—¿Y la manolería?

—Casi toda es nuestra.

—Las cofradías están bien trabajadas por nosotros,—dijo el fraile.—En llegando el instante oportuno, adios Cortes, y adios Constitución y adios liberales.

—Es necesario que Fernando sea rey absoluto, rey de veras...

—Dios lo haga.

—Y á todo esto, ¿qué hay de la guerra?

—Dicen que los franceses se retiran; que Jaca, Mequinenza y Monzón en Aragón, y Tortosa en Cataluña, se hallan en poder de nuestras tropas... Dicen que el mariscal Suchet se ha retirado á Gerona y Figueras, y que las guarniciones francesas de otras varias plazas se hallan bloqueadas por el ejército aliado.

—Y del rey, ¿qué se sabe?

—Dicen que ha penetrado en España y que se dirige á Barcelona...

—¿Y del tratado de paz?...

—Se dice que ya está firmado.

—¡Cuánto *se dice*...

—Qué quiere V., es la *bufonada* de moda.

—

—Mira dos señoras damas,—dice un chispero á otros.

—¿Aquellas que bajan de aquella calesa?

—¿Quienes son?

—Las duquesas de Alba y de Benavente, las usías más *chuscazas* de la corte.

—Arrepara el petimetre que las acompaña cargado de pañuelos, de cajas de pastillas y de frasquetes con vinagrillos y elixires.

—Parece una botica.

—Beso los pies de usía...

—Adios, Alfonso,— dice una de las damas.

—Más arrastran los ojos de usías que todas las calesas de la corte.

—Adulador. ¿Cuándo hay toros?

—El lunes, de Briceño, de Colmenar.

—¿Mata el *Sombrerero*?

—El mismo...

—Pues, hasta el lunes.

—¡Olé, vivan las damas de caliá!—dice el chispero arrojando al suelo la capa, que las dos damas pisan sonriendo.

—

—¿Sabéis lo que quieren los serviles?—preguntaba el abate D. Felix Manzanilla á Perico Fernández (el *Zurdo)*, á Bergamota (el *Peluquero)* y á otros de sus valientes guerrilleros que habían vuelto á sus antiguos oficios.—Pues quieren que el pueblo padezca y sude para empleos, dignidades, pensione y conventos, mientras él fenece de miseria y es despreciado por las clases privilegiadas; quieren que mande uno sólo, y que se mueran los demás; quieren que jueces, ministros y empleados hagan lo que les dé la gana, y no lo que sea justo. ¡Pero vive Dios, que no volverán los antiguos vicios si no buscan un pueblo nuevo que se acomode á sufrirlos!

© Biblioteca Nacional de España

—Muy bien dicho—exclamó Bergamota,—que gracias á Dios y á las Cortes, la Constitución nos hace iguales á todos los españoles.

—Aguarda—le replicó el *Zurdo*,—no digas que todos somos iguales delante de algunos, porque te dirán que eres hereje, que iguales todos no podemos ser, porque ni aun los dedos de la mano lo son...

—¡Que me vengan á mí con esas!... Ya sé yo que en todas partes hay *jeralquías*—contestó Bergamota,—pero para Dios todos los hombres son iguales, y con la misma vara mide al rey y al Papa que á un mozo de limpieza, y que el que mejor se porta con la ley de Dios, aunque sea un pobre, ese tiene mejor asiento en el cielo.

—Lo que quiere decir el ser iguales—repuso el Abate,—es que aunque uno diga que es nieto de D. Rodrigo, y aunque tenga dineros, será premiado si lo merece, y castigado si ha hecho por qué, del mismo modo que si fuera un pobre trompetero ó peón de albañil.

—Y cuenta con ello: yo no quiero ser nada, pero ninguno es mejor que yo—dijo el *Zurdo*,—si no ha hecho más servicios á la patria ó es más hombre de bien, y agur, que es tarde y sopla un *zarzaganillo* que corta las orejas (1).

—

Hacia la calle de Carretas, esquina á Correos, donde tenían su parada los coches de alquiler, un ciego atraía extraordinaria concurrencia para oirle cantar el *Landum portugués* ó los *Comuneros de Castilla*.

Al final, y como estribillo, añadía:

«Un realista en un mesón
Llamaba porque le abrieran,
Y tanto y tanto llamó
Que le abrieron... ¡la cabeza!»

El público, entusiasmado, le hacía repetir la copla y llenaba de cuartos el viejo sombrero del ciego patriota.

—

—¿No va V. á la comedia, D. Pedro?

—No, señor; mientras no trabaje el gran Isidoro no voy.

—Pues Bernardo Gil y Caprara son dos buenos comediantes, y las damas valen la pena de ser vistas.

—¿Quiénes son ellas?

—La Baus, la Agustina Torres, la Cabo, la Mas y la Sánchez. Ya no representan tantos dramas ni loas patrióticas, sino comedias buenas y variadas; *El montañés Juan Pascual*, *El mejor alcalde el Rey*, *García del Castañar*, *Roma libre*, *Otelo*, *Las escuela de los plebeyos*, *El Pastelero de Madrigal*...

—Todo ello es antiguo. ¿Qué entrada tuvieron anoche?

—Tres mil setecientos ochenta y cuatro reales.

—Vamos.

—¡Y que tienen una bolera—dijo otro del corro—hasta allá!... la Angela Carrión, que baila con el señor Andrés García.

—A propósito, D. Pedro; esta noche tiene usted que venir.

—*¿Cuare causa?*

—Porque se estrena una bolera nueva, la señora Dolores Gallardo, que con el señor Francisco Hernández bailará el bolero, y luégo en el sainete *Los zapatos* el *Zorongo*.

—Iré por dar á V. gusto.

—(Y por ver las piernas á la Gallardo.)

La tertulia de D. Juan Antonio Miranda.—Explicaciones.

De vuelta en Madrid la familia de D. Juan Antonio Miranda, volvieron á reunirse en su casa sus antiguos y leales amigos, más obligados en esta ocasión por efecto de la desgraciada muerte de su hermana doña Teresa, cuyo recuerdo no podía borrarse del corazón de sus cariñosos hermanos.

Otra vez se juntaron en aquella mansión querida después de cinco años de temores y de esperanzas, de alegrías y desengaños, D. Juan Antonio, Pepita y su marido D. Miguel de Pas, la condesita y su esposo el doctor Peñaranda, con el marqués de la Castellana, á quien la felicidad de su sobrina Isabel parecía haber rejuvenecido, y D. Valero Borja.

De las reuniones anteriores faltaba la noble doña Teresa, el valiente D. Fermín Echarri y el mártir D. José Romeu, á cuya

(1) *El Amigo de la libertad civil.*

© Biblioteca Nacional de España

memoria consagraban todos los días un cariñoso tributo.

Entre los nuevos contertulios se hallaban D. Juan Martín y el Abate, que prestaban á la tertulia nueva vida el uno con la historia de sus patrióticas campañas y el otro con sus felices ocurrencias.

Y antes de proseguir nuestro relato confesamos deber dos explicaciones á nuestros benévolos lectores referentes al joven Peñaranda; la primera explicar cómo siendo inclusero había podido llegar á ejercer la medicina en una época en que para toda carrera, y aun para muchas artes, se exigía la legitimidad, la limpieza de sangre y hasta los títulos de nobleza; la segunda reseñar cómo el Abate pudo salvarle de su prisión de Valenciennes y llevarle á tomar parte en la batalla de Vitoria.

Comencemos por la primera.

Por real cédula del rey Carlos III, de 21 de Julio de 1780, desde aquella fecha todos los expósitos debían ser considerados como hijos legítimos para todos los efectos civiles, generalmente, sin excepción, y sin que aquella calidad les pudiera servir de nota de infamia ó de menos valor, «quedando, mientras no consten sus verdaderos padres, en la clase de hombres buenos del estado llano general, gozando los propios honores y llevando las mismas cargas que los demás vecinos honrados.»

El rey Carlos IV, por cédula del mes de Febrero de 1804, exigió á los alumnos que debían ingresar en los colegios de cirujía, cuya clínica había de estudiarse en Madrid, la fe de bautismo, acompañada de una información de limpieza de sangre (calidad de no tener mezcla ni raza de moros, judíos, herejes ni penitenciados), y de su buena vida y costumbres, cuyos documentos debía dar por buenos el secretario, y el colegio decretar la admisión del interesado á la matrícula.

Ninguna de estas disposiciones parecía privar á los expósitos de seguir la carrera médica, puesto que el rey Carlos III, en la cédula que antes hemos extractado, al tratar de las penas que podían aplicarse á los expósitos, los eximía, en caso de delincuencia, de las llamadas de vergüenza pública, azotes y horca, «no pudiéndoseles imponer otras que las que en iguales delincuencias se impusieran á personas privilegiadas, *por poder suceder que fueran de familia ilustre;*» y claro está que cuando los consideraba *ilustres* para ante una ley, *ilustres* debían ser considerados ante todas, mucho más cuando obligaba al que se atreviera á denostarles con el nombre de borde, ilegítimo, bastardo, espúreo, incestuoso ó adulterino, á «retractarse judicialmente y á sufrir la pena pecuniaria que fuese proporcionada á las circunstancias.»

Con todo, nuestro amigo D. Luis no tuvo que sufrir impedimento ni oposición para seguir su carrera; él no conoció ninguna, ya por las razones que dejamos expuestas, ya porque contó con un protector invisible, pero poderoso, con el rector de la Universidad de Valencia, con el médico que asistió á su noble madre, quien sabedor por ella de toda la verdad y conocedor del nombre del padre de Luis, cuando transcurridos algunos años durante los cuales le supuso muerto, lo vió al lado de D. Guillermo Peñaranda lo comprendió todo; así fué que cuando más tarde, muerto su padre en los calabozos de la Inquisición, notó la asiduidad y el empeño con que el niño asistía á las clases, se hizo un deber de protegerle en memoria de su desgraciada madre.

Lo cierto es que un día Luis hallóse matriculado en las clases de la Universidad, sin que nadie le exigiera documento alguno, nombrándosele siempre Peñaranda, y reconociéndole todos como hijo del doctor don Guillermo y de su difunta esposa. El tiempo, que todo lo borra, no había pasado en vano, y como nadie trataba con intimidad al difunto D. Guillermo, nadie sabía con certeza si el doctor había sido en efecto casado y si D. Luis era su hijo. El secretario de la Universidad había aceptado como buenos los papeles que en su nombre se le habían presentado, y nadie tenía para qué mezclarse en el asunto. Esto sin contar que si de niño fué D. Luis simpático á los maestros por su aplicación y talento, y muy querido de sus compañeros por su noble corazón, de hombre, sus elevados sentimientos y su mucha ciencia le habían grangeado el cariño

© Biblioteca Nacional de España

de todos los hijos de Valencia, que creció de punto al verle establecer el Asilo para niños pobres, de que hablamos al comienzo de nuestra obra.

Respecto de la segunda, oigamos á él mismo referir su salvación á los buenos amigos de la tertulia del Sr. Miranda, que la aguardaban impacientes.

—Es Valenciennes una ciudad del departamento del Norte de Francia, cuya fundación se remonta al año 399 antes de Jesucristo. Perteneció á Lotario en el siglo IX, y, por consiguiente, al imperio de Alemania. En 1667 se apoderó de ella el rey Luis XIV, quitándola á los españoles, y el tratado de Nimega (1678) confirmó en su posesión á la Francia; pero la ciudad debía pasar aún por nuevas vicisitudes; los austriacos la conquistaron en 1793, y los franceses volvieron á recobrarla al año siguiente.

Cuenta Valenciennes con una ciudadela, obra de Vauban, construída en una isla formada por el Escalda, y en lo militar se la considera como plaza de guerra de segundo orden, pues sus fortificaciones, á pesar de los muchos embates que han sufrido, son todavía imponentes.

La ciudad encierra varias iglesias, hospital, hospicio, algunos cuarteles y arsenal, y es una de las poblaciones más industriales de Francia, siendo muy estimados los encajes que en ella se fabrican.

—Y con justicia,—dijo Pepita.

—Así es,—añadió la condesa.

—En la ciudadela fuimos encerrados todos los españoles cogidos prisioneros en Valencia y sus cercanías, cuando la toma de esta ciudad por el mariscal Suchet, llevando su rigor nuestros carceleros hasta un punto tal, que ni el regente Blake, ni el general Zayas, á pesar de su elevada categoría política y militar, pudieron comunicarse con sus familias, permaneciendo encerrados en un calabozo y completamente incomunicados.

—¡Qué crueldad!—exclamó la condesita.

—Las leyes de la guerra son terribles,—repuso el marqués.

—Transcurrieron algunos meses, largos como la eternidad.

Mi pensamiento vagaba de mi querida España á mi adorada Isabel, llegando á confundirse de tal suerte que imposible me habría sido decir dónde terminaba el amor á la primera y comenzaba la pasión que sentía por la segunda.

La condesita pagó con una mirada de inefable ternura aquella declaración del amor de su joven esposo, que había llegado á igualar en su corazón á España y á ella.

Isabel no sentía, no podía sentir celos de aquella pasión tan noblemente expresada.

Si en un momento de alucinación ó de duda la condesita había soñado con una rival, hé aquí que por confesión espontánea y natural de su amado sabía que esa rival era la patria, la madre de los dos, y aquella criatura tan enérgica y tan amante, que tanto admiraba á D. Luis, sintió una dicha inefable al oir de labios del doctor que sólo ella y España eran dueñas de aquel gran corazón; una nueva felicidad inundó su pecho, en su alma se desbordaba la pasión y en sus ojos podía leerse la inmensa dicha que experimentaba.

—El gobernador de la ciudadela—prosiguió D. Luis—tenía dos hijos gemelos, á los que tanto él como su madre adoraban, y á la verdad que con razón, pues eran dos niños de algunos diez años, de privilegiada inteligencia y nobles sentimientos.

Un día los dos cayeron en cama atacados de calenturas—producidas por las humedades del Escalda, cuyas aguas rodean la ciudadela—que los médicos franceses no lograban disminuir, ni curar, y que llegaron á poner en grave peligro la existencia de aquellas preciosas criaturas.

¿Quién había dicho al gobernador y á su esposa que yo era médico?

Lo ignoro.

—Quizá alguno de los otros prisioneros, —contestó el Sr. Miranda.

—Quizá. Lo cierto es que una noche sentí abrir de improviso la puerta de mi calabozo y entrar á la esposa del gobernador llorando y presa de una mortal agitación, reclamando los auxilios de mi ciencia en favor de sus hijos, que se morían.

Si yo no hubiese atendido más que al odio que los franceses debían inspirarme por falsos amigos y traidores invasores de mi pa-

© Biblioteca Nacional de España

tria; si yo no me hubiese cuidado más que de recordar la dureza, rayana en crueldad del gobernador con respecto á mis desgraciados compatriotas y á mí propio; si no hubiese pensado que el médico se debe á toda criatura enferma, cualquiera que sea su nacionalidad, su color y su rango, y que la humanidad no tiene patria, ni religión, ni jerarquías, me habría negado á visitarlos...

Pero se trataba de una mujer, de una madre, y olvidándolo todo y atendiendo sólo á mi deber, corrí presuroso á la cabecera de aquellos niños...

La calentura los devoraba; su frente ardía, y sus extremidades estaban heladas.

Sufrían una fiebre larvada agudísima.

—¿Qué quiere decir *larvada*?—preguntó Pepita.

—Llámanse así del latín *larva*, máscara ó careta, aludiendo á la marcha embarazada y misteriosa de la enfermedad.

—Sin duda por esto los médicos franceses que los habían asistido no habían dado con el mal,—dijo D. Valero.

—Yo, que en Valencia había tenido ocasión de asistir y curar las diversas calenturas que en los labradores producen las infinitas acequias y canales de riego de sus huertas y terreno de labradío, que en ocasiones convierten las tierras en pantanos, me consagré al cuidado de aquellos niños, y propinándoles los mismos medicamentos que á los huertanos de mi país tuve la inmensa satisfacción de devolverles la salud á ellos y la dicha á sus angustiados padres.

—Muy bien,—exclamó el Sr. Pas.

—Desde entonces el gobernador dejó de ser mi carcelero para convertirse en mi amigo.

—Era natural,—dijo el marqués.

—Proceder de otro modo habría sido una ingratitud,—repuso el Sr. Miranda.

—Una villanía,—añadió la condesita.

—Si en su mano hubiera estado, si no se hubiese tratado de su honor militar, como en cien ocasiones me dijo, él mismo me habría puesto en libertad, libertad que, como yo le respondí siempre, jamás habría aceptado si con ella había de causar su pérdida.

Mucho sufría al verme lejos de mi España; mucho padecía al encontrarme tan distante de mi Isabel, pero nunca habría aceptado semejante sacrificio, ni entraba en mis pensamientos hacerme pagar la salvación de los hijos con la deshonra del padre.

Y aquí doy punto á esta historia que sólo D. Félix puede terminar.

—Hable V., D. Felix,—dijo Pepita.

—Prosiga V. la narración,—añadió el marqués.

—Con efecto—dijo el Abate,—el resto de esta dichosa aventura casi no pertenece á D. Luis.

Apenas llegado á Valenciennes, en cuya ciudadela supe se encontraban prisioneros Blake, Zayas y todos los oficiales y paisanos cogidos por Suchet en Valencia, traté de penetrar en la fortaleza, y para ello entablé relaciones con algunos soldados que frecuentaban una de las tabernas más concurridas de las muchas que rodean la ciudadela.

Aparentando ser un *josefino* huído de España por mis servicios á los franceses, y merced á algunas botellas, pude enterarme de la situación de la fortaleza y de las cualidades de su gobernador. Rodando la conversación vino á parar en la grave enfermedad de sus hijos y en la curación debida á un médico español llamado Peñaranda. No dudé que era D. Luis, y haciéndome contar por extenso todo lo ocurrido, la satisfacción del padre y la dicha de la madre al ver curados á sus hijos, y el cariño que ambos mostraban al doctor concebí un pensamiento atrevido, y exclamé:

¡Lo que el honor veda al padre, la gratitud puede dispensarlo á la madre. Además no se trata de ningún crimen!

Pocas horas después conversaba yo con madame Nancy, que así se llamaba la esposa del gobernador, y tres días después, en una oscura noche de Junio, el doctor recibía mi visita sin poder arrancarme explicación alguna, y ambos salíamos de la ciudadela, ocultándonos en la casa en que yo habitaba.

—¿Pero el gobernador sería castigado?—preguntó D. Valero.

—No, por cierto. Todo estaba previsto. Los hierros de la reja del calabozo, que daba sobre el Escalda, habían sido limados, y pendiente del muro se encontro una escala.

© Biblioteca Nacional de España

Todos juzgaron que el preso se había fugado, y como el gobernador fué el primer sorprendido por su desaparición, el hecho no tuvo para él consecuencias desagradables, ni nadie sospechó que fuera cómplice en la fuga. Bastante lo temía yo, pues veía á don Luis dispuesto á entregarse si á Mr. Nancy le ocurría una desgracia.

—Así lo habría hecho.

—Pasados algunos días, que consideré necesarios para lograr que el suceso, por cierto bien frecuente, pues casi diariamente se fugaban prisioneros españoles, se olvidara por las autoridades, salimos de Valenciennes provistos de dos salvo-conductos que nos acreditaban de agentes del intruso, y bien pronto llegábamos á España, teniendo la satisfacción de tomar parte en la gloriosa batalla de Vitoria y de arriesgar nuestra vida por esta patria tan querida.

—¿De suerte que madame Nancy...—interrogó la condesita.

—Fué la verdadera salvadora de D. Luis, sin que nada supiera su esposo. No en balde



D. JUAN ANTONIO MIRANDA

apelé á su amor de madre, y apenas escuchó mi pretensión cuando ella lo dispuso todo para la fuga. De este modo quiso pagar la deuda de gratitud que había contraído con el doctor.

—¡La noble conducta de D. Luis, trajo como resultado la de la de madame Nancy! —dijo el Sr. Miranda.

—Bien dice el adagio que una noble acción siempre halla su recompensa,—añadió D. Valero.

—No negaré yo que algunas veces sucede así — contestó el abate, — pero no tantas como se pregona.

Discusiones políticas.

En las discusiones que se entablaban en casa del Sr. Miranda sobre la cuestión política, la terminación de la guerra y la vuelta de Fernando, se marcaban claramente las diversas opiniones que hemos procurado reflejar en el capítulo *La Puerta del Sol*, y que traían inquietos y divididos á los españoles:

© Biblioteca Nacional de España

la de los liberales, la de los realistas y la de los independientes.

Juzgue el lector por la siguiente escena, en que tomó parte D. Juan Martín *(El Empecinado)*.

—La vuelta del rey y el empuñar de nuevo las riendas del Gobierno, con fuerte mano, han de ser la salvación del país,—decía D. Valero Borja.

—¡Quiera Dios—respondió el Sr. Miranda—que no sea la ruina de la patria!

—¿En qué se funda V.?

—En todo.

—No negará V. que es uno de los más exaltados reformistas...

—¿Cómo negar un hecho tan cierto como público?

—Yo estoy con la opinión del diputado Reina; es preciso que gobierne como rey y señor.

—¡Qué locura!—exclamó el abate.

—¿Locura llama V., joven, á tan nobles aspiraciones?

—Sin duda.

—Pues sepa V. que para mí las Cortes de Cádiz han sido nulas por su origen, y nulos sus decretos, por estar fundados en una usurpación, á saber: la de querer privar á nuestro amado monarca de las atribuciones amplias y soberanas que heredó de sus mayores.

—La legitimidad de las Cortes está reconocida por el mismo Fernando, quien al partir para Bayona encargó á la Junta que dejó nombrada para que le representase, que las convocara,—dijo el doctor Peñaranda.

—Y en cuanto á sus decretos—añadió el Sr. Miranda,—no pueden ser más legítimos, puesto que recabado el derecho de soberanía para la Nación, sus representantes podían hacer en pro de España cuanto juzgaran bueno y conveniente.

—Demás de esto, ¿quién le ha conservado el trono en tan terrible crisis, quién ha proseguido la guerra sin desmayar nunca, y quién ha salvado al país?—preguntó el señor Pas.

—En eso tienen razón estos señores, amigo D. Valero,—dijo el marqués.—Usted sabe que yo, por mi clase y por mi educación, estoy más cerca del rey que de las Cortes, pero...

—La verdad no tiene más que un camino—dijo el *Empecinado*.—Yo soy un modesto labriego, un rudo soldado, pero reconozco toda la valía de las Cortes de Cádiz y toda la grandeza de sus decretos.

—Y V., que es un hombre de honor, amigo Borja, ¿considera V. digno que hombres que han ocupado la Regencia, que han jurado por Dios y por su honor guardar la Constitución, conspiren hoy contra ella, como lo hacen Lardizábal, el duque del Infantado, el conde de La Bisbal y D. Juan Villaamil?

—Por mi parte—repuso el abate,—y volviendo al escándalo provocado por el señor Reina en las Cortes, me limito á repetir los versos que le dedicó *El Conciso* (1):

«Rey déspota, rey absoluto;
Rey soberano... sí, venga
¡A mandarnos según guste!
—¿Y quién lo quiere?—La... reina.»

Todos aplaudieron la ocurrencia del señor abate.

—¿No les parece á Vds. tristísimo el espectáculo que nos ofrecen los periódicos con sus apasionados artículos?—indicó el marqués.—Pero, ¿qué más, si hasta el *Diario*, el sesudo *Diario de Avisos de Madrid*, que parecía una mosquita muerta, un sér inofensivo, incapaz de romper un plato, ha dado cabida á ciertos sonetos, que por lo curiosos, y porque en ellos se retratan los *serviles*, los *liberales* y los independientes, los he conservado.

—Léalos V.

—Atención. Comienza de este modo: «Escucha; no olvides este

SONETO.

—

Sabiendo de memoria ocho renglones
De las tragedias de Volter malvado;
Vaciando en el café, villar y Prado
De Helvecio y de Russó las opiniones;
No teniendo ningunas devociones,
Y odio, sí, eterno á todo lo sagrado;
Aplaudiendo con grito entusiasmado
En las Cortes á ciertos *sapientones;*

(1) *El Conciso*.—Febrero de 1814.

© Biblioteca Nacional de España

Diciendo algunas veces muy vehemente:
¡Santa Constitución! ¡Carta divina!
Que al *servilismo gótico* indecente
La frente abate y el poder confina;
Para ser, Fabio, *liberal ardiente*
No necesitas ya de otra doctrina.

El mocosuelo GARNIER.»

—Oigan Vds. la contestación:

«A FABIO.

—

Desentiéndete, Fabio, del consejo
Que te dió un *mocosuelo* inconsecuente
Y ve aquí de un *servil* el claro espejo.

SONETO.

—

Diariamente lee cuatro renglones
De ese *Procurador* tan decantado,
Y agente tú serás desmascarado
De la *vil tiranía* y sus blasones.
Toma, Fabio, á lo menos tres lecciones
De un *Atalaya* horrible y escarpado,
Que enseña allá en su cumbre, cuál osado
Despliega el despotismo sus pendones.
Declárate de *Ostiones* partidario;
Contra tu patria execración fulmina,
Y así serás *servil*, serás sectario
De esa turba *chupona* y *panzokina:*
Pues ya para ser vil no es necesario
Seguir, amado Fabio, otra doctrina...

H.»

—Ese Garnier—dijo el abate,—¿no había escrito antes unos versos con motivo de la batalla de los Arapiles, en que decía, si mal no recuerdo

«...¿Acaso manda
Un rey en sus vasallos cual un rico
Amo de tristes negros de la Habana,
Que los vende, los trueca ó los trasporta
De una á otra granjería más lejana?»

—Pudiera ser,—respondió el marqués.

—Hay tan poco que fiar de ciertos sugetos...—dijo el Sr. Pas.

—El resultado es que un tal *Moreno* truena contra los dos, según verán ustedes.

«FABIO AL MOCOSUELO GARNIER Y AL SEÑOR H.

Fabio no quiere leer cuatro renglones
De las tragedias de Volter malvado,
Ni del *Procurador* tan decantado,
Ni del padre *Atalaya* las lecciones.
El desprecia altamente las razones
Del *liberal*, *servil*, bien penetrado
Que ambos son perniciosos al Estado,
Pues *divergen* del pueblo en opiniones.
Sólo venera Fabio reverente
De la Constitución la gran doctrina,
Ama al Gobierno, al rey, que es inocente;
Desprecia la gran chusma panzokina,
Y quiere ver rodando por los suelos
Liberales, *serviles*, *mocosuelos.*

MORENO.»

—Yo, por mi parte—concluyó el marqués,—estoy con el autor de la siguiente

«DÉCIMA.

—

¿Qué quieren los liberales?
Que no manden frailes Giles.
¿Qué pretenden los serviles?
Ver muchos cirios pascuales.
¿Y por cosas tan triviales
Se desune la Nación?
Eso quiere Napoleón.
Den fin con esa alimaña,
Veremos feliz la España
Y pura la religión.»

—¿Quién la firma?

—Un D. J. de la V.

—Cosas de periódicos,—dijo D. Valero.

—Y á propósito de periódicos, me han dicho que ha enviado V. un remitido á *El Redactor General*,—dijo el Sr. Miranda á don Juan Martín.

—Me he visto forzado á ello.

—¿Cómo es eso?

—*El Procurador de la Nación y del Rey*, cuyas ideas ultra-realistas son de todos conocidas, publicó con la firma de *Un empecinado* cierta carta en que se zahería á varios diputados liberales y se atacaba á las Cortes, y como algunos la han considerado mía por la firma, aunque nunca he tenido la manía de distinguirme por la imprenta, me he visto obligado á declarar en *El Redactor General* que yo no era el autor de ella, y que si bien me hallo alejado de la política, en cumplimiento de mis deberes militares, si la Constitución dada por las Cortes y con tanto entusiasmo recibida por la Nación, llega á peligrar, ó á verse amenazadas la independencia ó la libertad de mi heróica patria, mi saña y mi coraje perseguirán á sus enemigos hasta exterminarlos.

—Yo creo—dijo el marqués—que las Cor-

© Biblioteca Nacional de España

tes y el rey deben entenderse y marchar unidos si no quieren dividir á España y provocar una lucha fratricida.

—¿Y quién se encuentra más obligado á ello, tío mío—preguntó la condesita,—la nación, que lleva siete años de constantes sacrificios por el rey, ó el rey, que durante ese tiempo ha permanecido tranquilo en Valencey y hasta felicitado á Napoleón?

—Muy contagiada veo á V., condesa,—exclamó D. Valero Borja.—Habla V. como una verdadera *jacobina*.

—Nada de eso; D. Juan Martín lo ha dicho: la verdad no tiene más que un camino, y hombre ó mujer, noble ó plebeyo no pueden negar la luz del sol.

—A no ser ciegos,—añadió el abate sonriendo.

—Los liberales—dijo el Sr. Miranda—no desconfiamos del rey, pero comienza á inquietarnos su empeño en firmar un tratado de paz con Napoleón, cuando le estaba vedado por acuerdo de las Cortes extraordinarias; la vaguedad de sus cartas; su tardanza en venir á Madrid, donde tan necesaria es su presencia; y, sobre todo, la influencia de la camarilla que le rodea, del apóstata Villaamil, el renegado Lardizábal, el revoltoso conde de Montijo, el malhadado Escoíquiz y el omnipotente aguador *Chamorro*.

—Le parece á V. justo, Sr. D. Valero—preguntó Pepita,—que el rey haya ofrecido á los afrancesados que se le han presentado no sólo perdón y olvido sino altos puestos, y que mañana V., D. Juan Martín, el doctor Peñaranda, el señor Abate, mi hermano y mi esposo, que tantas veces han expuesto su vida combatiendo al intruso José y á sus amigos, se vean ustedes forzados á saludar y quizás á obedecer á los que eran ayer sus enemigos y sus tiranos, á los asesinos de su adorada patria?

—¡Bravo, señorita!—exclamó el abate.

—Tiene un pico de oro,—repuso D. Juan Martín.

—¿Cómo quiere usted, señorita, que yo apruebe eso?

—Pues si acepta V. la voluntad de Fernando y lo proclama V. rey absoluto, su deber de V. es aceptar eso y cuanto haga, y obedecerlo,—exclamó el doctor.

—La solicitud no sólo de rehabilitación sino de reposición de los antiguos empleados que sirvieron á José Bonaparte, la apoyan la Junta del Crédito Público, la Secretaría de Hacienda, y hasta la Comisión del Congreso,—dijo el abate.

—En ella se llega hasta insultar á los españoles patriotas diciendo que no hay más hombres que ellos capaces de servir aquellas oficinas, y que se deposite en ellos la confianza sin examinar si la desgracia y no la adhesión los llevó á servir al intruso (1), —añadió el Sr. Miranda.

—¡Qué escándalo!—dijo el Sr. Pas.

—¡Qué ignominia!—repitió el doctor Peñaranda.

—Calma y unión, señores—repuso el marqués;—sin unión estamos perdidos, y daremos el triunfo á Francia é Inglaterra, dos naciones distintas y un solo enemigo verdadero de nuestra patria, contra la cual conspiran secretamente.

Entrada de Fernando en España.—Noble actitud del general Copons.—Dos cartas del conde de La Bisbal.—El aguador Chamorro.

Fernando comisionó al mariscal de campo D. José Zayas, preso en Francia desde la caída de Valencia, para que llevase su respuesta á la Regencia, en la cual iba intercalado este párrafo, que engañó á los liberales:

«En cuanto al restablecimiento de las Cortes, como todo lo que pueda haberse hecho durante mi ausencia que sea útil al reino, merecerá mi aprobación, conforme á *mis reales intenciones*.»

También le encargó que tratase de preparar la opinión anunciando su próxima llegada, encargo que Zayas cumplió admirablemente, ponderando en todas partes el valor del rey, sus muchos padecimientos durante su largo cautiverio, su gran' amor á España y sus nobles deseos de hacerla feliz.

Las gentes se volvieron locas de júbilo con estas noticias, y los diputados, *caídos en el lazo*, consignaron en el acta de una de sus sesiones su aprecio al general Zayas por haber traído tan felices nuevas.

(1) *El Amigo de la libertad civil*.—Marzo, 1814.

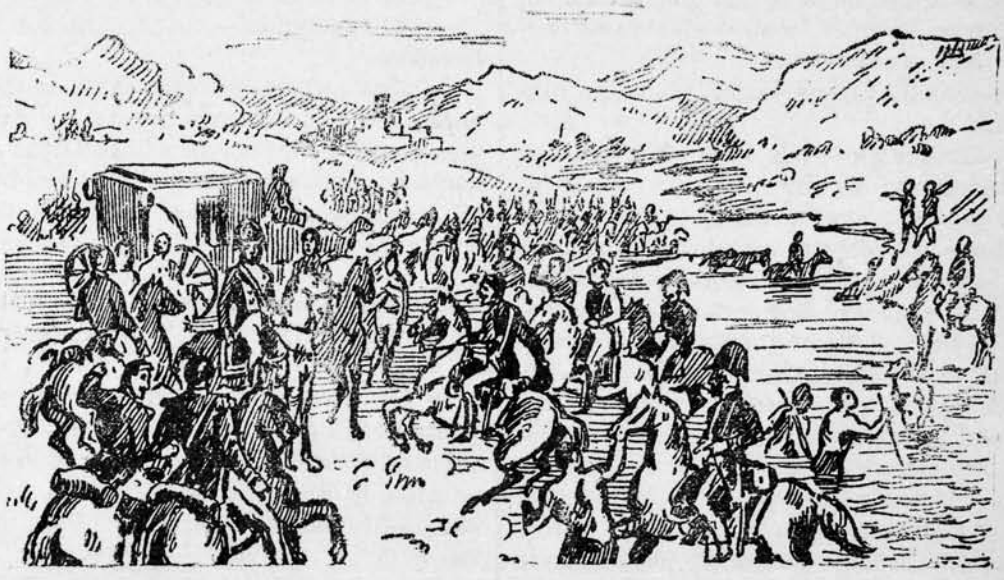
© Biblioteca Nacional de España

Preparada la escolta que debía acompañarle hasta la frontera, el 13 de Marzo salió Fernando de Valencey, adoptando el título de conde de Barcelona para el viaje.

Aún bollaban las tropas francesas el territorio español, si bien muchas se hallaban bloqueadas por nuestros soldados. Napoleón encargó al mariscal Suchet, que mandaba las de Cataluña, recibir y agasajar á Fernando, pero también impedir su salida de Barcelona, que éllos dominaban, hasta que sus legiones hubiesen regresado á Francia.

El 22 de Marzo pisó Fernando tierra española, después de cinco años de forzada ausencia.

¡Otro cualquiera, en su lugar, se habría arrodillado y besado la tierra bendita de España, regada con la sangre de tanto valiente, y luégo de consagrar una oración á los que por conservarle el trono habían perdido hacienda, tranquilidad y vida, habría levantado la cabeza con orgullo por ser el rey de una nación de héroes, prometiendo hacer feliz á los que todo se lo habían sacrificado!... Pero Fernando tenía un corazón de tigre, y, según los mejores historiadores, *ni se conmovió, ni hizo demostración alguna que manifestase la alegría de su alma.*



PASO DEL FLUVIÁ POR FERNANDO

El Fluviá había crecido de tal manera que no pudo cruzarlo

Pareció un aviso del cielo.

Detúvose Fernando en Figueras, á donde vino á cumplimentarle el capitán general de Cataluña, D. Francisco Copons, militar tan valiente como patriota, dispuesto á cumplir las instrucciones que había recibido de la Regencia.

El día 24, formadas en la orilla derecha del Fluviá las tropas españolas y en la izquierda las francesas, y ante una multitud inmensa que acudió de todos los pueblos comarcanos, apareció el rey en la llanura, acompañado de su tío el infante D. Antonio, de su hermano el infante D. Carlos, del mariscal Suchet, del canónigo Escoíquiz y de un numeroso séquito.

La ceremonia comenzó atravesando un jefe de Estado mayor francés el río y participando al general Copons que el rey se acercaba; á poco se presentó Fernando, y Copons, hincada la rodilla en tierra, pronunció un breve discurso dándole la bienvenida y poniendo en sus manos un pliego cerrado y sellado que le había enviado la Regencia.

Ejército y pueblo prorrumpieron en estrepitosas aclamaciones, y Fernando, luégo

© Biblioteca Nacional de España

de pasar revista á las tropas, se dirigió á Gerona, donde entró aquel mismo día.

Los gerundenses, olvidando que la mayor parte de su ciudad estaba en ruínas, sin pensar en el luto que aún llevaban por sus mejores hijos, levantaron arcos de triunfo, cubrieron de laureles los escombros y mostraron que eran tan héroes en el combate como patriotas en la paz.

Lejos de conmoverse, aquel cuadro que habría enternecido á una piedra, aquella ciudad en ruínas, aquellos niños enfermos, aquellas mujeres enlutadas, aquellos hombres demacrados, le recordaron tan sólo al *deseado* Fernando «el espectáculo de Nerón en Roma, cuando veía agolparse á su entrada las tribus, los senadores en hábito de fiesta, las cuadrillas de esposos con sus hijos colocados conforme al sexo y á la edad, y todos esclavos suyos.»

Fernando, siempre dispuesto á complacer á Napoleón, dispuso que las guarniciones imperiales bloqueadas regresaran á Francia.

¡Como se advierte, empezaba á disponer cual rey absoluto!

Pero Copons le manifestó, en cumplimiento de las órdenes de la Regencia, que no podía complacerle. ¡Digno militar y probo ciudadano, Copons fué allí la representación de la nueva España!

La actitud de Copons disgustó al rey, que al verse aclamado por el ejército y el pueblo se juzgaba árbitro y señor de España, y reconcentró en su corazón todo el odio que bien pronto le veremos derramar.

Las Cortes acordaron elevar un monumento en el paso del Fluviá, en memoria del fausto suceso, y el duque de Frías envió al Congreso mil doblones para que fuesen repartidos entre los primeros soldados que habían recibido al monarca.

Semejantes pruebas de cariño no lograron conmover á Fernando.

Temeroso de Napoleón y los franceses, y visto el mal resultado de su primera orden, en lugar de dirigirse á Valencia, según el itinerario convenido con Bonaparte, se encaminó á Zaragoza, pretextando el cumplimiento de un voto que en su destierro había hecho á la Virgen del Pilar, y envió á Valencia á su tío D. Antonio á preparar los ánimos en favor de los proyectos liberticidas que abrigaba.

Cuéntase que el conde de La Bisbal, dudoso acerca de la actitud en que regresaba Fernando, le envió un mensajero con dos cartas, una elogiando la Constitución y las nuevas ideas y ensalzando á los diputados liberales, y otra condenando la Constitución y acriminando á sus autores, diciéndole al enviado:

—Si vuelve constitucional le da V. la primera, y si aspira al poder absoluto la segunda (1).

Se ve que O'Donnell conocía bien al *Deseado*.

Pedro Collado, más conocido por *Chamorro*, era un antiguo aguador de la fuente del Berro, de Madrid, nacido en Colmenar Viejo, que había servido á Fernando algunos vasos de agua cuando siendo príncipe de Asturias y encontrándose enfermo llegaba á la citada fuente. Por la gracia que á Fernando le hacían sus chistes, ó hablando con más propiedad, sus *bufonadas*, entró en la servidumbre del príncipe, encargado del *honroso* empleo de espiar á los otros criados, de quienes Fernando y Escoíquiz sospechaban, por creerlos vendidos al príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy. Más tarde le acompañó en su cautiverio á Francia, y llegó á ser uno de los consejeros íntimos del rey Fernando, un altísimo personaje de quien la historia ha escrito mucho, y por desgracia malo, una de las figuras principales no de la corte pero sí de la camarilla del *Deseado*, dispensador de gracias y ante el cual se prosternaban ¡qué vergüenza! consejeros, magistrados, obispos, generales, damas y caballeros, y explotador de España, repartiendo empleos, mercedes, gracias y honores á los que mejor se los pagaban sin respetos á nada ni á nadie, y pensando sólo en enriquecerse á costa del país.

Chamorro fué uno de los de la camarilla que con mayor empeño habló á Fernando en contra de la Constitución y de los liberales—¡como si él entendiera de asuntos tan

(1) *Historia de la vida y reinado de Fernando VII.*

© Biblioteca Nacional de España

graves!—y le aconsejó que se proclamara rey absoluto.

Y aquí creemos llegado el momento de consignar que Fernando no soñaba más que con el poder absoluto; que en Madrid como en Aranjuez, en Bayona como en Valencey, en Francia como en España, éste era el sueño dorado de su vida, y que su proclamación como monarca absoluto estaba por él terminantemente resuelta; pero Fernando, ya lo hemos dicho antes de ahora y los sucesos lo han comprobado, jugaba siempre con dos barajas, y aparentaba no querer lo que más deseaba, haciendo que los demás le aconsejaran precisamente aquello que él ambicionaba, para poder decir, como varias veces le acurrió, en un caso de apuro, que él había cedido á los dictámenes de sus consejeros y al empeño de sus amigos; de este modo conseguía su objeto y hacía recaer la animadversión y el odio sobre los demás, que hasta llegaban á ser castigados por delitos que en realidad no habían cometido, pues al darle ciertos consejos lo hacían advertidos por *Chamorro* ú otro de sus confidentes íntimos que Fernando deseaba aquello, pero que no lo aceptaría sin el consejo y la aprobación de sus amigos.

Tal fué la marcha política de Fernando toda su vida, y esta táctica la empleó hasta con su misma familia, con sus padres, con sus hermanos y con todos sus parientes.

Fernando en Zaragoza, Daroca, Teruel y Segorbe.—El conde de Montijo.—Planes liberticidas.—Los exregentes Villaamil, Lardizábal, Infantado y O'Donnell.—El rey y su tío el cardenal Borbón.

El 11 de Abril salió de Zaragoza Fernando, deteniéndose en Daroca, á donde fué á encontrarle el revoltoso conde de Montijo, el cual le manifestó que al igual de lo que hizo en Aranjuez el 19 de Marzo de 1808, había hecho entre el pueblo bajo de Madrid para proclamarle rey absoluto.

Queda con esto contestada la pregunta que atrás hicimos.

Montijo iba á representar por segunda vez el drama de Aranjuez.

El rey siguió para Teruel, ciudad que encontró espléndidamente adornada con emblemas liberales; el conde de Montijo se dirigió á Madrid para continuar sus trabajos de conspiración; y el general Copons, que, inflexible guardador de las órdenes de la Regencia, le había venido acompañando, se despidió del rey para volver á ponerse al frente de su ejército.

Libre Fernando de Copons, y satisfecho de los planes de Montijo, llegó el 15 á Segorbe, donde se le reunieron su tío D. Antonio y su hermano D. Carlos, D. Pedro Macanaz, y D. Pedro Gómez Labrador que en pocos años había sido amigo del intruso José, liberal exaltado y ahora absolutista rabioso. ¡De estos hombres hubo muchos en aquella época!

En Segorbe se celebró gran consejo, al que no asistió Escoíquiz, que había proseguido su camino á Valencia á completar la obra comenzada por el infante D. Antonio, pero cuyas opiniones eran conocidas, para tratar de la jura de la Constitución. El infante D. Antonio, el duque de San Carlos, Macanaz y Gómez Labrador se opusieron, contra la opinión del general Palafox y el duque de Frías, á que el rey jurara el Código de Cádiz.

Fernando se reservó decidir.

Era su táctica.

La Regencia había enviado á Valencia para recibir al rey á su presidente el cardenal de Borbón, tío de Fernando, y al ministro de Estado D. José Luyando, pero en Valencia mandaba el general D. José Javier Elío, hombre violento, que odiaba la libertad de imprenta por las censuras que los periódicos habían dirigido á su expedición á la Isla de la Plata y á sus desaciertos, el cual, desde los primeros instantes, se ofreció á proclamar á Fernando rey absoluto, de acuerdo con el infante D. Antonio, del canónigo Escoíquiz y del auditor de guerra don Martín de Gaztañaga, autor meses antes de varios escritos en favor de la Constitución y las reformas, y encargado ahora por Elío de redactarle el discurso que había de dirigir al rey, discurso que le valió más tarde el nombramiento de alcalde de Casa y Corte.

En Valencia se presentaron al rey otros dos liberales resellados, los ex-regentes don Miguel de Lardizábal y D. Juan Pérez Villaamil, dispuestos á ayudarle en su procla-

© Biblioteca Nacional de España

mación como rey absoluto, así como el duque del Infantado y el conde de La Bisbal.

No estará demás recordar qué habían sido antes y lo que anteriormente habían escrito y pensado estos señores.

D. Juan Villaamil, en la carta que publicó el 29 de Agosto de 1808, decía:

«Es necesaria una Constitución que devuelva sus libertades públicas á la nación, y que el rey *mande poco*.»

Al ser elegido regente en Cádiz en 1812, juró la Constitución que había pedido en su citada carta con protestas del más acendrado liberalismo.

En cuanto á D. Miguel de Lardizábal, cuando su famoso proceso, en la representación que dirigió á las Cortes el 6 de Enero de 1810 escribía:

«No me ocurre la menor duda acerca de la legitimidad y plena autoridad de las Cortes existentes en el día; pues semejante duda *podría ser un yerro en otros, pero en mí sería un delito*.»

El duque del Infantado, al tomar posesión de la Regencia en Junio de 1812, había dicho:

«Ya con la Constitución España *no será patrimonio de un rey*, pues nos escudará contra su antojo y arbitrariedad, y las ideas liberales y benéficas que van siguiendo las Cortes patentizan anchuroso campo para la prosperidad pública Somos libres, y cada cual vivirá ya enterado de sus propios derechos.»

El conde de La Bisbal, al presentarse á las Cortes con los otros Regentes, exclamó:

«Persuadidos estamos de que la Constitución ha de ser el cimiento conservador de la monarquía por largos siglos, y sostendremos cuanto llegue á decretar la soberanía de las Cortes.»

¿Qué tal los exregentes, y cómo sostenían sus palabras, y cómo trataban aquella Constitución que tanto habían enaltecido?

Un empleado en Rentas, que escribía con alguna soltura, D. Justo Pastor Pérez, fué el encargado por los conspiradores de redactar unas hojas firmadas con el pseudónimo de *Lucindo*.

Nos bastará copiar una para comprender la trama de los conspiradores:

«Te has presentado, Fernando, en nuestro suelo, y á tu vista todo enmudece; tus enemigos forman planes, pero tu presencia los desvanece; cautivo saliste y cautivo vuelves; cautivo te llevó Napoleón, y cautivo te llevan á Madrid las Cortes, según el testimonio de Canga Argüelles en la sesión del 17 de Abril. Las Cortes no quieren que te reconozcamos por nuestro rey, sin habernos relajado el juramento que espontáneamente prestamos; Napoleón te despojó de la soberanía, las Cortes han hecho lo mismo; y con la misma razón que Napoleón envió al pérfido Savary, las Cortes envían al inocente y candoroso cardenal, ó por mejor decir á Luyando, ministro de Estado, para que igualmente te conduzca á las Cortes, y seas allí cuando menos el ludibrio y el escándalo de malvados, que no dejarán de concurrir á tu descrédito, y aun quizá á tu destrucción.

No te quieren soberano, y los pueblos te reciben como tal; no te quieren rey, y los pueblos gritan: «Reine, y reine sólo Fernando.»—No se obedezcan sus leyes, dicen las Cortes,—y los pueblos gritan: «Ya sólo Fernando mande y nadie más.» Dánse instrucciones á los generales de los ejércitos para que no te permitan ejercer ningún acto de mando hasta que jures la Constitución, y el general Elío sale á tu encuentro, se arroja á tus pies, te besa la mano, y te entrega el bastón de mando de su ejército; te resistes, y el intrépido Elío replica lleno de fuego:—«Empúñelo V. M. aunque no sea más que un momento, y en él adquirirá nuevo valor, nueva fortaleza.»

Lo empuñaste, y con este solo acto el ejército todo te reconoce por su soberano, y Elío, y toda la oficialidad te proclaman y renuevan el juramento que te prestaron en 1808.

Esto mismo ha hecho, por medio de un edecán, el valiente conde de La Bisbal con su ejército.

Pero te diriges á Valencia, y á un cuarto de legua de Puzol ves venir al Cardenal encargado de entregarte la Constitución y de notificarte el célebre decreto de 2 de Febrero. Ves, digo, llegar al Cardenal, mandas que pare tu coche, te apeas, y te detienes, y el Cardenal, que se había parado esperan-

© Biblioteca Nacional de España

do que tú llegaras, se ve precisado á dirigirse donde tú estabas. Llega, vuelves la cara como si no le hubieras visto y le das la mano en ademán de que te la bese. ¡Terrible compromiso! ¿Besará tu mano? ¿Faltará á las instrucciones que se supone que trae? ¿Quebrantará el juramento que ha prestado de obedecer los decretos de las Cortes? ¡Terrible compromiso! vuelvo á decir. Fernando quiere que el Cardenal le bese la mano, y no se quiere que el Cardenal se la bese. Esta lucha duró algunos segundos, en que se observó que el rey hacía esfuerzos para levantar la mano y el Cardenal para bajársela. Cansado, sin duda, el rey de la resistencia del Cardenal, y revestido de gravedad, pero sin afectación, extiende su brazo y presenta su mano, diciéndole: «Besa.» El Cardenal no pudo negarse á esta acción de tanto imperio, y se la besó. Entonces diste cuatro pasos atrás y te la besaron varios guardias y criados.

Triunfaste, Fernando; en este momento, y desde este momento empieza la segunda época de tu reinado. Tú das el santo y la orden, y el Cardenal enmudece, porque espiró en los campos de Puzol su efímero reinado.»

¡Así trató Fernando, según sus mismos cronistas, al jefe del Estado, al pariente anciano, al príncipe de la iglesia, al cardenal D. Luis de Borbón!

Llegada de Fernando á Valencia.—Conducta del general Elío.—«Los Persas.»—El primer choque.

El día 16 de Abril entró Fernando en Valencia, disputándose las gentes la *honra* de tirar de su coche; al siguiente día se cantó en la catedral un solemne *Te Deum*, y por la tarde se le presentó Elío con todos los oficiales de la guarnición, y á su presencia les dijo:

—¿Juran Vds. sostener al rey en la plenitud de sus derechos?

—Sí, juramos,—contestaron todos, besando la mano del orgulloso monarca.

La libertad y la Constitución acababan de caer bajo el sable de Elío, y en su acerada punta se alzaban triunfantes el absolutismo y la tiranía.

Con los cuatro millones de reales que Fernando había recibido á su entrada en calidad de préstamo, y con los donativos que los grandes le hicieron para ir ganando su favor, pudo llenar de conspiradores todo el territorio que fué pisando.

D. Bernardo Mozo de Rosales, conocido después con el título de marqués de Matafloride, recién llegado á Valencia, presentó al rey una exposición, que se llamó de los *persas*, porque comenzaba de esta suerte «Era costumbre en los antiguos persas,» suscrita por 69 diputados, en apoyo y elogio de la monarquía absoluta, «la única hija de la razón y de la inteligencia y subordinada á la ley divina.»

No les bastaba á estos diputados olvidar el juramento que habían hecho de sostener y defender la Constitución, y solicitar el restablecimiento del régimen absoluto, sino que además se convirtieron en delatores de sus compañeros, contra los cuales solicitaron el cadalso al tiempo mismo que para ellos pedían galardones y mercedes. Los diputados que atestiguaron, fiscalizando encubiertamente contra sus compañeros, fueron los señores Lausaca, Inguanzo, Ros, conde de Buenavista, Villagómez, Caballero, Aznares, López del Pan, Tadeo Segundo, Gil, obispo de Pamplona, Gómez Calderón, Foncerrada, Pérez, Conde de Vigo (Tenreyro) y Gárate. Todos ellos dieron su declaración por escrito (1).

El rey, luégo de recibir entusiasmado la exposición de los *persas*, creó una condecoración especial para premiarlos, y con justicia, puesto que hasta los diputados que habían jurado la Constitución y debían ser considerados como liberales le allanaban el camino y le pedían que se proclamara rey absoluto.

Alejados del lado del rey el general Palafox y el duque de Frías, sus consejeros se dividieron en dos bandos, uno que quería arrojar la máscara al instante, y otro, capitaneado por Villaamil y Labrador, que opinaba ser más conveniente seguir engañando á los liberales, á cuyo último parecer se ad-

(1) Marliani.—*Historia de la España moderna.*

© Biblioteca Nacional de España

hirió Fernando, encargándoles la redacción de un Manifiesto en este sentido, que hizo la suerte del amanuense encargado de escribirlo, llamado D. Antonio Moreno, y del impresor D. Francisco Brusola, establecido en una de las calles más retiradas de Valencia, y que vivía con su mujer y sus hijos en la mayor miseria.

Este Manifiesto debía ser la abolición de toda idea liberal y el restablecimiento de la monarquía absoluta.

Ni el cardenal de Borbón, ni el ministro Luyando se enteraron de nada; verdad es que vivían en Valencia en la mayor soledad, pues todos se dirigían á recibir luz y calor del nuevo astro que brillaba en el horizonte.

Aunque Fernando cayó malo de uno de sus habituales ataques de gota, no quiso retardar la realización de sus propósitos, y envió numerosas tropas hacia Madrid, al mando del general D. Santiago Witingham, con quien contaba para todo. Al llegar á Guadalajara se encontró el general con un emisario de la Regencia, preguntándole quién le había autorizado para acercarse con sus tropas á la capital.

—El rey, nuestro señor,—contestó orgullosamente el general.

Parecía natural—dicen algunos historiadores—que la Regencia y las Cortes, ante semejante respuesta, hubiesen tomado enérgicas medidas para oponerse á aquel ataque; pero confiadas en las promesas de Fernando nada hicieron.

Más adelante trataremos de este punto con la extensión debida.

El aniversario del 2 de Mayo.—Nuestros amigos.

Tornemos á Madrid.

Cumpliendo con el precepto constitucional, se cerró la legislatura de 1813 el día 19 de Febrero.

De nuevo se abrieron las Cortes el 1.° de Marzo de 1814.

El cardenal pronunció un notable discurso sobre la abdicación de Carlos IV, la caída de Godoy, la promulgación de la Constitución en Cádiz, la buena marcha de la guerra y la próxima libertad de Fernando, contestándole el presidente de las Cortes, el canónigo D. Antonio Joaquín Pérez, que, aparentando ideas liberales, conspiraba con los *persas*, y de quien más adelante nos ocuparemos.

Las Cortes dedicaron sus primeros trabajos á dar nueva organización á las secretarías; aprobaron un reglamento para la Milicia Nacional, haciendo el servicio obligatorio de 30 á 50 años, salvo algunas clases, con facultad de nombrar los individuos sus jefes, bajo el mando superior del gobernador ó comandante militar; señalaron la asignación de la casa real: al monarca cuarenta millones de reales, con varias posesiones de recreo, y á cada infante 150.000 ducados.

Para conmemorar el aniversario del 2 de Mayo, declarado por las Cortes de Cádiz fiesta nacional y primero que iba á celebrar Madrid libre de franceses, encargó el nuevo Congreso al Gobierno, al ayuntamiento y al cuerpo de artillería la celebración del acto con la mayor solemnidad, al objeto de exhumar las víctimas de aquel memorable día con la mayor pompa, inaugurando al par sus sesiones en el edificio de doña María de Aragón, que para ese día había de estar terminado.

De tal modo excitó el patriotismo la orden de las Cortes, que hombres, mujeres y niños, artistas y obreros, nobles y ricos contribuyeron á su feliz término, los unos prestando gratuitamente sus brazos, los otros su talento, y los últimos satisfaciendo el importe de jornales y de obras, y en pocos días quedó habilitado y decorado el grandioso salón, y la fachada pudo lucir, entre las estátuas de la Patria, la Religión y la Libertad, una elegante lápida de mármol en que se veía escrito con letras de oro: «LA POTESTAD DE HACER LAS LEYES RESIDE EN LAS CORTES CON EL REY.»

Como la iglesia parroquial de San Martín, en la plaza de las Descalzas, había sido derribada por los franceses, los cuerpos de los ilustres Daoiz y Velarde, inhumados en élla, yacían sobre el solar que resultó anejo, que hubo que remover hasta encontrarlos.

En el Prado, donde hoy se levanta el obelisco conocido por el 2 de Mayo, se preparó

© Biblioteca Nacional de España

una mesa de altar con una ancha urna para recibir los cuerpos de los heróicos capitanes y de las víctimas de aquel terrible día, entre las preces de los clérigos, presididos por el obispo auxiliar de Madrid, D. Anastasio Puyal, los gemidos y las lágrimas de los parientes, y los gritos de horror y venganza del pueblo.

Encargado el cuerpo de artillería, al que pertenecían Daoiz y Velarde, de la patriótica solemnidad, construyó un magnífico carro triunfal, que estuvo expuesto todo el día 1.º de Mayo al público, compuesto de un ancho zócalo, decorado en los costados con relieves y pinturas representando escenas de la defensa del Parque, y sobre él, y en soberbios féretros cubiertos de armas, banderas, palmas y coronas, las cenizas de aquellos héroes. Delante llevaba una figura con un libro en la mano, en cuyas abiertas páginas se leía: *Imitadlos;* reposando á sus pies el león de España, que tenía bajo sus garras las águilas francesas, y unos pebeteros de que emanaban perfumes. A la espalda del carro se contemplaban las armas nacionales con el emblema de ambos mundos entre las columnas de Hércules, con el *Plus ultra*, y debajo cañones, estandartes y varios trofeos militares.

El estampido de los cañones anunció la nueva aurora de aquel sagrado aniversario; una gran parte de Madrid acudió al *Campo de la Lealtad* á oir la misa celebrada en el altar improvisado, que sostenía la urna con los restos de las heróicas víctimas, en tanto que otra se dirigió al Parque de Monteleón, de donde debía salir la fúnebre comitiva triunfal.

Oigamos á un testigo presencial:

«Precedida de banderas, palmas y trofeos militares y de armoniosas músicas, que henchían el aire con marchas fúnebres y coros patrióticos y marciales, arrastrada por ocho caballos lujosamente enlutados y empenachados, marchaba la triunfal carroza, que soportaba los restos de Daoiz y Velarde. Ocho oficiales de igual ó superior graduación sostenían los cordones que pendían de las urnas, y el cuerpo de artillería entero, con sus numerosas baterías de cañones, formaba el cortejo de sus dos ilustres capitanes.

Dirigióse la marcial comitiva por la calle Ancha de San Bernardo y bajada de Santo Domingo al nuevo Palacio de las Cortes, donde esperaban todos los diputados para incorporarse á ella; después, y al frente de las Casas Consistoriales, las autoridades, el Ayuntamiento con sus maceros, y los parientes de las víctimas, entonces muy numerosos; y en estos términos se encaminó la fúnebre comitiva al Prado y *Campo de la Lealtad*.

Allí, y después de las preces religiosas entonadas por el clero delante del santo altar, incorporóse á ella otro carro asaz modesto, llevando la urna que contenía los restos de los madrileños sacrificados en aquel sitio, con lo que, y completa ya la magnífica procesión, empezó á desfilar por la Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calle de Carretas y de Atocha, á la de Toledo, hasta la iglesia de San Isidro. En ella, en fin, y colocadas las tres urnas en un suntuoso catafalco, iluminado con cien blandones, celebráronse las solemnes honras y oración fúnebre, concluyendo tan solemnísimo acto á las cinco de la tarde, con las descargas de fusilería y el incesante estampido del cañón.»

La fúnebre ceremonia sólo tuvo un lunar: la mezquindad de la urna que contenía los restos de los heróicos paisanos muertos aquel día, que formaba doloroso contraste con la soberbia carroza que encerraba las cenizas de Daoiz y Velarde. Todos los periódicos lamentaron con sentidas frases el suceso, y dirigieron al Ayuntamiento de Madrid las más enérgicas censuras por su incuria, su abandono y su miseria.

La conmemoración de aquel memorable día, por la manera solemne y grandiosa en que fué realizado, dejó memoria eterna en cuantos lo presenciaron, sin excepción de liberales ni serviles, de pobres ni ricos, de nobles ni plebeyos, pues allí se vieron confundidos al *Empecinado*, á Castaños, á Villacampa, á Ballesteros, á Argüelles, á Muñoz Torrero, á Calatrava y á Martínez de la Rosa, con Eguía, Ostolaza, Inguanzo, Mozo de Rosales, Tenreyro y obispo de Urgel.

El himno patriótico que los coros entonaron aquel día fué escrito por el presbítero

© Biblioteca Nacional de España

liberal y notable poeta, D. Antonio Sabiñón, autor de la tragedia *Numancia*, cuyas principales estrofas vamos á copiar:

«*Renovando la augusta memoria*
De aquel día de luto y de espanto,
Hoy sucedan al fúnebre llanto
Ledos himnos de grato placer;
Y laureles de eterna victoria
Den honor á las víctimas fuertes,
Que muriendo con ínclitas muertes,
Libre á España lograron hacer.

I

Aún resuena confuso al oído
El crujir de las armas feroces,
Aún se miran los hechos atroces
Con que al pueblo el tirano irritó;
Y se escucha el fatal alarido,
Y del bronce el estrépito hueco;
Pero á par zumba plácido el eco
Que *¡venganza!* implacable gritó.
Renovando, etc.

II

A las armas el pueblo sañudo
Corrió presto, y lidiando valiente,
De la pérfida y bárbara gente
La insolencia llegó á castigar;
Mas traición quebrantóle su escudo,
Y á traición ¡ay! cien héroes murieron,
Que animosos é intrépidos dieron
Por la patria el postrer alentar.
Renovando, etc.

III

Y empezamos la lucha gloriosa
Que abatió á los esclavos guerreros,
Y entretanto seis giros enteros
Nuestro globo dió en torno del sol.
Y vencimos la gente orgullosa,
Y cayó de su trono el tirano,
Y á la Europa arrancó el yugo insano
La energía del brazo español.
Renovando, etc.

IV

Y la sangre que un tiempo vertieron
Esos hoy esqueletos callados,
Cada gota un millar de soldados,
Cada herida produjo un laurel.
Vedlos ahí los primeros que dieron
Nudo el pecho á la bala homicida,
Y supieron sellar con su vida
Odio al déspota, amor á su Rey.
Renovando, etc.

V

Clave en ellos el trémulo anciano,
Clave en ellos el joven la vista,
Y su pecho en valor se revista,
Y apelliden doquier *¡Libertad!*
¡Libertad! ¡Libertad! que no en vano
Tanta sangre nos cuesta gozarla;
¡Libertad! que jamás derrocarla
Será dado á la inícua maldad.
Renovando, etc.

VI

Esos restos de tanto valiente
Que recibe la gloria en su templo,
Sean siempre dignísimo ejemplo
De valor é indomable tesón.
Si otra vez un tirano insolente
Los derechos de España derrumba,
Se alzarán de la cóncava tumba
Por vengar otra vez la nación.
Renovando, etc.»

¡Quién dijera á Argüelles, á Martínez de la Rosa, á Muñoz Torrero, asistentes á la fúnebre ceremonia, y á Sabiñón, autor del himno que hemos transcrito, que casi en aquellos mismos instantes en que ellos conmemoraban aquella sagrada fecha, el rey Fernando VII, el *Deseado*, firmaba en Valencia un documento que había de ser la negación de todo lo ocurrido en España desde su salida, y que contra ellos se aprestaba á disparar los rayos del omnímodo y tiránico poder de que se había revestido!

En el teatro de la Cruz se ejecutó aquella noche una manifestación análoga á los funerales celebrados por el cuerpo de artillería, en elogio de los inmortales héroes Daoiz y Velarde y demás defensores patriotas, seguida de un himno con estrofas alusivo al memorable día 2 de Mayo, composición de D. Juan Bautista Arriaza.

Durante el día los ciegos no dejaron de vender el papelito intitulado *Los héroes del 2 de Mayo sacrificados por Bonaparte*, que el pueblo les arrebataba de las manos.

Todos nuestros amigos asistieron á la procesión cívica.

Casi todos, como recordará el lector, habían tomado parte más ó menos directa en las hazañas de aquel memorable día.

© Biblioteca Nacional de España

La condesita había estado en la plaza de Palacio y en la Puerta del Sol; Paca la *Morena* á las puertas de Palacio y batiéndose en las Gradas de San Felipe, donde vió morir al paje; D. Juan Antonio Miranda, don Miguel de Pas y el criado Nicolás, en el puente de Toledo; D. Luis Peñaranda y don Valero Borja, en la calle Mayor; el Abate, el *Zurdo*, Bergamota (el peluquero), el gallofo, el carbonero, el lacayo, el mozo y el maulero, en la Puerta del Sol y en el Parque de Monteleón con Daoiz y Velarde. ¡Hasta el marqués, á pesar de sus años, se había lanzado de su palacio á la calle, cuando oyó



PACA LA MORENA

el grito de la Paca, resuelto á defenderla, cayendo herido bajo los sables de los imperiales, de los que le salvó el doctor!

¡Faltaban algunos de aquellos héroes!

El paje, aquel niño que tan bravamente se batió en las Gradas de San Felipe, donde cayó para no levantarse más; el carbonero, que sucumbió en la Puerta del Sol, después de matar á un oficial, á quien por su vistoso plumero tomó por Murat; el *gallofo*, que perdió la vida como un bravo en Monteleón; el Sr. Echarri, tan inhumanamente fusilado en Navarra por defender á sus compatriotas, y el mozo de compra y el maulero muer-

© Biblioteca Nacional de España

tos en los campos de Torrejón cuando formaban parte de la guerrilla del *Zurdo*.

Todos lucían aquel día sus mejores galas; la familia Miranda vestía de rigoroso luto por la muerte de su hermana doña Teresa; la condesita, el marqués, D. Luis, D. Valero Borja y el Abate, de fiesta, como igualmente Pedro Fernández, el peluquero y el lacayo. Pero la que verdaderamente llamaba la atención con su vestido de gala era Paca la *Morena*, que llevaba un traje de manola de todo lujo, pues el bodegón, por efecto de la marcha de los franceses de la capital, de la venida de las tropas españolas, del renombre que el *Zurdo*, su marido, se había conquistado como guerrillero, y de la noble conducta de ella con un patriota como el Abate, estaba siempre lleno de gentes de todas clases, deseosos de conocer á aquel matrimonio modelo de generosidad y patriotismo.

Temores de las Cortes.—El conde de Montijo y el general Eguía.

Algo llegaron á traslucir los diputados liberales de lo que tramaban los realistas y la camarilla de Fernando, y en la sesión del 6 de Mayo, su más elocuente orador, D. Francisco Martínez de la Rosa, propuso que todo diputado que presentase alguna adición ó reforma á la Constitución de 1812 antes de los dos años prescritos para su modificación fuese condenado á muerte.

Admitieron los liberales la proposición de Martínez de la Rosa, pero sin llegar á votarla, dudosos de la actitud del rey, á quien escribieron dos cartas manifestándole que deseaban verle en la capital y los peligros á que podía dar lugar su tardanza.

El 5 de Mayo salió el rey de Valencia custodiado por una división que mandaba el general Elío, y cuyos soldados iban destruyendo á su paso en todos los pueblos con las puntas de las bayonetas las lápidas de la Constitución que, á propuesta de Capmany, ordenaron las Cortes de Cádiz que se colocaran en las plazas principales de todas las poblaciones.

¿Podía caber alguna duda sobre las intenciones de Fernando?

Los diputados enviaron nuevos mensajeros al monarca, y aunque iban presididos por el realista obispo de Urgel, Fernando no quiso recibirlos y los envió á Aranjuez.

Además del conde de Montijo, contaba Fernando en Madrid con el general Eguía, encargado de representar un papel tan cruel como sanguinario.

El conde de Montijo, el autor del motín de Aranjuez, muy popular entre la manolería, recorría desde un mes antes los barrios bajos y los altos, estrechaba la mano á *chisperos* y *curtidores*, visitaba á los caleseros y chalanes del puente de Toledo, á los matarifes del matadero, á los vendedores de la plaza de la Cebada y de la plaza Mayor; ponía en movimiento á los lacayos, cocheros y palafreneros de los grandes, los repartía dinero, que tenía doble valor en aquella época de miseria y falta de trabajo; recordaba á la manolería que ésta sólo había prosperado á la sombra de los reyes absolutos, y tronaba contra los liberales que querían privar al rey de sus derechos y proclamar la República, que sería la ruina de España; en una palabra, como hombre ducho en estas intrigas, iba hacinando materiales para la hoguera.

¡Quién, sin espanto, se atrevería á recordar que había jurado la misma Constitución que iba á destruir, y sido jefe del *Empecinado!*

El general D. Francisco Eguía, entrado en Madrid algunos días antes, fué el designado para ejecutar los *siniestros planes del rey*.

Era Eguía uno de tantos generales rutinarios é ignorantes de aquella época.

Amaba tanto lo antiguo, que usaba todavía el pelo recogido y atado por detrás como en la época de Carlos III, lo cual le había valido el mote de *Coletilla*.

Como todo ignorante, era fanático, y adoraba la Inquisición, que consideraba como la gloria de España y punto de honra volver á establecerla.

Había tomado parte en la guerra de la Independencia y reemplazado al general Cuesta en el mando del ejército de Castilla; pero á consecuencia de la desastrosa retirada que verificó en Daimiel fué destituído por la Junta Central en 1809.

© Biblioteca Nacional de España

Eguía tenía un carácter tan cruel, *que más parecía una fiera que un hombre.*

Con semejantes antecedentes bien puede decirse que la elección que de él hizo Fernando para llevar á cabo los actos horrorosos que preparaba no pudo ser más acertada.

¡Montijo y Eguía! ¡Terrible pareja!

Prisión de los liberales.—El Manifiesto de Fernando.

Apenas llegado á Madrid el general Eguía recibió el día 9 de Mayo una comunicación de D. Pedro Macanaz, con la lista de todas las personas á quienes debía prender, y un oficio para D. Francisco de Leiva, que debía ser su ayudante en aquel terrible drama.

Hé aquí la terrible lista de los liberales que debían ser presos:

«D. Bartolomé José Gallardo, calle del Príncipe.

D. Manuel Quintana.

D. Agustín Argüelles, calle de la Reina.

Conde de Toreno (dicen que marchó).

D. Isidoro Antillón (marchó, según dicen, á Aragón).

Conde de Noblejas y hermano.

D. José María Calatrava.

D. Juan Corradi.

D. Juan Nicasio Gallego (dicen que marchó á Murcia).

D. Nicolás García Page, calle de Hita, núm. 5, cuarto principal.

El canónigo D. Manuel López Cepero, calle de San José, casa de la imprenta.

D. Francisco Martínez de la Rosa, idem.

D. Antonio Larrazabal, calle de Jacometrezo, casa de Villadarias.

D. José Miguel Ramos Arispe.

D. Tomás Instúriz, calle de Alcalá, frente á las Calatravas, desde el esquinazo de la calle de Cedaceros hacia el Prado, segundo portal.

D. Ramón Feliú.

El canónigo D. Joaquín L. Villanueva.

El clérigo D. Antonio Oliveros.

El canónigo D. Diego Muñoz Torrero.

D. Antonio Cano Manuel, calle de Alcalá, junto á las Calatravas.

D. Manuel García Herreros, plaza del Celenque, en la imprenta.

D. Juan Alvarez Guerra.

D. Juan O'Donojú.

D. José Canga Argüelles, calle del Príncipe, casa de San Ignacio.

D. Miguel Antonio Zumalacárregui.

D. José María Gutiérrez de Terán.

Isidoro Maíquez y Bernardo Gil, cómicos.

El Conciso.

El Redactor General, E. Beltrán y su hermano.

D. Dionisio Capaz.

D. Antonio Cuartero.

D. Santiago Aldama.

D. Manuel Pereira.

D. José Zorraquín, calle Mayor, frente á la fábrica de Talavera.

D. Joaquín Díaz Caneja.

Pablo Ramirez (El Cojo de Málaga).»

El cardenal de Borbón recibió orden de retirarse á su diócesis de Toledo, y el ministro de Estado D. José Luyando fué desterrado á Cartagena; por eso no aparecen en la lista.

Eguía llamó á los jefes de la guarnición, les manifestó que había sido nombrado por el rey en reemplazo de Villacampa, y para quitarles toda esperanza de resistir les advirtió que cerca de Madrid contaba con numerosas fuerzas, que por lo tanto eligieran entre hacerse meritorios á los ojos del rey ayudándole en su tarea, ó perecer por traidores y por ilusos.

La respuesta no podía ser dudosa.

Despidiólos con orden de marchar á sus cuarteles y estar dispuestos al primer aviso.

Pocas horas antes había mostrado á Villacampa la orden del rey relevándole de la capitanía general de Madrid y nombrándole á él, y el noble D. Pedro, luégo de resignar el mando, se retiró á su casa y se disponía á acostarse cuando fué sorprendido por la policía, y aunque al principio pensó en resistir, considerando que era inútil, se resignó con su suerte dejándose prender.

Eguía, seguido de sus ayudantes y de algunos oficiales, pasó á visitar al presidente de las Cortes, que todos suponen de acuerdo con Fernando, y al que la traición á sus compañeros valió el obispado de Puebla de los Angeles, y le participó que de orden del rey quedaban disueltas las Cortes, noticia

© Biblioteca Nacional de España

que recibió con mucha alegría, contestándole con el siguiente oficio:

«Excmo. Sr.: Antes de las tres de esta mañana ha puesto en mis manos el auditor de guerra D. Vicente María de Patiño, el oficio que V. E. se ha servido pasarme, como á presidente de las Cortes, con el Real decreto de 4 del corriente, por el que S. M. el señor rey D. Fernando VII, nuestro soberano (q. D. g.), se ha servido disolver las Cortes y mandar lo demás que en el mismo decreto se previene.—En su puntual y debido cumplimiento, no solamente me abstendré de reunir en adelante las Cortes, sino que doy por fenecidas desde este momento, así mis funciones de presidente como mi calidad de diputado de un Congreso que ya no existe.—Con la anticipación que me ha sido posible, tengo distribuídos á los secretarios los cuatro ejemplares del mencionado decreto, que con aquel fin se sirvió V. E. acompañarme; y habiendo significado al auditor comisionado mi pronta disposición á auxiliarle, sin reserva de personalidad, de hora, ni de trabajo, tengo el honor de ratificarla á V. E. para cuanto sea de su mayor agrado.

Dios guarde, etc.»

Si el presidente obraba de este modo, varios diputados, por no ser menos, se ofrecieron á sorprender y arrestar á sus compañeros. ¡Oh baldón!

La tropa se apoderó del Congreso, el archivo fué cerrado y sellado y comenzó aquella infame cacería, aumentada la lista anterior con otros varios nombres.

Los regentes D. Gabriel Císcar y D. Pedro Agar, que habitaban en las habitaciones bajas del palacio, fueron arrancados del seno de sus familias.

Los ministros Alvarez Guerra y García Herreros, cogidos en sus despachos.

Argüelles, Villanueva, Cepero, Ramos Arispe, Oliveros, Calatrava, Terán, Zumalacárregui y Calatraz y otros varios aprisionados en sus lechos.

Los diputados D. Nicolás García Page y D. José Zorraquín, que no se encontraban en su casa, se presentaron en la cárcel, y lo propio hicieron el gran poeta Quintana, el eminente actor Isidoro Maíquez, el conde de Noblejas y su hermano el general.

¡Compárese la conducta de los realistas con la de los liberales!

¡Qué noche la del 11 de Mayo de 1814!

Por las calles patrullas de soldados, rondas de alguaciles, grupos de serenos asaltando las casas de los liberales y ejecutando aquellas injustísimas prisiones.

Eguía supo bien pronto que sus órdenes estaban cumplidas, y, según es fama, obsequió á sus agentes con una espléndida cena en que se brindó por el rey absoluto, se escarneció la Constitución y se maldijo á los liberales.

A la madrugada salieron exhortos á varias provincias con orden de prender á los individuos que se suponía fuera de Madrid, conforme á la lista que antes copiamos, á fin de que ninguno lograra escapar á la proscripción y á la muerte.

Pocas horas después aparecía en todas las esquinas el siguiente documento que vamos á copiar íntegro por su grandísima importancia:

«Desde que la Divina Providencia, por medio de la renuncia de mi augusto padre, me puso en el trono de mis mayores, del cual me tenía ya jurado sucesor el reino por sus procuradores juntos en Cortes, según fuero y costumbre de la nación española usados de largo tiempo; y desde aquel fausto día en que entré en la capital en medio de las más sinceras demostraciones de amor y lealtad con que el pueblo de Madrid salió á recibirme, imponiendo esta manifestación de su amor á mi real persona á las huestes francesas que, con achaque de amistad, se habían adelantado apresuradamente hasta ella, siendo un presagio de lo que un día ejecutaría este heróico pueblo por su rey y por su honor, y dando el ejemplo que noblemente siguieron todos los demás del reino; desde aquel día, pues, puse en mi real ánimo, para responder á tan leales sentimientos, y satisfacer á las grandes obligaciones en que está un rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones, y á reparar los males á que pudo dar ocasión la perniciosa influencia de un valido durante el reinado anterior.

Mis primeras manifestaciones se dirigie-

© Biblioteca Nacional de España

ron á la restitución de varios magistrados, y de otras personas á quienes arbitrariamente se había separado de sus destinos; pero la dura situación de las cosas, y la perfidia de Bonaparte, de cuyos crueles afectos quise, pasando á Bayona, preservar á mis pueblos, apenas me dieron lugar á más.

Reunida allí la real familia, se cometió en toda ella, y señaladamente en mi persona, un tan atroz atentado, que la historia de las naciones cultas no presenta otro igual, así por sus circunstancias como por la serie de sucesos que allá pasaron; y violado en lo más alto el sagrado derecho de gentes, fuí privado de mi libertad y de hecho del gobierno de mis reinos, y trasladado á un palacio con mis muy caros hermano y tío, sirviéndonos de decorosa prisión casi por espacio de seis años aquella estancia.

En medio de estas aflicciones siempre estuvo presente á mi memoria el amor y lealtad de mis pueblos, y en gran parte de ella la consideración de los infinitos males á que quedaban expuestos: rodeados de enemigos, casi desprovistos de todo para poder resistirles, sin rey y sin Gobierno de antemano establecido, que pudiese poner en movimiento y reunir á su vez las fuerzas de la nación y dirigir su impulso y aprovechar los recursos del Estado para combatir las considerables fuerzas que simultaneamente invadieron la Península, y estaban ya pérfidamente apoderadas de sus principales plazas.

En tan lastimoso estado expedí, en la forma que rodeado de la fuerza lo pude hacer, como el único remedio que quedaba, el decreto de 5 de Mayo de 1808, dirigido al Consejo de Castilla, y en su defecto, á cualquiera Chancillería ó Audiencia que se hallase en libertad, para que se convocasen las Cortes, las cuales únicamente se habrían de ocupar por el pronto en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino, quedando permanentes para lo demás que pudiese ocurrir; pero este mi real decreto, por desgracia no fué conocido entonces, y aunque después lo fué, las provincias proveyeron luégo que llegó á todos la noticia de la cruel escena provocada en Madrid por el jefe de las tropas francesas, en el memorable 2 de Mayo, y á su gobierno por medio de las Juntas que crearon.

Acaeció en esto la gloriosa batalla de Bailén; los franceses huyeron hasta Vitoria, y todas las provincias y la capital me aclamaron luégo rey de Castilla y de León, en la forma en que lo han sido mis augustos predecesores; hecho reciente de que las medallas acuñadas por todas partes dan verdadero testimonio, y que han confirmado los pueblos por donde pasé á mi vuelta de Francia con la efusión de sus vivas, que conmovieron la sensibilidad de mi corazón, á donde se grabaron para no borrarse jamás.

De los diputados que nombraron las Juntas se formó la Central, quien ejerció en mi real nombre todo el poder de la soberanía desde Setiembre de 1808 hasta Enero de 1810, en cuyo mes se estableció el primer Consejo de Regencia, donde se continuó el ejercicio de aquel poder hasta el día 24 de Setiembre del mismo año, en el cual fueron instaladas en la isla de León las Cortes, llamadas Generales y Extraordinarias, concurriendo al acto del juramento, en que prometieron conservarme todos mis dominios, como á su soberano, 104 diputados, á saber: 57 propietarios y 47 suplentes, como consta del acta que certificó el Secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, D. Nicolás María de Sierra.

Pero á estas Cortes, convocadas de un modo jamás usado en España, aun en los casos más árduos y en los tiempos más turbulentos de minoridad de reyes, en que ha solido ser más numeroso el concurso de procuradores que en las Cortes comunes y ordinarias, no fueron llamados los estados de la nobleza y el clero, aunque la Junta Central lo había mandado, habiéndose ocultado con arte al Consejo de Regencia este decreto, y también que la Junta le había asignado la presidencia de las Cortes, prerrogativa de la soberanía que no habría dejado la Regencia al arbitrio del Congreso si de él hubiese tenido noticia.

Con esto quedó á disposición de las Cortes, las cuales en el mismo día de su instalación y por principio de sus actos me despojaron de la soberanía poco antes reconocida por los

© Biblioteca Nacional de España

mismos diputados, atribuyéndola nominalmente á la nación para apropiársela á sí ellos mismos, y dar á ésta después sobre tal usurpación las leyes que quisieron, imponiéndole el yugo de que forzosamente las recibiese en una nueva Constitución, que sin poder de provincia, pueblo ni Junta, y sin noticia de las que se decían representadas por los suplentes de España é Indias, establecieron los diputados, y ellos mismos sancionaron y publicaron en 1812.

Este primer atentado contra las prerrogativas del trono, abusando del nombre de la nación, fué como la base de los muchos que á éste siguieron; y á pesar de la repugnancia de muchos diputados, tal vez del mayor número, fueron adoptados y elevados á leyes, que llamaron fundamentales, por medio de la gritería, amenazas y violencias de los que asistían á las galerías de las Cortes, con que se imponía y aterraba, y á lo que era verdaderamente obra de una facción, se le revestía del especioso colorido de voluntad general, y por tal se hizo pasar la de unos pocos sediciosos que en Cádiz y después en Madrid, ocasionaron á los buenos cuidados y pesadumbres.

Estos hechos son tan notorios, que apenas hay uno que los ignore, y los mismos *Diarios de las Cortes* dan harto testimonio de todos ellos.

Un modo de hacer leyes tan ageno de la nación española, dió lugar á la alteración de las buenas leyes con que en otro tiempo fué respetada y feliz.

A la verdad, casi toda la forma de la antigua Constitución de la monarquía se innovó, y copiando los principios revolucionarios y democráticos de la Constitución francesa de 1791, y faltando á lo mismo que se anuncia al principio de la que se formó en Cádiz, se sancionaron no leyes fundamentales de una monarquía moderada, sino las de un Gobierno popular, con un jefe ó magistrado mero ejecutor delegado, que un rey, aunque allí se le dé este nombre para alucinar y seducir á los incautos y á la nación.

Con la misma falta de libertad se firmó y juró esta nueva Constitución, y es conocido de todos no sólo lo que pasó con el respetable obispo de Orense, pero también la pena con que á los que no la firmasen se amenazó.

Para preparar los ánimos á recibir tamañas novedades, especialmente las relativas á mi real persona y prerrogativas del trono, se procuró por medio de los papeles públicos, en algunos de los cuales escribían diputados á Cortes, y abusando de la libertad de imprenta establecida por éstas, hacer odioso el poderío real, dando á todos los derechos de la majestad el nombre de despotismo, haciendo sinónimos los de rey y déspota, y llamando tiranos á los reyes, al mismo tiempo que se perseguía cruelmente á cualquiera que tuviese la firmeza para contradecir, ó siquiera discutir de este modo de pensar revolucionario y sedicioso, y en todo se afectó el democratismo, quitando del ejército y armada y de todos los establecimientos que de largo tiempo habían llevado el título de reales este nombre y sustituyendo el de nacionales, con que se lisonjeaba al pueblo, quien, á pesar de tan perversas artes conservó por su natural lealtad, los buenos sentimientos que siempre formaron parte de su carácter.

De todo esto luégo que entré dichosamente en el reino fuí adquiriendo fiel noticia y conocimiento, parte por mis propias observaciones, parte por los papeles públicos, donde hasta estos días con imprudencia se derramaron especies tan groseras é infames acerca de mi venida y mi carácter, que aun respecto de cualquier otro serían muy graves ofensas, dignas de severa demostración y castigo. Tan inesperados hechos llenaron de amargura mi corazón, y sólo fueron parte para templarla las demostraciones de amor de todos los que esperaban mi venida para que con mi presencia pusiera fin á estos males, y á la opresión en que estaban los que conservaron en su ánimo la memoria de mi persona, y suspiraban por la verdadera felicidad de la patria. Yo aspiro y prometo á vosotros, verdaderos españoles, al mismo tiempo que me compadezco de los males que habéis sufrido, que no quedaréis defraudados en vuestras nobles esperanzas. Vuestro soberano quiere serlo para vosotros, y en esto coloca su gloria, en serlo de una nación heróica, que con hechos inmortales

© Biblioteca Nacional de España

se ha grangeado la admiración de todas y conservado su libertad y su honra.

Aborrezco y detesto el despotismo: ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni sus buenas leyes y constituciones lo han autorizado, aunque por desgracia de tiempo en tiempo se hayan visto, como por todas partes y en todo lo que es humano, abusos que ninguna constitución posible podrá precaver del todo; ni fueron vicios de la que tenía la nación sino de personas y efectos de tristes, pero muy rara vez vistas circunstancias, que dieron lugar y ocasión á ello.

Todavía para precaverlos cuanto sea dado á la previsión humana, á saber, conservando el decoro de la dignidad real y sus derechos, pues los tiene de suyo, y los que pertenecen á los pueblos, que son igualmente insolubles, yo trataré con sus procuradores de España y de las Indias, y en Cortes legítimamente congregadas, compuestas de unos y otros, lo más pronto que restablecido el orden y los buenos usos en que ha vivido la nación, y en su acuerdo han establecido los reyes, mis augustos predecesores, las pudiere juntar, se establecerá sólida y legítimamente cuanto convenga al bien de mis reinos, para que mis vasallos vivan prósperos y felices en una religión y un imperio estrechamente unidos en indisoluble lazo; en lo cual, y en sólo esto consiste la felicidad temporal de un rey y un reino, que tienen por excelencia el título de católicos; y desde luego se pondrá mano en preparar y arreglar lo que parezca mejor para la reunión de estas Cortes, donde espero queden afianzadas las bases de la prosperidad de mis súbditos que habitan uno y otro hemisferio.

La libertad y seguridad individual y real quedarán firmemente aseguradas por medio de las leyes que, afianzando la pública tranquilidad y el orden, dejen á todos la saludable libertad, en cuyo goce imperturbable, que distingue á un gobierno moderado de un gobierno arbitrario y despótico, deben vivir los ciudadanos que están sujetos á él. De esta justa libertad gozarán también todos para comunicar por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos, dentro, á saber, de aquellos límites que la sana razón soberana é independiente prescribe á todos para que no degenere en licencia; pues el respeto que se debe á la religión y al Gobierno, y el que los hombres mútuamente deben guardarse entre sí, en ningún gobierno culto se puede razonablemente permitir que impunemente se atropelle y quebrante. Cesará también toda sospecha de disipación de las rentas del Estado, separando la Tesorería de lo que se asignase para los gastos que exijan el decoro de mi real persona y familia, y el de la nación á quien tengo la gloria de mandar, de la de las rentas que con acuerdo del reino se impongan y asignen para la conservación del Estado en todos los ramos de la administración. Y las leyes que en lo sucesivo hayan de servir de norma para las acciones de mis súbditos serán establecidas con acuerdo de las Cortes. Por manera que estas bases puedan servir de seguro anuncio de mis reales intenciones en el Gobierno de que me voy á encargar, y harán conocer á todos, no un déspota ni un tirano, sino un rey y un padre de sus vasallos.

Por tanto, habiendo oído lo que unánimemente me han informado personas respetables por su celo y conocimientos, y lo que acerca de cuanto aquí se me ha expuesto en representaciones que de varias partes del reino se me han dirigido, en las cuales se expresa la repugnancia y disgusto con que así la Constitución formada por las Cortes generales y extraordinarias, como los demás establecimientos políticos de nuevo introducidos son mirados en las provincias, y los perjuicios y males que han venido de ellos, y se aumentarían si Yo autorizase con mi consentimiento, y jurase aquella Constitución; conformándome con tan decididas y generales demostraciones de la voluntad de mis pueblos, y por ser ellas justas y fundadas, declaro que mi real ánimo es no solamente no jurar ni acceder á dicha Constitución, ni á decreto alguno de las Cortes generales y extraordinarias, y de las ordinarias actualmente abiertas, á saber, los que sean depresivos de los derechos y prerrogativas de mi soberanía, establecidos por la Constitución y las leyes con que de largo tiempo la nación ha vivido, sino el declarar aquella Constitución y tales decretos nulos

© Biblioteca Nacional de España

y sin ningún valor ni efecto ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de enmedio del tiempo, y sin obligación, en mis pueblos y súbditos, de cualquiera clase y condición, á cumplirlos y guardarlos.

Y como el que quisiere sostenerla, y contradijese esta mi real declaración, tomada en dicho acuerdo y voluntad, atentaría contra las prerrogativas de mi soberanía y la felicidad de la nación, y causaría turbación y desasosiego en mis reinos, declaro reo de lesa majestad á quien tal osase ó intentare y que como á tal se le imponga pena de la vida, ora lo ejecute de hecho, ora por escrito ó de palabra, moviendo ó incitando, ó de cualquier modo exhortando y persuadiendo á que se guarden y observen dicha Constitución y decretos.

Y para que entretanto que se restablece el orden, y lo que antes de las novedades introducidas se observaba en el reino acerca de lo cual sin pérdida de tiempo se irá proveyendo lo que convenga, no se interrumpa la administración de justicia, es mi voluntad que entretanto continúen las justicias ordinarias de los pueblos que se hallen establecidas, los jueces de letras á donde los hubiere, y las audiencias, intendentes y demás tribunales de justicia, en la administración de ella; y en lo político y gubernativo los ayuntamientos de los pueblos, según de presente están, y entretanto que se establece lo que convenga guardarse, hasta que, oídas las Cortes que llamaré, se asiente el orden estable de esta parte del Gobierno del reino.

Y desde el día en que este mi decreto se publique, y fuere comunicado al presidente que á la sazón lo sea de las Cortes que actualmente se hallan abiertas, cesarán éstas en sus sesiones; y sus actas y las de las anteriores, y cuantos expedientes hubiere en su archivo y secretaría, ó en poder de cualesquiera individuos, se recojan por la persona encargada de la ejecución de este mi real decreto, y se depositen por ahora en la Casa de Ayuntamiento de la villa de Madrid, cerrando y sellando la pieza donde se coloquen; los libros de su biblioteca se pasarán á la real, y á cualquiera que trate de impedir la ejecución de esta parte de mi real decreto, de cualquier modo que lo haga, igualmente lo declaro reo de lesa majestad, y que como á tal se le imponga pena de la vida.

Y desde aquel día cesará en todos los juzgados del reino el procedimiento de cualquier causa que se halle pendiente por infracción de la Constitución; y los que por tales causas se hallaren presos, ó arrestados, no habiendo otro motivo justo, según las leyes, sean inmediatamente puestos en libertad, que así es mi voluntad, por exigirlo todo así el bien y la felicidad de la nación. —Dado en Valencia á 4 de Mayo de 1814. —Yo EL REY.—Como secretario del rey con ejercicio de decretos y habilitado especialmente para éste, *Pedro de Macanaz.*»

El ánimo vacila y la pluma se resiste al pensar los tristes sucesos que aún debemos relatar, y de buen grado habríamos saltado por ellos si el historiador no tuviera sagrados deberes que cumplir, que le obligan á reseñar por igual los sucesos prósperos ó adversos, las escenas que le halagan ó que le repugnan, los acontecimientos que le llenan de júbilo ó le causan dolor.

Cumpliremos nuestro deber, procurando reseñar imparcialmente los sucesos, como lo hemos venido cumpliendo hasta aquí, aunque el dolor embargue nuestro pecho y nuestro corazón se apene al contemplar y describir el tristísimo drama que se representó en España durante algunos meses y que pondrá fin á nuestro libro.

Bien habríamos querido nosotros darlo por concluído en el presente cuaderno, pero la necesidad de incluir algunos nuevos datos que hemos recibido sobre los héroes de nuestra obra, nos obligan á emplear otro, el próximo, que será el último, y con el cual daremos por terminada la presente historia.

© Biblioteca Nacional de España

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

LOS GUERRILLEROS DE 1808

HISTORIA POPULAR

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

CUADERNO XI

EL OCASO DE LA LIBERTAD

MADRID
IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, número 1
—
1888

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

© Biblioteca Nacional de España

EL OCASO DE LA LIBERTAD

Juicio y opiniones sobre el Manifiesto de Fernando.

La falta de espacio nos impidió en el cuaderno anterior comentar el Manifiesto de Fernando, documento tan largo como insulso, tan pesado como ininteligible, cuyos amazacotados párrafos, que parece que no van á concluir nunca, no encierran nada útil ni bueno. Se ve á las claras que es un escrito premioso, un empedrado de palabras, en que se ha pretendido, á fuerza de amontonar frases, ocultar las intenciones, pero de una manera tan poco hábil, que éstas aparecen de un modo indudable.

Aunque muy ligeramente, pues discutirlo todo sería tarea larga y enojosa, vamos á ocuparnos de este extraño documento, y á rebatir algunas de las falsas ideas que en él se asientan, de los infundados cargos que dirige á los liberales y de las promesas mentidas que se hacen.

Trataremos de demostrarlo.

Si su ceguedad, ó la de sus amigos, ó tal vez el deseo de vengarse de su padre, á quien acababa de destronar con el motín de Aranjuez, habían llevado á Fernando hasta Bayona, ansioso de ganar el apoyo de Napoleón, su honor de príncipe le vedaba firmar en su favor la renuncia del trono, y su honra de español le impedía felicitarle por los triunfos que sus soldados obtenían sobre los heróicos hijos de esta noble tierra.

Si á las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz no fueron llamadas las clases de la nobleza y el clero, como tales, esto no impidió que de ellas formaran parte más de veinte nobles y más de ochenta clérigos (obispos, canónigos, racioneros y presbíteros), más de la mitad de los diputados.

Que la Soberanía reside en la nación y no en el rey, sobrado lo demostramos al tratar este punto en las Cortes de Cádiz, y ahora nos limitamos á preguntar: ¿Son los reyes los que hacen las naciones ó son las naciones las que hacen los reyes? ¿Son los reyes los que cambian de pueblos, ó son los pueblos los que cambian de reyes, sustituyendo unas familias á otras y trocando esta dinastía por aquella?

Repasemos la historia.

Heredó España de Roma el régimen municipal.

Los godos la trajeron sus juntas nacionales llamadas concilios, en las que los obispos, elegidos por el pueblo y que eran sus verdaderos representantes, trataban de los negocios eclesiásticos, de las cuestiones políticas, de atajar la potestad real en sus demasías, de la paz y la guerra.

La monarquía goda fué electiva bajo la formula *Rex eris, si recta facias; si non facias, non eris,* que los aragoneses tradujeron por su célebre *si non, non.*

Más tarde los concilios se truecan en Cortes, y el pueblo toma asiento junto al clero y la nobleza y gobierna más directamen-

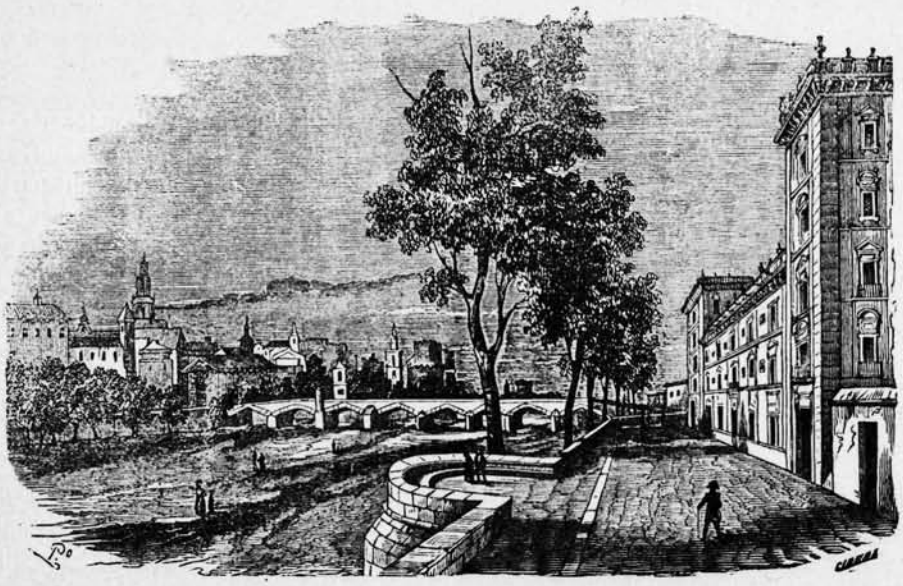
© Biblioteca Nacional de España

te: en 1169 Alfonso VIII llama á las Cortes de Burgos á los *ciudadanos y á todos los ayuntamientos de Castilla;* Fernando II en 1188 á las Cortes de Carrión á *todos los concejos de Castilla*, y Alfonso IX en 1202 y 1208 á las de Benavente y León á *todos los pueblos del reino.*

Las familias forman los ayuntamientos, institución poderosa de la que se excluye al clero y á la nobleza que no tenían la menor intervención en las elecciones.

Los diputados ó procuradores se elegían libremente por los pueblos, sin que el rey, sus ministros ó persona de influjo *se asomase á las elecciones*, y eran inviolables, gozando de altas preeminencias, pero sujetos al *mandato* de sus electores y sabiendo imponerse al rey. Vinatea, el Justicia Mayor de Aragón, hizo temblar al rey al advertirle que haría sentenciar y morir afrentosamente á sus validos si desacataban las leyes; y las Cortes de Ocaña dijeron á Enrique IV que, según las leyes, un rey no podía establecer una empresa de alguna entidad sino á sabiendas y por consejo de los diputados de las ciudades y concejos.

En toda esta reseña histórica se ve la soberanía absoluta de la nación representada por



VISTA DE VALENCIA

sus elegidos los obispos en los concilios, ó por sus procuradores en las Cortes, siendo ella el señor y el rey el vasallo.

Lejos de sentir repugnancia á esta declaración *muchos diputados*, *casi el mayor número*—como dice el Manifiesto,—este principio fué votado por la inmensa mayoría de las Cortes.

Ni la Constitución de Cádiz de 1812 está copiada de la francesa de 1791, ni á un *mero magistrado* se le otorga la sanción de las leyes, ni se le declara inviolable y sagrado, ni se le concede el mando de los ejércitos, ni se le permite elegir y separar libremente los ministros, ni se le senalan cuarenta millones de reales, palacios, jardines, parques y otros lugares de recreo, ni se asigna á cada uno de sus hermanos 150.000 ducados.

Es falso que se amenazara á ningún diputado para que jurase la Constitución, no haciéndolo el que no quiso, aunque á la verdad fueron contados, pudiendo citar, entre otros, á D. Pablo Valiente, que luégo de formar parte de la Comisión y discutir en ella cuanto quiso, se negó á suscribir el dictamen de la misma.

Ni las Cortes ni la prensa podían llamar *tirano ni déspota* á un rey que en realidad

© Biblioteca Nacional de España

no existía; pero si recordando la conducta de Fernando con sus padres, lo mismo en el Escorial, que en Aranjuez, que en Bayona, ó sus procederes en Valencey brindando en el banquete de bodas de Napoleón por éste y por su nueva esposa la archiduquesa de Austria, dotando huérfanos y obsequiando con dinero y con alhajas á los mismos soldados franceses tintos en sangre de los españoles, si pensando en todo esto le hubiesen llamado mal hijo y mal español, sus citados hechos habrían demostrado que no le calumniaban.

Si Fernando, como dice el Manifiesto, aborrecía el despotismo, ¿por qué no juró la Constitución, como hizo Luis XVIII en Francia al verse, como él, restaurado en el trono? ¿Por qué en lugar de ser, como prometía, el *padre* de sus vasallos empezaba su reinado llenando de luto á la nación y encarcelando á unos hombres cuyo sólo delito consistía en haberle conservado la corona, y en haber libertado á la nación del yugo á que él, con la renuncia de sus derechos al trono y con su excitación á los españoles para que se sometieran á Napoleón, la había conducido?

Si la monarquía no disipaba las rentas del Estado como se murmuraba, ¿por qué hablaba de separar los gastos de la tesorería ó de la nación, de los de la real casa?

En cuanto á que la Constitución y las leyes reformistas votadas por las Cortes, así por las generales y extraordinarias de 1810, como por las ordinarias de 1813, fueran aceptadas por el país con *repugnancia* y *disgusto*, el entusiasmo con que en todas partes fueron recibidas la Constitución, la abolición de la Inquisición, del Voto de Santiago, de los Señoríos, y todas las demás, habla más alto que lo dicho en el Manifiesto.

Las peticiones que dice recibió en contra no fueron de un pueblo, ni de una provincia, fueron de los individuos de su camarilla; fueron de los diputados *persas*, perjuros al juramento que habían prestado; fueron del clero, de la nobleza, y de aquellas clases, á las que la abolición de los Señoríos, la venta de los terrenos baldíos, la igualdad de derechos, el arreglo de los conventos y la abolición de los onerosos privilegios que venían disfrutando en perjuicio de la nación, habían producido una herida mortal. A Fernando le convenía tomar la parte por el todo, y llamaba la nación á un puñado de hombres.

Respecto de su promesa de afirmar la libertad y la seguridad individual, las cárceles llenas de patriotas, las Comisiones y Consejos nombrados para juzgarles, el terror erigido en sistema, y los cadalsos manchados de sangre inocente demuestran la verdad de esta declaración. En cuanto á convocar las Cortes, frase escrita para satisfacer las exigencias de Europa, pero sin ánimo de cumplirla, ni Fernando las convocó, ni jamás pensó en ello, ni á sus planes liberticidas convenía el llegar á reunirlas.

Por si alguno ha podido creernos parciales al tratar de este documento, vean nuestros lectores cómo lo juzgan los principales historiadores:

—«Hacer promesas tan solemnes como el rey hacía en el Manifiesto á la faz de la nación y del mundo, al propio tiempo que se decretaba subrecticiamente la disolución de las Cortes y que se atropellaban sin miramiento alguno las personas de tantos diputados y hombres ilustres, no parecía sino que era añadir á proceder tan injusto y desapoderado la befa más descarada y más dura (1).»

—«En la madrugada del 11 de Mayo se publicó el decreto fechado el 4 en Valencia, que redunda en desacato á la razón, y es un baldón para la humanidad entera, pues el rey dice en él que *aborrece y detesta el despotismo*, y que *afianzará y asegurará la libertad individual*, en el idéntico punto de estar el despotismo más execrable privando de su libertad á unos ciudadanos pacíficos y afanados tan sólo por el servicio de su país (2).»

—«El que proclamaba una monarquía *moderada* levanta una *absoluta;* el que promete Cortes comienza por anular los actos del Congreso más nacional que hasta entonces habíamos tenido; el que habla de asegurar la *libertad* encarcela á los diputados, inviolables por la ley; traduce calabozo por *or-*

(1) Conde de Toreno.
(2) Marliani.

© Biblioteca Nacional de España

den, estupidez por *dignidad real*, presidios y horcas por *derechos inviolables de los pueblos*... ¡Preciso es que estuviera beodo ó loco, ó ambas cosas á la vez, el que de esa manera se entregaba á todo el frenesí del despotismo! (1)»

—«Dos reyes habían vuelto á empuñar el cetro por aquellos días: Luis XVIII que, proscrito por los franceses, y á pesar de haber visto espirar en un cadalso á su hermano y á su esposa, corrió un velo sobre el pasado y se presentó con la oliva de la paz en una mano y en la otra el libro de los derechos nacionales, y Fernando VII que, elevado al solio por un motín, salvado del destierro por el heroísmo de los españoles, encendió á su vuelta la tea de la discordia, ahogó la naciente libertad y proscribió á los mismos que le habían libertado del cautiverio (2).»

—«Desechada la Constitución formada por las Cortes, los que habían combatido por la libertad descendieron á los calabozos, se vieron lanzados sobre las áridas rocas del Africa, y el ominoso estandarte de la Inquisición cubrió la España entera. Para acallar á la Europa el rey había prometido solemnemente reunir las Cortes al tiempo mismo que proscribía la libertad. El absolutismo dominó en toda su plenitud, y se levantaron cadalsos en Madrid, Barcelona, la Coruña y Valencia, ilustrados con la sangre de Richard, Lacy, Porlier, Vidal y Beltrán de Lis que se atrevieron á reclamar el cumplimiento de las reales promesas (3).»

—«El Manifiesto, fechado el 4 de Mayo en Valencia, era una reseña apasionada de los trabajos de las Cortes, calificándolos de abusivos, atentatorios á la dignidad real y perjudiciales á la nación... Lejos de permitir el uso de la imprenta y respetar la libertad individual, como en él ofrecía, dió principio á una reacción que no perdonó ninguna de cuantas se habían ejecutado en su ausencia, ni á ninguno de sus autores y más distinguidos partidarios (4).»

(1) Miguel A. Príncipe.
(2) *Historia de la vida y reinado de Fernando VII.*
(3) Muñoz y Maldonado.
(4) Chao.

—«Jamás monarca alguno se vió más obligado, ni con más condiciones para hacer felices á sus pueblos, que Fernando al regresar de Valencey.

Vulgar en sus miras, mezquino en sus sentimientos, siguió el más opuesto camino que le señalaba la Providencia, y al que su gloria personal le trazaba.

Con su Manifiesto de 4 de Mayo añadía á la injusticia la hipocresía y el disimulo, abatía de un golpe la Constitución y las reformas, é inauguraba su reinado con los atropellos y las iniquidades, que, sin embargo, no fueron más que el exordio de su odiosa dominación (1).»

—«Ninguna nación ha hecho tanto por su rey como la España por Fernando VII.

Ningún rey trató jamás con tanta ingratitud á sus súbditos como Fernando VII á su pueblo.

Destronó á sus padres y acibaró su ancianidad.

Encontró en la Nación una madre entusiasta y solícita y la sumergió de un golpe en la desolación más triste.

Por la fuerza principió su reinado.

Por el terror lo sostuvo.

Por la fuerza sucumbió (2).»

—«El Manifiesto del 4 de Mayo condena el credo político de aquellos hombres que venían á llenar de hiel los arroyos de sangre generosa, y á convertir el ramo de oliva en cizaña y los laureles en cadenas. Los habitantes de Madrid pudieron leerlo en todas las esquinas, interrumpidos sólo por los ayes lastimeros de los que se veían alejados de los seres queridos, ó por el grito de la chusma que al pasar delante de cada esquina se detenía para saludar aquel padrón de ignominia y para vitorear al monarca que debía eclipsar el triste renombre de Nerón y Calígula (3).»

—«El día 4 de Mayo firmaba el ingrato Fernando en Valencia el funesto decreto por el que abolía la Constitución, las Cortes y todos sus actos, pretendiendo hacer retroceder la historia hasta 1808 y borrar de la

(1) Lafuente.
(2) Ortiz de la Vega.—*Anales de España.*
(3) *Los Ministros en España.*

© Biblioteca Nacional de España

serie de los tiempos los seis gloriosos años de la guerra por la independencia. Ingratitud y torpeza política que no tiene semejante en la historia moderna, y que fueron, á no dudar, las generadoras de tantos levantamientos insensatos, de tantas reacciones horribles como ensangrentaron las páginas de su reinado (1).»

Una manifestación criminal.—Entrada de Fernando en Madrid.—Una anécdota curiosa.—El primer ministerio de Fernando.—Los vates realistas.

Al amanecer del tenebroso día 11 de Mayo toda aquella plebe alquilada por el conde de Montijo, ganada por los nobles y seducida por los frailes y por los curas, la *hez del pueblo madrileño,* en fin, se lanzó á las calles gritando con furia:

—¡Mueran los liberales! ¡Viva el rey absoluto!

Esas turbas se encaminaron á las Cortes, borraron los letreros, destruyeron cuanto encontraron y despedazaron la estátua de la libertad que había en el salón, llevándose los fragmentos; después se dirigieron á la Plaza Mayor, invadieron la Casa Panadería, arrancaron la lápida de la Constitución, y echando los pedazos de la estátua y de la lápida en un serón los fueron arrastrando por las calles, parándose delante de las casas en que sabían que habitaba algún liberal, arrojando piedras y amenazando quemar el edificio y descuartizar á sus moradores, y por último, después de algunas horas de bárbara carrera se encaminaron á la cárcel, donde estaban los presos, pidiendo que se los entregaran para matarlos.

Como el dinero no escaseaba, los grupos hacían sus descansos en las tabernas y bebían á la salud de Fernando, se embriagaban de nuevo, y en tanto las mujeres, cual furias del averno, los reemplazaban, y hasta, según un historiador, se presentaron á Eguía y le dijeron:

—«Entréguenos V. E. los prisioneros, y esta misma noche daremos nosotras cuenta de ellos.»

(1) Mesonero Romanos.

Aquellas turbas viciosas y desenfrenadas recogidas en el matadero, en los portillos, en las plazuelas y en los bodegones, para hacer una manifestación popular en *honor* del rey, prosiguieron desenfrenadas por calles y plazas gritando como energúmenos:

—¡Mueran los fracmasones!

—¡Viva el rey absoluto!

—¡Abajo las Cortes!

—¡Viva la Religión!

Y ébrias, locas, furiosas, atacaban en las calles á todo aquel que por el sombrero blanco, la corbata negra ó las borlas en las botas juzgaban *flamasón* ó *liberal*, y arrancaban á las señoras las galgas ó cintas con que sujetaban el zapato, entre ruidosas carcajadas y groseros insultos.

El insigne Mesonero Romanos, testigo presencial, y á quien por su alejamiento de todos los partidos políticos elegimos para juzgarlo, escribe:

«Siento haber de decirlo; pero de todos los espectáculos de extravío popular más ó menos espontáneos que he presenciado en mi larga vida, el más grosero, repugnante y antipático fué, sin duda alguna, el que en aquel funesto día me tocó contemplar en la plazuela de Herradores, á mi salida del aula de latinidad, cuando se dirigían las turbas al convento de San Martín, terminado al caer el día.»

«En aquella página de luto y de afrenta—dice Marliani,—todo es villanía por parte de los verdugos y todo heroísmo por parte de las víctimas...

Generales gloriosísimos defensores de su patria, diputados revestidos con su carácter sacrosanto de inviolabilidad, ministros que empuñaron el timón del Estado, regentes que habían desempeñado la potestad suprema, obrando todos con el único afán de rechazar al enemigo y lograr el rescate del rey, quedaron allí confundidos en una misma proscripción.»

Todo el día 12 de Mayo lo emplearon los realistas en preparar á Fernando un suntuoso recibimiento; arcos de triunfo, con tarjetones llenos de inscripciones alusivas; los balcones y ventanas adornados de lujosas colgaduras; el pueblo adornado con sus mejores galas y ostentando en sus trajes, al

© Biblioteca Nacional de España

igual los hombres que las mujeres, emblemas que mostraban su grande amor al *deseado*.

Los arcos principales los hizo levantar el Ayuntamiento en la Puerta de Alcalá, en la de Atocha y en otros varios puntos, adornados con inscripciones en prosa y verso, que escribió el poeta D. Juan Bautista Arriaza, á quien conocimos en Cádiz, y que olvidándose de aquellos versos suyos

«Mi musa no halla tonos
Para cantar los tronos,
.....
.....
Que cantar la beldad es mi destino,»

los redactó de modo que falseó la historia, y en prueba de ello bastará copiar el de la Puerta de Alcalá:

«¡Fernando! ¡Fernando! ¡Fernando!
Elegiste el cautiverio, y abandonar tu cuello inocente
A la cuchilla del verdugo,
Antes de derramar la sangre de tu indefenso pueblo.
Pero de éste la prodigiosa constancia
Fatigó á la ambición misma;
Desmayaron los brazos del atónito tirano;
Madrid decora con el arco triunfal de Tito
El camino de tu libertad:
Entra y descansa en el trono de tus mayores.»

¿Dónde ni cuándo entregó Fernando su cuello á la cuchilla del verdugo antes que derramar la sangre de su indefenso pueblo? ¿Cómo podía ser *clemente* Tito el que había realizado las horrorosas proscripciones de la madrugada del 11?

Por la noche llegó á Madrid parte de la división que mandaba el general Wittingham, quedando de reserva en Aranjuez la que capitaneaba Elío.

El 13, de madrugada, salió del Palacio Real de Madrid una carroza de gala, seguida de multitud de carruajes de todos los nobles y grandes de España, llegando hasta el puente de Vallecas, donde aguardó al rey, que no tardó en ocuparla en unión de su tío D. Antonio y su hermano D. Carlos.

Delante del coche en que venía Fernando, su tío D. Antonio y su hermano D. Carlos marchaban algunas comparsas ejecutando al son de la gaita y el tamboril danzas de paloteo; algunas manolas del Lavapiés sonando los panderos y repicando las castañuelas; grupos de *chisperos* de Maravillas y *curtidores* del Rastro haciendo suertes de gimnasia, y detrás una escolta de Guardias de Corps, seguida de la otra parte del ejército que mandaba el general Wittingham.

Los habitantes de la capital y de los pueblos circunvecinos, que hasta Vallecas cubrían la carrera, comenzaron á vitorearle con loca alegría, y, cortando los tiros, condujeron el coche del rey por el Prado, calles de Alcalá, Carretas y Atocha, hasta el convento de Santo Tomás, donde se apeó Fernando para orar ante la imagen de la Virgen de Atocha, cuya iglesia y convento habían convertido los franceses en cuartel y caballeriza, acción que le conquistó nuevas ovaciones; y mientras los hombres le vitoreaban arrojando al aire los sombreros, las mujeres le saludaban con el pañuelo y lloraban de gozo, y las campanas repicaban y tronaban los cañones, y de algunos balcones y ventanas se arrojaban flores, versos y pájaros con cintas atadas al cuello, en que se leía: *Viva Fernando VII.*

Como se ve, el rey había cambiado por completo la carrera que el Congreso en su última reunión le había señalado, y que debía ser por la Puerta del Sol, por las calles de la Montera, Fuencarral, Desengaño, Luna y Ancha de San Bernardo y plaza de Santo Domingo al edificio de doña María de Aragón, en donde las Cortes celebraban sus sesiones y en el que debía prestar el juramento á la Constitución de 1812, siguiendo luégo por la bajada de caballerizas hasta el Palacio real.

Antes de proseguir, vamos á relatar una curiosa anécdota de Fernando VII, que demuestra al par que su desmedida afición al bello sexo, su repugnante inmoralidad y falta de buena educación.

En uno de los pueblos del tránsito salió una linda joven á ofrecerle una bandeja de dulces, y Fernando entabló con ella este *honestísimo* diálogo:

—Eres muy hermosa.

—Favor que V. M. me hace.

—¿Cómo te llamas?

—María Deleito, señor.

—¿Deleito? ¿eh? y á tí ¿quién te *deleita*?—la preguntó con una mirada tan lujuriosa que hizo ruborizar á la pobre niña.

De sus amoríos en Valencey, de sus secre-

© Biblioteca Nacional de España

tas visitas á los conventos en Madrid, de sus ocultas salidas de Palacio todas las noches envuelto en la capa y acompañado por el duque de Alagón; de lo que á Fernando le ocurrió con una preciosa dama, que en una audiencia de Palacio se vió forzada á romper varios muebles y producir un escándalo que atrajo á los servidores y la libró de la deshonra, así como de lo acontecido con la hermosa vidriera de la calle Ancha de San Bernardo, que causó la prisión y muerte de su esposo, nada queremos decir, porque nuestra misión no es esa.

Desde Santo Tomás se dirigió el rey por la Plaza Mayor—en la cual los vendedores de comestibles que en ella tenían sus cajones y tinglados abrieron una calle para que pasara el coche del rey y levantaron tres arcos de verdura, de los cuales arrojaron flores sobre Fernando,—calles de Platerías, Milaneses y Santiago al regio alcázar, donde á seguida ocupó el trono, ciñó á sus sienes la corona y empuñó el cetro sin acordarse para nada de la Constitución, de las Cortes, ni de la Regencia.

Su ambición estaba satisfecha.

Su venganza cumplida.

El general D. Francisco Eguía se adelantó para entregarle las llaves de las puertas de la capital, según una antigua costumbre; la nobleza besó su real mano, y los oficiales le ofrecieron una vez más su espada, jurando sostenerle como rey absoluto.

Inmediatamente se hizo público el nombramiento del ministerio que de antemano tenía elegido, cuya lista vamos á copiar:

El duque de San Carlos, Estado.

D. Pedro Macanaz, Gracia y Justicia.

D. Francisco Eguía, Guerra.

D. Cristóbal Góngora, Hacienda.

D. Luis Salazar, Marina.

D. Miguel Lardizábal, Ultramar.

Inútil nos parece decir que el duque de San Carlos, que no podía perdonar á los periódicos las burlas de que en su embajada le habían hecho objeto, se apresuró á abolir la libertad de imprenta y á poner á la prensa una mordaza, con gran contentamiento de sus colegas, y muy especialmente de Eguía ó *Coletilla*.

Consignemos, de acuerdo con la opinión de los principales autores, que en el recibimiento hecho por los madrileños á Fernando se notaron dos cosas: primera, la falta de espontaneidad, pues arcos de triunfo, formación de tropas, pájaros, flores y versos, todo estaba preparado por las autoridades y corporaciones oficiales; y segunda, que en él la parte principal la tomó la gente baja de la población, y de esa la que se significó más especialmente fué aquella más alegre y más animada que siempre se encuentra dispuesta á la holganza, al ruído y al bullicio.

Las acostumbradas iluminaciones; algunas músicas y danzas de manolas del pandero, para las cuales hubo de alzarse el bando que antes copiamos; diversas funciones de iglesia y una corrida de toros, completaron los festejos con que el ayuntamiento y la escasa población que en ellos tomó parte solemnizaron la entrada de Fernando. En cuanto á funciones teatrales hubo de prescindirse de las dispuestas en los dos únicos coliseos de la capital, la tragedia de Racine *Athalia* y la comedia de Moreto *El desdén con el desdén* por cierto suceso *acaecido á las compañías*—así decía el anuncio,—que no era otro que la prisión por liberales de los insignes actores Isidoro Máiquez y Bernardo Gil.

Encarcelada aquella pléyade de ilustres poetas, encanto del Parnaso español y regocijo de las musas, que se llamaban Quintana, Gallego, Sánchez Barbero, Solís, Tapia, Martínez de la Rosa, Sabiñón, y alejados de la madre patria Meléndez Valdés, Lista, Moratín, Reinoso y otros á cuál más inspirados, no quedaron para cantar las glorias del absolutismo más que Arriaza, que por cierto no acertó á desempeñar bien el cargo, *quizá porque á su carácter repugnara esta aduladora servidumbre*, y unas cuantas *alimañas* que al ver desamparado el templo de las musas campearon á su sabor en aquel sagrado recinto *agitando sus alas y extremando sus graznidos*, descollando entre todas un cierto D. Diego Rabadán, que por su escuálida figura y cierto devaneo de cabeza cuando hablaba de poesía hacía recordar al famoso *D. Quijote* del inmortal Cervantes, *único representante en*

© Biblioteca Nacional de España

aquella época de eclipse literario, de cultura y hasta de buen sentido de la patria literatura, que dedicó á Fernando VII en el *Diario de Avisos* las composiciones que vamos á copiar sin quitarles punto ni añadirles coma:

«Á LA LLEGADA DEL REY NUESTRO SEÑOR.

Décimas.

¡Oh Fernando! por tu amor
Hoy este pueblo glorioso
Se muestra tan obsequioso
Como antes en el valor.
¡Oh qué asombro! ¡qué fervor
De júbilos é invenciones!
¡Y pues largas relaciones
No las pueden explicar,
Pongamos en su lugar
Un millón de admiraciones!!!!!!!
....
Este sí que es nuestro rey,
Y no el intruso Pepino,
Sin más Dios que el dios del vino,
Baco, Cupido y su grey;
Sin derecho, amor, ni ley;
Pero este punto dejando...
Vamos todos entonando
Con voces muy expresivas
¡Veinte millones de vivas
A nuestro amado FERNANDO!

SONETO.

España triste por su rey ausente,
En horrores de fuego, sangre y llanto
Sufrió seis años el mayor quebranto,
Pues no hay historia que un igual nos cuente.
¡Oh vil Napoleón! ¡Voraz serpiente!!!
¡Oh fiero mónstruo de infernal espanto!!!
El móvil eres de trastorno tanto,
Y el orbe entero tus rigores siente.
El hispano valor y su constancia,
Por Religión y Patria peleando,
Humillaron ¡tirano! tu arrogancia.
Dios á tan justa causa prosperando,
Libró del cautiverio de la Francia
A nuestro amado rey. *¡Viva Fernando!*»

Cuando más adelante el rey, seguido de su inseparable acompañante el duque de Alagón, vestidos ambos con la casaca-frack de ancho cuello, dedicó las mañanas del caluroso mes de Julio á visitar los conventos de monjas, el famoso Rabadán le consagró en el complaciente *Diario de Avisos* el siguiente

«SONETO JOCO-SERIO.

Nuestro benigno rey (¡que de los cielos
Parece que ha venido en coyuntura
Que los llantos, las penas y amargura
Tenían á Madrid ahogado en duelos!)
Con piadosos benéficos anhelos,
Y de su amable trato la dulzura
Por mil caminos nuestro bien procura,
Haciendo generales los consuelos.
Las pobrecitas vírgenes claustrales
(No menos que de Dios santas esposas,
Y por cuya oración cura los males)
De tratar á su rey están ansiosas:
Fernando, con entrañas paternales,
¡¡Ha dado en visitar las religiosas!!»

¿Qué les parecen á nuestros lectores los versos de Rabadán?

Después de todo, si se recuerda el poco amor de Fernando á la libertad, á la literatura y á la ilustración, y se trae á la memoria que no entonces sino muchos años después, llamó *cosas de mujeres* á los objetos que se presentaron en la primera exposición que se celebró en Madrid haciendo ruborizar al ministro D. Luis López Ballesteros que le acompañaba, habrá que reconocer que demasiado buenos eran.

¡Para tal rey, tal poeta!

Nuevas desdichas.

En el mismo día 13 de Mayo, en que entró Fernando en Madrid y se publicó su real carta *A los Alcaldes Regidores y Ayuntamiento de la mi Villa de Madrid*, en la que «dándose S. M. por muy servido y obligado de las pruebas de valor y fidelidad hacia su real persona dadas por esta villa, y especialmente en el memorable 2 *de Mayo*, tenía á bien concederla el dictado de HERÓICA para añadir á sus timbres de *Muy Noble*, *Muy leal* y *Coronada*, y á su Corporación municipal el tratado de *Excelencia*,» recibía el Ayuntamiento otra disposición «que, aunque lisongera para su orgullo histórico, tendía á constituirla de nuevo en su secular inmovilidad, retrogradándola no ya á 1808, sino á veinte años más, á 1788, en que falleció Carlos III,» deteniendo el movimiento que aquel rey, su hijo Carlos IV y hasta el mismo José habían emprendido para mejo-

© Biblioteca Nacional de España

rar la capital bajo los diversos aspectos de *seguridad, salubridad, comodidad, ensanche y ornato.*

¡Ah, es que, al caer la libertad, cayó con ella todo mejoramiento social, y Madrid debía ser, bajo el reinado del absolutismo, y hasta que volviera en 1820 la libertad, y con ella la vida, la animación, el movimiento, la cultura y la ilustración, un pueblo muerto!

Aquella reacción desatentada debía producir nuevas perturbaciones y gravísimos daños á muchos de nuestros amigos.

Pedro Fernández, el *Zurdo*, aquel valiente guerrillero que tan heróicamente había combatido por su patria, fué muerto á traición y de varias puñaladas, asestadas todas por la espalda, que cara á cara, aun siendo muchos, no se habrían atrevido á ello, el día 11 de Mayo, al increpar á los grupos que, ganados por el oro del conde de Montijo y de los ab-



PEDRO FERNÁNDEZ (EL ZURDO)

solutistas, iban arrastrando en un miserable serón la estátua de la libertad y la lápida de la Constitución.

¡Qué gloria para los asesinos!

¡Veinte ó treinta absolutistas habían cosido á navajazos á un liberal!

¡Qué honor para aquella chusma y para sus cobardes instigadores!

Merced á la impunidad de que gozaban y á la protección con que contaban, habían asesinado á un valiente, á un patriota, que les afeaba su indigna conducta, á uno de los héroes del 2 de Mayo ¡á un compañero de Daoiz y de Velarde!

Lo que no habían hecho los lanceros polacos de Murat, en la Puerta del Sol, en aquel memorable día; lo que no habían logrado las bayonetas de los granaderos de Lagrange, en el Parque de Monteleón; lo que no habían conseguido los dragones de Hugo y Be-

© Biblioteca Nacional de España

lliard, en los campos de Torrejón, durante muchos meses, lo habían realizado unos cuantos españoles ciegos, ignorantes, beodos, criminales, chusma asquerosa embriagada de vino y de sangre, que no satisfecha con matarle, arrastró su cadáver por las calles.

¡Cuando la Paca lo supo lloró amargamente!

Si en los primeros años de su matrimonio las calaveradas de Perico la habían causado algunos disgustos, desde la entrada de los franceses en España, desde el memorable 2 de Mayo de 1808, el *Zurdo* se había mostrado tan amante de ella y tan amante de su patria, se había batido con tanto heroísmo, lo mismo en Madrid que en los campos, que su amor por él había ido creciendo de día en día, y hoy era grande, profundo, inextinguible.

Digamos algo de nuestros otros amigos.

D. Juan Antonio Miranda y D. Miguel de Pas fueron salvados por D. Valero Borja, quien, olvidando sus opiniones fernandistas y no pensando más que en sus amigos, al conocer por su paisano y antiguo compañero de armas en Zaragoza, el general Palafox, la lista de los liberales que debían ser presos, en la que sus nombres aparecían escritos, se apresuró á correr en su busca y avisarlos del grave peligro que corrían.

D. Juan Antonio Miranda, el más comprometido de todos, quiso, á imitación de Zorraquín y Quintana, marchar á reunirse con sus compañeros en la Cárcel de Villa, siendo necesario para disuadirle de su generoso empeño que Pepita, arrodillada á sus pies y besando sus manos, le suplicara que huyera y que no la dejara huérfana, puesto que lo consideraba su padre, y viuda al propio tiempo, pues su marido Miguel, si él se presentaba á las autoridades, se presentaría también.

D. Juan Antonio, que no se habría rendido al omnímodo poder de Fernando, ni al férreo brazo de Eguía, se rindió á las lágrimas de su hermana, y la fuga quedó resuelta, dirigiéndose á Cádiz, donde contaban con el cariño del capitán Talavera, de Conchita y de Andrés, y desde cuyo punto fácilmente podría ganar las hospitalarias costas de Inglaterra.

Así lo hicieron, y aunque no sin vencer grandes obstáculos pudieron llegar á Cádiz, acompañados de su fiel criado Vicente Nicolás.

En esta ciudad se había descubierto, según los realistas decían, una conjuración para restablecer el sistema constitucional; así es que la estancia de D. Juan Antonio Miranda, de D. Miguel de Pas y de Pepita, que no había querido abandonarles resuelta á sufrir la misma suerte que su hermano y su marido, fué por todo extremo peligrosa, pues la casa del capitán Talavera, cuyas opiniones liberales, así como las de su yerno el joven Andrés, eran conocidas de los realistas, se encontraba muy vigilada.

Pero en Cádiz mandaba, digámoslo en honra suya, el ex-regente y general de marina D. Juan María Villavicencio, que, á pesar de sus opiniones exageradamente fernandistas, no olvidó lo que en esta ocasión se merecían la lealtad á los principios reformistas y la desgracia de los constitucionales.

Gracias, pues, á la digna conducta del general Villavicencio, que no atendió el exhorto que Eguía le remitió, suponiendo, fundadamente, á D. Juan Antonio Miranda y al Sr. Pas en Cádiz, donde se sabía contaban con familia y amigos, pudieron nuestros fugitivos descansar de las molestias del viaje y disponerse para la partida, cuyo tiempo y fin nadie podía prever.

Llegó el instante terrible.

El buque que debía conducirlos á Gibraltar se balanceaba sobre las aguas del temeroso océano.

¡Abandonar la patria!...

¡Sólo los que han pasado por este amargo trance pueden comprender tamaño dolor!

¡Salir de la tierra querida en que se ha visto la primera luz, y salir quizá para nunca más volver!...

¡Abandonar la tierra de nuestros primeros juegos, de nuestras primeras alegrías, de nuestros primeros ensueños!...

¡Abandonar el sepulcro que guarda las sagradas cenizas de nuestros padres!...

© Biblioteca Nacional de España

¡Salir de la patria para vivir y morir en extranjera tierra!...

¡No ver más su clarísimo sol y su azulado cielo, sus altas montañas y sus espumosos ríos, sus fértiles valles y encumbradas sierras, sus graciosas florestas y sus abruptos precipicios, sus espléndidas llanuras y sus procelosos mares!

¿Dónde encontrar todo esto, que, si existe en otras naciones, no tiene, no puede tener jamás el encanto que tiene para el hombre la patria, madre adorada de todo buen hijo?

¡Y sin embargo, fuera de la patria está la libertad, la huída de la Comisión de guerra, del presidio, quizá del cadalso!

¡Terrible situación la del proscripto!

En su patria le aguarda la muerte, y fuera de ella la salvación, y aún duda, aún vacila, y acorta el paso para no abandonarla tan pronto, cuando de la rapidez en la huída pende su salvación; y vuelve constantemente los ojos para mirarla otra vez, cuando esa mirada puede encontrarse con la de sus perseguidores y perderle; y antes de abandonarla se arrodilla y besa la tierra bendita que ignora si volverá á pisar, aunque esta detención pueda originar su ruina.

En Inglaterra todo va á ser extraño para Pepita, D. Juan Antonio y D. Miguel... el cielo, las casas, las gentes, hasta el idioma...

No se juzgarán con derecho de asistir á ninguna fiesta, porque el desterrado es una especie de huérfano que debe llevar luto mientras dure su ausencia de la patria...

A nadie conocerán, ni nadie los conocerá ellos...

Vivirán recogidos en su casa, alejados de todos, y, como los primitivos cristianos en las Catacumbas, se reunirán con otros españoles, si por acaso existen, en aquel estraño hogar, para pensar tan sólo en su querida España.

Los que tanto se han burlado de lo que un eminente autor ha llamado nostalgia de la patria, no se han encontrado, sin duda, emigrados, no se han visto solos entre miles de gentes, sordos á los más alegres ruídos, ciegos á los más bellos paisajes, fríos ante los más grandiosos acontecimientos, sin otra idea, sin otro pensamiento ni otra aspiración que la patria.

¿Y por qué se sentenciaba á estos patriotas á vivir y morir fuera de ella?

¡Tan sólo por amarla demasiado, y por haber querido hacerla grande, ilustrada, próspera y libre!

¿Cabe sentencia más injusta?

La barquilla que conducía á la familia Miranda y cuyo timón gobernaba el capitán Talavera, llegó al costado del bergantín *Santa Cecilia*, que debía conducirla á Gibraltar, y que mandaba un viejo marino, grande amigo de D. Carlos Talavera, quien noblemente se había ofrecido á salvar á nuestros amigos.

Querían todos, al igual Conchita que su esposo Andrés, que el capitán, su padre, acompañarlos hasta Gibraltar, pero D. Juan Antonio se opuso resueltamente; Conchita estaba criando un hermoso niño, y era peligroso dejarla sola en Cádiz en tal estado, mucho más cuando la reacción que había comenzado podría arreciar.

El capitán del bergantín se acercó á su antiguo camarada Talavera...

Había llegado la hora de partir...

Un abrazo interminable, un beso que tuvo la duración de una eternidad, separó aquella familia...

Todos lloraban, y hasta la tripulación se hallaba profundamente conmovida.

Saltaron á la barca que debía llevarlos á la ciudad el capitán Talavera y Andrés, sosteniendo á Conchita, casi desmayada, y los marineros comenzaron á remar vigorosamente de vuelta á Cádiz.

Entre las brumas de la mañana se vió al bergantín *Santa Cecilia* levar anclas y desplegar al viento sus anchas velas...

Desde la banda del buque, Pepita, D. Juan Antonio y D. Miguel de Pas, enviaban con los pañuelos el último saludo á aquellos seres queridos, á aquellos pedazos de su alma que iban en la barca, y que cada golpe de remo alejaba más y más.

Con ellos quedaba cuanto amaban: la patria, la sepultura de sus inolvidables padres, de su querida hermana Teresa y de su sobrino Carlos, sus hermanos Gregorio y Pablo, á los que nada habían podido decir de su partida, todo cuanto amaban, en fin.

El bergantín salió del puerto, luégo se

© Biblioteca Nacional de España

desvaneció en el estrecho, después, nada.

. . . . . .

D. Luis Peñaranda fué preso en el palacio del marqués, en que habitaba por decidido empeño de éste con su esposa la condesita.

La pena del noble anciano fué grandísima, y habló de ir á Palacio, de ver al rey, de provocar un escándalo, de protestar contra la injusta prisión de su sobrino D. Luis, el hombre más digno, más generoso, más honrado y más valiente de toda la tierra.

No se desmintió en tan solemnes momentos el gran espíritu de Isabel.

Convencida de la inocencia de su marido, conocedora del profundo amor que profesaba á las ideas liberales, y admiradora de su altivo carácter, suplicó á su tío que no pidiera gracia al rey, ni hiciera nada que pudiera significar tibieza ó cobardía.

—Mi Luis no ha cometido delito alguno—le dijo,—y por lo tanto, nada malo debemos temer.

—¡Pero es que tú no sabes lo que es la política!.. ¡Tú ignoras, hija mía, lo que es el furor de un rey!.. ¡Tú no conoces á Fernando!...

—Pero conozco á Peñaranda, y sé que cuanto yo hiciera para apartarle de la causa de sus compañeros le produciría un hondo pesar...

—¿Es decir, que quieres que sea un mártir?.. ¡Y eso lo dices tú, tú, que eres su esposa? ¡Y á eso llamas cariño?

—Yo no quiero que sea mártir, pero si la suerte lo dispone, prefiero que lo sea antes de verle humillado... Sus opiniones son su vida, forman parte de su existencia y son su honor; yo, que soy más que su esposa la elegida de su corazón, el sér para quien no tiene secretos, lo sé, me consta; en su ausencia, durante su prisión, yo soy la guardadora de su decoro, y aun á costa de mi existencia no permitiré que ningún acto venga á nublar el claro sol de su honra.

—¡Eres una noble criatura!—dijo el marqués estrechándola en sus brazos.

—Soy su sobrina de V., soy la esposa de Luis, y me debo á los dos. Si él sale desterrado, yo le seguiré al destierro; si le encierran en un calabozo, yo pediré ser encerrada con él, y si le llevan al suplicio, yo moriré con él, sino por la mano del mismo verdugo por otro medio cualquiera.

—¡Hija de mi alma!

Al lado de tremendas infamias se vieron en aquellos días grandes heroísmos.

La Paca no quiso que su hermano Vicente Nicolás, á pesar del decidido empeño que éste mostraba, abandonase á sus queridos amos los Sres. Miranda en su destierro, pensando además, como hermana cariñosa, que la presencia de Nicolás en Madrid, y á su lado, cuya casa estaba señalada por los realistas, era peligrosa, y que más facilmente se libraría ella, una débil mujer, de una emboscada ó un crimen que él.

D. Juan Martín el *Empecinado* y D. Valero Borja, como buenos y leales amigos, trabajaban á espaldas de la condesita por la salvación de su esposo D. Luis Peñaranda.

En cuanto al abate D. Felix Manzanilla, olvidando las malas noticias que de todas partes le llegaban, á pesar del encarcelamiento de su amigo el doctor y de la fuga de los Sres. Miranda, que con gran insistencia le pidieron que los acompañase, y del peligro que corría, dadas sus opiniones, se negó obstinadamente á salir de Madrid, desafiando todos los peligros. Tenía que cumplir un deber, proteger á la Paca, viuda y sin hermano, abandonada y sola, y pagarla la deuda de gratitud que con ella tenía contraída. ¿No le había salvado la *Morena* la vida? Pues, ¿qué menos podía él hacer que arriesgar la suya por salvar la de ella?

Al nombramiento del ministerio que antes publicamos siguió el de una comisión de policía que había de ser constante amenaza de los liberales y motivo de perpetua intranquilidad para todo Madrid, y cual triste, pero obligado cortejo vinieron las denuncias, los delatores, unos para adquirir empleos, otros para hacer méritos, algunos para recibir el premio de su hazaña, y muchos porque en la apostasía de sus opiniones veían la manera de medrar; el padre Castro ¡un sacerdote del Dios de paz y de misericordia! pedía en su periódico *La Atalaya de la Mancha*, único que quedó, que á los presos *se los ahorque antes de encausarlos;* en el púlpito resonaron también gritos de venganza y del confesonario salieron consejos de muerte...

© Biblioteca Nacional de España

¡La pluma se cae de la mano!

¿Y quiénes eran los reos? ¿cuál era su delito? Eran los diputados de las inmortales Cortes de Cádiz, eran los eminentes patricios autores del Código sagrado de 1812, eran los salvadores de la patria, los que la habían libertado del yugo extranjero y con sus reformas la habían enaltecido.

Los magistrados elegidos para entender en la causa de los liberales fueron los jueces togados cuyos nombres vamos á publicar, con ánimo de que nuestros lectores los conozcan, publicando también alguno de sus actos anteriores para que juzguen de su indigno proceder.

Eran estos:

Los Excmos. Sres. D. Ignacio María de Vilella, D. Antonio Alcalá Galiano, D. José María Puig, D. Francisco de Leiva y D. Jaime Alvarez de Mendieta.

Conozcamos su conducta anterior y las opiniones que poco tiempo antes profesaban.

Era Villela uno de esos hombres de índole fementida y vengativa; fué de la Junta de Bayona en 1808 y enviado por Napoleón á los aragoneses para que le reconociesen. Pasó, en efecto, á Aragón, donde publicó varias proclamas con aquel propósito, las cuales, cogidas por los patriotas, fueron quemadas por la mano del verdugo y su nombre condenado á execración perpetua en la *Gaceta de Zaragoza*, de orden de Palafox. Apresado en Sevilla y procesado por aquella crueldad, suplicó perdón, diciendo haber sido forzado; le absolvió el tribunal, pero no la opinión, y elegido diputado se trató de no admitirle en el Congreso. En suma; un antiguo afrancesado y hoy un furioso realista.

Alcalá Galiano había dicho á las Cortes el 19 de Marzo de 1812:

«Aprovecho el día en que se publica la sabia Constitución que hemos anhelado con ansia para manifestar á las Cortes con gratitud y acatamiento el júbilo que experimento recapacitando los bienes que se labran á la nación con el presente Código, capaz de encumbrar á la España á lo sumo de la consideración y de la felicidad.»

D. José María Puig había sido individuo del Consejo de Estado en Cádiz, y había jurado la Constitución.

D. Francisco de Leiva había dedicado á las Cortes, el 30 de Enero de 1812, «parabienes que se adelantaba á tributarlas desde luego, para manifestarles su dicha y su agradecimiento por la grandiosa obra de la Constitución que iba á salir á luz (1).»

Se ve, pues, que todos ellos iban á sentenciar por un delito del que eran reos, y que los jueces eran tan criminales como los presos.

Como nuestros lectores observarán, había pasado el tiempo de los héroes y había llegado la época de los traidores.

Justo es consignar que D. Jaime Alvarez de Mendieta era un sugeto pundonoroso y un magistrado íntegro, que se apresuró á dimitir el cargo al comprender el rumbo que las causas iban á seguir.

Los guerrilleros D. Fermín González, D. Francisco Espoz y Mina, D. Juan Martín (El Empecinado), Isidro (D. Nicolás), Isidro (D. Dionisio).

A fines del año 1813 apareció en el *Diario de Avisos* el siguiente ruego:

«Los heróicos habitantes de Madrid, que han sido testigos de las brillantes acciones del comandante D. Fermín González y de sus valientes guerrilleros, no podrán mirar con indiferencia á éstos faltos de vestuario, armamento y monturas.

El citado comandante se promete de la generosidad de los habitantes de Madrid que contribuirán para tan dignos defensores con lo que les dicte su acendrado patriotismo, bien sea paño, lienzo, monturas, botas, zapatos, camisas, etc.

Los donativos se admitirán en la casa comercio de D. Lorenzo Iruegas, Puerta del Sol, y en la de D. Jacinto Baquero, calle Imperial, dándose á los interesados recibo de lo que entreguen.»

Poco después publicaba el mismo periódico la carta que vamos á copiar.

«Señor diarista:

Realzar los ilustres guerreros con honores y elogios es máxima política. El ciudadano que ve á otro elogiado se agita, y mal-

(1) *Diario de las Cortes*, t. IX.

© Biblioteca Nacional de España

diciendo el vergonzoso egoismo, corre á sacrificarse por la patria; los que la gobiernan deben conocer el carácter de sus individuos y aprovecharse de él. Nuestros abuelos se entusiasmaban al contemplar á los vencedores de Lepanto, Flandes y Granada, casi divinizados en la poesía, y los pacíficos hidalgos de Castilla volaban cual enjambres á alistarse voluntarios en las expediciones militares. Tal es, amigo mío, el fruto de los hijos de Apolo, honrados en la culta Roma y sabia Atenas, pero envilecidos únicamente en España. Tenga V. la bondad de insertarlo así en su periódico, con la oda adjunta, cuyo favor reconocerá siempre,—*Garnier*.

AL VALIENTE GUERRILLERO D. FERMÍN GONZÁLEZ.

Oda.

¿Qué objeto más hermoso
Podrá cantar mi lira
Que al sucesor famoso
De Céspedes (1), á quien España admira,
Colocado en la historia
Por su hercúlea pujanza con gran gloria?
Con asombro Toledo
Vió á Fermín en la vega
Sembrar terrible miedo
En los esclavos que el terror congrega,
Que fieros é inhumanos
Los pueblos desolaron carpetanos.
Si el clarín resonaba
Invitando al guerrero,
Fermín se presentaba
De entre todos los bravos el primero;
Y siempre el último era
Cuando se replegaba su bandera.
¡Cuántas veces la muerte
Se ofrecía á su lado!
Impertérrito y fuerte
El de élla en cien ataques se ha burlado;
Mavorte extremecido
Se juzgó su rival por atrevido.
El claro Manzanares
Alzó la regia frente
Cuando en sus verdes *lares*
Reconoció á Fermín omnipotente,
Que á libertar venía
Al gran Madrid que mísero gemía.
Y con voz respetable,
«Hija de siglos tantos
—La dice,—memorable
Será esta aurora singular en tanto
Que yo esta orilla riegue
Y el avaro el océano navegue.
Y si los moradores
De Gades celebrada,
Con ardientes loores
Elogian la elocuencia adelantada
De un liberal hermano,
Yo cantaré al valiente toledano.
La patria sólo quiere
En lucha tan terrible
Al hijo que venciere
Los batallones del tirano horrible,
No al que en tribunas de oro
Liberal ó servil causa desdoro.»
Dijo el anciano río,
Y yo aunque miserable
Noto el destino mío,
Huérfano al premio justo y deleitable,
Al suelo do he nacido
Consagraré mi genio oscurecido,
Los hechos celebrando
Y las bellas hazañas
De los que están regando
Con su preciosa sangre las campañas.
¡Sin ellos... aún sería
Esclava la española monarquía!

* * *

De las Memorias del insigne Mina transcribimos estos párrafos:

«Hecha la paz, el rey Fernando, que había entrado en Madrid y deseaba conocerme, me envió su real permiso para pasar á la corte, como lo verifiqué á mediados de Julio de 1814.

En los veinticinco días que permanecí en Madrid, obteniendo audiencias reservadas del rey, hice cuanto estuvo de mi parte para convencerle de la equivocada marcha que seguía desde su regreso á España, y lo ominosas que eran las personas de que estaba rodeado.

El resultado fué despertar una antigua intriga, cuyo objeto consistía en hacer que los regimientos de la *División de Navarra*, ya muy de antemano igualados con los demás del ejército, se convirtiesen en cuerpos francos, lo que, divulgado diestramente en tre ellos, dándolo como cosa resuelta, produjo la deserción inmediata de 2.500 hombres de mis antiguos guerrilleros, y á pre-

(1) Capitán célebre y viajero en tiempo de Felipe II, llamado el Hércules de Ocaña.—*Garnier*.

© Biblioteca Nacional de España

texto de éstas una Real orden mandándome que sin demora me presentase en mi división é hiciese juzgar militarmente á los desertores. Pero una simple proclama que les dí en el momento en que llegué á Navarra, bastó para que se reunieran otra vez á sus banderas.

Continué todavía á la cabeza de mi división, compuesta de nueve regimientos de infantería y dos de caballería, en total 13.500 hombres, hasta que, por mi tentativa sobre Pamplona la noche del 25 al 26 de Setiembre, con el objeto de proclamar la Constitución y las Cortes, y no pudiendo permanecer más en España, pasé á Francia el 4 de Octubre de 1814... ¡Momento infausto que me separaba de mi patria y de mis valientes compañeros de armas, que tantos días de gloria me habían proporcionado! ¡Loor eterno les sea tributado!»

*
* *

Detalladas todas sus campañas, vamos á terminar la vida de D. Juan Martín Díez, el *Empecinado*, con algunas nuevas y curiosas noticias que hemos logrado adquirir.

Ya dijimos que había nacido en Castrillo de Duero, Castilla la Vieja, en 1775; que había servido en el regimiento de *Caballería de España*, con *acreditado* valor, cuando la guerra con Francia en 1792; y que al ajustarse la paz tomó su licencia y contrajo matrimonio con doña Catalina de la Fuente, avecindándose en la villa de Fuentecén, pueblo de su esposa, á dos leguas de Castrillo de Duero, dedicándose á las tareas del campo.

Creemos haber consignado la desconfianza que le inspiraban los franceses, cuya entrada en España no vió con buenos ojos, y las memorables palabras que pronunció en Aranda de Duero al pasar Fernando VII con dirección á Bayona, y que fueron estas ó semejantes:

—«Los franceses son infames, y más que todos, Napoleón; lo digo porque los conozco; si el rey Fernando entra en Francia no saldrá hasta que lo saquemos.»

Apenas la traición que sospechaba D. Juan Martín se hizo patente, en el mes de Abril de 1808 se lanzó al campo con Juan García —joven de 16 años, natural de la villa de Cuevas, á una legua de Castrillo de Duero— y otro convecino, apostándose con ellos en la carretera de Madrid á Francia, cerca del lugar de Onruvia, á cuatro leguas de Aranda de Duero, *adquiriendo justamente el título de primer proclamador de la independencia nacional.*

Véase con cuánta justicia le presentamos nosotros en el comienzo de nuestra obra como *el primer guerrillero.*

Escogió los términos de los pueblos de Fuentenebro, Caravias, Castrillejo, Onruvia, Gumiel-Deñan é inmediaciones de Aranda para campo de sus operaciones, deteniendo correos, interceptando convoyes, batiendo destacamentos y haciendo gran número de prisioneros, la mayoría de los cuales entregó al capitán general de Valladolid, don Gregorio de la Cuesta, á cuyas órdenes se batió en las acciones de Cabezón y Rioseco.

Bien pronto reunió bajo sus órdenes á sus hermanos Dámaso, Manuel, y Antonio, niño de algunos 16 años, á su primo Mariano Navas y á otros parientes, con algunos vecinos, formando una guerrilla que desde su comienzo fué el azote de los imperiales. No es fácil calcular los daños que causó *El Empecinado* con su partida á los invasores, pero sí consignar los mil prodigios de valor, serenidad y astucia que empleó contra ellos y que le acreditaron, desde su salida á campaña, de un consumado jefe.

A su tiempo reseñamos las envidias, calumnias y hasta el encarcelamiento de que fué víctima por parte de algunos malos españoles, y la inícua prisión de su anciana madre, llevada á cabo por los imperiales, y de que le salvaron su grandeza de alma contra aquellos malos compatriotas, y el heróico valor que desplegó contra los franceses, los cuales se vieron obligados á poner en libertad á su querida madre temerosos de la terrible venganza con que el hijo los amenazaba.

Sus primeras victorias en Aranda de Duero, Segovia, Pedraza, Sepúlveda, Santa María de Nieva, Barco de Avila, Ciudad-Rodrigo, Béjar y Salamanca aumentaron su justo renombre, y el *Empecinado* adquirió de cada día nuevos prosélitos, conquistó mayor su-

© Biblioteca Nacional de España

ma de simpatías entre los verdaderos patriotas, y se hizo más de temer de los imperiales que no pronunciaban jamás el nombre del héroe castellano sino con un respeto mezclado de terror.

El Empecinado llegó á ser tan popular, que no sólo se dió su nombre á todos los guerrilleros, y se le dedicaron las composiciones poéticas que hemos copiado, y otras muchas que no hemos podido adquirir, pero de las cuales tenemos noticias ciertas, sino que fué retratado á pie y á caballo, retratos que tan pronto aparecían como se agotaban, y el presbítero D. Manuel López Malo le dedicó el libro titulado *El hambre en Madrid, padecida en el último año de la dominación de Bonaparte por los habitantes de este heróico pueblo*, libro que le costó 168 días de rigorosa prisión.

También apareció por aquella época el siguiente

«LIBRO.—Décimas en elogio del brigadier D. Juan Martín Díez, *El Empecinado*, y su división, con una breve noticia de las acciones dadas en sus expediciones de Aragón en el año 1811 y Cuenca en 1812. —Véndese en la librería de Pérez, calle de Carretas, al precio de 9 cuartos.»

—

Entre los festejos dispuestos por el ayuntamiento constitucional de Madrid para solemnizar el triunfo de la batalla de Vitoria, dispuso repartir dotes á catorce doncellas hijas de militares, una de cada parroquia, celebrar un solemne *Te Deum* en la iglesia de Santa María, tres días de iluminación, con músicas, compuestas de profesores patriotas que á ello se ofrecieron voluntaria y gratuitamente, y dos corridas de novillos cuyo producto se partiría entre los pobres del hospital general y la dignísima división del benemérito D. Juan Martín, el *Empecinado*, para la cual regaló los doce novillos que se corrieron de las mejores vacadas de la Mancha y Castilla «un adicto á la buena causa, y los torearon Alfonso Alarcón *(el Pocho)* y su cuadrilla, sin exigir estipendio alguno.»

Vamos á copiar algunas de las composiciones dedicadas al *Empecinado*, que hemos podido encontrar:

«AL INTRÉPIDO D. JUAN MARTÍN.

El Duero, majestuoso, se jacta de regar un suelo fecundo en hijos de valor y de gloria; y habiendo usía llenado tan dignamente este nombre en la actual guerra, hace recordar á la Europa con él los triunfos de Fernán-González, Guzmán y Vargas, vencedor de Sevilla. Al principio en el seno de las rocas y después en las llanuras dilatadas habéis arrollado esas falanges decantadas que en las orillas del Elba y del Po ciñeron su frente con laureles que sólo cultivó la traición. Mi lira, destrozada por los tiranos, se reanima, sigue la marcha de mi corazón en estos días venturosos y elogia al héroe brillante de quien es entusiasta.

ODA.

—

¿Qué nuevo fuego enciende
Mi pecho tormentado
Con una serie larga
De negras aflicciones y quebrantos?
¡Oh, dulce patria mía!
Tu amor ardiente y santo
Pudiera únicamente
Excitarme á cantar tus héroes bravos.
Entre ellos ¡cuál descuella
El noble *Empecinado*,
El guerrero invencible,
Alto honor de los pueblos castellanos!
No adquirió sus victorias,
Sus inmortales lauros
Con gruesos batallones
De lucidos y bélicos soldados.
Ni que extranjeras huestes
Para humillar al galo,
Necesitó ayudasen
Su espíritu impertérrito y bizarro.
Con un puñado de hombres,
Valientes, denodados,
Ha ganado más lides
Que allá en el Septentrión ganó Pelayo.
Rival en igual causa
Del gran luso Viriato,
Le supera en fiereza,
En hazañas, bravura y entusiasmo.
¡Castilla venerable!
En tu suelo afamado
Fértil en almas grandes
Adalid tan insigne no has criado.
Es fama que las sombras
Del Cid y de Gonzalo,
En su primera aurora
Sobre los fríos túmulos se alzaron;

© Biblioteca Nacional de España

Y lívidas, con eco
Atronador, clamaron:
«España hacia su ruína
Rápida marcha con veloces pasos.
El extranjero odioso
Ondeará en sus llanos
La enseña que nosotros
Mil y mil veces hemos arrollado.
Los torrentes de alarbes
Que el Bétis inundaron,
Y ocho siglos de lucha
No escenas tan sangrientas presenciaron,
Cual las que esos franceses
Repetirán insanos.
¡Ya caen á sus embates
El templo augusto y el altar sagrado!
La esclavitud les sigue,
Les precede el espanto,
Y sus huellas señalan
Carnicería y talador estrago.
Un isleño ascendido
Al trono desde el fango
Ocupará la silla
Que obedeció el Oriente y el Ocaso.
Empero cuando ofrezca
Nuestro país el cuadro
De oprobio y abandono,
Su cerviz la cadena doblegando,
Entonces este joven
Cual león irritado
Que ve sus tiernos hijos
En el poder de débiles contrarios;
Que rompe y que destroza
Hasta quedar vengado,
Inmolará franceses
La nación de su yugo libertando.»
¡Oh, augurio felizmente
Por nuestro bien dictado!
Sólo Martín podía
Vuestros votos llenar, nobles ancianos.
El tirano que á Mántua
Oprimía inhumano,
Sus viles generales,
Al nombrarle temblaban azorados.
La hermosa primavera
Los ha visto encerrados
Sin osar recrearse
En pasear estos hermosos campos.
Eran á un mismo tiempo
Los déspotas y esclavos,
Y sólo dominaban
De las empalizadas el espacio.
Ya de la hercúlea Gades
Hasta Itpizberg helado,
La fama con su trompa,
Martín, esparce tu renombre claro.
El Támesis hundoso
Y el Bósforo traciano,
Atónitos contemplan
Al célebre y famoso *Empecinado*.
El niño aún balbuciente,
La matrona, el anciano,
Bendicen su existencia
Lágrimas de contento derramando.
La historia majestuosa
Te coloca en sus fastos,
Cual un modelo de héroes,
Para ejemplo de ilustres ciudadanos.
Y cuando nuestros nietos
Loen un veterano,
«A Martín se parece,
—dirán—en gloria y en valor osado.»

El Patriota.»



«AL GENERAL D. JUAN MARTÍN, EL EMPECINADO.

Vuestro nombre será en adelante el sinónimo de la intrepidez y patriotismo. Nuestra descendencia observará atónita que un aventurero, con sólo veinte hombres al principio, llegó en el espacio de treinta meses á formar una brillante división é hizo temblar con ella á los numerosos batallones del corso en las orillas del Henares y del Jalón. ¡Lauro inmarcesible á tanta heroicidad! Vuestra sangre fría é impavidez, mostradas en el reconocimiento de Tortosa, oscurecen las temerarias proezas de los Paredes, y juzgando yo aquella acción digna de la majestad de la Oda, doy en la adjunta un segundo testimonio (la dedicada á vos el 24 de Junio era mía también) de mi gratitud al grande hombre que en todas ocasiones ha favorecido á—*Garnier*.

ODA

—

Nec viget quidquam simile, aut secundum.

¡Oh! deja, musa mía,
La sátira inclemente
Y canta en este día
La nueva hazaña de Martín valiente:
Derrama su memoria
Por toda España con excelsa gloria.
Ni Guzmán torneante,
Ni el hijo de Saldaña,
Ni Vargas arrogante
Terror de los alarbes en España,
Un ejemplo han dejado
Igual al que nos dió el *Empecinado*.

© Biblioteca Nacional de España

Los muros retemblaron
De la antigua Tortosa
Cuando á Martín miraron
Que á la lid incitaba sanguinosa
A ese batallón fiero
Que es de Cuenca realce verdadero.
Conoce el galo altivo
La bandera temida,
Y del miedo cautivo
Juzga ver aún la suerte repetida
Que en más de treinta acciones
Le cubrió de ignominia y de baldones.
—«Venza el número—dice—
Al valor castellano,
Rauda bala felice
Diríjase á su jefe veterano,
Porque al mirarle muerto
Huirá su tropa y nuestro triunfo es cierto.»
El choque horrendo empieza,
Pero Martín le fija;
Su terrible fiereza
Del Dios de las batallas cruda hija
Esparce con espanto
La sangre, la orfandad, viudez y llanto.
Su espada vencedora
Es un rayo de muerte;
Sólo á ella le es deudora
De un oficial la vida; noble y fuerte
Peleó, mas herido
Sucumbió al contrario foragido,
Cuando el *Empecinado*
Llega, y en el momento
Del cañón bronceado
Fía una bala al polvoroso viento
El sencillo sombrero
Que llevaba nuestro ínclito guerrero.
Pero éste ni aun se digna
Volver atrás la cara;
Antes muy más se indigna,
Y con pujanza y valentía rara
La infame grey ataca,
Y el oficial de entre sus manos saca.
Dadme la lira de oro,
Sacras hijas de Apolo,
Y aclamaré entusiasta
De vosotros rival, en ambos polos,
Este hecho suficiente
A erigir templo en la romana gente.
Y aunque los soles fueron
Del entusiasmo hermoso,
En que los héroes vieron
Premiados sus afanes generosos
Sin gustar los venenos
Del vil que manda, y que merece menos:
Tus glorias son objeto,
Martín, á todo el mundo
De asombro; y nuestros nietos
Exclamarán:—«Martín fué sin segundo
Quien nos ha libertado
Del férreo cetro y del servil estado.»
Los niños y doncellas,
Las matronas y ancianos,
Cortarán flores bellas
Para esparcirlas so la tumba ufanos,
Donde en pompa y grandeza
Repose laureada su cabeza.

El Patriota.»

«AL GENERAL D. JUAN MARTÍN EL EMPECINADO

Por más que crujas, envidioso, el diente,
El gran don Juan Martín será loado;
Su fama pasará de gente en gente
Hasta el fin de los siglos, sí, menguado.
Es entre los valientes el valiente,
Es entre los patriotas el dechado;
Y el que lunares oponer intente
A este esforzado y sin igual guerrero
Es un vil, un cobarde, un embustero.

C B.»

—

El rudo labrador de Fuentecén llegó bien pronto á ser el temible capitán.

A su tiempo hicimos el retrato físico de D. Juan Martín.

Réstanos indicar que, desde que salió á campaña, fué un padre para los desdichados labradores y un protector constante de las míseras poblaciones, á las que salvó de la rapacidad francesa á costa de los mayores sacrificios; jamás impuso contribuciones ni vejámenes á los pueblos; fué muy parco en exigir bagajes, y éstos generalmente para los heridos ó enfermos; mantuvo la más severa disciplina entre sus guerrilleros, á los que consideraba como hijos, y en la cuestión de vestuarios y raciones aceptó lo que el Gobierno, los particulares y las suscriciones públicas le enviaron para uniformes y armamentos, y lo que los pueblos voluntariamente le suministraron para el mantenimiento de su división.

D. Juan Martín era el primero en la batalla, ocupando siempre el puesto de mayor peligro y animando á sus guerrilleros con el ejemplo.

De corazón sensible ni fusiló bonapartistas, á no ser en casos extremos, ni siquiera á los españoles juramentados que cogía, remitiéndolos á Valencia, Alicante ó Ciudad-

© Biblioteca Nacional de España

Rodrigo, y todo prisionero fué para él sagrado.

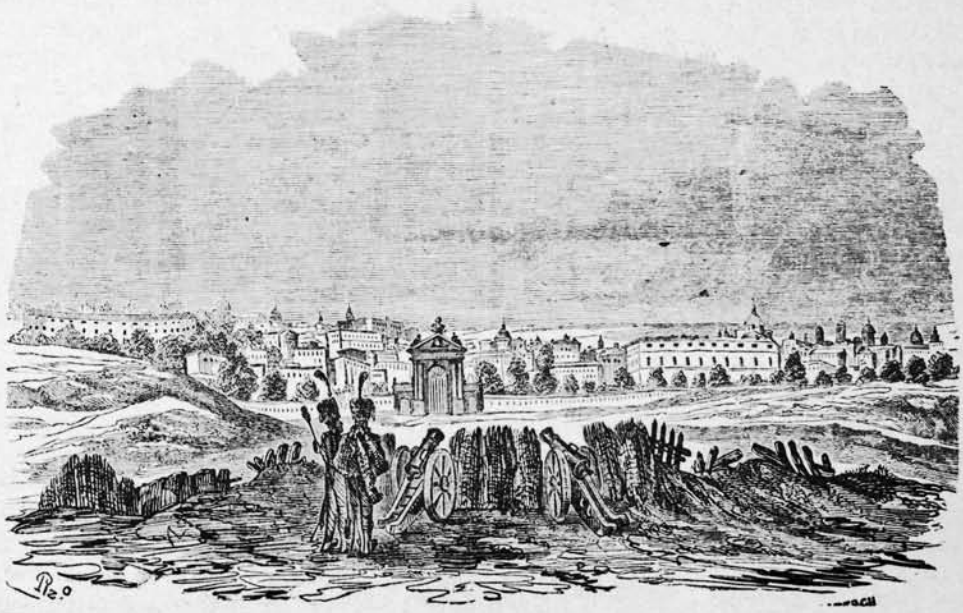
No molestaba á sus tropas sin necesidad, pero tampoco las mantenía ociosas, ni menos las escaseaba fatigas cuando lo juzgaba necesario.

Tan resuelto protector como era de los buenos patricios, mostrábase de enemigo con los malos españoles, así de los campos como de las ciudades.

Los fondos del Estado, como los de los particulares, fueron escrupulosamente respetados por D. Juan Martín.

Habiendo detenido á los alcaldes de Poyos, Buendía y Jadraque, que llevaban dinero y plata labrada á los franceses en pago de la contribución que habían impuesto á dichos pueblos, *El Empecinado*, á quien quisieron entregarlo, se lo devolvió para que á su vez lo devolviesen á sus dueños, dándoles un documento que acreditase ante los imperiales que él se había apoderado de todo por la fuerza.

Enemigo de manejar caudales, así que recibió la orden de alarmar la provincia de Madrid nombró un jefe militar que cuidase



VISTA DE MADRID

de la formación de los nuevos cuerpos, de recibir y distribuir los uniformes, armamento, caballos ó donativos que recibiera su división.

De algunos soldados extranjeros prisioneros ó pasados á sus banderas formó una compañía titulada de flanqueadores, á fin de desmentir las voces de los jefes franceses de que fusilaba á los que se pasaban, logrando así la deserción de algunos miles.

—

En prueba de sus ideas liberales, vamos á transcribir la carta que envió al periódico *El Redactor General* el 20 de Marzo de 1814:

«Señor Redactor: En el periódico titulado *Procurador General de la Nación y del Rey*, de 5 de Febrero de 1814, he visto por acaso un artículo firmado por *El Empecinado*, en el que se ataca la conducta de algunos señores diputados de las Cortes extraordinarias y de las actuales, con ocasión de tratar sobre las excelencias de la Constitución y de la responsabilidad que impone á los infractores de ella. El nombre *Empecinado* se ha hecho extensivo, no sólo á todos los guerrilleros, sino á todos los que son ó quieren decirse verdaderos patriotas, y podrá suceder que el autor del artículo, cualquiera

© Biblioteca Nacional de España

que sea, haya tomado el nombre de *Empecinado* en uno de los sentidos indicados. Sin embargo, para deshacer cualquiera equivocación, acaso perjudicial, he creído conveniente manifestar al público que no he sido el autor del expresado artículo; no conozco á ninguna de las personas que en él se expresan, y me son absolutamente extraños los hechos que se refieren. Desde que empuñé la espada, dediqué todas mis atenciones y cuidados á combatir contra nuestros enemigos los franceses, y los españoles sus sectarios. Jamás me ha ocurrido la manía de distinguirme por la imprenta, y mucho menos decidiéndome por uno de los dos partidos exaltados que afligen á la nación, y que atizados por el genio de la discordia, de la ambición y de la hipocresía, de tal manera pueden aumentarse y encenderse, que sobre empañar el lustre que nos distingue de todas las naciones del mundo, nos precipite en el abismo en que no han podido confundirnos las sanguinarias legiones del Corso. Yo soy un español, y nada más; mi partido es *la independencia y libertad de mi patria, y su mayor prosperidad*, afianzadas en la Constitución. Por mi instituto sólo me toca obedecer á mis superiores; pero si (lo que Dios no permita) llegare un día en que se quebrantare el orden... ¡me extremece el imaginarlo!... Si llegare ese desventurado día, tiemblen los que bajo cualquiera cubierta se desvíen maliciosamente de los verdaderos intereses de la heróica, de la indomable España, y que traten de mancillar los laureles recogidos á costa de tanta sangre derramada: mi saña y mi coraje, y el de todos los buenos los perseguirán hasta exterminarlos, y lavar con su sangre las ofensas que irrogaren á la nación más justa, más valiente y más generosa de la tierra.

Sírvase V., señor Redactor, insertar en su periódico estas manifestaciones, que tal vez será útil que lleguen á noticia de todos, y en ello recibirá especial favor, su atento y seguro servidor Q. B. S. M., *Juan Martín Díez, el Empecinado.*»

El periódico añadía:

«D. Juan Martín es un verdadero español, y prescindiendo de términos y voces que nada significan, podemos decir que se conoce que ha presenciado los abundantes raudales de preciosísima sangre española que nos ha costado el asegurar nuestra libertad, y constituir nuestro actual Gobierno legítimo. ¡Plegue á Dios no llegue el día en que tenga que empuñar la espada contra los agentes del despotismo interior, quien con tanta gloria la desenvainó contra los agentes del despotismo extranjero!»

—

Si estimado y querido fué D. Juan Martín de los generales españoles D. Gregorio de la Cuesta, D. Joaquin Blake y D. Francisco Javier Castaños, estimado y querido fué de lord Wellington, y muy considerado de los generales franceses, unos deseando, como Belliard y Hugo, ganarle para la causa de Napoleón; y otros, como Suchet, no permitiendo tomase las armas el número de oficiales, que conforme á la capitulación le remitió el *Empecinado* de los que cogió en Calatayud, sin enviarle otro igual de españoles que tenía en su poder, á pesar de no estar obligado á ello, y un cadete cogido herido gravemente y curado en Zaragoza con todo esmero, expresando al comandante de aquella guarnición que para él *valía mucho un cadete del Empecinado.*

Ni las calumnias y encierros de que fué objeto en los primeros tiempos; ni la prisión de su anciana madre primero, y luégo de su querido hermano Manuel; ni las pomposas ofertas del enemigo si se pasaba á su campo; ni la destrucción de su división por la estúpida Junta de Guadalajara, ayudada por el marqués de Zayas; ni la traición de su segundo Abuín; ni las conspiraciones de Villagarcía, que sublevaron sus batallones; ni sus muchas y crueles heridas; ni algunos descalabros de que fué víctima en tan larga y porfiada lucha, nada pudo abatir su levantado espíritu, ni domar su altivo carácter, ni aterrar su gran corazón, mostrándose á cada nuevo revés más firme y más leal en pro de la santa causa de la independencia.

Nunca pidió al Gobierno empleos para él, rogando tan sólo que se aumentaran sus fuerzas y se le proporcionaran oficiales entendidos para instruir y organizar sus tropas, y solicitando gracias y ascensos para los oficiales y soldados que combatían bajo

© Biblioteca Nacional de España

su mando. Todo para ellos, nada para él.

Exento de orgullo, de vanidad y de ambición, sus hechos fueron su mejor historia, y sus hazañas, su patriotismo y su desinterés le conquistaron esa corona inmarcesible que los pueblos sólo colocan sobre la frente de los héroes.

En los dos años que operó en la Alcarria y Cuenca, pasaron de ciento las acciones que riñó con los franceses, muchísimas afortunadas y todas gloriosas para sus armas.

Su solo nombre imponía á los imperiales, aun encastillados, como solían mantenerse, en las antiguas fortalezas de aquella comarca, corazón, puede decirse, de la tan famosa Celtiberia, por temor á las algaradas del *Empecinado*, que nunca cesaba de atalayarlos y sorprenderlos.

No es, pues, extraño que, al solicitar en 1814 y obtener de Fernando VII la gracia de que se le permitiese unir á su apellido el de *El Empecinado*, manifestara en una exposición, desde entonces célebre, que ese honroso título se había hecho extensivo, por la notoriedad de sus relevantes servicios y el terror y escarmiento que había logrado imponer á los enemigos, no sólo á los partidarios sino á los españoles de todas clases, adictos á la justa causa de la nación (1).

Víctor Hugo, el hijo del general, decía en su pintoresco lenguaje:

«No entraré en los pormenores de aquella guerra de montaña, que era una repetición de la que el general había hecho en el Apenino; pero entre aquellas dos guerras había una diferencia esencial; en Italia, los habitantes estaban contra las partidas y en España con ellas.

Y era que España se alzaba toda para rechazar la dominación extranjera.

Imposible saber por dónde había escapado el *Empecinado;* los aldeanos daban falsas noticias, y lo más frecuente era encontrar los pueblos desiertos, habiendo ocasión en que se anduvo ocho días seguidos sin haber visto á nadie.

Antes de escaparse destruían lo que no podían llevarse; no se hallaba pan ni carne, y consumida la galleta las tropas se morían de hambre.

Convoy que no llevara por escolta la fuerza toda puesta á las órdenes del general Hugo, podía darse por interceptado; columna volante que marchase por la zona de operaciones del *Empecinado*, iba medio derrotada; tan penetrados estaban los franceses que la componían del destino que les esperaba, que no pocas veces huyeron sin pelear, á la sola presentación del guerrillero.

Mientras iba de Sigüenza á Guadalajara ó de Brihuega á Molina en busca del *Empecinado,* aparecía éste en Cuenca ó sorprendía la Casa de Campo en Madrid, esperando atrapar al mismo intruso, que solía ir á ella en busca de solaz y descanso.

El general Hugo, desorientado casi siempre respecto á las maniobras de su contrario, concluyó por sentirse desalentado, y después de cerca de dos años de contínuas fatigas, de fracasos y disgustos, pidió su relevo y regresó á Madrid para abandonarlo después á su rival que entró al lado del vencedor de los Arapiles.»

Una anécdota curiosa.

Persiguiendo al jefe de una columna que había derrotado y puesto en fuga, y separados más de media legua del resto de la fuerza, el jefe francés hizo alto y le esperó, intimándole la rendición.

El Empecinado le dirigió un sablazo, pero al tercer golpe le desarmó el francés, gran tirador, dejándole descubierto.

Conociendo el peligro en que estaba, pues el francés era un valiente, se abalanza al cuerpo de éste saltando á su caballo y vienen juntos al suelo, cayendo el francés encima, que era un gigante y le sujetaba; en tal situación le da un bocado en la nariz, quedándose con un trozo de ella en la boca, y el francés, al dolor, afloja y el *Empecinado* logra darle la vuelta, y poniéndole la rodilla al pecho le ahoga con sus manos.

Cuando el asistente de D. Juan Martín llegó sólo encontró el cadáver del francés.

Veamos cómo se ocupó del *Empecinado* el eminente orador y publicista D. Salustiano Olózaga:

«No ha llegado aún, ni llegará en mucho tiempo, el día en que se haga el paralelo

(1) Arteche.

© Biblioteca Nacional de España

entre Viriato y nuestros más ilustres guerrilleros de la guerra de la Independencia. Estamos muy cerca todavía de este inmenso y magnífico cuadro, y no podemos verlo en toda su grandeza.

Yo tuve la fortuna de conocer á Mina y al *Empecinado* en mi juventud.

Era yo demasiado joven en la época constitucional en que le conocí, del 20 al 23, y puedo decir muy poco. Recuerdo, sin embargo, con grande interés y con tanta exactitud como si fuera ayer, el día y la ocasión en que por la primera vez le ví y oí, y apenas puedo decir que le hablé, porque ni su natural bondad, ni la llaneza de su trato fueron parte para que yo dominase el sentimiento de admiración y respeto que me infundió la presencia de tan distinguido liberal y afamado guerrero.

No sabía yo que el *Empecinado* había llegado á Madrid; pero al ver en la tertulia del Sr. Flores Calderón, á donde se reunían otros diputados de Castilla y algunos de los hombres más distinguidos de aquella época, una persona desconocida para mí, de constitución hercúlea, aunque no de elevada talla, de atezado color, de aspecto apacible, pero de mirada penetrante, sencillo por demás en el vestido, y de modales nada cortesanos, algo tardo, pero expresivo, en el decir, á quien todos consideraban y oían con gran deleite, tuve por cierto que aquel á quien mis ojos contemplaban era el héroe mismo cuyas hazañas, que de boca en boca corrían, habían sido el encanto y asombro de mi niñez.

. . . . . .

. . . . . .

Empecinado se hizo sinónimo de patriota, de hombre dispuesto á sacrificarlo todo por la independencia y la libertad de España. Ese es muy *empecinado* era el elogio mayor que en el lenguaje de aquel tiempo se podía hacer del que más se distinguía en el servicio de la causa de la nación. *Aquí todos somos empecinados*, decía un pueblo que se negaba á capitular con el enemigo. ¿En qué país, en qué época, ni antigua ni moderna, se ha visto que el entusiasmo popular trueque ó confunda el nombre de su propia nacionalidad con el apodo de un oscuro ciudadano? ¡Honor singular y el más alto que en vida puede alcanzar el más digno y afortunado!

Era el *Empecinado* de sentimientos humanos, de blando carácter, de alma enérgica, de corazón desinteresado, sobrio, indiferente á las grandezas, de genio militar y de un gran instinto guerrero, firme, activo, prudente, disciplinado.»

El *Empecinado*, dió al promulgarse la Constitución de 1812, una prueba de su claro entendimiento y de la nobleza de su carácter. Se hallaba á la sazón en la provincia de Cuenca mandando una numerosa y muy disciplinada división, y poniéndose al frente de ella dijo á todos que si había alguno que no estuviera conforme con el nuevo régimen, podía dejar las armas sin ningún temor; pero que los que por su voluntad quedaran habían de defender desde aquel día las instituciones liberales de la patria como habían defendido su independencia.

* * *

D. Nicolás Isidro tomó parte á las órdenes del *Empecinado* en la acción de 20 de Abril de 1813 en los campos de Alcalá de Henares.

Fué nombrado interinamente jefe del batallón *Tiradores de Madrid*.

Más tarde concurrió al bloqueo de Tortosa con la quinta división del 2.º ejército, mandando el regimiento *Tiradores de Sigüenza*, con el que rechazó diversas salidas de los sitiados, batiéndolos por completo en las del 3 y 13 de Marzo de 1814.

* * *

Su hermano D. Dionisio Jorge, por consecuencia de la grave herida que recibió en la cabeza en el ataque de Cuenca, de que hablamos á su debido tiempo, contrajo un reuma tan doloroso que le imposibilitó para el servicio, y á consecuencia de un reconocimiento que los médicos le hicieron por encargo del *Empecinado*, obtuvo la licencia absoluta, con encargo el ministro de Gracia y Justicia de tenerle muy presente en todas sus solicitudes, pasando á ejércer el sacerdocio.

© Biblioteca Nacional de España

D. Juan Downie.—Jáuregui.—Ambrosio Carmena (El Pellejero).—Manso.—D. Juan López Campillo.—Abecía.—D. Mariano Renovales.—D. Francisco Puga.—Poesía á los «Empecinados» (guerrilleros).—Dos noticias.

D. Juan Downie, cuya bravura no habrán olvidado nuestros lectores, publicó el 13 de Marzo de 1814 la siguiente carta en *El Redactor General*, que completa su historia:

«Señor Redactor: Como hay circunstancias tan críticas en que un hombre de honor no puede callar sin comprometerse, me atrevo á suplicar á V. tenga la bondad de insertar en su periódico estas líneas, á fin de que por este medio sean leídas de todos.

El haber trabajado incesantemente por la libertad de la heróica nación española desde mi venida á la Península, ha sido siempre mi distintivo y será gloria de mis días, reconocido á los favores con que en élla se me ha honrado; pero como después de las continuadas fatigas para levantar un cuerpo de 3.000 hombres de infantería y caballería, me he encontrado con que esta última haya sido abandonada durante el tiempo en que el Excmo. Sr. D. Juan O'Donojú ha tenido á su cargo el despacho de la secretaría de Guerra, y como los oficiales de esta arma no hayan conseguido aún sus despachos, que de derecho les pertenecen, á pesar de las justas y reiteradas reclamaciones que para esto he hecho al dicho señor ministro, no puedo menos de insertar al pie copia del documento que se me pasó de orden de la Regencia del Reino por el anterior ministro de la Guerra, D. José María de Carbajal.

El deseo de que los oficiales de caballería de la *Legión Extremeña*, que tan brillantemente se han portado, vean claramente que una vez comprometido con ellos nada he perdonado para corresponder por mi parte al afecto que me han mostrado y á los sacrificios que han hecho á mi vista por la libertad de España y el anhelo de que todos sepan que esta caballería, de que ahora no se habla, no ha recibido desde la época del adjunto documento ningunos auxilios, ni nunca más vestuario, monturas, etc., que los que yo traje de Inglaterra, me obligan imperiosamente á exponer á la vista de la nación este papel, que, haciéndome demasiadas honras, pudiera acaso parecer en otra ocasión manifestado por la vanidad. Pero como la desconozco, y esta es, en mi modo de entender, la mejor satisfacción que puedo dar á los dignos oficiales de aquel cuerpo, me atrevo á remitírselo á V., seguro de qu su lectura hará conocer si es ó no justo que se halle abandonada, y quién es la persona que tiene la culpa de este abandono.

Queda de V. su atento servidor Q. S. M. B. —*Juan Downie.*»

Según el citado documento, á principios de 1810 se presentó D. Juan Downie, entonces Comisario general británico, al marqués de la Romana y Junta de Extremadura en Badajoz, manifestando sus deseos de levantar una legión con el nombre de *Legión Extremeña;* que concedido el permiso marchó Downie á preparar armas, vestuario, etcétera; que en uno de sus viajes á Badajoz se batió con el enemigo el 21 de Junio, saliendo herido, á presencia de La Romana.

El 22 de Julio fué nombrado por la Regencia coronel de esa legión, y á fines del año 10 y principios del 11 ya estaba en Lisboa el armamento y vestuario para élla.

Muerto La Romana, acudió Downie á las Cortes, que en 9 de Febrero de 1811 mandaron á la Regencia que le manifestase su reconocimiento por los leales sentimientos que había acreditado, y que se realizase la reunión de los 3.000 hombres que debían componer la legión, á consecuencia de lo cual comisionó la Regencia al segundo general del 5.º ejército, y luégo á Castañón, quien condujo el asunto hasta dar á la legión la forma de división, en batallones la infantería y la caballería como la del ejército. Aprobado todo el 11 de Setiembre de 1811, se expidieron los reales despachos al *Batallón tiradores de Badajoz*, con el cual, y la fuerza ya reunida, comenzó á obrar con el 5.º ejército, distinguiéndose todos á ejemplo de Downie, en la acción de Espartinas, el 4 de Abril de 1812, debiéndose llamar *primero de la legión*, y hacerse la justificación mandada en el artículo 22 del decreto de la creación de la cruz de San Fernando, nombrando en 10 del mismo Abril brigadier á D. Juan Downie. La caballería, igualmente distinguida siempre, se señaló particular-

© Biblioteca Nacional de España

mente en la batalla Arroyo del Puerco, el 28 de Agosto de 1811, y en Arroyo Molinos el 28 de Octubre del mismo año, haciendo 200 prisioneros al enemigo, y mereciendo las gracias del general.

Hallándose en Cádiz después de la función de Espartinas, y sabiendo que se preparaba una expedición al condado de Niebla, á las órdenes del general Cruz Mourgeron, solicitó el ir en ella, y lo consiguió con el mando de segundo, habiendo desalojado á los enemigos de Sanlúcar la Mayor el 25 de Agosto y entrado en Triana el 27 á viva fuerza, después de dos heridas, una de consideración sobre una ceja. Siguió con élla al frente de sus soldados, animándolos hasta que una bala de metralla le derribó mal herido y fué hecho prisionero él, pero no su espada, que arrojó á los suyos porque el enemigo no se la quitara. La Regencia, por último, para dar á Downie una muestra de su aprecio le concedió la cruz de Carlos III en Octubre de 1813.

* * *

Lo mismo que á Downie, le ocurrió al valiente Jáuregui, que al concluir la guerra se vió olvidado por el rey y en la miseria, quizá porque Fernando conocía sus opiniones liberales. Los Sres. Larreta y Calvetón, comandantes que habían sido de sus batallones, y 150 oficiales más, se vieron obligados á elevar una Exposición al Rey exponiéndole la triste situación en que se hallan.

* * *

Al terminar la guerra de la Independencia tenía Ambrosio Carmena *(El Pellejero)* el nombramiento de comandante por la Junta Central, pero rehusó todo empleo militar diciendo que no merecía premio servir á la patria y al rey, y que cien veces volvería á hacerlo, contentándose con 10.000 reales de los premios señalados por las Cortes á los beneméritos de la patria, que empleó en arreglar sus tierras, volviendo á Arges, su pueblo natal, á cuidar de su modesto patrimonio, «satisfecho por haber sido un buen cristiano, un hombre honrado y un buen patriota, que en los cinco años que guerreó mató por su mano 67 franceses, vengando por igual la violación de su esposa y la invasión de su patria.»

* * *

Un rasgo para terminar la historia del valeroso caudillo D. José Manso.

Al entrar Fernando VII en Figueras, el mismo Suchet recomendó á Manso, asegurando al rey *que era uno de los españoles que más guerra le habían hecho.*

Con motivo del paso del rey por Barcelona formó la brigada de Manso desde San Andrés á Beays, y Manso con el Estado Mayor se adelantó á recibir al monarca hasta el río Besós.

Manso acompañó al rey al extremo de la línea de su brigada, donde le pidió licencia para retirarse; al concedérsela le dijo que fuese á comer con él en Molins de Rey. En la mesa se reunieron todos los generales de los ejércitos español é inglés que se hallaban en el bloqueo de Barcelona, pero el rey parecía no ver más que á Manso, y durante la comida le sirvió por su propia mano de tres platos.

El 31 de Octubre de 1814 fué ascendido al empleo de brigadier, y el 29 de Noviembre fué expedido en su favor el segundo premio de la cruz de San Fernando, pensionada con 10.000 reales anuales.

Manso había solicitado seis premios de la misma cruz, conforme al Reglamento de las Cortes; se falló en el tribunal de Guerra y Marina, presidido por el infante D. Carlos, y sin embargo de haberse reconocido que todas las acciones de que se trataba eran distinguidas y brillantes, no se le concedieron más que tres con la pensión de 10.000 reales.

Evacuadas por los franceses las plazas de Tortosa, Figueras y Barcelona, se encargó á Manso de guarnecer la ciudadela de esta última.

* * *

Resumen de la historia del bravo guerrillero santanderino D. Juan López Campillo, durante la guerra de la Independencia.

© Biblioteca Nacional de España

El total de muertos y heridos que tuvieron las tropas que le combatieron y las suyas durante la campaña fué el siguiente:

Franceses: 969 muertos, 1.836 heridos y 174 prisioneros.

De las fuerzas de Campillo, 138 muertos, 380 heridos y 19 prisioneros.

Creó un escuadrón de caballería de 100 hombres, con el nombre de *Húsares de Cantabria*, y un regimiento de 1.200 plazas que estuvo mandando y se denominó *Segundo de Tiradores de Cantabria*.

Pasó diversas proclamas en idiomas extranjeros para atraer á los enemigos al partido de España, y consiguió especialmente en 1810 la deserción de centenares de prusianos, alemanes, italianos y aún de franceses, que se incorporaron unos en el regimiento de su mando y otros en las partidas más inmediatas y en el ejército español.

Tuvo mucho cuidado en conservar puntos seguros de refugio para sus heridos y para los prisioneros.

Estableció fraguas y sostenía armeros para la composición del armamento.

No dispuso nunca de fondos ni caudales públicos para mantener y vestir sus fuerzas.

El país le socorría espontáneamente con todo género de auxilios militares.

Se privaba de sus propios haberes y comodidades, y cuando carecían sus soldados de raciones, vestuario y calzado, lo sufrían con la mayor resignación.

Los pueblos veian en él una segunda Providencia, por su moderación, amor al orden y disciplina que observaban los suyos.

Los depósitos de municiones de guerra los tenía en Liendo, alturas de Hoz de Marrón y valle de Soba; este sitio era su cuartel general; allí formaba sus planes de campaña, trazaba excursiones é improvisaba las más rápidas acometidas.

Su valor rayaba á gran altura.

Por su inteligencia y patriotismo ocupó un distinguido puesto entre nuestros primeros guerrilleros.

* * *

Al darse por concluída la guerra con Francia en el mes de Abril de 1814, el bizarro D. José Abecía fué nombrado comandante de escuadrón con la antigüedad de 1.° de Enero del año 1812, lo que demostraba cómo desde los últimos años de la campaña los guerrilleros se habían visto desatendidos cuando no olvidados por completo.

* * *

El periódico *El Conciso* publicaba en su número correspondiente al 22 de Marzo de 1814 la siguiente noticia:

«Bilbao 19 de Marzo.

Escriben de Londres que el día 3 del actual se hallaban en Portmouth el mariscal de campo D. Mariano Renovales y 35 oficiales fugados de Francia.»

No habrá olvidado el lector que Renovales fué aprisionado por los imperiales en Agosto de 1812 en Carvajales de Zamora cuando iba á tomar órdenes de lord Wellington.

* * *

De otro valiente guerrillero debemos ocuparnos, sintiendo con toda el alma que la tardanza que han sufrido los documentos que á él se refieren no nos permita extendernos lo que él merecía y nosotros desearíamos, enviando á su nieto, el antiguo é ilustrado escritor D. Perfecto F. Ulloa, el testimonio de nuestra gratitud.

D. Francisco Puga, natural de Beade (Galicia), era hijo de una noble familia y muy entusiasta de España y de su gloriosa independencia.

Al ver invadida su querida patria tomó las armas y levantó á su costa una partida de guerrilleros al frente de los cuales ejecutó muchas y notables proezas, distinguiéndose notablemente en los combates del Rivero de Abia.

Cuando el ataque de Vigo, en los comienzos de la guerra, fué uno de los primeros que asaltaron el castillo de San Sebastián, ocupado por los franceses, la noche del 27 de Marzo de 1809.

Reconocido capitán, en justo premio á sus hazañas, fué destinado al regimiento de infantería ligera, 1.° *del Rivero*, el 19 de Agosto del citado año.

© Biblioteca Nacional de España

Peleó el Sr. Puga como lo que era, como un valiente, en las acciones de Castro-Gonzalo en los días 8 y 11 de Noviembre.

Estuvo en las avanzadas de la 4.ª división durante el cerco de Astorga (Marzo y Abril de 1810), siempre animoso y siempre resuelto.

Por desgracia, en la acción del 14 de Abril, en Combarros, lugar de 70 vecinos, á legua y media de Astorga, recibió una gravísima herida en la ingle derecha que le obligó á retirarse á Galicia, su país natal, en busca de curación.

Regresó de nuevo al campo del honor en el mes de Agosto.

El 6 de Febrero de 1811 tomó parte en la batalla de Cornella, por un esfuerzo de su indomable valor, pero bien pronto hubo de obtener el retiro imposibilitado por la citada herida de continuar aquella campaña tan penosa y en la que toda salud era poca.

El Sr. Puga, lo mismo al frente de la guerrilla que levantó y sostuvo con sus bienes, que á la cabeza de la compañía cuyo mando se le confió, al igual de paisano que de soldado, mostró siempre que era un verdadero patriota y un hombre de esforzado corazón, al que sólo apenaba la idea de haberse imposibilitado y no poder seguir combatiendo por su amada patria.

*
* *

El *Diario de Avisos* publicó en 1814 el siguiente «Elogio á los famosos *Empecinados* (1), azote cruel de los franceses, y en mucha parte restauradores de España.»

DÉCIMAS.

Los grandes *Empecinados*
Con sus tajos y reveses,
Son el terror de franceses
En mil triunfos confirmados;
Son los mejores soldados
En incesante campaña,
Pues con su táctica extraña,
Y destreza nunca vista,
Son en tan rara conquista
La restauración de España.
Don Juan Martín es primero
El fundador de esta tropa,
Que admira toda la Europa
Y venera el mundo entero;
De este modelo guerrero
Imitaron las acciones
Intrépidos campeones
Con heróica competencia;
Pues en valor y prudencia
Son Viriatos y Escipiones.
Mina, Sánchez, Palarea,
Rovira, Tapia, Merino,
Longa, Abril y un *Pastor* fino
Forman bélica asamblea;
Y porque junto se vea
Este marcial escuadrón,
Sus compañeros lo son
El intrépido *Fermín*,
Abad ó *Chaleco*, en fin,
De no inferior corazón.
Del insigne *Mundideo*
(Postrado de enfermedad)
Sus soldados la orfandad
Gimen del hispano Anteo;
A las plantas por trofeo
De estos guerreros lucidos
Miles galos foragidos
De varias suertes quedaron,
Pues rara vez se escaparon
De ser muertos ó rendidos.
Francisquete y *don Ventura*
Murieron gloriosamente,
Y este honor perpetuamente
Sus famas los asegura;
Otros cuatro mi escritura
Debiera pasar en blanco,
O borrar el sucio flanco
De traidora apostasía;
Estos son *Villagarcía*,
Sauquillo, *Mesa* y el *Manco*.
De este patriótico bando
Otros muchos con fervor
Mil prodigios de valor
Sin cesar están obrando;
Y pues el irlos nombrando
Fueran largas relaciones,
Digamos por conclusiones
Que los galos insolentes,
De los *brigans* ó *insurgentes*,
No olvidaron las lecciones.

—

Perdonad, nobles guerreros
Lo rústico de mi acento;
Para cantar tal portento
Saldrán Virgilios y Homeros.

D. R.

(1) Este nombre se dió por extensión á todos los guerrilleros para ensalzarlos más.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

Al terminar nuestro trabajo podemos comunicar dos buenas noticias á nuestros lectores: primera, que el Gobierno ha concedido á D. José Romeu, nieto del insigne guerrillero, cuya historia reseñamos en el quinto cuaderno de este tomo, merced de título de Castilla con la denominación de conde de Sagunto, libre de derechos, por acuerdo unánime de las Cortes (Julio de 1888); y segunda, la creación de una Junta encargada de erigir un monumento destinado á perpetúar la memoria del teniente D. Jacinto Ruiz, uno de los héroes del 2 de Mayo en el parque de Monteleón.

Acuerdos tan justos como nobles, pues no hay que olvidar que las naciones se honran al honrar á sus preclaros hijos.

Calvario de los liberales.

A la intervención del mismo rey se debió que las causas de los presos se sustanciaran rápidamente, ayudándole en tan *meritoria* empresa los diputados D. Blas Ostolaza, don Bernardo Mozo de Rosales y el conde de Montijo, el último de los cuales, según cuenta la historia, asociado al conde de Buenavista, declaró una increíble falsedad, á saber, que varios de los liberales presos, reunidos en un café de Cádiz, entre sorbos de café y copas de licor habían discutido la personalidad del rey, y poco á poco le habían ido juzgando hasta llegar á sentenciarle á muerte.

¿Y cómo, si él se hallaba presente, lo consintió? Y si no se hallaba, ¿cómo, y por quién lo supo?

A pesar de que el principal de los jueces, D. Ignacio María de Villela, extendió las indagatorias á los parientes de los presos, á sus amigos y conocidos, y hasta sus criados y vecinos, la causa no adelantaba un paso. Naturalmente, pues no había motivo para ella.

Cuéntase que el clérigo Ostolaza, aquel inmoral sacerdote, que después de rezar maitines con el hermano del rey, el infante D. Carlos, bendecirle la cama y rociársela con agua bendita, salía de palacio en busca de aventuras amorosas, y que sedujo á las infelices niñas puestas bajo su amparo en la casa de caridad de Murcia, deseando proporcionar á Fernando el gusto de ver pronto sentenciados á los liberales presos, rompió el sagrado del misterio que hasta entonces había cubierto las sesiones secretas de los diputados, no para realizar una noble acción sino para cometer la mayor de las infamias, afirmando que en ellas se había insultado al monarca.

Tan absurda era la especie que para demostrarlo bastaría haberle preguntado, ¿cómo él al oirlo no se levantó de su asiento á protestar? Y si esto le parecía expuesto ó atrevido, ¿cómo no dimitió su cargo, abandonó á España, y una vez fuera de ella publicó el hecho?

Quiso Macanaz ayudar á Ostolaza y proporcionar á Fernando un día de júbilo, y para ello remitió á la Sala de Alcaldes de Casa y Corte una Memoria, compendio de la historia de los dos Congresos, el de las Cortes Constituyentes y el de las Cortes ordinarias, mencionando los oradores que más se habían distinguido en ellas por sus opiniones liberales; pero aunque examinada con el propósito de hallar motivos para sentenciarlos, la Sala, después de oir el informe del fiscal, y á pesar de que éste no pecó de blando, opinó, como los jueces encargados de la formación de la causa, que no había motivo para el procesamiento de los liberales encarcelados.

Tres comisiones distintas se nombraron para juzgar á los reos, y á pesar de los grandes deseos del rey, del empeño de sus ministros y de la tenacidad de los jueces, ninguna halló motivo para juzgarlos, ni menos para sentenciarlos.

Tres meses llevaban de rigurosa prisión los liberales, víctimas de la más absoluta incomunicación.

El 1.º de Julio, el fiscal del Consejo de Castilla, D. Antonio Segovia, informa á la Comisión de Policía la imposibilidad de castigar á los diputados presos cuando los demás individuos de aquellas Cortes se pasean libres. La Comisión insistió en que el fiscal encontrara razones para el proceso, y el señor Segovia, temeroso de caer en desgracia ante el rey, presentó el 17 un nuevo infor-

© Biblioteca Nacional de España

me en el que exponía unos cargos ilusorios.

Como esto no satisfacía al monarca, se envió la causa á uno de los tribunales ordinarios, cuyo fiscal, D. Mateo Zendóquiz, antiguo empleado del Consejo, que en Cádiz había felicitado á las Cortes (28 de Marzo de 1812) por la Constitución, manifestó, como al principio lo hizo Segovia, que no podía sustanciarse la causa si no abarcaba á todos los diputados; semejante actitud, y la de los jueces resueltos á sostener el dictamen de su fiscal, obligó al Gobierno á quitarle la causa.

A principios de Setiembre se nombró un nuevo tribunal, y era el tercero, una junta extraordinaria llamada *Comisión de Estado*, que sólo debía sujetar sus fallos á la sanción del monarca, sin atender á más ley que al capricho de Fernando, compuesta del capitán general de Madrid, el célebre general Arteaga, del conde del Pinar, del ex-consejero y diputado en las Cortes de Cádiz, don Andrés Lausaca, del ex-regente Mosquera y de Galiano.

Digamos algo acerca de ellos.

Arteaga era un general que había ascendido en las antesalas de palacio, imbuído en todas las máximas del despotismo, muy lego, muy adusto, muy insociable, instrumento ciego, materia dispuesta á toda obediencia rendida y sin límites.

El conde del Pinar fué uno de los afrancesados enviados por Murat con el célebre poeta Meléndez Valdés á Asturias para rendir el antiguo principado á Napoleón, y que presos en Oviedo estuvieron á punto de ser ahorcados, debiendo su salvación á alguno de los mismos liberales que iba á juzgar. Se le consideraba tan cruel, que su nombre causaba espanto, habiendo sido el inventor de los *apremios* ó esposas, que apretando los dedos del preso, se hincan con sus dientes entre la uña y la carne: un verdadero Torquemada, en fin.

D. Andrés Lausaca fué en las Cortes uno de los individuos del bando llamado *servil;* pero si aquellas Cortes tenían delito y él había pertenecido á ellas sin protestar de sus actos debía ser reo y no juez.

Mosquera, elegido regente en representación de América, no sólo juró la Constitución en 1812, sino que felicitó pomposamente á las Cortes por su grande obra.

De Alcalá Galiano ya dijimos antes quién era y lo que había hecho.

Estos jueces, la mayoría de los cuales habían sido liberales y sostenedores de la Constitución, los elegía Fernando de intento, seguro de que, nuevos en el partido realista y ansiosos de hacer olvidar sus pasadas opiniones, juzgarían á sus antiguos compañeros con inusitado rigor.

Aunque el Consejo de Castilla representó al rey contra el nombramiento de dicha Comisión, acto que consignamos para honra suya, y pidió que los reos no fueran arrebatados á la jurisdicción ordinaria, su dictamen fué desatendido.

A los seis meses se puso en comunicación á los presos, no por espíritu de justicia, sino porque había llegado la hora de juzgarlos.

El fiscal D. Mateo Zendóquiz recibió de nuevo el encargo de sumariar á los reos; pero esta vez, ganado por el Gobierno, y por orden del rey, se propuso encontrarlos culpables y presentó una demanda solicitando pena de muerte contra el conde de Toreno, que había logrado escapar, contra Argüelles, Calatrava, García Herreros y Martínez de la Rosa. Asombrado uno de los jueces le increpó por su conducta, y Zendóquiz respondió:

—«Cierto que nada resulta contra ellos, pero aun solicitando la pena de muerte todavía no cumplo exactamente el encargo que he recibido de la superioridad.»

¡Terrible confesión!

Argüelles y Calatrava opinaron no defenderse y recusar por jueces á los individuos de la tal *Comisión*, pero los demás presos opinaron que el silencio podía ser tomado como falta de razón, y al fin acordaron la defensa, pero protestando contra la ilegalidad de los procedimientos y la incompetencia de los comisionados, siendo notabilísimos los alegatos que, escritos en sus lóbregos calabozos, presentaron García Herreros y Canga Argüelles, considerando á la Comisión como un tribunal exótico que atropellaba todas las leyes.

Tan grave pareció el escrito, que fué pasado á informe del Consejo de Castilla, quien

© Biblioteca Nacional de España

repitió lo que había dicho acerca del tal tribunal, reconociendo el derecho de los reos á recusar, cuando menos á algunos jueces, por lo que fueron separados Arteaga y Alcalá Galiano, siendo sustituídos por D. Antonio Ugarte, el ex-agente de negocios individuo de la camarilla del rey, y el Sr. Navia Bolaño; y como el alegato de Calatrava contra el conde del Pinar, Lausaca y Mosquera fué también muy enérgico, los tres se vieron obligados á dimitir, reemplazándoles los consejeros de Castilla Alvarez de Contreras, Fernández Quesada y Torres Cónsul, y retirándose Zendóquiz, á quien su traición valió un ascenso, entrando á sustituirle el oidor de la Audiencia de Madrid Sr. Marchamalo.

La nueva Comisión, compuesta de magistrados más ó menos realistas, pero hombres de ley al fin, no agrada al monarca, y bien pronto sus individuos se ven relevados por los Sres. Vázquez, Sobrado, Varela y Valdecebro, traídos expresamente de Galicia, en donde habían mostrado su animadversión y su odio contra los liberales, que empiezan por decretar que la vista de la causa sea á puerta cerrada, que los presos no puedan comunicarse ni aun con sus defensores y que no se les facilite plumas ni papel.

Calatrava, que hacía su propia defensa, escribe al rey, quejándose del mal trato que los presos sufren, y diciendo que si se les imposibilita de escribir no se defenderán.

Los citados jueces, que sólo deseaban condenarlos, luégo de examinar la causa, no encuentran fundamento para sentenciar á los presos sin faltar á todas las leyes divinas y humanas.

Conducta de Fernando con los guerrilleros.—Tentativa de Mina en favor de la libertad.—Exposición al rey del Empecinado.—Sentencias injustas.—Espantosa reacción.

Bien habría querido atraerse Fernando á los guerrilleros, pero sus tentativas cerca de Mina por medio de su agente Mr. Tassin primero, más tarde con Manso y después con el mismo Mina y con el *Empecinado* en Madrid, no le dieron los resultados que él esperaba, por lo que de amigo de ellos se trocó en su mortal enemigo y sólo pensó en disolver los cuerpos que tenían á sus órdenes, en privarlos del mando que ejercían, y no pareciéndole esto bastante y temeroso de su actitud, trató de confinarlos fuera de España, de un modo ó de otro.

El 15 de Setiembre se dictó contra el ilustre Mina una orden de destierro, y se pusieron sus tropas á las órdenes del capitán general de Aragón.

Apercibido el valiente guerrillero por un pliego que interceptó, y de acuerdo con su sobrino Javier y con algunos otros oficiales de sus cuerpos, y varios paisanos, resolvió apoderarse de la ciudadela de Pamplona, libertar á los diputados presos y proclamar la Constitución, aquella Constitución llamada *Santa* por algunos ayuntamientos (1).

Hallábase ya al pie de las murallas cuando fué descubierto por el comandante de uno de los regimientos, D. Santos Ladrón, que estorbó el plan de Mina.

D. Santos Ladrón, que más tarde debía abandonar la causa de Fernando VII por la de su hermano D. Carlos, como tantos otros, arengó á sus soldados contra él, y con esto y el apoyo que le prestaron algunos oficiales de los comprometidos, que hicieron traición á Mina, delatando su plan y volviéndole la espalda, quedó frustrado el generoso intento.

Javier Mina, el valeroso joven terror de los imperiales, que cayó prisionero en 1810 y fué conducido á Francia, donde permaneció encarcelado hasta la paz de 1814, había regresado á España, y al lado de su querido tío D. Francisco tomó parte en la conspiración que debía volver la libertad á su querida patria, huyendo con él á Francia, con el bravo Asura y otros de sus antiguos guerrilleros.

D. José Górriz, aquel bizarro guerrillero cuyas hazañas tantas veces hemos relatado, encargado por Mina de asaltar la ciudadela, no pudo fugarse con D. Francisco y con Javier; aprisionado por D. Santos Ladrón y sometido á una comisión militar, murió el insigne coronel navarro, aquel hombre que tantos días de gloria había dado á su patria, por las balas de soldados españoles, siendo

(1) El de Soria y otras poblaciones.—*N. del A.*

© Biblioteca Nacional de España

el primer mártir de la libertad fusilado en los últimos meses del año de 1814.

¡Noble, pero triste destino el de la mayoría de nuestros guerrilleros!

¡Haber combatido por la independencia, y verse abandonados por el rey!

¡Luchar por la libertad, y verse sujetos á un consejo de guerra!

¡Tratar de salvar á su patria de la tiranía, como la habían salvado del yugo del invasor y de las bayonetas de los legionarios, y caer sin vida á manos de soldados españoles, de los mismos á cuyo lado había combatido tantas veces contra las águilas imperiales!

De las *Memorias* del insigne Mina vamos á copiar el resumen de sus hazañas:

«Durante la guerra pude crear, organizar, disciplinar y mantener una división de infantería y caballería, compuesta de nueve regimientos de la primera arma y dos de la segunda, cuyo total al fin de la campaña ascendía á 13.500 hombres.

Mi división tomó al enemigo tres plazas fuertes y más de 14.000 prisioneros (no incluyendo los del tiempo que no se dió cuartel), con una inmensa artillería y cantidad de armas, vestuarios, pertrechos de guerra y boca, etc., etc.



D. JOSÉ GÓRRIZ

He acreditado oficialmente la entrega de ese número de prisioneros en Valencia, Alicante, Lérida, costas de Cantabria y otros puntos á que fueron conducidos.

Del examen consultivo de los estados de muertos, heridos y prisioneros, resulta que ascienden mis pérdidas á 5.000 hombres, y que las del enemigo, comprendidos los prisioneros, no bajan de 40.000.

Pasan de 4.000 los españoles prisioneros que rescaté, entre ellos algunos generales, muchos jefes y oficiales, y no pocos comandantes de partidas.

Fuí herido repetidas veces de bala de fusil, de sable y de lanza. Llevo todavía una de las balas en el muslo, sin que jamás los facultativos hayan podido extraérmela.

Tuve cuatro caballos muertos en acción de guerra y varios heridos.»

Mina, como el *Empecinado*, fué el guerrillero más popular y más querido.

Los retratos que de él se hicieron fueron innumerables.

El teatro le dedicó un drama, *Mina en los*

© Biblioteca Nacional de España

campos de Arlabán; la poesía muchos versos, y la literatura varias obras, entre las que recordamos la siguiente:

«*Breve noticia del origen, progresos y estado actual de las tropas al mando del mariscal de campo D. Francisco Espoz y Mina.*

Justicia, unión, valor y fiel constancia
Hacen que triunfe Mina de la Francia.

Sevende á 12 cuartos en la librería de Pérez, calle de Carretas.»

El *Empecinado*, llevado de su cariño al rey, y confiado que cumpliría sus promesas, le entregó una exposición, cuya sencillez en el estilo correspondía á la buena fe y al admirable candor del nuevo *Cid* de Castilla.

¡Y cómo no creerlo así un hombre tan noble y leal como D. Juan Martín, si mientras encarcelaba á los diputados liberales de Ultramar, en unión de los de España, felicitaba á aquellas provincias por lo bien representadas que habían estado en las Cortes anteriores, y cuando disolvía el Congreso las excitaba á nombrar sugetos que las representaran dignamente en las que *próximamente iba á convocar!*

¡Puede darse una burla mayor!

En esta exposición se quejaba el *Empecinado* de ver al rey rodeado de grandes y altos funcionarios que habían estado en parajes seguros durante la guerra; se lamentaba de la persecución que sufrían los hombres más ilustres de la nación, que al ver á ésta abandonada procuraron constituirla; condenaba las prisiones arbitrarias que en todas las provincias, al igual que en Madrid, se hacían, y concluía por aconsejar, no una amnistía, sino que, convocando desde el trono las Cortes, «baje de él por un momento el rey y reciba en sus brazos á todos los españoles, sin distinción ninguna de colores políticos, porque á *todos les debe mucho.*»

¿Cómo pagó sus consejos Fernando?

Desterrándole inmediatamente de la corte y confinándole en Valladolid.

Así fueron más particularmente odiados por el rey los que más y mejor le habían servido en la guerra de la Independencia.

El general volvió á ser el labrador y se entregó con grande empeño á sus tareas agrícolas, dudando de la eficacia de los nobles, pero temerarios proyectos de Mina y Porlier y Lacy para destruir por la fuerza el poder de aquel rey que era aclamado por todas partes con frenética alegría.

La noche del 17 de Diciembre, y de acuerdo con su decreto expedido el día 15, se presenta un individuo de la Comisión en los calabozos de los presos y les da lectura de sus sentencias, dictadas por el rey en uso de su soberanía, sin especificar el delito, y al instante se los saca de la prisión, y sin permitirles avisar á sus familias, son llevados fuera de Madrid en carruajes que custodian fuertes destacamentos de tropas; los destinados á los presidios de Africa llegan á Málaga, y el general Aróstegui, que mandaba en esta ciudad, se ofrece á ponerlos en salvo contando con un comodoro americano que se hallaba en el puerto, y que por medio del cónsul de los Estados-Unidos se brindó á llevarlos á Gibraltar, Inglaterra ó América.

Pero los liberales Argüelles, Calatrava, Martínez de la Rosa y Zorraquín se niegan á ello, no queriendo con su fuga suministrar á Fernando ni una sombra de razón.

¡Nobles patricios!

Las vejaciones más terribles, los padecimientos más crueles, la tiranía más extremada pagaron aquel acto de valor cívico.

Hé aquí las sentencias, *recargadas algunas con sus notas por mano del mismo rey.*

El canónigo D. Diego Muñoz Torrero, á diez años de reclusión en el monasterio de Erbón, en Galicia.

El presbítero D. Antonio Oliveros, á cuatro años de destierro en el convento de la Cabrera.

El canónigo D. Joaquín Lorenzo Villanueva, á seis años de destierro en el convento de la Salceda.

El racionero D. Juan Nicasio Gallego, á cuatro años de destierro en la Cartuja de Jerez.

El canónigo D. Antonio Larrazábal, á seis años de reclusión en el convento que le señalare el arzobispo de Guatemala.

El canónigo D. Manuel López Cepero, á seis años de destierro en la Cartuja de Sevilla.

El presbítero D. Antonio Bernabeu, á un año en el convento de Capuchinos de Novelda.

© Biblioteca Nacional de España

D. Agustín Argüelles, á ocho años de presidio en el Fijo de Ceuta.

D. José María Calatrava, á ocho años de presidio en Melilla.

D. Manuel García Herreros, á ocho años de presidio en Alhucemas.

D. Francisco Martínez de la Rosa, á ocho años de presidio en el Peñón.

D. José Zorraquín, á ocho años de presidio en Alhucemas.

D. Luis Gonzaga Calvo, á ocho años en el presidio de Ceuta.

D. Francisco Sánchez Barbero, á ocho años en el presidio del Peñón.

D. Francisco Fernández Golfín, á diez años de prisión en el castillo de Alicante.

D. Ramón Feliú, á ocho años de prisión en el castillo de Benasque.

D. Dionisio Capaz, á dos años de prisión en el castillo de Sancti-Pietri, en Cádiz.

D. José Canga Argüelles, á cuatro años de destierro de la Corte y ocho en el castillo de Peñíscola.

D. Juan Pérez de la Rosa, á dos años de prisión.

D. José María Gutiérrez de Terán, á dos años de destierro en Mahón.

D. Domingo Dueñas, destierro á 20 leguas de Madrid y sitios reales.

D. Vicente Tomás Traver, confinado á Valencia.

D. Joaquín Maniau, obligado á pagar una multa de 20.000 reales.

Además fueron sentenciados á confinamiento ó destierro otros treinta, entre ellos los regentes D. Pedro Agar y D. Gabriel Ciscar; el ministro D. Juan Alvarez Guerra y D. Antonio Ranz Romanillos; el general de marina D. Cayetano Valdés; D. Juan O'Donnu, y Aguirre; el conde de Noblejas y su hermano el general; los coroneles de Estado Mayor Moscoso y Landáburu; los hermanos Escario; D. Tomás Carvajal, y los grandes poetas Quintana, Sabiñón, Tapia y Solís. (1).

A D. Agustín Argüelles, Alvarez Guerra y otros, se les prohibía toda visita, así como escribir ni recibir carta ninguna, bajo la responsabilidad del gobernador del Fijo de Ceuta.

El brigadier D. Juan Moscoso fué castigado ¿por qué dirán nuestros lectores? porque si no había elogiado, tampoco había combatido la Constitución, y aunque *sentenciado á una pena aflictiva*, libró bien, pues el fiscal pedía por tan *gran delito* ¡la pena de muerte!

El célebre economista D Alvaro Flórez Estrada fué sentenciado á muerte—de la que por fortuna pudo salvarse,—por otro *gran delito*, por haber sido nombrado en Cádiz presidente de una reunión liberal que existía en el café de Apolo, y si bien no admitió el cargo, tampoco lo rechazó—decía el fiscal,—y su elección probaba que era uno de los prohombres del bando liberal.

El sacerdote D. Juan Antonio López, acusado de haber aplaudido las ideas liberales desde la tribuna del Congreso, fué absuelto por el juez, pero Fernando, siguiendo la extraña metafísica del fiscal y fundado en que si aplaudía á los liberales era porque le agradaban sus ideas, lo sentenció á seis meses de reclusión en un convento.

Pablo Ramírez, más conocido por el *Cojo de Málaga*, asiduo concurrente á las tribunas de las Cortes, hombre muy popular entre los liberales, y uno de los primeros presos la noche fatal del 11 de Mayo, á pesar de que los celadores de las tribunas, que le estimaban mucho por sus nobles prendas, declararon que jamás le habían visto aplaudir, ni menos cometer delito alguno, fué condenado por el Sr. Vadillo, *juez de alma negra*, á la pena de muerte afrentosa en la horca, y puesto ya en capilla, gracias al embajador de Inglaterra fué indultado al pie mismo del suplicio, al que llegaba casi exánime con el Dios de perdón entre las manos.

Denunciado por los jefes de una división del tercer ejército un artículo de *El Universal*, fueron condenados sus dos primeros redactores, D. Jacobo Villanueva y el padre fray José de la Canal (este último continuador del famoso libro *España Sagrada*), Villanueva á seis años de encarcelamiento en uno de los presidios de Africa, y fray José por igual tiempo de reclusión en uno de los conventos más rígidos de España.

(1) D. Dionisio Solís, el poeta á quien D. Juan A. Hartzenbusch considera igual, cuando no superior á Cienfuegos, tío del autor de esta historia, después de batirse bravamente en Uclés fué encarcelado por sus opiniones liberales.

© Biblioteca Nacional de España

El ilustre geógrafo y diputado D. Isidoro Antillón, á pesar de encontrarse tan gravemente enfermo en su casa de Teruel, que el médico que le asistía le había mandado administrar, fué sacado de la cama sin escuchar los ruegos y las lágrimas de su desolada señora y metido en una silla de postas, en la que falleció antes de llegar á Zaragoza.

El P. Castro, fraile Jerónimo del Escorial, que escribía el periódico ultra-realista *La Atalaya de la Mancha*, publicó una *hoja* denunciando que varios de los diputados liberales no sólo habían redactado una Constitución secreta contra la soberanía del rey, el tribunal de la Inquisición, los conventos y de todo gobierno piadoso, sino escrito las bases para plantear la República en España, añadiendo que hasta habían grabado una medalla que los sirviera de distintivo, como lo probaba la hallada en casa de D. Narciso Rubio, comisario de guerra. Esta medalla era de oro, con una estátua de esmalte que representaba la monarquía española con una corona mural, un león á los pies con trofeos militares, una orla y en ella esta inscripción:

Benemérito de la patria en grado heróico, y en el pedestal este otro:

Ser libre, ó morir.

¡Pero el escándalo que semejante *hoja* y el descubrimiento de la citada medalla produjo en todas las personas sensatas no pudo ser mayor, al averiguarse que le fué concedida al Sr. Rubio por la Junta de Valencia en 1808 en premio de sus servicios!

Un D. Antonio Lastres, vecino de Vélez-Málaga, quería obtener la codiciada plaza de fiel del matadero de Málaga, y comprendiendo que en aquella situación no había recomendación que más produjera que el ser delator, se presentó á Fernando y le descubrió que en el café de Levante se reunían una porción de liberales á conspirar contra su autoridad. Estos liberales, parientes y amigos de las víctimas, que se reunían para lamentar su suerte, fueron arrestados y el Sr. Lastres obtuvo en premio la rica prebenda que ambicionaba.

Una señora, llamada doña María Villalba, tan sólo por haber escrito á una amiga suya que la pedía noticias de la corte lo que se murmuraba de los galanteos del rey en Valencey y en Madrid y de su mucha afición al bello sexo, fué sentenciada á muerte, pues su carta había sido abierta, como todas las de aquella época, salvándose milagrosamente del patíbulo.

A estos tristes sucesos, á estas injustas prisiones, á estas crueles sentencias, á los ayes de dolor de los prisioneros, á los gritos de pena de sus desgraciadas familias, á las lágrimas de los ancianos padres, de las desoladas viudas y de los infelices huérfanos, respondían las suntuosas fiestas de Palacio, los grandes banquetes en el Ayuntamiento y las opíparas comidas en los conventos.

¡Sarcasmo sangriento!

El Nuncio, monseñor D. Pedro Gravina, desterrado de Cádiz por las Cortes constituyentes, había vuelto á España y á Madrid, gozaba de la privanza de Fernando, y agitando las comunidades para que solicitaran del rey el restablecimiento de la Inquisición, el *Santo Oficio* fué restablecido.

Cuéntase que la mayor parte de las tiránicas medidas que se decretaron entonces se debió á una tertulia que en sus habitaciones tenía el infante D. Antonio, á la que asistían los eclesiásticos Gravina, Ostolaza y Escoiquiz, el duque del Infantado, y otros personajes por el estilo, y á la camarilla secreta de que se rodeaba Fernando, compuesta del duque de Alagón, Ramírez Arellano, D. Antonio Ugarte y Pedro Collado *(Chamorro)*.

Un historiador los califica así:

«Gravina, un corazón de tigre, audaz y con mucho talento en el arte de la intriga.

Ostolaza, después de rezar maitines con el infante D. Carlos, se dedicaba á los actos más inmorales.

Escoiquiz, un ambicioso sin entrañas.

El duque del Infantado, un hombre que jamás tuvo una idea fija.

El duque de Alagón, el encargado de prestar á Fernando ciertos servicios *muy corrientes entre algunos habitantes del Asia y el Africa*.

Ramírez Arellano, un estúpido.

D. Antonio Ugarte, un agente de negocios tan listo como avariento.

Chamorro, el ex-aguador de la fuente del

© Biblioteca Nacional de España

Berro, un bruto con suerte, tan malicioso como malvado.

Toda esta gente, á la que de buena gana llamaría chusma, fué la que restableció la Inquisición, la que devolvió España á los Jesuítas, la que obtuvo del desdichado rey Carlos IV que renunciase al trono por segunda vez en favor de su hijo, la que contribuyó á la formación de la *Santa Alianza*, la que llevó la consternación á todos los españoles, erigiendo por ídolos á la tiranía, á la desvergüenza, á la crueldad, á la inmoralidad y al robo.»

D. Luis Peñaranda, por sus antiguas opiniones tan claramente manifestadas en Valencia, lo mismo antes de 1808 que de 1809 á 1812, y con tal firmeza sostenidas en Madrid en pro de las Cortes de Cádiz y de sus reformas, y de la Constitución por aquéllas votada, fué sentenciado á seis años de presidio que debía extinguir en el Fijo de Ceuta.

Como sus demás compañeros los liberales habría podido salvarse en Málaga, aceptando el noble ofrecimiento del general Aróstegui, pero el doctor fué uno de los que con mayor energía se opusieron á la fuga, ¡pensando —¡oh candidez!—que la huída los condenaría á los ojos del país, mientras que aceptando dignamente su suerte, esta actitud de protesta muda, pero obediente, les absolvería ante el rey y la opinión!

¡Bien se ve que los liberales de entonces no conocían todavía á Fernando, y que los primeros pasos de la vida de este príncipe, la causa del Escorial, el motín de Aranjuez, los sucesos del palacio Marrac de Bayona, las felicitaciones á Napoleón desde Valencey, su famoso Manifiesto, la abolición del sistema constitucional y la prisión de los liberales nada les habían enseñado!

Isabel siguió á su marido á Ceuta, contra el parecer de su tío el marqués, quien no perdía la esperanza de obtener el perdón de D. Luis, sin comprender que ni él ni la condesita lo aceptarían.

En Ceuta se instaló aquella noble criatura vestida siempre de negro.

¿Por quién llevaba luto?

Por la prisión de su Luis adorado, y por la muerte de la libertad tan querida para los dos.

No salió de Madrid la condesita sin ocuparse con la mayor solicitud y cariño de su buen tío.

El marqués contaba muchos años, y aunque ágil y robusto, necesitaba de grandes cuidados.

A fuerza de instancias pudo conseguir Isabel que D. Felix aceptara la plaza de secretario del marqués, con un sueldo decoroso, viniendo á habitar á palacio, al lado del anciano que tanto le estimaba por su hermoso corazón y nobles prendas; después logró convencer á la Paca de la conveniencia de traspasar el bodegón, que tan tristes recuerdos tenía para ella, y de entrar como ama de llaves del marqués.

Aún dudaba la *Morena*, cuando la condesita, tomando entre las suyas la mano de la Paca, la dijo:

—Mi deber está en Ceuta, al lado de mi Luis, pero no quisiera abandonar á mi querido tío, á mi segundo padre, en manos extrañas; es ya un anciano, y necesita de cada día mayores atenciones y cuidados; ¿te negarás á reemplazarme á su lado?

—Yo haré todo lo que V. quiera, señorita—exclamó la Paca llorando,—que bien sabe lo mucho que la quiero y lo mucho que la debo.

—No hablemos de gratitud, sino de cariño. Sólo contando con que tú y D. Felix quedéis á su lado podré yo alejarme tranquila; y mientras tú cuidas de él y lloras por tu Pedro, yo velaré por mi Luis y lloraré por la libertad.

—¡Es V. un ángel, señorita!

La *Morena* no tardó en traspasar su bodegón al lacayo, uno de los guerrilleros y amigos del *Zurdo*, y en instalarse en casa del marqués —que D. Felix habitaba desde hacía algunos días, —en calidad de ama de llaves.

Sólo así, sólo contando con el buen humor del abate, con los cuidados de la Paca y con la amistad de D. Valero Borja, pudo sobrellevar el noble anciano la ausencia de Isabel, á la que admiraba tanto como amaba.

Por fortuna, el doctor no se hallaba incomunicado, y la condesita pasaba en Ceuta todas las horas que el reglamento del presidio y la voluntad del gobernador le permitían al lado de su Luis.

© Biblioteca Nacional de España

Si grande era el talento y hasta la cultura de Isabel, el primero adquirió nuevo desarrollo y la segunda mayor extensión, tratando con aquella pléyade de hombres que eran la gloria de España, y que se llamaban Argüelles, Alvarez Guerra, Villanueva, Sánchez Barbero, Zorraquín y otros, todos los cuales admiraban la abnegación de aquella esposa, el valor de aquella mujer y el amor á las ideas liberales y reformistas de aquella criatura nacida en un palacio, y que acostumbrada á habitar espléndidos salones, á pisar riquísimas alfombras y á alternar con los más nobles señores, pasaba la mayor parte del dia entre los fríos muros de un calabozo, pisando las húmedas losas de la cárcel, y no viendo más que los rostros secos y uraños de los presidiarios.

Pero cuando los liberales presos conocieron la historia de los amores de Isabel con el doctor y de su casamiento, nada extrañaron ya; D. Luis se merecía una mujer del



FERNANDO VII

temple y valía de la condesita, que siempre que la interrogaban se apresuraba á responder:

—Yo era un ciego que no podía estimar la luz del sol porque una enfermedad moral, verdadera ceguera del alma, me lo impedía; á mi Luis debo la curación de tan terrible dolencia; por él he visto y admirado los hermosos rayos del sol de la libertad; soy, pues, una mujer creada por Dios y engrandecida por él, y mi vida entera le pertenece, y mil vidas que tuviera se las consagraría al hombre adorado á quien debo la inmensa dicha de mi redención.

La Regencia, las Cortes y el país.—El rey y los guerrilleros.

Han culpado algunos historiadores á la Regencia y á las Cortes por no haber adoptado enérgicas medidas para impedir ó detener al menos el golpe que las amenazaba, sin fijarse en lo excepcional de la situación y lo difícil de las circunstancias.

En primer lugar, se trataba del rey, del

© Biblioteca Nacional de España

rey apoyado por el ejército, alabado por el clero, sostenido por la nobleza, ayudado por los potentados y vitoreado por el pueblo.

No se trataba, como en Cádiz, de sustituir unos Regentes, traidores á la Constitución, por otros; se trataba de un rey, á quien sólo podía reemplazar otro, y este otro, que únicamente habría podido ser Carlos IV, se hallaba fuera de España, en Roma.

La Regencia y las Cortes no contaban, como en Cádiz, con un pueblo de ideas liberales dispuesto á derramar su sangre en defensa de las reformas; por el contrario, se hallaban rodeadas de un pueblo que por los muchos años que en él llevaba de existencia la monarquía, por el gran número de empleados, proveedores y pensionistas de élla, por los muchos nobles que contaban con multitud de criados, y por las innumerables oficinas cuajadas de servidores y pretendientes, era decididamente realista y enemigo de la Constitución.

Suponiendo que los liberales hubiesen adoptado las enérgicas disposiciones que por algunos autores se les ha exigido, ¿con qué medios contaban para la lucha que necesariamente debía entablarse entre el rey y las Cortes?

Pasemos revista á los elementos que formaban una nación, el pueblo, la clase media, la nobleza, el clero y el ejército.

El pueblo español se hallaba en un grandísimo atraso, efecto de largos años de oscurantismo y de tiranía; los legisladores de Cádiz, hombres de más corazón que cabeza, temperamentos más generosos que prácticos, espíritus de más idea que razón, consideraron al pueblo español más ilustrado de lo que en realidad era, y le dotaron de leyes notabilísimas y de reformas radicales, que éste no pudo estimar en su justo valor porque en realidad no las comprendía; y luégo, el corto tiempo que llevaron planteadas apenas si le hizo estimar sus beneficios, á no ser el de aquellas que le tocaban más directamente y que recayeron en la gente del campo: pero aun así, la Constitución y las reformas de las Cortes eran tan contrarias á su tradicional modo de existir, que si el pueblo, con su temperamento meridional é impresionable las acogió al principio con alegría, después las miró con indiferencia, y su único deseo era volver á ver á Fernando, al que suponía víctima de Godoy en Madrid, cuando príncipe, y de Napoleón en Valencey, cuando rey; y las noticias de su abdicación en favor de Bonaparte, de su reconocimiento á José y de sus felicitaciones á Napoleón las consideraba ó mentiras de los liberales, ó calumnias de los afrancesados, ó violencias de Napoleón.

La clase media, la única verdaderamente ilustrada del país, era la defensora de las reformas, la adherida á la Constitución, la que defendía las ideas liberales; pero si era la más ilustrada, era también la menos numerosa, la que menos bienes y riquezas poseía, y, por lo tanto, la que menos influencia podía ejercer sobre un pueblo tan falto de educación y de cultura.

El clero y la nobleza por el contrario; el primero, por su ministerio casi divino, movía á su capricho aquel pueblo fanático, aunque corrompido; y la segunda, por su posición y riquezas, manejaba á su voluntad á los artesanos de las ciudades y á los obreros de los campos, que nada podían sin ella, ni siquiera vivir.

Quedaba el ejército, dividido en cuatro cuerpos y dos reservas, la de Andalucía, la más numerosa, y la de Galicia, la menor de ambas; el primer cuerpo, si bien se mantuvo fiel á las Cortes, lo hizo con tal tibieza, que no podía excitar la confianza necesaria para un acto de fuerza; el segundo, declaróse terminantemente por Fernando y el absolutismo; en el tercero, sólo el príncipe de Anglona, su jefe, mostró simpatías por las Cortes, que hubo de acallar ante la liga que en su contra formaron los oficiales y que les valió de lord Wellington las más enérgicas censuras; y sólo en el cuarto se notaron síntomas de liberalismo, pero en los oficiales subalternos, á quienes su general, el valiente D. Manuel Freire, hizo desistir de lanzarse á la lucha, temiendo que los soldados no los secundaran en su empresa; al conde de La Bisbal, que mandaba la de Andalucía, le hemos visto ponerse incondicionalmente á las órdenes del rey, y la de Galicia, que capitaneaba Lacy, la única que resueltamente habría sostenido á las Cortes, se hallaba

© Biblioteca Nacional de España

demasiado lejos y era muy corta para arrostrar tan gran peligro.

Quedaban los guerrilleros, espíritus liberales en su mayoría.

Pero las guerrillas ya no existían; muchas de ellas habían sido disueltas, y las otras habían perdido su antigua independencia al entrar á formar parte de los ejércitos.

¿Qué habrían podido hacer Mina, *El Empecinado*, Jáuregui, Amor, Tabuenca, Milans, *Chapalangarra*, Abad y tantos otros, no contando con sus viejos compañeros de armas, disueltos de real orden, ó teniendo mezclados á sus antiguos y escasos guerrilleros entre numerosos soldados, y sujetos ellos mismos á las órdenes de generales francamente hostiles á las ideas liberales?

Lo que hizo Mina en Pamplona, sucumbir.

Y luégo, ¿quién se atrevía á provocar una guerra civil, la peor de todas, apenas terminada la guerra con el extranjero, y nada menos que contra el rey?

Fernando VII pretendió con halagos, ofrecimientos y promesas atraerse á su causa á los guerrilleros; pero como la causa del monarca había comenzado á ser la de la tiranía, y los guerrilleros habían peleado por la libertad y la independencia, y la libertad y la independencia eran para ellos y para la mayoría del país una cosa, sus gestiones no tuvieron el resultado que el monarca y su camarilla esperaban, juzgando á los héroes populares de aquella epopeya por su corazón; así es que no vaciló en desterrarlos y en disolver sus cuerpos.

Los guerrilleros más notables, Abad *(Chaleco)*, Amor, Campillo, Durán, De Pablo *(Chapalangarra)*, Espoz y Mina, Górriz, Herrero, Jáuregui, Lacy, Leguía, Longa, Martín Díez *El Empecinado*, Manso, Milans, Mina (Javier), Martínez de San Martín, Mondedeu, Noriega, Palarea, Porlier, Padilla, Quiroga, Renovales, Ripol, Río (D. Andrés del), Sánchez (D. Julián), Sarasa, Saornil, Tabuenca, Villacampa (D. Pedro), Zurbano y tantos otros, los principales, los que tantos días de gloria habían dado á su patria y tantas veces habían humillado las águilas napoleónicas y vencido las legiones bonapartistas, eran liberales, y por la libertad habían de arriesgar luego su vida como antes por la independencia.

¡Ah, si la Regencia y las Cortes hubiesen podido contar con el apoyo del pueblo, seguros estamos de que, confiadas en él y convencidas del liberalismo de los guerrilleros que hemos nombrado y de algunos otros, así como del apoyo de algunos, aunque pocos generales, clérigos y nobles, y muy especialmente con la protección de la clase media, la más ilustrada del país, habrían afrontado el peligro y provocado la lucha en defensa de la Constitución!

Pero el pueblo se había declarado realista, por efecto de su ignorancia, blanda cera que el clero y la nobleza habían moldeado á su capricho, y si en Gerona, en Barcelona y en Zaragoza le había vitoreado y en Valencia había arrastrado el coche de Fernando, en Madrid no vaciló en gritar—¡por increíble que parezca!—*¡Viva la Inquisición! ¡Quiero cadenas! ¡Viva el rey absoluto! ¡Tengo á mucha honra ser un gran servil!* Gritos todos que pintan de mano maestra el estado del pueblo madrileño, y demuestran que el árbol del absolutismo tenía en Madrid hondas raíces y que toda batalla iniciada por el Gobierno liberal habría sido estéril.

Y conste que, aunque otra cosa afirmaran los realistas, no era toda la España aquellos cabildos eclesiásticos, aquellas diputaciones de los *persas*, aquellos nobles y aquellos particulares que felicitaban al rey por su vuelta y le elogiaban por su declaración de absolutismo. Había muchos liberales; mas por una serie no interrumpida de calamidades, España no era ya el país de las primeras Cortes y de las más antiguas libertades.

La casa de Austria, con la derrota de los comuneros castellanos, de los agermanados de Valencia y las Baleares y con el suplicio de Lanuza, había muerto las libertades de Castilla, los privilegios de Valencia y Mallorca y los fueros de Aragón.

La familia de Borbón, con la conquista de Barcelona había ahogado en sangre las franquicias de Cataluña.

Todas estas desdichas las habían alumbrado las llamas de las hogueras inquisitoriales.

España, cada día en mayor decadencia, al

© Biblioteca Nacional de España

perder sus libertades, que eran como el aire que respiraba, perdió aquella virilidad, aquella bravura, aquella firmeza, que había sido el distintivo de nuestra raza en uno y otro continente.

Y sin embargo, por más que algunos llegaran á creer que en esta tierra donde, como ha dicho un celebrado escritor, la libertad es lo antiguo y la tiranía lo moderno, faltaban hombres de suficiente energía para afrontar las circunstancias, es lo cierto que los liberales, luchando entre su amor á la Constitución y su respeto al monarca, se decidieron al fin, el *Empecinado* á dirigir al rey la exposición pintándole lo grave de la situación; Mina, después, y en vista del mal éxito que el héroe castellano obtuvo con su escrito, á apelar á las armas, como lo hicieron más tarde Lacy, Porlier, Richard y tantos otros.

España vindicada.

De manera tan parcial, y para mejor decirlo, tan injusta, nos han tratado los escritores ingleses, que bien merecen ser contestadas sus extrañas censuras y destruídas sus poco verídicas afirmaciones.

Según el general T. C. Napier, cuando la Gran Bretaña abrió sus relaciones con las Juntas Provinciales de España, *derramó en ellas los socorros sin cuidarse de su inversión.*

El ilustrado economista y luégo ministro de Hacienda, D. José Canga Argüelles, en su notable refutación á Napier, demuestra que las Juntas Provinciales y la Central sólo recibieron de Inglaterra 3.450.000 duros, de cuya suma había que descontar la moneda perdida, que fué de cuenta del general sir Jhon Moore; más de dos terceras partes, al menos, del valor de los transportes, porque España no pidió entonces á la Gran Bretaña fuerza alguna militar, quedando reducida la dicha suma á 2.558.413 libras y 4 d.: y aun de ella debía rebajarse la mayor parte del dinero metálico, que fué 1.896.050 libras, porque estando confundida la cuenta de España con la de Portugal, esta nación debía responder de la que le tocaba y que era la mayor.

No es cierto, como aseguró Napier, que España recibiese nunca como *donativo* las cantidades que la facilitó la Gran Bretaña, sino como *anticipo reintegrable*, y buena prueba es de ello la carta del ministro Caning al embajador de Inglaterra en España, marqués de Wellesley, según la cual la base para los auxilios que la Gran Bretaña estaba dispuesta á prestar era *la misma que los españoles habían manifestado al declarar que los gastos que por ellos hiciera Inglaterra se considerarían como préstamos y no como donativos.* Pues si eran *préstamos* y no *donativos*, ¿con que título ni derecho había de cuidarse Inglaterra de su inversión?

Los donativos que todas las clases y provincias hicieron á los gobiernos, y sus constantes sacrificios durante la lucha, con la declaración copiada, prueban que España no quería regalos de la Gran Bretaña, á los cuales se opone nuestro altivo carácter.

Si en la parte económica no se muestra muy veraz Napier, menos lo aparece en la cuestión militar. Oigámosle:

«Los españoles han asegurado con audacia, y el mundo lo ha creído, que la salvación de la Península fué obra de sus manos; yo combato este aserto tan contrario á la verdad como injusto para la fama del general inglés é injurioso para la gloria de las armas británicas. . . . . .

Desde el momento en que una fuerza inglesa ocupó el campo, los españoles cesaron de obrar como principales en la lucha. . . .

Manifiestos, decretos, altivas bravatas, ocultando como un ámplio velamen un barco carcomido, hicieron que se exhibieran como valientes cuando la fuerza y la firmeza verdadera no se encontraban en parte alguna.»

Procuraremos contestar con calma á las injuriosas afirmaciones del general Napier.

El número total de soldados con que Inglaterra podía ayudar á España no pasaba de 50.000, y en la primera campaña no pasó de 30.000; y aun agregándole todo el ejército portugués (35.000 infantes, 4.500 caballos, 3.000 bombarderos y la legión de Alorna), ¿habría podido Wellington con ese número atender á la defensa de la Gran Bretaña, del Canal de la Mancha, de Portugal, y vencer á las innumerables legiones francesas que cayeron sobre España?

© Biblioteca Nacional de España

España levantó numerosos ejércitos, de que hemos hablado oportunamente, y en 1814 contaba, sin incluir las Academias Militares y los Depósitos de Instrucción, con 8.727 oficiales, 192.228 infantes y 15.187 caballos.

Demás de los ejércitos tuvo las guerrillas, que se aproximaron á 400, varias de 50 hombres, muchas de 100, bastantes de 1.000, y algunas de 3.000 (*El Empecinado*, Porlier, Nebot, Merino), que no sólo ejecutaron hazañas admirables, si que también llegaron á convertirse en brigadas y divisiones.

La mayoría de los historiadores, así nacionales como extranjeros, elevan la pérdida de Napoleón en España en unos 500.000 hombres.

Ahora bien; si se van sumando las bajas sufridas por las tropas imperiales en las batallas de Cabezón, Rioseco, Bailén, Medellín, Tamames, Ocaña, Alcañiz, María, Belchite, Uclés, Almonacid y San Marcial, y en los sitios de Zaragoza, Gerona, Lérida, Ciudad-Rodrigo, Tortosa, Badajoz, Peñíscola, Tarifa, Sagunto y otros, mantenidos sólo por los españoles, y las que tuvieron en las acciones de Talavera, El Cerro de la Cabeza del Puerco, Fuentes de Oñoro, la Albuera, Arapiles, Vitoria y Tolosa, y en los nuevos sitios de Badajoz, Ciudad-Rodrigo y San Sebastián, que sostuvieron unidos españoles, ingleses y portugueses, encontraremos que todos dan una cifra de 102.866 bajas, que se descomponen de esta suerte: 21.836 muertos, 50.989 heridos y 30.041 prisioneros, y si á esta suma agregamos por los ataques del Bruch, Figueras, Mequinenza, Hostalrich, Monzón y algunas otras plazas fuertes que nos tomaron los bonapartistas y por algunas batallas que perdimos, otra cifra de 43.000 bajas, nos darán 200.000 bajas causadas á los ejércitos napoleónicos por los soldados españoles y las tropas aliadas de Inglaterra y Portugal. Restan para los 500.000 hombres perdidos por Napoleón en España 300.000, que indudablemente cayeron bajo el esfuerzo de los guerrilleros y en cuya destrucción ninguna parte tuvieron los ingleses.

Dos franceses, Mrs. Lemiére de Corvey y Proudhon, calculan que las guerrillas produjeron cerca de 500.000 bajas á los franceses, y para demostrarlo se basan en el siguiente cálculo, no desprovisto de razón:

«Había en la Península de 150 á 200 partidas de guerrilleros, diseminadas por todas las provincias, que habían jurado dar muerte cada uno de 30 á 40 franceses por mes, lo cual da una cifra de 6 á 8.000 hombres mensualmente entre todas las partidas, y como el año consta de doce meses, perdíamos unos 80.000 hombres por año, sin haber reñido batallas regulares; la guerra de España duró siete años, resultando, pues, una pérdida de 500.000 hombres.»

Aun rebajando 200.000 hemos visto que las tres quintas partes de las bajas francesas las causaron los guerrilleros solos.

Aquellas guerrillas, tan maltratadas por los imperiales, aquellos guerrilleros, calificados por los mariscales franceses de *bríganles*, aquellos héroes anónimos, á los que Napoleón no quería otorgar los honores de soldados, y á los que Napier no concede importancia alguna, fueron admirados primero, enaltecidos más tarde y procurado imitar luégo por Bonaparte.

Napoleón, por decreto de 5 de Marzo de 1814, al ver á la Francia invadida por las potencias del Norte y por el ejército anglo-hispano-portugués, dispuso la creación de cuerpos francos ó guerrilleros «encargados de registrar los bosques, cortar los puentes, interceptar los caminos y acometer al enemigo por el flanco y por la espalda.»

¡Justa expiación!

Esto decretaba Napoleón I en 1814, rindiendo justo tributo á las guerrillas, y muchos años después, en 1870, cuando la guerra franco-prusiana, Napoleón III pedía al general Prim un proyecto de organización de estos cuerpos populares, para formarlos en Francia y arrojarlos sobre los alemanes...

Pero ni en 1814 ni en 1870 las guerrillas francesas dieron los resultados que las españolas, quizá porque los españoles, por las condiciones especiales que debe reunir el guerrillero, valor, sobriedad, resolución, energía, salud, resistencia, son los únicos que pueden hacer esta guerra especialísima.

¿No recordaba Napier lo que Bonaparte decía desde Alemania?

© Biblioteca Nacional de España

«¿Qué pueblo es ese, y qué se ha hecho de la pericia de mis mariscales y del valor de mis mejores soldados, de esos mariscales y esos soldados con quienes subyugué en tres meses el Austria y dominé en un mes la Prusia, con quienes vencí en Italia, en Egipto y en Rusia, que ahora no aciertan á sujetar á soldados bisoños mandados por generales sin nombre, á un puñado de ingleses, y á informes pelotones de paisanos insurrectos? ¿Qué se ha hecho la gloria de la Francia, la fama de invencibles de sus soldados y la reputación de su emperador?»

El coronel Rocca, en sus *Memorias sobre la guerra de España*, ha escrito:

«Nuestro regreso á Francia se hacía por destacamentos, pues los batallones, los regimientos, los escuadrones, reducidos á sus cuadros, es decir, á algunos hombres solamente, llevaban tristemente sus águilas y sus banderas para ir á reclutar á Francia, á Italia, á Suiza, á Alemania y á Polonia.»

Con lágrimas de alegría regresaban los imperiales á su patria huyendo de España, tumba de tantos miles de franceses, sin comprender cómo la nación por ellos á traición invadida podía no sólo arrojarlos de su patria sino llegar á invadir su suelo.

En la batalla de Vitoria tomaron parte 35.090 ingleses y 25.350 portugueses, y creemos que fué en la que mayor número de combatientes presentaron. Ahora bien, ¿pudieron esos 60.000 hombres realizar la epopeya de nuestra gloriosa independencia?

Otro cálculo: en acciones importantes sólo batallaron los ingleses y portugueses, y para eso unidos á los españoles, en Talavera, el Cerro, Oñoro, Albuera, Arapiles y Vitoria, y en la toma de las plazas de Ciudad-Rodrigo, Badajoz y San Sebastián, pereciendo en las primeras 34.189 hombres, y en los segundos 2.936; total 37.125, y aún concediendo que los ingleses y portugueses mataran las dos terceras partes, resultarían 24.751.

Sin los ejércitos ingleses fué Madrid gloriosa, invencible Valencia, heróica Zaragoza, inmortal Gerona, mártir Tarragona é intomable Cádiz.

Sin los soldados de la Gran Bretaña, los generales Chabran y Schwartz, con sus *invencibles* legiones, habían sido batidos en el Bruch; el soberbio Duhesme había tenido que retirarse de Gerona; Lefebre se había visto detenido ante las tapias de Zaragoza; Dupont había sido derrotado en Bailén; Moncey había retrocedido delante de Valencia, y el mismo Napoleón, llegado á España al frente de una poderosa hueste, sólo había entrado en Madrid por capitulación.

Sin el auxilio de los soldados ingleses habían inmortalizado su nombre, Lérida, Figueras, Tortosa, Hostalrich, Astorga, Mequinenza, Ciudad-Rodrigo, Fraga, Monzón, Tarifa y otras plazas y ciudades.

Los españoles solos habían vencido en los campos de Bailén, de Alcañiz, de Tamames, de San Marcial y de Medina del Campo.

Esto no es negar que, unidos á los ingleses, pero también á los portugueses, de que los escritores británicos prescinden con notoria injusticia, ganaran las batallas de Talavera, el Cerro del Puerco, Arapiles, Vitoria y Tolosa.

Mucho conseguimos solos, y añadimos que sin las guerrillas no hubiera realizado Wellington sus planes de campaña.

Sin ellas no hubiera fatigado á Massena en Portugal y España; ni vencido á Marmont en los Arapiles; ni á Soult en Talavera; ni á José y Jourdan en Vitoria.

D. Julián Sánchez ayudó al general inglés á la toma de Ciudad-Rodrigo.

Los guerrilleros catalanes tuvieron bloqueado al ejército francés en Gerona, en Figueras y en Barcelona.

Merino y Saornil completaron el triunfo de los Arapiles.

Mina impidió que Claussel y Foy se unieran á José en Vitoria, y quizás sus 30.000 hombres decidieran la batalla á favor de las armas imperiales.

Las guerrillas tuvieron en perpetua alarma á Suchet en Valencia; á Soult en Sevilla; á Belliard en Madrid; á Paris en Zaragoza; á Abbe en Pamplona, y á Regnier en Bilbao.

¿Qué habría sucedido si los ingleses no hubiesen venido á España?

Pues, una cosa muy sencilla, y que nadie se atreverá á negar, esto es, que la guerra habría durado más. He aquí todo.

Años y años combatimos contra los romanos; siglos y siglos peleamos contra los ára-

© Biblioteca Nacional de España

bes; años y siglos habríamos luchado con los imperiales, y los habríamos vencido.

Y bueno será que los escritores ingleses tengan presente que la guerra no terminó por la venida á España de los soldados británicos; terminó por la coalición de todas las naciones contra Napoleón, que le obligó á humillarse ente las Cortes de Cádiz primero, solicitando la paz, y luégo, cuando se vió rechazado por éstas, á tratar con Fernando y hasta ponerle en libertad, y por la constancia de los españoles.

Napoleón, en las siete campañas que abarcó la guerra, lanzó sobre España sus mejores generales, Murat, Victor, Jourdan, Ney, Junot, Bessieres, Dupont, Verdier, Reille, Soult, Moncey, Lefebre, Mortier, Lannes, Kellerman, Saint-Cyr, Suchet, Angereau, Massena, Duhesme, Macdonald, Hugo, al frente de aquellos invencibles soldados que habían pasado las Pirámides, subyugado á la Prusia y á la Holanda, vencido á la Italia y al Austria y dominado á la Rusia, y que sin embargo no lograron domeñar á los altivos hijos de la vieja Iberia.

Provocados por Napier hablaremos claro.

No negaremos su valor y servicios á los soldados ingleses, pero no ocultaremos que



MARISCAL MORTIER

tras ellos dejaban un rastro de sangre, de deshonra y de pillaje; testigos León, Galicia, Badajoz, Madrid y San Sebastián: no negaremos los talentos militares de Wellington, pero no ocultaremos su falta de previsión en el sitio primero de Badajoz; su calma en Madrid, después de la batalla de Arapiles, que permitió rehacerse al ejército francés; su retirada del castillo de Burgos, y su internación en Portugal, dejando que media España volviera á caer bajo las bayonetas francesas.

Un gran político había dicho:

«Si Napoleón zozobra en España su caída es segura, porque el ejército francés podrá conquistar provincias pero no sostenerse en ellas; y por delante, por la espalda, en derredor no verá más que desconfianza, venganza premeditada, resistencia indomable, odio á muerte.»

Otro historiador extranjero escribió:

«España quitó al ejército francés su reputación de invencible, y el grito de *¡patria!* lanzado por España resonó en toda Europa.»

Napoleón mismo, en su *Diario de Santa Elena*, decía:

«La malhadada guerra de España fué una verdadera plaga para mí, y la primera causa de las desgracias de la Francia. . . . . .

Aquella guerra fatal me perdió, dividien-

© Biblioteca Nacional de España

do mis fuerzas, aumentando los estorbos y dañando á mi honra, y con todo, yo no podía dejar la Península á disposición de los ingleses y de las intrigas de los Borbones....

Los españoles se sintieron ofendidos y se levantaron en masa como un solo hombre de honor.»

¿Por qué la inquinia de Napier contra nosotros?

Oigamos á Mr. Quinteau, capitán del Estado Mayor francés, en su libro *La Guerra de sorpresas y emboscadas:*

«Si los españoles se retiraron poco á poco de la lucha, fué porque comprendieron que su causa estaba ganada.

Su suelo iba en breve á dejar de ser hollado, violado por los franceses.

Los ingleses eran unos aliados impuestos por la necesidad, no un amigo á quien se tiene á dicha albergar.

En cuanto la tierra sagrada de la patria quedase libre creyeron que el fardo de la guerra debía pesar sobre ellos.

El español, confinado en su Península, no quería reforma alguna en el mapa de Europa. Hé aquí por qué, desde 1812, empezaron á enfriarse los españoles, y á fines de 1813 se desentendían por completo de la lucha, razón por la que Napier, en su *Historia de la Guerra de la Península*, y otros escritores ingleses han negado importancia á los soldados españoles y á los guerrilleros.»

Tiene razón Mr. Quinteau; los españoles no trataban de *modificar el mapa de Europa*, ni soñaban, como Inglaterra y otras naciones, con la conquista de provincias, y el no haber ayudado á la Gran Bretaña en sus proyectos nos atrajo el desagrado de Napier y otros escritores ingleses, y el que éstos nos echen en cara los servicios que nos prestaron, cuando era Inglaterra la nación que más odiaba Napoleón, á la que mataba con su *sistema continental*, y la más interesada en que España, la nación que le había vencido en Bailén, le derrotara.

Creemos haber vindicado á España de los injustos ataques de Napier.

Detallar las desgracias de España durante la guerra de la Independencia es imposible; pasaron de 300.000 las vidas que se perdieron en las batallas, en los sitios, en los fusilamientos y en los asesinatos realizados por los imperiales; la moneda causó una perturbación sensible, llegando á tener la de plata una pérdida de 9 y 11 por 100; las contribuciones en especies y dinero que el país tuvo que satisfacer horrorizan; Aragón dió el cuádruple de lo que pagaba; Valencia, en sólo el año 1812, dió 200 millones de reales, mitad en especie, y cada uno de los sucesivos 70, y aún pudo ofrecer 100 millones al Gobierno Nacional; Vizcaya 39 millones, y derramas por el doble del producto de sus rentas; Guipúzcoa, Alava y Navarra tuvieron constantemente dentro de ellas á los ejércitos bonapartistas; Cataluña tuvo que mantener los soldados imperiales que la tenían aprisionada y pagar sumas inmensas, y aún así dió 286 millones al gobierno nacional; Madrid mantuvo seis años al intruso y su corte, y sólo el año 1812 pagó 73 millones, de aquí el hambre horrorosa que sufrió; y las Andalucías, Extremadura y la Mancha, se vieron esquilmadas por los generales imperiales.

¿Y qué diremos de Zaragoza y Gerona bombardeadas, de Salamanca y Toledo arruinadas, de Córdoba, Jaén y Cuenca saqueadas, de Tarragona, Lérida, Badajoz, Tortosa y otras poblaciones tomadas por asalto?

Las pérdidas que los franceses causaron á España pueden valuarse en muchos miles de millones, y á pesar de ello, no lograron con tanta ruína, tanta desolación, tanto estrago, tanta miseria, abatir ni por un instante el levantado espíritu de sus valerosos hijos.

Los guerrilleros de 1808.

Vamos á dar por terminada nuestra historia de Los Guerrilleros de 1808 con unos estados formados á costa de trabajo y de paciencia, pero de cuya exactitud no podemos responder, porque en aquel flujo y reflujo de la guerra, en aquella lucha sin tregua, y con aquella escasez de partes oficiales, es imposible querer fundar nada seguro.

Dijimos al anunciar nuestra obra que creíamos haber encontrado doscientos guerrilleros más que el insigne historiador de *La guerra de la Independencia*, señor conde de Toreno, y cualquiera que lea ambas obras podrá convencerse de la certeza de esta afir-

© Biblioteca Nacional de España

mación; pero esto no quiere decir que los hayamos encontrado todos, ni mucho menos.

Precisa también no olvidar que hubo muchos que aparecieron y se ocultaron como fuegos fatuos, muertos ó heridos ó prisioneros, apenas alzados en armas, y cuyos nombres no han llegado hasta nosotros; otros que al terminar un año desaparecen del campo de la lucha como si la tierra se los hubiera tragado; otros que, por la falta de comunicaciones, no pudieron dar noticia de su existencia ni de sus triunfos á la Regencia ni al Gobierno; y otros, en fin, que limitada su esfera de acción al lugar en que habían nacido, apenas si la Junta de la provincia conocería su existencia, y como los documentos de las Juntas se perdieron con aquel cambio constante de residencia á que se veían sujetas para huir del enemigo, de aquí lo poco que hemos logrado averiguar.

Por todas estas razones, á las que debemos añadir la falta de documentos en algunas Diputaciones y Ayuntamientos, la desaparición de muchos libros y periódicos que en vano hemos buscado en las Bibliotecas de Madrid y de provincias, y la apatía de muchas personas á las que nos hemos dirigido en súplica de datos y noticias que hicieran más fácil nuestro trabajo, rogamos á nuestros lectores que nos dispensen si los estados que vamos á publicar no son tan completos y tan veraces como nosotros hemos deseado.

Guerrillas que tuvieron á su frente á un jefe conocido, y algunas de cuyas hazañas hemos reseñado:

Andalucía	81
Cataluña	61
Antiguo reino de Castilla (Burgos, Santander, Logroño, Soria, Avila y Segovia)	42
Antiguo reino de Toledo (Madrid, Toledo, Cuenca y Guadalajara)	35
La Mancha	30
Navarra	29
Galicia	23
Aragón	21
Antiguo reino de León (León, Zamora, Valladolid, Palencia y Salamanca)	20
Alicante, Murcia y Valencia	13
Provincias Vascongadas	12
Asturias	8
Extremadura	7
TOTAL	382

Guerrillas por años:

En 1808, 58.—En 1809, 107.—En 1810, 156.—En 1811, 104.—En 1812, 61.—En 1813, 35.—En 1814, 7.

Guerrilleros muertos en el campo de batalla ó de las heridas recibidas ó fusilados:

Abello (D. Vicente).—Almarza (D. Martín).—Berdugo (D. Segundo Antonio).—Bustamante (D. Toribio).—Cruchaga (D. José).—Cruchaga (D. Gregorio).—Cenzano (El cura D. Vicente).—Calvache (D. Antonio).—Córtés (D. Vicente).—Echavarri (D. Juan F.).—Echevarría (Zamora)—Fernández (D. Juan, el alcalde de Otívar).—Galcerá (D. Isidro).—Górriz (D. José).—Górriz (D. Lucas).—Garrido (D. Fernando).—Gómez (D. Camilo).—Gámez (D. Juan).—Jiménez (Don Ventura).—Montardit.—Marquínez (D. Benito).—Navas (D. Mariano, primo del *Empecinado*).—Peralta (el cura D. Juan).—Romeu (D. José).—Sánchez (D. Francisco ó *Francisquete*).—Tris.

Heridos lo fueron en diversas ocasiones Mina, *El Empecinado*, Jáuregui, Lacy, Porlier, Manso, en una palabra, la mayoría de los guerrilleros.

Presos por los franceses:

Fray Julián Delica.—Javier Mina.—D. Juan Baget.—D. Felipe Perena.—D. Sebastián Gotti.—D. Mariano Renovales.

Algunos otros lo serían también, aunque pocos, pues en los primeros tiempos de la campaña sabido es que los franceses no reconocían á los guerrilleros como soldados regulares, y apenas caía alguno en su poder lo fusilaban, cuando no lo martirizaban de un modo bárbaro y cruel.

Generales y jefes de brigada franceses derrotados, presos, heridos ó muertos por los guerrilleros:

Mina derrotó á Dorsenne, Claussel, Abbe, Caffarelli, Soullier, Reille, Harispe, Lafourrie, D'Agoult, Rochambeau, La-Coste, Bourgeats, Bison, Dufourg, Dumonstier, Mommaire, Cassau, Panetier, Barbot, Roguet, Enfortense, Doubreton y otros.—D. Juan Martín *(El Empecinado)* á Ki, Hugo, D'Armagnac, Paris, Belliard, Delot, Prieux, Drouet (conde de) y Roquet.—Longa á Lamarke, Lorcet y Fromant.—Los guerrilleros del Bruch á Chabran, Schawartz y Garbet.—Los guerrilleros de Galicia á Cauleincourt, Hendelet, Lorge y Lahoussage.—Los guerrilleros de la Mancha á Cholopiski, Exelman y Roize.—Porlier á Solignac, Avril y Roguet.—Jáuregui á Bara-

© Biblioteca Nacional de España

guay D'Hillierea.—Abad á Barthelemi y Dombrowcky.—Valdenebro á Beaussain, en la Serranía de Ronda.—Carrió á Bertrand, edecán de Napoleón.—Palarea á Bronikauski.—Lacy á Cacault.—El abad Quiroga á Comdate.—Javier Mina á D'Arrincaud en el Carrascal (Navarra).—Feliciano Cuesta á Marisy, en Cáceres.—Corazón á Lorpe.—Manso á Decaen.—Noreya á Mermet, en el puente de San Payo (Galicia).—Mir á Bondeweid.—Renovales á D'Agoult.—Fray Julián Delica á Franceschi.—Márquez á Krusse.—Rovira á Clement.—Amor á Severoli.—Fray Nebot á Mazzuchelli y barón Runfort.

En el transcurso de la obra hemos dado cuenta de muchas de las hazañas realizadas por los guerrilleros, de muchos combates en que tomaron parte, de muchas acciones que sostuvieron contra los imperiales; pero aun siendo tantas creemos no haber relatado ni siquiera la mitad, y esto por las razones que hemos expuesto.



MARISCAL MACDONALD

Decía el eminente orador y hombre de Estado D. Salustiano Olózaga en 1858, que si se escribiera la historia de los guerrilleros de 1808, ésta resultaría, al par que la historia de la guerra de la Independencia, la historia del principio de nuestra regeneración política, es decir, la unión en un sólo sentimiento del amor á la patria y del amor á la libertad.

Ignoramos si nosotros, al realizar esta empresa, habremos conseguido poner de manifiesto, como así lo deseabamos, coincidiendo con tan ilustre estadista, que la Constitución de Cádiz fué la piedra angular del edificio de nuestra regeneración política, y que los guerrilleros, amando por igual la patria y la libertad, habían de dar su sangre por la segunda como lo había hecho por la primera; testigos de ello Mina, Lacy, Porlier, *El Empecinado*, Abad, Tabuenca, Milans, Jáuregui, *Chapalangarra* y cien más.

* * *

Hemos terminado la historia de esa grandiosa epopeya que se llama *Guerra de la Independencia*, y con ella la de los guerrilleros, de aquellos héroes populares cuya memoria vivirá eternamente.

Sin Gobierno, sin soldados y sin recursos,

© Biblioteca Nacional de España

humilló España las poderosas legiones del capitán del siglo, probando que es inconquistable la nación que quiere ser libre.

No arredró á los valerosos españoles ni lo prolongado de la lucha, ni el sacrificio de su existencia, ni la pérdida de sus fortunas.

No intimidó á las mujeres, dignas émulas de las heróicas espartanas, ver perecer á sus hijos, á sus padres, á sus hermanos y á sus amados al filo de la espada de los imperiales, antes bien los animaron á la lucha y combatieron á su lado.

Pueblos indefensos desafiaron la ira de los conquistadores del mundo.

Puñados de hombres trocados de campesinos en soldados y de artesanos en guerrilleros asombraron con sus hazañas á los vencedores de Europa.

Ni los horrorosos fusilamientos de patriotas ejecutados por Murat en Madrid, por Dupont en Andalucía, por Lannes en Zaragoza, por Duhesme en Tarragona, por Soult en Sevilla, por Kellerman en Valladolid, por Suchet en Valencia, por Abbe en Pamplona, por Macdonald, el cruel incendiario de Manresa, en Barcelona, y por Duvernet en Soria, pudieron abatir su levantado espíritu.

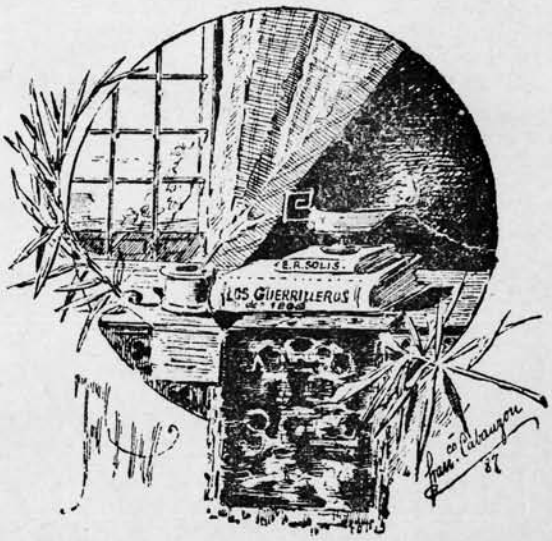
Lannes, después de la toma de Zaragoza, escribía á Napoleón:

«¡Qué guerra! ¡Qué hombres! ¡Un sitio para cada calle, una mina debajo de cada casa! ¡Estar obligado á matar tantos valientes, ó, si se quiere, tantos locos! ¡Es una guerra horrible! ¡La victoria entristece!»

Sobre pilas de cadáveres, sobre montones de escombros, sobre campos yermos, España reconquistó su independencia merced al imponderable valor de sus hijos!

¡Honor eterno á los héroes de la indepencia española!

¡Lauro inmortal á los indomables guerrilleros de 1808!



DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA OBRA.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

DOS PALABRAS

Con la terminación de la guerra de la Independencia concluye nuestra historia.

Muchos son los suscritores que desean y nos han pedido su continuación, ofreciéndonos su incondicional apoyo.

De todo corazón estimamos su noble y cariñoso ofrecimiento, y desearíamos poder complacerlos; pero hoy por hoy nos es imposible; hemos agotado cuantos materiales teníamos reunidos, y para continuar la historia de los guerrilleros que sobrevivieron á la gigantesca lucha de la independencia; para reseñar sus nuevas campañas contra el absolutismo primero, y más tarde, en 1823, otra vez contra los ejércitos franceses; para describir sus luchas y sus sacrificios por la libertad de la patria, sus emigraciones, sus combates y sus heroísmos, necesitaríamos acopiar nuevos y poderosos elementos, de que hoy carecemos, estudiarlos, clasificarlos y darles forma.

No perdemos, con todo, la esperanza de realizar la empresa, pues tenemos por aquellos ilustres campeones un cariño sin límites; los hemos contemplado, casi niños, lanzarse al campo; los hemos visto luchar y vencer; los hemos acompañado en sus victorias y en sus derrotas, en la buena y en la mala fortuna, en los días prósperos y adversos, en las horas de alegría y de duelo, en los momentos felices y desgraciados, y ante ellos nos descubrimos con el respeto que sus heroicidades merecen, que sus virtudes inspiran, que propios y extraños los reconocen.

Si este caso llega, si nosotros podemos reunir nuevos elementos para continuar la segunda parte de su historia, puesto que la primera termina con la guerra de la Independencia y la liberación de España, acudiremos de nuevo al ilustrado público que con tanta fe y desinterés ha venido á suscribirse á la obra que acabamos de terminar, en demanda de ese generoso apoyo que hoy nos ofrece, y que de antemano agradecemos en lo mucho que vale.

© Biblioteca Nacional de España

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS Y SUMARIOS DE LOS CAPÍTULOS

Cuaderno I.—La Albuera.

Retirada de Massena.—Expedición de Soult contra Olivenza y Badajoz.—Muerte del marqués de la Romana.—Sitio de Badajoz.—Derrota de Mendizábal.—Muerte del general Menacho.—Entrega de Badajoz por Imaz.—Defensa de Campomayor por Talaya.—Disposiciones de las Cortes.—Últimas sesiones en la Isla de León.—Batalla de Chiclana.—Andalucía: Las guerrillas.—Las contraguerrillas.—D. Francisco Roa.—El alcalde de Otívar.—D. Juan Guerra.—D. Pedro Alcalde.—Cazorla.—D. Pedro Algar.—D. Antonio Muñoz *(El cura de Riogordo)* y Roda.—D. Diego Carreño.—D. Juan Peralta *(El Cura)*.—D. José Reviriego y D. Bernabé Orellana.—Propuesta de Wellington.—Choques en Fuentes de Oñoro.—Cambio de generales franceses.—Badajoz.—Batalla de la Albuera.—Galicia y Asturias.—Granada y Murcia.—Bloqueo de Tortosa.—Incendio de Manresa.—Cataluña: Manso.—Proyecto frustrado.—Llovera.—Fábregas.—D. Cosme Oliveras.—Milans.—Rovira.—D. Baudilio Morales y D. Quirico Pacareu.—Conquista del castillo de Figueras.—Los hermanos Pou.—Hazañas de los guerrilleros.—Partidas famosas.—Un miserable.—Sitio y defensa de Tarragona.—Reemplazo del marqués de Campoverde por D. Luis Lacy.—Ataque de Montserrat.—Pérdida del castillo de Figueras.—Crueldades de los franceses.—Un documento importante.—Guerrillas y somatenes de Cataluña.—Manso.—Más guerrilleros.—Constancia de Barcelona.—El general Lacy y la Junta del Principado.—Invasión de Francia.—D. Gregorio Miranda.

Cuaderno II.—El Empecinado.

El patriota y el amante.—Expediciones á Valencia de Blake y Suchet.—Batalla de la venta del Baul.—Sitio y toma de Sagunto.—Batalla de Sagunto.—Cerco de Valencia.—Las guerrillas valencianas.—Una heroína.—Blake y Valencia.—Refuerzos á Suchet.—Derrota de los nuestros.—Conducta inexplicable de Blake.—Aragón: Hernández.—Campillo.—Díaz.—Alegre *(El Cantarero)*.—Andalucía: Guerrillas y contraguerrillas.—García Veas y Rueda.—*El Capuchino*.—Villalobos, Luna y Granados.—El alcalde de Otívar.—D. Julián Trigo.—D. M. J. Guazo.—Juan Soldado.—Márquez.—Guerra.—Gallego.—Esteban.—Juan de Dios.—Guerrero.—Zaldívar.—D. Ramón Noriega.—Un crimen.—Heroísmo de Ubrique.—Asaltos de Tarifa y Bornos.—Guadalajara: *El Empecinado*.—Isidro.—Mondedeu.—D. J. Isidro.—Sardina, Abuín, Larroya.—Valladolid: Saornil, Lafuente, Valdés y Falencher.—Burgos: Merino, Príncipe, Padilla y Santillán.—Toledo: Palarea, Gómez, Prieto, Carmena *(El Pellejero)*.—Valladolid: Castilla.—Palencia: Tapia.—Madrid: Sus guerrilleros, Garrido, Abril, Cantalejo, Campo, Lafuente *(Puchas)* y Valdés *(El Cocinero)*.—Soria y la Rioja: Amor.

Cuaderno III.—D. Francisco Espoz y Mina.

D. Bartolomé Amor, D. Juan A. Tabuenca, D. Marcos Luna, Salazar.—Maniobras de Wellington.—Derrota de Girard.—Salamanca: Don Julian Sánchez y D. Nicolás Mota.—Extremadura: Los Cuestas y Temprano.—Aragón: *El Empecinado*, Sardina, Abuín, Durán, Tabuenca, Amor, Espoz y Mina.—Navarra: Espoz y Mina.—Gregorio Cruchaga, Lucas Górriz, D. Ramón de Corres, D. Joaquín de Pablo *(Chapalangarra)*, don José Górriz, D. Ramón Ulzurrun, Sádava y Laquidaín.—Vascongadas: Longa, Abecía, Renovales, Pinto, Ansótegui, Jáuregui.—Santander: D. Juan López Campillo.—Las santanderinas.—Una canción célebre.—Galicia y Asturias: Porlier, Bárcena, Castañón, Mier y Marquina.—La Mancha: Díaz, Escalera, *Francisquete*, D. Salvador Sabater, D. Pedro Fernández de la Muela, D. Nicasio López Cierzo, D. Tomás Fernández, D. Francisco Abad *(Chaleco)*, D. Alejandro Fernández, D. Francisco Laso de la Vega, D. Juan Gómez y D. Francisco Cañizares.—D. José M. de San Martín, D. Juan Baca, D. Eugenio Sánchez,

© Biblioteca Nacional de España

D. Eugenio Fernández, Orovio, Llacer y Canales.—D. Manuel Hernández *(El Abuelo)*.—Formación de las guerrillas y estado del país.—Situación de José, su gobierno y sus decretos; los afrancesados.

Cuaderno IV.—La Isla Gaditana.

La Isla Gaditana.—Cádiz: Ojeada retrospectiva.—Méritos y servicios de las gaditanas y los gaditanos.—Un duro escarnecido y un soneto admirado.—Frailes artilleros.—Manifiestos de José.—Defensas de Cádiz.—D. Juan E. Sánchez de la Campa.—El marqués de Palacio y sus coraceros.—Llegada á Cádiz de oficiales y soldados españoles, ingleses y portugueses.—Aniversario del 2 de Mayo.—Idea patriótica.—Las Cortes en la Isla de León y la Academia de San Carlos.—Carta del gobernador eclesiástico de Cádiz sobre los trajes de las mujeres.—La primera bomba.—Las gaditanas y las bombas.—Una oda de Sánchez Barbero.—Cantar popular.—Contrastes.—La familia del capitán Talavera.—La Plaza de San Antonio ó el Golfo de las Damas.—Los Voluntarios de Cádiz.—Un lance chistoso.—Rasgos heróicos.—Traslación de las Cortes á Cádiz.—La iglesia de San Felipe Neri convertida en Congreso Nacional.—Los diputados y el público.—Tertulias.—Literatos y poetas.—Los periódicos y la libertad de imprenta.—Contienda literaria.—Un nuevo gobernador.—D. Andrés Miranda.—Un verdadero patriota.—Una heroína.—Entre la vida y la muerte.—Un amor que nace.—Rasgos patrióticos de las gaditanas.—El teatro de Cádiz y sus artistas.—Obras que se representaban.—La tertulia del Sr. Talavera.—Trabajos de las Cortes.—Hacienda.—El conde de Toreno.—Juntas provinciales.—Estado Mayor.—Supresión del tormento.—Celebración del 2 de Mayo.—Abolición de los señoríos.—Creación de la Orden de San Fernando.—Proyecto constitucional.—Aniversario de las Cortes.—Conspiraciones de los serviles.—Nuevos trabajos.

Cuaderno V.—El mártir Romeu.

Estado del país.—Asalto de Ciudad-Rodrigo.—Guerrilleros castellanos: Saornil, Puchas, Merino, Marquínez, *El Empecinado*, Abuín *(El Manco)*, Mondedeu, Navarro y Prieto.—Toma de Soria por Durán.—Represalias.—Conquista de Tudela.—Guerrilleros Tabuenca, Murcia, Amor y Rodríguez.—Pérdida de Valencia.—Indecisión de Blake.—Conducta del arzobispo Campany.—Fusilamientos y deportaciones de frailes y paisanos.—Muerte del general La Carrera.—Calvario de la familia del guerrillero Romeu.—Su prisión y su heroísmo.—Sentencia inícua.—Crueldad de Suchet.—Situación de Valencia.—Muerte de Romeu.—Acuerdos de la Junta de Valencia en honor de Romeu.—Guerrilleros valencianos: Cortés, Samper, Galcerá, fray Nebot.—Conquista de Badajoz por Wellington.—Conducta del ejército inglés.—Decretos de la Regencia.—Retirada de Soult.—Planes de Wellington.—La Mancha: Morillo, Los Cuestas, Márquez, San Martín, Abad.—Partida de renegados.—Palarea.—Muerte de D. Camilo Gómez.—Proclama á los extremeños.—Presente del Regente de Inglaterra á Palarea.—Fermín.—Cataluña: Proyectos de Napoleón.—Lacy, Milans, Rovira, Fábregas, Gay, Manso.—Aragón: Sarasa, Gayán.—Guerrilleros del Norte: Campillo, García de la Huerta, Herrero, Salcedo, La Riva, Porlier, Longa, Jáuregui, Renovales.—Navarra: Espoz y Mina, Trís, Cruchaga, Górriz, De Pablo *(Chapalangarra)*, Echarri.—Andalucía: La miseria.—Porta.—Noriega, Maestre, Marqués, fray Rienda.—Guerrilleros granadinos.—Cádiz.—Nueva Regencia.—La obra de las Cortes.

Cuaderno VI.—La Constitución de 1812.

Los debates constitucionales.—El Código político.—Jura y proclamación de la Constitución en Cádiz.—Una poesía célebre.—Jura de la Constitución en la Isla de León y en el resto de España.—Muerte del Sr. Morales Duárez.—Tentativas de los serviles en favor de la Inquisición.—Más periódicos.—El Diccionario razonado y el Diccionario burlesco.—Nuevos libros.—Fiestas por el 2 de Mayo.—Situación de Cádiz.—La Marsellesa española.—Un viaje sospechoso.—Maniobras de los hermanos Monge.—Amor de madre.—Gaditanos y franceses.—La victoria de Arapiles.—D. Juan Downie y sus cruzados.—Levantamiento del sitio de Cádiz.—Mensaje de gratitud á los ingleses.—Bodas inesperadas.—La batalla de los Arapiles y sus resultados.—Situación de Madrid.—El hambre.—Un relato verídico.—Antiguos personajes.—Madrid y los madrileños.—Evacuación de Madrid por los franceses.—Actitud del pueblo.—Entrada de los guerrilleros y del ejército aliado.—Nuevas autoridades.—Proclamación de la Constitución.—Una anécdota curiosa.—Recuerdos y esperanzas.—Importancia de la batalla de los Arapiles.—Maniobras de los ejércitos.—Retirada de Wellington.—Regreso del intruso José á Madrid.—Salamanca y los lanceros de D. Julián Sánchez.

Cuaderno VII.—¡Guerra á muerte!

Campañas de D. Juan Martín *(El Empecinado)* y sus capitanes.—D. Crisanto López.—*El Pellejero*.—D. Manuel Hernández *(El Abuelo)*.—Abad.—Sabater.—Baca.—Palarea.—D. Justo Prieto.—La Junta de la Mancha.—Saornil.—Castilla: Marquínez y Tarrero.—D. Pablo Miranda.—Doña Damiana Rebolledo.—Merino.—Tapia.—Rioja y Aragón: Tabuenca, Amor, Durán, Gayán, Villacampa, Sarsfield.—El general Lacy y los guerrilleros catalanes.—Valencia: Fray Nebot.—Alicante: Los guerrilleros de Calpe.—Guerrilleros del Norte: Longa.—Campillo.—Porlier.—Proclama del general Mendizábal á los santanderinos.—Jáuregui.—Navarra: D Francisco Espoz y Mina y sus tenientes.—Proposiciones de paz de Napoleón á Inglaterra.—Rompimiento entre Napoleón y el Czar.—Campaña de Rusia.—Incendio de Moscow y retirada de los ejércitos franceses.—Vindicación de los centralistas.—Decreto de las Cortes contra los afrancesados.—Los enemigos de la Constitución.—Manifiesto de las Cortes.—El P. Rico en Cádiz.—Lord Wellington es nombrado generalísimo de las tropas aliadas.—Llegada de lord Wellington á Cádiz y fiestas en su honor.—La posada española.—La Noche-buena y los guerrilleros.—Un encuentro.

Cuaderno VIII.—La batalla de Vitoria.

Reformas militares.—Organización de los ejércitos.—Transformación de las guerrillas.—Tra-

© Biblioteca Nacional de España

bajos de las Cortes.—Enajenación de los terrenos baldíos y propios de los pueblos.—Propuesta de Wellington.—Honores al sargento García.—Nuevos trabajos de las Cortes.—Reforma de los conventos.—Abolición del Voto de Santiago.—Abolición de la Inquisición.—La Regencia y el clero.—Enérgica actitud de las Cortes.—Cambio de Regencia.—Tropas rusas.—La Constitución militar y los desertores.—Plan de estudios.—Tratado de paz entre Suecia y España.—Reglamento para la Regencia.—El Nuncio del Papa y el cardenal de Borbón.—Vindicación de Calvo de Rozas.—Acuerdos notables de las Cortes.—Castilla la Nueva: Hazañas del *Empecinado*.—Salvación de Alcalá.—Un sermón célebre.—Martín, (Antonio y Dámaso).—Dávila.—Mondedeu.—D. Justo Prieto.—Una boda inesperada.—Don Francisco Abad *(Chaleco)*.—Los Cuestas.—Don Juan Palarea.—Castilla la Vieja: El cura Merino.—Padilla.—Saornil.—Martín.—Rioja y Aragón: Amor.—D. Ramón Gayán.—Sarsfield.—Villacampa.—Durán.—Valencia.—Valencia y Alicante: Fray Nebot.—Un proyecto infame.—Márquez.—*El Campaner*.—Acciones de Millares, Villena y Castalla.—Cataluña: D. Luis Lacy.—Milans.—Manso.—Rovira.—Fábregas.—Copons.—Eroles.—Llauder.—Norte: Campillo.—Longa.—Abecía.—Jáuregui.—Pérdida de Castro-Urdiales.—Navarra: Mina y sus oficiales.—El héroe Fermín Leguina.—Movimiento del ejército aliado.—Evacuación de Madrid por los franceses.—Sus robos.—La batalla de Vitoria.—Retirada de los imperiales á Francia.—El mensajero.

Cuaderno IX.—Los españoles en Francia.

Prosigue la lucha.—Navarra.—Aragón.—Cataluña.—Soult es nombrado generalísimo de las tropas francesas.—Cerco y toma de San Sebastián.—Batalla de San Marcial.—Invasión de Francia por los aliados.—Proclama del general Girón á los franceses.—Guerrilleros castellanos: *El Empecinado*.—Martín.—Palarea.—Merino.—Saornil.—Provincias Vascongadas: Porlier.—Longa.—Bárcena.—Castañón.—Jáuregui y Ugartemendía.—Navarra y Aragón: Mina.—Durán.—Corres.—Abecía.—Amor.—Valencia: Fray Nebot.—Villacampa.—Cataluña: El general Copons.—Manso.—Aragón: *El Cantarero*.—Manifiesto de la Diputación provincial de Aragón.—Disposiciones sobre las guerrillas de Castilla la Vieja.—Las Cortes generales y extraordinarias.—La fiebre amarilla.—Juicio de las tareas de las Cortes.—Fin de su mandato.—Las nuevas Cortes.—Oradores más notables.—Tentativa de asesinato contra D. Isidoro Antillón.—Galicia: Gregorio Miranda.—El abad D. Nicolás Albericia.—D. Luis Lacy.—Historia de dos mártires.—Amor satisfecho.—Un documento notable.—Nuevos manejos de Napoleón.—Actitud de Fernando.—Manifiesto de las potencias del Norte.—Tratado entre Fernando y Napoleón.—La capital de España.—Los partidos.—La prensa.—Llegada de la Regencia.

Cuaderno X.—La caída de Napoleón.

El canónigo Escoíquiz.—La camarilla de Fernando.—Nuevas intrigas del rey.—Madrid en 1814.—Periódicos.—Libros.—Teatros.—Opiniones.—Un escrito notable.—Llegada de las Cortes y de la Regencia á Madrid.—Una carta de Fernando.—Palafox.—Acuerdos de las Cortes.—Los diputados Reina y Tenreyro.—Conspiraciones realistas.—Batalla de Orthez.—Sublevación de Burdeos.—Caída de Napoleón.—Batalla de Tolosa.—D. Francisco Espoz y Mina.—Górriz.—Don Juan López Campillo.—Cataluña: Retirada de Suchet.—El armisticio.—D. José Manso.—El último tiro.—Justa venganza.—La Puerta del Sol en 1814.—La tertulia de D. Juan Antonio Miranda.—Explicaciones.—Discusiones políticas.—Entrada de Fernando en España.—Noble actitud del general Copons.—Dos cartas del conde de La Bisbal.—El aguador Chamorro.—Fernando en Zaragoza, Daroca, Teruel y Segorbe.—El conde de Montijo.—Planes liberticidas.—Los ex regentes Villaamil, Lardizábal, Infantado y O'Donnell.—El rey y su tío el cardenal Borbón.—Llegada de Fernando á Valencia.—Conducta del general Elío.—*Los Persas*.—El primer choque.—El aniversario del 2 de Mayo.—Nuestros amigos.—Temores de las Cortes.—El conde de Montijo y el general Eguía.—Prisión de los liberales.—El manifiesto de Fernando.

Cuaderno XI.—El Ocaso de la libertad.

Juicio y opiniones sobre el manifiesto de Fernando.—Una manifestación criminal.—Entrada de Fernando en Madrid.—Una anécdota curiosa.—El primer ministerio de Fernando.—Los vates realistas.—Nuevas desdichas.—Los guerrilleros D. Fermín González, D. Francisco Espoz y Mina, D. Juan Martín (*El Empecinado*), Isidro (D. Nicolás), Isidro (D. Dionisio).—D. Juan Downie.—Jáuregui.—Ambrosio Carmena (*El Pellejero*).—Manso.—D. Juan López Campillo.—Abecía.—D. Mariano Renovales.—D. Francisco Puga.—Poesía á los *Empecinados* (guerrilleros).—Dos noticias.—Calvario de los liberales.—Conducta de Fernando con los guerrilleros.—Tentativa de Mina en favor de la libertad.—Exposición al rey del *Empecinado*.—Sentencias injustas.—Espantosa reacción.—La Regencia, las Cortes y el país.—El rey y los guerrilleros.—España vindicada.—Los guerrilleros de 1808.—Dos palabras.



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España